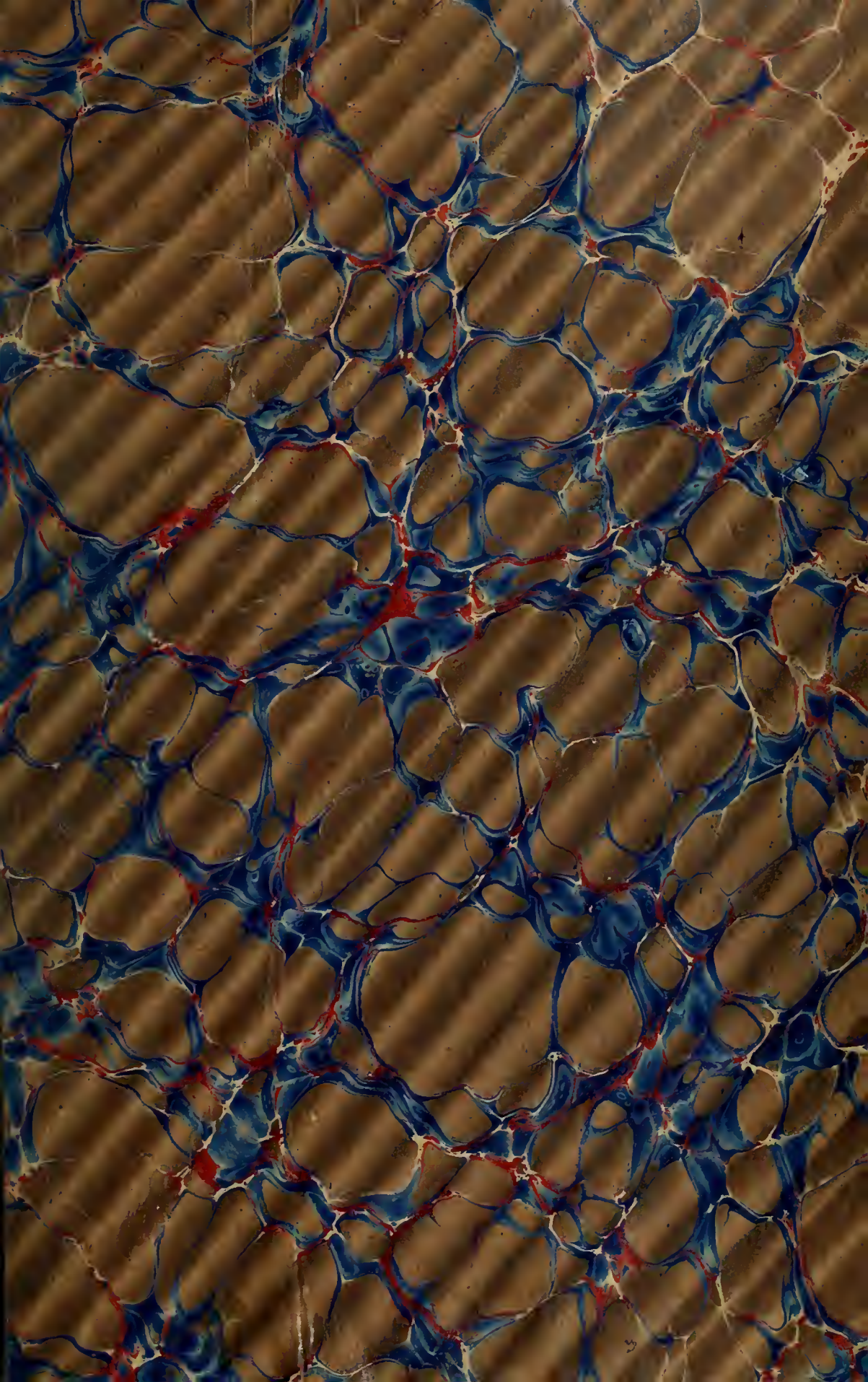
3 1761 04011 3458

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY



-S.
B1737b

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

EL BERNARDO.

POEMA HEROICO

DEL

DOCTOR D. BERNARDO DE BALBUENA.

MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe núm. 5.
1852.

21204
25/1/92

NOTICIAS DEL AUTOR.

El doctor don Bernardo de Balbuena nació en la villa de Valdepeñas, provincia de la Mancha, año de 1568, de Gregorio de Villanueva y Luisa de Balbuena, hijosdalgo en aquel pueblo. Se ignora donde empezó su carrera escolástica, y quienes fueron sus primeros maestros; pero se sabe que era todavía muy jóven cuando pasó á Nueva-España, y que acabó y perfeccionó sus estudios siendo individuo de uno de los colegios de Méjico. Allí se hizo distinguir muy pronto por su aplicacion y su saber, y por el talento que tenia para la poesía, llevándose ordinariamente los premios en las justas poéticas, que se celebraban con frecuencia. Por los años de 1608 vino á España, se graduó de doctor de teologia en Sigüenza, y obtuvo la abadía mayor de la iglesia de Jamaica, de donde fue promovido á la silla episcopal de Puerto-Rico en 1620. En esta isla falleció siete años despues, á los cincuenta y nueve de su edad, y sus huesos fueron sepultados en la capilla de San Bernardo, que él habia fundado en la catedral.

Las obras que de él se conocen son las siguientes: 1.ª La *Grandeza Mejicana*, publicada en Méjico año de 1609, y se reduce á una descripcion en tercetos del poder, poblacion, riqueza, é industria de aquella capital. 2.ª *El Siglo de Oro*, novela pastoral en prosa y verso, donde insertó doce églogas imitando á Teócrito, Virgilio y Sanázaro, muy estimadas de los inteligentes; impresa en Madrid en 1608. *El Bernardo*, ó sea la victoria de Roncesvalles, poema heróico en veinte y cuatro libros, dado á luz en Madrid en 1624. Otras obras compuso segun parece, entre ellas *La Cristiada*, *La alteza de Laura*, un *Arte nuevo de Poesía* y una *Cosmografía universal*, que no se han impreso, y acaso se perdieron cuando los holandeses invadieron á Puerto-Rico, y robaron la librería de Balbuena. A esta circunstancia alude Lope de Vega en aquellos versos del *Laurel de Apolo*.

Tenias tú el cayado
De Puerto-Rico, cuando el fiero Enrique,
Holandés rebelado,
Robó tu librería,
Pero tu ingenio no, que no podia.

Estas son las noticias que escasamente han podido rastrearse de este poeta, consultando el archivo de la iglesia parroquial de Valdepeñas, la historia de Puerto-Rico, la biblioteca de don Nicolás Antonio, y tal cual especie que él apunta en su *Grandeza Mejicana*. Sus obras, siguiendo el mismo destino que las memorias de su vida, iban ya á perecer por la escasez de los ejemplares á que estaban reducidas. En tales circunstancias el editor ha creido hacer un servicio importante á nuestras letras reimprimiendo el poema, que es la principal produccion de Balbuena, y merece un lugar tan distinguido entre los apreciadores de las musas españolas. El desaliño repugnante de la edicion antigua solo es comparable con el abandono inconcebible que se tuvo en su correccion. Balbuena á la sazon se hallaba en América, y los que se encargaron de publicar su obra en España correspondieron muy mal á su confianza. Además de las erratas groseras, fáciles de advertirse por cualquiera lector menos instruido, son innumerables las que destruyen el sentido hasta el punto de hacerle inintelegible, ó que vician torpemente la medida y cadencia de los versos. Nada se ha omitido en la edicion presente para corregir en lo posible estos lugares; y los que quieran cotejar algunas de sus páginas con otras de la primera, se convencerán al instante de la enorme diferencia que hay entre las dos, y del cuidado que el editor ha puesto, para que el *Bernardo* se vea impreso al fin de una manera correspondiente á su mérito, y digna del público, á cuya utilidad se dedica.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

D. FRANCISCO FERNANDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LEMOS Y ANDRADE, MARQUES DE SARRIA, DUQUE DE TAURISANO ETC.

Este poema heróico del famoso *Bernardo del Carpio*, en que se describe la esclarecida descendencia de la excelentísima casa de Castro, ha mas de catorce años que se le dedicó su autor en esa córte al gran Mecenas de todas las buenas letras y habilidades de España, el excelentísimo don Pedro Fernandez de Castro, que está en el cielo, hermano de V. E.; y despues que la suya, con la agradable benignidad de su nobilísima condicion, no se desdeñó de honrar la obra pasando los ojos por ella, debajo de la aprobacion de su clarísimo ingenio se ganó privilegio para imprimirla, lo cual hasta ahora no se ha hecho, por las dificultades con que de ordinario caminan las cosas que van sobre diligencia de cuidados ajenos. Ahora su autor, que puede decir que ha salido de nuevo al mundo de las soledades de Jamaica, donde este tiempo estuvo como encantado, por refrescar el gusto en la memoria de haber hecho este pequeño servicio, á quien se debian los mayores de la tierra, la ha mandado poner en la estampa. Suplica á V. E., como á dignísimo sucesor, no solo de la nobilísima casa y estado, sino de las demás heróicas y soberanas virtudes, entendimiento, magnanimidad y gentileza de ánimo de su tan querido hermano, la favorezca con admitirla por suya, y dar licencia que ella y su autor gocen, debajo de la proteccion y amparo de un tan gran príncipe, la honra y acrecentamientos que desean, cuya excelentísima persona guarde nuestro Señor muy felices años etc.

El Doctor Don Bernardo de Balbuena.

PRÓLOGO.

Aunque sacar ahora á luz este libro, en alguna manera desdice de lo que en rigor toca á mi oficio y dignidad, y á la profesion de púlpito y estudios de teología, porque el tiempo, dueño de las acciones humanas, de tal manera altera y muda las cosas, que lo mismo que en uno era gala y bizarría, en otro suele heredar diferentes nombres; con todo eso, lo que en una ocasion fue virtud reconocerlo por tal, en otra no puede ser vicio: y así este poema, demás de haber sido los primeros trabajos de mi juventud, fábrica y compostura del calor y brío de aquella edad, que tiene por gala semejantes acometimientos y partos de imaginacion, todo él es sugeto heróico y grave, lleno de honestidad, modestia y pureza de lenguaje, y cual de necesidad se requería para celebrar el real orígen y descendencia de la excelentísima casa de Castro, una de las mas calificadas de Europa.

Y aunque para el vulgo y generalidad del pueblo, que por la mayor parte lee estos libros, sin mas advertencia que á sola la armonía de los consonantes, ó al superficial deleite de la fábula, no habia que hacer este discurso, ni menos para los doctos, que versados en letras humanas, saben de todo fundamento lo que yo aquí puedo repetir; todavía quise servirles el plato con salsa, á los unos, que procuren seguir los preceptos de su arte, y á los otros, que si quisieren salir de su ordinario paso, y entrar al fondo de las cosas, hallen senda y camino por donde. Y así digo, que deseando yo en los principios de mis estudios, y por alivio de ellos, poner en ejecucion y práctica las reglas de humanidad, que en la poética y retórica nos acababan de leer (clase por donde todos en la niñez pasamos), y celebrar en un poema heróico las grandezas y antigüedades de mi patria en el sugeto de alguno de sus famosos héroes, cuyas admirables hazañas, asombrando con magestad el mundo, tambien con la de su fama pregonan el descuido de su nacion; me puse á buscar un asunto, que levantando con su espíritu el mio en la grandeza de sus partes, se llegase tanto á la perfeccion del arte, que siguiendo yo el que de esta facultad Aristóteles nos dejó en sus obras, esta mia saliese, sino con toda perfeccion, con los menos descuidos posibles.

Este fue el fundamento de acometer en aquella primera edad, con los brios de la juventud, y la leche de la retórica, á escribir este libro, que pudiera haber salido á dar cuenta de sí muchos años há, pues de diez que se le concedieron de privilegio, son ya pasados mas de los seis, y poco menos de veinte que se acabó, aunque no de perfeccionar, que esto es inacabable. Al fin sale ahora por gusto y consejo de personas que le tienen bueno, y le saben dar mejor en casos de mayor importancia, persuadido, que no por haber trocado el tiempo el estado y profesion de las cosas, era justo se perdiesen aquellos primeros trabajos que para algo podrian ser buenos, supuesto que el dejarlos perder y olvidar para siempre, no era de provecho para nada, con que me convino ajustar á su voluntad la mia, y dar por la misma regla cuenta de las que fuí siguiendo en el discurso de esta obra.

Y sea la primera, que por cuanto las fábulas que se fundan en alguna breve historia, dice el Filósofo, que son las de mayor artificio y lustre, y las que de la centella de la verdad dan el rayo del deleite vestido de mas verisimilitud y hermosura, trabajé en hallar una, que sirviendo de fundamento á mi poema, en sí misma fuese breve, admirable, y de varon famoso, y tan llena de rastros de grandeza en la memoria de los hombres, que desde luego el tratar de ella la hiciese agradable y deleitosa.

Tal me pareció la de nuestro famoso español Bernardo del Carpio, breve en su discurso, como lo son casi todas las historias de aquel tiempo; admirable por la pomposa fama con que siempre sus hechos se han celebrado de memoria en memoria hasta la nuestra; de príncipe heróico, desdendiente de la real sangre de los godos, y por el consiguiente de la mayor nobleza de la tierra.

Y porque la accion en estas obras ha de ser una, y esa de la persona principal (que llaman épica) la mas famosa, escogí la mas célebre victoria de Roncesvalles, donde con la gente española el rey don Alonso el Casto su tio, por cuyo general iba, destruyó la potencia de Carlo Magno, que venia á dar sobre Asturias, venciendo por su persona y las de sus españoles, los tan celebrados paladines de Francia, y dando de su mano, con el último de sus golpes, muerte á Roldan, el principal de todos, en que se remata la accion y el libro, porque siendo aquella muerte la del hombre mas famoso que por aquellos siglos habia, pasar adelante en sus victorias, fuera descrecer en la grandeza y magestad de ellas.

Algunos del número primero, á quien en estos discursos respondo, me habrán ya en diversas ocasiones hecho cargo, que esta victoria de Roncesvalles, y muerte de los doce Pares, en ella se tiene comunmente por incierta y fabulosa, segun la apurada diligencia de los mas graves historiadores de España, que con ser en favor suyo, hay pocos que la admitan por verdadera; con que parece, que desde luego entra esta mi obra manca, pues toda su máquina se funda sobre cimiento dudoso, y aun por ventura de todo punto falso: pues los encantamentos de Orlando, las bravezas de Reinaldos, las traiciones de Galalon, las mágicas figuras y cercos de Malgesi, y las demás caballerías de los doce Pares, con su tan celebrado cronista y arzobispo Turpin, mas tienen de fabuloso que verdadero, no solo en las historias graves, mas aun en el juicio y estimacion de un moderado discurso.

Digo pues á toda esta objecion, que lo que yo aquí escribo es un poema heróico, el cual, segun doctrina de Aristóteles, ha de ser imitacion de accion humana en alguna persona grave, donde en la palabra *imitacion* se escluye la historia verdadera, que no es sugeto de poesía, que ha de ser toda pura imitacion, y parto feliz de la imaginativa. Donde de paso se verá cuan inadvertidamente hablan los que la principal calidad de sus obras en versos hallan que es el no haberse desviado un punto de la verdad: como quiera que cuanto mas de esta tuvieren, tanto ellos tendrán menos de poetas, pues dice el mismo Filósofo, que si la historia de Heródoto se hiciese en verso, no por eso seria poesia, ni dejaria de ser historia como antes, que es la razon porque tampoco Lucano es contado entre los poetas, con haber escrito en verso. Porque la poesía ha de ser imitacion de verdad, pero no la misma verdad, escribiendo las cosas, no como sucedieron, que esa ya no seria imitacion, sino como pudieran suceder, dándoles toda la perfeccion que puede alcanzar la imaginacion del que las finge, que es lo que hace unos poetas mejores que otros; y así para mi obra no hace al caso que las tradiciones que en ella sigo sean ciertas ó fabulosas, que cuanto menos tuvieren de historia, y mas de invencion verisimil, tanto mas se habrá llegado á la perfeccion que le deseo.

La accion y fundamento del poema es este: el artificio de su ampliacion, es imitando las personas mas graves de la Iliada de Homero, porque la del rey Casto es la de Agamenon; la de Bernardo, la de Achiles, al cual la diosa Tetis dió á criar al centauro Chiron, como la hada Alcina dió á Bernardo al sabio Orontes; Ferraguto es Ayax Telamón; Galalon Ulises; Morgante Diomedes; Roldan Hector; y así de los demás.

Y porque á la magestad heróica, conforme á nuestra religion, hacen falta para lo verisimil las deidades y semideos, con que los antiguos hacian tan admirables y pomposos sus poemas; el Boyardo, y los que le han seguido, inventaron en su lugar las Hadas y encantamentos de los magos, que siendo potestades superiores, sirven de levantar la fábula, y hacerla en el deleite y alegoría mas vistosa y admirable. Yo en esto seguí lo que hallé inventado, por tratar de las mismas hazañas, y de los mismos héroes, que la comun tradicion nos da muertos á manos de nuestro Bernardo, y de sus españoles; y así este poema se puede llamar el cumplimiento, la última línea, y la clave, que de lleno en lleno cierra el artificio y máquina de sus fábulas, y aquellos portentos y asombros, que de los príncipes de aquel siglo con tanta admiracion ha celebrado lo mejor de Italia y Francia.

En la narracion de la fábula, de tal manera proseguí su discurso, que sin comenzarla por el principio, quedase en el fin patente y descubierta en todas sus partes: porque así como el mundo consta de dos géneros de cosas, unas naturales, y otras artificiales, así tambien hay dos modos de contar y hacer relacion de esas mismas cosas, uno natural, que es el histórico, y otro artificial, que es el poético: y así como seria defecto en el discurso natural, no comenzar las cosas con claridad desde sus principios, siguiéndolas ordenadamente hasta los fines, así lo seria en el artificial contarlas sin artificio, y como las cuenta el historiador; y así conviene, que la narracion poética no comience del principio de la accion que ha de seguir, sino del medio, para que así al contarla toda, se comience, se prosiga, y acabe artificiosamente, y traya con eso en su discurso aquel deleite que el artificio con su novedad, y la novedad con su admiracion suelen causar, tanto mayor, cuanto mas ingenioso es, y mas sutiles y menos violentas invenciones descubre.

Sirve tambien este modo de contar las cosas con artificio, de engañar disimuladamente el receloso gusto del lector, que siempre con la prolijidad se cansa: el cual, comenzando su lectura por el medio de la fábula, caminando tras los deseos de saber su principio, al encontrarlo, se halla tan cerca del fin, que no le es molesto acabar lo que resta; y esta es la razon porque mi poema no se comenzó, como dice Horacio, por los huevos de Leda, esto es, del conocimiento de Bernardo, ni de su educacion y crianza, sino de los alborotos de la guerra de Francia, que ya le hallaron criado, y hecho hombre valeroso en el mundo, sin dejar por eso de contar su nacimiento y origen, sus hazañas y descendencia, y cuanto de él, y de sus sucesores han escrito los historiadores mas graves de nuestra nacion hasta ochocientos años despues de su muerte, con lo mas florido de las antigüedades y nobleza de España, descripciones de lugares, montes, rios y fuentes, castillos y palacios suntuosos, con una casi universal geografía del mundo sembrada artificiosamente por él, y las costumbres mas notables de sus naciones, y aquellas que por haber dejado vistoso rastro de sí en las memorias de las gentes mas dignas juzgué de ser celebradas.

Y no solo este artificio se guardó en lo principal de la accion; mas aun en sus episodios, ó digresiones no hay fábula, que antes de mostrar su fin, no ponga

al lector en las manos los principios de otra, de no menor deleite y gusto, dejando siempre la primera en el mayor riesgo, y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado, y el deleite mas empeñado en lo porvenir: artificio á mi parecer poderoso á llevar entretenido hasta el fin con el natural apetito de saber al gusto mas tibio y helado que en él entrare.

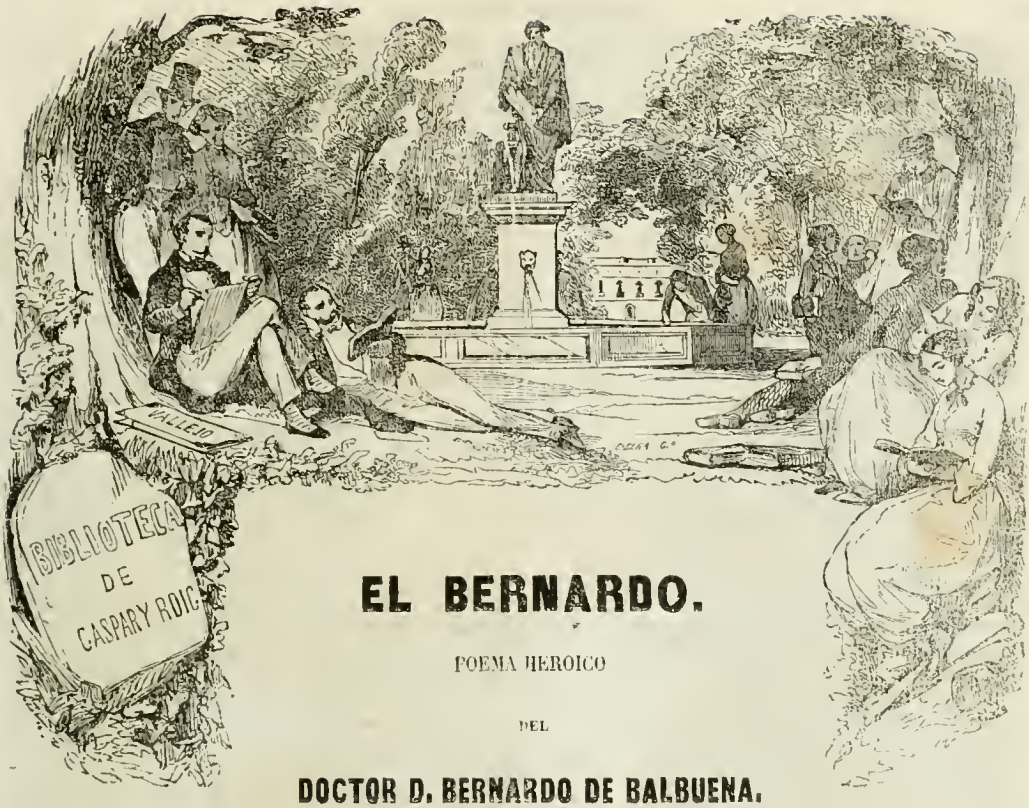
Para todo lo cual, y para mejor tejer las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas, procuré que la persona del autor hablase en él lo menos que fuese posible, con que tambien se pudo añadir á la fábula mas deleite: siéndole por esta via permitido el estenderse á cosas mas admirables, sin perder la verisimilitud; porque si la persona del poeta contara los monstruos de Creta, ó el orígen de la ciudad de Granada, careciera lo uno y lo otro de apariencia de verdad: mas referidos estos casos por tercera persona, queda con todo lo admirable, y el autor no fuera de lo verisimil. Porque sino lo es, que Gravinia se convirtiese en árbol, y Estordian en gusano de seda, esto, y muy posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinion que los oian: que si de la imitacion poética, la porcion mayor de su fin es el deleite, en ningun modo le podrá dañar el enriquecerla de ese tesoro por todos los caminos posibles.

Mas porque este con perfeccion no se consigue menos que moviendo las pasiones del ánimo, y estas con ninguna cosa se mueven tanto, como con la compasion y el miedo en los sucesos ajenos, que mientras mas lastimosos y tristes, mas poderosos son á mover los presentes; hice lo posible porque este poema en sus partes, y en su todo, fuese una apurada tragedia, y que así lo principal de su deleite le naciese de la compasion de tantas muertes lastimosas, sucesos trágicos, destrozos de gentes, truecos de reinos, y caidas de príncipes, como por él van sembrados, con que no solo se deleita el gusto, se mueve el ánimo, y sus pasiones; mas aun con su encubierta moralidad y alegoria le deja instruido en las virtudes y saboreado en ellas, dibujándole entre el deleite de la fábula, y sus colores retóricos, en la persona de Bernardo, que es la épica, un príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heróicas virtudes, de magnanimidad y fortaleza; en la del casto Alfonso, un rey prudente y católico; en la de Carlo Magno, un victorioso y potente monarca mal aconsejado: la atrevida libertad de un lisonjero en Galalon; un mancebo disoluto y libre en Ferraguto; un prolijo hablador en Galirtos; en Angélica una distraida cortesana, á quien ya el tiempo va marchitando los claveles de su rostro, y las flores de su juventud; en Garilo un astuto ladron; y en Arleta una sagaz ramera, y una hechicera supersticiosa: la gran fuerza del favor en la fuente de la hada Iberia; en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un alquimista; la disoluta vida de un tirano en Bramante, y las desatinadas blasfemias de un soberbio en las de su hermano Morgante; y en lo principal de la accion, lo poco que hay que fiar en favores de fortuna y prosperidades de tiempo.

Mas porque tocar la moralidad, fuera dilatar demasiado este discurso, remito al lector que la quisiere al fin de cada libro, y de aquí al principio del primero, por donde desde luego entre haciendo anatomía, sino de la apurada observacion del arte, á lo menos de un cuidadoso é infatigable deseo de acertar con la vena del deleite, para dar con ella en la del su gusto.

Y porque el ser los versos de muchas dicciones y sinalefas, los hace llenos y sonoros, y el tener pocas, flojos y humildes, y dos asonantes juntos disminuyen la suavidad de las cadencias, y los consonantes en verbales humillan mucho el estilo, y le descaecen, se ha huido todo lo posible de estas dos cosas, procurando llenar los versos de manera, que en cinco mil octavas que tiene este poema, que son cuarenta mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones, sino que el menos lleno tiene cuatro, y de ahí para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones, y diez y ocho sílabas, como el último de la octava primera de la página 97 del tomo II, que dice:

Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.



EL BERNARDO.

POEMA HEROICO

DEL

DOCTOR D. BERNARDO DE BALBUENA.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO. Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la Hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldaña, y de don Tendonio, el cual da cuenta al conde de su linaje, y antigua privanza con el rey Casto, y como el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carlo Magno envió con don Gayferos un gran socorro de gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana.

Cuéntame, ó Musa, tú, el varon que pudo
A la enemiga Francia echar por tierra,
Cuando de Roncesvalles el desnudo
Cerro gimió al gran peso de la guerra:
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!
¡Tanto el celoso ardor que su alma encierra!
¡Tanto la envidia obró, tanto la saña
De defender su invicta tierra España!
Allí donde de un grave desafío,
El trágico suceso lastimoso,
A los piés de un Leonés, el cuerpo frio
Del francés arrojó, mas orgulloso:
Tú de esta fuente caudaloso rio,
De su real sucesion fruto precioso,
Por quien la fama ya promete á Castro
Láminas de oro y bultos de alabastro:
Mientras que de Austria el sucesor divino,
Por honra á su diadema soberana,
A su diestra el asiento mas vecino,
Cual mereces en dártele se ufana;
Y el nuevo mundo de gozarte indigno
En voz te adora y en librea humana,
Y tu sangre heredada de mil reyes,
Honor le envia, y moderadas leyes;
Muestra aquí tu valor, que si allanares
Del Parnaso á mi voz las agrias cuestas,
Las alas que en mis hombros levantares,
Te dejaré en tu heróico templo puestas:
Estense Apolo y Baco en sus altares,
Este dando furor, y aquel respuestas,
Que tú que en magestad al mundo sobras,
Con tus grandezas honrarás mis obras.
Donde en el mar cantábrico se acaba
La rica Europa, y en su golfo helado,
Las fértiles arenas ciñe y lava
Al inculto español nunca domado;
Un pequeño rincon solo quedaba,
Que al bárbaro furor habia sobrado,
Y en él el casto Alfonso recogido,
De estreche y breve término ceñido.
Aquí se conservaba antiguamente,
Como en el duro pedernal guardada,
La santa luz de una centella ardiente,
Jamás del infernal yelo apagada:
Aquella ilustre y belicosa gente
De la fortuna hija regalada,
Corona universal, cetro fecundo,
De honor á España, y de gobierno al mundo.
Y bien que entonces del furor de Marte
Viese arruinado su florido asiento,
Y del morisco bárbaro estandarte,
De sombras lleno y de pavor el viento;
El que mas tuvo en sus despojos parte,
Menos seguro vió su vencimiento,
Que no trueca su tierra á gente estraña,
Menos que á sangre la invencible España.

No se vió en Colcos nunca vellocino
Bañando el aire con vislumbres de oro
Entre mas enemigos, cuando vino
La flor de Grecia á entrar en su tesoro;
Ni las manzanas del metal mas fino,
Que Atlante cria y beneficia el moro,
De mas Hércules fueron asaltadas,
Ni con mas sed ni mas calor buscadas,
Que el agradable reino y fértil tierra,
Que el Bétis riega, fue de gente estraña;
Que es hambre de oro la sangrienta guerra,
Hija cruel de la ambicion y saña:
Y los tesoros que en su seno encierra
Siempre inquietaron á la rica España,
Desangrando sus venas por mil modos,
Griegos, romanos, árabes y godos.
A todos dió la bárbara codicia
De sus metales loco atrevimiento
De violar con hidrópica avaricia
Los sacros bosques de su alegre asiento;
Hasta que al fin de Arabia la malicia,
Con soberbia crueldad, y horrible intento,
Mas de sangre sedienta, que de imperio,
Volvió el suyo en estrecho cautiverio.
Y aunque desde aquel dia lastimoso,
Que sobre el desgraciado Guadalete,
Cayendo el nombre ilustre y cetro honroso,
Donde en el mar de Cadiz se entremete,
De azares hizo el hado su reposo,
Y que de su grandeza se interprete,
El agorero rio, en quien hundido
Su invencible valor quedó en olvido;
La paz y magestad que antes gozaba
Vuelta guerra y comun desasosiego,
Cuanto en sus anchos términos sonaba
Era de un feroz Marte el voraz fuego:
La altiva frente desdeñosa y brava,
De ardiente rabia llena y furor ciego,
Viendo sembrado en su español distrito
Del mauro pueblo el número infinito.
Y bien que á un triste asalto y ronco estruendo
Vió siempre su primer sosiego asido,
Despues que entre peñascos revolviendo
Sobre el honor y crédito perdido;
Salió del cuello altivo sacudiendo
El yugo infame á que le habia rendido,
Sin gozar tiempo, término ni tierra,
De asaltos libre, y de ambicion de guerra.
Mas en la que al presente está alterada
A toda antigua competencia escede,
Sin que desde la cumbre mas nevada
Del Alpe helado al firme Atlante quede
Pueblo, gente, ó nacion tan olvidada,
Que en ella con su riesgo no se enrede,
Que este fue el ademan en que fortuna
Quiso de mil tragedias hacer una.
Ni cuando sobre aquella cueva altiva,
Alcazar real de la perdida España,
Del valiente Alcaman la furia esquiva
Cubrió de gente y tiendas la campaña;
Y á no le reservar persona viva,
Espigada de lanzas la montaña,
Un nuevo rey acometió escondido,
Que con mil hombres le dejó vencido.
Ni cuando á sus magnánimas conquistas
El Católico Alfonso abrió la mano,
Y con mas lanzas que Trinacria aristas
Pasó á Galicia ejército asturiano;
Y en varios lances, y en copiosas listas,
Gran número añadió al pueblo cristiano
De victoriosos triunfos, cuya gloria
Eterna da á los siglos su memoria.
Ni otro alboroto, brega, ni ruido,
De los que en aquel tiempo peligroso
El grave reino vieron consumido,
De asaltos lleno, y falto de reposo;
Ni con mayor estruendo y alarido
Sonó el arnés de Marte belicoso,
Que hoy sobre la cerviz y altiva frente
De la francesa y española gente.
¿Las causas de tan nuevas disensiones
Qué furia las sacó sobre la tierra?
¿Cuál dios de tan valientes escuadrones
La ira trazó de esta encenada guerra?
¿Nacieron de odio antiguo sus pasiones?
¿O del furor que la ambicion encierra?
¿O las cosas violentas cuesta arriba
Su misma pesadumbre las derriba?
¿Por dónde abriré senda á los portentos
Que estos siglos sembraron por el mundo?
¿En cuáles casos, sobre cuáles cuentos
Mi esteril verso volveré fecundo?
¿De esta antigua preñez de pensamientos,
Cual el primero haré, cuál el segundo?
¿Qué brazo, qué valor, qué brio, qué saña,
El discurso guiará desta hazaña?
Por los campos sepulcros olvidados
Se han visto temerosamente abiertos,
Y los enjutos cuerpos descarnados,
De triste amarillez salir cubiertos:
Los ojos sin mover embelesados,
La voz sin fuerza, los cabellos yertos,
Pregonando desdichas no pensadas,
Con los vivos trocaron sus moradas.
El mar sus peces espantó bramando,
Y la tierra tembló de su bramido,
A quien mil monstruos fueron afeando
De vista y talle nunca conocido:
Donde tal madre se asombró mirando
El hijo que ella misma habia parido,
Y muchos sin nacer, en no aprendidas
Palabras, dieron voces escondidas.
Y donde el nuevo horror en sangre fria
Los alientos volvia mas briosos,
Donde con mas violencia prometia
Tristes tragedias á los lastimosos;
Era sobre los ánimos que via
De lo mejor del orbe victoriosos,
Que siempre los favores de fortuna
Crecen para menguar como la luna.
Reinaba en las regiones de Occidente
Carlo Magno, un gran príncipe famoso,
Príncipe á quien las águilas de Oriente
Su estandarte volvieron mas pomposo:
Obedecido de invencible gente,
Y sobre mil ciudades poderoso,
A cuyo nombre ilustre y lirios de oro
Reverenció el cristiano, y tembló el moro.
Los altos muros de trofeos cargados,
(Fama á sus victoriosos escuadrones)
Los altares y templos coronados
De conquistadas armas y pendones;
Despojos de enemigos destrozados
De indómitas y bárbaras naciones,
Que las mas peregrinas y extranjeras
Llenas vieron de espanto sus banderas.
¿Quién á los altibajos de la vida
Punto dará, y compás tan acertado,
Que cortando del tiempo á su medida
El círculo feliz saque cuadrado?
Ninguno hasta el fin de la partida
Se sueñe á sus contentos ajustado,
Que en suerte humana todo es movimiento,
Ni mal que dure, ni placer de asiento.
Triunfante el victorioso Carlo Mano
Con los favores de la instable rueda,
Persuadido vivia, que en su mano
El punto estaba de tenerla queda:
Frágiles trazas del juicio humano,
Que quien mas fia en él, sin él se queda,

Que cierto es en la noche mas serena
El descrecer la luna en siendo llena.
Despues de haber el mundo amenazado
La fama con la voz de sus victorias,
Despues de dar su nombre celebrado
Con letras de oro escrito en mil memorias,
Despues de haberle á su sabor colmado
Fortuna el vano plato de sus glorias,
Y que cebado en ellas su contento
Menos temia del contrario viento.
Para reseña y fin de sus mudanzas,
Y freno de ambiciosos corazones
En su fama y pomposas esperanzas,
Hoy la flaqueza muestra de sus dones;
Y pues á las mas firmes con fianzas
Las desvanecen flacas ocasiones,
Del bien ó el mal, que el tiempo nos envia,
Será el juez mas cierto el postrer dia.
Tenian sus belicosos paladines
Lleno el mundo y la fama de proezas,
Que en lisonjera lengua á varios fines
Nuevas ensanchas daba á sus grandezas:
Sonando en lo mejor de sus clarines
De Orlando las victorias y bravezas,
Los muertos reyes, los gigantes fieros
De su invencible brazo prisioneros.
Del bravo Almonte y nuevo rey troyano,
Y el altivo Agricon la sangre ardiente,
Que halló su espada, y derramó su mano
Sobre las yerbas, aun se está caliente;
Y de Cimosco el instrumento vano,
Ya sin rayos ni luz resplandeciente,
Por orla al vencimiento, y triste caso,
Del soberbio Agramante, y rey Gradaso.
Mas como no hay valor siendo estremado
Sin carcoma de pechos envidiosos,
El mundo deste antiguo error llevado
Lleno estaba de quejas y quejosos:
De tan largas venturas enfadado,
Que no hay sin agraviados victoriosos,
Ni hombre tan ajustado, y tan querido,
Que de alguno no sea aborrecido.
Las hadas que á las cosas variables
De nuestro inferior mundo dan gobierno,
Y en cavernas y grutas espantables,
Vecinas viven del silencio eterno;
Y del antojo humano los mudables
Gustos al suyo revalidan tierno,
Y en sus vácios asientos desiguales,
Los bienes acrecientan y los males.
Estas de los franceses paladines
En general estaban agraviadas,
Destruidos sus palacios y jardines,
Y su halago y caricias despreciadas:
Alcina sus tritones y delfines,
Focas, ballena, y redes delicadas,
Desechas ya, y en libertad Rugero
Del torpe lazo en que se vió primero.
Despreciada Morgana y su riqueza,
Febosilla su fama destruida,
Falerina su astucia y sutileza,
Olofana sus gulas y comida;
Filteorana su amor y su belleza,
Y la soberbia máquina caida
De Limaturia, Bruna y Aquilina,
Y el juvenil ardor de Dragontina.
Ninguna en el fatal colegio habia
Sin queja de francés, ninguna al cielo
Sin lágrimas miró desde aquel dia
Que la furia de Francia pisó el suelo:
Sino fue Logistilla, que seguia
De esta parcialidad el mejor celo,
Y sobre todas la afeitada Alcina
Es la que á su venganza mas se inclina.
Está en un lago oscuro de horror lleno,
Su jardin y su casa destruidá,
Consumiéndose estaba en el veneno
De la afrentosa injuria recibida:
Bien que su fértil isla y bosque ameno
Cobrar pudieran la beldad perdida,
Y ella su alcázar con mayor tesoro
De cristal reformar, y lazos de oro.
Mas ardiendo en deseos de venganza
A solo este deleite y gusto aspira,
Que es mujer agraviada con mudanza,
Metida en un celoso infierno de ira:
Conoce que le ofende la tardanza,
Y que si la ocasion se le retira,
Su agravio pasará, que el tiempo leve
Las penas traga, y los agravios bebe.
Y como con la cólera quemada
Se alumbra y sutiliza el pensamiento,
De uno en otro discurso dió la Hada
En la traza mejor para su intento:
De aquella rica y peligrosa espada
Que Falerina obró en su encantamento,
En conjunciones de menguante luna,
Y temples de mudanzas de fortuna,
Se acuerda, y revolviendo sobre el caso
Los libros de su ciencia peregrina,
Sin dejar del Oriente al turbio ocaso
Planeta, signo, aspecto, y luz divina,
Que no consulte, siga, y mida el paso,
Llegó á saber que el hado determina,
Adquiera aquella espada vigor nuevo
En la templada sangre de un mancebo.
Faltóle un punto cuando fue forjada
En las observaciones de su estrella,
Y esta falta con sangre reparada,
Sus vivos filos volverán sin mella:
Invencible, y su artífice vengada
La dejará, y á Alcina sin querella,
Si la bañare en una oculta guerra
La mas heróica sangre de la tierra.
De un mago aspecto el abreviado punto
Á decirle llegó que el mar Tirreno
Ya sobre sus cristales tiene junto
Á un galeon de amor y de armas lleno
Un jóven español, que puesto á punto
Se vie entrar por su entoldado seno,
Á que la autoridad de un rey severo,
Blason y armas le dé de caballero.
Es de suyo el contento bullicioso,
Y Alcina que le ha puesto en la venganza,
Al orgullo de su ánimo brioso,
Cada hora le es un siglo de tardanza:
Una carroza de cristal lustroso,
Que una piedra preciosa á otra se alcanza,
De oro las ruedas, de marfil los tiros,
Los clavos de diamantes y zafiros;
Para ir á los jardines de Morgana
Hace aprestar, y en forma contrahecha
De varia plumería y pompa ufana,
Al yugo dos soberbios grifos echa:
Que en invencible vuelo por la vana
Region del aire, una alba hermosa hecha
La llevan, y ella derramando amores,
Llueven hechos aljofar por las flores.
En silla de oro, y rica pedrería,
En el triunfante carro recostada,
Con mayor luz que la que saca el dia
La mañana de mayo mas pintada;
De perlas, de rubis, y argentería
Por el cabello vuela una lazada,
Que haciendo el rostro un sol, sirve de llama,
Que en bellos arreboles se derrama.
De blanca tela de oro con plumajes,
De diamantes y aljófares menudos
Vestida, y por las puntas y follajes
Erres de perlas y cuajados nudos:

Entre doradas nubes y celajes,
Volando pasa por los aires mudes
Al lago blanco que Morgana habita,
Entre el frio Geta, y el helado Escita.
Tomó la Hada toda esta belleza
Del primer arrebol de la mañana,
Que del mago pincel la sutileza
Lo sano enferma, y lo doliente sana;
Lo feo agracia, al muerto da viveza,
La encogida vejez vuelve lozana,
Y al fin hacen y fingen sus unturas
Alegres teces, nuevas hermosuras.
Hoy la suya amasó de un rojo cielo
El vengativo gusto de la Hada,
Y á la enemiga Francia torció el vuelo,
Por ver cual nuevo ardor la da ocupada:
Miró, y gozando triunfos sin recelo,
La vió de pompa y fiestas coronada,
Tan llena de victorias, que en su adorno
Un despojado mundo goza en torno.
Si bien de la jornada y pretensiones
En que Saturno agüera su caida,
Nuevo rumor halló, y alteraciones,
En armas toda, y en furor metida;
Contrapuestos sus llenos escuadrones
Á una tasada gente, así rendida
Al violento rigor del duro hado,
Que apenas tierra en que morir le ha dado.
Contempla la soberbia y aparato
Del belicoso ejército, y las fiestas
Que á vueltas de la guerra y su rebato
En públicos carteles vuelan puestas;
Y en esto divertida un breve rato
Pasa el Reno sus aguas y florestas,
Y Holanda un tiempo dura é inclemente
Mira ya de agradable y culta gente.
Deja el fuerte Calés á la siniestra,
Y los peñascos Anglicos nevados,
La Chersoneso Cimbrica á la diestra,
Con el mar que le escarva los costados;
Y Zelandia amenísima le muestra
En los golfos de Esquenia sus pescados,
Donde volando el carro cristalino,
Á la Noruega tuerce su camino.
En el Gótico mar mira al Oriente
De Colmar los alcázares famosos,
Ahora patria, y otro tiempo fuente,
Y origen de los godos belicosos;
Y siguiendo la costa del Poniente,
De la Suecia goza los preciosos
Metales, que revientan por los riscos,
Y las fieras que amparan sus lentiscos.
Pasa á Fimarquia, y sobre el cristalino
Y endurecido mar que la costea,
Conoce en el peñasco subentino
El peligroso golfo que la ondea;
Y dando á las espaldas el contino
Fuego, que en la encubierta Tileumea
Á las alturas de Biarma sube,
Y allí se baja de su hueca nube.
Estampa de las ruedas las molduras
En la vega de Elsingue placentera,
Gozando de las nuevas hermosuras
Que en sus flores sembró la primavera;
Y por entre arboledas y frescuras
Del lago blanco llega á la ribera,
En cuyas playas el mayor espacio
Ocupa de Morgana el gran palacio.
Fueron en este lago antiguamente
De Galatea los baños celebrados,
De cuyo pecho y cuerpo transparente
La tibia leche y el cristal mezclados
Le dan nombre y color, y la corriente
De Varciga á la mar nuevos pescados,
Que de sus revoltosos y anchos senos
Por secretos caminos le hace menos.
Humillando jazmines y azucenas,
Rosas y lirios, que el placer retoza,
De blanco aljofar, y de olores llenas
Las ruedas van de la imperial carroza;
Y la playa, el cristal, y ondas serenas,
La Hada mira, y con la vista goza
De un florido tapiz, y alfombra rica,
De cuanto abril y mayo multiplica.
Del inmortal laurel en la guirnalda
Que en torno ciñe el lago, considera
Bruñida plata, y cercos de esmeralda,
Que un resplandor en otro reverbera;
Y en las floridas rosas de su falda
De pedrería una estrellada esfera,
De no menor beldad que la que en vuelo
Trastorna por sus bóvedas el cielo.
Dentro del fértil lago, hácia la parte
Que le apunta la luz de la mañana,
O por natural curso, ó fuerza de arte,
Está una fresca isleta y tierra llana;
De cien torres ceñido un baluarte,
Donde resurte vuelto espuma cana
El cristal tierno, que en hermosos lejos
Sirve á sus playas y árboles de espejos.
Aquí sobre cimientos de alabastro,
Y mármoles preciosos, se levanta
Hecha de un cerco en conjuncion de un astro
De un real palacio la soberbia planta;
Sin que de cimbrias ni canteras rastro
Quedase al mundo de grandeza tanta,
Que Morgana lo hizo en sola un hora,
Al romper blando de la tierna aurora.
En doce altivas torres dividido,
Donde el diestro primer de un nuevo Apeles
Mil lazos relevó de oro bruñido
Al vuelo de sus altos chapiteles;
El jaspeado muro compartido
En dorados balcones y rejeles,
Y el claro ventanaje en mil maneras
De alegre luz, y claras vidrieras.
Las altísimas bóvedas cargadas
Del peso real de un bárbaro tesoro,
De bruñido alabastro las portadas,
Los firmes quicios de metal sonoro;
Sobre que se revuelven ajustadas
Las puertas de marfil, y clavos de oro,
Que es esta Hada la que al mundo vano
Las riquezas reparte de su mano.
Crece un fresco jardin sobre la playa,
A sus resacas y frescor dispuesto,
Del quebrado cristal florida raya,
Y del deleite humano alegre puesto;
Donde Pomona de su verde saya
El regalo mayor dejó traspuesto,
Sembrando por sus yerbas y sus flores
La humana industria todos sus primores.
De un lustroso cristal muro almenado
La corva playa ciñe del Poniente,
De dorados balcones rodeado,
Al precioso jardin pomposa frente:
Donde del rico mayo el matizado
Artificio, en la cerca transparente
De rayos de oro forma, y de vislumbres
Hermosos visos, y encendidas lumbres.
Que al jugar por los árboles el viento,
Y el sol dorar sus hojas de esmeralda,
Del claro golfo en el mudable asiento,
Del real jardin la altísima guirnalda;
Á la vista hace del que mira atento,
De verde, azul, de rosicler, y gualda,
Bellos reflejos, claros resplandores,
De un mezclado color de mil colores.
Tal de vidrio sutil hinchadas pomas,
Del claro alinde por el terso poro,

Alegres fingen de lustrosas gomas
Jardines de esmeralda, y bosques de oro;
Y en bellos tumbos de preñadas lomas,
La matizada cera abre tesoro
A unos alegres visos, que en reflejos
La vista engañan con fingidos lejos.
Y así la Hada por la selva amena,
Mientras volando pasa su carroza,
De aljofar y oro la campaña llena,
Sus flores mira, y sus olores goza:
Ve el palacio, el jardin, y la serena
Playa, donde el verano se remoza,
Que en aquel punto al despuntar el dia
Luces sembraba, y rosas producia.
Ya de las torres un clarin bastardo
La salva hacia á la amorosa Alcina,
Que en vista alegre y ánimo gallardo
Doblando iba la playa cristalina:
Cuando en hábito humilde, y paso tardo,
Entre dos mirtos, y una parda encina,
Un bulto vió... mas yo que un mundo entero
Confuso miro, y darlo en órden quiero;
La pluma vuelvo á la intrincada masa
De historias, que en aliento y son divino,
Como de un nuevo abril flores sin tasa
Por este asunto brotan peregrino:
Despues diré de la encantada casa,
La traza, el modo, y fin deste camino,
Que de la historia aquí la grave suma,
Tras su vuelo arrebata el de mi pluma.
Y el triste y ronco son de las cadenas
De un conde por envidia aprisionado,
Aunque al rey sordas, porque son ajenas,
Ya mi música y voz han destemplado:
Y sus canas de honor y llanto llenas
Piden que deje el cuento comenzado
Por ver de sus delitos el proceso,
Que es obra santa consolar un preso.
Tuvo el rey Casto una gallarda hermana,
Y hubo en Saldaña un conde valeroso,
Ella Venus en gala cortesana,
Y él en braveza un Marte belicoso:
Y ambos de la nobleza castellana
La fuente del caudal mas abundoso,
En quien mostraron su poder á una
Los tiempos, el amor, y la fortuna.
El tiempo les dió en gracia y gentileza
Colmada á sus deseos la medida,
Y del pródigo amor la ancha largueza
Todo el vivo placer con que convida:
Solo de la fortuna la tibieza
Su gloria dejó en llanto convertida
Con que sus gustos vueltos en dolores
Tuvieron mas de amargo que de amores.
Duró el tiempo feliz de los amantes
Lo que el sagaz recato en su cuidado,
Que en el amor los gustos importantes
Son hurtos de contento reservado:
Al fin con ocasiones semejantes
Del cielo llegó el tiempo señalado,
Que á Bernardo con próspero ascendiente
La vida habia de dar, y luz presente.
Y luego que en los signos mas dichosos
Que en sus esferas vió el cielo sereno,
Y á gozar de los siglos venturosos
Salió encogido del materno seno,
Incitado de pechos envidiosos
El rey, quitando á la templanza el freno,
De su hermana, y el conde de Saldaña,
A pesar se vengó de toda España.
Y en justa pena al descortés delito
De haberse tras su antojo desposado,
Y en la ciega pasion del apetito
Su real palacio y opinion manchado,
Con dura ley y riguroso edito
Ocultó el niño, el conde aprisionado,
A su hermana hizo monja, con que pudo
Torcer del firme matrimonio el nudo.
Sobre tres quintos lustros daba el cuarto
De su curso infeliz la mayor parte,
Que de gustos ayuno, y penas harto,
La honra y la fama de Saldaña y Marte:
En el mas solo y encubierto cuarto,
En que un torreado alcázar se reparte,
Vivia en su cadena y prision fuerte.
Si es la vida en prision vida y no muerte.
Guardaba el mundo tan oculto al conde,
Que ya los vivos le tenian por muerto,
Y si está preso, nadie sabe donde,
Que el rey por mas seguro lo ha encubierto;
Y siempre á un desdichado corresponde
Olvido general, favor incierto,
Que la fortuna al trastornar su esfera,
Ninguna gloria antigua deja entera.
De un ofendido rey el rigor grave
Ponerle pudo en cárcel tan estrecha,
Que ni del dia ni la noche sabe.
Ni cual favor le daña, ó le aprovecha:
Del trato mas hidalgo y mas suave
Con mas recelo vive y mas sospecha,
Que es grave riesgo, y de áspero castigo
Un ofendido rey por enemigo.
Así en larga cadena aherrojado,
El preso conde sin vivir vivia,
Cuando un hombre de nuevo aprisionado
Su tristeza aumentó, y su compañia:
De aspecto afable, rostro autorizado,
De discrecion un centro y cortesía,
Que son las partes que con fiesta doble
El lustre muestran de la sangre noble.
Ceñido en torno de un doblado muro
En la Mota de Luna un cuarto habia,
Que un ciego caracol por mas seguro
A sus lóbregos senos descendia:
Secreta estancia, calabozo obscuro,
Donde jamás llegó la luz del dia,
Y tal que al delincuente mas amigo
De cárcel le servia, y de castigo.
A esta bajó Teudonio por mas fuerte,
Que así el honrado preso se llamaba,
Y al afligido conde allí la muerte
Por sobrarle la vida le faltaba:
Llegó el huesped, y tuvo á feliz suerte,
Aunque en la ciega sepultura entraba,
Ver otro muerto allí, que todavia
Consuela en la afliccion la compañia.
Diéronse en cortés trueco afablemente
El pésame, y la bien venida á una,
Doliéndose cada uno del presente
Daño que al otro ha hecho la fortuna:
El conde, como aquel que ha estado ausente
Del cielo, el claro sol, y errante luna,
Tantos años cerrado en el profundo,
Podiase ya contar por de otro mundo.
Y deseando saber qué nuevo estado
Las cosas alcanzaban de la tierra,
Quién gobernaba el reino, á cuál cuidado
La dulce paz está, y á cuál la guerra;
Dejando su valor disimulado,
Que quien luego lo dice todo yerra,
Así con un fingido regocijo,
Afable, vuelto á don Teudonio, dijo:
«Señor, aunque en mis culpas he aprendido
Que jamás el castigo faltó en ellas,
Sé tambien que no siempre un afligido
Padece y sufre agravios por tenellas;
Que el tiempo muchas veces compelido
Del contrario rigor de las estrellas
Trocarse vemos, y enviar al suelo,
En vez de alegre sol, borrasca, y yelo.

Y ahora vuestra presencia resplandece
Aun entre estas tinieblas de tal modo,
Que en su compuesta gravedad parece
Retrato singular del valor godo.
Yo, señor, soy un hombre en quien fenece
De mi principio y fin el nombre todo,
No tengo mas valor, ni mas estado,
Que ser dichoso ayer, y hoy desdichado.
No os quiero ya informar de mi derecho,
Que en la cárcel no hay preso con delito,
Todos están sin culpa, y sin provecho
Es dorar á la culpa el sobrescrito:
Solo os ruego, señor, si á un noble pecho
Amor con sola ceremonia y rito
Puede obligar, conozca ahora el vuestro,
Que le deseo servir en mas que muestro.
Y en recambio me deis de vuestras cosas
La parte que sin riesgo os pareciere,
Seguro que en las tristes, ó dichosas,
Mi gusto os seguirá como pudiere:
Mas si estas son demandas peligrosas,
Que ni el lugar ni el tiempo las requiere,
Contadme en trueco, porque así se ahorren,
En el mundo qué mundo y tiempos corren.
¿Qué cetro le gobierna y rige ahora?
¿Qué guerras hay de nuevo? ?qué dictados?
¿Si es ciega todavía la señora
Que da y reparte reinos emprestados?
¿Quién se señala en armas? ¿quién adora
La fama? ¿quién celebra sus cuidados?
¿Qué ritos? ¿qué premáticas? ¿qué leyes,
O qué lisonjas privan con los reyes?»
Así el conde, y Teudonio así admirado
De la prudencia y gravedad del preso,
En tanto que habló estuvo colgado
De su dulce discurso y raro seso:
De aquel discreto preguntar pagado,
De las preguntas, y su grave peso,
La entereza del ánimo, y el modo,
Tan de pecho real y heróico en todo.
Y en sus penas suspenso y divertido,
Sin conocer al olvidado conde,
Teudonio, mas de honrado y comedido,
Que gustoso de hablar, así responde:
«Si los agravios con que me ha traido
Fortuna aquí, lugar me dan por donde

Aliviar tu cadena, y mis prisiones,
Gran campo han descubierto tus razones.
La tierra está sembrada de portentos,
De grandezas hasta ahora nunca vistas,
Famosos hombres, de altos pensamientos,
Armas, guerras, furor, pleitos, conquistas:
Fieros jayanes, bárbaros intentos,
Altivos reyes, que en copiosas listas
El mundo sacan al soberbio alarde
De un desman nuevo en que hoy se enciende y arde.
En gran riesgo está España de perderse
Preñada de costosos enemigos,
Lijero el rey y fácil de creerse,
Y sin lealtad y fe los mas amigos:
Harto desto en mis causas puede verse,
Y servir mis agravios de testigos,
Pues mis nuevas cadenas y prisiones
Son de eterna lealtad los galardones.
Es Tendonio mi nombre, y mi famoso
Linaje en todo el orbe conocidos
Del feliz Recaredo en rio copioso
Por sucesion legítima traido
Hasta don Pedro, duque valeroso
De la Cantabria, padre esclarecido
Del Católico Alfonso, y del valiente
Fruela, de corazon y de alma ardiente.
Fue sucesor de Alfonso otro Fruela,
Y el generoso infante Vimarano,
Por quien del rey su hermano la cautela
Cruel le hizo, y fratricida hermano:
Deste un hijo quedó en su inliel tutela,
A quien en recompesa dió el tirano
Del muerto padre, y de su injusta sana,
En título el condado de Saldaña.
Del Fruela primero, hijos famosos,
Aurelio fue, Teudonio y don Bermudo,
Soldado el uno, y reyes poderosos
Los dos, que en cuanto el tiempo darles pudo:
Teudonio otros dos hijos belicosos
Dió al mundo, y de los dos el mas membrudo,
Por animoso, intrépido y osado,
El conde don Osorio fue llamado.
Deste nació mi padre, y por el suyo,
Como he dicho, me llaman don Teudonio,
Y esta es la sangre que amo y la que huyo,
Y este de mi linaje el testimonio:
Ni la fortuna me faltó, sin cuyo
Favor en el estado y patrimonio
Ser la nobleza suele grave carga,
En honras corta y en congojas larga.
Estado tuve, y tengo suficiente
Por mí, y por mis mayores levantado,

De reyes como el rey soy descendiente,
Y tan leal con él como agraviado:
Un tiempo me trató por su pariente,
Con favor y caricias de privado,
Mas siempre las privanzas de los reyes,
Como viven sin ley, mueren sin leyes.
Cuando de Nugariz la furia esquiva
Con ochenta mil moros de pelea
Entró en Asturias, y á su voz altiva
Tembló cuanto en sus términos rodea:
Yo que de mis primeros años iba
Dando al mundo el ensaye y la tarea,
Por el gusto del rey toda la tierra
General me aclamó de aquella guerra.
Nuestro pequeño campo en el de Lutos
Al morisco dejó desbaratado,
Que las infames párias y tributos
Pedia soberbio, y de ánimo arriscado;
Y pasando con libres piés enjutos
Sobre el roto escuadron empantanado,
Crucé de Miño y Duero ambas riberas,
Y asombré á Portugal con mis banderas.
Largo es contarte desta gran jornada
Los sucesos y lances por menudo,
Públicos fueron, y ella tan nombrada,
Que al mundo hacer temblar su fama pudo:
No quedó filo de enemiga espada,
Ni resistencia de contrario escudo,
De Oviedo hasta Lisboa, que no fuese
De la opinion y ley que yo le diese.
Y aunque para las fuerzas de la guerra
En campo la persona real venia,
El baston general de mar y tierra
A cuenta anduvo siempre de la mia:
Tomé á Lisboa, y cuanto dentro encierra
Di franco á mi española infantería,
Con que la volví rica, y vi triunfante,
Mas por faltarle yo no fue adelante.
En este tiempo con la hermosa Berta,
De Carlo rey francés querida hermana,
Santo himeneo el montañés concierta,
En solene aparato y pompa ufana;
Y en la rica ciudad ahora desierta,
Que á Ulises ya fue un tiempo cortesana,
Del grave asiento á las futuras bodas
Las condiciones se firmaron todas.
Despachóse á mi cargo la embajada
Por gusto real, ó pretension agena,
De quien por dicha el ver la mia colmada
Era para la suya estorbo y pena:
O fuese que ocasion tan señalada
Con solo mi valor quedaba llena,
Yo al fin con el asiento y real presente
Partí, dejando al rey por mi teniente.
De parte del ejército asturiano,
De sargento mayor hacia el oficio
Basilio de Manuces, un villano
Catalan falso, hecho de artificio:
A quien pudo el dinero dar la mano,
Y subirle del reino en perjuicio
A la plaza que ocupa, y no merece,
Mas donde él manda todo le obedece.
Era bisnieto del traidor Manuces,
Que con Tarif capituló concierto
De dar á sus escuadras andaluces,
Rendida la ciudad y su rey muerto:
Este, pues, que por caños y arcaduces
Tan limpios vino al mundo, y salió enjerto,
Hijo de una africana esclava lora,
Con mezcla catalana y sangre mora;
Luego que el campo y gente victoriosa,
Sin mí quedó en dos bandos dividida,
Y su hambrienta codicia, y la ambiciosa
Sed de mandar no se halló oprimida,
Con maña astuta y traza cavilosa,
La mas granada gente reducida
A su opinion en riesgo no pequeño,
De la guerra y la paz se alzó por dueño.
Fuese en secreta astucia apoderando
De las fuerzas del reino, y porque habia
Leales cabezas del contrario bando,
Cuya ambicion las suyas reprimia:
Por dar mas nervio al usurpado bando,
Y entrada á su insolente tiranía,
Dos parientes del conde de Saldaña
Nuevos cómplices hizo en su maraña.
Estaba el conde preso injustamente,
Y aun lo está todavía sino es muerto.
Sin que criado, amigo, ni pariente
De su prision alcance el lugar cierto;
La culpa á tanta pena insuficiente,
El rigor grande, el perdonarle incierto,
Agraviada de España la nobleza,
Y el obstinado rey en su dureza.
Esto en su arbitrio fue ocasion bastante,
Y el fingirse falaz protector della,
De hacer mal quisto al rey, y su arrogante
Animo, con mas fuerte y firme estrella;
Creció en hinchado aplauso en lo restante,
Y al fin por esta senda sin perdella,
Un sin principio pudo, mal nacido,
Privar del reino al rey madvertido,
Libróse en nueva astucia y presta huida
De las traidoras armas del tirano,
Que para asegurar la infame vida,
Contra su rey tomaba ya en la mano:
El nuevo asombro de la real caida
A la córte llegó de Carlo Mano
Conmigo, en que se vió ser mi persona
La leal cabeza de su real corona.
La triste nueva el mundo alborotado
Dejó, y de mi embajada el grave asiento
Sin fuerza, que en no haberla el cielo dado,
Frustrado vino y sin sazon su intento;
Hallóse el reino y rey necesitado,
El imperio temiendo un fin violento,
De árabes lleno y bárbaros jayanes,
Y ausentes sus invictos capitanes.
Bien que en medio el aprieto en que Agramante
A Francia tuvo en la ocasion presente,
Su ínclito emperador campo bastante
Al rey envió de su francesa gente;
Y por ausencia del señor de Anglante,
A quien vió á la sazon el rubio Oriente
De amores preso de su reina bella,
A Gayferos nombró general della.
Con valiente escuadron de pechos briosos
De Carlo Magno el generoso yerno,
De París los alcázares famosos
Soberbio deja, y vuelve á mirar tierno:
Llevando de su esposa los hermosos
Ojos por norte y luz de su gobierno,
Que el niño amor por las recientes bodas
Quiso á una gloria aventurarlas todas.
No se atrevió á quedar la bella incauta
En las mudables manos de la ausencia,
Que es amor con la soga á la garganta,
Y hacer sin fruto y premio penitencia:
Es niño amor, cualquier cosa le espanta,
Y en gustos dilatados no hay paciencia:
Tierno Gayferos, Melisendra bella,
La guerra larga, no quiso ir sin ella.
Dejó del rio Siene los cristales,
Y la costa Aquitania al diestro lado,
De Orliens los muros, y altos pantanales
De Bourges y el rio Erve medio helado:
Y tocando en Limojes sus breñales
Pasa, y llega á Garona, en que alojado
Sobre una fértil vega hizo alarde
De su aparato bélico una tarde.

De doce veces mil fue la reseña,
Gente en cursadas guerras escogida,
Bien que á la que fortuna es zabareña,
Nó importa mas despierta que dormida:
Una mañana cuando el alba enseña
De aljofar su guirnalda guarnecida,
De aquel aljofar que al romper la aurora
Su luz primera, el cielo en flores dora,
El rey de Argel, el fiero Rodamonte,
Con una escuadra de enemiga gente,
Saliendo de una selva, entrando á un monte,
Dió sobre el nuevo campo de repente;
Y apenas con la luz del horizonte
La desvelada centinela siente
La mora tropa, cuando al arma grita,
Y ella al son de un clarin se precipita.
Hallónos descuidados el asalto,
Y el sagaz enemigo en ordenanza,
La grita, el algazara y sobresalto
Fue la primera y la mayor matanza:
Quién corre á las trincheas, quién de un salto
Caballo cobra sin espada y lanza,
Va sin saber adonde, y de esa suerte,
Por guarecer la vida da en la muerte.
Uno busca las armas, que dormido
Ya le solian servir de cabecera,
Otro por yelmo de su arnés lucido
Del caballo se encaja la testera:
Quién arrogante, quién despavorido,
Quién con alma cobarde, quién con fiera,
Quién con espada, quién con solo escudo,
Y quién de rabia armado va desnudo.
El astuto enemigo que el desórden
Vió del dormido campo, el suyo aguija,
Y antes que de oro los penachos borden
Los rayos del que al mundo regocija,
Nuestro alboroto atropellando en órden,
Codiciosos del saco y la partija,

Con trápala, alarido y alboroto
Quedó al primer asalto el francés roto.
Rodamonte de Sarza, que en la tierra
De la muerte fue el dardo mas agudo,
Y al cielo de la paz no movió guerra,
Solo porque subir allá no pudo,
Una luciente cimitarra afierra,
Y echando á las espaldas el escudo,
Entró por el ejército normando,
Aquí y allí rompiendo y destrozando.
El rostro al uno, al otro la cabeza,
A otro llevó los piés, á otro los brazos,
Hecho dos dejó á otro de una pieza,
Y á otro de tres golpes seis pedazos:
Hiende, mata, rebana, descabeza,
Y sin defensa, estorbos y embarazos,
De aquí, de allí, de aquesta, ó de otra suerte,
No alcanza golpe que no sepa á muerte.
Parecia en el herir vivo trasunto
De Briarco en su batalla brava,
Cuando á un tiempo con todo el cielo junto,
Con cien brazos y espadas peleaba:
Desbaratando y rebatiendo á un punto
Su alfanje á Marte, á Hércules su clava,
A Palas su gorgon, su flecha á Apolo,
Y el rayo ardiente al rey del alto polo.
Gayferos que á la bella Melisendra
Abrazado en sosiego y paz dormia,
Al alboroto despertó, y contienda
De la desbaratada infantería;
Salta del lecho y sale de su tienda
Con sola espada, al tiempo que venia
El africano bárbaro arrogante,
Con mil vencidos pechos por delante.
Deten, canalla vil desordenada,
Dice el francés, y de un escudo afierra,

Y con él, con su cólera y su espada,
Con Rodamonte y su soberbia cierra;
Y apuntando á la gola una estocada,
Aunque por su desgracia el golpe yerra,
Tal fue su furia y su llegar tan presto,
Que le llevó seis pasos descompuesto.
Valióle al yerno del francés caudillo
Coger al rey de Argel de sobresalto,
Que á tener mas lugar de prevenillo,
Su muerte fuera el descompuesto asalto:
Yo solo que lo ví puedo decillo,
Que fuí á ayudarle en verle de armas falto,
Al tiempo que el jayan de rabia loco
Le era para vengarse el mundo poco.
Lanzando humo y fuego la visera,
Y los dientes quebrando de coraje,
Sobre el francés la cimitarra fiera
Hace á dos manos que furiosa baje:
Fue su reparo el ir á la ligera,
Y un salto que por medio no le raje,
Que á esperarle fiado en el acero,
Dos Gaiferos hiciera del primero
Al desviarse dél bajó la espada,
Y á un duro risco en inmortal empeño
La mitad de ella se quedó clavada,
Y bramando de cólera su dueño;
Por junto al firme puño destroncada,
Y viendo el golpe en vano, aquel pequeño
Trozo que de su alfange halló consigo,
Furioso envió á buscar á su enemigo.
El bravo Alcin, y el bello Atenedoro,
Ambos competidores y galanes,
Que por la dama que gozó Medoro
Otro tiempo pasaron mil afanes;
A la sazon que el descompuesto moro
De la espada arrojó los gavilanes,
En favor iban del francés Gaiferos,
Matando el uno, el otro haciendo fieros.
Y aunque erró el tiro el moro de arrogante,
A Atenedoro dió que era el postrero,
Que no está todo el riesgo en ir delante,
Ni el peligro mayor en ser primero:
La celada le abrió, que á ser diamante
Lo mismo fuera entonces que de acero,
Poniéndole los sesos por el suelo,
Y á Alcin eternas treguas en su celo.
Gaiferos que vió el golpe, y la herida,
Y que le libró de ambos su destreza,
No huye el riesgo, que salvar la vida
Padeciendo la honra no su grandeza,
Y aunque está la ventaja conocida,
Y armado de los piés á la cabeza
El moro, y él sin armas todavía,
En mas que el hierro está la valentia.
Por la cimera le alcanzó un mandoble,
Que de plumas dejó sembrado el suelo,
Y forzó al fiero rey que humille y doble
El cuello altivo á su orgulloso celo;
Que honra herida en sentimiento noble,
No hay cosa que acometa con recelo,
Tras él le da una punta y otra punta,
Por quien tal vez la roja sangre apunta.
El moro que se halla sin espada,
Y de un hombre sin armas ofendido,
En rabia ardiendo con la vista airada,
Parece al cielo vuelto áspid herido;
Y de la peña que dejó cortada,
Un duro risco en alto suspendido
Contra el francés arroja, y arrojara
El monte Tauro que á sus piés hallara.
Bien así el ciego Polifemo bruto,
En descompuesta cólera encendido,
Sintiendo irse por agua el griego astuto,
En su humilde vellon entretejido;
De la puerta del sótano con luto
El gran peñasco asió, y tiró al ruido
Del libre preso ya, y el peso grave
Hiciera en medio el mar hundir la nave.
No fue de riesgo el espantoso tiro,
Aunque se llevó á Fabio por delante,
Fabio infeliz, que natural de Epiro
En Francia subió á noble de farsante;
Y dando el alma el último suspiro,
Confesó que la culpa de arrogante
Mudar le hizo de oficio y pasatiempo,
Y en la guerra morir antes de tiempo.
Mas no dejó su muerte sin venganza
El francés capitan, que al homicida
A dos manos por medio el cuerpo alcanza
De un revés diestro una mortal herida;
Dada en tal ocasion, con tal pujanza,
Que á no estar la escarcela guarnecida
Con redobladas láminas de acero,
Mucho antes le matará que Rugero.
Fue encenderle la cólera al gigante,
Que saliendo de sí de rabias lleno,
Un duro roble asió que vió delante,
Cual seca caña de liviano heno;
Y de él ya hecho un bárbaro montante,
Lleva á dos manos sin templanza y freno
A descompuestos golpes el medroso
Campo huyendo de su herir furioso.
Las calientes entrañas escondidas
Ya por el valle aquel deja sembradas,
Los destrozos, crueldades y heridas
Sin cuento fueron para ser contadas;
Diferencias de muertes nunca oidas,
Antes puestas por obra que inventadas,
Aquí destroza y hunde, acullá mata,
Y un campo entero asombra y desbarata.
Así tal vez del Alpe se desgaja
Peñasco altivo en ímpetu furioso,
Que á buscar en el centro humilde baja
A pesar de los árboles reposo;
Y si la encina, el fresno, ó roble ataja
A su caida el vuelo presuroso,
Hasta arrojarse en el profundo valle
Por cuanto encuentra rompe, y hace calle.
Tal el jayan en su tropel violento
El roto campo con furor derrama,
No causa mas horror el raudo viento
Cuando en las olas del Egéo brama;
Y á escarpar solo el marmero atento
A Santelmo en devotos gritos llama,
Que del moro el destrozo y el gemido
Del campo humilde á sú furor rendido.
Y mientras el soberbio rey de Sarza
Tales blasones labra á costa nuestra,
Bravo en ver que el francés huya, y se esparza,
Medroso de los golpes de su diestra;
El valiente Alancredo de Galarza,
Del montañés valor su parte muestra,
Defendiendo la bella Melisenda
De mil moros que acuden á su tienda.
Era el jóven feliz de ánimo vivo,
Briosa portacion, y fuerza brava,
Galan, diestro, cortés, bizarro, altivo,
Que el rojo bozo apenas le apuntaba;
De una bella mujer recien cautivo,
Que á la francesa infanta acompañaba,
Y la formó de intento su ventura,
Mas que el sol bella, y mas que el mármol dura.
Dióle el gusto y el alma por despojos
A las primeras vistas de su gala,
Y ella por una gloria mil enojos,
Que amor es peso que jamás se iguala:
Bien que tal vez con halagüeños ojos
Le acaricia al descuido y le regala,
Que no hay mujer tan dura y desabrida
Que del todo aborrezca si es querida.

Tocóle aquella noche ser de guarda
A la real tienda, cielo de su gloria,
Adonde en sueño en vuelta la gallarda
Rosia, del ni de si tiene memoria:
Mas el que ama de veras nunca aguarda
A si es ó no su voluntad notoria,
Que en cuanto hace, habla, piensa, siente,
Siempre se da el amante por presente.
Fue por ser visto el montañés gallardo
Mas puesto á lo galan que á lo seguro,
Bizarra calza de amarillo y pardo,
Grabado, pero ardiendo en oro puro;
Plumas en el sombrero, y por resguardo
De una acerada cofia el temple duro,
Relumbrante rodela, espada y daga,
Y un gran valor que á todo satisfaga.
De verde y plata el fino arnés grabado,
De aljofar y oro los bordados tiros,
Una banda de perlas y encarnado,
Y un collar de diamantes y zafiros;
Un barco entre dos aguas engolfado,
Que las altera un ciego con suspiros,
En la rodela, y este mote abierto,
»Donde está el bien dudoso, el mal es cierto.»
No se vió en los cristales de Zeliso,
Ni trastornó las flores del Parnaso
En mas lozano talle su narciso
Siguiendo á un presto corzo en campo raso;
Ni con mas gracia, mas primor ni aviso
Notó Beocia su gallardo paso,
Cuando fue de sus selvas el tesoro
Con arco de marfil y flechas de oro:
Que el brioso Alancredo con su gente
A hacer la ronda fue, y guarda á su dama,
Donde los arreboles del Oriente
Le saludaron con su nueva llama;
Y el mauritano campo de repente,
Con la ocasion de un gran renombre y fama,
Dándole amor aliento, el honor brio,
Y su espada de sangre mora un rio.
El rubio orion, que con su alfange de oro
El mundo alumbra, parecia á la puerta
De la real tienda, cuando el cauto moro
La asaltó en sueño sepultada y muerta;
Y el de su nuevo amor viendo el tesoro
Al riesgo puesto de una suerte incierta,
Y que aun los bravos huyen, sale ciego
De honra y amor de dos haciendo un fuego.
»Teneos, dice, cobardes, ¿dónde os lleva
El deseo infame de vivir sin honra,
Que antes de hacer de los contrarios prueba,
De su temor haceis vuestra deshonra?
Tened, parad, volved, haced que os deba
Mi espada el verla un rato como os honra,
Y de este orgullo os da, que ahora os espanta,
A costa suya una venganza santa.
Si tanto miedo os pone el de la muerte,
¿En cuál parte del mundo no se halla?
¿Dónde ó cómo podrá la humana suerte
Dejar por mas que huya de alcanzalla?
¿Adónde al flaco campo huis del fuerte,
Cobarde, vil y mísera canalla?
¿A qué castillo, á qué ciudad, qué muros,
Si con trincheas aquí no estais seguros?»
Dijo, y en tanto que él con sus razones,
Y los sangrientos filos de su espada,
Venció algunos honrados corazones,
Y mató alguna gente desmandada:
Una escuadra de alarbes nasamones,
Gente en las sirtes libicas criada,
La tienda real entró, prendiendo en ella
A Melisendra ilustre, y Rosia bella.
El montañés que mira su esperanza
Mudada en posesion de un torpe moro,
Y que en cualquiera punto de tardanza
A mortal riesgo queda su tesoro:
Furioso en medio el escuadron se lanza,
A rescatar con sangre y no con oro
La vida de su alma que es amante,
Y está á verle morir su amor delante.
Hiere de tajo, de revés y punta,
Y á voces, golpes, gritos y heridas,
De amor la furia á la de Marte junta,
Rinde, espanta, acobarda, y quita vidas;
Y al que la suya vió llevar difunta,
Con manos sin temor descomedidas,
Los ojos con que osó verla agraviada,
Ambos se los cosió de una estocada.
A otro el brazo cortó, dejando asida
La mano al velo de oro y halagüeño,
Por donde la prendió medio dormida,
Y le quitó la libertad y el sueño;
Y ya en ella y su honor restituida,
»Toma, dice, señora, este pequeño
Servicio, del que indigno de tal palma
No se atreve tambien a darte el alma.»
Ella en alegres ojos y alma ardiente,
Con un tierno suspiro vergonzoso
El riesgo le pagó y favor presente,
Que á mas que esto un mirar es poderoso;
A la sazon que un bárbaro inclemente
Al francés lecho perturbó el reposo,
Por saquear la bella Melisenda,
Y el rico mueble á su asaltada tienda.
Pone punto al amor, y á la honra acude
Suya en un trance tal, y de la infanta,
Y sin que el jayan fiero el paso mude,
La cabeza le deja sin garganta:
Haciendo en esto que la reina dude,
Si el bulto muerto mas que el vivo espanta
El lecho, antes de gusto, ya cubierto
De roja sangre, y un contrario muerto.
Los demas que en la tienda al robo atentos
Por interés sin honra habian entrado,
Asombrados de golpes tan violentos
Por la vida renuncian lo robado;
Y al victorioso amante entre lamentos
De francesas beldades rodeado,
Que asidas todas de él, pensó cada una
Guarecer en la suya su fortuna.
La tienda reforzó cual mejor pudo.
Y al paso se hizo una invencible roca,
Donde un ciego monton de pueblo rudo
Confuso arremetió con furia loca;
Por capitan un Zahará membrudo,
Nacido del rio Cénega en la boca,
Que al filo de una corva cimitarra,
A un hombre dentro de su arnés desgarra.
Acertóle uno al montañés valiente,
Y no bastando á todo la rodela,
Parte aunque poca le alcanzó en la frente,
Que le sirvió á su cólera de espuela:
Tras él la chusma de la negra gente,
En confuso escuadron y estrecha muela,
Por todas partes le acomete y pica,
Y en sangre ajena y propia le salpica.
Uno le arroja un dardo, otro una flecha,
Otro el venablo que á sus piés enclava,
Este con él se afirma, aquel le flecha,
Este hiere de alfange, aquel de clava:
Parecia nube y tempestad deshecha,
Que instrumentos de guerra granizaba,
Cruzando por el aire hechas cometas,
Chuzos, lanzas, gorgueces y saetas.
Y él como áspera roca á todos vientos,
En medio el turbulento mar sentada,
Que de los alterados elementos
Es por mil partes juntas contrastada;
La mar carcome, y bate los cimientos,
De rayos, aires, y ondas asaltada,

Y ella firme en sus ásperos bajios
De lejos pone espanto á los navios.
Andaba por mil partes mal herido,
Aunque de todas á su honor vengado,
Que no hay en su esgrimir golpe perdido,
Ni en su reputacion tiempo olvidado;
Mas ya de tanto bárbaro ofendido,
Y de ayuda y socorro desahuciado,
La rodela arrojó, y asió la espada,
Que ha de dejar su cólera vengada.
Y al feroz capitan en brio lozano,
Al pasar de dos brazos quitó el uno,
A otro dejó en un pié y sin una mano,
Y á otro cortadas ambas sin ninguno:
A este hiere de corte, á aquel de llano,
Y este y el otro ensarta de uno en uno,
Hiende, parte, rebana, descabeza,
Y cuando al parecer acaba, empieza.
La bella Rosia que en sangriento dia
Su caro español ve pisar la tierra,
Y la pena del riesgo en que le via
Al rostro saca lo que el pecho encierra:
Deseosa de tenerle compañía,
Y con vista de paz templar su guerra,
Sin ocasion salió, que la sacaba
Cloto, y el filo ya á su estambre daba.
Eran escarchas de oro sus cabellos,
De un cielo de marfil ricas techumbres,
Que en tiernas rosas y jazmines bellos
De su garganta dan doradas lumbres:
Los ojos de azabache, y dentro de ellos
De placenteras niñas dos vislumbres,
Que al sol retozan, que en coral hacia
La rica concha de quien nace el dia.
Salió á ver el ejército enemigo,
Y así le dice á su español brioso:
»Tu brazo el cielo esfuerce, ó caro amigo,
Y de riesgo te saque tan dudoso:
Animo amor, que moriré contigo,
¡Oh Anercio triste, agüero prodigioso,
Fortuna cruel, que á la primera suerte,
Quieres que sea el favor azar de muerte!»
Aun mas queria decir, cuando de lleno
La voz le atajó un dardo, que venia
Deseoso de llegar al blanco seno,
Donde su cielo la beldad tenia:
Cayó cual tierna flor en valle ameno,
Al tiempo que su amante revolvia
A darle el alma y vida por despojos,
Y cobraria él de nuevo de sus ojos.
¡Oh tragedias de amor, glorias de viento
Las que el tiempo nos muestra en sus mudanzas!
¡Vienen en sombra, sombras de contento,
Tesoros de engañadas confianzas!
¡Con qué facilidad mudan asiento
Las mas bien asentadas esperanzas!
»¡Oh mi gloria, acabada ya, y perdida!»
Dijo Alancredo al golpe de su vida.
Quiso ir á recibir entre sus brazos
El desmayado cuerpo de su dama,
Y los primeros y últimos abrazos
Con que sin tiempo le convida y llama;
»Mas 1.o merezco, dice, tales lazos,
Ni que de mí en el mundo quede fama,
Si antes no le quitare con la vida
La gloria de tu muerte al homicida.»
Así dijo, y cual Hércules furioso,
Con el incauto don de Deyanira,
Rompe, quiebra, destroza, y presuroso
Los altares trastorna ardiendo en ira;
Hasta llegar al mensajero odioso
Que el presente le dió, y temblando mira,
Y en él á su furor ciego entregado,
A no poder ya mas muere vengado;
Así de Rosia el sin ventura amante
Furioso entró en el escuadron tejido,
Rompiendo cuanto encuentra por delante,
Hasta el cobarde moro mal nacido;
Que con medroso y tímido semblante,
Del tiro y daño hecho arrepentido,
Las espaldas volvió, mas no se fuera,
Aunque por padre á Dédalo tuviera.
Por el crespo cabello, áspero y duro,
Bramando le ase, y dél rastrando tira,
Y haciendo que le den paso seguro,
Seguro va á pesar de quien le mira,
Adonde yace entre un confuso muro
De armas un rostro bello, en quien espira
Del mundo la beldad, de honor lo justo,
De amor lo fino, y de su amante el gusto.
Llega, y haciendo campo con la espada,
El delincuente preso le presenta,
Y así le dice con la voz turbada:
»Remate triste de mi alegre cuenta,
Suspende por un rato la jornada,
En tanto que esta víctima sangrienta
En tu altar sacrifico, y yo tras esto
A seguirte y morir por tí me apresto;
Que no es bien que la pena de perderte
Pueda menos en mí que un enemigo,
Y que la aprehension del bien de verte
No me lleve tras tí á verme contigo:
Mi corta vida se acabó en tu muerte,
Y así es muy fácil de acabar conmigo;
Sigo tus pasos, que á quien vive en pena,
La muerte mas penosa le despena.
Ya la vida me sobra, y el suave
Deleite del morir siento en el pecho,
Gloria y gusto que no se alcanza y sabe
Sino es al punto deste paso estrecho:
Que el cielo á este secreto echó la llave
Porque el mundo quedase de provecho,
Que á saberse lo dulce de la muerte,
Fuera el largo vivir adversa suerte.»
Así dijo, y al moro que fue causa
De la triste tragedia clavó al punto
La daga al corazon, con que hizo pausa
Su miedo, y se estendió el cuerpo difunto;
Y tomando en sus brazos quien le causa
Tormento, vida y muerte todo junto
Los ya turbados ojos un instante
Para mayor dolor puso en su amante.
Y con la débil voz enflaquecida,
Como aceptando el sacrificio hecho:
«¡Ay, dice, honesto amor, prenda querida,
Cuan tarde conocí tu honrado pecho!
¡Ingrata, que te vine á dar la vida,
A tiempo que ya no era de provecho!
Siendo para morir con pena eterna,
Dura en la vida, y en la muerte tierna.
Mas si una alma es de estima en quien mudanza
No habrá ya para siempre, en ella viva...»
Fue á decir tu memoria, y no le alcanza
La última parte que quedaba viva:
Cayó muerta, y con ella la esperanza
Del triste amante, que con ansia esquiva
Del presente dolor, y la perdida
Sangre, tambien allí quedó sin vida.
En tanto el francés campo, á la potencia
Del fiero rey de Argel, cayó delante,
Sin caudillo que hiciese resistencia
Al furor de su ejército arrogante;
Que á unos el miedo, á otros la imprudencia,
Para darlos rendidos fue bastante,
El moro con soberbia vanagloria,
Del despojo gozando, y la victoria.
Yo en tanta confusion del ya vencido
Campo francés las sobras derramadas
Cual pude recogí, aunque mal herido,
En escuadron y mangas concertadas;

Gente visoña, pueblo mal regido,
Que los de pundonor y armas honradas,
Por varios trances, en diversos modos,
Sin dar un paso atrás murieron todos.
Cuatro mil desta gente alborotada,
Al ronco son del repentino asalto,
A defender su honor mal enseñada,
En mi real estandarte hicieron alto:
Melisendra á Sansueña fue llevada,
Su esposo, de armas y de sangre falto,
Quedó donde un soldado fugitivo
Por muerto entre los muertos le halló vivo.
Con estas sobras de vencida gente
Al socorro pasé del rey ingrato,
Que en Samos, en custodia suficiente,
Sin magestad vivia ni aparato;
Cual ya otra vez huyendo la insolente
Tiranía se libró de Mauregato,
Que de aquel santo claustro la guarida
Dos veces le dió el reino, y dos la vida.
Rehice allí sus fuerzas con la mia,
Y el bastante presidio reforzado,
La vuelta de Leon tomé otro dia,
Injusta córte del tirano alzado;
Por si abria puerta, ó encontraba guia
De reduccion al pueblo rebelado,
Y con deseos tambien de ver mi esposa,
Del cielo de mis gustos alba hermosa.
Filarco un noble caballero godo,
Caudillo fiel de aquellas dos banderas,
Que en Mondoñedo contra un campo todo
De unas hojas se armaron de higueras;
A cuya sombra se peleó de modo,
Que cobraron cien bellas prisioneras,
Y á España dieron libre del pedido,
Y á Figueroa blasones y apellido:
Deste fue hija Arlinda, por quien vivo
Alegre al rayo de sus ojos bellos,
Desde el dia que amor blando y esquivo
Para mi bien labró su alcázar dellos:
Vílos en mi niñez, fui su cautivo,
Y todo el cielo de mi gloria el vellos,
Hasta que en dia feliz, y hora dichosa,
Rey de mis gustos fuí, y ella mi esposa.
Trazóse el nudo de mi honrado intento
Para la vuelta y fin de la jornada
Del viaje de Lutos, y este asiento
La ocasion suspendió de mi embajada:
Llevado pues de mi amoroso aliento,
Y la real pretension justificada,
Por si en los tratos descubriese modo,
Que al rey pueda importar y al reino todo.
Llegué á la córte en hábito encubierto,
El riesgo huyendo del tirano brio,
Solo al infiel Garilo descubierto,
Un hombre hecho de solo el favor mio;
Sagaz, traidor, doblado, astuto, incierto,
Con mas mudanzas que el raudal de un rio,
Y con un medio tan de azares lleno,
Ventura fue salir suceso bueno.
Peligro es levantar á honras mayores
Sin gran virtud humildes nacimientos,
Solia decir este ayo de traidores
En favor de sus falsos pensamientos:
Que los niños se engañan con amores,
Y los hombres con falsos juramentos;
Y que en su mejor ley el mundo quiere,
Que aquel tenga mas del que mas pudiere.
Entré escondido, y en su humilde teche
Con fingido recato recibido
Lo mas guardado le mostré del pecho,
Y el fin honrado tras que habia venido;
Y habiéndole del alma alcaide hecho,
Dél, y la obscura noche guarecido,
A mi Arlinda fui á ver, yendo conmigo
El alevoso en hábito de amigo.
Hallé la ilustre casa alborotada,
Y mas se alborotó con mi venida,
Por nueva desventura no pensada,
De loca ocasion bárbara nacida;
El sin lealtad tirano en mano armada,
Insolente furor y alma atrevida,
Enamorado de mi esposa bella,
Casarse á su pesar quería con ella.
Habia intentado el caso por mil modos,
Ruegos, lisonjas, fieros, amenazas,
Y habiéndole salido en vano todos,
A las armas se fue, y dejó las trazas;
Y un escuadron de cien bastardos godos,
De aleve sangre y de mestizas razas,
Envió, que por fuerza ó ruegos rinda
Del padre el gusto, y de su hija Arlinda.
Vime de un nuevo enjambre de cuidados
Cercada la confusa fantasía,
Los puertos todos del favor tomados,
Y la salud sin esperanza y guía:
Mas el aprieto y casos ponderados,
El breve tiempo, la venida mia,
La fuerza del tirano, el mando injusto,
Y el peligro comun de honor y gusto;
Todo alumbró el confuso entendimiento,
Y una quimera fabricó no vista,
Que puede mucho un noble pensamiento,
Y es la necesidad grande tracista:
O fue desesperado arrojamiento,
O sentencia que el cielo dió en revista
Contra el tirano infiel, cuya insolencia
En nada halla y tiene resistencia.
Yo fui de parecer que libremente
Al rey se entregue mi querida esposa,
Corriendo un velo de alegria aparente
Al triste ceño y cara vergonzosa;
Pues pretenderla resistir sin gente,
Volverla afrenta fuera mas vistosa,
Y donde la insolencia y fuerza daña,
A veces suele aprovechar la maña.
Fue ya opinion del ofendido viejo,
De Hércules Libio ilustre descendiente,
Que donde no alcanzare el gran pellejo
Del fuerte leon, se añada el de serpiente:
Que las fuerzas se ayudan del consejo,
Y el animoso aprenda á ser prudente,
Que donde á ganar nada se aventura,
Perderse no es valor sino locura.
Esto dispuse, y no perder su lado,
Que es el riesgo de honor grave herida,
Y en hábito de dueña disfrazado,
Para la muerte encaminé mi vida:
De un secreto puñal el brazo armado,
Que de uno de los dos fuese homicida,
Del tirano, ó si acaso errase el hecho,
Se entrase de temor dentro en mi pecho.
Convino el grave acuerdo efectuarse
A la priesa mayor que el tiempo daba,
Sin ver el daño que era no guardarse
Del traidor que allí en vez de amigo estaba:
¡Oh! ¡cómo debe un cuerdo recatarse,
Si al mejor tiento la lealtad se acaba!
Y la sin premio envidia muchas veces,
Para matar con una hace dos veces.
Arlinda con la guarda del tirano,
Y con la mia dejó su honrada casa,
Y al palacio guió, en que el rey en vano
Contando el tiempo los minutos pasa,
Trazando el gusto de entregarse en vano
En la alta posesion de un bien sin tasa,
Que un gran deseo sueña montes de oro,
Que suelen ser al despertar de lloro.
El sin lealtad Garilo de otra parte,
Sin mayor premio que mostrarse ingrato,

A riesgo de ambos trata de dar parte
Al falso rey de mi encubierto trato;
Y á toda priesa y diligencia parte
A decir con el suyo mi recato,
En el de un memorial, que contenia,
Tras su infame traicion la lealtad mia.
Ya la cuadra real se habia cerrado,
Y el rey con las cortinas en su lecho,
Al lado suyo Arlinda, yo á su lado,
Bañando ambos en lágrimas el pecho;
Y él con el tierno suyo enamorado,
Procurando ablandarla sin provecho,
Cuando sonó en la guarda de improviso,
Que al rey le traen un importante aviso.
Garilo al rey gallego es quien lo envia,
Y á quien la honra y vida importa el caso...»
Así su dulce historia proseguia
El noble godo, cuando el sábio Eraso
Su nuevo alcaide, sienten que venia,
Y él por oirlos entretuvo el paso,
Y Teudonio el aviso de Garilo,
Y yo tambien, pues se ha quebrado el hilo.
Que el rumor de la guerra es ya de modo,
Que el aire en ciega confusion envuelve,
Y en la francesa furia y valor godo
Rayos Marte del rojo alfange vuelve:
Trae revuelto Morgana el mundo todo,
Sola ella es quien su cólera revuelve,
Y la ira mujeril cuando se ensaña,
Entre las iras es la de mas saña.
Y aunque en el lago blanco retirada,
Vergonzosa quedó aquel triste dia,
Que Orlando pudo con la nueva espada
El jardin destrozar en que vivia;
Ni dél, ni de su injuria está olvidada,
Que en tristes ansias la alimenta y cria
Dentro el alma, buscando de contino
Para vengar su deshonor camino.
El grave ultraje á su guedeja de oro,
Con libre y atrevida mano hecho,
Y en la encantada sala del tesoro,
Ya el precioso carbunco sin provecho,
Los reyes libres, y olvidado el moro,
Ardiente fragua á su lascivo pecho,
Trocado todo en gustos de venganza,
Que son los que en mujer no hacen mudanza.
La ciega noche atenta contemplando
Del pardo cielo aspectos y señales,
Fue en puntos de efemérides sacando
De los pasados los futuros males:
Saturno al sol en diámetro mirando,
Marte con un cuadrado aspecto, iguales
Desde Cancro á Saturno, y al sol mira;
El aire altera, el mundo enciende en ira.
Y en estos astronómicos secretos
La mudanza de un reino vió escondida,
Y en sus soberbias gentes mil efetos
A su salud contrarios, y á su vida:
Cerró el libro, y con cercos mas perfetos
A un apremiado espíritu homicida
La cuenta pide, y que la dé si sabe
Adonde el cielo agüera un mal tan grave.
A la honda boca de una obscura cueva
Desceñida la halló el siguiente dia,
Y en medio sus conjuros la luz nueva
El alma la asombró que la seguía;
Huyó á su centro, y ella con la nueva
De deseada venganza y alegría

La vuelta daba, cuando dió con ella
La bella Alcina, en su carroza bella.
Son del mago colegio estas dos Hadas
Las que mas se conforman en los gustos,
Y así ahora de su antiguo amor llevadas
Al cuello hacen los lazos mas robustos;
Y en la carroza de marfil sentadas,
Olvidados de Francia los disgustos,
En tierno labio y pláticas sabrosas
Cuenta se dan y piden de sus cosas.
Llegan al real palacio de Morgana
Cuando ya el sol de lleno le embestia,
Y entre el recio del campo y la mañana
En lumbres de oro y de cristal se ardia,
Donde el diestro pincel con mano ufana
Bellos dibujos á la vista envia,
Sonando el pueblo dentro, antes dormido,
De las puertas de bronce al gran ruido.
Cercada de sirvientes la carroza,
De bellas ninfas, y bizarros pajes,
Que en fresca juventud, y sangre moza,
Salarios gozan de la Hada y gajes,
Pasan la altiva puerta, en quien retoza
La vista por bellísimos follajes,
De ricas piedras bárbaro tesoro,
En finos jaspes con perfiles de oro.
Entran al primer patio en forma ovada,
De altas columnas de alabastro hecho,
Donde en arcos de bóveda sentada
La cimbra sube, y vuela el antepecho:
De allí, en dos nuevos cuerpos levantada,
La máquina se encumbra al postrer techo,
Que en varias acrotérias se remata,
De enlazados estucos de oro y plata.
Aquí al gran peso de un cristal de roca,
Al frio rigor del polo congelado,
Una clara inmortal fuente provoca
A sed el apetito mas templado:
Cien faunos lanzan agua por la boca
En harmonía y son diferenciado,
Y en otras tantas urnas cien hermosas
Ninfas las ondas cogen deleitosas.
Estas sufren en peso otra ancha taza,
Sobre quien una y otra y otra crece,
De tantos caños, y tan varia traza,
Que el sutil artificio desvanece;
Y así en nuevos primores los engaza
Los unos por los otros, que parece
Que es toda junta, en su primor distinto,
De agua y cristal un bello laberinto.
El patio, á toda cuenta y primor hecho,
De encajes bellos de bruñidas losas,
Y por los corredores, trecho á trecho,
De valiente pincel prendas vistosas:
De plata los balaustres y antepecho,
De jaspes escaleras anchurosas,
Cuyas pomposas puertas y ventanas
Dan de ébano y marfil sombras galanas.
De relevado estuco y artesones
Las bóvedas bellísimas, con cuantas
Piedras de ingrato amor, transformaciones
De bellas ninfas, y torcidas plantas
Da la parlera Grecia en sus ficciones,
Y en sus verdades las historias santas,
Cuyo diestro pincel abre en la vista
De gusto al alma un nuevo coronista.
De cuadros de primor ricos encajes
Coronan la imperial tapicería,
Con faunos, fuentes, riscos y follajes,
Dianas, Venus, cazas, montería:
Una Flora entre rosas y celajes,
Un muerto Adonis, una Procris fria,
Aquí un Faeton cayendo, acullá un Midas,
En oro las arenas convertidas.
Pasaron las dos Hadas á sentarse
En persianos tapetes de brocado,
En una sala, que á dejar mirarse
Su techo de oro y pedrería grabado,
Pudiera de pobreza avergonzarse
Neron con su palacio celebrado,
Aunque fue el desconcierto sin segundo,
Que el oro embebió en sí de todo el mundo.
Exalando perfumes y vapores
De aromas finas, pebeteros de oro,
Con lo mejor de Arabia, y sus olores
Fiesta á la diosa hacen del tesoro;
Y de citaras, liras y cantores,
Vigüelas y harpas, un tropel sonoro,
En conforme y suavísima harmonía,
Le añaden gala á la en que nace el dia.
En gozar della, y ver la hermosura
Del fértil campo en bellos miradores,
De la aurora pasaron la frescura,
Y del sol los primeros resplandores:
Mientras el maestresala, que procura
Las mesas adornar y aparadores,
Con vasos de oro, en pompa ufana y larga,
De rica y nueva magestad los carga.
En la sala de Apolo la real fiesta
Por mas ostentacion hizo aquel dia,
Dicha así, de una imágen suya puesta
En un rico Parnaso que allí habia,
Con soberbios collados y floresta,
De árboles de oro y varia pedrería,
Aves de alegres plumas y colores,
Y ricas perlas en lugar de flores.
Víase Dafne en medio, convertida
En un fresco laurel; víase á su lado
El dios de amor, la venda desceñida,
Riendo el triunfo, al arco recostado:
Llorando Apolo, Dafne arrepentida,
El mundo triste, y el cruel vengado,
Y entre las arboledas de Peneo
Tañendo á veces y cantando Orfeo.
Es de la altiva sala la techumbre
Un repartido cielo en mil estrellas,
Que del sol de un carbunco enciende lumbre
La plateada luna á un tiempo, y ellas;
A quien sigue la escelsa pesadumbre
De clavos de cristal y ruedas bellas,
Con su cerco vital, cuyo tesoro
La esfera parte en varios climas de oro.
Los apartados polos, donde el yelo
El blanco nacar da á las ondas frias,
Las templadas regiones, y aquel suelo
Donde tú, Apolo, soplo ardiente envias;
El Oriente abrasador del cielo,
Término de las noches y los dias,
Profunda sima, y anchurosa cava,
Adonde el mundo sin morir se acaba.
El abrasado igual meridiano,
De luz sembrado y puntas de oro fino,
Cuya dorada y no torcida mano
Fiel lumbre al mundo llueve de continuo;
Los trópicos de invierno y de verano,
Del sol cerrada cárcel y camino,
Uno de nieve y tempestad cubierto,
Y en siempre nuevas flores otro abierto.
La línea de igualdad, cuyas vertientes
Los montes miran sin ninguna altura,
Que unas tiznadas y desnudas gentes
Cultivan en eterna calentura:
Los coluros que ciñen ambas frentes
A los dos nortes, y con luz segura,
El estrellado cerco que los guia
Adonde vive sin morirse el dia.
Hay un camino de oro que divide
Del círculo vital la anchura ardiente,
Por quien el rubio sol que el cielo mide
Ya con luto se ha visto entre la gente;

Y la encantada luna, que preside
Al flojo sueño en su mayor creciente,
Se vió alegre salir con sus estrellas,
Y faltarle la luz en medio dellas.
Relumbra aquí el dorado vellocino
Que un tiempo á Colcos hizo ser famosa:
Y el toro que con cuernos de oro fino
Nadando el mar pasó una ninfa hermosa:
Dos niños, uno humano, otro divino,
El cancro y su figura portentosa,
El leon con la cerviz de oro estrellada,
Y la virgen de espigas coronada.
El peso ajustador de nuestras horas,
El escorpion de su veneno armado,
El que con arco y flechas voladoras
De tierna nieve deja el campo helado:
El frio capricornio, que en sonoras
Borrascas da el sereno mar turbado,
El copero que á Júpiter infama
Con los dos peces de argentada escama.
Las frias nietas del nevado Atlante,
El dorado orion armado y fiero,
Que al triste y solitario caminante
De guia á veces sirve y compañero:
El carro de oro en ruedas de diamante,
Las dos osas, las guardas, y el lucero,
Y el fijo norte que á sus piés relumbra,
Que es quien las horas de la noche alumbra.
O sea pincel sutil, ó mago aliento,
Fuerza de ingenio, yerbas, ó conjuro,
No hay en el cielo esfera, movimiento,
Signo, estrella, planeta ni conjuro,
Aspecto, casa, conjuncion, aumento,
Oriente claro, ni Poniente obscuro,
Que por esta ancha sala, y su discurso,
No haga en su natural periodo curso.
El año, la semana, el mes, y el dia,
Creciendo en su volar, y descreciendo,
La clara luz á la tiniebla fria,
Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:
De la flor tierna que el verano envia,
Dulce fruto el otoño está vertiendo,
Por sustento al invierno y al estio,
Este rico en calor, el otro en frio.
Sin lo que hermoso aquí la vista goza,
Que es del mundo la máquina abreviada,
La alegre escuadra de aves que retoza,
Toda la vuelve en suavidad bañada:
Canta, gorgea, despierta, y alboroza
A Orfeo, que ayude, si á Morgana agrada;
Mas si ella con su gusto no lo entabla,
Todo ello es oro muerto que no habla.
Sirve esta alegre pieza de intervalo,
Y antecámara de otra mas secreta,
Donde su estudio tiene y su regalo
De libros en quietud y paz perfeta:
Yo en su dulce memoria me regalo,
Que á un pacífico gusto y vida quieta
En sabia juventud nada le iguala,
Y mas con tal estudio, y con tal sala.
Aquí las reales mesas coronadas
De costosas bajillas de oro fino,
Con preciosos manjares ocupadas,
Vestidas dió aquel dia el blanco lino;
Donde en comida espléndida á las Hadas
Las tazas colman de espumante vino,
Y en graves salvas sirven y aparato
La real ostentacion de cada plato.

ALEGORIA.

De tal manera se puso el blanco y último fin desta obra en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse en esta por principal intento; y así en ninguna parte va tan oscura, que no descubra y dé algunas centellas y resplandores de sí, mostrando debajo de la dulzura del velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes á la virtud; de modo que si aquí por evitar prolijidad no se descubre toda la alegoría, podrá con este estilo sacarla quien con atencion la leyere.

En las prosperidades de Francia, tan vecinas á su caida, se descubre la poca estabilidad de los bienes temporales, y como entonces tiene el prudente mas que temer, cuando en mayor grandeza se halla, porque ni á la virtud le faltó emulacion, ni á la envidia modos para dañar.

Las Hadas significan los efectos y pasiones del ánimo sensitivo, y así ninguna hay en que no se pinte alguno dellos: Alcina, el apetito amoroso; Morgana, el de la riqueza; Febosilla, el de la fama; Falerina, que labró la espada para matar á Orlando, las astucias de la guerra, á cuyas manos suelen morir los mas invencibles capitanes.

En Teudonio, tan privado en el gobierno del rey Casto, y luego puesto por él mismo en prision, se muestra lo poco que hay que fiar en favores de príncipes, que tan dispuestos están á pasarse de un estremo á otro, porque en cuanto hombres, aunque reyes, son mudables.

En la tragedia de Alancredo y Rosia se muestran cuan juntos y engazados andan en los amores los gustos y los disgustos; y en la de Manuces en medio de los suyos, el ordinario fin de un tirano.

En Garilo, que traidoramante quiere vender á su amigo, el gran riesgo que hay en fiar secretos de importancia á hombre de quien no se tenga entera satisfaccion.

En la amistad de Alcina y Morgana se dice, que el apetito de la sensualidad y el de las riquezas, son las dos pasiones que mas unidas están en el deseo humano, y que hasta en los cursos de los cielos pretende el rico tener dominio.

LIBRO SEGUNDO.

Argumento. Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hadas: y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando, y los demás paladines; refiere el origen de los godos en España, de cuyo linaje él desciende. Morgana, agradada de la relacion del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Pintase la casa de la fama, y la que hay de la venida del Francés. Libra Ferragut una ninfa de las manos de un sátiro, que se convierte en la fuente del Desengaño, y la ninfa en un lienzo de su labor en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España.

Templó en tanto Gadir su laud dorado,
Y todo en furor bélico encendido,
Por el aire sutil dejó sembrado
Del suave acento un resonar medido:
De tan varia harmonía acompañado,
Que el alma cautivó por el oido,
Al dulce son que en los sentidos dejan
Los golpes de las cuerdas que se quejan.
Y dando á los bemoles compañía
La dulce voz de su divíno canto,
La beldad comenzó á cantar, que el dia
Al mundo saca en su rosado manto:
Las flores que derrama la alegría,
En que á la noche trueca el ciego manto,
Y en invisible y blando movimiento
De negras sombras barre y limpia el viento.
Hurta á la luna el oro de su esfera,
Y á las estrellas su argentado brio,
Entolda de jazmines su litera,
Respira el aire blando aljofar frio,
Sale el dorado sol, la mar se altera,
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Y de su barro el caluroso aliento,
El bajo suelo humea, y arde el viento.
Y ya despues que toda esta hermosura
Al bello rostro acomodó de Alcina,
Y el lisonjero labio su dulzura
Envuelta dió en destreza peregrina:
La antigüedad del largo tiempo obscura

Veloz cantó, y la priesa en que camina
El origen del mundo, y cuando el cielo
Feliz principio halló á su inmortal velo.
Cantó de las mudanzas de fortuna
En su inconstante esfera el punto breve,
Cantó al sol sus eclipses, y á la luna
La luz que con dorados cuernos bebe:
Cantó el fatal colegio, y de una en una
Las Hadas celebró su canto leve,
Tocando á vueltas no menuda parte
De heróicos hechos del sangriento Marte.
Y acabada la música y comida
En pomposa grandeza y aparato,
La una magestad á la otra unida
A gozar fueron del jardin un rato:
En cuya alfombra fértil y florida,
Vivo de la beldad dormia el retrato,
Al templar con los árboles y el viento
El tierno ruiseñor su alegre acento.
Habia por él diversos cenadores,
Sobre estanque y arroyos cristalinos,
De estátuas adornados y primores,
Y de diestro pincel cuadros divinos:
Allí burlas y juegos de pastores,
Personajes de risa y desatinos,
Aquí brutescos, acullá grimazos,
Y de olmos y de parras mil abrazos.
Despues que con jazmines y claveles,
Azules lirios y encarnadas rosas,
Lo mas vistoso hurtando á sus vergeles,
Sus cabezas volvieron mas vistosas:
Al márgen de un arroyo entre laureles,
Sobre alcatifas pérsicas preciosas,
A sombras frescas de una vid lozana,
Así Alcina habló, y oyó Morgana:
«Si ya deseas saber, oh reina hermosa,
De mi nueva venida el fundamento,
Que causa hacerme pudo venturosa,
A hurtarle á tu vista este contento:
Negocios graves, ocasion forzosa,
A salir me obligaron de mi asiento,
Aunque el gusto de verte lo hiciera,
Del muerto mundo cuando allá estuviera.
Mas hoy este regalo y mi venida
A tu servicio queden, y á mi cuenta,
Que tú en venirme á ver serás servida,
Y yo en verte cual ves rica y contenta:
Un agravio comun nunca se olvida,
Ni á un noble la memoria de su afrenta,
Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,
La injuria que le hicieron á su amigo.
Despues que tu jardin fue destrozado
Por la mano de aquel francés furioso
Que ganó á Balisarda, y ha ganado
Contra nuestra nacion nombre famoso:
Nunca de mi memoria se ha borrado
De la afrenta el ultraje vergonzoso
En que su espada nos dejó, y quedamos
Las que de sangre tuya nos preciamos.
Y aunque ninguna goza en tu linaje
Derecha accion á la fatal bebida,
De cuyo vaso y su inmortal brebage
El brio desciende á nuestra larga vida,
Que recibido no haya algun ultraje
Desta nacion francesa mal nacida,
Todas sin hacer caso de los suyos,
Como á mas principal lloran los tuyos.
A tí contenta sola, á tí vengada,
Desea en esta ocasion la mas briosa,
Y yo mas como mas interesada,
Y en yerros contra tí menos piadosa,
Que como rica debes ser honrada,
Y en solo este cuidado cuidadosa,
Ninguna diligencia he perdonado,
Oye lo que con ellas he alcanzado.

Donde el mar Jónio al Ténaro le baña
Los verdes jaspes de su fértil vena,
Y en bosque espeso y hórrida montaña
Sobre las nubes se encarama y suena:
De entrada obscura, y abertura estraña
De negro hollin, herrumbre, y lamas llena,
Una espantosa cueva se descubre,
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.
Por esta se camina al ciego mundo,
Y Alcides á esta luz sacó el cerbero,
Cuando de las deidades del profundo
Victorioso salió, arrogante y fiero:
Aquí la muerte tiene otro segundo
Caron, que asista y sirva de portero,
A cuyo aliento y cálido bochorno
El vivo huye, el muerto tiembla en torno.
En cierto aspecto de menguante luna
La obscura cueva está en segura entrada,
Hasta donde en los libros de fortuna
La humana cuenta se nos da ajustada:
Por tu ocasion aquí en hora oportuna,
De fantasmas bajé y horror cercada,
Á consultar tu caso, y ser testigo
De lo que allí hallé, y aquí te digo.
Despues que por torcidos escalones,
Vacios de claridad, bajé á los senos
De la tierra, y sus negros artesones,
De hollin tiznados, y de sombras llenos,
Antes del triste término y mojones,
Del reino de Pluton vi unos serenos
Campos, y allí un castillo, á quien el dia
De la suya una luz dudosa envia.
En la jurisdiccion de los mortales
Este alcázar está, y quien dentro vive,
De aquí el hado, los bienes y los males
A la tierra despacha, y apercibe:
Aquí con altibajos desiguales
Fortunas labra, y su valor describe;
Y aquí es al fin la casa de moneda,
De cuanta el tiempo por el mundo rueda.
Aquí Demogorgon está sentado
En su banco fatal, cuyo decreto
De las supremas causas es guardado
Por inviolable y celestial precepto:
Las parcas y su estambre delicado,
A cuyo huso el mundo está sujeto,
La fea muerte y el vivir lucido,
Y el negro lago del oscuro olvido.
Aquí se labra el siglo venidero,
Y las humanas inviolables leyes,
Que ni el tiempo las muda lisonjero,
Ni las quebrantan príncipes ni reyes:
Cuelga el último dia del primero,
Y en torpe yunta de alquilados bueyes
Ara la vida el mundo, y nadie advierte
Que es el vivir dar pasos á la muerte.
Aquí en negro dosel sin luz sentadas
Tres diosas hilan las humanas vidas,
Al curso las madejas devanadas
De nueve ruedas de cristal lucidas:
Donde en el huso apenas marañadas,
Las blandas hebras crecen mal torcidas,
Cuando de todas tres la mas ligera,
Por lo hilado corre la tijera.
Copos de suertes y colores varias,
Unos blancos sin tez, otros lustrosos,
Unos á quien los reyes pagan párias,
Y otros que pechan á les mas astrosos:
Cuales de tornasol hebras voltarias,
Cuales de rica luz hilos preciosos,
Cuales de alquimia, y cuales de oro fino,
Y en cada cual su hebra y su camino.
El siglo venidero, la mudanza
De reyes, reinos, casas y dictados,
Lo que el distrito de fortuna alcanza,

Lo que al decreto toca de los hados:
Cuanto se pesa con mortal balanza,
Los que vendrán, presentes y pasados,
Cuanto es, cuanto ha de ser, y cuanto ha sido,
Aquí se hila, corta y da tejido.
De los tiempos la masa vi abreviada,
Manar al mundo y revolver sus cosas,
La vida de congojas asaltada,
La muerte de sus hascas temerosas:
La fortuna dichosa y desdichada,
Con sus dos caras ambas engañosas,
Volando en sus favores y desdenes
Los males engazados con los bienes.
Y entre estos mundos, al que ya nacia,
Humilde vi la victoriosa Francia,
Que un mancebo y su espada le tenia
Por el suelo sembrada su arrogancia;
Miréla, y admirada en lo que via,
Aquella conocí ser la inconstancia
Del bien humano, que los mas cumplidos
Forzados vienen, y se van corridos.
No me admiré de ver que tanta alteza
En tragedia tan triste se trocase,
Que es cierto que en mortal naturaleza
Todo tiene su fin, y ha de acabarse:
La rueda me admiró con su presteza,
Que apenas deja de la vista hallarse,
Allí, ¡oh fortuna! quien de ti se fia,
Verá cuan firme tiene su alegría.
La espada Balisarda vi presente,
Que un victorioso jóven á tu instancia
En la sangre bañaba de un valiente,
Que asombró el mundo, y dió valor á Francia,
De oro con estas letras en la frente:
»Bernardo, honor de España, aunque en distancia
Brevísima su fama así encogida,
Que apenas al nacer fue conocida.»
Cual la dudosa luna amortiguada
En los principios del helado invierno,
Entre negros celages ofuscada,
Falto muestra de luz el rostro tierno:
Y antes de ver el alba deseada,
El oro pierde de uno y otro cuerno,
Haciendo el tibio resplandor difuso,
De mil colores un color confuso.
De tal manera entre una niebla obscura
De Bernardo la fama se quedaba,
Y sin lumbre, sin luz, ni hermosura,
Confusamente aquí y allí volaba:
Cortas las alas, pobre de ventura,
Y aunque el confuso espíritu alentaba,
Faltábale la pluma, y no podia

La oscuridad huir, que la ofendia.
No porque su grandeza no subiese
Adonde hasta hoy nadie ha llegado
Mas un astro infeliz quiso que fuese
Corta de voz, y de valor sobrado:
Faltó quien á sus alas añadiese
Una pluma de estilo moderado,
Y así en lenguajes bárbaros metida,
Arrinconada quedará, y perdida.
Hasta que el tiempo que ofuscarla pudo
Hermosa y clara al cielo la levante,
Y de su obscuro y encantado nudo
Un nuevo verso y voz la desencante;
Esto por las molduras de su escudo
Grabado ví, y con letras de diamante,
»A otro de su nombre está guardado,
El romper con la pluma este nublado.»
Mas si gustas saber con fundamento
Quien este valeroso jóven sea,
Qué sangre puso en él tan firme aliento,
Qué obligacion honrada le espolea;
Sabrás, hermana, aunque es prolijo el cuento,
Que en su real nacimiento dió una idea
De su furor la quinta esfera al suelo,

Bernardo del Carpio.

Y otra de afable amor el tercer cielo.
En esta rica Escandinavia hermosa,
A quien la antigüedad llamó otro mundo,
Y desde aquí con vuelta deleitosa,
Casi en torno la ciñe el mar profundo:
Madre ilustre de gente belicosa,
De fértil suelo, y de vigor fecundo,
Donde este rico lago halló asiento,
Que hoy da á tu alcázar real firme cimiento,
Tres soberbias provincias y regiones
Pisan su invicto suelo, y la postrera,
Cuyo distrito y bárbaros mojones
Del mar Germano tocan la ribera:
Oficina de indómitas naciones,
De inculta vida fue, y de gente fiera,
Donde los getas fueron, y los dacos,
Y el primer godo aró bosques opacos.
De aquí salieron por diversas vias
De antigua gente en gruesos escuadrones
Valientes hombres, que las tierras frias
Pueblos producen de altos corazones;
Buscando en que habitar partes vacías,

Por venirles ya estrechos sus rincones,
Los vándalos, los cimbrios, los süevos,
Y los alanos mas que todos nuevos.
Pues entre estas naciones, que su tierra
Dejaron por estrecha, aunque abundosa,
Y á revolver el mundo y darle guerra
En figura salieron temerosa,
Los godos fueron gente en quien se encierra
Nobleza humana en sangre belicosa,
Y que de los monarcas mas potentes
Siempre temidos fueron por valientes.
Tras la alta insignia de un leon bermejo,
Que en azules banderas tremolaba,
Y de tres capitanes de un consejo,
Animo altivo, y arrogancia brava,
A ser salieron de grandeza espejo
Al mundo en la region donde él se acaba,
Del cielo á su nobleza prometida,
Y al feliz brio de su valor debida.
No salieron con pechos ambiciosos
A solo hacer alarde de valientes,
Mas con la paz pidiendo, aunque briosos,
En que habitar lugares suficientes:
No guerra, campos piden anchurosos,
Del gran derecho usando de las gentes,
Que el pueblo que en su tierra no cabia,
Que se llegue permite á la vacia.
Negó el Imperio la demanda justa,
Y la inquietud parió desasosiego,
Que es hacer guerra justa de la injusta,
Negar lo justo de un humilde ruego:
Y dando á la razon fuerza robusta,
Su despreciado campo á sangre y fuego
De Italia destruyó una larga parte,
Y en el rio Tíber la ciudad de Marte.
Y á tal colmo subió el de su potencia,
Que hacia y deshacia emperadores,
Hasta que en util premio y convenencia
A su rey y futuros sucesores
Honorio dió en legítima tenencia
La España, á quien los bárbaros furores
De los süevos, vándalos, y alanos,
Al imperio usurparon de las manos.
Fue el trato que al rey godo le quedase
Lo que entre el Pirineo y mar se encierra,
Y que del yugo vándalo sacase
A su corona la usurpada tierra;
Con que su invicto campo reservase
A Italia y Roma de su injusta guerra,
Dando por precio al español estado,
Cuanto en el Lácio suelo habian ganado.
Ora sea ó no justificado el hecho
Con que se habian en él introducido,
Su cetro tenia ya el primer derecho
De ocupacion por armas adquirido:
Y así al ceñido imperio útil provecho
La ley fue del contrato establecido,
Y por aquí legítima, y no estraña,
La entrada de los godos en España.
Murió Alarico hecho el trato en todo,
Si bien no pudo verlo efectuado;
Sucedióle Ataulfo el primer godo
Que en España metió campo formado:
Ganó hasta Barcelona, y allí, el modo
De su gobierno próspero asentado,
Por mano le mató de Ernulfo fiero,
Que las suyas por rey besó primero.
Siguióle el desgraciado Sigerico
En el reino tambien como en la muerte,
Con mas vana codicia de ser rico
Que en campo armado belicoso y fuerte:
Dióle el tiempo en gran cuerpo ánimo chico,
Con que se ahogó en él la buena suerte,
Matándole en la paz por mas casera,
La espada que en la guerra no lo hiciera.
Tras este el reino dieran á Walía,
Porque la siga y haga sin partido;
Salió en armada flota á Berbería,
Que el aire la venció, y volvió corrido;
Y con él la arrogante valentía
Del gótico poder nunca vencido,
Para hacer firme pié en el reino instable,
La antes odiosa paz halló agradable.
Sucedió á su real pecho el animoso
De Teodoredo, á quien los adivinos
Triste muerte anunciaron, y él furioso
A buscarla salió por mil caminos,
Contra el soberbio Atila victorioso
De Tolosa en los campos convecinos,
Donde en sangriento innumerable estrago
El rey bebió entre el vulgo el comun trago.
Bien que su belicoso Turismundo,
Del muerto padre en la áspera venganza,
Contra el azote del vencido mundo,
De firme acero armó su invicta lanza;
Fuera al primer azote ella el segundo,
Si envidia no enfrenara su pujanza,
Cuando al bárbaro rayo de la guerra
Las fuerzas le templó, y quitó la tierra.
Tuvo por sucesores dos hermanos:
El sin piedad incauto Teodorico,
Que á un humilde rey vándalo en sus manos
Matar le hizo, y á él su hermano Eurico:
Fratricida cruel, pero de humanos
Respetos, noble, afable, ilustre y rico,
Que á su reino dió ley y á su corona,
La orla de Zaragoza y de Pamplona.
Compeliendo á bramar al cielo en vano,
En un toro de alambre á Burdeneo,
Alarico entró al reino, y por su mano
La ambicion lo usurpó de Clodoveo;
A este le sucedió un bastardo hermano,
Y á este el valor, que de Amalo y Balteo
Las nobles sangres puso en un supuesto,
Y en él un nombre de los dos compuesto.
Matáronle en Narbona, y entró luego
Teudis, en cuyo tiempo el real de Francia
En España sembró sangriento fuego,
Con mayor daño suyo que ganancia:
Matóle un brazo loco en furor ciego,
Sucedió de Teudiselo la arrogancia,
Y á esta de Egica la arriana suerte,
Y á ambos tras torpe vida infame muerte.
Atanagildo entró determinado
De echar de España la romana gente,
Siguióle Liuvia, y por acompañado
El cruel Leovigildo, rey prudente;
Aunque soberbio, y sin piedad airado,
En grandeza y tesoros eminente,
De Recaredo padre, y de su hermano
El mártir Emergildo sevillano.
Fue el singular y noble Recaredo
Del cetro y silla real sucesor dino,
De Francia vencedor, de Roma miedo,
Y de la fe restaurador divino;
De amada magestad, brioso denuedo,
De tan feliz estrella, y noble sino,
Que del real valor que le acompaña
Eterna sucesion gozará España.
Sucedióle de Liuvia el reino breve
De esperanzas en flor sembrado en vano,
Que Viterico con espada aleve
Segarlas pudo al cetro toledano:
Dejándolo él con muerte menos leve
A Gundemiro, el que en fervor cristiano
Los templos hizo con piedad sagrados,
Inviolables defensas de culpados.
Tras este el elocuente Sisebuto
Por dos veces triunfó de los romanos,
Y á los hebreos con público estatuto

Dejar les mandó el reino, ó ser cristianos:
Entró al suyo de lágrimas y luto,
Niño de tierna edad y años lozanos,
Su hijo Recaredo, y murió luego,
Que aun no lloró á su padre con sosiego.
Heredóle Suintila, y fue el primero
Que el reino hizo de España monarquia,
Y tras él Sisenando copió el fuero
De la jurispañola policia;
Chintila entró en resplandeciente acero,
Mas que por sucesion por tiranía,
Y Tulga al mundo dió en veloz corrida
Solos deseos de gozar su vida.
Alzóse con el reino Chindasunto,
Y rucedióle su hijo valeroso
El católico y noble Recisunto,
De ánimo insigne, y corazon piadoso;
Tras quien á Wamba hizo el pueblo junto
En concorde eleccion rey poderoso,
Y él dando temporal por infinito,
La púrpura trocó en sayal benito.
Dió en sucesion el reino no estimado
Al conde Ervigio, rey ahora intruso
En la real silla, donde no forzado
A Egica su famoso yerno puso;
Por quien Vitiza entró en adverso hado,
De cuyo infeliz tiempo el torpe abuso
A obscurecer llegó y deslucir todos
Los graves hechos de los reyes godos.
Fue ayo de perniciosas libertades,
Y el que estragó de la compuesta España
En las nobles virtudes sus beldades,
Tanto un mal rey con su insolencia daña:
Desnudó de sus muros las ciudades,
A las armas quitó el acero y saña,
Y al mal regido reino dió permiso
Del sensual deleite en cuanto quiso.
Privólo dél Rodrigo en campo armado,
Que su robusto pecho y brazo fuerte,
En sensuales deleites estragado,
Su grandeza perdió y ganó su muerte;
Un antiguo palacio dió encantado
En su alcazar real la infeliz suerte,
A cuyo firme umbral el bronce duro
Mil siglos tuvo en su quietud seguro.
Nadie en la antigüedad fue así atrevido
Que el acero rompiese á sus candados,
Medroso que el furor allí escondido
Sus desastres tenia encarcelados;
Deste rey solo al pecho distraido,
La fiel codicia le vendió pintados,
Los bárbaros que á España en triste dia
Un encantado bulto prometia.
Turbóse el rey al infeliz agüero,
Aunque el lascivo amor mas le turbaba
Con una dama, y su desden severo,
Niña, lozana, altiva, hermosa y brava:
Por ganálla perdió su reino entero,
El fue el último godo, ella la Cava,
Su padre Julian, por él España
Bárbara presa de una gente estraña.
En las selvas cayó del rio Leteo
Del sin ventura rey el cetro y mando,
Quedó perdida España, harto el deseo
En sus destrozos el morisco bando;
Mas ¡qué no puede un vicio torpe y feo,
Y el descuido de un rey lascivo y blando!
Todo al fin lo abrasó y tragó en su rabia
La torpe secta que nació en Arabia.
Hiciera punto aquí el linaje godo,
Su altivo reino, y el valor de España,
En miserable riesgo puesto todo,
Al tirano furor de gente estraña;
Si un nuevo rey, por milagroso modo,
Del áspero solar de una montaña
No levantara el cielo, ya cansado
Del fiero anote y del rigor pasado.
Fue este feliz restaurador Pelayo,
Del despojado rey noble sobrino,
En quien conservó el cielo vivo un rayo
Del gótico valor, brio peregrino;
Y el triste reino en su mortal desmayo
Nuevo aliento cobró, nuevo camino,
A la rica esperanza, antes sin vida,
De recobrar la libertad perdida.
Pelayo al reino dió un brazo animoso
Por sucesor de su ánimo valiente,
A quien la breve vida quitó un oso:
Y el Católico Alfonso entró prudente
A gobernar el cetro valeroso,
Por digno rey de la española gente,
Y en linaje, valor, brio y denuedo,
Inclito sucesor de Recaredo.
Deste fue hijo el áspero Früela,
Que en corazon cruel y ánimo impuro
Un hermano mató, sin mas cautela
Que deseos de gozar reino seguro:
Fue de su religion fiel centinela,
De su sagrada fe inviolable muro,
Y al estragado clero, en casto celo,
La limpia honestidad volvió del cielo.
Fue alegre prenda de una hija hermosa
Del que en Guiena fue duque contrario
Al potente Martel, que en la alevosa
Francia á rey le subió el tiempo voltario;
Abuelo del que ahora reina, y osa
Con sus duques nombrarse tu adversario
De cuya real sangre así enemiga
De Carlo Magno y su francesa liga,
El Casto rey nació que ahora enfrena
Con riendas de oro la invencible España
Y su hermana menor doña Jimena,
Que al mundo dió del conde de Saldaña
La invicta espada de victorias llena,
Cuyas grandezas en prudente saña
Harán los hados sin que el curso muden,
Que ahora espanten, y despues se duden.
Este es el gran Bernardo, á quien el cielo,
Por benignos favores de su estrella,
A su brazo rendido dará el suelo,
Que guia de flor de lis la empresa bella:
Hará vengado á su ofendido abuelo,
Satisfará tu agravio y mi querella,
Y á un golpe que la fama le atribuya,
De Francia la honra y la opinion por suya.
Es al presente un jóven valeroso,
De real disposicion, feroz denuedo,
Noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,
De pecho altivo, y corazon sin miedo;
En paz afable, en guerras desdeñoso,
De España al fin, que es cuanto decir puedo,
Que un ánimo español de sangre noble
En cuantas goza el mundo es fiesta doble.
En la córte nació del rey su tio,
De adonde el sabio Orontes, deudo nuestro,
Pequeño le robó, y por gusto mio
Ayo le ha sido fiel, guarda y maestro:
Salió cual se esperaba de su brio,
En todas armas valeroso y diestro,
Cuya temprana espada y brazo fuerte
Su rey libró de una alevosa muerte.
No se crió en regalos ni en blanduras,
Ni el ocio padre fue de heróicos pechos,
Que del deleite humilde las dulzuras,
Solo son de almas pobres ricos lechos:
Desde que á las primeras luces puras
Abrió los tiernos ojos, los vió hechos
A soledades y asperezas solas,
Y á oir del sordo mar las roncas olas.
En el crespo Archipiélago copioso

De ásperas islas un preñado monte,
De la jovial Creta al golfo ondoso,
Su cabeza descubre á mi horizonte;
Y entre el Samo y el Mergo pantanoso,
Y entre el principio de Asia y Negroponte
Hecha deja una isleta y costa brava,
Que Icaria en otro tiempo se llamaba.
En cuyos solitarios arenales,
Del atrevido Icaro la pluma,
Aun eternas conserva las señales,
Sin que el mudable tiempo las consuma;
Y su nombre en las ondas inmortales,
De herviente cubierto y blanca espuma,
Sobre el sepulcro temeroso suena,
Puesto al rigor de su mudable arena.
El sabio aquí por la esperanza mia
A su cargo tomó la ilustre empresa,
Y en noble crianza, y sabia policía,
Salva guardó la destruccion francesa:
Probando en aventuras que fingia
De su niñez la inclinacion traviesa,
Y tras ella sus años juveniles,
Al grave pundonor de hechos gentiles.
Vestíle anoche un rico arnés de acero,
Y armóle hoy caballero un rey persiano,
Guardando á mis lecciones el agüero
De un observado aspecto soberano:
Con que ya su valor veo tan entero,
Que golpe no dará en vacío humano,
Y á darte nuevas desta buena suerte,
Las alas me prestó el deseo de verte.
Ya pues, diosa feliz, en lo restante
Por tí mi jóven se gobierne y rija,
Y contra el brazo y el furor de Anglante
Armas iguales tu saber le elija;
Que aunque es á todo su valor bastante,
Con prevencion prudente el bien se fija,
Acudiendo á esta empresa por ser tuya
Yo de mi parte, Orontes de la suya.
Está de tu favor necesitado
El católico reino de Castilla
Contra el francés orgullo, que agraviado
Por fuerza quiere la española silla;
Y al valiente doncel recien armado
La soberbia del mundo se le humilla;
Solo tu amparo pide, que en la tierra
De la paz es el nervio y de la guerra.
Si el francés enemigo se apodera
De España, queda muerto el valor godo,
Todo el mundo rendido á su bandera,
Que el cielo ha dado á España el mundo todo:
Suyo ha de ser en esta edad postrera,
Y de Francia será, si por tal modo,
Por fuerza ahora ó cautelosa maña,
Su brio introduce en el valor de España.
Tu agravio queda sin venganza justa,
Y para siempre nuestro honor manchado,
Si el ímpetu francés á la robusta
Fuerza de España queda incorporado:
La nueva causa desta guerra injusta,
Que entre estas dos naciones se ha trabado,
De aquí tomó corriente; advierte el modo
Que señora te dé una vez de todo.
Hijo dije que fue del rey Frúela,
El que lo es hoy de Asturias y Galicia,
Mas quedó niño, y con su infiel tutela
De Aurelio usurpó el reino la malicia:
Sucedió del rey Silo la cautela,
Y á este de Mauregato la avaricia,
Que por gozar de infame cetro de oro,
Bellas párias pagó en tributo al moro.
Sucedió don Bermudo á Mauregato,
De pecho real y de ánimo prudente,
Que al casto primo dió del reino ingrato,
Como antes era suyo el cetro y gente:
Este es hoy de virtud vivo retrato,
En la guerra y la paz sabio y valiente,
Invicto vencedor, feroz guerrero,
Casto en la vida, en el juzgar severo.
Mas viéndose de larga edad ceñido,
Y de ilustres deseos rico el pecho,
En el estrecho término encogido
De un combatido muro y pueblo estrecho;
Sin forzoso heredero conocido,
Con quien dejar su reino satisfecho,
Vió tambien que aunque sobre fortaleza,
Es confusion un mundo sin cabeza.
Y destos graves pensamientos llena
La heróica fantasía el rey severo,
Entre el cargo y descargo de la pena
De ver su invicto leon sin heredero,
De sus trazas tomó la menos buena,
Sin fiarla de prudente consejero:
¡Notable error! y en ya resuelta instancia
Ceder quiere su cetro en el de Francia.
Moviale ver el brazo victorioso
Del nuevo Augusto César de Occidente,
Y el español distrito belicoso
Así ocupado de enemiga gente:
Queria dejar un capitan famoso
A su invencible ejército decente,
Que con su autoridad al pecho frio
Pusiese, á ser posible, mayor brio.
Que á él su prolija edad mas le convida
Al ocio blando que á la dura guerra,
Y del mauro la gente mal nacida
De aumentar trata la usurpada tierra:
Mas la rica esperanza concebida
Del noble fin que el real cuidado encierra,
Ya el tiempo con suceso no esperado
En ambiciosa guerra la ha trocado.
Que el reino al no decente ofrecimiento
Del Católico rey al rey de Francia,
De su imprudente arbitrio descontento,
Su valor ofendido y su arrogancia,
Que revoque pidió el dañoso intento
Con la segunda la primera instancia,
O la obediencia le alzarán debida,
Y harán no poco en le dejar con vida.
Esto á añular bastó el concierto hecho
Con público estatuto y embajada,
Y agraviado el francés, quiere de hecho
La injusta sucesion con mano armada;
Y que la fuerza á falta de derecho
Le dé el reino, y sobre esto es la jornada,
De Francia la soberbia y de Castilla
Desta fuente bebieron su rencilla.
Vencidos ya Agramante y Desiderio,
Aquel rey africano, este lombardo,
En el feroz poder del nuevo imperio,
Sobre España el Francés baja gallardo;
Y ella no tiene en todo su hemisferio
Otro valor igual al de Bernardo;
Y este basta, que un brazo valeroso,
Un campo, un reino, un mundo, hace dichoso.
Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuenta
Del rico enjerto, y de la invicta rama,
Que ha de dar sombra al mundo, á Francia afrenta,
Y á su España de honor lustrosa llama:
Haz ahora tú, hermana, que yo sienta
Que en esto vuelvo por tu gusto y fama,
Y que eres diosa del tesoro humano,
Que la guerra y la paz tiene en la mano.»
Al dulce hablar de la afeitada Alcina,
Morgana en gran deleite estuvo atenta,
Que es la lisonja dulce golosina,
Que al necio rico en ambicion sustenta;
Y ufana con el nombre de divina,
Así arrogante respondió, y contenta,
Sin mirar que la Hada en cuanto emprende,

Solo á su gusto y no al ajeno atiende.
Siempre creí que en tu cuidado puesto,
Vivia seguro el de mi honra y vida,
Que mas promete tu nobleza que esto,
Y en mas que esto te estoy agradecida:
El cielo á mi venganza está dispuesto,
Que pues la veo de tí favorecida,
Ya no la dudo ni recelo en nada;
Tú quedarás contenta, y yo vengada.
Por varios modos pretendí vengarme,
Y todos ellos me han salido en vano;
Ya del fiel Galalon quise ayudarme,
Ya de la injusta muerte de Troyano:
De Agramante el valor pudo alentarme,
El tártaro furor, y el africano,
De Mandricardo, y Rodamonte fiero,
Mas á aquel mató Orlando, á estos Rugero.
En graves pensamientos ocupada
El placer me halló de tu venida,
Ya en mis perplejas dudas enterada
Del Francés riesgo en su fatal caida:
Aunque ignorando la dichosa espada
De tal hazaña digna y tal herida,
Ahora que tu saber me la ha mostrado,
Oye lo que al presente me da el hado.
Ya sabes que son mios de derecho
Los tesoros del mar y de la tierra,
Y que á mi cetro y gusto paga pecho
Cuanto en los senos de los dos se encierra;
Pues donde del mar Jónio el bravo estrechu
De Acroceranio bate la alta sierra,
Cierta joya en el mundo celebrada
Dias ha que á un grave fin tengo guardada.
Aquellas armas que del griego Aquiles
A Ulises se entregaron por sentencia,
De ricas perlas llenas y perfiles,
En quien Vulcano echó toda su ciencia;
Donde en realces de mágicos buriles
Grabada está una oculta descendencia
De héroes ilustres, que vendrán al mundo
Del primer poseedor, y del segundo;
Del crespo mar una áspera tormenta
Allí hasta hoy las dió depositadas,
Sin que el furioso Telamon consienta
Que le sean de mortal mano tocadas:
Vive en su muerto corazon la afrenta
De haberle sido sin razon quitadas,
Y en virtud deste pensamiento altivo,
Muerto para guardarlas se está vivo.
Si ya este nuevo espíritu valiente
El fin supiere hallar desta aventura,
Yo mi favor le prestaré decente,
Y él me hará de su valor segura.»
Así Morgana al márgen de una fuente
Al blando viento hurtaba la frescura,
Y yo al saber de su parlar atento
Tambien bebí de su discurso el viento.
Cuando el tiple marcial que el clarin vierte,
Y el ronco son de trompas y atambores
Con que el mundo camina hácia la muerte,
Su plática deshizo entre las flores:
Cesó el sepulcro en que la Hada advierte
Que el arnés vive lleno de primores
Del griego capitan, á cuya mano
Hector murió, y tembló el muro troyano.
Que el quinto cielo ya en sangrienta rueda
Por la tierra marcial furor derrama,
Y en invisible aliento da el que pueda
Crecer á soplos de ambicion la llama:
Del rey francés los triunfos, con que queda
En magestad vencido el de la fama,
El requemado enojo, los desvíos,
Y del leonés los indomables brios.
Entre la tierra, el cielo el mar y el viento
Un soberbio castillo está labrado,
Que aunque de huecos aires su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento
El mundo, ni los cielos se la han dado,
Pues á solo él y su muralla fuerte,
No ha podido escalar ni entrar la muerte.
En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertas sin dormir velando;
Y con mas lenguas que la mar arenas,
Ajenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña suene
Que de rumor las bóvedas no llene.
Fama, monstruo feliz, vario en colores,
Es quien las torres del alcázar vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela:
Favores pregonando y disfavores,
Que allí el parlero tiempo le revela,
De ojos vestida, de alas y de lenguas,
De unos contando loores, de otros menguas.
Vuelan sus claraboyas por la cumbre
De la enarcada bóveda del cielo,
Sobre pilares de oro, cuya lumbre
El aire baña y da hermosura al suelo:
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
De huecas voces un sonoro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.
Los firmes quicios de las altas puertas,
Sin guardadoras llaves ni candados,
A todo tiempo y toda gente abiertas,
De cualquier calidad, suerte y estados:
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enjambre,
Al deseo de saber crece la hambre.
A estos sin que el reciente rastro borre
El vulgo la ignorante oreja aplica,
Y al ciego aliento que en sus patios corre
La mas templada boca multiplica:
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
Tan mudados en otra los publica,
Que volviendo á encontrarlos sus autores
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.
El firme umbral de sonoroso bronce
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconce
A todas horas de aquel mundo esgrime;
Aquí de nudo eterno el mortal gonce
Los siglos vence, y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable y ancha pompa,
El son retumba de una hueca trompa.
Humilde á los principios se levanta,
De ronca voz y de alas encogida,
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz deja en su cundir vencida;
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,
Y de tal propiedad y tal sugeto,
Que á todo hace, y no á guardar secreto.
Así á los cielos ruego le suceda
Al vuelo heróico de mi corta pluma,
Que si hoy humilde y por el suelo queda,
Mañana suba á ser de honor la espuma;
Y en lo alto ya de la voluble rueda,
El tiempo ni la halle ni consuma,
Mas con su altiva voz tan hueca suene,
Que el mundo espante y sus regiones llene.
De todas las humanas invenciones,
Soberbias torres, máquinas, trofeos,
Bellos teatros, ricos panteones,
Altas columnas, graves mausoleos,
Anchos doriscos, sacros iliones,

Colosos, arcos, termas, coliseos,
Pincel, estátuas, bronces, escultura,
Y otra si hay mas constante ó mas segura;
En todas cunde la infeliz polilla
Del voraz tiempo, autor de las verdades:
No hay real corona, ni suprema silla,
Sagrado imperio, muros ni ciudades
Contra sus fuerzas, todo lo aportilla,
En todo imprime y causa novedades:
Los reinos muda, sus linderos trueca,
Y hoy donde ayer fue mar, ya es tierra seca.
¿Quién me dirá de la usurpada España
El cetro oscuro de ásperos alanos?
¿Qué terrones rompió la inculta saña
De almonidas y antiguos turdetanos?
¿Quién los épalos fueron, cuya saña
Al Betis dió los muros sevillanos?
Los zacintos, los celtas, los ancones,
¿En cuál mundo tuvieron sus regiones¿
Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias,
La romana y la griega monarquía,
De Virgilio y de Homero plumas varias,
Murieron, y ellos viven todavía:
Si á sus versos los reinos dieron párias,
Tambien yo espero que á la musa mia
Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos,
Roma sus muros, Rodas sus colosos.
Estos deseos, sabrosa medicina
Contra la muerte son de honrados pechos,
Que el alma eterna de nacion divina
Eternizar tambien desea sus hechos:
¿Quién á un famoso nombre no se inclina?
¿Quién la honra no antepone á otros provechos?
¿Quién tan inútil y de humilde suelo,
Que de una inmortal voz no ame el señuelo?
Pues este altivo monstruo en pasos blando,
De pechos nobles pasto apetecido,
Hoy por un ciego mundo hace volando,
Con mayor voz que nunca, mas ruido:
La nueva infausta guerra pregonado,
El valor del francés nunca vencido,
El aprieto de España y de sus cosas,
Unas alegres y otras lastimosas.
Y entre las que el clarin con mayor vuelo
Del vulgo humilde al real dosel levanta
Es de Francia el ejército, que el suelo
Con sombra cubre y con braveza espanta:
Por cuanto ciñe el mar y abraza el cielo,
Ni otra voz suena ni otra gloria canta,
Que siempre el vario monstro se recrea
Con los que la fortuna lisonjea.
Tambien la invicta España en contra viene
Del comun enemigo á la potencia
Con cuanto dentro encierra, hasta el que tiene
En religion y leyes diferencia:
El que de arar la tierra se mantiene,
Los que en mandarla alcanzan eminencia,
Al que en alcázar real ó humilde choza,
La nueva guerra asesta, ó la paz goza.
Los que á Duero cultivan sus jazmines,
Y al rio Miño las riberas rojas,
Y de Ebro los principios y los fines,
De nieblas frias y corrientes flojas;
Los que del Tajo habitan los confines,
Y pisan de sus álamos las hojas,
Y el que sin fruto en Guadiana pesca,
O al Betis ciñe la ribera fresca.
Marsilio en prevenirse fue el primero
Contra el comun pavor que asombra á España,
Y al rey Casto ofreciendo un campo entero
El de su gente infiel puso en campaña:
Mandando á Ferragut, que al mauro fiero
Por gente pase natural y estraña,
Y á la de Cataluña por Valencia,
De Africa anude y junte la potencia.
Fue Ferragut un bárbaro brioso,
De fornida estatura de gigante,
Miembros doblados, ánimo orgulloso,
Colérico en sus gustos y arrogante:
En fuerzas firme, en cuerpo poderoso,
Belloso rostro y áspero semblante,
Y en el llegar con su opinion al cabo
Entre los valerosos el mas bravo.
A insignes triunfos de armas inclinado,
Y á desvolver del mundo las regiones,
Y dejar fama en él, que es un cuidado
Que no cabe en estrechos corazones:
Todo hasta el marcial pecho era encantado,
Y este lleno de honradas pretensiones
A sembrar sale belicosa saña,
De Zaragoza á lo mejor de España.
Del Ebro claro á la corriente fria
Alterando llegó en rumor la tierra,
Con rayos de orgullosa valentía,
Que es la paz de de su espíritu la guerra;
Y del florido salto que hacia
La preñada cuchilla de una sierra,
Como en grillos de plata vió ceñido
Del humilde collado el tumbo erguido.
Así enfrenada la corriente brava,
De arboledas vestido y de frescura,
Que el sosegado curso que llevaba
A la vista engañara mas segura:
El bosque en sus cristales se miraba,
Y dando y recibiendo hermosura
de Flora, á vueltas via el brazo tierno
Rosas sembrando del florido cuerno.
La fresca vid al álamo sombrío
Sus ramos dulcemente encadenaba,
Y á costa del humor del manso rio
De una inmortal frescura le adornaba,
Donde al ardiente sol, el blando frio
Con pardas frescas sombras convidaba,
Y á contemplar en su cristal profundo
Otro bosque, otro cielo y otro mundo.
En este alegre soto entretenido
Sus flores Ferragut pisa contento,
Y del lugar y del calor movido,
Un nuevo busca y apacible asiento:
Este halla fresco, el otro mas florido,
Aquí hay mas verde juncia, allí mas viento,
Hasta que de uno en otro remolino,
De un raudal espumoso al salto vino.
Al sordo murmurar que se despeña,
El hondo valle suena comarcano,
Y de una peña dando en otra peña,
De aljofar lleno salta al verde llano:
Aquí una cueva está, que aunque pequeña,
Hecha parece por divina mano,
En cuyo húmedo seno y hueco frio
Las deidades habitan de aquel rio.
Donde en tiernos cuidados ocupadas,
En grutas de cristal y ondas ceñidas,
Las ninfas sobre telas delicadas
Sus amores dibujan y sus vidas:
Las rubias hebras de oro marañadas,
Entre la blanda lana retorcidas,
A vueltas muestran de sus lazos bellos
Mil lances de primor dellas y dellos.
Aquí entre olores que tributa el prado,
Al ronco estruendo del cristal rompido,
El moro en graves trazas ocupado,
Sin saber cómo se quedó dormido:
Débil Morfeo en paso sosegado
El sentir le robó sin ser sentido,
Al blando entrar de una quietud suave,
Que al sueño abrió, y al alma echó la llave.
Y apenas de la vista en las ventanas
El sentido comun fijó dos sellos,
Y de las cosas las figuras vanas

Hechas aire sutil voló por ellos,
Cuando con luces no del todo vanas
El sueño le mostró en retratos bellos
Un alarde, á quien dan rayos adustos
Los malogrados fines de sus gustos.
Sueña que se halla en los alegres dias
Que á Doralice festejó en Granada,
Cuando á un breve favor largas porfias,
La puerta le dejaron mas cerrada:
Las armas y pomposas gallardias
En la amorosa empresa celebrada
De Angélica y la bella Guadalara,
Del Brabonel amante prenda cara.
Prosigue amor en su pesado sueño,
Y hácele en Babilonia enamorado
De Bagdelia, y que en Persia alzó por dueño
A la Hada Argiran de su cuidado:
Que á la dueña del lago en dulce empeño
Tambien sin premio le entregó el cuidado,
Y de Marfisa fue atrevido amante,
Y oculto de la bella Bradamante.
Que á Flordelis y á Flordespina quiso
En diferentes partes y en ninguna,
O sea por cuidadoso ó por remiso,
Favorable le vino suerte alguna:
O sea estrella cruel, hado preciso,
Azotes, ó regalos de fortuna,
O la aspereza de su rostro y talle,
Que era oille temor, miedo miralle.
Nadié le codició por tierno amante.
Ni él en saberlo ser halló ventura,
Con que el parlero sueño fue bastante
A despeñarlo en una cueva oscura,
Donde en lloroso vió y mortal semblante
La bella granadina hermosura,
Que á la arrogancia de su pecho fiero
Su primer gusto fue, y su amor primero:
Parécele que en triste cárcel puesta,
Donde halagüeñas lágrimas vertia,
Con medroso ademan y habla modesta
Breve socorro á su afliccion pedia:
Quiso darle las obras por respuesta,
Y del pesado sueño la agonía
Su quitud le hurtó, y en medio el prado
Un sátiro á una ninfa vió abrazado.
Ahora fuese que al sabroso frio
A recrearse sin temor saliese,
Y á gozar de algun álamo sombrío
Su labor y la siesta le moviese:
O que en la cueva del cercano rio
En cuidosas lazadas le prendiese,
O que ahumado encanto le fingia
Lo que durmiendo oyó y despierto via.
En mil lazos el sátiro encadena
El delicado cuerpo transparente,
Y la boca de amarga espuma llena,
Ya el dulce aliento de la ninfa siente,
Que á desdeñosos golpes le refrena,
Y en teson duro, y forcejar valiente,
El torpe nudo huye, y feo semblante
Del atrevido deshonesto amante.
Procura libertar el tierno cuello
Del peligroso nudo de sus brazos,
Y el sátiro importuno el bulto bello
Mas encadena en amorosos lazos:
El cendal rompe, troza los cabellos,
Y el cuerpo sin piedad hace pedazos,
Y todo en vano, que aunque no rendida
Está de la ocasion del gusto asida.
Cual parda sierpe, que de nudos llena,
El águila real lleva á su nido,
Las alas con sus roscas encadena,
Y en ellas cuerpo y piés le tiene asido;
O escura yedra, que en maraña amena,
El tronco á un olmo deja entretejido;
O el blanco risco que la jibia tiñe;
O el pulpo en negros lazos teje y ciñe;
Tal el lascivo sátiro envolvia
La bella ninfa en su prision forzada:
El moro que entendió la demasia
Del torpe amor y el tiempo ocasionada,
Del fresco lecho salta en que dormia,
Y al vano amante la desnuda espada
Al ciego corazon le guió de suerte,
Que echó fuera el amor y entró la muerte.
Cayó descoyuntado al mortal yelo
El corvo fauno, y una alegre fuente
Las nuevas flores del pintado suelo
En su cristal bañó resplandeciente:
O fuese influjo de observado cielo,
O de mágica fuerza cereo ardiente,
Al desangrado amante entre la yedra
El mundo recibió mudado en piedra.
Y un celoso cristal por la herida
De desengaños lleno corrió al rio,
Tal que si al gusto á verse en él convida,
Tal vez le vuelve en tristes sombras frio;
Que al pecho no dió amor duda escondida,
Que clara no la dé el licor sombrío,
Los zelos, las sospechas, los antojos,
Descifrados su luz pone en los ojos.
El hijo de Lanfusa fue el primero
Que el alinde probó de la onda pura,
Y ya por culpa ajena, ó rostro fiero,
Del suyo le asombró ver la figura:
O sea sospecha, ó caso verdadero,
El le sabe, y amor que le asegura,
Que de su arco los menos agraviados
Salen cuando no heridos asombrados.
Ni importa en nobles gustos ser amado;
Que en alegre verano y pasto tierno,
Al corderillo que hay mas regalado
A vueltas crece de la lana el cuerno:
El caso de Anteon, ¿á cuál honrado
En el alma no imprime miedo eterno?
Pues no hay Diana fiel si se le antoja,
Que en ciervo no convierta á quien la enoja.
Para humillar de su altivez la rueda
En gustos locamente confiados,
Labrada esta parlera fuente queda
De un libre desengaño de cuidados;
Donde el Narciso de favores pueda
En el agua escribir los mas fundados,
Y gozar en sus márgenes y orillas
De los hurtos de amor las maravillas.
Del feo bulto del fauno heredó el nombre;
Y de su pecho y cuernos agua fria,
Y su fama en el mundo tal renombre,
Que de divino oráculo servia:
¡Ciega locura aventurar el hombre
Sin ganancia el caudal de su alegría!
¡Vana curiosidad, locos antojos,
Donde es mejor no ver que tener ojos!
Bien que al cristal de su parlero seno,
Hermosos campos y pinturas bellas,
Un tierno niño amor de gustos lleno,
Sobre un cielo de flores por estrellas:
Mil bellas ninfas por un bosque ameno,
Venus que alegre se regala entre ellas,
Y al compás de sus sátiros que espantan
Bailan las unas y las otras cantan.
Cuanto el antojo del que al agua llega
Por gusto pide halla retratado,
Montañas de oro la codicia ciega
De Midas, si aun le dura ese cuidado:
Cazas Adonis en su fértil vega,
Desengaños de amor quien no es amado,
El nuevo amante pensamientos tiernos,
El galan galas, el celoso infiernos.
Los caballeros guerras y aventuras,

Los sabios mil secretos naturales,
La vista melancólicas pinturas,
Los placenteros ojos otros tales:
El labrador sus mieses mal seguras,
El pescador sus cañas y sedales,
La dama bella amor, galas la fea,
Y cada cual al fin lo que desea.
En campo abierto el agua transparente
Un tiempo al mundo dió sus maravillas,
Mas el ciego concurso de la gente
Que á ver llegó sus márgenes y orillas,
Con disgustos turbada la corriente,
Rojas volvió sus flores de amarillas,
Hasta que en defendida niebla oscura
La ninfa le encantó la hermosura.
Fue esta aparente máquina de cosas
Sombríos cercos de la hada Alcina,
Que á hacer las de Bernardo mas pomposas
Su nuevo estudio y su saber camina;
Y de España las sangres belicosas,
A que su natural gusto la inclina,
Entre estas sombras quiere y su aparato
Al mundo dar un singular retrato.
A este fin levantó en sus huecos senos
De un rico alcázar la belleza estraña,
Cuyas cornisas y artesones llenos
De lazos de oro tan sutil maraña,
De marciales sucesos mas ó menos
Que en venideros siglos tendrá España,
Crecientes olas que en lenguajes mudos
Los campos honrarán de mil escudos.
Hasta aquel siglo de oro, y rey prudente,
Que como antes la vuelva monarquía,
Y el lleno goce en el de su creciente,
Y sin menguante corra su alegría:
Esto en muros de vidrio transparente,
Y en cristalinos tumbos de agua fria,
La ninfa dibujó, y en niebla oscura
Encantó hasta su tiempo su hermosura.
Al primer riesgo de la sabia fuente
El lascivo animal perdió la vida,
La ya vengada ninfa en la corriente
Del claro rio sin temor metida:
Viéndose con castigo suficiente,
En su ofendido honor restituida,
A su libertador vuelve lozana,
Y á darle el premio del favor se humana.
Los espumosos tumbos refrenando,
De entre ellos levantó el gallardo cuello,
Con las nuevas vislumbres deslumbrando
Al que se atreve con su riesgo á vello;
Y en lazada sutil de un cendal blando,
En crespos lazos reformó el cabello,
Que á no ser de mas precio su tesoro,

El dia comprara dél sus rayos de oro.
Halló el moro caida entre las flores
De un sirgo azul la tela delicada,
De matices cubierta y de primores,
Milagros de la aguja de la Hada:
Donde en preciosas sedas y colores
Una historia sutil vió dibujada,
Parte labrada ya, parte en amago,
De punto natural, ó aspecto mago.
Nunca de Palas la sutil aguja,
Cuando Aragne intentó su competencia,
A los heróicos dioses que dibuja,
Igual perfeccion puso ni igual ciencia:
Ni el divino cendal que sobrepuja
Toda invencion de humana suficiencia,
Sembrar pudiera en el atento moro
Igual deleite ni mayor tesoro.
No entendió las figuras, aunque pudo
Su gallardo ademán entretenello,
Y atento á verlas por un rato mudo
El gusto le dejó del cendal bello;
La sabia ninfa que del torpe nudo
Del ya muerto animal vió libre el cuello,
Y al caballero en entender atento
De su labor el escondido cuento,
Por conveniente paga que al servicio
En algo iguale de su espada hecho,
Y el premio al recibido beneficio
La magestad descubra de su pecho:
Quiso al moro dejar, que es noble oficio,
En su presente gusto satisfecho,
Con breve relacion de cuanto incluso
En el rico cendal su aguja puso.
Huyóse de las aguas el ruido,
Y por hacerse espejo á su belleza,
El rio en nuevo estanque convertido,
Inmudable volvió su ligereza;
Y ella en palabras de inmortal sonido
Así al invicto moro vuelta empieza:
«Bien que sea tu valor en cuanto haga
De su antigua virtud la mayor paga;
Tal vez á un fiel servicio le ennoblece,
Que digno dél quien le recibe sea,
Y el gusto y gloria de la hazaña crece
Cuanto es mayor la parte en que se emplea:
Pues porque el tuyo en lo que en sí merece
Su colmo goce y su creciente vea,
Contarte quiero á quién por modo honrado
Con tu invencible espada has obligado.
Conocerás de paso los varones
Que en mi heróica labor voy dibujando,
Que sombras de proféticas visiones
No se pueden gozar solo mirando:
Y yo que el gusto miro en las acciones,
Ya los deseos del tuyo estoy juzgando;
Oye, pues, te diré, moro valiente,
Lo que deseas saber, y hay en mi fuente.
Una soy de las ninfas deste rio,
De su juncia nacida en las riberas,
Ya en otro tiempo el ejercicio mio
Fue por los montes fatigar las fieras:
Ninguna selva ni lugar sombrío
Sin los despojos de mi caza vieras;
En armar redes y acechar paradas
Las mas diestras no fueron tan nombradas.
Sin lanudos sabuesos ni lebreles
Al jabali rendí y al oso fiero,
Y si hay fieras mas fieras y crueles,
Esas trataba de amansar primero:
De rosas coronada y de laureles,
Mas tuve, sin querer, de un prisionero,
Que de lo que yo entonces me preciaba
Era de un arco, un dardo, y una aljaba.
Y no me estraga el áspero ejercicio
La atezada beldad de mi figura,
Que si estimarla en poco no fue vicio,
Nunca mas la estimé de lo que dura:
El terso espejo, cuyo amargo oficio,
Es siempre preparar nueva hermosura,
Nunca la mia templó, ni en clara fuente
Por nuevo adorno contemplé mi frente.
Ya Febo estas montañas abrasaba,
En iguales balanzas puesto el dia,
Cuando yo sus collados trastornaba
Rastrando un ciervo que flechado habia:
El cansancio el calor me acrecentaba,
Y una fresca alameda que nacia
De las orillas deste hondo rio,
Señas hacia temblando á un viento frio.
Tejiendo en frescas hojas y altas ramas
De sombrios sauces y ásperos laureles
Tupidas cuevas, y floridas camas
De azules lirios, carmesíes claveles,
De atada yedra y revoltosas gramas,
Vistosos lazos, rejas y canceles,
Donde el blanco jazmin hacia ventana
Al tierno grumo de la vid lozana.
La murta, madreselva y arrayanes,
Los almeces cercaban y algarrobos,
Y ellos con sus brutescos ademanes
De hojosas ramas resonantes globos;
Por dónde las calandrias y faisanes
Cruzando daban silbos y corcovos,
Y el sol por su tupida celosía
Su luz queria engazar, y no podia.
Bebiendo al fresco viento el soplo blando
Al frio llegué de la ribera amena,
Por donde se iba sin mover pasando
En brazos de cristal la onda serena,
Cuyo profundo seno va volcando
Los granos de oro en la menuda arena;
Meto el pié dentro, y como siento el frio,
Desnuda me arrojé en el manso rio.
A veces con la una y otra mano
Si asir procuro de las ondas frias,
Ellas haciendo mi trabajo vano
De mí se huyen por diversas vias:
Vuelvo y revuelvo el cristalino llano,
Y entre el huir del agua, y mis porfias,
Sentí por ellas nuevos remolinos,
Y vi temblar los árboles vecinos.
El dios deste lugar sagrado rio,
De verdes cañas y ovas coronado,
El rostro y barba llenos de rocio,
Lloviendo arroyos de sudor helado:
En una mano un álamo sombrío,
Y en una urna de vidrio reclinado,
Del lugar con el mio mas vecino
Salió rompiendo el muro cristalino.
Al descubrir el dios quedé turbada,
Y á huir medrosa comencé desnuda,
Y él viéndome sin ropa despojada
De mi arco de oro, y de su flecha aguda,
Ardiendo sintió el alma antes helada,
Y de su nueva pretension no duda,
Que al gran señuelo que el amor le hacia,
Ningun estorbo en él serlo podia.
Yo huyo dél, cual tímida paloma
Del presto gavilan que le da caza,
Y él el seguirme tan por suyo tema,
Como á paloma el gavilan de raza:
Saliendo deste valle á aquella loma
Subia, y como nada me embaraza,
En lugar de correr creo que volaba,
Y siempre á mis espaldas le llevaba.
En esto veo su sombra de improviso,
Que el sol ya por mis hombros la subia,
Sino era de algun álamo, ó aliso,
Y por suya el temor me la vendia:
Mas no era el presto dios nada remiso,

Ni sus piés solos cabe mí sentia,
Que ya casi en mis pasos tropezaba,
Y su aliento el cabello me volaba.
Pasmóme el corazon un miedo helado,
Y allí sin poder mas me ví rendida,
Que al desenvuelto amante el premio amado
Metiendo espuelas via en la corrida:
Los ojos volví al cielo, y el cuidado
Le entregué de mi honra y de mi vida,
Y á la casta Diana en tal estrecho
Esta breve oracion dije en mi pecho:
«Divina diosa, si por mí ofrecidas
Víctimas fueron humos de tus aras,
Y sus puras entrañas encendidas
Llamas en nombre tuyo dieron claras;
Si aljaba y flechas traje á tí debidas,
Y tu selva aprobó sus diestras varas,
Deste fiero enemigo, y su torpeza,
Defiende, oh casta diosa, mi limpieza.»
A este fresco lugar en que ahora estamos
Diciendo estas palabras descendia,
Cuando Diana de entre aquellos ramos
Salió esparciendo en mí una niebla fria:
Las dos en medio della nos salvamos,
Y el fugitivo dios, que ya ponia
En mí sus brazos, aunque quedó ciego,
Por mil partes cercó la nube luego.
Yo viendo tan solícito enemigo,
Aunque de la triforme luz guardada,
Y en su inviolable amparo y casto abrigo
Segura estaba de dañarme nada;
La beldad ciega, que vivia conmigo,
Inquieta me traia y alterada,
Cual tímida cordera, que presente
El lobo en torno del aprisco siente.
Cuando medrosa entre un sudor helado
Me ví ir toda abrasando y consumiendo,
Que á modo de rocío delicado
De sus senos la nube fue lloviendo:
Los huesos ya en cristal se habian trocado,
Y como yelos se iban derritiendo,
Corriendo entre las yervas, y el amante,
Que el agua conoció, mudó el semblante.
Dejó la grave magestad pesada,
Y en ver mis nuevas ondas atrevido,
«La empresa mia, dijo, es acabada,»
Y en sus aguas tras mí se ha convertido:
Yo viendo pretension tan porfiada
Rendime, y al tomarle por marido,
Ví que á mudar el celestial decreto
Ningun humano curso hace efeto.
Entre estos riscos mi morada tengo
De cristal duro y blancos pedernales,
Y aquí con otras ninfas me entretengo
En dibujar empresas inmortales:
Del dios Jano por recta línea vengo,
Y saben las antorchas celestiales
Que es Iberia mi nombre, y mi estandarte
La mejor sombra del sangriento Marte.
Fue Tubal nieto del famoso Jano,
De quien segunda vez renació el mundo,
Y á poblar esta tierra de su mano
De Armenia vino sobre el mar profundo:
Deste nació el segundo rey hispano
Llamado Ibero, y yo deste segundo,
Este es mi antiguo origen, deste Ibero
Nombre tomé, y le dí á este mundo entero.
Soy pues la que hoy en grave pompa y vuelo
Sus cosas guia, y soy la que su fama
Con pio derramará, y heróico celo,
Por cuanto el rojo sol su luz derrama:
De entre las ondas de mi claro yelo
El cielo ha de sacar la inmortal llama,
Que dará vida y ley á un mismo paso,
Desde la rubia aurora al turbio ocaso.
Quisiérate mostrar, pero no quiero,
Los preciosos tesoros de mi cueva,
Las grandezas que al siglo venidero
Por todo el orbe su corriente lleva:
Los triunfos, y el camino verdadero,
Que al mundo sacará una gente nueva,
A reducir debajo de su lanza
Cuanto rodea el sol, y el mar alcanza.
Los apartados reinos, y las gentes
Por los senos del mundo derramadas,
El fin del mar las playas diferentes,
Y aquellas islas del calor tostadas,
Que al valor de mis claros descendientes
Por las estrellas viven reservadas,
Aunque no caben todas en la tierra,
Lo menos cunden que mi pecho encierra.
Mas no es posible alcance tantas cosas
El presto huir de un tiempo tan escaso,
Ni tú, en horas tan breves, mis famosas
Grandezas puedas ver sino es de paso:
A otro brazo las lumbres poderosas
La victoria pasaron deste caso,
Y á tí lugar famoso al márgen suyo,
En honra al real valor del brazo tuyo.
Mas por bastante paga al beneficio
De haber en mí favor tu espada honrado,
Ya que el precioso hado te es propicio,
Y tanto tu nobleza me ha obligado;
Del mundo por venir un breve indicio
Quiero que en mi labor veas abreviado,
En nueve hermosos rayos, cuya llama
Con los nueve compite de la fama.
Este lienzo entre lazos de oro fino
Al mundo guarda vivos sus retratos,
Cuya estampa y dibujo peregrino
Labrando me entretiene alegres ratos:»
Dijo, y desde el remanso cristalino
La tela desdobló, que dió baratos
A sus ojos mil rayos de contento,
Y ella así prosiguió su alegre cuento:
«Estos que de mi aguja retratados
Dan gloria á las edades venideras,
Son nueve capitanes celebrados,
Tras de quien vienen todas mis banderas:
Los triunfos á sus hechos reservados
Celebrados quedáran si los vieras,
Que yo ahora no he de darles mas renombres,
De que aquí los conozcas por sus nombres.
Este que ves entre moriscas lides
Con seis azules roeles señalado,
Antiguas armas del gentil Persides,
En tiempo del rey Artus celebrado,
Es el godo aleman Nuño Belchides,
Y este escuadron que en sombras abreviado
Aun se está en los principios de mi aguja,
Y su luz la del cielo sobrepuja,
El fruto es de su tronco, que al cercano
Mundo que ha de venir promete el cielo,
Y yo en su nombre al reino castellano
Príncipes dignos de su invicto suelo;
Y á Castro y Lemos, como soberano
Desta creciente, cuando en feliz vuelo
Nazca un Apolo por patron y guia
De una famosa historia suya y mia.
El que tras él no quiere atras quedarse,
Y su opinion tan adelante lleva,
Que á todo el ancho mundo hará estimarse,
Si á hacer llegare de su espada prueba;
Pues aquí no pudieron dibujarse,
Celebre sus hazañas con voz nueva,
Y al conde Hernan Gonzalez sin segundo,
No solo España, pero todo el mundo.
De la real sangre que sucede y mana
A Sandoval desta sagrada fuente,
Lerma gozará duques, y hará ufana

A España un soberano descendiente;
De cuya sabia y fiel prudencia humana,
El grave sucesor de un rey prudente,
Hará el mejor gobierno que en Castilla
Haya tenido la española silla.
Este de blancas plumas señalado,
Que el campo de morisca sangre baña,
Si el frigio Hector no ha resucitado,
Famoso Cid será, y honor de España:
Temblará Mauritania en verle armado,
Y en el frio ataud, grandeza estraña,
Hecho á vencer con su ademan altivo,
Tambien vencerá muerto como vivo.
Mira tras este al que por propio nombre
El de Gran Capitan será debido,
Y si el retrato te parece de hombre,
Es porque en mortal lienzo está tejido:
Su fama, sus hazañas, su renombre,
No en columnas de mármol esculpido
Al mundo dejará para memoria,
Mas toda Italia cantará su gloria.
Este á quien favorece la fortuna
Al parecer con tan alegre cara,
Si los hados le sacan de la cuna,
Marqués será famoso de Pescara:
Victoria eterna en inmortal coluna,
Digna promete á su grandeza rara,
Y él al honor de España un gran tesoro,
En el rey preso de los lirios de oro.
Aquel por tantos mares venturosos
En pequeños bajeles engolfado
Es Hernando Cortés, que en mil colosos
Su nombre ser merece eternizado:
Descubrirán sus ojos venturosos,
Y rendirá su esfuerzo afortunado,
Otro mundo, otro cielo, y otro polo,
Que es poco para él un mundo solo.
Este que tiene el venerable cuello
De un bello toison de oro enriquecido,
Y colgado del peso dél y dello
Del suelo lo mejor y mas florido;
Si acaso el mundo mereciere vello,
Como el ser su monarca ha merecido,
Duque de Alba será, y honor de España
En Portugal, en Flandes, y Alemaña.
El que sobre este carro cristalino
El mar gobierna en venturoso freno,
Si al mundo hallare su valor camino
Para dejarlo de victorias lleno,
De Santacruz será marqués divino;
Y si la parca en su enlutado seno
Antes de tiempo su valor no encierra,
Temblar hará el furor de la Anglia tierra.
Aquel en quien las horas presurosas
El curso abreviarán con tal corrida,
Que apenas á las puertas deleitosas
Llegar le dejarán de nuestra vida,
Cuando entre negras sombras tenebrosas,
La tierna faz de amarillez teñida,
Dejará el aire claro y nuevo dia,
Que en su real presencia amanecia;
Yo digo de aquel príncipe famoso
Que á España vestirá de luto y llanto,
Despues que su valor vuelva espantoso
El seno de Corfú, y el de Lepanto:
Y desde allí con triunfo victorioso
Al espanto del mundo ponga espanto,
Mostrando en esto ser hijo segundo
De Carlos Quinto, emperador del mundo.
¡Oh estrellas! ¡cómo fuistes envidiosas
A la gloria de España! oh duro hado!
Si al golpe de sus suertes valerosas
No les faltara tiempo señalado,
Tú solo á mil regiones poderosas
Pusieras yugo y freno concertado,
Desde donde se yela el fiero Scita,
Adonde el abrasado Mauro habita.
Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores
Para esparcir sobre la tierna frente,
En sacrificios y debidos loores
Deste mi soberano descendiente:
Y vosotros divinos resplandores
Deshaced los agüeros felizmente,
Y aquella sombra y triste centinela,
Que sobre su cabeza en torno vuela.
Destos nueve bellísimos luceros,
En oro ahora y rosicler grabados,
Sin otra inmensa copia de guerreros,
Entre sombras y luces esforzados,
A los siglos prometen venideros,
Honra á los vivos, gloria á los pasados,
No sé si diga en tan veloz corrida
Otro que aquí de intentó se me olvida.
Vive en el mundo, y es el adversario
Mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,
Por quien un nombre heróico el tiempo vario
Para siempre dará á tus obras vivo:
Dejara el alabar á tu contrario,
Mas véotele mirar con rostro esquivo,
Y es de tan grandes llenos la figura,
Que aun asombra su luz puesta en pintura.
Es pues el valeroso brio dispuesto,
Que allí campea entre plumajes de oro,
Y en tierna edad, y en ademan compuesto
Al francés rinde, y doma al pueblo moro,
El invicto Bernardo, en quien he puesto
De mi esperanza el sin igual tesoro,
Cuya braveza ha de librar la mia
De un yugo de ambiciosa tiranía.
Ya en nuevo arnés grabado representa
Un invencible Marte al turbio Egeo,
Donde al rigor de una áspera tormenta
De un casto amor le alcanzará el deseo;
Y con el rey de Persia en lid sangrienta
Ya esta noche le vi, y ahora veo
Que fue el segundo trance, y el primero
De que triunfó con voz de caballero.
Otro tuvo en defensa de su tio
En los famosos bosques de Miduerna,
Donde de mora sangre un rojo rio
Su dura espada abrió, y su mano tierna:
Allí sin otras armas que su brio
Su rey libró, y ganó una fama eterna;
Mas son ensayes, que en las veras puesto,
Su espada rendirá de un mundo el resto.
Matará en Benavente y en Zamora
Al soberbio Alcaman, y al rey Oreste,
Que con la suya la pujanza mora
Hará que ni le valga ni le preste:
Dejo el campo de Orcejo, dejo ahora
El riesgo del rey Casto, y muerto en este
El antiguo don Bueso, que á Castilla
Humillar quiso á la Aquitania silla.
Dejo trances de honor, dejo victorias,
Que mil clarines volverán sonoros,
Y de quien de memorias en memorias
La fama hará el mayor de sus tesoros:
Las tierras que en pomposas vanaglorias
Dará á su rey, y quitará á los moros,
Dejo y dejo tambien el triunfo manco
De Barbaste, Sobrarbe, y Monteblanco.
Ni de la conquistada Barcelona
Digo ya el merecido Principado,
Ni el tributar la Italia á su persona
En escaño real cetro dorado:
Ni el ponerle al imperio la corona
A un golpe de su espada en tal estado,
Que por bien que la fama ande ceñida,
Siempre á sus piés se la dará rendida.
Que esto es lo menos de su brazo fuerte,

Y de los bravos que hoy pisan el mundo,
A los mas por su mano ha de dar muerte,
Y harto el primero hará en quedar segundo:
Ni pienses que es el nuevo encarecerte
De sutil invencion parto fecundo,
Que ya algun dia tú has de ser testigo
De lo mas y lo menos que aquí digo.
Lugar precioso en esta rica tela
Queda á otros nobles hijos de la fama,
En cuya heróica historia me desvela
La industria de mi mano y de su fama;
Y aquesta luz que en torno dellos vuela,
Es la que á eterno nombre y voz los llama,
Ahora en tanto que ellos nos suceden,
Oye lo que los hados te conceden.
«Si en esta clara fuente siete veces
Al rayo de la luna te lavares,
Y á los difuntos dioses tus jüeces
Con nocturnos inciensos aplacares,
Y una sagrada víctima le ofreces
Al dios conservador destos lugares,
Con lumbre de laurel y hojas de olivas,
Harán que al mundo eternamente vivas:
Y tu edad y tu siglo se renueve
Como los campos con las frescas flores,
Sin que tu vista eterna noche pruebe,
Ni tus sentidos sientan sus temores;
Mientras Ebro á la mar tributos lleve,
Y por abril nacieren los amores,
Y el cielo coronaren las estrellas,
Y los años volaren en pos dellas.
Mas si por no observar las impresiones
De los celestes astros lo dejares,
Y destas ceremonias y oraciones
Indigno el limpio y grave arnés juzgares,
De las otras forzosas ocasiones
Este rocío temple los hazares,
Y en tu antes duro trato vuelva el mio
Gusto agradable lo que fue desvío.
Perderá las congojas del profundo
Sueño que te inquietó la fantasía,
Pues gozar de inmortal vida en el mundo
El cielo te lo da por otra via,
Si merecieres el lugar segundo
En los contestos de una historia mia,
Que ha de durar mas siglos en la tierra,
Que ondas derrama el mar y arena encierra.»
Dijo, y de en medio del sagrado rio
Con la mano arrojó licor bastante,
Con que al valiente moro creció el brio,
Y lo áspero lavó al feroz semblante:
Volviendo lo argentado del rocío
El antes rostro bárbaro elegante,
Desnudo del primer capote y ceño,
Que de horrible le hacia zahareño.
De una apacible gravedad compuesto,
Hasta en los ojos de la envidia amable,
Así en gallarda proporcion dispuesto,
Que aun el áspero gusto volvió afable;
Que mas se da con la ventura que esto,
Como sin ella es todo abominable:
El agrado, la gala, y la hermosura,
No son mas que un rocío de ventura.

ALEGORIA.

Por la cueva del Hado se entiende la providencia divina, á quien todas las cosas están sujetas.

En la relacion de los reyes godos se muestran los altibajos del tiempo, y como ni el cetro y corona de las magestades de la tierra, ni por altos ni por grandes se libran de sus mudanzas.

En Iberia abrazada con el sátiro, cuan poderosa es en el vicio de la sensualidad la fuerza de la ocasion, y como para librarse della conviene que entre de por medio la fuente del desengaño.

En el rocío que á Ferraguto le lavó el rostro, y mejorándole el ser le perficionó la figura, se descubren los admirables efectos que la ventura hace en el hombre, y como á veces hasta de lo porvenir le da noticia, como la Hada á Ferraguto.

LIBRO TERCERO.

Argumento. Ferraguto envidioso de las alabanzas de Bernardo se parte a buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso Joncel, que libró al rey Casto de cierta traicion, y dase á conocer el conde. Trátase de las fiestas de Francia, y del consejo de guerra del César donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Orontes robó á Bernardo.

Quería el moro por tan ricos dones
Mostrarse agradecido y obligado,
Cuando sin aguardar á otras razones
La Hada se volvió en cristal helado;
Y él vestido de nuevas perfecciones
El camino siguió de su cuidado,
De gustos lleno, y desabrida pena,
Con el bien propio, y con la fama ajena.
Del Ebro inculto por la fértil grama
De sus mismas acciones va admirado,
Fria de envidia el alma con la fama
Que al gallardo Leonés promete el hado:
Celos le yelan, el honor la inflama,
Y en él, y en su esperiencia confiado:
»¡Será posible, dice, que en el mundo
Hay quien me baje á mí al lugar segundo!
Primero en ciega confusion hundido
Todo lo dejará este brazo fiero,
Los que ahora viven, los que ya han vivido,
Cuanto me espera á mí, cuanto yo espero:
Mio es, mio ha de ser, y mio ha sido
En todos trances el lugar primero,
Este defenderé con dura guerra
A cuanto surca el mar y ara la tierra.
No volveré á los ojos de mi gente
Sin quitar á mi honor este embarazo,
Y ver si dese Montañés valiente,
Lo que no hizo el mundo hará su brazo:
A buscarle quiero ir al mar de Oriente,
Y quitarle la vida en su regazo,
Antes que toque en tierra, y haya brio
En ella que compita con el mio.»
Así dijo; fantástico y brioso
Su caballo guió para Valencia,
Que es el honor herido en pecho honroso
Viva inquietud, agravio sin paciencia:
Dos dias anduvo sin hallar reposo
Tras el fin de su vana competencia,
Discurriendo por ella, y sin camino,
De un desatino en otro desatino.
Mas ya al tercero, cuando el sol sembraba
Del dorado Zenit rayos mayores,
Y el pastor caluroso se amparaba
Al fresco de los sauces entre flores,
Por el nuevo camino que llevaba
En ligeros caballos voladores,
Huyendo vió venir una doncella,
Y un caballero en los alcances della.
Ella á gritos pidiendo al cielo ayuda,
Y él con solo el intento de alcanzalla,
Con la cobarde espada alta y desnuda,
Por herilla, prendella, ó por matalla;
Sacó el Moro feroz la suya aguda,
De quien los bravos tiemblan en miralla...
Cuando Teudonio en la prision de Luna
Así en cuentas está con su fortuna.
Llegó el alcaide entreteniendo el paso
Con sagaz atencion á lo que habia,
Acogiéronle bien, viólos de paso,

Que solo á requerirlos descendia:
Sintió de nuevo el nuevo preso el caso,
Su corta fe, su escasa cortesía,
Y mordiendo los labios al ultraje,
Entre un suspiro reprimió el coraje.
Y vuelto al conde, dijo: »al fin cual digo
De la cuadra real llegó á la puerta
El aviso traidor del falso amigo,
Cuando ni pudo entrar, ni la halló abierta;
Y viendo el riesgo y fin del enemigo,
Y mi importante traza descubierta,
El rebozo troqué en que satisfaga
Mi muerto honor la prevenida daga.
Y antes que el frio temor, en las entrañas
Entera entró, y se la escondí dos veces,
Con que el sensual amor y sus marañas
Huyó corrido entre sangrientas heces:
¡Oh cómo el tiempo da vueltas estrañas!
¡Oh cómo humilla locas altiveces!
Matóle al fin del muerto honor la traza,
Y una ventana le colgó á la plaza.
Yo allí aclamando »¡libertad! ¡victoria!
¡Leon por el rey Casto!» con que á un punto
De los contrarios no quedó memoria:
Que á mi voz viva, y á su rey difunto,
Libres dejaron la usurpada gloria,
Las armas, y el rendido alcázar junto,
Hecho ya en roja sangre un negro charco,
Con mi espada y las gentes de Filarco.
Sacudió el yugo infame del tirano
El reino fiel del oprimido cuello,
Haciendo en estos trances de mi mano
Que el despojado rey volviese á sello:
Prendí, tracé, compuse, y todo en vano,
Pues al fin se olvidó tan presto dello;
Vino á hacer córtes luego, y á ser vino
En mis alegres bodas el padrino.
Mostró correspondientes los favores
A la importante fe de mis servicios,
Siendo en todos mis votos los mejores,
Y mis sanos consejos mas propicios;
Hasta que el malsinar de hombres traidores
Esta privanza leal sacó de quicios,
Trocándose los vientos favorables,
Que hombres, aunque sean reyes, son mudables.
Mahamut, Arrez de Mérida, fue un moro
De falso pecho y de ánimo atrevido,
Que ardiendo en ambicion rompió el decoro
Al rey Hissen de Córdoba debido;
Y con su gente y bárbaro tesoro,
Ya el africano yugo sacudido,
Del rio Vierzo entró en el campo vasto,
Y al amparo se vino del rey Casto.
A este por órden y consejo mio
En fiel guarda le puso á las fronteras
Que el Miño riega, y crece el Duero frio,
Por hondos saltos y ásperas laderas;
Y allí en dos lustros por su ardiente brio
Al mundo espanto dieron sus banderas,
Y el reforzado puesto en que vivia
Asaltos á los moros cada dia.
Era temida hasta en su misma gente
La aspereza del bárbaro inhumano,
Enemigo feroz, brazo inclemente
Al pueblo infiel y ejército africano;
Un hermano no menos que él valiente
Tuvo, á quien sobre el muro zamorano
Un dia, por sedicioso y homicida,
El rey Casto prendió, y quitó la vida.
Encendió al moro el presumido agravio
En deseos de vengar su hermano muerto;
Era mudable, trascendido y sabio,
De sangre castellana y mora enjerto;
Y como de traidor tenia el resabio,
Y de astuto el falaz pecho encubierto,
Encerró en él con pundonor discreto
De la traicion que urdia el gran secreto.
Y por mostrar que del perdido hermano
La odiosa muerte ya tenia olvidada,
Al Casto rey envió á pedir humano
Importante favor á una jornada;
Y á mí por de mas nombre, y mas cercano
A la persona real, dió encomendada
La suya, y de su causa me hizo agente
Con mil lisonjas, y un falaz presente.
Dióse el despacho á diligencia mia,
En despediente afable, y grato modo,
Y en la conquista y tierras que pedia
Sin nada reservar se le dió todo:
Mas no el traidor alcaide pretendia
Favor, sino venganza del rey godo,
Enviando con el nombre de embajada
Doblada gente, y prevencion doblada.
Del trono real á descansar bajaba
Al valle de Miduerna comarcano
Tal vez el Casto rey, donde gozaba
De ver correr un oso de verano;
Y el montañés Filarco le hospedaba
Con espléndida mesa y franca mano
En un real bosque, que en hinchada loma
Sobre las puntas de aquel bosque asoma.
En esta insigne casa de contento
De alcaide el fiel Garilo nos servia,
Puesto en olvido el alevoso intento,
Con que á tener mas tiempo me vendia;
Aunque él á la traicion trocando el viento,
La doró con decir que pretendia
Con aquella ocasion verse á mi lado,
Para morir allí, ó salir honrado.
Es fácil de engañar un noble pecho,
Y en un traidor jamás faltan engaños;
Este pues, que parece que fue hecho
Para sacar á luz los mas estraños,
Era en Miduerna alcaide á mi despecho
Por el gusto de Arlinda habia dos años,
Cuando de Mahamut la torpe gente
A Leon llegó con su falaz presente.
Y ahora por grave suma de tesoro,
O la esperanza de otra mas cumplida
En él, porque escondió el escuadron moro,
Del Casto rey deseando la venida,
Donde la fuerza los guardó del oro,
Sin ser de nadie su traicion sentida,
Hasta que el señalado tiempo vino,
Y un notable suceso en el camino.
El Casto Alfonso al real jardin derecho
A espaciar se guió, cuando en un llano,
Que el monte da á la humilde selva hecho,
Un doncel pareció, y un hombre anciano:
El viejo alto, feroz, calvo, derecho,
De rostro enjuto talle cortesano,
Palabras pocas, y modestia mucha,
Dos grandes bienes al que ve y escucha.
Del doncel solo no sabré pintarte
La gallarda postura con que vino,
Que al brio natural llegado el arte,
Era en humano traje ángel divino:
Hijo hermoso de Venus y de Marte
En su aire le juzgáras peregrino,
Y humilde de Narciso la pintura,
Si como yo te hablára su hermosura.
Niño que el tierno bozo le apuntaba,
De cuerpo algo mas grande que pequeño,
De alegres ojos, y de vista brava,
Suave en el mirar, y zahareño:
Temor el verlo y alegría causaba,
Y el rostro armado de capote y ceño,
Mezclando á lo hermoso lo robusto,
La cifra hacia del deleite y gusto.
En un bravo fantástico caballo

De la color y lustre del armiño,
Que Genil vió nacer, Bétis criallo,
Y de su juncia aun no perdió el cariño;
Sin poder con el freno sosegallo,
Lozano el potro, y el ginete niño,
Y así trocando manos y visajes
Heria el jacz, temblaban los plumajes.
De azul, tela de plata, y encarnado,
Rico jubon, coleto y calza al uso,
El boemio en armiños aforrado,
Que el regalo y la gala juntos puso:
Con broches de diamantes recamado
Y perlas en labor y órden confuso,
Y en el sombrero, en plumas y en airones,
Engastes de rubís hechos florones.
La calza de obra, y ricas entretelas,
Lanzando rayos con vislumbres de oro,
De puntas de diamantes dos espuelas,
Y de rubís por ellas un tesoro:
El blando freno, estribos y charnelas,
Con pardos nieles de artificio moro,
La guarnicion de la gallarda espada,
De esmeraldas y perlas amasada.
Varios entalles de oro en cada hebilla,
Sonando del pretal las guarniciones,
De verde brocatel la corva silla,
Y del mismo matiz riendas y aciones;
Gripado lo embutido de platilla,
Y en nuevos trebolillos y florones,
Con asientos de perlas y rubazos,
Floridos brichos y escarchados lazos.
Así tal vez entre celajes pardos
Suele bullendo en luz resplandeciente,
Con bellas alas de oro y pasos tardos,
El lucero alegrar al rojo Oriente;
Y entre peñascos de ámbares gallardos
Dorar las nuevas rosas de su frente,
Recamando de aljófares y grana
El tierno dia, el mundo, y la mañana.
Tal el doncel llegó, tal el mirallo
Deleite puso y gusto en los presentes,
El rey por le hablar paró el caballo,
Hecho un tejido muro de sus gentes:
Cuando el sabio Gentil, que á presentallo
Al casto rey venia, estas prudentes
Palabras sembró al aire, y fue escuchado
Del circunstante pueblo descuidado.
»Aunque jamás en mi, rey poderoso,
Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,
Por si fui en algun lance sospechoso,
Y tu gusto agravié por complacerte,
El brazo deste jóven valeroso
De mi culpa podrá satisfacerte,
Cuando su espada ampare, no vencida,
De varios riesgos tu importante vida.
Tienes con él mas parte que conmigo,
Con ser yo por mil partes todo tuyo;
No tardarás en conocerme amigo,
Y en suficiente prueba el valor suyo,
Que el furor de un doméstico enemigo
Te aguarda en este parque, para cuyo
Remedio todo lo posible he hecho
En reducirle á tiempo de provecho.»
Dijo, y el Casto responder queria
Del grave anciano al noble ofrecimiento,
Cuando el jayan Fracaso, que venia
Por traidor capitan del falso intento,
Viendo que el rey el paso suspendia,
Feroz salió en su loco atrevimiento,
Temiendo en verle así por cosa cierta
Ser su oculta traicion ya descubierta.
Con cien valientes moros del castillo
Muera el ingrato rey salió gritando,
Suspendímonos todos en oillo,
Al Casto en frágil escuadron cercando,
Por donde á todo riesgo abrió portillo
Del furor ciego el enemigo bando,
Dejando su confusa arremetida
Los mas bravos Guzmanes sin la vida.
El doncel de la selva compelido
De un brioso ardor, y el gusto de mostrallo,
Niño lozano, y de ánimo atrevido,
La espada sacó á un tiempo, y el caballo;
Y cual si temeroso ciervo herido
Le espoleara el deseo de alcanzallo
Salió contra la bárbara emboscada,
Sacando mas que el sol rayos su espada.
Era Fracaso un moro berberisco,
De grueso cuerpo y ánimo doblado,
En rostro sierpe, en ira basilisco,
En vista torpe, en lengua libertado:
Cuba de alegre vino, que el morisco
Que en esto se desmanda es consumado,
Y á la sazon sobre un frison polaco
Hecho venia recien comido un Baco.
Lleno el celebro de arrogancia y vino,
Cual fantástica torre iba el primero,
Cuando el diestro doncel salió al camino,
Vestido uno de seda, otro de acero:
Hizole al moro errar su desatino,
Y acertarle el contrario un revés fiero,
Que dejó por el suelo su braveza,
Y á él y á sus contrarios sin cabeza.
Pasó sin alma el cuerpo en el caballo,
Cual si vivo buscara á nuestra gente,
Donde al miedo primero de mirallo,
La nueva admiracion creció presente;
Acudió á toda rienda por vengallo
De su morisma el escuadron valiente,
Que en confuso alarido sin reparo
Por el nuestro rompió de claro en claro.
Eran los diestros moros escogidos,
Armas, lanzas, caballos, caballeros,
Al alevoso asalto apercebidos,
Y á cualquier trance de ánimos enteros:
Los nuestros solo á caza prevenidos,
Aljabas de color, petos ligeros,
Propios para huir desa manera,
O de la muerte ahora, ó de una fiera.
Quedaron los mas bravos por el suelo,
Sembrados los no tales por el llano,
Que ni del rey ni de su honor el celo
Freno dar pudo á su temor liviano:
Encontróse Dorasto con Tranquelo,
Aquel moro valiente, este cristiano,
Y vinieron al prado sin sentido,
El moro muerto, y el cristiano herido.
Volvióse á levantar, cobró sangriento
Su fiel caballo, y el contrario escudo,
Y con él, con su espada, y con su aliento
Del rey lo fue mientras durarle pudo:
Yo á su lado siguiendo el mismo intento,
Vestido de lealtad, de armas desnudo,
La defensa que pude, y que debia,
Sin dar un paso atrás hice aquel dia.
Mas ¡quien dirá entre tantas las proezas
Que el doncel bello en este tiempo hacia!
¡Los peligrosos golpes, las destrezas
Con que unos daba y otros rebatia!
Cortando piernas, brazos y cabezas,
A este ayudaba, al otro defendia,
Aquí se ampara, y acullá ejecuta,
Y á todo acude con presteza astuta.
A Mosquino llevó una espalda entera,
Mollita de Coimbra renegado,
Que por ser brava su mujer y fiera
A ser moro se fue desesperado,
Donde encontró una vieja hechicera,
Que fue siempre en casarse desdichado,
Y dichoso en el golpe que hoy le deja

Libre de una celosa y de una vieja.
El diestro brazo le arrancó del codo
A Fulco, gran maestro, de un montante,
Con que le arrebató su saber todo,
Y de muy sábio le dejó ignorante;
Y al taur Alcin le dió un revés de modo
Que ambas las manos le quitó delante,
Y él hecho á perder manos en el juego
Quedó del golpe con algun sosiego.
A Zegrildos pasó de parte á parte,
Valiente capitan de Peñaranda,
Y á Boacel derribó, y á Galimarte,
Y á Berberuz el de la roja banda:
Hiere, rompe, destroza, hiende, y parte,
De aquí y de allí, de aquesta y la otra banda,
Hecho en la gallardía, y la persona,
Un formidable hijo de Belona.
Cual rayo ardiente, que en revuelta llama
De tres puntas, los rústicos haberes
Del campo asuela, y la copada rama
Del sauce, alegre sombra á mil placeres,
Humeando deja, el hueco monte brama,
Gime el cielo al caer, la rubia Ceres
Arde en secas aristas, y en su daño
La madura esperanza esconde al año.
Ni era menor el daño que hacia
El escuadron contrario en nuestra gente,
Que uno muere, otro cae, otro huia,
Otro queda hecho piezas por valiente:
El soberbio Abdelmon, que pretendia
Ser de Mahoma oscuro descendiente,
Y en su ciego Alcorán tener cauciones
Para mudar decretos y opiniones,
Traia un diestro herir tan presuroso,
Que era el asombro del sangriento llano;
Derribó á Peñalver, mató á Fragoso,
Uno bravo leonés, otro asturiano:
Topó al burlon Grafil, truhan gracioso,
Que con lenguaje libre, y cuerpo enano,
Solia satirizar por su deporte
Los descuidos del rey y de su córte.
Mas dañóle aquel dia uno que él tuvo,
No ser en huir como en hablar prolijo,
Que hacer entonces á Abdelmon le pluvo
Nuevo donaire del que tantos dijo;
Y en verle así pequeño se detuvo,
Y al brazo se le ató por regocijo,
Hecho de espada, que antes era escudo,
Dado á su tahalí en el suyo un nudo.
Pudo la alegre burla estarle á cuento,
Que á sombras del juglar nadie le heria,
Cuando una flecha por el libre viento
A poner tregua en su placer venia;
Dió en la visera, y acertando á tiento
Los sesos le cosió en la fantasía,
Quedando muerto, y el enano vivo,
Por dueño ya del que antes fue cautivo.
El Casto rey entre escabrosas breñas
A su gente formó fragil reparo.
Y con mañosa industria á sus pequeñas
Fuerzas trazó defensa, y puso amparo:
Bien que contra las armas estremeñas
El vencer fuera incierto, el morir claro,
Si el doncel de la selva le faltara,
O su presta venida se tardará.
Sacó el morisco orgullo tres gigantes,
Resplandeciendo en láminas de acero,
Uno en los abrasados Garamantes
Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero:
De gruesos cuerpos, y ánimos bastantes
A rendir el furor de un campo entero,
Y para en él llevar nuestro rey preso
Un fuerte carro de acerado peso.
El mauro Dragonel que iba delante,
Armadas de un alfanje ambas las manos,
Con presto herir, y con feroz semblante,
En campo á un tiempo entró con diez cristianos:
Mató á Feinigue, músico y danzante,
Al duro Orbelio y á Franconio hermano,
Que en ciego pleito andaban por su herencia,
Y el gigante igualó la diferencia.
Aun todavia con ellos combatiendo,
Muerto el uno del todo, el otro herido,
El gallardo doncel pasó corriendo
Del gran combate por lo mas tejido;
Y ora de intento fuese, ó no pudiendo
Detener el caballo desabrido,
En el jayan chocó, y á todo vuelo
Como una gruesa torre vino al suelo.
Quedó sin la una pierna en la caida,
Y encima della y dél muerto el caballo:
Causó la no pensada arremetida
El dar en el gigante, y derriballo,
Ver el confuso campo de vencida,
Preso el anciano rey, y por librallo
A toda furia arremetió, y al paso
Le ofreció el cielo el venturoso caso.
De la escogida escuadra, á quien cumplia
En Lugo al Casto rey dar preso y vivo,
A pesar de quien mas lo defendia
En su carro Zairan le entró cautivo;
Y con la rica presa que hecho habia,
A larga rienda y paso fugitivo,
Sin aguardar al fin de la revuelta,
Cumplida su intencion daba la vuelta.
¿Quién del real jóven contará el denuedo
Al diestro entrar del peligroso alcance,
El derribar á Dragonel, y el miedo
Que á todos puso este segundo lance?
Yo lo ví, y lo toque, y apenas puedo
Creer que hombre mortal tal brazo alcance;
Corriendo su caballo á todo vuelo
Una lanza al pasar cogió del suelo.
Y puesta sin perder tiempo en la cuja,
La enristró contra el fiero Calimargo,
Que un áspero alcornoque sobrepuja
En bestial proporcion de duro y largo;
Y cual menudo aljofar limpia aguja
Taladra, cruza, y pasa sin embargo,
Así el tierno doncel, ó el feroz Marte,
Al gran jayan pasó de parte á parte.
Rindió la brutal vida al golpe honroso;
¡Caso estraño! Pues oye lo restante:
Gabadul que volvió el rostro espantoso,
Y muerto de un encuentro vió al gigante;
Bramando contra el cielo asió furioso
Un alfanje, al doncel que halló delante
Quiso sin creer que fuese el homicida,
Que su muerte pagase con la vida.
Mas sacóle el caballo así ligero,
Que dieron golpe y cólera en vacío,
Bien que en un hombro abrió el furioso acero
De un pequeño rasguño un rojo rio,
Con que el jóven que huyó volvió mas fiero,
Y viendo del contrario el desvario,
Le ayudó de una punta, y puso en punto
De ir aunque vivo á dar sobre el difunto.
Enlazó con los brazos su caballo
El jayan de la firme punta herido,
Perdió el sentido, mas volvió á cobrallo,
En nuevo espanto y cólera encendido,
Y alta la espada hácia el doncel por dallo
En dos partes de un golpe dividido,
Ciego al pasar topó en el jayan muerto,
Y turbado perdió golpe y concierto:
Y el doncel á un revés la mano airada
Con tal donaire revolvió, y tal fuerza,
Que aunque de tierno brazo, y nueva espada,
El golpe le obligó se agovie y tuerza;
Y abierta una espantosa cuchillada

Al hombro diestro, cuanto mas se esfuerza
A la venganza, y en sus rabias muerde,
Mas tibio aliento y roja sangre pierde.
Que al diestro reportarse del contrario,
Y hacer con cauta ligereza herida,
Sin tiento andaba, en movimiento vario
La fuerza, y no la cólera perdida;
Y en golpes ciego, en iras temerario,
A dos manos la firme espada asida,
Uno se afirma á dar, y á darle entero,
Hiciera dos un cáucaso de acero.
No pudo huir el jóven valeroso
El riesgo todo, y cuando mas no pudo,
El golpe entró á coger con brio airoso
En la sangrienta espada y el escudo,
Donde al grabado acero un cerco hermoso,
Y de diamantes al plumero un nudo
A tierra derribó, y abrió en la frente
De roja sangre una vistosa fuente.
Valió al doncel que por el blando viento
Del corvo alfanje un tercio dió en vacío,
Que á no hallarse tan junto un fin violento
Sin tiempo hiciera malograr su brio;
Y entre armiños y plata el rio sangriento
De rubis pareció, y de nieve un rio,
Creciendo con los nuevos arreboles
Brio en su brazo, y en su espada soles.
Y así al salir rompió con tal violencia,
Que el corvo escudo y el brazal siniestro
Le echó al suelo, y con ellos la paciencia,
Contra el bizarro ardor del doncel nuestro:
Dejó el jayan la espada, y sin prudencia
Quiso asir con la mano al jóven diestro,
Que de un dulce revés á todo vuelo
Dos dedos de los cinco le echó al suelo.
Tal vez así en aquel florido puesto
Cerdoso jabalí se vió acosado
De un sabueso irlandés, que en contra puesto
Ladrando le entretiene desarmado,
Hasta que del venablo el golpe diestro,
Ya por el yerto lomo soterrado,
Furioso cierra, y quiere desa suerte
Morir matando á quien le dió la muerte.
No de otra suerte el bárbaro gigante
Morir desea matando á su enemigo,
Rabioso en ver que á su ánimo arrogante
Un desarmado niño sea el castigo:
Y él con la diestra punta por delante,
Por entre malla y malla abrió un postigo
Al ronco pecho, que arrojó con brio
De requemada sangre un negro rio.
Venia en el servicio del rey Casto
Altravicio, un fantástico mancebo,
De aguda presuncion, de ingenio vasto,
De antiguas vidas un archivo nuevo:
Momo de habilidades, cuyo pasto
Fue siempre decir mal, y de ese cebo
Sacó por menor paga, y mayor mengua,
Dos riendas en la cara, y no en la lengua.
Autor de estraordinarias opiniones,
Vano hablador, baraja de porfias,
Tan lleno de razon, y de razones,
Que venciera con ellas un Golias:
Adulador, quimera de invenciones,
Y por dar en privado aquellos dias,
Y fingirse algo allí donde era nada,
Al rey acompañaba en la jornada.
Este cobarde, que huyó el primero,
Viendo el temido riesgo reparado,
A hacer volvia del gallardo y fiero,
Con limpia espada y ánimo hurtado,
Al tiempo que el gigante iba ligero
A abrazarse al doncel, y él recatado
Le barrenó de una estocada el pecho,
Y dándole lugar pasó derecho.
Fué á dar con el bascoso desatiento
En el vano Altravicio que venia;
Cayó sobre él, y como leon hambriento
A rabiosos bocados le comia;
Y él que en su boca nunca tuvo tiento,
Muriendo en otra conoció aquel dia,
Que es justo el cielo en que permita y quiera,
Que allí cada uno con sus armas muera.
Ya el preso rey en su carroza estaba
De la sangrienta lid un largo trecho,
Con diez soldados, cuya vista brava
Cobarde hacia al mas valiente pecho:
Siguenle algunos, pero el que llegaba
No era al segundo golpe de provecho,
Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,
Gallardo á su pesar pasó adelante.
Mató un caballo, y manca la carroza
El curso refrenó, y un diestro moro
Alcambisto, nacido en Zaragoza,
Alcaide en Portugal, casado en Toro,
De anciano parecer, y sangre moza,
Armado en blanco con plumajes de oro,
A encontrallo salió, y pudo encontrallo
Sino cayera su andaluz caballo.
Pasó furioso el moro, el doncel visto
Su riesgo revolvió mas concertado,
Dando al segundo encuentro de Alcambisto
Del roto escudo un cerco destrozado,
Por donde el hierro de la lanza listo
Pasó el acero y parte del costado,
Quedando sin escudo; y sin sentido,
Y el buen caballo en un cuadril herido.
Grande fue el golpe, y grande su castigo,
Y la pena tan bien ejecutada,
Que con ser él autor, yo fiel testigo,
Pienso que es su verdad, verdad soñada;
Pues hecho dos de solo un enemigo,
Con tal velocidad corrió la espada,
Que rebanando acero, carne y hueso,
Sacó el caballo un monstruo horrible en peso.
El del doncel cayó ya sin aliento,
De la fuerza que puso en la herida,
Al dar el desigual golpe violento
En la feliz segunda arremetida:
Saltó el jóven, pisó el prado sangriento,
De adonde con veloz arremetida
A la carroza fué, á quien por parallos
Las piernas cortó á tres de seis caballos.
Pudolo hacer sin riesgo, que los muestros
Ya conociendo la victoria ufanos,
Que del tierno dencel los golpes diestros
Con tanta admiracion les dió en las manos,
En el herir y en el huir maestros,
Rodearon los rendidos africanos,
Que allí pagaron la traicion urdida,
O con la honra huyendo, ó con la vida.
El herido doncel, tras un caballo
De los que al rojo campo andaban sueltos
Al ciego bosque entró, y por alcanzallo
En la morisca lid nos dejó envueltos:
Ninguno le siguió ni fué á buscallo,
Hasta que ya de la victoria vueltos,
De alegre gusto y de despojos llenos,
Su singular valor echamos menos.
El rey que vió su libertad y vida
Deberla toda á aquella heróica espada,
Y la honra y magestad antes perdida
Con sus famosos golpes restaurada,
No viendo el dueño, y viendo su pardida
Tan sin sazon ni tiempo acelerada,
Y que ni el sábio que antes le traia,
Ni él por el campo y bosque parecia;
A notorio milagro le tuvimos
De nuestro gran Patron, que de aquel modo
Ya muchas veces batallar le vimos,

Y á su espada rendirse un campo todo:
Otros que eran los ángeles creimos
Que antes la cruz labraron al rey godo,
Porque de las hazañas la braveza
Sobraba á toda humana fortaleza.
Diez moros, tres fantásticos gigantes,
Y otros tantos valientes caballeros,
Los mas dellos caudillos importantes,
De pechos bravos y ánimos guerreros,
De otras tantas heridas penetrantes,
Altivos golpes, y altibajos fieros,
Rendidos, libre el rey, y todo hecho
De un tierno brazo y desarmado pecho.
¡Quien pudiera creer que fuera humano
Brazo tan tierno, y pecho tan altivo,
Tras la codicia de buscarle en vano
Sin le poder hallar muerto ni vivo!
Hasta que por las nuevas de un villano
El rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,
De sus heridas, y el gallardo lustre
De su linaje real, y sangre ilustre.
Mas ya esto sobra á mi prolijo cuento,
Y es cansarte añadir nuevas historias,
Que ni son de tu gusto ni mi intento.
Y las mas para tí poco notorias;
Y asi digo, señor, que el fundamento
Fué de mi daño, frágiles memorias
De mis servicios, y sin culpa mia
La traidora emboscada de aquel dia,
Que como del florido parque el daño
Nació, en que iba á hospedarse el rey seguro,
De Filarco y de mi temió el engaño,
Y sospechas cobró del fuerte muro:
Mandó arrasarlo, y con rigor estraño
De esteril sal cubrir el campo duro,
Y derribar por él torres y almenas
De mas lealtad que de desastres llenas.
Huyó el traidor alcaide, con que puso
Escrupuloso al rey de nuestro trato,
Y á prendernos de hecho se dispuso,
Por ser tan justiciero como ingrato;
Que olvidar los servicios es el uso
Que en la córte se vende mas barato;
Y el que ni muda ley, ni guarda leyes,
Desde el menor lacayo hasta los reyes.
Esta es la historia y curso de mi vida,
Y la traicion que aqui me trajo preso,
Con otras circunstancias añadida
De menos importancia, y de mas peso:
Mas porque no sea en todo desabrida

Ni dura mi prision, ahora tu seso,
Señor, la temple, y si te viene á cuento
Me di quién eres, para no ir á tiento.
Que si por la presencia he de juzgarte,
Templanza, autoridad, talle y figura,
Bastantes causas dan de respetarte
Tu mucha gravedad y compostura;
Y aquesta misma estimacion es parte
De hacer la mia en tu valor segura,
Y que desee saber con fundamento
Que aire alteró de tu fortuna el viento.»
Asi Teudonio dijo: el de Saldaña
Con pecho y corazon sobresaltado,
Como que en una historia tan estraña
Algun caso le toque no pensado:
Oyendo del doncel de la montaña,
Niño de tierna edad, y ánimo osado,
De sangre real, la suya alborotada,
Asi con voz le respondió turbada;
«Señor, si desde luego no he traido
A tus piés con humilde reverencia
Aquel respeto á tu valor debido,
Y el que pide y se debe á tu presencia,
Esta dura cadena lo ha impedido,
Y el no fiarme aquí de la esperiencia,
Para creer que á un príncipe tan alto
Fortuna obligue á dar tan bajo salto.
Mas ya que el tiempo por consuelo mio
Quiso igualarte á mí en tu desventura,
Y que de mi fortuna el desvarío
Con otro mayor cure su locura;
En mi intencion y tu valor confio
Que alcanzaré perdon y honra segura,
De quien la puede dar al mundo todo,
O preso, ó libre, de cualquiera modo.
Perdona si dilato, y no te digo
Todo el secreto y casos de mi vida,
Que la honra que me hizo igual contigo
No la quiero tan presto ver perdida,
Hasta pedirte ahora como amigo,
Y no como inferior, dejes cumplida
Tu historia, y me declares si has sabido
Quién fue el doncel tan bien encarecido.
De dónde vino á se volver tan presto
Un tierno niño, y un jayan tan fuerte,
Que lo deseo saber, para tras esto
En todo sin estorbo obedecerte:
Perdóname, señor, serte molesto,
Que al ver tan llena mi felice suerte
De tu afabilidad y gracia ha sido
Quien me ha vuelto enfadoso de atrevido.»
Don Sancho así con pecho alborotado,
Aun sin saber de qué, y con voz prudente,
Humilde al gran Teudonio, y reportado
El nombre pide del doncel valiente:
Cuando del dulce estilo acariciado,
Término cortesano y elocuente
Del preso ignoto, en gravedad compuesta,
Esto dió á su pregunta por respuesta.
«En triunfo triste, y suspension callada,
El destrozado rey daba la vuelta,
Del riesgo aun la persona alborotada,
Y en deseos de venganza el alma envuelta;
Cuando al sordo bajar de una cañada,
De los cristales de Ezla en flores vuelta,
Dellas cubierto el rústico Silvano
Salia de su vecina selva al llano;
Y ante el brioso alazán que el rey traia,
Postrado con medroso encogimiento:
«Señor, dijo, á la humilde choza mia,
Que á los piés tiene deste monte asiento,
A la hora vino ayer que se fué el dia
La alegre vista de un doncel sangriento
Con un viejo sagaz que era su guia,
Y á tu réal mano este papel envia.
Por enjugar la sangre á las heridas
Del amado doncel paró un instante,
Y en bálsamos de yerbas conocidas
Mitigado el dolor pasó adelante.»
Del Casto Rey las nuevas recibidas
En gusto general, ver lo restante
En el papel mandó, y el que servia
De secretario dijo que decia:
«Al Casto Alfonso, el Mago Orontes Griego,
Salud, y muerte al bando sarracino,
Cual la que el cielo hoy dió al del rio Mondego
Estorbo de tu gusto, y mi camino:
El mismo esta partida ordena, y ruego
Al curso eterno del volar divino;
Por tales puntos sus estrellas guie,
Que á tu honra bienes sin cesar envie.
El tierno brazo que con nueva espada
Hoy hizo estremo della en tu servicio,
Y de bárbara sangre barnizada
Dió de la suya real bastante indicio;
No ha vuelto su partida acelerada
Antojo nuevo de inconstante vicio,
Mas celestial impulso que le llama
Por este curso al colmo de su fama.
Conviene á la salud y al noble aumento
De su importante nombre esta partida:
A tiempo volverá que mas contento
que pena ahora cause en su venida;
Que yo que solo á tu servicio atento
Mi tiempo gasto, y trazo el de su vida,
Muerto hoy sin su favor te vi en mi ciencia,
Y ahora en riesgo á él sino hace ausencia.
Esta causa nos lleva, esta nos pudo
A tus montes volver de los de Oriente,
Despues que en turbio cielo, y dia sañudo,
Niño en Miduerna le robé á tu gente:
Dos llenos lustros en silencio mudo
De España por mas bien ha estado ausente,
Probando en el honor de hechos preclaros
La noble vida de sus miembros caros.
No en deservicio tuyo el robo ilustre,
Mas en favor de su importante vida
El hado le trazó, porque deslustre
Su espada el golpe de la mas temida:
Al fin del reino el bien, de España el lustre,
Es sangre de la tuya producida,
Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido
Tan llorado este tiempo por perdido.
De Francia no te altere el rompimiento
Si guerra da á tu oferta en vez de gracias,
Que es nube hinchada de ambicioso viento,
Que en daño suyo ha de llover desgracias;
Y de tu gran sobrino el firme aliento,
Así sus brios y sus fuerzas lácias
De un golpe dejará, que sea testigo
El de ser sangre tuya, y yo tu amigo.»
Esta en suma es la carta, oye quien sea
El sobrino del rey, y por qué via:
Junto de Oviedo en una alegre aldea,
Donde la córte un tiempo residia,
En gallardo ademan, y real librea,
Una infanta bellísima vivia,
Niña de tierna edad, y alma lozana,
Y del Rey Casto Alfonso única hermana.
Siendo el padrino amor, en lazo ardiente
Unió con ella un conde de Saldaña,
De la gótica sangre descendiente,
Y de la nata del valor de España,
Privado ilustre, y de su rey pariente;
Mas en una desdicha todo daña,
Y así no valió al conde en cosa alguna
Amor, privanza, sangre, ni fortuna.
Tomó en agravio el rey lo que pudiera
A feliz suerte de su hermosa hermana,
Si el real respeto con rigor no fuera

Contrario en esto á la razon humana:
Quiso que el conde en larga prision muera,
Y en clausura la infanta soberana,
Nacido della ya el doncel gallardo,
Que de su abuelo se llamó Bernardo.
Crióle el Casto rey con nombre de hijo,
Tiernos gustos de amor, y fe paterna,
Hasta que en la ocasion de un regocijo
El sabio Orontes le robó en Miduerna:
La causa ni la sé, ni nos la dijo,
Ni de dónde nació amistad tan tierna
Con el doncel, y con el rey gallego,
Siendo el uno español, y el otro griego.
El Casto con la alegre nueva ufano
Del doncel ya llorado por perdido,
Viéndole vivo, y por su altiva mano
A su primer grandeza reducido,
Ni al moro teme, ni al poder cristiano,
De la esperiencia y la esperanza asido,
Antes para la guerra venidera
Solo que vuelva su sobrino espera.
Y sino son lisonjas de la fama,
O el tiempo sin sazon corta la espiga,
No hay lengua en cuanto España se derrama
Que otras grandezas que las suyas diga:
Uno Marte español, otro le llama
Alcides nuevo, y todo en voz amiga
Celebra, ora de vista, ora de oidas,
Sus cosas grandes, ciertas ó fingidas.
La guerra que con Francia está aplazada
Del mundo sin por qué mortal ruina,
Es toda de ambicion ocasionada,
Y de imprudente traza repentina...
Mas ¿qué acciñente ó causa no pensada
A tal congoja y lágrimas te inclina?
¿Qué desgracia ó pasion puesta en olvido
Mi cuento á la memoria te ha traido?
Si es por hallarte sin por qué enterrado
A tal sazon en sótanos estrechos,
Que cual yo pienso el ocio desalmado
Carcoma es interior de honrados pechos,
El reino está y el rey tan apurado
De hidalgos que lo sean en sus hechos,
Que no solo abrirá esta cárcel fiera,
Mas aun las de la muerte si pudiera.
Mitiga ahora, señor, tu acerbo llanto,
Y de cualquiera causa que proceda,
Qué podré hacer por ti me advierte en tanto
Que este altibajo de fortuna rueda,
Que tu valor en mí ha podido tanto,
Que nada el mio te negará que pueda,
Ora vaya en tu dicha, ora en la mia
El desear yo tanto tu alegría.»
Dijo, y el preso conde á sus razones:
«Oh invicto don Teudonio, cuán al vivo
Tus palabras descubren los blasones
De la real sangre por quien muero y vivo:
No tiene ni ha tenido el rey prisiones,
Cárcel cruel, ni calabozo esquivo,
Que puedan agraviar y hacer ultraje,
A quien no fuere de tu real linaje;
Y así lo que pudiera al mas perdido
Ser provecho y favor á mí me daña,
Pues mi culpa mayor es no haber sido
De la sangre real la mia estraña:
Yo soy, si acaso soy, primo querido,
El desdichado conde de Saldaña,
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo,
Que no sé si me vi algun tiempo vivo.»
¡Oh cielo santo! don Teudonio dijo,
¡Posible es que veo viva la persona
Asi agraviada del valiente hijo
Del conde de Saldaña y Barcelona!
¡Oh humano engaño! ¡oh corto regocijo!...»
Mas ya mi voz el llanto desentona,
Que venturas halladas en cadenas,
Solo para lloradas salen buenas.
Otra vez cantaré de los varones
El muerto gusto de su alegre vista,
Sus mal afortunadas pretensiones,
Que una desgracia no hay quien la resista;
Y ahora entre los franceses escuadrones
Sus fuerzas todas la fortuna alista,
Y en sonando de Marte el ronco acero,
Ningun atento gusto queda entero.
Cargada de favores de fortuna
Altiva estaba la indomable Francia,
Su fama por el cuerno de la luna,
Y sobre el mismo rumbo la arrogacia,
Sin triste azar, sin disonancia alguna,
Sin guerra ni enemigo de importancia,
Y solo contra España declarado
El orgulloso brio de su estado.
De galas llena y bélico aparato
Su imperial ambiciosa córte crece,
Y en pompa ilustre da vivo retrato
De cuanto en gusto humano se apetece;
A quien de la fortuna el rostro ingrato
Ahora agradable sus favores crece,
Y al viento hinchado de su luna llena
La hueca trompa de la fama suena.
Por la real sucesion al reino hispano
Alarde hizo el placer desta riqueza,
Y en laurel victorioso el pueblo ufano
Ceñida al César dió la real cabeza:
Mas de un signo infeliz el curso vano
Templó al público estruendo la grandeza,
Y en su contrario aspecto pudo tanto,
Que el comun regocijo volvió en llanto.
Ya en astas de oro deslumbrando el viento
Sus victoriosos estandartes planta,
Cuyo altivo y revuelto movimiento,
Si á unos causa placer, á otros espanta:
Ya entre su alegre tremolante aliento,
Sus triunfos cuenta, sus victorias canta,
Y en públicos carteles de alegría
Fiestas aplaza, y les señala dia.
Dar en pomposo alarde los trofeos
Que el tiempo dió á sus ínclitos varones,
La no vista creciente de deseos,
Las conquistadas bárbaras naciones,
Será gastar el tiempo con rodeos,
Y por cortar la letra hacer borrones,
Que es querer cifrar mucho en breve suma
Cargar de tinta sin sazon la pluma.
Otra musa los cante si tuviere
Con mas obligacion menos cuidados,
Que la mia en su tasada pluma quiere
Casos forzosos, y esos limitados;
Pues de los cortos bienes que escribiere
Hasta los dejos quedan olvidados,
Y al gusto humano no hay dolor mas grave
Que el bien pasado en quien sentirlo sabe.
Solo unas fiestas pediré á la fama,
Que así ensancharon con su trompa el vuelo,
Que no en mas partes de su luz derrama
Rayos al mundo el dios que nació en Delo:
Si el tronco se conoce por la rama,
Esta en que se enramó y se enredó el suelo
Se llame en cuanto ronda y ve la luna,
Rama del mayor tronco de fortuna.
Por suyo en Perpiñan tenian el dia
Que se diesen los muros de Girona,
Girona, á quien el César pretendia
Por orla nueva á su imperial corona:
Mas ya entibiado el punto á la alegría
Con el desprecio de la real persona,
Que España no estimó por ser cabeza
Pequeña á su magnánima grandeza.
La vuelta de París tomó, dejando

Al grave Orlando el peso de la guerra,
Donde en su parlamento platicando
La sucesion de la asturiana sierra,
Que en derecho le funden pide el mando
Y accion que tiene á la española tierra,
Si hay alguna, ó quien sombra della saque,
Pues basta á la ambicion cualquier achaque.
Cuán raras veces la verdad desnuda
Hasta el real dosel va sin sospecha
de adulacion, que la transforma y muda,
Y entre oropel la da lisonjas hecha:
Guisanla porque suele amargar cruda,
Y tales salsas el engaño le echa,
Que con el amor propio la hace al justo
Maná que cuadra y viene á cualquier gusto.
Como al triunfante hijo de Pipino,
Que en verle al español cetro inclinado,
No hubo voto ni voz de paladino
De contraria opinion en el senado:
Todos firman y afirman, que en divino
Y en humano derecho está fundado,
Que entre y suceda en el distrito hispano
O rey francés, ó emperador romano.
Como rey tiene ya el primer derecho
De la renunciacion que el Casto hizo,
Y como emperador es el derecho
Sucesor, y el que hoy reina advenedizo:
Esto Turin, un gran Licurgo hecho,
Dió por su parecer, y le rehizo
Don Reynel con el suyo, don Grimaldo,
El conde don Galban y el rey Geraldo:
Y bien que cada cual por su camino,
Y á diferente pretension guiado,
De derecho dan nombre al desatino,
De una ciega ambicion ocasionado:
Solo el anciano Malgesi adivino,
En los agüeros de Merlin fundado,
En pié se levantó, y en voz severa
A su príncipe habló desta manera:
«Es el ser singular tan peligroso
En resueltas materias de importancia,
Que aun acertando queda un hombre odioso,
Y en manchadas sospechas de arrogancia;
Pues ¿qué será si el caso está dudoso,
Y en la opinion contraria la ganancia?
Y el parecer opuesto y descuidado
Del gusto que ha de ser aconsejado.
Servirá solo de quedar corrido
Quien á todo este riesgo se arrojare,
Mas no por esto un pecho bien nacido
Es bien que en miedos y sospechas pare:
Yo, señor, desta junta he conocido,
Que quien el gusto tuyo reforzare
Con su opinion será, decirlo quiero,
El mejor capitan y consejero.
Por eso no hay en todo el parlamento
Voto por escribir ni firma en blanco,
Que ha descubierto ya en tu real intento
Para sus tiros la lisonja el blanco;
Y así en lo que ahora por servirte intento
Temo que ha de salir la suerte en blanco,
Que te veo ya resuelto por mil modos,
Y es mucho ir uno solo contra todos.
Pero la fe me obliga y la obediencia,
Que como á mi señor y rey te debo,
A pedir, no que mudes la sentencia,
Que esto es ya mucho á un parecer tan nuevo;
Mas que se mida con mayor prudencia,
Lo que quizá á decirte no me atrevo,
Medroso que mis dichos verdaderos
No les llamen, mudado el nombre, agüeros.
Vanamente se funda quien te dice
Que á Francia incumbe España por derecho,
Si la antigüedad sabia contradice
Con su razon á la opinion y al hecho;
Por bien que con lisonjas autorice
Tu gusto en esto mas que tu provecho,
Verá, si ver quisiere, libre á España
De ajeno cetro y dependencia estraña.
Si atiendes al antiguo origen suyo,
Fundada fue por el primer hermano
De Noé bisnieto: si al derecho tuyo
De rey francés, ó emperador romano,
Antes que el franco Merobeyo, cuyo
Cetro ha venido á tu prudente mano,
Ataulfo fueron y Alarico reyes,
Que á Italia, España y Francia dieron leyes.
Y si tu pueblo no se precia en vano
De ser de un hijo de Héctor descendiente,
Y el de Priamo, y ambos del troyano
Dárdano, de Atlante ítalo pariente;
Siendo el décimoquinto rey hispano,
De España es el origen de tu gente,
Y ella, de quien nació en nuestro hemisferio
La antigua Troya y el romano imperio.
Esta es la antigüedad, cuanto al derecho
Que en la renunciacion has adquirido,
Si pudo darte alguno el rey de hecho,
Ya de hecho tambien lo ha suspendido:
Ni tengas por ofensa lo que ha hecho,
Pues tu grandeza en nada descrecido,
Que no está en muchos reinos, ni en tenellos,
Sino en un pecho real y digno dellos.
Cuanto mas, que si el rico y fértil suelo
De España puede con sus venas de oro
Dar codicia, tambien dará recelo
Ver que leones guarden su tesoro:
Trueca, señor, la empresa, trueca el celo,
Y el riesgo del cristiano al pueblo moro,
Sientan Valencia y Aragon tu saña,
Que esto es ganar, y no perder á España.
Sabe que del gran mundo en los secretos
Por donde el cielo sus discursos guia,
El Hacedor del tiempo en sus efetos
A España ofrece eterna monarquía;
Y en inviolables pactos y decretos
A sus reyes y real genealogía,
Lo que hay desde la aurora hasta donde
El sol alumbra cuando aquí se esconde.
Yo así al cielo lo oí, y así de un sabio
Está en firmes figuras definido,
Y en justa pena á un ambicioso agravio
Un dragon de oro ante sus piés rendido:
Hable á su antojo el lisonjero labio,
Yo solo digo y sé lo que he leido,
Y que va ya en los fines de su cuenta
El riesgo, la venganza y el afrenta.»
Así dijo, y del grave parlamento
No quedó quien en ánimo y semblante
No aprobase con nuevo encogimiento
De su razon la fuerza por bastante,
De la eficacia el vivo sentimiento,
De la resolucion el brio importante,
Que la clara verdad se trae consigo,
Sin respeto de amigo ni enemigo.
Era de insigne crédito la ciencia
Del sabio por los cursos de Aqueronte,
Y el lustre de la noble descendencia
De ambas sangres Mongrana y Claramonte,
Quien le hizo el oráculo y prudencia
Que al gobierno imperial mas pese y monte,
Por ser príncipe y sabio, que en efeto
Es bueno un gran señor para discreto.
Ya reducido á plática ordinaria
Un sordo hablar corrió por el senado,
Quién dando esta razon, quién la contraria,
Conforme á su intencion, ó su cuidado:
El César de opinion perpleja y varia,
Ni del todo resuelto ni mudado,
Entre un discuso y otro divertido,

De la ambicion y la razon herido;
Cuando del falso bando de Pontiero
El traidor Galalon ardiendo en ira,
Con rostro grave, y con desden severo,
Así al César habló, y á solo él mira:
«Si lo que con palabras decir quiero,
Con la luz lo dijera que me inspira,
Vieras, señor, ser aire sin cansarte
Los montes con que piensan espantarte.
Pero si la razon ha de ir vestida
Como á la guerra armado el caballero,
Yo que no oí retórica en mi vida,
Ni me armé de papel, sino de acero,
Quizá no acertaré á dar la medida,
Que soy soldado al fin, no palabrero:
Mas si aquí fuere corto en la jornada,
Mas que sus lenguas cortará mi espada.
Y tú, invicto señor, César Augusto,
A quien en triunfar carro de leones,
Ya con brazo enfrenar veo robusto
Las españolas bárbaras naciones,
Manda callar los magos, que no es justo
Que agüeren tu valor supersticiones,
Ni como á niño con asombros vanos
Quieran atar tus victoriosas manos.
Si Malgesí con loco fingimiento
Así no admite en el saber segundo,
Que él solo vió de Adan el testamento,
En los agudos reyes manda el mundo:
Lo que en sus vueltas guia el firmamento,
Lo que en las gentes trazan del profundo,
Lo que es, lo que ha de ser, y lo que ha sido,
Con un lazo lo vió en un bosque asido.
Cuando en venganza pública colgado
De un pié le tuvo el risco de Miduerna,
Dándole el infernal cuaderno amado,
Afrenta humana en penas de la eterna:
Si allí su ciencia le dejó burlado
En causa leve, y ocasion tan tierna,
¿Por qué se finge de saber profundo
En la revolucion de todo un mundo?
Los ciegos ojos á la luz presente
Soñando quieren ver lo venidero,
Y con vano temor á un rey prudente
Hacer lo que no harán brazos de acero:
Si la española á la francesa gente
Origen dió, y su cuento es verdadero,
El reino es nuestro, á tierra propia vamos,
Los godos nos la usurpan, ¿qué esperamos?
Mas no es justo se admitan sus razones
En discurso gentil ni ánimos puros,
Ni en grave junta de ínclitos varones
Mágicos hablen, lóbregos y obscuros:
Allá en ciegos desvanes y rincones
Sus cereos formen, recen sus conjuros,
Y solo suenen los reales techos
Nobles palabras de hidalgos pechos.
Si el Casto rey te dió su cetro y silla,
Y á instancia ya del reino te la niega,
Tu valor tiene en poco el de Castilla,
Pues á no te estimar por su rey llega:
Como dice la mágica cartilla
Del que á tí te predica, y él reniega,
Que en esto no te ofende ni lastima.
Si un reino tu grandeza desestima.
Es ignorancia de quien solo sabe
Descalzo andar entre papeles y untos;
¿Quién hizo al vano Malgesí tan grave,
Que á medir llegue del honor los puntos,
Y que el tuyo y el nuestro menoscabe,
Pudiendo él solo mas que todos juntos?
Y siendo en su decir el vano adorno,
Mancha á tu fama, á tu opinion soborno.
Al fin, señor, el parecer mas sano
Destos invictos príncipes y mio,
A tu grandeza y nombre soberano,
Y á la reputacion del francés brio,
Es que á pesar del mundo por tu mano
Conquistes el gallego señorío;
Y pues la tierra á tu derecho toca,
Tuya será, que aun para tuya es poca.»
Dijo, y mirando con desden severo
Al francés sabio reventando enojos,
Riióse, haciendo escarnio altivo y fiero,
Y él centellando fuego por los ojos:
Al libre hablar del magancés parlero,
Fundado del rey Carlo en los antojos,
La mano quiso ya en la espada puesta
Darle en ella librada la respuesta.
Alteróse el confuso parlamento,
Y en nuevas opiniones dividido,
Con riesgo de un notable atrevimiento
El hablar castigara desmedido,
Si el grave César desde su alto asiento,
Para apagar el fuego ya encendido,
No mandara salir, aunque agraviado,
Al sabio y á los suyos del senado.
Tenia facundia el magancés astuto
Y gracia en persuadir cuanto queria,
O fuese de la yerba moli el fruto,
Que Alcina de su huerto le dió un dia,
O porque con lisonjas el mas bruto
Dar gusto sabe, y Galalon sabia
Disimular las suyas de manera
Que un Argos vuelto en lince no las viera;
Y entonces fue su hablar general gusto,
Por el que á todos daba la jornada,
Y porque al cielo en su castigo justo
El mismo delincüente da la espada:
Faltó del parlamento el brio robusto
Del grave hijo de Amon, siendo agraviada
La autoridad del sabio no admitido,
Maganza victoriosa y él corrido.
Pero antes de salir de la gran sala
Así al senado dijo un aspid vuelto:
»Aunque ninguna recompensa iguala
Mi agravio, ver al rey francés resuelto
En el consejo, y la intencion mas mala
Que el mundo vió para quedar revuelto,
Me lastima, que siempre un noble pecho
Mas mira el bien comun que su provecho.
Mas si ya es la desgracia irremediable,
Y el veneno hasta el alma ha penetrado,
Si el mundo y su grandeza deleznable
Límite tiene y curso señalado,
Si contra el hado y suerte inevitable
Ni hay fuerza real ni imperio reservado,
Caiga la francés pompa, caiga hambrienta
De humana sangre, y vénguese mi afrenta.
Que yo os anuncio, y pongo por testigo
Desta verdad cuantas el mundo encierra,
Que de todos los príncipes amigos,
Que á ver llegaren la española tierra,
Cuando quieran contar los enemigos,
Los que vivos salieron de su guerra,
Les sobrarán, si mi saber no es vano,
Dos dedos de los cinco de la mano.
Dijo, y dejando el grave parlamento,
Parte confuso, y parte acobardado,
Con inviolable y firme juramento
De no volver, se va, hasta ser vengado;
Y al deseado Reynaldos por el viento
A pedir fue donde le habia encantado
Una Hada en los reinos del Oriente,
Justa venganza al deshonor presente.
El rey con los demás que en su consejo
A la revuelta dél mueven el labio,
Unos de incauto y de caduco viejo,
Y otros nombres le dan de noble y sabio;
Hasta que al fin con altercar perplejo

De varios pareceres, en agravio
Del mal aconsejado Carlo Augusto,
Los mas discordes quedan en su gusto.
Y ya de esta imprudente opinion todos,
En la del falso Galalon fundada,
Que cruel pretende por diversos modos
La imperial magestad ver acabada;
Contra el estrecho reino de los godos
Sangrienta guerra queda declarada,
Y que á las flores del abril siguiente
Campo se forme, y se levante gente.
Que el galan Durandarte á Desiderio
Su gente haga bajar de Lombardía,
Y Galalon las fuerzas del imperio
En Bretaña reforme y Picardía,
Que á Roldan se dé aviso, y á Silverio,
Marqués de Fox, y duque de Pavía,
Que concluido el cerco de Girona,
Por Perpiñan descienda hácia Narbona.
Que dejando presidio suficiente
Al real de Barcelona y Cataluña,
Con lo sobrado marchen de la gente
Por Cominges derechos á Gascuña;
Donde en todo el florido abril siguiente
Del campo el resto llegue, y con la uña
Del águila imperial haciendo garra,
Por Roncesvalles se entren en Navarra.
Y que entre tanto las famosas fiestas,
Que en Perpiñan se dieron aplazadas,
En París se prosigan, y en compuestas
Barreras, y soberbias palizadas:
Los estandartes y banderas puestas
Levanten gente, y den armas grabadas,
Sin que haya cosa en cuanto el reino encierra
Que no sea asombro y gallardía de guerra.
Esto salió por último decreto
Del francés parlamento y grave junta,
Mas mientras al ponerlo por efeto
La gente y el ejército se junta,
Y en medido escuadron se ve perfeto
Las lanzas cuento á cuento, y punta á punta,
Con grato gusto quiero del oyente
Un oculto secreto hacer patente.
Praxitel, sabio y noble estatuario
Primero de Corinto, recogia
El oro, el bronce duro, el jaspe vario
Del Tínaro, y de Ormuz la pedrería,
El rojo azofar, el luciente pario,
El verde mármol que la Etolia cria,
Abriendo despues dello sus buriles,
Vueltos divinos, láminas sutiles.
¡Oh cuanto ha menester quien lo que escribe
Vestirlo piensa de inmortal memoria!
¡Y en cuerda alma y cuidado fiel concibe
El parto heróico de una grave historia!
¡Qué fácil al principio se recibe
La empresa! ¡qué dudosa es la victoria!
¡Qué de caudal, estudio y advertencia
Pide en rigor cualquiera menudencia!
Sabroso estilo, espíritu templado,
Heróica voz, lenguaje casto y puro,
Ni plebeyo en lo humilde ni pesado,
En lo soberbio ni en lo grave duro;
Ni altivo, ni arrogante, ni afectado,
Ni largo, estéril, ni por breve obscuro,
Ni que en regla y compas jamás se aparte,
Freno á la lengua, y al ingenio el arte.
Buena eleccion para la traza y modo,
Y para el disponer perseverancia,
Y una firme paciencia sobre todo
Contra un censor hinchado de arrogancia,
Que da en soberbia presuncion del codo
A la mayor dulzura y elegancia,
Y no hay espejo de cristal de roca
Que no empañe el aliento de su boca.
¿Quién se libró del riesgo de una falta?
¿Quién se dió á todos gustos por cumplidos?
¿A qué regla ó compas no sobra ó falta
En lo mas ajustado y mas medido?
No hace el brazo mortal raya mas alta,
Nadie puede dar mas que ha recibido,
Á alcanzar con mi pluma adonde quiero,
Fuera Homero el segundo, y yo el primero,
Mas contra el ciego error de una quimera
Cien Midas hay si un sátiro no falta,
Y así anudando la razon primera
Del cuidoso desvelo en no hacer falta,
El que en estilo grave y voz severa
Antigua historia escribe heroica y alta:
Porque contra mi crédito no lleve
Don Teudonio esta falta por ir breve;
Si algun cuidado á su discurso atento
Saber deseáre en este heroico paso,
Con mas adelgazado fundamento
Del robo ilustre el importante caso;
Que á Orontes trajo por el blando viento
Del Oriente á los reinos del ocaso;
Quién le dió nuevas de Bernardo, y cómo
Con un hecho salió de tanto tomo;
Quién le obligó á encargarse del infante,
Qué gusto, qué interés por esta via,
La voluntad del sabio Nigromante
A tan nueva lealtad y amor movia;
Todo fue de un gran fin causa bastante,
Dirélo, si á la heroica musa mia
Del oyente otorgare la paciencia
Para una breve digresion licencia.
Y que por esta sola vez rompiendo
La brevísima accion y corto asunto,
Que á toda priesa y brevedad siguiendo
Desde el primero voy al postrer punto,
Pueda volver atrás, donde cogiendo
El agua en su principio todo junto,
Con clara brevedad se entienda y vea
Cuanto aquí falta, y el lector desea.
Yo al punto volveré de mi victoria
A nueva diligencia y paso largo,
Que es breve el tiempo, y grande la memoria
Que para darla al mundo está á mi cargo:
Pues luego que de amor la dulce gloria
Al conde y á su esposa en llanto amargo
El Casto rey volvió, y en noche obscura
Uno puso en prision, y otro en clausura;
A Bernardo crió en mantillas de oro,
Con nombre de hijo, y con igual cuidado,
Guardando á su real sangre el decoro,
Y á la alta estrella de su invicto hado;
Cuya luz dijo, que del pueblo moro
Verdugo cruel seria en campo armado,
Y los agudos filos de su espada
Muro invencible de su patria amada.
Entre los que en sagaz destreza vana
De los astros midieron la influencia,
Y del natural hado y suerte humana
El sutil peso hallaron en su ciencia,
Fue Alcina por el gusto de Morgana,
Y Orontes en su mágica esperiencia,
Por el gusto de Alcina, en cuyo gusto
Se dice que alcanzó mas de lo justo.
Era Orontes un viejo descarnado,
De vivos ojos, y mirar compuesto,
Cetrino en la color, alto, delgado,
Cuidadoso, sagaz, grave, modesto,
Calvo, corva nariz, rostro afilado,
Blanca la barba, en el vestido honesto,
Y que en su aspecto, gravedad y talle
Velle ponia aficion, gusto hablalle.
De conjurados cercos y abusiones
Mas que Zoroastes y Merlin sabia.
Ocultos pactos, firmes convenciones

Con todo el reino de Pluton tenia :
Con un breve carácter diez legiones
De apremiados espíritus traía,
Mas sujetos al yugo de sus leyes,
Que al de un recio gañan dos tardos bueyes.
Lo que Merlin no supo, que es la tasa
Con que crece la mar y vuela el viento,
Dónde el firme pisar halló la basa
Sobre que el mundo estriba y hace asiento,
Quién al tiempo pasado alquiló casa,
O en qué camina tanto el pensamiento,
Este sabio lo supo, y mayor fuera
Si solo conocerse á sí supiera.
A este entregó la cuidadosa Alcina
Al tierno niño conde de Saldaña
Su noble crianza, su sagaz doctrina
Al santo rito y cristiandad de España,
Y que de un riesgo y muerte repentina
Libre le saque su cautela y maña,
Que envidia á un gran valor siempre hizo guerra,
Y el del infante es único en la tierra.
Dióle para esto un libro de Morgana,
Que es de magos el cerco mas seguro,
Y su aspecto Pluton, á quien se allana
La ciega potestad del reino obscuro :
Que al rico todos dan en pompa vana
Lisonjera obediencia hasta aquel muro
Que el de la muerte abraza, donde el yerno
De Ceres vive y muere en fuego eterno.
Quedó con la virtud del nuevo encanto
Orontes superior á los mas diestros,
Sirviendo de aprendices en su encanto
Los que antes le servian de maestros :
Esto pudo el cuaderno, y puede tanto
En casos venturosos ó siniestros,
Que trocó los del niño, y le trocara
Al cielo el curso si él volar dejara.
Temian los sabios de la altiva Francia
Por ver su invicto rey en tanta alteza,
Del inconstante tiempo la inconstancia,
Y de sus bienes la infeliz firmeza;
Y los franceses magos con instancia
Procuraban saber desta grandeza,
Cuando se habia de cansar fortuna,
Y hacer menguante la creciente luna.
Entre estos Malgesí fue el mas famoso
Sutil encantador, fiel estrellero,
En ahumados cercos prodigioso,
Y en fantásticas sombras agorero :
En las negras cavernas poderoso,
Que con ladrar asombra al Cancervero,
Donde ni alma ni sombra su horno ardiente
Recuece, que á su voz no este obediente.
Era, segun Turpin, por línea recta
Quinto nieto del rey de Tuberlanda,
Padre que fue de Nemia la discreta,
Dueña del lago que reinó en Irlanda :
Que en negra tumba y bóveda secreta
Vivo metió á Merlin, y en cama blanda
Le encantó, donde en bosques resonantes
Brama en la gruta y árboles de Armantes.
Desta los libros heredó, y la ciencia,
Por gusto, profesion, parte, y pariente,
Y de estudio ayudado y diligencia
En los mágicos cursos fue eminente;
Donde vió con profética evidencia
El fin cercano á la francesa gente,
Y del niño español la rica espada
De su mas noble sangre matizada.
Ligó en dos nuevos cercos poderosos
Su filo y brazo tierno, ¡cosa estraña!
Que sus lirios se vieron victoriosos,
Francia en las nubes, y á sus piés España :
«Estos, dijo, no son lances dudosos,
Sí el fingido Asmodéo no me engaña,
Y hace alterar con su mudanza y truecos
Las vanas sombras destos bultos huecos.
Este es el negro humo que compuso
La falsa secta que nació en Arabia :
El que soñó el alquimia, y el que puso
En los amores la celosa rabia;
El que al mundo sacó y vendió el abuso
Que con lisonjas de oropel enlabia,
El que intentó privanzas y favores,
Y en la córte el barniz de aduladores.
Mas vuélvanse las cosas alteradas
Al primer vuelo, y al lugar debido;
Corran del curso natural guiadas,
No con hado violento y detenido :»
Dijo, y apenas de las dos lazadas
Se vió el mágico nudo dividido
Cuando el mundo tembló y cayó por tierra
La flór de Francia en la gascona sierra.
Asombró al sabio de la rica espada
El riguroso golpe, asombró el vuelo
Del brazo altivo, y ver su patria honrada,
Las águilas y lirios por el suelo :
Quitar quiere al doncel la vida amada,
Y contra el curso del volar del cielo
Detener el feliz, que por su mano
Dispensa á España el brazo soberano.
Esto en un cerco Malgesí trazaba,
En ciego antojo y ánimo obstinado,
Cuando el niño Bernardo atento andaba
En ver volar un sacre remontado :
Orontes que tambien tras él volaba
Sobre la alta cerviz de un grifo alado,
De las nubes llover se dejó al suelo
En blando curso, é invisible vuelo.
Y el gallardo doncel por quien venia
En sus brazos tomó, y ligero vuela,
Y no en la silla, porque no sabia
Templar el niño el freno con la espuela :
Huyó con él, quedó el francés sin guia,
Burlada su engañosa centinela,
Que es calva la ocasion, y el punto della
Que consiste en gozalla es no perdella.
Ya del monte lda en una alegre plaza
Otra vez hizo una águila divina
De un bello niño semejante caza,
De igual beldad y gracia peregrina :
Si áquel le sirvió á Júpiter la taza
De nectar en su esfera cristalina,
A este el cielo á servir le lleva, y llama
Honra á sus gentes, y á sus siglos fama.
Fue hecho el hurto en cercos tan seguros,
Oculto apremio, é invisible paso,
Que á Malgesí y sus mágicos conjuros
Encubierto quedó y nubloso el caso :
Sus ciegos caractéres halló obscuros,
Su traza sin sazon, su tiempo escaso,
Y su apremiada sombra vigilante
De virtud superior vuelta ignorante,
Así al volver sin tiempo la cabeza
El músico de Tracia, en la salida
Del Ténaro sin luz, cuya maleza
Se ve entre verdes pórfidos nacida;
Vuelta vió en aire vano su riqueza,
Dos veces muerta su costosa vida,
Que él por temprano, y Malgesí por tarde,
No hay quien el punto de ventura guarde.
Esta fue la ocasion que al sabio griego
Ayo le dió del español Bernardo,
A este fin le robó, este fue el ruego
De Alcina, este en su vida el fiel resguardo :
Mas lo que Malgesí en sus rumbos ciego
Ganó con fria venida y paso tardo,
¿Quién lo sabrá decir? ¿con cual aliento
Seguir podré el alcance á tan gran cuento?
Mas conviene, señor, contarlo todo,

El viejo Orontes.

Por digna prenda del valor de España,
En quien el santo celo al cetro godo
Un reino prometió de gente estraña:
Allí por nuevo y soberano modo
De Leon sonaron en la real montaña
La vez primera en aparato ufano
Los mundos que hoy gobierna vuestra mano.
Allí con ciento y veinte lustros antes
Que el sol viese de España las banderas
Voltear los abrasados garamantes,
Y asombrar de Etiópia las riberas,
Como en sombras se vieron sus triunfantes
Carros romper las tiernas vidrieras
Del cristalino reino, que por muerte
De Saturno á Neptuno cupo en suerte;
Y que habia de ser suyo este ancho mundo,
Donde el dia muere de volar cansado,
Con el rico tesoro en su profundo,
De rubio oro y de perlas amasado:
Esto en este paréntesis segundo
Es fuerza no dejarlo destroncado,
Que las grande imágenes en torno
Para sus llenos piden grande adorno.

De aquí tambien cortó á las velas paño
De un feliz curso en nuevo atrevimiento,
Con que el mago francés en vuelo estraño
De su encantado barco surcó el viento:
Grandes cosas al fin de aqueste engaño
Toman en este grave asunto asiento,
Y así es fuerza seguirle por historia
De España digna, y de inmortal memoria.

ALEGORIA.

En Ferraguto ofendido con la fama de Bernardo, se pinta el ánimo de un ambicioso, que las ajenas alabanzas tiene por baldon y menosprecio propio.

En el socorro del rey Casto se ve como el cielo nunca desampara á los suyos; ni las traiciones, como por la mayor parte se efectúan á ciegas y atropelladamente, llegan á tener buen suceso.

En el conocimiento de don Teudonio y el conde de Saldaña envuelto en lágrimas, se muestra que sin la libertad ningun bien hay que sea de gusto.

En el consejo de guerra del César, se ve cuan poderosa es una lengua lisonjera en un ánimo ambicioso.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO: Deja Orontes por su ciencia á Malgesí colgado de un árbol, donde cayendosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel Custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos martires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella; y habiendose allí armado caballero por mano de un rey persiano, hace batalla con el por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire.

No bien el sabio Orontes satisfecho
Del robo ilustre en negro hollin tiznado,
De la órden superior un humo estrecho
Contra el mago francés dejó emboscado:
Que en su incauta venida sin provecho
Al pasar le dejó de un pié colgado,
Como negra corneja, que el anzuelo
Las alas le ase, y le detiene el vuelo.
Era la horrible sombra el rey que á cargo
Los necios tiene, y sus descuidos doma,
Con quien ya fuera el álamo mas largo
A su pié puesto el punto de una coma:
Este al pasar le echó pesado embargo,
Y en lo alto lo dejó de una ancha loma,
A una encantada cerda dada un nudo
Tal, que apenas romperle el tiempo pudo.
Este fue el ciego lazo en que caido
Le vió España, y el conde de Pontiero,
Con el que aquí y allí quedó corrido,
Y en ambas partes sin su honor entero;
No habiéndole ayudado ni valido
Aquí la ciencia, ni acullá el acero,
Que hay sabios que ni saben, ni son buenos
Sino es para agüerar males ajenos.
Perdió turbado el mágico cuaderno,
Y quedó preso sin recurso alguno,
Que de mil que sacó del hondo infierno,
A la necesidad no halló ninguno:
Escepto Trashurgin, que el lago averno
Duende no vomitó mas importuno,
Que por cansado hablador sin jugo,
Hasta al infierno sirve de verdugo.
Este acudió, mas no á prestarle ayuda,

Con negra esfera y mágico astrolabio,
Mas por si la obstinada alma desnuda
Prender pudiese al ignorante sabio:
Este pues, cuya lengua tartamuda
Al mundo ofende, y cansa el torpe labio,
Al mago libro arremetió ligero,
Que es propio un hablador para embustero;
Y con él, en figura horrible puesto,
Formando rayas y fingiendo cruces,
Un sombrío escuadron sacó molesto
Del centro obscuro á las odiosas luces,
A librar al francés mago dispuesto,
Con corvos cuernos y ásperos testuces;
Mas el furor del templo aqueronita
La fuerza á todos y el vigor les quita.
No fue en la clara Rodas mas gigante
De pardo bronce su inmortal coloso,
Mas negra tez, mas hórrido semblante,
Ni en talle y proporcion mas espantoso,
Ni en bulto mas obscuro vió delante
De si la noche al mundo tenebroso,
Cuando al cerrar de su enlutado manto
Es cuanto por sus sombras vuela espanto.
Que el gran torreon de la fantasma obscura
Que al francés mago en su prision asombra,
De cuyo aspecto la infeliz figura
Un mundo viste de enlutada sombra;
Y así en triste silencio mal segura
La negra escuadra que en sus versos nombra,
El burlon Trashurgin á su ventaja
La soberbia cerviz humilde abaja.
El viejo Satanás, que es de tres cuernos,
De discordias amigo, y de rencillas,
Cuya rabia revuelve los infiernos,
Y de Aqueronte asombra las orillas;
Viendo allí de sus fuegos sempiternos
Tanta centella y sombras amarillas,
Sembrando guerras con ladrar prolijo,
Vuelto al soberbio Belcebú le dijo:
«Príncipe ilustre, á quien del reino obscuro
La parte mas indómita obedece,
Y de la triste noche el negro muro
Bañado en sangre por tus manos crece,
Contra quien no hay valor ni arnés seguro
Si el tuyo de una vez se ensoberbece,
A cuyo ceño triste en raudo vuelo
Suele el mundo temblar, y tembló el cielo:
Aquí por pactos que en sus reinos tiene
El francés Malgesí nos ha juntado,
A darle ayuda nuestro infierno viene,
De sus voces y cercos apremiado:
Sola tu invicta mano nos detiene,
Y el inviolable lazo fabricado
Por tu saber, contra quien ya no es justo
Se oponga nueva presuncion y gusto.
Mas si conforme al cerco fue en tu mano
Prender, y el desatarle no está en ella,
No es bien que tanto infierno agravie en vano
La odiosa luz de esa enemiga estrella:
Mas quede en pena al reino castellano
Humosa estampa de su ardiente huella,
Y sepa el mundo que por estas cuadras
Juntas Belcebú tuvo sus escuadras.
Bien sabes que la espada rigurosa,
Que nos echó de encima las estrellas,
Quizá por parecerle peligrosa
Nuestra vecina cólera cabe ellas;
No ha mucho que esta tierra belicosa,
Que ahora con tus negras plantas huellas,
La entregó á nuestra furia, y al castigo
De un poderoso bárbaro enemigo.
Cansada ya de los dislates vanos
En que por tantos años ciega anduvo
Entre soberbios dueños, cuyas manos
Con sus doradas masas entretuvo,
Ya en católicos reyes, ya en paganos,
De una en otra fortuna se detuvo,
Hasta que llegó el fuego de Vitiza
A hacer su antigua honestidad ceniza.
Este al ardor de mis centellas hecho
Aun mas fuego sacó que yo emprendia,
A un tiempo unidas en su torpe pecho,
Juntas ambas malicias, suya y mia:
No fueron mis discordias de provecho,
Ni ardiera la ambiciosa tiranía,
A no añadir veneno en mis marañas
El sensual calor de sus entrañas.
Con este permitió libre soltura
Al seglar pueblo y religioso estado,
Hasta negar, envuelto en su locura,
Del vicario de Cristo el principado;
Y sin dejar muralla en pié segura,
Firme torre, ni alcázar almenado,
Las armas derritió, el morrion de guerra
En corva reja vuelto abrió la tierra.
Iba ciego aprestándose al castigo
Que el cielo á sus delitos prometia,
Yo trazando ocasiones, y él conmigo,
Dando alientos al fuego que encendia;
Hasta que el reino le entregué á Rodrigo,
Y él al ciego furor de Berbería,
A quien por cruel verdugo á su malicia
Conmigo envió la celestial justicia.
Ya entonces tuve por seguro y fijo
Para siempre mi reino en esta tierra,
En quien de Jove el belicoso hijo
De su fuego el mayor calor encierra:
De aquí pensé con un rodeo prolijo
Al ancho mundo hacer injusta guerra,
Y ser de la morisca gente solo
El feroz Marte, y el prudente Apolo.
Mas no sé quién ni cómo me ha trocado
El feliz curso á mi primer gobierno,
Y aquel muerto valor resucitado,
Vuelto en firme diamante el pecho tierno:
Salió como de burla en campo armado
De una alta gruta, cóncavo de infierno,
Un capitan, que á la primer jornada
Ni yo le tuve ni el contrario en nada.
Mas como de una mínima centella
Creciendo el fuego una ciudad se abrasa,
Y el aire que antes pudo deshacella
Feroz la vuela ya de casa en casa;
Así desta vencida gente el vella
Con nuevo brio el sobresalto pasa,
Y llega á punto de engendrar temores,
Que los pequeños riesgos sean mayores.
Mas si tú ahora, príncipe del mundo,
Esta legion y tu poder me prestas,
Fácil cosa será al golpe segundo
Quitar su grave carga de mis cuestas:
Daré con toda España en el profundo;
¿Quién me lo estorbará, si tú le asestas
Un escuadron que pudo sin recelo
Plantar banderas y armas contra el cielo?
Quedarnos ha segura esta cosecha,
Y yo con la española monarquía
Tal, que al infierno harán la puerta estrecha
Los que á tenerte bajen compañía».
Así el soberbio espíritu, deshecha
La lengua en rabia, á Belcebú decia,
Solicitando el escuadron liviano
Para arruinar el reino castellano.
Cuando la negra estátua acaronita,
Mandando sosegar el alboroto,
Así con torpe labio y voz maldita
Volvió á asombrar los árboles del soto:
«Yo antiguo defensor de la mezquita
Que en Meca goza, y tiene el primer voto,
Que su Alcorán forjé de un desatino

Que soñó el imprudente Calcabino;
No tengo mi furor tan olvidado,
Ni el odio interno á esta enemiga gente,
De las que en el bautismo se han lavado,
La mas firme, católica y prudente,
Que si pudiera habérmela tragado,
No haya en mi boca hambre suficiente;
Mas ¿quién podrá contra aquel brazo eterno,
Que es de su mundo universal gobierno?
Alzad los ojos á esa clara nube,
Que en torno ciñe vuestras negras sienes,
Y de España vereis adonde sube
El aumentado colmo de sus bienes:
Y aquel sangriento azote, en quien ya luve
De su deseado fin firmes rehenes,
La antorcha ha sido con que el pueblo ilustre
De su valor ha descubierto el lustre».
Dijo, y de los ministros inferiores
Cada uno alzando la infernal cabeza,
En luz divina, y rubios resplandores,
Un vulto vieron de inmortal belleza;
Un mancebo gentil, cuyos colores
La nieve y rosas vencen en fineza,
Y el rico manto en varia pedreria
Rayos le presta al sol, y lumbre al dia,
Con dos pomposas alas, cuyo vuelo
Al aire da los rojos arreboles,
Que el nacar de la luz pinta en el cielo,
Cuando hace al dia bellos tornasoles:
Por gala armado, mas que por recelo,
De una celada azul y peto goles,
Que en rubís está, y este en esmeraldas,
Arden y alumbran por las nubes pardas.
El yelmo en varias plumas enrizado,
Al cuello un tahali de piezas de oro,
De un entero zodíaco grabado,
Desde el templado géminis al toro:
Y por el peto, y manto de brocado,
Todo sembrado el celestial tesoro
De imágenes, de signos y planetas,
En luz distintas, y en virtud perfetas.
Un venablo en la mano, cuyas lumbres
Al enemigo asombran que las mira,
Y el brioso esgrimir de sus vislumbres
Temor y espanto á los contrarios tira:
Así del cielo por las huecas cumbres,
Cuando al vellon de Colcos se retira
El bello dios que tuvo cuna en Delo,
El mundo alegra, y regocija el cielo;
Y el encogido invierno entre celajes
Lloroso huye, y baja la cabeza
Al alegre verano, que en ropajes
Llovidos viste el mundo de riqueza:
Tal deja los nocturnos personajes,
De envidia deslumbrados, la belleza
Del príncipe de España, á cuya mano
Dió su defensa el brazo soberano.
Bajan los rostros de temor rendidos,
Suspensos los furiosos ademanes,
De aceda envidia y de dolor corridos
Mas que primero dentro en sus afanes:
Tales, que á no tenerlos oprimidos,
Huyeran del infierno á los desvanes,
Como la noche huye de la aurora,
Cuando el aljofar cuaja que antes llora.
Mas el divino príncipe de España,
Con su agradable y natural braveza,
«Estad canalla, dijo, estad cizaña
Del mundo, alzad á oirme la cabeza;
Y sepa cuanto de Aqueronte baña
El negro lago y hórrida maleza
Y el ronco can asombra con ladridos,
Y de las furias siente los gemidos:
Que todo junto ese infernal espanto,
Que al mundo el centro y el reposo quita,
Desde el negro dosel de Radamanto
Al frágil leño en que Chiron habita;
Con cuanto de la muerte el triste llanto
En niebla cubre y sombras precipita,
Que contra España aquí vomite y eche,
Haré yo que ni baste ni aproveche.
Es verdad que aquel padre soberano,
Que sobre el cielo tiene silla eterna,
Y del mundo las riendas en la mano,
Cuanto hay en él con su saber gobierna:
Este reino entregó al furor tirano
De la mahometana rabia interna,
Que con natural odio y pecho osado
Tanta cristiana sangre ha derramado.
Mas no fue todo causa de venganza,
Aunque eran mas que arenas sus delitos,
Que en la pia y justísima balanza,
Diez buenos pesan mas que mil precitos:
Otros secretos fines, que no alcanza
El criado saber en sus distritos,
Dieron fuerza al azote y desconsuelo,
Que de nuevos tesoros pobló el cielo.
¿Qué venas de oro el fértil Duero cria,
Qué fino jaspe el temple de Granada,
Qué turquesas Zamora, qué Almería,
En finísimas ágatas sentada,
Qué vário resplandor de pedrería
Levantó el rayo de la luz dorada
En su playa oriental, cuando la embiste
La alegre aurora tras la noche triste;
Que mas la altive, ilustre, y ennoblezca,
Y mas grados le dé de gloria y fama,
Que esta calamidad; por mas que crezca,
Y que el humo la empañe de su llama,
Dándole noble sangre, que en riqueza
El cielo que la coge y la derrama?
Que de tan rica y fértil sementera
Menor cosecha y fruto no se espera.
¿Qué reino, qué ciudad goza en España
Del fértil suelo que su marca encierra,
Que no le deba á la morisca saña
Algun precioso mártir de su tierra?
¿Qué nacion hay en ella tan estraña,
A quien le falte gloria en esta guerra?
Dejo aparte las palmas que su mano
Victoriosa quitó al furor romano.
Y ahora ¡á quién no admira aquella fuente
De ilustre sangre, y de saber divino,
Que ayer corriendo en Córdoba caliente
Encima dió del Betis cristalino!
Y el que antes llevó turbia la corriente
Con la ceniza y fuego peregrino
De Isác y sus secuaces, ya con luto
Sangriento lleva al mar rico tributo.
Yo digo el sabio Eulogio, nuevo espanto
De vuestro ahumado reino tenebroso,
Que despues que pobló el alcázar santo
De escuadra insigne y campo victorioso;
Y en las hijos de Artemia pudo tanto,
Que á tres de un golpe dió triunfo glorioso,
Y su patricio suelo volvió rico
Con la sangre de Paulo y Ludovico.
Despues que entre suavísimas prisiones
Luz dió y esfuerzo á Flora y á María,
Y tras su voz con limpias persuasiones
Corrió al rojo martirio Leocrecía:
Rodeado de lumbrosos escuadrones,
Su triunfo guió por donde vuela el dia,
¿Qué pérdida venir le pudo á España,
Que á la ganancia iguale desta hazaña?
Mirad de ese encumbrado Pirineo
La florida vertiente, mas preciosa
Por la sangre que en ella correr veo
De Alodia santa, y de su hermana hermosa,
Que por sus ricas pastas, que al deseo

Humano hartaron, cuando en voz famosa,
Arrojando tesoros del profundo,
Sus llamas dieron nombre y plata al mundo.
¿Cómo la masa cándida bendita,
Gloria del cielo y honra de Cardeña,
Gozara España, si la sed maldita
De humana sangre fuera mas pequeña?
Y los brazos y piés que troncha y quita
Al sufrido Rogelio, con que enseña
A pisar mundo, y alcanzar sin manos
Por golpes muertos bienes soberanos.
Al mártir Gundesindo, toledano,
Y el hijo del rey moro que hoy le rige,
Que para serlo la paterna mano
El cielo ahora en su favor le elige:
A Sisinando, noble lusitano,
Y el gallardo Fandila, que corrige
El juvenil furor, y hace sagrada
Del real Guadix la tierra y de Granada.
Y de Getulia ardiente la honra antigua,
Que lo fue de Alcalá en su nacimiento,
Y con su sangre en Córdoba averigua,
Que al mundo no quedó ciudad de asiento;
Con otro inmenso pueblo que atestigua
Contra el pagano, en cruz y altar sangriento,
La fe que dejó al hombre encomendada
El rey que saqueó vuestra morada.
¿Con qué comprara España tal tesoro,
Aunque para hallarlo desvolviera
Los firmes montes tras sus venas de oro
De la codicia la hambre mas hartera?
Ni penseis, hijos del eterno lloro,
Que el gran Rector de la estrellada esfera
Tiene entregada para siempre á España
Al grave yugo de esa gente estraña.
Que ya de hoy mas sin que en menguante vea
El primer punto de su nuevo aumento,
Ni corvo alfange poderoso sea
A usurparte otro paso de su asiento,
Mi español reino irá como desea
En próspero y dichoso crecimiento,
Hasta aquel siglo de oro y feliz dia,
Que como antes la vuelva monarquía.
Ni solo el mundo que ahora ondea y baña
De sus dos mares el mudable yelo,
Y esta encumbrada y áspera montaña,
Que con los francos parte clima y suelo,
Le ha dado el cielo á mi invencible España,
Que no en valde le ha dado España al cielo
Tantas cabezas por su amor perdidas,
Que es rico el cielo, y paga en ambas vidas.
Antes á su católico monarca
Un nuevo mundo ha dado y nueva gente,
Donde corra su ley y ponga marca,
Desde el alba á las sombras del Poniente;
Y una ignota nacion, que ahora embarca
El feo Chárón sobre su lago ardiente,
Despierte con su luz á nueva vida,
Del mortal sueño en que la veo dormida.»
Dijo, y batiendo las ligeras alas,
Que el aire dejan de vislumbres lleno,
Haciendo alarde de su brio y galas,
Y un arco de oro en su volar sereno;
Gallardo vuelve á las soberbias salas
Del estrellado alcázar, donde en freno
De oro gobierna las crecientes olas
De las varias fortunas españolas.
Así sobre los vientos se levanta,
Tras la serenidad de un pardo dia,
La iris roja y azul, que siembra y planta
Por el cielo colores de alegría;
Y en lirios de oro su vislumbre santa
El aire encrespa, y en sus sombras cria
Los bellos arreboles en que sube
A lo alto desde el hueco de su nube.
Quedaron los espíritus inmundos
De envidia y confusion desalentados,
Y los rabiosos pechos en profundos
Dolores y congojas anegados:
Arruinara su cólera mil mundos,
A no hallarse impedidos y apremiados
Del ángel superior, mas sobre el mago
Vuelan á hacer el impedido estrago.
Y bramando en tristísimos aullidos,
En torbellino y lóbrega manada,
Ya sobre él árbol, ya sobre él subidos,
Mas le afligen y aprietan la lazada:
Así en las ramas donde están sus nidos,
La banda de estorninos alterada,
Cruza, vuela y revuela por el viento,
Trocando ramos y mudando asiento.
Creció el fiero combate de manera,
Que entre las negras sombras alteradas,
Si el francés de su fe no se valiera,
Alma dejara y vida rematadas;
Mas de entre el humo de la gente fiera,
Hecha una cruz las manos levantadas,
«Jesús, dijo, socorre un siervo triste,
Por quien para morir en cruz naciste.»
Y apenas de aquel nombre soberano,
A quien el cielo y el infierno adora,
El dulce acento resonó en el llano,
Bien que en compás de lengua pecadora;
Cuando toda deshecha en humo vano
La infernal junta se apagó á deshora,
Quedando límpio el aire, claro el cielo,
Y de mil monstruos escombrado el suelo.
Malgesí aquella noche y otro dia,
Que de su lazo le duró el tormento,
De rezar no dejó, si bien no habia
Caudal de qué en su oscuro pensamiento:
Solo un breve renglon de oracion pía,
Que escrito vió á las puertas de un convento,
Ese sabia, y ese en dulce vuelo
Llevado de la fe se oyó en el cielo.
De enmendar prometió la incauta vida,
Y el pacto oscuro con Pluton guardado,
Mas siempre fue difícil la salida
Del mal que ya en el cuerpo está arraigado:
Al que mas llora la salud perdida,
Deja la enfermedad menos reglado,
Que es la costumbre un enemigo fuerte,
Y mudar condicion á par de muerte.
Puesto de un pié en sus mágicas prisiones
Dos dias en ciego humo vivió á oscuras,
De su ciencia burlado, y las razones
Que primero adoraba por seguras,
Donde de noche en hórridas visiones,
De dia en bultos, sombras y figuras,
Con fingido temor daban castigo
Al vano presumir del falso amigo.
Hasta que de los bosques comarcanos
Rústica tropa de villanos vino,
Que al lazo haciendo cruces con las manos
El nudo desataron peregrino;
Con que libre se halló de miedos vanos
El mal regido mágico adivino
En el deseado robo del infante,
En años niño y en valor gigante.
Esta es la oculta traza, la cautela
Es esta, y este el generoso intento,
Que á hacer á España cuidadosa vela,
De Grecia trajo á Orontes por el viento.
Mas sobre el mar una pequeña vela
Así volar entre sus olas siento,
Que amainar ó perderse le conviene,
Y á mi ver donde va el que en ella viene.
El que con su primer atrevimiento
Sobre el agua halló nuevos caminos,
Y del incierto mar y sordo viento,

os rincones buscó mas peregrinos,
Fijo al principio con medroso tiento
En la ancha playa y puertos convecinos,
El viento en calma y con la mar serena,
No osa apartar los ojos de la arena.
Crece el aliento, crece la osadía,
Y olvida poco á poco la ribera,
Engólfase hoy, engólfase otro dia,
Y halla la mar mas blanda y menos fiera:
Pierde el primer temor que le tenia,
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera,
Ni golfos teme ya, ni de la airada
Scila la hervíente espuma aljofarada.
Que el gusto en sus presentes pretensiones
Atropellando pasa inconvenientes,
Descubre otras riberas y regiones,
Otro cielo y estrellas diferentes,
Otras costumbres, leyes y naciones,
Otra habla, otro trato y otras gentes,
Y llega al fin del mundo, y playas solas,
Adonde el ronco mar quiebra sus olas.
Tal mi pequeño esquife va rompiendo
El peligroso golfo en que me hallo,
Unas veces en calma, otras corriendo,
Y apenas del temor puedo apartallo:
Por nuevo mundo y cielo discurriendo,
Y pues ya el detenello es anegallo;
Nobles deidades, que guiais mi intento,
Socorred mi barquilla con buen viento.
Y tú, gloria y honor, cetro segundo
Destas ricas antárticas regiones;
Que cerradas de inmenso mar profundo
Ven otro cielo, estrellas y oriones;
Vuelve los ojos á su nuevo mundo,
Oye mi voz, atiende á sus razones,
Serás mi Apolo, y en la lira suya
Pondrá mi canto y la grandeza tuya.
Darle has honra y favor en escuchallo,
Y en brio lozano con su nuevo aliento,
El barco tras quien va podrá alcanzallo
Con mas facilidad el pensamiento:
Que conforme á la altura en que me hallo,
Si aquí me falta de tu soplo el viento,
En calma quedaré y en golfo incierto,
Sin esperanzas del amado puerto.
Por el mar ancho en desenvuelto vuelo
Un barquillo sin alas discurria,
Y ahora ¡oh lustre del ibero suelo,
Sucesor digno del que en él venia!
Luego que al mundo el sin igual modelo
De tu raro valor, con el que cria
Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna
Principio ilustre á tu memoria eterna.
Venciendo el campo aleve con su espada,
Su tio en libertad por ella puesto,
Sin darse á conocer dejó asombrada
La córte al rey, y del contrario el resto;
Y con la bella oculta retirada
Mas lustre en sus hazañas, y tras esto,
Con las nuevas del nuevo coronista,
Nuevos deseos de gozar su vista.
Despues que el griego mago á sus heridas
Con frescas yervas dió salud bastante,
Por montañas y sendas conocidas
A las playas guiaron de Levante,
Por breñas y quebradas escondidas
Entreteniendo al generoso infante,
A fin que en la distancia del camino
El curso hiciese de un contrario sino.
Los floridos collados que Ezla riega
Dejan atrás, y la Sublancia loma,
Donde el gran Trismegistro en fértil vega
La ciudad hizo que deshizo Roma;
Y allí de un cerro, que á las nubes llega:
«Ves, hijo, dijo Orontes, donde asoma,
Tras de aquel risco y áspera montaña,
Tu antiguo patrimonio de Saldaña.
Allí el que te dió el ser su estado tuvo,
Y en todo este ancho mundo tus mayores,
Y á tí mas fama en él, que en ellos hubo,
Te espera en tus divinos sucesores:»
Desde allí hasta Fontible se entretuvo
En ver las fuentes de Ebro, que entre flores
Lloran hechos cristal por sus mejillas
Dos riscos en las torres de Mantillas.
Templando el sol con los alientos frios
De las nevadas cumbres de Iduveda,
Pasan por bosques y árboles sombrios,
Entre Bribiesca y Burgos la fresneda:
Pisan de Rioja los alegres rios,
Los collados de Nicla y Valvaneda,
De Orbion las altas sierras y peñones,
Sitio antiguo de Uracos Pelendones.
Aquí miran el lago monstruoso
Que á Duero dá las aguas y arrogancia,
Y de adonde con impetu furioso
Baja á buscar los muros de Numancia;
Y entre Agreda á la diestra, y el frondoso
Bosque de Tarazona á igual distancia,
Pasan del rio Moncayo la alta sierra,
A quien dió nombre el que á Palatuo guerra.
Bajan de allí á Tudela, y á Ebro el llano
Vadean humilde por canal estrecha,
Dejan á Jaca á la siniestra mano,
Y á Huesca en Aragon á la derecha;
Y entre Urgel y Cardona el gran pantano,
Que al pedregoso Ayton sus aguas pecha,
Y el campo de Girona ven seguros,
Y allí el de Francia en torno de sus muros.
Era pública voz que la persona
Del César al ejército asistia,
Y de sus paladines la corona
Con la suya llevaba y componia;
Y Bernardo en el campo de Girona
Que le arme caballero pretendia,
Mas desabrido ya de la inconstancia
Del Casto, el rey tomó la posta á Francia.
Triste al doncel la no esperada nueva
Dejó, viendo alargar se deseo santo
De dar al moro de su brazo prueba,
Y al mundo nuevo con su espada espanto;
Y este cuidado tan sin él le lleva,
Y en su disgusto divertido tanto,
Que el caballo sin rienda, y él sin tino,
Al tomar de una senda erró el camino.
De su ayo astuto, y su encubierta gente,
Perdido se halló en un bosque espeso,
El sol ya en las montañas del Poniente,
De las tinieblas trastornando el peso:
Dió en caminar sin luz confusamente,
Y por derecha senda, ó curso abieso,
Llegó al mar de Colibre, cuando el dia
En el de la Coruña se escondia.
Era en la sorda playa la resaca
El son con que la noche iba creciendo,
Y á cada tumbo por la selva opaca
Las fieras con bramidos respondiendo:
El viento que ni crece ni se aplaca,
Las estrellas sus rayos esgrimiendo,
El con su gusto, y sus deseos en guerra,
Suspenso, solo, y sin saber la tierra.
Dejó la silla, y el caballo suelto
Pacer sin rienda en el florido llano,
Receloso que su ayo allí le ha vuelto
Para del César le apartar en vano;
Y en este antojo el suyo fue resuelto,
De no tomar las armas de otra mano,
Ni heróica hazaña acometer que importe,
Hasta ser uno de su casa y córte.
Mas luego que el descuido entre las flores

Robando el alma le dejó dormido,
Una voz tierna hecha de temores
Pidiéndole favor llegó á su oido :
O fuese el viento, ó sueños burladores,
O el sabio que se huyó lo haya fingido,
Porque en principios no del todo humanos
El lo diese á sus hechos soberanos.
Parécele haber visto una doncella
De un su enemigo sin por qué afligida,
Y que era el enemigo tal, que en ella
El gusto tiene puesto de su vida :
Que el querella causaba su querella,
Y el ser amada la hace desabrida,
Y sin mas ocasion que esta agonía,
Breve socorro á su afliccion pedia.
Salió alterado, y puso con presteza
Furiosa mano á su atrevida espada.
Buscando en vano la mortal belleza,
Que de su favor vió necesitada :
Sacude el sueño, y culpa su pereza,
Y con el alma inquieta, y voz turbada,
Por no la haber con tiempo socorrido,
Así despierto habló á quien vió dormido.
«¿Dónde, ó nueva deidad, mandas te siga?
Muéstreme mi ventura, ó tú, el camino,
En que tu intento y gusto se consiga,
Y el mio de tanto bien no salga indino :»
Dijo, y por ver en vano se fatiga
Por donde fue lo que en el sueño vino,
Que el no ver lo que vió en sombra tan bella,
Que es falta cree de luz, ó sobras della.
Á su lado halló unas armas bellas,
De flores de oro y pedrería sembradas,
Blancas y salpicadas con estrellas,
De un verde azul y rosicler grabadas;
Como pudo mejor se armó con ellas,
Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,
En belicoso fuego se encendia,
Deseando ver lo que durmiendo via.
Un rastro de oro, cual cometa ardiente,
Volando vió cruzar el hueco viento,
Por rayo de un rumor, que de repente
Sacar pareció al mundo de su asiento :
La cercana deidad Bernardo siente,
Y adórala en su oculto pensamiento,
Con los pasos siguiendo, y con la vista,
Del rayo ardiente la dorada lista.
Llegó á la playa, y de la mar salada
Los piés mojó en la combatida arena,
Pasando entre el silencio sosegada
La noche de quietud y sueños llena :
Sin viento el golfo, en calma sosegada,
Como en estanque claro agua serena,
Y el cielo noche y vidas abreviando,
Sobre ejes de oro sin parar volando.
Un pequeño batel en la arenosa
Playa sin ver con qué vió detenido,
Y embarcándose en él ¡ estraña cosa!
Volando se engolfó en el mar tendido :
De entre las manos no tan presurosa
Sale dejando el ave el caro nido,
Ni el harponcillo de oro mas ligero
De su arco despidió el mejor flechero.
Cual ave ó flecha por el blando viento
Sin dejar rastro el agua va cortando,
En varias cosas puesto el pensamiento,
Y como en todas acertar trazando :
De unas en otras su alto pensamiento
Cual va su esquife por el mar volando;
Mas siga ahora su gusto, huya su pena,
Que de lo que él propone el cielo ordena.
El carro de oro sobre el hombro diestro
Del mauritano Atlante volteaba,
Y en el del sol el carretero diestro
A los caidos Antipodas bajaba,
Y de su vela al marinero nuestro
Rendir el primer cuarto convidaba,
Cuando el esquife á un galeon armado,
Sin ver cómo, ó por quién, se halló abordado.
El quieto mar en calma le tenia
Pegadas á los árboles las velas,
La gente aun su bullicio mantenia,
Y el primer cuarto sus recientes velas :
El bullicioso esquife que venia,
Al temor puso y alboroto espuelas,
Tales, que el que llegaba mas atento
Temia por uno que miraba ciento.
Llegó al real bordo el encantado barco,
Y en deseos de mostrarse los primeros,
Alperso el rojo, y Galbarin el carco,
Dentro saltaron con braveza y fieros :
Uno diestro en espada, el otro en arco,
Y ambos de los persianos caballeros
De mas denuedo, y opinion mas sabia,
Aquel nacido en Persia, este en Arabia.
El altivo español con la templanza
Que á disfrazar hastó su desden fiero,
Brioso y comedido á la pujanza
Salió del uno y otro caballero;
Y á qué deseado puerto la esperanza
Al pesado galeon lleva ligero
Humilde preguntó, y al, cómo, y dónde,
Así de dos el uno le responde.
«A la gran Siria la derrota lleva,
Si Eolo nos ayuda con su aliento,
Que encerrados los aires en su cueva,
Con prolijo calmar nos da tormento,
Y andar haciendo de los vientos prueba,
Es propiamente andarse tras el viento :
Orimandro, famoso rey de Oriente,
Navega aquí con su invencible gente.»
Bernardo entonces «lo que á mi me toca
Sabrás, dijo; que soy un navegante,
Que no he hallado con fatiga poca
De mi viaje el fin que veo delante :
Mi nombre el Caballero de la Roca,
Poco famoso, y menos importante;
Busco á tu rey, y solo hablarle quiero,
Si se deja hablar de un caballero.»
«Mi rey, respondió Alperso, dar no escusa
En todo tiempo á todos grata audiencia,
Ni el verdadero príncipe rehusa,
Ni en calidades hace diferencia :»
Entró Bernardo por la nao confusa,
Y á los dos que le dieron la licencia,
El contrahecho barco á lo profundo
Libre arrojó de aquel mudable mundo.
Pasó gallardo, la visera alzada.
Sin ser de nadie en nada defendido,
La cámara de popa vió labrada
De precioso marfil y oro bruñido,
De persianos tapices entoldada,
Y allí á una bella dama un rey rendido,
De aspecto bravo, bien que ya no lo era,
Que le habia vuelto amor de acero en cera.
La reina del Catay, la luz mas pura,
Que fue de Europa y Asia fuego ardiente,
La que entregó á Medoro la ventura,
Y á ella los reinos del rosado Oriente;
La angélica beldad, la hermosura
Que á nadie dejó libre, el rey potente,
Hecha su alma un altar de amor injusto,
Por ídolo traia de su gusto.
Y en contemplar su hermosura atento
Mas que hombre estátua muerta parecia,
Insaciable en hartar el pensamiento
Del sabroso veneno que bebia :
Cuanto mas bebe queda mas sediento,
Que es el amor mortal hidropesía,
Y el gusto que se veda en quien padece,

El que solo se estima y apetece.
Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar menos altiva su aspereza,
Mas ni ese ni otro medio aprovechaba,
Que donde falta amor todo es dureza:
Cuando él á su desden mas se humillaba,
Mas ella hermoseaba su fiereza,
Que es la mujer de suyo áspera roca,
Si amor de cerca ó lejos no le toca.
«Gloria de esta alma tuya, le decia
En su dolor, y en ella transformado,
Si por haber aquesta vida mia
Al gusto de tu altar sacrificado,
Con ese llanto anegas mi alegría,
Y el adorarte pagas con enfado,
¿Qué mas grave tormento se me diera,
Si contra tí otra culpa cometiera?
Bien sabes que fue el término de verte
Feliz principio de rendirte el alma,
Ni te es del todo oculto que en quererte
Al mio ningun amor llevó la palma:
Si solo el dulce bien de obedecerte
Mis gustos tienen por el tuyo en calma,
Anatomía suficiente han hecho
Tus bellos ojos en mi humi de pecho.
No con mayor lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Detrás mostró del trasparente muro
A los ojos su limpio y casto seno;
Ni en torreado alcázar más seguro
Príncipe fue de sobresalto ajeno,
Que en mi pecho se vió, y está en mis ojos,
Gozando un casto amor dobles despojos.
Si con temor te sirvo y reverencia,
Y adoro y temo tanta hermosura,
Si entre mi sufrimiento y tu violencia
Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi cielo en cárcel tan oscura,
Aborrecido, y lleno de firmeza,
Hable por mí, responda tu belleza.
Bien sabes que tu ira la he temido
Cual verdugo el cuchillo y brazo alzado,
Cual violencia de príncipe ofendido,
Cual pequeño batel al mar airado,
Cual vulgo en nuevos bandos dividido,
Cual avariento golpe desusado,
Cual tirano cruel gente alterada,
Cual sagaz capitan gente emboscada.
Y que entre estos temores te he servido
Cual siervo al interés aficionado,
Cual pretensor en córte entretenido,
Cual á juez dudoso hombre culpado,
Cual paje nuevamente recibido,
Cual por conjuro espíritu apremiado,
Y por comparacion mas ajustada,
Cual nuevo amante á dama disgustada.
Y tú por esto me has aborrecido
Cual á cruel enemigo declarado,
Cual labrador á un avariento ejido,
Cual noble pecho á un corazon hinchado,
Cual á competidor favorecido,
Cual ánimo ambicioso hombre privado,
Cual prolija visita alma enfadada,
Y á libres ojos dama recatada.
Entre estas muertes vivo, y desta suerte
Tu aspereza me está martirizando,
Mi esperanza en los brazos de la muerte,
Ya entre vive y no vive agonizando,
Muriendo por los gustos de quererte,
Que es en leyes de amor vivir reinando;
Mas ahora viva ó muera!, muerto ó vivo,
Jamás morirá en mi la fe en que vivo.
Ponme al sol que la seca arena abrasa,
O adonde él muere envuelto en tierna nieve,
Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,
O al que nieve, granizo, y rigor llueve,
Por donde el dia con su carro pasa,
O la callada noche el suyo mueve,
Que en luz, tinieblas, en calor, y en frio,
Dejaré por ser tuyo de ser mio.»
Dijo, y cual si de blanco mármol fuera
Quedó sin habla, sin color, sin vida;
Solo dió el llanto muestra verdadera
De estar al triste cuerpo el alma asida:
¡Duro paso de amor, que enterneciera
Del Caspio mar la roca mas ceñida!
Y en Angélica obró su sentimiento,
Lo que en acero duro el blando viento.
Cual parda encina en años arraigada,
De un desabrido ciervo acometida,
Que mientras mas de aquí y de allí asaltada,
Mas á su firme centro se halla asida;
O cual peña en revuelto mar sentada,
De una, y otra, y otra ola combatida,
Que el aire y agua lavan las estrellas,
Y firmes quedan en sus montes ellas:
Tal á los dulces ruegos y blanduras
Del Persa rey Angélica quedaba,
Rotas de la razon las ligaduras
Con que las suyas convencer trazaba;
Volviéndose á las voces mal seguras
Del deleitoso son que la encantaba,
En muda lengua, y en semblante duro,
Sierpe enroscada al mágico conjuro.
Bernardo con razon quedó admirado
De dos tan diferentes voluntades,
De aquel amor y desamor, causado
De sus mismas contrarias cualidades:
De Orimandro el valor considerado,
De su pena y dolor las propiedades,
A compasion y lástima obligaba,
Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.
Mas aquel firme y generoso aliento,
Y aquella fuerza del autor divino,
Que por el ciego mar, y sordo viento,
El alto fin guió de aquel camino,
Era á todo su bien impedimento,
Y la violencia del contrario sino,
Que en no admitido gusto determina
Que muera el rey por la gallarda China.
Llegó el doncel el rostro descubierto,
Y el persa en verlo entrar salió alterado,
Que ante su ingrata dama el pecho abierto,
Dándole estaba el alma arrodillado:
La que dormido vió halló despierto,
Y viendo el tierno gusto violentado
En que allí está, contra el presente agravio
Así á Orimandro vuelto movió el labio.
«Por tales cursos el del cielo guia
El vario fin de las humanas cosas,
Que á veces gloria del dolor se cria,
Y de un contrario azar suertes dichosas;
Y en la fruta que al gusto parecia
Sazonada, en lisonjas mentirosas
Suele estar la ponzoña entremetida,
Y tras la flor la víbora escondida.
Y así, famoso rey, si al justo cielo,
Que aquí por varios trances me ha traido,
Con mi venida diere algun recelo
Al gusto en que te hallo entretenido:
El discurrir de su piadoso vuelo
A nuestro bien va siempre dirigido,
Y aquel que de su mano y trazas viene,
Es el que mas á quien lo da conviene.
Si del incierto fin de mi venida
De propósito hubiese de informarte,
Seria tomar tan lejos la corrida
Con desabridos cuentos enfadarte:
Mas la causa entre muchas preferida,

Que en tanto riesgo me obligó á buscarte,
Es pedir de tu mano el verdadero
Honor, título, y voz de caballero.
Soy un mancebo, como ves, dispuesto
A recibir, señor, lo que te pido,
Noble en linaje, y la probanza desto,
El valor que á este punto me ha traido,
Que en pecho hidalgo un corazon compuesto,
Ya por su propia sangre es bien nacido;
Yo siento ahora en mí que soy cual digo,
Y cada uno es de sí el mejor testigo.
Lo demás, si tú gustas por ahora,
Para tiempo y sazon mas larga quede,
Que descubrir de un hombre en sola un hora
El pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?
Esto, señor, por la que el tuyo adora,
Pues nada pido injusto, me concede;
Despues sabrás de la venida mia,
Quién soy, á lo que vengo, y quién me envia.»
Dijo, y el rey con esto satisfecho
Quedó, sino seguro, reportado;
Bien que el medroso amor, el noble pecho
No le dejó aunque libre, asegurado:
Que lo mas imposible da por hecho,
Porque el amante viva recatado,
Y en las leyes de amor quien no temiere
Burla, si dice que de veras quiere.
Y así le respondió: «de tu venida
La causa podrás darnos que quisieres,
Y á los largos discursos de tu vida,
O añadir gustos, ó acortar placeres:
Que una imaginacion tan divertida
En nada dudará que le dijeres,
Baste por tí que el título pedido,
Ya en desearlo le hayas merecido.
Y si al honroso peso estás dispuesto,
Que en la voz del heróico nombre carga,
Y en esos delicados hombros puesto,

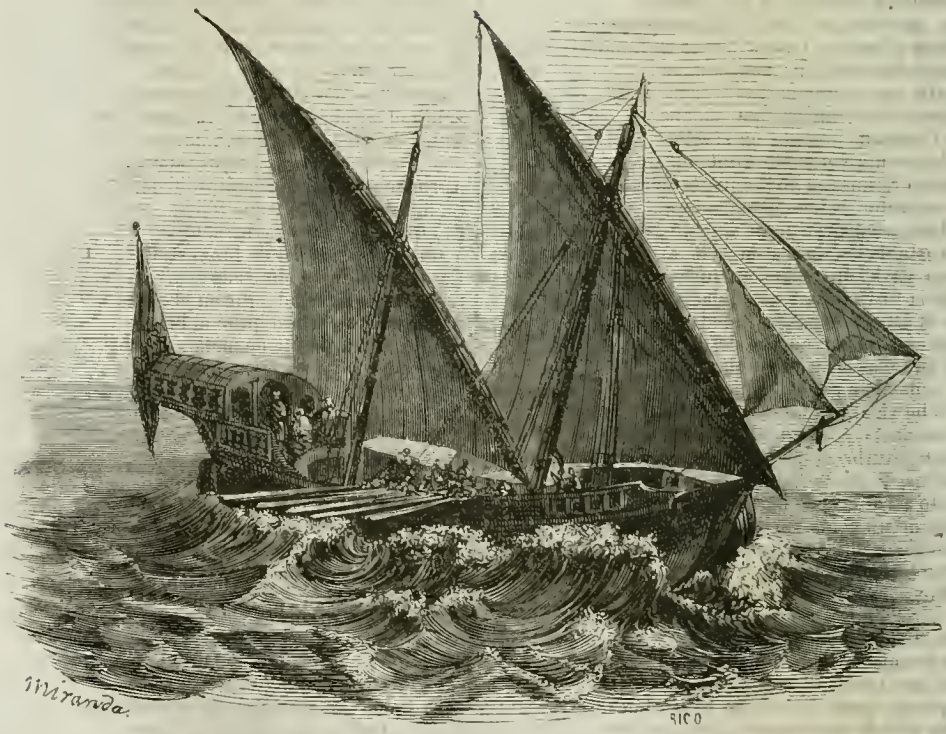
Pesado yugo no es, ni grave carga;
Sino reparas en lo mas que es esto,
Menos el riesgo de la muerte amarga
Tu brio enfrenará, yo te concedo,
Sino cuanto me pides, lo que puedo.»
Dijo, y en silla de marfil labrada
Por mayor aparato fue á sentarse,
Antiguo rito, y ceremonia usada,
En que actos tales suelen celebrarse;
Bernardo, desciñéndose la espada,
Fue á la oriental princesa á presentarse,
Y á los piés puesto del soberbio estrado,
Así le dijo ante ella arrodillado,
«Retrato vivo del valor humano,
Sino eres sombra ó lumbre del divino,
Reseña y toque del pincel y mano
Que á tan gran perfeccion abrió camino;
O seas toda del coro soberano
Angel de luz, ó bulto peregrino
De la masa mortal, en lo que quiero,
Séame tu alta beldad dichoso agüero.
Esta espada, señora, que te juro,
Que en servirte estará siempre ocupada,
De esa tu tierna mano, ó marfil puro,
Para nuevas victorias me sea dada;
Que este favor me guardará seguro,
Y á ella de ajenas fuerzas inviolada,
Mostrando que al caudal humano escedes,
Si esto es lo menos de lo mas que puedes.»
La suspensa beldad de divertida
Apenas dió al doncel grata respuesta,
Que en sus disgustos y afliccion metida,
Estaba en tristes sentimientos puesta;
Que aun de cuidado ajeno es ofendida

La mujer que de veras es honesta,
Y su fama y honor tan delicado,
Que á un soplo, ó queda muerto, ó destemplado.
Calló, y fue su callar templadamente
De discrecion tan lleno y de cordura,
Que al discurso mas vivo y elocuente
En proporcion venciera, y en dulzura;
Y en grave pundonor la altiva frente,
De arrogancia mas llena y hermosura,
Que de flores la aurora aljofarada,
Al gallardo doncel ciñó la espada.
El Persa rey en nuevo triunfo aparte,
De una trompa marcial al ronco estruendo,
Espuelas calzó de oro al novel Marte,
Ya todo en belicoso fuego ardiendo;
Y de perlas un bárbaro estandarte,
Con las persianas armas descogiendo,
Así en semblante y ánimo severo,
La fe juró debida á caballero.
«Por estas invencibles armas juro,
Y los secretos desta noche muda,
Que envuelta va pasando en aire obscuro,
De espantos llena, y de color desnuda;
Por ese claro y estrellado muro,
Que nuestras vidas con sus vueltas muda,
Y el resplandor de sus lumbreras bellas,
Y la deidad que asiste en él, y en ellas;
Que la inviolable fe de caballero,
Que al nombre heróico debo que hoy recibo,
Segura y salva á todo un mundo entero,
El tiempo guardaré que fuere vivo:
Ni por mi punto perderá el severo
Marte el grave rigor del suyo altivo,
En cuanto en sus sagradas leyes manda
El feroz rey que gobernó en Irlanda.
Daré favor á quien pidiere el mio,
Y á quien no le pidiere si está opreso,
Y en libre campo, y justo desafio,
Ni hacer consentiré ni haré exceso:»
Dijo, y dejando con gallardo brio
Del bárbaro estandarte el grave peso,
Así en nuevo ademan al persa fiero,
Que atento le escuchó, le habló severo.
«Invicto rey, si al celebrado pacto
En tus heróicas manos se le debe
Asiento firme, y que en respeto intacto
Siempre delante el de su intento lleve;
Si ya no en sola ceremonia el acto
Presente ha de acabar su curso breve,
Mas la justa promesa á tí debida,
El suyo es bien que iguale al de mi vida;
La misma fe á tu real valor jurada
Sin culpa me ha de dar nombre de ingrato,
Si tú con voluntad mas concertada
No granjeas ese cielo, ó su retrato:
Y su hermosura, al parecer forzada,
En su libre la das y honroso trato,
Donde podrás por término debido
Granjear, pues lo mereces, ser querido.
El manjar de sabor mas sazonado,
A quien le falta gusto es desabrido,
Y adonde no hay amor todo es enfado,
Y el mas alto valor aborrecido:
El mundo por tu brazo conquistado
Podrá ser, y no un pecho endurecido,
Y mas de una mujer que importunada,
Lo mismo que antes le agradó le enfada.
Las de mas tiernas almas, mas briosas,
Por no humillar de su arrogancia el viento,
De los gustos que están mas deseosas,
Fingen mas sacudido el pensamiento:
El descuido las vuelve cuidadosas,
El cuidado es especie de tormento,
Los que menos procuran sus favores,
Son los que entre ellas gozan los mayores.
Quieren sin igualdad ser tan señoras,
Que nada fuera de su gusto valga,
Y que él señale cual reloj las horas
Al curso de la vida mas hidalga:
Si esto es cual ves el gusto que tú adoras,
¿Cómo harás que ajustado al tuyo salga,
Si en él con nuevas leyes forzar quieres
La antigua libertad de las mujeres?
Vuelve, señor, pues á tu honor conviene,
El que hasta aquí á esta dama has usurpado,
Busca otras reglas, que el amor las tiene,
Mejores que estas para ser hallado:
La humildad no disgusta, y entretiene,
Que amor no cabe en corazon hinchado;
Servir y porfiar todo lo alcanza,
Cuando ambas cosas se hacen con templanza.
Y esto no yo, mas la razon lo pide,
Y la obligacion nueva en que me hallo,
Con ambas cosas tu apetito mide,
Porque ninguna en tí pueda estorballo;
Que lo que sin sazon su efecto impide,
Yo estoy resuelto ya de atropellallo,
Y que esta vez nos dé la incierta suerte,
O á ella la libertad, ó á mí la muerte.»
Cual suele destrozado peregrino,
Del largo mar y tierras enfadado,
De lejos viendo el fin de su camino,
La amada patria y puerto deseado,
De un no esperado viento repentino
Hallarse en nuevos riesgos arrojado,
Cuando ya libre consagrar queria
Su roto barco al dios que fue su guia;
Tal el Persiano rey oyendo estaba
Cuanto el doncel del mar decirle quiso,
Que de iras lleno su furor llegaba
En desesperacion á ser remiso:
Y ya por esto, ó porque su alma brava
Mostrar pudiese en trance tal su aviso,
En grave aspecto á la demanda puesta
Dió este breve discurso por respuesta.
«Aunque en vuestras razones se conoce
La mucha que es seguir su dulce acento,
Ni el tiempo quiere ni mi honor que goce
El de un tan acertado pensamiento:
Que el bien mezclado al mal se desconoce,
Y así, aunque en mi confuso pecho siento
El bien y el mal, y lo mejor apruebo,
Aquello solo sigo que repruebo.
Que la invencible fuerza de los hados,
Cuando ha de echar un alma por el suelo,
Si los sentidos deja desatados
A los sanos consejos que da el cielo,
Traelos al libre gusto tan trocados,
Que en vez de alivio sirve de recelo,
Y aquel que á la razon va mas medido,
Es della con mas dudas admitido.
Y así los vuestros, aunque en la aparencia
De su valor descubren la importancia
Conmigo hacen tan mala conveniencia,
Que toda su armonia es disonancia;
Y el cielo en esta nueva diferencia
Concluir de un golpe quiere mi arrogancia,
Trayéndome para ello á tal estado,
Que sea sin pedirlo aconsejado.
Si la vida, la honra, y el contento
En mí se han de acabar todo en un dia,
Y á la fortuna, amor, y mi tormento,
Tanto estorbo les es la vida mía,
Nada me podrá ser impedimento
Que no muera vengando mi alegría,
Y consuelo es al fin de desdichados,
A no poder ya mas morir vengados.
Y vos, valiente y nuevo caballero,
Si á vuestros piés quedare sin la vida,
Cuando sepais la causa porque muero,

La juzgareis por bien ó mal perdida;
Que por lo que padezco, y lo que quiero,
Tengo por esperiencia conocida,
Que en materia de gusto, y pretendello,
Estorba al alcanzallo el merecello.»
Dijo, y cual bravo toro, que admitido
Ve en su lugar quien le ha desafiado,
En rabia ardiendo, en zelos encendido,
Corva la frente, el pecho levantado,
Escarvando la tierra al fresco ejido,
A un golpe piensa de quedar vengado,
Y la contienda y zelos acabada,
Libre y señor de su vaquilla amada;
Bien asi el rey de Persia en rabia ardia,
Y á la incierta venganza se aprestaba,
Con los medrosos zelos no podia
La cólera enfrenar que ardiendo estaba:
El yelmo de oro, que á la noche fria
Un nuevo sol de pedreria formaba,
Se enlazó, y la ancha plaza del navío
Palenque dió al dudoso desafio.
Era en forzosos trances el persiano
En golpes diestro, en ánimo orgulloso,
En gusto y paz discreto y cortesano,
En guerra y armas fiero y peligroso:
Ahora con su ardiente amor lozano
En nada halla á su quietud reposo,
Ni al novel tierno en su español denuedo
Un mundo de contrarios pondrá miedo.
Los brazos altos, y altas las espadas,
De un bélico furor dejan llevarse,
Y las valientes fuerzas abreviadas
De un golpe quieren por igual vengarse.
Que es flaqueza en defensas escusadas
Buscando tiempos sin sazon cansarse,
Y no abreviar pudiendo la victoria
Hacer el pecho indigno de su gloria.
Crece el furor, y ponen sus espadas
Lumbres al aire, y á la mar plumeros,
Y al cortar cercos de oro en las celadas,
Las rodillas por tierra sus guerreros;
Cuyas robustas fuerzas alentadas
Así se aumentan con los golpes fieros
Que en cada cual parece que revive
Nueva fuerza y vigor del que recibe.
La altiva causa de la lid sangrienta
Suspensa mira el riguroso estrago,
De cuyos golpes la áspera tormenta
La mar pretende hacer de sangre un lago:
Y ni del todo triste ni contenta
Tiene cualquier favor por aciago,
Que de su ocasionada hermosura
Ninguna guarda juzga por segura.
Teme que venza el rey, y no querria
Ver salir su contrario victorioso:
Desea, cuando Bernardo le heria,
Ser escudo del golpe peligroso;
Y si en el persa siente mejoria,
Eso tambien la saca de reposo,
Que entre antojos contrarios puesta en duda,
A cualquier viento, al fin mujer, se muda.
Ni se hallaban los dos menos revueltos
En golpes vivos, y en las lenguas mudos,
Cual dos leones de Numidia sueltos,
De rabia llenos, y piedad desnudos:
En roja sangre sus arneses vueltos,
Y en mal formados cuartos los escudos,
Y la indómita saña tan entera,
Que ella parece acero, y ellos cera.
A la argentada luz de Cintia bella
Son en el diestro herir retrato vivo,
Uno del orion armada estrella,
Otro del rojo serpentario esquivo:
De la vara fatal del dios que en ella
Trae dos dragones de oro fugitivo,
Que en continuo anhelar los pechos llenos
De ira derraman sin cesar venenos.
Dos largas horas la victoria en duda
Suspensa tuvo la neutral batalla,
Y á cada golpe la opinion se muda,
Ya en este, ya en el otro de alcanzalla:
Y sembrado el combés de la menuda
Blanca hebilla y de enlazada malla,
Entre la roja sangre que corria
Un escarchado rosicler fingia.
Mas ya cansado el persa de reparos,
De fieros golpes y de sangre lleno,
Del roto escudo los gravados aros
Del ciego aire arrojó al cristal sereno:
Rompió al caer del mar los tumbos claros,
Y desatando al sufrimiento el freno,
A dos manos tomó la firme espada,
Que ha de dejar su cólera vengada.
Con ella, y con la furia que alcanzaba,
Que á las parejas con su amor corria,
Al español buscó, que le esperaba
Debajo el medio escudo que tenia:
Si lo halla esta vez, con ella acaba
De sus rabiosos zelos la porfia,
Que donde quiera que su golpe acierte,
Si hallare vida meterá la muerte.
Mas el diestro novel que vió el mandoble
Bajar cortando en dulce silbo el viento,
Del presto cuerpo hurtó el aliento noble,
Dando lugar á su furor violento;
Y él un pequeño rasgo al peto doble
Abrió del hombro á la escarcela á tiento,
Tal que entre su grabado y pedreria
La eclíptica del cielo parecia.
Y él al volver en sí del golpe fiero,
Con tal violencia le arrimó una punta,
Que no bastando del templado acero
Contra su fuerza la defensa junta,
Por un costado entró, donde ligero
Un nuevo rio de roja sangre apunta,
Y ayudando otra, y de un revés el vuelo,
El grave rey de Persia vino al suelo.
Mas no tan presto al jugador valiente
El hueco globo salta á la ancha mano
Desde la firme losa, que en ardiente
Vuelo le escupe por el aire vano,
Como el persa feroz la altiva frente
Del suelo que hirió levantó ufano,
Y en no vencido aliento, con voltario
Luchar se anuda y ciñe á su contrario.
Las firmes garras codicioso emplea
En anudar al gran pilar de España,
Que con igual codicia le rodea,
Y el cuerpo, hombros y piernas le maraña:
Nuevo, aunque humilde modo de pelea,
Donde las fuerzas prueban, y la maña,
Entre un estrecho revolver de brazos,
A hacer las honras ó el honor pedazos.
De las heridas las sangrientas fuentes
Al mar tributan con calientes rios,
Y su falta en los firmes combatientes
Las fuerzas mengua, pero no los brios:
Danse en abrazo cruel nudos valientes,
De sangre propia llenos y vacíos,
Y aquí y allí en teson revuelto y varios
El menos brioso lleva á su contrario.
Del bizarro español tengo recelo,
Que es arrogante y bravo su enemigo,
Y aunque le ha hecho desgraciado el cielo,
Nadie le ha hecho injuria sin castigo:
Si falto de virtud no viene al suelo,
Tambien de esta verdad será el testigo,
Que ya feroz dos veces ha intentado
A esconderle una daga en el costado.
Mas el leonés brioso, á quien agrada

Ver su alegre victoria antes del dia,
Libre de sí le sacudió, y la espada
A buscarle tras él furiosa envia:
Y hedha dos la riquísima celada,
Dió fin el ciego amante en su porfia,
La de su ingrata dama antes cumplida,
Que ella de su crueldad arrepentida.
Triste y sin gusto el castelleno pecho
En la caida quedó del rey Persiano,
Temiendo haber su indigna muerte hecho
Cruel principio al de su heróica mano:
Y él en su sangre y su furor deshecho,
Si á todos dió dolor, no al inhumano
Corazon de su dama, que quisiera,
Que porque mas penara no muriera.
La feroz gente del vencido amante,
Que su rey vió en tan triste estado puesto,
A vengarlo ó morir salió arrogante,
Con armas dobles, y con paso presto:
Cercan al vencedor, que en brio bastante
A toda aquella injusta furia opuesto,
Ningun golpe recibe, que el mas fuerte
Su herida no le pague con la muerte.
Cual leon de Libia, ó jabali cerdoso,
De mastines sin dueño rodeado,
Que entra, acomete, y sale victorioso
Del tímido escuadron desordenado,
Y á uno, á dos, y á tres deja brioso
De sus blancos colmillos ostigado,
Y el mas lozano, y de mayor guedeja,
Que antes mas le seguia, mas se aleja:
Tal del leon montañés en sangre envuelto
Las nuevas garras dan espanto y grima
Al pueblo infiel, que en paso desenvuelto
Medroso huye su espantosa esgrima:
Y él, libre ya del vulgo inútil, vuelto
Al desangrado rey, que aun vive, anima
A volver del desmayo, y dar aliento,
Si ha quedado por donde, al pensamiento.
Como el que en tristes sueños se hundia
Al ciego buche de una siorpe brava,
Si entre sus negras garras le halla el dia
Despierto ve lo mismo que soñaba;
Tal el persiano amante en sí volvia,
Y tal en sangre envuelto contemplaba
La obscura imágen de la muerte fiera,
A cuyo autor habló desta manera:
«Justa venganza de mi injusta vida,
Para esto de los dioses enviado,
Déjala ya de un golpe concluida,
Abrevia tu victoria y mi cuidado,
Que es cruel compasion, piedad fingida,
Dejar con vida un cuerpo desdichado,
Y el que mas de oro á su placer se viste,
Es á una alma sin él sepulcro triste.
Ya he visto por mi mal lo que amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,
Cuanto á un breve placer la pena escede,
Y el mas fundado bien cuan poco dura:
Si esto así al mas dichoso le sucede,
Dame de un golpe suerte mas segura,
Que es dar la vida á quien la muerte agrada
Género de crueldad disimulada.
Mas si este bien con los demás me veda
La estrella que á este paso me ha traido,
Este ahora á lo menos me conceda
Por premio á lo que en daño la he seguido:
Que esta tasada vida que me queda
Se pierda donde el resto se ha perdido
A los piés de una ingrata, con que vea
Cada uno de los dos lo que desea.
Ella mi alegre muerte, y yo su amada
Cara, en verme morir grata y contenta,
Veré tambien si estar desenojada
Su hermosura y gracias acrecienta:»
Dijo, y la real cabeza reclinada,
Que Bernardo en sus brazos le sustenta;
En diversos remedios que le aplica,
Así el de la esperanza fortifica:
«No se ahogue en tu mal la confianza,
Que los tiempos trocar podrán su suerte,
De los vivos es propia la esperanza,
Que llega hasta las puertas de la muerte:
Vive, que si fortuna y su mudanza
Han podido á tal término traerte,
El pardo cielo de celages lleno,
De turbio suele amanecer sereno.»
Así le anima, si en tan triste estado
Palabras son materia de consuelo;
Y habiéndole la sangre restañado,
Curar le hace, y levantar del suelo,
Y de la bella dama al rico estrado
Llevarlo, como á trono de su cielo:
Mas ella le dejó, y se salió fuera,
Que es darle vida el esperar que muera.
Quedó el persiano viendo la aspereza
Ni de nuevo sentido ni admirado,
Que habia ya hecho en él naturaleza
Ser con desdenes y rigor tratado:
Bernardo la crueldad con la belleza
Amasada juzgó en un mismo grado,
Sobre el tirano pecho que en el mundo,
Ni en desden tuvo ni en beldad segundo.
Iban pasando entre el silencio mudo
La oscura noche, y sus calladas horas,
El aire negro de color desnudo,
Lloviendo en sueños sombras burladoras,
Que en dulce lazo, y encantado nudo,
Las penas atan en su herir traidoras,
Y el sosegado mar riendo en calma
De la tormenta en que se anega el alma.
Cuando el cielo en sus ejes trastornando
La húmeda noche con sonoro estruendo,
Las circunstantes sombras fue aclarando
De una fogosa nube el bulto horrendo:
En sesgo vuelo por el aire blando,
Con prestas alas de oro descendiendo
Sobre el suspenso mundo, á quien traia
Antes del alba el no esperado dia.
Y ella en ardientes cercos repartida,
Al ronco son de un espantoso trueno,
La luz dejó de que venia tejida
El aire de dorados rayos lleno;
Y una nueva deidad de luz vestida
Feroz salió de su abrasado seno
Con tanta magestad, que en el navío
Al pecho mas brioso quitó el brio.
Un carro ardiente de metal sonoro,
Cuyo pesado yugo en sus prisiones
Hace humillar con las coyundas de oro
La enroscada cerviz de dos dragones,
Volar se vió, y ardiendo entre el tesoro
De sus gravadas ruedas y llorones
Un tierno corazon, y allí esculpido
De fuego azul «Venganza de Cupido.»
Al tiempo que estas sombras temerosas,
Nocturnos monstruos de celages hechos,
Las fuerzas refrenaron mas briosas
Con luz medrosa á los presentes pechos,
La grita comenzó y voces llorosas
De Angélica, que en lazos de oro estrechos
Por superior violencia el bulto preso,
Al grave carro dió liviano peso.
Y luego que huyendo en sombra vana
Las fantasmas volaron por el viento,
Y el rojo oriente y lúcida mañana
De luz al mundo dió dorado aliento,
Todos por justa dan de la inhumana
Reina la grave pena y el tormento,
Y bien que el cielo así lo ordene y mande,

Porque á ingratos ningun castigo es grande.
Mágicos cercos de la Hada Alcina,
Al encantado carro dieron vuelo,
Y allí apremiado de la ingrata china
En silla ardiente el corazon de yelo:
O sea al persiano rey dar medicina,
O de la Hada cuidadoso celo
De su leonés, y el riesgo que corria
En la angélica dulce compañía.
Que era en trato y beldad tan poderosa,
Y así eficaz en un sabroso engaño,
Que nadie la vió afable, ó desdeñosa,
Que libre se escapase de su daño:
Despues diré de la carroza hermosa
Y su celestial robo el curso estraño,
Que es largo aquí tan dilatado cuento,
Y corto á ingratitud cualquier tormento.
El persa rey, á quien la Hada en vano
Para sanarlo le quitó la vida,
Quedó cual sin sus flores el verano,
La esperanza también en flor perdida:
Sin alma, que en el carro soberano
A la belleza fue del robo asida,
Y él en el ciego caso no pensado,
Cual con hora menguada hombre atajado.
Las manos con mortal dolor torcia,
Y al riguroso cielo levantadas,
«Si allá algun dios, con lágrimas decia,
La cuenta toca de almas desdichadas,
De las injustas penas de la mia,
¡Cómo, estrellas, volais tan descuidadas!
Y tú, muerte, que el gusto en hiel conviertes,
¡Cuando con una acabarás mil muertes!
Ligero tiempo, que cual libre flecha
Del mundo haces correr el curso blando,
Veloces dias de medida estrecha,
Ruedas que el bien y el mal vais devanando;
Y tu, mi gloria, que á su córte hecha
Por el aire deshecha vas volando,
¿Cuando dareis la vuelta á mis enojos,
Y volverán á ver su luz mis ojos?
Mas ya que el ofendido cielo ha sido
Quien en venganza de mi loco intento
La robada beldad habrá traido
La vez segunda al triste altar sangriento,
Y de la infeliz Creta el encendido
Fuego abrasa á vueltas mi contento,
Dando al cuchillo sin poder valella
El blanco cuello de mi imágen bella;
Si á peso del dolor se da el contento,
Si al peso de los bienes dan los males,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales;
Conózcase por esto mi tormento,
Que soy quien perdió bienes celestiales,
Y granjeó por un regalo tierno
De vida celestial muerte de infierno.»
Dijo, y en la esperiencia de su daño
Concluyó que era falto de ventura,
Basa en que estriba el laberinto estraño
Del intricado error de su locura:
Mas del amor el deleitoso engaño
Con nuevas esperanzas le asegura,
Que aunque dudosa y larga medicina,
Las postas son en que el deseo camina,
Y el gallardo español con el recelo
De que tan noble Rey sin culpa muera,
Así le dice, y da por mas consuelo
De su venida relacion entera:
«Si por la cuenta y cómputos del cielo
La nuestra viene á ser mas verdadera,
No hay porque un golpe tanto te lastime,



Ni adverso azar que un alma desanime.
De tus gustos no temas, que si el viento
No con fantasmas me engañó aparentes;
Y en sueño vano, y loco fingimiento,
El tiempo á conocer me dió á tus gentes:
Del grave riesgo de ese altar sangriento,
Y el cuchillo que así en el alma sientes,
Libre tu dama la conserva el cielo,

O en tronos de oro allá, ó acá en el suelo.
La noche ya en el denegrido Oriente
Sus cortinas de luto desdoblaba,
Y el torpe nudo á la cansada gente
Los lazos del cuidado desataba;
Y en ocio los sentidos blandamente
Con dulce delirar encadenaba,
Cuando mi cuerpo sobre un verde prado
En su nudo tambien quedó ligado.
Y no tan presto por la sombra vana
El alma á su quietud voló sabrosa,
Cuando la bella imágen soberana
Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;
Y en grave presuncion, y en pompa ufana,
Mas que en el tierno Oriente el alba hermosa,
A mi se vino, y con semblante amigo,
«Ven á librar mi honor de su enemigo.»
Dijo, y dando la vuelta con sereno
Rostro, vestida de una luz rosada,
De olor dejó divino el aire lleno,
Y el resplandor mi vista deslumbrada:
Y ella subida al estrellado seno,
De una vislumbre celestial bañada,
Mi atenta vista, tras su presto vuelo,
Aquella estrella mas contó en el cielo.
Estas armas despierto vi á mi lado,
Y el pequeño batel en que venia,
Donde sin ver por quien me hallé embarcado,
Tras el deseo de ver lo que antes via;
Y el barco por sí mismo gobernado
Aun que iba volando parecia,
Hasta el bordo real deste navío,
Donde en entrando en él vi hundirse el mio.
Pues si del mundo el superior gobierno
Aquí me trajo en tan sabroso engaño,
Y á librar de tu fuerza el bulto tierno
El fin guió de mi viaje estraño,
La oculta traza del saber eterno,
Ni por el suyo fue ni por tu daño,
Que para haberle de quitar la vida,
Superflua hubiera sido mi venida.»
Dijo, y por el Oriente el alba helada
Falta salia de luz y de alegría,
La mar aunque sin viento alborotada
Con sordas olas el galeon batia
En huecos tumbos de cristal preñada;
Y cuando á veces sin pensar venia
Un tardo viento que en las velas daba,
Mayor tristeza y soledad causaba.
El deseado sol turbio encogido
A sembrar comenzó lumbre al Oriente,
Entre negros celages escondido
De su ancho rostro de oro el rayo ardiente:
Y el ronco son de un áspero gemido
Suena en la nao, y su afligida gente,
Que donde al gusto huye la alegría,
Así amanece el sol, y nace el dia.

ALEGORIA.

En la prision de Malgesí se muestran los grandes daños que se siguen de perder una ocasion; y el quedar colgado de un árbol al tormento de los espíritus, el remordimiento que queda de haber perdido por descuido la ocasion, y las varias congojas que al hombre contemplativo siguen en la vida activa fuera de su quietud.

Los demonios, que tratan de destruir á España, muestran la insaciable sed que tienen de nuestra perdicion, y con que gusto y facilidad la harian, si el freno de la potencia divina no los detuviese, significada por el Angel Custodio de España, que descubre cuan cortas fuerzas son las del infierno para ofender á los que el cielo tiene por amigos.

En Bernardo, que guiado de un cometa se entra en un barquillo encantado, que le lleva donde Orimandro le arma caballero, se muestra que al varon obediente, que sin reparar en inconvenientes, de veras se pone á seguir les inspiraciones del cielo, el tiene cuidado de sacarle victorioso y honrado de las mismas ocasiones en que le pone.

Por Orimandro, que sale vencido y lastimado en la honra y el cuerpo, se ve como el vicio todo lo lastima y afea. Y Angélica robada en un carro de fuego, es el pensamiento amoroso de un amante, que volando navega sin saber adonde, y jamás tiene hora de reposo.

LIBRO QUINTO.

Argumento. Huye Garido á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nunilo y Alodia, libra tambien á Anchali, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yucet, tio de Galiana, y por relacion se enamora della, y al márgen de una fuente ve en sueños su hermosura, y la de sus famosos palacios. Pintase al fin del libro el consejo de guerra del rey Casto.

En tanto el francés campo de Girona,
Rendida la ciudad, salia marchando
Por las ásperas sierras de Narbona
A gozar de Gascuña el aire blando:
Y ya el real asentado en Carcasona,
Por su deleite el valeroso Orlando
A correr las fronteras de la tierra
En voz salió y en hábito de guerra.
Con él el duque Maimo de Pavia
Don Silverio de Fox, Dardin Dardeina,
Sanson, duque y marqués de Picardia,
Alberto, rey pretenso de Sansueña,
Con otra ilustre y grave compañía,
La honra del campo y flor de su reseña,
Que al castillo caminan no distante,
Que un tiempo por Rugero labró Atlante.
Era vulgar rumor que entre las breñas
Del hinchado Pomier suben en vuelo
Del roto muro las gastadas señas
A dar escalas con su frente al cielo,
Donde del Mago anciano no pequeñas
Grandezas goza el enriscado suelo,
Y á ver las de su ejército triunfante
En tropa alegre va el señor de Anglante.
En placenteras fábulas sabrosas
De sucesos de campo y montería,
Olvidados de aquellas peligrosas
Vueltas que al mejor tiempo el tiempo envia:
Al dar fin á las cumbres deleitosas,
Con que un monte de flores se vestia,
Dos muertos hombres, y otros seis huyendo,
Del viaje suspendieron el estruendo.
Otro que tras los pasos perezosos
Y huellas de un cargado dromedario,
Por entre árboles va en pasos medrosos;
Con sus regates revoltoso y vario;
Viendo de los franceses belicosos
El escuadron á su intencion contrario,
Con astucia sagaz, y maña aguda,
A pedirles llegó fingida ayuda.
Es desta ocasion bella el nuevo caso
Florido ramo de mi heróica historia,
Por grave azar, que el amagado paso
Suspender pudo de su gran victoria.
Diez lunas volvió á Francia el campo escaso
De gente esta ocasion, esta su gloria
A España suspendió, por tantos meses
Su venida alargaron los franceses.
Tantos la rica sala del tesoro
Detenidos los dió cercos dorados,
Y entre la sed, y la virtud del oro,
En dulce suspension embelesados:
La ardiente hambre del metal sonoro,
Con su vislumbre mágica trocados
Los dió en mudas estátuas, hasta tanto

Que un muerto bulto destruyó su encanto.
Y hasta ver libres los cautivos pechos
De la avarienta sala, el campo junto,
La famosa jornada, y sus pertrechos,
Por un zodiaco entero hicieron punto:
La culta causa de tan altos hechos,
Delgada raiz deste ahora nuevo asunto
De aquí se ocasionó, esta humilde fuente
Largo curso añadió al de su corriente.
Garilo, ya que el infeliz suceso
De la obscura traicion del bosque opaco,
Contra su lealtal dió largo proceso,
Y culpas al descuido de Filarco,
El rey ya libre, y el contrario preso,
Por el rio Ezla se salvó en un barco,
A pesar de quien quiso en aquel caso
Por vengar su traicion tomarle el paso:
Salvóse al fin, y á guarecer la vida
En sus trazas juzgó por mas seguro
Hacer á Mahamut de su huida
Forzosa causa, y de su amparo el muro:
Contando el que á su gente mal regida
Del rio Parque dió en el cerco obscuro,
Pero nueva tan triste no podia
Ser con ningun afeite de alegria.
Recibió el moro con semblante acedo
La mala relacion, y al que fue á dalla,
Que el traidor siempre enfada, y siempre el miedo
Da al falso corazon triste batalla:
Quedó atajado, mas con nuevo enredo
Dorar quiso la culpa, ó remendalla,
Y hacer de nuevo con su antiguo oficio
Si puede á su ofendido rey propicio.
Descubrió en los del bando sarracino
Animos llenos de encubierta saña,
Que siempre entre traidores el mas fino
Amor nace sembrado de zizaña:
Creyó por ese paso abrir camino
A una nueva traicion, cuya maraña
Al andaluz dejase sin la vida,
Y á él su leal opinion restituida.
Comenzó aleve el infeliz contrato,
Metiendo incauta prenda en el que urdia.
Mas faltó discrecion, faltó el recato
Que el grave caso y su ocasion pedia:
Y descubierto el encubierto trato,
Garilo huyó, huyó su compañia,
Pagando todos la traicion urdida,
O con culpable ausencia, ó con la vida.
El falso entablador del traidor juego,
Con los que guarecer del riesgo pudo,
De la noche huyó por lo mas ciego,
Al dulce amparo del silencio mudo:
Llegan á Ribadeo, y pasan luego
En hombros de cristal su cerro agudo,
Y en su pequeño golfo al franco suelo
Remos y velas dan entre agua y cielo.
A vista de Bayona, y su ancha playa,
Libres pasaron sin tocar en ella,
Y de Belne la costa, y corva raya,
Que con sus espumosas olas mella:
El Curiano monte, que atalaya
Del frio Garona la ribera bella,
Pasando á Bordeaux con agua viva,
Y hasta cerca de Argen el rio arriba.
De allí hácia Lenguadoc la tierra adentro
La quietud saltearon del camino,
Hasta un antiguo bosque, que al encuentro
De Pomier y Tarascon les vino:
En cuyo verde y escondido centro
Las ruinas hay de un muro peregrino,
Que un tiempo fue ya célebre morada,
Jardin de un rey, y casa de una Hada.
Despues que en Salabres la hada Morgana
Al rey Artus su hermano vió perdido,
Y el destrozado campo en la inhumana
Victoria entre un sangriento rio ceñido,
Por el hondo Garona en pompa ufana
Aquí al vencido rey trajo escondido,
Donde al mundo quedase con su ayuda
La fama de su vida y muerte en duda.
Allí encantado, ó sin encanto muerto,
Si vive, ó sino vive, está encantado,
Sin que la causa de quedar desierto
El castillo hasta ahora se haya hallado:
Si ya del desamparo no es lo cierto
De la Hada rica el natural enfado
Contra Orlando, por quien del suelo franco
Su real jardin mudó al del lago blanco.
Y porque al viento el arruinado muro
Con sombras tiñe de apariencias vanas,
Del bosque horrible, y del castillo oscuro,
Las gentes todas huyen comarcanas:
Aquí Garilo y su escuadron seguro
De asombros se amparó, y por las cercanas
Aldeas y caminos plata y cobre
Al rico quita, y la esclavina al pobre.
No lejos de aquel bosque hay un castillo,
Guarida de otras gentes de su trato,
Que al catalan hicieron su caudillo,
Y á riesgo y á ganancia fiel contrato:
De estos eran los seis que entre el tomillo
Y árboles de Pomier sacó el rebato,
Huyendo por sus ásperos confines
De los ya descubiertos paladines.
Y el que tras el cargado dromedario
Con revoltosas vueltas discurria
El astuto Garilo, del voltario
Escuadron falsa y cautelosa guia:
Que por aquel desierto solitario,
En cuidadosa y encubierta espia
Los dos muertos siguió, y en la ancha senda
Vidas á un tiempo les quitó y hacienda.
Huyeron los demás, y él con sosiego,
Intrépido al francés escuadron vino,
A quien de deslumbrado volvió ciego
De su astucia un engaño repentino:
Con humilde pidiendo y sagaz ruego
En el riesgo le amparen del camino,
De aquella escuadra, cuyo brazo fuerte
Por robar sus amigos les dió muerte.
Creyeron todos que el valiente pecho
Del feliz español se habia librado
A propias fuerzas del dudoso estrecho
Con que de los que huyeron fue asaltado;
Y que el verlos venir dejó deshecho
El peligroso asalto comenzado,
Temiendo los franceses valedores
Los seis mal concertados salteadores.
Y él no contento del sutil engaño
Con que el riesgo salvó de su delito,
Y á cuenta puso del ageno daño
Del castigo á su culpa ancho distrito,
Un nuevo enredo de artificio estraño
Así por los presentes dejó escrito,
En dulce delirar, que al mas agudo
Deslumbrar su encubierto estilo pudo.
Ni tiene lo hecho por bastante hazaña,
Si á todos no los roba y desbalija,
Y aquel fiero escuadron contrario á España
De armas su astucia y de altivez no alija:
Y así despues que en cautelosa maña
Licencia para hablar pidió prolija,
Desta suerte empezó, y con este enredo
El gusto les ganó, y les perdió el miedo.
«Ya que el rigor de la enemiga estrella,
Que iras si lleva el curso de mi vida,
Y haciendo de desgracias prueba en ella,
La trae de un riesgo en otro divertida,
Si á pesar suyo el tiempo quiere hacella

A sus mortales golpes no vencida,
Y á la esperanza aun en tan largos casos
Lugar le queda donde dar mas pasos;
No es justo que reserve prueba alguna,
Ni humana diligencia que no intente,
Si punto no hay de tan menguante luna
Que algun dia no halle su creciente:
Sabré cual puede ser en la fortuna
De los suyos el don mas escelente,
O si es acaso de imposibles hecha,
Como el rigor desta cadena estrecha.
Del rey Hércules libio, que en España
De tres cuerpos sacó un tirano aliento,
Y de tres cuellos la cabeza estraña
Al rojo suelo dió un golpe sangriento,
Mi linaje desciende...» Así en maraña
Fingida entrada abrió á un prolijo cuento
El sutil catalan; pero yo al brio
Del bravo Ferraguto vuelvo el mio.
A toda rienda por un verde llano
De un caballero dije que huia
Un bulto en la belleza soberano,
Y en rostro un rayo del pintor del dia:
Cuando á su amparo levantó la mano
El bravo aragonés, y al que venia
Ya ejecutando el golpe, el suyo al vuelo
Le echó arrogancia y vida por el suelo.
Volvió la dama y viendo sin cabeza
El furor que la suya amenazaba,
Del suceso admirada y la braveza,
Que muerta aun no menor espanto daba,
«¡Oh invicto brazo! dijo, ¡oh fortaleza
Heróica! el cielo guarde alma tan brava
Contra injuntos agravios, en quien fio
Ver por tal mano reparado el mio.
¡Socorre, ó ilustre resplandor de Marte,
En un dudoso trance mi alegría,
Antes que sean mis desdichas parte
A dar la muerte al que es la vida mia!
No lejos deste bosque, por la parte
Que este florido monte se desvía
A darle paso á un rio que yo pienso,
Que á Ebro corre á pagar tributo y censo,
Una soberbia puente ambos costados
Con dos torres altísimas le cierra,
Y estas llenas de bárbaros soldados
El comercio han quitado de la tierra:
Aquí á los que de paz van descuidados
Prenden sin fe, y á los que van de guerra
Con ardides la hacen tan villanos,
Que ninguno se escapa de sus manos.
Allí el bien, que me deja aquí perdida,
Preso, ó sin alma está, que es lo mas cierto;
Acude pues, señor, á dar la vida,
O sepultura honrada á un hombre muerto:
De paso te diré de mi venida,
Y de mis desventuras lo encubierto,
Quién soy, con quién y adonde hacia jornada,
Que quien como yo está no encubre nada.»
Dijo, y el moro hácia la parte guia
Que antes salió huyendo la doncella;
Quién fuese preguntando, y por qué huia
Y el feroz caballero iba tras ella,
Cómo con tal denuedo la seguia,
Si era para matalla, ó por prendella;
A quien la dama en desmayado aliento
Así empezó de su tragedia el cuento.
«Del valiente Dedran, que un tiempo quiso
Ser absoluto emperador de España,
Y lo fuera si á su ánimo y aviso
No se mostrara la fortuna estraña
Nieta soy, y heredera del preciso
Hado que á él engañó, y á mí me engaña,
A pesar que del tiempo el movimiento
A una alma puede dar bienes de asiento.
Hija de Doriscan, y una cristiana
Noble, de los tributos de Galicia,
En Córdoba nací, y con pompa vana
Nágera me crió por su patricia;
Donde en destierro honrado, y suerte ufana,
Del rey Albucasar dió la avaricia
A mi agraviado padre esa frontera,
Donde él viviendo su grandeza muera.
Aliatan dió despues el reino de Oca
A Zumail, un ambicioso viejo,
Que en hambre de oro, y en prudencia poca,
Cuanto halla tomará, sino es consejo:
Este embriagado de avaricia loca,
En los montes prendió de Castrovejo
Dos tiernas niñas, huérfanas, doncellas,
Mas que el sol limpias, y que el alba bellas.
La culpa era dejar su ley paterna
Con que el rey su avaricia disfrazaba,
Y el ciego ardor de la codicia interna
Con que el infame corazon cebaba:
Nunilo la mayor, y la mas tierna,
La honesta y bella Alodia se llamaba,
Cristianas, aunque ricas, y él tirano,
De alma avarienta, y corazon villano.
Vendia el rigor por celo de su seta,
Y de impedir la Religion Cristiana,
Aunque era en lo interior hambre indiscreta
Del patrimonio de una y otra hermana;
Y por hacer la causa mas secreta,
Y la injusta prision menos liviana,
Con impedir del dulce trato el uso
En diferentes cárceles las puso.
La niña Alodia, compañía dichosa,
Fue en depósito honesto de la mia,
De las beldades dos la mas preciosa,
Pecho inculpable, rostro de alegría:
Era en prudencia y alma generosa,
Y tan afable trato, que solia
Dejarme con él llena el alma ufana
De un ardiente aficion de ser cristiana.
Si tal vez la aceché por verla sola,
En ferviente atencion orar la via,
Y que de alegre luz divina una ola
De cuando en cuando el rostro le embestia;
Y en soberanos lustres la arrebola
El rosicler de gloria que salia
De un Dios, que puesto en cruz traía consigo,
Por inviolable esposo y dulce amigo.
No es de mi edad juzgar cual sea mas justa,
La ley cristiana, ó la del pueblo moro,
Y en casos de opinion cualquiera gusta
Vestir la suya de un parlar sonoro:
Mas ahora sea justa, ó sea injusta,
Yo en la árabe nací, y en esa adoro;
Y aunque su Alcorán creo, creo y juro
Que si Mahoma es Dios, es Dios oscuro.
No hace milagros como habemos visto,
Que en favor de su ley, y quien la sigue,
El nombre hacen y la cruz de Cristo,
Cuando en mas sangre el mundo los persigue:
Ni hallo yo en la mia aquel bien quisto
Modo de proceder que se consigue
De la cristiana, cuando sus sugetos
A sus reglas se ajustan y precetos.
Hace hombres concertados y compuestos,
Mansos, sufridos, blandos, conversables,
Llenos de fe y de amor, castos, modestos,
Gratos, humanos, dóciles, afables,
Del todo humildes, sin cautela, honestos,
Medidos, comedidos, y así estables,
Y puestos en razon, cuenta y justicia,
Que no halla que tacharles la malicia.
Nuestro Alcorán si como dicen vino
Del cielo, escrito fue por otra mano,
No es tan llano y tan claro su camino,

Ni tan fundado en el discurso humano:
Tiene de cruel su parte, y de sanguino,
Y no poco de bárbaro y tirano,
Pues con la espada y con las armas quiere,
Que aquel sea en él mejor que mas pudiere.»
Rióse el feroz moro á las razones
Con que la dama su Alcorán condena,
Que como hombre sin ley, ni cree opiniones,
Ni que hay para unos gloria y otros pena:
Tiene nuestros milagros por ficciones,
Su secta ni por mala ni por buena,
Solo por Dios á su ánimo invencible,
Y por de burla á todo lo invisible.
No le replicó nada, ella siguiendo
Por su camino y su discurso, dijo:
«Presa la bella Alodia, un monstruo horrendo
El avariento rey tenia por hijo,
Con quien nació en el mundo, y fue creciendo
Un arrogante espíritu prolijo,
Que siempre, ó por la cara, ó las costumbres,
Del padre saca el hijo las vislumbres.
Este fue todo estampa de su padre,
Fantástico, avariento, y disoluto,
Sin que noble amistad le asiente y cuadre,
Falso, libre, mordaz, doblado, astuto,
De parto incierto, y fementida madre,
Y al fin de tales árboles tal fruto,
Llamado Harpalí, ó sucia harpía
Que todo lo manchaba y confundia.
Este de la honestísima doncella
Alodia, y de su rostro soberano,
Un torpe y necio amor concibió en vella,
Con loca presuncion y ánimo insano:
Creyó que era tan facil como bella,
Y él por soberbio hijo de un tirano
Bueno para querido, y fue simpleza,
Que amor ni estriba en sangre ni en nobleza.
No dió por sus ofertas y servicios
Escarnios ni desdenes la cristiana,
Ni de oracion mudó ni de ejercicios,
Ni se le mostró tierna ni tirana;
Ni el ver los reyes á su amor propicios
Altiva la hizo, ni volvió lozana;
Ni triste el riesgo, y verse en casa ajena,
Que nada en quien no hay culpa causa pena.
A los principios en su afable trato
Todo Harpalí creyó que estaba hecho,
Y que el ser rey le prometia barato
Aquel como otros gustos habia hecho:
Mas cuando llegó á ver con mas recato
La entereza y valor del casto pecho
De una tierna beldad, que en ser constante,
No era niña y mujer, sino gigante,
Quedó asombrado, y al negarle el gusto,
Con el desden creció la llaga fiera,
Y viendo á mayor fuerza mas robusto,
El pecho que antes parecia de cera,
Nueva sentencia dió en el suyo injusto,
Que ame por fuerza, ó que por fuerza muera:
Mas buscar al amor por esa pinta,
Es blanquear el ébano con tinta.
No está mas firme á los combates fieros
Del cierzo helado la montaña de Oca,
Cuando peñascos y árboles enteros
Su soplo vuela, y su rigor apoca;
Ni en sus cumbres y cerros altaneros
Antigua encina, ó carcomida roca,
Que así entera se libre, y se defienda
De un torbellino, y su áspera contienda;
Como la casta niña á las blanduras
Y amenazas del bárbaro enemigo,
Sin que de hierro las prisiones duras,
Ni del tierno regalo el trato amigo,
Hiciese mella en las entrañas puras,
Ni en ellas otro amor hallase abrigo,
Que el de su honestidad, y del precioso
Retrato vivo de su muerto esposo.
Viendo el tirano Harpalí vencido
Su pensamiento y trazas de una niña,
Y que en deseos y ansias consumido,
Ni un soplo de esperanza se le aliña;
Ya de amante en contrario convertido
Robarla quiere, y que esto la constriña,
Con gusto acedo, ó voluntad sabrosa,
A serle, ó torpe amiga, ó dulce esposa.
Por un muro almenado que ceñia
De un florido jardin el fértil suelo,
Y parte de una cuadra en que dormia
Yo con la hermosa Alodia sin recelo,
A Harpalí le pareció se abria
Paso á sus gustos, puertas á su cielo,
Y que era fácil por allí la entrada,
Para haberla á sus manos descuidada.
Ya el sacrílego amante, confiado
De saquear el cielo, entretenia
Su torpe gusto en ver del sol dorado
El carro de oro en que camina el dia;
Y en aguardar su ausencia desvelado
Las horas cuenta, y de la noche fria
El manto pide por agüero y luto
De su fin triste, ó pensamiento bruto.
Llegó la noche obscura, aunque serena,
De broches de oro y pedrería sembrada,
Y al medio curso de tormentas llena,
De agua, rayos, y truenos asombrada:
Braman los vientos, la arboleda suena
Con ruido mas que de aire alborotada,
Creció la obscuridad, y el negro velo
De la sombra escondió en su luto el cielo.
De ásperos vientos la baraja obscura
Con sordos ecos de furor bramaba,
Y del cercano monte la espesura
Roncos gemidos por las peñas daba:
Del frio polo sin luz la ciega altura
En temerosos truenos resonaba,
Que el cielo al parecer se defendia
Del moro que robarlo pretendia.
Despertóme el rumor, corrí medrosa
A ver mi amiga, y á valerme della:
Halléla en oracion, la cuadra hermosa,
Llena de luz, y un ángel bello en ella:
Una luciente espada en la briosa
Armada mano en son de defendella,
Con un grabado peto en que el tesoro
De ricas piedras daba precio al oro.
De argentados coturnos ambas plantas
Ceñidas, y la suelta vestidura
Al estrellado cielo en luces santas
Vencia, y á la nieve en la blancura:
Pomposas alas con vislumbres tantas,
Que ante ellas la del sol quedára oscura,
Diciéndole en acento soberano,
«Ya, vírgen, estás libre del tirano.»
Cerróme los sentidos el espanto,
Indignos de gozar la luz del cielo,
Con la presencia y el lenguaje santo
Del ángel, de su espada, y de su vuelo:
Quedéme desmayada hasta tanto
Que el nuevo dia despertó en el suelo,
Y yo de mis temores y fatiga
En el dulce regazo de mi amiga.
Alegre en verla de placer lloraba,
Que al ángel que antes vi se parecia,
Y aunque en grave respeto la trataba,
Amorosas caricias le decia:
Ella que por ventura cierta estaba,
Que aquel habia de ser el postrer dia
De gozarnos en tierno regocijo,
Así mezclando lágrimas me dijo:
«Ya es tiempo, ó dulce Argina, de pedirte

Que cual reina me cumplas la promesa
De ser cristiana, y nunca arrepentirte
De profesar lo que mi ley profesa:
Yo iré presto delante á prevenirte
En el cielo corona de princesa,
Que en premio del amor que me has tenido,
Así me lo ha mi esposo concedido.
A grandes golpes de dolor se labra
El cetro y la diadema para el cielo,
No ha de ser solo, amiga, de palabra
El darle á Dios lo que le debe el suelo:
Sus puertas ese tierno pecho le abra,
Porque la halle al alma su consuèlo,
Y sin hacer de otros contentos caso,
Por todos hasta allá pase de paso.
Bien sé que los espantos de la muerte
En varios riesgos te traerán metida,
Que tal es siempre y fue la humana suerte
Servir acibar al que á miel convida:
Y como si el morir fuese mas suerte
Que el padecer viviendo en esta vida,
Quiere en adversa ó próspera fortuna
Mascar mil muertes mas que tragar una.
Tu serás desto ejemplo, amada Argina,
Que gran discurso por pasar te queda,
Mas todo en tí á dichoso fin camina,
Y así el cielo lo ordena que suceda:
Lo que ahora el amor que á tí me inclina
Con mas ansia me pide, es que yo pueda
Llevar de tí esta prenda y fe dichosa,
Que has de ser de mi amado esposo esposa.
Y que pues nuestras almas ya son una,
Es bien que tambien tengan solo un dueño,
Un bautismo, una fe, una ley, y á una,
Ambas á un Dios la demos en empeño:
Que cuanto alumbra el sol y ve la luna,
Sin este solo bien es sombra y sueño,
Y yo en tenerte amor eterno y puro,

Eternos bienes para tí procuro.»
Así mi amada Alodia me pedia
La fe que así le di, y he mal cumplido,
Cuando del pueblo que en furor se ardia
En mi casa cundiendo fue el ruido:
Llanto, alboroto, estruendo y vocería
En confuso era y bárbaro gemido;
Sobresaltéme yo, y con regocijo
Ella se sonrió, y llorando dijo:
«Aquí, oh querida Argina, la corona
De un reino eterno ofrecen á tu hermana,
Este confuso grito la pregona,

Vamos por ella en pompa soberana:
Tendrás tuya en la córte una persona
Que prive con el rey, y te haga ufana,
Y en cuanto le pidieres por mil modos
Bienes sin fin te los alcance todos.»
No entendí su razon, quedé atajada
Viendo crecer el sonoroso estruendo,
Y que la casa en armas ocupada
Se iba en ciego alboroto confundiendo:
Cuando de la ocasion certificada,
Pasmada me dejó el suceso horrendo,
Estraño caso, puesto por testigo
De un ofendido cielo en su castigo.
De un moral arrimado al fuerte muro,
Adorno y sombra del florido huerto,
Con que Harpalí bajar pensó seguro
Al malogrado fin de su concierto;
Colgado le dejó en el aire oscuro
Un ángel á los ojos descubierto
De los que iban con él, y el mas osado,
Huyó despues que le lloró ahorcado.
Era la única prenda del tirano,
Corta y frágil coluna á su esperanza,
Cayó por tierra, y su soberbia mano
Al mundo asolar quiso en su venganza:
Tuvo sospecha de Aliatan mi hermano,
Que en contiendas de amor y de privanza
Traian pasion por ciertas moras bellas,
Que donde hay zelos todas son querellas.
Menos que esta ocasion fue necesaria,
Con la desgracia del dolor presente,
A la ciega arrogancia temeraria
Del ofendido bárbaro insolente:
Era en todo mi casa real contraria
A la suya de humilde suelo y gente;
Esto solo bastó, que un bien nacido
Siempre es del que no es tal aborrecido.
Mi anciano padre al defender su casa
Por el furor tiránico fue muerto,
Y tras él vueltas en ceniza y brasa
Sus altas torres y el lugar desierto:
Mi hermano viendo la crueldad que pasa
Por senda oculta se salvó encubierto;
Yo quedé presa, Alodia sentenciada
A ser por su limpieza degollada.
Trajeron á la cárcel á Nunilo,
Y al verse y despedirse ambas hermanas,
Gruesas perlas regaron hilo á hilo,
De un celestial jardin rosas tempranas:
La mayor con honesto y grave estilo,
Dulce afecto y palabras cortesanas,
Mientras el cruel verdugo se apercibe,
Esto en el alma de su Alodia escribe:
«Ya la dichosa suerte concedida
De aquel rey soberano por quien mueres
A eterna palma y triunfo te convida,
Reina serás si esta corona adquieres:
Mira, tierno regalo de mi vida,
Que solo hagas lo que hacer me vieres,
Que aunque primero por tu ejemplo muera,
No llegarás al premio la postrera.
¿Quién no conoce de la humana suerte,
Que al fin por bien que de morir rehuya,
Le ha de alcanzar del tiempo el golpe fuerte,
Que los regates y el huir concluya?
Si ningun vivo se libró de muerte,
Loco es quien piensa rescatar la suya;
Y mas si por la carga desabrida
De un vivir breve pierde inmortal vida.»
Así dijo, y el rostro soberano
Revestido de gloria parecia,
Que ya desnudo de aquel lazo humano
Nueva deidad y luz en él vivia:
Las madejas del oro, que el liviano
Aire en el cuello de marfil bullia,
Por la cabeza se enlazó gallarda,
Y el fiero golpe del alfanje aguarda.
Llevó su filo á cercen la cabeza,
Cayó el hermoso cuerpo destroncado,
Que su hermana compone y adereza
Con rostro alegre y pecho reportado:
Y con igual sosiego y entereza
Que si fuera á un banquete regalado,
Sin que la muerte ni su error la esquive,
Para el segundo golpe se apercibe.
Habíasele á su hermana descubierto
El blanco pié con la mortal congoja,
No quedando compuestas ni en concierto
Las limpias faldas por la sangre roja:
La tierna niña, que hasta el cuerpo muerto
Quiere guardar honesto, alegre alloja
Una colonia azul, en que trenzaba
El mas fino oro que el Hidaspes lava.
Con ella recogió sus vestiduras,
Y á su compuesta honestidad previno,
Sirviéndole las tiernas ligaduras
De fuertes grillos á su amor divino;
Y con palabras que la piedras duras
Blandas volvian, el rostro cristalino
Al cielo vuelto, mientras prevenia
El tierno cuello al golpe, así decia:
«Alma dichosa, que del casto velo
Ya libre y suelta del amor llevada
En triunfal carro hasta el empireo cielo
De victoriosas palmas vas cercada;
Suspende entre esos globos de oro el vuelo,
O de mis tiernos años prenda amada,
Que si un golpe te dió diverso mundo,
Un cielo juntas nos dará el segundo.
Y el hierro que las dos dividir pudo,
Podrá con mejor título juntarnos
Cortando el mortal hilo, mas no el nudo
Con que el divino amor supo enlazarnos:
Y á tí, precioso alfanje, cuyo agudo
Corte en la terna para no apartarnos
Juntas nos ha de dar diadema santa,
Aquí humilde te espera mi garganta.»
Dijo, y al punto de rodillas puesta
Sobre el difunto cuerpo de su hermana,
Que allí sirvió de altar, y ahora compuesta
Al sacrificio y víctima temprana,
El filo agudo de la espada presta
Segó el cuello, y el alma soberana
En un resplandeciente y claro vuelo
A vista de mil ojos subió al cielo.
Quedaron en la tierra desangrados
Los cuerpos, de un precioso olor divino
Y nueva luz de gloria acompañados,
Que de la suya descubrió el camino:
De corruptible daño preservados,
A pesar del tirano desatino,
Que por mil modos ya pretendió en vano
El honor usurparles soberano.
Mas mientras con malicia infiel pretende
Destruirles su opinion, manchar su fama,
Con mayor gloria y resplandor se estiende
La misma luz que su crueldad infama:
Y en la cristiana devocion se enciende
Mayor aliento y fervorosa llama,
Que siempre la verdad tiene su fuerza,
Por mas que envidia con pasion la tuerza.
Yo en la cárcel quedé esperando el dia
En que otro golpe hiciese en mí el tirano,
Mas faltóle esta culpa por la mia,
Que fuera tras de aquel el mio liviano:
Un moro cordobés al rey servia,
Mancebo ilustre, de Daraja hermano,
Esposa de Harpalí, y sobrina mia,
Aunque él deudo ninguno no tenia.
Este con nombre y pretension de esposo

En noble trato y voz me regalaba,
Y yo por su valor y ánimo honroso
De amor honesto y sin doblez le amaba:
Este sintió que el pecho riguroso
Algo del rey tirano se ablandaba,
Que el tiempo con mudanzas y ocasiones
Los toros doma, y vence los leones.
Dió en escuchar mi causa con blandura,
Y de la cárcel me llevó á palacio,
De un torpe amor ardiendo en llama oscura,
De su imprudente pecho el gusto lácio:
Ya en libertad me ví menos segura,
Y mi muerte venir menos de espacio,
Si mi amado Auchalí no me acudiera,
O el casto cuerpo ó su opinion muriera.
Mas viendo el riesgo y la prision remisa
Trazó conmigo de sacarme della,
Con firme pacto y condicion precisa
De ser su esposa, y de seguir su huella:
Aceptéle el partido, y con divisa
Trocada, por huir mejor con ella,
Por fuera de camino nos libramos,
Hasta que á Soria y Agreda llegamos.
Seguíamos para Córdoba el camino
Del amor de la patria acariciados,
Mas de la tierra nueva el poco tino
En varios riesgos nos dejó entrampados;
Y al pasar este arroyo cristalino,
De una escuadra de gente infiel cercados,
Que á nuestro gran descuido de repente,
El muro vomitó de una ancha puente.
Allí á mi dulce esposo entre el malvado
Escuadron le ví dar mil golpes fieros,
De allí escapé del brazo acelerado,
Que ya vió en mi garganta sus aceros:
¡Ay cielos, que allí en sangre está bañado!
Antes que muera, ¡oh flor de caballeros!
Acudí á socorrer el mas honesto
Pecho, que el mundo en tal estrecho ha puesto.»
Así la hermosa Argina, el grave cuento
Siguiendo de su vida, vió á su esposo
Roto el escudo, el fino arnés sangriento,
Y en el herir el brazo perezoso:
Haciendo él brio de su honrado aliento,
El término fatal mas presuroso
Que el morir sin socorro era sin duda,
Mas donde el cielo acude todo ayuda.
El tratar con los buenos puede tanto,
Que al malo suele convertir en bueno,
Y la conversacion de un pecho santo
Sacar triaca de lo que es veneno:
Neron con su crueldad nos pone espanto,
Animo un César de clemencias lleno,
Eneas piedad, maldad Sardanapalo,
Que el bueno es bueno en todo, y malo el malo.
Las tiernas niñas que el empíreo cielo
Gloriosas pisan con doradas plantas,
Y ya desnudas del humano velo
De toison de oro ciñen las gargantas,
Vueltos los ojos al ingrato suelo,
De quien triunfaron con victorias santas,
Viendo entre tantos riesgos y fatiga
Por un vano temor su amada amiga;
Con santa intercesion hecha á su esposo
De las cosas trocaron gusto y fuero,
Que tras el apetito deleitoso
Iban en riesgo á un gran despeñadero:
Esto la trajo al paso peligroso,
Esto tambien le descubrió el guerrero,
Que en favor de Auchalí partió arrogante,
Por dar favor al uno y otro amante.
El cordobés en peligrosa guerra,
Y en gallardo ademán se combatia
Con la vil tropa de la infausta tierra,
Que junta sin por qué le acometia.
Y el vivo aliento que su pecho encierra
Así el honor herido le encendia,
Que en la desigualdad que se hallaba
En mas que defenderse trabajaba.
Bien que á faltar la venturosa suerte
Del brazo heróico que á valerle vino,
A hacerle compeliera el pecho fuerte
El término forzoso mas vecino,
Y vencedor, la vencedora muerte
A todos por igual diera un camino,
Que el alentado ardor que en él se via,
La honra mas no la vida guarecia.
De diez valientes moros asaltado,
Los seis peleando, los demás sin vida,
Roto el arnés, el cuerpo destrozado,
La sangre y no la estimacion perdida:
Llegó el aragonés, y el brazo alzado,
«Afuera, dijo, gente mal nacida,
Que los que intentan tales desafueros
No son hijos de padres caballeros.»
Tres de los que en favor de su contrario,
Entrar le vieron con tan vivo aliento,
En confuso tropel y encuentro vario
Por tres partes contra él rompen el viento;
Y del encuentro el golpe temerario,
De tres lanzas las dos rompe violento,
Una en el firme escudo, otra en la frente,
Saliendo la tercera impertinente.
Cual parda encina de trofeos cargada,
Al blando soplo de un delgado viento
Las hojas tiemblan, y ella en encrespada
Pompa se eriza al fresco movimiento,
Así el moro quedó, si bien su espada,
De tres al uno, en un revés violento,
Un brazo le dejó y un hombro menos,
Y de nuevo aire los pulmones llenos.
Los dos que sobran vuelven, y al caido
Furiosos quieren dar justa venganza,
Y en desiguales golpes y ruido,
Uno al escudo y otro al yelmo alcanza:
Parece del arnés que trae vestido,
Que es Ferragut el yunque sin mudanza,
Y ellos los que al batir de sus visarmas,
Sobre él le forjan á porfía las armas.
Así el uno y el otro le golpea,
Y él quedo sin mudarse un lance aguarda;
Y como, aunque le hieren, ni voltea
Su espada, ni á las suyas se resguarda,
Da ocasion que cualquiera dellos crea
Que está herido de muerte, ó que acobarda,
Hasta que al golpe de un revés estraño,
Con el castigo vino el desengaño.
Del dulce filo al rebanar ligero
A Glauro le llevó brazo y cabeza,
Glauro sin gravedad moro embustero,
Que las canas se tiñe y adereza;
Y no parando allí el sabroso acero,
Dos hizo á Caligante de una pieza,
Que seis mujeres enterró en Porcuna,
Sin llorar ni enlutarse por ninguna.
Y sin hacer de aquellas muertes caso
Al puesto de Auchalí corre ligero,
Cuando un grueso jayan le atajó el paso,
Armado sin primor de hojas de acero:
Bajaba de la puente al campo raso,
Al brutal gusto del combate fiero,
Y viendo los tres golpes del pagano,
Él quiso hacer el cuarto de su mano.
Sin recelar su espada, ni ser vista
Del encantado hijo de Lanfusa,
Por cima la dorada sobre vista,
La vista el golpe le dejó confusa:
Cayó en el suelo sin aliento y vista,
Ningun libre sentido alcanza ni usa,
Que un traidor cuando acierta á ser valiente,

Un mundo entero matará de gente.
Bajó sobre él el sin lealtad gigante,
Y en ver que vivo está le llevó preso:
Cayó Auchalí rendido en este instante,
Y su Argina tambien cayó sin seso:
Llegó á prenderla el falso Garamante,
Y desmayada levantóla en peso,
Llevando las brutales manos llenas,
Cual oso montaraz con dos colmenas.
Ya á la entrada llegaba de la puente
Cuando volvió en su acuerdo Ferraguto;
Y hallándose al calor de tanta gente
Al brazo asido de un gigante bruto,
Ferido del honor cual rayo ardiente
La bárbara prision dejó sin fruto,
Y el rigor nuevo de sus golpes varios,
Ciego alboroto y miedo en los contrarios.
Trocó el Jayan la dama por la espada
Para segunda vez cobrar su preso,
Y aunque le ve la frente desarmada,
No juzga acometerle por esceso;
Ni él al sentirse herir estimó en nada
De la traidora mano el grave peso,
Ni el ver que sus bárbaros soldados
Doce contra uno le arman los costados.
Antes así en su escuadra se revuelve
Cual entre aristas ciego torbellino,
A este hiere, á aquel da, y al otro vuelve
En concierto mayor su desatino:
A uno el pecho y entrañas le desvuelve
El dulce corte del acero fino,
A este del roto arnés lleva un pedazo,
Y aquel deja en tres piés con solo un brazo.
Dió un reparo al jayan, que á dar venia
Sobre él con nueva y desigual visarma,
Que en cien puntas de acero relucia,
Y á un golpe un hombre de metal desarma:
Hízole errar la furia que traia,
Y al vacío herir en dos quebrada el arma,
Quedóle solo el destroncado trozo
De Palia muerto, y Ferragut de gozo.
No perdió tiempo, que al volver la frente
La calva diosa asió de la ventura,
Y el acerado alfanje al vuelo ardiente
Un revés le alcanzó por la cintura;
Por donde el hierro entró, y salió una fuente
De requemado humor y sangre obscura,
Y de otro á cercen le llevó una pierna,
Cual blanca y corva hoz mimbrera tierna.
Así toro andaluz desjarretado
Suele al prado venir dando bramidos,
Y en el sangriento suelo destroncado
La selva asombra, y braman los ejidos:
Y el cobarde escuadron desordenado
Los muertos quedan, huyen los heridos,
Cual de buitre glotón hambrientos cuervos,
Y de perro irlandés tímidos ciervos.
Miró buscando el victorioso moro
Con vista atenta la agraviada Argina,
Y vióla, cruel, juntando aljofar y oro
Al rosicler de una sangrienta mina:
Con las hebras limpiando y el tesoro
De su cabeza la mortal, que inclina
En su regazo desmayada y muda,
Puesta en si vive ó sino vive en duda.
Llegó el moro cuando ella enternecida
A su esposo el primer acento daba,
Que en un suspiro dió señal de vida
El que antes pareció que muerto estaba:
«¡Ay, dice, dulce amor! ¡prenda querida!
Si aquella casta fe que me obligaba
Á seguir vuestro noble gusto es cierto
Que en este cuerpo vivo aun no se ha muerto;
Vuelve, noble Auchalí, esos graves ojos
A estos que ya por ellos son dos rios,
Serenarán sus luces mis enojos,
Y en gloria volverán los males mios:
Mas si estos son de amor vanos antojos,
Y entre estas sierras y árboles sombríos,
Mi bien se ha de acabar, y la alegria
Que apenas en mi alma amanecia;
Aquí una sola fiera en sus entrañas
A los dos juntos dé sepulcro vivo:
¡Oh Alodia santa! luz de las montañas,
Por cuyas firmes esperanzas vivo;
Si á los que en gloria están no son estrañas
Las graves ansias y el dolor esquivo
De los que en vida amaron, destas mias
¿Cómo, señora, tanto te desvías?
Socorre ahora, oh regalada esposa
Del que reina te pudo hacer divina,
Desde esa celestial patria dichosa
El dolor desta tu afligida Argina:
Que la palabra que te dió piadosa
Te cumplirá, si de cumplirla es dina,
Mas ¡ay de mí! que el no la ha ver cumplido
A este presente riesgo me ha traido.»
Dijo, y el belicoso Ferraguto
Con templadas palabras la consuela,
Que aunque de alma sangrienta, no es tan bruto
Que de un grave dolor no se conduela:
Mas viendo que llorar el mal sin fruto,
Ni lo hace sano ni que menos duela,
Para poner en tantos llantos tasa
De las palabras á las obras pasa.
Y con la libertad del jayan muerto,
Entre las verdes yerbas desangrado,
El cerrado castillo quedó abierto,
De la gente servil desamparado,
Y de un lóbrego sótano encubierto,
Carcel de un grave pueblo aprisionado,
Haciendo libre la mortal cadena,
Cien almas de una vez sacó de pena.
Y dando ya la puente y su rastrillo
Segura puerta y paso volvió á Argina,
Que á su esposo abrazada el amarillo
Rostro entre su sangriento pecho inclina:
Lleva á curar sus llagas al castillo,
Si hay para tantas juntas medicina,
Que aplicarle remedios es el cierto
Al menos vivo mientras no está muerto.
Estaba de abastadas provisiones
El sin lealtad castillo apercebido,
Que de las comarcanas poblaciones
Feroz robaba el pueblo mal nacido:
Y de los que oprimia en sus prisiones,
El mal ganado mueble recogido,
Caballos, armas, joyas, plata y oro,
Que á sus dueños volvió con gusto el moro.
Hallóse entre estos presos un cristiano
Que el Soricano Alpidio se decia,
De noble sangre y pecho castellano,
Preso á traicion del falso Arcandro un dia:
Y como caballero y cortesano,
Que así entonces lo usaban, conocia
Preciosas yerbas, cuyos jugos tales
Bálsamos podian ser de todos males.
Este tomó la sangre, y las heridas
De Auchalí reparó lo mas que pudo,
Bien que en grandeza y número medidas
Con desconfianzas lo volvieron mudo:
Mas las dos voluntades conocidas
Por el discreto cirujano agudo
De los amantes dos, que aunque paganos,
Suspiros daban de deseos cristianos;
Ya el victorioso Ferragut partido,
Y de los mas honrados prisioneros
El diferente pueblo reducido
A varios fines y diversos fueros,
Habiendo el tiempo y la ocasion medido

Así á los dos amantes verdaderos,
Con caricias habló, y un dulce trato
Cuanto pretende haber compra barato.
«No es menester, señores, preveniros
De acreditar en vuestro amor mi pecho,
Pues mas que en mi razon podré deciros,
Por mi os dirá lo que por vos he hecho;
Que aunque es todo escasezas en serviros,
En lo que hasta ahora he sido de provecho
No he faltado, y amor por obra enseña,
Que esa no está en ser grande ni pequeña.
El puesto ahora seguro es peligroso,
Que Bramante cuyo es querrá cobrallo,
Y aun vengarse del brazo poderoso
Que con su espada pudo sujetallo:
Yo estoy de vuestro bien tan deseoso,
Que si el mio importare aventurallo,
Por él tendré á mayor ganancia hacello,
Que todo un mundo que me aparte dello.
No lejos de aquí está una antigua ermita,
Que yo un dia hallé saliendo á caza,
Donde en santa quietud un hombre habita
De sangre noble y cortesana traza:
Mientras que el brio perdido resucita
El santo cielo y la ventura engaza
De nuevo vuestras cosas, ya podremos
Del riesgo allí escapar que aquí tenemos.
Que yo como español hidalgo os juro,
Que debajo mi amparo y casto abrigo,
Mientras viniere hallareis seguro
En todos trances vuestro honor conmigo:
Y por mi ley cristiana y fe aseguro
A vuestro gusto en todo obras de amigo,
Sin que ninguna el mio intente y haga,
Que á los dos no contente y satisfaga.»
Esto Alpidio les dijo, y con bastantes
Razones trocó así sus tiernos pechos,
Que ya mudando ley los dos amantes
A la ermita con él se van derechos;
Donde aunque de los golpes penetrantes
Murió Auchalí, despues que fueron hechos
Ambos cristianos, á la viuda Argina
A una ciudad llevó circunvecina.
Y allí en santa clausura un nuevo esposo
Ganó de inmortal gloria su deseo,
Trocándose en el cielo poderoso
Para el bien de su alma este rodeo:
Tanto el trato de un bueno es provechoso,
Tanto se medra en un honrado empleo,
Que á tantos bienes siguen otros tantos,
Y tanto con su Dios pueden los santos.
Mas Ferragut despues que dejó puesta
La puente en libertad, y á sus cautivos,
Cuando el alba de aljófares compuesta
Los antes muertos campos vuelve vivos,
Y las horas en torno haciendo fiesta,
Con mudanzas y pasos fugitivos
El negro luto vuelven nacar fino,
El reposo dejó, y tomó el camino.
Era el tiempo en que el año se remoza,
Y la tierra preñada de bellezas
Sus flores pare, y sus olores goza,
Y alegra ambas á dos naturalezas:
Cuando en los prados el placer retoza,
Y Venus llena al mundo de riquezas,
Comienza el ruiseñor quejas de amores,
Y enguirnaldan sus bueyes los pastores.
Por una selva que el humor del rio
De rosas llena y de árboles tenia,
Y las aves sin dueño con el frio
Sus ramas de suavísima armonía,
Bravo el moro bajaba; y de un sombrío
Bosque, que el tumbo de la sierra hacia,
A caballo salir vió un hombre anciano
Tras él dos perros, y un neblí en la mano.
Paróse á ver al moro el caballero,
De su apostura y gallardía pagado,
Y viendo en su ademan ser forastero,
Y el limpio arnés de golpes señalado;
Sospechando el suceso verdadero,
Con grave estilo, y con semblante honrado,
Cortés le saludó, y con voz prudente
Nuevas pidió de su enemiga puente.
Y sabiendo que ya el gigante es muerto,
Y del traidor castillo libre el paso,
El pecho por los ojos descubierto,
Alegre el viejo al no esperado caso:
«Ay señor, dijo, si el suceso es cierto,
Y vuestro el golpe de valor no escaso,
Dadle su entero punto á la milicia,
Y á una gran sinrazon haced justicia.
Yo, señor, de Galaf rey de Toledo
Soy tio, de Alhamud su padre hermano,
Es mi nombre Yucef, y decir puedo
Que á toda España gobernó esta mano:
Y el tiempo, que jamás supo estar quedo,
De uno en otro vaiven fue tan liviano,
Que me ha traido á lo que veis ahora,
Que quien mas vive mas desgracias llora.
Treinta cumplidos lustros he vivido,
De ciento y cincuenta años son mis canas,
Y mi alfange el primero y mas temido
Que pasó de las sirtes africanas:
Del escuadron de Muza fuí elegido
Sucesor, las fronteras toledanas
Mias fueron un tiempo, y yo en su tierra
Rey de la paz, y dueño de la guerra.
Cansó el mudable tiempo á la fortuna,
Y á mí tambien los mandos y el gobierno;
Cuya carga sabrosa é importuna,
En hombros puse de Aliatán mi yerno:
Y de una vida quieta, á quien ninguna
Iguala, codicioso el pensamiento,
De la pesada autoridad cansado,
Troqué el público bien por el privado.
Dejo el cetro real, y aquí me vengo,
Donde un castillo en puesto suficiente
De alegre recreacion y gusto tengo
Al salto del cristal desta corriente:
Allí en ociosa vida me entretengo,
Y en quietud vivo de mi pueblo y gente,
Con libros, con pinturas, y con caza,
Lo que un regalo al otro no embaraza.
Era tambien del patrimonio mio
Deste castillo la torreada puente,
Que el paso hacia seguro, y por el rio
Se cobraba un portazgo suficiente:
Hasta que ya el soberbio desvarío
Del rey Bramante la usurpó á mi gente
Bramante, que tambien con alma avara
De Toledo usurpó á Guadalajara.
Alzaron el comercio de la tierra
De sus fieros soldados las crueldades,
Siendo el origen de la nueva guerra
Del jayan bruto torpes libertades:
Ita dos veces seis lunas que se encierra
De un yermo en las incultas soledades,
Ofendiendo por celos insolentes
Con su torpe vivir el de las gentes.
Hija del rey Galafre es Galiana,
Cuya beldad se entiende que del cielo,
Hecha de alguna pasta soberana;
Para asombro bajó y honor del suelo;
El ambar y arrebol de la mañana,
Que entre rayos y aljófares de yelo
El mundo argenta, y su tiniebla aclara,
Dirás que son vislumbres de su cara.
Y aunque es del alba el rostro, y la cabeza
Del sol entero que tras ella nace,
Y los ojos dos rayos de belleza,

Con que su luz temer y amar se hace:
Mayor que la hermosura es la grandeza,
Y la honestidad mas, con que deshace
O entibia el fuego que primero espira
Con los rayos que dije en quien la mira.
Pues desta gran beldad que asombra el mundo,
Y por Venus mortal Toledo adora,
Bramante, que en soberbia es el segundo
Lucifer que hoy entre los hombres mora,
Dió de su pecho cruel al centro inmundo
La bella estampa de su muerte autora,
Y á su arrogancia pensamiento altivo
De no dejar el suyo en hombre vivo.
Y llena el alma ya de esta locura
Varios modos buscó de conseguilla,
Dando en las justas pompa á su hermosura,
Y á todo el mundo asombro y maravilla:
Hasta camino abrió y senda segura
Desde Toledo á su usurpada villa,
Que como á intento fuera de camino
Iba y venia por él su desatino.
En este tiempo un moro valeroso,
De agradable presencia y alma moza,
Llamado Brabonel, sobrino brioso
Del rey que ahora gobierna á Zaragoza,
A Toledo llegó, y vió el rostro hermoso
Que el rico Tajo en sus riberas goza,
Y entrando en competencia con Bramante
Perdió el antiguo por el nuevo amante.
Es Brabonel galan, es cortesano,
Un fenix en primor y en gallardia,
Bravo en las guerras, en la paz humano,
De afable trato, lleno de hidalguia:
Bramante un feroz bárbaro inhumano,
Sin término, lealtad, ni cortesía,
No fue mucho llevalle allí del alma
Como del cuerpo la triunfante palma.
Salió el jayan corrido en varios trances
Que entró con su contrario en competencia,
Dándole siempre el disfavor alcances
Del ofendido gusto á la impaciencia;
Hasta que al fin por escusar los lances
Del desden hizo de Toledo ausencia,
Como toro vencido, que al mas fiero
La vaca deja, que seguia primero.
A este castillo que á tu cuenta dejas
Como á frontera á recogerse vino,
Donde de agravios lleno y tristes quejas
Su reino dejó el nuestro, y el vecino;
Corriendo en riesgo y condicion parejas
Las leyes del cristiano y sarracino,
Sin respeto de fe, reino, ni reyes,
Que quien vive sin ley no guarda leyes.
Harto ya de afligir nuestra comarca
Huyó á nuevo presidio y nueva tierra,
Dejando en esta su señal y marca,
Y en ambas con crueldad, discordia, y guerra:
Mas si es que ya la inexorable parca
En su vientre el rigor tirano encierra,
Restituye á su antiguo castellano
El vencido castillo de tu mano.»
Así el anciano moro persuadia
Su causa al de Aragon feroz caudillo,
Y en su alma amor y zelos encendia
De Galiana el valor con solo oillo:
Cuando huyendo vieron que venia
Un caballero, y otro por herillo,
De la fuerza que puso en alcanzallo,
Al hacer golpe destroncó el caballo.
Salió ligero dél cual raudo viento,
Mas viendo que es á pié seguirle en vano,
Al bosque se volvió mudando intento,
Su bayo muerto ya en el fresco llano:
Ferragut le siguió, y el ya contento
Yucef, que si en la edad y el pelo es cano,
Niño es siempre el deseo hecho de antojos,
Y niñas las que miran en los ojos.
En medio el bosque al pié de un sauce umbroso
Un caballero vieron recien muerto,
Y el que á pié se volvió tras un hermoso
Caballo de armas y sudor cubierto:
Queríale asir del freno, y él brioso
Huyendo hacia su trabajo incierto,
Cuando corriendo vieron que venia
Una doncella que favor pedia.
«Socorre, dice, oh Bahamel, la pena
De tu esposa, y traicion de un falso amigo,
Que Arcali el alma deste acibar llena
La lleva en su poder, yo soy testigo:
Y entre tanto que tu por la honra ajena
La tuya en guarda das á un enemigo,
Te la robó en la fuente cristalina,
De quien saliste á dar favor á Alpina».
Quedó con las heridas y el espanto
De las amargas nuevas sin sentido,
El triste caballero en tierno llanto
De lágrimas y sangre convertido:
Y en Ferragut su pena pudo tanto,
Que habiéndole el derecho concedido
De su venganza, se partió á hacella
Por donde habia venido la doncella.
No fue ella á guiarle, que quedó curando
Las llagas de su herido caballero,
Y él su presta venganza deseando
Por no perder sazon partió ligero:
De su perdida tierra al rey dejando
Para la restaurar derecho entero,
Con que el contento ya sin mas seguillo
A poner volvió cobro en su castillo.
Aquel dia y el siguiente anduvo el moro
Por la confusa selva sin camino,
Y cuando el sol entre celajes de oro
A templar comenzó su ardor divino;
Al doblar de una sierra oyó el sonoro
Murmurar de un arroyo cristalino,
Y á la ribera dél entre las flores
La choza vió de un hato de pastores.
Nunca soberbio alcazar fabricado
En colunas de mármoles preciosos,
Con ventanaje y torres almenado,
Lejos puso en su vista mas hermosos,
Que la humilde cabaña, y su ahumado
Techo y de los mastines perezosos
El frio ladrar, que á la hambre y sus enojos
La boca le hace el juego, y no los ojos.
¡Cuán moderados requisitos pide
En su rigor la condicion humana,
Y en qué de partes la ambicion divide
Lo que al adorno incumbe y pompa vana!
Su cuerpo el moro entre las flores mide,
Y á la despensa rústica aldeana
Humilde pide moderada cena,
Que no hay mal pan cuando la hambre es buena.
Reformó de los rústicos manjares
Con el vientre tan bien el apetito,
Que los pavos y tortas singulares
Las sobras siempre son de un gusto ahito:
Y viendo por los ásperos vallares
Subir balando el recental cabrito
A las maternas ubres, que cargadas
De gruesa leche buscan sus majadas;
Lo poco que quedaba de la tarde
De nuevo lo gastó tras su demanda,
Y al tiempo que mas hiere y menos arde
El sol que sobre el mar de Cadiz anda;
Desde una sierra vió en vistoso alarde,
Con varias flores de una y otra banda,
Hacer por entre un risco y dos alisos
A una coluna de cristal mil visos.
Volvió la rienda el cuidadoso moro

A la luz de los vivos resplandores,
Y al pié del risco sobre arenas de oro
Una fuente bullir vió entre las flores;
Que de una en otra en murmurar sonoro
Al prado daba en su llorar favores,
Y con su claro estanque al bajo monte
De cercos de cristal bello horizonte.
Una cueva en su tumbo socavada
El yerto lomo de aquel cerro abria,
En lo mas firme dél incorporada,
Que de albergue á la fuente le servia:
De verde yedra y flores entoldada,
Que un taray con sus sombras defendia,
Y su virtud secreta convidaba
A no pasar de allí el que allí llegaba.
Entre el verde taray y los alisos
Un padron de cristal con sus reflejos
Al caer del tibio sol daba los visos,
Que al moro hicieron señas desde lejos:
Y allí entre las molduras de sus frisos
Con letras y carácteres bermejos,
«Esta es la cueva y fuente del contento,
Donde al vivo se sueña el pensamiento.»
Dejó la silla el moro, quitó el freno,
Y del prado hizo dueño á su caballo,
Entretenido por el bosque ameno
En el deleite y gusto de mirallo:
El yerto monte de mosquetas lleno,
De verde yedra el reboltoso tallo,
Que por ásperos riscos y grimazos
Con mil vástagos da tiernos abrazos.
Y por gozarle la belleza entera
Al florido vergel fue sin trabajo,
Subiendo el monte humilde de manera,
Que siempre el pié mas firme era el mas bajo:
Llegó á la verde cumbre, y por de fuera
Del pendiente peñasco vió en un gajo
Escrito: «Esta es la cueva de Jorguines,
Hada del sueño, fuentes y jardines.»
Miró en el fondo de la clara fuente,
Y vió nadar por ella peces de oro,
Y del mismo metal resplandeciente
La arena y guijas: admiróse el moro,
Y escondiendo la mano en la corriente,
Asió y probó á sacar de su tesoro,
Lucientes piedras, que eran acá fuera
Pardas guijas, y arena verdadera.
Con su oculta virtud el agua hacia
En sus cristales tan vistosos lejos,
Que oro, aljofar menudo y pedrería
Su arena y peces parecian de lejos:
Limpia, serena, transparente y fria,
Al gusto dulce, y de sabrosos dejos,
Templó el calor el moro con su yelo,
Y recostóse en el florido suelo.
Ya en esto el carro de la luz volcando
El oro y rosicler del horizonte,
Sus argentadas crústulas bañando
De ambar bajaba á la raiz del monte:
Las blancas playas del Japon buscando,
Que en las de España aguardan se trasmonte,
Para hacer del barniz de aquella esfera
El nacar de su aurora y luz primera,
Saliendo al cielo obscuro trechos á trecho
Bellas centellas, Ferraguto hizo
Del prado alfombra, y de las flores lecho,
Perdido entre las yerbas y el carrizo;
Donde contando al estrellado techo
Los diamantes del carro movedizo,
Las penas, los cuidados, y á su dueño
Sin sentir se llevó un sabroso sueño.
Y luego que el silencio á los sentidos
En dulce olvido puso sepultados,
Y á la interior potencia reducidos
En otro nuevo mundo embelesados;
Entre jazmines y árboles floridos,
Sobre un soberbio risco fabricados,
Unos palacios vió ó soñó que via,
Labrados del pincel que asombra al dia.
Los muros de alabastro, y las molduras
En negro y fino pórfido cortadas,
De enlazados follajes y figuras
En ventanaje y bóvedas sembradas:
Cien torres de cristal, cuyas alturas,
Con chapiteles de oro coronadas,
Las nubes buscan, y al subir sobre ellas
Vencen en luz, y asombran las estrellas.
Eran las puertas de ébano bruñido,
Que un embutido de marfil esmalta,
Las bisagras de acero, y de fornido
Bronce el engace y nudo que las ata:
Con sierpes de oro el firme umbral ceñido,
Aldabones en máscaras de plata,
Lumbreras, claraboyas y balcones,
Con rejas de mezcladas invenciones.
En nueve hermosos patios repartido
De la soberbia casa el rico asiento,
De altas colunas dóricas ceñido
De fino jaspe en cada patio ciento:
De forma ovada en perfeccion subido
El cuerpo y alquitrabes por el viento,
En cuatro partes que al crecer descrecen,
Y entre las nubes vuelan y fenecen.
Las puertas adornadas de festones
De istriadas colunas, y de lazos,
Frisos, triglifos, ménsulas, cartones,
Acrotérias, metopas y cimazos;
De oro y estuco piñas y artesones,
Frontispicios y bellos lagrimazos,
Y en las bóvedas y altos lacunarios
Varios florones, y mosaicos varios.
De follajes vestidas y colores
Las antorchadas cimbrias y arquitrabes,
Las altas salas, y anchos corredores,
De historias llenas y sucesos graves,
Feroces guerras, bárbaros amores,
Al hecho fieros, y al pincel suaves;
De alabastro los muros, y sobre ellos
De rica estofa mil tapices bellos.
Resplandeciendo con bajillas de oro
Las ricas mesas de precioso alerce,
A quien el grave peso del tesoro
Por mayor magestad agovia y tuerce;
Resonando en los techos un sonoro
Rüido, que parece que se esfuerce
De rato en rato, y que á su sueño breve
El gusto roba el de un amigo aleve.
El moro que aun dormido se congoja
Por ver quien el ruido y golpes causa,
Y entrando en una sala se le antoja,
Que una voz tierna en resonante pausa
Dulce favór le pide, y que al que enoja
De su deleite á la amorosa causa
La vida quita, y con rabioso ceño
Tras los gustos prosigue de su dueño.
Entró á una cuadra, y vió en un rico estrado,
Sobre alcatifas de oro y pedrería,
La beldad misma que antes desvelado
Amor le dibujó en la fantasía:
Un rostro de la luz del sol cortado,
Y en un dosel que su sitial cubria,
Con letras de esmeraldas y topacios,
«Esta es Galiana, y estos sus palacios.»
Dejó del rico adorno la grandeza
De nuevo ardiendo su ánimo brioso,
Que amor en sueños crece la belleza,
Y el mas frio corazon vuelve amoroso;
Y á veces pinta con mayor destreza
Entre el mudo silencio y el reposo,
La beldad en el alma, que seria

No tan bella quizá vista de dia.
Estando entre el deleite y los deseos
De la nueva ambicion de sus antojos,
Dando el rendido pecho por trofeos
Del halagüeño trato de sus ojos:
La cuadra llena de unos bultos feos,
Llevarle pareció en ricos despojos
La gloria que gozaba, y que queria
Defenderla del riesgo, y no podia.
Parécele que llevan la hermosura
Que en su pecho el amor pintó robada,
Y que á él no es posible aunque procura
Con brio en su favor sacar la espada:
Y al congojoso ardor desta apretura,
El alma sin aliento alborotada
Furiosa rompió el sueño, y de repente
Al margen se halló de la ancha frente.
Y como absorto en las figuras vanas
Que en vuelo huyen por la eburnea puerta,
Aun gozando sus luces soberanas
La vista ni dormida ni despierta:
En el bosque sintió quejas humanas,
Y de un triste gemido la voz muerta,
Y en duda si es el doloroso acento
La verdad del soñado pensamiento.
Furioso deja la sonora fuente,
Y en abrigado escudo y firme espada
Al ciego bosque entró, por donde siente
Rastro de la afligida voz cansada...
Despues diré el suceso, que un prudente
Rey, el alma de penas rodeada,
Siento para contarlas que me llama,
El á mí, yo á mi pluma, ella á la fama.
El bravo Alfonso el Casto, rey gallego,
Católico en la fe, en las armas fuerte,
Sabio en la paz, cuidoso en el sosiego,
Y en las guerras intrépido á la muerte;
Viendo abrasarse en belicoso fuego
La invicta España, con prudencia advierte,
En un largo discurso entretenido,
Los males que han de la ambicion nacido.
Con Toledo está Córdoba alterada,
Valencia contra Córdoba y Toledo,
Pamplona contra Huesca, y con Granada
Murcia y Guadix, Segovia con Olmedo:
Mérida en armas, Badajoz alzada,
Lisboa desierta, Portugal con miedo,
Lugo sobre el rio Miño hecho un pantano
Con la reciente sangre de un tirano.
No se habia descuidado el rey brioso
Del áspero castigo merecido
Del traidor Mahamud, que en poderoso
Ejército, y valor nunca vencido,
Sobre el rio de Galicia caudaloso
Lo fue á buscar, halló y dejó vencido,
Pasándole en su campo y su castillo

Cien mil aleves cuellos á cuchillo.
Murió peleando el moro caviloso,
A quien cortó Adelgastro la cabeza,
Adelgastro un feliz brazo briosó,
Del rey Fabila hijo, y su braveza:
El que en Obona, sitio peñascoso,
De un real convento alzó la alta grandeza,
Y en el costoso cerco de Girona
Dos jayanes mató por su persona.
Este la fiel cabeza desangrada,
Que en Mérida lo fué, sacó en la mano,
Con que dichosamente rematada
La guerra y victorioso el rey cristiano,
A Leon volvió, dejando reformada
La tierra y supo allí que el francés Mano,
Con soberbia ambicion, y alma imprudente,
Contra las suyas levantaba gente.
Pudiera el rey Leonés entrarse á vueltas
De las civiles guerras de los moros,
Y á costa de sus bárbaras revueltas
Ciudades adquirir, ganar tesoros,
Si las doradas lises contra él vueltas
No le fueran estorbo, y los sonoros
Clarines del ejército que marcha,
A su encendido fuego helada escarcha.
Mas viéndose impedido, y obligado
A la defensa y guarda de su tierra,
El victorioso campo, que ha sobrado
De Mahamud en la sangrienta guerra
Que marche manda, y suba reforzado
Por Avilés, Fontible, y la alta sierra
De Espinosa y Pomar, sin que en tal caso
Ebro le tuerza y le detenga el paso.
Y entre SantaGadea, y la Vitoria,
A Pamplona se acerquen por Tafalla,
Y allí hasta ser de Francia mas notoria
La venida hagan muestra de esperalla:
Y á la rica ciudad, que por memoria
Pompeyo puso almenas y muralla,
Trabajen de abrasar, que es de importancia
Que no esté á devocion del rey de Francia.
A á don Fortun Garcés, rey de Navarra,
Favor se pida, y paso afortunado,
Cuyo denuedo y corva cimitarra
Vencer sabe al francés en campo armado:
Y el Breton por temor de su bizarra

Gente le da tributo acostumbrado,
Comprando á sus robustos Roncaleses
La paz de un año en tres grasientas reses.
Al rey Marsilio, ya que no le pida
Por su reputacion favor España,
Como la que en la guerra mas temida
Jamás la quiso de otra gente estraña
La paz á peso de oro concedida
A Aragon por Galicia, y la montaña,
Se confirme de nuevo, y harto digo,

Que España otorgue paz á su enemigo.
Así el rey Casto en su sitial sentado
Entre sus ricos hombres discurria,
En el gobierno y trazas desvelado
De lo que al reino y su salud cumplia:
Cuando para hablar en el senado
Licencia pidió un jóven, que traia
Del muro de Sansueña, y de su gente,
Grave embajada para el rey prudente.
Fueron de aquellos siglos fama honrosa
Los torreados muros de Sansueña,
Ciudad insigne, en gente populosa,
Lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña:
El tiempo con su fuerza poderosa
Sus grandezas volvió una inculta breña,
Haciendo que esta suba, y la otra ruede,
Que esto y mas que esto con sus vueltas puede.
Dícese que el famoso Ballugante,
Del primer Viarabí segundo hermano,
Con franceses despojos de triunfante
Gente fundó el gran pueblo de su mano:
En muros y edificios elegante,
En sitio fuerte, en mármoles galano,
Famosa corte un tiempo, y del vecino
Pueblo competidores de contino.
Fué cárcel de la bella Melisenda
En prision noble su almenado muro,
Donde Gaiferos por inculta senda
Con las armas de Orlando entró seguro
A librar su cautiva amada prenda,
Como la suya Orfeo al reino obscuro:
Mas si este la perdió por imprudente,
La suya dió al francés el ser valiente.
Ganóla el Casto Alfonso al rey Tidoro,
Y á su reino la puso por frontera,
De armas ceñida contra el pueblo moro,
Que en sangrientos rebatos persevera:
Tenian sus torres chapiteles de oro,
Y el firme muro, que de jaspes era,
Por mas emulacion contra Pamplona
De almenado alabastro la corona.
De cien torres altísimas cargado
Da su alcázar real espanto al rio,
A quien un soto de álamos cercado
De bosque sirve, y de jardin sombrio:
Aqui Bastan, Alcaide celebrado
Un tiempo de Zamora, con su brio
Sus fronteras enfrena, y aquel dia
Su mensajero al Casto Alfonso envia.
Diósele grata audiencia, entró, y besando
La mano al rey, y habiendo conseguido
De hablar licencia el generoso Ovando,
Uno entre mil valientes escogido
Para este grave caso, levantando
La voz, dijo: «señor esclarecido,
Sansueña, y su virey, de tu alegría
Con mi persona el parabien te envia.
Goces felices años la victoria
Que á Miño espanto dió, y la nueva guerra
A tús piés reales traya en triunfo y gloria
Cuanta honra el mundo en su ambicion encierra;
Y en trofeos dignos de inmortal memoria
La tuya asombre con su voz la tierra,
Y por ley de tu mano y estatuto
Párias te den sus reyes y tributo.»
Celebrando en real pompa la grandeza
De tu victoria, célebre jornada
Da á Sansueña Bastan, noble cabeza,
De juventud florida coronada:
Entre alegres bohordos la braveza
De Zumail la vió sobresaltada,
Que á echar por tierra su almenada cerca
Con cien mil combatientes se le acerca.
Por socorrer á Mahamud en Lugo
De Nájera este ejército salia,
Que para echar de sí el infame yugo
De Córdoba y Hesen juntado habia:
Y el hado que ya fué cruel verdugo
En la muerte infeliz de Harpalia
Hijo de Zumail, le trajo un moro
A su córte, llamado Cardiloro,
Hijo del rey, que en Ayamonte tiene
Cetro sobre el tendido Guadiana,
Y nieto del que digo, á quien conviene
El reino por su madre Balhamana;
Pues este moro que á heredarle viene,
De ambicion lleno y de arragancia vana,
Hecho dueño del campo, su real seña
Y el camino volvió para Sansueña.
Llególe dentro en Nájera el aviso
De tu ilustre famoso vencimiento,
Con que de rabia hundir el mundo quiso
En cruel venganza y bárbaro escarmiento,
Y culpando á su pecho de remiso
La jornada mudó, y trocó el intento;
Dejó la Rioja, y por camino llano
A Ebro el curso hurtó á la diestra mano.
No huye de sus aguas perezosas,
Que en Sansueña ha jurado de bebellas
De Arga, y que á sus murallas espaciosas
Hombre no ha de dejar ni almena en ellas;
Y no son todas bellas jactanciosas,
Que la cruel esperiencia vuela entre ellas,
Y el bárbaro feroz por donde pasa
Todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.
Trae voz de dar seguro y libre paso
Al francés, que ya marcha por su tierra,
Y á pesar nuestro con sus armas raso
El fragoso camino de la sierra:
Este es, señor, de mi venida el caso,
Y aviso que te traigo desta guerra,
Deste nuevo enemigo á tu corona,
Unido á la de Francia, y de Pamplona.
Por Viana á Sansueña va derecho,
Con grande orgullo, y con mayor pujanza,
Y puesta tu ciudad en este estrecho,
Solo en tu real valor halla esperanza;
Que aunque de Viriato el fuerte pecho
Volviese al mundo á gobernar su lanza,
En el presente riesgo sin tu amparo
Nuestro sabio temor haria mas claro.»
Dijo, y envuelta el rey en mil cuidados
La casta alma y prudente fantasía,
Los unos de los otros atajados,
Ni en este asiento, ni en aquel se fia:
No halla cuales son los acertados,
Cuales seguir ó desechar debria,
Que al discurrir de su alto pensamiento
Todo se altera y mueve en un momento.
Como tal vez con rayos tembladores,
En nocturna quietud luna argentada,
De un jardin bello hiere entre las flores
Remansos sin color de agua espejada,
Reverberan los vivos resplandores
En la cercana bóveda dorada,
Y bullen sus vislumbres sin provecho
Los varios lazos del dorado techo.

ALEGORIA.

Garito que huyendo de unos amigos en otros con ningunos se asegura, significa la inquietud que trae el vicio, y quien le sigue, y como una mala conciencia á sí misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su culpa.

En Argina librada por Ferraguto, en la historia y sucesos de su vida, lo mucho que importa tratar con buenos, pues no se interesa menos que serlo por su intercesion.

Ferraguto, enamorado por relacion de la hermosura

de Galiana, muestra que un hombre distraido, con cualquiera causa, por liviana que sea, se ocasiona á sus sensualidades.

En las parcialidades y guerras civiles de los reyes moros de España, se descubre el gran daño que viene á un reino de tener muchas cabezas, y lo que la ambicion sabe sembrar de disensiones, cuando halla dispuestos para ello los ánimos de los príncipes.

LIBRO SESTO.

ARGUMENTO. Cuenta Garilo una fábula á Orlando, y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cual sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo desde el navío persiano una fresca isla, donde lleva á Orimandro para curarle: halla en ella á Gundemaro, un noble español, que despues de curar al rey sus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios.

Así el prudente Alfonso la inquieta
Fantasía baraja en varios modos,
Y al peso del gobierno con discreta
Prevencion los tantea y mide todos:
Dan y toman el caso en su secreta
Consulta el rey y sus valientes Godos,
Buscando á tantos golpes de fortuna
Salida honrada si ha quedado alguna.

Así, señor, en vuestro real consejo,
Presidiendo á sus graves senadores,
De sabia magestad sois limpio espejo,
Y al mundo repartís honra y favores:
Homero en letras, Néstor en consejo,
Freno al mayor, amparo á los menores;
Y así tambien os miro, y considero,
Armado de prudencia en vez de acero.

Allí, despues de varias opiniones,
Del consejo de guerra fue acordado,
Que á toda diligencia las legiones
Del victorioso campo reforzado,
Con don Tibalte rompan los mojones
Del navarro distrito, y alojado
Sobre Sansueña pare, y entre tanto
Su córte pase á Burgos el rey santo.

Así en su sala real, de sabios llena,
El santo rey en cetro y silla de oro
Los graves casos de la guerra ordena,
Y al frances pone espanto, y miedo al moro:
Cuando en las sierras de Narbona suena
Del astuto Garilo el falaz lloro,
Con que engañado á quien le escucha lleva
Al ciego enredo de su historia nueva.

Era Garilo de ánimo doblado,
En sutiles astucias atrevido,
Vario, cauto, mudable, recatado,
De enjuto rostro, y corazon fingido,
De color verdinegro retostado,
De erizado cabello, retorcido,
Los alterados ojos, aunque vivos,
Atraidorados al mirar, y esquivos.

De Mauregato el rey bastardo hijo
En Girona nació de una aldeana,
En traicion siempre el pensamiento fijo,
Resabios de la leche catalana;
O el triste agüero que el furor predijo
De la paterna sangre mauritana,
Que ahora en pomposo estilo, y voz valiente,
Así engañando va la franca gente.

«Segun de mis mayores he aprendido
Aquella sangre real hierve en mi seno,
Que al triforme Gerion de cuello erguido
Doblado yugo puso, y firme freno;
Y aunque en humildes paños encogido
De reyes el linaje tengo lleno,
Que es el mayor valor que á una persona
Las obras le quilata y perficiona.

Del caudaloso Tarno en la ribera
Un aldéa humilde goza su frescura,
Adonde en busca de la luz primera
Dejó el antiguo seno en noche obscura:
Aquí tambien nació, que no debiera,
Por principio á mi ciega desventura,
La aldeana mas bella, y mas lozana,
Que jamás se vistió ropa aldeana.

Si en humano retrato su belleza
Posible fuera ó licito sacalla,
De rosas coronada la cabeza
Gloria de la beldad fuera el miralla:
Mas sube á tal quilate esa fineza,
Que á querer la arrogancia dibujalla,
A lo menos perfecto no llegara,
Aunque el pincel de la aficion pintara.

Nacimos juntos y al igual nacia
Amor en nuestros tiernos corazones,
Que al blando trato y la igualdad crecia
De agradables placeres y pasiones:
Penas tambien entre el contento habia,
Que el amor donde faltan sinrazones
El tierno gusto con su dulce estraga,
Y aquello que apetece le empalaga.

Son lo fino de amor los sinsabores
De un no sé qué de cierta niñería,
Y las mezeladas penas con favores
El dulce riego que lo aumenta y cria:
Ni en el campo el verano es todo flores,
Ni en amor todo gusto y alegría,
Antes mezelados gustos y disgustos,
Del suyo son los verdaderos gustos.

Entre esta variedad de sentimientos,
Ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,
Grandes cosas pasé, en que mis contentos
Creciendo á veces fueron y menguando:
Amor á mis felices pensamientos,
Ahora contradiciendo, ora ayudando,
Si la fortuna en algo me terciara,
Su triunfo estaba y mi victoria clara.

Mas fue á mi blanda fe tan rigurosa,
Y á mis tiernos propósitos tan fuerte,
Que cuando la hallé mas amorosa,
Jamás sin un azar me salió suerte:
Y á quien con vista mira desdeñosa
El tesoro en carbones le convierte,
Que cuantas glorias su inconstancia vende,
Son si falta sazon bienes de duende.

Ya la ocasion, ya el tiempo me faltaba,
Ya el un estorbo al otro sucedia,
Ya el padre, ya el hermano me ocupaba,
Ya la luz, ya la noche me ofendia:
O no tenia cuidado, ó me sobraba,
O ya me desvelaba, ó me dormia,
Que donde no hay ventura todo es muerte,
Por bien que acuda al paladar la suerte.

Eran mis inconstancias de manera
Que nada me acertaba á dar concierto,
Ni ser en el amor de blanda cera,
Ni al frio desden mostrar el pecho abierto:
Que el sabor y regalo que pudiera
Resucitar sin fe un amante muerto,
En mí era enfados de tibieza seca,
Que una desgracia hasta los gustos trueca.

Y como el fino amor no es otra cosa
Que un reloj de artificio concertado,
O de pulso sutil y mano airosa
Un instrumento músico templado,
Que de su consonancia numerosa
Lo fino está en un punto delicado,
Cuya armonía mientras mas perfeta
Con mayor disonancia se inquieta.

Así cualquiera humilde niñería
Con tal facilidad nos alteraba,
Que á un blando soplo de aire parecia

Que el mundo con borrascas se anegaba:
Andábamos sin luz en medio el dia,
Ciegos tras el que ciego nos guiaba,
Gozando entre temores indiscretos
De un inconstante amor varios efetos.
Del viejo Tarno en la ribera amena
Con cierta salva antigua está guardada
Una rústica cueva, en que se suena
Tener la primer agua su morada:
De verde orin y antiguas lamas llena
Vi una pendiente peña socavada,
A donde en fértil urna cristalina
El claro y fugitivo Dios se inclina.
De selva antigua y húmeda alameda,
En confusa espesura rodeada,
En rama y hoja el bosque así se enreda,
Que el sol no halla á su frescura entrada,
Donde vestido de amorosa seda,
De ovas la verde frente coronada,
De las ninfas en medio el casto coro
El rio enjuga sus cabellos de oro.
Yo aquí en la regalada compañía
De mi amorosa Gila entretenido,
De los bienes gocé en que amor tejia
Los graves males donde me ha traido:
Y aquí la noche de un siguiente dia
Venir los dos dejamos con olvido,
Para de mil fatigas y dolores
Coger el fruto y flor entre las flores.
Fue concierto sin órden desastrado
De amor y mocedad hecha de antojos,
Tiempo mas largo, dia mas pesado,
Ni el mundo tuvo, ni le abrió en mis ojos:
Ni de Faeton corrió mas abrasado
El cielo lleno de carbuncos rojos,
Que tú, Apolo, tuviste el alma mia
El largo curso de aquel corto dia.
Ni del nuevo laurel aborrecida
Con tantas veras fue tu hermosura,
Ni de Tisbe y de Piramo tenida
Tu luz y tu beldad por mas obscura,
Ni de nadie tu ausencia pretendida
Con tanto gusto fue y con tal locura,
Ni á nadie con negar tus rayos diste
Noche mas ciega, confusion mas triste.
Tuvo mi Gila á Silvio por hermano,
Y yo á Tarciso por mi caro amigo,
Tarciso, que por fácil y liviano
Le era entonces contrario y enemigo:
Y de mi amor y mi concierto vano
Solo este por mi gusto fue testigo,
Para traerme la fortuna al puesto
De la última miseria en que me ha puesto.
Aquella noche junto á la posada
Donde el tesoro de mi bien vivia,
Al tiempo de la seña concertada
El fiel Tarciso por me hablar venia:
Cuando de su enemigo en la celada
Cayó, que armado por su mal le habia,
Y con ir descuidado obró de suerte,
Que el oculto agresor le dió la muerte.
El desangrado Silvio en tierra muerto
A la sazon cayó que yo llegaba
Al desdichado fin de mi concierto,
Y la justicia al matador buscaba:
Como pasar me vieron encubierto,
Y que sin ocasion me recataba
Con la sospecha de antes concebida
En los livianos pasos de mi vida,
A la cárcel de allí, y de allí á la muerte
Sin mas culpa y razon fui condenado,
Feliz engaño, venturosa suerte
Si el verdugo la hubiera ejecutado:
Mas la oculta verdad, diamante fuerte,
Que es encubierto sol entre nublado,
Cuando en mi bien pensé que anochecia,
Dió con su nueva luz principio al dia.
Tarciso de piadoso amor movido,
Intrépido al rigor de la sentencia,
A la cárcel se fué, y allí rendido
Su culpa descubrió por mi inocencia:
¡Oh hazaña leal de pecho no fingido,
Digna de mas que humana reverencia,
Modelo de amistad, no de la tierra,
Donde tan poca fe y lealtad se encierra!
Yo sin culpa quedé, y él condenado,
Y por mi libertad puesto en tormento
El viejo Alfeo, padre regalado
Del dueño de mi honesto pensamiento:
El libre vulgo, y su rigor notado,
Y el honor de su hija por el viento,
Juntarnos pretendió, y con sólo un nudo
Atar todas las lenguas, y no pudo.
Yo que tan adelante mi ventura
Vi, cuando el tierno amor no me obligara,
De Gila la nobleza y la hermosura
Por grillos y cadenas me bastara:
Tuve ya mi bonanza por segura,
Mi buena suerte por notoria y clara,
Mas ni en fortuna sale bien sin cuenta,
Ni en el amor bonanza sin tormenta.
Por mí Tarciso á muerte condenado,
Yo por su causa en gloria tan cumplida,
Fuera de ingrata villania notado
No rescatar su muerte con mi vida:
De la cárcel resuelto y arrojado
Franquearle quise y pude la salida,
Al fin libre salió por traza mia,
Y yo de todo el bien que antes tenia.
Alfeo desde allí por sospechoso
En la muerte me tuvo de su hijo,
Y en Gila el dulce título de esposo
En un punto se dijo, y se desdijo:
Acabóseme en esto el ser dichoso,
Sucedió nuevo llanto al regocijo,
Y en las alegres bodas por lo dicho
Silencio se nos puso, y entredicho.
Entre males y bienes navegando
Algunos dias fui de esta manera,
Mi Gila y la fortuna variando
Ya á mis quejas, de mármol, ya de cera:
Hasta que de una vez fue derribando
La máscara falaz y lisonjera,
Poniéndome por fin de su mudanza
Donde ni llega el bien ni su esperanza.
Contra Tarciso el agraviado Alfeo
Modos para vengarse procuraba,
Si faltaba la edad á su deseo,
La ira y el coraje no faltaba:
Ved de fortuna el áspero rodeo
Por donde el de mis cosas gobernaba,
Cierta dama á mi amigo entretenia,
Que Gila sospechaba que era mia.
Y en aquel tiempo que la noche obscura
A los delitos da paso seguro,
De su amor á gozar la hermosura
Tarciso entraba por un roto muro:
Adonde algunas yo en sazon segura
Acudí á verle entre el silencio obscuro,
Y Alico tras su venganza las mas dellas
Contaba al cielo todas sus estrellas.
Era un anciano labrador sin gusto,
Temeroso, pertinaz, cauto y callado,
De hombros metido, y de ánimo robusto,
De espesa barba, y pelo ensortijado:
Cejas y labios gruesos, rostro adusto,
De juicio malicioso, y porfiado,
Estrechas sienes, y discurso duro,
Y en nunca perdonar villano puro.
Pues como entre otras noches la postrera

A Tarciso acechase su enemigo,
Y yo al salir, en ronco acento, «muera
El traidor,» dijo, y ciego entró conmigo:
Sin sospechar ni conocer quien era,
El justísimo cielo me es testigo,
Que antes de tener culpa, el pecho abierto,
Ante mis piés cayó de un golpe muerto.
Al caer conocí mi desventura,
Y el contrario rigor del duro hado,
Salvéme á vueltas de la noche obscura
Del ciego pueblo contra mí alterado:
Ni disculpa bastó ni fue segura
Al corazon de Gila alborotado,
Mas de rabiosos zelos desabrida,
Que de ver á su padre sin la vida.
Convino por huir la infame muerte
De dulce vida hacer amarga ausencia:
¡Ingrata Gila! pues por complacerte
Todo mi bien dejé ante tu presencia:
Si para despedirme, y para verte
Me volviste, cruel, á dar licencia,
¿Por qué no me la diste?... mas si dieras
Para quedar, señora, si pudieras.
Pues siendo ya forzosa mi partida
La palabra me diste, que bastaba
Para anudar la trabajosa vida,
Que incierta en mí y dudosa se mostraba:
La triste hora llegó á la despedida,
Y que no vuelva, dijo, me mandaba,
Sin le llevar el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.
Y aunque grandes regiones he corrido,
Rastro de lo que busco no he hallado,
Ni quien á mi pregunta dé sentido,
Ni el punto alcance á ver de mi cuidado:
Lo que dar no se puede me ha pedido,
Porque en buscarlo muera desterrado,
Que no puede tener otra salida
Demanda al parecer tan no entendida.
De una desgracia en otra, y de una en una
Hasta morir por todas discurriendo,
Pidiendo sin juicio á la fortuna
Lo que ni ella entiende, ni yo entiendo:
Ella no da felicidad alguna,
Y yo felicidad suya pretendo,
Y buscar bien perfecto de su mano,
Es pedir sangre noble al que es villano.
Nuevo camino por el mundo abierto
En nuevas gentes tengo; que he cursado
Las escuelas de Atenas, y el desierto,
Egipto de hombres sabios habitado,
Sin á mi enigma hallar sentido cierto:
Y á no haber sus oráculos callado,
A la parlera Grecia fuera á solo
Consultarle sus trípodes á Apolo.
Ya al rastro incierto deste fin sin guia
De la misma fortuna el rigor grave,
Sobre el estrecho mar de Africa un dia
Al sordo viento destorció la llave:
Cuyo soplo mostró que su porfia
Haciendo iba la mia mas suave,
Pues al cruzar por un mordaz bajío
A mí solo salvó, y rompió el navío:
Donde de hambre y sed me consumiera
Si con sola una muerte se vengara,
Y para darme mil no previniera
De un corsario sin ley la fusta avara:
Que no así presto en su voraz galera
De un remo me dió el cómitre la vara,
Cuando de mi tasado bien airada
Con cien muertes quedó desagriada.
Quizá le enfada que ande por el mundo
Los puntos quilatando de sus bienes,
Cuál el primer lugar, cuál el segundo
En sus favores goce y sus desdenes;
Pues ni en la tierra ni en el mar profundo
Treguas conmigo quiere ni rehenes,
Enviándome en la suerte mas contenta
Riesgo en la tierra y en la mar tormenta.
Abre sus velas el corsario al viento,
La playa de menudas olas llena,
Acentos de placer y de contento
Es cuanto en las cercanas playas suena:
Mas la inconstante, cuyo fundamento
Fabricado en las ondas es de arena,
No tardó en tomar cuenta á esta alegría
Mas que en venir la noche, y irse el dia.
Vimos del sol la lámpara encendida
En el agua salada amortiguarse,
Y la noche tambien de agua nacida
Entre negros celages levantarse,
La mar alborotada y desabrida
Con huecos tumbos de olas encresparse,
Viniendo siempre de Eolo en aumento
El frio soplo y destemplado aliento.
Al fin, cuando apuntaba en el Oriente
El nuevo dia de color de grana,
Sembrada en el salado mar la gente
El sol la vió de su primer ventana:
Y de una roca el vergantin pendiente
La blanca costa con la espuma cana
Amenazando está, y allí fortuna
Sus victorias contando de una en una.
De la cercana playa en el arena,
Cual de antigua ballena vomitados,
Entre temor, entre alegría y pena,
Algunos nos hallamos arrojados:
Y la ribera de despojos llena,
Volvimos á robar bienes robados,
Que á los pobres y ricos de contento
El estado trocó al trocarse el viento.
El corsario murió, y los mas preciados
De su aleve y constante compañía,
Y de la chusma cual y cual llevados
Del gusto fueron tras su incierta guia:
Conmigo solos dos pechos honrados,
Que á un remo una cadena nos ceñia,
Se avinieron, y este alto dromedario
De lo mejor cargamos del corsario.
Y aquellos seis aleves salteadores
Hoy á mis compañeros dieron muerte,
Y estos son que he contado los favores
Mas ricos y granados de mi suerte:
Visto habeis de mi mal los borradores,
Ved si alguno en vosotros hay que acierte
Para mi bien el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.
De tres años fue el plazo señalado
Para en su rastro desvolver el mundo,
Y de los dos el uno es ya pasado,
Y mas de las tres partes del segundo.»
Dijo; y cual si quedara enajenado
De un grave pasmo y éxtasis profundo
Hizo cierto ademan, que aunque fingido,
Dejó al de mas dureza enternecido.
Su traza, y la elocuencia de su cuento
De todos con blandura exagerada,
Cada cual desvelaba el pensamiento
En la pregunta rústica intricada:
¿Qué bien tiene fortuna de momento?
¿Qué gloria que no sea barnizada?
¿Qué soberano don Gila entendiese
Que el vario monstruo de importancia diese?
«Las riquezas serán, dijo un grosero,
Que es el don mas perfecto y deseado,
Que á quien vive en el mundo sin dinero
El mas supremo bien es bien soñado:
Al rico el mas mordaz es lisonjero,
Y el pobre mas dichoso desdichado,
Sino mostradme un rico con disgusto,

O algun pobre que en serlo halle gusto».
No pasó el catalan por ese engaño,
Que mil ricos halló sin alegría,
No se corta el contento de ese paño,
Ni solo el oro los placeres cria:
Midas nos servirá de desengaño,
Que un mundo en rubias masas convertia,
Y de hambre se acabara si los vanos
Tesoros no llevara de las manos.
Cuanto mas que el deseo de riqueza
Al compas que ella crece va creciendo,
Y el ver tan inconstante su firmeza
El alma va y el gusto carcomiendo:
La ayuna amarillez de la pobreza
Se está cuanto mas lejos mas temiendo,
Que al fin son bienes muertos, y no hay duda
Que los gobierne un monstruo que se muda.
Ricardo dijo, «en bienes de fortuna
En toda estimacion el mas cumplido,
Que acompañando sale de la cuna
Un hombre hasta las ondas del olvido,
Sin que le borre adversidad alguna,
Es sangre ilustre, y parto bien nacido,
Don aunque de fortuna tan cuadrado,
Que quitar no le puede una vez dado.»
Alguno dió con la opinion presente
La duda por resuelta y acabada,
Mas visto el caso con madura frente
Felicidad salió poco fundada:
Mil reyes al nacer vió el sol de Oriente,
Que al ponerse vió en muerte desastrada,
Y otros volar al cuerno de la luna
De obscuros paños, y de humilde cuna.
Silverio altivo en ambicion fundado
«El don, dijo, que Gila te ha pedido,
Del sacro imperio es el mandar hinchado,
Del ánimo mortal tan pretendido:
Si violar el derecho está vedado,
Por causa de imperar se ha permitido,
No hay carga tan pesada y mal tan grave,
Que no se vuelva con mandar suave.
Y bien que en estos reinos de fortuna
No se puede alcanzar bien sin mudanza,
No hay en todo el creciente de la luna
Un punto, ó dure ó no, de mas privanza:
Si á la enigma desdice en cosa alguna,
Es no caber tal don en tu esperanza,
Ni en Gila, si ya no es que desa suerte
De sí te echase para nunca verte.»
Garilo respondió, «cuanto se encierra
Del dulce mando en el pesado oficio,
Es en traje de paz sabrosa guerra,
Y con voz de virtud honrado vicio:
Que á los que hace dioses de la tierra
Su quietud les ofrece en sacrificio,
Y no es mas la grandeza del imperio
Que honrosa sujecion y cautiverio.
Y á lo que dices que en mi corto pecho
Pensamiento no cabe y don tan grave,
Quiero que sepas que en lo mas estrecho
Este ancho mundo y otro mundo cabe:
Y no es esta ambicion de mas provecho
De lo que la fortuna ordena y sabe,
Pues con trocar ó destrocar la mano
Cabe mas que eso en el valor humano.»
De la aguda respuesta en lo arrogante
Mostró el sabio español su ánimo altivo,
Que no hay en su nacion pecho importante
Que un pensamiento igual no tenga vivo:
El mas humilde en sangre, el mas distante
De su humildad tal vez en rostro esquivo
Desprecia, y á pesar del parto inmundo
Hijo se hace del sol, que es sin segundo.
Desta manera en pláticas sabrosas
Dulces porfias levantan y cüestiones,
Los unos de unas, y otros de otras cosas,
Sus discursos fundando y sus razones;
Hasta poner las penas amorosas,
Fortuna, entre la cuenta de tus dones,
Como si á amor ser ciego no bastara,
Sin que un ciego furor le gobernara.
Quien á tal opinion dió fundamento,
No es posible que fuese enamorado,
O si lo fue, lo fue de cumplimiento,
Por algun caso de interés forzado;
Pues el fruto de un claro entendimiento,
Y la elecion de un gusto regalado,
Hizo de la fortuna don escaso,
Que no da bien ni mal sino es acaso.
Orlando, ya despues que en largos cursos
Sobre el don altercaron de Garilo,
Conformándose que eran los recursos
De su viaje buscar la fuente al Nilo,
Cuando salian ya á nuevos discursos,
El al presente así le anuló el hilo:
«Todos han dicho, dijo, y yo podria,
Si entre tanta opinion cabe la mia.
Y tú, villano, si á los varios casos
Que en sumario discurso has referido,
Y de tu vida á los mudables pasos
Con atencion hubieras advertido,
Mas claro los favores mas escasos
A tus enigmas dieran el sentido,
Y el oráculo allí vieras mas cierto
Entre tus mismas cosas descubierto.
Y si la fama que á tu Gila has dado
Pintando su beldad no es ingeniosa,
En el don que ha pedido se ha mostrado
No menos avisada que hermosa:
Buscar lo que te falta te ha mandado,
Mira tú si te falta alguna cosa,
Y esa misma le lleva, que sin falta
Ninguno busca lo que no le falta.
A burla de tu enigma delicada
Parece mi respuesta dirigida,
¿Qué voluntad habrá tan ajustada,
Que no le falte ó sobre la medida?
¿Qué suerte tan perfecta y acabada
Saldrá sin un azar en esta vida,
Donde cuando mas rico estés de bienes
Hallarás que te faltan mas que tienes?
Pues si todo su bien por este modo
La fortuna lo da al mas bien librado,
A quien le tiene ya dado del codo,
¿Con qué podrá dejarlo remediado?
Sino decimos que en faltarle todo
Le sobre todo el bien á un desdichado,
Y en no tener felicidad alguna
Tenga ganado el juego á la fortuna.
Mas si se ha de entender de alguna suerte,
Y tu demanda tiene algun sentido,
Ya que en vida falaz sujeta á muerte
Ni entre bienes de tierra hay bien cumplido,
El mas rico, mas dulce, y de mas suerte,
De todo mortal gusto apetecido,
Es el que falta en tí, y á veces falta
Al que en fortuna echó raya mas alta.
Y aunque buscar sin el feliz contento,
Buscar en ciega noche el sol seria,
Suele tener tan flaco fundamento,
Cual le tiene la causa que le envia:
Y el bien que al irse hereda el sentimiento,
Es no haber visto el rostro á la alegría
Mas que para martirio á la memoria,
Quedándole del bien sola la historia:
Pues aunque esté conforme á su hechura
Es como los demás de poco asiento,
Por aquel breve tiempo que nos dura
En nada halla estorbo nuestro intento:
Todo con su presencia lo asegura,

Enfrena el mar y desenfrena el viento,
Y de tanta deidad es su cadena,
Que á veces la fortuna misma enfrena.
Cuanto sujeto á tiempo y á mudanza
Se ve en el claro espejo de la luna,
Cuanto cabe en deseos y esperanza,
Esta es en dispensarlo sola una:
Es la medida, el peso, y la balanza
Y fuente de los bienes de fortuna,
Y aun suele subir tanto su creciente,
Que es la fortuna arroyo de su fuente.
Es su nombre Ventura, y su ejercicio
Colmar de bienes al deseo humano,
Levantarnos las cosas de su quicio
Hasta darles renombre soberano:
Dorar con nombre de virtud el vicio,
Y en solo andar colgado de su mano,
No darás tropezon ni desatino,
Que no te haga adelantar camino.
La sangre, las riquezas, el imperio,
Y todos los demás bienes colmados,
Son infamia, pobreza y vituperio,
Sino vienen con esta acompañados:
Libertad sin ventura es cautiverio,
Los cautivos con ella libertados,
Y es tal que pudo y puede entre mortales
Sacar males de bien, y bien de males.
Sola esta en el discurso de tu historia
Si bien lo consideras te ha faltado,
Esta en infierno convirtió tu gloria,
Y de una muerte en otra te ha arrojado:
Esta pues busca, y halla, y de la escoria
Te volverá el crisol oro acendrado,
Y sin mover el pié ni alzar la mano
Harás jornada, y llegarás temprano.
Al fin del bien humano es los estremos,
Y aunque en esto no duda, todavía
Contar quiero una historia, en que veremos
Con su estraña verdad clara la mia:
Todas las cosas que en el mundo vemos,
Cuantas se visten de la luz del dia...»
Así Orlando empezó, mas yo á Bernardo
Mi pluma guio, y tuerzo el vuelo tardo.
Que ya le veo en el galeon persiano,
Vencido el rey, y Angélica robada,
Triste, aunque victorioso, que es villano
Quien del ajeno mal no siente nada:
Curó al rey las heridas de su mano,
Apaciguó la gente alborotada,
No siendo menos blando que robusto
El que antes fue verdugo de su gusto.
Y no sabiendo para cual derrota
Las velas amurar al tardo viento,
Que en crespas olas con tibieza brota
Del cristalino y húmedo elemento,
Desde la gavia al Sur no muy remota
Una isla vieron de agradable asiento,
Que llena desde lejos se figura
De agradables florestas y frescura.
Parece alegre sitio acomodado
A curar al rey persa sus heridas,
Y que el vencido pueblo destrozado
Las fuerzas cobre entre el temor perdidas;
Y ver si halla tambien puerto poblado,
Donde de aquellas playas no sabidas,
Isleño natural, ó gente estraña,
Navío le flete en que volverse á España.
La errada proa el práctico piloto
Al punto á sus cercanas playas vuelve,
Y de comun consentimiento y voto
La blanca costa en que surgir desvuelve:
Salta la chusma, crece el alboroto,
Suena el ruido, y el clamor revuelve
Quebrado en ecos por las altas rocas,
Que azotan los delfines y las focas.
Salió á reconocer Glauro la tierra,
Gran piloto y cosmógrafo persiano,
A quien Planco obligó á seguir la guerra
Por haber muerto á Periarcon su hermano:
Este subió á la cumbre de una sierra,
De adonde descubrió un florido llano,
Y en la mar en la punta de un bajio
Destrozos de una barca y de un navío.
A la orilla de un rio entre las flores
Sobre un pequeño monte vió enredada
Una humilde chozuela de pastores
Antigua al parecer y despoblada,
Desiertos los demás alrededores,
Y al esconce del cerro una ensenada
Playa figura y abrigado puerto,
Entre una selva y un peñasco abierto.
De la áncora mordaz el corvo diente
Firme agarró por el arena blanda,
Saltó Bernardo en tierra, y diligente
Al rey llevar mandó de la otra banda,
Y un rico pabellon resplandeciente,
Por el mucho oro y perlas plantar manda,
Sobre arrimos de plata y argollones
En que repose, y curen sus pasiones.
Y en tanto que se planta y adereza,
Con corvo arco pasó tras un venado
Del bósque inculto la áspera maleza
A la vecina cumbre de un collado,
Donde una humilde choza alzar cabeza
Vió alegre, y aunque sola halló á un lado
Unas armas y escudo, y recien hecho
De yerba y flores un pintado lecho.
Púsose á atalayar desde la puerta
A un lado y otro, cuando junto al rio
Un hombre vió venir por la encubierta
Que al sol hacia el páramo sombrío,
Flaco, mústio, sin tez, la color muerta,
Aunque gallardo en el semblante y brio,
Que hácia Bernardo en viéndolo se vino,
Y él á encontrarlo le salió al camino.
Soludáronse afable y cortesmente,
Y humilde el español pidió al isleño
Si lo sabe le diga de la gente
De aquella isla florida, y de su dueño:
Si es desierta ó poblada, si al presente
Sabe en ella lugar grande ó pequeño
Donde curar un caballero herido,
Que allí fortuna le arrojó perdido.
«Señor, dijo el isleño, esta ancha tierra
Toda es de suelo y clima desdichada,
Un mar profundo y áspero la encierra,
Desierta en lo demás y despoblada:
Y si algo habita aquí en discordia y guerra
Es á mi parecer gente encantada,
Que en fantasmas y bultos inhumanos
De noche cruza por los aires vanos.
Poco ha que la fortuna desdeñosa
Su arena hizo estampas de mi huella,
Con un viento y borrasca peligrosa
Que armó en el aire mi contraria estrella,
Quedando yo en su playa pedregosa
Vivo para morir despacio en ella,
Que á quien como ahora á mi se muestra brava,
Por no acabar sus males no le acaba.
Otro mancebo se salió conmigo,
Los demás sorbió el mar por sus riberas,
Y este sin culpa mas que ser mi amigo
Ya por los montes es manjar de fieras,
Que solo basto yo para testigo
De su inconstancia, y los que mas de veras
En su rueda midieron altibajos,
Ni se vieron tan altos ni tan bajos.
Es de mi vida larga la tragedia,
Y tal que amarga aun el contar la historia,
Que mientras un dolor no se remedia,

Siempre es pesada y triste su memoria :
Vamos á ver tu herido, que en la media
Ladera deste monte, si en mi gloria
Mi seso no quedó tambien deshecho,
Una yerba he notado de provecho.
Y aun segun de tus armas las señales
No á ti te dañará el precioso pisto,
Remediará siquiera agenos males,
Quien ya los suyos sin remedio ha visto,»
Dijo : y Bernardo con palabras reales
Las gracias rinde, y él en paso listo
A toda diligencia va, y revuelve
Mil yerbas, y una entre ellas coge, y vuelve.
Llegaron á la playa, y en su lecho
Al rey de Persia hallaron desangrado,
Que en la mudanza y ejercicio hecho
Se habian las rojas llagas reventado :
Mostró el médico allí su hidalgo pecho,
Y de la yerba el bálsamo preciado
Mitigando el dolor de las heridas,
Que las dejó á dos curas guarecidas.
A los demás heridos de su mano
Curó en término hidalgo y modo afable,
No obstante que traia el rey persiano
Consigo á Eleno, medico intratable,
De manos cruel, y corazon villano,
Y demás de ser áspero y mudable,
Mas erres tuvo al grado y mas errores,
Que Roma y sus primeros fundadores.
Pero el favor que donde quiera manda,
Mandó que sabio y acertado sea,
Que la salud si el mal se le desmanda
Dios la da sin que el médico lo vea :
Ni el fuego aprieta, ni el aceite ablanda,
Si él no da la virtud, ni nadie crea
Que la purga le mate, ó le dé vida,
Sino es la eterna ordenacion cumplida.
Esto es del vulgo, y del que hizo á Eleno
Por favor protomédico persiano,
Que nadie ignora que contra el veneno
La triaca halló el saber humano :
Y una yerba el isleño entre aquel heno,
Con cuyo jugo, y su prudente mano,
Por naturales términos regidos
Al rey sanó, y á los demás heridos.
Agradó tanto al valeroso godo
Del esculapio nuevo la cordura,
El trato afable, el cortesano modo
De sales lleno, y grave compostura,
Que deseoso de saber del todo
De su vida el suceso y la ventura,
Que en dolor vivo y esperanza muerta

Le echó en parte tan áspera y desierta;
Un dia al delgado viento de la playa,
Sobre una roca en que la mar batia,
Y al resurtir en una corva raya
La blanca espuma aljófares bullia,
Sirviendo á sus cristales de atalaya,
Y haciendo dellos mas alegre el dia,
Puestos los dos entre el peñasco fijo,
Así al isleño el español le dijo:
«Las muchas partes que el valor descubre
En las noblezas de tu heróico pecho,
Y la sabia prudencia que en él cubre
El dolor fiero en que le traes deshecho,
Cuanto con tu recato mas se encubre,
Tanto mayores cosas dél sospecho,
Y hallo en sus señales y costumbres
De un hidalgo español claras vislumbres.
Sácame desta duda, y pueda ahora
Contigo algo el amor que en mí has hallado,
Dime de la fortuna burladora
Las varias vueltas con que aquí te ha echado:
Cuéntame en fin tu vida, y su mejora,
Si alguna en esperanzas te ha quedado,
Y cree si aquesto mucho te parece,
Que ya lo que te estimo lo merece.
Y mas te juro en fe de caballero,
Que jamás por mi culpa te arrepientas
De haberme hecho este gusto, con que quiero
Que solo el tuyo en mis intentos sientas:
Y si en los tuyos puede un verdadero
Amigo aprovecharte, me consientas
Que ocupe yo el lugar del que te falta,
Pues no la hay en mi amor ni en fe tan alta.»
Dijo, y el nóble isleño entre no poca
Confusion se halló corto y atado,
Oyendo al caballero de la Roca,
Que así el bravo español era llamado:
Es fuerza obedecer por lo que toca
Dar gusto al que es de todos adorado,
Mas halla sus discursos tan estraños,
Que no los contará en un siglo de años.
Admírase tambien que en su pregunta
Le llamase español por alabanza,
que en tan tierno sugeto se halle junta
Con tan grande braveza tal templanza:
Al fin aunque ni entiende ni barrunta
Que sea quien es, conoce en su crianza
Que es digno de que en todo le obedezca,
Y que él lo mismo que le ofrece ofrezca.
Y así le respondió, «pues que no puedo
A tan nueva merced dar recompensa,
Ni á las obligaciones en que quedo
Pagar sin le hacer notoria ofensa,
Con referirte el espantoso enredo,
Y aquella nube de peligros densa
Que aquí me despeñó en eterno luto
Te habrá pagado mi alma su tributo.
Es España mi patria, y en España
El reino de Leon, y allí Abiados,
Un castillo en que al pié de una montaña
El rey Froyla nos dejó heredados:
De los ínclitos condes de Saldaña
De aquellos cuatro tengo dos costados,
Los otros por mi padre don Ramiro
Son de la sangre real de Gundemiro.
Es mi nombre Gundemaro, y yo todo
De la nobleza montañés nacido,
Criado en el palacio del rey Godo,
Y de su córte y dél favorecido,
Hasta que el tiempo por estraño modo,
De mi enemiga estrella compelido,
Mudó el curso feliz, y ya impedida
Su corriente trocó la de mi vida.
Ya por tres veces la inconstante lumbre,
Que desde el primer cielo el mar revuelve,
Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,
En plata el oro de sus cuernos vuelve;
Y otras tantas Faeton de su vislumbre
Le bañó el hueco rostro, que desvuelve
De las tinieblas los ocultos casos,
Y en los hurtos de amor medrosos pasos.
Despues que ausente á la asturiana córte
Al curso voy de mi contrario sino,
Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,
Y aquí y allí sin rumbo ni camino:
Fuera de estilo, y de hallarle córte
De mi vida al confuso desatino,
De una desgracia en otra, y de una en una
Esprimentando azares de fortuna.
Por la ambicion francesa el rey de Asturias,
Que es mi rey, está en grave estrecho puesto,
Contra cuyas montañas las tres furias
Han conmovido de la tierra el resto;
Y á mí tambien del tiempo las injurias
Traido me han á este escondido puesto
Por la misma ocasion que un desdichado
Hasta el ageno mal halla á su lado.
Despachó embajadores el rey Casto
A los circunvecinos reyes Moros
Por favor de dineros, que al gran gasto
De la guerra son cortos sus tesoros:
¿Mas para que sin fruto el tiempo gasto
En cuentos largos de rodeos sonoros,
Si al ancho curso de la pena mia
Cualquiera tiempo es corto, y breve el dia?
Fue destas embajadas mia la una
Al toledano rey, y al de Granada,
Y ocasionada dellas mi fortuna
La suya comenzó con mi jornada:
Llegué á Toledo, y mi creciente luna,
Allí de dicha y de favor colmada,
A menguar comenzó por el camino
Que luego hice al reino granadino.
Supe que al rey en una alegre caza
Robó su Doralice un jayan fiero,
Y que á una fuerte inspugnable plaza
La llevaba con solo un escudero:
Juzgué el poner en socorrerla traza
Precisa obligacion de caballero,
Y hacer al rey y al reino mas propicio
Con la nueva ocasion de tal servicio.
Dejé mi gente, y tras la justa empresa
Por la espesura entré de una montaña,
Perdime por tomar una atraviesa
Con la ignorancia de la tierra estraña;
Y de una selva en otra, y desta en esa,
Cruzando á tiento el monte y la campaña,
Sin camino, sin senda, ni sin guia
A Málaga llegué perdido un dia;
Donde de una galera de corsarios
Que echó á la costa un áspero Levante,
Y del furor del tiempo y sus contrarios
No quedó dellos vivo hombre importante,
Entre otras presas y despojos varios
Que dió y quitó la mar como inconstante,
Fue una cautiva hermosa á maravilla,
Que cual perla oriental salió á la orilla.
Y sin ser su riqueza conocida
De la codicia bárbara insaciable,
En almoneda pública traida
Se puso en precio el suyo inestimable:
Y en pujas y pregones distraida
La beldad se vendió mas agradable,
Que en cuanto alumbra el sol, y el mar encierra,
El cielo puso á vistas de la tierra.
Una honesta y bellísima doncella,
De luces llena y varios resplandores,
Rodeada al cuerpo un almalafa bella
De un rico zarzahan de mil colores:
Su cara un cielo de beldad, y en ella

Mas gracias que hay en el verano flores,
El cabello que al ébano escedia
Mas blanco el cuello de marfil volvia.
Unos rasgados ojos, que en mi alma
Dos ventanas rasgaron á su gloria,
Con dos arcos de amor al triunfo y palma
Con que le dió en la mano la victoria:
Su bella frente aquesta playa encalma,
El viento que la bulle mi memoria,
Y los labios y dientes de su boca
El coral y las perlas desta roca.
Al cuello humilde una cadena floja
Los vergonzosos ojos en el suelo,
Las dos mejillas que con perlas moja
De la color del rosicler del cielo:
De dolor traspasada y de congoja,
Y yo de compasion y de recelo,
Lo que allí obró en mi alma su fatiga
La piedad dejo que por mí lo diga.
En pregones todo esto se vendia
Al tiempo que llegaba yo á la feria,
Y el corazon que sin temor venia
A dar conmigo en la última miseria:
Quedé ciego en la luz que muerta via,
Juntóse á mi dolor nueva materia
Con verme pobre, que en cualquiera paso
Hace ser rico un hombre mucho al caso.
Via venderse todo mi tesoro,
Yo sin caudal ni crédito en la plaza,
Y que el dinero de un plebeyo moro
A eterna servidumbre le amenaza:
Vendí mis armas y unas piezas de oro,
Que hicieron de mi amor alarde y plaza,
Y con dos mil zequies por esta via
Di libertad á quien quitó la mia.
Bella cautiva, me llegué y le dije,
Noble prision de honrados corazones,
Si á quien nació para prender le aflige
Verse sujeta á bárbaras prisiones,
Y ese gallardo corazon que rige
Del gusto el reino, y del amor los dones,
Está en su libertad, yo sin ninguna,
Que así trueca sus suertes la fortuna.
Si mi pobreza di por tu tesoro,
Tambien por tu rescate un reino diera,
Solo me queda esta cadena de oro
Para enlazar tan bella prisionera:
Así dije, y quitando la del moro
Puse la mia y ella por defuera
El bello rostro del color mas fino
Que abre en la rosa el aire matutino.
Fuese tras mí despues de asegurada,
Que solo con lo hecho pretendia
Ponerla en noble libertad honrada,
Salva de toda fuerza y demasía:
Y de mi trato y término obligada,
Que es lo que amor hidalgo engendra y cria,
Y satisfecha ya por mil maneras,
Que no trataba engaños, sino veras;
Despues de haber con nuevo juramento
En mi su honestidad asegurado,
Y al recato y las trazas de su intento
El secreto y prudencia encomendado:
«Sabe, leonés, me dijo, estame atento,
Que á mas que esto quien eres me ha obligado;
Yo soy para morir en tu obediencia
La triste Arlaja infanta de Valencia.
De Zulema sobrina, hija de Abdalla,
Cuyo es el reino cordobés de hecho,
Que el soberbio Aliatan usurpa y halla
Que viene á su ambicion corto y estrecho:
Mató á mi tio en una cruel batalla,
Y á mi padre quitó todo el derecho,
Y hoy apretado del poder tirano
Solo gobierna el pueblo valenciano.
Deste soy hija, y de Algaycel hermana,
Un valiente y gallardo sarracino
Del cetro y la corona valenciana
Y el reino cordobés sucesor dino,
En cuya compañía una mañana
Saliendo á caza al bosque mas vecino
Del castellano Júcar en la boca
Con que al sucrense golfo besa y toca;
Fuese toda la gente repartida
Tras varias cazas por el monte espeso,
Y yo tras una cierva entretenida
Que levantó el ladrido de un sabueso:
Gran rato anduve sin sentir perdida,
Cuando la suerte de mi hado avieso
A la playa del mar me sacó sola,
Cual perdido bajel entre ola y ola.
Fui á dar sin ver por donde en la celada
De una enemiga fusta de cristianos,
Que de unas cañas dulces amparada
Cruzaba del rio Júcar los pantanos;
Donde de su violencia arrebatada,
Con el suceso y con la presa ufanos,
Temerosos quizá del enemigo,
Libres se hicieron á la mar conmigo.
Yo por asegurar que su violencia
Algo en agravio de mi honor no trate,
Quién era dije á todos en presencia,
Prometiendo á cada uno gran rescate,
Mirándome con nueva reverencia,
Y dando en ello trazas un debate
Así se ocasionó entre dos villanos,
Que de lenguas vinieron á las manos.
Fue creciendo el enojo de manera
Sobre quién mi persona guardaría,
Que espada no quedó ni vida entera
De cuantas antes el saetin traia:
Vino la noche tenebrosa y fiera,
Creció la mar y el viento, y cuando abria
La luna su ventana en el Oriente
Dió otro barco en el nuestro de repente.
Saltaron dentro algunos, y admirados
De la espantosa mortandad sangrienta
Ya en su primer temor asegurados
De solos mis despojos hacen cuenta:
Cuando el viento mas grueso en mas hinchados
Tumbos la mar parió ciega tormenta,
Dividiendo el rigor del turbio charco
Los presos bordos de uno y otro barco.
El mio aquella noche y otro dia
Con el viento y la mar fue porfiando,
La costa huyendo que de lejos via
De espuma y arrecifes blanqueando:
Pero ya al tiempo que la luz salia
Entre pardos celajes, trastornando
Arbol, velas y entenas, dió el navío
Deste muelle en la punta de un bajío.
De seis que dentro echó el furor en vano
Los tres huyeron del perdido leño,
Los otros degolló el vulgo liviano,
Que por esclava á tí me dió en empeño:
Y aunque al principio el trato fue villano,
En darme hicieron tan honrado dueño
Que adore de fortuna el desatino,
Pues no tuvo tal bien otro camino.
Ahora querria, señor, si atí te agrada,
Que antes que aquí de nadie sea sentida,
O por mar ó por tierra disfrazada
A mi patria me vuelvas conocida,
Que yo te doy palabra en fe de honrada,
Que aunque me vea reina obedecida,
En menos tenga el cetro, y mas le huya,
Que el título y blason de esclava tuya.»
Así mi bella valenciana dijo,
Y yo de nuevo puesto en mil cuidados,
De alegre sobresalto y regocijo

En verlos sin pensar bien empleados,
Hacer el viaje por la mar elijo,
Y en un ligero bergantin fletados
A cuenta y riesgo de un anciano moro,
Y cien cequíes de una cadena de oro.
Al tiempo que en las puertas del Oriente,
De azucenas y rosas coronada,
La aurora rompe el velo transparente,
Que la luz de oro en sí tiene guardada,
El barco á vela y remo diligente
La punta dobla de trofeos sembrada
Que á la torre de Velez hurta el viento,
Y á ella la mar su carcomido asiento.
Y con el fresco soplo de un lebeche,
Que embistió en popa la latina vela,
La corva playa de la mar en leche
Ligero pasa y engolfado vuela:
Y sin que el viento el lleno lienzo estreche
A Almuñecar descubre, cruza, y cuela
Por su abrigado puerto puesto enfrente,
Seguro de los vientos del Poniente.
A Salobreña y á Motril dejamos
Hirviendo su arenal en blanca espuma,
Y tras el sol y el dia nos entramos
Por Castilferro, y antes que consuma
Su soplo el aire al alba despertamos
Encima las roquetas, y allí en suma
Dimos á nuestro curso cristalino
Tres veces treinta millas de camino.
Echóse el aire al levantarse el dia,
Por mostrarnos de espacio la frescura
De los bellos jardines de Almería,
Y de sus palmas la rayada altura:
De Nicia la preciosa pedrería,
Que como el cielo con la noche oscura
Por su playa y collados centellea,
Y al sol convida que en su luz se vea.
Calmó ya aquí de todo punto el viento
Entre el Algayda y sus floridos ramos,
Y por gozar del agradable asiento
Una caleta de la mar buscamos:
Acabó aquí su curso mi contento,
Y el viaje que conformes comenzamos,
Aquí perdí mi bien, de aquí mi hado
La tragedia empezó, que aun no ha acabado.
Hambroz, un fiero bárbaro arrogante,
Que degolló á Toledo su nobleza,
Y en favor de Aliatan puso en levante
La tierra en riesgo, el reino en estrecheza:
Desde la fortaleza de Alicante
Con fustas espantaba y con braveza
El mar de España, y la desdicha mia
Surto en Algayda le halló aquel dia.
Fue á dar nuestro bajel en la encubierta,
Donde entre flores retirado estaba,
Y allí apenas su armada descubierta
Huyendo el barco como entró tornaba:
Mas no salta tan viva ni despierta
Víbora altiva ni serpiente brava
Tras el gazapo que en las yerbas siente,
Como á la nuestra se arrojó su gente.
Cercaron el batel, fuenos forzoso
Hacer para mas daño resistencia,
Mas contra un enemigo poderoso
El escudo mejor es de paciencia:
Yo sin armas, el trance peligroso,
El pensar defendernos imprudencia,
Al fin quedó nuestro poder rendido,
Presa de nuevo Arlaja, y yo herido.
Conocióla el corsario y como amigo
Y vasallo en caricia cortesana
Humilde y grave la llevó consigo
A un bello y rico estrado de oro y grana,
Que si era hija de Abdalla su enemigo
Tambien de su rey era prima hermana,
Y aunque los reyes sigan sus rencores,
Siempre son los demás sus inferiores.
Admiróse de verla en tal estado,
Supo el suceso y luego determina
En ligero batel de oro entoldado
Enviarla en pompa á su grandeza dina:
Yo sin provecho herido en un costado,
Privado del vivir por medicina,
Quedé con el corsario el gusto en calma,
Y por sanar el cuerpo muerta el alma.
No quiso Hambroz por causa de la herida
Que en compañía de la infanta fuese,
Como si fuera remediar la vida
Hacer que ausente de mi bien muriese:
Dióle su fe, que en siendo guarecida
La llaga, y que en mejor salud me viese,
Con aparato y real magnificencia
A su servicio me enviará á Valencia.
Con esto me quedé, y la bella Arlaja
Pasó antes de embarcarse por mi lecho,
Donde con tiernos ojos, y voz baja,
«A Dios, dijo, tesoro de mi pecho,
Mira por tu salud», y aquí le ataja
La lengua un nudo de congojas hecho,
Y el corsario tambien que á verme vino,
Y á embarcar á la Infanta de camino.
Fuese, y quedé con la esperanza á solas
Luchando entre temores y sospechas,
Engolfada en memorias, cuyas olas
En un ausente son tristes endechas:
Colgado el gusto y la salud de solas
Las dos palabras últimas, deshechas
En bálsamo de amor, que la herida
Sanó al cuerpo, y al alma dió la vida.
De Algayda hizo el moro por la costa
Al descuido importantes correrías,
Hasta que al puerto y su canal angosta
De Caridemo que robó esos dias
Sus desdichas llegaron por la posta,
Y á dar triste remate en sus porfias
La armada Berberuz, otro corsario
Que en Córdoba es de Hambroz bando contrario.
Seguia la parte y opinion de Abdalla
En aquella reñida diferencia,
Encontró la ocasion yendo á buscalla,
Y puso en no perdella diligencia:
No venia el fiero Hambroz á dar batalla,
Sino solo á meter gente en Valencia,
Que los cristianos se decia por cierto
Que con su armada estaban de concierto.
Y que un rico convento que tenia
La iglesia del gran mártir San Vicente
Darles el muro libre pretendia,
Y meter dentro en la ciudad su gente:
Hizo reseña allí, y aunque la via
En número inferior no en ser valiente,
Ni humilló el brio, ni perdió el decoro,
Que es hidalgo, y de Córdoba, aunque moro.
Pelearon con crueldad ambos corsarios
Sin sentirse al principio mejoría,
Que en trances de armas y sucesos varios
Neutral fortuna su timon regia:
Hasta que ya en favor de sus contrarios
A Hambroz fue descreciendo con el dia,
Siendo aquel el postrero de su gloria,
Y de Valencia el triunfo y la victoria.
Murió como valiente el africano,
Y los suyos con él sin quedar uno,
Yo preso, y tal me ví, que por mi mano
Quise dar fin á mal tan importuno:
Venia con el corsario valenciano
El príncipe de Fez, con quien ninguno
En gallardo, discreto y animoso,
Si á competir llegó fue victorioso.
Este no sé por cual rigor de estrella

En la batalla se encontró conmigo,
Y mudable en lugar de fenecella
De contrario cruel se volvió amigo:
Dióme fortuna su amistad, y en ella
Por un breve favor largo castigo,
Que nunca sabe dar á un desdichado
El bien cabal ni el mal sin ir doblado.
Así de Abenragel la amistad vino
A ser nueva ocasion de desventura,
Y tanto dió en quererme el sarracino,
Que ya era mas que voluntad locura:
En fiesta, en burla, en veras, de contino,
A cualquier hora, tiempo y coyuntura
Habia de estar conmigo, y sino estaba,
En nada gusto ni contento hallaba:
Ya Berberuz su victoriosa armada,
Al dulce son de la sonora trompa,
Con que la fama suena sobornada
Su nombre invicto en grave aplauso y pompa,
Por la mar de sus golpes asombrada
Manda que el espolón sangriento rompa
La vuelta de Valencia, donde vea
En su triunfo el estruendo que desea.
Cobré la vida cuando supe cierto
El fin de la batalla y la derrota,
Y que iba ya en el Grao á tomar puerto
Al son de mil clarines nuestra flota:
Llegamos, y de lejos descubierto
El real palacio, mi alma se alborota
Con un muerto placer, tibia alegria,
Que sus nuevas desdichas le advertia.
Y aunque sin gusto el corazon, y en duda
Con el frio recelo que en él mora,
Así en lenguaje muerto y habla muda
Sus torres salva, y su muralla adora:
¡Oh alcázar bello, cielo en quien se muda
El vario curso de mi bien cada hora,
Centro al deseo, blanco de sus tiros,
Esfera donde vuelan mis suspiros!
¡En ti está la belleza en quien mis ojos
Sus gustos empeñaron y alegria,
Y el triunfo donde amor por sus despojos
La libertad colgó del alma mia!
¡Ricos palacios, fin de mis enojos,
Sálveos el cielo, y con la luz del dia
En feliz vuelo vuestros techos de oro
De gloria bañe, como á mí de lloro!
Así del veloz tiempo el curso humano
Con agradables vueltas solicite
A vuestras flores inmortal verano,
Que á no morir jamás las resucite:
Y desta playa el cristalino llano
Con ricas perlas y coral visite
Vuestros umbrales de oro, y á pié enjuto
De lo mejor del mundo os dé tributo.
Que á mis gustos presteis dulce acogida,
Y á un extranjero fiel noble hospedaje,
Que siendo tesoreros de mi vida
Grave traicion será hacerme ultraje:
Y á esa hermosa cautiva, á quien rendida
Mi alma está en humilde vasallaje,
Le deis nuevas de mí, digais que vivo
En fe de ser de su beldad cautivo.
Así decia yo en mi pensamiento
Mientras el real bajel iba á dar fondo,
Y el piloto sagaz al rumbo atento
La áncora corva y el boyal redondo
Apresta, y con la sonda mide á tiento
El lugar mas seguro y menos hondo
Donde surgir, y la demás canalla
Salta en la arena en el lugar que halla.
Llevóme el noble Abenragel consigo,
Donde antes enviado el alma habia,
A ver al rey, y hablalle por amigo,
Y la ocasion buscar de mi alegria:
Fue como suele el tiempo mi enemigo,
Pues ni por esta ni por otra via,
En muchos dias que en su córte estuve,
Ni órden de hablalla ni de vella tuve.
Mi amigo, á quien quizá en igual cuidado
O poco menos mi desdicha puso,
Y de la bella infanta enamorado
El no poderla ver triste y confuso;
Un dia por me dejar mas obligado
A contarme sus males se dispuso,
¡Estraño caso! que una misma suerte
Me restauró la vida, y dió la muerte.
Contóme en suma el todo de su vida
Sin pensar que tuviese parte en ella,
Que un año habia la traia perdida
Desvelado en servir la infanta bella:
Y aunque era siempre aceda y desabrida,
Al fin dejaba que pudiese vella,
«Mas ahora, dice, está tan retirada,
Que de sí misma y quien la ve se enfada.
Despues que por descuido de su hermano
En Júcar la prendió un corsario un dia,
Y rescatada fue por un cristiano
Que Hambroz quitó la vida en Almería:
Nunca el alegre rostro soberano
El lustre ha dado en ella que solia,
Con sus doncellas retirada vive,
Que un muerto gusto en nada le recibe.
Deseo, pues ya como solia no puedo,
Del dulce bien gozar que ausente adoro,
Con la invencion de algun sutil enredo
De mis males contarle el gran tesoro,
Que lo que amor no pudo, quizá el miedo
Causar podrá del importuno lloro,
Trocando en algo aquel altivo pecho
De blanda nieve y pedernales hecho.»
Así el de Fez envuelto en su cuidado,
Y fuera de los mios me contaba
De su mal lo presente y lo pasado,
Y contra mí de mí se aconsejaba:
Habia un sarao y música trazado,
Y viendo que la infanta se escusaba,
Trocó en darle una música el ornato
De su real grandeza y aparato.
La plata de los cuernos de Diana,
Ya envuelta en las cenizas del Poniente,
Con los retintes de color de grana
Tibia volvia su luz resplandeciente:
Y entre el mudo silencio y sombra vana
Sembraba el sueño olvidos en la gente,
Y de la via láctea el tesoro
El aire obscuro de centellas de oro.
Cuando de Abenragel el aparato
Salir la noche vió de su posada,
En unas andas negras su retrato
Con blanca gente en torno amortajada:
Verdes las hachas, que de rato en rato
Tristes gemidos daban, y sembrada
De cometas la noche, parecia
Primer retrato del postrero dia.
Al ronco y triste son de unas cadenas
Que del ataud colgaban enlutado,
Entre las verdes luces, donde apenas
Humo sus esperanzas se han tornado,
Dos carrozas salieron, ambas llenas
De bellísimas moras, que en trabado
Coro sonaban varios instrumentos
De suave son, y cónsonos acentos.
Arpas, vihuelas, órganos, rieles,
Clarines, chirimías y trompetas,
Flautas, dulzainas, cítaras, rabeles,
Sonajas, cornamusas y cornetas,
Y otras varias pandorgas y tropeles
De consonancias y armonías perfetas,
Que en música suave y acordada

Todo una gloria parecia trabada.
Y en un soberbio trono de brocado,
Sobre carro triunfal que en oro ardia,
De ocho unicornios de Africa llevado,
Con mayor luz que en el que sale el dia,
De Arlaja el bulto al natural sacado,
De beldad lleno y magestad venia,
Con mil cupidos que en alegre vuelo
Cometas dan por flechas de oro al cielo.
De antiguos dioses en cadena de oro
Presos por mas grandeza acompañada,
A sus piés nueve musas, y el sonoro
Plectro de Apolo y cítara dorada:
Yo esta figura hice en traje moro
Por darme á conocer en la jornada,
Y en esta pompa y magestad de espacio
Llegó el carro al terrero de palacio;
Donde un fúnebre mauseolo hecho
De artificiales juegos puesto á punto,
Al entregarle el enlutado lecho
Humo se volvió y sombra todo junto:
Y ya el ruido y su temor desecho
Con las tristes memorias del difunto,
La antes funesta llama, al regocijo
De música parió un alegre hijo.
Hubo mucho de todo, al fin entre esta
Folla de córte, en hábito de Apolo,
Con ademan de entretener la fiesta
Una cancion canté en una arpa solo,
Por tal estilo y término compuesta,
Que en voz del abrasado mauseolo
Mis endechas lloré, canté mi vida,
Y acusé una palabra mal cumplida.
No perdió punto Arlaja en la encubierta
Cifra que al disimulo se cantaba,
Que aunque no en los balcones descubierta

Entre sus damas disfrazada estaba:
Puso fin á la fiesta el ver abierta
La ventana de la alba que apuntaba,
Que para gozar della antes del dia
Salió en aquel mas presto que solia.
En él al noble príncipe africano
La infanta envió á decir, que en todo habia
Estimado el regalo cortesano:

Y que sin tantos gastos gustaria
Oir sola la voz, la letra, y mano
De la arpa pasada, y la hallaria
Para esto en los balcones de su huerta
Aquella noche sola, y encubierta.
Dejó ufano al de Fez la nueva gloria
Del presente favor mal entendido,
A mi lleno de gusto y vanagloria
Hallar lo que temia haber perdido:
Mas, ¡oh humana tragedia, en quien notoria
La inconstancia descubre el mas cumplido
De tus inciertos bienes, cuan á tiento
Camina el hombre y va tras su contento!
Llegada la ocasion y hora pedida
Por tantos gustos, aunque á varios fines,
Solos los dos, la arpa prevenida,
A hacer fuimos la ronda á los jardines:
Donde la bella Arlaja entretenida
Nueva belleza daba á los jazmines
De un balcon apartado, que caia
Al muro altivo que el vergel ceñia.
La sabia Ardelia, una gallarda mora
Amiga suya en compañía con ella,
Esta en viéndonos, dijo: «mi señora
La infanta me mandó venir por ella
A deciros, señor, que por ahora
No es posible hablaros, ni vos vella,
Por cierto inconveniente, y caso justo,
Que el paso le ha estorbado deste gusto.
Dice, que aunque hallarse en vuestra fiesta
Su enfado lo estorbó, os esta obligada,
Y así lo reconoce, y yo con esta
Razon he hecho y dicho mi embajada.»
Mi amigo Abenragel, viendo traspuesta
La gloria que ya dió por alcanzada,
Bien conoció que amor con la ventura
Pocas veces se encuentra, y menos dura.
Respondióle con modo cortesano
Hasta en su mismo agravio agradecido,
«Mas que sentia haber traido en vano
Quien á solo servirla habia venido,
Que era aquel caballero castellano,
Que á no ser tan discreto hubiera sido
Tan grave falta causa de tenella,
O en su amistad, ó en las firmezas della.»
Dicho esto, Ardelia por sagaz estilo
Dando disculpas, y admitiendo cargos
De mi supo quien era, cuando el hilo
De las quejas quebró, y de los descargos,
De la siempre dudosa parca el filo,
Y haciendo breve suma en cuentos largos
Su gloriosa esperanza trocó al fuerte
Abenragel en triste azar de muerte.

ALEGORÍA.

En el cuento de Garilo se muestra lo poco que aprovechan trazas, donde al ejecutar no tercia la ventura: y como la prudencia humana sin el favor divino entendido por la fortuna, es de ningun efecto. Todo lo cual se ve aun mas claro en los infortunios de Gundemaro.

LIBRO SÉTIMO.

Argumento. Prosigue Gundemaro su historia, y acábase en un estraño encantamento. Ferragut despierta á los gritos de una doncella, que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el dia, y al fin á su vista le coge un villano, y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda donde le sucede una estraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabi, rey de Pamplona.

«¡Oh varios cursos de la vida humana
(Gundemaro siguió) fines inciertos,
Pesadas penas de alegria liviana,
Dolores vivos de placeres muertos,
Alquimias y oropel en que devana
Engaño el gusto, el tiempo desconciertos,
Dulce esperanza, desvario eterno,
Que prometiendo gloria dais infierno!
Corre tras sus manzanas Atalanta,
Y solo el oro y no el engaño advierte,
Febo tras Dafne hállala hecha planta,
Anteon beldad que en ciervo le convierte:
Vuela á poner Eurídice la planta
Sobre una flor, encuentra con su muerte,
Vuelve su amante á verla, y su contento
A un volver de cabeza es todo viento.
Tal es la suerte humana, y su firmeza,
Y así anda el hombre tras su antojo á tiento,
Encandílale el gusto la belleza,
Corre tras el placer, halla el tormento:
Midas en su oro hambres y pobreza,
Faeton en su altivez abatimiento,
A Abenragel y á mí por una senda
Dieron buscando paz muerte y contienda.
Al tiempo que por término encubierto
A escusas suyas me iba declarando,
Y afable Ardelia por un modo incierto
En su amor y favores obligando:
Alfajardos, un moro sin concierto,
Que el palacio real venia rondando,
A quien Abenragel quitado habia
Los gustos de una mora en Berbería,
Hízole el noble Gambedul privado
De Abdalla, y capitan de infantería,
Hasta que á mas fortuna levantado
A serlo de la guarda subió un dia:
Este de un furor loco arrebatado,
Fantástico del cargo que regia,
Que son las dignidades en efeto
Toque de los quilates del sugeto;
Soberbio en las pujanzas de su oficio,
Con furia arremetió desordenada,
Y haciendo del celoso al real servicio
Al príncipe pasó de una estocada:
Cayó el jóven mortal, creció el bullicio
De la canalla vil alborotada,
Que á las voces del moro alharaquiento
En confuso tropel llegó sin tiento.
Mas no salió tan á su salvo el caso,
Que antes que ser pudiese socorrido,
De mil heridas desangrado y laso,
Sin vida ante mis piés quedó tendido:
Sin que la furia popular un paso
Perder me hiciese del recien caido,
Y muerto Abenragel, bien que pudiera
Con la noche salvarme si quisiera.
Pero creció la gente y alboroto,
Y medrosa la infanta de mi muerte,
Que me rindiese manda, y por su voto
Las armas entregué, y troqué la suerte:
Dime preso al alcaide Polinoto,
Que del alcázar real en lo mas fuerte
De un cuarto, á un redoblado muro incluso,
Entre cadenas lóbregas me puso.
Fue de la torre en el lugar mas bajo,
Que mas negro aire, y menos luz tenia,
Y por una escalera con trabajo
Para doblarse en él se descendia:
Aquí solo quedé, y el que me trajo
Por la infanta y Ardelia el mismo dia
A decirme volvió, que por valerme
Juntas vendrian aquella noche á verme.
Llegó de la hora el tiempo deseado,
Y habiendo despeñado al carcelero,
Bajar adonde estaba aprisionado,
Ví á media noche el alba y el lucero:
Trocóse en cielo el sótano ahumado,
Mi mal en bien, mi pena en gusto entero,
Mis tormentos en gloria, y las prisiones

En cadenas de dulces eslabones.
Sacáronme del limbo dos deidades
Que en la belleza parecian del cielo,
Mas la fortuna, cuyas variedades
Mis cosas llevan sin cansarse en vuelo,
Mi bien trocó en tan tristes novedades,
Que de no rematarlas me recelo,
Que quiere un mónstruo hacer en mí que pueda
Ser centro de las vueltas de su rueda.
El príncipe Algaycel que en la belleza
De Ardelia ardia, y su desden le helaba,
Y entre zelos, temores, y aspereza,
Muerto vivia, y sin dormir soñaba;
Cuando de la escalada fortaleza
Yo al cuarto de la infanta atravesaba
Con ella de la mano, á él le traia,
O su amor ciego ó la desdicha mia.
Iba á velar el sueño de su dama,
O á despertar su muerte, y mi tormento,
Que ni fortuna duerme, ni quien ama,
Ni á un desdichado importa andar con tiento,
Pues hasta los desvelos de otra cama
A perturbarle vienen su contento:
El príncipe llegó, turbóle el caso,
De amor y honor herido á un mismo paso.
Era valiente y poco reportado,
Y como tal arremetió furioso
Con su alfange, y un manto de brocado
Por reparo á mi estoque peligroso:
Yo que venia bastantemente armado
De semejantes casos receloso,
Quien por contrarios ha de abrir camino,
Con hierro es fuerza le abra de contino.
Era cierto el perder honor y vida,
O quitarlo sin culpa al enemigo.
¡Lance estraño, desgracia nunca oida,
Ni usada en tal rigor sino conmigo!
Al fin él de sí mismo fue homicida,
El cielo es juez, mi corazon testigo,
Que si otra puerta en riesgo tal se abriera,
Mil vidas por salvar la suya diera.
Mas la opinion de Arlaja, y la honra mia,
Al valiente Algaycel dieron la muerte;
¡Oh fortuna cruel, golfo sin guia,
Suerte imposible que el tahur la acierte!
Trocóse el fin, trocóse la alegria,
Y las cosas trocáronse de suerte,
Que ya no tuvo Arlaja por seguro
Sin mí quedarse en el paterno muro.
A cuidado de Orbelio, un falso amigo
De Ardelia, prevenido un barco estaba
En la playa del mar, para conmigo
De Barcelona hallar la costa brava:
No se atrevió la infanta á ser testigo
Del triste dia que al rey se le acercaba,
Ni quedar sola la otra mora bella,
Ni Arlaja sin los dos, ni yo sin ella.
Y así por donde yo saliera solo,
A no haber la desgracia sucedido,
Los tres salimos, cuando encima el polo
Bootes su media vuelta habia cumplido:
Y antes que el oro del pretal de Apolo
El aire diese de ámbares teñido
A la playa llegamos, y sin tiento
Las velas dimos y esperanza al viento.
A Orbelio le contaron el suceso,
Caso en todas maneras escusado,
Que en cualquir trance próspero, ó avieso,
Nunca el secreto pierde por guardado:
Andaba el mar al embarcarnos grueso,
El Grao gentil de un céfiro picado,
Que en furioso levante se volvia
De rato en rato al acercarse el dia.
Descubriónos la luz lejos de tierra
En una tempestad furiosa envueltos,
Que fortuna cruel por darnos guerra
Traia los aires con la mar revueltos;
Hasta que en los peñascos de una sierra,
En blanca espuma y salitrales vueltos,
En Denia el viento que en sus cuevas suena,
Ya el barco roto nos echó en la arena.
Aquí murió del todo la esperanza,
Siendo en humanas trazas imposible
Librarse de la muerte, quien no alcanza
Con ánimo inmortal cuerpo invisible:
Que al rey ¿quién le estorbara la venganza,
O le ocultara en caso tan horrible
Por breve senda, ó por rodeo prolijo,
Al que su hija robó, y mató á su hijo?
Mas al abrigo que al cercano monte
De una enroscada vuelta el cuerno hacia,
Hurtando la mitad á su horizonte,
En casa humilde un pescador vivia:
Aquí cuando ya el carro de Faetonte
En el mar contrapuesto se hundia,
De las olas y vientos arrojados,
De alegre albergue fuimos amparados.
Era del pobre Amilcar la cabaña,
Que siendo mercader dió en cortesano,
Y con soberbia y ambicion que engaña,
Cuanto en logros juntó despendió en vano:
Y ya gastado y viejo á esta montaña
Entre redes le echó el tiempo tirano,
Adonde en comedido vasallaje
A nuestro barco dió nuevo hospedaje.
Descansando aquel dia y el siguiente
En la choza estuvimos recogidos,
Sin saber de Valencia ni su gente
Nada de los sucesos referidos:
Que el proceloso viento mas se siente
Por montes, que por valles escondidos,
Y las nuevas de córte, y sus consejas,
Cuando á los pobres llegan ya son viejas.
Volviéndose via el golfo mas tratable,
Y Amilcar con mis dones obligado,
Pasaje libre y compañía afable
Me habia hasta Barcelona asegurado;
Cuando de la fortuna el variable
Timon de nuevo el mar dejó alterado,
Y en las presentes cosas tal mudanza,
Que no nos quedó un soplo de esperanza.
Tenia el pescador (estraño caso!)
Por hija una bellísima doncella,
Zorayda dicha, de valor no escaso,
Que en su casa nació, ó se crió en ella:
A esta el fácil Orbelio en fuerte paso
Miró, y á amarla le inclinó su estrella
Con tan ardiente amor, que fue bastante
De leal volverlo en desleal amante.
Temió quizá el tormento de la ausencia
Viendo acercarse ya nuestra partida,
O que los alborotos de Valencia
La hacienda le costasen, la honra, y vida:
El fin en alevosa convenencia
Al huesped antes fiel dejó vendida
Su honra, y todo mi bien, sin que se escluya
La vida mia, y la que lo era suya.
Fueron á dar los dos traidoramente
Aviso á Denia del suceso estraño,
Mas la bella Zorayda diligente
Los tratos entendió, sospechó el daño:
Y por salvar la infanta de su gente
Seis remeros tomó, y en dulce engaño,
Mientras que en la fria noche ya vecina
El falso Orbelio á su traicion camina;
Basteciendo conforme á la estrechura
Del tiempo un barco que pescando andaba,
Dentro nos puso, y ella mas segura
Que el fijo norte que el timon guiaba:
A vela y remo por el agua obscura,

Que crespas luces temerosas daba
Al herir de los remos, é ir bogando,
Ligera en alta mar nos fue engolfando.
Cobró tan gran amor Zorayda bella
A la infanta, y de Orbelio tal espanto,
Que por medio de velle, y de no vella,
A su casa dejó en amargo llanto:
Temió del vario amante la doncella
No hiciese en sus amores otro tanto,
Que en vano se lamenta y llora el daño,
Quien pudo y no escarmienta en el estraño.
Tambien, si ya esto no es sospecha mia,
A un gallardo Leonés Zorayda amaba,
Que disfrazado por su amor servia
En el humilde oficio que ella usaba:
Este es el que al principio te decia,
Que al vientre ayuno alguna fiera brava
Vivo aquí trasladó dicho Floriano,
De Aurelio hijo, y de Adelgastro hermano.
La noche toda navegando fuimos
A vela y remo, y cuando el alba abria
En el Oriente de oro los racimos,
De que se cuaja y se enguirnalda el dia,
A Ibiza quedar por popa vimos,
Y á Formentera dando el rumbo y guia.
A Mallorca pasamos por de fuera,
Entre el cabo de Palmas, y Cabrera,
Y dentro al Baleárico metidos,
Fortuna con sus vueltas ordinarias
De nuevo comenzó roncos bramidos
De olas, vaivenes, y mudanzas varias:
Los vientos de las nubes rebatidos
Resuenan por las bóvedas contrarias
Del turbio cielo, y sus helados polos,
Solo inmudable á nuestros ruegos solos.
Fuimos sin rumbo cierto algunos dias
De un furioso Poniente contrastados,
De un bordo y otro por diversas vias
Las velas rotas y árboles quebrados:
Hasta que en medio de las ondas frias
Crecer un dia vimos los collados,
Que por la cuenta y cómputo marino
Son en Sicilia el cabo de Paquino.
Aquí ya en salvo puestos aferramos
Entre el rojo coral el corvo diente,
Y en tierra Floriano y yo saltamos,
Buscando en ella algun poblado y gente:
Y tanto el ciego bosque penetramos,
Que andando un dia perdidos, al siguiente,
Cuando á la playa por el rio volvimos,
Ni el barco surto ni su rastro vimos.
No lejos un batel bogando andaba
Junto á la costa al desbravar del rio,
Y un pobre viejo dentro, que pasaba
La vida en él pescando á su albedrio:
Este solo parece que esperaba
A darnos tristes nuevas del navío,
Y así se fue en cumpliendo con su oficio,
Por dejarnos el barco y ejercicio.
Contónos este al fin (¡oh casos varios!
¡Fortuna incierta, laberinto estraño!)
Que de un navío cretense de corsarios
El nuestro presa fue y triunfo lozano.
«En Creta hay sacrificios ordinarios,
Donde al altar de un ídolo inhumano
Deguellan cada mes una doncella
De las que en corso prenden la mas bella.
Por aplacar la fuerza de Mercurio,
Patron de los isleños mercaderes,
De Júpiter y Maya hijo espúrio,
Autor de embustes, nuevas, y placeres:
Desde el golfo Carpacio al mar Ligurio
Busca para su altar bellas mujeres
El crétense falaz de engaños lleno,
Tal que para ser malo solo es bueno.
Ciertos piratas destos dieron saco
A Furno aquí, y á Módica adelante.
Y el bajel vuestro en resistencia flaco
Para alijar el suyo fue importante:
Mas tres beldades que en su seno opaco
Hallaron, la menor será bastante
Para aplacar su dios, y que allí acabe
La injusta pena de rigor tan grave.
Que en venganza á la muerte de una dama,
Que lo era del que rige el caduceo,
Si ya no fue algun íncubo, que en fama
Del falso dios trazó ese devaneo:
De una peste cruel la ardiente llama
Así el reino ha abrasado al rey Tifeo,
Que todo en él camina á un fin violento
Muerta la reina, el hado aun no contento.
Y es entre el rudo vulgo opinion cierta,
Que hasta ser en su altar sacrificada
Otra beldad mayor que fue la muerta,
Ni él contento estará, ni ella vengada.»
Así el barquero dijo, ¡oh suerte incierta!
Ni buena en duda, ni mejor hallada:
Considera, señor, cuales quedamos
Los que á este paso sin pensar llegamos.
Saltó el viejo en la playa, y mas ligero
Que del presto lebrel huye el venado
Por el bosque se entró, y mi compañero
En el barco que vió á la orilla atado:
Yo entré tras él con prodigioso agüero
De una nube de fuego rodeado,
Que si en tierra se pierde la ventura,
Buscarla por la mar será locura.
A bogar comenzamos con los remos
Cada uno por su parte, y de la orilla
Apenas se escondieron los extremos,
Y del cerro de Espaca la cuchilla;
Cuando el navío cretense volar vemos,
Llevando á jorro el nuestro de trailla.
Y como si ya todo fuera hecho
El dolor nos templó, y alegró el pecho.
Duró aquella esperanza, y su alegría,
Lo que la luz duró de aquella tarde,
Que ella, el gusto, mi bien, la luz y el dia,
Todo á un tiempo murió: solo el cobarde
Pecho muriendo vive todavía,
Y en fuego eterno de memorias se arde,
Que en fuego me embarqué, y en fuego vivo,
En medio el yelo de mis muertes vivo.
Creció con las tinieblas un levante,
Que á obscuras anudó los demás vientos
En ciega lucha, y confusion bastante
A trastornar del mundo los cimientos:
Barrió la negra noche el dia restante,
Y en sordos silbos, y ásperos acentos,
Las enlutadas focas y delfines
Nos agoraron desastrados fines.
No sé cual dios el gobernalle tuvo
A un barquillo tan vil en tal tormenta,
Que de mil veces que anegado estuvo
Libre salió del riesgo, y de su afrenta:
Pero si algun milagro en estos hubo,
Ya mi ventura lo escribió á su cuenta,
Que no se da el vivir á un desdichado
Para mas bien que darle el mal doblado.
Al fin si es bien, señor, el no cansarte
Con tan prolijos cuentos, cuando el alba
Su luz mostró llorosa, en esta parte
Donde tu nao surgió, y está ahora salva;
Por trofeo de Venus, y de Marte,
Haciendo al tiempo y sus mudanzas salva,
Los dos tristes navíos que seguimos,
Hechos pedazos por las rocas vimos.
Y sin que nadie se escapase de ellos
Mi gloria allí murió, y aquí me trajo
La fortuna y amor por los cabellos

Del bien mayor al escalon mas bajo:
Quise ir para anegarme en medio dellos,
Y mi desdicha huir por el atajo,
Mas no lo consintió, que su porfia
Es que yo viva, y muera mi alegría.
De mar un grueso tumbo echó el barquillo
Por cima destas rocas en la tierra,
A pesar de mi amor, que por seguillo,
Me hace con mi fe la mayor guerra:
Mi amigo Florian sin prevenillo
El dia siguiente entró por esa sierra
De una ligera caza ocasionado,
Que era su muerte, y parecia venado.
Un mes ha ya que vivo en este yermo
Solo, sin esperanza ni alegría
Que ni de dia ni de noche duermo,
Ni sé cuándo es de noche ni de dia:
El alma alborotada, el cuerpo enfermo,
La vista absorta, el desear sin guia,
Asombrado de noche con legiones
De espantosas figuras y visiones.
De Arlaja por los aires veo la sombra
Las mas noches pasar triste y callada,
Otras con débil voz me llama y nombra,
De rosas y jazmines coronada:
Tambien con gritos Florian me asombra,
Y Ardelia en tiernas lágrimas bañada
Pide que me consuele, y si amanece
Todo en la luz se apaga y desvanece.
O es por aqui el infierno, ó mi tormento
Produce y cria sombras tan penosas,
De quien si el cielo me ha librado, siento
Que es por estas reliquias poderosas:
Contra quien ni aprovecha encantamento,
Ni engaños de fantasmas mentirosas,
Que son las que en fe santa me han librado
De tantos riesgos como te he contado.»
Asi el leonés Gundémaro la historia
De sus prolijos males abreviaba,
Y el carro en que Faeton perdió su gloria
Las ruedas de oro el crespo mar bañaba:
Cuando en soberbio triunfo y vana gloria,
En carroza de nacar que volaba,
Al puerto ven llegar una doncella,
Mas que el sol rubia, y que la luna bella.
Venus sobre su concha parecia,
De perlas y esmeraldas coronada,
Que nuevamente de la mar salia,
De su antigua belleza acompañada:
Mas apenas el carro en que venia
Vió la arena de aljofar escarchada,
Cuando la luz trocó de su tesoro
En blanca cierva con los cuernos de oro.
Y sentada sobre ella la hermosura
Que antes sobre sus nácares volaba,
Con ligereza igual por la espesura
Del bosque entró, que al mar sus sombras daba:
Cuando los dos que en la enriscada altura,
Oyendo el uno, el otro hablando estaba,
A ver el fin de tan mudables puntos
La espantosa beldad siguieron juntos.
Gundémaro al entrar en la montaña,

Ni la corcilla vió, ni á quien seguia,
Bernardo entre sus breñas una extraña
Maravilla halló de mil que habia...
Mas ya de Ferraguto la maraña,
Que el ciego amor en sueños le fingia,
Ardiendo el pecho en amorosa llama,
Mi nueva voz á sus grandezas llama.
Es del amor sutil la flecha altiva
Rayo sin resplandor, fuego encubierto,
Cuyo blando calor con fuerza esquiva

Bronces derrite al corazon mas yerto:
A David prende, á Salomon derriba,
Y deja al gran Sanson á sus piés muerto,
Amarrando á los remos de su banco
Al niño, al mozo, al viejo, al negro, al blanco.
De un sueño, de unas nuevas, de un antojo,
De un no sé qué, de un aire, y niñería,
De un afable mirar, de un volver de ojo,
Al alma nace, y sin sentir se cria:
Dale vida el placer, fuerza el enojo,
Y si de veras es nada le enfria,
Que contra el arco suyo y de la muerte,
Ni basta habilidad ni alcázar fuerte.
Pues este aliento y fuerza poderosa,
Que en todo anda sembrado y repartido,
Con la luz de una imágen amorosa,
Durmiendo á Ferragut dejó vencido:
El pecho ardiendo, el alma deseosa
De ver despierto lo que vió dormido,
Cuando el ruido sonó confuso y ciego,
Que el gusto le quitó, y rompió el sosiego.
Entró á buscarlo por la selva el moro
Al mismo tiempo que la luz salia,
Sembrando al aire los corales y oro
Que el nuevo sol por su horizonte cria:
Y dudando si aquello era el sonoro
Estruendo de armas que soñando oia,
Atiento tras la voz anduvo tanto,
Que la causa encontró del triste llanto.
Dos caballeros vió y una doncella,
Todos tres muertos, y otra que lloraba
Sus desastradas muertes, con aquella
Triste y penosa voz que antes sonaba:
Miróla el moro, conocióla en vella,
Que era la que el dia ante les llevaba
A Bahamel la nueva dolorosa
Del robo que Auchalí hizo en su esposa.
Al mismo Bahamel halló caido
Muerto encima su espada, y viendo un paso
Tan lastimoso, el moro enternecido
Detuvo el suyo sobre el campo raso:
Y dándole por modo comedido
Consuelo á la que llora el triste caso,
Pídele cuente y diga si lo sabe,
Quién fue la causa de rigor tan grave.
«Que si por la demanda en que me puse
Sucedió, dice, tanto desconcierto,
Sin que el mundo halle brazo que lo escuse,
O el mio le vengará, ó quedaré muerto.»
Así el moro le pide no rehuse
Darle cuenta del caso, ella cubierto
De llanto el rostro, y de color difunta,
Llorando satisfizo á su pregunta.
Andaba suelto, y despuntando el lleno,
Un lozano caballo en medio el prado,
Con la silla de plata, y de oro el freno,
Y bordada mochila de brocado:
De la color de un blanco armiño, y lleno
De un enjambre de moscas salpicado,
En los piés remendado, y en la frente,
Ojos fogosos, anhelar valiente.
Nervoso el pecho, abiertas las narices,
Corta la clin, pequeña la cabeza,
La cola recogida y las cervices,
Señales de gallarda ligereza:
De estrañas pintas, manchas y matices,
Despedazando el freno su braveza,
Y dando á sospechar en el sosiego,
Que está entre abrojos, ó pisando fuego.
No fue su igual el Cilaro famoso,
Que de Polux domó el doblado hierro,
Ni del viejo Saturno en mas brioso
Cuerpo los duros miembros ciñó un hierro:
Cuando el cuello arrugado y espantoso
Con nueva y gruesa clin erizó el cerro,
Y con relinchos de su pecho indinos
Del monte Pelion asombró los pinos.
«Este caballo, la doncella dijo,
Toda en congoja y lágrimas bañada,
A quien el cielo con rigor maldijo,
Y una beldad le dió tan codiciada,
Triste remate fue del regocijo
Desta gente que ves despedazada,
Mas bello y desgraciado que el Seyano,
Ni el que por tierra echó al valor troyano,
Oye el extraño discurrir del hado
(Si es verdad lo que dél me contó Alpina)
Verás el mundo todo eslabonado
Colgar de sola una virtud divina:
Si hay signo bien ó mal afortunado,
O todo á tiento y sin saber camina,
Aquí lo entenderás, y en este paso
Verás lo que hace la ventura al caso,
En Tracia, de la casta que allí tuvo
Otro tiempo Diomedes el tirano,
Este potro nació, y Clarionte le hubo,
Rey del valle de Ródope inhumano:
En sangrientos pesebres le mantuvo,
Y hecho y enfrenado de su mano,
Tan gallardo salió, que de alentado
Diez leguas corre, y para atropellado.
Al rey Clarionte lo quitó Ricarte,
El dia que le mató junto á Mantible,
Y á él Norman Bartolache, y Radagarte,
Cuando á traicion le hirieron en Fontible:
Y aunque quiso cobrarlo Durandarte
Del magancés caudillo, fue imposible,
Hasta que el gran Reinaldos en persona,
Vida y caballo le quitó en Girona.
Presentado de allí le dió á Rugero
Por mano de Hipalca su doncella,
Y el dia que lo estrenó con triste agüero
Yendo de Mompeller para Marsella,
Junto á Arlés puesto el Conde de Pontiero
Con su gente en celada cayó en ella,
Donde murió á traicion alanceado
De un infiel pueblo magancés cercado.
Quedara oculta esta alevosa muerte,
Si Espinabel pagado del caballo
No se le hiciera codiciar la suerte,
Que la habia de vengar con arrastrallo:
Púsole el traidor piernas, corrió el fuerte
Desenfrenado potro hasta arrojallo
En medio de la plaza de Marsella,
A ojos de Bradamante, y su doncella.
Allí en presencia suya hecho pedazos
Al magancés dejó el caballo-liero,
Viéndole Hipalca muerto entre los brazos,
Y no en su silla cual pensó á Rugero:
Notorios vió los cavilosos lazos
Del fementido bando de Pontiero,
Alteróse la bella Bradamante,
Y el sobresalto le abortó un infante.
Y al quinto dia con la nueva cierta
De la muerte infeliz del paladino,
La antes dudosa amante quedó muerta,
Y cumplido el temor del adivino:
Y por tantas desgracias descubierta
La traicion de Maganza, un rio sanguino
Labró Morgana, y de la gente impía
Cien falsos condes degolló en un dia.
Dióse el caballo destos desatinos
De aquella vez al príncipe Carloto,
Que él lo prestó despues á Valdovinos,
Cuando de Mantua le mató en el soto:
Y al fin por varios trances y caminos,
Con desgracia, ruido y alboroto,
Las muertes de ambos dieron el agüero
Del infeliz Clarion por verdadero.
Quedó al César el bárbaro caballo

Por prenda á la imperial caballeriza,
Y él al rey de Pamplona su vasallo
Con la mochila se le envia pajiza:
Y ardiendo en oro el gusto de mirallo
La vista alegra, y su color matiza
Con la bordada pedreria, que en larga
Rueda es al rico jaez preciosa carga.
Encontró al mensajero Ballugante,
Y sabiendo de donde, y á donde iba,
Vida y presente le quitó arrogante,
Con alma fiera, y presuncion altiva:
Envióselo á Marsilio, él con semblante
Real el don recibió, que es lo que aviva
Los fuegos del amor, y quien preserva
De muerte el gusto, y vivo le conserva.
Y al mismo fin mandó á la bella Alpina
Que á Galafre le dé, rey de Toledo,
A quien en una fuente cristalina
De una espada cruel lo quitó el miedo:
Pidió favor la mora peregrina
Al triste Bahamel, y él con denuedo,
De ánimo valeroso, y noble pecho,
Vengarle prometió el agravio hecho.
Habia venido con su nueva esposa
Aquel dia antes por el bosque á caza,
Y el verde margen de una fuente hermosa
De estrado entonces les servia y taza:
De allí salió á la empresa peligrosa,
Contra los que de infame estirpe y raza
A la dama quitaron el caballo,
Y él á los dos la vida por cobrallo.
Dejó Bahamel en la agradable fuente
Por guarda de su esposa un falso moro,
Ni honrado, ni hidalgo, ni valiente,
Auchali dicho, hijo de Alcandoro:
Que de truhan de Ulid subió á teniente
De alcaide en Baza, aunque afrentado en Toro,
Mas dió en ser rico, y convirtióse en godo,
Que el dinero lo da, y lo puede todo.
Este por fuerza se llevó robada
Esa triste hermosura recien muerta,
Y yo cual tú me viste alborotada
Del caso corrí á dar la nueva cierta:
Anoche Bahamel á esta cañada
En su rastro llegó, y aquí despierta
El alma en el dolor, y él de rendido
Sobre la yerba se quedó dormido.
Y luego que el sentir quedó sin dueño,
Soñó que en fresco estrado, y verde cama,
No lejos de la suya, en no pequeño
Gusto dormia con otro la que él ama:
Confuso despertó, contóme el sueño,
Y á tiento vino donde halló su dama
Durmiendo en estas flores, y dormida,
De zelos ciego, le quitó la vida.
Creyó zeloso que Auchali seria
El que alegre dormia en su regazo,
Y viendo que despierto revolvia
En su defensa el atrevido brazo;
Con el ciego cuidado que venia
Feroz le ciñe en desdichado abrazo,
Dándole de un puñal atravesado
Por cama el heno, y por sepulcro el prado.
Fue sobre él por cortarle la cabeza,
Y halló á sus piés su desdichado hermano.
El sin ventura Abenanil, ¡oh fuerza
De fortuna cruel, hado inhumano!
Volvió el herido en sí, vió su braveza
Muerta, y viéndose muerto por la mano
De quien mas le queria, entendió claro,
Que á los golpes del cielo no hay reparo.
Contónos que viniendo de Toledo,
No lejos vió de allí llevar robada
La bella dama, entre congoja y miedo
De triste llanto y lágrimas bañada:
Y que aunque á defenderla con denuedo
La mano puso á su alevosa espada,
El infame Auchali, de una herida
Libre se la quitó, y dejó sin vida.
Apenas pudo dar razon del caso,
Cuando la lengua le atajó la muerte,
Y el ya sin fuerzas débil cuerpo laso
Recio se estremeció, y se mostró fuerte:
Y Bahamel que así en el postrer paso
Su casta esposa y á su hermano advierte,
Por furor loco y torpe desconcierto,
Mas que ellos el dolor le dejó muerto.
Y haciendo en un brevísimo discurso
De sus azares y dolores suma,
Sin rastro de esperanza ni recurso
Que la ocasion de su dolor consuma:
Muerta ya la razon con el concurso
Y avenida de males halló en suma,
Que de infinitos que hay de varios modos,
En un breve morir se ahorran todos.
Y sin que mi presencia fuese parte
A reprimir su furia acelerada,
Rabioso se pasó de parte á parte
El débil corazon con esa espada:
Y esta es al fin, señor, por no cansarte
Su tragedia, y la historia desdichada
Del caballo Clarion, que á maravilla
Nadie sin caer subió en su ingrata silla.
Dáme ahora favor, dáme tu ayuda
Para salir de trance tan confuso,
A quién, ó cómo vaya, ó dónde acuda
En este estrecho en que el rigor me puso:
Así la dama dijo, el moro en duda
Un breve rato se quedó difuso
En pensamientos y discursos varios,
De gusto todos y placer contrarios.
Pero viendo el caballo que pacia
Mal, por tenerse todavía el freno
Que aunque era de oro, el oro le impedia
El oro de las bestias, que es el heno;
Agradado del talle y gallardía
Probarle quiere, y si es de azares lleno,
Para no reparar en ese agüero
Basta ser español y caballero.
Mas el caballo hecho á ver dislates,
Las riendas huye á quien el oro agrava,
Y vuelto aquí y allí en varios regates,
Lozano la alheñada clin embrava:
Hasta que ya á los últimos remates,
Donde un arroyo en sus cristales lava
Los postreros jazmines de aquel prado,
Se entró en el bosque, y le dejó burlado.
Saltó el moro tras él, y con el salto
El brioso animal se alteró un poco,
Con que en paso mas libre, á lo mas alto
Del monte fue subiendo poco á poco:
Creció el antojo con hallarse falto
De aquello que primero tuvo en poco,
Y ya con mas codicia, y mayor paso,
Sigue lo que al principio siguió á caso.
Treinta millas le fue al alcance estraño,
De una breña saltando en otra breña,
Que el gallardo caballo de lozano
Ahora le aguarda, y luego le desdeña:
Así á las veces de un querer liviano,
Y de una fácil ocasion pequeña,
Se empeña un gusto hasta morir por ella,
Y abrasa á todo un monte una centella.
Ya el sol con quien el moro parecia
Que apostaba á correr hácia el Poniente,
Su sombra que antes alcanzar queria
Atras le ataba perezosamente:
Cuando al pié de una cumbre qué subia,
Su caballo vió al márgen de una fuente,
A quien de el prado la florida falda

Rica taza le sirve de esmeralda.
Vió que llegó á beber, y que un villano
Poniendo bien la silla saltó en ella,
Y en las fornidas ancas el serrano
Semblante de una rústica doncella:
Dióles el moro voces, pero en vano,
Que sin responder él ni escuchar ella
Libres se van, y en trueco del caballo
El enfado le dejan de buscallo.
Baja ligero, y de coraje brama
Al poco caso que hace el que le lleva,
Pues al ronco gritar con que le llama,
Ya en término cortés, ya en furia nueva,
Ni para, ni responde, antes su dama,
A quien con rostro humilde ablandar prueba
A que le escuche á modo de rogalla,
Sonriéndose dél camina, y calla.
Temió no sea la referida Alpina,
Que el real caballo al rey Galafre lleva,
Y que él caya en mal caso si la indina,
O haga en la estorbar lo que no deba:
Mas no tampoco quiere que en indina
Descortesía alguno se le atreva,
Ni en burlas le desdeñe por tal modo,
Que es no sentir disimularlo todo.
Y así viendo que nadie le responde,
Delante puesto, ya fiero inhumano,
Las riendas de oro quiso asir, por donde
Las lleva mal parejas el villano:
Mas él sin responder le corresponde
Con una vara en la atrevida mano,
Tal que por los artejos desarmados
Pensó al herir dejárselos quebrados.
Huyó la mano el moro atormentada,
Y un fiero grito dió que asombró el valle,
Y sin paciencia ya de una puñada
Vida y caballo se arrojó á quitalle:
Erró el golpe la cólera sobrada,
Volvió á quererle asir, y volvió á dalle,
Y del dolor y rabia faltó poco
Para quedar entre el coraje loco.
Medio pino tomó para matallo,
Y hacerle con iguales armas guerra,
Mas de dos coces el feroz caballo,
A él y á su soberbia echó por tierra:
Cayó tambien cabe él al derriballo
La doncella, y huyendo por la sierra
Se entró el bravo animal con el villano,
Que el duro freno le llamaba en vano.
Templó al moro el dolor de su caida
Ver que tambien cayese la doncella,
Que mas quisiera hallarse sin la vida,
Que causa justa en sí de quejas della;
Acudió á levantarla por cumplida
Satisfaccion que le ha pesado, y ella
No haciendo caso dél, callada, y queda,
Sentada está, sin que movella pueda.
No le responde á nada que se diga,
Fiera, inmudable, como un mármol dura,
Ni el moro sabe que consejo siga,
Ni como entienda el fin desta locura:
Al fin se fué, y dejóla en su fatiga,
Y ella viéndose libre se apresura
Tras el ligero curso del caballo,
Y el que iba encima dél por alcanzallo.
Puesta la luz del cielo en dos balanzas,
Y al mar de Atlante lo último del dia,
Por sus goices, sus puntos y mudanzas
El sol se entraba, y llécale salia:
Cuando perdido el tiempo y esperanzas
El moro que el caballo antes seguia
Solo se halló, confuso, y atajado,
A la orilla de un rio, en medio un prado.
Y enfadado de ver el nuevo enredo
Con que á pié se quedó, pasó adelante
Así altivo y feroz, que daban miedo
Su fiero ceño y áspero semblante:
Cuando la furia le templó y denuedo
De una tienda el primor así elegante,
Que al rayo de una luz que dentro habia
Tambien el oro del brocado ardia.
Entre frondosos árboles plantada
Estaba el murmurar del manso rio,
Sitio oportuno, y parte acomodada
Para en ella hurtarle el cuerpo al frio:
Llegó cortés á demandar posada,
Y halló el albergue y pabellon vacío,
Con rico estrado, y prevenida cama,
Y al rayo de una luz sola una dama.
De poca edad, y mucha hermosura,
Niña de alegre gusto parecia,
La frente un claro cielo, en cuya altura
Sobre la nieve el sol resplandecia:
De gentil cuerpo y agradable hechura,
El rostro del color que nace el dia,
La garganta gentil, y el blanco pecho
De frescas rosas y jazmines hecho.
Dado al descuido un nudo en el cabello,
Donde el sutil amor quedó enredado,
Para hacer lazos y marañas dello,
Y el pensamiento atar al mas delgado:
Dos arcos de un dorado y sutil vello
De cien flechas y mas cada uno armado,
Que van volando, y dan en las entrañas
Al mover de las cejas y pestañas.
Dos mayos de azucenas y claveles
En un verano son sus dos mejillas,
Sus dulces labios de coral rieles
Con que rie el placer por sus orillas:
De aljofarados diéntes dos cairoles,
Y en cada uno un millon de maravillas,
Verdes los ojos, y sus luces bellas
Mil soles, que son poco dos estrellas.
De un mirar regalado, y halagüeño,
Que acaricia, ocasiona, y necesita
A dar el alma libre en dulce empeño
Al precio de beldad tan esquisita:
Con el donaire de un capote y ceño,
Que mas á un muerto gusto resucita,
Ni así el ambar y música provoca,
Como el aliento y habla de su boca.
Los tiernos pechos dos pequeñas pomas,
De rosas hechas, y apretada leche,
De un real valle de amor menudas lomas,
Que al ensacharse le hacen que se estreche:
No hay Panchaya con todas sus aromas
Que olor mas fino que sus pechos eche,
Ni Venus de marfil ni de oro indiano
Con dedos mas bien hechos que su mano.
De tela de oro azul manteo bordado
De armiños, rica turca de escarlata,
De alcatifas de Persia el grave estrado,
Con bufete de nácares y plata;
Donde en follajes de cristal grabado,
De un ardiente blandon la luz retrata
Un agradable cielo en la figura
De aquella nunca vista hermosura.
La rosada mejilla en la una mano
Mostrando el brazo, y la otra descubierta
Como al descuido en ademan profano
La rica holanda en gayas de oro abierta;
Dando por mas deleite al gusto humano
La belleza que guardan encubierta
De la aguja las redes peligrosas
En el pecho de tierna nieve y rosas.
No habia en el pabellon mas que una lumbre,
Ni mas que aquella hermosura sola,
Que cual fino diamante su vislumbre
Todo con bellos rayos le arrebola:
Es de la tienda real la altiva cumbre

Una encantada y cristalina bola,
Por donde las estrellas y la luna
Sus cursos hacen sin mudanza alguna.
Toda de oro bordada y pedrería
Por de dentro parece y por defuera,
De árboles, cazas, flores, montería,
Una agradable y fresca primavera:
En perlas el jazmin se contrahacia,
Cuya hoja de esmeraldas finas era,
Los florones de escarches amarillos,
Gripados de argentados trebolillos.
Dejó asombrado al moro la belleza
De la suntuosa tienda, y de su dueño,
Las sedas, perlas, oro, la riqueza,
El bosque oculto, y el lugar pequeño;
Y sobre todo la real grandeza,
Y aquel mirar alegre y zahareño
De la beldad mayor que el mundo supo,
Que allí entre las demás grandezas cupo.
Tambien la nueva soledad le admira,
Sin gente de respeto ni servicio,
Con una sola luz que alumbra, y mira
Todo el mudable y único edificio,
Y que suspensa y sin querer suspira,
De algun mal interior notorio indicio:
Todo esto contempló desde la puerta,
Sin que la dama al parecer lo advierta.
Mas ya determinado por su gusto
El secreto saber de esta aventura,
Con rostro humilde y corazon robusto
El rico umbral pasó, y en voz segura:
«Guarde, señora, dijo, el cielo justo,
La gloria de tan rara hermosura,
Haciendo mas suave y menos larga
De los cuidados la pesada carga.»
Alzó los ojos, con que dar pudiera
A los ya muertos de sus lumbres vida,
A ser las leyes de la muerte fiera
Como las del amor mas homicida;
Y por mejor probar su fuerza entera
En fingido alboroto desahuida,
Con vista afable y lengua zahareña
Le atrae á un mismo tiempo, y le desdeña.
Al fin despues de varios cumplimientos
Lugar le concedió en el rico estrado,
Pidiéndole la causa y los intentos
De haber en tiempo tal allí arribado:
Contóselos el moro en breves cuentos
La empresa del caballo desgraciado,
Y como ya era próspero y dichoso,
Pues á lugar le guió tan venturoso.
Rió en grandes donaires la doncella
La no entendida burla del villano,
Y por sacarle con sosiego della,
«Señor, le dijo, en este verde llano,
Aquella cristalina fuente bella
Está encantada por la sabia mano
De la hechichera Arleta, que un engaño
En ella puso de artificio estraño.
Esta tuvo amistad con cierto moro,
Gran capitan de Zaragoza y Baza,
A quien sin guardar término y decoro
Una mora usurpó de humilde raza:
Es rica, y donde quiera manda el oro,
Y él con mayor codicia que no traza
Dejó la dama pobre por la rica,
Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.
Tiene un castillo cerca de esa fuente,
Y en él el falso amante entretenido,
De adonde salen cuando el dia al Oriente
Los dos á monte por el verde ejido:
A este fin la zelosa diligente
Del agua empozoñó el cristal lucido,
Porque saliendo á caza sea quien fuere,
Sus disgustos le pague si bebiere.
Quita el sentir la fuerza del veneno
Por largo rato, mientras con bastantes
Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno
De lo que le solia enfadar antes:
Pudo ser que bebiesen deste cieno
Aquellos dos villanos caminantes;
Y sin sentir ninguno lo que hiciese,
La referida burla sucediese.
Yo, señor, estoy sola, que mi gente
Toda se fué á un castillo de mi hermana
Cerca de aquí á la parte de Poniente,
Para volver con ella á la mañana:
Quedóse una doncella y un sirviente
A hacerme compañía, y hoy con vana
Curiosidad se entraron por la selva,
Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva.
Mas ya entiendo sin duda por las señas
Que son los que cogieron tu caballo,
Y sin juicio van por esas breñas,
Y yo en el riesgo en que me ves me hallo:
Triste, sola, y metida entre estas peñas,
Mas ya que tú veniste á remediallo,
Podrás darme tu amparo, y ser mi abrigo,
Sino te causa miedo estar conmigo.»
Dijo esto por tal modo la doncella,
Y así en suaves ojos halagüeños,
Que sin sentido el moro quedó en vella,
Entre deleite y gustos no pequeños:
Hasta que al fin ocasionado della,
De sus halagos y fingidos ceños,
Preso en sus lazos, y en su lumbre ciego,
Tierno le dijo su amoroso fuego.
Ella ni le acaricia ni desecha,
Ni contenta se muestra ni enfadada,
Que todo á veces en donaire lo echa,
Y á veces todo al parecer le agrada:
Va haciendo la cadena mas estrecha,
Y el moro ya con alma enamorada,
Del todo se le rinde y aliciona,
Y por ojos y boca lo pregona.
Calla, y con no rehusar le da licencia
Que entre sus blandas manos se regale,
Y en trato afable y grata diligencia,
A convidarle con los gustos sale:
De un rico cofre saca á su presencia
Preciosos dulces, donde el moro iguale
Su gusto en todo, porque en todo vea
Que ya de veras dársele desea.
El ya rendido amante no consiente
Semejantes escesos de tal mano,
Mas que á él con alma y corazon ardiente
Mostrar le deje huésped cortesano:
Crecen los fuegos, y él que arderse siente
En el de amor, no cabe de lozano,
Adorando entre sí el primer trabajo,
Que á tan dichoso punto y fin le trajo.
«No es el caballo, dice, desgraciado,
Como por burla me contó la dama,
Pues á tanta ventura me ha guiado
De collado en collado, y rama en rama:
Siempre del mal ó el bien exágerado
Son menores los hechos que la fama,
Cuando tenga mil tachas mi caballo,
Este bien solo me hará adorallo.»
Así en pláticas dulces y sabrosas
Cenando están los dos de oro en un plato,
Dando ella de sus manos amorosas
Presas de amor al moro cada rato:
Ya preguntando diferentes cosas,
Ya con libre decir, y con recato,
Que le importa saber si tiene dueño,
Si es de gusto comun, ó zahareño.
El moro á todo en cortesano estilo,
Ya en veras le responde, ya en donaire,
Y mientras del parlar siguen el hilo,

Si acaso da en la vela un soplo de aire,
Que humillando la luz muestra el pábilo,
Todo se turba y desvanece en aire,
Que sin la llama el pabellon no luce,
Antes cual débil sombra se trasluce.
Parécense los árboles y el cielo,
Y aun se apaga en la dama la belleza,
Mas luego que la luz cobra su vuelo,
Todo se vuelve á su primer riqueza:
Cree viendo esto el moro sin recelo
Que es desvanecimiento de cabeza,
Que el mucho caminar; y el comer poco,
Le trae el sentido divertido y loco.
Y metido ya en veras con la dama
Libremente le dice su deseo,
Ella con vano escudo de su fama
El gusto le entretiene por rodeo:
«Ser verdad que adoreis esta que os ama,
Yo en esto, dice, lo conozco, y veo
Que pudiendo salir sin demasía
Con vuestra voluntad pedís la mia.
Mas yo de todo en todo seré vuestra
Si me jurais lo que pediros quiero
Por ese noble pecho y mano diestra,
Y la fe que debeis á caballero:
Que nuevas culpas ni ocasion siniestra
De vos me apartarán, sin que primero
Me deis satisfaccion de una doncella,
Que usurpado me ha un gusto por mas bella.
Hame tiranizado un caro amigo,
Que era otro tiempo el alma de mi gusto,
Y en fe que dió de se casar conmigo,
De mí le di mas parte que era justo;
Y aunque por vos, señor, en lo que digo
Tratar cosas pasadas sea disgusto,
Es fuerza que me deis esta palabra,
Y así mi voluntad su puerta os abra,
Que cuanto á desear esto me mueve
Ya no es gusto de amor, sino venganza.»
El moro que en su rostro entre oro y nieve
Ardiendo en fuego siente su esperanza,
No solo una palabra y don tan leve
Le otorga, jura y da; mas si en balanza
De un mundo entero el contrapeso hiciera,
Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.
Y ya con la licencia que le ha dado
Quiso en mas libre trato entrar con ella,
Hacer campo de amor el rico estrado,
Y allí suya del todo la doncella:
Cuando con el burlar desordenado,
El sujetarla, y defendérsele ella,
La vela se cayó, y sin lumbre alguna,
Lo que encubria la luz mostró la luna.
Sobre una cama de pajizo heno
Abrazado se halló á una flaca vieja,
El turbio rostro de berrugas lleno,
De solo un ojo, y con ninguna ceja;
La hundida boca, cavernoso seno,
Con los podridos dientes mal pareja,
Dando al vecino olfato grueso aliento
De algun recien abierto monumento.
Duro el cabello, entre aplomado y cano,
Peor que el de Tesifone, y Megera,
La encorvada nariz, que al gusto humano
En flaco iguala, de color de cera:
De nudosa raiz el cuerpo enano,
Con mas años que el tiempo, y toda entera
Tal que al valiente moro y su denuedo,
Lo que el mundo no pudo, puso miedo.
Así el hambriento pobre peregrino,
En seca paja de un rastrojo echado
Rico se sueña al fin de su camino,
En cuadras de oro, y camas de brocado;
Y en medio el gusto un viento repentino.
El sueño vuela, y hállase abrazado
A su esteril bordon, y hambre ayuna,
Al frio rayo de la blanca luna.
Con secos nervios, y con duros brazos,
Así al moro ciñó, que no podia
Del cuello huir los escabrosos lazos,
Por mas que la apartaba y deshacia:
Quiso de rabia hacérselos pedazos,
A no ser en los suyos villanía,
Y ella mas firme que la yedra al olmo
Llegar su antojo quiere y gusto á colmo.
¿Quién ha visto en un águila enroscada
Víbora azul, ó pardo cocodrilo
A una palma enredarse levantada
De las crecientes del vadoso Nilo?
¿O á Mercurio en su vara celebrada
De dos serpientes el nudoso hilo?
Tal parecian los dos, y en tal hechura,
El en la rabia, y ella en la figura.
«No es razon, dice, ni camino justo,
Que poniéndome yo en vuestra tutela
Por solo ser en fuerzas mas robusto,
Esta me hagais sin que mi honor os duela.»
Pensó quizá el envejecido gusto
Que aun todavia ardia la candela,
Y así llevaba el frio melindre al cabo
Con el amante ya rabioso y bravo.
Mas viendo que de veras la desecha
La sacude de sí, huye, y aparta,
Que sin luz su invencion quedó deshecha,
Medrosa que la deje, y que se parta;
Las duras garras por el cuello le echa,
Y de su aliento y tósigo le harta,
Pidiendo á vueltas á la amada presa
La fe debida á su primer promesa.
«No soy tan fea, le dice, cual parezco,
Que ya fuí cuando moza celebrada,
Y aun hoy pena por mí quien no apetezco,
Y me trae con sus lágrimas cansada:
Si estos enfados y desden merezco
Por daros yo tan franca mi posada,
No os envié yo á llamar, vos me buscastes,
Y con falsas promesas me engañastes.
Cumplidlas, falso, pues, ó á todo el mundo
Por cruel os mostraré, y por alevoso,
Sin que de mí os huyais, aunque al profundo
Rincon bajeis del centro cavernoso:
El galan que por vos hice segundo
Quiero me deis para que sea mi esposo,
Y me vengueis de quien me le ha quitado,
Y os honreis hasta entonces con mi lado.»
Bastante prueba dió de su nobleza
En esto el reportado sarracino,
Pues templando á su enojo la braveza
De hacer se abstuvo un nuevo desatino:
Solo arrojando la infernal fiereza,
Que asido le tenia; «ese canino
Rostro, dijo, será quien te ha usurpado,
Si ya alguno te amó, el haberte amado.
Dél será bien vengarte con hacelle
Un Euclides de rayas y figuras,
Sin que puedas ya mas entretenelle
En vanas aparentes hermosuras:»
Así dijo, y porque iba á detenelle
Con nuevos embelecos y posturas,
De sí la desvió con tanto brio,
Que yéndole abrazar abrazó al rio.
Cual encogida y debil hojarasca,
Que de árbol seco arranca el raudo viento,
Y volando la lleva su borrasca
Trocando puntas, y mudando asiento;
Tal la hechicera fue con mortal basca
De uno y otro traspié rodando á tiento,
Hasta dar en el agua, en que se hundiera,
Si ya de carne, y no de pluma fuera.
Fuese el moro feroz desesperado,

Viendo el deleite vuelto en amargura,
Y del caballo mal afortunado,
Aunque de noche clara la ventura:
Mas no mucho se fue, cuando á su lado
De Arleta vió la hórrida figura,
Que para mas enfado del que tiene
A pedirle la fe y palabra viene.
Pensó rendirle el alma de coraje
Volviendo el moro altivo el rostro á vella,
Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,
Con la espada alta arremetió tras ella:
Huyó la vieja haciéndole un visaje
Que le asombró miralla, y por cogella
En unos mimbres tropezó sin tino,
Y el feroz rostro le abrazó un espino.
No hay sierpe á quien la azada del villano
Haya en dos medias partes dividido,
Que así fiera vomite por el llano
El humo del veneno recocido,
Como el aragonés moro inhumano,
Viéndose en tantos modos perseguido
De aquella que matalla es caso indino,
Y sufrir sus locuras desatino.
Y así por apartarla de sus ojos
A correr comenzó por la espesura,
Y ella para seguille, y dalle enojos,
Con las alas del viento se apresura,
«Traidor, hasta que cumplas mis antojos,
Le dice, y la palabra y fe perjura
Que me diste, en desierto y en poblado,
Ó viva ó muerta, me traerás al lado.»
Así corriendo por la selva espesa
Dos largas millas fueron sin cansarse,
Que ni él dejó el huir á toda priesa,
Ni ella el decir injurias, y acercarse;
Hasta que un hondo rio que atraviesa
El paso les tomó, y forzó á pararse,
Y el moro revolviendo de repente
Viva cogió la vieja impertinente.
Y á un árbol de los muchos de su orilla
Harto ya de sufrir la dejó atada,
Y en huida veloz para no oilla
Apresuró hasta el dia su jornada:
Salia ya el alba en su argentada silla,
De rosas y azucenas coronada,
Cuando el moro salió del bosque al llano,
El ancho rio á la derecha mano.
Y á la otra parte en un ancon que hacia
La corva ala de un cerro puesto en frente,
Entre arenas y aljófares bullia
El cristal puro de una limpia fuente:
Junto á ella puesto un pabellon se via,
Y en torno dél durmiendo armada gente,
Dos apretadas barcas en el rio,
Y una espía en un álamo sombrío.
Llegó el furioso moro á preguntalle,
Qué atalaya de allí, ó á quién espera,
Cuya es la tienda y gente de aquel valle,
Y si querrán pasarle á su ribera:
Agradóle del moro el garbo y talle,
Y este el primero fue, y la vez primera,
Que de un hidalgo se pagó un villano,
Y un navarro alavés de un castellano.
Y así le respondió: «en la hermosa tienda
Tiene el rey de Pamplona alojamiento,»
Mas luego arrepentido de que entienda
Que le quiso dar gusto, mudó intento;
Y haciendo al yerro sin sazon enmienda,
El receloso Ferraguto atento
Al encubrir y descubrir razones,
Barcas, espía, tienda, y prevenciones,
Bien entendió que el caso era de cuenta,
Pues el rey Biarabí por su persona,
A riesgo suyo y de su honor le intenta
Tan lejos de los muros de Pamplona:
Tiene con él enemistad sangrienta
Por feudatario á la imperial corona,
Y que es traicion recela, porque sabe
Que en un navarro moro todo cabe.
Por esto quiere el caso por entero,
Y á la espía le ruega que se abaje
A llevar de un estraño caballero
Si es posible á su rey cierto mensaje:
Tanto decirle al fin supo el guerrero
De ruegos y promesas, que el viaje
Aceptó, y arrojándose en el prado,
El moro le prendió, y quedó burlado.
Y haciéndole que calle, aunque no quiera,
Con él se retiró en una espesura,
Donde del caso la verdad entera
Le pide, ó que hábra allí su sepultura:
Así lobo feroz tierna cordera
Que por su boca asió á su cueva oscura
Lleva, sin que ya pueda libre y horra
A su pastor pedir que la socorra.
«Señor, por el profeta en quien adoro,
Temblando respondió, y por este paso
En que me ha puesto la codicia de oro,
Que no sé el fundamento y luz del caso;
Que de un plebeyo, y no castizo moro,
Nunca para altas cosas se hizo caso,
Solo podré contarte lo que he oido,
Ora sea cuento cierto, ora fingido.
El sagaz Biarabí, rey de Pamplona,
Debajo de traer cierta embajada
De parte del rey Carlos en persona,
Gente metió en Toledo disfrazada:
A Rangorio, caudillo de Girona,
Del gigante Arganzon la firme espada,
Y á Zaldjrán, señor de la montaña,
De un ojo solo, y de estatura estraña.
Este de cepa y de linaje oscuro,
Aunque él se hace de su rey pariente,
Es el que á cargo tiene dar seguro
Del rio este ancho vado con su gente;
Y de un herrado carro el firme muro
En que salvar la presa diligente,
Que se entiende será una bella mora,
Hija del que en Toledo reina ahora.
Son varios los incrédulos rumores
Que deste robo cuentan en secreto,
Unos dicen que el César por amores
Así al rey lo mandó, que es su sugeto;
Y un caballo tambien de los mejores
Del mundo le envió para el efeto,
De cuya ligereza se valiese,
Y el hecho sin temor acometiese.
Y que Rangorio á la jornada vino
Para mayor seguridad del caso,
Mas ni eso lleva al parecer camino,
Ni es de creer que en semejante paso
Un monarca tan sabio, un rey tan dino
De serlo del oriente hasta el ocaso,
Cuando dél tiembla el mundo, por livianas
Causas de amor se burlen de sus canas.
Otros Rangorio padre de Oliveros
Fingen el nuevo autor deste cuidado,
Mas yo en secreto ni á dos caballeros
Hacer á Biarabí solo el culpado;
Que acometido de enemigos fieros
Su reyno, y de leoneses rodeado,
Olvidada su edad anda perdido,
En amorosas burlas divertido.
Al fin sease cual fuere el fundamento,
El caso cierto es ya que Galiana,
La dama de mayor merecimiento
Que hoy se conoce mora ni cristiana,
Sino hay algun notable impedimento
Aquí presa estará de hoy á mañana:
Esto es cuanto del caso decir puedo,

Y lo que aquí esperamos de Toledo.»
Así el moro decia, compelido
De los miedos del hijo de Lanfusa,
Cuando en el bosque oyeron el ruido
De una algazara y trápala confusa:
Saltó el aragonés apercebido,
La espía se le huyó, y por la difusa
Campaña mil tragedias con espanto
Materia dieron de venganza y llanto.
Mostróse claro el alevoso intento
Del robo ilustre que hacer procura
El rey de la ciudad, á quien dió asiento
El que perdió en Farsalia la ventura:
Y Ferragut celoso hasta del viento
Que en el rio suena, y brama en la espesura,
No aguardó á saber mas, dejó la espía,
Y á buscar acudió el rumor que oia.
Vió venir tras un hombre desarmado
Con limpias armas dos por darle muerte,
Y sin poderle socorrer clavado
Al suelo le dejó un venablo fuerte:
Volviéronse con paso apresurado,
Y el moro leal que la traicion advierte,
Con alma y pecho audaz y piés ligeros,
Siguiendo fue los falsos caballeros,
Y no lejos de allí, al entrar de un valle,
Otro vió alancear como el primero,
Sin que á ninguno socorrer ni dalle
Favor pudiese su ánimo ni acero,
Cuando por una estrecha y verde calle
De la selva salir vió un caballero
Con aljaba de monte de brocado,
Y un cruel trozo de lanza atravesado.
Fue cayendo á los piés de Ferraguto
Desangrado y mortal, creyendo fuese
Del enemigo bando ánimo bruto,
Que lo que otro empezó acabar quisiese:
Y ya pagando el general tributo,
Como antes de morir reconociese
Que el moro era neutral, y no enemigo,
Así le dijo en tono y voz de amigo:
«¡Oh invencible valor, cualquier que seas
Que en ademan gallardo y real persona
De mí muestras dolerte, y que deseas
Vengar mi muerte, acórreme, y perdona
El no poder guiarte donde veas

De Toledo agraviada la corona
Del rey mas falso, y gente mas traidora,
Que en Meca cree, y su Alcorán adora!
Danos favor, gran Cid, si á tu presencia
El valor de esa espada corresponde,
Y al mundo le ha quedado resistencia
Con que hacerla, y términos por donde;
Socorre la beldad y la excelencia
Mayor que en toda su grandeza esconde,
A una ofendida infanta, y á un honrado
Rey, de otro infame rey sin fe agraviado.
Con ademan de una fingida caza,
Y alancear una feroz leona,
A este soto sacó la industria y traza
Del falso Biarabí, rey de Pamplona,
La bella Galiana, y á una plaza
Encubierta guiando su persona,
Nos trajo á la mitad desta floresta,
Donde tenia una emboscada puesta.
Allí con cruel ánimo y denuedo
Un tejido escuadron de gente muda
Salió á robar la infanta de Toledo,
Y á dar al rey en su traicion ayuda:
Hizo su oficio el repentino miedo
Sobre la que halló de armas desnuda,
Unos huyeron, y los mas honrados
Han muerto, cual yo ahora, alanceados.»
Así ya con la muerte y sus congojas
El toledano á Ferragut decia,
Cuando por la espesura de las hojas
Uno huyendo de otros tres salia,
De azules sobrevistas, y armas rojas,
De sierpes llenas de oro y plumería,
Y el que huia una marlota gualda,
En un hombro herido, y una espalda.
Salió á hacer reparo el moro altivo
Contra los tres cebados en matalle,
Y al mas ligero de un revés esquivo
De medio arriba lo dejó sin talle:
Al otro medio muerto y medio vivo
Por su entero sepulcro le dió el valle,
Y al tercero con él tal escarmiento,
Que siendo plomo se volvió de viento.
Saltó el aragonés sobre un caballo
Siguiendo al que huye de su aguda espada,
No tanto por herillo ni alcanzallo,
Cuanto por ir á dar en la emboscada:
Al fin supo el temor tambien guiallo,
Que en una plaza de árboles cercada,
En desigual batalla vió metidos
Catorce armados contra diez heridos;
Y en donde preso un sol con diez estrellas,
Eclipsada la luz de su hermosura,
Hecha un vistoso cielo dél y dellas
De aquel sangriento prado la frescura:
La bella Galiana y sus doncellas
Llorando su presente desventura,
A cuenta y guarda de un feroz gigante
Temblando están de su brutal semblante.
Así en turbios y rígidos celajes,
Entre los cuernos del templado toro,
Humedeciendo al aire sus plumajes
De las pleyadas el medroso coro,
Llorosos hace y lóbregos visajes
De tierno aljofar y arreboles de oro,
Viendo de orion armado el brazo fiero,
Y de su alfanje el relumbrante acero.
Puso el gallardo hijo de Lanfusa
Los ojos en la bella Galiana,
Que aunque llorosa, y en su mal confusa,
Su hermosura descubre soberana:
Aquella hermosura y luz que infusa
Del libre sueño vió en la sombra vana,
Cuando el amor con ella le hizo presa,
Y en su alma la dejó y su gusto impresa.
Halló despierto á quien mostró dormido
El dia pasado el agua de una fuente,
Y ser deste alboroto aquel ruido
Que hacia soñando una espantosa gente:
Cuando en rabiosa cólera encendido,
Y en nuevos gustos del placer presente,
Tan fiero, que mirallo atemoriza,
Haciendo entró por los contrarios riza.
Sobre el gran yelmo de templado acero
Una enroscada y bella sierpe de oro,
Por alas los penachos del plumero,
Y por veneno y silbos los del moro,
Encontró á Grabelindos el primero,
Una de las tres llaves del tesoro
Del reino de Pamplona, y de sus rentas
Le remató en su alcance el de las cuentas.
Alfajardo, y Zegrides, dos hermanos,
El uno amante nuevo, el otro esposo,
De dos moras de rostros soberanos,
Que ausentes lloran su tardar penoso;
Al uno la cabeza y las dos manos
Que levantaba á hacer un golpe honroso,
Y al otro de una punta atravesado,
Por comun sepultura les dió el prado.
Creció del ciego ruido el alboroto
Con el nuevo socorro del pagano,
Volviendo los que andaban por el soto
Dando la caza al pueblo toledano:
Y al fiero Arlange, que el alfanje boto
De herir, y en sangre envuelto el brazo y mano,
Tornaba de mil muertes victorioso,
Un altibajo le alcanzó espantoso.
Y dándole primero á Gorgio muerte,
Un músico del rey, que á dar venia
Solaz, y no á reñir, porque á su suerte
Las pretensiones no regló aquel dia;
Contra Arlange un revés volvió tan fuerte,
Que todas las victorias que traia
Por el suelo le echó, y en larga pieza
Del cuello la fantástica cabeza.
Y dando á las espaldas el escudo,
Con la espada á dos manos fue haciendo
Mortal estrago, y por el pueblo rudo
Crecer el alboroto y el estruendo:
El feroz Biarabí, que ya no pudo
Mas el rigor sufrir del brazo horrendo,
Ni los furiosos golpes que en su gente
Da y ejecuta la feroz serpiente:
Con una lanza como gruesa entena
Contra él por medio del furor se lanza,
Y en el soberbio pecho que resuena
En negro aliento soplos de venganza,
El encuentro acertó, y de estruendo llena
La selva y de los trozos de su lanza,
Bramando vuelven por los robles secos
Del sordo monte los quebrados ecos.
Perdió el gallardo moro los estribos,
Abrazándose al cuello del caballo,
Al tiempo que diez golpes vengativos
De ira llenos bajaban á buscallo:
Fue despertar en su furor mas vivos
Los brios de vengarse, y provocallo
A un increible y espantoso estrago,
Y á dar al rey de su traicion el pago.
Así en los duros yunques de Vulcano,
En las cavernas del Tinácrio monte,
Si el rayo se desliza de la mano
Al negro Esterpe, ó al horrible Bronte,
Rompe en fiera estampida por el vano
Contorno de su lóbrego horizonte,
Llevando el ronco estruendo en un instante
Fraguas, obras, y obreros por delante.
Con semejante furia, y con violencia
Igual volviendo en sí el feroz guerrero,
A Lurco mata, alcaide de Plasencia,

A Gripol, á Alberindos, y á Bambiero:
Y sin hacer caudal ni diferencia
Del humilde villano al caballero,
A Cepola, escudero de Algaberte,
Y á su amo, de dos golpes dió una muerte.
Y vuelto al rey, que con feroz denuedo
Alta la espada por le herir volvia,
A recibille el golpe estuvo quedo,
Y de la muerte se escapó Argalia,
Que ya la iba tragando con el miedo
Del jayan bravo que sobre él venia,
Dió el golpe encima de la sierpe de oro,
Haciendo que lo sea en rabia el moro.
Y en respuesta le dió tras de una punta,
Que le encarnó aunque poco en el costado,
Un ligero mandoble, en que fue junta
La colérica rabia al justo enfado:
Llevóle medio escudo, y con difunta
Color el rey cayó desacordado,
En la cabeza, el hombro, y pecho herido,
O muerto al verde prado, ó sin sentido.
Y revolviendo la furiosa espada
Al vulgo que á vengarle se apercibe,
A este de intento, al otro de pasada,
En todo su rigor y enojo escribe:
Con que de la otra gente amedrentada
La esperanza y el ánimo recibe,
Y con tan buen caudillo en su presencia,
Mas que antes hacen firme resistencia.
El valiente Arganzon, que en guarda puesto
De las doncellas y la infanta estaba,
Viendo caido al rey, huyendo el resto
De solo un brazo, y su arrogancia brava;
Bramando al cielo sale de su puesto,
En la ancha mano su acerada clava,
Con que una horrible pasta á un golpe fiero
Las armas piensa hacer y el caballero.
Era Arganzon del reino de Pamplona
Alferez real, de corazon valiente,
Nacido segun unos en la Sona,
Y segun otros en la Nubia ardiente,
De corpulenta y bárbara persona,
Armado de unas conchas de serpiente,
De muchas fuerzas, y ninguna maña,
A quien su rey pasó de Argel á España.
Fundó en Navarra sobre una alta breña
Un castillo gentil, que el gran Teobaldo
A Guevara ganó, y mudó su seña,
Las bandas y panelas de Grimaldo:
Dando á su ilustre casa no pequeña
Magestad desta peña el fiel respaldo,
Ganada á fuerzas del soberbio Argante,
Pariente y sucesor deste gigante.
Este pues viendo el espantoso estrago
Que la aragonés furia hace en su gente,
Al rey caido en un sangriento lago,
Y á sus golpes medroso el mas valiente;
Dando órden que Bramul con tierno halago
La infanta lleve en órden suficiente
A las barcas, y allí en el albedrio
De Zaldirán la entregue, y pase el rio;
Con pecho osado, y ánimo brioso,
Alta la espada, y su furor mas alto,
A dar fue en Ferraguto un peligroso
Golpe ayudado de un ligero salto:
Erróle con la cólera, y furioso,
De rabias lleno, y sufrimiento falto,
La bisarma arrojó, sacó la espada
En mora sangre sin lealtad manchada.
Mas antes que ejecute el golpe fiero,
Uno tal le prestó el sagaz pagano,
Que el medio escudo, aunque de fino acero,
Le llevó al suelo, y parte de la mano:
Dió un bramido el jayan, y el caballero
Otro segundo le asentó de llano
Encima el duro yelmo, que sin tino
Al verde suelo del caballo vino.
Creyó que habia acabado la jornada
De aquel golpe espantoso la violencia,
Y asi esgrimiendo la lustrosa espada
Sin hallar en reparos resistencia,
De tajo, de revés, y de estocada,
Hiere, destroza, mata, y diferencia
Con horribles señales y heridas,
Cuerpos, armas, personas, muerte, y vidas.
De las medrosas sobras que han quedado
Al destrozado campo de Pamplona,
Ya sin caudillo en son desordenado
Huye á salvar cada uno su persona:
Y el vencedor gallardo que el cuidado
Mayor quel suyo alienta, y aficiona
El de la bella infanta, ya trataba
De seguir á Bramul que la llevaba.
Cuando Arganzon volviendo en su sentido
Furioso contra el cielo se levanta,
Que en verse de mortal valor rendido
Los muertos pisa, y á quien vive espanta;
Y el corvo alfange en alto suspendido
Un golpe al moro dió con fuerza tanta
Sobre el dorado yelmo á todo vuelo,
Que dió con él de espaldas en el suelo.
Bajóse por cortarle la cabeza,
Cuando el brioso aragonés gallardo,
Con nuevo aliento, y nueva fortaleza,
Mas ligero saltó que un presto pardo,
Huyendo con mañosa ligereza
El golpe altivo del jayan bastardo,
Aunque en el hombro le alcanzó sinistro
El filo agudo del alfange diestro.
Cortóle de la malla el fino lazo,
Y gracias al encanto de Lanfusa,
Que tambien le llevara entero el brazo,
Sino hallara en su virtud escusa:
Mas él que solo siente el embarazo
De no seguir la infanta, no rehusa
Sus golpes, ni hace dél ni dellos cuenta,
Que en uno piensa de cobrar cincuenta.
Y así despues que de uno y otro lado
Del acerado arnés la fina malla
El soberbio jayan cortó alterado
En descompuesta y bárbara batalla,
Ferragut le acertó un descaminado
Golpe del yelmo en la dorada talla,
Tal que él, y la cabeza, y pecho abierto,
Espantable cayó en el suelo muerto;
Con ruido igual al que en los valles hace
De las sierras de Cuenca y de Segura
El pino altivo que en sus hombros nace,
Y en los suyos la mar vuelve segura;
Que si el yerro le tronca, y le deshace,
Suena al caer, y tiembla la espesura,
Las hojas en los árboles vecinos,
Y el pez en sus remansos cristalinos.
No quedó al golpe horrible altiva espada
De cuantas antes contra sí tenia
Que no huyese, viendo destroncada
La mayor fuerza con que el rey venia:
La gente antes vencida y desarmada
Contra Bramul, que á se escapar huia
Con la infanta, sin armas y sin tino
Peleando le estorbaba su camino.
Hasta que libre ya de la refriega
En que quedaba el moro diligente,
Lloviendo sangre de su espada llega
A dar socorro y ánimo á la gente:
No fue de dura esta segunda brega,
Que un desmayo entibió el furor ardiente
De los navarros moros, viendo cierto
Ser Arganzon vencido, y su rey muerto.
Huyeron por el bosque divertidos

A los ocultos valles de la sierra,
Quedándose entrampados y perdidos
Los mas por la ignorancia de la tierra :
El bravo aragonés que vió rendidos
Los principales nervios de la guerra,
Envainando su espada, y su braveza,
Así la empresa de su gusto empieza.
Llegándose á la infanta, que admirada
Está de las bravezas de su mano,
De sus medrosas damas rodeada,
En tono humilde, y modo cortesano !
«¡Oh beldad, dijo, en quien se ve cifrada
La entera gloria del tesoro humano,
Que en las centellas desos ojos vuela,
Y ardiendo el alma sus antojos yela !
Si este humilde servicio entrar en cuenta
Puede con el que el mundo os pecha y paga,
Y en noble gusto un tal deseo se cuenta
De cualquier deuda por bastante paga;
Sin hacer de otro bien caudal ni cuenta
Así mi presuncion deste se paga,
Que en fe se atreve de tan buena suerte
A ofrecerse por vuestro hasta la muerte.
Soy, si la fama deste brazo y mano
Volar tan alto con mi nombre pudo,
El hijo de Lanfusa y de Uliano,
De Huesca rey, y de Aragon escudo :
Del gran Soldan de Babilonia hermano,
Y soy el que sin armas, y desnudo,
Maté á Argalia en Francia peleando,
Y las suyas quité al valiente Orlando.
Y así la fama de esa luz preciosa,
Que ya clara en mis ojos reverbera,
Fue en mi libre cuidado poderosa,
Y á sus rayos mi alma tan de cera,
Que por virtud y fuerza milagrosa
Viva se imprimió en ella de manera,
Que sin mas esperiencias mi memoria
Hecha quedó un retrato de su gloria.
Y la ventura que al principio quiso
Darme de tal tesoro alegre nueva,
Siendo mi guia, hizo de improviso
Que por mas bien este favor le deba,
Trayéndome á tan nuevo paraiso
Por dulce alivio, y por bastante prueba,
Que si es grande la voz de esa belleza,
Es la fama menor que su grandeza.
Luego que amaneció en mi pensamiento
La justa estimacion desta noticia,
Sin hacer caso de otro humilde intento
De ser vuestro me dió noble codicia:
Cobrando mi rendido pecho aliento
Para con él vengar vuestra injusticia,
Y gozar juntamente el bien que aspira
Ese divino rostro en quien le mira.
Y así se debe todo á la grandeza
Que el cielo puso en vos, y á mí la gloria
De saber adorar tanta belleza,
Y gozar sin pensar desta victoria :
Todo junto pretende en vuestra alteza
Deste servicio y voluntad memoria,
Con que en mi crezca el ánimo en serviros,
Y en tanto bien amor temple sus tiros.»
Dijo, y la alegre gente cortesana,
Que á la espada sobró del enemigo,
En torno de la bella toledana
Cobraba aliento ya, y seguro abrigo :
Y ella con la victoria mas lozana,
En rostro afable, y en semblante amigo,
Al gran libertador que atento via
La dulce boca á responder abria.
Cuando vieron salir de la espesura
Un brioso y desenvuelto caballero,
Sobre un caballo de gallarda hechura
Todo cubierto de oro, y él de acero,
Con una dama tal, que su figura
Admiró los presentes... mas primero
Que mi pluma á este cuento se entremeta
Volverla quiero á la olvidada Arleta,
Que no es razon que porque el tiempo haga
Su oficio en ella, como en todos suele,
Ya que uno al irse con rigor le paga,
No venga otro tras él, y la consuele :
Que si con su volar todo se estraga,
Tambien es justo que en sus penas vuele,
Y se acabe el dolor como el contento,
Y nada tenga en su inconstancia asiento.
Del encantado moro el justo enfado
Atada habia dejado á la hechicera
Al duro tronco de un ciprés copado
Del fugitivo Tajo en la ribera,
Donde cuando apuntaba el sol dorado
Tras la estrella del alba placentera,
Una villana vió medio desnuda
Con lágrimas pidiendo al cielo ayuda.
Dióle voces la maga, y la doncella
Con ellas de repente alborotada,
Medrosa á los principios quedó en vella,
De su fealdad y gestos asombrada,
Hasta que al fin compadecida della
Llegó á darle favor, y desatada
Ella en pago le pide como amiga
Para ayudarla el fin de su fatiga.
«Señora, dijo, aunque contarla quiera,
Ni sé decir ni entiendo el cómo ha sido,
Ayer desde mi aldea á esta ribera
A cazar vine con mi padre un nido;
Y no sé adónde, ni por qué manera,
Me puso en un caballo, y él subido
En la silla tambien, donde queria
Furioso nos llevaba y nos traia.
Metiónos por la lóbrega espesura
Deste bosque sin luz, y andando á tiento
De un riesgo en otro, sin hallar segura
Senda ni guia á nuestro ciego intento,
La noche fuimos toda á la ventura,
O sin ella, hasta ya que al pardo viento
El lucero aclaró, y con su tesoro
De blanca plata hizo el carro de oro.
Entonces en el soto de improviso
Una fiera saltó, y alborotado
El brioso animal hurtarle quiso
La vuelta dándola él desordenado :
Dió conmigo en el tronco de un aliso,
Y en su huir á mi padre desdichado
Colgado le llevó de un corvo estribo,
Haciéndole quiza pedazos vivo.
Yo por estos ribazos, y estas peñas,
Con el ansia de darle algun socorro,
Cual me ves destrozada de sus breñas,
Sin saber dónde á socorrelle corro.»
Dijo, y entre unas vástagas pequeñas
De álamos, que hacen en el prado un corro,
Los bufidos oyeron del caballo,
Acudiendo las dos por atajallo.
Halláronle entrampado en los grimazos
Que un ciego bosque de álamos hacia,
Hecho el villano entre sus piés pedazos,
De un estribo colgado todavía :
Dió la doncella en él tristes abrazos
De sobresalto llena, y de agonía :
Arleta asió del freno por la rienda,
Tomando el paso de una estrecha senda.
Conoció en el caballo, y el suceso,
Ser el que iba buscando Ferraguto,
Aquel moro feroz que en su alma impreso
El brio dejó de un pensamiento bruto :
Y sin dar mas consuelo en el avieso
Caso de la doncella, ni en su luto,
Sola se la dejó, y se fue contenta,

Que del ajeno mal ¿quién hace cuenta?
Va con ella doméstico el caballo,
Y ella agradada de su vista y talle
A Brabonel pretende presentallo,
Y con esta ocasion nueva obligalle:
Y si él cual debe no le estima, dallo
En premio á quien prometa de vengalle
Del afrentoso agravio que le hizo
Aquella noche el moro advenedizo.

ALEGORIA.

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan á ciegas, y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas bien ó mal afortunadas, que aunque no llegan á forzar la libertad del albedrío, no hay duda que en las cosas inferiores es gran fuerza la del hado, que segun la opinion de algunos, referida por Santo Tomas, es la disposicion del signo en que cada uno es concebido, al cual aunque le es superior el libre albedrío, en muchas cosas se deja vencer de su violencia, y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza á prevenir, y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarion, que la fuerza de las estrellas predomina en los brutos, y en la parte sensitiva, y no en el albedrío humano y voluntad racional.

En Ferraguto abrazado con Arleta, se muestra cuan cierto es en el hombre caer de las manos del deleite en las del arrepentimiento: la vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso, y cuan otras de lo que son pinta y barniza las cosas.

Ferragut peleando con las gentes de Biarabí en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende: y en Biarabí destruido y frustrado de su intento, como un traidor pocas veces se escapa de morir á manos de su traicion.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO. Describese quién fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le vengue de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon compañeros suyos hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.

FUE Arleta (es bien, señor, que sepais esto
Para mas luz de su famosa historia)
Una maga falaz, cuyo compuesto
Rostro aun conserva Tajo en su memoria,
Y en una carcomida gruta puesto

Su primera beldad hace notoria,
Y del furor de su ánimo insolente
Esto por tradicion cuenta la gente.
En su florida edad de agrado y gusto,
Aunque altiva en su trato, y deshonesta,
Con que en celosas rabias y disgusto
Siempre á Toledo trajo en bandos puesta:
Amiga de Yucef, moro robusto,
Que á toda España gobernó, y con esta
Mano en su pretension no hubo interese
Que no intentase, y con que no saliese.
Mas el tiempo que todo lo consume
Dió y tomó como en otras en sus cosas,
Dióle males que cuente, años que sume,
En ferias de las perlas y las rosas;
Quedándose tan vana, que presume
Que aun pueden ser al gusto apetitosas
Las fruncidas arrugas, y las sañas
De los húmedos ojos sin pestañas.
Tirando de la edad cuanto mas pudo,
La ponzoña del tiempo y del afeite
El turbio rostro le dejó sañudo,
De unciones lleno, destilando aceite:
Y el débil cuerpo de raices nudo
Con las vivas memorias del deleite:
Mártir de nuevas aguas y legias,
Que en reumas trueca el curso de los dias.
Perdió con ellas los manchados dientes,
De un ojo el sol, y la una y otra ceja,
Que estos son los tosones escelentes
Que el torpe vicio á quien le sigue deja:
Al fin hecha de humor horribles fuentes,
Por todas partes consumida y vieja,
Dió en procurar con infernales medios
A su antigua pasion nuevos remedios.
Tenia en el Tajo entre una obscura breña
Una encubierta gruta en que vivia,
Y una fuente llamada de la Dueña,
Que de ara á sus conjuros le servia:
Quizá fue á donde ahora es Fontidueña,
Y su nombre heredó desta harpía,
Que hay fama que en su pueblo aun persevera
Nobleza desta antigua hechicera.
Tenia la fuente siempre emponzoñada,
Y enturbiando sus aguas el sentido,
Dejaban la memoria embelesada,
Y el gusto al suyo sin querer rendido:
Con que en torpe deleite ocasionada
Deseo no tuvo sin le ver cumplido,
Sino el de Ferragut, cuya locura
Las luces apagó de su hermosura.
Esta pues con las riendas del lozano
Caballo Clarion va su camino,
Trazando en si de darlo de su mano
Al que ya hizo de sus gustos dino:
Al feroz Brabonel zaragozano,
O á quien le busque y mate al sarracino,
Pretensor bravo del gallardo potro,
Que al uno adora, y aborrece al otro.
Gozó de Brabonel algunos dias
En vario engaño y ciegos embelecos,
Hasta que al fin por encubiertas vias
De su cueva huyó á los montes secos;
Sin valer ya con él magas porfias,
Ni de su halago los fingidos ecos,
Y presa de su amor entonces iba
Con la memoria y la aficion mas viva.
Cuando al bajar de una pequeña loma
Vió un caballero de unas armas goles,
Que bañada la espada en sangre asoma
Cual sol de abril en rojos arreboles,
Y que el camino hácia la selva toma
Tras dos gallardos moros españoles,
Que el caballo le han muerto por dejalle
Sin que seguirlos pueda á pié en el valle.
Alcanzó al uno de un revés ligero,
Que lo fue mucho mas que su caballo,
Yendo al suelo caballo y caballero,
Sin que trate el que huye de ayudallo:
Y acertando el segundo golpe fiero
Le abrió del hombro al pecho, y pudo dallo

Tan á gusto y sabor, que el que huia
Con solo alfanje y sin arnés venia.
Al otro le valió su ligereza,
Y el victorioso caballero armado,
Volviendo á todas partes la cabeza,
A Arleta vió bajar por el collado,
El caballo del diestro, que en belleza
Escede á cuantos Betis ha criado,
Con el rico jaez que al huello ufano
Sonando el oro le hace mas lozano.
Era este caballero el gran Rangorio,
Padre que es de Oliveros, y de Baldo,
El que en Mopsa mató en su Consistorio
Alevemente al conde don Grimaldo:
Aquel conde nobleza de Sertorio,
De Montesinos padre, y de Teobaldo,
Que á España huyeron, y de su renombre
A la Peña de Francia dieron nombre.
Este por Carlo Magno era en Girona
Gran duque, y á esta empresa toledana
Con el falso rey vino de Pamplona
Por ver de Brabonel la espada ufana,
Con quien probó aquel dia su persona
Dentro en la inculta selva comarcana,
Mientras que el rey como hambriento lobo
De una tierna cordera hacia su robo.
Y estando en lo mejor de la batalla
A ellos vieron venir tres caballeros,
Publicando el peligro en que se halla
En el bosque la infanta y sus monteros:
El moro Brabonel por ayudalla,
En fe le pide de ínclitos guerreros
En aquel punto dejen el combate,
Y al dia siguiente alarguen su remate.
No lo otorgó el francés, que era su intento
Que Biarabí saliese con la empresa,
Cuando los tres con ciego atrevimiento,
Viendo á traicion llevar su infanta presa,
A un tiempo juntos su furor violento
A dar sobre él bajaron con tal priesa,
Que sin que Brabonel pueda estorballo
Mataron sino á él á su caballo.
Y no admitiendo el de Aragon la suerte
Que á su victoria el tiempo le ofrecia,
Las riendas vuelve, y de su pecho fuerte
El brio á dar favor á su alegria:
Rangorio de los tres dió á los dos muerte,
El tercero huyó á servir de guia
A Brabonel, cuando el preñado monte
Al valle parió á Arleta, y á Clarionte.
Salió á ver el retrato en que tenemos
Juntos el de hermosura y de fiereza,
Caballo y dama, donde visto habemos
De las obras del tiempo la firmeza:
Ambos de los azares los estremos,
Uno en torpe fealdad, otro en belleza,
Ahora Rangorio en ambos entrampado
¿Cómo se librará de desgraciado?
Preguntóle, á quién lleva aquel caballo,
Y respondió á sabor la astuta vieja,
Que es suyo, y que lo lleva para dallo
En premio á quien la vengue de una queja:
Ofrécese el francés á procurallo,
Y ella á su gusto y voluntad lo deja,
Con tal que hasta vengarla en cualquier via
Segura le haga y noble compañía.
Refiriróle que habiendo regalado
De casa y cena á un falso caballero,
La habia sin culpa suya deshonrado,
Y mostrado á sus blandos ruegos fiero:
«No sé, dijo el francés, lo que ha pasado,
Yo haré lo prometido verdadero,
Lo demás tú lo sabes, solo digo
Que tenia hambre quien cenó contigo.»
Miróle de mal gusto la ramera,
Y á no haber dado ya el caballo, es cierto
Que por solo aquel mote no le diera,
Aunque le diera á Ferráguto muerto:
Mas viendo que enojarse entonces fuera
Perderlo todo, prosiguió el concierto
Como astuta y sagaz por mil maneras,
Echando en burlas las pesadas veras.
Y él con ella á las ancas por la selva
A buscar fue la gente de Pamplona,
Antes que el fiero Brabonel revuelva
De Toledo á amparar la real corona:
Mas por presto que á dar alcance vuelva
Al amado escuadron, y á la persona
Del encantado y diestro Ferraguto,
Su primer fiesta habrá trocado en luto.
Y como en los azares que traia
El francés cabe todo, vió temprana
Su cierta destruicion en alegría
En que la gente estaba toledana:
Que este es el gran guerrero que salia
Del monte, y suspendió de Galiana
La respuesta, y de Arleta el desenfado,
La que mas que los muertos manchó el prado.
Fue general la turbacion siguiente,
Galiana en conocer por el escudo
De tres coronas al francés valiente,
Y él en ver tal destrozo quedó mudo:
Arleta hallando á Ferragut presente
Tenerse de temor en pié no pudo,
Cayendo del caballo sin aliento
A los piés de su altivo pensamiento.
El moro mas que nadie alborotado
Viendo el caballo tras que ayer corria,
Y de otra parte el bulto embalsamado
Que cual muerta fantasma le seguia;
De uno rabioso y de otro alborotado,
Romper por todo su furor queria...
Mas del acometido rompimiento
Otra vez se dirá el furor violento.
Que ya Tibalte á vista de los muros
Y levantadas torres de Sansueña,
A trinchear y hacer fosos seguros
Del gran León encamina la alta seña:
Y en distintas escuadras por sus duros
Collados va en bellísima reseña,
Tal que la antigua magestad de España
El aire, aunque oprimida, en triunfos baña.
De Sansueña el alcaide un tiempo esposo
Fue de Brunilda, hermana del rey Silo,
En quien de un parto tuvo peligroso
Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,
Muriendo para dar fruto precioso,
Con mas gracias que flores riega el Nilo,
En una bella niña y un infante,
Como la luz que al dia va delante.
Al niño hurtó un esclavo en un desierto,
O cruel le mató sin culpa alguna,
Mas de la niña el cielo hizo un enjerto
En su rostro del sol y de la luna:
Tomó en sus ojos la hermosura puerto,
Desde donde ella y el amor á una
Los dulces tiros hacen, cuya guerra
En un cielo de paz vuelven la tierra.
Fue su nombre Florinda, y ella un mayo
De flores, cuyo pecho y alma altiva
De un fuerte amor el poderoso rayo
Al primer golpe la dejó cautiva,
Y hoy de una larga ausencia el frio desmayo
Apenas la esperanza tenia viva,
Cuando en sus vueltas la fortuna incierta
Viva con una la volvió de muerta.
Del conde don Tibalte un noble hermano,
Que Argildos de Velasco se decia,
Por su teniente en el real cristiano
Puesto en favor de la ciudad venia:

Altivo, jóven, de ánimo lozano,
Pecho fuerte, y robusta gallardía,
Que en la córte de Oviedo con bastante
Favor fue desta dama tierno amante.
Vino el valiente godo á la jornada
Solicitado de amoroso ruego,
A ver su gloria con la vista amada,
Cuyas ausencias le han tenido ciego:
Y porque el rayo de su ardiente espada
Allí importa que ayude á sembrar fuego,
Al fin entre el furor que el alma encierra
En busca de su paz vino á la guerra.
De finos jaspes con relieves de oro
En lo mas alto de una torre habia
Un bello mirador, que el campo moro,
Y de Arga la ancha vega descubria:
Aquí á las voces de un clarin sonoro,
Que descubrió la hermosa infantería,
En rico estrado de oro la gallarda
Florinda su vistoso alarde aguarda.
Cercada de bellísimas doncellas,
Y de esperanzas y deseos cercada,
Por ver la entrada de los campos ellas,
Y ella por ver de su amador la entrada:
Con rica cinta de esmeraldas bellas,
Y un delfin que las traga por lazada,
En agüero feliz que está en bonanza,
Ceñida ya del fin de su esperanza.
Puesto á su lado el venerable Artero,
Que plático en la guerra les dijese
Bandera por bandera el campo entero,
Y quien su capitan y escuadra fuese:
Fue la gente llegando, él con severo
Aunque alegre semblante, en que se viese
De su cordura y discrecion el modo,
Así fue señalando el campo todo.
El que á su cuenta trae el estandarte
Real, y el aire enciende con su acero,
Debajo cuyas grevas viene un Marte,
Mas que el que en Tracia riñe altivo y fiero:
Aunque de godo tiene una gran parte,
De la antigua montaña es el primero
Tibalte de Velasco, y desta gente
Digno caudillo y general prudente.
Bello Centauro en medio los barbechos
Pinos de Osa parece en brio y talle,
Cuando con dos espaldas y dos pechos
La espesa selva asombra y rompe el valle:
Tiemblan á sus piés anchos los barbechos,
Las fieras y ganados le hacen calle,
Y él dejando tras sí la alta montaña
Las fuentes turba, y hunde la campaña.
Del antiguo Idubeda, que ya puso
Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,
Y la gallarda escuadra que en difuso
Monton le cerca de su casa y gente,
Diestra en la alegre caza, y en el uso
De herir de lejos con venablo ardiente,
Cuyas flechas y dalles enastados
Por los aires alcanzan los venados.
El que sigue tras dél con su bandera
Es el valiente jóven Coribanto
De Teucra sangre casta verdadera:
El siguiente es el noble Radamanto,
Que una hidalga escuadra rige entera
Del valle de Solorzano, y el manto
De hoces de verde plata y lirios de oro
Siembra en su nueva gala un real tesoro.
Claverindo es aquel, y las legiones
Que la fértil Rioja el valle opaco
Con rejas rompen, y los ricos dones
De Ceres gozan y del libre Baco:
Aquel es Aldigér, cuyos florones
Del limpio arnés y del bruñido jaco
Los rayos dan, que ahora con sus brios
Vuestros ojos deslumbran, y los mios.
Su gente siempre á guerras inclinada,
Y puesta al enemigo por frontera,
Con corvo arado, y con luciente espada
A un tiempo abre del surco la carrera:
La que tras ella en ala concertada
De un dragon de oro sigue la bandera,
Es de las quiebras de esta insigne sierra
Escogida la flor de cuanto encierra.
Del valle de Bastán los mas valientes
Aquellos son de los escaques de oro,
Hechos á defender por sus vertientes
De sus famosas minas el tesoro:
Aquel es Berlicano, los siguientes
Son Peralta y Cerdan, que al pueblo moro
Han ganado en diversas ocasiones
De sus graves escudos los blasones.
De dos mil es su bella escuadra junta,
Gente insigne, ligera, y belicosa,
Arrogante, feroz, y que se apunta
En cólera y furor por cualquier cosa:
No sabe en general herir de punta,
Ni de lejos la flecha peligrosa
Despide á donde haga golpe vario,
Mas pecho á pecho rinde á su contrario.
Monsalve es quien la guia, por ausencia
Del príncipe Teobaldo de Guevara,
Cuya grave persona y real presencia
Su ilustre sangre muestra al mundo clara:
Nacido donde de Arga la violencia
En rocas de cristal rompe y declara
Entre un preñado monte, y su eminente
Risco el vistoso orígen de su fuente.
Es el que la argentada luna vuela
En campo azul el lusitano Argante,
Famoso cazador y que en la escuela
De Cupido gran tiempo fue cursante:
Diez años la bellísima Clarela,
Que ahora es ya su esposa, fue su amante,
Y tantos en su ardiente sangre moza
La esperanza vivió del bien que goza.
De ochocientos caballos le acompaña
La bella escuadra que en Setúbal hizo,
A quien freno ni espuela, industria ó maña,
Ligereza les da ni brio postizo:
Es fama que al frescor de su campaña
Del mar vecino el viento movedizo,
En sus fecundas yeguas dió la cria
Que despues con su padre competia.
Desto se precian, y de haberles hecho
El rey Tubal primeros deste mundo,
Dando principios á su pueblo estrecho
(Si es como dicen) sobre el mar profundo:
Con ellos van los que el dorado techo
Guardan de Bamba, y su jardin fecundo,
En Hircana, y aquellos que en Mondego
Las sombras gozan de su fértil riego.
Las armas destos son ligeros dardos,
Dorados yelmos, y argentadas mallas,
Con que veloces cruzan, y gallardos
Cual mejor gustan tejen sus batallas:
Los que ya allí de sus plumeros pardos
La alegre sombra da en nuestras murallas,
Son ochocientos asturianos fuertes,
Diestros á hacer en sus contrarios muertes.
Dos tantos trae el escuadron siguiente,
Todos de lo mejor de la montaña,
Y ambos á cargo y cuenta del valiente
Romi, que allí su luz la vista estraña:
Este del rey Hesperio es descendiente,
Que antiguamente gobernó en España,
Y aquel lucero de oro en medio un cielo,
Armas son y memoria de su abuelo.
Fue Hesperio un gran gigante, de quien toma
Italia nombre, y nuestra España aumento,

Y de Romí, su nieta, el suyo Roma
(Si es de la fama verdadero el cuento);
Que este del sacro Tiber la ancha loma
Hizo gemir, y abrió el primer cimiento
Del muro, á quien despues los dos hermanos
Con la sangre bañaron de sus manos.
Allí viene Fabricio, ¡oh adverso hado!
Sin su querido fiijo cual solia,
De su alma vida, abrigo de su lado,
Y bella lanza, si en Leon la habia:
Con la hermosa Gaviria desposado
Por festejar sus bodas salió un dia
A caza, y el correr de un oso fiero
Hizo un segundo Adonis del primero.
De Bardulia mil fuertes moradores
Siguen el tremolar de su bandera,
Hombres duros, incultos, sufridores
De los trabajos y la hambre fiera:
Menosprecian las penas, son mejores
Cuanto mas el rigor les persevera,
Cantan en los tormentos, y las furias
Al verdugo acrecientan con injurias.
Son de su natural duros y atroces,
Que su tierra de hierro y pedernales
Hecha una dura pasta, los feroces
Animos cria á su cosecha iguales:
A la ira prestos, al herir veloces,
Y al aceptar pendencias liberales,
La madre mas piadosa al hijo amado
De acero le arma y le ocasiona armado.
Está toda Cantabria á la influencia
Del fiero norte, y su importuno yelo,
Hiriéndola de lleno la inclemencia
De aquel cuartel de riguroso cielo;
Con sola esta pequeña diferencia,
Que en las figuras de su tardo vuelo,
Los dragones, los osos, las serpientes,
Son allá arriba estrellas y acá gentes.
Pues ya con el clarin de aquesta guerra
Sus belicosos pechos alentados,
No quedó valle en su fragosa sierra,
Que cual Tebas no espigue hombres armados:
Los que en desentrañar la dura tierra,
O en las ardientes masas ocupados,
El metal labran, que de luz vestido
En las hornazas hierve con ruido.
Los que del Deva gozan los cristales
Que le entrega el helado Pirineo,
Y á los que en sus salados minerales
De blanca sal les dan sabroso empleo:
Los que del mundo habitan los puntales
Sobre las nubes puestos por trofeo,
Y en la peña Udalacha y en Ambroto,
Sombrío gozan y agradable soto.
Es este el fresco valle de Arrazola,
Con quien se aunan por diversas vias
Los que por las riberas del Urrola
El rumor sordo asombra de herrerias:
Cuando en ardientes llamas arrebola
Del pardo hierro las escorias frias,
El que al valle de Aytona, y de Zumaya,
De mimbres ciñe la florida raya.
Briganto es el que allí con plumas varias
Cual rojo leon fantástico campea,
Y Arnesto el que se sigue, de contrarias
Opiniones y modos de pelea:
Aquel quita á las armas ordinarias
El entero espaldar, donde se vea,
Que yendo en las espaldas sin abrigo,
Jamás las ha de dar al enemigo.
Mas Arnesto de solo acero viste
Las espaldas, y el resto desarmado,
A su contrario mas seguro embiste
Que si de dobles petos fuera armado:
En prevenirse con recato insiste
Al que puede venir descaminado,
Que el enemigo que delante halla
Harto hace en defenderse en la batalla.
Tras estos dos, que un solo arnés bastante
Defensa y armas da en cualquiera guerra,
Con las suyas le sigue lo restante
Del rio Lezo, y su abundante tierra:
El valle de Olearso, el relumbrante
Menlasco, la encumbrada y fértil sierra
Que el rio Vidaso rompe cuando llega
A ver de Uranzua la espaciosa vega.
Quinientos firmes hombres de armas lleva
Cada uno destos dos, á quien se junta
La gente que del rio Arajes prueba
Romper los yelos con pesada yunta:
La de Arracilo antigua, y la mas nueva
Del Irnio monte, y su nevada punta,
Gentes todas indómitas, feroces,
De diestras manos, y de piés veloces.
Tienen por triunfo de su brazo fuerte
No perdonar la vida al enemigo,
Mas vencer ó morir de cualquier suerte
Sin otro que su escudo por abrigo:
Juzgan por sola venturosa muerte
La que en la guerra queda por testigo
De su braveza, y sin valor ni fama
Quien tras largo vivir murió en la cama.
El de aquella dorada cruz por seña
Es nieto del famoso Ballugante,
Fundador de los muros de Sansueña,
Y sucesor del Mauritano Atlante:
Vino á la luz que nuestra ley enseña
Por oracion del santo monge Arbante,
Que la alta peña de Udalacha habita,
Y el mundo rige allí desde su ermita.
Con él vienen los pueblos que de Soria
En vida agreste labran las montañas,
Y la sierra Menistra, cuya anoria
Derrama el rio Jalon de sus entrañas:
Los que del Caco antiguo la memoria
Entre los sureos guardan y espadañas
Del frio Moncayo, en cuya cumbre ufano
Su alcázar tuvo el nieto de Vulcano.
Fue este el primero que en la fragua ardiente
De las masas de hierro forjó espadas,
Y el que el yelmo inventó resplandeciente,
Y anudó al jaco mallas enlazadas:
Del tercio de Ibarbuen era esta gente,
Mas hoy guia sus escuadras reforzadas
De Atlante el sucesor, que un trance honrado
Vida á su dueño le quitó, y cuidado.
Mas que diré de tí, oh Alces valiente,
Sino que tú eras solo poderoso
Con tu gran corazon, y el de tu gente
A volver desta guerra victorioso:
Tras tí los que del Dueña en la corriente
De beber gozan su cristal sabroso,
Y los que de Gijon los fuertes muros
Obra romana aun guardan hoy seguros.
Los marítimos pueblos de su costa,
Y los que de Pelayo el estandarte
En escuadra vió humilde, y á la angosta
La voz seguir de un no temido Marte,
Y á los que el paso estrecha y ensangosta
Del valle Riar la venturosa parte,
Que sus cenizas guarda en fama eterna
De Cobadonga en la feliz caverna.
Entre ellos van los mismos que al rio Deva
Ven ir volcando yelmos acerados
De sesenta mil moros, que con nueva
Muerte los dejó el cielo allí enterrados:
Huesos y armas al mar trastorna y lleva,
Los labradores calzan sus arados
Con los arneses que de la alta sierra
El rio que la carcome desentierra.

Fabio es aquel que en rayos de diamantes
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
Gran capitan de Orense, y sus triunfantes
Pueblos aquellos de aquel polvo obscuro:
Estos con sus cuchillas relumbrantes
Hechos nn escuadron tejen un muro,
Mas fuerte que de mármoles cuadrados
A los que dentro dél se hallan guardados.
Allí segura encierran su bandera,
Y aun su reino pudieran todo junto
Si en tan estrecho término cupiera,
Sin dél perder ni de su honor un punto:
Con los que al rojo Miño su ribera
Cultivan, y un fastástico trasunto
De Marte hechos sus montañas yermas
Labran, y gozan las romanas termas.
Van los que de su rio la ancha fuente
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,
Y el noble pueblo, á quien de Baco ardiente
El nectar baña la abundante tierra:
Hierven las cubas, su licor caliente
Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,
Y ellos de anchas cortezas de alcornoque
Rodelas usan, y acerado estoque;
Pintadas de serpientes y leones,
Bandas, castillos, águilas, estrellas,
Sin poner por trofeos ni blasones
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:
Tienen por sacrilegio en sus cüestiones
Que yendo allí sus damas den en ellas,
Y caso á su arrogante pecho injusto
Que aun las sombras ofendan de su gusto.
Y ellos tan cerca riñen de ordinario,
Que miden pié con pié el desnudo estoque,
Porque del yerro ajeno el golpe vario
En daño de su autor sus armas toque;
Que así la espada afierra del contrario
De su frágil rodela el alcornoque,
Que se queda con él, y desarmado
Es fácil de matar cualquier soldado.
Larsio es aquel de aquella luna nueva,
Gran hombre de á caballo en ambas sillas,
Sertorio el otro, que las gentes lleva
De Fontible, y las torres de Mantillas:
Allí va Sacrisildo haciendo prueba
Del real valor que de ambas las Castillas
Heredó de sus padres, y á su lado
Montalvo el rojo resplandece armado.
Los que en la sierra Orbion las moradas
Gozan de los antiguos Pelendones
Vienen tras él, y todas la cañadas
Que de su lago asombran las visiones:
Gentes á ver fantasmas enseñadas,
Que otra cosa no son que los varones
Ya vueltos vanas sombras, que en Numancia
Contra Roma mostraron su constancia.
Es fama que estas gentes ya cansadas
De la prolija hambre, y cerco duro,
Sus mismas armas contra sí asestadas
Fuego sembraron en su intacto muro:
Y de sus firmes venas desangradas,
Rojas manchas de Duero al cristal puro,
Que despeñado va de tierra en tierra
Huyendo al mar de su espantosa sierra.
De Berlanga, Gormaz, Osina, Arlanda,
De Tordesillas, de Zamora, y Toro,
Es la gente feliz que aquella banda
De negro luto sigue en campo de oro:
Aquel es del gran conde de Miranda
El estandarte real, este es Montoro,
Capitan de Simancas, y el siguiente
De Calahorra la invencible gente.
Estos, los cuales matan en su tierra,
Armados poner suelen por los muros,
Y con muertas fantasmas hacer guerra,
Y sus flacos adarbes mas seguros:
Y cuando el año se les alza y cierra,
Y el pan les falta, y los bizcochos duros,
Ni eso les rinde, ni les hace daño,
Que como tengan guerra no hay mal año;
Que armados salen de hambre, y la comida
Al enemigo quitan mas valiente,
Y cuando no hallan mas quitan la vida,
Y los cuerpos traen muertos á su gente:
Y no es carne para ellos desabrida,
Que la ira con la hambre es suficiente,
Para que si en sus trojes falta el trigo,
Se coman con sabor al enemigo.
Este es el grave Firmio, cuyo pecho
Del antiguo Diomedes descendiente,
Un fénix trae por timbre de oro hecho
En llamas de un balax resplandeciente:
Empresa de Vergidio, que al estrecho
Vierzo un tiempo dió nombre, y con su gente
En rubias masas de metal sonoro
A sus altas medulas sangró el oro.
Allí de Carracedo el negro lago
La gente da á este guerra que él recibe,
Suelta y feroz, que en su encubierto pago
De pescar sierpes por las aguas vive:
No sabe que es tener tiempo aciago,
Ni de la muerte horror, solo concibe
Deleite el alma cuando en dura brega
A echar las garras al contrario llega.
No usan blancos venablos, ni su flecha
La cuerda escupe en arcos desiguales
Mas duros robles de áspera cosecha,
Empedrados de vivos pedernales:
Porque mas les probó que en guerra estrecha
Ver del contrario rostro las señales,
Y ellos en medio del sangriento estrago
Sierpes parecen de su obcuro lago.
Así el Leonés decia, y la hermosa
Florinda, «dime, dijo, ó sabio Altero,
De aquellos dos hermanos la pomposa
Librea que allí descubre el limpio acero:
De un talle son, de un cuerpo, y una airosa
Alma pienso les da el aliento entero,
Segun en sus acciones se remedan,
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan.»
Rió Altero, «y no sois, señora, dijo,
Vos sola quien cayó en esa sospecha,
Que ya en muchos se dijo, y se desdijo,
La misma conjetura por vos hecha:
Y ellos no hermanos son, mas padre é hijo,
Y si mas firme puede, y mas estrecha
Ser la fe y la amistad, mas firme y bella
La dió á los dos su venturosa estrella.
Leonardo es el padre, que en Valencia
De una hija del rey hubo á Lisardo
En una cueva, donde la violencia
Huyendo le llevó de un suelto pardo:
Hallóla allí, y no hallando resistencia
En su gusto, no fue en cumplirlo tardo,
Niño, y niña tambien la mora bella,
Que salió madre, donde entró doncella.
Parió á Lisardo, y en mantillas de oro
A su padre le envió en grave presente;
Gastando él en criarle un gran tesoro,
Nada á su real grandeza diferente:
Y hoy en el rostro, el talle, y el decoro,
Lo mismo cree que vos toda la gente,
Y ellos con gusto del sabroso engaño,
Siempre se visten de un arnés, y un paño.
Mas el que allí con plumas amarillas
El oro aviva del grabado escudo,
Si bien la débil vista percibillas
Entre el contento y sobresalto pudo,
Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,
Fuerte en la brida, en la gineta agudo,

En el brio me parece, en que sin tasa
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.
Ya conozco de su águila la aguda
Vista y las plumas de oro con que vuela,
Oh jóven bello, á quien mi lengua muda
Siempre en contar tus hechos se desvela,
Dete el cielo feliz próspera ayuda
Cortando tarde la preciosa tela,
En que tu heroica juventud recama
Honra á tu patria y á su nombre fama.
Tenga en tu diestra la fornida lanza
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido,
Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,
Donde á mis flacos piés le ví tendido:
Apenas me dió en ti nueva esperanza
El cielo, apenas tú de un mes nacido
Eras, cuando se halló viuda tu madre,
Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.
Del bárbaro Argalin la inútil clava,
Mientras él con Chaquin, y el fuerte Ardante,
A una su espada y su ánimo probaba
Con diez vencidos moros por delante,
Bajó á traicion; ¡oh cielo! á quien tocaba
Vida y brazo guardar tan importante,
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
Golpe tan grave, confusion tan triste?
Cayó muerto á mis piés, ¡oh hado inhumano!
Que aun lugar no me dió el dolor que siento
A cerrarle los ojos con mi mano,
Ni á mi boca pasar su último aliento:
Mas al cruel homicida no con vano
Furor el mio pasé, que así sediento
De su sangre la mia satisfice,
Que honor, vida, y victoria le deshice.
Vengué tu muerte al fin, pluguiera al cielo
La suerte, oh hijo amado, se trocara,
Y con mi inútil carga el rojo suelo
La tuya alegre y nueva rescatara...»
Así en perlas bañando el blanco pelo,
Que venerable adorno da á su cara,
Altero, entre el dolor y la alegría,
Del vivo y muerto hijo proseguia.
Movió así el grave llanto el noble pecho
De las tiernas doncellas, que ninguna
Dejó de acompañarle; él satisfecho
De aquella compasion de su fortuna,
Enjugando los ojos sin provecho,
«¡De cuantos! dijo, ¡ay Dios! sin culpa alguna
Mi vista ver su gallardía no supo,
Mientras sin fruto en lágrimas me ocupo!
¡De cuántos sin razon no he dado cuenta,
Dignos de que la haga el mundo dellos!
¡Cuántos de aquella nube polvorienta
La sombra cubre, y el placer de vellos!
Allí ha de ir Alfajardos, la sangrienta
Luna, y los dos luceros son aquellos,
Que á vista de los moros de Tafalla
Quitó á Almanzor en singular batalla.
Deste os quisiera haber mostrado el brio,
Y el tuyo, ó generoso Calimarte,
Que á su lado andas siempre con sombrío
Penacho hecho un fantástico dios Marte:
Mas de tí, ó nuevo alferez de quien fio,
Que á la sombra he de ver de tu estandarte
Triunfar á Oviedo, y las francesas sañas
Rendidas al valor de tus hazañas.
¿Qué diré de tí digno, ó Virbio fuerte,
De Portugal caudillo, y de Galicia,
Qué diré de tu brazo, de tu suerte,
De tu esperiencia y brio en la milicia?
Del intrépido ardor contra la muerte,
Y del inmortal nombre la codicia,
Con que en batallas veinte y seis campales
A los pechos sacastes las señales?
Ninguna á las espaldas recibiste,
Que como á ellas siempre echaste el miedo,
Por no mostrarlo en tí jamás las diste
Al contrario, ni aun yo alcanzarlas puedo;
Mas ya, señora, desta insignia triste
Que aquí subiendo va mira el denuedo,
Y aquellas negras plumas, que en su vuelo
La fama espanta al mundo, y toca al cielo.
Ovento es el que dentro en la enlutada
Insignia llora el padre recien muerto,
De insigne lanza, y de temida espada,
Y pulso en el justar mas firme y cierto:
Hijo invencible del famoso Estrada,
Grave mago, y astrólogo encubierto,
Que supo cuantas en figuras bellas
Por su via lactea cierne el cielo estrellas.
Supo de los secretos de los dias
La gran revolucion, supo en el fuego
Adivinar por diferentes vias
Del mundo por venir el curso ciego:
Y aunque esto, oh noble astrólogo, sabias,
Nunca supiste del contrario Orbego
Huir el traidor golpe, que invisible
A tu pecho metió la muerte horrible.
Lleva este de las torres de Coruña,
Y campos de Tresmiera, mil soldados
Del leon rapante tras la garra y uña,
De pieles de osos y alcornoque armados.
Este es Ricardo del valor de Orduña,
Aquellos dos de azul y blanco armados
Dos hermanos, Arnalte es este el fiero
Caudillo de la casa de Bibero.
Aquel es Cleofonte, aquel Doraco,
Insigne este en el arco, el otro en maza,
Y el de aquel lino y relumbrante jaco
Oton, señor del parque de Peraza:
El que al volar de aquel plumero opaco
Los rayos de oro de su yelmo abraza,
Es el ilustre Alpidio, insigne hermano
Del que ahora rige el pueblo zamorano.
Trae de Astorga á su cargo las banderas
Astorga, á quien de Astirios las campañas
Nombre y cimientos dieron, y sus fieras
Armas el asturiano á las montañas:
Cuarenta son de á cinco las hileras,
Que de Sanabria el lago entre espadañas
Al son armó de su clarin, y el rio
Tera les añadió arrogancia y brio.
Casi otros tantos de argentada malla
La ribera vistió del claro Orbego,
Cuyos collados la áspera batalla
De los Suevos cubrió de sangre y fuego,
Cuando de esta nacion por acaballa
Hizo el rey Teodorico horrible entrego
Al gótico furor, y de sus gentes
El ancho rio bebió sangrientas fuentes.
Usan estos por armas largas ondas
De blanco lino y sedas de colores,
Que al despedir su tiro con redondas
Vueltas hacen vistosos resplandores:
Llueven de piedras turbulentas ondas,
Despiden desde lejos sus furores,
Y de sus estallidos por los huecos
Montes retumban los sonoros ecos.
El que el guion de aquellos lobos pardos
Cual veis lleva tras sí es Grabelio el fuerte,
Y los que le acompañan los gallardos
Pueblos que al Nervio rio dió la suerte:
Estos en prestas flechas y anchos dardos
Al contrario escuadron envian la muerte
Volando, como escuadras de aves juntas,
Que el aire rompen por diversas puntas.
Allí va el pueblo que la corva raya
Del fresco monte de Bilbao cultiva,
Y para grandes flotas por su playa
Los gruesos robles y álamos derriba:

El de Vermeo cabeza de Vizcaya,
Y el que de los Pelasgos se deriva,
Y á sus consultas públicas aplica
Su grave sombra el árbol de Garnica.
Mas mirad ya el que al resto de la gente
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,
Que debajo de sí su altiva frente
Los campos mira, y á quien mira espanta:
De seis cercos de acero es el valiente
Escudo con que da vislumbre tanta,
El limpio arnés grabado de oro fino,
Y en vez de lanza un desmochado pino.
Este es el bello Argildos, que en la tierra
Ni hay beldad ni braveza que le iguale,
En quien con aparato real se encierra
Cuanto luce en amor y en la honra vale:
Despues del general de aquesta guerra,
La que mas en valor campea y sale
Es su persona, y la que en grita y pompa
Mas de la fama suena en la ancha trompa.
Aun no del rubio bozo el blando vello
La limpia tez del rostro le ha escarchado,
Y en cuatro campos el altivo cuello
De otros tantos jayanes ha cortado:
Trae por empresa en campo verde un sello
De una flor, y por letra «es mi cuidado,»
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,
El fuego muestra que en sus venas arde.
Así el prudente Altero en voz severa
A la bella Florinda describia
Del campo real bandera por bandera
El alarde pomposo en que venia:
Y ella colgada de la voz postrera
Con nuevos alborozos de alegría,
Al bello jóven por su triunfo y palma
Desde allí por los ojos le dió el alma.
Y no hallando de amor el fuego ardiente
Lugar de dilatar su gran contento,
A dar órden en ver su amado ausente
Dentro se retiró de su aposento:
En nada halla quien ama inconveniente,
Todo lo allana un amoroso intento,
A esto se entró, y á reposar á solas
De sus deseos las crecientes olas.
En tanto en el ejército pagano,
Que al amparo del muro de Pamplona,
Con tremolantes lunas, y en lozano
Contorno le ciñó feroz corona,
El asiento escogia de su mano
En que alojar su campo, y su persona,
El bravo Cardiloro, que aquel dia
El real baston de general regia.
Fantástico y soberbio, porque un moro
Mágico y lisonjero le adivina,
Que ahora sea de gusto, ahora de oro;
Allí le espera una abundante mina,
De adonde ha de robar de un gran tesoro
La joya en su valor mas peregrina,
Con que avariento y vano ya se sueña
Señor de todo el oro de Sansueña.
Por un oculto soto que hace el rio
Solo se entró á buscar con pecho ardiente
Para un asalto el puesto mas vacio,
De pertrechadas fuerzas, y de gente;
Cuando al fresco de un álamo sombrio
Un barco de oro vió, y en él presente
Una beldad, que al moro descuidado
Suspenso en verla le dejó, y turbado.
Metida en un profundo pensamiento
Con el recelo y gusto parecia
Que entre olas de pesar y de contento
El cuidado en el alma iba y venia:
Ya el rostro entristecido y soñoliento,
Ya con nuevo alborozo y alegría,
Que á quien con atencion lo consider
Cuanto hay dentro en el alma sale fuera.
Así en alto blandon tierna candela,
Dispuesta á todos vientos da y recibe
Sombras y claridad, se abrasa y yela,
Y una vez se amortigua, otra revive:
Y la eclipsada luna puesta en vela
Del nocturno silencio así concibe
Al trasponerle el sol sus resplandores
Un mudable color de mil colores.
Estuvo el moro á contemplar un rato
En nuevas avenidas y concursos,
De miedo, de osadía, y de recato,
Buscando á su dolor varios recursos;
Donde la alteracion de rato en rato
Mas claros le mostraba los discursos
De la suspensa dama, en quien sin duda
Amor vió ser el que la altera y muda.
Cobró de esta sospecha atrevimiento
Para llegar con ánimo á hablalle,
Que cualquiera liviano pensamiento
Baja la estimacion, y humilla el talle:
Y al tiempo que salió á probar intento,
Ella se entró sin velle ni miralle,
Quedando deslumbrado, y el altivo
Gusto entre su esperanza muerto y vivo.
Y como si la vida le llevara
El aire de aquel bulto de alabastro,
Sin fuerzas queda, y sin vigor se para,
Cual mago absorto al contemplar de un astro:
Sin brio el pecho, y sin color la cara,
Solo muriendo por sacar de rastro
Quién sea la luz que allí le dejó en calma,
Y con vista de paz le venció el alma.
Venian en guarda de su real persona
Serpilo, y Celedon, moros valientes,
Nacido uno en Sansueña, otro en Pamplona,
Pláticos en su tierra, y en sus gentes:
Estos de un mirto espeso en la corona
Ocultos mandó estar, porque presentes
Con la suya no estorben la salida
Del bien que ya es el todo de su vida.
Y él vuelto á su lugar como primero,
Sin los ojos mover de la ventana,
Si á salir vuelve mira del lucero
La segunda vislumbre soberana:
Mas viendo al dia en su escalon postrero,
«A gozar de la noche es cosa llana
Salir estrellas, dice, mas la mia,
Si es sol, ¿cómo la espero antes del dia?
Que mucho que el mancebo Salamino,
Que vivo el sol dejó, le halle ahorcado
Del firme acero de un balcon divino,
Que cielo un tiempo fue de su cuidado,
Si al fin le vió su dama; mas yo indino
De semejante bien, aunque he colgado
Cuerpo, alma, y pensamientos de tus rejas,
Ni me quieres mirar, ni verte dejas.
Mas tiéndase esta noche á eternos años,
que tantos seré yo de tu esperanza,
Sin dar un paso atras en los estraños,
Por donde amor me arroja y abalanza:
O sea este el tesoro, ó sean los daños,
Que fortuna me agüera, y su mudanza,
No sé nada de mí, ni quién me ha puesto
En un deseo de morir tan presto.»
Dijo, y no mas atento el engolfado
Piloto en medio de la noche oscura,
El instrumento puesto, y el cuidado
De dar mas cierto el punto de su altura,
La vista tiene fija en el nublado
Que del Norte escondió la hermosura,
Ni está en mas suspension alta la ceja,
Que el moro en la ventana, y en su reja.
Y no en vano del todo, pues ya cuando
Del horizonte pardo el aire puro

Fue entre el mudo silencio desdoblando
De la vecina noche el manto obscuro,
Entre esperanza y miedo vacilando
Volver al balcon vió en pecho seguro
La beldad misma, que antes tan acaso
El alma libre le llevó de paso.
Era del gran Bastán la prenda bella,
Que allí á esperar salia un tierno amante,
Que ya á la luz de la primera estrella
Prometió amor ponérselo delante:
Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella
Las mudanzas hacian del semblante,
Que en mil cuidados puesta entre ola y ola,
Miedo la enfria, y gusto la arrebola.
Desearon enlazar su honrado gusto
En nudo santo, y en contrato honesto,
Volviendo el ciego antojo estado justo,
Y el apetito libre en regla puesto:
Mas no saliendo todas siempre á gusto
Las graves diferencias que hubo en esto,
El vano pundonor de los tratantes,
Nuevas lágrimas fue en los dos amantes;
Hasta que puestos ya en romper por todo,
Libres quieren gozar de su derecho,
Que honra y amor son fuego, y tiene el godo
En una y otra llama ardiendo el pecho:
Y á concertar la traza, y dar el modo,
Para esa noche está el concierto hecho,
Y ella á esperar allí su caro amigo
Salió, y acertó el moro á ser testigo.
Es la esperanza una tormenta fija
Puesta entre los cuidados y el contento,
Que cuando mas se acerca, mas prolija
Su dilacion le vende al pensamiento;
Por cuyo fin la enamorada hija
Del que á Sansueña rige, hurtando el viento
Al cansado esperar; que en tales casos
Suele donde no hay uno dar mil pasos,
Tomó una arpa, á cuya melodía
Las ansias y el ardor de su deseo
Admirados quedaron, como un dia
El feo Pluton á la del tracio Orfeo:
Que ni le era inferior en su armonía
La bella dama, ni en sus males veo

Otro infierno mayor, si en curso iguales
Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.
Nunca en el alto Péloro cubierto
De blancos huesos voz mas regalada
Parténope entonó, cuando en su puerto
Sonó del griego Ulises la jornada,
Ni con mas riesgo el caminante incierto
Del peligroso canto y voz se agrada,
Que dió Florinda, cuando lengua y mano
Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.
De la Medusa Górgon la cabeza
En insensible mármol convertia,
Los ojos que miraban su fiereza,
Aunque no al ciego que su voz oia:
Mas de la dama el canto y la belleza
Asi ambos los sentidos suspendia,
Que oida y vista en agradable calma,
Piedra volvia el cuerpo, y fuego el alma.
Tal quedó el moro al son del instrumento
Y la celestial voz de la doncella,
Cuando á su canto y su regalo atento
Pasos oyó de recatada huella:
Detuvo sosegado hasta el aliento
Por ver el fin de la aventura bella,
Y vió un armado jóven que llegaba
De vista al parecer gallarda y brava.
Vióle que estuvo un rato desde afuera
Por gozar de la música escuchando
Quejas de la esperanza lisonjera,
Que siempre va los gustos dilatando:
Haciendo enternecer la voz entera
Un dulce suspirar de cuando en cuando,
Que el deleite aumentaba y la alegría,
Si ya no en quien cantaba, en quien oia.
Hasta que al fin llegando donde pudo
Con menos voz hablar, y mas recato,
«¡Oh gloria, dijo, en quien amor desnudo
La suya toda muestra en un retrato!
¡Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!
¡Sirena, á cuya música el ingrato
Mal, que en mi pecho vive y daña tanto,
La virtud ha encantado de tu canto!
¡Salve el cielo tal gracia y hermosura,
Y esta próspera entrada me conceda
Por el premio mayor de mi ventura,
Que ya gozarla sin recelos pueda;
Que si este alegre agüero no asegura
Mi gloria de una vez, ya no me queda
Basa en que estribe y ponga mi esperanza,
Ni en tal tormenta soplo de bonanza!»
Dijo, y la voz del nadador de Abido
Nunca en las rocas y peñascos huecos
De la torre de Sexto entre el ruido
De sus olas formó mas dulces ecos;
Ni fue en mayor deleite recibido
Sobre sus playas y arenales secos,
Que un dia abrieron puerta á su ventura,
Y otro á sus huesos, fama, y sepultura;
Que el noble godo, y venturoso amante,
Fue de su tierna dama acariciado,
En dulce afecto de ánimo constante,
Y corazon sin tasa enamorado:
Al fin despues que en relacion bastante
De sus cosas contaron el estado,
La alegría de verle, y la impaciencia
De las sospechas, y del mal de ausencia,
El bien, y el mal, las penas, los contentos,
Los varios altibajos de su vida,

Hasta de los soñados pensamientos,
Si alguna tienen, la razon fingida;
Dejando en dulces pláticas y cuentos
De la noche gran parte consumida,
Y á la siguiente remitido el modo
De hacerse de una vez dueños de todo.
Son de acuerdo comun que aquella parte
Donde ahora están tratando su ventura,
Para escalar el foso y baluarte
Escala traya el montañés segura:
Y añadiendo el horror del ciego Marte
Al negro manto de la noche obscura,

Una arma falsa toquen, que en Sansueña
Del robo y del recato sea la seña.
Y en hábito de mora disfrazada,
Como á nueva cautiva en la contienda,
Ni del vulgo ofendida ni notada,
Salva la ponga en su encubierta tienda;
Donde de honor y riesgo asegurada,
Es fácil que su padre condescienda
Con las pedidas bodas, y razones,
Que han estorbado vanas presunciones.
Con esto ya que se acercaba el dia,
Y el tierno despedirse á los amantes,
Toda vuelta esperanza su alegria,
En igual soledad se hallaron que antes;
Y el moro oculto que escuchado habia
El fin de los conciertos importantes,
De zelos impaciente ardiendo en ira,
Si en estos muere, en su calor respira.
Quiso fiero y zeloso hacer pedazos
Al español caudillo, y bien pudiera
Dejarle muerto en los traidores lazos,
Antes que el golpe ni su alfanje viera,
Sino le parecieran embarazos
A otras mejores trazas en que espera,
Al hacer su venganza mas cumplida,
Dejarle sin honor, y con la vida.
Tiene por caso á sus designios llano,
Conforme al encubierto trato hecho,
Ganar al uno el juego por la mano,
Y en el otro los gustos de su pecho:
Y á la jornada en que ahora viene ufano
Segura entrada en aquel paso estrecho,
Y hacer á su victoria puerta llana
Del cielo de su gloria la ventana.
Deste discurso reportado el moro,
Por donde vino se volvió á su gente,
Lozano en las sospechas que el tesoro
Era aquel de su próspero ascendiente:
Daba ya al frio polo en cercos de oro
Casi entera su vuelta la serpiente,
Y el perezoso carretero helado,
Al sol tenia su yugo trastornado.
Cuando el enamorado sarracino,
A vista del ejército cristiano
Al suyo iba pasando, en el divino
Bulto ocupado el discurrir liviano:
Y el gallardo Serpilo, que el vecino
Campo advierte en quietud y sueño vano,
Y de las ya dormidas centinelas
Los muertos fuegos, y acabadas velas;
Vuelto á su capitan: «mira, ó valiente
Cardiloro, le dice, que olvidados
Tus contrarios del brio de tu gente
En sueño están, y en vino sepultados:
¿No es posible, señor, que no te afrente
Enemigos tener tan descuidados?
Mas quien, estando tú en el campo, duerme,
Bien es que á no sanar durmiendo enferme.
Si el justo cielo con silencio ayuda,
Y á mi espada le da el valor que espero,
Al sordo amparo desta noche muda,
Darte mil enemigos menos quiero:
Yo solo, yo, señor, por mal que acuda
Mi espada, haré mi dicho verdadero,
A ti, y mi amado Celedon, tu tienda,
Siguiéndola os dará esta estrecha senda;
Que á mi no sé cual dios el pecho ardiente
A tan heróica empresa me levanta,
Y al muerto real desta dormida gente
Ahora me arroja con violencia tanta:
Tú, amado Celedon, si este potente
Brazo es la muerte de mi empresa santa,
Al muerto cuerpo ya en el campo frio,
Serás en darle sepultura pio.»
Dijo, y saltando la primer barrera,
Desnudo al campo de temor se arroja;
Pasmóse Celedon la vez primera,
El sobresalto le atajó, y congoja:
Del arriscado amigo considera
El fiel denuedo que á morir le antoja,
Impedido el seguirle, y obligado
A no dejar del general el lado.
Mas viendo su peligro manifiesto,
«Espera», dijo, y vuelto á Cardiloro,
Con tiernos ojos, de rodillas puesto,
«Oh gloria, prosiguió, del pueblo moro:
Si algun dia te tocó de amor honesto
Tu noble pecho dulce flecha de oro,
Si sabes qué es amar á un caro amigo,
Oye, oh invicto señor, lo que te digo.
El que allí ahora en temeraria muerte
Un campo asalta de enemigos lleno,
Desta alma es la mitad, desta alma advierte
Es por fe y amistad cielo sereno:
Juntos nacimos, la dichosa suerte
Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,
Un gusto, unos placeres, una vida,
Que ahora teme amor verla partida.
Por la beldad que adoras (si de alguna
Noticia el soberano amor te ha dado)
Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,
Por tu vecino reino, por tu estado,
Por cuanto está debajo de la luna,
O sobre ella te da gusto, ó cuidado,
Permitas, que á los que hizo uno la suerte
En vida, no los haga dos la muerte:
Mas que con tu licencia ahora pueda
Escolta y muro hacer á un caro amigo,
Que el breve espacio que á tu real nos queda
Seguro está, y sin riesgo de enemigo.»
No dijo mas, que el tiempo se lo veda,
Y el moro de tan fiel lealtad testigo,
El amor nota, y la braveza advierte
Del tierno corazon, y el pecho fuerte.
Y «acude, ó alma gentil, dijo el severo
Cardiloro, á tu gusto, acude, y anda,
Y déos la alta victoria, que yo espero,
El cielo que esos nobles pechos manda;
Con tal que de los dos sea yo el tercero,
Como lo fuera aquí en vuestra demanda,
Si como es de mi oficio el concedella,
Permitido me fuera entrar en ella.»
Así dijo, y siguiendo su camino
Celedon á su amigo llega, y dice:
«¿Por dicha, oh invicto Cid, ya por indino
De tu lado me tienes? ¿ya desdice
En mi pecho la fe de quien continuo
Tantos alardes en su abono hice?
¿Así pagas mi amor? ¿así me obliga
Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?
¿Yo por ventura yendo en el abrigo
De tu gallarda espada no sabria
Sus golpes imitar, y un enemigo
Darte siquiera menos con la mia?
Y si esto no, á lo menos por testigo
Presentarme podrá tu valentía,
Aunque sea tal que no le importe nada
Otro abono mayor que el de su espada.
Mas ya por demás tratas de escusarte,
Ruede como quisiere la fortuna,
Que como de tu lado no me aparte,
De las suyas no temo vuelta alguna.»
«Oh de mi pecho fiel la mejor parte,
Serpilo respondió, con quien ninguna
Desgracia temo, ya que con tal lado
Poco es acometer un campo armado.
No creas, oh noble aliento de mi pecho,
Que quiebra de mi amor, ni de tu brio,
Tu espada me quitaba, y mi provecho,
De quien ya el todo de mi empresa fio:

Mas dejar solo un gran resguardo hecho
En tu heróico valor al riesgo mio,
Y si moria, morir con esperanza
De pio entierro, y de cruel venganza.
A este fin te dejaba, ó caro amigo,
Y por tu anciana y tierna madre ausente,
De su larga vejez único abrigo,
Y de tu nueva esposa gusto ardiente:
Mas ya que tu valor viene conmigo,
Y en mi alma el brio que me das se siente,
No dilatemos mas el hecho altivo,
Ni hombre nos quede de importancia vivo.
Ven tras mí, y con atenta vista advierte
Por donde ahora el honor tras sí nos guia,
En esto está acertar ó errar la suerte,
Ser descuidada ó cuidadosa espia:
El sueño es viva imágen de la muerte,
O ser muerte caliente, ó muerte fria,
Dormir en nudo obscuro, y paz interna,
O noche temporal, ó noche eterna.
Mira cuan cerca están nuestros contrarios
De pasar un estremo en otro estremo,
Y del cielo y sus altos lacunarios
La nueva luz que sola adoro, y temo:
¿De qué estamos perplejos? ¿de qué varios?
Fuego es de honor en el que me ardo y quemo;
A ellos, gran capitan, que es escusado
Quererle suspender su curso al hado.»
Dijo, y sacando la luciente espada
Por entre los nevados fuegos vuela,
Y á Isarco, y Zaldiban, que en camarada
Hecho habian hasta entonces centinela,
En torno de su hoguera amortiguada,
Ya con el vino, y la pasada vela,
Confiados en tener campo seguro,
Blanda cama les daba el suelo duro.
Allí entre el fuego y la ceniza fria
Segó al uno y al otro la garganta,
Dichosos, á velar hasta que el dia
Vestido vieran de su lumbre santa:
Uno era cazador, y otro seguia
De la caza de amor la red que espanta,
Mas del feroz Serpilo el brazo airado
A aquel quitó el afan, y á este el cuidado.
Mató tras esto en la segunda posta
Cuatro dormidas centinelas juntas,
Mató al vano Alfagér, al noble Acosta,
Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas:
Y por la raya de una senda angosta
Al pabellon fue á dar, donde trasuntas,
O sutil Targa, en bronces, lo que Apeles
Con sus conchas no hará, ni sus pinceles.
Abriendo en sutil lámina de acero
De Píramo y de Tisbe los amores,
Aquel dia le halló el sueño postrero,
Y del cruel Serpilo los furores:
Pasóle el corazon de un golpe fiero,
Y saltando la sangre dió colores
Al relieve infeliz, que en triste suerte
Ocasion fue y agüero de su muerte.
Puesto cabe él en éxtasis profundo,
No dormido, mas ciego en su cuidado,
Al alquimista vió sutil Raimundo
Sobre un antiguo escudo recostado,
Midiendo del napelo, y del segundo
Elixir la sustancia, el punto, el grado,
Y de quintas esencias fabulosas
Una imposible máquina de cosas.
Habia gastado en esperiencias vanas
De su hacienda la flor, y de sus dias,
Y trocando el cabello negro en canas,
Aun no se habian trocado sus porfias:
Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas
Esperanzas volvió de ardientes frias,
Librándole ocasion tan oportuna
De otros mayores golpes de fortuna.
Y entrando por el campo soñoliento
Horrible estrago hace el moro fuerte,
Dando su espada y su furor violento
Mil diferencias de una sola muerte:
A este barrena el pecho, aquel á tiento
Degüella, y pasa al fin la adversa suerte
Del modo que halla al grande, y al pequeño,
Del sueño temporal á eterno sueño.
Este en su corvo escudo recostado,
El otro sobre el yelmo adormecido,
Uno encima la blanda yerba echado,
Y otro en las grevas de su arnés tendido;
Cual con nuevo dolor desatinado
La boca abre á dar voces, y embebido
Por ella el hierro de la presta daga,
La voz se vuelve atras, y el morir traga.
Coello, un portugés de ánimo ardiente,
Hidalgo tierno en sangre y en amores,
Poeta, amante, músico y valiente,
Cuatro heróicos y célebres furores;
Con el retrato de su dama ausente,
A quien habia cantado mil primores,
Como el sueño le halló en su fantasía,
Las manos en la cítara, dormia.
Torcido el rostro hácia el retrato bello
En señal de caricias á su dama,
Dormido al gusto y al placer de vello
En las corazas de su arnés por cama,
Segó el alfange el desmayado cuello,
Estremecióse el cuerpo, el pecho brama,
Y al palpitar las manos con instancia
En las cuerdas formaron consonancia.
Marcio, y Catino, grandes bebedores,
Que parte de la noche han ocupado
Con la taza y los dados, en vapores
Del dulce mosto el sueño habian brindado:
Los enjutos barriles por la flores,
Cada uno sobre el suyo recostado,
Dormian en torno de la mesa y fuego,
A donde el vino los dejó, y el juego.
Debia de soñar Marcio que brindaba,
Y abriendo la ancha boca bebió entero
El sangriento cuchillo, que llegaba
De degollar al torpe compañero:
Triste el alma salió en ver que dejaba
Posada tan alegre, cuando el fiero
Golpe por quien la suya dió Catino,
En vez de roja sangre vertia vino.
Mató tras este á Marco, y á Sarrento,
Escuderos de Marcio, mató á Soria,
Que entre sus dos caballos soñoliento
Para ir no tuvo á su cuartel memoria:
Pasó el celebro á Furnio, que de viento
Mil torres exhaló, y de vanagloria,
Y al truhan Galba, que despierto, y quedo,
Entre los frascos se escondió de miedo.
De allí entró donde el docto Algeo dormia
A la luz de una vela, en que su pluma
De un grave poema heróico que escribia
De versos habia hecho una gran suma:
Un rico arco grabado de atauxía
A su lado, y un libro adonde suma
Del triforme Gerion de ambas Españas
El reino antiguo, y célebres hazañas.
El arco que allí tiene fue el que Alcides
Al templo del Lucero dió en despojos,
Donde colgado le halló Almonides,
Cuando á vengar de un conde los enojos
Pasó con Muza á España, cuyas lides
Los rios volvieron y los campos rojos:
El lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,
Y él á su bello nieto el rubio Abdalla.
Cuando en sangrienta lid los albaneses
A Abdalla despojaron sobre Duero,

El docto Argeo entre otros dos arneses
El rico arco ganó al gigante fiero:
Y en sus pomposos versos los reveses
Del tiempo, arco invencible, aquel postrero
Sueño le halló pintando, cuando el hilo
Del canto y cuento le cortó Serpilo.
Puso en el arco los curiosos ojos,
Y al sabio poeta, que admirando estaba
Las musas con su espíritu, entre rojos
Suspiros lanzar hizo el alma brava:
Quiso de su victoria por despojos
Llevarse el arco y la dorada aljaba,
Y por matar á Egil, y al Turnio Mesa,
Que á su lado halló, olvidó la empresa.
Cansado de herir, soberbio mira
Las varias muertes, y el estrago hecho,
Y no por eso se alza ni se tira,
Ni atras da un paso del dudoso estrecho;
Antes entre el sangriento horror suspira
Hirviendo en ira el arrogante pecho,
Y las armas ya botas, y él sin fuerza,
A nuevos daños su crueldad le esfuerza.
Cual tigre hircana en el aprisco mudo,
Harta de degollar grueso ganado,
La tierra en roja sangre, y el membrudo
Lomo de nuevas manchas salpicado,
Garleando cesa un rato, y en menudo
Anhelar cobra aliento el pecho airado,
Y mientras del destrozo se retira,
Cuanto el hambre menguó crece la ira.
Ni el bello Celedon, gallardo Marte,
Menor estrago y mortandad hacia,
Que del plebeyo pueblo una gran parte,
Gente sin nombre y cuenta, muerto habia:
Mató á Gilberto, que en decir con arte,
Y herir de punta su primor tenia,
A Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,
Marte en braveza, y en belleza Apolo.
Corren los rios de sangre, y por la tierra
Las perlas arrebolan de la aurora,
Y él en su oculta y alevosa guerra
Con ella misma á mas herir se azora:
Entra donde á medir Ulloa se encierra
Del precioso hado el ascendiente y hora,
Ulloa digo, un astrólogo ignorante,
Que mas cielos halló que cargó Atlante.
Habia toda la noche astrologado
Gustoso, que su estrella le asegura
Tras prolija vejez sepulcro honrado,
Mas mintió su astronómica figura;
Que el bello Celedon con su dorado
Puñal le dió temprana sepultura,
Y abriéndole el celebro con dos puntas,
Volaron dél dos mil estrellas juntas.
Mató á Hepódamo, á Tirsas, y á Falerno,
Al rubio Telga, y á Lisardo el fuerte,
Y al bello Demorato, jóven tierno,
Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte;
Y á tí, ó siempre infeliz viejo Salerno,
Que antiguo pretensor sin hacer suerte,
Cansado en córte de esperanzas nuevas,
Los memoriales convertiste en grevas.
Llegó la muerte al fin, y sino entero
El premio, dióte el pago de su mano,
De haber dejado el hábito primero
En que á Dios consagraste el pecho humano:
Y viendo entre los rayos del acero
El tierno rosicler del dia cercano,
«Ya, dice, ó gran Serpilo, hace el alba
Al dia, y á esta dormida gente salva.
Ya basta el venturoso estrago hecho,
Y victorias que el cielo nos ha dado,
La honra toda es tuya, sea el provecho
Mio en que no violentes mas el hado:
Este luciente yelmo, que del lecho
Quité á un muerto enemigo, he reservado,
Para que sus pomposas plumas sean
Alas en que volar tus glorias vean.
Solo este para tí codicié en cuanto
Oro y plata encontré del enemigo:
Toma, ó Serpilo, y vamos, que ya el manto
Estrellado, que ha sido fiel testigo
De tu braveza, entre el nocturno espanto
Sus broches de oro esconde, toma, amigo,
Y por este encubierto valle huyamos,
Antes que lo hecho con la luz perdamos.»
Dijo, y Serpilo, «ó gloria, le responde,
De tus mayores, y honra de la mia,
Yo tambien otro don codicié, donde
Uno entre libros sin temor dormia:
Un arco bello, cuya aljaba esconde
Cien flechas entre nacar y atauxía,
Que luego que le ví, el robusto oficio
De tu caza le dí por ejercicio.
Y con el gusto de quitar la vida
A otros que estaban en la misma tienda,
El alma en tantas muertes repartida
De traerte se olvidó la rica prenda:
Mas tuya es, y ha de ser, aquí escondida
Tu persona se esté, y aquí me atienda,
Que junto aquel hogar que allí blanquea
La prenda está que darte amor desea.»
Dijo, y sin ser á detenerlo parte
Los ruegos del amigo, que adivina
Sus malogrados fines, dél se parte,
Y por el infeliz arco camina:
O fuese núevo ardor del duro Marte,
O Apolo que vengar la alma divina
De su poeta quisiese, ó que ya el hado
Al fin habia de su virtud llegado;
El breve tiempo que duró esperalle
En el puesto, sobre él dió de repente
Argildos, que á correr salia el valle
Con una escuadra de lucida gente:
Dióle al amor la noche, y quiso dalle
A Marte el alba, y en ginete ardiente
Recorriendo las postas de las velas
Venia por las nocturnas centinelas.
Vieron á Celedon, que al corto abrigo
De una encina trataba de esconderse.
Donde esperando á su imprudente amigo
Amor pudo obligarle á detenerse:
Cércale el español bando enemigo,
De quien él por huir y defenderse
Gallardos golpes con su alfanje hace,
Su vida ampara, y su honra satisface.
Trebonio fue el primero que atrevido
Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente
Del victorioso moro, y aturdido
A sus piés le arrojó un golpe valiente:
Mas ¿qué te vale, oh misero, el cumplido
Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,
Si al tegido escuadron que se abalanza,
Ni el firme escudo ni el alfanje alcanza?
Ya el gallardo mancebo en sangre tinto
Con las varias heridas teñia el suelo,
Cuando el vano Serpilo en el distinto
Rumor las señas vió de su recelo;
Que victorioso entachonado cinto
La rica aljaba de arrogante vuelo
Le bajaba á los hombros, y en la mano
El arco duro hacia gemir ufano:
Suspendió el paso y el medroso pecho,
No de su riesgo, mas del caro amigo,
Atenta y triste centinela hecho,
Puesto al tronco de un árbol por abrigo:
Conoce á Celedon, y el sin provecho
Brio de sola su bondad testigo
Con que en confusa brega se revuelve,
Y diez por cada golpe juntos vuelve.

Y él con las nuevas flechas que traía,
Encorvando sobre una el arco duro,
Al confuso escuadron diestro la envia
Desde el hueco troncon del roble obscuro:
Acertó á Breño, y el reciente dia
Que iba naciendo por el aire puro
De los ojos le esconde, y en las sienes
Clavada le hace dar ciegos vaivenes.
Vuélvense todos á la oculta parte
Que la homicida flecha trajo el vuelo,
Buscando á tiento el encubierto Marte,
Cuando otra por el mismo paralelo
De la tirante y firme cuerda parte,
Y al medroso Blodon, que con recelo
Gritaba, «¿quién tiró?» la punta aguda
Su voz clavó, y dejó su lengua muda.
Argildos que de afuera entretenido
En ver pelear el fuerte moro estaba,
De su gallardo aliento conmovido
Guarecerle la vida deseaba:
mas por los nuevos tiros ofendido,
El alma vuelta de piadosa en brava,
«Matadle, dice, y vénguese en su pecho
El grave daño por su causa hecho.
Y un frio venablo que en la mano tiene
Con tal destreza al firme pecho arroja,
Que ni el grabado escudo le detiene,
Ni de su peto la acerada hoja:
Cual destroncado toro á tierra viene
Con la parda asta ya en su sangre roja,
Su amigo que caido le vió en tierra,
Furioso salta á descubierta guerra.
«Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño,
Teneos, que nada os debe ese inocente,
Yo el autor fui del riesgo y mal tamaño,
Y del sangriento estrago en vuestra gente,
Yo la ocasion tracé, yo urdí el engaño,
Yo soy quien os hacia la guerra ausente,
Él nada os debe, el cielo me es testigo,
Sino es el ser de un desdichado amigo.»
Dijo, y lanzando el arco por el suelo
Furioso su sangriento alfanje saca,
Y con desesperado brio el celo
Venga de su amistad, y su ira aplaca;
Y á Salmido y Parolo, que á su vuelo
Delante halló por resistencia flaca,
Uno en el muslo herido, otro en el brazo,
Libre el paso le dieron de embarazo.
Y á ser de su mortal rigor testigo
A pesar de mil puntas llega y mira
El peligroso golpe, el enemigo
Dardo, y del firme heróico brazo la ira:
Y viendo así morir su caro amigo
De rabia brama, y de dolor suspira,
Y el desangrado moro en habla breve
A que se salve así le alienta y mueve:
«Huye, amigo, de aquí, huye ligero,
Mientras muriendo yo salvo tu vida,
Dame este dulce bien por el postrero,
Y no hallaré la muerte desabrida:
Y cuando haya ocasion, ó por dinero,
O por sangre en mejor sazon vertida,
A mi afligida madre el cuerpo lleva,
Y á ser su nuevo amor el mio te mueva.»
Dijo, mas ni el dolor, ni los contrarios
Lugar le dan de responder al moro,
Que de heridas y golpes temerarios
Sobre él descarga un martillar sonoro:
Parece al recebir los tiros varios
En coso estrecho jarretado toro,
Y en el herir y acometer gallardo
En escombrada plaza suelto pardo.
A este hiere, á aquel da, y al otro acierta
En revuelto y confuso torbellino,
Mató á Cerdan, hirió de un golpe á Berta,
Luchador diestro aquel, y este adivino:
Y ya el amigo y la esperanza muerta,
Aunque su real pudiera abrir camino,
Y salvarse, no quiso, mas el lado
Muerto guardar, que vivo habia guardado.
Hasta que á golpes y dolor deshecho
El noble corazon del moro fuerte,
Pasado de un cruel venablo el pecho
Mas fiel que amor tocó, ni hirió la muerte,
Ya sin aliento ni armas de provecho,
Cerrando el curso de la humana suerte,
Y haciendo al mundo de su fe testigo,
Sin vida dió á los piés del muerto amigo.
¡Oh heróico ejemplo de amistad divina,
Aunque en bárbaros pechos descubierta,
Si de mis nuevos versos la adivina
Virtud del todo en mí no ha sido incierta,
Jamás el tiempo que inmortal camina
Del ciego olvido te verá cubierta,
Antes de siglos y años vencedora
Tu fama irá, como tu sangre ahora!
En tanto el nuevo amante Cardiloro
Impaciente en sus gustos y alterado,
Del ya vecino sol los rayos de oro
Presentes mira, y aborrece airado;
Que de tinieblas hecho su tesoro,
Cuanto con la luz ve le causa enfado,
Y entre esperanzas un deseo fuerte,
Es lucha de la vida con la muerte.
Llegóse al fin el tiempo, y prevenido,
Como prudente y recatado amante,
De suficiente escala, y de escondido
Recato, y armas, y ánimo bastante;
Con un cristiano paje el mas querido,
De fe mas sana, y pecho mas constante,
Dos breves horas antes del concierto
De la noche infeliz salió encubierto.
Comenzó el campo moro el nuevo asalto
Con que él hiciese el robo mas seguro,
Que el torpe miedo y ciego sobresalto
La vista turban mas que el aire oscuro:
Comenzóse la grita, él puesta en alto
La escala, abierto de Sansueña el muro,
Vió la ventana donde amor le envia,
Puerta á su gloria, y sol antes del dia.
La bella amante súbito engañada
Con las dulces memorias de su esposo,
Del son de Marte y del amor turbada,
Del pajecillo, y de su hablar medroso,
La alta escala bajó, y fue disfrazada,
Haciendo el traje moro mas airoso,
Si las tinieblas consintieran vello,
Del gallardo ademan el bulto bello.
Con solo un cofrecillo en que traia
Lo mas precioso de sus joyas puesto;
Y viendo que el rumor de armas crecia,
Con paso apresurado y descompuesto,
Dando á entender el moro que huia
No el miedo de la gente, sino el puesto,
Comenzó á desviarse por el llano
Del muro hácia el ejército cristiano.
Viene todo en las armas encubierto
Para no ser de nadie conocido,
Y el paje astuto con sagaz concierto
A cualquier lance impuesto y prevenido:
Y poco á poco por el campo abierto,
En son de huir la gente y el ruido,
Llevar queria la dama á una espesura,
Donde estuviese del tropel segura.
Cuando el moro infeliz que iba delante,
Haciendo franco el paso con la espada,
Ciego dió en una escuadra, á la importante
Defensa de aquel paso diputada:
Y sin volver el nombre el vano amante,
De veinte su persona rodeada,

Por mil partes le hieren, y por una
A la muerte abrió puerta su fortuna.
Entre el izquierdo brazo, y la loriga,
Una encubierta punta desmandada
Tan dulcemente entró, que sin fatiga
Del cuerpo cortó al alma la lazada:
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga
Del capitan cristiano desmayada,
Con el engaño de tener por cierto
Que no era el moro, mas su esposo el muerto.
Fue á tiempo el darle muerte á Cardiloro
Que el montañés llegaba alborotado,
Por ver del repentino asalto moro
El que él iba á hacer anticipado:
Y oyendo de las armas el sonoro
Ruido ir en aumento recatado,
Con una oculta escuadra de Guzmanes
Venia á requerir sus capitanes.
Venia tambien á hacer secreta guarda
Al balcon de oro, de su gloria puerta,
Cuando muerto vió al moro, y la gallarda
Dama á su lado desmayada, y muerta:
No conoció su luz, ni á verla aguarda
De la amorosa suspension desnierta,
Mas en su amor el alma divertida,
La que buscando va deja perdida.
Creyó que fuese alguna dama mora
Del que á desgracia han muerto en la contienda,
Y ella, y el paje que cabe ella llora,
Presos manda llevarlos á su tienda:
Y tras el bien que deja, y que adora,
Con su escuadra tomó una estrecha senda
Que á la torre va á dar, donde su gente
Ya culpándole está de negligente.
Va buscando la gloria que ya tuvo
Caida ante sus piés sin conocella,
Cuando la culpa de perderla estuvo
En no llegarse como pudo á vella:
Mas ¿quien lo advierte todo, ó en quién hubo
Tan sabia prevencion, que pueda en ella
Medir las ocasiones, y en ninguna
Perder lance á las vueltas de fortuna?
No hay descuido en amor que no se pague,
O sea el cobrar remiso, ó sea contado,
Ni estado tan feliz que no lo estrague
El desmán de un suceso no pensado;
Que si da la fortuna antes que amague,
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?
Fue á dar con el balcon el godo tierno,
Y en vez de alegre gloria halló el infierno.
Vió escalado su muro, y puesto fuego
Ya por allí el balcon resplandeciente,
Y que en tropel confuso y furor ciego
Por él entraba la morisca gente:
Y un soberbio jayan de nacion griego,
Señor de Negroponto, puesto en frente,
Que da favor y fuego á los de arriba,
Y á voces el combate y cerco aviva.
Reverberan las llamas en las hojas
Del arnés limpio de bruñido acero,
Y el aire obscuro con vislumbres rojas
Al jayan vuelve mas horrible y fiero:
Crece el rumor, el fuego, y las congojas
En el dorado alcázar, y él entero
Con su furor el gran teson sustenta,
Y á todos golpes da, y armas presenta;
Cual tal vez cabe un risco cavernoso
De negra escama pálido serpiente,
Que en renovadas conchas poderoso
Muestra la cresta azul resplandeciente,
Y si del fuego que hizo el perezoso
Gañan junto á su cueva el calor siente,
Saltando á él sin que temor le ocupe;
Tres leguas silba, y la ponzoña escupe?
Quedó el amante de la dama bella,
Que en salvo puesta sin pensar tenia,
Viendo la escala; y que el jayan sobre ella
La torre con su gente entrado habia,
Suspensa el alma, alborotada en vella,
Y en vario discurrir la fantasía,
Dándole vuelta á su pesar la suerte
En tormento el placer, la vida en muerte.
Así tal vez villano entretenido
En acechar de una perdiz medrosa
Para hallarla de noche el caro nido.
Si al estender la mano codiciosa
Al escorpion tocó que la ha comido,
Atrás rehuye, y con la temerosa
Luz de sus vivos ojos ve el engaño
Del riesgo suyo, y del ajeno daño:
Tal de Velasco la nobleza antigua
Suspensa se quedó viendo el gigante,
Como nocturna y lóbrega estantigua
Entre el humo y el fuego resonante,
Y del confuso vulgo y gente ambigua
El tropel ciego y el furor bastante
A tomar la ciudad, mas en un punto
El miedo y suspension se acabó junto.
Y como el que en los brazos de Morfeo
Se sueña de un leon fiero asaltado,
Que despierto en el bosque Dodoneo
Le ve sobre algun risco encaramado:
Hallando ser verdad el devaneo
Del sueño sale á él alborotado,
Trocada en riesgo la apacible caza,
Y con la fiera y su furor se abraza;
De tal manera Argildos viendo el paso
A que sus cosas trajo la ventura,
Furioso hácia el gigante Radagaso
Sale amparado de la noche obscura:
Y antes que el feroz moro sienta el caso,
Un revés le alcanzó por la cintura
Que le hizo dar de manos, y le hiciera
Dos, si el filo al cortar no se torciera.
Saltó el gigante cual dragon herido
Del duro césped que arrojó el villano,
Y al tierno amante en fuego convertido
Del mismo en que arde el torreon cristiano
La respuesta volvió con tal ruido,
Que acertando en el yelmo sonó el llano,
Como si por socorro en ver que se arda
La torre disparara una lombarda.
El español que dos deidades juntas
Honra y amor le hierven en el pecho,
Una tras otra hiere de dos puntas
Al que su gloria puso en tal estrecho:
Que del fornido acero por las juntas,
Lago de roja sangre dieron hecho
El antes verde prado, cuyas flores
Muertes respiran, y solian amores.
Al recibir el moro la una herida,
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,
Que aunque sin daño y riesgo de la vida,
De acero y carne le llevó un pedazo:
Y dando y recibiendo una avenida
Y tempestad de golpes, hizo el plazo
De su vida mas breve un altibajo,
Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.
Mas como si la fuerza se pasara
Del destroncado brazo al brazo vivo,
Así con nueva fuerza da y repara
Golpes á su contrario el griego altivo:
En esto el fuego con su rubia cara,
Para hacer el combate mas esquivo,
Apoderado del dorado techo,
Con su costoso daño hacia provecho.
Y la española escuadra que venia
Por guarda del hermano de Tibalte,
Y en ciega tropa arremetido habia,
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,

Mezclada entre los bárbaros subia
Por la alta escala, haciendo que no falte
Quien con la sangre mora no pequeña
Parte apague del fuego de Sansueña.
Del son confuso el resonar valiente,
Y de la llama el rechinar sonoro;
Asombró el pueblo, que tenia su gente
Segura por allí de el campo moro:
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente
La ancha techumbre de artesones de oro,
Y de gruesas colunas jaspes varios
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.
Hizo el fuego las señas con sus llamas,
Y acudió á aquella parte el furor todo,
Los unos á perder vidas y famas,
Y otros á hallarlas por el mismo modo:
Al fin del ciego bosque entre las ramas
Del asturiano campo y pueblo moro
Lo mejor se juntó, y duró el rebato
De la confusa noche el mayor rato.
Murieron muchos de una y otra parte
En la confusa bárbara refriega,
A unos dando el rendido baluarte
Muerte comun y sepultura ciega,
A otros la espada del sangriento Marte
Los vendimia en agraz, y en flor los siega
Por varios trances, que el morir es cosa
De todas la mas cierta, y mas dudosa.

ALEGORIA.

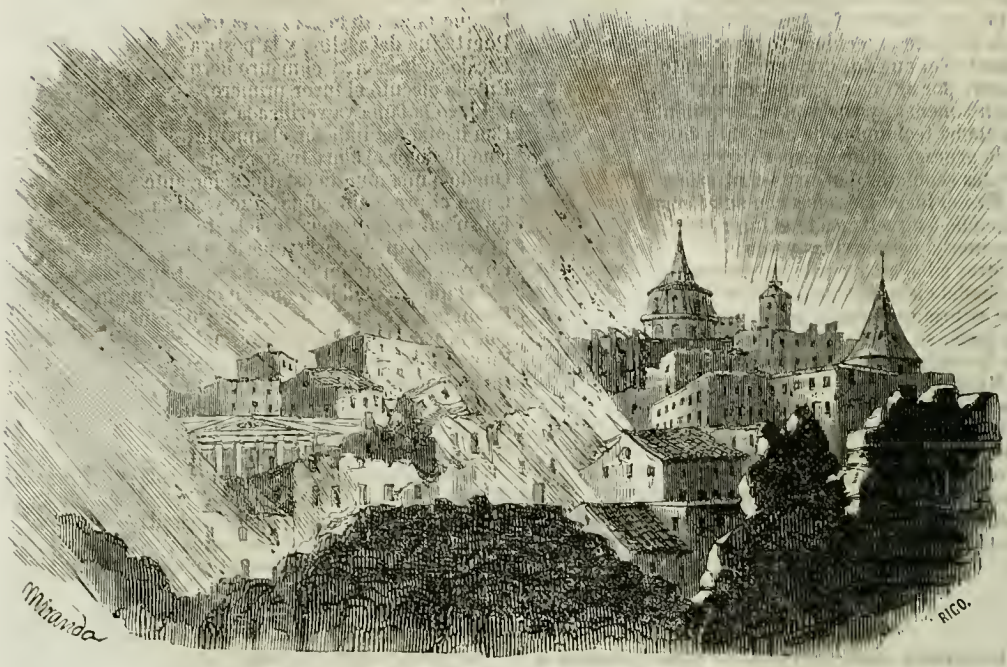
La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.

En el suceso de Serpilo y Celedon se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad: en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana, y como no hay campo seguro para la muerte: y en la de Cardiloro, y sus vanas pretensiones, cuan inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

LIBRO NONO.

Argumento. Argildos, creyendo que Florinda es muerta, ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva encuentra á Angélica en las uñas de un dragon, síguela por las oscuridades de una cueva, y hállase enredado en un estraño encantamento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana Justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata, y quita el escudo, y por las armas dél es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo: oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con el.

Argildos ya, despues que a Radagaso
Con gallardo esgrimir quitó la vida,
Y á Arganda, un moro capitan, de paso
Cabeza y pecho abrió de una herida;
En compañia del prudente Eraso,
Que una escuadra á sus piés tenia rendida
De alarbes berberiscos, que en España
La gente fué de mas coraje y saña:
Ganando el paso de la escala y muro
A costa de su sangre, y de la ajena,
El amante subió libre y seguro
A ver su gloria, y á hallar su pena:
Que entre el negro carbon del humo oscuro
A vueltas de otros tristes llantos suena
Que Florinda murió, ó es cosa cierta
Que está cautiva y presa, sino es muerta.
Creése que consumida de la llama
Entre carbones de oro es ya ceniza,
Y que de su valor sola la fama
Viva ha dejado la sangrienta riza;
Porque el oculto cuarto de la dama
Puerta fue del asalto, y la postiza
Escala su balcon, y el mauro fiero
En ella ejecutó el furor primero.
Llegó la fama ya verificada
Con bastantes indicios al amante,
Que de dolor el alma traspasada
Quedó á una muerta estátua semejante.
Como el preso sin culpa, que ya dada
En su causa sentencia ve delante
El verdugo que á darle muerte viene,
Cuando por libre en su opinion se tiene.
Tal quedó Argildos, que un morisco pudo
De un golpe echarlo desde el muro al suelo,
Que ni para la espada ni el escudo
Fuerza dejó ni brio el mortal yelo:
Dado de pena en la garganta un nudo,
Caido el corazon, y el desconsuelo
Mayor que tal desgracia se atribuya,
O á poco amor, ó á negligencia suya.
Quiso darse la muerte con su espada,
O dejarse matar de un enemigo,
Sino fuera en su honor, ó en su pasada
Culpa un breve morir corto castigo:
Mas esto, y la esperanza amortiguada,
Aun no muerta del todo, abrió un postigo,
Por donde entró una furia de tal modo,
Que pensó hundirlo en su venganza todo.
Tocaba á recoger el campo moro,
Viendo engrosado mas que convenia
El asalto que el mozo Cardiloro
Sin justa causa comenzado habia:
Cuando el valiente Argildos el sonoro
Rumor de los clarines revolvia
A hacer cruel venganza y escarmiento
De la triste ocasion de su tormento.
Y aunque cubierto del nocturno luto,
Y de tinieblas lóbregas revuelto,
Al rayo de su espada el campo bruto
En un confuso infierno quedó vuelto:
Cogiendo en negra sangre horrible fruto
Del rabioso dolor en que va envuelto,
Dando golpes á ciegas, que de dia
Tendrá bien que contar la pluma mia.
En tanto la afligida hermosa dama,
Ya persuadida que es su esposo el muerto,
Con los perdidos lustres de su fama
En el trazado fin de su concierto.
El pecho ardiendo en amorosa llama
Su amor llora perdido, y descubierto,
Sin sombra ni apariencia de disculpa,
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.
Al ciego amparo de un rincon obscuro
De la tienda, que fuera cielo claro
A saber cuya era, y cuan seguro
Allí tenian sus males el reparo,
Con llanto amargo, que un peñasco duro
Tierno hiciera en su triste desamparo,
Asi de sus dos manos hecho un nudo
Quejas al cielo da en lenguaje mudo.
«¡Oh cielo que ya tienes el tesoro
Cuya memoria un pecho enriquecia,
Y á mi en triste ocasion de eterno lloro
Para nunca haber fin la pena mia!
Si del sol que perdí, y perdido adoro,
Ya en tu horizonte amaneció su dia,
Y mi alma, que es sin él noche profunda,
Jamás espera ver su luz segunda.
¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,
Para solo llorar desgracias hecho,
Quedar penando el cuerpo permitiste,



Que es sin su vida de ningun provecho?
Las vislumbres del gusto con que diste
Mas dulce al alma el nudo, y mas estrecho,
¿Dónde se fueron á volver estrellas,
Llevándose mi bien volando en ellas?
¡Ay tierno esposo! ¡nombre regalado,
A quien yo por mi mano dí la muerte!
¡Cruel piedad! ¡concierto desdichado,
Debajo el dulce fin de complacerte!
¡Inconstante fortuna! ¡adverso hado!
¡Menguada hora de infelice suerte,
Que tantos juntos abracé conmigo,
Para solo quitarme un dulce amigo!
¡Alma dichosa, que en amor ardiendo
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y ya campos de gloria van midiendo
De tus piés santos las divinas plantas,
Mientras del tercer globo estás cogiendo,
Entre sus rosas y azucenas santas,
Los castos pensamientos en que tuve
La fe sembrada que en tu ley mantuve!
Vuelve los ojos, mira el sacrificio
Que ahora á tu deidad hacer espero,
Que vivir fuera yo de tu servicio,
Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:
El alma en ir tras sí hace su oficio,
Y yo el mio en morir, pues por tí muero,
Acoge ahora esta piadosa ofrenda,
Que el dolor sana, y el honor remienda.
Y el cielo justo, pues que lo es, ordene,
Que en honra de un amor y fe tan pura,
Lo que apartados al morir nos tiene,
Muertos nos junte en una sepultura.»
Dijo, y toda turbada en ver que viene
La infeliz hora de la muerte obscura,
Resuelta ya en tomarla en cualquier via
Antes que asome con su lumbre el dia;
Con varias trazas considera el modo
Mas fácil de matarse, y mas honesto,
Antes que haga por el campo todo
La fama el primer yerro manifiesto:
Al fin con pecho real y ánimo godo
Entera en su memoria halló puesto
El camino mejor mas breve y llano,
En tomar un veneno de su mano.
Acuérdase que en guarda y fiel recato
Le dió su anciano padre un pomo de oro
De mortal confeccion con que un ingrato
Indio, por órden de un esclavo moro,
Matarle quiso, y descubierto el trato
Los quemó vivos, y el mortal tesoro
Ella por mas guardado, y mas recluso,
Entre sus joyas sin pensar le puso;
Y que en el rico cofre que allí viene
Su desgracia le puso, ó su ventura,
Y así vuelta ya alegre en ver que tiene
Tan vecina la muerte, y tan segura,
Ni perpleja ni en duda se detiene:
Tómale, y al buscar la cerradura
Halla menos la llave, que al ruido
Allá se le olvidó ó se le ha perdido.
Vuelve cuitada á su primer congoja,
Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,
Que el acero sin ver cómo se afloja,
Y abierto á su primer contento vuelve:
Todo quiere que muera, ó se le antoja,
Las joyas saca á tiento, y las desvuelve,
Hasta que á hallar al fin entre ellas viene
La que la muerte en fiel custodia tiene.
Mas como obscuro está, ni acierta á abrilla,
Ni su artificio sabe, ni lo entiende,
Y así llorando dice: «¡oh gran mancilla,
Que tan cara la muerte se me vende,
Que ni buscalla basta, ni seguilla,
De mí se esconde sola, y se defiende,
Que es posible que ordene el cielo justo,
Que aun no alcance el morir porque es mi gusto!
¡Oh cómo tiene el corazon humano
Vislumbres ciertas de saber divino!
¡Cuántas veces me dijo el miedo en vano

Que era lo que intentaba desatino!
¡El huir de mí sin me tocar la mano,
El no me hablar palabra en el camino,
Todo era igual congoja y agonía,
Que á ambos un triste fin nos prometia!»
Esto entre sí decia, revolviendo
La muerte aquí y allí cuando en las manos
Cierto licor sintió, ¡oh suceso horrendo!
Que sin mas consultar temores vanos,
Cierta ya que el veneno iba saliendo,
Llegó la boca y labios soberanos
Para beber por ellos lo que cupo
Al corazon mas fiel que el mundo supo.
Y apenas el licor pasó la boca,
Cuando quedó la dama sin sentido,
Tal que mirarla á lástima provoca
Y deja al mas cruel enternecido:
O muerta, ó sino muerta con tan poca
Esperanza de vida, que perdido
Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,
Desde ese punto se contó por muerta.
Ya en esto del color de la azucena,
De aljofar lleno el manto de brocado,
Cercada el alba de una luz serena
De Oriente entraba en el balcon dorado;
Cuando de sobresaltos y de pena
El noble Argildos vuelve acompañado
Con rostro triste y paso perezoso,
Ni vencido, ni alegre victorioso.
Como tal vez sobre los bosques de Ida
Soberbio toro vuelve á su manada,
Sin traer consigo al pasto la querida
Novilla que á traicion le fue robada,
Que el paso lento, la cerviz caida,
La piel en sangre y en sudor bañada,
Al cielo á cada paso vuelto brama,
De amor se queja, y su becerra llama:
Así el valiente godo se retira,
Vuelto ya el campo á su primer concierto,
De congojas cercado, ardiendo en ira,
De triste luto el corazon cubierto,
De sombras lleno cuanto en torno mira
Al dolor vivo, á la esperanza muerto,
Y á su real tienda llega, cuando el dia
A ver lo que el asalto obró salia.
Halló á la puerta en hábito de moro
Al cautivo Roselio envuelto en llanto,
El paje con quien hizo Cardiloro
El enredo que á todos costó tanto:
Miróle Argildos y en la nieve y oro
De su rostro y cabello, cuerpo y manto,
Vió al natural á su Florinda bella,
Y fue admirado á arrodillarse ante ella.
Creyó que como estaba concertado
En hábito morisco habia salido,
En el de paje el de mujer trocado
Por mas ligero y menos conocido:
Mas cuando de mas cerca vió burlado
Su antojo, y ser de veras ha entendido
Hombre en el habla, y diferente el trato
De aquella de quien es vivo retrato;
Volvió otra vez á su dolor primero,
Aunque con nueva admiracion y espanto,
En ver aquel gallardo prisionero,
Que á su Florinda se parezca tanto:
Dióle razon del caso un escudero,
Diciéndole: «señor, á noche, en tanto
Que el asalto duró, el capitan Bueso
Trajo una mora, y á este moro preso.
La mora en tristes lágrimas metida
Allá dentro, y el moro en este prado,
Llorando están la libertad perdida,
Y la nueva afliccion del triste estado:»
Dijo, y Argildos la alma divertida,
La vista, el sentimiento, y el cuidado
En su primer dolor, apenas siente
La breve cuenta de su leal sirviente.
Y de congoja y sobresaltos lleno,
Ni á esto, ni á aquello atiende ni repara,
Entrándose en la tienda cuando el freno
Del sol asoma con su lumbre clara;
Dándole luz bastante el dia sereno
Para ver la belleza al mundo rara,
Que la ventura ya quiere que vea,
Sin saber como, ni por donde sea.
Como tal vez el labrador cansado
De buscar el novillo que ha perdido,
En quien todo el caudal tiene empleado
De las pobres cosechas de su ejido,
Entra bajando el monte descuidado
A una cueva sin luz y allí escondido
Acaso le halla entre las ollas de oro,
De un antiguo y riquísimo tesoro;
Así el tierno amador con los temores
Que su imaginacion triste le ofrece,
Sin pensar encontró los resplandores
Del tesoro mayor que le enriquece:
De su bella Florinda vió las flores
Con que de nuevo ya su amor florece,
A un rincon de la tienda desmayada,
Toda de joyas y beldad cercada.
Danae quizá, cuando entre lluvias de oro
Bajó á su lecho celestial riqueza,
Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,
Mas en su rostro no otra igual belleza:
«¡O soberano cielo en quien adoro!
(Dijo el godo, aun no libre de tristeza)
¿Anda fortuna haciendo devaneos
Entre su ciego antojo, y mis deseos?
No es este el bello sol que mi alma alumbra?
¿Este no es su retrato verdadero?
¿Es sueño, ó sombra, ó luz que me deslumbra?
¿O la fingida imagen por quien muero?
¿O es la imaginacion con que acostumbra
Pintar la gloria amor, que sigo y quiero
Para volverme con deseos loco
Del mismo gusto y bien que veo y toco?
¿Háse quebrado en dos el limpio espejo
En quien solia mirarse la hermosura,
Que tan por un nivel, tan por parejo,
Se muestra en dos mitades su figura?»
Así dijo, y con ánimo perplejo
En el secreto de la enigma obscura
Llegó á la bella dama, y á un pequeño
Moverla le rompió el sabroso sueño.
Despertó sin sentido alborotada,
De sudor y de lágrimas cubierta,
Y en ver su tierno amante mas turbada
Sospecha todavia que esta muerta;
Hasta que vuelta en sí, y desengañada,
No que en vana fantasma y sombra incierta
Su esposo está, mas en alegre vida,
En nueva admiracion quedó metida.
Así en la escena trágica aparece,
Al desatarse el nudo y la maraña,
En que su alegre ó triste accion fenece,
La antes oculta novedad estraña,
Con que la pena ó la alegría crece,
Que las pasiones mueve, y las engaña,
Poniendo los sucesos diferentes
Admiracion y espanto en los presentes.
Ya tuvo sabios la opinion humana,
Que por ver los dislates de la vida,
Los ciegos desvaríos, y la vana
Locura en sus propósitos metida,
Creyeron que esta fábrica mundana
Del santo cielo estaba desasida,
Sin ley ni dependencia en su gobierno,
De libre brazo, ni saber eterno.
Mas que el divino artífice, que solo

El globo hizo y máquina presente,
La luna variable, fijo el polo,
A Bootes frio, y al leon caliente,
Como el dia le dió á la luz de Apolo,
Y la noche al reposo de la gente,
Así tambien sin diferencia alguna
Los hombres á las vueltas de fortuna.
De aquí daban nacidos los errores,
La variedad de vidas y de muertes,
La mudanza de estados y favores,
Las infelices y felices suertes;
Ser reyes unos, otros labradores,
En pobres chozas ó en castillos fuertes;
Y aquel andar á tiento los mortales,
En medio de los bienes y los males.
Todo esto hacian alhajas de fortuna,
Que es del reloj divino órden entera,
Sin quien no mueve el mar ola ninguna,
Ni una arena hay de mas en su ribera:
Esta el cielo y la tierra tiene en una
Lazada y dependencia verdadera,
Ordenando las cosas de tal modo,
Que cada cual sea parte de este todo.
Mas hay en esto modos naturales
Con que sus cursos corren nuestras vidas,
Que ni es todo milagros celestiales,
Ni todo caso y suertes no entendidas,
Que muchos de los bienes y los males
Nacen de cosas bien ó mal regidas,
Y el albedrío hizo de su mano
Piadoso á César y á Neron tirano.
Bien que hay casos tambien donde no puede
La prudencia estorbarlos ni el aviso,
Que el mundo hace que su vuelta ruede
Por donde él quiere y no el prudente quiso:
Y Ulises por mas curso que le quede
De esperiencia y saber, no hará el preciso
Golpe vano que el hado le predijo,
Que al fin morirá á manos de su hijo.
Aquí entra ya la buena ó mala suerte,
Donde no alcanza el albedrío humano,
Que al uno hace errar, y á otro que acierte
Por donde no pensó ni fue en su mano:
Esta dió á Cardiloro ayer la muerte,
Huyendo della por camino llano,
Y la vida guardó á Florinda bella,
Cuando ella mas trataba de perdella.
¡Estraño caso! en la bugeta de oro
Que el veneno mortífero traia,
La contraverba del mortal tesoro
Por sí en licor suavísimo tenia;
Que tal fue siempre en esto el uso moro
Dar el remedio donde el mal venia,
Y á la dama tambien su buena suerte,
Hallar la vida por buscar la muerte.
De un frio áspid de Libia soñoliento
La mortal confeccion era amasada,
Y el mitridato por el mismo intento
Durmiendo la dejaba reparada:
Trocó á las cosas la ventura el viento,
Y la afligida dama alborotada
Bebió por beber muerte en la bebida
Un dulce sueño que le dió la vida.
Estando en esto todos divertidos,
Roselio abrió la puerta al desengaño,
Y de los desconciertos referidos
El discurso contó y suceso estraño:
Los dos tiernos amantes advertidos
Del bien presente, y del pasado engaño,
Al cielo alaban, que por tales pasos
Piadoso rige los humanos casos.
Publicóse la nueva venturosa,
Y el amante sagaz viendo trocada
En ocasion honesta la amorosa,
Que antes viniera á ser grave y pesada;
Al triste alcaide, padre de su diosa,
Que por muerta la tiene, ó por robada,
Aviso envia y da nueva cumplida
Ya de su libertad, y de su vida.
Vino el anciano capitan gozoso
Al real en grave pompa y aparato,
Resuelto de no ser al valeroso
Godo á tan nuevo beneficio ingrato:
Si él gana hija, que ella gane esposo,
Y el premio todos de un honroso trato,
Trocándose por casos semejantes
En paz la guerra de los dos amantes.
Estos milagros hace la ventura
Cuando se muestra un poco aficionada,
Yerros dora, descuidos asegura,
La muerte en dulce sueño da trocada:
El cautiverio en libertad segura,
La guerra y pena en gloria y paz sagrada,
Y así á las cosas trueca el sobrescrito,
Que á veces saca premios del delito.
Fue el valeroso alcaide recebido
En real aplauso y magestad decente
De la gallarda dama, y su querido
Amante, y la demás guerrera gente:
Donde luego que vió al recien venido
Preso, en nada á Florinda diferente,
«¡Santo Dios! dijo, ¿qué ventura es esta
En tan notable maravilla puesta?
¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura
En jóven tan gallardo, y tan apuesto?
¿Es de claro linaje, ó sangre obscura?
¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto
O es el que yo en una espesura,
Cuando en amargo llanto y luto puesto
La traicion me dejó de un moro ingrato
Robándome este rostro, ó su retrato.
Decidnos, bello moro, ó fiel cristiano,
Vuestra tierra, nacion, ley, y nobleza,
A quien el alto cielo dió la mano
Tan abundante en gracia y gentileza.»
Así el alcaide dijo, y el lozano
Doncel con nuevas prendas de belleza,
De empacho y sobresalto de quién era,
Turbado respondió desta manera:
«Señor, de mis parientes y linaje
Mas noticia no tengo ni esperiencia,
Que haberme desde niño visto paje
De Abdalla, rey tirano de Valencia:
De adonde hasta aquí hice un viaje
Por un rodeo lleno de violencia,
Que así, señor, pasó...» y así queria
Decir lo poco que de sí sabia;
Cuando en confusa trápala y ruido
Por la real tienda entraba un moro bravo
De un vulgo y furia popular asido,
Y un valiente caudillo de otro cabo:
Hanle entre los cautivos conocido
Por el rojo Alfaquiz, antiguo esclavo
Del alcaide, y aquel que ahora dijo
Que en una caza le robó á su hijo.
Fue de la arma pasada el desconcierto
De tanto riesgo en el real pagano,
Que hallando lo mejor del campo muerto
El viejo Zumail, moro liviano,
Desesperado huyó, huyó encubierto,
Y el resto se dejó al furor cristiano,
Entre cuyos despojos y tesoro
Raulin prendió al antiguo esclavo moro.
Prendióle, y todo lleno de cuidado
A que del tierno padre en la presencia
El rico hurto descubra, aprisionado
Le trajo en tanta guarda y diligencia:
Quedó de nuevo el campo alborotado...
Mas mientras se sosiega, y dan audiencia,
Al nuevo preso, de Bernardo quiero

La luz seguir de su invencible acero.
Ya despues que con trágico lamento
Fin dió á su historia el español gallardo,
Y deslumbrado en su beldad á tiento
Se entró tras una corza el gran Bernardo
Por la incógnita selva, en el aliento
Y ligereza que un dispuesto pardo,
Cuando en la Libia la hambre le persigue,
Y un lobo por las breñas de Atlas sigue.
De las ásperas quiebras de la sierra
Corrido un no pequeño trecho habia,
Cuando abrirse de lejos vió la tierra
Que en tumbo hinchado sobre el mar caía,
Y al negro abismo que su vientre encierra
Arrojarse la luz tras quien venia,
Admiróle el suceso, y fue con nueva
Curiosidad á entrarse por la cueva.
Cuando en el verde suelo vió caida
La hermosura de Angélica, y sobre ella
Una enrescada sierpe, que atrevida
En sus artejos quiere deshacella:
Aquella beldad misma que su vida
En aire obscuro vió cual clara estrella,
La noche que á Orimando en su presencia
Su luz arrebató maga violencia.
Admiróse el mancebo, y condolido
De la ingrata belleza, aquella espada
Que ella por mas favor le habia ceñido,
A volver por sus causas obligada,
Bravo sacó y con ánimo atrevido
Corre á librar la dama desmayada,
Que el dragon en la boca se la lleva
Por las entrañas de la obscura cueva.
Entró tras él el animoso infante
Al sordo estruendo de la sierpe horrible,
Sintiendo detenerse por delante
De un fuerte y singular brazo invencible;
Hasta que en fuerza y ánimo constante
Vencido de la máquina terrible
El importuno estorbo en son horrendo
Fue por el negro sótano cayendo.
Piensa que haya bajado hasta el profundo,
Segun las vueltas y traspiés que ha dado,
Cuando de nuevo se halló en el mundo
Con dos gigantes sobre un fresco prado,
Que el uno ha muerto el animal inmundo,
Y el otro por el oro ensortijado
Del hermoso cabello á toda priesa
La Angélica beldad se lleva presa.
Deten, negra fantasma, el jóven grita,
Y tras él sale á remediar el caso,
Cuando el otro jayan le ataja y quita
Con firme maza el importante paso:
Tal que si el primer golpe no le evita
Un salto atrás en aquel campo raso,
Contra el valor de los eternos astros
De su muerte quedaran tristes rastros.
Iba sin mas defensa el caballero
Que de su limpia espada la destreza,
Con que el jayan de corpulento acero
Sus golpes perder hizo y su braveza,
Acertándole algunos el guerrero
A pesar de su altura en la cabeza,
Por donde en vez de sangre salen toscas
Bandas de abispas, y de negras moscas.
¡Horrible caso! por el negro viento
El importuno y mal nacido enjambre
Sobre el bravo español vuela sin tiento,
A hartar en él las rabias de su hambre:
Siéndole su inquietud mayor tormento,
Que el encantado bulto y tez de alambre,
Que la cruel maza encima dél revuelve.
Y en alados gusanos se resuelve.
Como entre los tomillos y el romero
Del fértil monte Hibla causa pena
El belicoso enjambre al oso fiero,
Que sin tiempo desfonda la colmena,
Dando el liviano corcho el golpe entero
De dulce ambrosia de enemigos llena,
Y haciendo la defensa de su vida
Sabrosa la victoria y desabrida.
Así el menudo ejército que vuela
Sobre el rostro y los ojos de Bernardo,
Le inquieta, le congoja, y le desvela,
Sin valerle defensa ni resguardo:
Ni le aprovecha maña ni cautela,
Ni importa ser ligero ni ser tardo,
Que lo ha con enemigos inconstantes,
Que se atreven á reyes, y á gigantes.
Mas de nuevo le asombra un nuevo caso
En esta estraña y desigual conquista,
Que en picando la avispa, el bulto escaso
Volvia en rojo rubí ó blanca amatista:
Y donde quiera que fijaba el paso
Rastro quedaba en relumbrante lista
De las preciosas piedras que ya en vuelo
Moscas vinieron hechas por el cielo.
Así en su trono real Midas sentado,
Y convirtiendo cuanto toca en oro,
Si acaso vino un escuadron al lado,
Que en torno vuela con parlar sonoro,
Lo que le llega en oro cae mudado,
Con que el espanto crece y el tesoro,
Y si la tierra pisa, deja en ella
Resplandecientes rastros de su huella.
De pedreria cubierto el valle ameno
Ya la braveza del leonés tenia,
Y el fingido jayan de avispas lleno
Con solos ademanes combatia:
Cuando quitando al sufrimiento el freno,
A pesar de la maza que esgrimía
Un golpe le acertó por la cintura,
Que cortó en dos la bárbara figura.
La mitad se quedó en el verde prado
De bronce hecha imágen verdadera
Del invicto español, que retratado
En ella goza su hermosura entera:
La otra mitad en vuelo levantado
Subir se vió por la estrellada esfera,
De lenguas llena, y de dorada llama,
Con la trompa y las alas de la fama.
Cobró el invicto montañés sosiego
Vencido aquel fantástico enemigo,
Y á dar alcance y guerra corre luego
Al que se lleva á Angélica consigo:
Vióla entrar por la llama de un gran fuego,
Y sin buscar mas puerta ni postigo
Tras él se entró, que á quien honor pretende,
Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.
Así el fuego se cuenta que en su esfera
Es con su tibia luz tan perezoso,
Que aun no llega á esponjar la blanda cera,
Ni á ser mas que un vapor claro y lustroso:
Pasó libre la luz que reverbera,
Y hallóse en un sepulcro tenebroso,
Que en una obscura tumba parecia
Al débil rayo de un farol que ardia.
Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
Negra fantasma, ó sombra descarnada,
Quedó pasmado, y el cabello yerto,
Suspenso el paso, y la color mudada;
Hasta que reportado: «oh, tu, encubierto
Cadáver, dijo, dime en voz prestada,
Sino la tienes propia, por cual cueva
Un jayan bruto preso un ángel lleva.»
Juzgó que en las honrosas pretensiones
Del ir tras la virtud es caso indino
Pensar que aun á los muertos las razones
Falten para mostrar senda y camino:
Ni que puedan fingidas ilusiones

Torcer el curso del saber divino,
Que á cada vida tiene, y cada hado,
El punto fijo y centro señalado.
Esto á pedir con libertad le obliga
El carcomido bulto luz bastante
Del huido jayan, y él con amiga
Caricia le adestró con ir delante,
Pidiéndole por señas que le siga
Por un hundido sótano distante,
Que secas las arterias y pulmones
Aire le falta en que formar razones.
Fueron bajando un caracol difuso
Al rayo de la lámpara de fuera,
Que en aire negro, y cóncavo confuso,
Con luz dudosa y tibia reverbera;
Hasta que de los piés las plantas puso
De un negro rio profundo en la ribera,
Que con ronco furor de peña en peña
Por sus hondas cavernas se despeña.
Un pequeño batel puesto á la orilla
Está entre cañas y ovas zabordando,
Donde aquella mortal sombra amarilla
Se entró, al ilustre jóven convidando:
Notable y nunca oida maravilla,
Que obedeciéndole él, y ella bogando
Por los despeñaderos de aquel rio,
Mas recio va que el agua á su navío.
Cercado de figuras temerosas,
Que á la luz se descubren, que levanta
El oro de las sierpes escamosas,
Que con su horrible centellear espanta:
Y sobre negras ondas espumosas
El frágil leño al centro se adelanta,
Donde la luna sus mudanzas mide,
La noche reina y el horror preside.
Asi en el requemado Flegetonte
La barca de la muerte, y su barquero,
Temple á las almas muda, y horizonte,
De un claro mundo, á un espantoso y fiero:
Y Alcides cuando entró por Aqueronte
A enlazar las gargantas del cerbero,
Asi en el débil leño á todo vuelo
Los límites feroz pasó del suelo.
Sintió en el sosegado movimiento
Del temeroso viento denegrido,
Haber ya hecho la barquilla asiento,
O en agua mansa, ó puerto conocido:
Buscó el piloto por el barco á tiento,
Y viendo que se le ha desvanecido
Causóle horror, que en golfo tan esquivo
Aun hace un muerto compañía de vivo.
Hiere á una parte y otra con la espada,
Y en el fondo del agua con los remos,
Y ni halla de aquí ni de allí nada,
Ni al rio corriente, ni al remanso estremos:
Solo de horibles sierpes ve cuajada
La negra espuma, como ver solemos
Con el presto relámpago que embiste
Los pardos bultos de la noche triste.
Asi el menudo centellar que sale
De las sierpes al agua, y los dragones,
Solo con sus vislumbres tristes vale
Para aumentar del miedo las pasiones,
Haciendo que un temor á otro se iguale,
Las negras sombras, y húmedas visiones,
Con el espanto del lugar horrible,
Bastante prueba á un ánimo invencible.
El valeroso jóven que se halla
Ni bien en este ni en el otro mundo,
Sin guia, senda ni luz, ni en que buscalla
En el herviente lago y golfo inmundo,
Que ni su barca sabe gobernalla,
Ni como vadear el rio profundo,
De un bordo en otro en vano se fatiga
Buscando el puerto ó la ribera amiga.
«Sin duda, dice, el cielo me ha traido
Por alguna soberbia culpa mia,
Donde en eterna noche confundido
Con el miedo ande siempre en compañia:
Mas si en esta caverna y lago hundido
Mi nombre ha de quedar, y aqui me guia
El mal dispuesto influjo de mi estrella
A morir sin por qué tan mozo en ella;
Deme un famoso brazo con quien pueda
Quedar como quien soy de un golpe honrado,
Que no es gran cosa hacer la fatal rueda
Que un hombre si es mortal muera ahogado:
Y si algun tiempo por vivir me queda,
Tampoco es bien pasarlo aquí encerrado,
De cualquier suerte quiero ver si puedo
Destas cuevas romper el ciego enredo.»
Dijo, y con ambos remos presuroso
Boga á buscar el fin de la laguna,
Y sin tomar aliento ni reposo
Se cansa en vano sin mudanza alguna:
Parécele que vuela mas furioso
Su barco que la esfera de la luna,
Y no se mueve mas, ni da mas paso,
Que en Tesalia las cumbres del Parnaso.
Veinte millas hubiera navegado
Con el recio bogar si se moviera,
Cuando el remo arrojó desalentado,
Sin esperanza ya de hallar ribera;
Volviendo al cielo todo su cuidado,
Y pidiendo, si es fuerza que allí muera,
No hereden cuerpo y alma unas serpientes,
Pues nacieron de padres diferentes.
Pide tambien en su secreto pecho
Favor á la purisima María,
Y á su santo Custodio, que el estrecho
Camino le abra, y vuelva á ser su guia:
Y viendo que es cansarse sin provecho
Gastar las fuerzas mas en tal porfia,
Se está quedo esperando á ver la suerte
Que el tiempo echa en su vida, ó en su muerte.
Y mientras sepultado en el profundo
Entre horribles figuras se lamenta,
Tambien la superior parte del mundo
Al cielo obscuro sus estrellas cuenta:
Cubierto el primer suelo y el segundo
Del negro manto que el temor aumenta,
Guardando las tinieblas sin figura
Sus privilegios á la noche obscura.
Y así en silencio y suspension callada
Todo permaneció hasta el nuevo dia,
Que un rayo entró de luz amortiguada,
Por donde un muro sin pensar se abria:
Y en una hermosa sala matizada
De oro precioso, y varia pedreria,
Sobre una rica cama de brocado.
Con sus congojas se halló embarcado.
Vió que eran los dragones y serpientes,
Que antes le perturbaban con vislumbres
De oro y preciosas piedras transparentes,
Que á la cuadra enlazaban las techumbres:
Las espumas aljófares pendientes
De un rico pabellon alegres lumbres,
Y la barquilla en que iba tan estrecho,
La blanda pluma de un dorado lecho.
Tuvo por sueño todo lo pasado,
Sus temores riendo y su recelo,
Y saltando del lecho apresurado,
Corrió alegre á gozar del claro cielo:
Abrió una puerta de marfil grabado,
Por donde entró la luz, y halló que el suelo
Era todo de un vidrio transparente,
Como el cerúleo mar resplandeciente,
En que de los tesoros de la sala
Caian unos vivísimos reflejos,
Que en vista y proporcion no les iguala

La industria de los cóncavos espejos,
Siendo serpientes de oro hechas por gala
Los que dragones parecian de lejos,
Fingiendo las vislumbres de un topacio
El contrahecho asombro en el palacio.
Mas ya saliendo por la eburnea puerta
Tras el sabroso fin del dulce engaño
Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta
Un cielo de agua sin lesion ni daño :
Admiróse de ver que al aire abierta
El ancho mar por artificio estraño
La bellísima bóveda levante
A la de un claro cielo semejante.
Y que los rayos del dorado Febo,
Que por las cumbres vuelan celestiales,
Con nuevo dia en aquel mundo nuevo
Luz á su nacar den, y á sus corales :
Y en claros visos con sutil relievo
Del mundo así relumbran los cristales,
Que con vislumbres de oro y resplandores
Iris hagan bullir de mil colores.
Entre las aguas los ligeros peces,
Con sesgo movimiento y curso blando,
Por varias partes, y en diversas veces,
Las crespas ondas ir se ven cortando :
Y al rubio sol sus escamadas teces,
Como cuerpos opacos relumbrando,
Su luz en globos lúcidos se cuaja,
Y en contrarios aspectos se baraja.
Así el vulgo sospecha que en el cielo
El sol camina, y vuelan las estrellas,
No asidas, mas cada una en suelto vuelo,
Ó mas bellas en luz, ó menos bellas,
Dando en confuso y suelto enjambre al suelo
Del oro de su lustre las centellas,
Con un eterno curso sin trabajo,
Cual es de un grave cuerpo el irse abajo.
Admiróse de ver la hermosura,
Que en claros y argentados arreboles
Por el agua entremete la luz pura,
Tejiendo en ella varios tornasoles :
Y del lustroso nacar la blancura,
Que en conchas y revueltos caracoles
Las aguas crian, y con tez de plata
Sus suelos cubren de beldad barata.
Dase en aquellos campos espaciosos
El rocío en aljófares cuajado,
De balajes, jacintos, y lustrosos
Carbuncos y amatistas retocado :
De espejado cristal riscos lustrosos,
Arboles rojos de coral preciado,
De zafiros, crisólitos, topacios,
Los montes llenos, muros, y palacios.
Ricas florestas, huertos y jardines,

Con parras de oro y pámpanos de plata,
Rubíes por uvas, perlas por jazmines,
De aljófar argentada cada mata:
Dorados pavos, bellos francolines,
De azules plumas, nieve, y escarlata,
Que por las esmeraldas y cristales
Vuelan, y dan vislumbres celestiales.
Así en triángulos da el cristal cuajado
Al encrespar los aires con plumajes,
De oro, nácar, azul, verde y morado,
Pomposas sombras, lúcidos follajes:
De que el bravo español mas admirado,
Que de los antes lóbregos visajes
Del contrahecho barco, y de su dueño,
Piensa que es todo engaño, ó todo sueño.
Y entrando por los campos, no distante
De la ancha puerta, un prado deleitoso
De tiernas flores lleno el radiante
Asiento muestra de un castillo hermoso,
De arquitectura y fábrica elegante,
Aunque de vidrio frágil y lustroso,
Cuyas resplandecientes torres bellas
Con sus follajes tocan las estrellas.
Las ricas galerías y ventanas,
Antepechos, y lúcidos balcones,
De hermosas ninfas con libreas galanas,
Dan á la vista raras perfecciones:
De lirios, alelís, rosas tempranas,
Triunfales arcos, frisos y festones,
Y en las ricas cabezas de oro llenas,
Coronas de claveles y azucenas.
Es de la juventud y la hermosura
Tierno albergue el alcázar delicado,
Donde la alma, salud, y su frescura,
La alegre sangre, y el vivir templado,
Vida á su parecer gozan segura,
Si bien de frágil vidrio el real tejado,
Y por vecina una importuna vieja,
Que hora de gusto el suyo no les deja.
Puesto en frontera deste gran palacio,
Sobre una parda carcomida roca,
Otro distante dél no largo espacio,
Las nubes con sus rotas cimbras toca:
En campo estéril, agostado y lacio,
De obscuros senos, y de vista poca,
Lumbreras cortas, patios mal seguros,
Antiguas torres, y arruinados muros.
Habitan dentro horribles sabandijas,
Necias mujeres de ánimas voltarias,
Flacas, feas, fantásticas, prolijas,
Frias, falsas, caducas, herbolarias:
De arrugas llenas, callos, y de rijas,
Enfermedades, y apostemas varias,
Por caudillo una vieja así enfadada,
Que á nadie placer da ni gusto en nada.
Toda menor que de la mano al codo,
De enfermedades y de horror cubierta,
Corto el cano cabello, el cuerpo todo
De flacos pliegues lleno, y color muerta,
De raices hecha, y hecha de tal modo,
Que corza no hay tan viva ni despierta,
Aguila real, nebli que se abalance,
A quien no dé su ligereza alcance.
Es la triste vejez de edad cansada,
Ligera posta en alcanzar mortales,
Y las brujas de que anda acompañada
Ciega baraja, y confusion de males:
Melancolía, flaqueza, y la pesada
Enfermedad de puntos desiguales,
Tejiendo á vueltas dellas mil engaños
Las edades ladronas de los años.
Todo este infausto campo de enemigos,
Sin dormir noche, ni escusarse dia,
Por las ventanas da, y por los postigos,
Al vidrioso alcázar batería:
Dejando á sus victorias por testigos
La mustia tez, y muerta gallardía,
Que á cada hora lastiman, y con vanos
Escudos se defienden de sus manos.
Déjó admirado al español caudillo
La nueva guerra y desigual batalla,
Viendo pelear con flores de castillo,
Y hacer dellas defensas y murallas:
Y el contrario escuadron, que á resistillo
Peto no basta ni acerada malla,
En diestros tiros, y con maña astuta,
Irreparables golpes le ejecuta.
Vió á Angélica la bella á una ventana,
Por quien tan largo afan tomado habia,
Y que una hada envejecida y cana
Ya por cogerla á su balcon subia:
No aguardó mas, salió en alma lozana
A defender la que á librar venia,
Cuando en ciego tropel y alto alarido
Del sin ley escuadron fue acometido.
Rodeado de fantásticas quimeras,
Horribles gestos, lóbregos visajes,
De aquí y de allí le dan de mil maneras
Pesados golpes, bárbaros ultrajes:
No los negros moscones, ni las fieras
Llamas, ni los nocturnos personajes,
Por donde allí llegó, ni todo junto,
En tal riesgo le puso, ni en tal punto.
Ni fue con mayor ímpetu asaltado
En venganza de él muerto Polidoro,
De Hecuba y sus mujeres el malvado
Y fiero rey de Tracia hambriento de oro;
Ni Orfeo al pié del Ródope sentado,
Selvas plantando su cantar sonoro,
Herido en mas confuso desatino
De la bacanal turba hirviendo en vino.
Que el tierno jóven del enjambre esquivo,
Que al frágil vidrio con furor contrasta,
Y las bellezas de su muro altivo
Con sordas invisibles limas gasta:
Mas porque herir su pecho fugitivo
Indigna hazaña sale á su real casta,
Y es bajeza manchar en tan vil gente
El limpio acero de su espada ardiente;
Con el trozo de un remo carcomido,
Que en el húmedo suelo se halló á mano,
Tras el escuadron dió descomedido,
Haciéndole la fuerza ser villano:
Y aquí un mónstruo espantado, y otro herido,
Todos medrosos huyen por el llano,
Sola la vieja que al balcon subia
En alcanzar á Angélica porfia.
Cual pardo huron, ó astuta comadreja,
A cazar sube un pájaro en su nido,
Que al hueco abrigo de una corva teja
Seguro se juzgaba, y escondido:
Tal la arrugada y carcomida vieja,
Pegada al muro sin hacer ruido,
Poco á poco se acerca á la hermosura,
Contra quien no hubo libertad segura.
Cuando el gallardo jóven, que volvia
De los vencidos mónstruos victorioso,
El bulto asió de la mordaz harpía,
Que trepando iba el muro peligroso,
Y arrojándolo al suelo, ya queria
Ponerle el pié como á ratón medroso,
Cuando ella humilde á su furor rendida
Así merced le pide de la vida:
«¡Oh invicta gloria del valor de España!
No ofendas las grandezas de tu mano
Mostrando ahora sin sazon tu saña
En dar injusta muerte á un vil gusano:
Sabe que no saldrás de esta montaña
Si yo el camino no te diera llano;
Oye que no hay tan mustio y seco heno

Que para algun efecto no sea bueno.
Proteo es cierto espíritu marino
Que las llaves del mar inmenso tiene,
El que abre y cierra el paso, y da camino
A cuanto de sus aguas se mantiene,
Alcaide de este alcázar cristalino,
Y el que atalaya cuanto al mundo viene,
Y en él alcanza á ver lo que desea,
Antes que salga á luz, y antes que sea.
Este en lo hondo de una gruta obscura,
Que el ciego seno ocupa desta cueva,
Luz si lo vences te dará segura,
Y de cuanto deseas saber nueva;
Mas es de tal ingenio, y tal hechura,
Y tal rodeo en sus discursos lleva,
Que si ya no es venciéndole primero,
Dél no sabrás suceso verdadero.
Con cadenas de perlas has de atalle,
Que será lo demás cansarte en vano.
Dijo, y cuando mas puesto en escuchalle
Sin sospechas estaba el asturiano,
De entre los piés salió cruzando el valle,
Cual nocturno murciélago, el enano
Bulto de la encubierta hechicera,
O sea Alcina, ó la vejez parlera.
Sospechas hay que fue la misma hada,
La que en su natural figura quiso,
Sin fiarla de otros medios recatada,
Al doncel dar de España el nuevo aviso:
Otros que la vejez torpe y cansada,
Que es de suyo habladora de improviso,
Con el vano temor se fue de boca,
Y por piés luego á su arruinada roca.
El jóven que al principio no hizo caso
Del sabio aviso de la astuta vieja,
Viendo cerrado del castillo el paso,
Las puertas, ó con llaves, ó con reja;
Y junto al muro, en medio el campo raso,
De una cueva la boca mal pareja,
Y en un padron sobre ella por trofeo,
«Mirada del mudable dios Proteo.»
Habiendo leido en el romano Homero
La historia deste monstruo variable,
Bien que la tuvo por ficcion primero,
Ahora le pareció cosa probable:
Y entrando sin mas láminas de acero,
Que de su espada el brio irreparable,
Un jayan viejo vió en un risco echado,
De larga barba y rostro descarnado.
Y de aljófar menudo una cadena
Caida ante sus piés, quizá seria
Con la que el brazo de Aristeo se suena
Que apretado le tuvo y preso un dia;
O con la que él se deja atar sin pena
Cuando alguno le vence su porfia,
Al fin él por las señas y el trofeo
Del jayan conoció que era Proteo.
Y deseando saber de su camino,
De su patria y linaje lo mas cierto,
De quien su ayo por modo peregrino
En sombras siempre le habló encubierto:
Sobre él ligero entró, y el adivino
Que vió violado su sagrado puerto
De humanas plantas, arrogante y fiero
Asombrar quiso al español guerrero.
Y en un pardo dragon haciendo roscas,
Y echando por la boca y ojos fuego,
Se fue mudando entre las peñas toscas,
Que antes servian de cama á su sosiego:
Mas el valor que á las horribles moscas
Volvió en preciosas joyas, cerró luego
Con el marino mónstruo nigromante
Con nuevas fuerzas y ánimo bastante.
Y por las alas, cresta, y las escamas,
Le anuda y ciñe los fornidos brazos,
Sin temor de los silvos y las llamas
Con que asombros le finge y embarazos:
Cuando crecer de un árbol vió las ramas
Por entre sus fortísimos abrazos,
Y las escamas de oro vió en figura
De un grueso tronco y su corteza dura.
Sonrióse el mancebo valeroso,
Y ahora mas firme, dijo, estás conmigo,
Cuando en horrible fuego sonoroso
A arderse comenzó el vano quejigo:
Quiso ya allí soltarlo receloso
De quemarse abrazado á su enemigo,
Y reportóle el ver que es llama santa,
Que solo con fingir quemar espanta.
El humo es quien le ciega y da congoja,
Por ser la gruta lóbrega y pequeña,
Hasta que vuelto en aire se le antoja
Que está abrazado al gajo de una peña,
Y que entre el fuego de la llama roja
Humo se volvió el árbol con su leña,
Y el sabio se le ha ido de la mano,
Quedándose él á un risco asido en vano.
Queríale ya dejar desconfiado
De sujetar un trasgo tan mudable,
Cuando en lo alto de un risco vió asomado
Su calvo rostro y barba venerable:
A solo Atlante he visto así pintado,
Hecho de un monte el cuerpo inespugnable,
Al tiempo que de peñas y maleza
Le asomaba la górgona cabeza.
Bernardo se admiró, y con la cadena
Que al pié de aquel peñasco halló asida,
Probó en torno á ceñille, y de agua llena
En rio quedó la peña convertida:
Anegarle pensó, y salir de pena
El mago con la súbita avenida,
Mas el firme español, ni abrió los brazos,
Ni le aflojó los cristalinos lazos.
Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas,
¿A quien no se le trueca entre las manos?
A unos se huyen, á otros da esperanzas,
Y á todos reglas y consejos sanos:
Oráculo y reloj de adivinanzas,
Teatro universal de los humanos,
Presa del sabio, pérdida del necio,
Y del mundo la joya de mas precio.
Ya en dragon vuelto muerde de su cola,
Ya en su fuego consume las edades,
Ya con sus avenidas de ola en ola
Piedra toque se vuelve de verdades:
Ya tizna con su humo, ya arrebola
Con nuevo rosicler nuevas beldades,
Y al fin en tantas cosas se convierte,
Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.
Todo lo vence y muda, y si algo puede
Al natural vencer de su inconstancia
Fijar su rueda, ó que por mas que ruede
No le lleve á vida su importancia,
Es no perder ninguno, con que escede
El sabio al que vestido de ignorancia
Con cualquiera ocasion y miedos vanos
Se le desliza y huye de las manos.
Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre,
Y en triunfo ilustre y honra verdadera
Su fama de inmortales lauros cubre,
Como al sabio español constante avino
Con el mudable espíritu marino.
Quedó en tan obstinada fortaleza
Apurado el teson de su porfia,
Que vuelto á su primer naturaleza
De bascas reventaba, y de agonía:
Cuando lleno el semblante de fiereza,

Hecho del siglo por venir espía,
«¿Qué buscas, dijo, oh invicta fortaleza,
En la sorda quietud de esta aspereza?
Ocho siglos ha ya que condenado
A perpétuo silencio me ha tenido
En esta horrible gruta el hijo amado
De Dios, que vió Betlem recien nacido:
¿Quién de nuevo perturba mi cuidado?
¿Quién á tan bajos mundos te ha traido?
¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides
Con tan estrechas é importunas lides?»
«Bien sabes tú, le respondió Bernardo,
Oh autor de las edades, rico archivo
Del mundo y sus historias, el gallardo
Deseo que me trajo á verte vivo:
Lo que sabes de mí, lo que al resguardo
De mi viaje importa, y al motivo
Que vencerte me hizo, aquesto quiero
De tí en lenguaje y cuento verdadero.»
Dijo, y el sabio desabrido viejo,
De un divino furor arrebatado,
Con turbado capote y sobrecejo,
Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,
En ronco son y aliento mal parejo
El duro pecho abrió al rigor del hado,
Y con rabiosa basca y desatino
Dió así á las cosas por venir camino:
«Quebrante el cielo, oh España, tu grandeza,
A quien el mundo todo veo rendido,
Y á mi contra mi orgullo y fortaleza,
A las presentes ansias compelido:
Y tú imágen mortal de su braveza,
Cuyo brazo á este punto me ha traido,
No esperes ver de mí, sino es forzado,
Bien ni favor que te prometa el hado.
Sobrino eres del rey que ahora gobierna
El reino de Leon y el asturiano,
El mismo que libraste tú en Miduerna
De la alevosa espada de un tirano:
Hijo de hermana suya, y por paterna
Línea de un sucesor de Vimarano,
Conde en Saldaña, y porque tú naciste
Puesto en dura prision y cárcel triste.
Tu ilustre madre en religion sagrada
El rigor tiene de tu casto tio,
De que te dará cuenta mas fundada
Un noble preso al desbrabar de un rio:
Librarle has de la muerte, y con doblada
Razon harás por ambos desafío,
Mas no esperes en tiempos ni ocasiones
Tus tristes padres libres de prisiones.
Bien podrá el cielo darte con exceso
Triunfos contra el francés y el pueblo moro,
Y al tuyo su valor vencido y preso
En Duero, Benavente, Orbejo y Toro;
Y que en Orcejo rindas en á don Bueso,
Y todo un infiel campo en Valdemoro,
Y hagas otros lances semejantes
En moros, paladines y gigantes.
Y que tan noble sangre con fecundo
Curso y ricos favores de tu estrella
Gobierne á España, y lo mejor del mundo,
Naciendo reyes y monarcas della:
Que seas en tus empresas sin segundo,
Amor de una honestísima doncella,
Y sucedan de tí por mas estremos
Mil príncipes á Castro, Sarria y Lemos.
Y que el difunto bulto que encontraste
El sepulcro guardando de su cueva,
En ricas armas tu persona engaste
De tu invicto valor bastente prueba,
Que del frágil alcázar que libraste
De la vil gente que tras sí lo lleva,
Los presos saques victorioso y grave,
Y yo te dé para ello puerta y llave.
Que en el furor de Francia, que ya viene
De Leon á usurpar el reino y tierra,
El cielo trace, y tu ventura ordene
Por tuyo solo el triunfo de la guerra:
Que tu invencible espada y brazo llene
De franca sangre la Gascona sierra,
Y que de lo demás que dé esta gloria
Tu fama trace una inmortal historia.
Todo ese colmo junto podrá el cielo
Darte como lo tiene decretado,
Y hacerte mientras vivas en el suelo
Invencible, querido y respetado:
Mas no hará por no trocarle el vuelo
Al gran decreto del divino hado,
Que libre goces de prision tu padre,
Ni halagos tiernos de amorosa madre.»
Dijo, y de un ronco trueno y son quebrada
La bóveda de vidrio que tenia
Del hondo mar la máquina cargada,
Que el contrahecho cielo componia,
A un tiempo en sordo estruendo despeñada
La voz clara ahogó que antes se oia
Con el futuro hado entre las gentes,
Que en las torres vivian transparentes.
A quien dejó la súbita caida
Del cielo de cristal, y sus estrellas,
Sin sentimiento, ya que no sin vida,
Entre riscos, coral y conchas bellas:
En tanto que el raudal de la avenida
Sus gruesas olas derramó, y con ellas
Bañó otra vez los nácares profundos,
Y el uno se tragó de los dos mundos.
Mas ya despues que el espantoso estruendo,
Que dejó á todos fuera de sentido,
En su rumor cesó, y el sol volviendo
La clara luz volvió que habia perdido;
Libre Bernardo vió que iba saliendo
De un real jardin á un mirador florido,
Por una sala que en dorada altura
Mas nubes vence, y rinde su hermosura.
Admiróle el bellísimo edificio,
Todo de lazos de oro artesonado,
Sin que viese antes dél sombra ni indicio,
Ni por dónde ni cómo allí ha llegado:
Y ya del todo vuelto en su juicio
De nuevo se espantó viéndose armado
De unas tan ricas armas, que parece
Que el dia por sus vislumbres amanece.
Cuajadas de preciosa pedrería,
Peto, celada, grevas, brazo y mano,
De oro un leon por cresta, á quien hacia
Sombra un plumero por el aire ufano;
Y en el grabado acero descubria
La obra de los buriles de Vulcano,
En las nieladas sombras por concetos,
De historias por venir varios secretos.
En el lumbroso escudo relevada
La fama vuelta muda de parlera,
Las alas cortas, y la lengua atada,
Su trompeta quebrada, y ella entera:
De una confusa niebla rodeada,
Con esta letra de oro por defuera:
«Tiempo vendrá que estos nublados rompa
Nueva ala, nueva lengua y nueva trompa.»
Admirado de tantas novedades,
Dudoso en atender sus mismas cosas,
Los ojos vuelve á ver las variedades
Que el jardin muestra de árboles y rosas;
Cuando venir á él vió dos beldades,
Mas que el lucero y la mañana hermosas,
Que en trato afable y noble cumplimiento,
Grato le dan y dulce acogimiento.
Y el gallardo mancebo cortesano,
Con igual compostura y reverencia,
«El cielo, dijo, haga de su mano

Próspero agüero tan gentil presencia;
Y sepa, diosas, yo, si el seso humano
Al punto alcanza de tan alta ciencia,
¿Qué deidad rige, qué saber profundo
En torno trae este encantado mundo?
¿Qué magestad encierra este palacio
En la de sus soberbios edificios,
A cuyo cargo está en tan breve espacio
Tanta máquina y suma de artificios?»
Dijo, y la rubia Arbelia, que un topacio
En lustre, resplandor, viso y bullicios
Es su cabeza, y ella un cielo en todo,
Así respuesta dió al valiente godo:
«Prueba al invicto ardor de tu persona
Las maravillas son de nuestra tierra,
Y sus vencidos mónstruos la corona
Del inmortal valor que en tí se encierra:
La fama, quien aprecia y galardona
Los justos riesgos de la paz y guerra,
Y ese tu brazo al fin, quien solo pudo
De esas armas vestirse y dese escudo.
La diestra lima del autor del fuego,
Cual ves las hizo para el fuerte Aquiles,
Y dél las heredó un astuto griego
Por viva lengua y pláticas sutiles:
Perdiólas Telamon, y el que hizo ciego
A Polifemo entre otras cosas viles,
Al mar las arrojó, como el prudente
Que el oro arroja por salvar la gente.
Llegaron al sepulcro sobre aguadas,
Que por ellas se abrió, y el Jónio altivo
Quizá las estimó por mas guardadas
En Ayax muerto que en Ulises vivo:
Allí las tuvo hasta hoy depositadas
La horrible sombra de su bulto esquivo,
Para que tú heredases sus perfiles,
Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.
Hoy se cumplió el decreto de los hados,
Y á darle el lleno á este lugar veniste,
Donde por senda y pasos nunca usados
Ya con victoria y con tu honor saliste:
Estos bellos alcázares dorados,
Y este jardin que un mayo eterno viste,
Son de la hada Alcina, en cuya mano
Todo el deleite está del gusto humano.
Ella en mi lengua este secreto ha puesto,
Y á que de mi lo sepas me ha enviado,
Rogándote que bajes á su honesto
Jardin, á ser de nuevo acariciado
De los que libertaste del compuesto
Castillo de sutil cristal labrado,
Y de Orimandro, á quien tambien Alcina
Ya á sus males ha dado medicina.
Gundémaro, y su esposa, que perdida
Tantos dias lloró, viven contentos,
Donde lo estarán mas con tu venida,
Por colmo á sus alegres pensamientos:»
Dijo, y del gran leonés obedecida,
A ver fué los floridos aposentos.....
Al tiempo que en los campos de Toledo
Batalla hacian la rabia, la ira y miedo.
Medrosa Arleta, bravo Ferragutø,
Feroz Rangorio, triste Galiana,
Por donde el Tajo al mar lleva el tributo,
Y abre una vega de álamos lozana:
Llenos dejé los ánimos de luto,
Rangorio en verlos muertos, la lozana
Infanta en verle á él, Arleta al moro,
Y él el caballo y su mochila de oro.
Y en esta suspension, la que primero
Del silencio la voz sacó parlera,
De alevoso acusando al caballero,
Fue la atrevida y lóbrega hechicera,
Que briosa y temblando ante el severo
Semblante y hermosura verdadera
De la gallarda infanta de Toledo,
Así le dijo entre esperanza y miedo:
«Soberbia magestad, cuya belleza
Aun la envidia á negarla no se atreve,
Pues casi iguala con la igual grandeza,
Que ya un tiempo gocé ligero y breve:
Si á las que en hermosura y gentileza
Hermanas tuyas somos se nos debe
Favor, válgame ahora en tal presencia,
Ya que no mi justicia, tu clemencia.
Bien sabes, reina hermosa, que fue mio
Brabonel, y yo un tiempo su cuidado,
Y que mas tú favor que mi desvio
Sin culpa de los dos me le ha quitado:
No quiero entrar contigo en desafio,
En si ó no me lo tienes usurpado,
Mas porque seas de veras su señora,
Tuyo es, yo te le doy, gózalo ahora.
Con tal que deste falso caballero
La afrenta quede de mi honor vengada,
Y á una promesa cumplimiento entero
A cuenta dé de mi beldad gozada,
De darme un preso, ó ser mi prisionero,
El alma prometió en mi fe abrasada,
Mas un nuevo placer siempre se estraga,
Y en inconstantes gustos empalaga.
Cúmpleme, pues conviene, el juramento,
¡Oh falso! ó darte he al mundo por perjuro,
Que no es bastante escusa que á tu intento
El gusto te saliese aguado ó puro:
¿A quién sucede todo á su contento?
¿Qué bien tiene la tierra tan seguro,
Que en invariable estado permanezca,
Y cual luna mortal no mengue ó crezca?
El mundo es un teatro en que fortuna
Sus varios entremeses representa
De inconstantes figuras, y ninguna
Sale que con la suya esté contenta:
Desde las tiernas fajas de la cuna,
Al estrecho ataud, todo es tormenta,
Ya sopla un aire, ya vuelve otro viento
Los pasados placeres en tormento.
Bien fuera que á los varios personajes
Que á su tragicomedia el tiempo envia,
Tu solo antojo diera el rostro y trajes
Con que el teatro alegran cada dia:
¿Tu gusto por ventura en sus ropajes
Hallar sin mezcla quiere la alegria?
¿O yo sola en el mundo soy la fea?
¿Yo sola soy? ¿no hay otra que lo sea?
Muchas Arletas hay, corre la venda,
Y veráslas á oscuras, si se apaga
El nacar y la púrpura que emienda
La nueva tez que la vejez se traga:
Muere su luz, renace la contienda
Del vario tiempo que les pecha, y paga
Plata por oro, lirios por corales,
Y ébano por las perlas y cristales.
¡Cuántas al vuelo del sutil copete
Te mostrarian las blancas sienes calvas!
¡Cuántas sin el barniz que se entremete,
Ni tan rubias serian, ni tan albas!
¡Cuántas la luz fingida de un sainete
De infinitos defectos hace salvas!
Y ¡cuántas bajarian de su cielo,
Si el corcho les faltase, á ser del suelo!
Alguna dió tu antojo por perfeta,
Que ha menester tambien vela encantada,
No es en esta desgracia sola Arleta,
Dime una tú á quien no le falte nada:
La beldad ni está aqui ni allí sujeta,
Mas solo al gusto de quien es gozada,
Y él no es mas que un engaño que le vende
Por gloria á cada cual lo que pretende.
Este gusta de hacer un avariento

Tan á su estrecho estómago medido,
Que si ya atesorar pudiese el viento,
Tendria el respirar por prohibido:
Otro en pródigos gastos tan sin tiento
Hasta el amigo deja destruido,
Uno se finge hipócrita ajustado,
Y otro saca por gala el desenfado.
Quién en sus graves causas se congoja,
Y las vanas agenas solicita,
Quién se mete en cintura, quién se afloja,
Quién se pone las cejas, quién las quita:
Quién con loco furor, si se le antoja,
Vivos en tierra, y muertos resucita,
Quién los humos murmura de otra casa,
No viendo el fuego que la suya abrasa.
Uno compra los dientes en la tienda,
Al otro se los quitan por perjuro,
Uno se vuelve lince, otro se venda
Por no ver á lo claro ni á lo obscuro:
Cada uno tras su antojo, y por su senda,
Sueña que va el camino mas seguro,
Y sin ver cual debria sus dislates,
Murmura los ajenos disparates.
Yo hermosa nací, y en ser hermosa,
Y tenerme por tal, á nadie ofendo,
Cual soy me viste, no soy otra cosa:
Esto es lo que hay en mí, y esto te vendo,
Al gusto que en tí ardia fuí sabrosa,
Si al tiempo se apagó que estaba ardiendo,
Ni yo eché el agua, ni es razon se ordene,
Que otro por lo que tú pecaste pene.
Y tú tambien, ó singular princesa,
Justicia es que me ampares deste ingrato,
Y que me cumpla mandes la promesa,
Y torne de su amor al primer trato:
O mientras no saliere con la empresa
De darme á Brabonel, guarde el contrato
De estar conmigo, como en fe segura
Al gozar prometió mi hermosura.
Que yo haré cuanto en mi mano fuere
Por no dar á su amor competidores,
Que es al amante que de veras quiere
El bien de mayor gusto en los amores:
Ni zelos sentirá, sino los diere,
Ni de altivo desden los disfavores,
Que las nuevas beldades traen consigo,
Sin reserva de amigo ni enemigo.»
Así á la toledana hermosura
Justicia la arrogante maga pide,
Y del moro feroz la fe perjura
En culpa agrava, y con razones mide;
Cuya demanda, y lóbrega figura,
La justa risa con espanto impide,
Y Ferragut corrido, y de ira ciego,
Bramando lanza por los ojos fuego.
Y vuelto al arrogante caballero,
Que en forma de sangriento desafio
De Arleta hace la parte altivo y fiero,
Así le dijo: «ese caballo mio,
Que traes, ladron, hurtado, cobrar quiero
De tí, y quitado ya el caballo y brio,
No por tu persuasion, mas por mi gusto,
Daré á la maga el don que pide injusto.
Digo que le daré derecho en todo
De Brabonel, sin que haya quien lo impida,
Aunque el francés orgullo, y valor godo,
Con la espada le ayuden mas temida:»
Arrestóse el jayan en este modo,
Porque parezca la ocasion nacida
De cólera, y no zelos, y ambos juntos
A una cerraron sin mirar mas puntos.
Arrojaron de golpe los caballos
A ejecutar las bárbaras heridas,
Cuyos limpios aceros al tentallos
Sonoras dieron y altas estampidas:
Y los furiosos brios en proballos
Quitar pudieran otras tantas vidas,
A no hallar en el fino temple escusa
Del acero y los hados de Lanfusa.
Llevó el cristiano al moro medio escudo
De un revés, y él salió en un brazo herido
De una punta que halló su filo agudo
Puerta en un brazalete desmentido:
Cuando el caballo á Ferragut no pudo
El tesen sustentar que habia tenido,
Siéndole fuerza dél saltar á tierra.
Y á pié acabar la comenzada guerra.
Siguiólo en el intento el paladino,
Que no quiso gozar de esa ventaja,
La infanta viendo el caso repentino,
Y á los dos dentro en su mortal baraja,
Por lo oculto del bosque convecino
A la imperial ciudad medrosa ataja
Con su bello escuadron, que en cada hoja
Algun nuevo enemigo se le antoja.
Así blanca paloma, que ya presa
En las de un gavilan sin culpa ha sido,
Si acaso de las aves la princesa
Contra él se arroja del caliente nido,
Medrosa suelta la encogida presa
Al forzoso combate constreñido,
Y ella á esconderse temerosa huye,
Mientras el uno al otro se destruye.
Solo Arleta quedó de ojos impuros
A ser de la cruel guerra infiel testigo,
Que hecha á ver muertos, y á rezar conjuros,
De ver despedazar gusta á su amigo,
Y los dos brazos con redobles duros
Para hacerle en sí mismos el castigo,
De mil modos se hieren, y en mil modos,
Para una muerte los intentan todos.
Diestro Rangorio al reparar la herida
De un presto revolver de Ferraguto,
Tras una limpia punta no abatida
Con tal fuerza se entró el francés astuto,
Que seis pasos fue el moro de vencida,
Midiendo el campo no de sangre enjuto,
Y otra le hizo en los sangrientos llanos,
Donde tenia los piés, poner las manos.
Mas no tan presto súbita pelota
En blancas losas salta rebatida,
Cuando el gallardo jugador la bota,
Y por las nubes nos la da escondida;
Como él saltó con la paciencia rota,
De ver su espada y furia resistida
De un solo brazo, y que le tenga puesto
El nombre en condicion, y en riesgo el resto.
Y así ya con mas tiento en su batalla,
Alerto al firme herir de su adversario,
Y al deseo de vengarse, y acaballa,
Feroces golpes da impaciente y vario:
Acertóle uno en la dorada talla
Del firme peto, que un vaiven contrario
Le hizo dar, y pensar le hubiese hecho
Dos partes el arnés, y cuatro el pecho.
Mas paró el riesgo en que una estrecha puerta
Por el fornido acero abrió al costado,
Que el lazo de la malla descubierta
De un fino rosicler dió arrebolado:
Y no fue sangre sola, y color muerta,
La que salió del pecho desarmado,
Que un furor corrió á vueltas, que un entero
Muro rompiera de templado acero.
Mas la atencion del presto sarracino,
Que la furia venir vió desmandada
Del herido aleman, y el desatino
De los ardientes rayos de su espada,
Con él cerró, y saliéndole al camino,
Su destreza y su cólera igualada,
Bien pensó hacerlo á su sabor pedazos

En duros nudos de sus firmes brazos.
No ejecutó el cristiano la herida
Por falta de lugar; mas pecho á pecho
La lid sangrienta á lucha reducida,
Al moro puso en peligroso estrecho:
Y una furia con otra rebatida,
Vaivenes fueron dando largo trecho,
En un duro teson y ardiente saña,
Ya las fuerzas probando, ya la maña.
Y viendo que es cansarse en la porfia
Su ciega lucha, y anhelar profundo,
Bravos dejan, y en nueva gallardía
El asalto primero hacen segundo:
Ya las dos partes, de las tres del dia,
Que con golpes el moro asombró el mundo,
Pasado habian, y desta lid postrera
Corria sobre dos horas la tercera.
Cuando el arnés y el gusto destrocado
Al herido y soberbio paladino
Un golpe le alcanzó al yelmo grabado
De redoblado acero y temple fino:
Y cual si fuera tierno vidrio helado,
Por tres partes quebrado al suelo vino,
Y el francés sin sentido y sin memoria,
Dejando á España el cuerpo y la victoria.
Creyó el moro feroz que estaba muerto,
Y quísole quitar solo el escudo,
Cuando del rayo del honor despierto
Volverse á su primera opinion pudo:
Y en desigual combate ya cubierto
De sangre el rostro, y en el alma un nudo
En verse en tal estremo, y al pagano
Sin herida ó rasguño de su mano;
Un golpe tal le dió por la cabeza,
Que con sol le mostró estrellado el cielo,
Y segundándole otro su braveza,
En riesgo estuvo de venir al suelo:
Cuando en desordenada fortaleza,
Bravo cerró con él, y á todo vuelo,
El uno con el otro marañado,
Ambos vinieron al sangriento prado.
Así tal vez en la Marsilia arena
Dos libias sierpes vomitando llamas,
Entre el horrible aliento que resuena
Del negro pecho y ásperas escamas,
En espantosos nudos dejan llena
De veneno la tierra, y si las ramas
Su efecto no hacen de la oculta ruda,
Una con otra en roscas mil se anuda.
En igual brega y nudo semejante
La verde yerba trillan los guerreros,
Probando el paladin en el gigante
De una afilada daga los aceros:
Mas viendo que ella es cera, y él diamante,
De su muerte vió claros los agüeros,
Y el moro en el herir del brazo frio,
Irle faltando á su contrario el brio.
Quitóle de la mano el limpio acero,
Que ya con fuerzas débiles regia,
Y por entre el brazal de un golpe fiero
A dar al débil corazon le envia:
Donde dos veces ya lo escondió entero,
Y á los ojos con él la luz del dia,
Vengando sus aleves desatinos,
Y al padre de Teobaldo, y Montesinos.
Estendióse el mortal cuerpo difunto,
El moro limpia su sangrienta espada,
Y para proseguir se pone á punto
De su dama la empresa comenzada:
Tomó el escudo al muerto, y viendo junto
De sí la sin lealtad maga turbada,
Que el caballo infeliz de la contienda
Manso le ofrece, y se le trae de rienda;
En él subió de un salto, y ella en otro
De los que andaban sueltos por el prado,
Topando acaso un mal domado potro
De sobrepaso y freno desbocado:
Y por la posta el uno tras del otro
Del bosque entraron por lo mas cerrado,
Siguiendo entre una planta y otra planta,
El fusco rastro de la bella infanta.
Las cinco partes de las seis del cielo
Ya el sol pasado el horizonte habia,
Y el primer orbe con su raudo vuelo
Al otro mundo trastornaba el dia:
Cuando al doblar de un monte el fértil suelo,
Que el rico Tajo de alelís vestia,
En cuidadoso paso diligente
Venir un escuadron vieron de gente.
En son de guerra y militar concierto,
Y en órden puesto el real pendon, seguia
Por capitan un árabe, que alerto
Al ver de Ferragut la gallardia,
Y el blason del escudo descubierto,
El mismo que antes el francés traia,
Cómplice en la traicion ya le pregona
Del vencido tirano de Pamplona,
Con él se afronta, y de una gruesa entena,
Que por lanza traía, el hierro agudo,
En el templado y firme acero suena
Del sospechoso y redoblado escudo:
Y el alma del jayan de rabias llena
La ardiente espada saca, y donde pudo
Un golpe le alcanzó, que á ser de lleno,
Hecho dos le enviara al blando heno.
Habia con sus cien lenguas por Toledo
Ya publicado la parlera fama
Del traidor rey el cauteloso enredo,
Y el robo injusto de la bella dama:
Y el ofendido padre con denuedo
A la venganza que su honor le llama
Salido habia tambien, acompañado
De la mayor potencia de su estado.
Y en diversas escuadras repartidos,
Unos siguen el rastro, otros los pasos
De la floresta atajan prevenidos
De armas y esfuerzo á semejantes casos:
Destos eran doscientos escogidos
A cuenta de Anfrangol, los que en los rasos
Campos del Tajo por aquel camino
Encontró á su pesar el sarracino.
Que engañado en la insignia del escudo
El brioso capitan quiso lozano
De su fornida lanza el hierro agudo
Probar en los aceros del pagano:
Que en verse así tratar de un hombre mudo,
La roja espada en su arrogante mano
Tal relámpago dió, y golpe tan fiero,
Que hiciera, á encarnar bien, dos del primero.
Mas volvió el toledano así furioso
Con la suya en la mano, que al guerrero
Antes que de otro golpe poligroso
El temple afrente de su limpio acero,
Sobre el grabado arnés un tajo airoso
Con tanto brio le alcanzó, que entero
El brazal rebanó, y lo mismo hiciera
Al brazo, si de acero el brazo fuera.
Mas ya enfadoso el de Aragon, rompiendo
Del reportado sufrimiento el punto,
Así el lumbroso alfanje revolviendo,
Que al aire es de un sutil rayo el trasunto,
Sobre el moro bajó con tal estruendo,
Que escudo, brazo, y yelmo todo junto
Hizo pedazos, y partió derecho
Cabeza, barba, cuello, hombros, y pecho.
Resonó al golpe con acento horrible
El bosque opaco, y la ribera de oro,
Pareciendo á los ojos imposible
De humano brazo así partido un moro:
Y en la asombrada escuadra, que el terrible

Triste suceso vió en gritar sonoro
Contra la espada cruel para venganza
De su muerto Aufrangol no quedó lanza.
No dió gusto la furia sarracina
Esta vez al jayan, aunque desea,
Mas que el dulce vivir, guerra contina,
En que su espada hacer grandezas vea;
Porque ha dos dias que sin comer camina,
Y dellos uno entero que pelea,
Y aunque encantado, y de ánimo brioso,
Es hombre al fin, y ha menester reposo.
Mas viendo el cruel intento de venganza
Que trae sobre él la furia de Toledo,
Como entre flores de un jardin se lanza
A resistir su trápala y denuedo;
Con tales golpes, que á quien uno alcanza,
Ni ha menester segundo, ni yo puedo
Contarlos todos, ni decir los ciertos,
Ni aun la suma hacer de tantos muertos.
Quitó á Zelin el brazo del escudo,
Y á Focion, que en constancia nunca oida,
Ni reir ni llorar supo, envió señudo
A mudar condicion en la otra vida:
Al astrólogo Arbildos, que no pudo
Levantarle figura á esta salida
Por la priesa del caso repentino,
De un golpe dejó hecho un tercer sino.
Mató á Gelon, á Rufo, y á Tidoro,
Este noble, y los otros dos tratantes,
Y á los dos, padre é hijo, Elin y Eloro,
Nacidos en los duros Garamantes:
El gallardo mancebo Casiodoro,
Que de su nueva esposa aquel dia antes
Gozó el gusto primero, al otro mundo
Desde allí le envió sin el segundo.
Y cual si algun peñasco firme fuera
Inespugnable está á sus adversarios,
Roto el arnés, y la braveza entera
Al dar y recibir golpes contrarios:
Un nuevo rayo de la quinta esfera
Es de su espada en los efectos varios,
Pues ni del campo pierde ni del brio,
Hecho el contrario ya de sangre un rio.
Martorio era un plebeyo ciudadano,
Que de humildes principios pretendia
Por sus logros hacerse mas temprano
Contrahecho señor, que convenia:
Habia comprado al pueblo toledano

El oficio de alferez, y aquel dia,
Tomando posesion de su contento,
El imperial pendon volaba al viento.
Iba en el medio de la escuadra amiga,
Haciendo de sí y dél pomposa rueda,
Ocasionando su ambicion que diga
Cada uno de ambas cosas cuanto pueda:
Y mirando la cólera enemiga
Del brazo altivo que pasar les veda,
Asombrado de guerra tan de veras,
Buscaba de huir nuevas maneras.
Al corpulento vientre en que estribaba
La real bandera, y por se hacer visible
En lo abultado y grueso reventaba,
Con furor asestó la espada horrible:
Volvió espantado de su vista brava,
Y por huir del golpe si es posible,
En un pantano trabucó, cayendo
La hidrópica fantasma y bulto horrendo.
Ferragut que á hacer golpe espantoso
Iba en todo aquel monstruo corpulento,
Sin poder mas el animal brioso
Sobre él cayó y allí sobre ellos ciento:
Al morisco ahogó el charco lodoso,
Y el de Aragon, aunque de invicto aliento,
Cargando en el del campo todo el peso,
Quedó por culpa del caballo preso.
Al tiempo que el infante de Toledo,
En favor de su padre y de su hermana,
Con noble escuadra, y con gentil denuedo
Por la selva llegaba comarcana
Al revuelto escuadron lleno de miedo,
En la ocasion al parecer liviana
De un solo caballero, que ha podido
Dejarlo roto ya, que no vencido.
Era el príncipe ilustre toledano,
De noble inclinacion, y ánimo justo,
Cortés, prudente, sabio, afable, humano,
De real presencia, y apacible gusto:
A quien su padre infiel por fiel cristiano
La vida le quitó en decreto injusto,
Trocando mártir ya el infante tierno

El reino temporal por el eterno.
Enamoróse de la ley cristiana,
Por la dulce armonía y dependencia
Que della tiene la razon humana
En discreta y política prudencia:
Trocando por diadema soberana
Reino mortal, y dándole en herencia
Honra á Toledo, ejemplos á Zamora,
Y á Ledesma el sepulcro en que hoy le adora.
Este llegando á ver el imprudente

Alboroto del campo mal regido,
Que por prender un capitan valiente
De veinte estaba sin concierto asido:
Y que ni el golpe y peso de la gente
Preso le da, ni su valor rendido,
Teniendo á golpes su escuadron deshecho,
El valor conoció al heróico pecho.
Y juzgando que un brazo valeroso
Sin causa hacer no sabe demasía,
Apartar manda el vulgo bullicioso,
Que aun preso el moro su furor temia;
Y en grave rostro y término amoroso,
El bullicio aplacando que crecia,
Libre le pide en fe de caballero
En sus manos se dé por prisionero.
Que él vida y honra le hará segura,
Tanto como su espada y su braveza,
Y así en ley de quien es lo afirma y jura,
Con que templó el gigante su fiereza:
Llegando á conocer quien se asegura
Por la noticia y voz de su nobleza,
Que de un heróico príncipe la fama
Por nobles y plebeyos se derrama.
Súpose luego el peligroso engaño
Conque el moro español fue acometido
Por Anfrangol, que abrió la puerta al daño,
Que todos por su culpa han recibido:
Y aunque la herida del mandoble estraño,
Que al agresor partió le ha enternecido,
La razon misma le hace que atribuya
Por justo el daño, pues la culpa es suya.
Ya en esto algunos que al furor sangriento
De la traicion pasada habian sobrado,
Y la sembrada fama por el viento
De lengua en lengua han hasta allí llegado,
Celebrando al autor del vencimiento,
De todos conocido y admirado,
Por aquel espantoso brazo fiero,
Que por contrario le tenian primero.
Uno la muerte dada por su mano
Al brutal Arganzon relata y cuenta,
Otro el golpe feliz que al rey pagano
El orgullo quitó, y sanó la afrenta:
Este de Arleta pinta el bulto enano,
Y de Rangorio aquella lid sangrienta,
Y juntos todos el comun provecho
Del golpe heróico por su espada hecho.
Y como en libertad la infanta puesta,
Y el enemigo campo destrozado,
Libre y salva tomó por la floresta
El camino mas breve, y mas guardado:
Con que trocada ya la guerra en fiesta,
Porque en el horizonte arrebolado
Con el postrero resplandor queria
Dar á la noche su lugar el dia;
Alojándose el resto de la gente
Por la vecina selva, el noble infante,
Con guarda y compañía suficiente,
Y el moro aragonés, fueron delante,
Al castillo del paso de una puente,
A pasar de la noche lo restante,
Y tomar por allí camino breve,
Que otro dia á Toledo en paz los lleve.
Tratando de las bárbaras ficciones
Conque el navarro rey trató el engaño,
Y las nunca pensadas ocasiones,
Que suyo hicieron el ajeno daño:
En gusto iban hablando los varones,
Cuando el bosque sonó en rumor estraño
De armas templadas, que á sus golpes fieros
De los arneses gimen los aceros.
Entraron con recato apercibidos,
Por saber cuya fuese la batalla,
Que entre los pardos árboles metidos,
Tras cada mata piensan encontralla:
Suenan las armas crecen los ruidos,
Y nadie lo que todos oyen halla,
Cerrándose la noche mas obscura
Con el sombrío horror de la espesura.
Un largo trecho por el valle umbroso
Entre ciega espesura van errando,
Creciendo del ruido belicoso
La grita aquí y allí de cuando en cuando:
Ferraguto con pecho mas brioso,
O con mayor desgracia, esprimentando
La del brioso caballo en que venia,
El camino perdió, y la compañía.
Y engañado del son en que resuena
Del ciego bosque el monte comarcano,
De una alta cumbre de asperezas llena
Un fuego descubrió en el verde llano:
Volvió allá el freno, y por la selva amena,
Siempre el confuso ruido mas cercano,
Al fuego caminó, que parecia
Que tambien como el sol se le escondia.

ALEGORIA.

En los sucesos de Florinda y su esposo, se muestra el cuidado que Dios tiene de los inocentes, y como ninguna desgracia llega á quien él de su mano quiere guardar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas se aciertan.

Angélica en las uñas del dragon, y arrojarse Bernardo á quitarla dellas, significa el imperio humano, y como el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio, se arroja á las dificultades, de donde, como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dejando fama eterna de sí en el mundo, que es lo que significa el jayan vuelto en estátua de bronce, y una fama volando por el aire, y los resplandecientes rastros que la virtud deja de sí, á quien las envidias y emulaciones antes hermosean que dañan; como se ve en el encantamento del jayan de alambre, y sus abispas. En el del miedo fingido se ve, que la verdadera fortaleza vuelve en viento los temores humanos, que parecen algo, y son nada.

Los alcázares de vidrio en el suelo de la mar, significan, que el calor y la humedad son los autores de la hermosura, y de la juventud, y cuan frágiles defensas son las suyas hechas de rosas contra los golpes del tiempo figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud, y que en ninguna figura permanece y al que no le pierde, descubre secretos dignos de grande consideracion.

En Arleta, que acusa á Ferraguto ante Galiana con nombre de fementido y aleve, se avisa que ninguno se atreva á hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, porque cuando menos se recele se hallará con la vergüenza en el rostro, y su delito descubierto, y á vista de los ojos que mas lo pensó encubrir.

LIBRO DECIMO-OCTAVO.

Argumento. Ferragut perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamento: quiere despeñarle el caballo Clarion, y él le deja, y llega á pie á una fortaleza, donde da muerte al jayan Bramante, y libra á Doralice, y al rey su padre, y á Galiros, los cuales hacen compañía á la infanta hasta Granada. Y Galiros por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fábula del origen del deleite.

Ya en el rigor de un delicado gusto,
A un temeroso escrúpulo aplicado,
Se ha puesto en opinion, si es caso justo
El de un moro llevar tan dilatado:
Y celebrando su ánimo robusto
Pasar por otros golpes, olvidado
De no menor asombro y gallardía,
Que honrar pudieran la esperanza mia.
De un Roldan, de un Astolfo, de un Gayferos
Graves sucesos, casos peregrinos,

Y del feroz Reynaldos, y Oliveros,
Famosos hechos de silencio indinos:
Encantamentos varios, golpes fieros
De bravos héroes, y altos sarracinos,
Que por su fama fueron de aquel mundo
Dignos de mas lugar, que del segundo.
Mas no basto yo á todo, ni es mi intento
Los hechos celebrar de gente estraña,
Sino es en cuanto heróico fundamento
A esta victoria y célebre hazaña:
Que por principio y fin de mi alto cuento
El valor muestra de la invicta España,
Y le ha de hacer de un golpe en esta guerra
Suya toda la fama de la tierra.
Que ¿quién hay que teniendo hombres famosos
En su nacion, celebre los ajenos?
Y ¿tratando de hechos valerosos
Los mas olvide por contar los menos?
O ¿cuál clima dió al mundo mas briosos
Pechos de mas fervor y alteza llenos,
Que nuestra España da en parto fecundo
Fin y principio del valor del mundo?
¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,
Canto tan numeroso, y voz tan grave,
Que hacer pueda á sus hazañas suma,
Y este mi intento comenzado acabe?
¿Quién hay que á su valor llegar presuma?
¿Sus invencibles héroes quién los sabe?
O ¿quién no sabe la escelencia suya,
Sin que yo la encarezca, ó disminuya?
¿Qué ingenio hay tan estéril que no tenga
Entrada en ella á una famosa historia,
O va á contar sus nobles hechos venga,
O á hacer de sus ejércitos memoria?
¿O bien con sus riquezas se entretenga,
O su alta magestad haga notoria,
Con que parece que la puso el cielo
Por cabeza de Europa, y fin del suelo?
Todo en ella es prodigios de un perfeto
Y singular valor que la acompaña,
¿Quién pues teniendo aquí tan gran sugeto
A mendigarle irá de gente estraña?
Yo en esto, oh patria amada, el dulce afeto
Mostrar pretendo en que el amor me engaña,
Y hace creer que puedo en lo que intento
Hijo tuyo hacer mi pensamiento.
Ni suene aquí el ingrato que procura
A su patria usurpar lo que le debe,
Y con torpe ignorancia y lengua obscura
Contraria espada á celebrar se atreve:
Yo vuelvo á Ferragut, pues su ventura
Hoy le hizo español, y que yo lleve
La presuncion de serlo en la memoria,
Para anudar con gusto el de su historia.
Buscando el llano va por la espesura
Al ronco son de espadas, que resuena
Por la alta sierra, á quien la noche obscura
De riscos finge y de malezas llena:
Y al claro fuego en senda mal segura
Al pié fue á dar de la floresta amena,
Que entre sus verdes árboles y flores
Majada era de un hato de pastores.
Aquí de hambre y sueño fatigado
Bastante cena halló, y humilde cama,
Que en la florida yerba recostado
Fue el cielo cobertor, pluma la grama,
Donde en silencio se quedó olvidado,
Hasta que del zenit la ardiente llama
Al mundo el sol llovió de ardor vestida,
Que en sueño le rompió, y le ató la vida.
El toledano príncipe, y su gente,
Sin otro riesgo mas, ni mayor daño,
Cada cual por camino diferente
Se dividieron con un mismo engaño:
Despues diré la causa, que al presente,
Despierto el moro, busca el potro estraño,
Que en regates paciendo por la selva
Le hace que á desandar lo andado vuelva.
Llevóle por cogello entretenido
De rama en rama por el bosque ameno
A una estrecha quebrada, en que metido
Ponerse consintió el dorado freno:
Saltó en la silla el moro, y divertido,
Ni en azares repara ni ve lleno
De desgracias el potro, cuya estrella
Agüera cuanto halla, y cuanto huella.
Anduvo el dia por la inculta selva,
Ignorante y perdido en su camino,
Ni sabe si prosiga, ó si se vuelva
De aquel su comenzado desatino:
Camina y anda, y mientras mas se enselva,
Menos guia le queda y menos tino,
Y menos gusto en ver cuan mal segura
Hácia los suyos sale la ventura.
Como el gañan que la alquilada yunta,
Con que el seco rastrojo desvolvia,
Perdida le dejó la corva punta,
Que entre los surcos mas que el sol lucia:
Falto de aliento, la color difunta,
De cerro en cerro busca todo el dia,
Tal el descaminado Ferraguto
Trastornando quebradas va sin fruto.
El sol entre las nubes del Poniente,
Aunque con tibios rayos dilataba
La misma sombra que calladamente
De su errado camino le avisaba:
Cuando yendo á enmendarlo vió presente,
Donde un collado á un monte se humillaba,
De un castillo la torre al cielo junta
Las nubes taladrando con su punta.
Vuelve la rienda, y para allá camina,
Deseoso de saber donde se halla,
Y en tanto que anda mas menos atina,
Sin camino, sin senda, ni encontralla:
Pica el caballo, y corre á su molina,
Que la piensa huir yendo á alcanzalla,
Juzgando de la torre si la mira,
Que él se está quedo, ó que ella se retira.
Perdió tras este afan lo que del dia
Hurtar le pudo al enriscado monte,
Hasta que el soplo de la noche fria
Todo el oro barrió del horizonte:
Que sin trillada senda ni otra guia
Los pasos le pusieron de Clarionte
A las grabadas puertas del castillo,
Llamando en duda si querrán abrillo.
Cuando al hueco balcon de una ventana
Su fiero aspecto descubrió un gigante,
La barba y cara denegrida y cana,
Al coloso de Rodas semejante:
Y en ronca voz, aunque con habla humana,
Alegre haciendo el áspero semblante,
La causa pide á su venida incierta,
Y por favor le manda abrir la puerta.
Entró el moro arrogante, aunque con miedo
De algun fingido trato peligroso,
Que del gigante y su primer denuedo
Cualquier término honrado es sospechoso:
Cuando en los anchos patios bello enredo
De damas se mostró en tropel hermoso,
Que á recibirlo salen, y á librallo
De las pesadas armas y el caballo.
Admirado de ver la hermosura,
Y del castillo las pinturas varias,
Que á pesar lucen de la noche obscura
A cuenta de mil claras luminarias:
Puesto el cuidado en la primer figura
Que á la ventana vió, cosas contrarias
Al sentido parecen verdadero
Lo que ahora mira, y lo que vió primero.

Así al que de repente abre los ojos
A ver el techo de oro artesonado,
Si antes le habian del sueño los antojos
En lóbrega mazmorra aprisionado,
Alegre mira en aire los enojos
Del triste miedo y cárcel que ha soñado,
Y en la cuadra y sus galas deleitosas
El diferente estado de las cosas.
Súbenle en varias lumbres á una sala
De oro labrada toda y pedrería,
Y á una cuadra de allí, que por mas gala
De brocado entoldada parecia:
A lo alto de sus bóvedas no iguala
Del cielo la preciosa argentería,
Cuando en las frias noches del invierno
Mas lleno está de luces, y mas tierno.
En medio de la cuadra ardiendo habia
En leones de oro un lecho de brocado,
De nacar un bufete de atauxia,
De olores finos, y de luz cargado:
La vista el moro aquí y allí volvia
De la gustosa variedad llevado,
Y por un breve rato deste modo
No miró nada por mirarlo todo.
No fue de Cleopatra la Jitana
El capitan romano mas servido,
Ni en mas ostentacion y pompa ufana
De Faro en su alta torre recibido;
Ni en la cuadra del cielo soberana,
Donde Juno acaricia á su marido,
Entran á le servir diosas mas bellas,
Ni en sus techumbres lucen mas estrellas.
Sentóse en una silla de oro, y puesto
Sobre su arnés un manto de escarlata,
Bordada en él la historia de un apuesto
Pastor, que con cien ojos se recata:
Del fingido Mercurio, que dispuesto
Ya de cerrarlos de una vez remata
Su vida con su voz, que un doble trato
Suele engañar á un Argos en recato.
Llegó una hermosa dama, que traia
En fina porcelana real conserva,
Que aunque de azúcar hecha parecia
Con cuernos de oro alborotada cierva,
Que en almibar nadando pretendia
De la flecha huir la mortal yerba,
Que en el cuerpo llevaba soterrada,
Yendo así la verdad mas disfrazada.
«Señor, dijo la dama, aquel gigante
Que hospedaros mandó, y es noble dueño
Desta casa, y que á todos con semblante
Alegre albergue da dulce y risueño;
Mientras viene á serviros con bastante
Gusto de hacerlo así, como en empeño
Del suyo, os ruega refresqueis la boca
Con este dulce que á beber provoca.»
El moro al noble trato agradecido
En corteses palabras le responde,
Comiendo del regalo, que en olvido
Sus males puso sin saber por donde:
Sirviéndole tras ello un encendido
Y suavísimo vino, en quien se esconde
Tanta virtud, que en todas ocasiones
Del alma olvida, y borra las pasiones.
Compuesto era quizá el alegre mosto
Del nectar que en el cielo se vendimia,
Que del mundo inferior todo su agosto
No llega aquí, ni alcanza su vendimia:
No hay bien cumplido en él, todo es angosto,
Finge contentos de oro, y son de alquimia:
Si este le dura al moro, no hay recelo
De que el dulce brebage sea del cielo.
Sintióse descansado de la pena
Que el yerro le ha causado del camino,
Y en un dulce reposo el alma llena
De los vapores del alegre vino:
Cuando un sordo rumor de gente suena,
Y en aparato y resplandor divino
Cien ninfas van entrando por las salas
De hermosos rostros, y costosas galas.
En grave aplauso al desigual gigante
Haciendo vienen magestad y estado,
A quien del rico manto rozagante
Diez dellas traen la falda de brocado:
El cortesano moro con semblante
Alegre á recibille fue admirado
De su estraña fealdad, y la belleza
Que en torno ciñe y cerca su fiereza.
Tomó en frente del moro rica silla,
Y hablando en varias cosas le parece
El pomposo jayan sombra sencilla,
Que cada rato en su estatura crece:
La barba y cara cana y amarilla,
Mirar su obscura altura desvanece,
Que de la rica cuadra, desde el suelo
Tocar parece con la frente al cielo.
Así del viejo Atlante el bulto horrendo,
A vista de la górgona fiereza,
En hinchazon hidrópica creciendo
En la luna fue á dar con la cabeza:
Donde por el gran peso retorciendo
De la agoviada espalda la grandeza,
No hay signo en el zodiaco ni estrella,
Que no se pare á descansar sobre ella,
Es nuevo el caso, y como tal le admira,
Y mas que todo la espantosa junta
De las dispuestas damas, en quien mira
Medrosos rostros de color difunta:
Ora sea que en las luces se retira
El bello lustre del matiz que apunta
Al rosicler de la atezada cara,
Cuando alumbra del sol la antorcha clara.
O que la obscura noche con sus olas
Los vivos resplandores les empaña,
O que del blando afeite en ellas solas
El ordinario deslumbrar engaña:
Al fin entre sus garbos y sus golas,
La vista un no se qué de horror estraña
Entre aquella beldad, que aunque escogida,
Rastro descubre de beldad fingida.
Suspenso estaba en este asombro el moro,
Cuando la horrible máquina que sube
A herir con su alta frente el techo de oro,
Deshecha huyó como aparente nube:
Saliendo della un celestial tesoro
A Diana semejante, cuando sube,
Caido el velo ya que la encubria,
A media noche contrahaciendo el dia.
En la pomposa silla del gigante
De su sombra nació una imágen bella,
Tanto á su pensamiento semejante,
Que viva pareció Galiana en ella:
Y ardiendo en nuevo amor el tierno amante,
Vida le era el oilla, y gloria el vella,
Cuando al gusto del vella, y del oilla,
Se le añadió otra nueva maravilla.
Las tiernas damas que en diversas pintas
Al alma por la vista abrian antojos,
Cual cometas en luz de oro distintas
Se huyen y van de los atentos ojos,
Formando al aire unas doradas cintas
De sutiles vislumbres y arcos rojos,
Como á las nubes vuela en sus centellas
Nocturno incendio á deshacerse en ellas.
Así un bañado rostro en el ardiente
Licor, que ya fue alegre, mostró ardiendo,
En tibio fuego, y luz resplandeciente:
La sutil llama va el humor bebiendo,
Acaba de enjugarle, y de repente,
Sin negro humo ni sonoro estruendo,

En aire ya resuelta se derrama
Del blando incendio la adorada llama.
Así aquella aparente hermosura,
Que en humanas figuras se partia,
Medallas de oro hecha la mas pura,
Rayos de fuego sin quemar fingia:
Cuya dorada luz, ya en sombra obscura
Desvanecido, al aire se volvia,
Cual relampago ardiente, cuyo fuego
Deja al que mira, al deshacerse, ciego.
Quedóse solo el hijo de Lanfusa
Con la aparente imágen de su gusto,
Ciega la vista, la atencion confusa,
Y en fuego ardiendo el corazon robusto,
Buscando á tanta novedad escusa,
Y al nuevo engaño el fundamento justo,
Y cómo de aquel bien en que se sueña
Parte pueda alcanzar grande ó pequeña.
Parécele que viene, ó se le antoja,
La bella toledana en su contento,
Que aunque enojarse finge, no se enoja.
Ni tiene á libertad su atrevimiénto:
Cuando en nueva se vió y mortal congoja
Sobresaltado el ciego pensamiento
Con nuevo antojo, que es la astuta Arleta,
La que en lazos de amor sabroso aprieta.
Fue el miedo tal, que despertó asombrado,
Y en un valle se halló al pasar de un rio,
Entre matas de adelfa recostado,
Al cielo abierto, y al sereno frio:
Tuvo por vano sueño lo pasado,
Y si algo no lo fue, fue el desvario,
Que aun despierto y con luz medroso sueña
De la maga sagaz de Fontidueña.
Sube á caballo y desdeñoso pasa
Por medio el rio profundo, cuando el dia
Alegre á coger sale de su casa
Las mismas perlas que en las flores cria:
Baja del monte á la campaña rasa,
Y del bosque salió por otra via
Una ligera cierva, que llevaba
Las alas de un arpon, con que volaba.
Parecióle, mirada de repente,
La que de azúcar vió de oro en un plato,
Cuando á la luz de la delgada gente
Cenar soñó, y tener de gusto un rato:
Creyó aquello por sueño, y lo presente
Por la verdad de lo que vió en retrato,
Y así «sin duda esta corcilla brava
Es, dijo, la que yo alcanzar soñaba.»
Siguela con sus perros una diosa,
Que de la luz del sol pareció hija,
Sobre una blanca hacánea vistosa,
Que el viento la espolea y regocija:
Conoció el moro á la princesa hermosa,
Que amor le ha puesto en la memoria fija,
La misma que al sabor del blando sueño
Aquella noche le aceptó por dueño.
Arrimale las piernas al caballo,
Que de brioso no conoce espuela,
Por correr tras su gusto y por gozallo
En el gallardo brio con que vuela:
Doce leguas corrió sin reportallo,
Siempre llevando á vista la cautela
De la corcilla y dama, que engañosas
Así los cursos truecan de sus cosas.
Hasta que al despeñarse á una quebrada
Ligero se arrojó de los arzones,
Pasando la feroz desenfrenada
Bestia en ciegos traspies y tropezones:
Volvióse el moro á pié, y de la cañada
Al subir los estériles terrones
La cierva volvió á ver, y á quien la sigue,
Falsa beldad que su quietud persigue.
En corvas uñas de un leon brioso
Despedazada vió su blanca cierva,
Corrió á quitarle el cebo apetitoso,
Cuando del prado en la florida yerba
Ella garza se hizo, el leon furioso
Presto neblí, que en diestra ala conserva
La primera intencion, y á todo vuelo
Dándole fue regates hasta el cielo.
La infanta que siguió por todo el dia
La cierva que ya es garza en medio el prado,
Un revuelto peñasco parecia
En que ella y su caballo se han trocado:
Dejó asombrado al moro lo que via,
Y en duda si durmiendo, ó si encantado,
Así ligero se le trueca y miente,
Lo mismo que en las manos toca y siente.
Toda la confusion desta maraña
En un mágico cerco fingió Arleta,
Desde que metió al moro en la montaña
Del sordo ruido de armas inquieta,
Hasta las sombras en que aquí le engaña,
Por apartar de su alma á la discreta
Galiana, y desterrarle de Toledo,
Que tiene zelos dél, y della miedo.
Y por lograr su gusto en el estraño
Y mágico aparato, ya hay quien diga,
Que en el fingido alcázar ciego un año
En su poder le tuvo, y fue su amiga:
Mas ni esto es cierto, ni un fingido engaño
Tanto podia durar, ni la enemiga
Maga mas le tuviera que aquel dia,
Ni mas firmeza en su inconstancia habia.
Algunos otros por allí perdido
Por cobrar se entretuvo á Clarïonte,
Y no pudiendo haberlo, desabrido
Por la aspereza se embosoó de un monte:
Y de una aldea en otra entretenido,
Un dia cuando el sol de su horizonte
Tenia la cumbre y el zenit del cielo
Rayos de oro lloviendo y lumbre al suelo,
Por las ásperas sierras de Segura
Entre altísimos pinos caminaba,
No lejos de una ciega gruta obscura,
Que el claro Betis con cristales lava:
A una tajada peña, cuya altura
Silla á las nubes en sus hombros daba,
La ventura que ya otra vez le guia
Cansado y sin pensar le sacó un dia.
Está un castillo en esta oculta peña
De un muro inespugnable rodeado,
Entre el respaldo de una espesa breña
Por mayor fortaleza incorporado:
El rio que en duros riscos se despeña
Por el uno le cerca y otro lado,
Con una angosta senda y puerta estrecha
De dos peñascos sin industria hecha.
El despeñarse del profundo rio,
Y el romper por los árboles el viento,
Y de las aves con el blando frio
El dulce son y sonoroso acento,
Templarle hizo á Ferraguto el brio,
Y cansado de andar sin gusto á tiento
Su quietud desear, que es caso feo
No tenerla siquiera en el deseo.
No hay cumplido contento en suerte alguna,
¿Quién hay que con la suya esté contento?
Envidia el labrador la real fortuna
Y el rey al labrador su humilde asiento,
El viejo al que gorgean en la cuna,
El mozo lo que al viejo le es tormento,
El soldado la paz que al monge encierra,
Y el monge piensa hallar paz en la guerra.
Al que labró el castillo esto bastaba,
Mas al moro del mundo es poco el resto,
Que no cabe en el puño la mar brava,
Ni alma ambiciosa en tan estrecho puesto:

Esto el valiente capitan pensaba
En una suspension sabrosa puesto,
Cuando al silencio del atento oido
De armas deshizo un bárbaro alarido.
Del raudo Betis el cristal huyendo,
Que en duros riscos abre ancho portillo,
Del ronco acero el temeroso estruendo
Al que escucha no da lugar de oillo:
Mas ya en deseos de sangre el moro ardiendo
Brioso sube al áspero castillo...
Despues diré sus golpes, que ahora al fiero
Dueño del firme muro decir quiero.
Desta alta fuerza hablaba peñascosa
El antiguo Yucef, cuando decia,
Que de Bramante el alma desdeñosa
Loca de zelos conquistado habia:
De aquí á la tierra hacia guerra odiosa,
De aquí salia á robar, y aquí volvia,
De insufribles desdenes retirado,
Sin otra ley que la de un gusto airado.
Aquí de los enfados rebatido
De la adorada infanta de Toledo,
A vengar disfavores reducido
De loco antojo y bárbaro denuedo,
La tierra tiene y reino destruido
De su escabrosa condicion el miedo,
Corriendo un mismo riesgo en el camino
El rey, y el remendado peregrino.
Cuarenta damas de las mas hermosas
Que su crueldad hallló tenia robadas,
O en asaltos y guerras peligrosas,
O con traidoras fraudes conquistadas:
Estas le habian de asistir forzosas,
De ricas telas de oro aderezadas,
Aun cruel servicio y débito ordinario,
O con forzado gusto, ó voluntario.
Y por su antigüedad se iban llegando
A su lado, á su mesa, y á su cama,
Y no bien se acababa el dia, cuando
Puesta quedaba en libertad la dama,
Y otra de nuevo en su lugar entrando,
Para así alimentar la brutal llama,
Y en este estilo por la injuria de una
No perdonar la fama de ninguna.
Con las doncellas esta ley guardaba
Bárbara condicion, soberbio intento,
Con que á su torpe parecer vengaba
Su injuriado arrogante pensamiento:
De los que en cruel altar sacrificaba
A un ídolo de humana sangre hambriento,
Poblaba de reliquias las almenas,
De sangre y tristes luminarias llenas.
Cada mañana hizo un sacrificio,
Y cada tarde deslustró una dama,
Sin dar segunda vista al torpe vicio,
Ni proseguir dos noches una cama:
La caza era de dia su ejercicio,
Y no de fieras, mas segun es fama,
Por las selvas, caminos, y poblados,
Caminantes cazaba descuidados.
Tenian la tierra despoblada y sola
Sus asaltos y presas ordinarias,
La mauritana gente y la española
Puesta al rigor de sus traiciones varias,
Que por vengarse de una dama sola,
Todas quiso que fuesen sus contrarias,
Y en este intento el sin lealtad tirano
Al moro hacia igual con el cristiano.
Injusta presuncion, necio cuidado,
Perder el propio por el gusto ajeno,
Y pretender sin fe un amor forzado,
Vacío de glorias, y de enfados lleno;
Mas ya el aragonés moro, llevado
Del ruido de armas por el monte ameno,
Llegando fue á la temerosa roca,
Que con las puntas en las nubes toca.
Por donde vió la senda mas trillada
Hasta encontrar subió la estrecha puerta,
Entre dos firmes peñas asentada,
De fuertes planchas de metal cubierta:
Halló que por de dentro está cerrada,
El aguardar que le abran cosa incierta,
Y el ruido que en sus bóvedas sentia,
Cuanto mas se acercaba, mas crecia.
Por pardos riscos y quebradas peñas
Como pudo se fue acercando al muro,
Buscando entre las rocas y las breñas
Para poder subir lugar seguro:
Cuando al profundo rio dos pequeñas
Ventanas hechas vió en un mármol duro,
Y en triste suspension á la una dellas
En forma de mujeres dos estrellas.
De las dos conoció que era la una
La bella Doralice granadina,
Que como en cerco de oro blanca luna
Su beldad resplandece peregrina,
Dando en llorosos ojos de una en una
Mil perlas sobre el agua cristalina,
Con que el Betis soberbio al primer grano
A enriquecer los mares corre ufano.
«Nunca creí que tierra tan fragosa
Guardara, dijo el moro, tal riqueza,
¿Acaso en esta roca venturosa
Vive escondida al mundo la belleza?»
Entonces de las dos la mas hermosa
Con nuevo llanto alzando la cabeza,
«No vive, dijo, en cárcel tan obscura
Sino la misma muerte y desventura.
Huye, triste de tí, huye ligero
La infame tierra y el lugar odioso,
Sino te amarga el mundo venidero,
Y como á mí el vivir te es enfadoso:
Que aquí no habita sino un monstruo fiero,
Y con él los que el cielo riguroso
Por el castigo de sus culpas echa
A morir en cadena tan estrecha.»
«Señora, dijo el moro, á los decretos
Del justo cielo no hay defensa alguna,
El toque y prueba de ánimos perfetos
Son las contrarias vueltas de fortuna:
Mas si deste castillo los secretos
Sabeis, y sus entradas, mostradme una;
Que ver vuestro dolor me ha persuadido
Poder serviros, y el favor que os pido.»
«El muro, dijo Doralice, es hecho,
Cual veis, de argamasada piedra viva,
No os pongais, caballero, en tanto estrecho,
Buscad otra ocasion menos esquiva:
El entrar por ahora es sin provecho,
Y mucho el riesgo que la entrada os priva,
Si ya con vos vinieran otros ciento,
Aun fuera temerario arrojamiento.»
«En poca deuda os soy, respondió el moro,
Pues mi honra os debe menos que mi vida:
Dejadme entrar, que el cielo en quien adoro
Si me quiere guardar, no hay quien lo impida.
Si esos suspiros, si ese triste lloro,
No son cual pienso en vos cosa fingida,
A trueco de enjugar ojos tan bellos,
Pequeño riesgo es el morir por ellos.»
«Ya eso, le respondió la dama bella,
A mas me obliga que á os negar la entrada.
Si, lo que el cielo no permita, en ella
Vuestra temprana muerte está guardada:
Mas si con tanto gusto os vais tras ella
Deshaced esta reja con la espada,
Y tendremos al fin quien en tal pena
A arrastrar nos ayude esta cadena.»
Así la mora dijo valerosa,
No creyendo que el fuerte sarracino

Con la espada rompiera la espantosa
Reja, y del duro acero el temple fino:
Mas cual de cera azul pasta amorosa
Toda del primer golpe al agua vino,
Y Doralice viendo el hecho altivo
Temió que fuese Rodamonte vivo.
Entró á un jardin vestido de frescura,
Donde con otras vió la dama bella,
Que en triste llanto envueltas y hermosura
A su pesar se entretenian con ella:
Contáronle el rigor de su clausura,
El desgraciado curso de su estrella,
Las leyes del castillo en que se halla,
Y por sospechas la cruel batalla.
De allí pasó, entre andenes retocados
De resicleres, donde en golpes fieros,
De treinta alarbes brazos rodeados,
Se combatian dos bravos caballeros:
Los almetes y escudos destrozados,
Los brios y los ánimos enteros,
De ardiente sangre y de furor cubiertos,
Y el estrecho palenque de hombres muertos.
Mirábalos Bramante ardiendo en ira,
Que no quiere humillar su brazo fuerte,
Y por no herirlos de dolor suspira,
Y ellos por no poderle dar la muerte:
Ferragut, que el notorio agravio mira,
Por la canalla vil se entró de suerte,
Que de su ira los rayos mas pequeños
Verdades fueron, y parecen sueños.
Del primer golpe derribó un guerrero,
Y del segundo al que tras del venia,
Del tercero tambien cayó el tercero,
Que al cuarto y quinto les sirvió de guia;
El sesto hizo igual con el primero,
Y el séptimo á buscar al sesto envia,
Y al fin de las primeras diez heridas
A sus piés derribó otras tantas vidas.
Y no el jayan con esto satisfecho,
Llama lanzando por los ojos viva,
A uno rabioso rompe y rasga el pecho,
Otro hiere, otro mata, otro derriba,
Otro menudas piezas deja hecho,
Y un golpe á dos y á tres de vista priva,
A este barrena, á esotro descabeza,
Y al otro lo desmiembra pieza á pieza.
Cual rayo en nube ardiente congelado,
Ya rebatido del contrario yelo,
De roncos truenos y furor cercado
Rompiendo sale con su furia el cielo;
Si de la roja mies fértil sembrado
Tierno se ofrece á su violento vuelo,
Las cañas arden, huyen los pastores,
Y el mundo tiembla al ver sus resplandores.
Nadie juzgara que de brazo humano
Pudieran proceder golpes tan fuertes,
Ni que una limitada y mortal mano
Diese en tan breve espacio tantas muertes:
Y tú tambien, ó bárbaro inhumano,
Que tu presente destruicion adviertes,
De tu arrogante pecho el primer brio
Tibio siente el calor y el fuego frio.
El bravo aragonés aun no cansado
Del cruel destrozo que á sus piés tenia,
Tras las flacas reliquias que han sobrado
Cual lobo entre corderos discurria,
Hasta donde el gigante retirado,
Contemplando el estrago que hacia,
Tal despecho y dolor en su alma siente,
Que se deleita en ver morir su gente.
Cual de la ardiente Libia leon herido
Del dardo cruel que el Nasamon le tira,
En fuego de venganzas encendido
La cola hiere, y con su herir se aira,
Y al puesto y al lugar mas defendido
Con atrevidos pasos se retira,
Y sustentando allí la inutil plaza,
Las lanzas quiebra y flechas despedaza.
Así el jayan de su furor llevado
Al encuentro salió al moro valiente,
Y ha de vengar en él determinado
El sangriento destrozo de su gente:
Y un corvo alfanje en alto levantado,
Del yelmo altivo el gran dragon luciente,
Que iba entre plumas con pomposo vuelo,
Todo del primer tajo vino al suelo.
Dos pasos volvió atrás desacordado,
Dando traspiés del golpe recebido,
Que á no ser cuerpo y armas encantado,
Le diera en dos mitades dividido:
Mas no tan bravo el escorpion pisado,
Ni con tanta presteza deja el nido,
Como el moro acudió á vengar su injuria,
Mas del honor herido que otra furia.
Y sobre el acerado y ancho escudo
Al descortés jayan dió tal respuesta,
Que á pesar de su fino temple pudo
Del yelmo hallar la relevada cresta:
Y á no torcer la espada el filo agudo
La vida en riesgo le dejara puesta,
Que así entró rebanando, cual si fuera
Por un delgado estaño, ó blanda cera.
Mas no quitó al gigante belicoso
Nada de su opinion el golpe fiero,
Que antes volvió al combate peligroso
Con mayor arrogancia que primero:
Y un mandoble acertó tan poderoso
Del limpio escudo en el grabado acero,
Que en el suelo quedó el mayor pedazo,
Y en la fama la envidia de tal brazo.
Y dando y recibiendo desta suerte
Mortales golpes de uno y otro lado,
De los dos el mas flaco y menos fuerte
A su enemigo tiene acobardado:
Cada cual quiere rescatar su muerte,
O con ella alcanzar crédito honrado,
Y este ha de ser, segun que la honra ordena,
Comprar la vida con la muerte ajena.
Bramante su ardiente ira desenvuelve,
Y los pesados golpes dobla y carga,
Ya desta parte, ya de la otra vuelve,
Y aquí la tempestad y allí descarga:
Mas su contrario en uno se resuelve
De averiguar por si brega tan larga,
Y con reportacion templando el brio
En mil no acierta á dar uno en vacío.
El suelo de armas y de horror cubierto,
Y ellos por todas partes desarmados,
Dando y sufriendo golpes sin concierto,
De sangre están y de sudor bañados:
Un tajo Ferragut en descubierto
En uno le alcanzó de dos costados,
Cuyo rigor y desigual destreza
Ir dando de ojos le hizo larga pieza.
Y á no ser de tan fino temple hecho
El rico arnés, con sola esta herida
El agraviado reino satisfecho
Quedara, y el gigante sin la vida:
Pero faltóle entrar con pié derecho,
Y así salió la espada rebatida,
Aunque á pesar del sobrepeto grueso
El penetrante golpe llegó al hueso.
Nunca sierpe se vió tan espantosa
Como á este tiempo el desleal Bramante,
Ni ánimo de arrogancia tan briosa
Que no dude ponérsele delante.
Y él, cual la mar bramando tenebrosa,
Alterada de un áspero levante,
Con ambas manos el alfanje aferra,
Para dar de una vez fin á la guerra.

Hizo ademan el moro de esperalle
A la menguante sombra de su escudo,
Y él con tanto furor bajó á buscalle,
Que mal ejecutar su golpe pudo:
Mas el diestro español al desvialle,
La espada así encarnó su filo agudo,
Que entre el reparo, y el salir de tajo,
Una pieza le echó del hombro abajo.
Segundóle al pasar otra herida,
Y otra y otra dobló mas peligrosa,
Y entre una y otra malla desmentida
Una punta halló puerta sabrosa:
Pudiera por allí salir la vida
A encarnar mas la espada venturosa,
Y contentóse con dejar caliente
De roja sangre una copiosa fuente.
No pareció á Braban caso seguro
Brioso esperar á tanta gallardía,
Ni de sus planchas, ni en su temple duro,
Ni de su fuerza ni su maña fia:
Parécele ya estrecho el ancho muro,
Que antes un mundo entero no temia,
Y nada sano el combatir ligero,
Si es cual parece su contrario acero.
Mas ya en rabiosa cólera encendido
Los golpes redoblando sin concierto,
A no ser encantado el combatido,
De cualquiera quedara dellos muerto:
Está fuera el gigante de sentido;
Que un monte hubiera con su espada abierto,
Y halla á su contrario mas constante
Que á un tierno vidrio un muro de diamante.
No sabe por qué via aprovecharse
De enemigo tan fuerte y poderoso,
Ni como con su cólera vengarse,
Pues vengarse ó morir le es ya forzoso:
Al fin como no puede reportarse,
Ni su espada hacer un lance honroso,
Resuélvese en cogerle entre los brazos,
Y allí hacerle á su placer pedazos.
Con nudos mil le ciñe, y le recoge,
Y de su maña y fuerza se aprovecha,
Ya se entra, ya se aparta, ya se encoge,
Ya en la lucha se empina, ya se estrecha:
Ya de los hombros con furor le coge,
Y aquí y allí le vuelve, y le desecha,
Bien que así Ferragut su fuerza alienta,
Que en igual peso el gran teson sustenta.

Largo rato anduvieron forcejando
Con pertinaz porfia y fuerza estraña,
Perdiendo tierra á veces y ganando,
Ya las fuerzas probando, ya la maña:
Las vueltas de fortuna esprimentando,
Que al vanamente confiado engaña,
Y al loco con favores desvanece,
Y al atrevido ensalza y favorece.
De la prolija lucha ya enfadado
Hizo pié el de Aragon en un recuesto,
Y de un vaiven sin maña y tiempo dado
Su enemigo de si echó descompuesto:
Y él de su misma furia arrebatado
Sin pensar se halló en el suelo puesto,
Y Bramante en sus pasos tropezando
Largo trecho tras dél fué trabucando.
Mas sin mostrar ni sombra de recelo
Que pudiese agraviar su fortaleza,
Bramando al aire, y escupiendo al cielo,
De nuevo la cruel batalla empieza:
Y la espada esgrimiendo en raudo vuelo
A dos manos de encima la cabeza,
Con tal furor desciende, y tal ruido,
Que dejó á su contrario sin sentido.
Y otro y otro segunda, y otros ciento
Así apriesa, que un yunque de diamante
No resistiera el fuerte movimiento
Del desabrido hermano de Morgante:
Y el de Ulid con enfado y corrimiento
De verse así tratar, bravo, arrogante,
Contra el firme enemigo que le enoja
El roto escudo y la paciencia arroja.
Tembló el córcega infiel al grito fiero
Que el de Aragon bramó determinado
De dar á sus porfias el postrero
Y ultimo golpe á lo que habia empezado:
No se vió rostro ni semblante entero,
Ni corazon de veras reportado,
Que del general miedo el pasmo frio
Al rostro hurtó el color, y al pecho el brio.
Y él con la gallardia acostumbrada,
Y firme pulso que su brazo encierra,
La peligrosa relumbrante espada
Con ambas manos afrentado afierra:
Y á dejar en su filo averiguada
Su clara fama, y la dudosa guerra,
Sobre el ya temeroso rey Bramante
Bajó el aire cortando resonante.
No en ademan mas vivo y mas gallardo
Júpiter sobre Encélado levanta
La altiva diestra, cuyo ardiente dardo
A todo el mundo, y no al gigante espanta;
Cuando el Etna encendido á su resguardo
Desde la cumbre tiembla hasta la planta,
Que ya de Doralice el nuevo amante
La espada alzó contra el sensual gigante.
Y en tan lleno furor bajó derecho
El filo agudo por el aire blando,
Que escudo, brazo, yelmo, rostro y pecho
Las entrañas y el vientre palpitando,
Dos partes el gran corso quedó hecho,
Y en medroso silencio resonando
Por las doradas bóvedas corriendo
Un rato el eco fue del golpe horrendo.
Así rayo veloz al viejo encino,
Que antes servia de sombra á todo un llano,
Al suelo arroja en trueno repentino,
Y el eco asorda al valle comarcano;
Vuelve medroso huyendo del camino
El que á su abrigo va á ampararse en vano,
Tiembla el pastor, el segador se admira,
Y el dueño del rastrojo calla y mira.
Tales los circunstantes admirados
Dejó el no visto golpe poderoso,
De asombro los contrarios retirados,
Y de miedo encogido el mas brioso:
Los dos que Ferragut halló cercados
En trance sin su ayuda peligroso,
Ya libres en pomposa vanagloria
El parabien le dan de tal victoria.
El grave Estordian, rey granadino,
Era dellos el uno, otro el anciano
Galirtos, rey de Alora, su vecino,
De edad madura, y corazon lozano,
Que en seguimiento al robo peregrino
Que Braman hizo á un bosque comarcano
En Doralice por librar su daño
Al riesgo entraron del castillo estraño.
Mas ya dejando libre la guarida,
Antes de tantos prisioneros llena,
La tierra en su quietud restituida
Libre se vió de sobresalto y pena:
Y la Argentina sierra antes temida,
Rota ya del tirano la cadena,
Se llamó con el nombre que hoy le dura
Desta seguridad Sierra Segura.
Cada uno desde allí tomó el camino
Que mas á su propósito hacia,
Este á su patria, el otro á su destino,
Conforme el fin ó el gusto que le guia:
El amante de Arleta al granadino
Hasta su reino hizo compañia,
Y Galirtos tambien lleno de antojos
Tras Doralice, y sus alegres ojos.
Fue rey de aquellos siglos celebrado
Galirtos por vejez y alma altanera,
Alegre el rostro, el cuerpo avellanado,
Los ojos vivos, la faccion severa:
Ya los dientes la edad le habia robado,
Y no la libre lengua palabrera,
Porque en sus amorosas ocasiones,
Lo que en gusto faltare dé en razones.
Habia gozado ya de la influencia
Suave de los seis planetas de oro,
Y en la helada decrépita cadencia
La marchita vejez del canto moro:
En el periodo andaba, y la presencia
Del frio Saturno, en quien está el tesoro
De gravedad, de peso y de juicio,
Que en otros es virtud, en él fue vicio.
Era de universal gusto notado,
De antojadizo amor sin fundamento,
Libre por rey, por hablador cansado,
Y por amante la region del viento:
¿Qué torpe mudo no será cansado?
¿O qué largo hablador dará contento?
¿O á quien no cansa, si al estremo toca,
O el hablar mucho, ó nunca abrir la boca?
Pues deste rey, ya amante temerario,
A Doralice sigue el gusto entero,
Y por el mismo trae de ordinario
Un enano sutil por escudero:
En gesto seco, en el vestido vario,
En la habla un millon, en bulto un cero,
En orgullo jayan, y el cuerpo todo
Como de la encogida mano al codo.
Tratando en risa su persona apuesta
El Cid aragonés, y el granadino,
Al sombrio cruzar de una floresta
El enfado engañaban del camino:
Que menos ocasion y causa que esta
Lo suele hacer, y el bulto peregrino
Del pequeñuelo enano en lo restante
Para ocupar el tiempo fue gigante,
Que su dueño que hablara sin cansarse,
Mas que una ciega Babilonia entera,
Y ahora el nuevo placer le hace estremarse,
Que la alegría de suyo es gran parlera;
Por mostrar su elocuencia, y señalarse,
Volviendo por su enano una quimera,

Ingeniosa intentó, y con regocijo
Corriendo el freno á su caballo, dijo:
«No es este hummilde enano el mas ceneeño,
Ni el menor que en su género ha nacido,
Que ya conozco yo otro mas pequeño,
De menor cuerpo, y mas entremetido:
Aunque de fuerzas tales, que á su dueño
Tras sí por los cabellos lleva asido,
Con ser tan chico, breve é imperfeto,
Que este fuera gigante en su respeto.
Y pues es engañar los pensamientos
Alivio del espíritu cansado,
Y divertirse en agradables cuentos
El camino hacer menos pesado:
Yo, si ahora á escucharme estais atentos,
En un discurso quiero moderado
Contar la heróica historia deste enano,
Que los gigantes vence por su mano.
Vereis en su discurso la inconstancia
Del tiempo, y las mudanzas de la vida,
Donde en un punto suele la arrogancia
Mayor verse agotada, ó divertida:
¿Quién tuvo hasta su fin perseverancia?
¿En quién una ocasion recien nacida
No supo despertar nuevos antojos,
Y hacer pechera el alma de los ojos?
De la inconstancia humana harto nos cuenta
El desmembrado cuerpo de Bramante,
Que ayer á su insaciable alma sedienta
Un mundo sensual no era bastante:
Mas cuando el cielo viene á tomar cuenta
A una obstinada vida semejante,
Suele abreviando plazos en un punto
Dar el castigo y la amenaza junto.
Quien presume de sí, quien se gloria
De ánimo invicto y pecho generoso,
Si su pasion no vence, ¿en qué se fia,
Aunque de un mundo salga victorioso?
Aunque de la hiperbórea gente fria
Hasta el ardiente mauro polvoroso
Se oya su voz, y tomen della leyes
Los caspios cetros, y los indios reyes.
Tener espada, brazo y fortaleza
Para enfrenar los duros Garamantes,
Dejándose vencer de su torpeza,
Ni es valor, ni sus fuerzas importantes:
Mas, ¡oh monstruo sin ley! cuya braveza
Los reyes doma, y vence á los gigantes,
¿Quién sale de tí libre, amor tirano?
Goloso azar del apetito humano.
¿Quién puso tu república en la tierra
Con ley tan inviolable, y rey tan bruto,
Que ni en él paz se halle, ni en la guerra,
Hidalgo que lo sea á su tributo?
¿Qué fuerza es esta, amor, que en tí se encierra?
¿Quién te hizo en poder tan absoluto?
¿Cuál es tu orígen? ¿cuál tu fuerza? ¿y cuáles
Los lazos con que enredas los mortales?
¿Eres deidad, amor, ó eres quimera
Recibida del vulgo en sus engaños?
¿Es tu fama fingida ó verdadera?
Néstor del tiempo, niño de mil años:
Un grave cuento de su edad primera
En la mia aprendí con los estraños
Sucesos que hay en él, en quien consiste
El todo de quien eres, y quien fuiste.
En medio un claro mar, que al alba bella
Del dia le abre la primer ventana,
Debajo de la mas feliz estrella
Que vida al mundo y resplandores mana;
Una isla tiene asiento, y dentro della
Cuanto bien cabe en la codicia humana,
Tan florida y tan llena de tesoro,
Que es, puesto á su riqueza, polvo el oro.
Libre de pecho, de tributo esenta.
De hidalgos linajes habitada,
Donde en vida pacífica y contenta
Segura un alma vive y descansada:
De gusto aquí el mas pobre se sustenta,
Ni cárcel hay, ni impedimento en nada,
Su nombre es luz de un sol resplandeciente,
Tierra de libertad de libre gente.
Desta parte del mundo no ha salido
Ni hecho triste ausencia el siglo de oro,
Todo como al principio está florido,
Sin turbios aires, ni importuno lloro:
Aquí solo el contento se ha escondido,
Y el erario del bien y su tesoro,
Cuanto se libra aquí todo es bonanza,
Sin recelos ni sombras de esperanza.
Por frescos prados de un abril eterno,
Todo vestido de inmortal verano,
Mil libres almas con acento tierno
Canciones siembran por el aire vano:
Y agenas de enojoso y turbio invierno
Frescas guirnaldas tejen de su mano,
Con que del todo libres y gozosas
Salen sino es del tiempo victoriosas.
Solia esta alegre tierra deleitosa
Ser rica poblacion, reino potente,
Que como de regalos abundosa
Ya fue buscada de infinita gente:
Mas despues que con mano poderosa
Amor, que es enemigo diligente,
A surgir acertó en su primer puerto,
La dejó hecha un páramo desierto.
En él corren su costa de ordinario
Crueles piratas, varios salteadores,
Que en triste sujecion y yugo vario
Encadenan sus libres moradores:
La ambicion es aquí feroz corsario,
Los intereses grandes robadores,
La hambrienta codicia en mil derrotas
Ha hecho á nuevas Indias grandes flotas.
Estas son y otras vanas pretensiones
Las que este noble reino han desflorado.
Quien á mí me sacó de sus rincones
De amor fue un rico pensamiento honrado:
Con dos ojos me puso mil prisiones,
Ellos me han desta tierra desterrado,
Por vos sin libertad, mis ojos, vivo,
Que yo libre nací, aunque soy cautivo.
Esto á su alegre cuento fabuloso
Vuelto, añadió, á la bella Doralice,
Con un grave recato cauteloso,
Porque á nadie su amor escandalice:
Mas todos ven del viejo rey celoso
A quien el mote y la lisonja dice,
Y riendo su loco pensamiento,
El rie tambien á bulto, y sigue el cuento.
«Esta tierra inmortal, ó mortal cielo,
De una libre señora ora regida,
Que aunque sin esperiencia á todo el suelo
Su gusto y parecer daba medida:
Es ley, es arancel, corte y modelo
De los pasos y efectos de la vida,
Que ahora sea justo, ahora injusto,
Nada se hace fuera de su gusto.
O sea hecho de gana, ó sea forzado,
O sea por interés, ó por contento,
Si ella no lo decreta, es escusado
Que la obra llegue á colmo y cumplimiento:
Es tan señora en todo lo criado,
Que aun enfrena y corrige el pensamiento,
Con ser el ave, que entre las del suelo,
Mas suelto tiene y desenvuelto vuelo.
Su nombre es Voluntad, niña hermosa,
Y de su natural bien inclinada,
Aunque el ser moza tierna y poderosa,
Dejarla suele á veces engañada:

Estimando su vista codiciosa
Por oro lo que es píldora dorada,
Y por regalo, vida, y por deleite,
La fea muerte entre un fingido afeite.
El amor con la flecha de la fama
Desta gallarda niña fue herido,
Y como es fuego, con su misma llama
Fácil de un nuevo amor quedó encendido:
Ya suspira, ya llora, ya se inflama,
Lo que hace sentir, ha ya sentido;
Alguno, quizá dijo vuelto al cielo,
Mueras, traidor, cual muero sin consuelo.
Padece, llora, esperimenta, y gusta
De tu llanto y dolor, muerte y tormento,
Que es justo premio de venganza justa
Un tal castigo para un tal intento:
Si hay cuchillo de fuerza mas robusta,
Sea el verdugo amor de tu contento.
Porque entre ese dolor, rabia y discordia,
Aprendas á tener misericordia.
Así el niño padece, y con su fuego
Sin poderlo apagar queda apagado,
Desea su quietud, y teme luego
El hallarse con ella, y sin cuidado:
Si se anuda la venda queda ciego,
Si descubre los ojos deslumbrado,
Busca remedio, y luego no le quiere,
Y por lo mismo que aborrece muere.
Ya recostado entre tempranas flores,
Y allí redes y lazos disfrazando,
Ya entre doradas nubes sus amores
Por mayor inquietud suya mirando:
Nuevas maneras de alcanzar favores
Para su nuevo menester trazando,
Y en todas sin provecho desvelado,
Que aun ignora la dama su cuidado.
No halla senda á su mal, no halla camino
Para salir de dudas y opiniones,
Que siempre es el amor, si es amor fino,
Largo en el padecer, corto en razones:
Al fin tentar ventura le convino,
O morir anegado en sus pasiones,
Un paje tiene amor, grande instrumento
De aclarar cosas, dicho atrevimiento.
Es hablador, agudo, y desenvuelto,
Propio para llevar y traer mensajes,
De encogidos temores libre y suelto,
Aun con los mas compuestos personajes:
Sin empacho, colérico, resuelto,
Claro, sin encubiertas ni celajes,
Y tal cual menester lo había Cupido,
Para aclarar sus dudas escogido.
A este le descubrió su pensamiento,
Y él á los libres ojos de su dama,
Que como libre hizo el sentimiento,
Y escudo de la escusa de su fama:
Quedó corrido el paje sin su intento,
Y su dueño mas dentro de su llama,
Crece su mal, y agrava su querella,
Mas que el dolor, no ver la causa della.
Que á un rico alcázar de inmortal diamante,
De la prudencia y la razon labrado,
Por medrosas sospechas de su amante
La libre Voluntad se ha retirado:
Conociendo el amor no ser bastante
A tanta fuerza un niño desarmado,
Destruir quiere la enemiga tierra
Comprando alegre paz con triste guerra.
Quiere juntar ejército famoso
Descubriendo con esto su potencia,
Y vencedor en pecho generoso
Usar con los rendidos de clemencia:
De ociosos pensamientos un ocioso
Escuadron traza flaco en resistencia,
Y en dar asaltos y armas tan cursado,
Que trae al enemigo desvelado.
Este quiere formar que á la victoria
Con el hallar no piensa impedimento,
Deja la libre tierra de su gloria,
Y va sin ella sobre el blando viento:
En amistad de sola la memoria,
Verdugo cruel de un triste pensamiento,
Haciendo mil potajes al sentido,
Amargo el mas sabroso, y desabrido.
Tiene el amor una famosa amiga,
Dicha solicitud ó diligencia,
Grande negociadora en su fatiga,
Y un águila en cualquiera competencia:
De torpe ociosidad cauta enemiga,
De gran ventura y mucha suficiencia,
Esta quiere el amor por diligente
Le junte ocioso ejército de gente.
Sale á buscarla con tendido vuelo,
Vuelve y revuelve en esto mil regiones,
Puesta en solicitar cosas del cielo,
Creyó hallarla en varias religiones:
Que sin curar de pretension del suelo,
Escogeria honradas pretensiones;
Pero desengañóle la esperiencia,
Que el olvido halló por diligencia.
«No voy bien por aquí, dijo Cupido,
¿Quién ha el confuso mundo hechizado?
¿Con qué engaño el descuido se ha escondido
En el lugar del principal cuidado?
Si en causa tal, si en bien tan escogido,
Rastro de diligencia no he hallado,
¿Dónde la encontraré? ¿con qué artificio
A la virtud se la ha usurpado el vicio?»
Dijo, y dando la vuelta, sus pisadas
Sobre la arena estéril halló impresas,
Conocióles, y en ellas ir guiadas
A livianas y frágiles empresas:
Y siguiendo su rastro, marañadas
Las halló en pretensiones tan aviesas,
Que sospechoso dijo, y admirado,
«O yo por aquí voy, ó el mundo errado.»
Llegó en esto á su reino, y en su casa
Nueva le dieron della sus amantes,
Y de allí con el rastro fresco pasa
A ver los cortesanos negociantes;
Donde su imágen vió sembrando brasa
De ambicion en materias disonantes,
De avariento interés, de honra y de amores,
Y nuevos oficiales de señores.
Con vanas cortesanas reverencias
En nuevos pretensores convertida,
Tan largos de esperanzas y conciencias,
Que no los ceñirá una eterna vida:
Aquí el amor halló dos diferencias
De edades, una larga, otra ceñida,
Saliendo entre los cargos y descargos
La vida corta, y los negocios largos.
Aquí la diligencia embarazada
En cosas de livianos pensamientos,
Su pretension y pena declarada,
«Cumplirás, dijo Amor, nuestros intentos:
Recoge entre esa gente mas granada
Sus livianos y ociosos pensamientos,
Que estos son, dando yo la batería,
Mi mayor municion y artillería.»
Dijo, y en vano vuelo á ver las damas
De la solicitud pasó á palacio,
Donde encendiendo impertinentes llamas
Ocioso y libre se quedó de espacio:
Durmióse amor aquí entre verdes ramas
De un trébol siempre en flor, marchito y lacio,
Y al despertar al aire de una toca,
Quedóse entre los ojos y la boca.
No fue la diligencia perezosa
En juntar grueso ejército á Cupido,

Que tambien hay en córte gente ociosa,
Que alcanza y goza de lo mas florido:
El señor, el galan, la dama hermosa,
El paje, el caballero entretenido,
Todo es ociosidad, solo desea
El rey quietud, y tiempo el que pleitea.
No tiene tasa, número, ni cuento
La ociosa gente, y pensamientos vanos,
Que en la córte juntó para su intento
La Diligencia de los piés livianos:
Ni cercan tantos átomos el viento,
Ni á todo el mar de arena tantos granos,
Como la torpe Ociosidad pesada
Vanos soldados trajo á esta jornada.
Ocupada en jugar con un ventalle,
Y ver quien pasa, vuelve, cruza ó mora,
Bostezando á la puerta de la calle
La Diligencia halló á su contendora:
Digo á la Ociosidad, floja de talle,
De ajenas vidas gran trasechadora,
Y allí con ella, que á su lado asiste,
La Hambre ayuna, y la Pobreza triste.
Y no fue poco que á la Diligencia
Ociosidad obedeciese en algo,
Porque suele huir de su presencia
Cual presta liebre del hambriento galgo:
Mas el amor; á cuya omnipotencia
No hay reino libre ni solar hidalgo,
Juntó estos dos estremos, que ya vemos
Que siempre anda el amor por los estremos.
Y en una nueva flota de ocasiones
Embarcada la gente llegó un dia
A vista del castillo y los balcones
Donde la honesta Voluntad vivia;
Y abreviando de tiempo y dilaciones
A jugar comenzó la artillería:
Con tal carga de vanos pensamientos,
Que el alcázar tembló por los cimientos.
La Ociosidad, que aquí no andaba ociosa,
Puso en la primer torre su bandera
De la Imaginacion, dama ingeniosa,
Y de sus armas frágiles frontera:
Era esta estancia, mas que fuerte, hermosa,
Por de dentro pintada, y por defuera,
De fábulas, que el verlas enamora,
Que es la imaginacion grande pintora.
Rendida esta primera fortaleza,
Mas recia comenzó la batería,
Hasta entrar el alcázar de firmeza
En que la libre Voluntad vivia:
Allí la Ociosidad con su torpeza
Inficionó cuanto en la torre habia,
Y de la reina un consejero honesto
En tinieblas dejó y prisiones puesto.
Y alcanzada con esto la victoria,
La libre Voluntad quedó rendida,
Y el Amor al despojo de su gloria
En triunfo vino y magestad debida:
En carro de alegría transitoria
Una S en cada rueda retorcida,
Que todas dan un amador perfecto,
Solo, sabio, solícito, secreto.
Era el triunfante carro de unos lejos
Por tan nuevo artificio dibujados,
Que mientras que se miran mas de lejos,
Mas perfectos se gozan y acabados:
De cerca son rasguños mal parejos,
Como al descuido y sin concierto dados,
Y ya vueltos de espaldas son de suerte,
Que no es mas fea de mirar la muerte,
Y no tiraban la carroza hermosa
Tigres, águilas, fieras, ni dragones,
Mas con una igualdad maravillosa
Cuatro ninfas de raras perfecciones;
Que era cualquiera dellas poderosa
Tras el carro llevar mil corazones,
La Gracia, Discrecion y Gentileza,
Y la Hermosura frágil de cabeza.
La Gracia de mil visos parecia
Hecha de un no sé qué tan agradable,
Que sin saber decir á qué sabia,
A todos gustos era deleitable:
Hacia tan á compás cuanto hacia,
Con tanta sal, y rostro tan afable,
Que encendia el corazon en vivo fuego
De unas centellas que se acaban luego.
La Discrecion en todas ocasiones,
Dama noble, compuesta y corregida,
En gusto, en trato, en obras, en razones,
Es un compás de amor, regla y medida,
Sin melindre, doblez, ni afectaciones,
Clara, afable, y con nadie desabrida,
Solo le hallo yo un inconveniente,
Que es huir demasiado de la gente.
Las otras, Hermosura y Gentileza,
En los talles iguales, y en la vida,
Si la edad no estragara su belleza,
No viera el mundo cosa mas florida:
Dellas toma el amor su fortaleza
Con que á la de Sanson deja vencida,
Y á ellas el solo tiempo las empece,
Que en aire las cosume y desvanece.
Destas cuatro hermosísimas doncellas
El carro del Amor fue arrebatado
Hasta el alcázar, donde todas ellas
Presa la libre voluntad le han dado:
Y como el sol en medio sus estrellas,
El trono de placeres rodeado,
Triunfante saca amor su invicta lanza,
Coronada de flores de esperanza.
Pero llevóle la guirnalda el viento,
Que en su casa no hay bien que sea fundado,
Y supo que con nuevo encantamento
El interés habia tiranizado
De un golpe el frágil reino del contento,
Y allí en un auto público sacado
Por afrenta mayor su estátua al vivo,
Para venderlo al mundo por cautivo.
Fuéle forzoso al rey de los amores
Ir en persona á castigar la afrenta,
Y el daño que en sus fieles servidores
Del interés causó la gula hambrienta:
Y á su dama cercada de dolores
Dejó sin alma, sola, y descontenta,
Con la memoria y la esperanza ardiendo,
Una labrando, y otra entreteniendo.
Tiene una dama amor por enemiga,
Ciega invisible, y que jamás parece,
Que enluta el corazon, cansa y fatiga,
Y todo con su sombra lo oscurece:
Unos Ausencia quieren que se diga,
Otros infierno donde amor padece,
Mas yo la llamo en pena de sufrilla,
De los sueños de amor la pesadilla.
Esta luego que amor dejó su casa,
La reina puso en ásperas cadenas,
Donde le daban el placer por tasa,
Y el tormento y dolor á manos llenas:
Comidas frias, y de mano escasa,
Gustos pasados, y presentes penas,
Desabridos pasajes de memoria,
Que siempre alarga la pasada gloria.
De esto, y de la frialdad de la posada,
El gusto le estragó cierta tibieza
De un frio y calentura acompañada,
Y dolores de estómago y cabeza:
Causaba el frio la comida helada,
Aceda, sin sabor, ni fortaleza,
Y una tibia esperanza que acudia,
La calentura á ratos le encendia.

El tiempo que es un médico famoso,
Bálsamo universal de pesadumbres,
Viendo el mal de la reina peligroso,
De la ausencia causado y sus costumbres,
Y que ningun emplasto provechoso
Sus yerbas pueden dar ni sus legumbres,
Que el gusto encienda, y resucite el brio,
Porque son frias, y su mal es frio.
Determinó buscar por otra via
Remedios que le dar si alguno alcanza,
Y casi de hallarlos desconfia,
Viendo estar ya sin pulsos la esperanza:
Hasta que supo al fin donde vivia
Una inquieta mujer dicha Mudanza,
Encantadora, bruja y herbolaria,
Y en todos tiempos y horas gran voltaria.
No fue Circe tan mágica hechicera
Cuando en fieras los hombres convertia,
Ni en la mar tan mudable y tan ligera
La blanca espuma que en las peñas cria:
Ni así tan presto el camaleon se altera,
Ni las sombras se mudan en un dia
Mas veces, ni la luna, el agua, el viento,
Ni el tiempo, que es un puro movimiento.
Este espíritu vario, si es decente
Dar á quien no sosiega donde viva,
Su casa tendrá hecha en la corriente
De algun raudal sobre la espuma altiva;
O allá en las Amazonas, que es la gente
De su trato y su ser menos esquiva,
Que al fin ella es mujer, y ellas mujeres,
Y amigas todas de mudar placeres.
Allí el tiempo la halló, que otro ninguno
Segun es de mudable la alcanzara,
Y habiendo consultado el importuno
Mal de la ausente reina ilustre y clara,
El remedio que vió mas oportuno
Fué darle una pocion, ¡bebida rara!
Que para otro tal caso habia traido
La noche antes del rio del olvido.
Con esto se acabó el encantamento,
Y la reina cobró salud cumplida,
Nuevos ojos el ciego entendimiento,
Y la razon nueva alma y nueva vida:
Y todos de comun consentimiento
Vuelta para la patria dan querida
De alegre libertad, por un florido
Prado en que siempre duerme el flojo olvido.
Iba delante la Razon guiando,
Y rogándole el diestro consejero
Que no volviese el rostro atrás mirando,
Porque es volver el rostro mal agüero:
Así al músico Orfeo avino, cuando
Segunda vez perdió su amor primero,
De mirar se han seguido mil enojos,
Y á ningun ciego han hecho mal los ojos.
Mas si es la voluntad siempre enemiga
De obedecer ajenos pareceres,
La privacion de suyo da fatiga,
Y mayor en antojos de mujeres:
Y así la reina, porque no se diga
Que mira y sigue mas que sus placeres,
Volvió los ojos sin tener paciencia,
Ni sujetarse á leyes de obediencia.
Volviólos, y cubierto vió de flores
A sus espaldas un vistoso prado,
Y en ventanaje de oro y miradores
Un alcázar real sobre él labrado:
Un cierto no sé qué de sus amores
El aire pareció que le habia dado,
Y que entre aquellas yerbas florecia
De sus pasados gustos la alegría.
Agradóle del campo la frescura,
Y antojósele en él pasar la siesta,
Porque es la voluntad de su hechura
De antojos toda, sin razon compuesta:
Dió nueva rienda á su primer locura,
Guió al castillo, y con alegre fiesta
Fue recibida de una dueña honrada,
Gran sabidora de la edad pasada.
Su nombre era Memoria, y sus oficios
Representar comedias é invenciones,
Pintar agravios, y borrar servicios
En las mas aprobadas condiciones:
Hacer de hiel el gusto son sus vicios
Con resfrescar pasadas ocasiones,
Sabroso el mal, y amargos los contentos,
Que en la memoria truécanse los vientos.
Cinco famosas puertas señaladas
Tiene el castillo en torno á sus almenas,
De historias y de fábulas pintadas,
De varios cuentos y entremeses llenas:
Las faltas propias, limpias y doradas,
Feas y abominables las ajenas,
De estas en bronce y mármol infinitas,
Y aquellas en liviano polvo escritas.
La reina halló la historia dibujada
De sus placeres en la primer puerta,
Y la razon allí quedó encantada,
Y ella del sueño en que dormia despierta;
Donde la antigua herida solapada
Corriendo se vió sangre descubierta,
Vuelta ya de diamante blanda cera,
Que es la Memoria grande hechicera.
Y con la dulce fruta de ocasiones,
Que la huéspeda ofrece á manos llenas,
Volverse determina á sus prisiones,
Que son de amor sabrosas las cadenas:
Camina tras sus nuevas pretensiones
Por unos montes fértiles de penas,
Que son de soledad tierra baldía,
Con sola la Memoria en compañía.
De una confusa niebla rodeada,
Que se vuelve diluvios en los ojos,
La estéril tierra seca y agostada,
De espinas llena y de ásperos abrojos:
Vil cizaña entre el dulce amor sembrada,
De recelos, sospechas y de antojos,
Y otras incultas yerbas venenosas,
Que son ortigas, y parecen rosas.
Cayendo en cada yerba y tropezando
Iba la voluntad desaminada;
De quien poder tomar lengua buscando
Por la fragosa tierra despoblada:
Cuando se fue de lejos divisando
En el aire una casa fabricada
Entre celajes y neblinas frias,
De ventanaje llena y celosías.
Esta una roca de peñascos era,
Donde un bravo y feroz gigante asiste,
Que en usar malos términos se esmera,
Y en ser sin ocasion verdugo insiste:
De acedo trato y condicion severa,
De flaco rostro, atraidorado y triste,
Rabia es su nombre, y Zelos su apellido,
Que por cualquiera es harto conocido.
De lince y basilisco son sus ojos
Con que él mismo se aflige y desbarata,
Cuanto mira y no mira es con antojos,
Y con miedo y sospechas cuanto trata:
El verle es muerte, el no mirar enojos,
La duda aflige, la verdad le mata,
Venganza es su comida, y sin venganza
Cosa que bien le sepa no la alcanza.
Luego que vió el gigante á las doncellas,
Sin escuchar preguntas ni razones,
Como era su costumbre dió con ellas
En unas estrechísimas prisiones:
Sin que suspiros, llantos, ni querellas
Aflojados les den los eslabones

Del ciego error que el ánimo inquieta.
Y el corazon la vida y alma aprieta.
En un negro y oscuro calabozo
Prision puso á las damas el gigante,
A cuya puerta está enterrado el gozo,
Y la esperanza dél mas adelante:
Allí en la reina hizo tal destrozo,
Que á faltarle el socorro de su amante,
En cárcel triste y en prision muriera,
O en duro pedernal se convirtiera.
Mas supo amor las nuevas de su dama,
No me acuerdo ya bien cómo, ó por dónde,
Quizá el paje de amores fue la fama,
Que á veces mas que preguntais responde:
O por ventura su amorosa llama,
Que á quien bien ama nada se le esconde,
No tengo al fin el cómo en la memoria,
Que ha mucho que no cuento ya esta historia.
Y con lima sutil de desengaño
A mil golpes forjada de ocasiones,
Ya de la cárcel restaurado el daño
De su dama deshizo las prisiones:
Y el mismo que fue causa del engaño,
Tambien triaca fue de sus pasiones,
Y en un carro acerado de firmeza
Salió de la zelosa fortaleza.
Y aunque por entre espinas, y entre abrojos,
Que son las flores del zeloso prado,
La reina ya con mas alegres ojos,
Animo y corazon mas sosegado,
Triunfando de sospechas y de antojos,
En compañía de su niño alado
A los paraisos vino del contento,
Donde el perfecto amor tiene su asiento.
Aquí destos finísimos amantes,
Tras discurso tan largo de pasiones;
Como un vidrio nació de dos diamantes
Un tierno niño hermoso de facciones:
Y aunque sus padres eran ya gigantes
En cuerpo, en amistad y en condiciones,
El salió enano en todo y tan enceño,
Que no hay pigmeo en el mundo mas pequeño.
Es el hijo el Deleite, que en ser chico,
Y costar caro, sigue los estremos,
Dulce, sabroso, apetitoso y rico,
Y que huye y se esconde á vela y remos:
Desta ocasion nació, y os certifico
Que á nadie cuesta menos, solo vemos
Que á mí suele vendérseme barato,
Cuando con gusto me oyen si hablo un rato.

ALEGORIA.

La natural obligacion que el hombre tiene á su patria se pinta en la introduccion del libro. El recelo de Ferragut en el castillo del jayan, muestra lo mucho que importa la buena opinion de la persona para no tener el trato por sospechoso, y el hallarse restituido á su ser venturoso, por faltarle el caballo Clarion, significa, que el hombre distraido en sus vicios, si despues se reforma con la Virtud, vuelve á hacer obras dignas de alabanza, cual fue matar al tirano Bramante, y poner en libertad la tierra, y los que en ella estaban opresos: pero si vuelve á dejarse llevar de su sensualidad, olvidado de la razon, como le sucede en Africa con Angélica, viene á morir en su obstinacion, y queda perdida para siempre cuanto honor y fama habia ganado, como allí queda Ferragut.

En la novela de Galirtos se descubre la armonia y trabazon de las potencias interiores, y los efectos de la parte sensitiva y lo mucho que el deleite cuesta, y lo poco que dura.

LIBRO UNDÉCIMO.

Argumento. Roban segunda vez unos corsarios á Angelica á vista de Orimandro, que en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento: y habiéndola perdido de vista hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura.

En tanto ya despues que alegre Alcina,
Por frescas huertas y dorados lechos,
Con su aparato y ciencia peregrina
De sus héroes ganó los nobles pechos;
A embarcarse con gusto á la marina
Venian de ricos dones satisfechos,
Gundemaro, Bernardo y Floridano,
Las damas de los dos, y el rey persiano.
Querianse hacer al mar, cuando á gran priesa
Correr á un barco vieron diez corsarios,
Que habian de tres damas hecho presa
En la isla con sus robos ordinarios:
Entre ellas del Catay la real princesa
Conoció el persa rey, y los contrarios
Huyendo de sus manos los primeros,
Golfos del ancho mar cortan lijeros.
Desamparan huyendo la ancha playa
Con dos ninfas, y Angélica con ellas,
Y el libre esquife de cristal la raya
De riscos llena huye, y conchas bellas:
De nuevo el brio al persa rey desmaya,
Y de nuevo se anima á socorrellas,
Viendo que su fortuna burladora
Con varios riesgos sigue el bien que adora.
A cada cual el fin de su ventura
Alcina en su jardin dió por su mano,
Sola en todas la Angélica hermosura
Oculta siempre estuvo al rey persiano:
Jamás la alcanzó á ver, siempre en clausura
La Hada ocultó el rostro soberano,
Hasta aquella ocasion del dia postrero,
Por mas dolor, ó por mejor agüero.
Si á Venus parió el mar, como se suena,
La mar es propio reino de amadores,
Que todo amante siembra en el arena,
Y sin número son los sembradores:
Y ella en sus senos de agua y ondas llena,
Y el amor de fatigas y dolores,
Hondos piélagos son, donde se anega
El que en tiempo mas próspero navega.
Algunos creen que la zelosa Alcina
A Angélica persigue con cuidado,
Y que culpas ajenas pena indina
Llueven sobre su nuevo enamorado:
Mas bien sea esto, ó sea su malina
Estrella, que le lleva violentado,
El la vió á tiempo que su vista bella
Mas dolor le causó que gusto el vella.
Y entrando en su galeon á toda priesa
Al gran Bernardo pide que se quede,
Que no ir á socorrer á la princesa,
Ni con su obligacion ni gusto puede:
«El tuyo se haga, dijo, mas en esa
Causa no veo ninguna que me vede
Seguir yo y reforzar tu brazo fuerte,
O en feliz vida, ó en honrada muerte.
Donde fueres iré á buscar tu gusto,
De los demás se quede el que quisiere,
Que un valor semejante es caso injusto
No seguirlo hasta el fin, sea el fin cual fuere:»
Dijo, y todos dijeron que era justo
Lo que dijo; y que quiere lo que quiere,
Con que embarcados de comun intento,
Las anchas velas dan al fresco viento.

Llevaron todo el dia á remo y vela
El bergantin á vista de la proa,
Y cuando al sol la tibia tarde yela
La luz sobre la playas de Lisboa;
Con la misma codicia con que vuela
El presto acometer de una canoa,
De través les salió, y en su presencia
Con la suya venció su diligencia.
Barloáronse los barcos con denuedo.
Y brio de pelear, y al rey persiano,
Que viendo este suceso perdió el miedo
Que antes tenia de seguirla en vano,
Mostró el cielo teniendo el viento quedo
Cuan corta marca es la del brazo humano,
Y que el poder del rey, sea cual se fuere,
No alcanza aunque lo estire donde quiere.
Calmó el viento, y quedó el galeon en calma,
Y los barquillos dos en mortal guerra,
El rey de Persia á rescatar su alma
A pesar quiere de la mar y tierra
Pasar á nado, que si el viento calma,
No calma el fuego que su pecho encierra,
No fue poco enfrenar su desatino,
Segun el punto á que su furia vino.
Pero llegó la noche, y con su luto
El un barco y el otro se ha escondido,
Y al campo á quien las aguas dan tributo
En lágrimas dió el suyo el rey perdido;
Que aunque salió del sol el sustituto,
Su rayo de oro en plata convertido,
Ni ese, ni el alba, ni el siguiente dia
Al persa dieron luz de su alegria.
Bernardo á su valor aficionado
Divertir sus congojas procuraba,
¿De cuál le trajo amor á cual estado?
¿Dónde á Angélica vió? le preguntaba:
¿Si se embarcó forzado, ó de su grado?
¿De qué ocasion su desamor manaba?
A quien el rey con su voz enflaquecida,
«Oye, dijo, el proceso de mi vida:
Entre la Susiana al Oriente,
Y la áspera Carmania montuosa,
Y entre el Pérsico mar, y puesta enfrente
La helada Media, una provincia hermosa,
Persia llamada, en belicosa gente,
De la Asia es la mas rica y mas famosa,
Cabeza de mil reinos y mil reyes,
Que todos de las suyas toman leyes.
De aquí solo á mi brazo la obediencia
Los dioses concedieron inmortales,
Y á mi cetro, mi voz, y mi potencia,
Cien coronas y cetros orientales:
Mis mayores aquí por excelencia
Con riendas de oro dan leyes iguales,
De aquí Ciro fue rey, de aquí Artabano,
Jerjes, Sapor, Cabades el humano.
Este hizo á las pérsicas mujeres
Que fuesen del comun (notable edito)
A quien sucedió en reinos y en haberes
Cosroes su hijo, de ánimo inaudito,
Tal que hechos de sangre sus placeres,
Barniz dió della al pérsico distrito,
Deste procedió Hormisda, Artildo deste,
Gran rey de la Cardusia, gente agreste.
De los Axianos pueblos á Tartaria
Subió Artildo, y de aquí mi padre vino,
El invicto Agrican, cuya contraria
Luz de planeta y enemigo sino
Quitó á traicion la vida, y la voltaría
Fortuna, con el mismo desatino,
A los piés puso de un francés bastardo
La sangre de mi hermano Mandricardo.
Mas yo daré á las suyas con la mia
Nuevo color, y al campo nuevo esmalte,
O las veré vengadas, si el que cria
En mí este brio no hace qué me falte:
Este es el fin que en mis cuidados guia,
Y causa que mi honor se sobresalte,
Las veces que oye del sin luz Poniente
Contar las armas, y nombrar la gente.
Son varios los agravios con que el pecho
La francesa nacion me enciende y arde,
Y los que un jóven paladin ha hecho
De nuevo á un mi vasallo el rey Aliarde;
Que del honor de su dorado techo,
Haciendo de su espada y fuerza alarde,
A su bella Gautina, prenda amada,
De su helada vejez sacó robada.
Y al rico camarin de su tesoro,
Por desprecio á la cola del caballo,
Rastrando le llevó un mahoma de oro,
Que no queda valor con que apreciallo,
Sin que del pueblo arábigo ni el moro
Parte fuesen las armas á estorballo:
Dejo otros insolentes desafueros
De Orlando, el conde Dirlos y Oliveros.
Que todos en mi alma ardiendo veo
En gustos de venganza, á todos juntos
En esto la haré, y este trofeo
A los vivos daré y á los difuntos:
Todos en mi memoria á mi deseo
Con sangre escriben del honor los puntos,
Sangre de hermano y padre, cuya fama
A ir tras la suya me provoca y llama.
Absoluto señor, rey conocido,
Por su muerte quedé al persiano estado,
De mis vasallos con amor servido,
Hasta de la fortuna respetado:
Viéndome mozo, y de poder cumplido,
Y no de ánimo corto y apretado,
Llamado del furor y sangre ardiente
Salí á buscar los mundos del Poniente.
Y dejando en mis reinos el concierto
Que á mi sosiego y suyo convenia,
Para embarcarme al deseado puerto
De mis gentes cercado salí un dia;
Y al dar las velas al viaje incierto
Todo viento por próspero tenia,
Que como á fin dudoso caminaba,
Cualquier derrota ó viento me bastaba.
Si el deseo de venganza me movia
á devolver el mundo y sus regiones,
La fama que por él iba y venia
De hazañas llena de inclitos varones
Mas me alentaba á procurar la mia
Por provincias de incógnitas naciones,
Porque es corto y mas corto cuánto encierra
Deseo que no sale de una tierra.
Los agüeros por Tárgico notados,
A quien nunca engañó vuelo ningungo,
Y dos valientes toros degollados,
Negro á la Tempestad, blanco á Neptuno,
El vientre y los pulmones consultados
Desplego el lienzo al zéfiro oportuno,
Zarpan las anclas, y la nao ligera
Mi patria deja, el puerto y la ribera.
Y entre estas no ajustadas pretensiones
El gusto en varias cosas divertido,
Desterrado á buscar nuevas regiones
Volando me entro por el mar tendido,
Variando por diversas ocasiones
Hasta el punto que el tiempo me ha traido
A este lugar incierto, á donde el hado
El bien que me quitó tenga guardado.
Con un templado norte viento en popa
Salgo del seno pérsico volando,
Y deseoso de ver la rica Europa
Voy la olorosa Arabia costeando:
Por entre las Zenobias y Saropa
La cuadrada Dioscórida buscando,

Dejo en el golfo Indico á Colidos,
En las nubes sus bosques escondidos.
A Melinde dejé á la diestra mano,
Y las dos Agatocles al Oriente,
Descubro á Tilos de inmortal verano
En palmares y olivas escelente:
La infeliz Meca, y su profeta vano,
Y de Eritrio el sepulcro puesto enfrente,
Y otras mil islas ya por popa dejo,
Y á la punta me voy del mar Bermejo.
Desde allí hasta el gran Cairo fui por tierra.
Y bajé por el Nilo á Alejandria,
Que las grandezas que el Egipto encierra
No me pudieron atajar la mia:
Y haciéndome el deseo mayor guerra,
Que un mundo estraño y nuevo me pedia,
En el Mediterráneo mar me arrojo,
Por firme norte el rumbo de mi antojo;
Que siempre en las regiones apartadas
Grandezas se prometen espantosas,
Aunque despues de bien examinadas
Iguales sean con las otras cosas:
Dejé las maravillas celebradas
Del Cairo y sus pirámides famosas,
Y deseoso entré en el mar profundo
De atravesar los límites del mundo.
Llenas las velas de apacible viento
Apenas por el mar salí volando,
El marinero con la vista atento
De la alta gavia el puerto contemplando,
Y el vidrioso y húmedo elemento
Con la liviana espuma blanqueando,
Cuando el sabio piloto con voz gruesa,
«Amaina, amaina, grita, amaina apriesa.»
Un viento agudo entre una niebla envuelto,
Que exalacion del agua parecia,
A soplar comenzó poco mas suelto
Que su primera vista prometia;
Y el mar con esta alteracion revuelto
Mayor disgusto que temor ponia,
Cubren las nubes de un obscuro velo
El claro dia, y el sereno cielo.
Crece la tempestad, crece el tormento,
Y el rechinar de cuerdas y alaridos,
Carga la ciega noche, carga el viento,
Cargan truenos y rayos encendidos:
Ya la alta gavia toca el vano asiento
De las nubes, ya en agua sumergidos,
En ciega confusion, y horrible prueba,
Aquí y allí el revuelto mar los lleva.
Aquella noche, un dia y otro dia,
Y sin ese otros diez fuimos corriendo,
Sin ninguna, ó con poca mejoría,
A la fortuna la cerviz rindiendo:
Mas cuando el ya olvidado sol vestia
De oro la mar, y de quietud su estruendo,
A su alegre bonanza en nuestros pechos
Gozosos sacrificios dimos hechos.
En medio este ancho piélago sentada
Creta es por el gran Júpiter famosa,
Con cien nobles ciudades ilustrada,
De fértil suelo, y gente belicosa:
Aquí á arrojarme vino la pasada
Tormenta en otra en todo mas furiosa,
Pues aquella fue cierta profecía
Desta, en que ya se anega el alma mia.
Hace la isla un escondido seno
De seis tajadas peñas abrigado,
Con sus pendientes gajos, y un ameno
Bosque en floridos cercos coronado;
Donde en llana quietud el mar sereno
Libre del libre viento está guardado,
Aquí el barco surgió, y aquí mi gente
En su arena aferrar vió el corvo diente.
Dan fondo, amainan velas, y un ligero
Batel luego á la mar parió el navío,
Con que el pequeño pueblo forastero
Alegre se arrojó al bosque sombrío:

Sube al cielo el acento placentero,
La playa suena, el encogido brio
Cobra vigor, la deseada arena
Sale de varias invenciones llena.
Társico en el sacar primero ha sido
Del duro pedernal centellas de oro,
En cuyo agüero por ventura asido
El fuego horrible vió en que ardiendo lloro:
Este y aquel de pedernal nacido,
Que igual al pedernal es la que adoro,
Si aquel fue temporal, y el mio eterno,
Uno es fuego mortal, y otro de infierno.
En la yesca arrebata una dudosa
Centella y vuelta allí dorada brasa,
Entre la seca leña una amorosa
Llama cundiendo va al principio escasa:
Lléganle un árbol y otro, y poderosa
Un roble, un pino y una encina abrasa,
Lo que antes la ahogara y consumiera,
Brío le pone y fuerza mas entera.
Sacan el duro pan, á quien mohoso
Dejó el humedo mar, y tiempo airado,
Y el rojo y lento trigo en el fogoso
Cerco vuelven enjuto y retostado:
Hácenlo al gusto menos trabajoso
Entre la dura piedra quebrantado,
Desabrida vianda, mesa odiosa,
Para sola la hambre apetitosa.
Tienden un toro en la ribera amena,
Y en nuevo son y alegre atrevimiento
Las entrañas desnudan, y resuena
El arrancar los huesos de su asiento:
Da la sangre color rojo á la arena,
Y á ellos con la esperanza nuevo aliento,
Siembran las brasas de pedazos crudos,
Cercadas de asadores no desnudos.
Cobran las fuerzas y vigor perdido
Sobre la blanda yerba recostados,
Olvidan el rumor, caese el ruido,
Entre el reposo y vino sepultados:
Yo á esta sazon de un limpio arnés vestido,
Con solo mi descuido y mis cuidados,
Por la selva me entré, que no debiera,
Pues se quedaba mi ventura fuera.
De una espesura en otra discurriendo
No mucho anduve, que sentí ruido,
Y hácia la parte que venia volviendo,
De mil fieras sembrando ví el ejido:
Juntas y todas de un temor huyendo,
Entre liebres tambien el leon temido,
Que entonces hizo allí el comun castigo
Con el tierno cordero el lobo amigo.
Has visto antiguos bosques encendidos
En roja llama, á quien esfuerza el viento,
Que del fuego el estruendo y estallidos
Las fieras saca de su verde asiento,
Y á las que halla en sus amados nidos
Les da en ellos eterno alojamiento,
Y huyen del peligro amontonados,
Lobos, corderos, osos y venados.
Pues no de otra manera su manada
Por el espeso bosque discurria,
Y la selva no menos alterada
Que con cercano fuego parecia:
Yo la vista y no el alma sosegada,
Mirando á donde el daño procedia,
Un fiero monstruo ví, una sierpe horrenda,
Que al monte abria, quebrando pinos, senda.
El medio brutal cuerpo tenia enjerto
Con alas de serpiente venenosa,

De la cintura arriba el talle abierto,
En feroz proporcion sombra espantosa:
De espesas cerdas ásperas cubierto,
Con rostro indigo de doncella hermosa,
Uñas y brazos de dragon tenia,
Quimera dirás que es, ó invencion mia.
No fue antojo, señor, ni falsa idea,
Bien que á no haberlo visto lo dudara,

Y ser hija la horrible sombra fea
De algun confuso sueño imaginara:
Sobre el mas alto pino señorea
Su fiero cuerpo y su hermosura rara
Juntando en dos estremos su figura,
Igual con la fealdad la hermosura.
Cual entre secas agostadas cañas
De roja mies en pérsico sembrado,
Rompiendo va sus frágiles marañas
Un receloso ciervo el cuello alzado:
Al tierno bramo con que amor le engaña,
Que no hay estorbo á pecho enamorado,
Y por lo mas cerrado y mas espeso,
Mejor camino y rastro deja impreso.
Así por la confusa selva espesa
El monstruo iba rompiendo los jarales,
Y cual turbio raudal rota la presa,
Peñascos lleva, encinas y animales:
Y en la senda que al bosque deja impresa,
Matas, robles y fresnos hace iguales,
Ni le es del pino mas la enhiesta viga,
Que al segador la caña de la espiga.
Si causó alteracion con su venida,
Tú, sin decirlo yo, lo habrás pensado,
Alto el cabello, la color perdida,
El miedo me llevó el sentir robado:
La voz á la garganta quedó asida.
La sangre muerta entre un sudor helado,
Si otra vista la vida no me diera,
Allí de aquel primer temor muriera.
Traia, ¡oh cielo santo! he de decillo,
Entre sus corvas uñas aferrada
Una divina imágen, un cuchillo,
Que de su muerte la dejó vengada:
¡El alma en su viril tiembla en oillo!
Traia á la beldad misma robada,
Un bulto de marfil, una figura,
Que es del pintor retrato su pintura.
¡Mi vida muerta en sus crueles manos,
Mi muerte en ellas desmayada y viva!
Puesta sobre sus hombros inhumanos
La firme basa en quien mi bien estriba!
¡Presa la que con lazos soberanos
Para no rescatar almas cautiva!
¡Mi Angélica, mi bien, mi luz, mi guia,
La fiera entre sus brazos la traia!
Si has visto sobre un risco montuoso
La bella cazadora de Diana,
O sobre roca en mar tempestuoso
Arrojada una virgen soberana,
O en seco roble, duro y espinoso,
Enredada la verde vid lozana,
Que aunque allí su florido abril imita,
Sobre el desnudo tronco se marchita;
Pues la imágen así de mi alegría
En los brazos del monstruo se enredaba,
Hermoso y blanco cisne parecia,
Que de algun seco tronco preso estaba:
O cual de Grecia á Persia pasó un dia
Huyendo el que á salvarlo lo llevaba
De algun Zeújis, un ángel bello alado,
A sus piés un dragon de oro enroscado.
Aquí el amor me dió el primer asalto,
Aquí me cautivé de una cautiva,
Aquí mi gloria vuelta en sobresalto
Una muerta beldad la dejó viva:
Aquí me dió fortuna el bien mas alto,
Si lo es amar una beldad esquiva,
De entre las manos de aquel monstruo fiero
A mi pecho salió el arpon primero.
Al principio entendi que era Diana,
O alguna diosa de aquel bosque umbroso,
Que así robada una fantasma vana
Por caso la llevaba milagroso:
En gualdas vuelta la color de grana
Marchitó al rostro su clavel hermoso,
Cual tierna y fresca rosa dividida
Del verde tronco que le daba vida.
O con gritos hiriendo las estrellas,
O con desmayos muerta se quedaba,
Con sus medrosos llantos y querellas
Hasta la misma fiera se ablandaba:
Yo que nací para morir por ellas,
Y á solo esto mi estrella me guiaba,
En un punto cobré el color perdido,
Del nuevo fuego del amor nacido.
Pico el caballo, á quien el duro freno
Apartarlo del miedo no podia,
Que aquí y allí por entre el bosque ameno
Huyendo me llevaba y me traia:
La fiera que me vió, en el verde seno
De un crespo pino puso á mi alegría,
Y á mi se vino, cuyo brazo fuerte
Sombra me pareció del de la muerte.
Con la facilidad que es arrancada
De tierna mata una encarnada rosa,
Que la dama con mano descuidada
En su cabeza vuelve mas hermosa,
y della nuevamente coronada
Su descuido prosigue victoriosa,
Sin mas estorbo que bajar la mano,
Y cortar el capullo mas galano;
Así el contrecho monstruo me arrebata,
Y por fuerza me arranca de la silla,
Y entre sus manos ásperas me trata
Cual de tierno aleli rosa amarilla:
Y ni me arroja, hiere, ni maltrata,
Antes se me avasalla y se me humilla,
Dame asiento en el hombro, y su cabeza
Por engañosa y frágil fortaleza.
Creyó que bastaria aquel engaño,
Para que en su belleza divertido
Del suyo me olvidase con mi daño,
Y me dejase aquel vencer vencido:
No sé quién me libró del lazo estraño,
Ya en su falsa beldad entretenido,
Que vuelto sobre mí la daga afierro,
Para con sangre desteñir mi yerro.
Por una y otra parte intento en vano.
De dar rojo barniz al limpio acero,
Y es todo el fruto atormentar la mano,
Que el diamante es mas blando que su cuero:
Hasta el áspero vello queda sano,
Y no se altera ni huye el monstruo fiero,
Antes cuanto mas trato de su muerte
En regalos los golpes me convierte.
En la cabeza entre guedejas de oro,
Que coronadas de arrayan traia,
¡Milagro estraño! su mayor tesoro
En el engaño de una flor tenia:
Si un poco con la mano la desdoro,
Cebado en la beldad que en ella via,
Aun no bien la he tocado, y asombrada
Por tierra cae la fiera desmayada.
Vuélvese á levantar torpe y marchita,
Y en el hombro me arroja cual primero,
Vuelvo á tocarla, muere y resucita,
Mejor me trata cuanto mas la hiero:
¡Estraño combatir! ¡guerra esquisita
De un bulto así fantástico hechicero!
Por hija de la tierra la tenia,
Que al caer nuevas fuerzas le investia.
Mas despues que me dijo la esperiencia
Que era la flor la fuente de su brio,
Y que en una atrevida diligencia
El mas fértil rosal queda vacio:
Hallando de fingida resistencia,
El muro principal de su desvío,
Cierro la mano, y al furor violento,
Flor, guirnalda, y rigor deshizo el viento.

Cayó la fiera por el verde suelo
Vuelta de ágil y diestra perezosa,
Y ya descoyuntada en mortal yelo
Fria se halló en la tierra polvorosa:
Yo volviendo los ojos junto al cielo,
Ví sobre un árbol mi gallarda diosa:
«Si tal fruta, señora, dan los pinos,
Con razon son los dioses sus vecinos.»
Así le dije, y por el tronco arriba
Donde mi gloria estaba fuí subiendo,
Bajo cargado de la fruta altiva,
Mis hombros carga celestial sintiendo:
No los de Atlante (si es verdad que estriba
El cielo en ellos) ni Hércules viviendo
Sustentar pudo carga mas preciosa,
Que si él cargó su cielo, yo mi diosa.
Toca con sus hermosos piés el prado,
Y valos engastando en nuevas flores,
Su pecho no del todo asegurado
Entre varios recelos y temores:
Teme á la fiera, á mí y al despoblado,
Señal que no sentia mis dolores,
Pues no hay córte mas bien acompañada
Que los desiertos con la prenda amada.
Mi caballo busqué, que temeroso
Por la selva se entró tascando el freno,
Y poniendo á las ancas mi reposo,
Sin él me fuí de sobresaltos lleno
Por donde el monstruo vino, receloso
De no perderme por el bosque ameno:
Vano temor, á quien su gloria nueva,
Vencido el riesgo, con victoria lleva.
Mil regalos le dije, y mil ternuras,
Que el amor me enseñaba y mi cuidado,
Unas disimulaba por oscuras,
Y otras pasaba en risa y desenfado:
Contome sus pasadas desventuras,
Los presentes desdenes de su hado,
Quién fuese, dónde, y cómo la cogiera
El contrahecho monstruo y serpe fiera.
Dijome que era reina del Oriente,
Princesa del Catay, por quien el mundo
Mas sangre derramó, y perdió mas gente,
Que agua y arenas tiene el mar profundo:
Que se casó en los reinos del Poniente,
Niña, con Ganimedes el segundo,
Y que por vello tiene algun recelo,
Que lo ha robado, como al otro, el cielo.
Contóme que las justas pretensiones
De hallarle la traian distraida,
Y que de unas en otras ocasiones
Cautiva y sola á Creta fue traida;
Y allí con imprudentes abusiones
Por diosa de las flores recibida,
Donde en honras y fiestas semejantes
La fiera la robó dos horas antes.
Con estos cuentos, con la luz del dia
A un tiempo nos faltó bosque y camino,
Y fuenos fuerza, por faltarnos guia,
La oscuridad pasar que allí nos vino:
Yo sin dormir, velando á mi alegría,
Y el bulto contemplando peregrino,
Y ella tambien sobre el florido suelo,
De amor el uno, el otro de recelo.
Restituyendo al mundo las colores
Que la ausencia del sol llevó robadas,
La aurora entre argentados resplandores
Sale, siguiendo Apolo sus pisadas:
Las lozanas libreas de las flores,
De varia pedrería y luz sembradas,
Brotando todo al declararse el dia,
Gusto, regalo, gozo y alegría.
Yo sin dormir, que amor me desvelaba,
Y el sueño me quitaba y el reposo,
Donde mi vida desmayada estaba
En un liviano sueño cuidadoso,
Con silencio llegué: mas no tan brava
El aspid deja el lecho perezoso,
Como las flores ella de su asiento,
Temerosa de algun atrevimiento.
Mas ya de su recelo asegurada
A proseguir volvimos el camino,
Por el rastro y la senda mal trillada
Que de la horrenda sierpe el bulto vino:
Y no mucho despues de gente armada
Un formado escuadron vimos vecino,
Que á buscar á su diosa, y mi alegría,
Por el camino que ibamos venia.
Llegan á ver la que en el vientre horrendo
Hallar creyeron de la oscura fiera,
Y no les asegura estarla viendo,
Que aun la esperiencia dudan verdadera:
Piensan que sea su sombra, que volviendo
Del cielo, aun en sus campos persevera,
Y el rey que entre sus ojos se abrasaba,
Viva la via, y muerta la lloraba.
Era Tifeo en el cretense suelo,
Aunque extranjero, rey obedecido,
A quien castigos del piadoso cielo
Traen en varias desgracias afligido:
Y entonces por templar de su hado el vuelo
Daba en seguir la escuela de Cupido,
Que es fuego el niño amor, y suele puesto
Sobre la seca leña arder mas presto.
Llevaron para ser sacrificada
A Creta en un cruel altar sangriento
La Angélica beldad, en quien trocada
Mi vida, mi alma y mi memoria siento:
Vióla Tifeo en su vejez helada,
Y encendióle su vista el pensamiento,
Que el alma siempre es moza, y con antojos
Las niñas se remozan de los ojos.
Impidió el rey cretense el sacrificio
Haciéndolo el del alma ya rendida,
Mas como ni uno ni otro fue propicio
La voluntad sobró de comedida:
Si amor no da quilates al servicio
Ninguna intencion buena es admitida,
Y sean desta verdad estampa viva
Dos reyes á los piés de una cautiva.
Libró el cretense de la muerte odiosa
Mi dulce vida, y en sus reinos hizo
Tuviese propio altar, y fuese diosa,
Que esto y mas puede un amoroso hechizo:
Hasta que aquella horrible fiera hermosa
Su ciego error é idolatría deshizo,
Trayéndola en sus uñas como cebo,
Para hacerme á mi idólatra nuevo.
Habia dos años que aquel reino triste
Sobresaltado estaba é inquieto,
Que al hado que á su gusto ordena y viste
La mortal vida todo está sujeto:
Tú, ciego amor, el instrumento fuiste,
Fiero verdugo del fatal decreto,
Que tu trato y rigor esprimentado,
A tí, por mas cruel eligió el hado.
¿Querrás saber adonde hallaron fuente
Los males que han á Creta perseguido?
¿Qué furor los crió? ¿qué rabia ardiente?
¿A qué deidad en ella se ha ofendido?
Oye el estraño caso, advierte y siente,
Suceso es raro, mas verdad ha sido,
Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo.
Hízolo el cielo, que hacerlo pudo.
De Alencastro, gran duque de Colonia,
Unico hijo, y único deseo,
De la española sangre y la apolonia,
Es, segun dice el mundo, el rey Tifeo:
Cuyo cristiano rito y ceremonia
De su patria llevaba al pueblo hebreo,

Cuando amor al viaje peregrino
Los pasos atajó, y cortó el camino.
Y la cretense ilustre monarquía,
Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena
Toda por suya se la dió en un dia,
Aunque de ley cristiana y patria ajena:
De la infanta Calipso que regia
Su reino entonces vió la luz serena,
Y tanto en sus cuidados pudo el vella,
Que su patria olvidó y su Dios por ella.
Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto
De duque de Colonia en rey de Creta
El estado mudó, y mudó con esto
En mas sabrosa ley su ley discreta;
Pues este noble rey, grave y modesto,
Y de Calipso la beldad perfeta,
Que hoy desde su gran reino al de la China.
La fama nos la vende por divina.
Una hija tuvieron que en grandeza
Y beldad diosa humana parecia,
Dúlcia llamada, cuya gentileza
Cuentan que á las mas grandes escedia:
De un año era la niña, y en belleza
Con todas las tres gracias competia,
Cuando su madre quiso hacer propicios
Los dioses con devotos sacrificios.
Un real jardin en el palacio habia,
De un bosque espeso antiguo coronado,
Que de regalo y muro le servia,
A los caseros dioses dedicado:
Era cierto rumor que en él vivia
De las ninfas el coro consagrado,
Adonde en vivas plantas escondidas,
Estrechas gozan y delgadas vidas.
En medio del jardin al cielo abierto
Un inviolable y sacro altar estaba,
Que lo alto de un espeso laurel yerto
Con su confusa sombra le amparaba:
De los Penates aposento cierto,
Donde ordinario incienso humeaba,
Aquí la reina con horrible espanto
El altar vió temblar y el laurel santo.
O fuese de los signos causa oculta,
O del hado justísimo decreto,
O en la divina celestial consulta
Tuviese lo interior algun defeto;
Nuevo prodigio del temblar resulta
Que el sacrificio se quedó imperfeto;
Los muertos animales consultados
Sucesos dieron sin pensar turbados.
De rosas y jazmines coronada
El huerto tiene una preciosa fuente
Del tiempo sin artífice labrada,
Que al bosque fertiliza su corriente:
La fiesta no del todo celebrada,
Con el fuego el altar resplandeciente,
Calipso con mil flores en la falda,
Aquí llegó á tejer una guirnalda.
Y una ama honesta que á la infanta hermosa
En el pecho abrigada entretenia,
Y con templada leche sustanciosa
Su dulce y tierna carga mantenia;
Junto al estanque una encarnada rosa
Gravinia, que así el ama se decia,
A la niña cortó, y el dulce oficio
De sus desgracias fue el primer indicio.
Cuento notorio, fue sabido en Creta:
La primer rosa apenas fue cortada,
Y en rojas gotas dió y sangre perfeta
La tierra en torno el ramo salpicada:
Tembló Gravinia, y la deidad secreta
Adora que en la planta está encerrada,
Cuando al vecino bosque fue corriendo
Nuevo temblor y movimiento horrendo.
Temerosa Gravinia atrás volviera
Los prodigios huyendo pavorosos,
Si en el sangriento prado no se asiera
Arraigándose en él sus piés hermosos:
Procura con dolor sacarlos fuera,
Y ellos vueltos en lazos revoltosos,
Desnudos ya de su primer figura,
Corriendo se entran por la tierra oscura.
Entre una bruta y áspera corteza
Escondiendo se fue el semblante airoso,
Y su antigua hermosura y gentileza
Del duro tronco huyó en bulto espantoso:
Las manos da furiosa á la cabeza
Contra el tesoro del cabello hermoso,
Y de otro ser vestidos ella y ellos,
Verdes hojas arranca por cabellos.
La tierna niña endurecer se siente
El blando pecho que colgada estaba,
Y falto de substancia, la caliente
Leche ya poco á poco le faltaba,
Del duro tronco la áspera creciente
Hasta el delgado estómago ocupaba:
Gravinia, allí la reina te ayudara,
Si con las fuerzas que perdió se hallara.
Lo que pudo guardó, y á toda priesa
Cogió del árbol la primer manzana,
Y huyendo el nuevo asombro, á la princesa
Pecho le dió, y posada mas humana:
Corrió el cretense pueblo á ver la empresa
De la violenta furia soberana,
Glauro ya sin mujer presente estaba,
Y los calientes ramos abrazaba.
Toda dentro del árbol se escondia
La arraigada beldad, cuya belleza
En ásperas crecientes deshacia
Por el tronco la rústica corteza:
Ya de los labios el coral se huia,
Tiemblan los hombros, sienten la dureza,
Caen por las hojas lágrimas, y en ellas
Mil perlas son entre esmeraldas bellas.
En tanto que la voz halló camino,
Y el nuevo ser no entró por la garganta,
Así dicen que dijo tu destino,
Hermosa niña, aquella nueva planta;
Que el órden celestial, brazo divino,
Es quien las cosas de su ser levanta:
«Si alguna fe se da á los desdichados,
Oye, Dúlcia, tu suerte, oye tus hados.
Por las deidades soberanas juro,
Que almas son ya destas calladas plantas,
Que estoy sin culpa del castigo duro
Con que ora, ¡oh hado adverso! aquí me plantas:
Y si es falso mi ánimo ó perjuro,
La aguda hacha arroje al fuego cuantas
Ramas me diere el tiempo, y sin frescura
Mis troncos caian por la tierra dura.
Y á tí tambien sin culpa, desdichada,
Corta suerte tu estrella te ha ofrecido,
Tierna niña, tu vida está engastada
En aquel tronco en fuego consumido:
Creta con él vendrá á ser abrasada,
Así en el cielo queda establecido,
Mientras puedo sentir su tierno brazo,
Consentid que me dé el último abrazo.
Y si piedad en vuestros pechos queda,
De estos mis nuevos ramos la frescura,
Del agudo cuchillo haced que pueda
Vivir sin daño de los dos segura:
Y á la raiz que este jardin enreda
El fresco humor le dé inmortal verdura,
Sin que jamás rigor de brazo airado
Mi cuerpo deje y tronco deshojado.
Ya la voz, ya la vista se me acaba,
Siento en los ramos irme dividiendo,
Y frio el calor que espíritu me daba
Entre el macizo tronco consumiendo.»

Dijo, y el bello rostro que quedaba
Se fue, viéndolo todos, deshaciendo,
Helóse la ganganta delicada,
La palabra quedó en la lengua helada.
Dejó el ser y la habla todo junto
Gravinia en árbol nuevo convertida,
Y al mas brioso de temor difunto,
La color, el aliento y voz perdida:
La reina al rojo altar sin perder punto
A guarecer en el tizon la vida
De su hadada y tierna infanta pasa,
Donde ya ardiendo estaba vuelto en brasa.
Del fuego le sacó, y en agua muerto
Cobraste, oh Dúlcia, nueva hermosura,
Y en un lugar seguro y encubierto
Tu vida con su muerte se asegura:
Divino ramo, pero estraño enjerto,
Poner en seco tronco la ventura,
De humor y no de lágrimas enjuto,
Señal que ni promete flor ni fruto.
Creció la infanta, y su tizon hadado
En oro incorruptible se guardaba,
A su cruel madre fue en custodia dado,
Y no á quien mas su guarda le importaba:
A tí se habia de dar, Dúlcia, tu hado,
Pues á tí sola el bien ó el mal tocaba,
Si nadie quiere ser de sí homicida,
¿Quién guardará mejor que tú tu vida?
Calipso otra parió tras esta diosa,
Como tras de la aurora nace el dia,
Segunda en tiempo, pero en ser hermosa
A todas competencias excedia:
Otra Diana, ó Venus amorosa,
Dúlcia ausente, Crisalba parecia,
Si la beldad segunda no naciera,
Dúlcia fuera en su mundo la primera.
Esto digo, señor, por relaciones
De los que oí contar el caso en Creta,
Sin disminuir ni acrecentar razones,
Ni á las suyas buscar causa secreta:
Mas no porque en humanas perfecciones
Piense que alguna iguale en ser perfeta,
Ni juntas todas á la real princesa,
Que amor me puso en la memoria impresa.
Fue Crisalba de todos preferida
Por suerte, condicion, gracia y cordura,
Del reino y de sus padres escogida,
Que mas que esto se da con la ventura:
Dúlcia graciosa, y nada desabrida,
Y en belleza un milagro de hermosura,
Faltóle dicha, y fueron en su pecho
Los tesoros del tiempo sin provecho.
Iguales sin igual, la soberana
Suerte cayó en Crisalba mas cumplida,
Siguió Dúlcia la alegre caza ufana;
Cuyo ejercicio le quitó la vida:
Ceñida al talle y rito de Diana,
La púrpura igualmente recogida,
Y descubierto aquello que podia
Fuego ardiente volver la nieve fria.
De la rodilla abajo descubierto,
Cual clavel sobre nieve deshojado,
El pecho de alabastro y grana abierto,
Y el un brazo y el otro arremangado:
El dorado cabello sin concierto,
Como al descuido con un nudo atado,
Un arco corvo y una aguda flecha,
Este en la izquierda, y esta en la derecha.
Colgada de los hombros rica aljaba,
Donde sonando van las flechas de oro,
Hasta la turbia envidia enamoraba.
Que de lejos contempla su tesoro:
Así la córte en general la alaba,
Y así el palacio real por tu decoro
Un divino pincel le dió en un rato,
Desta muerta beldad vivo un retrato.
Allí en el ademan se ve pintada
Que al presto corzo ó javalí seguia,
En tan viva destreza, que engañada
La vista deja llena de alegría:
Cabe ella un alta haya coronada
Con despojos de varia montería,
De osos las presas, de leon los nervos,
Y cuernos duros de ligeros ciervos.
De allí aprendí á decirte la manera
Con que siguió esta Infanta su ejercicio,
Dichosa ocupacion, si su hado fuera
Tanto como el amor le fue propicio:
Mas cuando el bien decir se queda fuera,
No hay suerte sin azar, beldad sin vicio,
Que subir sin ventura en esta vida,
No es mas que andar trazando la caida.
Cuentan que el dios Mercurio por el viento
A negocios del cielo abria camino,
Cuando la bella infanta en firme aliento
Un leon flechaba sobre un pardo encino:
Siente trocado su primer intento,
Vuelto amante mortal de hombre divino,
Tuerce la via derecha, deja el cielo,
Y ofrece todo su cuidado al suelo.
Y no se esconde á la mortal Diana,
Tan confiado va en su gentileza,
Que sabe cierto que á la vista humana
Dulce y tierna prision es la belleza:
Y bien que su hermosura es soberana,
El cuidado le da mayor fineza,
Que para la beldad es el cuidado,
Lo que la fuente para el verde prado.
El cabello compone, ajusta el manto,
Las alas y el dorado caduceo,
Que tanto alumbran y relumbran tanto,
Que Apolo queda en su presencia feo:
Causó á la virgen su belleza espanto;
Y el dios cumplió con ella su deseo,
Si antes le era la caza deleitosa,
Ya le es muerte dejar la selva umbrosa.
No escondieron los montes su delito
Por mas que acrecentó á la caza el uso,
Siendo el crecido talle el sobrescrito
De lo que allí encubierto el tiempo puso:
El mustio rostro en su color marchito
El de su incauta madre trae confuso,
Siente arrogante con dolor la afrenta
Y mas del vulgo siente que la sienta.
Y como la honra en nobles corazones
A toda otra importancia es preferida,
Y el sentir que anda puesta en opiniones,
Peor que muerte en una honrada vida;
Calipso abreviar quiso sus pasiones,
Beber la muerte en sola una bebida,
Y «muera, dijo, quien su honor deshonra,
Pues es muerte civil vida sin honra.»
Saca el ramo fatal de oro vestido,
Que era de su valor la mayor seña,
Y del engaste ya desguarnecido
Entre frágil le pone y seca leña:
Y al enemigo fuego lo ha ofrecido,
Que otra venganza tiene por pequeña,
Tres veces encenderlo intenta, y luego
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.
Ya lo saca una vez, y otra lo arroja,
Ya el fuego apaga, ya lo resucita,
Con lágrimas el seco tizon moja,
Ya en la brasa lo pone y ya lo quita:
La honra y el amor en una hoja
La muerte tienen y la vida escrita,
Si lo que el uno quiere, el otro niega,
¿Quién podrá componer lucha tan ciega?
Ya el miedo del delito que intentaba
El rostro mancha de color de cera,

Ya el encendido enojo le alteraba,
Y le robaba la color primera:
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,
Ya se mostraba madre verdadera,
Cual inconstante nao en mar airada,
De un viento y otro aquí y allí llevada.
Muere el amor porque la honra viva,
Sale la injusta muerte victoriosa;
Bárbaro pecho, cruel, de madre esquiva,
Si tanto estimas una fama honrosa,
Mira, arrogante furia vengativa,
Que no es honra matar así una diosa,
Ni la hace menor, sino mas ancha,
Quemar el paño por sacar la mancha.
En la mano el fatal tronco tenia,
En su cruel intento ya quemado:
«Si de este el fuego ha de nacer, decia,
Que el triste reino dejará abrasado,
Perezca aquí tu vida con la mia,
Antes que el daño llegue á ser doblado
Que los raros principios portentosos
No prometieron fines mas dichosos.
Es mas que el vidrio la honra delicada
Al limpio adorno de una real doncella,
De huirse fácil, de guardar pesada,
Muerte el seguilla, y muerte el no tenella:
Con mentira y verdad queda manchada:
La obra imprime y la palabra en ella,
Y aunque la mancha en la verdad se lava,
La señal queda, que jamás se acaba.
¿Pues yo qué aguardo si en el vulgo siento
La tuya, incauta Dúlcia, andar perdida
De lengua en lengua por el mudo viento,
A quien tú has dado lengua tan cumplida?
Si es menos que tu culpa este tormento,
Todas deudas se pagan con la vida,
Si joya en tí de mas valor hallara,
En esa el yerro de tu honor vengara,
Que el vulgo pregonero de maldades
En veneno convierte cuanto toca,
Ni mira ni perdona calidades,
Ni que la culpa sea mucha ó poca:
Mas juntando mentiras con verdades
La infámia crece, y el honor apoca,
Y para dar al blanco adonde tira,
La verdad hace igual con la mentira.
Fenezca, pues, tu vida y mi contento,
Aunque eres digna de mayor castigo.
¿Dónde me lleva este furor violento?
Mas que el amor es el honor mi amigo:
¿Soy madre, ó soy verdugo, ó instrumento
De alguna furia que sus pasos sigo?
¿Qué es del materno amor, y el pecho tierno,
Que un dia tu cielo fue, y es hoy tu infierno?
¿Tan presto un solo enojo me ha robado
Mil penas y dolores que me cuestas?
¿De dulce madre el nombre regalado
De tan liviano peso es en mis cuestas?
Vive, que si el amor es del culpado,
No han de pagar tus lágrimas sus fiestas:
Mi hija fue á decir, mi Dúlcia dijo,
Y aun deste mi amoroso se desdijo.
¿Qué digo? ¿estoy en mí? ¿estoy trocada?
¿Creta será á una adúltera ofrecida?
¡O si fuera tu vida desdichada
En la primera brasa consumida!
Estuviera tu muerte ya olvidada,
Sin señal en mi pecho la herida,
Atajada tu culpa, y mi pecado,
Y el presente dolor fuera pasado.
Recibe el justo precio á sus hazañas,
Y el castigo menor, que lo mereces,
Y abrase este cruel fuego mis entrañas,
Pues que naciste allí, y aquí feneces:
Dos vidas que me debes tan estrañas
Quiero cobrar de tí, no de dos veces,
Con una muerte quedaré contenta,
Pagada de dos vidas, y una afrenta.
La primera te dí, cuando en mi pecho
El ser que ahora tienes recibiste,
Y la segunda que este daño ha hecho,
Cuando librada en este ramo fuiste:
Todo queda en tu muerte satisfecho,
Muere, que al fin para morir naciste,
Y no irás sola, que este mismo fuego
Tras tí me llevará á buscarte luego.
Dijo, y temblando el brazo desmayado,
El rostro vuelto, que su error no viese,
El funesto tizon al fuego ha dado,
Que un gemido mortal se oyó que diese:
De la invencible llama rodeado,
Como por todas partes se encendiese,
Dúlcia ignorante, y de su mal ausente,
Con un nuevo calor arder se siente.
Las entrañas el fuego le consume
Sin causa, y de repente procedido,
Y aunque con su valor y brio presume
Vencerlo, queda su valor vencido:
Ya la enemiga parca se resume
En dejar el estambre dividido,
Cae en el triste lecho desmayada,
Cual tierna fruta sin sazon cortada.
Crisalba entre sus brazos soberanos
El desmayado cuerpo sostenia,
Apriétale las suyas con sus manos,
Como quien darle su salud queria:
No juzga sus dolores por livianos,
Mas tampoco creyó que se moria,
Dúlcia perdida la color de rosa,
Así le habla y tiembla temerosa:
«Llamarme con delgadas voces siento
Del seno obscuro de la tierra helada,
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas de pasada:
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento,
Cielos, ¿á cual deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?
Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte,
¿qué mayor muerte quieres que dejarte?
Si me era paraiso y gloria el verte,
¿Qué gozaré dejando de gozarte?
Si el morir siento menos que perderte,
No es por que quedas, mas por no llevarte
Donde me llaman: ¡ay Crisalba mia,
Que es temeroso trance esta agonía!
Sola á ti he dado cuenta de mi vida,
Sola á ti he descubierto mis amores,
Como á la secretaria mas querida,
Que el cielo pudo darme en sus favores:
Si eres desta alma la mitad partida,
Si te obliga el amor á mis dolores,
Esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido
Por alivio del paso á que he venido;
Que si acaso aquel dios, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegaré aquí, despues que la victoria
Mia esté por la muerte declarada,
Le cuentes con dolor mi amarga historia,
Y por fin de la muerte desdichada
Dirásle, hermana, que á este paso fuerte,
Mas me mató su ausencia que mi muerte.
Que si con estos ojos ver pudiera
Su beldad cual está en mi fantasia,
Pequeño brazo el de la muerte fuera
Para dejarme sin la vida mia:
Y si por ser mortal al fin muriera,
Muriera no tan falta de alegria,
Sirviéndome su boca de aposento
A este mi último espíritu y aliento.

Y si es de veras dios, y no ha fingido
El encendido amor que me ha mostrado,
Hiciera al fin con su valor cumplido
Este paso y dolor menos pesado:
Siento la muerte, porque no he vivido,
Y en edad peligrosa me ha hallado,
Cuando al mundo mi vida parecia
Alegre flor al despertar del dia.
Siento que esta semilla soberana,
Que ahora viva en mis entrañas siento,
Antes de ver la luz muerte temprana
Compre á cuenta de darle yo el sustento;
Y que la parca cruel en la hebra vana
Antes de urdirla dé el golpe violento,
Y en el breve morir solo le cuadre
Ser hija y heredera de tal madre.
Siento que ya la vida se me acaba,
Y que el alma comienza á desasirse,
Y el fresco aliento que vigor me daba
Dentro del pecho en fuego convertirse.
Así la bella Dúlcia se acababa,
Cual se ve tierna antorcha consumirse,
Y Crisalba mas muerta que su hermana,
Así le aplica una esperanza vana.
«Vive, mi Dúlcia, de temor segura,
Que no será tu mal tan poderoso,
Aunque se junte á él mi desventura,
Que de tal vida salga victorioso:
No se desdore así tu hermosura,
Que el carmesí de ese clavel hermoso
No le verá la muerte, aunque atrevida,
Por no cobrar en verlo nueva vida.
Si el cielo me da un nudo como puede,
Yo ligaré tu alma con la mia,
Y haré que entre las dos así se enrede,
Que sigan ambas una misma via:
Ni la mia vaya ni la tuya quede
Ausente de su dulce compañía,
Antes iguales en ventura y suerte
Pasen por una vida, y una muerte.
Gozarnos hemos tiempo sin medida,
No estés de lo contrario recelosa,
Y allá la muerte tras la edad cumplida,
En su lugar será pieza forzosa:
Vendrá menos aceda y desabrida,
Que al fin es la vejez carga penosa,
Y en un mismo sepulcro venturoso
Un lecho gozaremos, y un reposo.»
Así Crisalba á Dúlcia consolaba,
Y así Dúlcia se estaba consumiendo,
Y aquella poca vida que faltaba
Por el aire sutil se fue huyendo:
Huyó el aliento que el vivir le daba,
Como marchita y débil flor cayendo,
La brasa consumida y acabada,
Entre blanca ceniza amortiguada.
Si cien lenguas distintas y acordadas
El cielo á esta sazon me concediera,
Y en ellas las palabras mas limadas
Que hay en la clara discrecion pusiera,
Fueran de aliento corto y limitadas,
Si encarecer con ellas pretendiera
El dolor, sentimiento, angustia y llanto
Que en Crisalba causó el mortal espanto.
¡Oh humana suerte de inconstancias llena,
Con quien ni vale gracia ni hermosura,
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena,
En su misma grandeza se asegura!
¡No hay tiempo claro, ni alma tan serena,
A quien no siga invierno y noche obscura,
Ni alegre sangre en juveniles años
Libre de riesgo y máquinas de engaños!
¡Ahora el cabello enlace y la garganta
Con las perlas del mar que Arabia cria,
Y en púrpura de Tiro asiente cuanta
Riqueza el monte Imabo á Persia envia!
¡Ahora de la beldad que al mundo espanta
Las flores goce, y donde muere el dia
Suene su voz, y corra desde Oriente
Libre de lengua en lengua, y gente en gente!
¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que corre y vuela de uno en otro daño
Hasta donde la muerte está escondida,
Cortando á todos de vestir de un paño,
Sin hacer diferencia en la medida,
Que son el pobre, el rico, el flaco, y fuerte,
Iguales á las puertas de la muerte!
¡No del Tigris las ondas espumosas,
Que en furiosos raudales van pasando,
Ni de Venus las aves amorosas
En sesgo vuelo por el aire blando,
En curso igualan las humanas cosas,
Que los tiempos tras sí llevan volando,
La pena sola, y el dolor mas breve,
Parece á donde está que no se mueve!»
Así iba el rey de Persia lamentando
Su larga historia, corta de ventura,
Al tiempo que tambien el conde Orlando
Del valle de Pomier por la espesura,
A Garilo y los suyos declarando
La artificiosa enigma antes obscura,
Con el discurso deste dulce cuento
La verdad confirmó de su argumento.
«Todas las cosas que en el mundo vemos,
Cuantas se alegran con la luz del dia,
Aunque de sus lenguajes carecemos,
Su habla tienen, trato, y compañía:
Si sus conversaciones no entendemos,
Ni sus voces se sienten cual la mia,
Es por tener los hombres impedidos
A coloquios tan graves los oidos.
¿Quién publica á las próbidas ovejas
Sus sabios aranceles y ordenanzas?
Y ¿á quién el ruiseñor envia sus quejas
Si siente al cazador las asechanzas?
¿Quién á las grullas dice, y las cornejas,
De los tiempos del mundo las mudanzas?
Y al prado que florece mas temprano,
¿Quién le avisa que viene ya el verano?
¿Quién sino estos lenguajes, que escondidos
No de todas orejas son hallados,
Mas de sus sordas voces los ruidos
Los raros hombres á quien dan cuidados:
Tan absortos los traen, tan divertidos,
Y en tan nuevas historias ocupados,
Que es fuerza en esto confundirse todos
En varios casos por diversos modos.
Creese que del ruido que las cosas
Unas con otras hacen murmurando,
De su armonía y voces deleitosas
Las suspensiones dan de cuando en cuando;
Que en su canto y palabras poderosas
Así el seso se va desengazando,
Que el de mas grave precio se alborota,
Y el saber de mayor caudal se agota.
Desto á veces se engendra la locura,
Y las respuestas sin concierto dadas,
Sin traza al parecer, sin coyuntura,
Ni ver cómo ni á quién encaminadas:
Los árboles, los campos, su frescura,
Las fuentes, y las cuevas mas calladas
A quien llega á sentir por este modo,
Todo le habla, y él responde á todo.
Y el no entender ni oir este lenguaje
Con que el mundo se trata y comunica,
Y á su Criador en feudo y vasallaje
Eternos cantos de loor publica:
La ocasion cuentan que es cierto brebaje,
Que el engaño en naciendo nos aplica,

De groseras raices de la tierra,
Que el seso embota, y el sentido cierra.
Mas aquel que por suerte venturosa,
Y favorable rayo de su estrella,
La voz desta armonía milagrosa
Libre de imperfeccion llega á entendella;
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,
Que á todas horas ocupado en ella
A solo su feliz deleite vive,
Y de otra cosa en nada le recibe.
No es invencion ni fábula compuesta,
Que ya por mí este caso ha sucedido,
Llegando sin pensar á una floresta,
Junto á una cueva en un lugar florido:
Al pié de un roble por pasar la siesta
Al son del agua me quedé dormido,
Y una serpiente en tanto que dormia
Los oidos y el rostro me lamia.
Desligóme el sentido de manera,
Que cuando desperté quedé admirado,
Porque en formado tono, y voz entera,
Hablar oí las flores del collado;
Y un árbol por historia verdadera
Me contó, que en la cueva de aquel prado
Medoro hizo á Angélica la bella
Seis dias antes dueña de doncella.
Sobresaltéme, y escuchando atento
El bosque sospeché que era encantado,
Y por albricias del amargo cuento
Furioso todo lo dejé asolado:
Partíme con un nuevo descontento,
Oyendo hablar las selvas, el ganado,
Los árboles, los rios, y las fuentes,
Las piedras, los collados, y las gentes.
Esta fue la ocasion que ya algun dia
De mi el mundo creyó que loco estaba,
Porque aunque preguntaba y respondia,
Ni el porqué vian ni con quién hablaba;
Hasta que Astolfo por la estraña via
De un licor peregrino que él usaba,
Me cerró como de antes los oidos,
Y volvió á su concierto los sentidos.
Pues en el tiempo que escuchando anduve
Encubiertas historias no entendidas,
Increibles son las fábulas que tuve,
Sin querer aprenderlas, aprendidas:
Y entre otros cierto dia me detuve
En oir de unas tragedias nunca oidas,
Lo que ahora quiero que por prueba quede
De lo que vale la ventura y puede.

Y no se entienda que es cuento inventado
De mi persona y gravedad indino,
Que aunque de humilde cuerpo, va fundado
En caudal y discurso peregrino:
No está todo el valor en lo abultado,
Menudo es el aljófar, y si es fino
No pierde por menudo en buen consejo
Lo que por limpio gana, y por parejo.
Junto á los arruinados paredones
De la antigua Cartago llegué un dia,
Y cansado de oir lamentaciones
Que cada piedra contra el tiempo hacia
Juzgando por las mias sus pasiones
A la sombra de un álamo, que abria
Pomposa rueda con sus ramos huecos,
De un ruiseñor me puse á oir los ecos.
Venia su nueva libertad cantando
Que de una jaula de oro al libre cielo
Burlada la prision, el aire blando
En ligero cortó, y delgado vuelo:
Y las vecinas selvas convidando
De su arpado canto el gran señuelo,
Así cercado de aves, y de espanto,
Oyendo todas prosiguió su canto.
«¡Oh dulce libertad! dichosa prenda,
A ningun bien humano comparada,
Sin quien del mundo la dorada rienda
Es por mas bien que dé carga pesada:
Ni alcázar de oro, ni bordada tienda,
Jardines, ni comida regalada,
Música, cantos, aparatos, galas,
Ricas bajillas, y entoldadas salas:
Ni los demás deleites que al sentido
El real cetro y su lisonja ofrece,
Todo sin libertad es bien fingido,
Falsa alquimia sin ley, que oro parece:
Ya en rica jaula, y en jardin florido,
A quien lo mejor de Africa obedece,
Vi yo mi albergue hecho, y mi arpada
Lengua de graves reyes escuchada.
Defendido de archeros, que por horas
La guarda hacen de mi altiva casa,
De sabroso manjar, y aves cantoras,
La mesa puesta, y los saraos sin tasa:
Estanques de cristal, fuentes sonoras,
Y lo que á todo junto escede y pasa,
Perdido el riesgo, el miedo, y la sospecha
De sutil red, y de invisible flecha.
Mas todo junto, ¡oh libertad preciosa!
Contigo ni se iguala, ni te llega,
Por tu riesgo troqué mi paz sabrosa,
Y el real jardin por esta estéril vega:
Sola entre sus deleites una cosa
A mi gusto tu nuevo estado niega,
Que es privarme de ver la llena luna
De aquel soberbio mónstruo de fortuna.
Yo digo del feliz Rustaquio, hijo
Del bárbaro Abdelmon, humilde ollero,
Que hoy en su afortunada estrella fijo
De la ancha Libia vuela el cetro entero:
Solo deste en mi libre regocijo
Me falta el bien de ser su prisionero,
Que de un hombre dichoso, aun las cadenas
De bienes suelen ser y gustos llenas.
Cuando en el trato humano considero
La altiva magestad, la real grandeza
Con que un hombre avasalla un mundo entero,
Y se hace dél á su pesar cabeza:
La ciencia de un filósofo, el severo
Rostro de un senador, la fortaleza
De un soldado, el nivel de un arquitecto,
Y el compás de un artífice perfecto:
La luz del sol, del mundo la alegría,
Las perlas de la mar, los granos de oro
Que en sus entrañas para el hombre cria,
Fuentes de gusto, venas de tesoro,
Mármoles, jaspes, bronces, pedrería,
Que por curiosidad, pompa y decoro,
Da á sus teatros y ciudades bellas,
Y el suntuoso primor dellos y dellas:
La religion, el trato, las maneras
De fiestas y comidas regaladas,
Prados, jardines, cazas, montes, fieras,
Músicas, y pinturas delicadas,
La luz, el aire, el cielo, sus esferas,
Para el servicio humano fabricadas,
Las flores, frutas, fuentes, mares, rios,
Sus bosques, selvas, y árboles sombrios:
Y otros varios deleites de que goza
El hombre en esta vida á su contento,
Cuando la juvenil sangre retoza,
O se madura ya el entendimiento:
La salud, el linaje, la edad moza,
Que es del placer el verdadero asiento,
Y el gusto del saber, que de la cepa
Humana no hay sabor que tanto sepa.
Cuando todo esto considero, y miro
Criado el hombre, y hecho á su regalo,
Lo juzgo por feliz, y no me admiro
Que perder tanto bien tenga por malo:
Que tire del vivir, que es dulce tiro,
Y sin precio un brevísimo intervalo
De vida, en que gozar de la presente,
Que el cuerpo muerto al fin ni ve ni siente.
Mas cuando vuelvo á ver la humana suerte
Sujeta al tiempo, y á miseria tanta,
Y cual frágil cañuela es el mas fuerte
Cedro que el monte Líbano levanta:
Cuando vecino al polvo y á la muerte
Está el dosel que mas se le adelanta,
Los miedos, sobresaltos, sinsabores,
Vejez, enfermedades, y dolores.
Y sobre todo el curso irreparable
Con que en los breves dias se consume
El bien mayor, el gusto mas durable
Del que en su estado y fuerzas mas presume,
Hallo al hombre tan pobre, tan instable,
Que toda su grandeza se resume
En ciega vanidad, locos vaivenes
De propios males, y de inciertos bienes.
Todo es sombra, y no mas: mas donde en todo
Es digna de llamar la humana suerte,
Es á ver cuan á tiento, y de qué modo
Anda el hombre en la vida, y en la muerte:
Aquí le dan la mano, allí del codo,
Aquí le hacen errar, allí que acierte,
¡Oh laberinto humano! ¡cuán á ciegas
Los gustos das, ó los contentos niegas!
De la jurisdiccion de la fortuna
Estos turbios celajes forjó el hado,
Sin que haya vista tan de lince alguna
Que el fondo alcance á ver de su nublado:
Sola ella en dispensar su antojo es una,
Y Rustaquio Abdelmon su mas privado,
En cuyo bien jamás supo estar queda,
Hasta darle la cumbre de su rueda.
Por todas las edades que en el mundo
Mi estrecha alma gozó vital aliento,
De fortuna favor tan sin segundo
Mi vista vió, ni en su memoria siento:
Y la larga esperiencia en que me fundo
No es de un año ni dos, de diez, ni ciento,
Millares de años son, y años perfetos
Los que el mundo he cursado, y sus secretos.
Dejo ahora el contar como criadas
Las almas ya, por áspero castigo
De sus primeras culpas, son ligadas
En frágil nudo al cuerpo su enemigo:
Y como de uno en otro barajadas
Siempre mudando van casa y abrigo,

Y en nueva forma y vida diferente
Eternas vueltas dan eternamente.
Hoy suelen habitar un cuerpo humano,
Y mañana hallarse en el de un bruto,
Yo fui primero un capitan troyano,
Despues Armodio un noble disoluto:
Una vez fui gigante, otra fui enano,
Otra Lisander un mordaz astuto,
Y dentro de Pitágoras el mudo
Al mundo hice un filósofo sañudo.
Despues fui rey, despues un elefante,
Tras esto la ramera Aspasia, y luego
Atenodoro, un fiel representante,
Y Epídices, cobarde orador griego:
Fui Terpandro, gran músico y danzante,
Que á la arpa añadió una cuerda, y ciego
Olvidé los primores que sabia,
Camello fui otra vez, gallo otro dia.
Médico de opinion, y mal poeta,
En Periandro nací, y el seso lleno
De quimeras seguí tras la imperfeta
Senda sin encontrar un verso bueno:
Fui Epicuro gloton, fui la indiscreta
Filomena, fui el asno de Sileno,
Fui Focion hablador de dichos vanos,
Y fui Ademédes, jugador de manos.
Fui Eráclito el risueño, fui el mendigo
Parresias, fui Diomédes el tirano,
Y entre estos varios mundos al abrigo
De un árbol de oro fui pavon lozano:
Puesto de la fortuna por testigo
A los ciegos discursos de su mano,
Donde de un barajado mundo á tiento
Los disgustos reparte, y el contento.
En medio lo poblado de la tierra
Un altísimo monte se levanta,
Que un yerto cerro y escabrosa sierra
Hasta las cumbres es desde su planta:
Su altura aquí en pomposos ramos cierra
De un árbol celestial la insigne planta,
De esmeraldas sus hojas, de oro el tronco,
Lustroso de una parte, y de otra bronco.
Lleva por fruta y flor honras y afrentas,
Una y otra fortuna indiferente,
Y ella en sus ramos puesta con violentas
Manos la coge y da confusamente:
Al pié del árbol van olas hambrientas
Sin tiento de confusa y ciega gente,
Que por los riscos sin cesar trepando,
Unos cayendo van, y otros volando.
En piñas de oro cae la fruta altiva,
Y coge cada cual la mas galana,
Y si bien todas de oro caen de arriba,
Una podrida sale, y otra vana:
Unas llenas de muerte, otras de esquiva
Afrenta y otras de honra soberana,
Este lisonjas halla, el otro honores,
Y á otro un áspid le pica entre las flores.
De gusto aquel, y de tesoros llena
Su piña coge, y al cerrar la mano
En lugar del contento halla pena,
Y las riquezas vueltas aire vano:
Por uno al fin que acierta con la buena,
La suerte yerran mil, ¡oh engaño humano!
Que la fortuna puesta sobre todos
De un error rie los diversos modos.
Yo aquí imitando su pomposa rueda,
En la que de mis plumas componia,
Lozano pavon vuelto á la vereda,
Del curso humano fui gran tiempo espía:
Y aunque vi allí grandezas de que pueda
Hacer alarde aquí la lengua mia,
Ni en esta edad hallé ni en otra alguna,
Como la de Abdelmon igual fortuna.
Muchos hay que de humildes fundamentos
Se alzaron á supremas dignidades
Príncipes hubo, cuyos nacimientos
Apenas los conocen las edades:
Pero fueron al fin sus crecimientos
Hijos de sus altivas voluntades,
Saliéndole á ayudar en el camino
Por esta ó la otra parte á su destino.
Mas Rustaquio Abdelmon que hoy rige al mundo
Todo es parto feliz de la fortuna,
Ella el paso primero, ella el segundo
Dió, y los demás en su creciente luna:
Ni él la solicitó, ni su fecundo
Reino le debe diligencia alguna,
Que cuanta magestad goza en su altura,
Todo es hinchado golpe de ventura.»
Esto cantaba el ruiseñor al vuelo,
De las aves que oyéndole se espantan,
Que con arpadas lenguas siempre al cielo
Misterios á este semejantes cantan:
Y no sin causa, que en el mauro suelo
Así en las cosas de Abdelmon discantan,
Que de cuantos adoran en la luna
Por monstruo le confiesan de fortuna.
Rústico hijo de un humilde ollero,
En Africa le halló su estrella un dia,
Que formar el dibujo verdadero
De un hombre venturoso pretendia:
Fue de su dicha el escalon primero
Un real carbunco, en quien el sol hacia
Nuevo retrato suyo, y entre peñas
El á los ojos con vislumbres señas.
Huyendo una enroscada sierpe, que arde
En sus escamas de oro el campo raso,
Que el tríplicado silbo al pié cobarde
A tiempo le hizo huir medroso el paso,
Donde la rica piedra haciendo alarde,
Esta de su beldad tropezó á caso,
Y al caer sin tiento en el estéril llano,
Fortuna misma se la dió en la mano.
Y él sin hacer de su valor estima
Tibia la lleva y desganadamente,
Cuando á Vanicio vió que era la prima
En presuncion de su aldeana gente:
Vióle la piedra, y vió como no estima
Su resplandor el bárbaro insipiente,
Que en ignorantes manos la mas fina
Perla se vuelve humilde cornerina.
Y él conociendo el sin igual tesoro
Que en su estrecha materia se incluia,
En cuya estimacion es pobre el oro,
Y humilde la mas noble pedrería;
Guardándole á su dicha aquel decoro
Que á tan nuevo favor se le debia,
De todo su caudal se necesita
Por comprar la preciosa margarita.
Compróla, y dió por ella su pobreza,
Y con ella quedó próspero y rico,
No sabe en qué emplear tanta riqueza;
Que el mundo todo á su grandeza es chico:
Ya del sayal le enfada la bajeza,
En brocado trocar quiere el pellico,
Sobre su estéril paja está acostado,
Y allí se sueña en tálamo dorado.
Despierta, y confiado en su tesoro
De pajes se rodea y de criados,
Ricas bajillas, reposteros de oro
Del pincel de su antojo fabricados:
«El dia, dice, y la ventura adoro,
Que tales siglos me tenian guardados
Para ser en la tierra sin segundo,
Pues nací pobre, y mando ahora el mundo.
Bien en este carbunco hay dos millones,
Un grave estado compraré del uno,
Ricas preseas del otro, altivos dones,
De aparato cual otro fue ninguno:

Y aun tales podrán ser las ocasiones,
Y el tiempo en mi favor tan oportuno,
Que llegue á ser emperador potente,
Desde el tostado egipcio al mauro ardiente.
Al humilde Rustaquio, que es el hombre
Que para mi halló esta gran riqueza,
Cuando de ver mi magestad se asombre
Daré altivo la mano á su pobreza:
O ilustre celo con honrado nombre
De criado, si alcanzare á tanta alteza,
Y no es paga escesiva al beneficio,
Admitirle desde hoy en mi servicio.
Mia esta rica piedra de derecho
Era, como tambien ahora es mia,
Que el ollero Abdelmon en mi barbecho
Se la halló, porque tras mí venia:
Yo no tengo como él ánimo estrecho,
Que desde que nací ser rey queria,
Y la feliz estrella en cuanto ofrece
A los brios que inclina favorece.
Que nube al viso humano tan oscura
Es la fortuna, el hado y su destino!
¡Por qué rodeos camina la ventura
Cuando quiere salirlos al camino!
Pobre Rustaquio vió entre la verdura
Este tesoro que á mis manos vino,
¿Quien entonces le viera juzgaria
Por suya la ventura, y era mia?
Así Vanicio en bárbaros discursos
Quimeras fabricaba por los vientos,
Midiendo el cielo á palmos, y á sus cursos
Dando y quitando ley y movimientos:
Tan vario, que á ser de oro los concursos
Y avenidas de vanos pensamientos
Que á su ambicion venian, ni la hartaran,
Ni sus torpes locuras concertaran.
¡Qué de Vanicios en humildes lechos
La luz contempla de la aurora fria,
Que un mar de locas pretensiones hechos
Todas las cumplen esperando el dia:
Y en quimeras y monstruos contrahechos
Desvelan la inconstante fantasía,
No viendo que las cuentas sin dineros
En saliendo la luz son todas ceros!
Abdelmon de otra parte en el cuidado
De cien rubios cequís con que Vanicio
Compró el precioso globo, desvelado
De su aldea se finge un gran patricio:
Mas la fortuna á cuenta de su hado,
Codicioso de dar al mundo indicio
De sus milagros dió muestra segura,
Que no consiste en trazas la ventura.
Tenia Abdelmon por lisonjero amigo
A Almohadí, cierto árabe embustero,
De sus secretos singular testigo,
Y de su alma desnuda dueño entero:
Este en traje de paz fiero enemigo,
Deseoso de hacer presa en el dinero,
A las rüinas de un antiguo muro
Se le hizo enterrar por mas seguro.
Y aquella noche el cauteloso moro,
De hambrienta codicia el pecho lleno,
A robar del sincero amigo el oro
Por las tinieblas fué de un bosque ameno:
Cuando á tiento buscando el fiel tesoro,
De un frio áspid halló el mortal veneno,
Que trocándole el curso de la suerte,
Por rubio oro le dió pálida muerte.
Entretanto á Abdelmon en triste sueño
Morfeo le pinta de su amigo el caso,
Despierta, y va á buscar de su pequeño
Tesoro el breve globo, y bulto escaso:
Y viendo el pago que el mortal beleño
Al falso moro dió, suspendió el paso
De la muerte medroso, y la serpiente
Que aun en torno del muerto cuerpo siente.
Mas libre con la nueva luz del dia,
Su pequeño tesoro toma y parte,
Del ardiente calor de Berbería
Hácia la mas oculta y ciega parte:
Porque en la muerte que presente via
Teme que alguno sin razon le encarte,
Y no le aprovechó, que el oro hallado,
Que á otros suele salvar, le hizo culpado.
Por la codicia de los rubios tejos
Seis cuadrillas salieron á buscalle,
Y una dellas bajar le vió de lejos
De una alta sierra á un encubierto valle,
Y que entre unos manglares mal parejos
Tropa alarbe le espera por roballe,
Donde vida y dineros le quitara,
Si la que á prenderle iba no llegara.
Ya las rendidas manos en un lazo
Presas le halló la escuadra diligente,
Que á toda priesa el áspero ribazo
Saltó, y dió en los alarbes de repente:
Y ellos en firme y en gallardo brazo
Preso y vidas defienden juntamente,
Y al brio de sus rústicos contrarios
Varias heridas dan, y golpes varios.
Ya en porfiada batalla y cruda guerra
Los unos en los otros marañados,
Pedazos hechos la sangrienta sierra
Caer los vió en sus faldas destrozados:
Y de ocho dos valientes de la tierra
De Abdelmon, en mil partes lastimados,
Vivos solos quedaron, y el cautivo
A costa de sus muertas vidas vivo.
Parecióles estorbo y demasía
Volver preso de allí el cautivo mozo,
O porque su temor se lo impedia,
O la codicia ó bárbaro destrozo:
Despojáronle al fin lo que traia,
Y de la selva en un profundo pozo,
Que su delito deje mas cubierto,
Lo despeñaron, y quedó por muerto.
Dióse por tal Rustaquio desde luego,
Y trazó la fortuna su caida
Por mejor levantarle, y así el ciego
Pozo no le quitó, mas le dió vida,
Que como quien despierta del sosiego
De un dulce sueño el alma divertida,
A mirar comenzó por el profundo
Si via los reinos ya del otro mundo.
Y no del hondo infierno llama horrible
En ciego humo, y rechinar sonoro,
A un tibio rayo vió de luz visible
Mas rubias masas de centellas de oro:
Volvió del todo en sí (¡caso increible!)
Y en medio se halló de un gran tesoro,
Que allí la ciega antigüedad, ó el hado,
A su ventura le tenia guardado.
Salia por cien torcidos escalones
La bóveda sin luz de oro preñada
A unos desbaratados paredones,
Fábrica en otros siglos celebrada:
Sacó el moro feliz de los montones
De joyas una entre otras señalada,
Un rico alfanje, cuya pedreria
Una ciudad su estimacion valia.
Quiso en Tunez venderle á menosprecio,
Que la hambre no come perlas ni oro,
Y el espanto de joya de tal precio
A voces dió por salteador al moro:
Llévanle preso al rey, que con desprecio
De su ánimo real, quiere el tesoro,
Y por él en la torre de palacio
Cárcel le dieron y prision de espacio.
Budebuz, rey famoso de Marruecos,
Por lo infeliz de una batalla brava,

De la alta torre en los desvanes huecos
Despojado del reino y preso estaba,
A cuyo oido los preñados ecos
Del gran tesoro que Abdelmon negaba
Llegaban, y deseó por esperiencia
Ver del moro el aseo y la presencia.
Fue cosa fácil darle gusto en eso
Por serles cárcel una misma torre,
Hizo graves preguntas el rey preso
Al mancebo en la fama que dél corre,
Y halla que en todas tiene fondo y peso,
Y una estrella feliz que le socorre,
Y casi le arrebata en raudo vuelo
A levantar su nombre y fama al cielo.
De otra parte Abdelmon estando cierto
Ser de Marruecos rey el que allí estaba,
O fuese virtud propia, ó encubierto
Rayo de luz que su ánimo guiaba;
Al real valor, aun no del todo muerto,
Del feroz rey, y su persona brava,
El preso moro se inclinó de suerte,
Que servirle ofreció hasta la muerte.
Era prudente el rey, y en los sucesos
Notó del moro una feliz ventura,
Y enderezar con ella sus aviesos
Mas que furor le pareció cordura:
Quiso el rigor templar de sus escesos
Con arrimarse á senda mas segura,
Y mientras su fortuna no serena
Valerse en sus azares de la ajena.
Descubrióle su pecho, y él gozoso
En firme confianza se prefiere
De dar la mano al rey, y un venturoso
Con cuanto intenta sale, y cuanto quiere.
Contentóse el de Tunez codicioso
Con su alfanje feliz sea cuyo fuere,
Dando á su dueño libertad, y en ella
Cumplidos los furores de su estrella.
Al rey despues en su prision esquiva
Con sutil artificio por su mano
Seguro le escaló la torre altiva,
Y libre le sacó del rey tirano:
Y en su escondida cueva entre la viva
Luz del tesoro le escondió ufano,
Cuya inmensa riqueza despues pudo
De armas y gente armar al rey desnudo.
Hizo su general el despojado
Al fiel Rustaquio, y él con su ventura
El reino recobró, y le dió el estado
Con mayor cetro y silla mas segura:
Que no se contentó de ver ganado
Lo que halló perdido, mas en dura
Sujecion puso yugo y quitó leyes
Del africano suelo á treinta reyes.
El suyo agradecido á sus servicios,
Ya con paterno amor y fe sincera,
En dulce premio le ofreció propicios
Los brazos de Aja su única heredera,
Pagando con los mismos beneficios
Que obligado le halló, y desta manera
De humildes padres le hizo el alto cielo
Gran miramamolin del libio suelo.
A Vanicio en sus trazas y su cuenta
Diverso fin le dió la incierta suerte,
Que entre la paz y la codicia hambrienta
Le dieron por robar la joya muerte:
Y sus bajillas, pajes, y su renta
Con él la tierra en polvo los convierte,
Tan incierta es como esto y tan oscura
En los humanos casos la ventura.

ALEGORIA.

En Angélica perseguida de Venus, y de Alcina, que significa el afecto sensual, se muestra que por irle fal-

tando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que tambien en los ojos que la vian fuese faltando el deleite que antes causaba, ó porque el honor significado por Angélica es siempre perseguido y amancillado de la sensualidad: y así á los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenia, al mejor tiempo les falta el viento, y perdiendo la honra se quedan en calma.

El tizon hadado de Dúlcia, apagado con agua por mandado de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generacion: es á saber, calor, humedad y espíritu, y su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud, y hermosura del cuerpo humano.

En la novela de Orlando se ve la trabazon y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio, y como todas son pregoneras de su providencia divina.

En el canto del ruiseñor se muestra como de los bienes humanos el mas precioso es la libertad: y en los sucesos de Rustaquin Abdelmon, de que pequeños principios nacen las magestades del mundo, y cuan poco valen los discursos de la prudencia humana donde no favorece la divina.

LIBRO DUODÉCIMO.

Argumento. Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y que dandose ellos vueltos estátuas de oro en una sala encantada, el se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.

Así siguiendo el ingenioso Orlando
Su opinion fue, y su cuento peregrino,
Concluyendo en lo uno y otro, cuando
El dia en su luz, y el sol en su camino:
Y el astuto Garilo, que en el blando
Discurso á su jornada robó el tino,
De un intricado bosque en la espesura
Se los dejó, y halló la noche oscura.

La cataiana astucia, el bosque ciego,
La oscura noche, y el faltarles guía,
A otorgar les forzó el dañoso ruego
De la traidora cautelosa espía:
Y un caido alcázar, que del tiempo el fuego
Convirtiendo iba ya en ceniza fria,
En sus rotos desvanes sin abrigo,
El que no tiene ofrece á su enemigo.

Fuese la noche entre quietud y sueño,
Y sabrosos olvidos de cuidados,
Y al levantarse el dia con risueño
Semblante, y ojos garzos y dorados,
El castillo hallaron sin su dueño,
Y los que en él estaban despojados
De arneses unos y otros de vestidos,
Y á un modo en mil maneras ofendidos.

Suben á lo alto de una antigua torre
Por descubrir lo que en el campo habia,
Cuando á la lonja que á la puerta corre
Guardarla un hombre armado parecia:
El conde altivo que su arnés recorre,
Y el brioso Brilladoro en quien venia,
Mas del desprecio que del robo hecho,
Fuego lanza la vista y rabia el pecho.

Cual espumoso rio, que deshecha
La presa que enfrenado le tenia,
Furioso rompe, y por la puerta estrecha
Lo mismo saca que antes le impedia,
Y no de sus riberas se aprovecha,
Antes furioso dellas se desvia,
Y de verse oprimir mas enojado
Lleva entre los pesebres el ganado;

Bien así la ira del francés caudillo,
Viéndose despreciado de un villano,
No una almena le tira, ni un ladrillo,
Mas furioso con una y otra mano
La alta torre trastorna del castillo,
Que á estremecer bajó su estruendo el llano,
Donde si Brilladoro no huyera,
Muerto de un golpe y enterrado fuera.

Medrosos unos, y otros admirados
Del ademan con que á vengar sus quejas
Muros envia, torres y tejados,
Los hombros encogieron y las cejas:
Y el torreon con sus mármoles labrados,
Aun las molduras todavía parejas,
Así se vía entre árboles plantado,
Que nacer parecia do aquel prado.

Garilo que estar vivo cree apenas
Al pié temblando del francés trofeo,
Y que tras él se vienen las almenas,
Como tras de la música de Orfeo;
La sangre y brio se le heló en las venas,
Y arrepentido de su mal deseo
Hierro al caballo mete en los costados,
Que el miedo hace giuetes estremados.

Corrió una legua sin llamarle el freno,
Y aun allí alguna almena le hallaba,
Que como rayo á quien le falta el trueno
Tras él venia volando, y le alcanzaba:
Hasta que en un espeso bosque ameno,
Donde su oculta gente le esperaba,
Se entró, y quedó de Orlando el brazo duro
Arrojando tras él deshecho el muro.

De los demás franceses despojados
La burla mas ó menos celebrada,
Dellos furiosos, delles reportados,
De unos reida y de otros suspirada:
Por entre antiguos mármoles quebrados
De la arruinada torre desmochada
Que el conde abrió, y una encubierta escala
La luz les hizo señas de una sala.

Antecámara de otra parecia,
A cuya puerta estaban dos candados,
La arquitrabe y molduras de ataujía,
Aunque ya de matices deslustrados:
Las puertas de marfil y pedrería,
Los pilares de pórfido labrados,
Y en el témpano encima el frontispicio,
De la avaricia entretallado el vicio.

Puesto en las ondas del Estigio lago,
De sed el infeliz Tántalo ardiendo,
Muriendo por tomar dellas un trago,
Y por no le tomar tambien muriendo:
Que deste injusto vicio es justo pago
Vivir deseando lo que está temiendo,
Y tener las riquezas sin gozallas,
Para solo el tormento de guardallas.

Viendo puertas con tantas cerraduras,
No hubo francés que no alargase el paso,
Por si hallara detrás de sus pinturas
Los tesoros de Midas y de Craso,
O algunas armas, ropa y vestiduras
Para remedio del presente caso:
Llegan, y á dos vaivenes dan sin duelo
Con puertas y candados en el suelo.

Y todos en montón confuso entrando
Por la sala temblar se vió el castillo,
No iba con ellos el prudente Orlando,
Aunque bastó el rumor á divertillo,
Donde en el muro estaba fulminando
Con duras rocas al gascon caudillo,
Y la sala quedó cual de repente
Los techos borda el sol del rojo Oriente.

De blanco mármol con relieves de oro,
O era labrado, ó serlo parecia,
Y entre mosaicos lazos por decoro
Un Oriente de varia pedrería:
De acuñados escudos gran tesoro

Montones hecho por el suelo habia,
Si en la hidrópica sed del oro hubiera
Fin y tasa, esta sala se le diera.
Alguno en su pajiza cama echado,
A quien necesidad quitó la cena,
Rico durmiendo, y pobre desvelado,
Su choza vió de igual tesoro llena:
Y de quien la noche antes fue olvidado
Solo que sueña poco le da pena,
Llenando grandes sacos de oro ardiente,
Que en sombra volverá la luz siguiente.
Bien así á la francesa gente avino
El bello camarin de la riqueza,
Donde apenas dió lumbre el metal fino,
Cuando á todos rindió su fortaleza:
Y llevados en ciego desatino
De la hambrienta codicia sin pereza,
Todos en dando un paso en el tesoro
Vueltos quedaron en estátuas de oro.
Llegó á la sala el conde en el instante
Que ya perdian el ser los delanteros,
Y él sin osar mover el pié adelante
La codicia perdió de los dineros:
Y á ellos en lo insensible semejante
Sin sentido quedó, y sin compañeros,
Tan absorto en la máquina que via,
Que otra estátua como ellos parecia.
No sabe si ellos ó él está encantado,
Porque si ellos lo están, él lo parece,
Maldice y culpa su contrario hado,
Que tanto sus intentos aborrece:
Mas el suceso bien considerado,
«El pago, dice, tiene que merece
Su locura, que gentes avarientas
Hechas estátuas de oro están contentas.
¡Oh como el interés del oro estraga
Al alma el gusto, al cuerpo los sentidos!
Un hombre entero su ambicion se traga,
Y en los respetos los mejor nacidos:
Así su vino turba, así embriaga,
Que cual Circe los deja convertidos
En fieros brutos de ánimos atroces,
O sorda estátua al cielo, y á sus voces.
Entre la negra lama y turbia horrura
Del Aqueronte lago está en tormento
Un espíritu triste en noche obscura,
Seco de hambre, y de calor sediento:
Con el agua á la boca, que procura
Entrarse dentro dél, y él sin aliento
Temiendo descrecer el rio un trago,
En pena eterna está en su eterno amago.
No en vano por blason desta su ciega
Dorada sepultura el mármol tierno
Da retratado al que á su puerta llega
Este antiguo vecino del infierno:
¡Oh avaro inútil, que en confusa brega
De ayuna hámbre, y de temor eterno,
Pasas la vida, y gozas de sus bienes,
Como los que te faltan los que tienes.
La noche toda sin dormir velando
Los sin fruto acuñados sacos de oro,
A quien tocar de miedo estás temblando,
Porque no hable su metal sonoro:
¿Qué importa estar, ó idólatra mirando
Que tus cofres de acero en su tesoro
De Libia guarden las riquezas juntas,
Y aren tus campos fértiles cien yuntas?
¿Qué importa que la cueva de Arimaspes
El oro con que al mundo desafia
En tu casa trastorne, y el Hidaspes
Cuantas drogas por él la Misia envia?
¿De la fria Scitia los vetados jaspes,
O el metal rojo que en su arena cria
El Ebro, el Indo, el Ganges, el Pactolo,
Y mas que todos cuatro el Tajo solo?
¿Qué importa que del rojo mar la espuma
En perlas vuelta te la den sus playas,
Y del rico Quinsay una gran suma
Por ambos mares á tus puertas trayas?
¿Qué importa que en los ceros de tu pluma
Se encierre el Tibar, y por tuyas hayas
Cuantas masas derriten y dan llenas
De espanto los respaldos de sus venas?
¿Si al fin temblando en medio tu tesoro
Al rostro enfermo de la hambre ayuna
Triste te rindes, y en cuitado lloro
De imprudente condenas la fortuna,
Que te dió á tiento tantas cargas de oro,
Mas sin fruto cual blanco de la luna,
Pues estar en tus cofres es lo mismo
Que el no haberlas sacado del abismo?»
Dijo, y mil trazas prueba, por si alguna
Divertirlos podrá de aquel tormento,
Mas no le acude á su intencion ninguna,
Que el oro es poderoso encantamento:
Y viendo tan trocada su fortuna,
«¡Oh cielos, dice, que en mi daño siento
No haber cosa en los hombres menos cierta,
Que el dia mas vecino á nuestra puerta!
Dísteme la victoria de Girona,
Y esta noble y burlada compañía,
Con quien dejando el campo en Carcasona,
Ayer solo á buscar placer venia:
Hallo menospreciada mi persona,
Robado, triste, á pié, solo, sin guia,
Mi gente á riesgo en medio esos desiertos,
Y al parecer mis compañeros muertos.
Mas si es órden del brazo soberano,
Que el mar enfrena, y las estrellas rige:
El es el dueño, corra de su mano,
A su cuenta está todo, ¿quién me aflige?»
Asi decia el Senador romano,
Y así de su imprudencia se corrige,
Buscando modos para ver si puede
Hacer que allí su compañía no quede.
Mas si asir con un lazo procuraba
La estátua que mas cerca parecia,
Apenas el cordel dentro llegaba,
Cuando una sierpe de oro se volvia:
Y del pedazo que defuera estaba
Su encanto la troncaba y dividia,
Y en metiendo una vara por la puerta,
La mitad de oro parecia enjerta.
Así de Etna en los hornos encendidos,
Donde su bronce el cíclope derrite,
Los robles caen en brasas convertidos,
Que con el oro su color compite:
Y de los ramos de otro ser vestidos
Hace que el tronco se desgaje y quite,
Y que lo que antes era haya, ó pino,
El lustre herede del metal mas fino.
Cansado el conde de trazar al viento
Cosas que todas le salian en vano,
El castillo dejó, y su encantamento,
Y á pié se entró por un florido llano:
Por compañía solo su tormento,
Cuando de lo alto de un collado enano
Un humo descubrió y paredes viejas,
Cabaña humilde de un pastor de ovejas.
Habia llevado de su error la pena
Tres dias sin comer desalentado,
Perdido el tino por la selva amena,
Y mas que en ella dentro en su cuidado:
Sin gusto el alma de congojas llena,
Cuando arribó confuso y destrozado,
Ayuno, sin espíritu, ni aliento,
Del rústico pastor al fresco asiento.
Al rebaño llegó, que unos ribazos
Subia en las verdes faldas de un barbecho,
Y un merino carnero entre los brazos

A la estrecha cabaña fue derecho,
Y á medio asar se le comió á pedazos,
No del todo en su hambre satisfecho,
Antes temió el pastor por lo que via,
Que tras él los demás se comeria.
Dióle al deseo de reposar el prado
Florido lecho, un cesped almohada,
Y á un flojo cuerpo del calor cansado,
Las flores son alfombra regalada:
Y el sueño y el descanso deseado,
Vianda sin mas salsas sazonada,
Que aquel cansancio que en los miembros anda,
Del suelo duro hace cama blanda.
Al fresco silbo del templado viento,
Que entre álamos y alisos bulle ufano,
El sueño le borró del pensamiento
La antigua pena con sabrosa mano...
Cuando en Sansueña el noble alcaide atento
A conocer el preso moro anciano:
«Este es, con nuevo sobresalto dijo,
El robador de mi perdido hijo.»
Y como en triste llanto se disuelve
Sin dar respuesta, en confusion metido,
Con la medrosa vista le revuelve,
Y del doncel le preguntó perdido:
¿A qué fin le hurtó? ¿cómo le vuelve?
Y ¿adónde hasta ahora le ha tenido?
A quien con miedo, sobresalto y lloro
Así le respondió temblando el moro:
«Mi muerte veo, señor, y no tu hijo,
Yo le robé en un ciego bosque umbroso
Acaso sin pensar, pero bien dijo
Quien la ocasion llamó ladron forzoso:
No previne caverna ni escondrijo,
Ni flacas postas en que huir medroso,
La suerte me llevó por los cabellos,
Sin procurar sus lances, ni entendellos.
Saliendo tú en Miduerna á caza un dia
Con el rey Casto, y él con su sobrino,
Con él tu hijo, y yo en su compañía,
Una nublosa tempestad que vino
La caza nos deshizo y la alegría,
Y á los dos nos llevó fuera de tino,
Por entre incultos montes y vallados,
Dos dias sin ver por dónde derrotados.
Hallé al tercero un hato de pastores,
Y allí tomando lengua vi que estaba
Diez leguas de Miduerna y de sus flores,
Que pensando acercarme me alejaba:
¿Quién halló esclavo fiel á sus señores?
¿A quién la servidumbre no le agrava?
¿Quién no quiere ser libre? ¿quién procura
Quitar de sí para otro la ventura?
Pidióle á la ocasion luego el deseo
Mi libertad á costa de la ajena,
Y al fin por no hacer largo rodeo,
Pues ya mi historia para nada es buena,
Huyendo desde aquí empecé á ser reo,
Y desde aquí mi culpa me condena,
Si el apetito natural es culpa,
O en mi delito puede haber disculpa.
A Valencia de aquí me fuí derecho,
Y á tu hijo llevé en mi compañía,
Que le hizo mas daño que provecho
La desleal aficion que en él tenia:
Y viendo el no pensado yerro hecho,
Con quien igual satisfaccion no habia,
Al rey Abdalla se le dí por paje,
Con la cuenta y razon de su linaje.
El le crió en su córte y su palacio,
Yo desde allí á vivir vine á Toledo,
No sé de aqueste tiempo en el espacio
Que sea del, solo esto decir puedo.»
Y con triste semblante y rostro lacio
Esperando la muerte estuvo quedo,
Sin mirar á Roselio de turbado,
Ni conocerle por estar mudado.
Pero su padre, á quien la sangre ardiente
Ya la verdad del caso le decia,
Llorando de placer en su alma siente
Lo que decirle nadie no sabia:
Y con gusto abrazando tiernamente
Al que por muerto en su opinion tenia,
Cuenta le pide ya con regocijo
De sus desgracias, y el mancebo dijo:
«Los trabajos, señor, en la memoria
Tienen otro sabor que en los sentidos,
Que la pena acabada es toda gloria,
Y los pesares buenos para oidos:
Y así los casos de mi nueva historia
Volverán el deleite referidos
Que otro tiempo quitaron, oye atento
El estraño suceso de mi cuento.
Desde que á las ventanas de la vida
De la razon llegó la luz primera,
Comenzando á aclarar con su venida
De la niñez dormida la ceguera:
Al primer escalon de mi subida
Me conocí cautivo de manera,
Que quiso la ventura que perdiese
Antes la libertad que la tuviese.
Bien que un tibio recuerdo me quedaba,
No de mi patria, padres, ni parientes,
Sino de un no se qué, que me avisaba
Haber venido allí de estrañas gentes:
Mas luego con el gusto se olvidaba,
Solo atento á gozar de los presentes
De la córte de Abdalla, en quien tenia
Padre, patria, regalo, y compañía.
Tiene Abdalla el gobierno de Valencia
Con dominio tiránico usurpado,
Aunque por poca sangre y descendencia
Le quieren otros dar el principado,
Y que sea el cordobés reino su herencia,
Y el intruso tirano revelado
Aliatán, que hoy le goza y pone leyes,
Guerreando en razon desto ambos los reyes.
Son grandes las cautelas y los tratos
Que Aliatán y los suyos han movido
Contra Abdalla, y no menos los recatos
Con que desto en Valencia se ha vivido:
En cierto cuartel suyo por contratos
De gabela y servicio mal pedido,
Y otros tributos graves y tiranos,
Vivian como en prision ciertos cristianos.
Allí del segoviano San Vicente,
A quien Daciano dió por mortal vida
Corona eterna, en un lugar decente
Tenian cuerpo y parroquia conocida;
Donde acudia de la cristiana gente
La mas noble, devota y corregida
A un convento, debajo del auxilio,
Reglas y vocacion del gran Basilio.
Era Mauril prior deste convento,
En sangre ilustre, y en costumbres santo,
Cordobés en honrado nacimiento,
Y en nobles pundonores otro tanto:
De Aliatán primo, en cuyo fundamento
El rey quiso intentar, con todo cuanto
Calor le fue posible, un trato doble
De gran riesgo, á no ser Mauril tan noble.
Está el convento al valenciano muro
En un fuerte lugar incorporado,
Para cualquier traicion paso seguro,
Si los de dentro venden el cuidado:
Este intentó Aliatán comprar seguro
Que Mauril por pariente ó por privado
Gustaria de venderle, y desa suerte
Daria á Valencia saco, y al rey muerte.
Mas si eran mármol las demás almenas,

Aquellas halló el rey que eran diamante,
De mas lealtad que de argamasa llenas,
Y el monge cordobés en ser constante:
Esto en gran riesgo se trataba apenas
Con el secreto y término importante,
Y Hambroz corria la costa con su armada,
Por si se hallase á la traicion entrada.
Mas Berberuz, un moro su adversario,
Que de Valencia la opinion seguia,
Venció y quitó la vida á este corsario
Encima el puerto Caridemo un dia:
Y ahora alguno del bando del contrario
Descubriese el intento que traia
Hambroz y la secreta inteligencia,
Con que pensaba echar gente en Valencia;
O que por otra via y otro modo
El peligroso trato se entendiese,
Su inocencia mostró el cristiano godo
Cuando no fue posible le valiese;
Que nunca en el descargo se cree todo,
Por mas que la verdad se ajuste y pese,
Porque es disculpa al fin, y la disculpa,
O mucha ó poca presupone culpa.
Quedó el rey con sospechas y recato
De Mauril, que no pudo descargarse,
De no haber descubierto á tiempo el trato,
Que en la misma traicion podia vengarse:
Fue creciendo tras esto cada rato
La fama, que Aliatán viene á juntarse
Con los cristianos, y otros que en Valencia
Por contrato le han dado la obediencia.
Y aunque nuevas de vano fundamento,
Pudieron con el suyo dar cuidado
Y ocasion á un tirano mandamiento
Contra el opreso pueblo baptizado:
Que dentro de diez dias mude asiento
En la ley, ó en el reino, y que pasado
El término, se prenda por esclavo
Quien no llevare el bando real al cabo.
Fue grande el repentino sobresalto
Que en la rica ciudad causó este edito,
Porque irse era perderse, y quedar falto
En la ley de su Dios, mayor delito:
Si alguno se iba, en popular asalto
En él daban los moros, y por rito
De su Alcorán y secta mal nacida
La hacienda le quitaban y la vida.
Como hambrientos sabuesos, que al que llega
Humilde á demandar limosna al rico,
Su importuno y confuso aullar le niega
De la mesa alcanzar un vil zatico:
Y si huyendo su enfadosa brega,
Y aquel rabioso arremangar de hocico,
Da la vuelta, arremeten denodados
A dar con rabia en el sayal bocados.
Así á los valencianos los moriscos
Con sus denuestos tratan y baldones,
Y ellos por quiebras huyen y por riscos
De su misma hacienda y posesiones;
Que cual hambrientos lobos, que en apriscos
Los corderos destrozan y vellones,
En hacienda y persona la ira aceda
Muestran en el que va, y en el que queda.
El santo abad Mauril, contra quien junta
Toda esta nube y tempestad llovia,
Viendo que á sola su persona apunta,
Y á su humilde y devota compañía;
Haciendo della una medrosa junta,
Propuso el riesgo en que su estado via,
El rigor del tirano, su inclemencia,
Y la morisca bárbara insolencia.
Y viendo urgente y sin reparo el daño
Que el cielo les envia por recuerdo
Del sueño de su culpa, y desengaño
Mundano, sale de comun acuerdo,
Que huir del propio para el reino estraño
Es en tal ocasion de ánimo cuerdo,
Y discreta ganancia echar perdida
La capa al toro por salvar la vida.
Y que cuando otro bien ni causa tenga
Esto mas que librar al gran Vicente
De un segundo Daciano, y que no venga
Su cuerpo á manos de la maura gente,
Que en hacer dél escarnio se entretenga,
Es sano acuerdo y causa suficiente
El ponerlo por obra, dando todos
Para este intento los mejores modos.
Al fin salen de acuerdo de embarcarse
Con la santa reliquia al dia siguiente,
Y del nocturno luto aprovecharse
Con traza oculta y paso diligente:
Ya el sueño comenzaba á descolgarse
Con su quietud hácia la humana gente,
De las estrellas que de en medio el cielo
Rayos llovian de silencio al suelo.
Cuando los santos monges ocupados
En huir del reino y la ciudad tirana,
A dos barcos que estaban aprestados
Llevan su mueble y prenda soberana;
Yo el alma y los sentidos sepultados
En un pesado sueño y sombra vana,
Sobre la blanda pluma de mi lecho
Retrato estaba de la muerte hecho.
Allí en trágico, horrible y triste sueño
La confusa ciudad soñaba arderse,
Y todo el real alcázar con su dueño
Sin culpa mia sobre mí romperse:
Cuando á este punto vi en rostro risueño
Un santo bulto cabe mí ponerse,
Así hermoso, y de alegre luz vestido,
Que solo le pudiera ver dormido.
Como el que con los ojos de repente
Dió en las medallas del dorado techo,
Que con la húmeda luz resplandeciente
De la luna está una ascua de oro hecho:
Si antes le iba á tragar una serpiente,
Queda viéndose libre satisfecho,
Así yo me hallé, y así me avino
Llegando á mí aquel bulto peregrino.
Conocí luego el rostro soberano
De mi abogado mártir San Vicente,
Que muchas veces antes no con vano
Cuidado en su sepulcro ví presente:
Y asiéndome la mia con su mano,
«Huye, hijo, me dijo diligente,
La odiosa tierra, y servidumbre triste,
Si ya te deseas ver donde naciste.»
Sobresaltóme el sueño, y temeroso
De angustia lleno, y de sudor despierto,
Y en mi sentido vuelto un doloroso
Suspiro me dejó el cabello yerto:
Salté del blando lecho receloso,
Y en el bulto encontré de un hombre muerto.
Que entre un gemido y otro en aquel punto
Alma rendia y aliento todo junto.
Llegué en turbado y temeroso paso
A conocer el bulto, y vi tendido
En un sangriento lago (¡estraño caso!)
Del rey Abdalla al príncipe querido:
El gallardo Algaicel al cielo raso,
De una estocada el corazon partido,
El alma me pasmó, el cabello yerto,
Por un rato á sus piés me quedé muerto.
Mas vuelto sobre mí con mas recato
El peligro miré en que estaba puesto,
Muerto á mis piés del príncipe un retrato,
Y del alcázar en quietud el resto:
Yo solo á ser del alevoso trato
Sin culpa alguna el agresor dispuesto,
¿Quién me salvará el riesgo de la vida

Si doy el muerto, y no al que fue homicida?
Comencé á discurrir por cual camino
Entrar pudo ó salir el delincuente,
Cuando á tiento y sin ver donde camino
Del real jardin me hallé cabe una fuente;
Y entre la turbacion y el desatino
De un postigo la puerta ví patente,
Por donde ví que del suceso estraño
El sin piedad autor metió el engaño.
Y á mejor confirmar la incierta duda
A la vecina playa salí atento,
Buscando el rastro entre la sombra muda,
Cuando oí de cerca apresurado aliento:
Este es, dije, el traidor, y con desnuda

El Rey Rodrigo, Ermitaño.

Espada, y no advertido arrojamiento,
Al bulto me llegué, y en voz valiente,
«¿Quién sois? le pregunté, teneos, ¿qué gente?»
Hallé un coro de monges, que llevaba
Un ataud al vecino mar cargado,
Y Mauril que rezando los guiaba
En tono grave, y paso moderado:
Yo viendo que de mí se recataba,
En mi primer sospecha confirmado,
Tan cargado me ví de desconcierto,
Que pensé que iban á enterrar mi muerto.
Conocióme el abad Maurilo, fuese
En la voz, ó lo que es de creer mas sano,
Mi venida en espíritu supiese,
Que á un amigo de Dios todo le es llano:
Y humilde, «oh mi Roselio, dijo, cese
El brio sin causa de tan noble mano,
Que el cielo, y no otro brazo de enemigo,
Es quien al reino ha dado este castigo.»
Fue causa el monge de mayor espanto
Con su vista y palabras no entendidas
Hasta que entre el sonoro humilde canto,
«No es salvar todo, dijo, humanas vidas,
Que las reliquias deste mártir santo,
Aunque en esta urna estrecha recogidas,
A salvar nos obligan su tesoro,
Del cielo digno, y no de un pueblo moro.»
Así dijo, y á mi alma la memoria
Lo que antes entre sueños visto habia,
Y del sagrado mártir la notoria
Merced, que á cuenta de quien es me hacia,
Sacándome del riesgo con victoria,
Riesgo mortal que á dar en mí venia,
Su santo cuerpo adoro, y el cuidado
De mí le dí, y con él me hallé embarcado.
Cien cristianos sin niños ni mujeres
Dentro hallamos ya de dos navíos,
Que con su pobre mueble y sus haberes
Huian del reino infiel los desvaríos:
Y antes que con dorados rosicieres
El alba tiña sus plumajes fríos,
De un fresco viento en vuelo arrebatados
El espumoso mar nos vió engolfados.
Mas apenas la luz del nuevo dia
El Oriente sembró de rayos de oro,
Y la enemiga tierra que huia
La vista nos quitó del pueblo moro:
Cuando una obscura nube densa y fria,
De aire impelida con rumor sonoro,
En medio nos cogió, trayendo llenos
De ciega tempestad los turbios senos.
Tres dias fuimos sin luz confusamente,
O tres noches en una, si hubo en ella,
O pudo haber entre la humana gente,
Dia sin sol, y noche sin estrella:
Y al cuarto, cuando el alba en el Oriente
Su nueva tez mostró rosada y bella,
De lejos vimos las alegres cumbres
Del puerto de Marbella, y sus alumbres.
Del crespo mar el áspero camino
Tan breve hecho en temporal tan vario,
Del cielo pareció favor divino,
A quien nunca sopló viento contrario.
Ambos leños á un tumbo cristalino,
Como asidos de engace voluntario,
A una surcan la mar sin riesgo, llena
De ocultas rocas, y mudable arena.
Y aunque era sin quietud ciega tormenta
De viento y agua en que íbamos metidos,
En otra iban mayor y de mas cuenta
Mi memoria turbada, y mis sentidos:
De mi vida los riesgos, la violenta
Desdicha de Algaicel, los no entendidos
Fines de mi viaje y dónde el viento
A dar iria á nuestro curso asiento.
Fue por entonces el suceso incierto
Del malogrado príncipe, ni ahora
Se sabe mas que haber sin culpa muerto,
Siendo su hermana de su muerte autora:
Y habiéndose la tierra descubierto,

Y un sol alegre tras la cuarta aurora,
Al encubierto abrigo de una sierra
A hacer llegamos agua, y tomar tierra.
Donde con gusto de recelos lleno,
Y alegria mezclada en temor vano,
Aquel dia nos dejó el tiempo sereno
En el favor de un pescador cristiano,
Cuyas nudosas redes de aquel seno
Polilla solian ser, y en trato humano
Fiel albergue nos dió, y de su trabajo
Las pobres sobras que tenia nos trajo.
Era el intento, aunque en prolija vuelta,
Buscar la humilde costa de Galicia,
Donde en tierra desnuda de revuelta
Libres huir la alárabe codicia:
Gozando en vida de ambiciones suelta
Los dejos de la bárbara milicia,
Que sin los sobresaltos de la guerra
Nadie el bien sabe que la paz encierra.
Ayudados del viento y las corrientes
El dia nos vió en la boca del Estrecho,
Donde de los peñascos eminentes
Del monte Avila y Calpe vimos hecho
El termino del mundo, y de las gentes,
Y aquel inmenso golfo sin provecho
A la frecuentacion del trato humano,
En que obscuro se estiende el Oceano.
Entramos viento en popa por la puerta
Con que el un mundo al otro comunica
De sus golfos las aguas, y cubierta
De blanca espuma da su arena rica:
Y del seguro puerto y playa abierta
De Algecira y Tarifa huye y pica
Nuestra medrosa flota, y mientras paso
Las ruinas de Carteya mide y tasa.
Los rotos muros que de jaspes pardos
Ya fueron, y hoy de tiempo son carcoma,
Donde hizo el imperio á los bastardos
Hijos de España una bastarda Roma:
Dejando á mano izquierda los gallardos
Jardines y arboledas de quien toma
Nombre Afrodisia, vimos al remate
Del dia á Trafalgar sobre Barbate.
Y allí en la cumbre de una aguda sierra
Los destrozós y mármoles gastados
Del antiguo sepulcro, que hechos tierra
Guarda del Gerion miembros doblados:
Y al vecino Conil, que haciendo guerra
Con gente y atambor á los pescados,
Revuelve mas atunes en su gracia,
Que Proteo focas en el mar de Tracia.
Ya de la antigua Cádiz las almenas
A los rayos del sol daban ventanas,
Y á nuestros ojos de oro y lumbre llenas
Noticia de las playas comarcanas;
Cuando el viento empezó á calmar, que apenas
Sus costas vimos con la espuma canas,
Ni á Guadalete ya en tinieblas denso,
Ni á su puerto, á quien da cristal por censo.
Al dia siguiente nos halló el lucero
Del gran templo mirando las ruinas,
Que ya hubo consagrado en lo postrero
Del Betis á sus luces cristalinas:
De aquí con infeliz y mal agüero
Llena de gentes vimos peregrinas
La Jabega, que en trato humilde y bajo,
Ni la fortuna estima, ni el trabajo.
Y un viento allí se levantó tan vivo,
Que á correr nos forzó hasta Ayamonte,
Donde de flores lleno el cuerno altivo
Guadiana pasa carcomiendo un monte:
A ver del hondo Océano el motivo
Con que á España da moros y horizonte,
Y el cristal de sus hondas traga y cierra
El paso al mundo, el término á la tierra.
Aquí ya un viento sur dejó revuelto
En remolinos de agua el mar hinchado,
Y un rebotado vendaval, mas suelto
Que el tiempo prometia y el cuidado,
Tormenta se volvió, y el cielo envuelto
En el velon de un lóbrego nublado,
A romper comenzó de entre sus senos
Roncos bramidos de confusos truenos,
Fue creciendo la noche y la tormenta
Tanto del primer viento y del segundo,
Que parecia que la mar hambrienta
De aquella vez tragarse queria el mundo:
Rompe el árbol, la jarcia y racamenta,
La quilla y el timon en lo profundo
De un peñasco, y el barco todo abierto,
El mas vivo en la fe se dió por muerto.
Mas bien se vió que el mártir santo al cielo
De sus fieles devotos mostrar quiso,
Que para obedecer á los del cielo
No hay tiempo, viento acá, ni mar remiso;
Pues cuando todo ya el caudal del suelo
Sin remedio se hallaba, de improviso
El santo nos libró, y solo el santo
Pudiera en tal tormenta, y tal quebranto.
Hechos pedazos árboles, entenas,
Velas, timones, jarcias y navios,
En blancas playas de arboledas llenas,
De arrecifes cercadas y bajíos,
Encallados sin riesgo en sus arenas,
Entre dos claros y agradables rios,
Que mas amena hacen su frescura,
Dejándonos se fue la noche obscura.
En medio la famosa corva punta,
Que para fin de Europa puso el cielo
Al sacro promontorio, en quien barrunta
El mundo que da fin, y punto el suelo;
Allí donde las mares hacen junta
De sus cristales y se mezcla el yelo
De Tile con los libios arenales,
Y al Poniente las conchas orientales.
Libres aquí del riesgo ya pasado,
Con notoria evidencia conocimos,
Que el santo este lugar nos habia dado
Por suyo, y de su nombre le pusimos:
Y si antes se llamó Cabo sagrado,
En esperanzas de lo que á él rajimos,
Ya pues le goza, por la edad siguiente
Cabo se llamará de San Vicente.
Saltamos en la alegre playa, y luego
De agradables bullicios se vió llena,
Quién buscando agua, quien sacando fuego,
Quién trazando el almuerzo, quién la cena:
Quién sube el monte arriba, y con sosiego
Del bosque mira la espesura amena,
Quién la leña acarrea, y quién estaca
Lugar en lo mejor á su barraca.
El prudente Mauril del ya deshecho
Bajel mandó sacar el cuerpo santo,
Rodeando en procesion un largo trecho
De la ribera con piadoso llanto:
Y puesto en tierra el venerable pecho,
«Oh padre, dijo, cuyo eterno manto
Abriga, cubre, y da pasto fecundo
A cuanto hay de tu cielo á nuestro mundo:
Tú que te has hecho cargo del sustento
De las vidas, del aire, y de la tierra,
Y sin que siembren das mantenimiento
A cuantos peces este golfo encierra:
Tú Señor, cuyo oculto y santo intento
Al pié nos trajo de esta inculta sierra
Por fin del mundo, al fin que no sabemos,
Que aquí á mas no poder te obedecemos;
Tú mira por tu pueblo, pues es tuyo,
Admitiendo en sus culpas su descargo,
De nuevo á tu poder le restituyo,

Todo es tuyo, Señor, quede á tu cargo:
Y vos gran mártir de Valencia, en cuyo
Amparo hicimos un rodeo tan largo,
Sednos propicio, y dadnos pueblo estable,
De aire benigno, y tierra saludable.»
Dijo, y habiendo todos repetido
En lo interior del alma el mismo ruego,
Y adorando el patron recien venido,
A su oficio volvio cada uno luego:
Cuando al santo Mauril ha parecido
Humo en un risco que es señal de fuego,
Y una cruz en la cumbre de una peña,
Que de las señas es la mejor seña.
Y acompañando algunos sus pisadas
Hácia el farol nos fuimos de la vida,
Por entre breñas de ásperas quebradas
Buscando al cerro la mejor subida:
Era todo de peñas encrespadas,
La altiva frente y falda guarnecida
De enhiestos pinos, palmas y algarrobos,
Seca retama, y frágiles escobos.
Doblando al yerto monte la aspereza
Su alta cumbre escalamos con trabajo,
Por donde alzando al cielo la cabeza
La invicta España humilde ve debajo:
Y sobre el hombro de mayor grandeza
Otro peñol levanta y otro gajo,
Que de torres cercado, y gruesas puntas,
Un rico y bello alcázar forman juntas.
La cruz en una dellas era hecha
De un altísimo pino desmochado,
De su nativo asiento en la derecha
Peña sin mas primor incorporado;
Naciéndose ella cruz de su cosecha
Con solo haberla de hojas desnudado,
Y pareciendo abajo tan pequeña,
Que apenas forma una visible seña.
Enfrente della, y de un estrecho llano,
Que al ancho mar de mirador servia,
Una humilde caverna hecha á mano,
O cavada del tiempo parecia:
De quien vimos salir un hombre anciano,
Que la barba y cabello le cubria,
Del color de la nieve todo el pecho,
Alto, fornido en proporcion, derecho,
De aspecto grave, venerable en todo,
Del tiempo y su aspereza consumido,
Aunque en su traza, compostura y modo,
Bien daba á conocer lo que habia sido:
Un vivo resplandor del valor godo,
No de otro mendigado ni fingido,
Que por sí mismo hizo desde luego
Respetásemos todos su sosiego.
Así el anciano Enoc, ó el santo Elias,
Tras tantos siglos en igual sugeto
Se mostrarán al mundo (si los dias
Alcanzan por allá á hacer su efeto)
Y en robusta vejez por las sombrias
Frescas ramadas del jardin secreto,
A donde ahora están depositados,
De años irán y autoridad cargados.
Y él con semblante real, y pecho dino
De lo que estaba en él disimulado,
Al sabio abad Mauril humilde vino,
Diciendo en rostro alegre, «oh padre amado,
¡Por cuan torcido y áspero camino
El cielo á este destierro os ha arrojado,
Para consuelo á un ánimo afligido,
Y remedio del alma de un perdido!
Cien años hizo ayer que en esta tierra
Con esperanza entré deste buen dia,
Regando con mis lágrimas la tierra
Ajena ahora, y otro tiempo mia;
Donde conmigo en ordinaria guerra,
Cansada lucha, y desigual porfia
Siempre he vivido, pero ya se llega
El fin dichoso de tan larga brega.
El santo mártir, que hoy con su tesoro
Viene á hacer rico el pobre albergue mio,
Que libre me sacó del campo moro
Para en este llorar mi desvario;
A quien pensé labrar altares de oro,
Y templos de alabastro y mármol pio,
Dias ha que me dió desta venida
La esperanza por alma de mi vida.
Y ya que levantar en su memoria
(Como un tiempo pensé) muros no puedo,
Ni en duros bronces entallar la historia
De su martirio en Córdoba y Toledo;
No le ha faltado á mi ánimo la gloria
De cumplir este voto, aunque con miedo,
Que hombre que á su Criador ofendió tanto
Pueda agradar con su ejercicio á un santo.
Con él tengo y mis lagrimas ya hecha
Una humilde capilla de mi mano,
Que aunque sea al huésped tal posada estrecha,
La trazó amor, obrero soberano:
Esta es que veis, y si esta no aprovecha
Será altar este monte, España el plano
Del templo, el sol la lámpara, y el cielo
La bóveda en que dé la fama el vuelo.»
Dijo, y con reverencia y con espanto
Atentos todos su discurso oimos,
Y desde luego en opinion de santo
En su vista y palabras le tuvimos:
Y él guiando á la ermita, por el canto
De una tajada peña descendimos
Algunos pasos á un pequeño llano
Del cielo hecho por grandeza á mano.
De veinte piés en proporcion cuadrado
Dentro de un risco un patio se hacia,
De un bastante pretil acompañado
Por la parte de Oriente y Mediodia:
Y por todas las otras abrigado
De un peñasco que al cielo se subia,
Y hácia el frio Norte una caverna hecha,
Ancha en los senos, y en la boca estrecha.
Parece que el Autor del mundo quiso,
Cuando labró aquel risco de su mano,
Un mirador hacer del paraiso
En lo escondido de su breve llano:
Y en medio dél un templo de su aviso,
Cuyo altar y sagrario soberano
La estrecha cueva fuese, y su capilla
De los siglos la octava maravilla
La parte superior, que á la inclemencia
Del riguroso tiempo está rendida,
La humana industria en sabia diligencia
De enjutas palmas la tenia vestida:
Y del grave ermitaño la prudencia
Así la estrecha cuadra repartida,
Que era humilde oratorio, y contra el viento
Albergue sano, y cómodo aposento.
La limpia gruta que de altar servia
Con tapices de palmas entoldada,
Que el sabio anciano con primor tejia
Para vestirse á sí, y á su morada:
Ya pudo usar mejor tapicería
Un tiempo, pero aquella fue prestada,
Y así al mejor se le acabó, mas esta
Eterna quedará en su templo puesta.
Del sangriento calvario el gran trofeo
De flores recamado por defuera,
Al sacro altar devoto camafeo
Y pía reverencia al lugar era;
Y á los presentes general deseo
De conocer la magestad severa
Del dueño, mas ninguno hay tan osado,
Que á decirle se atreva su cuidado.
Mas viendo del altísimo antepecho

El mundo que á los ojos descubria,
Muda estátua el mas sabio quedó hecho
Absorto contemplando en lo que via:
Del mar profundo un largo y ancho trecho,
Que mudables espejos parecia,
Y entre sus crespas olas de aire llenas
Los delfines cruzando, y las ballenas.
El risco altivo en un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja,
Que de aquel desigual despeñadero
Con espantoso estruendo al mar se arroja:
Y de una peña en otra á lo postrero
Del monte hirviendo da su espuma floja,
Haciendo antes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas, y lentiscos.
Por otra parte el monte, cuyos pinos
Parece que se esconden en el cielo,
Y entre tajadas peñas los espinos
De rocas cubren y boscaje el suelo:
Trepa la yedra, suben remolinos
De flores y de yerba por señuelo
Al presto gamo que por ellas salta,
Y de verlas temblar se sobresalta.
Silban por entre almeces y algarrobos
Las mirlas, las calandrias y gilgueros,
Retozan por la grama, y dan corcovos,
Las liebres y gazapos placenteros:
Huyen los ciervos, rumian los escobos
Las cabras, y en las peñas y agujeros
El conejo se esconde, y por sus quiebras
Enroscadas asoman las culebras.
Todo esto al son del bosque, y del ruido
Del rio que por los riscos se despeña,
De las aves el canto no aprendido,
Y del monte la verde y crespa greña:
Desde aquel alto y abreviado nido,
Que labró el cielo en medio de una peña,
Se ven sin otras nuevas maravillas
Resacas de la mar y sus orillas.
El contemplar la rústica hermosura
Los sentidos tenia embelesados,
Y entre aquellos asombros la figura
Del dueño de sus yermos olvidados:
Cuando él, en tono lleno de dulzura,
Así al nuevo concurso de cuidados,
Que advirtió en nuestros ánimos atentos,
En su boca formó graves acentos.
«¡De cuán enano cuerpo, y cuán menudas
Son las humanas fábricas, medidas
A las grandezas que entre peñas rudas
Suelen en un desierto estar perdidas:
Qué humildes las mas altas, qué desnudas
De magestad y luz las mas vestidas,
Qué primor mendigado, y qué pobreza,
Las de mas precio, y de mayor grandeza!
Los artesones de oro sustentados
En dóricas columnas, y á par dellos
Ricos jáspes, y pórfidos vetados
De azules venas, y de lazos bellos;
A dos dias de vistos y tratados,
Si al principio admiraron, cansa el vellos,
Enfadan los tapices, y el aseo
Del mas pintado alcázar queda feo.
Son tibios los colores y pinceles
Que el mundo mas celebra y solemniza,
Puestos con las alfombras y doseles
Con que mayo unos riscos entapiza:
El fino rosicler de sus claveles,
Lo azul del lirio, la color pajiza
De un ya maduro trigo, y aquel fresco
Que con su aliento bulle en lo grutesco;
Aquel confuso amontonar de cosas,
Arrojadas acaso, y diferentes,
Aquí yedra, allí espinas, allá rosas,
Riscos, flores, peñascos, rios y fuentes,
Y unos lejos que vuelven mas vistosas
Las mismas cosas que se ven presentes,
Un pedazo de playa, una montaña,
Que al cielo sube, y á la vista engaña.
Y donde sobre todo de su dueño
El gran tesoro y el caudal se infiere,
Es que al grande, al mediano, y al pequeño,
Todo se da de valde á quien lo quiere:
No hay puerta, no hay cancel, desvío, ni ceño,
Sea la hora, el lugar, y el dia que fuere,
Que siempre para el gusto y el provecho
Puesto se está el tapiz, y el toldo hecho.
Ora cruzando vayan los desiertos
De algun inculto bosque, ó engolfado
En medio de los mares encubiertos
Al frio Scita, y al Burney tostado;
O en el del Sur sobre peñascos yertos
El romper goce del cristal helado,
Cuyos tumbos la playa y el arena
De blanco nacar da y mariscos llena.
O bien se baje donde en vuelo ardiente
La línea equinocial midiendo el dia,
Con alas de oro encima de su frente
La suya enarca llena de alegría;
Que allí entre aquellos páramos sin gente
(Si el mundo aun tiene allí tierra baldía)
Sus solitarios y ásperos espacios
De los reyes humillan los palacios.
Que aun contemplando aquí el humor fecundo
Que sus anchos desiertos fertiliza,
Con ignorante miedo de que el mundo
Allí el rojo calor le haga ceniza:
O que su ignoto piélago profundo
Las crespas olas con que el tumbo criza
Entre las rocas quiebre, y se consuma
Trocada su altivez en blanca espuma.
O imaginando estrellas nunca vistas
De Europa, ó sus peñascos, no tocados
De humanas plantas, entre varias listas
De preciosos metales engastados
En pastas de diamantes y amatistas,
Siempre llenos he visto mis cuidados
Del deleite que causan peregrino
Estos rascuños del pincel divino.
Un siglo entero, que de nuevo un mundo
Hacerle suele, y trastornar la vida
Del mas robusto pecho, y mas fecundo
Calor que en miembros de jayan se anida,
Para gozar este balcon profundo
Pequeña ha sido y corta su corrida:
¿Que mucho ahora os suspenda el alma entera,
Siendo esta en que le veis la vez primera?
Mas demos ya el asiento en lo importante,
Que el tiempo huye del mundo por la posta,
Y si es digna de gloria semejante
Esta humilde capilla y cueva angosta,
Con himno santo en procesion triunfante
Subamos el Patron desta ancha costa
A este alcázar del cielo, que hasta ahora
La cárcel fue de un alma pecadora.
Y si teneis quizá, como yo siento,
Deseos de saber quién soy y he sido,
Por qué culpas el cielo este aposento
Me dió, y en él los años que he vivido,
En dando al mártir en su ermita asiento
Lo sabreis: vos ahora, esclarecido
Y sábio abad Mauril, sedme propicio
En que yo haga al santo este servicio.»
Dijo, y todos con ánimo dispuesto
De dar cumplido de su gusto el modo,
A la ancha playa del peñol enhiesto
Siguiendo fuimos al humilde godo,
Que á los piés del invicto mártir puesto,
En lágrimas de amor deshecho todo,
Tierno los besa, y con su fe cumplida

Hacer lo mismo á todos nos convida.
Suplió la devocion y el placer mudo
De aparato al triunfo soberano,
Y al encumbrado altar, ya no desnudo,
El gran mártir subimos segoviano:
Y bien que el pueblo en procesion menudo,
En pecho grande fue, y amor cristiano,
Donde en solemnidad, música y canto
La misa aquel dia dijo el abad santo.
Y el humilde ermitaño prevenido
Al disfrazado Dios en pan de vida
Con santa confesion, y encendido
Fuego de amor, y pena no fingida
De sus pasadas culpas con rendido,
Animo, y lengua en llanto derretida,
Antes del sacro pan, en el pajizo
Templo esta general confesion hizo.
«Pues ya el Rector del cielo soberano,
Que hasta ahora mis ofensas ha sufrido,
Al término presente de su mano
Para mas gloria suya me ha traido:
Sea el mundo testigo, sea escribano
La fama ya otra vez como lo ha sido
De mis escesos, y al pasado cargo
Junte, si alguno tiene, este descargo.
Y pues ofendí al cielo, y puse al mundo
En riesgo, y al infierno dejé abierta
Para que á cuenta mia su profundo
Vientre de almas engorde, una ancha puerta;
Pues fui el primero sin tener segundo,
Ni haberle de tener, que vió desierta
A España de valor, y sus regiones
Asombradas de bárbaras naciones;
Oyan los cielos, ángeles y santos,
Testigos y jueces de mi vida,
La tierra, el aire y mar, con todos cuantos
En ellos tienen parte conocida:
Oya el infierno en medio de sus llantos,
Y la caterva y plebe denegrida
De almas y negros bultos, que en eterno
Dolor rodea y ciñe el lago averno;
Y todo finalmente el circuito
De la universal máquina criada,
Y sobre todo el español distrito
Como parte mas lesa y agraviada:
Oyan todos, pues todos mi delito
Saben, desde el zenit y zona helada,
Que ciñe á mi primer nacion la frente,
Hasta del Garamante el suelo ardiente;
Como yo el desdichado rey Rodrigo,
Por propias culpas mias declarado
Para verdugo al celestial castigo
Que á la infeliz España ordenó el hado:
De rey que debia ser vuelto enemigo,
De Witiza siguiendo el desenfado
Y vicios que sembró, que yo debiera
Escardar, si el que al reino debia fuera;
Sepan que yo fui solo el instrumento,
Y mi culpa la puerta á tantos males,
Que aunque en el soberano entendimiento
De quien sus leyes toman los mortales,
Para otro oculto y no sabido intento
En tablas estuviesen inmortales
Con roja sangre escritos, y sus nombres
Inmudables al brazo de los hombres;
Yo solo aceleré con mis delitos
La divina justicia, yo imprudente
Graves escesos cometí infinitos,
Y airado hice al rey omnipotente:
Todos contra mí solo están escritos,
Yo solo fui de España el fuego ardiente,
Que al descuido de un rey un reino viene
Al triste estado que ahora España tiene.
Y aunque todos son carga en mi memoria,
Y yo asombro por todos del infierno
(Si el que con su pasion compró mi gloria
No me da libre de su fuego eterno)
El que al discurso de tan triste historia

Siempre mi corazon halló mas tierno,
En mis ojos mas lágrimas, mas tiros
En mi alma, y en mi boca mas suspiros,
Fue de Ataulfo el afeado gesto
Que por leal sacó, y por obediente
De la enemiga Atanagilda en esto,
Como en pasarse en Africa insolente:
Grave delito fue haber descompuesto
Al rey Witiza, y siendo mi pariente,
Con el favor romano, y mis antojos,

Privádole del reino y de los ojos.
Grave delito fue el voraz deseo
De entrar en mi usurpada monarquía,
Y de la torpe vida el vicio feo
Que en mi ofendido reino permitia,
Y el desnudar del belicoso arreo
La invicta España en quien su paz tenia,
Como que yo de intento al triste caso
Del feroz mauro diera llano el paso.
Y entre todas mis culpas la famosa,
Y que mas se descubre, y mas campea
A los ojos del vulgo, la afrentosa
Fuerza y estupro de una falsa idea,
Que á un ciego antojo pareció hermosa,
Y á la triste memoria amarga y fea,
Hija de un traidor conde, que en ser malo
Aun yo el mayor de todos no le igualo.
Y si fue culpa dará la pureza
De mi gótica sangre la africana,
Y dejar Zara ley, reino y riqueza,
Mas por ser mia, que por ser cristiana;
Y la curiosa y bárbara fiereza
De abrir la antigua cueva toledana,
Donde el hado de España estaba oculto
En las espaldas de un mudable bulto;
Y otras ocultas culpas y defetos,
Que al libro de mi vida harán cargo
En públicos sumarios, ó en secretos,
Tras un discurso y un vivir tan largo:
Aunque todos cien años imperfetos
Me cuestan de dolor y llanto amargo,
Siempre que á Ataulfo en la memoria miro,
Con nueva pena y confusion suspiro.
Tanto á un leal criado se le debe,
Y cual este en lealtad nadie le tuvo,
Ni si él viviera del vasallo aleve
La traicion el efecto hubiera que hubo:
Murió como español, mas murió en breve,
Que el cielo que en la vida le mantuvo,
Mientras quiso que el reino mio fuese,
Por quitármele hizo que muriese.
Murió, y no hallando en la agostada España
Brazo á quien dar del campo el cetro honroso,
El salir yo con él á la campaña
En riesgo general me fue forzoso:
¡Encuentro duro de fortuna estraña,
Que sobre el rio Letéo dió espantoso
Vaiven conmigo, y á sus piés con todo
El nombre y pundonor del valor godo!
Ocho veces la lámpara febea
Salió alumbrando el mundo, y ocho veces
La negra sombra de la noche fea
De la luna alteró las blancas teces;
Y tantos dias la mortal pelea,
El sol y las estrellas por jueces,
En España duró, sin durar ella
Mas en su libertad, que en fenecella.
De allí ya viendo que el rigor del cielo
Era, y no otro el azote del castigo,
Sin esperanza de favor del suelo
El campo dejé y reino al enemigo:
Y aquí de angustia lleno y desconsuelo,
Si conmigo venia, dí conmigo,
De un rústico vestido disfrazado,
Que compré por la púrpura y brocado.
Cien cursos ha revuelto el gran planeta,
Que por doce escalones de oro mide
El cerco de la vida, y de imperfeta
Vuelta los demás círculos divide:
Despues que entré á la soledad secreta,
Que en este inculto páramo reside,
Siempre pidiendo, aunque con lengua muda,
A mis culpas perdon y al cielo ayuda.
Y es tan piadoso el Padre soberano,
Que sin mirar del pródigo perdido
La grave ofensa y término villano
Con que á mas no poder se ha reducido,
Con favores de padre, y padre humano,
Regalado y en palmas me ha traido
Hecho otro Benjamin hasta este punto,
Que el premio espero de su sangre junto.
Dióme este rio néctar, y el sustento
Estos almeces, palmas y algarrobos,
Esta secreta cueva el aposento,
El suelo cama, y colchas sus escobos:
Despertando al cuidado soñoliento
De noche los aullidos de los lobos,
Para enviar con dulce desconsuelo
Por mis maitines lágrimas al cielo.
Desta suerte he corrido el curso entero
De un siglo en vida dulce y sosegada,
Llena de paz y de ánimo sincero,
Bien que de algunos miedos asaltada:
Mas fuera de aquel gusto verdadero
De verla en Dios, y por su amor gastada,
Aun en lo natural así regala,
Que la de mas deleite no la iguala.
En santa ociosidad vagando á veces
Por los secretos ángulos del cielo,
O á sus cóncavos, nudos y combeces
Atento contemplando el curso y vuelo;
O á las palmas pidiendo y á las nueces
Sustento y sombras, al florido suelo
Verdes tapides, cantos á las aves,
Aliento al aire, al mar bramidos graves.
En esta ocupacion y este ejercicio
La vida he preparado y la conciencia,
Para dar cuenta della en el juicio
De aquel en quien espero hallar clemencia;
Y ahora mas, pues me vino á ser propicio
En tal trance el gran Santo de Valencia:
Vosotros deste bien nobles autores,
No me negueis con él vuestros favores.
Ayudadme á la fin de la jornada
Los que el cielo hacer testigos quiso
De mi vida presente y la pasada,
Y séale al mundo general aviso:
Que el rey Rodrigo, si dejó manchada
Por incauto su fama y por remiso,
Ya con cien años de continuo llanto,
Si sus manchas lavó no saldrán tanto.
Toda esta magna conjuncion que junta
Favorece á los árabes furores,
Y en Sagitario y su primera punta
Harán los dos planetas superiores;
El fin y el punto de mi muerte apunta,
Hasta ella sola llegan los mayores
Términos del periodo de mi vida,
Si antes no abrevia el cielo la partida.»
Así dijo, y postrándose en el suelo,
En lágrimas el pecho consumido
De humilde contricion, al Rey del cielo
En la hostia santa recibió escondido,
Con tanto gusto y general consuelo,
Que en un profundo rapto suspendido,
Y levantado de la tierra un codo,
Dió el alma á su Criador el postrer godo.
Quedó ya con dos santos la capilla
Hecha del cielo un singular retrato,
Y todos de tan nueva maravilla
Llenos de admiracion y de rebato:
Viendo al rey godo que perdió á Castilla
Morir tan sin grandeza ni aparato,
Cuando en el mundo se tenia por cierto,
Que en él habia cien años antes muerto.
Hízose humilde entierro al rey potente
Conforme el tiempo y ocasion pedia,
En un sepulcro que por mas decente
Dentro labramos de la peña fria;
Donde Mauril, que en todo era eminente,

Un epitafio puso, que decia:
«Aquí yace Rodrigo en este suelo,
Despues que perdió á España ganó el cielo.»
Y en lo mejor del apacible llano,
Y mas acomodado con la ermita.
Fundamos un humilde pueblo ufano
De tener prenda en sí tan esquisita:
Contentos del asiento y temple sano,
Libre de la inquietud, tropel y grita
Del morisco furor, y la insolencia
Del bárbaro gobierno de Valencia.
Y ya contentos con la humilde suerte
Que allí nos arrojó al rincon del mundo,
En vida quieta una agradable muerte
Prometia á todos su calor fecundo:
Cuando la ciega diosa que lo advierte,
Contraria nuestra en el desden segundo,
Cruel quiso acabar de dar sin duelo
Con todo el edificio por el suelo.
Tuvo el rey de Ayamonte Cardiloro,
Padre del que me trajo á mí á la guerra,
Por hija á Glaura del cabello de oro,
Y la beldad mayor que vió la tierra:
Si el cielo al mundo trasladó el tesoro
Alguna vez que en su pintura encierra
En esta mora fue, y sin faltar punto
Allí con su pincel lo puso junto.
Nacieron Cardiloro, y esta hermosa
Medalla de beldad y de desdicha
Juntos, debajo alguna peligrosa
Combusta radiacion sin luz ni dicha:
Solo Saturno en casa venturosa,
Venus del todo muerta y entredicha,
Y los demás planetas por los signos
Menos proporcionados y benignos.
Era Zafira de los dos infantes
Tia, y supersticiosa hechicera,
Que por agüeros, rayas y semblantes
La ventura alcazaba venidera:
Esta entre varias cosas disonantes
Una vino á sacar por verdadera,
Que serian ambos muertos por engaños
De amor en lo mas tierno de sus años.
A Cardiloro ayer costó la vida
El cauteloso robo de mi hermana,
Pues de la suya oid la nunca oida
Desgracia, y sin sazon muerte temprana;
Vereis que no hay lazada desasida
De nudo y de pendencia soberana,
Ni á poder trastornar la órden del cielo
Las fuerzas llegan ni el saber del suelo.
Cuando Hércules abrió por el estrecho
De Gibraltar la puerta á los dos mares,
No quedó luego todo el golfo hecho,
Ni hundidos de una vez tantos lugares;
Que algunos altibajos trecho á trecho
Hechos quedaron islas y lunares
De aquella su canal angosta y brava,
Donde no asentó el golpe de la clava.
Destas las islas Verdes fueron unas,
Que Afrodisias llamó la edad pasada,
Y en floridos vergeles á ningunas
Iguales cercos dió la mar salada:
Aquí entre estanques, flores y lagunas,
Sobre una peña de cristal cuajada,
De la maga Zafira en largo espacio
La fábrica ocupó del real palacio.
Aquí se retiró la astuta mora
Con la hermosa Glaura su sobrina,
Glaura infeliz, y desdichada autora
De una triste tragedia repentina:
Crióse oculta allí como la aurora
Entre aljófares, rosas y neblina,
Que cuando sale á despertar el dia
Cuantos la miran viste de alegría.
Así sucedió á Glaura, que escondida
En la isla Verde nadie supo della,
Hasta que ya, la maga consumida,
El rey la trajo, y á su córte en ella
Todo el deleite y gusto de la vida,
Pues nadie la miró, que en solo vella,
De sus alegres ojos al bullicio,
El alma no ofreciese en sacrificio.
Cuando su luz por todo el horizonte
Hacia de la propia y gente estraña
Rica la humilde córte de Ayamonte,
Y famosa en las de Africa y España,
Un fiero nieto del antiguo Almonte,
A quien Roldan mató en una montaña
Por incapaz de amor y hombre furioso,
Llamado Boacel el desdeñoso;
Este allá en Tremecen por Agolante
El principado de Aregol tenia,
Cuando de Glaura oyó el nombre triunfante,
Que la fama en su córte lo estendia:
Y en tal punto le oyó, que fué bastante
A quitarle el sosiego en que vivia,
Y antojado sacarle de su tierra
A buscar la que ausente le hace guerra.
En loco aplauso, en aparato y galas
Tras su amorosa empresa salió el moro,
Y dando al viento de un navío las alas
A la córte arribó de Cardiloro;
Donde por nuevas no del todo malas
Supo que Glaura del cabello de oro,
De la córte y su tráfago enfadada,
En el Algarbe estaba retirada,
En una casa de placer, tratando
Con sus damas de caza y montería,
Sin saberse de cierto el tiempo cuando
A la ciudad del campo volveria:
Boacel que en su aficion se está abrasando
En sus deseos mas dentro cada dia,
A un ciego antojo que razon no escucha,
Cualquier pequeña dilacion es mucha.
Y así con nombre de ir tambien á caza,
Y conocer del reino las fronteras,
Con gran tropel de gentes de su raza,
Berberiscas, indómitas y fieras,
De Ayamonte salió buscando traza
De descubrir á Glaura sus quimeras:
Llegó á la casa de placer, y hallóla
Por daño nuestro el impaciente sola.
Que un dia antes la infanta habia salido
Por el áspero Algarbe á montería,
Y el insufrible moro desabrido
De tanto azar como en su antojo via,
Haciendo del gallardo y atrevido
Cercar el monte quiso, y ver si habia
Modo para que su ánimo robusto,
Pues que todo es cazar, cazase gusto.
Salió, y el desvariar de la fortuna,
Que el mundo guisa del sabor del hado,
Huyendo el pantanal de una laguna
Con él dió en nuestro pueblo descuidado:
De humildes chozas sin defensa alguna,
En triste sitio y puesto desgraciado,
Y á los que da en seguir la desventura,
Aun donde ya no hay mundo los apura.
Sobresaltóse el moro de repente
Viendo la humilde poblacion, y viendo
Ser allí nueva, y de cristianos gente,
Furioso en ella dió un asalto horrendo,
Destrozando la mísera inocente,
Que del peligro valenciano huyendo
Por tantos mares, y rodeo tan largo,
Allí á buscar llegó su fin amargo.
No dejó el mauritano furor ciego
Rastro de nuestro pueblo ni memoria,
Que de casas y gente á sangre y fuego

Las luminarias hizo á su victoria:
Algunos reservó, no humilde ruego,
Mas pomposa ambicion y vanagloria
De dar blason á su sangrienta traza,
Y á Glaura los despojos de su caza.
A mí, ó fuese que el hábito de moro
Con que salí de la prision de Abdalla,
Me hiciese parecerlo, y por decoro
Del me diesen la vida en la batalla;
O que el autor del cielo en quien adoro
Quiso para traerme aquí guardalla,
Yo al fin con otros dos salí del fiero
Imprudente Boacel por prisionero.
El resto, como en caza de inhumanas
Fieras, por entre peñas y agujeros,
A las manos murieron africanas
De aquellos implacables lobos fieros:
Sin que el humilde ruego, ni á las canas
De Mauril, ni sus santos compañeros,
Que de rodillas les pedian rendidos
Las vidas diesen, ni piedad, ni oidos.
El alarido y grita que volaba
Del vulgo al cielo, á quien favor pedia,
Aunque en quebrados ecos, donde estaba
Glaura llegó, y su hermosa compañía:
Y la que á ver medrosa se acercaba
De adonde el triste lamentar salia,
Viendo la mortandad, á rienda suelta
Huyendo de temor daba la vuelta.
Mas el furioso nieto de Agolante,
Que conoció las cazadoras bellas,
Con la victoria y el amor triunfante
Alegre por el bosque entró tras ellas:
Y en lo mas fresco dél, poco distante
Del asolado pueblo, halló entre ellas
El bello brio de Glaura, que en el mundo
Por aquel tiempo no tenia segundo.
Quedó el moro de nuevo sin sentido,
Y acariciado de la bella dama,
Por bien pagado dió lo que ha servido
Hasta aquel punto á cuenta de su fama:
Y ya en su mismo amor desvanecido,
En su alma adora la sabrosa llama
Que allí le trajo, y el dichoso sino
Que de gozar tal bien le hizo dino.
Contóle bravo el arrogante hecho,
Presentándole todas las cautivas,
Que dijo haber guardado por cohecho
De su gusto, y no de otro intento, vivas:
Y que á mí, de mi talle satisfecho
Solo queria por paje, y con altivas
Palabras, lleno de su vano antojo,
Dió á los suyos el resto del despojo.
Puso la mora en mí los ojos bellos,
No se si todo fue sospecha mia,
O gran descuido suyo, yo vi en ellos
Que nada mi presencia la ofendia:
Y en la inquietud de huillos y volvellos,
Ya la de su alma y corazon leia,
Entre algun quebrado ay, de aliento entero,
De su nuevo cuidado pregonero.
Preguntóme mil cosas con cautela,
Hijas del gusto de hablar conmigo,
Mi edad, mi patria, sangre y parentela,
Y quién me hizo de aquel pueblo amigo:
Cosas sueltas sin causa, en que revela
Amor á veces mas de lo que digo,
Gustando de todo ello el ignorante
Bárbaro inadvertido, y ciego amante.
Pasóse en esto el resto de la tarde,
Y venida la noche el moro hizo
Con sus bajillas de oro rico alarde,
Y banquete á su gusto antojadizo:
Y como el fuego que en las venas arde
Del amor con la gula se rehizo,
Consumió la humedad, y huyó el sueño
De las vivas congojas de su dueño.
Y no hallando parte de reposo
En la pluma y quietud del blando lecho,
De su tienda salió el moro vicioso
A ver la de su dama sin provecho:
Al tiempo que ella en un disfraz hermoso
Con igual inquietud salia en el pecho,
Quizá á buscar su antojo y devaneo
Que esto y mas que esto cabe en un deseo.
No se pudo saber de la salida
A tal hora de Glaura cosa cierta,
Ni adonde en tal disfraz desconocida
Iba de noche, y sin por qué encubierta:
Si ya no fue que sin pensar metida
En nuevo ardor de pretension incierta,
Tras el devanear del pensamiento
Salia, sin saber dónde iba, á tiento.
Descubrió el moro el bulto denegrido
De la amada beldad sin conocella,
Y viendo que al hablalla y al ruido
Atrás volvió lo temerosa huella,
Sospechando traicion, un prevenido
Venablo le arrojó, que dió con ella
En el suelo, clavado el blanco pecho,
Que al tiempo hizo hermoso sin provecho.
«¡Ay de mí, dijo, desdichada, y muerta
En lo mejor del gusto, y de mis años!»
Acudió el homicida á ver la incierta
Causa de desvarios tan estraños:
Y vió la luz de sus deseos cubierta
De sangriento arrebol, y los engaños
De su imaginacion deshechos todos
Por tan contrarios y no vistos modos.
Quedó pasmado, la color difunta,
Y todos juntos en desgracia tanta
Corren á ver la miserable junta,
Que en torno se hace de su triste infanta:
Y ella clavada en la acerada punta
Tan bella está, que aunque mortal espanta,
Rodeada de sus damas, cuyo llanto
Es á la noche horror, y al bosque espanto.
Llegué tambien yo á vueltas, que la suerte
Me llevó con los otros á ayudalla;
Y viéndome llegar, trabóme fuerte
De la mano, y al tiempo de apretalla:
«¡Ay causa, dijo de mi triste muerte!
Si la vida perdí yendo á buscalla,
No pierda...» y no acabó, que en esto el filo
De la parca cortó al estambre el hilo.
Quedamos todos muertos viendo muerta
La bella infanta, mas Boacel furioso,
Que en su muerte sintió la suya cierta,
Ya con semblante horrible y pavoroso,
La aguda punta de arrebol cubierta,
Que caliente sacó del pecho hermoso,
Que á tal trance le trajo y á tal punto,
En el suyo escondió, y cayó difunto.
Doblóse el llanto, el alboroto y grita
Tal con la nueva muerte, que un retrato
De infierno el bosque fuera, si infinita
Su pena fuera, y no de un breve rato:
Fuese la noche, y vióse en sangre escrita
La celestial venganza al desacato
Hecho al Patron de aquel dichoso suelo,
Que así á los de su córte venga el cielo.
Quisieron dar los moros sepultura
Del sacro monte en un florido cerro
A los dos cuerpos juntos, fue locura,
Y el segundo añadir al primer yerro:
Que la amistad de un malo no es segura
Aun en la fria huesa y mudo entierro,
Al contrario del bueno, que convida
Como Eliseo al muerto con la vida.
Y como á defender á los superbos

Hijos de confusion el desacato
De dar del torpe amor á los dos siervos
Sepulcro ilustre en fúnebre aparato,
Un sombrio escuadron de negros cuervos
A dar bajó sobre ellos cruel rebato,
De cuyos picos y ásperos artejos
El de mas compasion huyó mas lejos.
Y ellos como verdugos enviados
Para aquel fin del celestial gobierno,
Los cuerpos, cuyas almas y cuidados
Son lóbregos tizones del infierno,
En espantoso vuelo arrebatados
A un pardo risco por castigo eterno
De sus delitos, y el furor tirano
Del sin fe ni piedad rey Agolano;
Los llevaron, y allí sobre ellos puestos,
Entre el carrizo y huecas espadañas,
Con gritos atronando descompuestos
La postrera quietud de las Españas,
Puerta á los fuegos dieron deshonestos,
De que ya fueron hornos sus entrañas,
Entrando con los picos dentro dellas,
Hasta mostrar su hollin á las estrellas.
Asi en el yerto risco peñascoso
Del inclemente Cáucaso se estiende
A roer el pecho al escultor curioso
El buitre horrible que sobre él desciende:
Y el escuadron de arpías asqueroso
Así en Arcadia al ciego rey ofende,
Arremetiendo con las corvas presas
A asir el pan, y trastornar las mesas.
No están sobre el cadáver recien muerto
Mas importunas moscas asentadas,
Cuando del asqueroso horror cubierto
El tibio humor le enjugan á picadas;
Ni cuando el campo de Ilion desierto
Dejaron las argólicas espadas,
De muertos lleno y de sangrienta espuma,
De cuervos vió ni buitres mayor suma.
Dieron las corvas uñas á los ojos,
Y espanto á los que allí quedaron vivos,
Que fueran á no huir nuevos despojos
De sus presas y artejos vengativos;
Pues si algunos con bárbaros antojos
De armas se visten y ánimos altivos
Para librar su rey de aquel tormento,
Vencidos vuelven de su vano intento.
Y no solo á ellos, mas la córte entera
Del rey, que allá en Zalama fue prolija,
Y en triste luto y lóbrega litera
Llevar el cuerpo quiso de su hija;
El negro enjambre y gente vocinglera
Con importunos vuelos los cobija,
Haciendo que de ver su horror medroso
Huyendo vuelva el pecho mas brioso.
Dejáronlos allí al tormento horrible,
Y á libre voluntad de los soldados,
A guardar el alcázar invencible
Del mártir de Segovia acostumbrados:
Desde el sangriento golpe del terrible
Daciano, que sus miembros arrojados
En la playa dejó, y negó á Valencia
Para enterrarle en su arenal licencia.
Allí el ave de Apolo hizo la vela
Sobre el sagrado cuerpo, y allí estuvo
En cuidosa y perpétua centinela,
Y campo á todos con su fe mantuvo:
Y ahora tambien en su defensa vuela
Sobre su sacro monte, y al que tuvo
Animo de ofenderle, se presume
Que en eterno tormento le consume.
Yo desde allí en poder de Cardiloro
Quedé por suyo, y él en noble trato,
Sirviéndose de mí no como moro,
Aquí me trajo, donde en el rebato
De anoche quedó muerto, y el sonoro
Discurso de mi vida, y su retrato
Es este, y este el áspero rodeo
Al bien que ahora sin pensar poseo.»

ALEGORIA.

Orlando, que saliendo á caza, queda tras el gusto de su novela perdido y engañado por Garito, significa que muchas veces el entendimiento, por divertirse en curiosidades sin provecho, queda perdido, y llevado de un error en otro hasta perecer. Y en el encantamento de sus amigos convertidos en estátuas de oro, como la avaricia es un vicio tan torpe, que vuelve á los hombres estátuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En la historia de Roselio se ve lo mucho que importa el tener devocion con los santos: y como el desacato que se les hace, y el agravio hecho al inocente, pocas veces deja el cielo de castigarlo, y en el rey Rodrigo los soberanos efectos de la penitencia.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

Argumento. Describese el gran aparato de las fiestas de Francia la ferocidad de Morgante rey de Córcega, y las bravezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en cantar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica la bella, princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde se escapa nadando sobre una entena.

Así Roselio en su sabrosa historia
Los que oyéndole están entretenia,
En el sentido haciendo y la memoria
Una mezcla de pena y de alegría:
Del santo rey la conocida gloria,
El trágico furor de Berberia,
Del uno y otro amante el desatino,
Y el justo premio de sus culpas dino.
En tanto con las fiestas aplazadas
El francés hinche de alegría la tierra,
Desde el frio golfo y gentes apartadas
Que el encubierto mar Gótico encierra,
Hasta donde sus ondas abreviadas
Del Calpe rompen la encumbrada sierra,
Alborotando su clarin bastardo
La ardiente sangre al pecho mas gallardo.
La Gran Bretaña al templo de la fama
Dió en otro tiempo bellos resplandores,
Cuando al guerrero dios la blanda llama
Del dulce amor templaba los furores:
No habia jayan feroz sin tierna dama,
Casados con las armas los amores,
Lleno aquel rico mundo de altos hechos,
De ilustres brazos, y de heróicos pechos.
De héroes famosos llena la presencia
Del siglo que hoy asombra su memoria,
Del antiguo Merlin la grave ciencia,
De Artús la mesa, de Amadis la gloria;
Del rey Perion la ilustre descendencia,
Del triunfo del honor famosa historia,
Viviendo aunque en dos cuerpos con un alma
El tierno mirto y la triunfante palma.
Por las selva de Ardenia á sus venturas,
En pomposa beldad y altiva frente,
Pasar solian tiernas hermosuras,
Tascando en oro el palafren ardiente:
Encerradas aun hoy no están seguras,
Que á un rayo de metal resplandeciente
Viene en la cuadra de mayor recelo
Danae rendida, y su recato al suelo.
Aun no el ciego interés con su codicia
La fe tenia cual hoy tiranizada,
Ni habia entonces parido la avaricia

Los monstruos que hoy la tienen afeada,
Ni del picante Momo la malicia
La casa daba del honor manchada,
Todo era gentileza y gallardía
Cuanto en el mundo y en su gente habia.
El siglo de oro pudo ser llamado
De aquella edad el tiempo venturoso,
Cuando del mayor rey la honra y estado
En ser valiente estaba y generoso:
Mas no, que el siglo nuestro es el dorado,
Y el mundo hoy en sus cosas mas precioso,
Donde el oro ha llegado á tanto lustre,
Que es obscura sin él la sangre ilustre.
El rey Carlos tambien gozó gran fama,
Insigne córte, y bravos caballeros,
Mas como les faltó de amor la llama,
No pudieron llegar á los primeros;
Que los que el vulgo paladines llama,
Y yo príncipes de ánimos guerreros,
Son hombres encantados, que su hechura
De humana tiene sola la figura.
Orlando el principal capitan dellos
Era, segun la fama, hombre encantado,
Velloso el cuerpo, y ásperos los vellos,
De hombros metido, de color tostado;
Turbiós los ojos, duros los cabellos,
Gruesa la barba, el pelo ensortijado,
De miembros mas fornidos que elegantes,
Y de fuerza mayor que dos gigantes.
Reinaldos fue tambien un hombre esquivo,
De ánimo y corazon determinado,
Ambicioso, sagaz, astuto, altivo,
Colérico, atrevido y recatado:
Pocas veces de amor se vió cautivo,
Ni supo á tiempo amar, ni ser amado;
Flordelís fue testigo, y lo es con ella
El tierno amor de Angélica la bella.
Los demás belicosos paladines
De altivez fueron y soberbia llenos,
Conquistando á la fama sus clarines,
Su tierra al mundo, y á la mar sus senos:
Tibios al dulce amor, de cortos fines,
Que para amores nunca fueron buenos,
Hombres duros, incultos y feroces,
De fieros pechos, y ánimos atroces.
Si el gallardo Ruger fue tierno amante,
No era en nacion francés, era africano;
Si supo amar la bella Bradamante,
Una temprana flor no hace verano:
Esta sin otras dió causa bastante
De las hadas al claustro soberano,
Que alegre acariciando al pueblo moro
Contrario fuese de los lirios de oro.
Así tambien el ordinario oficio,
Que en la córte de Francia se sabia,
Era de armas el áspero ejercicio,
Que su nacion colérica pedia:
Y entre el cansado Marte y su bullicio
Apenas rayo del amor salia,
Que mejor siempre las francesas flores
En armas aprobaron que en amores.
Y en justas ahora de placer metidos
Su tierra miran de alegría poblada,
Los circunstantes reinos conmovidos,
Con grandezas la fama sobornada:
De la imperial ciudad por los ejidos
La milicia del mundo está sembrada,
Que á varios fines, por diversos modos,
A la voz de la fiesta acuden todos.
Lleno el país de plásticos soldados,
Ricos penachos por los yelmos puestos,
Sobre recios frisones de encrespados
Plumeros de oro y chapería compuestos:
Almas fogosas, pechos arriscados,
Por cualquier aire á se arriesgar dispuestos,
Que la francesa cólera, el mas gravo,
Aunque la quiere reportar no sabe.
Quién de una bella infanta al diestro lado
Lleva en su nuevo amor gusto cumplido,
Quién en el bosque oculto el bulto amado
Llorando halló el agravio recibido,
Quién á cobrar el ya perdido estado
Su brazo ofrece y su favor cumplido,
Y contra el gran poder fuerza bastante
De obscuro mago, ó descortés gigante.
Unos en negro luto andas doradas
Llevan entre el bordado terciopelo
Un muerto rey de tierras apartadas,
Que pidiendo venganza viene al cielo:
Que siempre acude á fiestas tan nombradas
Buscando fama lo mejor del suelo,
Donde se desagravian ofendidos,
Y se suelen cobrar reinos perdidos.
Otros de armas y yelmos encantados,
Nacen, viven y mueren en cuestiones;
Otros de tierna cera, hombres cansados,
De duro cuerpo y blandos corazones:
De dia por los desiertos abrasados,
De noche por estériles terrones,
Que la guerra y amor piden de fuero
Para sufrir su vida hombres de acero.
Cuál con la bella imágen de su dama
Resplandeciendo lleva el ancho escudo,
Cuál un pardo dragon en roja llama
Despedazando un corazon desnudo,
Cuál parlero clarin de altiva fama
Vuelto por falta de una pluma mudo,
Que la lanza mayor por sí no alcanza,
Sin quien ayude al cuento de la lanza.
Las selvas, los desiertos, los caminos
De desafios llenos y revueltas,
Combates, bregas, riñas, desatinos,
Dulces pasiones en locura envueltas:
Unos lanzas buscando, otros padrinos,
Otros justas de galas, y otros vueltas
Las espaldas á todos sus cuidados,
Van en el de su amor embelesados.
Está en medio de Francia París puesta,
Ciudad insigne, córte populosa,
De edificios bellísimos compuesta,
En letras y armas clara y poderosa:
Y ahora en la voz de la aplazada fiesta
En placenteras galas tan vistosa,
Que no hay rincon en ella que no sea
Deste insigne aparato su librea.
Las torres, los balcones, las ventanas
Ardiendo en luminarias inmortales,
Cuya luz á las máscaras livianas
Alegre vista da y sombras iguales:
Llama el clarin, responden las campanas,
Al atambor sonoros atabales,
Y alegres chirimías y cornetas
Al tropellado son de las trompetas.
Vanse por todas partes ensayando
Hombres de armas, bridones y ginetes,
De relámpagos de oro el aire blando
Cubriendo los grabados coseletes:
Entre el bruñido acero tremolando
Plumas, bandas, banderas, gallardetes,
Ricos despojos del vencido moro,
De perlas llenos, y de cifras de oro.
Las calles y las plazas tan cubiertas
A todas horas van de gente armada,
Que el ronco estruendo y súbitas reyertas,
Ni oir consiente, ni entenderse nada:
De la insigne ciudad las francas puertas
Dando seguro paso y libre entrada
A varia gente en ciegos escuadrones,
Sin mirar leyes, ni aceptar naciones.
Aquí tablados hacen y estacadas,

Allí palenques, acullá barreras,
Altos andamios, firmes palizadas,
De varias trazas fuertes y maneras:
Quién limpia el corvo escudo, quién grabadas
Armas, sillas, penachos y testeras,
Quién en jaeces de oro y paramentos
Labra á su amor costosos pensamientos.
Quién da de tembladora argentería
A su plumero varios resplandores,
Quién graba un limpio arnés, quién desafia
Y vence la iris bella en sus colores,
Quién la antigua bisarma, que servia
De inviolable blason á sus mayores,
Descuelga ya de mármoles estraños,
Donde la guardó el tiempo largos años.
Es el concurso grande, y la agonía,
Varia, varios los pechos valerosos,
Que en noble empresa es honra la porfia,
Y señores del mundo los briosos:
Llegan mil aventuras cada dia,
Sucesos de armas, lances amorosos,
Justas y desafios de gigantes,
Pruebas de amor, y casos semejantes.
Al venidero mes que abre las flores
La fiesta principal está aplazada,
Que entre las rosas brotan los amores,
Y fiestas sin amor no valen nada:
Si algun azar no entibia estos furores,
Gala el mundo no vió mas señalada,
La fama lo dirá... que un jayan fiero
Ahora á mi pluma lleva el vuelo entero.
Está del mar Ligústico cercada
Córcega dicha Cirno antiguamente,
Aspera, peñascosa, mal sentada,
De mal clima, mal suelo, y mala gente:
Del gran jayan Morgante gobernada,
Que en una roca sobre el mar pendiente
Su inespugnable alcázar se levanta
Con que á la isla enfrena, al mundo espanta.
Del pardo Bronte, que en la estrecha altura
De Meliguna un tiempo tuvo fragua,
Por recta línea y sucesion no obscura
Así la suya el tiempo antiguo fragua:
A Scila en su primera hermosura
El cíclope gozó dentro en el agua
De su madre Anfitrite, y della tuvo
Al fuerte Auson, y al inclemente Onubo.
Mató Onubo á su hermano, y de un pequeño
Niño, que de Dorisca dejó al mundo,
Llamado Lipar, el humilde isleño
De Lipara heredó nombre segundo:
Deste nació Ligusto, que en empeño
Tambien dejó su nombre al mar profundo,
Naciendo Cirno dél, y deste Almonte
De Onubo abuelo, y del segundo Bronte.
De Bronte fue Dorisco descendiente,
Y Fulborando padre de Morgante,
Que heredó el reino y la soberbia gente
De Córcega, y fue hermano de Bramante,
Que huyendo dél por de ánimo inclemente
A Toledo pasó, y fue vano amante
De Galiana, y este en este modo
Es del rey corzo el real linaje todo.
Hácia la áspera costa al mar profundo
Hoy levanta un peñasco la cabeza,
Que en otro tiempo anduvo por el mundo
Hecho hombre, y de mortal naturaleza:
Quien de su primer ser sacó el segundo,
Y sus miembros vistió de tal dureza,
Yo lo diré despues, que ahora quiero
Al bravo corzo retratar primero.
Era un marino risco en estatura,
Cuerpo abultado, músculos fornidos,
Anchas espaldas, gruesa la cintura,
Larga y corva nariz, ojos torcidos,
Verdinegro en color, basto en hechura,
Barba y cabellos crespos y tupidos,
Y de tan firmes fuerzas, que pudiera
Mudar un monte, si mudable fuera.
Una ancha cimitarra que jugaba
De blancos filos un quintal tenia,
Conque del primer golpe destrozaba
Entero un hombre y dos y tres partia:
Y á este respecto lo demás llevaba
Del reforzado arnés que se vestia,
Asaltando arrogante un campo entero,
Ora armado de seda, ora de acero.
Trazando un dia en su ánimo orgulloso
Cómo en Francia esgrimir podria su maza,
Y en sus fiestas hacer su brazo airoso
El general espanto de la plaza:
A sus piés puesto un mensajero odioso
Con triste nueva humilde los abraza,
Y el golpe le encarece furibundo
Con que el cruel Bramante huyó del mundo.
Dejóle el nuevo caso embelesado,
En el cómo y el cuando cuidadoso,
Mas vuelto en sí de aquel primer cuidado
Impaciente se muestra y desdeñoso:
Y de un cruel furor arrebatado
Cuanto delante está rompe furioso,
Todo lo hace igual, nada perdona,
Gente, vestidos, armas, ni persona.
Cual sierpe antigua en siesta calurosa,
Hácia el terron que le arrojó el villano
Se alza, silba, y revuelve la escamosa
Concha sembrando muertes por el llano:
Y á la garganta y lengua ponzoñosa
Del mortífero pecho saca en vano
(La sed prolija que sufrió en su cueva,
Y oculta allí para matar la lleva.)
Asi del torpe desabrido pecho
Del bruto rey de Córcega revienta
En rabioso furor veneno hecho,
En que el confuso corazon alienta:
Y al que la nueva trajo sin provecho
En debidas albricias de su afrenta
(Las que le dió den siempre al que se ceba
En ser correo de una mala nueva.)
Del débil pié le coge, ¡estraño aliento!
Y á dos veces que el brazo da la vuelta,
En triste ruido por el sordo viento
Va cual de rústica honda piedra suelta:
Bajó buscando el húmedo elemento,
Y el agua blanda en crespa espuma vuelta
Recibió el cuerpo en peña convertido,
Ya por el aire enjuto endurecido.
Que cual de estrecho frio detenida
Nube en el hueco viento congelada,
En blanca nieve baja endurecida,
Y en menudos vellones apretada:
O cuando á duros globos reducida
En aljófares gruesos cae llorada,
Sin sangre el cuerpo así del miedo helado
En duro pedernal cayó trocado.
Y allí la humana forma consumida
Quedó en medio la mar vuelto roquedo,
Que quien por mucho andar perdió la vida,
Justo es que para siempre se esté quedo:
Así este cuento, ó fábula fingida,
El vulgo canta en Córcega sin miedo
Que lo tenga por tal, siendo lo cierto
Que el correo fue sobre aquel risco muerto.
Que descendiendo por el aire blando,
A quien la ira del cruel gigante
Sin alas hizo penetrar volando,
Nombre al risco le dió, bulto y semblante:
Y él todavía en su furor bramando
Con ánimo impaciente y arrogante,
Sin que respeto ni temor le ocupe,

Torpes blasfemias contra el cielo escupe.
Mas por alegre ornato, ó por decoro,
Que por la religion, ni su cuidado,
De los Penates el casero coro
De su cuadra un altar tenia dorado:
Y aunque en precio y valor era un tesoro,
De la avenida del furor llevado
La rabia estrenó en ellos de manera,
Que ninguna deidad le quedó entera.
De Júpiter un nuevo Icaro hizo,
Que al turbulento mar bajó volando;
A Venus y á su hijo antojadizo
Dos Leandros que á Sesto iban nadando;
A Marte entre las manos le deshizo,
Y mejor lo hiciera peleando,
A Vulcano arrojó con tal enojo,
Que de ambos piés al caer le dejó cojo.
No hicieron tanto estrago los gigantes
Del monte Pelion en su antigua guerra,
Licaon, y otros mónstruos semejantes
Que contra el cielo levantó la tierra:
Como en sus simulacros elegantes
La ira que el pecho de Morgante encierra,
Que en una hora rompió mas dioses viles,
Que en mil años criaron los gentiles.
Y de impaciencias lleno, y de despecho,
Una horrible venganza determina,
Contra la afrenta y el agravio hecho
Del gran Bronte á la real sangre divina:
Y en este fuego ardiendo el turbio pecho
A pié y sin armas para el mar camina
A destruir el mundo por España,
Y es poco el mundo en que vengar su saña.
Solo, sin lanza, espada, ni escudero,
Ni mas que el ciego ardor que le seguia,
Al turbio mar en un batel ligero
Furioso se arrojó, y furioso envia
El barco sin timon ni marinero
Por el confuso piélago sin guia,
En señal que con ánimo iracundo
Esta vez acomete á todo el mundo.
Mas ya el soberbio mar tambien hinchado
Se fue en verse pisar embraveciendo,
Y el jayan de sus olas afrentado,
Que haya otra mayor furia está temiendo:
Y así en su enojo cruel precipitado
Lanzarse quiere por el golfo horrendo,
Y á pesar de los vientos y su guerra

Salir del ciego mar á hundir la tierra.
Mas viendo el sordo piélago que hervia
En perjuicio de su loco intento,
Rabioso contra el cielo se volvia,
Contra la fe, contra la mar y el viento:
A sus cobardes dioses desafia,
Al mar escupe el destemplado aliento
Del aire á grandes voces embravece,
Con que su rabia y la tormenta crece.
Rompió ya de una vez Neptuno el freno,
Y á las turbias estrellas se levanta
Corrido en ver que de su hondoso seno
La furia al mundo, y no á un gigante, espanta:
Y el frio soplo de tormentas lleno
Las velas hiere con braveza tanta,
Que es su hinchada soberbia semejante
Al ciego error del bárbaro Morgante.
Seis dias anduvo sin ningun sentido
Tras varias esperiencias de fortuna,
Ya entre las crespas olas sumergido,
Ya por la humilde arena, ya en la luna;
Hasta que el turbio mar mas corregido
Del viento no mostró señal alguna,
Poniéndole á él entre bajeles varios
De una enemiga flota de corsarios.
Corria á barlovento de un navío,
Que á esperar su intencion paró sin miedo,
Y el corzo viendo el aparente brio
Tambien por ver el fin se estuvo quedo;
Cuando vió que en confuso desvarío
Al barloarse con igual denuedo,
Como enjambre de abejas importuno
Innumerables leños cercan uno.
Morgante que entendió la demasía
Del duro asalto al combatir primero,
Ardiendo en los deseos que traia
De abrasar con su llama el mundo entero:
Contra toda la flota que venia
En su barquillo arremetió ligero,
Que sin armas, á coces, y á bocados,
Todos pensó dejarlos anegados.
La gruesa entena del primer navío
Furioso toma cual delgada caña,
Y con mandobles della, y de su brío
Destrozo hace y mortandad estraña:
Cunde la rabia, crece el desvarío,
El furor ciego, la indomable saña,
Y de cualquiera de sus golpes fieros
Deshace y hunde los navios enteros.
Unos sin vida, otros sin figuras,
Muertos deja unos, y otros atronados,
Otros los huesos, carne y coyunturas,
Molidos, hechos masa y aplastados:
Arboles, gavias, jarcia, obencaduras,
Grumetes, marineros y soldados,
Como granizo sin dolor ni pena
Derriba, y caen á palos con la entena.
Así en la antigua Arcadia encina dura,
Que á veces varear suele el villano,
De gajos y bellota no madura
A recios golpes cuaja el fértil llano;
Y fruta, ramas, hojas y verdura,
Todo lo iguala su pesada mano,
Y si la hambre crece y la molina,
Desmocha y quiebra á palos media encina.
Echó un navio á fondo en dos pedazos,
Y á otros cuatro rompió jarcias y entenas,
A cuál sin piernas deja, á cuál sin brazos,
Y á cuál las manos de los sesos llenas:
Atropellando estorbos y embarazos
La capitana asió por las cadenas,
Y hubiera al saltar dentro por un lado,
Si él no la enderezara, zozobrado.
De humilde vulgo y torpes marineros
Sin defensa mayor la halló cargada,
Y de su entena á dos redobles fieros
Toda en el primer círculo escombrada:
Unos al agua, y otros mas ligeros
Volando van por cima de la armada
A buscar su caudillo, que se halla
Del abordado barco en la batalla.
Con un gran capitan que en él traia
El supremo lugar por su braveza,
Y en su ancho escudo un rojo leon que hacia
Blason á su invencible fortaleza;
Y él con la diestra espada que esgrimía
Por muestras de su brío y su destreza,
A sus sangrientos piés tenia rendidas
De los mas bravos las mejores vidas.
Al tiempo que el jayan subió al navío,
En su contrario el franco caballero
Echó de un golpe dos con mortal frio,
Y ahogó el orgullo en el que entró primero:
Y á este, y aquel, y al otro quita el brio,
Manchando en roja sangre el limpio acero
En varios modos, que es su brazo fuerte
Diestro en dar mil figuras á una muerte.
Cayó un mortal desmayo en el ruido
Que en torno hacia la confusa armada,
Viendo su incauto general caido,
Y su esperanza sin sazon cortada:
Lo mejor de sus fuerzas destruido
Del filo agudo de una sola espada,
Y del cruel jayan la fuerza altiva,
Que ahora de nuevo en su favor arriba.
Y él heredando del contrario muerto
El corvo alfanje y el valiente escudo,
Por entre la canalla sin concierto
Sembrando muertes va su filo agudo:
Cuál hasta las entrañas cae abierto,
Cuál sin piés acabar de huir no pudo,
Cuál sin brazos se halla, cuál se queja
Con solo un brazo, un hombro, y una oreja.
Aquel antes ocioso, ya ocupado
En volver las entrañas á sus senos,
Mira otro que cabe él se halla admirado
De verse la mitad del cuerpo menos:
Uno su diestro brazo destroncado
Busca, y viendo sobre él tantos ajenos,
Mientras le encuentra la segunda herida
El otro le arrebata con la vida.
El rudo Telamon, cuando en venganza
De su agravio asolaba el campo griego,
Y en furiosa locura su pujanza,
Ni admitia escusa, ni escuchaba ruego;
Ni hizo mas riza ni mayor matanza,
Ni se vió con su cólera mas ciego,
Creyendo al golpe de su ira necia
Ser los testuces príncipes de Grecia.
Que en igual ó mayor carniceria
De Córcega se via el rey brioso,
Tal que á todos los ojos parecia
Entre manso ganado leon furioso:
Y cuando mas la mortandad crecia,
Mas el combate crece peligroso,
Que por mil partes los navios corsarios
Gente llovian infiel en los contrarios.
Seis medios signos el herir primero
Durado á costa del corsario habia,
Cuando de lejos un navío velero
A dar sobre ellos vieron que venia:
Ninguno lo juzgó por buen agüero,
Lo mas del caso se verá otro dia...
Que de Bernardo aquí la heróica fama
Mi humilde musa á nuevas voces llama.
Con él deje á Orimandro en su ejercicio
Pintando en su afliccion dulces dolores,
Que este es de un triste el ordinario oficio,
Y el amor grande escuela de pintores:
Dejéle de escuchar, porque es indicio

De no acabar jamás tratar de amores,
Mas ya aquí me conviene oirle un poco,
Pues no es él solo deste tema el loco.
Volvian á la gran Creta navegando
Lo que en contrario tiempo han descaido,
De un bordo y otro el crespo mar surcando
Con el jaloque el tramontana asido,
Y el rey de Persia su dolor contando
Así á Bernardo lleva entretenido:
«La fatal brasa en aire consumida
Sin resplandor quedó, Dúlcia sin vida.
Desta muerte infeliz el golpe estraño
Los males dió que á Creta han perseguido,
Desta crueldad nacieron, deste daño
El reino está en desgracias consumido:
Alzáronse las nubes con el año,
Dejó su fuego el aire corrompido,
Y el fértil campo ya agostado y seco
De sus tributos hizo estéril trueco.
Sembró Mercurio horrible pestilencia
De fieras sierpes y aires venenosos,
Que la reina mataron sin clemencia,
Y fueron menos que ella rigurosos:
Cumpliéndose del hado la sentencia,
Que á Creta dió en agüeros espantosos
De su llama infeliz una centella,
A fin que su quietud se abrase en ella.
Está el ignoto laberinto hecho
Por la mano de Dédalo ingeniosa,
De la rica ciudad un breve trecho,
Al ciego amparo de una selva umbrosa;
Donde un real monstruo de doblado pecho
Posada tuvo y cárcel engañosa,
Y al fin la luz de un hilo delicado
Hacerlo pudo claro de intrincado.
De aquí espantosos nacen todavía
Disformes bultos, sombras infernales,
Este el fuego encendió que en Creta ardia,
Y parió en ella los presentes males:
Sobre este obscuro laberinto un dia
Un rico templo de arcos inmortales
Se vió nacido, ardiendo su tesoro
En las basas de cien columnas de oro.
De una arqueada bóveda era hecho
Tan alta, que en la vista se perdia,
Y con las piedras su dorado techo
Un estrellado cielo componia;
Con cien ventanas que de trecho á trecho
De luces la llenaban y alegría,
Abiertos en molduras y perfiles
Balcones de oro, rejas y pretiles.
En medio la alta fábrica preciosa,
De un enlutado pórfido labrada,
Una sombria tumba está pomposa,
Sobre diez ninfas de cristal sentada:
Y otra enlutada bóveda vistosa
De mosáicos follajes antorchada,
Así en arcos levanta su tesoro,
Que humilde hace en su respeto al oro.
En hombros destas ninfas se sustenta
La enlutada y funesta pesadumbre,
Y con sus diestras manos se alimenta
Al templo una inmortal y eterna lumbre:
Y así al mundo sus luces acrecienta
Con la que al oro enciende en su techumbre,
Que hizo bajando al mar que se dijese,
Que el dia en Creta á no morir naciese.
Del real sepulcro en las doradas barras,
Con que su arqueada bóveda crecia,
De un dragon de oro en las azules garras
Una guirnalda daba lumbre al dia;
Brillando toda está luces bizarras
De flores de tan rica pedrería,
Que igualar su tesoro á los de Craso,
Es comparar la mar á un chico vaso.
Por hojas, esmeraldas, y por flores,
Rubís ardientes, perlas cristalinas,
Rubíos topacios, iris de colores,
Blancos jacintos, amatistas finas,
Camafeos cubiertos de primores,
Y entre las agoreras Amandinas
Con esta letra un real carbunco frio,
«Por la venganza tuya, y honor mio.»
En el hueco sepulcro otro letrero
La muerte entre diamantes descubria,
Y aunque amasado de oro el rostro fiero,
Con el verso mataba, que decia:
«En cada luna una doncella espero
Que aquí degüelle la venganza mia,
Hasta que ponga otra mayor belleza
Esta hermosa guirnalda en su cabeza.»
Turbado del prodigio de la muerte
A ver el nuevo templo el pueblo vino,
Confuso del rigor con que le advierte
Su destruccion el celestial destino:
Ley sin piedad, cruel, y adversa suerte
La juzgara el tirano mas sanguino,
Librarse quieren todos del tormento,
Mas no poner ninguno el instrumento.
Del consejo del rey salió acordado
Que se ejecute lo que el cielo ordena,
Y el sacrificio, cual lo pide el hado,
Se ofrezca cada mes la luna llena;
Hasta que en sangre laven su pecado,
Y con la culpa quede igual la pena,
Y á este fin se procure por la tierra
La beldad que mayor caudal encierra.
De los reinos de amor las mas hermosas
A grande espensa y gastos son buscadas,
Y para las exêquias dolorosas
En pronósticos tristes alistadas:
Aquí solas las feas son dichosas,
Y todas las hermosas desdichadas,
Si ser en algo venturosa quiere
Váyase á Creta la que fea fuere.
Sus gentes en la islas comarcanas
Ni oro han dejado ni doncella hermosa,
Escogiendo en las flores mas tempranas
Para su triste altar la mejor rosa:
Al fin entre estas víctimas humanas
Un dia cautivaron á mi diosa,
Y el rey viendo la luz por quien yo vivo,
De una cautiva se sintió cautivo.
Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,
Y la que iba á ser víctima sagrada,
En lugar de los dioses mas propicios
Por diosa instituyó fuese adorada:
Mas ya el cielo cansado de sus vicios,
Al nuevo altar de la beldad amada
Dió por verdugo la disforme fiera,
Que le vengara si por mí no fuera.
De allí, cual dije, liberté la vida
De quien la mia en pago me ha quitado,
Y en triunfo ilustre á la ciudad traida
Nuevo decreto el real consejo ha dado:
Que á las primeras suertes sea admitida,
Y sujeta al rigor del duro hado,
Sin que mando de rey ni otra potencia
En algo altere esta última sentencia.
De doce de la urna aborrecible
La última fue á salir mi amada diosa,
Con que el cielo mostró en señal visible
Ser la menos decente y mas hermosa:
Ya once altares corrian sangre horrible
De infeliz hermosura, ¡estraña cosa!
Que mas la hambre y mortandad crecia
Cuando algun sacrificio se hacia.
Un año en Creta me dejó encantado
El vano amor, y mil me entretuviera
Con un cabello sin quebrarse atado,

Que es la esperanza dulce hechicera:
Despues que le quité en el fértil prado
Mi bella diosa á la serpiente fiera,
Porque me diese la enemiga suerte
Con el fin de su vida el de mi muerte.
Ya el enlutado dia se acercaba
Que al mundo habia de echar en noche obscura,
Y el sol que á él y á mí nos alumbraba
En la indigna y temprana sepultura:
Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,
Y la luna sin luz y sin figura,
Su variable curso apresurando,
Iba creciendo, y mi placer menguando.
Y aunque incierta su muerte, la sospecha
Bastó á turbar el gusto de mi vida,
Que un desdichado siempre da por hecha
Contra sí la desgracia mas temida:
La cadena arrastrando mas estrecha
Que en la prision de amor fue conocida,
De un mal en otro procurando en vano
Un favor breve de su ingrata mano.
Trazando de un dolor varios intentos
En uno me resuelvo y determino,
Que es no poner en duda mis contentos,
Ni fiar mas suerte á mi contrario sino:
Mas romper del altar fueros sangrientos,
Y del robar el sacrificio indino,
Pensé acertar, y tiene amor mandado,
Que no acierte á servir quien no es amado.
Puse en el puerto á punto este navío,
Mi gente por el bosque entretejida,
Y á pesar del cretense señorío
De la muerte otra vez libré á mi vida,
Sin darle cuenta del intento mio,
Medroso que de altiva y desabrida,
Fuera el altar del sacrificio injusto
De mas gusto en el suyo, que mi gusto.
Allí robé la que mi alma triste
Donde quiera que está tiene robada,
Y aquí la traje, y como tú la viste
Siempre sin ocasion la vi enfadada:
Que el dulce premio en que el amor consiste
Es suerte, y fue la mia desgraciada,
No pide otra ocasion el que quisiere,
Si aborrecido de quien ama fuere.
Si bien yo fuese donde nace el dia
De nueva lumbre y resplandor vestido,
El poderoso sol flaco seria
Contra las sombras deste ingrato olvido:
Que desta ausencia la tiniebla fria
En que me tiene el desamor metido,
Ni donde sale el sol, ni donde acaba,
La luz podrá hallar que le alumbraba.»
Dijo, y al curso de su amor dudoso
Cogió la rienda, y aflojóla al llanto,
Y sintiendo no en gusto desdeñoso
El leonés su dolor hizo otro tanto,
Que es de cruel pecho, á un caso doloroso,
Tener el corazon de duro canto:
El rey su llaga aprieta en lo secreto,
Que aunque estaba afligido era discreto.
Con pecho heróico el grato mal reprime
Del ardiente furor de su agonía,
Aquella diosa en su memoria imprime
Que tantos sacrificios le debia:
Y porque el corazon no desanime
Finge esperanza donde no la habia:
«Quizá, dice, el dolor del mal que siento
Será algun dia especie de contento.
Cual pecho avaro en allegar tesoro
Con deleite el trabajo facilita,
Que la hambrienta codicia y sed del oro
A insufribles tormentos necesita:
Tal esta dulce muerte, en quien adoro,
Mi vida alegra, mi alma resucita
Con el nuevo placer y el gusto nuevo,
Que en morir por tan noble causa llevo.»
Así el rey Persa al gran Bernardo hablaba
Y entre esperanzas y temor moria,
Que este con sobresaltos le ahogaba
Lo que aquella adulando le ofrecia:
Con nuevo miedo amor su pecho agrava,
Y la confusa guerra en que venia,
Es no saber si la beldad robada
Segunda vez á Creta fue llevada.
Que aquel divino brazo riguroso
Que la robó con superior violencia,
Será en ambas desgracias poderoso
A ejecutar del hado la sentencia:
Todo tiene su fin triste, ó dichoso,
Darse debe á los dioses la obediencia,
No es su poder como el del hombre estrecho,
Mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.
Bernardo afable aquel dolor consuela,
«Todo, le dice, está en su sabia mano,
Ni el pié se mueve, ni la pluma vuela,
Sin licencia y acuerdo soberano:
Es fuerza que el dolor lastime y duela,
Que es duro golpe en corazon humano,
Mas la cordura en todas ocasiones
Los gustos mide, y templa las pasiones.
Y esta funda mortal que al alma viste
Es lumbre de esmaltada vidriera,
Que si es dorada, azul, alegre, ó triste,
Tal luz dentro en la sala reverbera:
Y bien que el punto del valor consiste
En grave pecho de igualdad entera,
Mas cuerpo humano de contrarios hecho
No puede al alma dar mas firme pecho.»
Así el noble leonés, y así el persiano,
Uno sus cosas cuenta, otro las guia,
Y en blanda paz mitiga el pecho humano,
Cual suele la agradable compañía:
Cuando del feo Triton el reino cano
Crespo se revolvió, y se escondió el dia,
Braman los vientos, crece la tormenta,
Perdido el norte, el cómputo, y su cuenta.
Ahora es tiempo, oh luz del tercer cielo,
Que alegre llueves dulce amor fecundo,
Y tu resplandor quinto, cuyo vuelo
El ocio quita y flojedad del mundo,
Que ambos templados envieis al suelo
A mi pluma un feliz saber profundo,
Con que cante en espíritu dobiado
Un tierno amor y un fiero Marte airado.
Un ejercicio y otro son vapores
Que al seso suben con la sangre nueva,
Y á la imaginacion hechos furores
Su mismo brio y su inquietud los lleva:
¿Qué armas hay en la tierra sin amores?
¿Qué gloria que al amor no se le deba?
Oya el mundo mi voz, que hace mi pluma
Hoy de Marte y de amor una gran suma.
Seis veces tras la lámpara febea
Con la suya Diana alumbró el mundo,
Y siempre el viento en áspera pelea
Feroz luchaba con el mar profundo;
Cuando entre hinchados tumbos de marea,
Impedido el primero del segundo,
Fue la persiana vela descubriendo
De un conflicto naval el ronco estruendo.
Y allí un gigante que en favor de un barco
Contra todo un ejército pelea,
Volviendo de azul rojo el hondo charco
Un bauprés espantable que voltea:
Y con mas vidas á sus piés que el arco
Derribar suele de la muerte fea,
Al combatido leño saltó, cuando
Los dos á ver su furia iban llegando.
Pusiéronse á mirar, mas ya informados

De la alevosa desigual batalla,
En favor del jayan, entre quebrados
Bajeles pasan por la vil canalla:
Cuando lloroso grito en los costados
De una galera fácil de abordalla
Se oyó de presos, cuya voz aguda
A Dios pedian venganza, al mundo ayuda.
Saltó el diestro leonés en la aferrada
Fusta buscando á quien favor pedia,
Y allí esgrimiendo su atrevida espada
Rayo entre flacas mieses parecia:
Uno hiende, otro parte, otro tajada
La cabeza por medio al agua envia,
A cuál hiere de punta, á cuál de tajo,
Y á cuál arroja al mar del bordo abajo.
Con tanta gallardia volteaba
La diestra espada el jóven valeroso,
Que ya el de mas denuedo se apartaba
De sus mortales golpes temeroso:
Así en el turbio Egéo la mar brava,
Soplando yelo el aquilon nubloso,
Escombra de sus piélagos hinchados
Navíos y navegantes destrozados.
Bajó donde la triste voz salia
Sin temor del primer impedimento,
Que quien vivo quedó, mas pretendia
Que su propia venganza, su contento:
Bajó, y vió que en prision estrecha habia
De cerradas cadenas de tormento
Una bizarra escuadra de doncellas
De tierna edad, y de figuras bellas.
A Creta las llevaban los corsarios
Cautivas para ser sacrificadas,
De islas diversas y de pueblos varios,
O bien por fuerza, ó por traicion robadas:
Bernardo, ya rendidos los contrarios,
Y las duras cadenas quebrantadas,
Cercado salió de ángeles gozoso,
Como de estrellas el lucero hermoso.
Un bravo caballero halló entre ellas
De bello rostro y gracia soberana,
Cuya gran perfeccion dió en las mas bellas
Menos perfecta su altivez lozana:
Como la luna humilla las estrellas,
O á los nortes la luz de la mañana,
El así desarmada la cabeza
Con la beldad rendia y la braveza.
El cabello, que al oro obscurecia,
En un nudo de perlas enlazado,
El claro rostro como el nuevo dia,
Cuando sale de aljófares bañado:
Y aunque armado un dios Marte parecia,
Todavía su semblante delicado
Mostraba entre caricias y desvios
De dama mas que de varon los brios.
Los negros ojos con belleza armados
De unas largas pestañas retorcidas,
Como el coral los labios delicados,
Los dientes perlas de rubíes ceñidas,
Las mejillas dos soles deslumbrados
De un claro y fino rosicler teñidas,
Y la serena frente tersa y pura
Cielo donde se adora la hermosura.
Bellos arcos las cejas, que á galanos
Golpes la muerte enarca y amor tira,
Y las flechas sus ojos soberanos,
Con que enamora y mata á quien los mira:
El cuello altivo, y las torneadas manos,
De quien la rara perfeccion se admira;
Si aquel sustenta una techumbre de oro,
Estas de amor reparten el tesoro.
Traia descubierto el rostro bello,
Y todo lo demás del cuerpo armado,
Dado al descuido un nudo en el cabello,
Descuido hecho para dar cuidado:
Nadie lo vió, que entre el placer de vello
No quedase en sus hebras marañado,
Y no á pocos tambien costó la vida
La red de mano del amor tejida.
Quedó Bernardo viendo su hermosura,
Sino del todo preso, ya emplazado,
Que á su grave y honesta compostura,
Cierto heróico valor sintió mezclado:
Y en el brio, el donaire y la figura
De Angélica un vivísimo traslado,
Solo que esta beldad le parecia
Mas tierna y de mas lustre y gallardia.
No se engañaba el español con ella,
Ni en lo que toca á su beldad se engaña,
Que en el Oriente de la reina bella
Del gran Catay nació en una montaña:
O sea Medoro, ó sea la quinta estrella,
Padre feliz de la belleza estraña,
Ella es hija de Angélica, y por ella
La llaman Arcangélica la bella.
Corre por las regiones del Oriente
Ser de Marte feroz hija esta dama,
Que en una alegre caza el dios valiente
De Medoro ocupó la blanda cama:
O sea cuento vulgar, ó sea aparente
Engaño mago, ó lisonjera fama,
La voz corre, y los rastros desta historia
Así el tiempo los guarda en la memoria.
De un antiguo edificio en las ruinas
La rica China al pié de Palavedra
Dos torres conserva hoy en dos esquinas,
Ya de grama cubiertas, ya de yedra:
Y en sus cimientos de turquesas finas
Tres bultos en tres árulas de piedra,
Y entre el témpano escrito y la cornija,
«Marte, la reina y su invencible hija.»
Es tradicion antigua, y que concuerda
Con la razon del tiempo en sus historias,
Que una reina hermosa mas que cuerda,
Cuyas son destas torres las memorias,
Y guardan que la suya no se pierda,
Por su mano alcanzó ilustres victorias
De príncipes y reyes del Poniente,
Que por hija de un dios fue tan valiente;
Entre cuyos relieves peregrinos
Parte de su beldad se goza impresa,
Que aun las llamas del tiempo en los divinos
Bultos no ha hecho como suelen presa:
De Angélica la bella, y de los finos
Rayos de Marte el gran Quinsay confiesa
Que esta infanta nació, bien que del todo
Si el tiempo ajusta no se alcanza el modo.
¿Quién la medalla de beldad mas fina
Que el tierno sol miró dió á Marte ardiente?
O ¿quién con nombre y opinion divina
La forma se vistió del dios valiente?
Si fue del aire y su region vecina
Algun íncubo espíritu potente,
En contrahecho cuerpo cristalino
Como á la madre de Merlin le avino:
Si fue embuste de mago, ó poderoso
Aspecto de feroz planeta altivo,
O en observado punto venturoso
Traza del ermitaño fugitivo,
Que de los labios de coral goloso
Para hurtarles el desden esquivo
Marte se hiciese, y á su pecho frio
Algun Reinaldos diese fuerza y brio:
Del todo la verdad está encubierta,
Solo se sabe que esta alegre hija,
De la célebre Angélica cubierta,
De hierros iba allí en prision prolija
Mas bella que la aurora descubierta,
Cuando al mundo su aljófar regocija,
Y á quien ahora la mira, mas hermosa

Que entre el rocio de abril temprana rosa.
Bien que toda esta gracia y hermosura
Para mayor martirio le fue dada,
Que Venus, por le ser madrastra, jura
Que en amor ha de hacerla desgraciada:
Y la beldad, faltándole ventura,
No es mas que para lástimas criada,
Y pocas gozan de ambas en sus puntos,
Que tantos bienes nunca acuden juntos.
Traia lumbroso arnés y armas grabadas
Con rosas blancas y plumajes de oro,
De varia luz y pedrería sembradas,
De grueso aljófar oriental tesoro:
Con roja sangre á golpes salpicadas,
De braveza y beldad nuevo decoro,
Desarmadas las manos y cabeza
Por estremos de gala y fortaleza.
Sintió el tierno leonés su alma asaltada
De un ciego y no entendido pensamiento,
Juzgando por de dama delicada
Del gallardo donaire el movimiento:
Su alegre mover de ojos, su rosada
Color, su blando y dulce acogimiento,
Si bien en brio parece de otra parte,
No hija suya, mas el mismo Marte.
La gallarda princesa que ha salido
Con las demás en libertad amada,
Y el contrario poder halla rendido
A la altiva opinion de aquella espada,
El nuevo estrago mira repartido
Por la enemiga gente destrozada,
Los bravos golpes, las heridas fuertes,
Y de un solo vencer las varias muertes.
Uno hasta el resonante pecho abierto,
Otro en dos medias partes dividido,
Aquel á golpes desmembrado y muerto,
Y este sin brazos y sin piés tendido:
El corazon tiene otro descubierto,
Otro de un tajo hasta los piés partido,
Este en sus brazos tropezó huyendo,
Y aquel se fue á pedazos consumiendo.
Con razon admirada del destrozo
Del Catay la princesa delicada,
De envidia lleno el corazon y gozo
La invicta mira y valerosa espada:
Y en nuevo sobresalto y alborozo
Desea ver la visera levantada
Al encubierto autor de tal proeza,
Por ver como su esfuerzo, su belleza.
Mas el confuso estruendo de la armada
Que al abordado barco combatia,
A ponerse obligaba otra celada,
Mas que á quitarse la que ya tenia:
Cuando la nao de Persia acelerada
Por medio de las otras se metia,
Hasta llegar donde pelea el gigante,
Y el rey ponerse al lado de Morgante.
Bernardo que le vió, procura en vano
Su barco enderezar á darle ayuda,
Mas en un punto un áspero solano
De nuevo el grueso mar altera y muda:
El aquilon y el ábrego liviano
El dia segunda vez vuelven en duda,
Y un descompuesto huracán de tierra
A todos puso en paz con nueva guerra.
De los confusos vientos esparcidos,
Y de las crespas olas arrojados,
Iguales vencedores y vencidos
Por el revuelto mar se ven sembrados:
Todo es confusos golpes y bramidos
De los duros peñascos azotados,
Y de la destrozada plebe el llanto,
Que de la confusion crece el espanto.
Solo en la tempestad que va cargando
La de Morgante y su rigor no cesa,
Que mas que el turbio vendaval bramando,
Cual hinchado raudal rota la presa,
Rompiendo, desbaciendo, y desmembrando
A diestro y á siniestro vuelve apriesa,
Lanzando al agua por los aires vanos
Piernas, brazos, cabezas, piés y manos.
A uno parte por medio, á otro le alcanza
Un revés que le vuela del navío,
A otro que con denuedo se avalanza
Le deja de un ardiente golpe frio:
A este, al otro, y aquel hiere, y se lanza
Entre todos con tal destreza y brio,
Que sin que el ser ligero á nadie preste,
Aquí y allí revuelve, á aquel y aqueste.
Raudal, tal vez así en veloz molino
Furioso suele al levantar la presa
Del espumoso tumbo el remolino,
La ancha rueda mover en igual priesa:
Y el tierno pez, que al curso cristalino
Del rio por su desgracia se atraviesa,
Hecho piezas le arroja, y ni se para,
Ni en lo que hace su furor repara.
No piensa dejar vivo hombre en el mundo,
Que amigos y enemigos hace iguales:
Y ya que su cruel brazo iracundo
Haya igualado á todos los mortales,
Bajar con sus bravezas al profundo,
Y hacer guerra á las gentes infernales,
Y á Lucifer quitar su asiento eterno,
Y ser él la soberbia del infierno.
El sabio Malgesí que allí venia,
Viendo al corzo jayan alborotado,
Que en su favor primero combatia,
Y enemigo comun se ha declarado,
Sacó un secreto libro que traia
De rayas y carácteres tiznado,
Y del navío en el pañol obscuro
Sus nuevos cercos comenzó, y conjuro.
Lo que en el caso obró su encantamiento,
Quién le encaminó allí, y á qué venia,
Cómo tanto al navío creció el viento,
Que ya en los aires navegó algun dia,
Dónde fué á dar con su volar violento,
Quién las bolinas y el timon regía,
Qué gentes iban dentro, y de qué modo,
En mejor ocasion lo diré todo.
Que ahora en golfo y tormenta tan deshecha
No es bien dejar al gran Bernardo solo,
Que libres ya de la cadena estrecha
Sacado habia á gozar la luz de Apolo
Mil bellas diosas; ¡pero qué aprovecha,
Si el cielo se turbó de polo á polo,
Y el mundo envuelto en una niebla fria
La esperanza perdió de ver el dia!
Ciérrase el aire de una nube obscura,
Y en las tirantes cuerdas brama el viento,
Suena de voces, llanto y desventura
Un triste son, y doloroso acento:
Unos toman la triza, otros la amura,
Los mas fuera de sí, y todos á tiento,
Cuál va á la escota, cuál al chafaldete,
Cuál busca la mesana, y va al trinquete.
Las tristes damas fuera de prisiones,
Viendo de nuevo el viento y la tormenta,
De nuevo comenzaron sus pasiones,
Y de nuevo cada una se lamenta:
Ruegos, votos, plegarias, oraciones,
Llantos, gritos sin número ni cuenta,
Confusas voces, quejas y gemidos
Rompen el aire, y hieren los oidos.
En ciegos y confusos torbellinos
Los cuatro vientos hacen cruel batalla,
Del crespo Egeo los turbios remolinos
Ya por sus playas el cretense halla,
Y el Jónio sus embates cristalinos

Por los riscos adriáticos encalla,
Llevando el viento en otro igual espacio
Las olas de las sirtes al Carpacio.
No se vió confusion tan temerosa,
Ni el mar sus ondas vió tan alteradas:
Del Norte con borrasca impetuosa
Mil sierras de agua vienen levantadas,
Y del austro la fuerza poderosa
Otras embiste en ellas mas hinchadas,
Dejando el barco en medio sin hundirse,
Y el mar en duda á cual furor rendirse.
Los rayos por los aires escupidos
En las olas causaban nuevos truenos,
En la nao nuevos gritos y alaridos,
En la mar nuevos montes de agua llenos,
Que hasta las altas nubes impelidos,
Sin llover cogian agua de sus senos,
Y aun el barco tal encima dellas,
A su pesar vió el cielo y las estrellas.
Y no furioso azota un solo viento
El combatido golfo que hervia,
Que á defender cada uno el firme asiento
Que el mundo en suerte le aplicó, porfia:
El austro al aquilon hiere violento,
El de Levante al que se traga el dia,
Y cada cual por sí la mar profunda
Teme que su region le anegue y hunda.
Y desta lucha la confusa brega
Al combatido barco hacia provecho,
Que si un golpe al través de mar le anega,
Otro le ayuda á navegar derecho:
Y tan á plomo el viento y mar le llega
De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,
Cuando en una ola zozobrando viene,
Otra al contrario llega, y le detiene.
Bien una milla fue metiendo un lado,
A punto ya de zozobrar del todo,
Las velas rotas y el timon quebrado,
Y el bordo dentro de la mar un codo;
Y otro golpe tras él desordenado
Lo enderezó por admirable modo,
Y le sacó de entre las olas, como
Ballena antigua sacudiendo el lomo.
Así un furor con otro se empalaga,
Y así sin órden va entre un mar violento,
Que tantas temerosas muertes traga,
Cuantas olas sobre él encrespa el viento:
Ya por las nubes, ya en el suelo estraga
De las torcidas conchas el asiento,
Ya metiendo de Lo, rota la rienda,
Cada cual á su santo se encomienda.
Quebrados ambos ejes parecia
Venirse abajo la estrellada esfera,
Y que cuanto hay criado se volvia
Al ciego caos y confusion primera:
Así el diluvio universal seria
Cuando la mar voló tan altanera,
Que se tragó sus playas y arenales,
Y escondió el mundo á todos los mortales.
Bernardo en otra mas grave tormenta
Metido el corazon siente anegarse,
Y con ojos y la vista atenta
El alma, sin saber de quien, robarse:
Halla en mirar que el fuego se acrecienta,
Y á trueco de mirar quiere abrasarse,
No viendo mas que si estuviera en calma
Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma.
Hermosa vista tiene el mar cubierto
De blanca espuma en olas encrespado;
Hermoso es un gran golfo descubierto,
Y mas hermoso cuanto mas airado:
Mas es á quien lo mira ya del puerto,
Y á su contrario desde allí engolfado,
Que si hay tormenta deleitosa y bella,
Será mirando al enemigo en ella.
Iba la ciega noche amortiguando
La poca luz que sobre el mundo habia,
Y el frio viento y tempestad cargando,
La nao con nuevo miedo acometia:
Y el montañés á todos animando
Otro armado Santelmo parecia,
Que aquí y allí sin descansar un punto,
Provee, anima, acude á todo junto.
La hija de Marte, que con vista atenta
Su desenvuelto brio y gracia mira,
Y que al ciego rigor de la tormenta
Cada una en solo su valor respira;
Que es su teson quien el del mar sustenta,
Y al descompuesto viento enfrena la ira,
Con halagüeño rostro se le llega,
Y así le dice, y que descanse ruega:
«Bravo entre los nacidos, si es posible
Que de un revuelto mundo el peso junto
Hacer no puede á tu ánimo invencible
Que de su real valor descrezca un punto;
Si humillar tu fortuna es imposible,
Y de un dios de la mar hecho un trasunto
Quieres tener en peso nuestras vidas,
Que mil veces sin tí fueran perdidas,
Descansa ahora, y con tu alegre vista
Regala nuestros ojos un momento,
Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,
Tambien no nos usurpe este contento:
Alza un rato, señor, la sobrevista,
Que estas damas, y yo en su pensamiento,
Deseamos conocer, no por oidas,
A quien debemos la salud y vidas.
No hay enemigo aquí que con recelo
Te pueda hacer que vivas cuidadoso,
Que aun la inclemencia del airado cielo
Basta á enfrenar tu brazo venturoso:
Y así destos azares el consuelo,
Que á nuestros sobresaltos da reposo,
Es tener de nosotras cada una
Colgada su esperanza en tu fortuna.»
Dijo, y las blandas últimas razones
Con voz fueron tan dulce y amorosa,
Que mostró ser en su ademan y acciones,
No caballero, sino dama hermosa:
Y Bernardo mas dentro en sus prisiones,
«Contra la fuerza, dijo, poderosa
De amor, si es enemigo verdadero,
Poca defensa son armas de acero.»
Quitóse el yelmo, y aunque el pardo dia
Por oscuros celajes iba huyendo;
Su rostro así sembró nueva alegria,
Que suspendió á la noche el suyo horrendo:
Su aire, de la española gallardía
En los presentes ojos imprimiendo
Cierto gusto y placer; que siempre agrada
Cualquiera nueva perfeccion mirada.
Suele entre parda nube de aire oscuro
De oro estar una llama amortiguada,
Que á deshora rompiendo el frágil muro
Toda la vuelve en claridad bañada,
Y al que está en sus tinieblas mas oscuro
La ociosa vista deja deslumbrada:
Tal se halló la hija de Medoro
Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.
Los blandos ojos con que amor cautiva
El virginal temor puso en el suelo,
El rostro de color de grana viva,
Cual con celajes de oro el claro cielo:
Tan bella entre turbada y pensativa,
Que arder hiciera un corazon de yelo,
Dando en la gravedad de su semblante
Nuevo asalto á los ojos de su amante.
Ella los suyos en Bernardo á veces
Como al descuido pone, calla y mira,
Aquí y allí los vuelve, y las combeces

Del barco mide, y sin querer suspira:
Y viendo sus soberbias altiveces
Rendidas sin pensar, cruel se aira;
Que amor es blando fuego, y donde prende,
Mientras que mas le ceban, mas se enciende.
Cual simple pajarillo, que en la fuente
De una falsa hermosura convidado,
Su presto vuelo entre la liga siente,
Sin ver cómo, impelido y atajado:
Y mientras menos su prision consiente,
Mas revuelto se halla y mas ligado,
Hasta que al fin se deja de vencido
En el lazo quedar que le ha prendido:
Tal la princesa del Catay hermosa
Sin conocer de quién, se halla vencida,
Y como de una fuerza poderosa
El alma á un dulce sinsabor rendida:
Y el leonés con su vista deleitosa
No tiene el alma con menor herida,
Que á cada encuentro de ojos, por su palma
El corazon le ofrece, y rinde el alma.
«¿Si son verdades, dice, ó son antojos,
Bellos ojos mostraros tan amigos?
¿Si es con cuidado darme los despojos,
De que los mios son fieles testigos?
Mas no es posible que en tan bellos ojos
Caber pueda celada de enemigos,
Que ojos alegres de cualquiera suerte
Son señales de vida, y no de muerte.»
Esto en su corazon Bernardo siente,
Y en los libres espíritus del alma
Cierta oculta virtud, que en fuerza ardiente
Rendir le hace á su altivez la palma:
Y la nueva beldad que ve presente,
Mientras le tiene su recelo en calma,
Sin saber como, en un divino modo
En sí lo rinde y lo transforma todo.
Mas á este tiempo en la tormenta horrible,
Que de un revuelto infierno era el trasunto,
A un tiempo el ciego viento y mar terrible
El flaco barco acometieron junto:
Cuando el leonés con ánimo invencible
El diestro gobernalle asió en tal punto,
Que salir le hizo en admirable modo,
Al tiempo que iba á zozobrar del todo.
A nadie le dejó color entero
En rostro y pecho la ocasion presente,
Que no hay tan esforzado caballero
Que asirse á fuerzas con la mar intente:
Pero con todo el español guerrero
Un punto no humilló su brio valiente,
Como si fuera sin zozobra alguna
El rey del mar, ó el dios de la fortuna.
La bella hija de Angélica llevada
De otra no menor fuerza poderosa,
En dulces pensamientos ocupada,
Ni en la tormenta ni en su mal reposa:
Ya al timon, ya á la vela, ya cansada
Del grave peso de la flecha ansiosa,
Mientras no puede mas toda rendida,
Por los ojos descubre la herida.
Cuando en el austro un negro torbellino
La triste nao acometió de lado,
Con que el árbol mayor al agua vino
Por la firme carlinga destroncado:
Rompió el vaiven dos curvas de camino,
De una amura el bauprés quedó colgado,
Rota la triza, y fuera de su engaste
El cuadernal, roldanas y el guindaste.
De nuevo aquí el peligro hizo doblado
El miedo, el ansia, y voces afligidas,
Que ya el barco en rigor se vió anegado
Por dos tablas de un golpe desmentidas:
Nadie saldrá sino es dellin á nado,
Las damas en sirenas convertidas
Lloran la miserable humana suerte,
Que en mar ó en tierra no hay huir la muerte.
Así tal vez en la nevada altura
Del helado Apenino hiere el viento,
Los montes gimen, brama la espesura,
Y á los Alpes asorda el ronco acento:
Y si la encina en su vejez madura
A fuerzas quiere conservar su asiento,
Nunca la tempestad ni el viento pasa
Hasta dejarla por el suelo rasa.
Un barco en esto al grueso bordo atado
Del suyo el gran leonés vió que venia,
Nueva esperanza al pecho alborotado
Que mas fuerzas mostraba que sentia:
Pues del confuso viento y su cuidado
Nada en su alma sin tormenta habia,
Siendo el riesgo mayor en el que ahora
El recelo le pinta á su señora.
Mas no tan presto en la montaña de Ida,
De Júpiter el águila ligera,
Tras de la amada presa conocida
De la encubierta nube salió fuera,
Y á la tierna beldad troyana asida
Con su robo á buscar volvió su esfera,
Como el brio español el barco puso
Del bordo al agua, y en el agua al uso.
Y sobre un firme cabo reforzada
Su inquietud contra el sordo mar y el viento,
De las damas la escuadra alborotada
Del bajel ocupó el humilde asiento:
Y ayudando la hija regalada
De Angélica al autor de su contento,
En un punto dejaron el navio
De hermosura y de lágrimas vacío.
Solo faltaba el nuevo caballero,
Y de la bella china una doncella
Por saltar dentro, cuando el viento fiero,
Al cruel rigor de una enemiga estrella,
Rompiendo el cabo le apartó ligero;
Que Venus sigue á su entenada bella,
Y tiene por de burlas la tormenta,
Si el soplo de la ausencia no la aumenta.
Así tal vez por la caverna oscura
Del sacro monte Ténaro sin vida,
De Eurídice la sombra mal segura
A los ojos se fué desvanecida
Del amante de Tracia sin ventura,
Que á detenerla con su amor asida,
Los brazos le arrojó, y sacó en la mano
La ocasion sola de llorarla en vano.
Tal el barquillo lleno de hermosura,
De luceros, de estrellas, y de soles,
Por el espanto de la noche obscura,
Sin ver donde, escondió sus arreboles.
No hay persona en la mar ni hora segura,
Todo en ella es mudanza y tornasoles,
Que es reino de una dama que sin duda
De solo ser mudable no se muda.
Lo que allí sucedió al bajel hermoso
Parte despues será de un nuevo aliento,
Que ahora veo en gran riesgo el mas brioso
Pecho que ató la mar, ni rompió el viento:
Y á su arruinado barco perezoso,
Sin gobernalle ya, y sin movimiento,
Cada golpe de mar que le da entero,
De la fortuna parecia el postrero.
Es el mudable Jónio un mar violento,
De tempestades lleno, y de bajios,
De yertos arrecifes, donde el viento
Rompe y hace pedazos los navíos:
Sus islas pobres, y de mal asiento,
Asperas, escabrosas, de aires frios,
Donde Itaca fue un tiempo celebrada,
Por el prudente Ulises patria amada.
Entre ella y el seno Ambrico famoso,

Que ahora son los golfos de Lepanto,
Donde el hijo de Carlos poderoso
Al espanto del mundo puso espanto,
Al roto barco del leonés brioso
La luz le amaneció del cielo santo,
La mar algo tratable, el recio viento
No tan desconcertado ni violento.
Parecia que fortuna ya cansada
De luchar con los aires se rindiese,
Y vencida, á la fusta no domada
La palma y vencimiento concediese:
La tierra ya de lejos saludada,
Que el alto Epiro se entendió que fuese,
Por donde el vasto Jónio se atraviesa,
Y el firme pié al Acroceraunio besa.
Mirando estaba el español valiente
De Alciono los jardines celebrados,
Y Léucada engolfada al mar de Oriente,
Siendo antes tierra firme sus collados;
Y el promonto Fálaro eminente,
Que en uno de sus riscos encrespados
(Si debe ser la antigüedad creida)
La nao quedó de Ulises convertida.
La florida Zacintos, y á su diestra
Los altos montes de Cefalonía,
Donde el reino Teléboe se le muestra,
Que por sus costas de robar vivia;
Y la ondosa canal á la siniestra,
Que abrió á pesar de Italia estrecha via,
Para pasar sus olas enrizadas,
De nobles terebintos coronadas.
Aquí el barco á la luz del nuevo dia
Perdido se halló, aunque no anegado,
Ya sin fuerzas la gente que tenia,
Si alguna en tanto riesgo habia sobrado:
Olfa, que así la dama se decia
De la princesa del Quinsay dorado,
Perdida su señora de improviso,
Arrojarse en la mar turbada quiso.
Y mil veces sin esa lo hiciera,
Si el nuevo amante no la reportara,
Y en discreto decir, la pena fiera
Que el alma le oprimió no le ablandara:
Donde á vueltas tambien le ruega quiera
Decirle algo de aquella beldad rara,
Que á ambos dejó en confuso desconsuelo
¿Quién sea, de qué nacion, qué tierra, ó cielo?
Olfa que en las grandezas del mancebo
Ser algun disfrazado dios creia,
«Marte invencible, dijo, á quien ya debo
Mil vidas, oye...» y proseguir queria;
Cuando con nueva voz, y espanto nuevo,
El roto barco en dos ven que se abria,
Que ya encallado en una firme peña,
La muerte á todos dió la postrer seña.
El sentarse en el áspero bajío,
Y hacerse á un golpe dos (¡estraña cosa!)
Fue todo á un tiempo, y con un norte frio
Bramar la mar de nuevo temerosa:
De todos solo el castellano brio
Quedó entero en su fuerza poderosa,
Que los demás con solo el temor ciego
Por muertos se contaron desde luego.
Fuese hundiendo el barco destrozado
En ancho y espumoso remolino,
Donde bien su valor mostró abreviado
Del Casto Alfonso el sin igual sobrino:
Que de su arnés lumbroso despojado,
Sobre la gruesa rosca de un gran pino
La bella china puso desmayada,
Ya en sus mismos temores anegada.
Y dando con sus armas á la entena
Rico peso, tambien por no dejallas
Donde el antiguo griego en nueva pena
Por culpa suya trate de guardallas:
Entra la crespa mar de espumas llena,
De sus olas rompiendo las batallas,
La playa busca, cuando al turbio viento

Fortuna al parecer da nuevo aliento.

ALEGORIA.

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas, y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos, y cuan inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que les salen al camino. Morgante es figura de la ira, que sin guardar término ni razon, desenfrenadamente corre á su venganza: y los mónstruos de Creta lo son de la desorden de un reino, donde el rey deja la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcangélica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza figurado en Arcangélica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos á dar al través consigo, y quedar perdido.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Argumento. Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quien sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte: tocando á vueltas de su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los mónstruos que al mundo paren la ignorancia, y el engaño.

Qual bello cisne sobre el crespo vado
De Meandro, sin que en él se le consuma
Del blanco pecho el tumbo levantado,
Cercos engarza de liviana espuma;
Y en remolinos de cristal cuajado

Humedeciendo va la hueca pluma,
Hasta que al fin entre la juncia verde
Al suave son de su cantar se pierde.
Así luchando el español guerrero
Por las saladas ondas discurria,
Diestro piloto hecho y marinero
A la pesada entena en que venia:
Dando consuelo al llanto lastimero
De Olfa, que en hermosura parecia
Bella sirena, si de cuando en cuando
En cantar convirtiera el ir llorando.
Que sea el fuerte Triton, ó el rey Neptuno,
O la mudable imágen de Proteo,
El crespo mar sospecha; que ninguno
Que sea mortal alcanza igual trofeo:
Y así por dios del mar de uno en uno
Cuantos los campos cruzan de Nereo
Le rindieron debido vasallaje,
Y anunciaron el próspero viaje.
Hasta que la fortuna ya afrentada

De verse de un mortal brazo vencida,
En el tumbo espumoso disfrazada
De la ola de un lebeche embravecida,
A Olfa, su amparador, y la aferrada
Entena echó á la costa encanecida,
Por donde de Beocia en corva raya
El rio Cefiso rompe la ancha playa.
Por medio la region focense corre,
Naciendo en las alturas del Parnaso,
Cefiso, en cuya orilla está una torre
Rota y gastada ya del tiempo escaso:
Templo antiguo de Temis que socorre
Con su saber el mundo á cada paso,
O ya dando hombres nuevos, ó medido
A la razon el gusto del sentido.
Aquí ya libre del rigor pasado
Bernardo afirmó el pié en la seca arena,
Molido el cuerpo, el brio quebrantado,
Y Olfa con él de espanto y temor llena:
Y el riesgo en verse libres olvidado,
Sola la nueva ausencia les da pena
De aquella celestial belleza rara,
En cuya vista nada les faltara.
Y aun no del todo el enlutado cielo,
Desnudo y libre del rigor pasado,
En nueva sombra y tempestad el suelo
De agua tenia y vientos anegado,
Cuando en un tibio y mudo desconsuelo
Al antiguo edificio derribado,
Que á la ancha boca está del turbio rio,
A buscar van abrigo contra el frio.
Así en los mismos pardos arenales,
De otra mayor tormenta y desconcierto
Echados, cuando el suelo á los mortales
De agua se vió y de confusion cubierto
Deucalion y Pirra en los umbrales
Fueron del sacro templo á tomar puerto,
Pidiendo á Temis, pues lo sabe todo,
De la restauracion del mundo el modo.
Mostróse el turbio dia presuroso
Mas que otras veces lo es breve y pequeño,
Por entre el aire lóbrego y nubloso
Vanas fantasmas destilando el sueño,
Cuyo silencio hizo del reposo
Del mundo á la quietud sabroso dueño,
Y al amante español, y á su doncella
Huir con tristes pensamientos della.
Vino la noche, cuya niebla obscura
Espantos á una parte y á otra lleva,
Y el frio cierzo cernido en nieve pura
En altos pinos sus bravezas prueba:
Suenan los aires, brama la espesura,
Crece el rigor, y el viento se renueva
Llenos el Norte, helados ambos senos,
De ardientes rayos, y de roncos truenos.
Cuando, sin otra prevencion de cena,
Buscando amparo á la region nublosa,
Y abrigo al viento que en los bosques suena,
Una caverna vieron tenebrosa:
La obscura boca de malezas llena,
Que en su enlutada tumba sospechosa,
Desde un rincon del carcomido muro
Lugar da, mas secreto que seguro.
Fuéronse con escrúpulo bajando
Al escalon primero de la gruta,
Solo donde poder dormir buscando
Un pequeño compas de tierra enjuta:
Y como en parte estraña recelando
Agudo silbo de serpiente bruta,
Enroscado dragon, ó cama fiera
De rojo tigre, ó súbita pantera.
Hizo el leonés del sótano á la entrada
Escrutinio en las ramas y malezas,
Probando con la punta de la espada
Del ciego seno su áspera estrecheza;
Y hallando parte enjuta y abrigada,
De yerba y secas cañas, adereza
A la medrosa dama un breve lecho,
Alivio á los cuidados de su pecho.
Y á par della sentado le suplica
Si le ha quedado aliento, le dé cuenta
De la ausente beldad que el alma rica
De esperanzas en gloria le sustenta;
¿Por qué, ó cómo al marcial furor se aplica?
¿Quién la trajo á tal riesgo y tal tormenta?
¿Cuál sea su patria, cuál su nombre y fama?
Dijo, y así le respondió la dama:
«Regalo celestial, fruto fecundo
De dulce amor y suertes de fortuna
La beldad dieron, que única en el mundo
Adoró el sol, y respetó la luna:
Bella princesa, resplandor segundo
Del reino que á la luz sirve de cuna,
De Medoro y de Angélica la bella
Parto feliz en venturosa estrella.
Marte lloviendo belicosa lumbre
Subia á la sazon con mayor brio
Por sus dorados goncés á la cumbre
Del austral capricornio húmedo y frio;
Y del carro acerado la vislumbre
En su mayor pujanza y señorío,
Sobre el grado penúltimo subido
Hasta los veinte y ocho habia corrido.
Venus con la blandura acostumbrada
Le iba templando en parte la aspereza,
De los demás planetas rodeada,
Cada cual en su punto y fortaleza:
Solo Saturno, cuya frente airada
Tristes anuncios daba á su belleza,
En veinte grados puso su tesoro
Del enemigo vellocino de oro.
Esta admirable conjuncion de sinos
A la gran China dió esta real princesa
Arcangélica dicha, que en divinos
Rayos de luz en tu alma vive impresa:
Junto al Quinsay en muros peregrinos
Por un bosque bellísimo atraviesa
El castillo de Mangi, de quien viene
Al reino el nombre, y el honor que tiene.
De doce millas su torreado muro
De fino jaspe en proporcion cuadrado,
Con mil torres altísimas seguro,
Donde está un grueso ejército alojado:
En cada esquina de alabastro duro
Un altísimo alcázar levantado,
Guyas torres y almenas por decoro
Sustentan ricos chapiteles de oro.
La altiva frente que al Oriente mira
Rica puerta abre de bruñida plata,
Que al sol sirve de espejo en que se mira,
Y con sus rayos otro sol retrata:
Esta al rey solo se abre, y se retira:
Dándole paso, él solo pisa y trata
Sus umbrales, y en otros mas escasos
El vulgo estampa sus humildes pasos,
En medio el ancho muro, que cubierto
Todo está de arboledas y jardines,
De fuentes y de estanques, por concierto
Puestos entre arrayanes y jazmines,
Se ven por juncias y agua en vuelo incierto
Briosos cruzar los bellos francolines,
Y dar los cisnes música á las flores,
Y al alba fresca tiernos ruiseñores.
Saltan los corzos, y la liebre corre
Por entre murta, sándalo y verbena,
Libre de que le siga ni le borre
Otro paso los suyos en la arena:
Una á otra se sigue, y se socorre
Con fiesta y grita de retozos llena,
Gozando de sus juegos y primores

La luz de los altivos miradores.
En medio el real jardin, sobre un collado
De cinamomos y canelas lleno,
A quien las rosas y azahar nevado
Con menos costa vuelven mas ameno,
Está de verdes mármoles labrado
El imperial alcázar, cuyo seno
En ricas salas de oro y pedrería
Eterno guarda, y sin morirse el dia.
Yo no se bien si la caverna ó gruta
Del peñascoso Ténaro deshizo
Sus verdes jaspes, y al Quinsay tributa
Con lo que este vistoso alcázar hizo;
O de los bactrianos en la inculta
Scitia, el pueblo inconstante y movedizo
Tiene alguna cantera de esmeraldas
Mayor que el monte Acámaso en sus faldas.
O las minas de Copto, que en Egito
A Tebas dan sus mármoles preciosos,
Dieron á la India el bello circuito,
Que dió á este real jardin lejos vistosos:
Todo él cercado en torno de infinito
Aparato, de estátuas y colosos,
Bultos, mónstruos, figuras y medallas,
Y otras varias grandezas y antiguallas.
Por cien torres en torno se dilata
Con chapiteles de oro por cabellos,
Y mil balcones de luciente plata,
Que heridos del sol deslumbra el vellos:
Lo de dentro suspende y arrebata
Con dibujos bellísimos, y en ellos
Llenas las salas, patios, corredores,
De guerras, cazas, fábulas, y amores.
Aquí el gran Chino por su gusto tiene,
Cuando la córte deja, su morada;
Aquí á aliviar la grave carga viene
Del cetro de oro y magestad pesada:
Aquí en alegres cazas se entretiene,
Y goza quieta vida regalada,
Y aquí tambien entre frescura tanta
Del Quinsay se crió la bella infanta.
Ya quince vueltas el autor del dia
En las balanzas de oro habia ajustado
La clara luz con la tiniebla fria,
Y otras tantas al mundo renovado,
Vistiéndolo de flores y alegría,
Despues que el quinto círculo dorado
Del cielo hizo en Angélica la bella
El divino retrato dél, y della.
Y estando la una y otra retirada
Deste real bosque en la agradable vida,
Una en correr las liebres ocupada,
Y otra en rendir las fieras divertida,
En el Canfú surgió una gruesa armada,
Y el ruido y temor de su venida
Subió al jardin por la corriente arriba
De un rio que al bajo mar Quinsay derriba.
Zambrí, soberbio rey de la Moscana,
Nieto del desdeñoso Radamanto,
A quien Roldan mató, y con su temprana
Muerte heredó su nieto imperio y llanto,
El en que comenzó su edad lozana
Venia en ella á vengar, trayendo cuanto
Poder su reino alcanza, y cuanto encierra
En aparato y máquinas de guerra.
Queria arrogante á cuenta de su empresa,
Y la vertida sangre de su abuelo,
Por su mujer ganar á la princesa,
Y de la China el ancho y fértil suelo:
Llegando sobre el parque con tal priesa,
Que antes que se tuviese de él recelo
Habia allanado ya su fortaleza,
Y preso de las dos la una belleza.
A Angélica prendió, y sus damas todas,
Creyendo que iba la princesa en ellas,
Con que ya dentro en sus felices bodas
Mas que Atlante consigo lleva estrellas:
Y sin temer las tristes tornabodas
Conque la instable diosa hace mellas
En los mas firmes gustos, con su gente
Al mar se hizo la vuelta del Poniente.
La gallarda Arcangélica aeosada
Del riesgo atroz, y asalto repentino,
De su mismo valor estimulada
Un arnés se vistió de acero fino;
Y no con flaca y femenil espada
La alta defensa de su honor previno,
Mas cual bella amazona se arrebata,
Y con belleza y armas riude y mata.
Sola su lanza, sin la humilde gente
Que de encuentro llevó, quitó la vida
Al jayan Madagascar, que en Oriente
El brazo fue y la espada mas temida:
Al rey de Gozurat, que la eminente
Luz de los polos tiene por medida
De horizonte, al de Albasia, y al de Tibar,
Y al negro y grueso mónstruo de Zancibar.
Siguió el alcance y bella retirada
Del incauto Zambrí, libre y dispuesta
De no volver á ver sino es vengada
De Mangi los vergeles y floresta:
Y en un navio que rindió embarcada
Entre la flota, que con grita y fiesta
Del victorioso triunfo alza la vela,
Ciega se embarca, y tras su agravio vuela.
Como del Caspio mar en la ancha playa
Hircana tigre de corage llena,
Antes que el cazador por piés se vaya
Los suyos ella estampa en el arena,
Y por el rastro que dejó se ensaya
A vengar el agravio de su pena,
Y á bocados cuanto hay mata y destruye,
Y á seguir vuelve el cazador que huye:
Asi del blando chino la princesa
Al seguimiento y presto alcance vino
Del que á su dulce madre lleva presa,
Furiosa destrozando en el camino,
Por cuanto al de sus golpes se atraviesa,
Y de morir en ellos se hace dino,
Hasta abordar la rica capitana
Del bárbaro Zambrí, rey de Moscana.
Y allí, á pesar de la enemiga gente
Que en el naval ejército venia,
La suya dentro echó, y cual rayo ardiente
Por las contrarias armas discurria:
Mató al rey vano, y la arrogante frente,
Donde forjó imprudente fantasía
De ser su esposo, en un gallardo tajo
Del confuso celebro la echó abajo.
Y en tanto en gente y armas abundante
La voz llegó del general socorro
Con fuerza tal, que al campo Radamante
Fusta no quedó entera, ni hombre horro,
Ni chino barco, que con brio triunfante
Urca vencida no llevase á jorro,
Debiéndose al valor de la princesa
La honra mayor de la importante empresa.
Mas cuando ella en rendir la capitana,
Y en dar muerte á su rey se detenia,
El príncipe de Ormuz que al de Moscana
De general por tierra y mar servia,
Ardiendo en torpe amor su alma liviana
Por la Angélica reina que traia
Presa á su cargo con el nuevo espanto
Del muerto sucesor de Radamanto.
En presta zabra con medrosa presa,
A vueltas del sangriento herir confuso,
La reina de Catay de nuevo presa
Con lo mas rico del despojo puso:
Y cual presto alcotan que ha hecho presa

Volando huye por el mar difuso,
Ciego, trocando honor, navíos y gente,
Por un robado amor huye al Poniente.
La princesa que al triunfo y alegría
Del vencimiento halló lo mas precioso,
Que allí en tan nuevo oficio la traia
Robado del ladron de Ormuz medroso,
Hundir el mundo con furor queria,
Y de ira ciega en bando riguroso,
Sin dejar ni una fusta reservada,
Abrasar manda la enemiga armada.
Ciento y diez velas que al rigor de Marte
Parecieron sobrar, sin sacar dellas
De enemigos despojos mayor parte
Que las cautivas damas y doncellas,
Barloadas todas de Vulcano el arte
En resonantes globos y centellas,
De sus grasientos senos subió en vuelo
Los roncos gritos y la llama al cielo.
Yo aquella pienso fue la vez primera
Que el ancho mar temieron se abrasara,
Que sus golfos el fuego consumiera,
Y en ceniza su arena se trocara:
Y ardiendo la enemiga armada entera
La ciega noche obscura volvió clara,
Para que así mejor viese la fama
Sobre un golfo de mar otro de llama.
Hecha por la princesa su victoria
Esta espantosa y triste luminaria,
En que no quedó rastro ni memoria
De la potencia y presuncion contraria:
Tras el corsario de su honor y gloria,
Que su alma lleva en huida temeraria,
En un navío se arrojó velero,
Mas de valor armada que de acero.
Trájome sola á mí en su compañía
Para el servicio suyo, y dando al viento
Las velas tras el bárbaro que huía
Vencimos en correr al pensamiento:
Pasamos por el Pilbo y la Zangía,
De isla en isla tomando guia y tiento,
Cruzando en vuelo al cristalino campo,
Entre el Japon y el cabo de Liampo.
Dejamos ambos Líquios á la izquierda,
Y á la diestra la costa de Chincheo,
Dando al camino y la congoja cuerda
Hasta la alta Camboja y el Burneo:
A Gilolo de lejos se me acuerda
Que vimos, y en bellísimo rodeo
Las Malucas vistiendo con sus flores
Los aires de aromáticos olores.
La bella y rica Chersoneso de oro,
Con su ciudad y reino de Malaca,
En seguimiento del cobarde moro
De árboles nos mostró su costa opaca:
Y entre la Taprobana, y el tesoro
Que por sus costas baña la resaca,
La vuelta dimos sin alguna altura
A la punta y combés de Cincapura.
De allí el rumbo siguiendo del piloto,
Que á la inquieta princesa, mal contenta
Del mar presente y círculo remoto
Que haciendo va en su viaje, daba cuenta:
A un descompuesto viento el árbol roto
Corrimos la ancha costa alharaquienta
De Samatra, ciñendo nuestra frente
De la alta equinoccial el cerco ardiente.
Y á la luz del canopo, que allí claro
Como un limpio carbunco se les muestra,
El peñasco de Cídara al reparo
De un abrigo quedó, y á la siniestra
El cabo de Naguacar, puerto raro,
Donde aquel dia surgió la barca nuestra,
Y halló entre los que habitan por sus peñas
Del corsario de Ormuz el rastro y señas.
Seis dias antes salió del mismo puerto,
Y nosotros aquel que en él entramos,
De Mengala cruzando el golfo abierto
Hasta que á la isla de Zeylan llegamos;
Y el promontorio Cori, descubierto
Por Trabancor hasta Cochin pasamos,
Y allí hácia Calicut un bajel vimos,
Que en lo alto ser de Persia conocimos.
Fuímosle aquella tarde dando caza
Con la siguiente noche, y cuando el dia
El triste luto al mundo desenlaza,
Que por la muerta luz puesto se habia,
Ya en sus señales claro y en su traza
Ser vimos el de Ormuz, en quien venia
La Angélica beldad sin culpa presa,
Y en su demanda la oriental princesa.
Con nuevo regocijo y alboroto
Embestimos con él y al abordallo,
Solo seis caballeros y el piloto
Con las armas vinieron á estorballo:
Quedó rendido, y por la jarcia roto
Del encuentro primero, y al entrallo,
Encima vieron del combés cubierto
De tela de oro negro un hombre muerto.
Supimos que de Ormuz el rey Blancarte,
Tras quien se hacia la infeliz jornada,
Era el muerto, y que Angélica su parte
Hizo en dejarse en su prision vengada.
Sobre el cabo de Cori, el baluarte
De una florida selva da abrigada
De los vientos de Oriente una bahía,
Donde el rey fugitivo llegó un dia.
Quiso cansado de la mar bajarse
Al márgen de una fuente cristalina,
Entre blancos jazmines, que á emboscarse
Por su espesura el mismo olor inclina,
O por entretenerse, ó por holgarse
Con la robada diosa de la China,
De quien habia en sus deseos venido
De una esperanza en otra entretenido.
Suspenso el dia, que pasó volando
En esperar sus reyes á la orilla,
De Ormuz se vió el navío, hasta cuando
Al mar de Goa el claro sol se humilla,
Que por la temerosa selva entrando
La fria imagen vieron amarilla
De su imprudente rey, que en el desierto
Huyéndose su amor le dejó muerto.
Creese que en el favor de su regazo
Con dulce paz le degolló dormido,
¡Torpe locura! ¡peligroso lazo!
Fiarse de mujer quien la ha ofendido:
Entraron por la selva un gran pedazo,
Mas cególes el rastro y el sentido
La obscura noche y tierra no sabida,
Y la pena de ver su rey sin vida.
Así el sordo navío en llanto amargo
Degollado mostraba su rey muerto,
Con quien al rico Ormuz por su descargo
De luto iba de lágrimas cubierto:
Y al pasar de Trabancor el mar largo,
Haciendo escala en su vecino puerto,
De la vengada reina tuvo nueva,
Que de sus playas la salvó una cueva,
Y en un navío para el llano Egito,
Dando las velas á un terral liviano,
Ya libre se embarcó de su delito,
Si alguno fue matar á un rey tirano:
Así con triste y lastimoso grito
Razon de sí nos dió el navío persiano,
A quien la real princesa libremente
Con su rey muerto le dejó y su gente.
No le entregó á la tragadora llama,
Como á la flota hizo su enemiga,
Mas reservarlo quiso para fama,

Que la venganza de su agravio diga:
Y tras quien le dió el ser, cual tierna gama,
Al real piloto manda que prosiga
Su derrota, y en bello circuito
Las Arabias costee, y vuelva á Egito.
En la punta de Aden una tormenta,
De no menor rigor que la pasada,
La nao despedazó en furia violenta
Sobre una roca en agua sepultada:
Y sin que el intratable mar consienta
Por su crespo cristal hacer jornada,
En seis siguientes lunas que así estuvo,
Como en cerrada cárcel nos detuvo.
Hasta que de la punta del mar Rojo
A dar fuimos por tierra á Alejandría,
Por entre rotos mármoles, despojo
Del tiempo en que el gran Cairo florecia:
Con nuevo rastro siempre, y nuevo antojo
De la que reina donde nace el dia,
Que de allí en busca de su amado ausente
El rumbo habia tomado del Poniente.
Ha muchos años que el gentil Medoro,
Ausente de los ojos de su dama,
La dulce risa vuelta triste lloro,
Y desierta dejó su alegre cama:
La causa ni la alcanzo, ni la ignoro,
O sea cierto rumor, ó incierta fama,
Yo la diré despues, que ahora digo,
Que á buscar fue de allí á su caro amigo.
Diéronle nuevas dél en Tolomita,
Donde se entiende que llegó primero,
Con que el muerto deseo resucita,
(Si es mortal el amor que es verdadero)
A la madre tambien la hija imita,
Y en busca de ambos un navío ligero
Al mar arroja, y tras su sangre ardiente
Los graves reinos busca del Poniente.
Arrojónos en calmas y en tormentas,
De isla en isla rodando y puerto en puerto,
Al mar Carpacio, que es de olas violentas
Un importuno y ciego desconcierto;
Y en el Egeo tras él playas sedientas
De Creta vimos, y en el golfo abierto
De Corfú su arenal, por donde un dia
El viento nos echó en Cefalonia.
Allí por lances y peligros varios
La mar nos despeñó, y allí perdimos
Nuestro bajel, y en otro de corsarios
Que en el puerto hallamos nos metimos:
Andaban en sus robos ordinarios
De la hirviente costa á los arrimos
Cien piratas á cuenta de un gigante,
Gran capitan de Creta, y rey de Jante.
Era uno destos el navío que digo,
Contra quien dos de la cercana tierra,
Por peligroso y bárbaro enemigo
En trance entraron de sangrienta guerra,
Donde de la princesa el brazo amigo
Mostró bien lo que el bravo pecho encierra,
Siendo los aires de su ardiente espada
Nueva tormenta á la enemiga armada.
Retirólos á golpes insufribles
La bella sucesora de Medoro,
Proezas haciendo y golpes increibles
En favor del navío de Arcandoro:
Mas hacer bien á bárbaros movibles,
Es sembrar por la mar arenas de oro,
Y este en las sirtes de Africa nacido,
Habia á mudarse en ellas aprendido.
Vió á la princesa, hallóse enamorado,
Y en torpe modo, y con grosero estilo,
No del todo el combate sosegado,
Corriendo aun sangre de su espada el filo,
Llevando de ignorancia en su cuidado
Mas que en sus siete bocas agua el Nilo,
A requestarla se atrevió en el brio
De hallarse humilde dueño de un navío.
Pasó en donaire el loco atrevimiento
De su heldad la gravedad severa,
Y fue mucho en tan nuevo sentimiento
Guardarse en su sereno rostro entera:
Mas dando al gusto bárbaro otro viento
El alma y la intencion mudó primera,
Y el mismo dia que se mostró su amante,
Y ella á darle la vida fue bastante.
Hallándola dormida, de repente
En la prision estrecha en que venia
Con las fuerzas la puso de su gente,
Y cual me hallaste á mí en su compañía:
Y esto en compendios hasta el dia presente
La historia es suya, y la desdicha mia,
Y de Angélica hija y de Medoro,
La que ausente suspiras, y yo adoro.
Pondráte admiracion, que de dos pechos
Tan blandos y amorosos por su parte,
Solo á tiernas batallas de amor hechos,
Sin nombre ni opinion en las de Marte,
Naciese el brazo invicto, que á despechos
Del mundo así campea su estandarte
En los valientes dél, que con su sombra
Lo mas florido de su rueda asombra.
Sabrás, oh invicto aliento de la fama,
Que el generoso Artildo, insigne en ciencia,
Padre que fue del mio, y yo la rama
Mas asida á su tronco y descendencia,
Cuando mas niña esta invencible dama,
O á mí á solas, ó á ella en mi presencia,
Mil cosas de su esfuerzo le anunciaba,
Que ahora las veo, y antes las dudaba.
Decia tambien que su animoso pecho,
Donde aun á la materia vence el arte,
No era todo de humana masa hecho,
Que tenia de divino una gran parte;
Que de los dioses uno, en nudo estrecho
De amor paterno, á su ánimo reparte
Su natural furor, y el caso todo
Pasó, segun Artildo, en este modo:
Dicen que Marte en condicion severo
Ya en otro tiempo fue de amor vencido,
Sin que las armas de templado acero
Defenderle pudiesen de Cupido:
Y aunque el suceso es grave, es verdadero,
Que el cielo lo confiesa, y él rendido
En las sutiles redes de su lecho
Da por probado el adulterio hecho.
Vulcano en ciegos nudos de oro atados
A su esposa y á él los halló un dia,
Y aunque en sus lazos presos, mas ligados
Del lazo en que su hijo los tenia:
Bajó los graves dioses convidados
A la gran presa que cazado habia,
Dios hubo que tuviera á dicha buena
Trocar su libertad por tal cadena.
El sol lo descubrió, cosa notoria
Fue por el mundo su amoroso cuento:
Mas envidiosos hubo de su gloria,
Que dudosos habrá de lo que cuento:
Olvidóse la afrenta en su memoria,
Aunque no la ocasion de su contento,
Trocando el freno del primer recato
En desenvuelto y descubierto trato.
Sobre la playa y secos arenales
Que al mar Carpacio enfrenan la braveza,
Y á pesar de las ondas inmortales
Siria levanta al cielo su cabeza:
Hecha de rica pasta de metales
La antigua Chipre está, cuya belleza
Aumenta el monte Acámaso, y su faldas
Llenas de ricas minas de esmeraldas.
Aquí sobre su concha cristalina

Venus del mar salió la vez primera,
De la espumosa lluvia y sangre fina
Que sudó al mundo la estrellada esfera:
Aquí tiene su altar y su cortina,
Y en él su habitacion mas verdadera:
Y al fin aquí, como á su propio imperio,
Se retiró despues del adulterio.
Un dia que el dios sangriento á recrearse
Al claustro vino de su alegre dama,
(Si á la fama algun crédito ha de darse,
Que estos son propios cuentos de la fama)
Cupido comenzó á vanagloriarse
De los varios efectos de su llama,
¿Qué dios, qué hombre, qué fiera se ha librado
Deste arco duro, y de su arpon dorado?
Júpiter quiero que me sea testigo,
Pues Marte con mi madre está ocupado,
Si el rubio Apolo usó un desden conmigo,
Hable el laurel si me dejó vengado:
Mercurio, y Baco, mi mayor amigo,
El frio Neptuno, y Radamanto airado,
Dirán si desde el cielo al bajo infierno
Hay pecho libre deste brazo tierno.
No sé qué medio ninfa, ó medio estrella,
Ocupada en seguir el monte y caza,
Se alaba de que está de mi centella
Su alma libre, y sin rendir su plaza:
Mujer lozana, cazadora y bella,
Y sin sentir el lazo con que enlaza,
Es burla; que en la red mas olvidada,
La que piensa cazar queda cazada.
De los dioses ninguno se ha librado,
Los hombres mal pudieran defenderse:
¿Al rústico pastor tras el ganado,
Quien no gusta de verlo entretenerse,
Proponer en ausencia su cuidado,
Y en presencia temblando retraerse?
Una vez arrogante, otra se humilla
Al brio de su lozana pastorcilla.
Son varios los efectos y pasiones
Que en corazones causo descuidados,
Conforme á las diversas ocasiones
En que los hallo y tengo encadenados:
Quien quisiere salir de mis prisiones,
Y romper sus fortísimos candados,
Rompa ocasiones, atará deseos,
Que los demás atajos son rodeos.
Gusto de ver llorar uno en ausencia
La fuerza que le hace su cuidado,
Otro en zelos perdida la paciencia
Por lo que él en su cama ha fabricado:
A otro en medio los gustos de presencia
Un antojo le doy que es ya olvidado,
Con que viendo lo mismo que via antes
A los enanos juzga por gigantes.
En estos entremeses divertido
Mi ociosa paso y descuidada vida,
De esperanzas y engaños mantenido
Y sobornado de alegría fingida:
Traeme en sus ojos ahora entretenido
Una reina adorada y perseguida,
Que en el mundo es escándalo y centella,
Y en el Catay Angélica la bella.
Es tanta su beldad, tanta su fama,
Que quisiera por verla no ser ciego,
Aunque fuera la yesca de mi llama,
Con tal que se encendiera de su fuego:
No vi su rostro, mas urdí la trama
Que á mil sirvió de muerte, á míde juego,
Y su real brio, á quien faltó segundo,
De tropezon universal al mundo.
¿Qué valor hubo en él digno de cuenta,
Que no escandalizase su hermosura?
¿Qué riesgo, qué bonanza, qué tormenta,
Qué empresa, qué batalla, qué aventura?
¿Qué pecho libre, qué alma tan exenta,
Qué presa no pusiese en cárcel dura?
¿Qué ojos tan graves, pecho tan esquivo,
Que si los suyos vió no esté cautivo?
De reyes y de príncipes servida,
¿Qué cetro le negó su vasallaje?
Uno el juicio pierde, otro la vida,
Otro el reino, otro el nombre, otro el linaje,
Hasta que vió á Medoro, y dél rendida
Trocó un mundo de reyes por un paje:
Si la agravié, será disculpa mia,
Que ciego no miré lo que escogia.
Así braveando está el niño arrogante
Mientras que á tiento un arco nuevo encuerda,
Gustando Venus y su altivo amante
Del blasonar y del poner la cuerda:
Marte oyendo la fama resonante
De la oriental belleza, con la izquierda
Dicen que sin ver cómo fue herido
A escuso de su madre de Cupido.
Dióle en el alma ociosa con destreza,
Que es el amor sutil en demasía;
Ya el tesoro de Venus es pobreza,
El sol tinieblas, y la noche el dia:
Trueca inmortal por la mortal belleza,
Y á una diosa una dama preferia;
Pero no hay que admirarse destos juegos,
Que en casa del amor todos son ciegos.
Las duras armas de bruñido acero
En el templo de amor deja colgadas,
Y tierno amante de soldado fiero
A su entenado pide alas prestadas;
Que aunque es un pensamiento en ser ligero,
Antojos nuevos son glorias pesadas
Que aunque en sus hombros Icaros los lleven,
Parece en el volar que no se mueven.
Del frio Geta en el helado clima
Ocioso deja el carro en sangre tinto,
Y en la guerrera Tracia airado arrima
Del corvo alfanje el tachonado cinto;
De su cruel rayo la espantosa grima,
Que al mundo baja en resplandor distinto,
La frente limpia con que el aire empece,
Y en sangrientas vislumbres resplandece.
Deja el grabado arnés, cuya acerada
Máquina su abrasado cielo oprime,
Y la nublosa clava reforzada,
Que el polo con su grave peso gime;
Del corvo escudo, y la tajante espada,
Las turbias luces que espantosa esgrime,
Con que la Libia enciende, abrasa á España,
Y al sol los claros rayos de oro empaña.
Deja al fin el potente dios terrible
Del acero el estruendo resonante,
Deja el ceño espantoso, y vista horrible,
A una sombra fantasma semejante:
Volviendo blando amor, si esto es posible,
Aquel su fiero y áspero semblante;
Mas ¿qué digo un semblante solo fiero?
Un pecho, un alma, un dios todo de acero.
Sale volando, y de un alegre viento
Una nube formó resplandeciente,
Parecida á su nuevo pensamiento
En lo hermoso, vano y transparente;
Y en buscar la ocasion de su contento,
Presto, ansioso, colérico, impaciente,
A un cabo y otro busca por la tierra
La que ha de poner paces en su guerra.
Los ojos tiende por el bajo suelo,
De diversas naciones ocupado;
A Europa mira, y su benigno cielo,
Su rico asiento, su vivir templado:
La fértil Libia, que con seco vuelo
Sus blancas costas lleva al diestro lado
Con las sirtes sin tez, á quien da cama

El mar, que en medio dellas se derrama.
Deja á la izquierda el Norte y sus alturas
De un inmortal invierno acompañadas,
Y á sus verdes espaldas las llanuras
Del Ponto y sus arenas escarchadas:
Del frio Tánais las costas mal seguras,
De bárbaras naciones cultivadas,
Y del vecino Colcos el tesoro,
Si aun dura entero el vellocino de oro.
Mira el boreal Zarambe peñascoso,
Cercado de arrecifes inhumanos,
La antigua Troya, y su Ilion famoso,
Sepulcro ya de griegos y troyanos:
El Sigeo, peñasco peligroso,
El Proponto, los Bósforos cercanos,
Con los que guardan las reteas almenas,
De mil tragedias dolorosas llenas.
A Zaistro y sus aguas espejadas,
Que al son de blancos cisnes las despeña
Meandro de riberas marañadas,
Que de seguir un curso se desdeña:
Y del rio Pactolo las doradas
Ondas con que en ruido alegre enseña,
Que no hay bien ni favor mas sin provecho
Que la riqueza en avariento pecho.
Del monte Ida la cumbre levantada,
Y el bosque donde Páris dió el juicio
Sobre la competencia celebrada,
Que al mundo su furor sacó de quicio:
Aquí Marte con alma enamorada
Dicen que dijo: «tengo por indicio,
Que á Venus se dió allí el premio de hermosa,
Porque antes no nació mi nueva diosa.»
De allí mira el gran templo de Cibeles,
Su inútil gusto, y vana hipocresía,
Sus sacerdotes bárbaros infieles,
De triste complexion y sangre fria:
Los Zalibes incultos y crueles,
Ricos del oro que su asiento cria,
Y el rio Halis y su curso avieso,
Famoso por el hado del rey Creso.
Mira tambien al Iris caudaloso
Como su cristalino curso espacia,
Y el bravo Termodonte sonoroso,
Fines de Capadocia y de Farnacia:
El altísimo Latmo peñascoso,
Que á Endimion vió dormido en tanta gracia,
Que la luna bajó á guardalle el sueño,
Y á gozar los amores de su dueño.
Sobre la costa del Carpacio mira
La alta Cilicia con su monte Tmolo,
Donde el dios Pan tocó su ronca lira
En competencia del dorado Apolo:
Y el Tauro que su cumbre en torno gira,
Y de la nieve de un collado solo
Cidno por sus vertientes se dilata
Con limpias ondas de bruñida plata.
Del Caspio mar las playas espumosas
Mira, y sus arrecifes espantables,
Cercados de naciones belicosas,
Gentes bárbaras, fieras, intratables:
Las hiperbóreas cumbres monstruosas
De vertientes y campos saludables,
Y á los que dán sus selvas acogida
En sabrosa quietud y larga vida.
Mira entre los Cerámicos y Hipicios
Las libres amazonas sin varones,
Gente traida al mundo por indicios,
Mas que por verdaderas relaciones:
Los que habitan del Cáucaso los quicios,
Y cultivan sus fértiles terrones,
Al pié del risco altísimo y nevado
A que está el sabio Prometeo ligado.
Los Scitas sin república formada
Sus ásperos desiertos conservando
A quien de Batros la corriente helada
Va con prolija vuelta rodeando:
Mira al austro en altura mas templada
Irse las dos Armenias dilatando,
Y sobre sus collados espaciosos
A Nifates y Tigris caudalosos.
Mira cual nacen de unas mismas fuentes
El Eufrates y Arajes sonoroso,
Que por despeñaderos diferentes
El mar buscan en curso impetuoso:
Este al Hircano lleva sus crecientes,
Y aquel al seno Pérsico famoso,
Haciendo rica y fértil de pasada
La gran Mesopotamia celebrada.
Cansado de mirar tantas regiones,
Sin ver en ellas la que va buscando,
Los ojos vuelve, y mira los rincones
Del celestial incendio humeando:
Las negras etiopicas naciones,
Y el mar sobre sus costas reventando,
Y el Nilo, si por dicha tiene fuente,
Entonces al dios Marte fue patente.
Por Egipto y Arabia entremetida
Vió del mar Rojo la delgada punta,
Que aunque de playas ásperas ceñida
Casi al Mediterráneo mar se junta:
Y allí de blancos nácares tejida
La rica Tilos, donde amor barrunta
Que fueron los primeros minerales
De las preciosas perlas orientales.
Mira la carcomida sepultura
Del rey Eritrio sobre Ogiris puesta,
Y de la Siria la áspera llanura
Toda á la sombra de su nube opuesta:
De Palestina adora la ventura
Que á todo el mundo la hizo manifiesta,
Por haber muerto en ella un Dios, que ahora
Vivo y glorioso el Cristianismo adora.
De Jope mira el muro envejecido,
Que nació al mundo en su primer verano,
Y de Sodoma el campo convertido
En lago infame, y á la diestra mano
El noble rio Jordan fresco y florido,
Y de Samaria el pedregoso llano,
Los fértiles palmares de Idumea,
Y la encumbrada y alta Galilea.
Mira hácia el Sur las Návatras regiones,
Y en ellas las Arabias incluidas,
La Petrea y sus estériles mojones,
Y el Sinai de selvas escogidas,
Donde fueron por Dios las peticiones
De un profeta escuchadas y admitidas,
Y con estilo y nota verdadera
Al mundo se escribió la ley primera.
De la desierta Arabia los mudables
Collados mira y su abrasada arena;
La Feliz y sus campos saludables
De rica mirra y cinamomos llena:
De Pancaya las selvas admirables,
Que al mundo sudan en copiosa vena
El incienso y el bálsamo oloroso,
Del saludable cielo don precioso.
Mira en sus arboledas deleitosas
La fenix de dorada plumería,
Que en solo aquellas selvas venturosas
Y sus montañas se sustenta y cria:
Allí entre frescas yerbas olorosas
Vive sin otro amor ni compañía,
Y cuando la vejez tras sí la lleva,
El fuego la consume y la renueva.
Prosigue y mira en su ligero vuelo
Entre el Tigris y Eufrates abreviada
La fértil tierra que parió en el suelo
La confusion de lenguas marañada:
La torre que pensó escalar el cielo,

Su ciudad de jardines coronada,
Y Ninive en un tiempo tan temida,
Ya por los duros Scitas destruida.
Los belicosos caspios, cuyas flechas
Las caspias puertas guardan poderosas,
Por un milagro de natura hechas,
Entrada á mil naciones monstruosas:
Los que de Media labran las estrechas
Yugadas y sus playas arenosas,
Y los que hácia el persiano señorío
A Parcoato beben el rocío.
Los caducios, que en riscos escondidos
Estrechos labran y avarientos llanos,
Y los de Gorgiana mas tendidos,
De trato y condicion menos humanos:
De Hércules los altares encendidos,
Que aun humean incienso de sus manos,
Y de Persia las fértiles llanadas,
Todas de ásperas cumbres rodeadas.
La Pártia con su gente aborrecible,
Del furor de los godos desterrada,
Sin lealtad y sin fe, cruel, movible,
A guerra y sediciones inclinada;
Y los que de la Hircania, la invencible
Tierra de inculta hacen cultivada,
Y en medio sus altísimos pinares
Ligeros tigres cazan á millares.
Las dos Carmanias ambas montuosas
Mira, y la belicosa Cedrosía,
Los collados y selvas espantosas
De la estéril y helada Aracosía:
De Arbitos las vertientes caudalosas,
Y las aguas que al Indo claro envia,
Y los Paraponisos belicosos
En todo, y no en olivas abundosos.
Deja ya atrás del Indo las riberas,
Y el monte Imavo á la derecha mano,
Y sobre las sardónicas laderas
Cual rayo va cortando el aire vano:
Descubre el Gange entre naciones fieras,
Que con dorada arena y curso llano
Rompiendo los collados orientales
Del mar busca los secos arenales.
Mira el gran muro y raya que divide
Del Scita inculto el regalado China,
Y dentro della el reino en que preside
La luz que sus deseos encamina:
Los campos, bosques y los montes mide,
Y con cuidado y prevencion divina
Vuelve y revuelve, y con la vista atenta
Hasta las ramas de las selvas cuenta.
Descubre entre arboledas y espesuras
Ciudades, pueblos, torres almenadas,
De huertas, de jardines, de frescuras
Basteeidas, compuestas y adornadas:
Con chapiteles de oro las alturas
De las suntuosas puertas coronadas,
Y las murallas que la vista goza
De alegre pasta azul, de fina loza.
El oro mira que en las ricas venas
De la avarienta tierra está perdido,
Minas de pedrería y plata llenas,
Tesoro á ojos mortales escondido:
«¡Tierras dichosas, fértiles y amenas,
(Dijo Marte en su vista divertido)
Hoy me ha bajado amor del quinto cielo
A verme pobre en vuestro rico suelo!»
Mira el alcázar y el palacio ufano
Que la belleza Angélica encubria,
Y ante la puerta real un fresco llano,
Donde en concurso y tropa de alegria,
La ilustre gente y pueblo cortesano
Con gallardas libreas discurria,
De campo y montería los ropajes,
Con varios y fantásticos plumajes.
Los perros con sus saltos placenteros
De alegría llenan el florido llano,
Los sacres y falcones altaneros
Ya de placer se arrojan de la mano:
Los caballos feroces, bravos, fieros,
Los frenos muerden con braveza en vano,
Nevando el campo con la blanca espuma,
Que entre las manos hacen se consuma.
Mil géneros de perros enseñados
Todos á un fin, pero de mil maneras,
Cuales tras los prestísimos venados
Diestros en abreviarles las carreras,
Cuales ligeros, cuales mas pesados,
Cuales para aves, cuales para fieras,
Con galgos, con sabuesos, con ventores,
Prestos ginetes, diestros corredores.
Destos diversos ejercicios llena
De lo alto mira Marte la ancha plaza,
Conoce que la causa de su pena
Sin acordarse della sale á caza:
Y dice contemplando la cadena
En que el tirano amor su gloria enlaza,
«¡Hermosa cazadora de Cupido,
Ya un dios entre tus redes ha caido!»
Asoma en esto á la grabada puerta,
Vistiendo el verde campo de alegría,
De perlas, oro y pedrería cubierta,
Cuanta belleza el mundo conocia:
Dejó una nueva gloria descubierta,
Süave el viento, y apacible el dia,
Reconociendo á hermosura tanta
Vasallaje del sol la lumbre santa.
De tela de oro en rozagante vuelo
Pendia la grave falda de brocado,
Con cuanta pedrería al rico suelo
De Oriente da y tributa el sol dorado:
En luces de diamantes dando el cielo
De su beldad al mundo retratado,
Donde en cualquier desden que andando hacia,
Arderse en rubias llamas parecia.
De la color del dia sus cabellos,
Del alba y de su luz las cejas bellas,
Y amaneciendo un cielo dellas y ellos,
Aun se ven en sus ojos dos estrellas,
Que al alma que las mira en rayos bellos
Del pedernal de amor envian centellas,
Los labios de un rubí, la boca enana
De un limpio aljófar engastado en grana.
Cual suele en el rosado y fresco Oriente,
Dando principios de oro al nuevo dia,
La clara aurora con serena frente
Barrer del mundo la tiniebla fria,
A la cansada soñolienta gente
Perlas lloviendo, rosas y alegría,
Tal la reina salió, y del mismo modo
Su vista lo vistió de placer todo.
Quedó Marte confuso, y su cuidado
Entre esperanza y miedo divertido,
De tanta hermosura deslumbrado,
Y de su misma pretension corrido:
El dia sereno, el viento sosegado,
De una templada nube el sol vestido,
Dicen que el dios de zelos lo hacia,
Porque no viese Apolo lo que él via.
Sobre fogosa y blanca hacanea,
De vistosos lunares remendada,
Pequeña, recogida, y que pasea
Debajo el blando freno concertada:
Con toda la beldad, que por librea
De la suya dió el cielo retratada,
Angélica salió, y salió tras ella
El dia, que cobra su hermosura en vella.
Aquel dichoso y regalado moro,
Hijo de amor, nacido en Tolomita,
Que en ojos negros, y en cabello de oro,

Un tierno humano serafin imita :
El rey chino, el bellísimo Medoro,
Cuya acabada perfeccion limita
Que el poder natural pase adelante,
A estampa mas perfecta y elegante :
Este en traje galan, y hábito suelto,
De azul y plata á lo español vestido,
En oro, perlas y en olor envuelto
El triunfo del amor sacó cumplido,
Sobre un frison gallardo y desenvuelto,
Despedazando el freno desabrido,
De cuerpo, talle y condicion perfeto,
Feroz, bravo, brioso é inquieto.
Un rico manto por los hombros puesto
De la mas fina púrpura de Tiro,
A quien mezclados dan soberbio peso
Las perlas, el diamante y el zafiro;
Con un ancha cenefa de oro grueso,
Que alegre muestra en rozagante giro
El gran cerco de estrellas, por quien guia
La luz que arrastra tras su carro el dia.
Cual águila real, que de lo alto
La deseada caza considera,
Con gozo, con temor, con sobresalto
Revuela, sube, baja, vuelve, espera,
Y codiciosa de acertar el salto
Cercando va la descuidada fiera,
Aguardando sazon y coyuntura
De mas descuido, y parte mas segura;
Tal el soberbio Marte iba volando
Entre torreadas nubes escondido,
Al sol los rayos de oro deslumbrando,
De otros mas poderosos encendido,
Nuevas trazas y modos fabricando
De ver su gusto y su deseo cumplido :
Llegan al monte entre una y otra traza,
Y dan principio á la famosa caza.
Libres de las pigüelas mil azores
A arrojarse comienzan de la mano;
Los diestros agudísimos ventores

A henchir de la escondida caza el llano,
Con que los prestos galgos corredores
No hacen entre mil un lance en vano :
Sigue este, alcanza aquel, el otro incita,
Crece la caza, el alboroto y grita.
Entre el tropel, ruido y baralunda
De ciervos una tímida manada,
Hizo que el campo alegre se confunda

Tras el lance y la presa deseada:
Que todo en voces de placer lo hunda
La trápala de gente alborotada,
Y por el bosque y selva á campo abierto
Se siembre, corra, y vuele sin concierto.
Siguen aquello que se les antoja
Con grita, voces, con furor y estruendo,
Uno vuelve, otro pica, otro se arroja,
Otros aparta, aparta van diciendo;
Ataja, ataja aqueste, el otro afloja,
Barausta, rompe, salta, vuelve huyendo,
Sal, cruza, dale, ten, alarga y pica,
La grita y confusion se multiplica.
Uno cae, otro huye, otro revuelve
Perdido sin ver como en la espesura:
Otro siguiendo un ciervo va, y se vuelve
Confuso y anegado en la espesura:
Este se apea cansado, aquel desvuelve
Tras un tigre la selva mal segura;
Gamos, liebres, leones y venados,
Heridos, presos, muertos y atajados.
Medoro, ó fuese fuerza, ó fuese acaso,
Salió contra un ligero ciervo herido,
Que aquel dios liberal, ó el tiempo escaso,
Le ofreció por llevarle divertido:
Queda Angélica sola, y llano el paso
A cuanto el nuevo Marte ha pretendido,
Nuevo, porque era nuevo enamorado,
Y el amante no es mas que su cuidado.
Alteróse la tarde al grueso aliento
Que exhaló Marte de su nube obscura,
Brama el confuso bosque, brama el viento,
De hojas desentoldando la espesura:
Rásgase el enlutado firmamento,
En humo y fuego vuelta su hermosura,
Agua, tormenta, rayos y granizo
La alegre caza y su placer deshizo.
Tráenles los cielos ya de luto envueltos
La noche sin sazon en medio el dia,
Y ellos en agua y confusion revueltos
Cada cual sigue por su incierta via:
Volaban los caballos desenvueltos,
Pero mas la tormenta que traia
La obscura nube en sus hinchados senos
De ardientes rayos y confusos truenos.
Gusta Marte de verlos anegados,
Su alegre fiesta en aire convertida,
Tales son los contentos mas fundados,
Todo tiene su fin en esta vida:
La dama por quien son estos nublados
En una cueva se quedó escondida,
Segura estoy que Marte sepa adonde,
Que á los ojos de Dios nada se esconde.
Entre un horrible y espantoso trueno,
De ardientes rayos y de luz vestido,
De gozo, espanto, y de contento lleno
Marte bajó en Medoro convertido:
Y al tocar su furor el valle ameno
Tembló el gran mundo de su pié oprimido;
Pero la magestad en esto cesa,
Que ella y amor no comen á una mesa.
De aquel ayuntamiento milagroso
Esta beldad nació gallarda y brava
(Sino es del todo vano y fabuloso
Lo que mi sabio abuelo nos contaba)
Perdióse en esta caza el rey hermoso,
O sea que el dios que la honra le quitaba,
Con ella le quitó tambien la vida,
Entre medrosos zelos consumida;
O sea otra oculta causa, no hay del suelo
Quien no esté del secreto deslumbrado:
Solo de la princesa el sabio abuelo,
Por sus mágicas artes informado,
Alcanzó que la luz del quinto cielo
Es quien tal nieta y tal beldad le ha dado,
Y de Artildo el saber, que en mi memoria
Como la he dicho aquí puso esta historia.»
Así en la gruta la japona bella
La razon á Bernardo da cumplida
De su ausente aficion, y al fenecella
De un blando sueño se quedo vencida:
Y él ocupada el alma en entendella,
Con tantas novedades divertida,
De la que el tierno amor hizo su dueño,
Hallar no puede, aunque lo busca, el sueño.
Parécele sentir, ó se le antoja
Rumor de gente dentro de la cueva,
O sea el pensamiento, ó su congoja,
O el blando viento que las hojas mueva:
En pié se pone, y con la limpia hoja,
De la vaina desnuda, atienta y prueba
A entrar con lentos pasos sin ruido,
Al tiento de las señas del oido.
Fue al parecer bajando largo trecho,
Cuando dentro se halló de una ancha sala,
De un medio globo de cristal el techo,
Obrado todo de artificio y gala:
El suelo de alabastro y jaspes hecho,
A quien ningun primor humano iguala,
Dos bellas puertas en el muro esterno,
La una de marfil, la otra de cuerno.
En cada cual sobre una silla de oro
Sentada una hermosa dama habia;
La de la diestra mano en su decoro
Un cielo de virtudes parecia,
Con una poma que el mortal tesoro
Del mundo en su respecto humilde hacia,
Labrada en un carbunco que enviaba
La luz que aquellas cuevas alumbraba.
Estaba la otra á la segunda puerta
Con una taza de oro en las dos manos,
En una bella máscara encubierta
De lascivo mirar, y ojos livianos:
De perlas toda y pedreria cubierta,
De lustre, tez y resplandores vanos,
Por trono altivo un pobre cadahalso
De falsas piedras hecho, y de oro falso.
Y de la sala en un rincon profundo
Abrirse un ciego pozo parecia,
Por donde de hombres nuevos en el mundo
Como de hormigas un monton salia:
Así en Tebas se vió el campo fecundo
Que un tiempo armadas gentes producia,
Cuando de Acteon el prudente abuelo
De serpentinos dientes sembró el suelo.
Mas si era admiracion la nueva fuente,
Que hombres en abundante vena cria,
Mayor espanto daba la corriente
Dellos, que al trono de oropel subia
A beber de la taza el mosto ardiente,
Con que la enmascarada diosa hacia
Un brindis de venenos esprimido
Al incauto escuadron recien nacido.
Jamás de tantas olas asaltadas
Vió el mar del Sur sus carcomidas rocas,
Ni á las vadosas siertes sobre aguadas
Mas arenas ciñeron y mas focas,
Ni por el fresco abril mas apiñadas
Aves de Africa á España vuelven locas
A cantar los agravios de Tereo,
O á Tracia á oir la música de Orfeo,
Que al sitial van llegando de oro injusto
Gentes de todas marcas y figuras,
De las que el hondo pozo en brio robusto
Escupe de sus cárceles obscuras,
(¡Estraño caso!) que en tocando al gusto
Del venenoso jugo las dulzuras,
Todos en fieras se iban convirtiendo
De espantable figura y bulto horrendo.
Quién en leon, en tigre, en oso, en pardo.

En cocodrilo, en topo, en sierpe, en oso,
Quién en fiero avestruz, quién en gallardo
Pavon, quien en cabron, quien en raposo,
Uno en ligero ciervo, otro en buey tardo,
Otro en torpe jumento perezoso,
Y en otras espantosas formas fieras
De esfinges, hidras, scilas y quimeras.
Así de Circe el encantado vaso
Un tiempo á Italia dió animales nuevos,
Cuando á pisar las playas del ocaso
De Grecia trajo Ulises cien mancebos,
A quien en cuerpo horrible y bulto escaso
El Lacio entre sus flores y renuevos
Brutos establos dió y albergue inmundo,
Para escarmiento y confusion del mundo.
Mas sin que nadie en el ajeno daño
Del suyo halle sospechas, todos juntos,
Tras el goloso vino del engaño,
Ciegos renuncian del honor los puntos:
Y hechos en nueva forma y traje estraño
De horribles mónstruos ya nuevos trasuntos,
En tropa salen por la eburnea puerta
De un fresco viento á la campaña abierta.
Cual, ó cual de aquel número confuso,
Mas que por eleccion por su ventura,
De la trulla saliendo, y del abuso
Del vulgacho sin fe, ley ni cordura,
A la otra puerta, donde el cielo puso
De virtud un crisol y beldad pura,
Por las gradas subia del estrado,
De ricas perlas y de luz sembrado.
Y la diosa gentil que allí alumbraba,
De ardiente caridad y amor vestida,
Al venturoso mónstruo que llegaba
Volvia la forma y la salud perdida;
Y del lumbroso globo que manaba
La luz que daba claridad y vida,
Sacando al rayo una sutil centella,
Hacia milagros y finezas della.
Los antes torpes mónstruos y quimeras
Hombres los vuelve ya la luz divina,
El contrahecho bulto y ser de fieras
En nueva humana forma y seso inclina;
Y no con las demás sombras ligeras
La aparente beldad desencamina
Su curso, mas por puerta diferente
La senda hurta á la engañosa gente.
Quedó admirado el príncipe de España
De tan estraño y necio encantamento,
Parécele que duerme, y le maraña
Algun confuso humor el pensamiento;
O que con sombras otra vez le engaña
De la sutil Alcina el hueco viento,
Que truecos de tan grandes novedades
No pueden suceder ni ser verdades.
Y en este discurrir de fantasía
Suspenso estaba y divertido acaso,
Deseoso de saber que se hacia
La caterva de mónstruos de aquel vaso:
¿A qué fin tales formas les vestia?
O ¿adónde van con su imprudente paso?
Cuando la diosa de la poma de oro
Así le dijo en razonar sonoro:
«No temas, ó invictísimo guerrero,
Honra de la española monarquía;
Que en feliz paso, y venturoso agüero,
Te trajo el tiempo á la presencia mia:
La diosa Temis, norte verdadero
Del mundo soy, y la segura guia,
Que con prudencia reglo el mortal gusto,
Para saber pedir y amar lo justo.
Del cielo y de la tierra fui engendrada,
Y por bien de mi madre quedé en ella,
En guarda de la luz que aquí encerrada
Cual ves conservo en esta poma bella:
Del que asombra en el Cáucaso, robada
De un rayo fue de la mayor estrella,
Para dar vida y almas celestiales
A hombres de barro y bultos materiales.
Fui en otro tiempo oráculo del mundo,
Mas ya mi casa y templo está olvidado,
Y yo huyendo dél á lo profundo
Desta gruta su altar he retirado;
Y aquí encerrada desde aquí confundo
Con mi presencia el vulgo desgraciado,
Y el ignorante enjambre que estas cuevas
Y aquella taza dan figuras nuevas.
Ni creas que es burla y vano fingimiento
Lo que en estos desvanes aparece,
Ciego y sombrio rincon del aposento
En que el hado sus suertes establece;
Que aquí las leyes traza y el aumento
Con que allá el mundo se gobierna y crece:
Esos truecos que ves de hombres en fieras
Aquí son sombras, mas allá son veras.
En la luz sola desta poma rica
La discrecion del mundo está en un cero,
Que ella por sí no es nada, y si se aplica
Al seso humano lo hace verdadero;
El cielo al suelo dió de su botica
Desta ambrosia un adarme, y casi entero
Se está aquí sin tocar, que al gran rebaño
Todo lo ha hecho suyo el necio engaño.
Advierte en esas olas y crecientes
Manantiales de la vida humana,
Como las avenidas de sus gentes
A parar van á aquella dama ufana,
Que en mónstruos los convierte diferentes
Con darles en su taza cortesana
De ignorancia y de engaño una bebida,
Que dura su embriaguez lo que la vida.
Y así impacientes salen de sus manos
A otros nuevos caminos mas aviesos,
Torpes, sin ley, sin traza, huecos, vanos,
De desvarios llenos y de escesos:
Cual y cual por gran dicha quedan sanos
Con la luz de mi rica poma, y esos
Por estas cuestas suben mal trilladas,
Siguiendo de los menos las pisadas.
Tú seguirás tambien ese camino,
Pues ya el cielo te hizo de mi bando,
Y ahora de nuevo este licor divino
Te irá por donde fueres alumbrando:»
Dijo, y como un aljófar cristalino,
Encendido en la luz de un fuego blando,
Un claro rayo le arrojó á la frente,
Mas que el bello del sol resplandeciente;
Y como con el alba el dia vistoso,
Así quedó de luz acompañado,
Saliendo por la puerta deseoso
De ver lo que allí esconde y guarda el hado:
De un fresco valle el campo deleitoso
De admirables tragedias vió ocupado.....
Mas vuelvo al conde Orlando, que dormia
Sobre las flores, y es ya entrado el dia.

ALEGORIA.

En el templo arruinado de la diosa Temis, que lo es de la sabiduria y discrecion humana, se muestra cuan caidas están estas dos cosas en el mundo. Por Arcangélica hecha valerosa amazona, se descubre cuan hermoso es el apetito de la venganza en sus principios, y cómo se enamora dél el brazo poderoso que la puede poner en ejecucion: y como sin el fuego que arde en el pecho no se puede hacer perfecta venganza, que es lo que significa el incendio de la flota. El rayo de luz de la poma de la diosa Temis significa que la prudencia humana no es mas que un rayo de la divina. Las dos puertas del templo son los dos caminos de la virtud y el vicio, y en el ena-

morarse Marte de la hermosura de Angélica, se ve cuan poderosa es la sensualidad en los que no huyen las ocasiones.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

ARGUMENTO. Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo, vale siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el francés ponerle fuego, y el catalan lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro, y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista; que le cuenta la sutil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesi levanta con sus conjuros su navío volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Morgante y Orimandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa.

¡Oh nuevo y dulce sueño, ó claro indicio
De la armonía que el autor del cielo
En el humano célebre edificio
Por imágen trazó de su modelo!
La gran suma de cosas que al oficio
Del pensamiento dan ayuda y vuelo,
Aquel no sosegar con su armonía
El reloj de la libre fantasía:
Aquella interior luz que repartida
En espíritus libres arde y vuela
Por el celebro casa de la vida
En inmortal cuidado y centinela:
La humedad en sus celdas recogida
Que secretos altísimos revela,
La razon, la memoria, el movimiento
Del inquieto y libre pensamiento:
Buscando de reposo un breve rato
El dulce sueño hallé, y ahora fuese
La masa de grandezas que aquí trato
Que al silencio del alma se atreviese,
O de la diosa Temis el retrato,
Que acabé de pintar, se revolviese
De mi ceñida frente en las cavernas,
De especies llenas y humedades tiernas.
Sea al fin sueño, antojo, ó fantasía,
En aquel breve rato de reposo,
Que el silencio por suyo me tenia,
En agüero feliz y hado dichoso,
Una beldad, que como el sol al dia
Alumbra al mundo sobre un carro hermoso,
Ví de pomposos grifos, que en sonoro
Aliento gimen en sus yugos de oro.
Y á un altivo collado en que me hallaba
Cogiendo á tiento de sus faldas flores,
Ella que por las nubes volteaba
Su carroza y caballos voladores,
Las riendas de oro que en su furia brava
Templar suelen del curso los furores,
A mí las vuelve, y «salve el cielo, dijo,
Los nobles pensamientos de tal hijo.
¡Oh cómo se gastó del primer mundo
El ansia de saber, quedando hecho
Teatro de ignorantes el segundo,
Sin gusto en él ni antojo de provecho!
¿Quién sabe de su alma en lo profundo
Amar á la virtud? ¿quién tiene el pecho
No lleno de altivez y vanidades,
Mas de hambrienta codicia de verdades?
Quién no deja llevarse al vuelo estraño
De una ambicion que el ánimo embriaga?
¿Y vuelto en el sentado, y el tamaño
Coloso hasta su mismo ser se traga?
¿A quién de la avaricia el corto paño
Con humildes propósitos no estraga,
Sujetando de un logro al vil renombre
La soberana magestad del hombre?
Todo lo mas del mundo, el labio puesto
Tiene al engaño en su dorada taza;
¡Loca embriaguez! pues la virtud tras desto,
Ni hace ni osa de sus gustos plaza:
Del sabio, el noble, el casto, del modesto,
Y del que á sola la virtud se abraza,
Un necio burla, si á un adarme llega
La pobre plata que en su cofre allega.
Mas tú, ó espíritu noble, que aunque fuerzas
Te falten, no han faltado los deseos
De seguir la virtud, en quien refuerzas
A tu inmortalidad nuevos trofeos,
No vuelvas el pié atrás, ni el paso tuerzas,
Por mas que con locura y devaneos
Los ignorantes griten, que ellos solos
Las musas son del mundo, y los Apolos.
Y porque en feliz curso la jornada
De tu española monarquía acabes,
Y tu heróica grandeza comenzada
De historias llenas y sentencias graves;
Conmigo ven, que estoy determinada,
Al vuelo de mi carro y de sus aves,
Mostrarte para luz de tu escritura
Clara una senda, en estos dias obscura.»
Dijo, y en la carroza, que era hecha
De oro, cristal y rica pedrería,
Subir me manda, y por la via estrecha
La vuelta dió á donde nace el dia:
¡Estraño caso! ¡pero qué aprovecha!
¿Si lo que ahora aquí, y entonces via,
Por hoy el mundo y yo lo hemos dejado,
Él por ocioso, y yo por ocupado?
Ví el cielo, ví la tierra, ví el profundo
Mar con puntas y playas diferentes,
Y entre el primero golfo y el segundo,
Montes, selvas, ciudades, rios y fuentes;
Y vuelto un nuevo Tritolemo al mundo,
No sé que iba sembrando entre las gentes,
O eran perlas ó flores que cogia,
Cuando la diosa hácia mí venia.
Mas ahora de la densa nube obscura
Flores sembrase, ó fruta, espino, ó rosas,
No sé mas de que en dulce paz segura
Mil gentes me miraban cuidadosas:
Uno asombrado de la humilde altura,
Otro con nuevo escrúpulo en mis cosas,
Teniendo aquel volar por aciago,
Y á mí por nuevo encantador ó mago.
Otros llamaban vano mi trabajo,
Y el sembrar por el aire desacuerdo,
Yo caminando por tan noble atajo
Sin responderles nada hacia del cuerdo:
Si eran perlas de ley, ó aljófar bajo,
Ya no me acuerdo bien, solo me acuerdo,
Que unos al toque las hallaban sanas,
Y que otros las dejaban caer por vanas.
Y yo encima del aire levantando
Debajo via de mí los altos montes,
Bien que no sin temor, y con cuidado
De que no tenga el mundo dos Faetones:
Y en deleitoso vuelo, aunque soñado,
Temples mudando, climas y horizontes,
Cerqué la tierra, y con feliz agüero
Me ensayé en este curso al venidero.
Cuando el ruido y voces de la gente,
Que al oir mi nueva voz iba llegando,
(¡Oh cielos, qué disgusto!) de repente
Triste me arrebató del sueño blando:
Y volviendo en mi acuerdo ví presente
Desarmado y á pié al valiente Orlando,
Que en los bostezos y el color difunto
Él tambien despertaba en aquel punto.
En la majada de un pastor serrano
Al fresco viento le dejé dormido,
Contemplando en el cielo soberano
Las vueltas con que el mundo da ceñido;
Y en el pajizo lecho del villano,

Que aun verle dormir está encogido
Temiendo su braveza, entre las flores
El alba le salió de mil colores.
El carro de oro al fin de su camino
Ya con la luz llegaba amortiguada,
Y en el suyo el cansado peregrino
Del rocío la esclavina aljofarada:
Su gastado tizon de seco pino
De la mano arrojaba fatigada,
Y la presencia del cercano dia
De mil centellas una lumbre hacia:
Cuando el francés caudillo el pobre lecho,
Y el encogido huésped receloso,
Con agradable estilo satisfecho,
En su antiguo dejó y primer reposo,
Y el camino á poblado mas derecho
Encaminado dél tomó furioso,
Jurando de vengarse de Garilo,
Aunque se esconda donde nace el Nilo.
Ya el sol por el zenit de oro subia
A la mas alta cumbre de su esfera;
En peso, y en nivel poniendo el dia,
Y á su luz dando hermosa rueda entera
Cuando atajar la senda que traia
Un claro arroyo vió, y en su ribera
Un caballero, que á pasar la siesta
Con sombras le convida la floresta.
Conoció en verlo su caballo el conde,
Sus armas, y el ladron que las traia;
No así manchada tigre salta á donde
El hijo halla que perdido habia,
Ni el rio que entre peñascos se le esconde
Con su furia atajó la en que venia,
Cual la otra orilla de un ligero salto

Señor se hizo del lugar mas alto.
Mas no se vió salir al campo raso
Ligera liebre de ventor sentida
Con mas desenvoltura y presto paso
De á donde el miedo la halló escondida,
Ni enjuto galgo en semejante caso
Mostró mas codiciosa arremetida,
Que el uno en el huir sobre el caballo,
Y el otro en el deseo de alcanzallo.
Furia de aceda cólera espolea
Al ofendido conde, á su enemigo
Temor, que el flojo Brilladoro sea
Culpa en su mal, verdugo en su castigo:
Por aquí huye, por allí rodea,
Hasta el castillo de un gascon amigo,
Donde al entrar cerró la estrecha puerta,
Que es grave el riesgo de quedarse abierta.
Llegó Roldan tras él, y en las almenas,
Para mas le aumentar rabia y coraje,
De los consortes de Garilo llenas,

Con duras piedras le hacen hospedaje:
Así llovidas en monton, que apenas
El riesgo fue menor que no el ultraje,
Obligándole en pasos descompuestos
Su persona humillar á mudar puestos.
Brama furioso, y quiere en ira ardiente
Al cobarde escuadron encastillado
Darlo en venganza al deshonor presente
En fuego de su cólera abrasado:
De un bosque antiguo la encrespada frente
Cien nudosas encinas le ha prestado,
Para hacer aquel albergue injusto
Inmortal luminaria de su gusto:
Nunca el que á Polifemo dejó ciego
Para abrasar el Ilion troyano
Mas pinos tuvo, cuando al campo griego
Leña ofrecia y llamas de su mano:
Ni á tantos cedros juntos puso fuego
Eneas en el fuego italiano,
Cuando al campo de Turno, ya sin vida,
Dejó su patria en garza convertida.
Vió Garilo, y tembló del bosque opuesto
Que á su gruta ha de dar de llama un baño,
Y si arde el monte, el riesgo en que está puesto
El y su casa, y de su mueble el daño;
Y á todo trance el ánimo dispuesto
Tentar quiere si puede un nuevo engaño:
Cierto postigo en el castillo habia
Por donde nadie entraba ni salia.
Por este, en nuevo traje disfrazado,
Con mustio aliento el catalan caudillo
La vuelta dió, al amparo de un collado
Que las espaldas guarda del castillo:
Y en débil paso, y rostro desmayado
De miedo, ó de perfumes amarillo,
Dándole otro ladron para el engaño
Un hábito prestado de ermitaño.
De una gruesa maroma un cordon hecho,
Ceñido un saco de grosera sarga,
Unos graves antojos sin provecho,
Y un basto pino en que se agovia y carga:
Prolija barba, que al hundido pecho
Por mas fingida autoridad se alarga,
Ancho sombrero y cuentas sonadoras,
Y al fingido rezar pausas sonoras.
Así el sagaz Ulises de la cueva
Del cíclope salió disimulado,
Y en piel de oveja con figura nueva
Pasó el astuto griego disfrazado,
Dejando que le tiente, y haga prueba
Si es él, ó sino es él quien le ha cegado,
Metiéndose atrevido entre los brazos,
Que le hicieran, á ver quién es, pedazos.
Era el falso Garilo en sus acciones
De astuta inclinacion y ánimo estraño,
Vivo en palabras, diestro en ilusiones,
Y el fingido embeleco el mismo engaño;
Y tal que por cumplir sus intenciones,
Ni el suyo teme ni el ajeno daño,
Sin mas necesidad, ni otra codicia,
Que la insaciable sed de su malicia.
Bien que ahora le inclina á lo que hace
El ser de Francia el capitan valiente,
Que en el modo que puede satisface
De su nacion la enemistad presente;
Y aun esto mismo al conde le deshace
De su justa venganza el fuego ardiente,
Que hay quien diga que en Francia tiene estrella
España, y que él tambien morirá en ella.
Salió el astuto hipócrita al camino,
Y al desabrido conde en rostro humano,
Fingiendo un abstinente peregrino,
Que besase le dió esclavina y mano:
Besó el noble francés, hombre divino,
En pecho humilde, y corazon cristiano;
Y él «¿á qué fin, en plaza tan pequeña,
Se arrastra, dijo, y junta tanta leña?»
«A fin de hacer hoguera, dijo el conde,
El almenaje infiel deste castillo,
Con cuantos en su estrecho albergue esconde,
Que un mundo entero no podrá impedillo.»
Tan bravo está el francés, tal le responde,
Que de verle temió, tembló en oillo,
Mas reportado á sus embustes sale,
Que no hay Ulises que en fingirle iguale.
Procuró con razones diferentes
De humildes persuasiones mitigalle
Los pasados enojos y presentes,
Que podrán si se encienden abrasalle:
¡Oh lo que pueden rostros aparentes,
Un alma oculta en un fingido talle!
¡Y cuánto importa en la mayor caricia,
Que haya al tocarla puntas de malicia!
«Dejad, dijo, señor, vanos antojos
De abrasar sin por qué un pueblo cristiano,
Que es peligroso caso en los enojos
Vengarse el ofendido de su mano:
Es corto el ver de los humanos ojos,
Y la reportacion camino sano,
Y en ningun caso ó trance conveniente
Que pague ajena culpa el inocente.
Uno os tiene ofendido en esta casa,
Y otros sin culpa están de su delito,
Si es la razon quien los castigos tasa,
No es justo que este ahora sea infinito:
Bien sé, señor, lo que en nuestra alma pasa
Que del pecho es el rostro el sobrescrito;
Mas tambien sé que sois honrado y sabio,
Y á nadie como á tal haceis agravio.
De hombres sin culpa un áspera cadena
De aquesta torre está en un desvan ciego,
Mirad cuanto inocente, por la pena
Que uno merece, se tragará el fuego:
Otras trazas buscad, que esta no es buena,
Y lo que en esto os digo es mas que ruego;
Y á dios, que el cielo á daros este aviso
Traerme aquí desde mi celda quiso.»
Era el francés católico, y tenia
En pía veneracion los religiosos,
Y el bravo y noble corazon le hacia
No dudar en los casos mas dudosos:
Horrigila hizo en él por esta via
En Babilonia lances peligrosos,
Que es malo de entender un trato doble,
Y fácil de engañar al pecho noble.
Fuese Garilo, el paladin dudoso
Quedó en varios discursos repartido,
Cuando en un palafren de paso airoso
Una dueña tambien parió el ejido:
El dia huyendo en vuelo perezoso,
El sol del horizonte dividido,
Y apuntando por una y otra mata
La llena luna de encendida plata.
Era la astuta dueña prevenida
Del torpe gusto de Garilo esclava,
Que del castillo la sacó instruida
Al encubierto engaño que trazaba:
Llegó al francés, y en pena y voz fingida
Haciendo falsas muestras que lloraba,
«¿Sabeis, dijo, señor, si á un peregrino
Está senda prestó feliz camino?
Tiene á su devocion la llave y gente
Deste castillo, cárcel de mi gusto,
Y en una de las suyas al presente
Preso mi esposo está en tormento injusto,
Y en la mano del santo penitente
Mi bien, mi mal, mi gusto y mi disgusto:
¿Decidme, pues, señor, si acaso tengo
Modo de hallar al que buscando vengo?
«De aquí se apartó ahora, dijo el conde,

Mas pensarlo hallar será escusado,
Que entre el silencio no sabreis adonde
En sus vigilias estará ocupado:
Mas mirad si sabeis cómo, ó por dónde
Yo pueda entrar á este lugar cerrado,
Que segun él me reveló de paso
Hará á nuestra importancia mucho al caso.»
«Entrar yo, dijo ella, es fácil cosa,
Que nunca se negó á mujer la entrada,
Mas la vuestra será dificultosa,
De mucho riesgo, y poco fruto en nada,
Que la gente de dentro es peligrosa,
A engaños y traiciones enseñada,
Y así será mas fácil á mi llanto
En busca proseguir del monge santo.
Yo á las espaldas del castillo amigo,
Si por desgracia ya no está cerrado,
Fácil entrada sé por un postigo
De una puerta sin llave ni candado,
Seguro y franco paso á un enemigo
De sabia prevencion y gente armado;
Mas vos solo, y sin armas (¡caso fuerte!)
Será ofrecernos ambos á la muerte.»
«Perded ese temor, respondió el conde,
Y dejadme el secreto paso abierto,
Que yo no os pido el cómo, mas por dónde
Hoy de dormir escuse en el desierto:
Y si á este riesgo alguno corresponde,
Y es siempre el fin de la fortuna incierto,
Sea el hacerme este favor de modo
Que corra mi persona el riesgo todo.»
«Señor, dijo la dueña, por mi gusto
Yo no os pusiera en semejante aprieto,
Mas pues ahora seguir el vuestro es justo,
Yo el cuidado os ofrezco, y el secreto,
Y aun prevenir vuestro ánimo robusto
De armas si hubiere en vuestra entrada efeto:
Ahora idos llegando con recato
Al postigo, y allí aguardarme un rato.
La obscura sombra de aquella alta torre
Paso os dará seguro que no os vea
La cuidadosa vela, y se nos borre
El concierto, y en daño de ambos sea:»
Dijo, y él con atentos pasos corre
Al fin de la venganza que desea,
Y en tanto que va á dar con el postigo
Ella se entró con su engañoso amigo.
Púsose al pié del carcomido muro,
La órden siguiendo de la falsa dueña,
Por juzgarse á la sombra mas seguro,
Y mas á mano de cualquiera seña:
Cuando de las ventanas por lo obscuro
Sobre él bajó una nube no pequeña
De tierra, piedra, palos, agua, horrura,
Sin que haya á su rigor parte segura.
Él huye aquí y allí por no ser visto,
Ni creer que pueda ser caso pensado,
Y por mas que anda á todas partes listo,
Siempre un tiro le alcanza desmandado:
Jamás en otro igual rigor se ha visto,
Ni en tan penosas burlas agraviado,
Ya se arde en ira, ya de la venganza
Reportado le vuelve la esperanza.
Ya mil veces se vió determinado
De hacer todo el castillo una hoguera,
Y otras tantas humilde y reportado
La cólera volvió á enfrenar ligera:
Mas de Bootes ya que el carro helado
Lo alto ocupó de la esmaltada esfera,
La luna en medio el cielo, y las estrellas
Lloviendo sueño altísimas y bellas,
Al postigo llegó la falsa dueña,
De un fingido temor toda ocupada,
Y al conde que acudió á la sorda seña,
«Señor, la puerta, dijo, está cerrada:
Desgracia ha sido de ambos no pequeña,
La gente está sin duda recatada,
Las velas han doblado en el castillo,
Y asegurado el paso á este portillo:
Pero si todavía estais dispuesto
Al grave riesgo de la oculta entrada,
Cierto artificio de madera enhiesto,
Para al muro subir piedra labrada,
Desta alta torre está al remate puesto,
Yo echaré la maroma, y reforzada
Al torno daré vueltas por serviros,
Y así aventuraré á poder serviros.»
Libre el francés caudillo de sospecha
La falsa astucia llama aguda traza,
Y luego la engañosa dama le echa
La cuerda, y él al cuerpo se la enlaza;
Y tan á gusto ya la burla hecha,
Gran fiesta, grita y alarido se alza,
Comenzando á servirle por el viento
En nueva risa y placentero acento.
Por pardas rejas de altos miradores
Clara copia salió de luminarias,
En manos de atrevidos salteadores,
De leyes, vidas y costumbres varias:
Con lanzas, dardos, flechas, pasadores,
Por partes diferentes y contrarias
Le pican, hieren, punzan, y sin tiento
Salva le hacen, y suben por el viento.
El sin culpa francés que así ofendido
De un ladron se halla por tan varios modos,
Y que en el aire ahora suspendido
De risa sirve y ocasion de apodos,
De enojo está y de rabia tan sentido,
Y los contrarios victoriosos todos,
La real persona, ya su riesgo puesta,
Con obras y palabras le hacen fiesta.
Llovida á un tiempo dan sobre él con una
Densa nube de lanzas enastadas,
Y aunque las menos le hallan su fortuna
Con duras carnes le valió encantadas:
Por muerto al blanco rayo de la luna
Unos le juzgan, y otros por domadas
Sus fuerzas, cuando por la cuerda arriba
Temieron todos que con alas iba.
Quedara el alto intento conseguido
A no ir los que le suben aflojando,
Mas Garilo sintiéndose perdido
La tirante maroma fue alargando,
Y con este remedio detenido,
El apriesa subiendo, ellos bajando,
Fijo en medio del aire parecia
Que fingia subir, y no subia.
Así en el rio Cocito un avariento
Las manos dicen que anda levantadas
Por asirse de un árbol en el viento
Braceando en vanos golpes y palmadas:
Quiere dar pasto á su apetito hambriento
Con huecas frutas de hollin tiznadas,
Y nunca el vano intento se concluye,
Que si él la fruta sigue, ella le huye.
Así ligero sube el grave Orlando,
Y siendo ya imposible el detenello,
De golpe aflojan el subir, pensando
Despeñado una horrible pasta hacello:
Y así de la honda cava al limo blando
Bajo con la maroma por el cuello,
Que estuvo de agua inmunda y lodo lleno,
Que lo que el mundo no hizo hiciera cieno:
Mas fue sin riesgo la feliz caida,
Si bien quedó entre el lodo sepultado;
Dióle el hallarse sin su arnés la vida,
Que en turbia lama se ahogara armado:
Y la varia fortuna condolida
De verle puesto en tan humilde estado
Volvió pronta á sus ruegos los oidos,

Que es gran levantadora de caidos.
De allí el castillo á la profunda cava
De ancha canal desaguadero hacia,
Que el patio y las cocinas desaguaba,
Y de aseo y reparo las servia,
Por donde puerta halló el señor de brava
Cuando menos recelos dél habia,
Y todos sin temor de lo pasado
Ya por muerto le tienen, ya enterrado.
El rosicler de Venus, que en el cielo
Estremo es de ambas luces, daba vida
A las pintadas flores con el yelo
Que en cuajados aljófares llovia,
Restituyendo al soñoliento suelo
El robado color que antes tenia,
Cuando el francés fue á dar por la pecina,
Al sótano y desvan de una cocina,
Lloviendo agua grasienta y negro cieno,
De turbias heces y de hollin tiznado,
Cual se viera de algun horrible seno
Del infierno salir desfigurado:
Mas luego que la luz y aire sereno
El lugar le mostraron deseado,
En su alegre venganza divertido
Los pasados trabajos dió al olvido.
Y en diestro paso y reforzado aliento,
Y al hombro en vez de espada media entena,
De sala en sala, y cuadra en cuadra, á tiento
A una llegó de salteadores llena,
Que allí dormidos los dejó el contento
Del vino, el juego, y la pasada cena,
Al golpe puestos que traia ligero
De sus perversos dias el postrero.
La mitad despertó en dia aciago,
Y los demás tragó el eterno sueño:
Los que despiertos miran el estrago
Del grueso pino, y su tiznado dueño,
Que sea el barquero del Estigio lago
Piensan, que á golpes mata con su leño,
O el Orco obscuro, cobrador terrible
Del triste censo de la muerte horrible.
Asordan roncos gritos el castillo,
Huye el de mas valor acobardado,
Deja medroso el catalan caudillo
Frio de su dueña ya el caliente lado:
Y el presto conde, de un voraz cuchillo
El diestro vengativo brazo armado,
Tras las memorias de su agravio corre
Cruel de sala en sala y torre en torre.
Bien como el yerto jabalí celoso,
Vengador de las sañas de Diana,
Con los blancos colmillos, y el cerdoso
Lomo, y los ojos de color de grana,
Siguiendo corre el escuadron medroso
De la florida juventud greciana,
Enturbiando los médanos de arena
Al claro Achéloo en su ribera amena.
A tres doblados seis quitó la vida,
Y otros tantos colgó por las almenas,
Garilo huyó, huyó la fementida
Dueña con otras seis de engaños llenas;
Que ningun caballero fue homicida
De mujeres jamás, malas ni buenas,
Que es frágil gente, y todos sus errores,
O son por ignorancia, ó por amores.
En esto á toda rienda por el llano
Vió el conde á su enemigo en Brilladoro:
«Todo el trabajo me ha salido en vano,
Dijo, si libre se me va este moro,
Pues mi venganza pierdo, y mi lozano
Caballo de espumante freno de oro:
Quédese todo así, quiero seguillo,
Que en mas tengo el caballo que el castillo.»
En una sala de su arnés preciado
Las ricas piezas vió de oro gravadas,
Y aprisa dellas como pudo armado
Contando va á Garilo las pisadas:
El como rayo huye acelerado,
Metiendo hierro al bayo en las ijadas,
Que es gran ginete el miedo, y su congoja
Un Roldan le figura en cada hoja.
Asi dos partes de las tres del dia
Fue el uno huyendo, el otro dando caza,
Cuando este en una selva se escondia,
Aquel entraba en la escombrada plaza:
Al armado Orion se parecia,
Que al centauro persigue y amenaza,
Y tras él corre con dorada lanza,
El cielo vuela, y él jamás le alcanza.
Ya el dia descolgaban al Poniente
Las dos balanzas del zenit del cielo,
Cuando de oro un alcázar puesto enfrente
Al medroso Garilo dió consuelo,
Cien torres de cristal resplandeciente
Clara luz dan en torno al rico suelo
De un monte, cuyas cumbres de esmeralda
En rubias llamas de oro hacen que arda.
De lustroso carmin rojas almenas
Con hermosos perfiles de oro ufanas,
De claros visos cristalinos llenas
Las anchas claraboyas y ventanas,
Que bullidas del sol tocar apenas
La vista dejan sus vislumbres vanas,
Haciendo junto un sin igual tesoro
El oro del castillo, y montes de oro.
Fingida tez de hueco encantamento
El catalan juzgó el oro que via,
Y pincel de dormido pensamiento
El sabio conde que tras él venia:
Y corriendo ambos mas que el suelto viento,
Cuanto mas se acercaban, mas huia
El vano lustre de la rubia masa,
Y se humillaba la soberbia casa.
Asi de oro celajes encrespados,
Si el rubio sol se cuelga al Occidente,
En roja sangre suelen dar manchados
Los vivos de su luz resplandeciente;
Y al irse el dia menos enriscados
Vuelto en ceniza el rosicler ardiente,
Se hacen de sus puntas mas gallardas
Obscuras teces de unas nubes pardas.
Tal el fingido alcázar, que de fuera
Un dorado teatro componia,
Con tanta torre, y tanta vidriera,
Tanto chapitel de oro y pedrería,
Llegando al pié una choza frágil era
De seca paja, que oro parecia;
Las torres y homenaje eran de sueño,
Que es gran pintor de un ademan su dueño.
El sagaz catalan que allí ha salido
De su imaginacion vana burlado,
Y antes á guarecerse habia corrido
Al rubio alcázar de aire fabricado,
El caballo dejó, por quien seguido
Con tal teson se vió, y con tal cuidado,
Y en la chozuela, si hay lugar á donde,
Se entró á esconder del ofendido conde.
Lo que antes montes de oro parecia,
Humildes valles eran de aire llenos,
Que un vistoso celaje les fingia
Los ricos chapiteles por sus senos;
Y de torres de viento componia
Las que campeaban mas, y las que menos,
El dueño de la casa en traje estraño
Un alquimista que es el mismo engaño.
Vestido de contrarios tornasoles,
Entre aguas y alambiques diferentes,
Humos, cenizas, sal, baños, crisoles
Magistrales de ley, pastas ardientes,
Gretas, hornos, cendradas, alcoholes,

Tintas, barnices, lustres aparentes,
Un camaleon por armas, que en el viento
Es uno solo, y se transforma en ciento.
Es su oficio infundir quintas esencias,
Dar nueva forma y hábito á las cosas,
Gastar hacienda y tiempo en esperiencias,
Sin provecho las mas, todas costosas;
Fingir quimeras, inventar sapiencias,
Cifrar secretos, disfrazarles glosas,
Y al no afijar Mercurio con la luna
Dar sin razon querellas de fortuna.
Este es Arnaldo, que en la Flandria conde
Nació, y ya sin estado y patrimonio,
Por hacerse otros Midas vino á donde
Dió en su pobreza al mundo testimonio,
Que siempre á la codicia corresponde
Miseria eterna, ó pactos del demonio,
Y los deseos del oro, y del infierno,
Mas cerca están que el frio, y el invierno.
Y así no atento ya á seguir el curso
A las humanas cosas necesario,
Ni de la alquimia el natural concurso
Por el camino y término ordinario,
A la supersticion volvió el recurso,
Pasó á ser nigromante de herbolario,
Y con una sortija abria el profundo,
La tierra hacia temblar, y arderse el mundo.
Cuando la bella Angélica á Medoro
Desde Francia llevó á la rica China,
Gastó en el largo viaje gran tesoro,
Que es reina amante, y con su amor camina;
Y entre otras la sortija ilustre de oro,
Que á un hombre esconde en sombra peregrina,
A un pescador de Cádiz la dió un dia,
Porque les dé su barco, y sea su guia.
Dióla en rica señal para obligalle
Con ella, porque un ánimo escelente
Solo su gusto estima, y por compralle

Diera Angélica el reino del Oriente:
Mas fortuna tomando el gobernalle,
Al salir contra el viento y la corriente
Por la barra del puerto, en un bajio
La quilla desfondó, y rompió el navío.
Salieron derramados por la playa
Marineros á un tiempo y navegantes,
El perdido patron huyó á Vizcaya,
Y el anillo llevó de los amantes:
Deudas le desterraron, y en la raya
De Francia, entre gascones caminantes,
Las gentes de una escuadra forajida
La joya le quitaron, y la vida.
De allí de mano en mano el rico anillo
A dar á las de Arnaldo fue encubierto,
Cuya humilde chozuela era el castillo,
Y puerto á los ladrones de aquel puerto:
Conoció su valor, supo encubrillo,

Compróle á menos precio, y hecho cierto
Ya en su virtud famosas esperiencias
Para su arte vió, y halló á sus ciencias.
No solo en invisible sombra esconde
A quien le trae en la boca, mas quien mira
Un rayo de su piedra para donde
El sol los suyos al tocarle gira:
Como quiere se muda, y corresponde
A la verdad tan fácil la mentira,
Que sin trocarse el hombre, en un momento
Es sierpe, es yerba, es flor, es agua, es viento.
La forma que le da la fantasía,
Esa es muestra, y esa es figura;
Proteo con este hechizo se vestia
Las varias formas de su cueva obscura:
Contar lo que con él su dueño hacia,
De aquel yermo en la choza mal segura,
De trueccos y mudanzas, menos pena
Seria contar al mar ondas y arena.
El medroso ladron llegó turbado,
Que el conde ya á caballo le seguia,
Y al confuso alquimista, rodeado
De hornos, crisoles y ceniza fria,
Habiéndole su miedo declarado,
La alteracion y riesgo en que venia,
Que le ampare le pide con cautela,
Pues es de los cursantes de su escuela.
El mago de su anillo un rayo hermoso
Le derramó en el rostro, con que luego
De un remendado gato el bulto airoso
Saltó lanzando por los ojos fuego;
O sea natural, ó artificioso,
Propio, ó impropio aquel rebozo ciego,
No lo sé, solo sé que la vislumbre
El cuerpo hace mudar, no la costumbre.
Y por su inclinacion el falaz godo
Tomó entonces prestada esta figura,
Que en tienda de alquimista por su modo
Todo se muere, trueca y destigura:
La plata, el oro, la sapiencia, todo
Al vaciar el crisol se vuelve horrura,
Y las promesas de mayor cimiento
Torres pintadas con pincel de viento.
Llegó el conde á la casa del engaño
Y recibióle el mago comedido,
El viendo un hombre en traje tan estraño
Y oficio tan humilde entretenido,
Y no al sagaz ladron hecho ermitaño,
Que en su presencia se ha desparecido,
«Sin duda, dijo, yo estoy encantado,
O es todo sueño lo que me ha pasado.
¿Decidme vos, señor, con mas colores
Que el arco de las nubes y mas pintas,
¿Quién sois? ¿qué oficio el vuestro? ¿qué pintores
Compran y gastan tan diversas tintas?
¿Tantos aceites, aguas y licores,
Tantas bugetas varias y distintas,
De qué menester son? ¿á cual enfermo
Juntas proveen salud en este yermo?
¿Uno que en esta choza entró huyendo,
Qué se hizo? ¿dónde fue, ó está escondido?»
«Señor, respondió el mago, estoy temiendo
De os ver tan desdeñoso y mal sufrido,
Como que solo vos hableis pudiendo,
Y sea lo demás tiempo perdido:
Pero aliviad un poco el cuerpo lacio,
Si gustais de saber quien soy de espacio.
Conde Arnaldo de Espurg, si en los Estados
Bajos de mí teneis noticia alguna,
Debajo algunos signos marañados
Rico nací con infeliz fortuna:
A Mercurio combusto en los airados
Rayos del sol, y la inconstante luna
En el noveno ángulo nocturno,
Triste y lóbrega casa de Saturno.
Gasté en buscar en el ligir divino.
Y hacer quintas esencias fabulosas
Para afijar el cielo, y de oro fino
Como Midas volver todas las cosas,
Cuanto oro tuve, y á mis manos vino.
¡Oh necias esperanzas codiciosas,
Que haciendo yo cenizas mi tesoro,
De los carbones piense sacar oro!
Tres lustros viva salamandra hecho
Di fuego sin cesar á un horno ardiente,
Para hacer el napelo sin provecho,
Ya en mi vana ambicion resplandeciente:
Cuando el engaño y el crisol deshecho,
En humo vuelto el círculo aparente,
De mis trazas corrido y apurado,
Por huir de mí, dejé casa y estado.
Y en busca de Tabir un nuevo engaño
Segunda vez salí á surcar la tierra,
Y de antojo en antojo, y daño en daño,
A los collados vine desta sierra,
Donde por modo y artificio extraño
Algun tesoro incógnito se encierra,
Si ya de la filosofal piedra el tesoro
No es quien convierte aquí hasta el aire en oro.
Quedé viendo los riscos admirado
En oro ardiendo y en beldad divina,
Crei en ellos hallar de mi cuidado
Cumplida la insaciable golosina:
Pero dejóme el aire al fin burlado,
Que el codicioso siempre se imagina
Lleno de montes de oro el pensamiento,
Que al echarles la mano son de viento.
Salieron á mis ojos destas lomas
Las fingidas riquezas al encuentro,
Y en esta choza de untos y redomas
Un nuevo personaje hallé dentro:
Yo viéndome entre fuegos, y entre gomas,
De mi necia pasion me ví en el centro,
Y al dueño en el oficio y traje estraño
En verle conocí que era el engaño.
Así de mezclas y colores hecho,
Que en la vista sutil se deshacia,
Vario, mudable, sin lealtad, contrecho,
De alma falaz, y astuta hipocresía;
Y el mismo al fin que puesto en el estrecho
Que estoy y estaba entonces me tenia,
Y yo por engañar al mismo engaño,
No conocer fingí su bulto estraño.
A la infeliz sazon que yo llegaba
En afeitar palabras entendia,
Y hechas de vidrio así las barnizaba,
Que parecer diamantes las hacia:
Sola la piedra toque las quebraba,
Y como esa en su tienda no la habia,
A los que entraban á comprar entonces,
Aunque eran vidrios, parecian bronces.
Antiguamente de diamantes era
El trato que en el mundo se vendia,
Por de dentro seguro, y por de fuera,
Que cuanto estaba en él se traslucía:
Colgar de un si de entonces bien pudiera
Uno la suerte de mayor valia,
Mas hoy ya morirá de mil maneras,
Quien fiare de palabras lisonjeras.
Eran diamante, y son de vidrio ahora,
Que á cualquiera desden se quiebra y salta,
Y el engaño las pule y las colora,
Y nunca un vulgo que las compre falta:
Tiene la adulacion lengua sonora,
Cuyo sagaz pincel tan vivo esmalta
Un corazon, que al mas astuto pecho
Parece natural, y es contrahecho.
Mas qué mucho que un ánimo aparente
Del que no es noble dé falsa acogida,
Si en lo mejor del mundo la elocuente

Adulacion con gusto es admitida:
No hay sol sin sombra; al gusto mas prudente
La lisonja es suavísima bebida,
Y el corazon mas claro, y mas sabido,
En cavernas sin luz vive escondido.
Tambien entonces iba fabricando
Del elegir divino alegres llamas,
Cuyas vislumbres dan de cuando en cuando
Vueltos oro estos montes y sus ramas:
Preguntéle ¿quién era? y él usando
De los ciegos enredos de sus tramas
Así me respondió, y así yo atento
De su boca bebí este dulce cuento.
Antes que en las esferas presurosas
Del cielo hubiese curso y movimiento,
Ni al sol, luna, ni estrellas poderosas
Campo espacioso diese el firmamento,
Cuando esta eterna sucesion de cosas
Se estaba en el divino entendimiento,
Lo que es ahora mundo y clara esfera,
Un caos ciego y confuso entonces era.
Estaba el fuego, el aire, el agua y tierra,
Sin forma de agua, tierra, de aire y fuego,
El aire duro, líquida la tierra,
Enjuta el agua, sin su fuego el fuego:
Pesado el aire, sin pesar la tierra,
Quemando el agua, y enfriando el fuego,
Aunque sin aire, fuego, tierra, ni agua,
Ni enfriaba el fuego, ni quemaba el agua.
Yo aquí entre las demás imperfecciones
Del ciego caos aun sin vivir vivia,
Hasta que el Dios de todas las naciones
La preñez sacó á luz que en él habia;
Y dando á las criaturas ricos dones
Del firme y nuevo ser que las vestia,
A mí del bien comun desheredado
Por mas provecho me dejó olvidado.
Y el rico tiempo de la edad dorada
Ciego, y por los desvanes escondido,
Del liviano temor acrecentada
La persona fingí que aun no he tenido:
A lo obscuro engañaba con no nada,
O en eco por los montes convertido
Las mordidas palabras repetia,
Fingiendo en esto el ser que no tenia.
Hasta que ya el dios Júpiter, cansado
De reinar con su padre, quiso un dia
Para sí todo el reino, que el dorado
Cetro gózase mal en compañía:
Yo entonces al rey viejo acobardado
Tristes miedos fingí en la fantasía
Con que huir le hice, y dejar solo
El reino al gran rector del alto polo.
Y el nuevo rey en pago á mi servicio
Esta librea me dió diferenciada,
Y que solo de noche use mi oficio
Con arancel y marca señalada:
Mas que no venda por virtud el vicio,
Ni mi tienda abra entre la gente honrada,
Con que el favor templó la mano ingrata
Lo que al mundo duró la edad de plata.
Mas ya llegando la del bajo cobre,
Medallas dél por de oro las vendia,
Con que rico perdí el nombre de pobre,
Y en ceros fui creciendo cada dia,
Que como no hay quien la gabela cobre
De la nueva inventada granjería,
Es fácil el mentir, y de importancia
Al mercader hambriento de ganancia.
Salieron á este tiempo de mi escuela
Ciertos doctores de ambicion cargados,
Que el interés y la honra los desvela,
Y los traen consumidos sus cuidados:
Fingen pena y dolor sin que les duela,
Lágrimas sin llorar bienes pasados,
Su nombre es de filósofos, y el pecho
De hipocresías cautelosas hecho.
Gozóse al mundo esta doblada gente
Aquel dichoso siglo en que tenia
Tal precio la virtud, que aunque aparente,
El aire aficionaba que traía:
Mas ya el vicio atrevido osadamente,
Despreciando el barniz de hipocresía,
En el mundo ha tomado tal licencia,
Que entra con la virtud en competencia.
Llegó la última edad de hierro frio,
Y yo al colmo tambien de mi reinado:
Júpiter viendo el ciego desvario
Con que el mundo en mi trato está enredado,
Atajar quiso y comedir mi brio,
Y revocarme el privilegio dado,
A la muerte mandó que me buscase,
Y la vida ó las fuerzas me quitase.
Pudiera mal librarme de sus manos
Si acertara una vez á dar en ellas,
Que al fin todos son términos humanos
Cuantos corren debajo las estrellas:
No quise mirar mas respetos vanos,
Ni dar sin fruto á Júpiter querellas,
Que en graves casos de materia honrosa.
Siempre es la floja dilacion dañosa.
Del amor tuve fama que era ciego,
Y qué á tiento volaba por el mundo,
Aquí está mi remedio dije luego,
Yo seré en adestrarle amor segundo;
Y si es cual dicen superior su fuego
A la muerte, no mal mi intento fundo,
Que á su sombra ampararme he de manera,
Que el golpe que me espanta no me hiera..
No poco tiempo, á mucho riesgo mio,
En mi demanda anduve desvelado,
Cuando un niño encontré de altivo brio,
Nacido en mis rincones y criado,
Que con nombre de amor el señorío
Del mundo sin razon tenia usurpado,
De alegres ojos mas que un lince, agudos,
Y que por flechas de oro arroja escudos.
Pretendióme engañar con mis liciones,
Y es torpe el interés sin favor mio,
Y así pasé el raudal de sus razones,
Como un sediento el de un enjuto rio;
Y tras mi intento el mundo y sus regiones
Con nuevo aliento á desvolver porfio,
Villas, ciudades, córtes y cortijos;
Calles, plazas, rincones y escondrijos.
Hice al rico interés ancho camino,
Lo que antes era senda mal trillada,
Por donde ya con ciego desatino
La gran corriente va del mundo errada,
Llamando ocio infeliz de hombre sin tino
Hacer por otra senda la jornada,
Que el camino real, cursado en todo,
Es interés de un modo ó de otro modo.
Cansado del redeo que llevaba,
Sin duda dije en mi que voy perdido,
Pues la bonanza busco en la mar brava,
Y en el mundo el amor que nunca ha habido:
Cuando un ciego muchacho que volaba,
En tirar con un arco entretenido,
Vi en la pajiza choza de un serrano,
Las flores esperando del verano.
Voló la fama, pregonando luego
Ser el soberbio dios de los amores,
De Venus y las gracias blando fuego,
Tahur de apetitosos disfavores,
Que á tiento de su arco el golpe ciego
La tierra asombra y siembra los dolores,
Y que es tambien fingido este segundo,
Que el verdadero amor no es deste mundo.
Y aunque desnudo, ciego, y niño alado,

Sacrificarme quise á su servicio,
Que es al fin de importancia bien mirado
En casa de algun dios tener oficio:
Recibióme por ayo y por criado,
Y fuele de importancia mi ejercicio,
Que para perfeccion del que él usaba,
Solo aprender el mio le faltaba.
No hallé cosa en las suyas desabrida,
Sino es llamar la muerte sus amantes,
Que el nombre, y el temor de su venida,
Mudar cada hora me hacia semblantes:
Mas como no hay posada así escondida,
Ni almenas tan tejidas de diamantes,
Que contra el brazo basten de la muerte,
Yerro es pensar huir la humana suerte.
Llegó una tarde de matar cansada
Donde en las alas yo de amor vivia,
Y á citar para la última jornada
De parte del gran Júpiter me envia:
Dile una rica cena, y sobornada
De un lleno frasco mientras vino el dia,
Troqué á las venas de su aljaba estrechas
Por las rubias de amor sus negras flechas.
Y ya con la sutil traza seguro,
Y el mundo en no advertido riesgo puesto,
Con un tiro el amor al reino oscuro
El mancebo enviaba mas dispuesto:
Y de la seca muerte el arco duro
Del viejo helado el carcomido gesto,
Alegre en sangre ardiente remozaba,
Y trataba de amar, y enamoraba.
Viera su general ruina el mundo
Si por volverlo á su primer concierto
Júpiter no me da en pacto segundo
Treguas al golpe de la muerte incierto:
Quedó mi estéril pecho ya fecundo
No inmortal, mas seguro de ser muerto
Mientras durare el mundo, y los mortales
Dieren al interés cercos iguales.
Y ya con gusto y ánimo voltario,
Tras una larga anatomía de cosas,
Tal vez me vi pintor, tal herbolario,
Y tal fingido intérprete de hermosas:
Dando en bruñida tez de un barniz vario
Del ya pasado abril hurtadas rosas,
Y de mi rico cofre á la mas casta
Lo que para engañar los ojos basta.
Ahora en soñada alquimia me entretengo,
Que de mis lazos es el mas tejido,
Y de afeitar lisonjas me mantengo,
En dulce hablar, y en ademán fingido:
Desde aquí voy á la ciudad y vengo,
Y un gran mundo me asombra, que perdido
A peso de oro compra estas hablillas,
No por mas bien que el oropel de oillas.
Así el Engaño me contó su historia,
Si algo de historia tiene el cuento estraño,
Que del sabio discurso en la memoria,
Ni todo ello es verdad, ni todo engaño:
Esta es al fin, señor, casa notoria
De la fraude del mundo, este es su escaño,
Y yo aquí por costumbre y ejercicio,
Por heredarle me quedé en su oficio.
Es ido á la francesa corte ahora
Rico á vender su lisonjera fruta,
Que un Conde Galalon que en ella mora
Con todo al imperial dosel tributa:
Y en lenguaje atrevido, y voz sonora,
Es quien todo lo aprueba, ó lo refuta,
Y gobernado un rey de un lisonjero,
El reino aun tumbo está del dia postrero.
Y esto en suma, señor, que habeis oido
Es el breve discurso de mi vida,
Esta la casa donde habeis venido
Del mundo mas cursada y mas sabida:
El ladron que de vos venia huido,
Su abreviada persona reducida
En este remendado gato puso,
Nudo infeliz á su ánimo confuso.
Admiró al Conde el vano coronista,
Sospechoso que en todo le engañaba,
Bien que al volver hácia el ladron la vista,
Los blancos dientes vió que arremangaba;
Y sin curar mas dél, ni su alquimista,
Tras el caballo fué que le guiaba,
Y Garilo, ido el Conde su enemigo,
Arañar quiso al sospechoso amigo.
Mas fuese á él, y con la vista atenta
La piedra mira, y vuelve á su figura.
Y humilde ruega al sabio le dé cuenta
De qué artifice fue tal escultura,
Y por mayor regalo le consienta
Mirar si deja verse su hechura,
Porque en todo contar pueda, y en parte,
Della el primor, y de su autor el arte.
Dentro en la fragua en que se forja el dia
Está, respondió Arnaldo, la sagrada
Masa de lumbre con que el cielo cria
Cuanta se ve en sus bóvedas sembrada:
Comun á todos dioses ser solia,
Mas ya á cargo del hado encomendada
Por su ajustado peso se reparte,
Y da á su dueño la dichosa parte.
Traen desta santa luz los celestiales
En la divina frente cierta estrella,
Que impasibles los vuelve de inmortales,
Y toda su deidad les nace della:
Y cuando á ver los términos mortales
De lo alto bajan de su corte bella,
Así en vapor sutil vuela sobre ellos,
Que la vista mortal no alcanza á vellos.
Con ella se convierte y se transforma
En la figura cada cual que quiere,
Y della los fingidos miembros forma
En que su infatigable aliento ingiere,
Y el cielo en su virtud tambien reforma
Cuanto en el ancho mundo nace y muere,
Y desta lumbre al fin á cuanto llega
Cierta deidad y olor de Dios se pega.
El antiguo Prométeo esta lumbre
Del escalado cielo hurtó un dia,
Y este anillo labró de una vislumbre
Que del humano ser sobrado habia:
Y cuando allá del Cáucaso en la cumbre,
Conforme al sacrilegio merecia,
Fue por el dios Mercurio aprisionado,
Y al insaciable buitre encomendado,
Hércules le libró de aquel tormento,
Y él en pago le dió el precioso anillo,
El primero en el mundo, y de mas cuento,
Que pulió lima, ni forjó martillo:
Y entre otras ricas joyas el hambriento
Ladron Caco le hurtó de su castillo,
Deste le hubo su padre el dios del fuego,
Que á su querida Venus le dió luego.
Venus despues al fin le dió á Cupido,
Dél le hurtó el Engaño, y yo con arte
Dél le hube, en cuyo círculo esculpido
De lo criado está la mejor parte:
De una oculta virtud enriquecido,
Que dejo de decir por no cansarte,
Y él por mí te dirá, si coronista
Haces de su primor tu atenta vista.
Dijo, y mostrando el dedo en que tenia
La sortija, á Garilo dió la mano,
Que del cuento admirado, y lo que via,
Ilusion le parece, ó sueño vano:
Mas advirtiendo el lance que ofrecia
De la centella el círculo galano,
Que es, en respecto de su gran tesoro,

La plata humild estaño, y cobre el oro:
Dando una vuelta y otra sacar pudo
Del dedo el soberano engaste, y luego
Formando de un dragon el feroz nudo,
Humo lanzando por la boca y fuego,
En torno revolvió el cuerpo membrudo:
El mago huyó, y el que del Rey Gallego
Dueño se halló de la presea mas prima,
Que de Vulcano abrió la sutil lima.
Quedó el vano alquimista vuelto en humo,
Como otras veces su saber burlado,
Rico el ladron con el precioso grumo
De celestiales luces amasado:
La virtud sabia, el artificio sumo
Del cerco de oro, y del que le ha robado,
Yo lo diré otra vez, sino se embebe
En ocasion mas grave el tiempo breve.
Que ahora Malgesi, en el centro oscuro
De su barco rayando en un cuaderno,
A voces pide al carcomido muro
De la pálida muerte medio infierno;
Donde apenas se oyó el acento impuro,
Cuando á porfía pasa el lago Averno
Una oscura legion, que al aire blando
El navío levantó, y llevó volando.
Traia el mago á Reinaldos del Oriente.
A vengar el agravio recibido,
Y porque á Carlos sin su espada ardiente
Muerto le ve, y su ejército perdido,
Cuando del turbio Egeo el mar potente
De cien navíos el suyo dió ceñido,
A quien mil golpes añadió Morgante,
Que ahora en verse volar paró arrogante.
Seis triángulos de oscuros marineros
El timon rigen y las huecas velas,
Y solo al mago con sus tres guerreros
Del leño ciñen las gurbiadas duelas:
Paró alegre el jayan sus golpes fieros,
Viendo quedar del mar las carabelas,
Y él subir esgrimiendo en raudo vuelo,
Vencido el mundo, con su espada al cielo.
Reinaldos y Orimandro que el gigante
En trato y gusto ven mas reportado,
Con amigable paz le van delante
Todos tres uno de otro aficionado;
O fue su complexion, ó fue el radiante
Aspecto de astro bien afortunado,
O Malgesí con su apurado infierno,
Que aun todavía rezaba en el cuaderno.
Salió el mago francés de lo escondido
Viendo en conforme amor los tres guerreros,
Y dellos con agrado recibido
A regir se sentó sus marineros:
El corzo, que por señas ha entendido
Ser aquel quien los lleva así altaneros
Por la region del aire, á él se llega,
Y que le diga donde va le ruega.
«Señor, le respondió el francés turbado,
Yo á ver enderezaba un nuevo mundo
Que á hallarse vendrá, y á ser ganado
Cuando sus golfos abra el mar profundo;
Tiénelo hasta su tiempo oculto el hado,
Mas mi primer intento haré segundo,
Como yo sepa el vuestro, y á vos solo
De mi nuevo viaje el firme polo.»
«Antes, dijo Morgaote, á esas famosas
Regiones nos llevad, que yo os lo pido,
Que quien ver no desea estrañas cosas
Animo tiene corto y encogido;
Y si allá hay aventuras peligrosas
Mostrádmelas con ánimo atrevido,
Que este brazo, á pesar de las estrellas,
Seguro paso os abrirá por ellas.»
Dijo, y contentos del famoso vuelo
Con que su esquife corta el aire blando,
Los anchos mares, y el humilde suelo,
De lo alto miran irse adelgazando:
Y cuanto mas el curso sube al cielo,
El mundo tanto mas se va abreviando,
Que de su ser fantástico desnudas
Todas las suyas son cosas menudas.
El mas hinchado monte humilde envia
Su preñez vana, los colosos feos,
Cuya altura las nubes escedia,
Mirados desde arriba son pigmeos:
Ejércitos de hormigas parecia
La mas noble ciudad, sus coliseos,
De balcones cubiertos y de rejas,
Breves castillos de un panal de abejas.
El sabio en medio de los tres guerreros,
«Mirad, dijo, en el mundo y sus regiones,
Cuán breves puntos y pequeños fueros
Las grandezas alcanzan y ambiciones:
¡Qué humildes sus alcázares roqueros!
¡Qué menudos sus grandes escuadrones!
¡Que abreviada parece de lo alto
La grave magestad del rey mas alto!
¡Sobre qué estrecho y breve fundamento
Estriba y pára la ambicion humana!
¡Por cuán angosto y apretado asiento
El cetro corre y mitra mas ufana!
¡En qué puño de tierra halla el viento
Tan grandes leguas de locura vana!
¡Y por cuán pobres causas y ocasiones
El deseo de mandar mueve cuestiones!
Suelen los niños en la edad primera,
Con el corto caudal de su talento,
Dar sazon á sus juegos de manera,
Que de veras les sirven al contento:
Quién caballos de caña, quién de cera,
Quién libreas de papel, ruedas de viento,
Toros, guerras, hogueras y castillos,
Que como el tiempo son sus cuidadillos.
Sacan tal vez sus débiles muñecas,
Y allí sus fiestas fingen y sus bodas,
Y aunque de humildes paños cañas huecas,
En gusto vencen la que asombró á Rodas:
A unas ponen estrados, á otras ruecas,
Aquellas sirvan, y á esta sirvan todas,
Esta sea hoy la reina, esta mañana,
Vistan á esta sayal, y á la otra grana.
Son ensayos del tiempo venidero,
Por donde el mundo corre en curso blando:
Ser caballo de caña ó verdadero,
Va á decir poco á quien le está mirando:
Ser castillo fingido, ó ser roquero,
Los soldados de veras, ó burlando,
Las libreas de papel, ó rasos llenos,
Todo es un poco mas, ó un poco menos.
Es el mundo una farsa de opiniones,
Que á todos encandila y entretiene,
Y aunque humilde reparte estimaciones
Conforme el tiempo y la ocasion le viene,
El que hoy es Salomon en sus razones,
Mañana ni le valen ni la tiene,
El que fue ayer gigante, hoy es enano,
Y muere rey el que nació villano.
¿Quién al hombre no ve en humilde puesto
Ser juguete inconstante de fortuna,
En entremeses y mudanzas puesto,
Viejo en el ataud, niño en la cuna?
¿Un dia con salud, otro indispuesto,
Ya al rincon, ya en el cuerno de la luna,
Ya alegre, ya con triste sobrecejo,
Ya gorgeando, ya tosiendo á viejo?
Pues si de sus soberbias los blasones
Mas encumbrados mira y altaneros,
Verá del hueco mundo las regiones
Quererse hacer millares, y ser ceros;
Iguales caballeros y peones,

De un tamaño los reyes y escuderos,
Solo que la fortuna por su gana
A estos presta sayal, y aquellos grana.
Bien que estos varios juegos de fortuna,
Los graves altibajos de su rueda,
Así los que hay encima de la luna,
Como lo que por nuestro abuso queda,
Todo es traza divina, á quien ninguna
Otra puede llegar por mas que pueda,
Sin quien la hoja del árbol no se mueve,
Ni una gota de mas ó menos llueve.
Mas que sean breves y menudas cosas
Cuantas el mundo tiene por trofeos,
¿Quién jamás lo ignoró? ¿quién sus pomposas
Torres no ve ser nidos de pigmeos?
Y si estas no son voces poderosas
Para desencantar vanos deseos,
Y ver que en su soberbia nube hinchada
Quien mas llegó á alcanzar no alcanzó nada:
Ved esta breve mancha, que torcida
La forma hace de un dragon hermoso,
Y es de Europa la tierra, en quien ceñida
Del mundo está la parte mas precio a:
Sana, templada, fértil y florida,
De rubio oro y regalos abundosa,
Honesto trato y nobles calidades,
Villas, pueblos, castillos y ciudades.
La Sarmacia de Europa es la primera
Que allí de Asia arrincona los mojones,
Y el Hiperbóreo monte una ladera
Voraz carcome dentro en sus regiones:
Donde seis meses tienen noche entera
Los que entre el yelo rompen sus terrones,
Y sin mudar jamás temple ni cielo,
De unas estrellas gozan, y de un cielo.
Allí son los altísimos Rifeos,
Y el Tanais que en sus faldas nace y crece.
Y sin gozar del mar ni sus deseos
En la laguna Meotis fenece:
El Bósforo es aquel, y allí los feos
Agatirsos están, aquí parece
El sitio de los sármatas y alanos,
Y allí los masagetas inhumanos.
La Chersoneso Táurica es aquella
Que al parricida Orestes vió asombrado,
Y en el sangriento altar de la doncella
A su alfange divino arrodillado:
Dácia, y el gran Dorisco en medio della,
Allí hace cien mil hombres, con que armado
Quiso Xerxes escudo por escudo
Su ejército contar, y apenas pudo.
Como famoso labrador que echa
Su limpia parva en el agosto amigo;
No cuenta grano á grano la cosecha,
Mas á colmadas troges mide el trigo;
Así en aquel Dorisco, que una estrecha
Celda de aquí parece, el rey que digo
Su ejército midió á teatros llenos,
Sin que cupiese aun en catorce senos.
El monte Hemo es este, que su altura
Casi nos cierra el paso sobre el viento,
Cuyas cumbres descubren la llanura
Del Egeo mar, y el Jonio turbulento;
Y el Ismaro cubierto de frescura,
Por donde Orfeo derramó su acento,
Y del Pangeo monte la cabeza,
Que al mar oprime y rompe su braveza.
Esta que así arrimada al mediodia
Una ancha hoja forma de higuera,
Donde del istmo estrecho la porfia
A pesar de dos mares persevera,
Es el Peloponeso, fuente y cria
De las humanas letras: la severa
Corinto aquella, que de sus ruinas
Roma gozó riquezas peregrinas.
Los Léleges, Teléboes y Curetes
Son los que allí parecen derramados,
Y aquellos los caballos y ginetes
De Acarnania, y sus pueblos celebrados
Y los que entre tus pinos entremetes,
Oh humilde Arcadia, de árboles criados
Son estos, y los otros los mojones,
De Pelagios, Parresios, Licaones.
El Ténaro es aquel, que el mar salado
Fuegos del hondo Flegeton vomita,
Y el promontorio Málea señalado,
Que el paso á las erradas naos evita:
El Espartano pueblo celebrado
Allí (si aun dura su memoria) habita,
Y estos son los remansos cristalinos
De Erimanto, y de Ménalo los pinos.
La Pirrea Tesalia, coronada
De señalados montes, es aquella:
El altísimo Olimpo, y su nevada
Frente, que toca á la mas alta estrella;
Y de Oeta la cumbre celebrada,
Con el sepulcro de Hércules en ella:
El Osa, de los dioses enemigo,
Y de centauros el establo antigo.
Aquí es el valle Flegra peñascoso,
Donde la celestial caballeria
Peleó con todo un campo monstruoso,
Que en favor de los Titanes venia;
Donde del gran destrozo belicoso
Las reliquias se gozan todavia,
Y los collados aun se están cubiertos
De blancos huesos de gigantes muertos.
Este es el alto Pélion que al Oriente
Hurta la primer luz de la mañana,
Y de escalon sirvió y altiva puente
En la disforme guerra soberana:
Y aquel rio de cristal resplandeciente,
Que entre el monte Osa y el Olimpo mana,
Es el padre de Danae, el gran Peneo,
Que al mar lleva un clarísimo rodeo.
Y aquel pequeño valle, por quien pasa
De flores coronado y hermosura,
El celebrado Tempe, en quien sin tasa
Flora vertió su cuerno de frescura;
Donde en verde jardin y alegre casa
El florido verano siempre dura,
Y Anfriso por allí voltea solo,
Ufano de mudar el nombre á Apolo.
El turbio Anagro de aguas hediondas,
Donde lavó el Centauro sus heridas,
Es el que por allí lleva las hondas
Riberas, de veneno ennegrecidas:
Y el claro Anáuro de plateadas ondas,
Sesgo, sereno, y de olas recogidas,
Que con vapores, nieblas, ni rocio,
Jamás destempla, ni hace el aire frio.
Esta costa de mar, que del Egeo
Al Jónio va á buscar la estrecha puerta,
Y del frio y altísimo Pangeo
Hasta el Acroceranio corre abierta,
Es Acaya, y su templo Dodoneo,
Adonde en su inmortal selva, cubierta
De encinas duras, daba un Dios potente
Respuestas otros tiempos á la gente.
La antigua Macedonia y sus collados
Son estos con que el ancho Epiro crece,
A quien dos veces en contrarios hados
Romana sangre sin por qué humedece;
Y aquellos rayos de cristal grabados,
Que otro cristal mayor desaparece,
Sesenta navegables rios y fuentes
Son, que al Danubio entregan sus corrientes.
Y él, cargado de gentes belicosas,
Feroces pueblos, bárbaras naciones,
Por selvas de arboledas deleitosas

Del mar de Scitia busca los rincones,
Donde por siete puertas anchurosas
En él descarga sus preciosos dones,
Dando en testigo á su feliz entrada
La hermosa Péucen de ovas coronada.
Entre estas ferocísimas riberas
Y el Adriático mar corre la costa
Del Ilírico reino, y sus fronteras,
Contrapuestas en playa y luna angosta,
La Albania, la Dalmacia y las laderas
De Liburnia, y la Istria, á cuya costa
El azote parió en parto fecundo
De Atila otra Venecia nueva al mundo.
Debajo aquel celaje y niebla fria
Que del Dantisco mar se va exhalando
La alta Podolia corre, y la Rusia,
La Prusia, Frigia y el Holsacio bando:
Cracovia, Pomerania, y la Dania,
La fria Noruega de contino helando,
Con otro inmenso y áspero gentío,
De leyes varias, y de asiento frio.
Y aquel celaje azul, que ancho y tendido
Un raso cielo desde aquí parece,
Es el Gótico mar, que allí escondido
Al polo con sus olas humedece:
De potentosas islas oprimido,
Donde Tile en sus fuegos resplandece,
Y asombra con fantasmas ordinarias,
Las resaca á sus playas solitarias.
Las Orcades pendientes sobre el yelo
Allí han de estar sembradas y esparcidas,
Y las Ebudas de un estéril suelo
Entre nieve acullá y cristal metidas,
Con las que al Norte por zenit del cielo
En cuatro euripos tienen repartidas,
Y la Hipérborea, libre gente ociosa
En quieta vida goza, y paz sabrosa,
Mas ya dejando este intratable cielo
De fria niebla y de rigor vestido,
Y el eje eterno de cristal y yelo
Sobre que se revuelve el mundo unido,
Volved los ojos á aquel fresco suelo
Que ufano estiende allí el cuerno florido,
Y vereis la dichosa y rica tierra
Que el Apenin divide, y el mar cierra.»

ALEGORIA.

Orlando burlado por tantos modos de Garilo, significa que el descuido y confianza suele traer á los hombres á grandes riesgos, y el recato con que ha de vivir el que no quisiere ser engañado de traidores. En el alquimista, y sus engañosas fabulas, se apuntan las que algunos charlatanes desta profesion usan para encandilar al vulgo, que si bien es verdad que hay en esta arte grandes secretos, son pocos los que los alcanzan, y muchos los que tratan de burlar á su sombra el mundo, con que vienen á perder los menos por los mas; no obstante que la piedra filosofal, ó fligir divino, figurado por el anillo de Angélica, haga tan admirables transformaciones en las cosas, que las que aquí van apuntadas por encarecimiento, sean en su comparacion cortas, y de poco nombre, si ya no queremos entender por el anillo la virtud, que es la que hace en el mundo las mayores transformaciones y maravillas.

En el trueco de las flechas del amor, y de la muerte, se muestra la poca seguridad de la vida humana, aun en sus juveniles años, y cómo aunque el tiempo en el hombre consume y gasta la potencia del cuerpo, el alma, que nunca se envejece, suele tener en la vejez tan floridos deseos como en la mocedad.

La conversion de Garilo en gato, dice cuan dificultosa es de mudar la inclinacion, aunque se mude el estado y profesion de la vida.

Malgesí, que con sus conjuros levanta volando su navío, y sus tres compañeros en él, significa el alma contemplativa, cuando con sus tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, figurados en el rey de Persia, en Reynaldos y Morgante, se levanta á la contemplacion de las cosas superiores, comenzando por las inferiores, y su caduquez y poca substancia.

LIBRO DÉCIMO-SESTO.

Argumento. Prosigue Malgesí su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á peticion de Orimandro un famoso epilogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.

Dijo, y templando en vuelo sosegado
Las velas al favor de un fresco viento,
En dia claro y cielo sosegado
Fue descubriendo el italiano asiento:
Y el mundo donde vuelan asombrado
De su nuevo viaje, ciento á ciento
De las ciudades salen, y las villas,
A ver las nunca vistas maravillas.
Puesto ya el pescador su corvo anzuelo
Al engañoso cebo, y levantada
La tembladora caña en alto al cielo,
Con la vista se queda embelesada:
Y el humilde gañan rompiendo el suelo
Con la yunta de bueyes alquilada,
De tan nuevos portentos asombrado
A la mancera se quedó arrimado.
No hubo pobre oficial tan codicioso
Que por verlos no deje su tarea,
Ni rey á quien no asombre el espantoso
Barco que el aire y su region pasea,
Ni villano tan terco y malicioso
Que con la boca abierta no los vea,
Ni viejo así encogido y encorvado
Que esta ocasion no le haya enderezado.
Como en tiempo de eclipse el temeroso
Vulgo, en bandos y cuentos repartido,
El enlutado sol mira medroso,
A quien su hermana tiene oscurecido;
Que cualquiera hecho astrologo famoso
Su historia dice, y cuenta lo que ha oido,
Y el natural efecto del planeta
A su traza y su modo lo interpreta.
Así el barco volando por el viento
El mundo tiene en bandos alterado,
Y á cada cual conforme á su talento
Con mas temor ó menos asombrado:
Quizá del estrellado firmamento
La argonáuticá se ha desencajado,
Y cargada de dioses va camino
En busca de algun nuevo vellocino.
Otro menos leido, y mas medroso,
La barca dice que es del lago Averno,
Que preñada de mundo mentiroso
Traslada hombres fingidos al infierno;
O que es la nao sagrada del glorioso
Pedro, barquero celestial y eterno,
Que huyendo del mundo en feliz vuelo,
Con la fe y la verdad se sube al cielo.
Y ellos siguiendo el celestial camino
Del asombrado mundo van gozando,
Cuando el suelo de lejos ven latino
La hermosura del mundo sustentando:
Y prosiguiendo el mágico adivino,
La proa á la Calabria enderezando;
«El que allí encumbra, dijo, su cabeza,
De riscos coronada y de maleza;
Es el Gárgano altísimo, sagrado
Alcázar del Arcangel poderoso,
Que al católico ejército fue dado
Por capitan y príncipe glorioso,
Y el pueblo de Diomedes, ya trocado
El nombre en apellido mas dichoso,
Cuyos collados del Salmicio bando
Cuerpos están y sangre regoldando.

Las ruinas del gran templo de Minerva,
Sus torres y gastados chapiteles,
Allí á pesar del tiempo los conserva
Luceria entre sus bosques y vergeles:
Cilaro baña allí la fresca yerba,
De azucenas manchada y de claveles,
Que él despues con sus ondas mal seguras
De tiernas flores vuelve piedras duras.
El rio Ausida, que con sangre humana
Al mar de Adria llevó nuevas crecientes,
Es el que allí de hirpinos bosques mana,
Y por la Nursia tuerce sus corrientes;
Y allí á Hetrucio, que en la suerte vana
Del rey de Epiro, y sus vencidas gentes,
Muestra al mundo, que solo al cielo es dado
Saber el fin que al hombre guarda el hado.
Aquellos son los muros de Tarento,
Que al mar dan nombre y sombra de contino,
Y Scileo, promontorio turbulento,
Que á Caribdis y Scila está vecino:
Y de Ardea su alto alcázar, y el asiento
Que le dió Turno, y le quitó su sino,
Cuando á pesar del fuego hizo al cielo
Le prestase alas, y otorgase el vuelo.
Aquel euripo estrecho, que parece
A pesar de dos mares abrir paso,
Por donde el régio promontorio crece,
Y el Ploro se arroja al mar escaso,
Es el Tirreno angosto, en quien fenece
De la fértil Italia el campo raso,
Y á donde con bramido temeroso
Al mar turba Caribdis su reposo.
La que allí está á las ondas entregada,
Y fue de tierra firme dividida,
Es la antigua Tinacria, así nombrada
De las tres puntas con que está ceñida;
La que la Libia al astro ve tostada,
En continuos bochornos encendida,
Es Lilibeo, aquel el gran Paquino
Que oye bramar los ciclopes contino.
El Peloro se llama estotra punta,
Que ya un tiempo llamarse Italia pudo,
Y en blancos huesos dió, y gente difunta,
Nevado de Leucosa el canto agudo:
Y el que los encendidos globos junta
A las altas estrellas, y el membrudo
Encelado entre el bronce y pez derrite,
Y hace que fuegos sin cesar vomite,
Es el asiento de Etna peñascoso,
De llamas y de nieve incorporado,

Cuyas masas de fuego monstruoso
El cielo tienen con hollin tiznado;
Y lanzando del vientre caluroso
Derretidos peñascos, y nevado
Con la ceniza el campo aborrecible,
El pecho hierve en hueco estruendo horrible.
Es fama que de un rayo poderoso
En aquellas cavernas soterrado
Está el gigante Encélado espantoso
De todo el monte altísimo cargado:
Del pecho resoplando caluroso
Fuego, humo y azufre requemado,
Y al anhelar del pecho que rehierve,
La tierra tiembla en torno, y el mar hierve.
Allí tambien están del feo Vulcano
Las fraguas y hornazas encendidas,
Y el ciclope nudoso al aire vano
Roncos estruendos forma y estampidas:
Hiere en los yunques su pesada mano,
Y revuelve las masas encendidas,
Resuena el sordo valle, y por los huecos
Peñascos braman los quebrados ecos.
Y no lejos de allí en un prado ameno
La agradable Aretusa resplandece,
Por quien Alfeo ya en paso sereno
Al mundo su cristal desaparece:
El monte Ibla, de flor y abejas lleno,
Y el rio Panchayo es el que allí parece,
Manso despues que Ceres sabiamente
El ruido le enfrenó de su corriente.
Las islas Eolias, donde el raudo viento
Tiene en sombrías cavernas su morada,
Son las que allí con espumoso asiento
La mar muestran en torno salpicada.
Donde Cáprea sustenta ancho cimiento
A la Tiberia torre celebrada:
Cípara es esta, aquella Enaria angosta,
Y esta Surrento, y su apacible costa.
El rio Numincio de ondas sosegadas,
Donde el cuerpo de Eneas fue hallado,
Es el que allí regando las yugadas
Del fértil Lacio busca el mar salado:
Y Peneste de almenas levantadas,
Hechas de fuego y pedernal labrado,
Es aquella, y aquellos que allí vistes
Los Tetrios montes, ásperos y tristes.
La ciudad Aretina, y sus pantanos
Siempre exhalando destemplados vientos,
Y la soberbia Tibur, cuyos llanos
Gozan los telagónicos asientos:
El sonoroso Sarno, y los ufanos
Cuernos del Iris claro, y los cimientos
Son estos de Minturnia destruida,
Que á Mario en sus lagunas dió la vida.
Las blancas piedras de Anxur celebradas,
Y los collados que con su agua riega,
Son aquellos, y aquellas las cañadas
Con que al Pontino lago las entrega:
Y los mirtos y encinas consagradas,
Que al sol esconden la florida vega
Del reino de Diana, son aquellos,
Con su gran sacerdote y rey en ellos.
La fértil Cumas con dichoso agüero
Allí fue de los Calcidas fundada,
Y aquella es Capua, que un Alcon mañero
Nombre le dió, y la hizo señalada,
Por donde el rio Volturno va ligero
Huyendo de su vida regalada,
Que afeminó á Anibal el pecho fuerte,
Y á César dijo y anunció la muerte.
Allí sus baños tiene celebrados
La fértil Vayas de aguas escelentes,
Y los Cimerios pueblos soterrados
Solian allí esconder sus negras gentes:
Los valles son de olivas coronados
Del gran Tiburno los que veis presentes;
Tolfa es aquella, aquellos sus alumbres,
Y este Argentario, y sus altivas cumbres.
Nápoles queda allí, y sus altos muros,
Mejor por sus contrarios renovados
Que los hicieron los Calcidias duros,
De groseros terrones amasados:
Y de Circe los bosques mal seguros,
De olas antiguamente rodeados,
Y anudados ahora con la tierra,
Ya del mar vencen la importuna guerra.
Aqui aun se dura el rastro y las señales
De haber vivido allí una rubia diosa,
Circe, hija del sol, que á los mortales
Era á dar nuevos cuerpos poderosa:
La que en varias figuras de animales,
Al toque de su vara milagrosa,
De Ulises convirtió los compañeros
En osos, tigres, puercos y carneros.
Por allí da tributo al mar Tirreno
El Tiber de victorias coronado,
Aquel mismo tributo que en su seno
De cincuenta y dos rios ha cobrado;
A donde en el Tarpeyo monte ameno
Roma su capitolio vió encumbrado,
Que el mundo gobernó, y hoy mejorada
Del Vicario de Cristo es gobernada.
Volved la vista ahora á estotra parte
Del mar de Adria, y vertientes de Apenino,
Vereis un templo del furor de Marte
Hecha la ciudad áspera de Urbino,
Y del puerto de Ancona el baluarte
Que Trajano fundó de mármol fino,
Y su Cumerio puerto puesto en modo,
Que al mar parece que le da del codo.
Allí está el fértil campo de Loreto,
Bien que ahora ni muy rico ni estimado;
Mas yo veo tiempo ya que será acepto
En el mundo, y su nombre celebrado,
Cuando por modo altísimo y secreto
A él se ha un aposento trasladado,
Que de Judea vino á Esclavonia,
Y en él á Cristo concibió Maria.
Allí es Perusia, donde la hambre ayuna
De Antonio estuvo un tiempo apoderada,
Y esta la gran Florencia, que ninguna
Cual ella se vió en flores asentada:
Luca, y el promotorio de la Luna,
Y Pisa por su loza celebrada,
Parma, Modena, Lodi, Alejandría,
Milan, Cremona, Bérgamo y Pavia.
Haciendo cruces con la mano diestra
Fue señalando el sabio estas ciudades,
Y prosiguiendo, dijo: «allí se muestra
Rávena ilustre, antigua en mil edades;
Y Felsina-Bolonia, gran maestra
En toda ciencia y todas facultades,
Está allí derramando un mar al mundo
De graves letras y saber profundo.
Ved á Ferrara puesta en la ribera
De Eridano, y sus ondas espejadas,
Donde Faeton su vida y su carrera
Juntas dejó de un golpe rematadas:
Allí está Mantua, y Andes, la primera
Entre tierras y gentes celebradas,
Donde nació la fuente de quien mana
La alta facundia y elocuencia humana.
Por allí pasa Mincio, mas ufano
Que el claro Anfriso por el rey de Delo,
Y en sus principios como el mar liviano
Con olas suele amenazar al cielo,
Donde Bérgamo goza asiento llano,
Y Trento parte con los Turcos suelo,
Y aquel el Rubicon, raya liviana
De la prosperidad y paz romana.

Las incultas almenas mal labradas,
Que allí lava la mar y azota el viento,
Donde unas gentes del temor guiadas
A buscar fueron mas seguro asiento,
Tristes reliquias son despedazadas
Del destrozo de Atila, y su escarmiento
Les hará, sin que el tiempo las consuma,
Ir creciendo en la mar como su espuma.
Es su nombre Venecia, y sus agüeros
Así dichosos desde el primer dia,
Que pasará en los siglos venideros
De república el nombre á monarquía:
Destas cumbres los gajos altaneros
Los Alpes son blanqueando nieve fria,
Que al bárbaro furor con muro estrecho,
La rica Italia apartan sin provecho;
Donde al pié en sus collados mas vecinos,
De fértil grama y flores coronados,
Ricos pueblos fundaron los Taurinos
Allí desde Liguria trasladados:
Mas mira ahora los montes cristalinos
Que á tu isla Cirno baten los costados,
Rey de Córcega, y la otra su vecina,
Que apenas desde aquí se determina.
En la una, si la fama no se engaña,
La miel el nombre pierde de sabrosa,
Y en la otra sin querer rie y regaña
Al que su yerba prueba venenosa:
La que allí sus mariscos acompaña
Es Egilos, de cabras abundosa,
Y la palmosa Ilba acá parece,
Rica del hierro que en sus venas crece.
Entre el puerto de Venus, y el trofeo
De Augusto, y entre el Varo tortuoso,
Y el rio Macra, que en feliz rodeo
Del Apenin desciende presuroso,
Correr al austro la Liguria veo,
De áspera tierra y sitio montuoso,
Donde en su costa Génova parece
Hermoso lirio que entre espinas crece.
Mas ya aquí se descubren las vistosas
Cumbres del Alpe, y á la diestra mano
Ambas las Alemanias belicosas,
Que el frio Reno las divide en vano:
Las dos ilustres Bélgicas famosas,
Todas llenas de imperio soberano,
De marcas, reinos, títulos, blasones,
Duques, lansgraves, condes y barones.
Aquellas altas peñas, que nevadas
La espuma dan que por sus playas crece,
Las rocas son de Albiones celebradas,
A donde Anglia sus términos fenece:
Aquellas son sus selvas encantadas,
Merlin allí y su ciencia permanece,
De quien he yo apuntado en mis lecciones
Escolios mil, y mil anotaciones.
Es reino ilustre, rico y belicoso,
De gente afable, humana, y sus banderas
Temor del gran Océano espantoso
Serán en las edades venideras:
¡Oh pueblo muchas veces venturoso,
Si tan cerca á Alemania no tuvieras,
Que criará una hidra y un briareo,
Que agoten cuantos bienes en tí veo.
Allí es Brabancia, Flandes, Picardia,
Y aquí Francia mi patria regalada,
Con su ciudad, de adonde nace el dia
Hasta donde se esconde celebrada:
Allí Garona, allí Secuana envia
Sus peces y aguas á la mar salada:
Allí se traga el Ródano á la Sona,
Y aquí parte á Marsella de Narbona.
Bretaña es esta, aquella Normandía,
Y estotra la Provenza regalada
Por donde Druenza su corriente guia.
Y está Auñon sobre el Ródano sentada:
Allí es Tolosa, allí Fuenterrabía,
Y allí la ardiente cumbre ahora helada
Del Pirineo, que en fuegos encendido
Arroyos sudó de oro derretido.
Aquellos valles que una niebla fria
Parecen exhalar de humor sangriento,
Cuya espantosa cumbre al sol y al dia
De Francia enlutan con su grueso aliento,
Los Roncesvalles son, en quien solia,
A los aspectos de su cielo atento,
Pronosticar Merlin cierta caida
En la gente del mundo mas temida.
Los astrónomos puntos de impresiones
Que señalo de burla, ó verdaderos,
Ya van en las postreras conjunciones;
Trueque el cielo en mejores sus agüeros,
Y al nuevo imperio en todas ocasiones
Del brio enemigo rinda los aceros,
Y á pesar de los astros engañosos
Sus lirios de oro salgan victoriosos.
Ya de aquí se descubren las regiones
De la feliz y belicosa España,
Famoso reino en las demás naciones,
Que la tierra encadena y el mar baña,
Cuya grandeza en todas ocasiones,
Si de la fama el crédito no engaña,
Unica ha sido, y es en cuanto encierra
De nobleza y valor en paz y en guerra.
Allí es San Sebastian, Huesca y Bayona,
Y acá Colibre al mar Mediterráno,
Aragon, Cataluña y Tarragona,
Y el promontorio Venus Perpiñano;
Allí su puerto guarda Barcelona,
Y allí el famoso Grao valenciano,
Denia, Alicante, Murcia, Cartagena,
Sus costas gozan de riquezas llena....»
«Paso, dijo Orimandro, que el intento
Mayor que me sacó de Persia un dia
Fué ver de España el belicoso asiento
Y asombros del valor que della oia;
Y pues se me ha venido tan á cuento,
Y sin buscarlo, lo que hallar queria,
Templad las velas, y volad despacio,
Que quiero ver de Marte el gran palacio.
Y pues que vos por sabio, y por vecino,
Podeis darnos razon y luz de todo,
Gobernad el timon, y abrid camino
Por este aire benévolo, de modo
Que yo os deba este gusto á que me inclino,
Y el contar su grandeza al reino godo,
Y todos tres gozar en este vuelo
La magestad de tan heróico suelo.»
Dijo, y el francés mágico, ahora sea
Por dar al persa gusto, y á Morgante,
Que lo mismo parece que desea
En los halagos del feroz semblante,
O por curiosidad, en que se vea
De su leccion y ciencia lo importante,
Que es gusto al fin mostrarse un hombre sabio
Y entre reyes mover á tiempo el labio.
Asi con blando y sosegado vuelo,
«¿Quién, señor, dijo, en tan pequeño rato
Del real valor deste invencible suelo
Darte podrá cual pides un retrato?
¿Quién de su clima, temple y paralelo,
Fertilidad, riqueza y aparato,
Decir podrá en palabras suficientes
Lo que á España se debe, y á sus gentes?
En lo mejor del habitable mundo
Como cabeza dél la asentó el cielo,
Combatida de un crespo mar profundo,
Que por tres partes ciñe el fertil suelo,
No en el clima tercero, ni el segundo,
Ni en el sesto, ni séptimo, en que el yelo

Con tal rigor sobre sus golfos baja,
Que en rocas de cristal los trepa y cuaja.
Aquí nunca del cancro el caluroso
Chele los fuegos llueve que en Egito,
Ni del boreal Cefeo perezoso
El yelo se cayó de hito en hito:
Ni es de suelo tan frio y tan ventoso
Como Francia, ni abraza en su distrito
Los bochornos del monte de Carena,
De incultos riscos llenos, y de arena.
Penetrada con vientos de ambos mares
Conserva un aire limpio y cielo sano,
Y de riquezas llena singulares,
No hay quien no tenga algunas de su mano:
No todas cosas dan todos lugares,
Ni el mundo es todo cuesta, ó todo llano:
La India envia marfil, la Arabia incienso,
Perlas el mar, y á él los rios su censo.
Seda el Catay, el Alpe da cristales,
Paro alabastro, Cándia alegre vino,
Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,
Vasos Corinto, el Ganges oro fino,
Jaspes Copto, Preneste pedernales,
Scitia las blandas martas, y el benino
Aire de Tible miel, y Tiro ufana
En sus conchas la púrpura de grana.
Por todo el mundo del empireo cielo
Dones descienden de influencias varias;
Esta grandeza es propia deste suelo,
La otra de aquel, destotra las contrarias:
Aquí extraño calor, acullá yelo,
Cosas raras aquí, y allí ordinarias:
Solo los campos fértiles de España
Ninguna cosa tienen por extraña.
¿A la seda de Murcia, y de Granada,
De Toledo y Valencia, quien le llega?
Cuando el gusano en cama regalada
De frescas hojas de moral se pega,
Y allí encantado en bóveda cerrada
Al dulce sueño del morir se entrega,
Dejando sus capullos y edificios
En herencia al regalo y á sus vicios.
¿Al cristal lusitano, y á las martas
Gallegas, quien iguala? ¿ó al coral fino
Del Catalano golfo, cuando en sartas
Por un cuello se anuda alabastrino?
¿Quién al rojo oro en granos con que hartas,
Oh rica España, la hambre del vecino
Bárbaro alarbe, oh apartado griego,
Que á todos tu aficion quita el sosiego?
No engendra Ormuz mas fina pedrería
Que tu Puebla Moron y Caridemo,
Ni á las turquesas que Zamora cria
Llega el Oriente en su mayor estremo:
A tus jaspes no igualan los que envia
El Paro, el Copto, ni el helado Hemo,
Ni á la miel de Beger, y la de Baza,
De Júpiter el nectar en su taza.
Sus búcaros de barros lusitanos
Exceden los de Dódone y Corinto,
Y la loza del pueblo toledano
En color la esmeralda y el jacinto:
Sus vinos al falerno y al greciano,
De Yepes, San Martin, Ocaña y Pinto,
Alanís, Ribadavia, Coca y Toro,
De humana ambrosia celestial tesoro.
¿Que pudo repartir al mundo el cielo
Para el provecho humano, ó su deleite,
Que le negase á este dichoso suelo,
Y en él no sirva de virtud, ó afeite?
Aquí un fértil sembrado, allí un majuelo,
Acá un lugar de vino, allá de aceite,
La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,
Y la perdiz burlada del reclamo.
Si á Colcos dió valor un vellocino,
Y fama en tantos siglos y naciones,
Por solo un lustre de oro peregrino
Que en sus guedejas daba reflexiones;
¿Cuánto le exceden en precioso y fino
Del estremeño campo los vellones?
¿Y á las conchas de Tiro, y de sus riscos,
La grana que se cuaja en sus lentiscos?
Es toda junta una preciosa pasta
De finos y riquísimos metales,
Que antiguamente pudo, y ahora basta
Los deseos á hartar de los mortales:
Los griegos, los romanos y la vasta
Africa de sedientos arenales,
Con las preciosas sombras de sus venas,
Sus flotas vian de riquezas llenas.
En otras partes la codicia humana
Entra por oro á desvolver la tierra,
Y en hondas grutas con sudor se afana,
Y por sacarlo á luz le hace guerra:
Mas aquí él solo por los riscos mana,
O el arado al pasar lo desentierra,
Y como convidándose á sus gentes
Los arroyos le manan y las fuentes.
Que por hijo feliz de un fértil suelo,
Y de madre nacido tan fecunda,
Lozano da vislumbres sin recelo
Que avariento le dé cárcel segunda:
¿Mas qué bien ó favor ha dado el cielo
A la tierra que aquí no nazca y cunda?
¿Y á porfía brotando de sus senos,
Sus campos deje de riquezas llenos?
Cuanto al sustento y pompa es necesario
Sobre su noble tierra abrió camino,
El rojo trigo, el vino, el jaspe vario,
El lustroso azabache, el mármol fino,
El hierro duro, el cobre su contrario,
El liviano algodon, el blando lino,
El vivo azogue, el soliman y afeite,
Y de Sevilla y Écija el aceite.
Su bronce, plata, estaño, y sus alumbres
Al mundo dejan bastecido y harto,
Cuyas reventaciones por las cumbres
Los montes vierten con felice parto:
Goza del fino acero las vislumbres,
La rica greña del humilde esparto,
El lustroso alcohol, y el pardo lomo
Que en masas crece de pesado plomo.
Los montes de un alegre abril manchados
De frescas yerbas olorosas llenos,
De laurel verde y cedros encrespados
Los sombrios bosques tejen mas amenos:
Cárdenos lirios, alelís morados,
Rojos claveles, y en los hondos senos
De sus valles tomillo, y rojo acanto,
El fértil trébol, y el romero santo.
Desto sus campos labran las alfombras
Con que el florido abril los entapiza,
De mas fino color y alegres sombras
Que las que Persia para ti matiza:
Y si destas grandezas no te asombras,
Oye con que de nuevo se autoriza
En los soberbios ánimos valientes
De sus gallardas invencibles gentes.
¿Quién á un bravo español en osadía
Y atrevido ademán pasó adelante?
¿O al trato hidalgo, y noble cortesía,
Igualar pudo en ánimo arrogante?
¿Quién la reportacion y valentía
No ve ser destas gentes semejante
A sus furiosos rios, que en sonoro
Curso llevan cristal envuelto en oro?
Son de ánimos valientes, atrevidos,
Prestos en los peligros, y arrojados,
Francos en amistades, comedidos,
Graves, briosos, nobles, arriscados:

Para trabajos, fuertes y sufridos,
Para nobles, leales y esforzados,
Que la traicion es mancha de cobardes,
Y estos desta nacion propios alardes.
¿En qué region del mundo sus banderas
No han de dar sombra, y asombrar el mundo?
En Persia, Africa, Arabia y las postreras
Islas que ciñe y bate el mar profundo:
¡Oh venturosa España! ¡si tuvieras
De tus Eneas un Marón segundo,
O á tus nuevos Aquiles un Homero,
Cuan poca envidia hubieran del primero!
Tus verdades esceden sus ficciones,
Y tu ordinario estilo á sus portentos,
Y en descubrir y hallar nuevas regiones
A los mas arrojados pensamientos:
En fe y lealtad, las bárbaras naciones,
En letras, en virtud, y entendimientos
Cuantos la Grecia y el Egipto encierra,
Y en armas todo el resto de la tierra.
Precióse Roma, y tuvo por grandeza
Dar Césares al anchо mundo en paga,
Que al oro, plata, perlas y riqueza,
Que le tributa y pecha, satisfaga:
Y arrogante y soberbia en ser cabeza,
Su misma vanagloria le empalaga,
Trayendo en ella por blason altivo,
«Césares doy, si lo demás recibo.»
España dió al imperio los mejores
Príncipes que ya tuvo en su gobierno,
Y en todas facultades mil autores
De soberana fama y nombre eterno:
Y no solo dió á Roma emperadores,
Mas en los siglos de su parto tierno
Le abrió la zanja, y en feliz agüero
A su muro arrimó el terron primero.
De nadie mendigó favor humano,
Ni tras de la ambicion y la zozobra
El mundo saqueó en rigor tirano,
Por rehacer su falta de otra sobra;
Y así en blason pondrá su rica mano,
«Nada me falta á mí, todo me sobra,
Todo lo doy, de todo soy barata,
Césares, reyes, reinos, oro y plata.»
A Roma dió principios venturosos,
Y al que alzó en Asia los troyanos muros,
Y en Galia á mis franceses belicosos
De Mongrana los ánimos mas puros:
No son hablas ni cuentos fabulosos,
Ni va por atenores tan oscuros
Su clara sucesion, que no lo sea
A quien saberla de raiz desea.
Abuelo de Milon fue Claramonte,
Fundador de la casa de Mongrana,
Puesta del Alpe en un soberbio monte,
Y él de la sangre y sucesion troyana:
De Deifovo nieto, que en Piamonte
Cetro tuvo y corona soberana,
Y fue de Franco Héctor descendiente,
Y todos tres de la española gente.
Y aun yo, no tan de lejos, otra parte
De español tengo, no de poca estima:
Egilona, mujer de Durandarte
Segundo, fue del rey Vitiza prima:
Desta nació mi abuelo Balisarte,
Que en España vivió, y en la honda sima
Del rico Tajo me crió, con gana
Que aprendiese la ciencia toledana.
Allí secretos alcancé importantes
A los cursos del mundo y su gobierno,
Y en mis alegres años principiantes
Los cercos aprendí del lago Averno:
¿Mas para qué son cuentos tan distantes,
Y la revolucion de un mundo eterno,
Si desde aquí podeis gozar presente
La magestad del reino y de su gente?
Otros se ocupen en contar las rocas
Del helado Proponto y del Egeo,
Y por sus playas celebrar las focas
Del fingido rebaño de Proteo,
Que yo á tener cien lenguas y cien bocas,
Juntas las diera á este famoso empleo,
Y mostrara con ellas, aunque humildes,
De tus grandezas las pequeñas tildes.
Este que ambas provincias belicosas
De España y Francia veis como divide,
Y en freno de oro y riendas poderosas
A sus altivos ánimos preside,
Y con sus mismas cumbres deleitosas
Lo que hay de un ancho mar al otro mide,
Un tiempo vió sudando por sus lomas
Arroyos de oro y plata en vez de gomas.
Subió tan alto el vuelo de su llama,
Que alumbró á España, y de su ardor sonoro,
Para eternas memorias de la fama,
Nuevo nombre compró á diluvios de oro:
El nombre es Pirineo, así se llama
Del fuego que dió al mundo tal tesoro,
Que á los Fenices, y á su rey Siqueo,
Hartar pudo la hambre del deseo.
Aquella altiva peña es la Collarda,
Y estotra de Sobrarbe la alta sierra,
Y la otra donde Atlante tuvo en guarda
A Rugero por miedo de la guerra:
Aquella estrecha senda blanca y parda
El real puerto de Andorra, en cuya tierra
Alemania clavó de limpio acero
Una memoria al siglo venidero.
Quipúzcoa es aquella que los gajos
Del Pirineo con sus pueblos trilla,
Haciendo de enriscados altibajos
Murallas á los reinos de Castilla:
Vidaso corre allí, y por valles bajos
Soberbio al Olearso mar se humilla,
Ufano en dividir con su corriente
De la francesa la española gente.
Allí por las montañas de Salinas
Cruzar verás al cristalino Deva,
Y en lo alto de su puerto entre sabinas
Una grandeza y maravilla nueva:
De aquella estrecha ermita, y sus ruinas,
En humilde vertiente aumenta y ceba
A dos contrarios golfos y arenales
Aguas con las que lloran sus canales.
O sea aquí lo mas alto deste mundo,
O el principio de todas las corrientes,
Las unas de Cantabria al mar profundo
El turbio Deva pecha en sus crecientes;
Y las canales del combez segundo,
Que al descubierto Sur hacen vertientes,
El rio Cadorra al Ebro las entrega,
Y él al Mediterráneo mar las llega.
Y así con tiernos brazos cristalinos
Esta pequeña ermita abraza á España,
Y por diversas sendas y caminos
De humildes ondas la rodea y baña:
Aquellos de Vergara son los pinos
Con que sus edificios acompaña,
Y allí los Mondragones de Arrasate,
Y el pueblo y villa célebre de Oñate.
Estos dos huecos y ásperos peñascos,
Que nos atajan por el aire el vuelo,
De hierro, acero, pinos y carrascos,
Así amasados por virtud del cielo,
Son del monte Gorbeya sendos cascos,
Y las dos Babilonias deste suelo,
Y el valle de Arrazola en su frescura
Quien goza puesto en medio tanta altura.
El rio Urrola de herrerías lleno,
Con mas fraguas que Lípara y Vulcano,

Riega allí el valle de Legaspi ameno,
Y por entre dos pueblos pasa ufano:
Las peñas de Motrico, que en su seno
El mar le cubre y le descubre en vano,
Allí le sirven de mojon y raya,
Y estas son las mimbreras de Zumaya.
Entre el de Arajes y este helado rio
La antigua villa queda de Guetaria,
Las altas sierras y el asiento frio
De Arracilo y su cumbre en flores varía:
Álava allí, y el noble señorio
De Vizcaya, que en costa solitaria
Su helado y crespo mar rodea y baña
La hidalga sangre del valor de España.
Sus amenas florestas son aquellas
Y de Bilbao aquel el fértil valle,
A cuyo verde asiento las estrellas
Noble y precioso aumento esperan dalle:
Allí es Durango, y las murallas bellas
De la ciudad de Orduña aquella calle:
Esta es su peña, y la que está adelante
Lequetio, en marineros abundante.
El que allí da frescura y sombra á un prado
Es el árbol famoso de Garnica,
A oir reales consultas enseñado,
De extranjeros Pelasgos patria rica:
Allí de un pié descalzo, otro calzado,
Sus privilegios jura y ratifica
El que entra á ser señor, y de aquel modo
Cetro absoluto cobra, y mando en todo.
Allí está el gran Bermeo, que en las juntas
Tiene la primer voz, y el cristal claro
De la mar quiebra por las corvas puntas
Que á su ancho puerto sirven de reparo:
Esta es Navarra, y sus florestas juntas,
De quien nombre, á pesar del tiempo avaro,
Eterno heredará, y de sus estrellas,
Gentes de invictos pechos, y armas bellas.
O ya sea poblacion de los troyanos,
Y sus naves y arados le den nombre,
O naciese el que tiene de sus llanos,
Y ahora con su altivez el mundo asombre,
Aquellos son sus valles comarcanos,
Y el que allí tiene de Bastan renombre,
Cegó ya el pozo que parió un tesoro
De sangre á Francia, y á Navarra de oro.
Aquellas son innumerables fuentes
De sal estéril, esponjosa y hueca,
De tal virtud que aumenta sus crecientes
Cuanto mas crece y es mayor la seca:
Allí nuevas almenas dió á las gentes
En Pamplona Pompeyo, y allí en hueca
Fortuna, en ala y rueda no pequeña,
Las vistosas almenas de Sansueña.
Allí es Puentelareina, y su ribera
De alegres rojos vinos abundante:
Aquí Estela, y Tafalla acullá entera
La corva costa corre de levante:
La raya de Aragon es la primera
Que los celtas con animo arrogante
Otro tiempo poblaron, y el tebano
Hércules les dió nombre de su mano.
El que desde Fontible hasta Tortosa
Con toda el agua destos reinos crece,
Y entre fresca arboleda deleitosa
De aquí una sierpe de cristal parece,
Es el rio Ebro, y su ciudad famosa
Zaragozana la que allí florece,
Y aquella su ancha huerta de Almozara,
Que es quien la suele hacer barata ó cara.
Aquella es Jaca, á quien fundó el tebano
Dionisio y Huesca, donde un dia Sertorio
Hizo academia, y con rigor tirano
Degolló en otro todo su auditorio:
Aquel blanco arroyuelo es el Turiano,
Y allí en el edetano territorio
Parece el pueblo de Teruel antigo,
Por su cabeza puesto y sano abrigo.
Tras él en aquel sitio peñascoso
De Albarracin está la ciudad bella,
Entre riscos metida del lodoso
Túria, y su gran centauro encima della:
Así pendiente, que su cerro umbroso
Al dia la mejor luz carcome y mella:
Allí guia por Tortosa su corriente
El fértil Ebro al rico mar de Oriente.
De aquí hasta Perpiñan sobre Colibre
De Cataluña corre el principado,
Que así este suelo belicoso y libre
Fue de Otogerio Catalon llamado;
Y él sin que á su ancha espada se le libre
Moro, que ya le vió una vez airado,
Recobró en compañía de otros nueve
Toda esa costa que la mar embebe.
Aquí está Perpiñan, de adonde el fuego
Del Pirineo asió primer centella,
Y la sima que abrió, y el pozo ciego,
Que rubias masas de oro dió á Marsella:
Gerona es la que allí se sigue luego,
Que el César ganó ahora, y puso en ella
Para adorno á su templo en bronce y oro
Divinos bultos de inmortal tesoro.
Empurias, de franceses y españoles
Antigua poblacion de aquella costa,
Allí entre su arenal y caracoles
Sus anchas ferias tuvo y plaza angosta:
Allí hace Palamós sus tornasoles
De conchas y coral, y allí ensangosta
Su playa el mundo, y aculla la ansancha
La punta de la Luna corva y ancha.
Estos riscos bellísimos que al cielo
Con tantas puntas alzan la cabeza,
A quien rodean de cristal y yelo
El rio Lobregat y su aspereza,
Feliz reventacion del fértil suelo
Que preñado parió tanta belleza,
Son entre gajos de encrespadas peñas
De Monserrate las floridas greñas.
Allí del santo y célebre Ermitaño
El delito se vió y la vida nueva,
Allí al estupro y homicidio estraño
Secreto albergue fue la oculta cueva:
Allí en lágrimas dió remedio al daño,
Y allí la celestial princesa, en prueba
Del perdonado yerro, dió la vida
A la muerta, y la habla al homicida.
Si á las torres y altivos chapiteles,
Que allí hacen sombra y peso á Barcelona,
Amilcar dió balcones y rejeles,
De Hércules las fundó la real persona;
Y en Monjuí dió altares y laureles
Al padre de los hijos de Latona,
En el lugar que ahora aquella torre
Sus playas mira, y su cristal recorre.
Aquella punta que la mar adentro
De hermosa poblacion rompe cargada,
Y las olas que salen al encuentro
De blanca espuma nos la dan cercada,
Es Tarragona, la cabeza y centro
De su antigua provincia celebrada,
A quien de Armenia dieron pobladores
Las antiguas majadas de pastores.
El campo de Igualada y de Cervera,
Si es digna de algun crédito la fama,
Del Franco pueblo la nobleza entera
Vuelta tierra, en la suya se derrama,
Que sin salvarse escuadra ni bandera,
Donde en confusa voz el vulgo llama
La matanza, la flor del reino todo
A las manos murió del valor godo.

Mas ya dejad esa manchada tierra
Por ver del ancho mar la costa brava,
Que á las ricas Asturias hace guerra,
Y en crespas olas sus arenas lava,
Donde el arado el oro desentierra,
O entre sus venas al cruzar se traba:
Tierra en el resto estéril y olvidada.
Y de sola esta hambre y sed buscada.
Los astíricos celtas por mineros
Las quebradas buscando de sus riscos
A sus puertos llegaron los primeros,
Y dieron pueblo y nombre á sus mariscos:
La que entre aquellos rios placenteros
A vueltas crece de hayas y lentiscos
Es Oviedo, y acá en la costa llana
La antigua poblacion de Santillana.
Aquí está de Monsagro la ancha cueva,
Que al santo cofre que de Siria vino,
Por sacro relicario y guarda nueva
La dió Pelayo, y su primado Urbino:
Y acá entre aquellas peñas, la que lleva
A todas en altura la de un pino,
Es Covadonga, humilde fortaleza,
En que hizo pié de España la braveza.
Allí los gajos corren de Idubeda
De la llana Navarra hasta Galicia:
Montesdoca es allí, allí la Fresneda,
Y allí Ebro de su fuente se desquicia:
La de Oja en aquel risco estrecho queda,
Y allí su nombre y aguas desperdicia
De la fértil Rioja en las vertientes,
De aire abrigado y belicosas gentes.
De Orbion el cerro con su muerto lago,
De arboledas cercado resonantes,
Es el que allí con movimiento vago
Asombra en su quietud los caminantes,
Y á ver desciende el mauritano estrago
En torno de los muros mas constantes,
Que desde el mar de Calpe á su montaña
Contra la altiva Roma tuvo España.
Scipion la destruyó despues que tuvo
Tres lustros de años guerras sin dejallas,
Y contra Italia y su poder mantuvo
Su espada libre, y sanas sus murallas;
Gastando en lo que en esto se detuvo
Ochenta mil romanos en batallas,
Y no quedando en ella un hombre sano,
De quien triunfar pudiese el africano.
De aquí se arroja por Berlanga Duero,
Y de rosas nevado y de jazmines
A Osma baña y Gormaz, y en curso entero
De Aranda la ancha vega, y sus confines;
Y de rios cargado, mas ligero
Que por el mar Carpacio sus delfines,
Mejorado de pesca, del gran moro
Olid descubre el valle, y busca á Toro.
Allí entre verdes pámpanos sentada
Sobre un risco la halla por alfombra,
Llevando su corriente mejorada
Desde Simancas por el aire y sombra:
Toda del rio Pisuerga salpicada
La tierra en torno, y el que mas se nombra
De los vecinos rios, nombre y agua
Juntos á un tiempo en su cristal desagua.
Con esto llega á Toro, y de allí pasa
A bañar las Turquesas de Zamora,
Riega á Miranda, y por campaña rasa
En Portugal cuanto ha bebido llora:
Aquella es de Galicia tierra escasa,
La otra abreviada gente, la que mora
Entre el rio Duero y Miño, que á las vueltas
Los bracatos poblaron, y los celtas.
Porto es aquel, á quien los nobles galos
El nombre dieron, y él al reino todo,
Y Miño, quien por bárbaros regalos
Del rojo embije dió la mina y modo;
Galogreba por largos intervalos
Cetro conservó allí hasta el primer godo:
Esta es de Alia la fuente, allí está Lugo,
Que á la de Miño presta el primer jugo.
Aquellas son del Vierzo las montañas,
Y las sin afeitar puntas bermejas,
De sus ricas medulas las entrañas,
Que ya solian dorar las corvas cejas:
Y tú que á Carracedo el suelo bañas,
Y los peces produces con orejas,
Aunque no alcanzo á ver por donde naces,
La rueda vemos de cristal que haces.
Lago mas claro, y de agua mas corriente,
De jaspeadas truchas abundante,
Es el que Astorga allí le presta fuente,
Y Sanabria en su risco ve triunfante;
Donde á sus frescas olas eminente
Un bello alcázar sube, semejante
Al que á Neptuno entre sus reinos de agua
De Vulcano labró la sutil fragua.
Esta es Astorga, aquel su rio Orbego,
Donde el poder suevo cayó en tierra
A los piés de un rey godo, cuyo fuego
Talando fue cuanto aquel mundo encierra:
Y el que en cristal de blanca espuma ciego
Al Rabanal carcome la ancha sierra
Es Molina, que alti de peña en peña
Por sus hondas quebradas se despeña.
Ved, pues, de Miño el cristalino curso
Con que busca la mar, y en su ribera
A Lugo y su muralla, que el concurso
De Roma la labró, y conserva entera:
Y en sus calientes baños el recurso
De la humana salud, que aun persevera
El muro argamasado, y ricas termas,
De que cargaron sus riberas yermas.
Adelante está Orense, á quien el griego
Ansiloco de Turno, afable amigo,
Dió cimientos y nombre, y en el fuego
De su ardiente agua consumió el antigo:
Y Ribadavia, la que en dulce entrego
Sus frescas parras da, y por fiel testigo
A Baco, que al licor de su bodega,
El que su taza brinda no le llega.
Tuy, que los amigos de Diomedes
Fundaron en su orilla al mismo rio,
Es aquella, y aquellas las paredes
Del real alcázar y jardin sombrio,
Que allí un rey godo con tejidas redes
De flores enramó al templado frio;
Y acá sobre la mar la estéril sierra,
Que el fin la llama el vulgo de la tierra.
Aquellos ricos y altos chapiteles,
Y torres de follajes coronadas,
Del rey Alfonso y sus gallegos fieles
De nuevo en Compostela levantadas,
Arcos son, claraboyas y rejeles
Al gran patron de España consagradas,
Cuyo cuerpo en pronóstico dichoso
Su rey le descubrió en un bosque umbroso.
La Coruña es aquella, y la alta torre
Del encantado y cuidadoso espejo,
Que al Brigantino puerto da y socorre
Con tempranos avisos y consejo:
Y en la ancha costa, que hácia el Norte corre,
El Ferrol, y Vibero por parejo
Gozan un fresco mar, cuyas arenas
Azotan los delfines y ballenas.
Las que dentro del golfo están cercadas
Por todas partes de crecientes ondas,
Las islas Casitérides llamadas,
Del blanco peltre dan masas redondas;
Y sus peñas en él incorporadas
En grutas se abren y cavernas hondas

Y él derretido en varios tornasoles
Por sus hornazas corre á sus crisoles.
Las dos Castillas, cuya fortaleza
Les dió el famoso nombre que hoy les dura,
Son las que allí dejando la aspereza
De las montañas buscan la llanura:
Esta es Segovia, donde la fineza
De Aragne en sus vellones mas se apura,
Y aquella la real puente de Trajano,
Y el Balsahin, ó paraiso humano:
Fundóla el rey Hispan de gente estraña,
Aunque en dichosa y favorable estrella,
Comenzó á tener nombre cuando España,
Corriendo en esto por igual con ella:
Sigüenza es la que allí la vista engaña,
Pareciendo de lejos no tan bella,
Como un tiempo los griegos ó almonides,
De muros la vistieron y de vides.
Aquellos son los montes de Cebreros,
Y Avila la que está en aquella sierra,
La vera de Plasencia y sus linderos,
La que en fresco verano allí se encierra:
El rio Tormes aquel, y los agüeros
De Salamanca, en cuya fértil tierra,
De aquel espeso humo rodeado,
Un famoso castillo está encantado.
Es fábrica de un sabio nigromante,
A honra de un español contrario mio;
Mas ya volved los ojos al Levante
A ver de Cuenca el caudaloso rio,
De menudos carrizos abundante,
Plumas á Roma un tiempo, hoy atavío
A sus parleras ondas, cuya arena
De granos de oro va y de espuma llena.
Allí son las veguillas de sus fuentes,
Y aquí de Cuenca olvida los collados,
Allí el rio se bebe de Cifuentes,
Y acá al Alcarria cruza los costados:
Refuerza los peñascos eminentes
De Zurita, y sus canes celebrados
Los costados le asombran con ladridos,
De ásperos riscos y cristal ceñidos.
Cargado de arboledas y frescura
Busca de Aranjuez los ricos valles,
Sus collados vistiendo de verdura,
Y de jazmines sus vistosas calles;
Y por entre florida arquitectura
Ufano el curso alarga, con dejalles
A las hayas y alisos el sonoro
Ruido de su cristal y arenas de oro.
Aquí al hondo raudal del rio potente
Jarama en verle tal los suyos llanza,
Dándole sin las aguas de su fuente
Las que de Henares y Tajuña alcanza:
De á donde con grandeza suficiente
Soberbio se derriba y abalanza,
Hasta besar con reverencia y miedo
El pié de las murallas de Toledo.
Por esta cinta de cristal pequeña,
Blanca ceja á las márgenes floridas,
Que allí en revuelta van, y en crespa greña,
De alegres sombras sin temor vestidas,
El fresco Manzanares se despeña,
Las sienes de un eterno abril ceñidas,
Cuya urna fértil entre el oro mana
Las mieses de la tierra carpentana.
Y el pueblo humilde, á cuyos piés se eriza
De su crespo licor el rumbo linchado,
Que de álamos frondosos se entapiza
Sus sombrios sotos y florido prado,
Es Madrid, donde á España profetiza
Con linopia estrella el favorable hado,
Que el tiempo le ha de dar de su tesoro
La monarquía del mundo en riendas de oro.
Cuando aquel fértil monte, ahora inculto,
Haga gemir la ilustre pesadumbre
De un real alcázar, que el soberbio bulto
Al mundo espanto dé, y á España lumbre,
Y en pompa insigne del divino culto
La firme basa estribe en su techumbre,
Y sea contra el tiempo y la fortuna
De la romana Iglesia la coluna;
O ya al futuro siglo prenda hermosa,
Donde de España, y de ambas las Castillas,
El rico tiempo en vuelta presurosa
Eterno trono labra en tus orillas:
Desta que ha de venir edad dichosa
Mil años goces, goces de sus sillas,
Y aquellas magestades sacrosantas,
Que ya contemplo entre tus verdes plantas.
Aquel globo de luz que de allí envia
Centellas de oro, y como nube roja
Donde ya se escondió el pintor del dia,
Relámpagos de fuego al aire arroja,
Es claustro santo de una imágen pia,
Que de la guerra la mortal congoja,
Y el celoso temor del moro airado
De aquel bosque escondió en lo mas guardado.
Mas, ¡oh del cielo sacrosanto ejemplo!
¡Madre del hijo en todo sin segundo!
Ya en honra de ambos desde aquí contemplo
Un altar de inmortal fuego fecundo,
Donde entre cimbrias de un soberbio templo
Incienso ofrezca lo mejor del mundo,
Y de ella humilde Atocha á la vislumbre
Lámparas de oro den inmortal lumbre.
Mas ved de aquellos fértiles rastrojos
Las varias flores de que están manchados,
Que ahora en fe las brotan á manojos,
De que han de ser por ángeles labrados:
Cuando á la blanca mies sus granos rojos
Del cielo le cultiven los arados,
Y sus terrones siembren de centellas
Rejas que fueron otro tiempo estrellas.
Es cierto que arará este fértil llano
Isidro, un labrador, á cuyo celo
De su milicia y pueblo cortesano
Yuntas que aren por él prestará el cielo.
Con que así Manzanares corra ufano,
Que su inmortal corona adore el suelo,
Y él levantada su gallarda frente
Al Tajo humille, y crezca la corriente.
Con que en curso feliz vuelto al Poniente
De Estremadura busca los rincones,
Y en porcelanas de barniz luciente
Talavera le ofrece ricos dones:
Ve de Almaraz la antigua y corva puente,
De Alconeta los arcos, los blasones
De Almonte, á quien Orlando quitó el brio,
Y él en herencia dió su nombre al rio.
Aquellos graves y altos edificios,
De torreadas almenas coronados,
Son los que ya con griegos artificios
Dejó el prudente Ulises amasados:
Y de aquella ancha playa los bullicios
Que los cristales muestran encrespados,
La rica puerta al mar, y el fértil dejo
Del aurífero Tajo vuelto en tejo.
Mas ya volved la vista á la otra parte
De aquellos campos de tejido acero,
Y quien nombre dará el sangriento Marte
Con timbre ilustre al siglo venidero:
Calatrava, y Montiel, en quien si el arte
De Merlin no se engaña, un rey severo,
Que él allí llama tragadora arpia,
Morirá á manos de su hermano un dia.
Aquella verde mancha de hermosura,
Que allí corre en floridos arcos bella
Es la que heredó el nombre y la frescura
De las manchadas flores que hay en ella:

Del claro Javalon el agua pura
Allí entre juncia y concha va, y aquella
Es la célebre Oreto, cuyos llanos
Los pueblos ocuparon oretanos.
En su rastro quedó la antigua ermita,
Que ya Roma labró en su puente al rio,
Cuyo arco humilde, que al del cielo imita,
De conchas lleno va, juncia y rocío:
Allí Almagro nos da su agua esquisita,
Y la Nava el suave licor frio,
Que en dulce gusto el agrio que destila
La hijada sana, el bazo desopila.
De aquel valle amenísimo de peñas,
Ahora humildes cbozas de pastores,
Que el claro Javalon las verdes greñas
De rosas viste, y de pintadas flores,
Un cisne nacerá de alas pequeñas,
Que si el tiempo las llega á ser mayores,
La fama hará dellas, por memoria
Del valor vuestro, una inmortal historia.
Ya en mi esperanza el tierno fruto veo
De dos mirtos salir parto fecundo,
Y del sol imitando el gran rodeo
Los golfos desvolver del mar profundo;
Y por colmo á mi altísimo deseo
Cruzar le veo el Viejo y Nuevo Mundo,
Juntando de ambos para el grave acento
Lo de mayor substancia y fundamento.
Allí es Ruidera, aquellas sus lagunas
Que á Guadiana dan principio y fuente,
Y ellas con sus molinos y aguas brunas,
Parda harina y lóbrega corriente,
Allí se embeben sin quedar ningunas,
Y haciendo rio á la enterrada gente
Van largo trecho por debajo el mundo
A fundar fuente y manantial segundo.
Aquí está Guadalupe, allí Trujillo,
Y acá su pueblo en opinion contrario,
Que el hado adverso al celestial caudillo
Pleito á sus campos repartió ordinario:
Los arruinados muros de ladrillo
Que hizo Roma, y deshizo el tiempo vario,
Allí, si aun viva guarda su grandeza,
Mérida los levanta en la cabeza.
La paz Augusta es la á quien luego toca
Del rio falaz el curso cristalino,
Y de allí en Portugal de roca en roca
Huye al Algarbe, y busca el mar vecino:
Allí es Lepe, Ayamonte, allí su boca,
Y el que adelante está Castromarino,
Y aquella estrecha tierra puesta enfrente
De Portugal la costa del Poniente.
Acá son los algarbes de Algecira,
Y aquel su rico estrecho celebrado,
Por allí Guadalete en torno gira
Un campo, aunque florido, desdichado:
Y el que en sus transparentes senos mira
Pinos y olivas de que va cargado,
Regando un fértil mundo hasta Sevilla,
Que á besar de su torre el pié se humilla,
Primero se llamó Betis, y ahora
Guadalquivir á su pesar se llama,
Que el moro pueb'o que sus campos mora
Creció su nombre, y descreció su fama;
Y con la misma infancia que desdora
Su voz el resto de Castilla infama,
Castilla, cuyo reino, y cuyos reyes
Al mundo han de poner y quitar leyes.
Mas ya volved al reino de Valencia
Los ojos, y á sus golfos de Levante,
Cuyos bellos jardines en presencia
Son de un mayo inmortal parto abundante:
Esta de su ancho Grao es la escelencia,
Y Guadalabiar el que triunfante
Se arroja al hondo mar, que entre sus olas
Rodea á Mallorca de islas españolas.
De Ibiza y Formentera los pinares
Allí las nubes buscan con su altura,
Y tímidos conejos, que á millares
De sus bosques carcomen la frescura:
En aire, en suelo, en temple singulares,
Y la que al Norte está entre niebla oscura,
Es donde el cielo por manera estraña
Todo el veneno desterró de España.
Aquel es el rio Júcar, que al contrario
Del Tajo nace de su misma sierra,
Y por torcida senda y curso vario
De Castilla á Valencia se destierra:
Allí en Huélamo nace, aquí voltario
A Cuenca dentro de su rosca encierra,
Hace á Alarcon fortísima muralla,
Y por Villena humilde cruza y calla.
Allí á Alcira rodea, firme llave
Del reino, y el que corre en aquel llano
Es Bayren, que de blanco azúcar sabe
Nevar á tiempo el suelo valenciano:
Los panales de Bejar, que en suave
Golpe de miel convierten el verano,
Aquellos son, y aquellos los tomillos
De que hacen las abejas sus castillos.
Dióle este rio su nombre al mar Sucrense
De Sucro, que fue el suyo: allí es Gandía,
Y Denia aquí, en que la nacion focense
El templo tuvo que Efeso tenia;
Y deste pueblo un mágico ateniense,
Que el Planisferio de Merlin sabia,
Al tiempo venidero dió por nuevas,
Que veria dos monarcas en sus cuevas.
Allí están las dulzuras de Alicante,
Aquella es Murcia, la otra Cartagena,
De Caravana allí la agua abundante
De peces nace destrozados llena:
Lorca y Velez el Rubio están delante,
Huesca, y el fértil campo de Purchena,
Y aquellos los diamantes de Almeria,
Que son estrellas cuando nace el dia.
Allí de Loja la sabrosa fuente
Sale alegrando al mundo, acullá Baza,
De un hondo valle á su licor caliente
Florida forma y peregrina taza:
Guadix, que á los vergeles del Oriente
En flores vence, tiene allí su plaza,
Con el rio de la vida al muro enjerto,
De almendras todo y de azahar cubierto.
Allí helados zodiacos invernizos
Sin igual da en dulzura y en grandeza,
Y aquí vinos claretes y mestizos,
Estremos de alegria y fortaleza:
Aquellos son los baños y carrizos
De Alhama arrebolados de belleza,
Y allí los de Alcuin mas singulares,
Y aquellos los madroños de Comares.
Allí están los jardines de Granada,
Y de su Alhambra allí los chapiteles,
Aquella áspera sierra es la Nevada,
Y de sus Alpujarras los vergeles:
Málaga con su Axarquia matizada
Cubierta da la playa de bajeles,
Y aquellas torres que se ven de claro
De su Alcazaba son, y Gibralfaro.
La que sobre aquel monte se descubre
La ciudad es famosa de Antequera,
Y aquel risco la fuente que la cubre
De agua, y fértil cosecha su ribera:
Su gran salina la que allí se encubre,
Y su canal de eterna primavera,
La que cercada allí de Saxifraga,
Dando siempre salud jamás la estraga.
Allí están los alumbres de Marbella,
Y de su bella mar el firme puerto,

Ronda, y su Guadiaro rio con ella
Es el que cruza por allí en subierto:
La ciudad nueva de Algecira aquella,
Y aquel el paso que Hércules dió abierto
Con su fornida clava á los dos mares,
Y aquellas sus columnas y pilares.
Allí muestran ahora el fin del mundo,
Mas ya están por el cielo decretadas,
A que serán de un Hércules segundo
Sin segundo á otro mundo trasladadas,
Cuando los golfos deste mar profundo
Mil flotas sobre sí verán sembradas,
Y acometidos de cualquiera barco,
Cual si el mar fuese algun pequeño charco.
Allí es la antigua Cádiz, en quien hubo
Templos de Alcides, y sus cortas gentes
Pozos labraron, que contrarios tuvo
La mar á sus menguantes y crecientes:
Allí sembrado en el sepulcro estuvo,
Que guarda de Gerion los descendientes,
Un árbol, que de humana sangre lleno,
Cubria de triste sombra el valle ameno.
El otro altivo y descollado risco,
De blanca escarcha de azahar nevado,
Y de encarnadas rosas y lentisco,
Y carmesíes claveles salpicado,
Que en el reino cristiano y el morisco
Mas rico y fértil suelo no hay labrado,
Es Zahara su nombre, y su belleza
Lo último de hermosura y fortaleza.
El que allí de las rosas de su falda
Entre jazmines se destila y nace,
Y en sus riberas hechas de esmeralda
Una iris bella con sus vueltas hace,
Es el rio Guadalete, y su guirnalda
La que á mayo en sus orlas contrahace,
A donde dió de la fortuna el codo
El último desden al valor godo.
Allí ciñe á Jerez, y hace frontera
A un muro de diestrísimos ginetes,
Y aquí de Baco y Ceres placentera
Sus campos son alfombras y tapetes:
Entapiza sus riscos por de fuera
Mayo con sus floridos gallardetes,
Que al descolgar del abundante agosto
Granos se vuelven de oro, y rios de mosto.
Mas ya estotro rincon que solo queda
Por ver de España á voces nos convida,
Que en él cerremos la gallarda rueda
En que va á su grandeza y pompa unida:
De aquellas sierras de Alcaraz hereda,
Y de la que con ellas está asida,

El claro Betis argentada espuma,
Que es primer cero de su inmensa suma.
Aquella es la Argentaria, que á tu hermano,
Oh rey Morgante, dió castillo y muro,
Y la que yerta va á la diestra mano,
De árboles llena, breña y monte oscuro,
La alta preñez del monte Mariano,
Estofada de plata y oro puro,
De rojo cobre y bermellon los riscos,
Y de grana nevados sus lentiscos.

Allí es Linares, que el Parnaso antigo
Sobre sus hombros tuvo, y aquel cerro
El que encima la frente por su abrigo
Un castillo labró y forjó de hierro:
El puerto Muradal es el que digo,
Donde, si un punto de Merlin no yerro,
Degollaran mas moros en un dia,
Que á España dé en cien años Berberia.
Bilches, que fue un jayan, hoy encantado
Encima aquel pináculo parece,
Y el limpio arroyo de cristal nevado,
Que cual veis nace allí, y aquí fenece,
Será Guadalimar, que el un costado
Rompe á Guadalquivir, donde le ofrece
Entre una ola y otra al disimulo
Las ruinas y destrozos de Castulo.
Por medio de ambas alza la cabeza
Aquella tierra fértil y florida,
Donde se ajusta de Ubeda y Baeza
Con cadenas de flores la medida:
Allí cayó por tierra la braveza
De Africa, y la de Roma agradecida
Le dió nombre y almenas por sus manos
En los soberbios pueblos oretanos.
Aquellos riscos que al nacer el dia
La luz le toman y á la aurora el paso,
Y en puntas sus pirámides envia
El que está de los dos al turbio ocaso,
Son donde ya Castaon ser solia,
Y ahora Cazorla está, que en dia escaso
Goza el verano, y su encumbrada breña
Al sol le asombra la dorada greña.
Aquel cristal, verdura y chapiteles
Que allí coronan de oro una alta cumbre,
De torres, de balcones, de rejeles
Cargada su soberbia pesadumbre,
Son de Jaen las fuentes y verjeles,
Que al sol deslumbran la dorada lumbre;
Y allí es Andújar, cuya alegre caza
Examina al lebrel de mejor raza.
La fértil sierra, donde el cielo quiso
Por los riscos fundar y ásperas breñas
A los ojos del mundo un paraiso,
Y á Córdoba de sí un retrato y señas,
Es la que allí se engarza de improviso,
Cuyos jardines y floridas greñas,
Entre cedros, olivos y parrales
Bellos cuadros componen celestiales.
Es una alegre piña de frescuras,
Florido y concertado ramillete,
Que sin tierra nacido en peñas duras
Al mundo sirve de inmortal pebete:
Nieva el tierno azahar verdes alturas,
El jazmin aquí un bosque, allí un retrete
De lentisco y retamas, y por ellas
Las rubias cidras, y toronjas bellas.
Allí los persas dieron por sus manos
A su grandeza los primeros muros,
Que despues destruyeron los romanos,
Y abrieron de cimientos mal seguros:
Aquí de Ategua los collados sanos
Guadajós rompe con cristales puros,
Y es la que por allí campea Baena,
De ricos granos y granadas llena.
Las torres de Santella y Bujalance
Del gran reino de Ceres son aquellas:
Allí á Betis le da Genil alcance,
Y á Ecija moja las almenas bellas;
Donde en mortal se vió y temido trance
Un escuadron divino de doncellas,
Que por guardarse intactas á su esposo
La tez mancharon de su rostro hermoso.
Aquellas son las ruedas sonorosas
De sus azudas, y estas las canales,
Por donde en crespas olas espumosas
Los surcos humedecen sus cristales:
Allí Parma y Carmona aguas vistosas
A sus flores encañan y frutales,
Y aquella es la pomposa cañeria
Que agua á las plazas de Sevilla envia:
La famosa ciudad que Alcides quiso
Contra el gusto fundar de un agorero,
Y la que Hispal fundó en hado preciso,
Feliz estrella, y venturoso agüero:
Y de su torre el levantado friso,
Que por el aire rompe y vuela entero
A esconder su Giralda en una nube,
Es la que allí alegrando el mundo sube.
Con cinta de cristal por hemisferio
En dos mitades la divide el rio:
Itálica fué allí, que dió al imperio
Monarcas en un tiempo y señorío;
Y Utrera en substancioso refrigerio
De sazonado pan le aumenta el brio:
Y el Ajarafe rico en mas deleite
Con su verde aceituna, y rubio aceite.
Guadalquivir allí en vuelta prolija
Una isla hizo antigua celebrada,
Que á los pintados pueblos de Lebrija
Templo les tuvo, y torre levantada;
Donde el bastardo hijo de la hija
Del griego Cadmo la dejó fundada
Del grave rio en el raudal agudo,
De quien el tiempo desmembrarla pudo.
Estepa es aquel pueblo, cuyo asiento
En puesto y en valor se hace eminente,
Grave, y nunca vencido alojamiento
De una tasada y combatida gente:
Contra el romano ejército sangriento
Campo mantuvo y ánimo valiente
Por largos años, cuya fuerza pudo
De sus espadas defender su escudo.
Mas desahuciada ya la resistencia
Del muro, sin socorro, y sin abrigo,
Y que del largo cerco la inclemencia
La victoria otorgaba al enemigo;
Arrestados de bárbara impaciencia,
Poniendo al mundo en ella por testigo,
Las puertas abren, dejan las murallas
Los que han sobrado á las demás batallas:
Y en repentina cólera abrasada
La noble sangre de sus firmes pechos,
Las armas toman, y una tropa osada
Van contra el enemigo campo hechos,
A morir de una vez, ó dar vengada
La ofensa de sus muros ya deshechos;
Y el arrojado asalto fue de modo,
Que en confuso tropel lo alteró todo:
Y sin dejar de todos hombre vivo,
Ni menos que primero no matase,
Su roto campo el general esquivo
Al desierto lugar manda que pase;
Y con asalto nuevo el muro altivo,
Que sin defensa y gente está, se arrase,
Y haga el saco y leyes de la guerra
De la romana hambre cuanto encierra.
Entran llevados de la sed del oro,
Cuando en la plaza una funesta hoguera
Ardiendo en ella hallan el tesoro,
Que el premio injusto de sus riñas era:
Suben del humo en rechinar sonoro
Globos en que la llama reverbera,
Mostrando entre sus olas y bullicio
Las victimas del nuevo sacrificio.
Los que antes por guardar el fragil muro
Entre niños quedaron y mujeres,
Ardiendo hallaron en el humo obscuro
Del fuego que abrasaba sus haberes:
Cien mozos á este fin de ánimo impuro,
Que eran derramar sangre sus placeres,

Dejaron que en su cruel intento fijos
Tras sus padres matasen á sus hijos.
Asombrado quedó el furor romano
Del no esperado bárbaro suceso,
Y dejándose el pueblo entero y sano
Huyó, y al huir mandó con bando espreso,
Que nadie en sus despojos ponga mano,
Mas que su alcázar y su muro ileso
Al mundo eterno por coluna quede
Desta victoria, y lo que España puede.»
Así el sabio francés volando abria
Camino por las nubes con su barco,
Que ya por cima el Betis revolvia
La proa á ver de Océano el gran charco,
Y un nuevo curso comenzar queria,
Que al mundo haga con su vuelta un arco,
Y como el sol en su carroza bella
Le ciña en torno tras los rastros della.
Cuando de Persia el rey, que en gusto atento
De la sabrosa historia iba colgado,
Y sin perder accion ni movimiento,
En su sabio discurso embelesado,
Alegre al discurrir del dulce viento,
«Señor, le dijo, pues habeis tomado
Por gusto nuestro tan hermosa punta,
Satisfacedme ahora una pregunta.
He oido que hay dudosas opiniones
De sabios hombres, y de cuerda gente,
Que tienen por soñadas invenciones
Los que Antípodas llama el vulgo ausente:
Y que de cinco, solas dos regiones
El mundo goza en temple suficiente
De poderse habitar, y el demás suelo,
O lo abrasa el calor, ó abruma el yelo.
Deseo saber ¿si el Orion armado
Dejó tal dia de cernir su nieve?
¿Si el frio Bootes tiene el mar cuajado,
O cual los otros él sus ondas mueve?
¿Si el Sirio Can en llamas abrasado,
Que fuego al mundo de inclemencias llueve,
Tiene algun temple en su tostada estrella,
O siempre humean los carbones della?
¿Dónde este inmenso mar se acaba? y ¿dónde
Sus olas hallan término y ribera?
¿Adonde el sol, cuando de aquí se esconde,
Con sus dorados rayos reverbera!
¿Si es de creer que allí la luna ronde
En perpétuo silencio y noche entera?
¿O el dia le dé lumbre y luz diversa?»
Dijo, y el sabio así respondió al persa:
«Ha estado en opinion, y lo está ahora.
¿Si hay otro mundo mas que aquí parece,
O si es gente soñada la que mora
Donde ni el dia crece ni descrece?
¿Si hay pueblos adelante de la aurora,
Y el sol á otras naciones amanece?
¿O cuando esconde aquí su luz divina
Es todo soledad cuanto camina?
¿Si en el aire la tierra está colgada,
Y por abajo la rodea el cielo?
¿Si anda la gente en ella trastornada,
Y es posible tenerse en aquel suelo?
¿Si es region firme, ó solo imaginada?
¿O si el rojo calor, ó el blanco yelo
Con su rigor la tienen consumida,
Sin cosa en ella que sustente vida?
Ya hubo grave opinion que nos dió escrito,
Que al ancho mundo en torno le abrazaba
Un vacío de inmenso circuito,
A quien llegando sin pasar paraba,
Y en que podia volar tiempo infinito,
Quien se arrojase á su profunda cava,
Sin le hallar eternamente suelo,
Ni él recibir cansancio con su vuelo.
Otro que estaba, dijo, sobre Atlante
La columna que al cielo sostenía,
Y que la tierra y mar de allí adelante
Con rojo fuego en su calor hervia:
Y para hacer mas mundo en lo restante
Otras varias quimeras componia
De sombríos centauros y dragones,
Pígmeos menudos, y anchos patagones.
Son fábulas del vulgo así admitidas,
Que tiene por error verlas dudadas,
De ignorancia engendradas y nacidas,
Y con la larga edad acreditadas:
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas
Las gentes que detrás del mar sentadas
Aparte hacen su mundo y vida ahora,
Y nuestra noche tienen por aurora.
Entonces se verá, que aunque colgada
La tierra tenga el aire, está sujeta
A ser de humanos piés toda pisada,
En firme globo de igualdad perfeta:
Y llegará esta edad de oro cargada,
El dia que España á hierro y fuego meta
La grave carga que ahora le hace guerra,
Y de una ley y un Dios haga su tierra.
Entonces sus banderas victoriosas,
Llevando al sol por relumbrante guia,
Tremolando darán sombras vistosas,
Donde se acaba y donde nace el dia:
Verán pueblos y gentes monstruosas,
Y descubriendo cuanto el mar cubria,
Podrán decir que hallaron y vencieron
Mas mundo que otros entender supieron.
Verán nuevas estrellas en el cielo,
Nuevos árboles, plantas y animales,
Y lleno un abundante y fértil suelo
De ricas pastas, de ásperos metales:
De perlas, plata y oro un dulce anzuelo,
Que con su cebo pesca hombres mortales,
De cuyo gran tesoro sus armadas
Cada año á España volverán cargadas.
Y porque no se tengan por ficciones
De blanda cama y sueño concebidas,
Y que la tierra tiene otras regiones
A un santo rey guardadas y escondidas,
Quiero á pesar del hado y sus prisiones
Romper las nieblas de que están vestidas,
Y hacer antes de tiempo si es posible,
Lo que en otro ha de ser claro y visible.
Y porque en presto aliento y vista aguda,
El Nuevo Mundo os muestre su belleza,
Sin que en sus sombras la haya tan menuda,
Que no la alcance á ver vuestra grandeza;
La parda raiz desta encantada ruda
Su luz os prestará y su fortaleza,
Y deste verso harán los puntos rojos,
Que mas sean que de lince vuestros ojos.»
Dijo, y rumiando en sí de cuando en cuando
De oculta ciencia nombres poderosos,
Obedeciendo el aire fue aclarando
De su esfera los senos mas nublosos:
Y unos antojos de cristal forjando,
De lunas y de cercos milagrosos,
Así avivó con ellos sus sentidos,
Que pudieran aun ver los no nacidos.
Ya el rubio sol, huyendo del gran vuelo
Con que el veloz navio le seguia,
A dar la nueva al encubierto suelo
De su viaje descendido habia;
Y por su ausencia el enlutado cielo,
Cuajándose de varia pedrería,
A festejar la blanca luna bella
Aquí salia un lucero, allí una estrella.
Y aunque los que contemplan la hermosura
De un limpio cielo, juzgan sus estrellas
Vivas centellas, que en la noche obscura
La luna rondan que camina entre ellas:

Mas á los que se acercan á su altura,
Así se muestran en grandeza bellas,
Que ya no son estrellas, mas sin cuento
Islas de oro sembradas por el viento.
Es el cielo una masa soberana,
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,
Mas que el aire delgada y mas liviana,
Sin impresion ni alteracion ninguna,
Por donde vuela el sol cada mañana,
Y las estrellas corren tras la luna,
Como las aves por el fresco viento
En vuelo igual, y sesgo movimiento.
Así las islas Cianes moverse
Solian sobre el Bósforo de Tracia,
Y con nuevas riberas estenderse
Hácia el crespo Carambe, ó la Sarmacia;
Y sin hundir las olas, ni esconderse,
Medir con su inconstante pertinacia
Del un polo y del otro las anchuras,
A sus libres y sueltas aventuras.
Y así tambien por el delgado cielo
Volando vemos ir sus globos de oro,
O bien como ahora en sosegado vuelo,
O cual sospechan en cantar sonoro,
Lloviendo en barajado curso al suelo
De sus varias vislumbres el tesoro,
Y midiendo los años y los dias
Con luz ardiente, ó con tinieblas frias.

ALEGORIA.

En este libro, epilogo de las grandezas de España, se muestra que lo importante de la virtud, mas consiste en las obras, que en las palabras; y que el punto de la honra, mas está en merecerla, que no en celebrarla; pues España, atenta á mostrar su valor por obras, tan poca cuenta ha hecho siempre de encarecerlo con palabras: al revés de otras naciones, que de cualquiera menudencia se han preciado de hacer grandes catálogos.

LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

Argumento. Prosigue Malgesl su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndeselo el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo, y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

Iba el barco tan alto, que pudiera
Aferrar con el áncora en la luna,
Y tomar puerto en ella, si quisiera
Ver el mudable reino de fortuna;
Y no allí solo, en sola aquella esfera,
Mas en todas pudiera de una en una,
Que como islas doradas á porfía,
Que nacian unas de otras parecia.
Así á los que huyendo las riberas
De la bárbara Peucen, si el camino
Toman, dejando el Ponto y sus laderas,
A ver de Chio el regalado vino,
Las Cicladas les van naciendo enteras
Por el golfo á su estrecho mas vecino:
Aquí Scirno, allí Lesbos, allá Amato,
Y el Naxo puerto de un amante ingrato.
Y por el cielo así al cubrirse el dia
Islas se fueron descubriendo de oro,
La húmeda luna, la montaña fría
De Saturno, y de Venus el tesoro,
Su lucero amasado de alegría,
De Marte el ronco estrépito sonoro,
Y la mayor fortuna que en su cumbre
Joviales rayos da de alegre lumbre.
El sabio que en los ángulos del cielo
Tan cerca vió la celestial milicia,
De oir el son de su compuesto vuelo,
Y ver sus globos de oro se acudicia:
Y ya perdiendo de la vista el suelo,
Del mundo superior dió así noticia,
A aquellos que primero de la tierra
Las pobrezas contó que su orbe encierra.
¿A quién no admira tu saber profundo,
Oh arquitecto de amor, rey soberano,
Si el uno considera y otro mundo
Divina traza de tu heróica mano?
¿El dulce contrapuesto amor fecundo,
De su engace inmortal nudo galano,
Conque su bien medida arquitectura,
Si quedó mas hermosa, es de mas dura?
¿Este reloj de universal concierto,
En ruedas, cursos y ejes tan medido,
Que al sabio punto del primer acierto,
Ni en tiempos ha ni en vueltas desmentido,
A quien no admira, y deja descubierto
De su autor el saber nunca sabido,
Que ser le dió en su idea antes que fuese,
Ni una esfera tras otra se moviese?
Allí estrellas labró, allí movimientos,
Cielos, luces, planetas, conjunciones,
Signos, centro, epiciclos, detrimentos,
Puntas, gozos, caida, esaltaciones,
Casas, orbes, apogios, decrementos,
Solsticios, cursos, vueltas, estaciones,
Aspectos, rayos, aujes, deferentes,
Climas, ruedas, esferas, y ascendientes.
El firme engace y armonía de cosas,
Tan á plomo y compas encadenadas,
Sin que haya una demás, todas forzosas
A conservar un mundo enderezadas:
En esto con sus vueltas presurosas
A todos tiempos y horas ocupadas,
Produciendo conforme á sus aspectos
Una infinita variedad de efectos.
Si solo un cielo en nuestro mundo hubiera,
Todas las cosas fueran de un tamaño;
O siempre otoño, invierno, ó primavera,
O todo plata, cobre, ó todo estaño:
Nada se renovara, ni muriera,
Ni en mil edades se acabara un año,
Y el mundo en rueda fuera una pintura
De unos mismos dibujos y figura.
A este fin el segundo movimiento
Fue á las humanas cosas necesario,
En que hacen debajo el firmamento
Siete ruedas de luz curso contrario;
Y mudando de casas y de asiento
Un concurso revuelven ordinario,
Con que del suelo las alegres vidas
Unas ganadas van, y otras perdidas.
Lo que Saturno rompe y menoscaba,
Júpiter lo reforma y consolida,
A Marte templa la aspereza brava
Del sol la antorcha de cristal lucida:
Alegra Venus, y Mercurio agrava,
El bien ó el mal; la luna repartida
En mil rostros ayuda y favorece,
Y así la variedad del mundo crece.
Estos aspectos, estas mutaciones
De signos y planetas diferentes,
La variedad nos dan de inclinaciones,
Y sucesos del mundo y de sus gentes:
Ciencias, habilidades, gracias, dones,
Pechos villanos, ánimos valientes,
Fuerza, disposicion, brio y belleza,
Rica abundancia, y áspera pobreza.
Esmáltanse los campos de sus flores,

Brota el jazmin, y crece la azucena,
El ambar nace, y los demás olores
La tierra dejan de perfumes llena:
El hierro, plata, el oro, y las mejores
Perlas que dió la mar, y vió su arena,
Prados, yerbas, frutales, bosques, fuentes,
Destas mudanzas toman sus corrientes.
Y el mundo al fin, que sin los cielos fuera
Sombrio desierto, claustro tenebroso
Con el invierno es, y ahí la primavera
Vergel florido, y campo deleitoso:
¿Quién trazó esta armonía? ¿en qué manera
Su edificio se hizo milagroso?
Antes de fabricarlo, ¿dónde estaba
El gran saber que su beldad pintaba?
De lo que fue en los siglos eternales,
Cuando aun no bien el mundo habia nacido,
¿Qué razon se hallará entre los mortales?
¿Quién lo oyó? ¿quién lo supo? ¿quién lo vido?
¿En qué cimiento, sobre qué puntales
A la tierra se dió asiento medido?
Al enarcar las bóvedas del cielo,
¿Quién sus cimbrias trazó? ¿quién dió el modelo?
¿De qué veta salió la pedreria
Que en ellas desde acá vemos sembrada?
¿De qué conchuela de oro nació el dia?
¿Y al sol quién le vistió su luz dorada?
El alba, y sus celajes de alegría,
¿De qué pasta de nacar fue amasada?
¿De qué sutil y soberano aliento
El aire adelgazó, y respiró el viento?
¿De qué limpio cristal el agua pura
Su licor destiló fresco y suave?
¿Quién le vistió á la nieve su blancura,
Y sus alientos de volar al ave?
¿Desta inmortal lazada la hermosura
Qué ojos la vieron dar? ¿qué sabio sabe
Su duracion, el tiempo que le queda,
Y cuantas vueltas faltan á su rueda?
Si ya quisiese el brazo soberano,
Que aun lo que ser no tiene le obedece,
Deshacer con la fuerza de su mano
El mundo, y cuanto en él crece y descrece,
Y lo visible vuelto en aire vano,
Si huyendo de su ser desaparece,
Porque gusta de hacerlo de otro modo,
Siéndole fácil y posible todo;
Cuando esta inmensa máquina abreviada
Hubiese á su primer no ser venido,
Y con divinas fuerzas apretada

A un punto indivisible reducido:
Lo que ahora vive, convertido en nada,
¿A qué nuevo lugar se habria huido?
De nuestras cosas, y de nuestro mundo,
¿Quién llevaria las nuevas al segundo?
¿Mas dónde va mi pensamiento ahora?..
¡Oh lo que puede un levantar al cielo
Los ojos! que el gran bien que dentro mora

Al mas caido espíritu da vuelo:
Desta mi digresion fue causadora
La luz de su beldad, ante ella apelo;
Y vosotros, oh nuevos linces sabios,
Su hermosura escuchad puesta en mis labios.
Ved en la cumbre y bóvedas distantes
De la altura del mundo dos centellas,
Que los zelos de Juno hicieron antes
Osos feroces, y el amor estrellas:
Y la rica guirnalda de diamantes,
Que de Ariana ciñó las sienes bellas,
Sobre los hombros de oro por mas fiesta,
De un perezoso carretero puesta.
El frio dragon que en roscas de oro al polo
Como un rio de estrellas se dilata,
Y Hércules que sobre él en un pié solo
Su clava esgrime de encendida plata:
La grave lira del sonoro Apolo,
Que en el leon ardiente se remata,
Y sus luces esconde cuando entero
Del mundo se despide el turbio enero.
Ahora deba á sus cuerdas la armonía
Que un tiempo oyó Pitágoras, el cielo,
O el blanco cisne le haga compañía
Tambien en el cantar, como en el vuelo;
Que despues que de Aquiles la porfía
Volvió en ligera pluma el blanco pelo,
Con nuevas alas sobre el frio polo
Subió á buscar la cítara de Apolo.
De Andrómeda la bella el padre anciano
Es aquel rey de la tiznada gente,
Que rubia estrella hecho, vuela ufano,
Del Capricornio en la arrugada frente:
De Casiopea el trono soberano,
Sentado en el torcido Cancro ardiente,
Y en el sagaz Perseo la cabeza
Del Gorgon vuelta á su primer belleza.
Del triángulo son esas las centellas
Que hacen corona al vellocino de oro,
Y Andrómeda desnuda en medio dellas,
Lloviendo aljófar de importuno lloro,
A un peñasco ligada hecho de estrellas,
Dos signos antes del florido Toro;
Que aun sobre el firmamento levantados
Los peces nadan por sus piés dorados.
El monstruo de la sangre de Medusa,
A quien sobre la clin la mano puesta,
El frio Aquario de verter no escusa
La urna de nieves y cristal compuesta;
Sus cerdas ahora en tempestad difusa
De aguas se lave, ó en carrera presta
Quiera sobre el de aquel tupido yelo
Huirse á mas templado y fértil cielo.
El delfin que á Arion en sus espaldas
Apoyó un tiempo, y ahora alumbra el mundo,
Y la saeta con las manchas pardas
De la Idra negra, y su veneno inmundo:
El águila real de uñas bastardas,
Que de Troya robó el parto fecundo,
De adonde trasladado á mejor plaza,
De néctar sirvió á Júpiter la taza.
El Ofiuco soberbio serpentario
Aquel es, y el dragon en oro abierto
Le da en el cuerpo nudo extraordinario,
De estrellas todo y claridad cubierto:
Y entre el Tauro y el Géminis el vario
Eritronio, que es hombre en sierpe enjerto,
Con los otros seis signos, cuyo vuelo
Corre por este cóncabo del cielo.
Mirad tambien del Orion armado
A esotra parte del contrario mundo,
El ceño horrible, el tabalí dorado,
Con que altera, y amansa el mar profundo:
El sirio Can en llamas abrasado,
Con la luz del primero y del segundo,
Que el cielo alegran, y su fuego ofende,
Cuando en mas rayos de oro el sol lo enciende.
Ved como de ambas luces temerosa
Huyendo la estrellada liebre vuela,
Y del griego Jason la nave hermosa,
Que fue del navegar primera escuela:
De Alcides la ancha hidria cavernosa,
Que así su plateada escama yela,
Que á enfriar puso en su nevada plaza
Ganimedes de Júpiter la taza.
El negro cuervo, blanco antiguamente
Quando era paje de Corónis bella,
De llamas de oro allí resplandeciente
Hecha de luces da una ardiente pella:
Y el centauro Chiron, ayo prudente,
De Aquiles y Esculapio vuelto estrella,
Y allí el cruel rey de Arcadia lobo hecho,
De luces lleva remendado el pecho.
El ara en otro tiempo ardiendo incienso,
El mudo pez, la incógnita ballena,
El Eridano hermoso á quien dan censo
De ámbar las arboledas de su arena:
La rueda de Ixion, que en cerco inmenso
De estrellas, resplandor y luces llena
Compone un cielo aparte, y el milano
Que volvió rica á Júpiter la mano.
Así por la ancha máquina del cielo
Notando el sabio iba aspectos varios,
Con prudente midiendo y fértil vuelo
Efectos uniformes y contrarios:
Mas yo que por tan alto paralelo
Fuera voy de caminos ordinarios,
Al bajo suelo vuelvo, no suceda,
Trastornar dos Faetones una rueda.
Que en tanto que ellos por region tan nueva
Gozando van del celestial tesoro,
Bernardo en la espantosa oculta cueva
La luz bebiendo está de un rayo de oro,
Que con prudente paso á dar le lleva
De la escondida gruta al mejor poro,
Que le escupió de su profundo entierro
Al pié florido de un vistoso cerro.
Conoció por las señas el Parnaso
De dos puntas que buscan las estrellas,
Y en moderado aliento y grave paso
Subiendo fue por las vertientes dellas:
La senda inculta y el camino escaso
Advierte que hay de allí á sus cumbres bellas,
Y el confuso escuadron que al pié del monte
Horrible hace y bárbaro horizonte.
Los monstruos digo, que la ebúrnea puerta
De aquellos valles lóbregos vomita,
Cuya escuadra con trápala y rehierta
Cercada va de confusion y grita:
En estraños visajes descubierta
La vana inclinacion á que la incita
El brutal gusto del brebaje extraño
De la dorada taza del engaño.
Púsose á ver el español guerrero,
De una alta peña por un breve rato,
De aquel descuadernado vulgo fiero
El tropel ciego y bárbaro rebato:
Las nuevas sendas en que un mundo entero
Sin rienda corre al diferente trato,
Que ahora sea justo, ahora injusto,
A cada cual le trae y pide el gusto.
Iban á dar con ejercicios varios
Por marañadas sendas y caminos,
(Aun en oficio y opinion contrarios,
Que tambien hay contrarios desatinos)
A un gran palacio, cuyos lacunarios,
Y almenajes de lazos peregrinos,
De fuera un cielo hacen, y de dentro
Son de desórden y locura el centro.
El meson y hospedaje de la luna

Este alto alcázar lóbrego se llama,
Hospital de los locos de fortuna,
Que á tiento siembra el bien y el mal derrama;
Donde apenas de mil cabezas una
De los ramos se libra desta rama;
Que en nuestra ínfima esfera y tierra obscura,
¿Quién hay sin senda ó ramo de locura?
De esfinges, hidras, sátiros, briareos,
Faunos, arpías, cíclopes, quimeras,
De centauros, gigantes y pigmeos,
Cubiertas van del monte las laderas:
Scilas, Caribdes, y otros monstruos feos
De hermafroditas trazas y maneras,
Cada uno por su senda y su camino,
Tras su discurso y nuevo desatino.
Una envidiosa Aglaura, convertida
En dura piedra; un Midas avariento,
Que de las mesas de oro sin comida
Ayuno queda, y se levanta hambriento;
Un Argos, velador de ajena vida,
Dormido á su importancia, y soñoliento;
Una Aragne sutil, que es cuanto toca
Tejer ajenas vidas con la boca.
Un Licaon en lobo, que se traga
La sangre y el honor de su vecino;
Un Calidonio jabalí, que estraga
Cuanto se encuentra y halla de camino:
Atis, un vano amante, que por paga
De su amor queda convertido en pino;
Una obstinada Niobe de peña,
Y una arrogante Antígone en cigüeña.
Un Anteon en ciervo, que sus perros
Por cazar él á otros, le dan caza;
Un cruel Edipo, que entre duros hierros,
Por sus dos hijos la garganta enlaza:
Un ruiseñor cantando ajenos yerros,
Medeas, que de sus carnes hacen plaza;
Y mil Prognes de tocas albeñadas,
Que sus hijos ó hijas dan guisadas.
Cadmos aquí y allí vueltos dragones,
Mil Cécropes en simias burladoras,
Hipómenes y Atlanta hechos leones,
Y en grajas las Pyeres burladoras,
Contra mujeres nuevos Pigmaleones,
Y ellas en habla y músicas sonoras
Sirenas vueltas ciegan los sentidos,
Que quedan por sus costas destruidos.
Un Proteo, un Vertuno, que se muda
En diferentes formas cada rato,
Y con lisonjas de alcanzar no duda
De la mesa del rey el mejor plato:
Y otro menos discreto, que se anuda
Como yedra á un estéril olmo ingrato,
Que en tanto pueblo de malicias lleno
Bien cabe el asno inútil de Sileno.
Los gigantes pigmeos, contra el cielo,
Y los que de anchos hongos producidos
Tan nuevo fingen su linaje al suelo,
Que apenas quieren de hombres ser nacidos;
Mas fuera del humano paralelo
Darse en nuevas fantasmas convertidos,
Con el ropaje que les dió de nuevo
Del dulce engaño el venenoso cebo.
Todas estas fantásticas figuras,
Que en contrahechos bultos de animales,
Por las cavernas van saliendo obscuras
Al teatro de las lumbres celestiales,
Del sacro monte puesto en las alturas,
Ajeno contemplaba de sus males
El discreto español, á quien el hado
Igual le dió la luz con el cuidado.
Y sin dar paso atrás por el camino,
Que ya se muestra en el subir mas llano,
De un collado á la alegre cumbre vino,
Puesta á la sombra de un laurel lozano,
De donde en un confuso torbellino
Venir sin órden vió un vulgo liviano
Contra el sagrado monte, cuya sierra
Al mundo su mayor tesoro encierra.
Y por la senda que delante tiene
Correr la posta mira á un caballero,
Que á dar el prevenido aviso viene
Del ciego vulgo y campo vocinglero:
»Huid, dice, señor, huid, que conviene,
Huid á lo mas alto, huid ligero,
Que el confuso escuadron del vulgo triste
Al sacro monte sin piedad embiste.»
Y sin mas aguardar á toda rienda
Volando pasa la montaña arriba,
Sin que el español jóven nada entienda
Del temeroso sobresalto en que iba:
Bien que por ver la desigual contienda,
Con que al monte el confuso vulgo arriba
Entre una hueca polvorienta nube,
Al crespo gajo de un peñasco sube.
De allí acercarse mira á la montaña
El monstruoso rebaño de quimeras,
Que en cuerpos de hombres traen (¡cosa extraña!)
Enjertos rostros y ánimos de fieras:
Melancólico sueño que le engaña
Juzga de tantos monstruos las maneras,
Los corvos dientes, los torcidos lomos,
Y gruesos labios de testuces romos.
En bayo desbocado frison viene,
Sin firme freno ni compuesta silla,
Un hinchado jayan, que el cargo tiene
De capitan de la infeliz cuadrilla:
Y el potro, sin bocado que le enfrene,
Aquí le encumbra, y acullá le humilla;
Tras él su gente, que en seguirle en todo
Sabe, y no en mas guardar sin órden modo.
Son todos á un compás cortos de vista,
Causa que nadie venga sin antojos,
Y aunque unos de una, y otros de otra lista,
De grandes lenguas y pequeños ojos;
Que el necio es importuno coronista,
Y cuanto alcanza y sabe, por antojos:
Sin armas; que las suyas mas atroces
Son en vez de razon confusas voces,
Era, sabed, señor, el gran fracaso
De la canalla bárbara importuna,
Que á saquear acometió el Parnaso
Los necios del meson de la Fortuna,
Que en cuarto aparte con celebro escaso
Los rostros adivinan de la luna,
Y ahora de viento las cabezas llenas,
De la gavia han rompido las cadenas.
Salieron todos del convento oculto
A gritos pregonando sus locuras,
Como en la misa suele el pueblo inculto
Con voces espantar las sepulturas:
Y de un ciego escuadron el negro bulto
Mal formadas endechas brama á obscuras,
Inquietando en confusas vocerías
De sus difuntos las cenizas frias.
En ridículos gestos y visajes
La inútil descompuesta escuadra corre:
Unos en huecos y anchos personajes
Su pompa quieren que sus pasos borre:
Otro que su habla sirva de celajes
Que su ignorancia cubra, y él ahorre
Con prevenidos dichos aparentes
La opinion que no alcanza en los oyentes.
Quién, al arco de un vano amor fingido
Idolatrando va en unos cabellos:
Quién con un cerco piensa mal medido
De los cielos saber cuanto hay en ellos:
Quién, hecho un torpe mozo desabrido
Los otros quiere á golpes deshacellos:
Y quién, averiguar con grave celo

Lo que viste el cabron ¿si es lana, ó pelo?
Quién, de la barba encrespa la guedeja,
Por hacer mas robusta la figura;
Quién, se finge leon, siendo de oveja
Un hinchado pulmon de sangre obscura;
Quién, por parecer niña, siendo vieja,
Desplega el rostro, y pliega la cintura,
Haciendo en sus historias y entremeses,
Los meses dias, y los años meses.
Quién, buscando arreboles desentraña
Las ricas conchas que la Arabia cria,
Quién, los de su florido rostro empaña
Comiendo tierra desabrida y fria,
Quién, con fingida hipocresía engaña
Al que sin recatarse dél se fia,
Y en el cielo los ojos, con la mano
El corazon le roba al mas cercano.
Admirado dejó al valiente godo
El delirar de la ignorante gente,
Y cuan fuera de término y de modo
De sus locuras iba la corriente:
Cuando en nuevo alarido el campo todo
Del monte dió en las faldas de repente,
Perturbando con ánimos crueles
La agradable quietud de sus laureles.
Cogieron vanamente humildes flores
De las que en el vallar del bosque habia,
Y pudieran los riesgos ser mayores
En daño á la sagrada compañía
De aquel que con dorados resplandores
Rastrando trae tras su carro el dia,
Que á visitar bajaba en la espesura
De Adonis la florida sepultura:
Si el gallardo español al torpe asalto
Con la desnuda espada no hiciera
De la alta peña un atrevido salto,
Que fue del monte la primer barrera,
Cuyo invencible brazo al campo falto
Estrecho freno puso de manera,
Que á fuerza de rigor suspendió el paso
De la hurtada subida del Parnaso.
Y allí esgrimiendo la luciente espada,
A este asombra, aquel mata, al otro hiere
De tajo, de mandoble, y de estocada,
Uno cae, otro huye, y otro muere:
Con barba adulterina y alheñada
Un embustero le aguardó, que quiere
En negra tizne y vano pasatiempo
Las canas esconder, y atar el tiempo.
Llevóle de los dos carrillos uno,
La costa haciendo menos y el trabajo,
Y á otro en su afectado brio importuno
Contrecho le dejó de un altibajo:
A uno de graves pasos sin ninguno,
A otro el celebro le rompió de un tajo,
Cuya herida exhaló mas vano aliento
Que contra Eneas sopló el señor del viento.
Y él cercado de incautas sabandijas
Un importuno enjambre le persigue.
Tal que en triste esgrimir voces prolijas,
Adonde quiera sin piedad le sigue:
No de Aqueronte las nocturnas hijas,
Cuando del mundo su rigor consigue
Tiránica victoria, mas espanto
Los gritos causan de su horrible llanto.
Ni en mayor confusion andan las cosas
En sus sangrientas manos barajadas,
Que en aquellas escuadras monstruosas,
De diversas fantasmas amasadas:
El rubio Apolo con sus nueve diosas,
Del súbito alarido alborotadas,
Del monte se voló á la enhiesta cumbre,
Que al cielo inciensos da, y al mundo lumbre.
Alegre el sacro coro en honra mira
Del español mancebo las batallas,
Y el brio gallardo en que revuelve y gira
Del limpio acero las turbadas mallas:
El aliento y valor con que retira
De los fingidos monstruos las canallas
Que huyen dél como volando sube
Del hueco humo la liviana nube.
Ya el alterado vulgo alharaquiento
Medroso á la esperiencia de la mano
Del gallardo leonés, por huir sin tiento,
Cayendo iba en los senos de un pantano:
Cuando arrogante en contrahecho aliento,
Mas que pluma el jayan salió liviano
En frison, que en menguante luna nueva,
Sin freno aquí y allí le trae y lleva.
Pensó hundirlo á descompuestas voces
La aplomada figura corpulenta,
Y que él á espantos, y su potro á coces
En breve dieran de su orgullo cuenta:
¿Mas de qué fruto son gritos feroces,
Si el alma sus corajes no alimenta,
Y al compuesto español medir le agrada
El corte de su lengua al de su espada?
Por ella le embasó una aguda punta,
Y de un diestro revés le abrió un costado,
Con que sin alma la amasada junta
De desconciertos vino al verde prado:
(¡Caso estraño!) la máquina difunta
Apenas midió el suelo arrebolado,
Cuando los mostruos que su campo encierra
Los unos se hacen á los otros guerra.
Bernardo que de aquella inútil gente
Libre se vió, y desocupado el paso,
Por su primer camino diligente
Buscando va las cumbres del Parnaso:
Cuando del escuadron resplandeciente,
Que los cristales guarda de Pegaso
Rodeado se vió, y que en nueva gloria
El parabien le dan de la victoria.
Y en pago al gran servicio de su mano,
El dios que al rubio sol presta la lumbre,
En nueva pompa y triunfo soberano
Del monte le subió á la excelsa cumbre,
Adonde en medio de un florido llano
Se descubre la ilustre pesadumbre
Del templo heróico de una diosa santa,
Que al tiempo vence y á la muerte espanta.
Las dóricas colunas levantadas
De lustroso cristal y jaspe obscuro,
De cuatro en cuatro en proporcion sentadas
Cien arcos forman en lugar de muro,
Con otras tantas bóvedas grabadas
En linos lazos de oro y mármol duro,
Adonde en forma esférica se afija
Del edificio la primer cornija.
Sobre ellas de acroterias levantada,
En compuesta labor y arquitectura,
La fábrica feliz sube cargada
De mas precio, mas gala, y mas hechura,
De siete hermosas torres coronada,
Que á las nubes igualan en altura,
Con chapiteles de oro, y las almenas
De varios lazos y molduras llenas.
En tres órdenes de arcos va subiendo
El vuelo de la máquina vistosa,
Los revelados altos descreciendo
Cuanto en materia crecen mas preciosa:
Por las últimas bóvedas naciendo
De tres torres la fábrica espaciosa,
Con balcones, andenes, y pretiles
En traza varios, y en labor sutiles.
Cien brazas suben de alto las primeras
Colunas, las segundas son menores,
Menores y mas ricas las terceras,
De lazos llenas todas y de flores:
Las vetas de almendrado jaspe enteras,

En contrahechos brutescos dan labores
Al cristal, al zafiro, al rubí ardiente,
Que por las cimbrias vuelan de su frente.
En el redondo cerco, que enlosado
De alabastro y de pórfido parece,
Un firme globo en aire fabricado,
Con variedades mil crece y descrece:
Y en otras cien colúnas levantado
De carbuncos un cielo resplandece,
Con una y otra y otra torre; y dellas
Las que mas se levantan son mas bellas.
La postrera de todas, que en altura
A las delgadas nubes se adelanta,
Con luz de su divina arquitectura,
Mientras mas se contempla mas espanta,
Donde en nuevos primores su escultura
La máquina feliz cierra, con cuanta
Beldad y gracia puede en esta parte
Decir la lengua, y alcanzar el arte.
De alados hombros, y en la mano un peso,
Con que el viento nos pesa de la vida,
Grave en los males, y en el bien sin seso,
Y siempre en ambas partes de partida,
El viejo tiempo, universal proceso
De las edades, carga desabrida,
De giralda servia en esta torre,
Que el tiempo vuela adonde su aire corre.
Y al gran discurso del reloj mudable
Volcando el mundo va de rueda en rueda,
Y tras él la fortuna, que de instable
Jamás supo tener la suya queda:
Yendo en carrera y curso irreparable
La corta vida humana, hasta que queda,
Deshilvanando el tiempo lisonjero
Un dia y otro y otro, en el postrero.
De preciosos colores matizadas,
Por las salas y patios anchurosos,
Bellas historias, fábulas preñadas
De doblados centauros belicosos,
Del niño amor empresas regaladas,
De su padre los rayos poderosos,
Con cuanto el mundo oyó, y la fama gira
En sus cien ojos si con tantos mira.
Los imperios, gobiernos, monarquías

De Persas, Medos, Griegos y Romanos
Su crecer y menguar, y las porfias
De astutos Mirmidones y Troyanos:
Las sirenas, selenos y arpías,
El Itacense y sus naufragios vanos,
Niobes, Prognes, Cleópatras, Lucrecias,
Unas crueles, locas, y otras necias.
Aquí Augustos, Pompeyos, Scipiones,

Allí Atilas, Yugurtas y Anibales,
Crasos, Ciros, Mecencios, Licaones,
Scilas y Marios, Prognes y Tubales:
Para cada Torcato hay dos Nerones,
Que siempre es poco el bien, muchos los males:
Arcos, torres, pirámides, colosos,
Obras vanas de pechos ambiciosos.
Al fin cuanto en el mundo ha merecido
En famoso pregon ser celebrado,
Libre de la polilla del olvido
Por privilegio y cédula del hado,
Con eternos buriles esculpido,
O con pincel divino dibujado,
En aquel templo esférico servia
De agradable inmortal tapicería.
Altivos hechos del valor de España
En cuadros de oro daban resplandores,
Cuyos colosos de grandeza estraña
De los mas altos quedan superiores:
A donde al bronce que la vista engaña
Su rica estátua dió nuevos primores,
Con los diestros buriles de la fama,
Que á eterna duracion la suya llama.
»Esta le dijo Apolo, en nombre eterno
Aquí del tuyo queda consagrada,
A quien tu duro brazo, ahora tierno,
Dejará de grandezas coronada;
Y aunque entre nieblas de un prolijo invierno
Por estos ocho siglos olvidada,
Sin la luz volará que ahora tiene,
Ni esto te entibie, ni tu espada enfrene.
Que apenas de los dos planetas de oro
La magna conjuncion que ayer se hizo
En el frio Sagitario al pueblo moro
Favorable, y su cetro advenedizo;
A España entero volverá el tesoro,
Que su infeliz concurso le deshizo,
Cuando segunda vez tu heróico nombre,
Como tu espada ahora el mundo asombre.
Digo que cuando el orbe goce desta
Séptima conjuncion las maravillas,
Y España en su primer grandeza puesta
De una silla real haga sus sillas;
De un ramo de laurel desta floresta
En una nacerá de dos Castillas,
A vueltas de otros cisnes una pluma,
Que á tus hechos dará compendio y suma.
Entonces volverá florido al mundo
Tu nombre con el suyo renovado,
De los senos sacando del profundo
Lo que de tí allí tiene escrito el hado:
Tú serás el primero, él el segundo,
Ambos de un mismo nombre y un cuidado,
Tú en hacer con tu espada maravillas,
Y él con su humilde pluma en escribillas.»
Dijo, y del templo á la famosa fuente,
Que abrió en un risco la uña de Pegaso,
En medio el escuadron resplandeciente,
Que al mundo luz, y fama da al Parnaso,
Venia Bernardo, cuando á su corriente
El gajo de una peña torció el paso;
Saltóle el agua al rosto, y al ruido
Huyó á esconderse cuanto vió dormido.
Hallóse dentro en la sagrada cueva
Sobre las secas yerbas recostado,
De que poco antes se hizo cama nueva,
Y á la dama labró un humilde estrado:
Y aunque el sueño huyó en bastante prueba
De no ser todo sueño lo soñado,
Mojado se halló el rostro del rocío,
Que al caliente Morfeo volvió frio.
Y bien que no de la agua del Parnaso,
Era al fin de las ramas y maleza
De que cercado estaba, y Olfa acaso
Las sacudió al pasar con la cabeza:
Salió con gusto enflaquecido y laso,
Dejando de la cueva la aspereza,
Y con la dama de la suya al lado
A buscar se dispuso algun poblado.
Por una senda de la selva espesa,
Que al primer paso sin pensar les vino,
A buscar el lugar donde atraviesa
De comun parecer abren camino:
Y cuando el sol el dia en igual pesa
A un arroyo llegaron cristalino;
Que su frescura entre el calor paria
Deseos de tenerle compañía.
Su alegre sombra, y la encalmada siesta
La bella china dieron desmayada,
Y al ruido de la fuente y la floresta
Entre la yerba en sueño sepultada:
Y su jóven, el alma en bandos puesta,
La cabeza en la mano reclinada,
A pesar de cuidados, el florido
Prado á un tiempo tambien le vió dormido.
Mas en tanto que al breve sueño un rato
Del fiel cuidado afloja la memoria
El sucesor del español Viriato,
De su valor retrato y de su gloria,
Quiero por principal, ó por ornato
Al grave asunto desta heróica historia,
Satisfacer á una pequeña duda,
Que cobrar podria lengua, aunque está muda.
Yo digo del furor del sueño estraño
Que á Bernardo alteró la fantasía,
¿Si fue mágico embuste, ó ciego engaño,
Que le antojaba ver lo que no via?
¿Si era fingido ó verdadero el daño,
Que en los collados del Parnaso hacia
Aquel monstruoso ejército de gente,
Rendida al golpe de su espada ardiente?
Los mas condenan por fingido el caso,
Vana imaginacion, sombras de viento,
Que sucesos de Musas y Parnaso,
Mas que historia y verdad, parecen cuento:
¿Quién jamás vió la fuente de Pegaso?
¿Quién de Helicona supo el propio asiento?
Las Musas, y su rubio presidente,
Sueños de Homero ¿quién los hizo gente?
Solo para quedar soñado es bueno
El cuento, dice el émulo envidioso,
Y bien que de alma y de doctrina lleno,
Causado en lo demás y sospechoso:
Yo ahora ni lo apruebo ni condeno,
O sea verdadero, ó fabuloso;
Lo siguiente es verdad, lo demás quede
A quien con discrecion juzgarlo puede.
De Peñalonga un real sepulcro antigo
Nombre ilustre conserva de Bernardo,
Y el tiempo de grandezas enemigo
Su fino jaspe ha vuelto en mármol pardo:
Este por ser de su valor testigo,
Y el bulto verde, pecho tan gallardo,
Y su arnés de enemiga sangre tinto,
Abrir mandó el invicto Carlos Quinto.
Abriéronlo, y hallaron hecho tierra
El que antes asombro de los hombres
Porque del que asombró vivo en la guerra,
De que sea polvo tú tambien te asombres:
Al fin cuanto la antigua tumba encierra
Es eco de los célebres renombres
Que en el mundo alcanzó su brazo fuerte,
Y allí volvió ceniza el de la muerte.
Pasó el César despues que á los famosos
Huesos honra añadió con su presencia,
Y uno de los que en ojos cuidadosos
Del sepulcro notaron la escelencia,
Vió que de aquellos miembros belicosos
La fria ceniza hacia diferencia,
Y á la heróica cabeza levantada

Algo de antigüedad daba almohada.
Metió la mano, y encontró de acero
Un cofre, y retiróla sin sacalle,
Que la golosa hambre del dinero
A solas, si oro es, quiere gozalle:
Volvió de noche, y al que un mundo entero
Temió, no teme ahora de roballe
En su quietud un ánimo avariento,
Que lo suele asombrar con aire el viento.
Sacó del tiempo el cofre consumido,
Y dentro dél en otro rico de oro
Vió un libro en sus cubiertas repartido
A su hidrópica sed largo tesoro:
Abriólo, y en lenguaje desabrido,
Aunque en estilo y discurrir sonoro,
De Bernardo halló, y desta victoria,
En graves versos una heróica historia.
Dióle avariento premio á su trabajo
Del escondido cofre el oro fino,
Y el rico libro por humilde y bajo
De mano en mano á las de un sabio vino,
Que un dia á las mias por favor le trajo,
O en desden, ó en espíritu adivino,
De que en el mio habia atrevimiento
Al arrojado antojo de su cuento.
Tomóle, y de su amor en los engaños
Mi ciega juventud entretenia,
Y notando los nombres y los años,
¿Si habla, dije, de mi esta profecía?
Glorias tan altas, casos tan estraños,
¿Contar sabrá la humilde pluma mia?
¿Tanto por dicha bajarán el vuelo
Los que un tiempo volaron por el cielo?
Y entre el temer y osar, un nuevo aliento
Divino ó natural nació en mi pluma,
Para hacer, conforme á mi talento,
Del grande libro una pequeña suma:
Este es de mi alta historia el fundamento;
Quien no quiera agraviarme, no presuma
Que yo para su adorno y elegancia
Cosa le añada ó quite de importancia.
El sueño fue verdad, y eslo sin duda
Ser este el no sabido fundamento,
De que un plebeyo vulgo en lengua ruda
Tantos groseros poemas siembre al viento;
Pues para que en fecundo parto acuda
La madura preñez de un pensamiento,
Conviene que el ardiente seso alumbre
De Temis santa la divina lumbre.
Ya en esto de Bernardo el sueño apenas
Vista y sentidos le dejó encantados,
Cuando unas voces de alboroto llenas
De quietos los dejaron alterados:
Y del corriente arroyo en las arenas
Una doncella en pasos desmayados
Caida vió, que llena de agonía
La ardiente boca de un leon huía.
Llegó el rojo animal sobre la fuente,
O cebado en la tímida doncella,
O en insufrible sed, la siesta ardiente
Del monte le bajase á beber della:
Dió el español un salto diligente
Conque al chocar de encuentro le atropella,
Y de otro golpe con destreza rara
A un tiempo le destronca y desquijara.
No con mas brio, ni pecho mas gallardo,
En lo ancho del Nemeo bosque umbroso,
De Alcumena solia el gran bastardo
Un leon destrozar, rendir un oso,
Ni el que puesto en los signos por resguardo
Bochornos llueve al mundo caluroso
Con mas valientes garras mide el cielo,
Que el que muerto envió Bernardo al suelo
Libre la dama ya del primer llanto
Conque animaba su veloz huida
Los temores perdió, mas no el espanto
De aquel valor que le amparó la vida:
Y ya desahogado el pecho tanto,
Que aliento dió á la voz enflaquecida,
«¡Oh valiente mancebo! el cielo al modo
De tu brazo te dé la dicha en todo,»
Dijo, y al márgen de la fresca fuente
Con Olfa fue á sentarse, que agradada
De su gallardo talle, en el presente
Sobresalto la vuelve reportada:
Y ella, »¡oh alegre beldad! dichosamente,
Dijo, del mismo Marte acompañada,
Bien es tal hermosura y gracia dina
De ser dueño de joya tan divina.
Y si lo sois, señora, cual sospecho,
Deste gallardo brazo peregrino,
Decidme ¿dónde por aquí derecho
Para mi bien tomastes el camino?
Si por ventura vais, como sospecho,
A las fiestas de Acaya, yo adivino
Que Crisalba saldrá del triste aprieto
En que la tiene un bárbaro sugeto.»
Con nuevas rosas refrescando el mayo
De ambas mejillas respondió la dama:
«No sé que sea señora del que trayo,
Ni que él tenga otro dueño que á su fama,
Si ya de un sol el poderoso rayo
Nos ha hecho á él y á mí siervos de una ama:
De fiestas no sabemos que las haya,
Que el mar cual veis nos escupió en la playa.»
Bernardo ufano en la sagaz respuesta,
Que el seso dió de la prudente china,
¿Adónde, ó por qué fin se hace la fiesta?
A la doncella pide peregrina:
A quien ella, «señor, está propuesta
En Milene, ciudad circunvecina,
Donde Gloricia por mayor tesoro
Guarda á Crisalba en un castillo de oro.
Es Crisalva hija del señor de Creta,
De su tierra heredera obedecida,
Tierra á quien infeliz virtud secreta
En tristes llantos tiene consumida:
De adonde la Alemana huyó discreta
Con su nieta, que es alma de su vida,
Y la que en Creta es reina por empresa,
De Acaya es, antes de heredar, duquesa.
Tiene en Milene córte y real palacio
De su ancha mar en la espumosa raya,
Donde con grave pompa en largo espacio
Lo mejor de sus golfos atalaya:
Aquí desde el Ligurio al mar Carpacio
Tributa y da su cristalina playa,
Para adorno y regalo de su córte,
Cuanto la Libia encierra, y mira el Norte.
Y aquí de cinco reyes comarcanos
Pedidas fueron sus alegres bodas,
El rey de Licaonia, el de Romanos,
El de Sicilia, el de Corinto, y Rodas:
Pero su padre con temores vanos,
Viendo en su daño las demandas todas,
Con el acuerdo de su astuta abuela,
Que en el bien de la infanta se desvela,
En el real campo de Milene quiere
Alegres justas se hagan, donde acuda
A conquistar mujer quien la quisiere,
Con lanza que hable, y con la lengua muda;
Y que sea la duquesa de quien fuere
Mas valeroso, sin que quede en duda,
Si su padre le dió ó quitó imprudente
Esposo mas ó menos excelente.
Es nuestro rey Tifeo advenedizo
A estas ardientes islas de aquel suelo,
A quien el encubierto Norte hizo
Guerra ordinaria de importuno yelo:
Amor le trajo á Creta, allí su hechizo

De su patria olvidar le hizo el cielo,
Y el cetro de gran duque de Colonia
Al de Acaya trocó, y de Macedonia.
Un bárbaro Sajon su rico estado
Por fuerza de armas usurpó á Gloricia,
Que de tesoros rica su hijo amado
Huyó de la tiránica avaricia:
Y por volver al cetro despojado
Solo un yerno magnánimo codicia,
Y á este fin son las fiestas, y á esta fama
Su clarin un entero mundo llama.
La codicia de joya tan preciosa
Llena le dió de principes la tierra,
Que por tal reino, y tan gallarda esposa,
¿Quién del suyo no sale, y se destierra?
Nunca ganaron mas bizarra diosa
Los gigantes que al cielo hicieron guerra,
Aunque ya con victoria en las estrellas
A la luna escogieran las mas bellas.
Y sin los reinos que heredando viene
Le da Gloricia seis castillos de oro,
Que el mundo todo en su caudal no tiene
Junto ni repartido igual tesoro:
Mas ya no hay cosa que su gusto llene,
Todo es luto y temor, despues que un moro,
Que en Getulia nació, con brio orgulloso
Subió tambien á pretension de esposo.
Es de alma aceda y desabrido trato,
De miembros y estatura de gigante,
Del vaporoso Encélado un retrato
En brutal pecho y ánimo arrogante:
Este en barbaro estruendo y aparato
A las fiestas llegó en bajel triunfante,
Y el mismo dia en orgulloso brio
En un cartel fijó este desafio.
Que un año justará lanza por lanza
Con cuantos presumieren estorballe
De la bella Crisalba la esperanza,
De que ya goza, de gozar su talle:
Hoy hace un mes que con feroz pujanza
Su partido defiende, sin que halle
Quien la segunda justa le mantenga,
Y al suelo del primer chocar no venga.
Esto tiene asombrada á la princesa,
La corte puesta en confusion y espanto,
Que si el bárbaro sale con la empresa
Las tristes fiestas pararán en llanto:
Ayer fue la primer jornada, y esa
Quedó por suya, y hoy será otro tanto,
Y lo mismo tambien será mañana,
Que á un atrevido todo se le allana.
Yo á una cercana fortaleza puesta
Sobre la mar á prevenir venia,
Para mayor adorno de la fiesta,
Ciertos bajeles que en su puerto habia:
Y al pié de un árbol, por pasar la siesta,
Apenas me incliné, cuando salia
Del bosque este leon, y el monte abajo
A conocer vuestro valor me trajo.»
Así dijo Faustina, y por la senda
Que el bosque para hallar la fuente tiene
Un caballero vieron, que de rienda
Guiando un palafren gallardo viene:
Llegó, y viendo al leonés, que sin contienda
Al fresco con las damas se entretiene,
«A sazon, dijo, vengo en que fortuna
Hará de dos beldades mia la una.
Yo traigo palafren, tú no le tienes,
Que aun á tí no te veo con caballo,
Si ya no eres tan bravo que ahora vienes
A las fiestas de Acaya á procurallo:»
«A la voz, respondió, de tus desdenes,
¿Qué podré yo hacer sino otorgallo?»
Cuando la otra doncella con gran brio
A voces dijo, «el palafren es mio.»
«Yo, señora, le hallé en esta floresta,
Y sease vuestro ahora sin porfia,
Aquí en paz le teneis, si estais dispuesta
De mi gusto á seguir la compañía:»
«A bien poco trabajo está compuesta,
Bernardo dijo, la pasion que ardia:
Vos, señora, mirad si os está á cuento
La gran persona y noble ofrecimiento,
Que yo á pié ¿cómo puedo defenderos
De un orgulloso pecho asi valiente,
Que reforzado en el placer de veros
Será á un entero campo suficiente?»
Riéronse las dos, y el de los fieros,
Viéndose desdeñar del de la fuente,
Poniendo con furor mano á su espada
Le envió por respuesta una estocada.
Reparóla Bernardo en el escudo,
Dando paso á la furia del caballo,
Que lo arrojó sobre él con cuanta pudo,
Para de aquel encuentro atropellallo:
Mas asiendo las riendas por el nudo
A las ancas saltó, y al despeñallo
De la grabada silla, en lo profundo
Del lago de cristal lo escondió al mundo.
Quedó el valiente en la caida estraña
Del golpe y armas ahogado y muerto,
Y la griega doncella en ver la hazaña
La vista absorta, y el cabello yerto:
La aguda china dijo, «á la gran saña,
Y al vivo fuego del amor despierto,
Para templarlos en su ardiente fragua,
Pues la razon no pudo, pueda el agua.
Y bien que de la súbita presteza
Dejarme ahora de admirar no puedo,
Ni celebrar la diestra gentileza,
Que á la una dió favor, y á la otra miedo:
No se si le dé nombre de grandeza
Desta segunda hazaña á su denuedo,
Porque es golpe inferior, y no empareja,
Que el que un leon mató, mate una oveja.»
Rieron desto, y ya el leonés queria
A la ciudad partirse á ver la fiesta,
Cuando una tropa vieron que venia
Con un jayan bajando por la cuesta:
Aguardaron por ver lo que seria,
Y viendo al que salió de la floresta
Muerto en la fuente, el espantoso Oronte.
De un doloroso grito asombró el monte.
Era Oronte del Rey Getulio Argante
Vasallo, y de su guarda: y el difunto
Querida prenda del feroz gigante,
Y de su condicion vivo trasunto:
Dió en verle muerto un grito resonante,
Y voz, alfange, y golpe todo junto
A la venganza echó, que en rabia loco
Un mundo para hacerla fuera poco.
Dió escudo el español, y hallando alzada
La visera al jayan, con tan buen tino
Metió una punta, que sacó la espada
De los ojos la luz al mas vecino:
Y pasando al celebro la estocada,
Fuera de sí tras ella al suelo vino,
Y los seis sobre el bravo leon de España,
A quitarle la gloria de su hazaña.
Cinco golpes á un tiempo larga pieza
Traspiés le hicieron dar por un ribazo,
Cuando otro le encontró con tal presteza,
Que ambos del prado fueron al regazo:
Cayó sobre el jayan, cuya braveza,
Así en ansia mortal, y estrecho abrazo
Le tuvo, que pudieran sin soltalle,
O prendelle los suyos, ó matalle.
Mas mientras que el mas diestro se detiene
En dejar el caballo, con su daga
El lazo rompe que á su brazo tiene,

Que nuevas pruebas de quien es no haga.
Y al uno de los seis que sobre él viene,
Por mas ligero le libró la paga
En un revés, con que en el suelo lacio
En un pié le dejó porque ande á espacio.
Y entre los otros cinco se revuelve
Con tal desenvoltura, y tal desvio,
Que á este amaga, aquel da, y al otro vuelve,
Y al mas brioso le refrena el brio:
Al uno las entrañas le desvuelve
De un golpe, y de otro al otro deja frio:
Un caballero entre los seis venia,
Que en ninguna deidad ni ley creia.
Hijo de una judía y de un pagano,
Nacido en lo mejor de Palestina,
Que fue un tiempo rabí, y otro cristiano,
Gentil, y de la secta sarracina,
Maniqueo, talmudista, y arriano,
Y ahora á ninguna religion se inclina,
Creyendo que es para cuidar del suelo
Miembro distante, y apartado el cielo.
Este con tal coraje y desatino
Al valiente guerrero perseguia,
Que en el herir y entrar, al torbellino
De sus confusas leyes parecia:
Hasta que al vuelo de un revés le vino
A la espada al leonés, con que le envia
A averiguar de espacio en el infierno,
Que secta gasta allá mas fuego eterno.
Murió, y de los guerreros y el gigante
A pocos golpes no quedaron vivos,
Sino un zegrí que le hurtó delante,
Mas que el acero pasos fugitivos,
Y el que una pierna el golpe penetrante
De la espada le echó de los estribos,
Qué apremiado contó al valiente godo
De la traicion del falso Argante el modo.
La fuerza de la mar que la doncella
De la princesa á prevenir venia,
Hecho el jayan aleve dueño della,
A dar aviso al falso rey volvia;
Que por robar á la duquesa bella
Seis mil corvos alfanges de Turquía
Dentro sembró á traicion, y á dar el corte
En el robo infeliz volvia á la corte.
A Faustina asombró la triste historia
Del que sin la acabar se acaba y muere,
Y á hacer con tiempo la traicion notoria,
Partir con alas si las halla quiere:
Y el dueño singular de la victoria,
Que el grave riesgo de la infanta infiere,
Seguilla piensa, y con su invicto brazo
De la oscura traicion romper el lazo.
Vuelan los tres las dos pequeñas millas,
Que de la real ciudad nació la fuente,
Y en la plaza entre nuevas maravillas
Al rey Argante miran, y á su gente;
Y que á sus lanzas sin poder sufrillas,
Las demás se le dan calladamente,
Cuando á la plaza por la calle opuesta
Un caballero entró á aumentar la fiesta.
Cubierto de enlutada sobrevista,
El caballo tambien negro enlutado,
Blanca en la frente una pequeña lista,
De ambas las manos y de un pié calzado,
De hermoso talle, y de gallarda vista,
Lozano huello, altivo desenfado,
Y hacia Argante se fue, que oyendo estaba
Diferentes las nuevas que esperaba.
Pidióle justa, y él con el disgusto
De la contraria desabrida nueva,
Furioso respondió, «de mejor gusto
La batalla haria á toda prueba:»
«Asi sea,» replicó el valor robusto,
Antes cortés, y una dorada greva
Por gaje le arrojó, y para encontrallo,
Como con alas revolvió el caballo.
Suspendióse la plaza, estuvo quedo
El viento, y en los pechos mas briosos,
O sea de sobresalto, ó sea de miedo,
Darse latidos vieron presurosos:
Y partiendo ambos en igual denuedo,
Al chocar los encuentros poderosos,
Sembró hechas astillas por el aire
Ambas lanzas la furia y el donaire.
Como dos huecas nubes retocadas
De azul retinto, y lóbregos asientos,
Si de contrarios humos amasadas
Las impelen tambien contrarios vientos,
Del cierzo y austro ardiente arrebatadas
Al encontrarse dejan sus violentos
Vapores de los rayos y los truenos,
Las vistas ciegas, y los aires llenos;
Asi del uno y otro caballero
En los firmes encuentros resurtia
El ronco son del relevado acero,
Que el aire de relámpagos cubria:
El de lo negro, en firme y en ligero,
Un morcillo centauro parecia,
Que sin que nada baste á perturballo
Nacido va inmudable en su caballo.
Y aunque Argante tambien guardó la silla,
De dos ningun estribo guardar pudo,
Hincó al pasar el bayo una rodilla,
Y su dueño perdió lanza y escudo:
El pueblo en ver que el bárbaro se humilla
Trocó en alegre fiesta el estar mudo,
Y él corrido del caso no pensado,
De vergüenza quedó y temor turbado.
Bien que blandiendo la desnuda espada
Vuelve buscando alegre á su enemigo,
Que cabe él con la suya levantada,
«Primero, dijo, quiero como amigo
Tu nombre conocer, si á la jornada
Encubrir no te importa lo que digo:
Argante, rey de Fez, porque te asombre,
Sabrás, sino lo sabes, que es mi nombre.»
«El tirano, no el rey, dijo el del luto,
Que el verdadero rey tú le mataste,
Y en fe traidora, y pecho disoluto,
De su heredera el reino despojaste;
Y pues mi espada el pretendido fruto
De su venida halló, lo dicho baste,
Que de los dos al uno por concierto
Sobre esta causa herede el campo, muerto.»
«Como lo pides,» le respondió Argante,
Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,
Con solo aquel, en opinion bastante
Sus personas dejaron aprobadas:
Y el del luto á su yelmo resonante
De estrellas vió las bóvedas sembradas,
Y asimismo con ellas, y su cielo,
En grandes riesgos de venir al suelo.
El tirano de Fez sobre el caballo
Por la plaza fue un rato sin sentido,
Y aunque pudo el del luto degollallo,
Quiso mas que valiente comedido
Que vuelva sobre si por no matallo,
Como él á su señor mató dormido:
Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro
Por el suelo sembrado su tesoro;
Y del trenzado arnés la rubia malla,
Que el prado argenta, y su contrario fuerte,
Que no estimando el fin de la batalla
Le aguarda sin temor: vió el de la muerte,
Que aun en los pechos bárbaros se halla,
Y él que la suya irreparable advierte:
«Si es forzoso morir, muera conmigo,
Dijo, á pesar del cielo, mi enemigo.»
Y llegando al que intrépido le espera,

Sobre él un golpe y otro y otro envia
Tal, que un medroso ciego el son tuviera
Por de una sonora herrería:
La duquesa de Acaya, que ya entera
La encubierta traicion del rey sabia
De su doncella, y el valor bastante
Del que el leon mató y rindió al gigante:
Pagada de la fama y gentileza
Del que mirando la batalla estaba,
Y de ver deseosa la braveza,
Que su doncella de alabar no acaba:
Un caballo que el viento en ligereza
La suya le prestó, y le azota y lava
Mas penachos de perlas en la frente,
Que el alba cuaja sobre el mar de Oriente:
Tascando nieve el espumante freno,
De fina plata y clavos de oro herrado,
Rayo á la vista, y al oido trueno,
En el curso veloz y atropellado:
Del fuego que las manos siembran lleno
El precioso aderezo de brocado,
Con sobrevista orlada de cupidos
En llamas de oro, y de rubís ceñidos:
Y una lanza tambien grabada de oro
Le envió con la doncella, y á rogalle
Rompa en servicio suyo aquel tesoro
Con el de mayor brío y mejor talle:
Y si de la otra se escapare el moro,
Nadie de aquella ya pueda escapalle,
Ni su traicion le ayude, ni le valga
Mahoma, aunque á ello del infierno salga.
Recibiólo, y en modo cortesano,
Agradeciendo el don, dijo á Faustina,
«Tan heróica merced, y de tal mano,
De un monarca del mundo fuera dina:
Ni hay que temer ya al bárbaro africano,
Pues en notorio descaecer declina,
Y quien ponerle pudo en tal estrecho,
No le dará á otra espada de provecho.»
Ni se engañaba el español guerrero,
Que el del luto de suerte le traia,
Que mas de roja sangre que de acero
El fino arnés grabado parecia:
Y él viendo á su contrario tan entero,
Que aun en sus armas mella no tenia,
A riesgo de morir, matando quiere
Matar á quien le mata, pues que muere.
Cerró con él á ejecutar su intento,
Sin reparar á tiempo un altibajo;
Que en golpe fue cortando tan violento,
Que el brazo del escudo le echó abajo:
Y al ya vencido moro sin aliento,
Al caer del caballo, un diestro tajo
Así á compás corrió su ligereza,
Que arrebató á los hombros la cabeza.
Miró la plaza en suspension notable,
Hecho piezas el rey de Berbería,
Que aun no dos horas antes espantable
Los hombres solo con mirar vencia:
Cogió su gente el cuerpo miserable,
Que un destroncado roble parecia,
Y el vencedor con gallardía robusta
En su puesto se puso á esperar justa.
No venia de intento á ver las fiestas,
Sino á vengar á Flérida de Argante,
Que en él sus nuevas esperanzas puestas,
Para hacerlo le dió poder bastante:
Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas
Sus pretensiones, quiso en lo restante
Probar la gentileza y gallardía
Que en los valientes de aquel reino habia.
Salió el duque de Arcadia valeroso,
El jóven rey de Tebas, y Erimanto,
Salió el robusto Ménalo furioso,
Que á todos daba su grandeza espanto:
El jayan Adargusto pavoroso,
Por vengar de su muerto rey el llanto,
Salió tambien, mas uno á uno todos
Al suelo fueron por diversos modos.
Y sin hacer desden ni movimiento,
Ni revés el caballo ni mudanza,
Diez derribó de los de mas aliento,
Y algunos dellos sin romper la lanza;
Con tanto gusto y general contento,
Como si cada uno su esperanza
Empleada la tuviera por entero
En el brazo y valor del caballero.
Bernardo aficionado á su destreza
Quisiérale probar sin enfadalle,
Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,
Que pedirle mas justa es agravialle:
Mas viendo que mil soles de belleza
Del real balcon le hablan con miralle,
Que en verle sin justar toda la tarde
Le tendrán por remiso, ó por cobarde:
Llegando al bravo y singular guerrero,
«Aunque parezca, dijo, desacato
Demandar nueva justa á un caballero,
Que tanto ha hecho en tan pequeño rato;
Ese heroico valor, que tan entero
Se muestra, es quien nos vende por barato
El pundonor de ser vuestro vencido,
Por el riesgo y dolor de haber caido.
Y así no os causará, señor, disgusto
Añadiros de nuevo esta victoria,
Que nadie justa ya, ni yo ahora justo
Para usurparos la alcanzada gloria:
Mas por un rato de solaz y gusto,
O altiva presuncion y vanagloria,
De no salir de aquí (decirlo quiero)
Sin probar lanza de tan gran guerrero.»
Dijo, y sin respondor á sus razones,
Mas que con una humilde cortesía,
Dieron á un tiempo vuelta los frisones,
Que el mas pesado una ave parecia:
Y con iguales términos y acciones
De gentil apostura y gallardía,
Hundiendo vuelven con furor la tierra.
Los dos soberbios rayos de la guerra.
Volaron por el aire las astillas
De las quebradas lanzas, los guerreros
Tan firmes y compuestos en las sillas,
Como si fueran pajas sus aceros:
Ni los ojos pudieron percibillas,
Ni la herida de golpes tan ligeros;
Ellos solos en modo extraordinario
Cada uno se admiró de su contrario.
Toman segundas lanzas escogidas,
Y armándose de nueva fortaleza,
Por el cielo en astillas esparcidas
Asombros dió á la plaza su braveza:
Procuran otras, y otras mas fornidas,
Y estimando del otro la destreza
Cada uno á propia mengua, á cada encuentro
La tierra hacian temblar hasta su centro.
Seis veces se encontraron, y en seis truenos
La ciudad resonó, cuando el del luto,
Quizá temiendo en algo el ir á menos,
Sacó la espada, y dijo resoluto:
«Esta mejor decir podrá alomenos,
Si ya romper mas lanzas es sin fruto,
Cuya ha de ser deste solaz la gloria,
Pues para dos no es harto una victoria.»
El español, si con su honor cumpliera,
De gusto le rindiera la batalla
Por su propia aficion, y porque fuera
Contento general el excusalla:
Mas viendo acometerse, sacó fuera
De la vaina la espada, y al sacalla
Dijo, «por esta juro, que contigo

Mas deseo obras de amor, que de enemigo.»
Mas el del luto, ó ya por el coraje
De no poder vencer un caballero,
O porque á punto no entendió el lenguaje,
Por respuesta le dió sobre el plumero
Un golpe tal, que hizo que se abaje
Mal de su grado hasta el acion primero,
Que tiene á desenvuelta villanía
Que le hablen sin hacelle cortesía.
Perdió con esto el godo el sufrimiento,
Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,
Un golpe y otro, y otro en firme aliento
Le da, le carga, le redobla, y tira:
Y él dando escudo á su furor violento,
Ni por ellos se aparta ni retira,
Antes asi con su rigor revive,
Que dos le da por uno que recibe.
Arde el ciego furor, arden sañudos
En el fuego que escupen los arneses,
Y sin hacer reparo en los escudos
Mil tajos se ejecutan y reveses:
Que el mismo enojo que los tiene mudos,
De compuesto los hace descorteses,
Y no curar de tiempos ni posturas,
Ni otras sin para qué desenvolturas.
Mas á todo rigor por lo mas breve
La muerte se procuran de ordinario,
Tan juntos al herirse, que se bebe
El aliento cada uno del contrario,
Así bravos, que á verlos no se atreve
El vulgo en gustos y opiniones vario,
Antes en furia popular robusta
Dar treguas quiso á la batalla injusta.
Hirió el del luto al español de punta
Por medio de los pechos con tal fuerza,
Que la cabeza con las ancas junta
El cuerpo le hace con dolor que tuerza;
Y otra tras ella al corazon le apunta
Por debajo del peto, que era fuerza,
A no torcerse sin pensar la espada,
Quedar la injusta brega rematada.
Mas paró en un rasguño el riesgo todo,
Aunque la sangre que sacó la espada,
Si en lo fino mostró que era de godo,
Mejor lo descubrió en quedar vengada;
Que aferrando la suya, de tal modo
Le asentó la respuesta en la celada,
Que la plaza asombró, y el ya confuso
Seso, que dentro estaba, perdió el uso.
No reforzado tiro de bombarda,
De vivo azufre y de salitre lleno,
A quien el fuego en descender mas tarda
Que él en formar de su estampida el trueno;
Ni respuesta envió en la nube parda
Mas presta, ni del aire el hueco seno,
Al escupir sonó el rayo encendido
En mas medroso y súbito ruido.
Arrodilló el caballo ambas las manos,
Y caida en las ancas la cabeza,
A su dueño llevó en clamores vanos
Sin tiento por la plaza larga pieza:
Quedaron los del muerto Argante ufanos:
Usar del poder todo no es grandeza,
Y así el jóven no quiso, aunque herido,
Su furia ejecutar en un rendido.
Volvió á la vida, cuando ya por muerto
La plaza le lloraba: vuelve, y mira
Cuan cerca della estuvo, y cuan cubierto
De gloria su contrario se retira:
El destrozado escudo sin concierto
De envidia arroja, y de dolor suspira,
Y á la venganza llama al enemigo,
Que antes merece premio que castigo.
Corre á dar muerte el uno, el otro atiende
En bizarro ademán: llegan, y á un punto
Sobre cada uno de los dos desciende
Del contrario rigor el poder junto,
Con que de nuevo asi el herir se enciende,
Que de la muerte son vivo trasunto,
Y forzoso llorar al uno muerto,
Si ya no es morir ambos lo mas cierto.
Tienen al pueblo oscuro deslumbrado
De su herir los relámpagos dudosos,
Que el dia ya su luz se habia llevado
Por esconderla á golpes tan furiosos:
Cada uno del contrario está admirado,
Y el mundo de ambos pechos valerosos,
Y aunque es la igualdad grande, todavia
No es del luto, si la hay, la mejoría.
Pudieran combatir á las vislumbres
De los dorados rayos y centellas,
Que en las grabadas armas la costumbre
Del dar y resurtir volvian estrellas:
Mas del palacio real pomposa lumbre
De infinidad salió de antorchas bellas,
Que á pesar de la oscura noche fria
A la plaza salió de nuevo dia.
Pareció con las luces mas hermosa
Y de mayor espanto la batalla,
En seis horas de tiempo así dudosa,
Que un punto apenas de ventaja se halla:
Cuando el bravo del luto en rabia airosa
Se atrevió de una vez á rematalla,
Y lanzándose á tiempo á su enemigo
En duro abrazo le apretó consigo.
Hizo cada uno presa en su contrario,
Y en ella mas vistosa la contienda,
Porque del caracol revuelto y vario
No hay quien la entrada ni salida entienda;
Que al brio de los caballos voluntario
El suyo dejan, sin curar de rienda,
Y así en su lucha se asen y se ligan,
Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan.
Y aunque no por holgados ni lozanos
Los frisones rifaron á su modo,
Y altas las manos con relinchos vanos
Sacó el morcillo en alto el cuerpo todo;
Y su dueño en las garras de las manos
De la cabeza el fino yelmo al godo,
Que por desencajarle de la silla
No le dejó de aquel vaiven hebilla.
Y dando la victoria por ganada
Caer le deja, y de su espada afierra,
Cuando en él la hermosura vió estremada,
Que viva en su feliz memoria encierra;
Y en nueva admiracion la altiva espada
Con furia arroja á la saugrienta tierra,
Y «¡ay triste!» dice, y tras el ay profundo,
«¿Quién podia ser, sino la flor del mundo?
Goza como mereces la victoria,
Y el rico venturoso premio della,
Que yo doy la ventaja por notoria,
A tí en valor, y en la ventura á ella:»
Dijo, y con arrogante vanagloria
El caballo picó, y la plaza huella,
Dejando convertido su denuedo
En nueva admiracion el primer miedo.
El valiente español, que en el bastardo
Resonar de la gente y pueblo rudo,
Y con el alboroto y el resguardo
De hacer nueva celada de su escudo,
La oscura voz, y el ademan gallardo
De su contrario fiel notar no pudo,
Viéndole ahora salir de la batalla
Como huyendo, está suspenso, y calla.
Hasta que ya informado del suceso
Con nueva admiracion sale á buscallo,
Que tambien juzga por honrado esceso
En corteses virtudes no igualallo:
Quiere saber ¿quién es? y á saber eso

Riendas vuelve y espuelas al caballo,
Por donde al parecer se le figura
Que en sombras vuela de la noche oscura.
Quedó la alegre plaza alborotada
Con la partida y el suceso raro,
Y la cretense infanta mas pagada
Del héroe invicto, y su valor preclaro:
La ocasion del partirse oye turbada,
Y en son que busca su favor y amparo,
Al pueblo manda que su alcance siga,
Y el peligro en que está sin él le diga.
Y él al cruzar por una angosta calle
Una tropa encontró de caballeros,
Y el uno, que jayan era en el talle,
Previniendo á sus falsos compañeros:
«Por aquí, dijo, es fácil atajalle,
Y ver si le defienden sus aceros,
A que se quede sin vengar la muerte
De un rey tan desgraciado como fuerte.»
Bien sospechó el leonés que aquella junta
A acometer salia á alguno, aleve,
Y que si en ella le hay, el riesgo apunta,
Al leal pecho á quien él la vida debe:
Picó el caballo, y al tropel se junta,
Y á la enemiga de la luz se atreve:
No lo echaron de ver, y aunque de paso,
De la intencion traidora entendió el caso.
El jayan Califerno, que el tirano
Argante en Trípol hizo su regente,
Por vengar su debida muerte en vano
La escuadra guia de alevosa gente:
Y á la entrada de un bosque comarcano,
Que al pueblo ciñe la almenada frente,
Un caballero vieron que sin miedo,
Por ver qué buscan dél, se estuvo quedo.
Conócenle en el brio, y cierra entera
La espada, y al tropel de acometello,
«Muera el traidor, dan voces, muera, muera,
Que al rey de Fez mató sin merecello:»
Mas el altivo aliento, que no fuera
Un mundo poderoso á detenelo,
Volvió, aunque sin espada y sin escudo,
De enojo ciego, y de coraje mudo.
Y llevando de encuentro por delante
Al que primero halló, sacó Bernardo
Su espada, que á la parte del gigante
Venia haciendo en atencion resguardo:
Diciendo en voz y grito resonante,
«Haceos afuera, ó espíritu gallardo,
Que yo libre os daré del riesgo nuevo,
O en él la vida perderé, que os debo.»
Y con la alegre voz en las estrellas,
Y la tajante espada en Califerno,
Echó de un golpe dos á vista dellas,
Con la mitad se contentó el infierno:
Y asombrando sus golpes y centellas
Al quieto bosque su silencio eterno,
La oscura brega urdieron de manera,

Que ningun vivo sin temor la viera.
El de las negras armas que ha entendido
De la traicion el riesgo peligroso,
Y se ve de Bernardo socorrido,
Y en el gigante el golpe monstruoso:
De su mismo suceso inadvertido
De la ocasion no alcanza el fin dudoso,
Ni cual sea el que á buscarle los traia
Con el leal mancebo en compañia.
Mas entre estos cuidados diligente
Asi las armas juega, que á lo oscuro
Del marañado bosque, el mas valiente
Ni dél está ni su esgrimir seguro,
Que en las espaldas uno, otro en la frente,
Rayos su alfange da de acero puro,
Y al lado del que allí le da su ayuda
Un mundo entero acometer no duda.
Ya del jayan y veinte caballeros
Solos quedaban ocho, cuando el uno,
Que por entre acebuches y romeros
Al pié cayendo fue de un aceituno,
De su cobarde espada los aceros
A tiempo revolvió tan oportuno,
Que al caballo del luto, aunque lozano,
De las dos le dejó sin la una mano.
Vino caballo y caballero al suelo,
Y por mal de quien fue el tropezon vino,
Que de un diestro revés á todo vuelo
Sin dos piés le dejo, y sin ningun tino:
Y á coger otro potro con recelo
Por el bosque se entró, y perdió el camino,
Entrampado en sus árboles de modo,
Que á volver no acertó al valiente godo.
Bien que él asi se avino en su refriega,
Que en breve rato no hubo sarracino,
Que por la selva oscura, ó noche ciega,
No abriese huyendo á su temor camino:
Solo á los victoriosos dos les niega

Senda para encontrarse su destino,
Que en tanto que con mas atenta oreja
Se busca el uno al otro, mas se aleja.
Y anegados sin guia en la espesura
De poderse hallar pierden el tino,
Hasta que al descaecer la noche oscura
El dia con sus risueños ojos vino...
Despues diré del otro la ventura,
Y á qué fin le guió su desatino,
Que á Bernardo la luz que al alba guia

En la ciudad le halló cuando salia.
Donde el cansancio y falta de reposo,
Que era le dijo de metal humano,
De cuerpo ni divino ni glorioso,
Ni como el de los cielos soberano:
Y á reposar se entró al palacio hermoso,
Que en suave modo y trato cortesano,
Para rehacer su descaecido aliento
Lo mejor le ofreció de su aposento.

ALEGORIA.

Malgesí, que muestra á sus compañeros las imágenes del cielo, significa que el verdadero contemplativo no se ha de quedar en la consideracion de las cosas humanas, sino levantar luego el vuelo á las superiores y celestiales. La dificultad de la subida del Parnaso significa la que á los principios se siente en el camino de la virtud, y en adquirir las ciencias humanas; y los mónstruos del escuadron de la ignorancia, las muchas que se hallan en las locuras del vulgo; y el heróico y célebre premio de de la virtud, en la honrosa subida de Bernardo al templo de la inmortalidad. En el sepulcro suyo se muestra que las riquezas y fama del hombre virtuoso en todo tiempo son provechosas al mundo, y la gran luz que dan para ser imitados y seguidos.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

Argumento. Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrécele Gloricia á su nieta en casamiento, y él enamorado de Arcangélica se escusa con la prision de sus padres: recibe una carta, y alborotado con ella trata de partirse. Crisalba hace gran sentimiento, y por no apartarse dél, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una estraña aventura. Malgesí, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su cueva.

O sea del envidioso Momo, ó sea
Traza de otra deidad mas soberana,
Que desde el celestial balcon otea,
Y el curso rige de la vida humana;
Cuanto de gusto en ella se desea
Al nuestro acude al parecer sin gana,
El bien medido, y su placer por tasa,
Y los enfados como á propia casa.
Dicen que á envidia de la humana suerte,
Los prevenidos dioses en su cielo,
Al bien dieron y al mal nudo tan fuerte,
Que ninguno bajó sin mezcla al suelo:
La vida encadenaron con la muerte,
Penas con glorias, gustos con recelo,
Y la alegría, que de su cosecha
De risa era, quedó de azares hecha.
Y aun si se dieran por medida iguales
Las dos porciones de contrarios vinos,
Pudiéranse beber, y los mortales
De dos sendas abrieran mil caminos:
Mas viene aguado el bien, puros los males,
Tras un acierto, veinte desatinos,
Que es varia la librea del engaño,
Y la de la verdad de solo un paño.
Parece nuestro mundo humilde fuego,
De aquellos que pisando las estrellas
Sus tragedias contemplan, y cuan ciego
El hombre que es su autor camina en ellas:
Llega á soplar para alumbrarse el fuego,
Y saltanle á los ojos las centellas;
Va el otro á su ocasion, y no se advierte
Que en la que busca está la de su muerte.
Camina Califerno, y va fiado,
Para salir con la traicion urdida,
En el que mas vecino lleva al lado,
Y es el primero en le quitar la vida:
Combate el caballero disfrazado,
Y procura matar de una herida
A quien si antes de herirle conociera,
La vida por salvar la suya diera.
Salió á buscar el godo, y de hallado,
Sin pensar le perdió, suspira, y calla,
Que es siempre lo postrero, y mas guardado,
Lo que se busca, cuando acaso se halla:
Tambien el ciego bosque era hadado,
La oscura noche, y la infeliz batalla,
Y el no saber la tierra, fueron causa
Del nuevo yerro, de sus gustos pausa.
Bien creyó el español que volveria
El encubierto amigo á ver la tela,
Que por ausencia suya mantenia,
Y de solo su brazo la recela:
Mas ni volvió aquel dia ni otro dia,
Ni la gran voz que de su fama vuela
Le descubrió, ni de su arnés el rayo
El sol volvió á enlutar del campo acayo.
Dieron las nunca vistas maravillas
De sus armas al godo declarado
Por digno sucesor de las dos sillas
De la Acaya, y del cretense estado;
Y que ante la princesa de rodillas,
De inmortales laureles coronado,
El rico premio goce, y joya puesta
A la honrosa victoria de la fiesta.
Subió en medio del griego pueblo ufano
Al real dosel el vencedor guerrero,
Donde la infanta con gallarda mano
La guirnalda y su amor le ofrece entero:
Y él con bizarro estilo cortesano,
«Señora, dijo, el premio verdadero
Mio será, que el lauro se mejore,
Donde el mundo le envidie, y yo le adore.
Y vuestra soberana frente sea
Divino templo á su trofeo de gloria,
Para que como yo pretendo vea
Mas que los cielos alta mi victoria:
Y á vos gallarda y celestial idea
Tambien por premio quede y por memoria
Deste humilde servicio, como es justo
Entera libertad en vuestro gusto,
Para elegir con él esposo dino
A vuestro real valor y heróica casa,
Sin que con temerario desatino
Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:
El solo sea la regla y el camino,
Y de vuestra eleccion la libre basa,
Que vos que habeis de dar al mundo leyes,
No es bien que las tomeis de ajenos reyes.
Y si algun descompuesto caballero
Por humilde interés violar quisiere
Desta mi nueva libertad el fuero,
Campo y armas señale, y sea quien fuere,
Que la puerta del gusto no es de acero,
Ni á Palas Venus sujetar se quiere,
Antes sin estimar su escudo y lanza
Sola y desnuda la victoria alcanza.»
Engrandeció el cretense señorio
Del hidalgo español el noble intento,
Perdió en oirle la princesa el brio,
Celosa aun de su mismo pensamiento:
No sabe si es de amor, ó si es desvío,
El fin del generoso ofrecimiento,
Que á un empeñado gusto en dulces bienes
La alegre libertad sabe á desdenes.
Y hecha de un cielo de placer trasunto,
Ahora de uno y luego de otro modo,
De su amoroso pensamiento el punto
Claro descubre al encubierto godo:

Y en fiestas puesto el griego reino junto
A entretenerle en gusto atiende todo,
Y ella en cuidosa prevencion atenta
De mil cosas le pide y le da cuenta.
Ya en agradables músicas, ya en cazas,
El gusto y el placer se dan las manos,
Y en reales mesas espumantes tazas
La alegría hacen y el amor hermanos,
Con que tú, oh niño celestial, enlazas
De la doncella los cuidados vanos,
Y de su ilustre huésped siempre á tiento
De uno en otro se vuela el pensamiento.
Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia
De sus mágicos versos adivina
La masa real y heróica descendencia,
Que al mundo en siglos por venir camina:
Destas dos sangres, que hoy en diferencia
Tiene el amor, y el cielo determina
Que una se hagan, y su nudo santo
Honra á la fama dé, y al suelo espanto.
Un dia así con el valiente godo,
En su real cuadra á solas retirada,
«¡Oh valor, dijo, en quien por dulce modo
De nuevo mi esperanza veo cifrada!
Si el cielo no hizo diferente en todo
Mi antiguo orígen de tu patria amada,
Y ahora ordena que aumentado quede,
Con tu real sangre lo haga como puede.
Sabrás, oh ilustre espíritu gallardo,
Que el manantial primero de mi gente,
No por camino oculto ni bastardo,
De lo mejor de España trae su fuente:
De Viriato gentil, bello resguardo
De la española libertad potente,
Que en el precioso zamorano asiento
Marte le dió el primer vital aliento.
Deste procedió Clodio lusitano,
De espíritu é ingenio peregrino,
Cánio deste nació, deste Daciano,
Y deste el bravo capitan Crastino,
De cuya invicta y atrevida mano
La primer lanza abrió rojo camino
Al real de Pompeyo, y fue el primero
Que á César hizo rey de un mundo entero.
Deste nació Taurino, que Alencastro
Al mundo dió, y al curso del rio Reno,
De Colonia los muros de alabastro,
Con pueblo ilustre de riquezas lleno:
Y dejando de sí glorioso rastro,
De príncipes nació en dia sereno,
Y en estrella feliz por sol del mundo,
El segundo Alencastro sin segundo.
Deste gran duque fuí prima y esposa,
Y de los dos, Tifeo rey de Creta
Unico hizo, cuya estrella odiosa
La mia á mil desdichas trae sujeta:
Crióse en trato libre y vida ociosa,
Y la fama que todo lo inquieta,
Con la beldad de una cretense infanta,
De su raiz destroncó mi altiva planta.
Y ya cautivo el libre pensamiento,
Por verla aborreció el paterno estado,
Y no solo olvidó ciudad y asiento,
De la tierna beldad nueva encantado:
Mas de su religion y nacimiento
(¡Notable desventura!) ya olvidado,
De idólatra de amor, gustos livianos
Serlo hicieron tambien de dioses vanos.
Y aunque en remedio suyo el justo cielo,
Por sano acuerdo del letargo estraño,
De horribles mónstruos le ha sembrado el suelo,
Que para su provecho le hacen daño:
Ni vuelve en sí, ni al religioso celo,
Ni de su obstinacion deja el engaño,
Antes con nuevos mágicos errores
Los daños crecen cada dia mayores.
Ha inventado de honesta sangre humana
A un ídolo espantosos sacrificios,
¡Estraña crueldad! ¡ley inhumana!
De un corazon sin Dios claros indicios:
Y de error en error su alma liviana,
Con los pasados los presentes vicios,
Le han hecho dar á una ramera hermosa,
Por serlo, sacro altar y honor de diosa.
Yo de Colonia huí la acerba muerte,
Y las crueles cadenas del tirano,
Y á Creta me arrojó la adversa suerte,
Un reino entonces mas que ahora humano;
Donde Crisalba, que en placer convierte
Cuanto su vista ve y toca su mano,
Con solo el gusto de hallarla pudo
De mi alma conservar el frágil nudo.
Con ella huyendo del horrible infierno
En que arde el reino, y mi obstinado hijo,
Aquí me retiré, y su pecho tierno,
A que con gusto y gravedad corrijo:
Y de mi ley cristiana el pacto eterno
En mi alma tengo, y en la suya fijo,
Deseando desta humilde tierra obscura
Volar con ella á mas constante altura.
Mi intento á esto trazó las reales fiestas,
En que su ánimo muestre el mas lozano,
Porque en tan valerosos hombros puestas
Mis pretensiones corran de su mano:
La tuya no la sé, las mias son estas,
Cobrar mi antigua patria del tirano
Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella
Lejos de Creta ver reinando en ella.
¡Oh brazo ilustre, á quien el santo cielo
Ahora para este bien tiene guardado,
No quieras violentar su feliz vuelo,
Cumple su ordenacion y mi cuidado!
Que deste dulce nudo al patrio suelo
De nuestra España espero que dé el hado
Tal sucesion de príncipes, que sea
De todo lo mejor del mundo idea.»
La prudente Gloricia en este modo
Su ofrecimiento y diligencias hizo,
A quien el firme y generoso godo
Con discretas palabras satisfizo:
Era de su liviana escusa el todo,
La injuria con que un rey antojadizo
Puestos tenia sus padres en prisiones,
Su estado en riesgo, su honra en opiniones,
Con esto el jóven por entonces puso
A aquel nuevo fervor silencio y pausa,
Bien que en sí mismo sin saber confuso
Quien el cuidado y suspension le causa:
Admírase tambien que se dispuso
La bella Olfa á le dejar sin causa,
Y sin darle razon de su partida,
Ni se sabe el por qué, ni á donde es ida.
Cercado destos varios pensamientos,
La ociosa soledad por compañía,
Dando y tomando cuenta á sus intentos,
Y el medio que en seguirlos tomaria:
Viendo cual juegan con la mar los vientos
Desde el real mirador estaba un dia,
Cuando un villano vió con una carta,
Que absorto de mirarle no se harta.
Y en el humilde suelo una rodilla,
«Señor, le dijo, un caballero andante,
Que de luto vestido, una cuadrilla
A un grave entierro lleva semejante,
Al tiempo de embarcarse en una villa,
Que da á un puerto de mar playa inconstante,
Este papel me dió, que en propia mano
Os diese...» y puesto allí calló el villano.
Vió que conforme el simple mensajero
Las claras señas da, la carta viene

Del ausente enlutado caballero,
Que en cuidadosa suspension le tiene:
Y en gusto deseando mas entero
Lo que el secreto del papel contiene,
De sobresalto lleno y de alegria,
Al desdoblarlo vió que así decia:
«La encubierta princesa de la China,
Del tiempo perseguida y sus azares,
A tí de estirpe al parecer divina
En tus proezas y hechos singulares;
Salud, si el que á desceartela me inclina
Darla á ti puede, como á mí pesares,
Porque con ella en años no veloces
El nuevo gusto en que te empleas goces.
El cielo sabe, oh jóven soberano,
A quien la vida tantas veces debo,
Que despues que por ti en el mar Greciano
A ver volví mi libertad de nuevo,
Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano
Cuidado el que me dan tus cosas llevo,
Que á no ir ciega cual fui en mi desafio,
Nunca contra tu brazo alzara el mio.
Perdona, oh felícisimo guerrero,
Si en algo estorbo fui á tu nuevo gusto,
Aunque á salir con el honor entero
Jamás dudase tu ánimo robusto:
Mas por lo que mereces y te quiero,
Aunque escediendo del estilo justo,
No sé si ahora diga que me pesa
De haberme desistido de la empresa.
No por vana arrogancia de vencerte,
Que serlo yo de ti tengo por gloria,
Ni por hacerme á mí, ni deshacerte,
Ni acortar con la mia tu memoria:
Pero quizá de envidia por no verte
El gran premio gozar de la victoria,
Que el dolor deste vicio sin provecho
¿A qué altiva mujer no escarva el pecho?
Mas ya que esta intencion es devaneo,
Tu gusto que se estienda á los estraños
Eterno goces como yo deseo,
De azares libre, y de temor de engaños;
Aunque el ver sepultados cual los veo
Dentro en Acaya tus floridos años,
No sé si ya por lo que á ti se debe,
Mas que no á envidia á compasion me mueve.
A tus felices bodas fuera justo
Quedarme, y celebrarlas cual conviene,
Mas en materia de alegria y gusto,
Nadie es posible dar lo que no tiene:
Yo habia de estar sobrada, donde al justo
El resto en igualdad se anuda y viene,
Y asi esta breve falta tuve en menos,
Que agüerar con mi mal gustos ajenos.
Fueme tambien forzoso dar derecho
A la infanta de Fez del falso Argante,
A quien mi real palabra dí de hecho
De cobrarle del reino lo importante:
Y aunque lo mas del caso tengo hecho
Muerto el tirano, falta lo restante,
Que me parto á acabar á toda priesa,
Por la que da en sus causas la princesa.
A Olfa mi dama, si la suerte amiga
Salva contigo echó en la playa angosta,
Porque voy sola manda que me siga
Del rio de Fez á la vecina costa:
Y si de allí faltare, á la enemiga
Francia sin estorbar tome la posta,
Cuando el fin que me prometo en estas
Causas, seré de las francesas fiestas.
Dejara en tu servicio la doncella,
Para que lo que yo de mejor gana
Hiciera en tu servicio y causas, ella
En amistad hiciese honesta y llana:
Mas pues te sobra todo, y yo con ella,
No te falta por culpa tan liviana
Conocimiento en ley y fe de amigo,
Que estuvo tu valor en mas que digo.»
Dejó suspenso al español valiente
El dulce estilo de la aguda carta
Tan sabia, que de leerla atentamente
Una vez y otra y otra no se harta:
Y al rudo mensajero diligente
Aparte por saber cosas aparta,
Dándole por su parte una cadena
De ricas cifras de diamantes llena.
Dél supo entre otras pláticas sabrosas,
Que Olfa llegó á la playa el mismo dia,
Que su ama por las olas espumosas
Del puerto, al mar salió de Berberia.
Y en un presto bajel de alas pomposas,
Que con refresco al real galeon seguia,
En voz que lleva una preciosa espada
Al vengador de Fez, salió embarcada:
Conoció el oro de la rica hoja
Que la infanta arrojó la hermosa china,
Y entre turbados gustos y congoja
La ciega noche por la hallar camina:
Que la oye en cada rama se le antoja,
Y mientras busca mas, menos atina,
Que es tal el peligroso bosque espeso,
Que el tino le hurtó, y pudiera el seso.
Hallóse con el dia en una aldea,
Y dándolo al reposo, dió el siguiente
Al gusto de buscar lo que desea,
Sola de pueblo en pueblo, y gente en gente:
Por aqui ataja, por allí rodea,
En rastro de la reina del Oriente,
Hasta que llegó al fin, donde aquel dia
Tomó tras ella de Africa la via.
Bernardo, alborotado el pensamiento
Con la carta, y la nueva, habiendo al justo
Trazado el tiempo de uno y otro intento,
Seguir quiere los rastros de su gusto,
Que es fuego amor, y con cualquiera viento
El corazon altera mas robusto,
Y ya impaciente de su ociosa vida,
Y sus gustos ordena la partida.
Y para atravesar el hondo charco,
Que tiene el reino de Fortuna en peso,
A toda diligencia aprestó un barco,
Que hace gemir las aguas con su peso:
Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco
De crespas olas, y de aljófar grueso,
La áncora corva en el arena agarra,
Y al primer viento ha de dejar la barra.
Sintió Crisalba el pensamiento nuevo
De su querido huesped, en quien puso
Amor su gusto, y la fortuna el cebo
De las lisonjas que á su honor compuso:
Pierde el color, marchítase el renuevo
Que en su deseo florecia confuso,
Y queda entre recelos sin sosiego,
Ya confiando, y desconfiando luego.
Mas viendo del partir la hora llegada,
Y que ya su licencia sola espera,
Con el dolor el alma traspasada
Del miedo los recatos echó fuera;
Y en seca lengua al paladar pegada,
La voz quebrada, y la congoja entera,
Asi habló de la pena los enojos,
Reventando las señas por los ojos:
«¡Oh valor para todos de provecho,
Para mí sola de tormento y daño,
En quien el cielo dió á mi alma hecho
El de toda su gloria á tu tamaño!
Si ya no cubre en tan hidalgo pecho
Siniestro azar la capa del engaño,
¿Cómo es posible que tan presto al viento
La esperanza hayas dado de mi intento?

¿Qué se hizo aquel gran bien que amanecia
Con la luz de tu fama en mi memoria,
Que aunque contaba menos que yo via,
No era menor que mis deseos su gloria?
¿Cómo, señor, tan presto de la mia
Huérfana quedaré, en queja notoria
De la alegre esperanza que me diste,
Cuando venciendo tuya me hiciste?
Goza en tanto á lo menos del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga,
Y el tempestuoso mar se muestra manso,
Y en menos ola su arenal fatiga;
Mientras que de los rios el remanso
A dar claro tributo al mar prosiga,
Y vayan no tan turbios y abultados,
De ordinarias riberas abrazados.
Ya por mi mal he visto en suerte loca
Gente á dudosos vientos confiada,
El rigor darla de una oculta roca
Por el áspero mar toda sembrada:
Si tan de lejos mi dolor te toca,
Que por él no merezco alcanzar nada,
Ablande ahora ese tu duro pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.
No te pido la fe del casamiento
Que mi vana altivez me prometia,
Ni que á esa cuenta dejes tu contento
Por el remedio de la pena mia,
Solo que aguardes que te ofrezca el viento
Mas firme soplo, y apacible dia:
Mira si aunque en tu pecho yo estuviera,
Mas breve y corto don pedir pudiera.
No quiero cansar mas, da la sentencia
Que ya en tus ojos se conoce clara,
Que si entendiera que esta triste ausencia
Hasta acabar de oirme se alargara,
Por no verme apartar de tu presencia
Eternamente sin cesar hablara,
Quedando asi, en las causas que me pones,
Igual tu sinrazon con mis razones.»
Dijo, y dijera mas si la congoja
Mas ánimo le diera, y mas aliento;
Mas vuelta en gualda ya la color roja,
La habla á un tiempo perdió y el movimiento:
Quedó cual de aleli marchita hoja,
Y al español su tierno sentimiento
Anuncia sino abrevia la partida,
De amor tan fino su lealtad vencida.
Y asi en los brazos de Faustina bella,
Y otras llorosas damas desmayada,
Que en triste asombro acuden á valella,
La real casa les deja alborotada:
Y el constante mancebo huyendo della,
En ojos tiernos va, y alma obstinada,
Al ciego mar, adonde en fragil barca,
Que á el solo espera, sin pensar se embarca.
Y dando al viento las latinas velas
El ligero batel deja la playa,
Que un amor y otro amor sirven de espuelas
Para que huyendo ahora de ambos vaya:
Un amor descubierto sin cautelas,
En vez de encender fuego le desmaya,
Que siempre el gusto incierto se sublima,
Y lo dado de balde no se estima.
Volvió de su amoroso desacuerdo
La bella infanta, y al abrir los ojos,
Aunque alterada, con semblante cuerdo
La causa fue á buscar de sus enojos:
Y no viéndola alli, puesta en su acuerdo,
Y el desdeñado espiritu entre abrojos,
Torna á cerrarlos, que sin ver su amante,
Tiniebla es todo cuanto ve delante.
Mas ya certificada en su partida,
Y en la muerte esperanza de su gloria,
Si el cruel dolor no le acabó la vida,
Fue por darlo mayor con la memoria:
Y entre una y otra pena divertida,
En todas de su muerte ve la historia,
Hasta que vuelta ya á mejor discurso
Dió al alma vado, y á sus penas curso.
Y recogiendo á lo mejor del pecho
El grave mal que su quietud destruye,
Gozar un rato quiere sin provecho
De ver su huésped por la mar cual huye:
De un rico balcon de oro al antepecho
El crespo golfo vió, y en verlo arguye,
Si un tan gran cuerpo mueve un aire vano,
No es mucho sea como él el gusto humano.
Vió volar el pequeño barco altivo,
Surcando el mar con todo su tesoro:
«¡Ay, dijo,, cruel, cobarde, fugitivo,
Quo solo huyes de mi porque te adoro!
Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo
Verás en estas lágrimas que lloro:
Vuelve, y navega en él á tu contento,
Que mis suspiros servirán de viento.
Vuelve, y verás el gusto de quererte
Hecho verdugo de mi amarga vida,
Y cuan vecina de mi triste muerte
La vana ocasion fue de tu partida:
Mas no vuelvas, cruel, que en solo verte
El alma, que ya tengo aborrecida,
Por tuya cobrará su aliento y brio,
Para pena mayor y agravio mio.
Que ese mar, como tú inconstante y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ahora afable, como á mí contrario,
Paso te ofrece y favorable viento;
Yo espero que volviendo á su ordinario,
Tu barco arroje con furor violento
Sobre algun pardo risco en que fenezca,
Y que en lo duro y cruel se te parezca.
Mas si solo por ser venganza mia
Olvidare su estilo la fortuna,
Estos suspiros que mi pecho envia
De tí no han de dejar reliquia alguna:
Tu barco anegarán, mas ¡ay porfia
Vana, que á quien mi vista es importuna,
Los suspiros que doy, bien se concluye
Que serán viento en popa, cuando huye!
Mas sean en tu favor, sean en mi daño,
Como quiera que son te los envio,
Que en amor verdadero no hay engaño,
Y eslo en su fe por escelencia el mio:»
Asi la infanta dijo, y con el baño
De perlas lleno el rostro de rocío,
Como la luz quedó de la mañana,
Que el sol aun no le dió color de grana.
Y entre tanto la playa lisonjera,
Como si sorda oyera su agonía,
En huecos tumbos se alza de manera,
Que sus deseos ya en temor volvia;
Y lo que sino amara le vistiera
El vengativo gusto de alegría,
Ya en pálido temor el riesgo mira
Del que antes anegar queria la ira.
Cuando el barco, en confuso torbellino
De roncas olas, al amigo puerto
Entre peñascos saludando vino,
Ya de los dos el un costado abierto:
Corrió la infanta al reino cristalino,
Ya el pecho sin recato descubierto,
A recibir el fugitivo rayo
Del sol, que á su alma da un florido mayo.
Con roja tez el español valiente
Segunda vez tomó puerto en Acaya,
Si bien como discreto alegremente
La furia alaba de la ronca playa:
«No es bien dejar ciudad tan escelente,
Ni que yo huyendo de mi bien me vaya,»

Dijo, y á la princesa en la ancha plaza
Pide humilde perdon, y ella le abraza.
Y ya en solemne triunfo victoriosa,
Cercada de su pueblo cortesano,
Del alcázar volvió á su cuadra hermosa,
Con su vencido huésped de la mano:
Y con alma en sus gustos recelosa,
Que no es durable juzga el bien humano,
Y al que ahora le dió el viento busca modos
A conservarle encaminados todos.
Y no hallando ninguno poderoso
Al importante fin que pretendia,
Tierna le pide al jóven valeroso
Hasta Colonia le haga compañía;
Con que su estado cobre, ó su reposo,
O juntos ambos bienes en un dia,
Que amor es hijo de un hidalgo trato,
Y la ausencia parió al olvido ingrato.
Fue de Glorícia traza este concierto,
Que de su amada nieta el bien desea,
Y por mil esperiencias halla cierto
Cumplido de valor el que allí emplea:
Y aun lo que convirtió al vecino puerto
En raudales de viento la marea,
Artificio tambien fue de la sabia,
Forjado en mezcla de aficion y rabia.
No pudo el español por mas que quiso
El cuerpo ahora hurtar á esta demanda;
Encubrió el sentimiento, y con aviso
A la alegre jornada aprestar manda;
No es en sus gustos el amor remiso,
Que con dos alas por los aires anda,
Y así como por ellos en un punto
Cuanto importó al partir se halló junto.
Un preñado galeon de nuevo lleno
De aparato y riquísimo tesoro,
Que Dédalo labró en un bosque ameno,
Lo mas precioso dél de nácar y oro;
Hecho al compás y bordos de su seno
Un mudable jardin, alegre coro
De aves parleras, donde su armonía
Los parabienes da al reir del dia:
Aquí en real pompa á la marea liviana,
Que al huir del sol parió un celaje pardo,
Por la barra salió de espumas cana
Con la princesa el español gallardo:
Seguia por magestad la Capitana,
Mas que para defensa ni resguardo;
Ociosa flota, que el valiente godo
Todo lo ampara, y lo asegura todo.
La crespa mar con un templado viento
Por sus golfos les abre ancho camino:
Dejan á Macedonia á barlovento,
El Jónio estrecho, el cabo de Paquino;
Y volteando del tinacrio asiento
Con viento en popa el yerto mar vecino,
Al dar la vuelta al cabo de Peloro,
Que huye de Italia por llegarse al moro,
Un pequeño batel entre ola y ola
Andar de lejos vieron sobreaguado,
Que ni las velas nadie le enarbola,
Ni dellas tiene ni el timon cuidado:
Solo de cuando en cuando una vez sola
El viento rasga, y del rumor quebrado
En las letras del eco que resuena,
Mas que palabras manifiesta pena.
Gobierna á ver el real galeon de Creta
El pequeño batel que no se mueve,
Y cuanto mas se acerca, mas perfeta
El viento trae la voz ligera y leve;
Y á todas partes, de la mas secreta
Del leño sale el ay confuso y breve,
Entre un horrible estruendo de cadenas,
De que parecen sus cavernas llenas.
Y en un tapete de oro recostado
Sobre la corva puente un caballero,
El solo hermoso rostro desarmado,
Vestido lo demás de limpio acero.
De lágrimas cubierto y de cuidado,
Y en el semblante y gravedad severo;
Bernardo que le vió perdió el sentido,
De su presencia y suspension herido.
Conoció la beldad que amor le puso
En lo mejor del alma retratada,
Y vio que el que allí va triste y confuso,
O es sueño, ó su Arcangélica agraviada:
Quiso arrojarse dentro, mas traspuso
La nao de velas y de amor preñada,
Quedándose el batel pequeño en calma,
Que al tierno montañés le robó el alma.
Manda el galeon parar, manda la infanta,
Sobresaltada en el temor de oillo,
Saber la causa que en presteza tanta
Al mar se arroja su español caudillo:
Cuando el bajel, cuya quietud espanta,
Su barquillo arribó, y de su barquillo
Apenas saltó dentro, que el mar ciego
En crespas olas enrizó el sosiego.
Quedó en mayor espanto que primero,
Habiendo en su combés reconocido,
Ser un arnés pintado el caballero,
Que la princesa habia parecido;
Y el son de las cadenas lastimero,
O fue imaginacion, ó fue fingido,
Y el fragil barco, si tambien no engaña,
El que una noche le sacó de España.
Alteróse la mar, y el raudo viento
La flota al barco le escondió y el dia,
Y él sin remos ni vela, en pensamiento
En su ligero vuelo parecia:
Perdió el grave español el sufrimiento,
Burlado de su ciega fantasía,
Que un nuevo gusto le pintó en el seno
Del vacío bajel, de engaños lleno.
Teme sin ocasion haber dejado
La cretense beldad, teme y suspira
Por ello ser de sin lealtad notado,
Y su aficion hallar trocada en ira;
Que aunque no está rendido á su cuidado,
Ni al dulce premio de su amor aspira,
Es efecto de amor propio, ó forzado,
Amar de un modo, ó de otro, el que es amado.
Mas entre los recelos y el disgusto
De hallarse en el batel burlado y solo,
Cuando tocaba en horizonte al justo
Del mar de Fez la lámpara de Apolo,
Cobrando aliento su ánimo robusto,
La noche obscura, y encubierto el polo,
A ver se puso la ligera priesa
Con que el golfo su góndola atraviesa.
Juzga de su volar que no anda tanto
De un nuevo amante el pensamiento altivo,
Como ella envuelta en el confuso manto
De la noche sin luz y el golfo esquivo:
Cruza mil sierras de agua, cuyo espanto
Otro ánimo dejara apenas vivo,
Cuando ya por entre una y otra roca
De un rio profundo le tragó la boca.
Y los prolijos golfos reducidos,
A una angosta canal mira abreviadas
Sus olas, y él y su batel metidos
Entre riberas de árboles copadas;
Por donde de la furia compelidos,
Que allí los dió á las ondas sosegadas,
Del cristal de Ebro la barquilla altiva,
Cual rayo sube la corriente arriba.
Salia sembrando aljófares y plata
La blanca aurora por el crespo rio,
Guiando por entre una y otra mata
Sus tiernos soplos al batel vacio;

Cuando en un remolino le arrebata
La densa niebla de un celaje frio,
Que de sus lentas ondas se levanta,
Y al dia mas claro con su sombra espanta.
El nacer y el morir la luz del alba
En su presencia todo fue en un punto,
Y de la obscura nube hacerle salva
Con roncos truenos, fuego y rayos junto;
Pasando la pequeña barca salva
Entre las rojas llamas un trasunto
De la encendida fragua en que al verano
Sus rayos labra á Júpiter Vulcano.
Volaba ardiendo sin quemarse el barco
Sobre el agua que en blando fuego ardia,
Cuando de en medio el encendido charco
De un dragon la escamosa tez nacia,
De las colores que en el cielo el arco
Vestirse suele al trastornarse el dia,
Cuya garganta, aunque escarchada de oro,
Llamas lanzaba en anhelar sonoro.
Así al cruzar Chárón el lago Averno
Con su negra barquilla, le recibe
La abierta boca del horrible infierno,
Del fuego llena que en su vientre vive:
Y entre el obscuro arder del humo eterno,
Que á cada culpa su castigo escribe,
Su leño alija, y la laguna amarga
Al peso gime de la inútil carga.
Y así la fusta en que el valor de España
Entre el fuego y el agua iba rompiendo,
A las gargantas de la sierpe extraña
Bajar se vió con espantoso estruendo:
Tragóle el gran dragon, que una montaña
Es breve hormiga con su bulto horrendo...
Yo no me atrevo á dar tras dél un paso,
Que es irse á despeñar horrible caso.
Seguir ahora el rumbo ilustre quiero
De otro navio que próspero navega,
Y remedar un gusto lisonjero,
Que solo al tiempo del placer se llega;
Y él sobre el aire así vuela altanero,
Que el mundo ya por bajo se le niega,
Y en ver la luna Malgesi tan junta,
Las bolinas biró, y tomó otra punta.
Dióle medroso horror ver si anochece
Del cielo trastornarse la techumbre,
Y que lo que de acá luna parece,
Huecas montañas son llenas de lumbre;
Y la argentada tez, que mengua y crece
En su resplandeciente pesadumbre,
Es luz del sol, que como á un limpio espejo,
Ya de un lado le da, ya por parejo,
Sus plateados riscos y montañas
Lagunas de un cristal que se movia,
Entre cuyas riberas y espadañas
Las sombras viven de la noche fria;
Y aquellas negras cejas y pestañas
Que aquí parecen, desde allí se via
Ser de un jayan el bulto, que tendido
Sóbre un blanco arenal vive dormido.
Guarda su sueño en hermosura rara,
Mil perlas ensartando de una en una,
Una blanca mujer, cuya ancha cara,
En viéndola, les dijo ser la luna:
La tez del rostro transparente y clara,
Cada ojo del compás de una laguna,
La boca un ancho rio, y ella junta
Mayor que el monte Olimpo falda y punta.
Las riendas de la mar tenia en la mano,
Y de espejo su golfo le servia,
De las flores cercada del verano,
De cuyas perlas su frescor se cria:
Admiróles el mundo soberano,
Que así volando por sus hombros guia,
Dando los ojos al humilde suelo,
Medrosos del furor de tanto vuelo.
Juzgan mayor el globo de la tierra
Que el primer resplandor dos treinta veces,
Y el ancho mar, que en ámbito le cierra,
De un mudable cristal lustrosas teces,
Donde haciendo del sol los rayos guerra
Nuevas lumbres producen sus combeces,
Que de sombras tejidas y reflejos
Otra luna inferior forman de lejos.
Absortos al placer de andar volando
En medio de ambos climas ya sin tino,
Ni ven si van subiendo, ó si bajando,
Ni de cual mundo siguen el camino:
Cuando el diestro piloto en curso blando
Cambió el timon, y mareando el lino
Las bolinas trocó, y humilló el vuelo,
Que es de riesgo sin fe subirse al cielo.
Fueron al fin á rematar la punta
A los bajos Antípodas del mundo,
Pasando en invariable vuelo junta
La obscura inmensidad del mar profundo,
Hasta donde con él se engaza y junta
Suelto del primer orbe este segundo,
Que hoy á España tributa y da barata
La sangre de sus venas vuelta en plata.
Ven hácia el Sur tendidas las regiones,
Y el belicoso clima de la tierra,
Que en los menos altivos corazones
Discordia influye, presuncion y guerra;
Hasta los encubiertos Patagones,
Y el largo estrecho que sus playas cierra,
Por donde Magallanes sin contienda
Del rico Oriente halló la inútil senda.
Ven del Brasil los páramos incultos,
Los Andes, el Dorado, y los temidos
Desiertos del Darien, llenos de insultos,
Aunque frescos entonces y floridos:
Del viejo y mozo Potosí los bultos
De riquezas preñados, y hoy paridos,
Y las playas de Chile de oro llenas,
Y ahora mas de sangre que de arenas.
La rica tierra y blancos arenales
En que llover no supo el seco cielo,
Y la vecina sierra y sus raudales,
Que en frescos valles dan partido el suelo:
El Cuzco de los Ingas naturales
Silla imperial, y el claro y fértil vuelo
Con que la equinoccial sembrando brasa
Por los muros de Quito rompe y pasa.
En Panamá, y su costa el nudo estrecho,
Que dos contrarios mundos encadena,
Y el hueco monte, que de llamas hecho
De Nicaragua por las playas suena:
Del valle de Campeche el dulce pecho
Queda de roja miel y abejas llena,
Y los vergeles que el cacao señala
Por el rico Tabasco, y Guatemala.
Miran el brazo de cristal que ataja
De Chiapa los desiertos arenales,
Y de Guajaca la florida faja
De regalados temples y frutales:
Las dos ricas Mistecas alta y baja,
Con sus frescas moreras y nogales,
Las nevadas alturas de Perote,
Y el mar que á vista de él sirve de azote.
Ven, entre el fresco Panico y Guatulco
A Tlascala, y el reino Mejicano,
A Mechoacán, Colima, y Acapulco
Del mar del Sur el puerto mas cercano:
Los pueblos de Quiseo y Tlajamulco,
Y en sus contornos y florido llano
La abundante laguna de Chapala,
Que al Océano en profunda anchura iguala.
Miran de Zacatecas la riqueza,
Entonces en sus venas enterrada,

Y otro Méjico al norte de grandeza,
O ya sea verdadera, ó sea soñada:
De la sierra de Topia la belleza,
De fina plata y oro incorporada,
Y á Culiacán, que en temple no bien sano
Al mundo crió la flor de su verano.
Los riscos de Chiametla y de Copala,
Y de su rica playa las salinas;
La áspera Guaynámota, que la iguala
En fieras gentes, y en preciosas minas;
Los altos montes de Xalisco y Xala,
Llenos de miel sabrosa, y de sabinas;
Los jardines del valle de Vanderas,
Y reventando el mar por sus riberas.
El gran volcan de Xala, mónstruo horrible
Del mundo, y sus asombros el mas vivo,
Que ahora con su roja luz visible
De clara antorcha sirve á lo que escribo:
Y á tí, oh soberbio Olimpo inaccesible,
Desta historia feliz rico motivo,
Tambien verian de allí, puestos por tilde
A tu alta frente y tu laguna humilde.
Y aun pienso que si el sabio lo fue en todo,
Entre sus ninfas de cristal veria,
Danzando por las juncias á su modo,
La que me sirve aquí de aliento y guia;
Pues hilando su estambre al valor godo,
La tela entonces inmortal tejia
De los ricos dibujos con que ahora
Felices partos da en mi voz sonora.
Aquí entre sus laureles inmortales,
En fresco temple y agradable frio,
De aquellos pensamientos celestiales
Esta heróica preñez concibió el mio:
Aquí entre verdes juncias y cristales
Manó la humilde fuente deste rio,
De la quietud y paz que aquí se encierra,
Deseos de fama urdieron esta guerra.
Ya desde el aire el mágico adivino,
Lo mismo contemplando que yo ahora,
La vuelta queria dar por donde vino,
A encontrar los caballos del aurora:
Cuando el brio atajado y el camino,
Vencido su saber, se vió á deshora
Caer al suelo con su barco y guia,
Y la gente que dentro dél venia.
Sobre los riscos de un volcan ardiento,
Que entre Tlascala y Méjico levanta
Al cielo, y á su luz el humo y frente,
Con que á ella ciega y tizna, y á él espanta,
Del risco mas fragoso y eminente
Un gajo sube, que entre planta y planta,
Del sabio Tlascalán la cueva horrible,
Si el humo da lugar, vuelve visible.
Era este nigromántico severo,
Corpulento jayan, doblado en ciencia,
Que los roncos bramidos del Cerbero
A los suyos prestaban obediencia:
Ni por bárbaro inculto, ni por fiero,
De imperfecta amistad, grave en presencia,

El calvo rostro como una ancha adarga,
La hórrida barba espesa, cana y larga.
Ciento y ochenta cursos de su esfera
La lámpara del sol pasado habia,
Despues que al sabio dió la luz primera,
Y él con ella gozó su primer dia;
Y tantos de salud y vida entera
En esperiencias mágicas tenia,
Cuyas lecciones, y saber profundo,
Los círculos parar solian del mundo.
Subia los rios á buscar su fuente,
Y á los ojos el siglo venidero,
A los mas firmes montes dió corriente,
Y cadenas al tiempo mas ligero:
Y temiendo tambien como prudente
El segundo morir tras el primero,
Al riesgo hacia de la humana suerte
De la virtud escudos á la muerte.
Pues este, á quien las luces del ocaso
Los rayos humillaron á su cueva,
Luego que el barco vió en el cielo raso
Seguir en rumbo tal senda tan nueva,
Con firmes signos le detuvo el paso,
Y él, su patron, y los que dentro lleva,
Ya de su mago cerco roto el vuelo,
Sin ver por quién, se hallaron en el suelo.
Mas cuando en los perfumes y centellas
Del ya violado círculo y conjuros,
Y la sombra infeliz que dellos y ellas
Los cursos le aclaró primero obscuros,
Manifiestas halló las causas bellas
Con que volando al aire iban seguros,
Y el cerco hermoso, y el diverso mundo,
Que en el primero vieron, y el segundo:
Con razon admirado y envidioso
Del vuelo ilustre seguidor del dia,
Al ya quebrado barco el mago ocioso
Con rostro vino lleno de alegría;
Y «el cielo, dijo, oh pueblo valeroso,
El fin dichoso os dé como la guia,
Porque el feliz viaje deste modo
Sea, cual vuestro valor, único en todo.
No tristes vueltas de contrario sino,
Ni aspecto inútil de enemiga estrella,
Al dichoso bajel cortó el camino,
Y su fuerza y virtud dejó sin ella;
Mas nueva traza del saber divino,
Que por los pasos quiso de esta huella,
Cumplidos ya vuestros deseos, mostraros
De un mundo oculto los sucesos raros.
Y pues la eterna prevencion divina
Vuestra venida á tal sazon dispuso,
Ya el pié dichoso, oh gente peregrina,
En los riscos poned que el cielo os puso;
Que yo, á quien esa misma fuerza inclina
Que en todo os sirva de mi oficio al uso,
Para ello saco á luz grandezas tales
Que al resto escedan, y aun que os sean iguales.»
Díjo, y el francés sabio, que vencido
Su poder vió de aquel oculto mago,
Roto el ligero barco, y él rendido
A un superior espíritu acïago:
Ya que en voz noble y trato comedido
El roto esquife suelda con halago,
Y en amigo hospedaje los convida,
Y á él y á los suyos da la bienvenida:
Cerrando ahora del primer agravio
La oculta saña en lo interior del pecho,
Que el encubrir la afrenta es de hombre sabio,
Cuando no es el vengarla de provecho:
Con rostro alegre y lisonjero labio,
Fingidas gracias da al agravio hecho;
Y en real grandeza el mágico á su cueva
Con segura amistad y paz los lleva.
Por las venas sin luz del monte horrible,
Que al turbio cielo escupe ardiente llama,
Una gruta de altura inaccesible
En preñadas cavernas se derrama:
Patente un tiempo fue, mas ya invisible,
Toda su magestad guarda la fama,
Adonde el sabio los subió, y tenia
Cuanto de gusto el suyo le pedia.
Hecho á la entrada de un pendiente risco
De un alto mirador el corvo techo,
A quien de alegres rejas rojo aprisco
Alfombras labra al rústico antepecho:
De yedras entoldado, y de lentisco,
Donde la vid lozana trecho á trecho
De tiernos grumos hace que se cuaje
La red de su tejido ventanaje.
Entrando por la cueva, á quien ninguna
En riqueza igualó ni en aposento,
Tan vecina á la esfera de la luna,
Que por humilde deja á la del viento,
El cristal ven temblar de una laguna,
Que es de aquel mundo el mas florido asiento,
Y en sus retretes tales maravillas,
Que allí el verlas pasmó, y aquí el oillas.
Era la hermosa cuadra, que en altura
Poner la suya quiso en las estrellas,
No hecha por humana arquitectura,
Sino pór la influencia y virtud dellas:
Dentro en los huecos de una peña obscura,
A quien dan luz los rayos y centellas
De puntas de diamantes y esmeraldas,
Que el cielo le cuajó en su cumbre y faldas;
Vése del tiempo y la humedad cubierta
La hueca peña de menudas flores,
En partes jaspeada, en partes muerta,
En sombras una, y otra en resplandores:
Haciendo un todo de hermosura inserta
Sus diversos metales y colores,
Y esmaltada la tez que los remata
De grumos de oro y escarchada plata.
El natural desórden con que puso
El ciego tiempo estos rasguños bellos,
Como arrojados en monton confuso,
Es el mayor primor y gala en ellos;
Pues tanto sus brutescos descompuso,
Y en tantas formas se enredó por ellos,
Que parece los hizo en competencia
Del artificio de la humana ciencia.
Pues á los capialzados de la sala,
Sembrados de preciosa pedrería,
Ni el oro les faltaba para gala,
Ni crústulas de varia argentería,
Ni azul y verde jaspe, á quien no iguala
El Copto ardiente, ni la Scitia fria,
En vez de los doseles y tapices,
De huecas sombras, sendas y matices.
Que la alta corpulencia de la piedra,
De diversas riquezas amasada,
La falta suple, y con ganancia medra
Mil hermosuras de que está sembrada:
Que el oro entre lo verde de la yedra,
Y entre lo azul del risco plata helada,
Labores hacen de tan diestra mano,
Que vuelven pobre al artificio humano.
Desta real sala puerta á otras menores,
Menores no en riqueza ni hermosura,
Que de manchados jaspes y labores
Divina hacen y nueva arquitectura:
No todas de cavernas y furores,
Ni brutos senos de la piedra dura,
Que en mucha parte el bárbaro edificio
Al natural juntaba el artificio.
Dejó admirados de la gruta estraña
La no vista belleza á los presentes,
Sus frondosos jardines, con que engaña
Del veloz tiempo el sabio las corrientes;

Y en sillas de oro, y áspera montaña,
Del grave estudio cuadros escelentes
Gozan, en que el pincel subió de punto
De un mundo y otro el artificio junto.
Era esta cavernosa cuadra hecha
De un amasado risco de esmeraldas,
Que un fresco mirador arroja y echa
Del jardin bello á las floridas faldas,
De adonde un cielo ve y un mundo acecha,
La vista al Sur, y al Norte las espaldas,
Con un rio que al romper de peña en peña,
En verde juncia y ovas se despeña.
A cuyo ruido el canto de las aves
De altivo sirve y dulce contrapunto,
Y el tiple agudo en los bemoles graves
Afinándose mas sube de punto:
Al fin juncias, bemoles, cantos suaves,
Rio, flores y peñas todo junto,
Entretiene, suspende, alegra, engaña
La vista, el campo, el bosque, y la montaña.
Aquí el mago tenia de sus ciencias
El estudio, instrumentos y aparato;
Aquí su anatomía y esperiencias
Con vigilancia hacia, y con recato;
Aquí de globos varias diferencias,
O por necesidad, ó por ornato,
Que en paredes y bóvedas colgaban,
Alegre asombro á quien las via daban.
En huecos bultos de sombrias figuras
Sus malogradas almas detenidas,
De las regiones lóbregas y obscuras
Por nuevos rumbos mágicos traidas;
Y aunque á la vista son simples pinturas,
Estrechas gozan y espantosas vidas,
Dando al mago en diversos tiempos juntas
Sospechosa respuesta á sus preguntas.
Tiene de yerbas, raices, y de gomas,
Venenos, piedras, sierpes, monstruos, fieras,
En cajas, urnas, vasos, botes, pomas,
Varias sumas de hechizos y quimeras;
De agua del rio Averno dos redomas,
De las tres furias nueve cabelleras,
Hollin del barco de Charon, y entero
Un colmillo y dos uñas del Cerbero.
De pardo lobo ayuno, que enmudece
Los perros con su vista, buche y pelo,
Cabellos de Prosérpina, y el pece
Rémora, que á un navío entume el vuelo,
Hiel y ojos de trimelga, que entorpece
Al pescador el brazo del anzuelo,
Un grano de alcanfor, y otro de helecho,
Y de dos escorpiones cuello y pecho.
Un aspid soñoliento, una escamosa
Piel de serpiente azul de manchas llena,
Corrupta sangre de mujer celosa,
Mortal cicuta, mágica verbena,
Plumas de salamandria calurosa,
Espuma de doblada anfesibena,
Soga de hombre ahorcado en acecuche,
De arpia las garras, y de un buho el buche.
De la serpiente emórrois el veneno,
Que despide en sudor la sangre humana;
De la sedienta hidra el cuero lleno
De ponzoña, y del sirio can la lana:
La ala del presto yáculo, que al seno
De la peña se arroja mas cercana;
Dipsas, que al que su tósigo salpica,
La sed hasta la muerte multiplica.
Un corazon de niño, que la hambre
Los huesos enjugó y secó la vida,
De la rueca de Cloto el blando estambre,
A quien del mundo está la hebra asida:
Una cabeza de encantado alambre,
De contrahecha voz, y alma fingida;
Los ojos de un dragon y un basilisco,
En sangre de camello berberisco.
Dientes de cocodrilo y elefante,
Dos buches de avestruz, monstruo de vieja,
De la grulla la piedra vigilante,
Y la electroria húmeda y bermeja:
Del buho el ojo izquierdo penetrante,
El diestro de la aguda comadreja,
Con la piedra de la águila, que dentro
Va con preñados senos á su centro.
Yerba del Pito contra el hierro duro,
Ceniza de hombre muerto de algun rayo,
Estéril tierra de sepulcro obscuro,
Dos huesos de abubilla y papagayo,
Yedra cortada de arruinado muro,
Ruda encantada con rocío de mayo,
Pares de un abortivo, y la testera
De unicornio, habaela, y de pantera.
Un cuerno de cerasta, que en la arena
Arma escondida venenosos lazos;
De la engañosa y lóbrega hiena
Las azules escamas de los brazos,
Con que en las tristes sepulturas suena,
Haciendo los cadáveres pedazos;
De la ave fénix una roja pluma,
Y de una hidra el tósigo en espuma.
Y en mas virtud y adorno de la cueva,
En maga ostentacion y fuerza oculta,
De noble pedreria un cielo lleva
En realces de oro por la peña inculta,
Así en signo observado y luna nueva,
Que de su variedad y luz resulta
Belleza al muro, estimacion al arte,
Y á la mágica ayuda por su parte.
El cristalino Erindro, que humedece
Con su frialdad el aire circunstante,
Y dando siempre lágrimas, parece
De algun ausente gusto tierno amante:
La dura celosía, á quien no empece
El fuego, y el celonte penetrante,
El adivino y verde Silenite,
Que con la luna en la inquietud compite.
Las castas esmeraldas, el topacio
Contra el vacío tumor de la locura,
El balax, casa hermosa y real palacio
Del carbunco, y la onix triste y obscura:
La verde orites, que en pequeño espacio
Bebida hace abortar la criatura,
Y la andromata de agradables rayas,
Que el mar Bermejo escupe por sus playas.
La roja peridonia, que las manos
Con su disimulada lumbre quema;
La preciosa bezár, que los lozanos
Ciervos del buche crian en la flema;
La ágata, llena de manchados granos;
La encendida amatista, que desllema
De Baco el humo; el záfiro, y á este
El jacinto, salud contra la peste.
La amandrina de agudos resplandores,
De agoreros autora y adivinos;
La acates de jardines y de flores
Llena, y rasguños de oro peregrinos;
La aquelonia sembrada de labores,
Los duros inmortales abestinos,
En quien si el fuego prende sus centellas,
Ni ellos se gastan, ni se apagan ellas.
No faltó la pantera á maravilla
De encontradas colores salpicada,
Ni la que en su celebro la abubilla
A entender da los sueños aplicada:
Ni á tí, Liparis bella, faltó silla,
Que de flecha jamas fuiste hallada;
Ni á tí, Diacodos, que á las noches manas
Vanos asombros, y fantasmas vanas.
De este cielo de estrellas amasado
La alta bóveda el suyo componia,

Y un elitrepio en humedad bañado,
Que entoldar suele de tiniebla el dia,
Con la que del celebro coronado
Del gallo nace, y de su humor se cria,
A vueltas de diamantes y rubazos,
Que alegres hacen y vistosos lazos.
Y en medio los festones y guirnaldas,
Que tejen de grabada enlazadura,
Rojos rubís y alegres esmeraldas,
Como pomposo rey de la hermosura,
Dando centellas de oro y luces gualdas,
Hácia un carbunco de la sombra obscura
De aquel rico desvan, si sombra habia,
A pesar de la noche eterno el dia.
Ufano el sabio, que en silencio atentos
La novedad los tiene de su cueva,
Su admirable riqueza, y los portentos
Con que los ojos y los gustos ceba;
Por mas recrear sus ánimos sedientos,
Y darles mas que su apetito beba,
Del hueco monte los subió á la cumbre,
Rico inmortal blandon de eterna lumbre.
Pasan á vista de la llama ardiente,
Que al cielo de su vientre azul vomita,
Cuyas masas de luz resplandeciente
El bronce en ellas hace se derrita:
Ven las hornazas, y el metal luciente,
Que hirviendo en las canales huecas grita,
Y entre el humo, que al aire pardo tupe,
Torcidos rayos en contorno escupe.
Y ya despues que por revueltas calles,
Y obscuros socavones, en la cumbre
Del erizado monte, volvió á dalles
Segunda vez del rubio sol la lumbre,
Una sala se vió llena de entalles,
Tan lleno de oro el suelo y la techumbre,
Que el avariento Midas pudo solo
Labrarla, antes de entrar al rio Pactolo.
De grave y compasada arquitectura,
Aunque por magos círculos movible,
Que en tal aspecto abrieron su figura,
Que en ella un mundo y otro hacen visible,
En luz tan nueva y claridad tan pura,
Que la tierra y el cielo inaccesible,
Lo por venir, pasado, y lo presente
Volar se via por su corva frente.
En firmes arcos sus murallas hechas
De contrapuestos cóncavos espejos,
Que en cortas luces, y saetias estrechas,
Nuevas figuras dan, nuevos rellejos;
Y las vislumbres entre sí deshechas
De vario aspecto y rayos mal parejos,
En las teces ponian ingeniosas
Nueva admirable variedad de cosas.
A este real mirador un fresco llano
De pomposo teatro le servia,
Donde un alegre pueblo en traje ufano
Con placenteros bailes se estendia;
Cuando en suave modo el mago anciano,
Dándoles sillas de oro y pedrería,
Así tuvo en palabras elocuentes
De sus labios colgados los oyentes:
«Aunque la alegre suspension que veo
Mis cosas hace de mayor estima,
Pues en tan graves pechos, cual deseo,
Alegre espanto dan, y causan grima,
El admirable círculo y rodeo
Con que del nuevo mundo á ver la cima
Llegado habeis, así le escede y pasa,
Que es mi grandeza ya grandeza escasa.
¿Quién jamás supo dar tan alto vuelo,
Aunque ayudase con su industria y alas,
Un hombre antiguo, que en esotro suelo
Haber, dicen, labrado al aire escalas?
¿Quién por tan alto rumbo y paralelo
Llegarse pudo á las supremas salas,
A oir de las estrellas el lenguaje,
Y ver la inmortal luz de su viaje?
Tiénese por sospechas que esta lumbre,
Que es de todas las lumbres la primera,
No como el mundo juzga está en la cumbre,
Mas en el fijo centro de la esfera;
Y la demás inmensa muchedumbre
De estrellas rubias con su rueda entera
En torno rueda dél, y tambien rueda
La tierra, aunque parece estarse queda.
Que él, como silla y soberano asiento
De los dioses, se está inmudable y fijo,
De cuya eterna luz toma sustento
La suya, y della el mundo regocijo:
Vosotros, que en los páramos del viento
Recodo y vuelo disteis tan prolijo,
Sabreis quizá lo que ahora se desea,
¿Si se anda el sol, ó el mundo le rodea?
A los que el cielo han visto, ¿qué grandeza
No les parecerá menuda y corta?
A quien gozó del orbe la belleza,
¿Ver esta estrecha gruta qué le importa?
De la tierra el caudal todo es pobreza,
Y así la vista al parecer absorta
En lo que ahora veis, quizá proviene
De la desproporcion que el caso tiene.
Mas si hay equivalencia ó puede habeila,
En lo que está por ver, y habeis ya visto,
En esta sala está, y ahora por ella
En raudo vuelo pasa, y curso listo:
Aquí el gran rayo está de una centella,
Que ha de encenderse de la luz de Cristo,
Y á la alegre venida de su aurora,
Aquellas gentes hacen fiesta ahora.
Grandes cosas sabreis, estadme atentos,
Pues á esto el cielo os arrojó á mi cueva,
Y para que quieteis los pensamientos,
Y mi voz todos juntos se los beba:
Seguro os doy, que salvos y contentos,
Por un breve camino, y senda nueva,
Al mundo volvereis de quien salistes,
Y los montes vereis que otra vez vistes.
Tú, heróico persa, á quien un alma altiva
En tanta duda puso y desconsuelo,
No ya te aflijas mas, que sana y viva
A mejor ocasion la guarda el cielo,
Que ni de Creta la beldad esquiva,
Ni otra inclemencia ni rigor del suelo,
Por otra ocasion nueva, ni por esta,
La vida acabará que tantas cuesta.
El tributo cruel que en Creta puso
De un cerco mago el prodigioso cero,
Por quien el ciego reino trae confuso
De un falso dios el nombre lisonjero,
Se alzara de una vez, y el torpe abuso
Del sacrílego altar cayera entero,
Si la heróica beldad, que de las aras
Medroso arrebataste, le dejaras.
Hizo el encantamento riguroso
Con tales cercos el sangriento mago,
Que hasta que un rostro llegue así hermoso
Que de fealdad le falte un corto amago:
Del cruel reino el triste altar odioso,
Del mundo, y su hermosura será estrago,
Sola Angélica pudo darle el justo
Libre aquel dia del tributo injusto.
Mas si el sol pasa desta edad florida
Por largos siglos durará su llanto,
Que dar del todo una beldad cumplida,
Ni el mundo llega ni su fuerza á tanto:
Con esta regla ha de salir medida,
De treinta nesgas ha de hacer su manto;
Tantas Elena tuvo, y tantas tiene
La bella reina que de Oriente viene.

En tres facciones, cual la blanca nieve,
Y en otras tantas gorda y colorada,
En tres larga tambien, y otras tres breve,
Y gorda en tres, y en otras tres delgada,
Y ser estrecha en tres la dama debe,
Y en tres ancha, estendida y dilatada,
Pequeña en tres; y si esto no tuviere
En Creta morirá, si á Creta fuere.
El cuerpo y dientes blanco, y los cabellos
Cual se descubre el sol por la mañana,
De negro las pestañas y ojos bellos,
La parte menos bella, y mas humana:
Como el coral los labios, y con ellos
Las uñas y mejillas como grana;
El cuerpo, manos, el altivo cuello
Largo importará ser, si ha de ser bello.
Los piés, dientes y orejas delicadas,
De breves puntos, y perfecta hechura,
Pestañas y caderas dilatadas,
Y anchos pechos de alegre arquitectura,
Y las tres perfecciones mas notadas,
Pequeña boca, y breve de cintura,
Con lo demás que amor justo ó injusto,
Breve lo pide, como lo es su gusto.
Del medio inferior cuerpo otras tres cosas
Que no sean flacas pide la belleza,
Si bien la honestidad por peligrosas
A los ojos cubrió su gentileza:
La nariz, las dos pomas deleitosas,
Pequeñas, y pequeña la cabeza,
Y los dedos, los labios, y cabellos
Delicados serán, si han de ser bellos.
Destos varios engaces de oro juntos
La imágen se hace de beldad perfeta,
Y el limpio aspecto y rayas destos puntos
El firme encanto desharán de Creta;
Y en la japona reina los trasuntos
Desta medalla pública y secreta
Salud le dieran, si el temor estrecho
No lo estorbara de tu ardiente pecho.
Y tú, francés, á quien la nueva guerra
De tu patria hará de llanto un lago,
Y en la subida de una inculta sierra
En sus flores de lis sangriento estrago;
Apriesa vuelve á tu enemiga tierra
A dar venganza al agraviado mago,
Que está del sacro imperio el guion alto
De insignes capitanes y armas falto.
En el Franco Pomier, donde yo, puso
Su casa un tiempo y su jardin Morgana,
Morgana ilustre hada, que el concurso
Ahora de la riqueza rige humana:
Diosa del interés, y de su abuso,
Y del rey Artus halagüeña hermana,
Un castillo encantó, y un bosque esquivo,
Donde á su hermano tiene, ó muerto, ó vivo.
Y allí en la rica sala del tesoro,
Por nueva injuria á su enemiga Francia,
Los capitanes de mayor decoro,
Que del imperio rigen la importancia,
Hechos tiene insensibles bultos de oro,
Que esa es del oro la mayor ganancia,
Y el interés en ánimo avariento,
Confuso lazo y ciego encantamento.
Y así este, aunque desnudo de provecho,
Como mal sin remedio no le alcanza,
Que un hombre avaro estátua de oro hecho,
No hay, de que vuelva á ser quien fue, esperanza:
Solo á la puerta en un sepulcro estrecho
De un muerto cuerpo está la semejanza,
Que suele con ponérseles delante
Del sueño despertarlos semejante.
Aquí, pues, ves lo que á tu patria importa:
Abrir harás la antigua sepultura,
Y al muerto bulto, que la muerte absorta
Con su voz rompa la lazada obscura;
Que á quien del oro el interés transporta,
La sola muerte cura su locura,
Y aun suele el rumor della á mejor vida
Dar despierta la estátua mas dormida.
Hay fama que es el poderoso muerto
El Anglio rey, que allí en podrida llama
Su enjuto cuerpo tiene, y viendo abierto
El lóbrego ataud, deja su cama:
Y á su antigua virtud y honor despierto
Al mas dormido da deseos de fama,
Y el oro hace olvidar que es tierra el oro,
Y un hombre insigne celestial tesoro.»

ALEGORIA.

Bernardo, que por ninguna via quiere dejar el seguimiento de Arcangélica, significa, que el ánimo codicioso del apetito de venganza, con ningun partido ni medio se quieta, ni otra satisfaccion tiene por honrosa, que aquella que por sí mismo alcanza de quien le ofendió. El gran vuelo del sabio Malgesi, ya hemos dicho que es figura de la vida contemplativa, que de las cosas visibles inferiores pasa la mira á las celestiales, con la cual llegará la felicidad del nuevo mundo, que es la bienaventuranza prometida al hombre, como á la monarquía española las Indias Occidentales. Por Tlascalán, sabio antiguo, que tiene su morada en las cavernas y gruta de un monte, es entendido el apetito de las riquezas que se crian en las entrañas de la tierra: el cual muchas veces es poderoso á traer al suelo con su fuerza al hombre contemplativo, que antes con gran deleite volaba sobre su pensamiento, ocupado en solo contemplar la hermosura del mundo y secretos de la naturaleza: al cual la solicitud de las riquezas impide la quietud, que tan necesaria es al ánimo contemplativo, como Aristóteles dice en las Eticas, que si para la vida activa ayudan mucho, para la contemplativa totalmente son estorbo. El mirador de la cueva de Tlascalán, significa la imaginativa, de adonde se via tanta variedad de cosas. En el modo que á Reynaldos se da para desencantar las estátuas de la sala del tesoro, se muestra como sola la muerte, ó su memoria eficaz, es la que puede despertar á los avarientos de su peligroso encantamento.

LIBRO DECIMONONO.

Argumento. Cuenta el sabio Tlascalán las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.

Así de lo profundo de su pecho
El sabio al mundo siembra maravillas,
Y en la gruta retumba el cervo techo,
Y oyen los héroes en doradas sillas,
Que en observado signo y cercos, hecho
De luciente oro márgenes y orillas,
El feliz mirador da en sus viriles,
Aun á los por nacer cuerpos sutiles.
Y él viendo el siglo por venir patente,
De superiores luces alumbrado,
Vuelto un Proteo mortal, hacia presente
Del que escuchaba el venidero hado,
Como al rey Persa, y al francés valiente
De nuevas trazas amasó el cuidado,
Y en su piloto ahora el rostro fijo,
Así siguiendo su discurso dijo:
«Si cual te dió el antiguo Balisarte
En el francés aguado el valor godo,
Sin mezcla de otro azar supiera darte
De castellana masa el pecho todo,

Ni mi voz fuera ni mis ciencias parte
A suspender de tu viaje el modo,
Libre pasaras con tu intacto vuelo,
O por la humilde tierra, ó por el cielo:
Que la estrella de España en este mundo
En todo es superiora de otra estrella;
Así los cielos en saber profundo
Para mas bien lo dispusieron della:
Del rubio oro el feliz parto fecundo,
Y de luciente plata blanca pella,
Ahora recoge, guarda y desentraña,
Para en cambio de fe ofrecello á España.
Cuando tu patria en nuevas opiniones
La religion verá que ahora profesa,
Y en la fe sospechosa, y sus razones,
Muchas confesará que hoy no confiesa;
De España los católicos pendones,
Y el primer papa en ellos por empresa,
En señal que es el agua de su fuente,
A dar luz bajarán á nuestra gente.
Compraremos entonces (¡cosa estraña!)
El cielo con la escoria de la tierra,
El desengaño y luz con lo que engaña,
La eterna paz con la mudable guerra:
Daremos plata humilde y oro á España
Por la divina religion que encierra,
Como en limpio granero, que es mancilla
Sembrar, sino está limpia la semilla.
Y si deseais á estos ocultos casos
La estampa ver de su mudable idea,
Y los eternos encubiertos pasos
Por donde el cielo su girar voltea:
Si de lo por venir bultos escasos
Ver deseais, y hay vista que los vea,
Oid, héroes de otro mundo, oid, que quiero
Al presente sacar el venidero.
Al mudable cristal desta laguna,
Del polo helado, y su encubierta gente,
Domando en riendas de oro la fortuna
Otro tiempo bajó un pueblo valiente:
Rindió incultas naciones, que ninguna
Fiel tributo negó á su rey potente,
Y él en victorias y poder ufano
Leyes dió al nuevo mundo de su mano.
Y aunque de mar á mar la estrecha tierra
Con armas tiene su furor turbada,
Con quien mas ciego enojo y firme guerra
El rigor trae de la ambicion trabada,
Es con la que á las faldas desta sierra,
Ahora en pomposas plumas señalada,
Con ancho baile y músicas celebra,
Del ya domado ardor la primer quiebra.
Es la hidalga nacion que á las vertientes
De Tlascala por mia heredó el cielo,
Y á estas feroces extranjeras gentes
El mas contrario y enemigo suelo:
Y aunque en sangrientas lides diferentes
Victorias les ganó de la honra el celo,
De su teson y aliento belicoso
Nunca hora hemos gozado de reposo.

Hubiera á su pomposa vanagloria
Sin mi rendido el cuello el pueblo mio,
Y en triste servidumbre á su victoria
Las riendas diera del vencido brio:
Mas yo que al siglo por venir notoria
Miro la gran revolucion, confio
Que han de dar las estrellas libre el paso
A la luz de su Oriente en vuestro ocaso.
Y no solo inviolables sus mojones
Hará esto á las edades venideras,
Mas aun los mejicanos escuadrones
Cuando al mundo asombraren sus banderas,
Y á su tremolar tiemblen las naciones
Que de ambos mares ciñen las riberas,
Y sea de su ambiciosa monarquía
La tierra toda en que se encierra el dia.
Entonces mi constante pueblo altivo,
Sin nunca ver de espaldas la fortuna,
La verde juncia en ademán esquivo
Y el cerco ha de asombrar de su laguna:
Cuando ya llegue al colmo fugitivo
De su prosperidad la llena luna,
Y á un rey sañudo que su cetro tenga
Del rubio sol á verle un hijo venga.
Ya allí de un mundo y otro las estrellas
El curso trocarán de su corriente,
Y á los peñascos destas playas bellas
Nueva vendrá y desconocida gente:
Ya veo sus naos llegar, ya veo sobre ellas
Los timbres de oro y armas del Oriente,
Ya á sus invictos capitanes veo
De un alta cruz labrar feliz trofeo.
Ya de un Cortés caudillo el pecho honroso
Premio á mis ricas esperanzas siento,
Y la gloria del hecho mas famoso
Que caber pudo en cuerdo atrevimiento:
Insigne hazaña de ánimo brioso
Será dar velas al mudable viento,
Y embestir bravo desde el mar profundo
Con un tasado campo los de un mundo.
Barrenar de su flota el frágil leño,
Y allí sacrificarse á su cuidado,
Como quien se hace indubitable dueño
Deste occidental mundo, ¡hecho fue osado!
¡Bella osadía! con campo tan pequeño
Quererse quedar solo, y desarmado,
En medio de enemigos tan esquivos,
Que se suelen comer los hombres vivos.
Mas la heróica hazaña, en quien se agota
El largo discurrir del seso humano,
Mayor que armar ni barrenar la flota,
Ni á dar asalto al reino Mejicano,
Será entre un pueblo inculto, y gente ignota,
Con fuerza humilde, y desarmada mano,
Su monarca prender, ceñirle hierros,
Y castigar en él fingidos yerros.
Grande será prender un enemigo,
Que de mortal envidia el pecho lleno
A estorbarle vendrá, y él por testigo
Le tomará, y por suyo el campo ajeno:
Mas ni esto, ni el abrir ciego postigo
Al mejicano pantanoso cieno,
Con bergantines y chalupas puestas
De diez mil hombres en las corvas cuestas:
Ni otro, ni otro furor, ni todo junto
Desta hazaña iguala el fundamento,
Que las demás con ella caen de punto,
Y ella vencido deja el pensamiento:
Serán las otras suyas contrapunto
De amasados ejércitos sin cuento,
De que saldrán estas montañas llenas
Por ver tal prisionero en sus cadenas.
Mas humillar con nombre y voz de preso
La imperial magestad, mudarle casa,
Sitiarle guardas, fulminar proceso,
Y en su libre vivir ponerle tasa,
¿Qué huésped se arrojara á tanto esceso
Con suceso feliz, que escede y pasa
A los que en árduos hechos por famosos
El mundo estátuas levantó y colosos?
Pues deste mis invictos tlascaltecas
Favor serán, y tomarán amparo,
Y á sombra suya oirán sus playas huecas
Mi nombre mas que sus cristales claro:
Y del abrigo destas cumbres secas,
Que hoy de muros me sirven y reparo,
Las banderas saldrán, saldrá el castigo
Deste tirano pueblo, mi enemigo.
Y no tardará el cielo en dar la vuelta
Al eje eterno en que se mueve el hado,
Y esta tragedia en lágrimas envuelta
Al teatro salir acostumbrado,
Mas que fortuna, de una vez resuelta,
Alegre á España vuelva el rostro airado,
Y ella dé limpia con sangrienta guerra
De las horruras de Africa su tierra.
De reyes siete cuadros mira el cielo,
Que tras el rico bien desta esperanza,
Los rios harán del agraviado suelo
Correr morisca sangre en su venganza:
Al grave Alfonso, cuyo casto celo
A lo temido iguala de su lanza,
Y de los riscos ásperos de Asturias
De Francia enfrena y de Africa las furias;
Sucederá un valiente don Ramiro,
De un santo hebreo valido, que en Galicia
Sepulcro oculto tiene, y un suspiro
Suyo le hará soldado en su milicia;
Cuya sangrienta espada inmortal miro
En los ilustres pechos que acaricia
La noble España, dando su denuedo
Honra al cristiano, y al pagano miedo.
Oirá Clavijo en fiesta milagrosa
El santo voto, que al patron divino
Castilla hará, cuando su espada honrosa
Al campo moro lleva un mar sanguino:
Y luego Ordoño, en lanza belicosa,
Por la Gascuña estrago repentino,
Y en los rendidos páramos de Soria
Y Salamanca eterna su memoria.
El magno Alfonso, deste Ordoño hijo,
Entrará al reino, y en sangrientas manos,
Porque no vean su pompa y regocijo,
Los ojos sacará á sus tres hermanos:
Dará de azules peñas cerco fijo
A los deshechos muros zamoranos,
Cuando sus hijos con orgullo altivo
El cetro romperán del padre vivo.
Hará la inobediencia de García
El reino suyo, y guerra al pueblo moro
Con tasadas victorias, hasta el dia
Que á la muerte avasalle el cetro de oro:
Vendrá Ordoño, que al padre la osadia
Tambien heredará como el tesoro,
Si algo á sus hechos ínclitos no humilla
La muerte de los condes de Castilla.
Como en venganza suya el cruel hermano
Froyla quitará el reino á sus sobrinos,
Y en nobles pechos con rigor tirano
Furioso hará sangrientos desatinos:
Desmembraráse el reino castellano,
Y al gobierno pondrá jueces divinos,
Quedándose el sangriento rey cubierto
De áspera lepra por sus culpas muerto.
Seguirleha Alfonso, de imprudencias ciego,
Y de indiscreto celo arrebatado,
Renunciará en su hermano el cetro, y luego
Le pesará de haberlo renunciado:
Mas Ramiro hecho rey, aunque por ruego,
Cegarleha, ya del reino apoderado,

Que no ha menester ojos, luz, ni dia,
Quien pudo, y no miró lo que hacia.
Será famoso rey, pondrá en prisiones
A Almanzor, y á los hijos de Früela,
Y en Simancas los bárbaros pendones,
En que el poder de Arabia y Libia vuela:
Degollará sus mauros escuadrones,
Y en cuidadosa y vigilante vela
Cuatro lustros verá, y luego el prudente
Ordoño heredará su reino y gente.
Tendrá sangrientas guerras con su hermano,
Que ha de alterar el reino la codicia,
A Lisboa saqueará su invicta mano,
Y el brio y furia enfrenará á Galicia:
Sucederleha don Sancho el Gordo, ufano
En gobernar de Espana la milicia,
Y hará en ley nueva, y público estatuto,
Libres las nobles casas de tributo.
Volaránle á Castilla el homenaje
De un libre azor las alas, y un caballo
Hará de paz á Córdoba un viaje,
Y alzarseha rey un sin lealtad vasallo:
Sudará fuego el mar entre un celaje,
Y saldrá un traidor conde á regalallo
Con frutas, de que ya morir le miro,
Y sucederle el niño don Ramiro.
Por estos siglos, bárbaros normandos
En Galicia harán gruesas entradas,
Y los moriscos cordobeses bandos
Del reino en las fronteras descuidadas:
Y con ley nueva, y rigurosos mandos,
A las mozarbes gentes baptizadas
Su Dios querrá que dejen, ó las vidas,
Ya por su amor ganadas de perdidas.
Alzarseha con Galicia don Bermudo,
Y el descuido del rey será de modo,
Que con su muerte, el que él deshacer pudo,
Señor quede absoluto y rey de todo:
Será de alma prudente y seso agudo,
Y en desgracias igual al postrer godo,
Cuyo tierno deleite y gustos vanos
Sin piés le harán, y le atarán las manos.
Será dueño Almanzor de sus victorias,
Y en costoso aparato y triunfo dellas,
Del hueco y firme bronce hará memorias,
Que su honra alumbre á su mezquita en ellas:
Suyas serán las trágicas historias
De los infantes siete, ó siete estrellas,
De la sangre de Lara, y la que baña
Del sitiado Leon la alta montaña.
Sucederleha su hijo Alfonso el Quinto,
Que asombrará de Córdoba los muros,
Y sus reyes con oro en sangre tinto
A su ira comprarán breves seguros:
Dará en su córte un bello laberinto
De argamasados mármoles obscuros,
Mas en Viseo una infeliz herida
Quitará al reino el rey, y al rey la vida.
Vendrá tras él el último Bermudo,
Que muerto de Carrion en las riberas,
De Castilla y Leon se dará un nudo,
Que en mil edades dure venideras:
Matará su cuñado, al que no pudo
La ardiente Arabia y sus legiones fieras,
Sentándose Fernando así en la silla
Primera de Leon, y de Castilla.
Será este rey en ánimo y grandeza
Un Pompeyo segundo, y el primero
Que al noble Cid honrare la braveza,
Y arnés le armare de bruñido acero:
Humillarleha Toledo su cabeza,
Y serleha de Sevilla el rey pechero,
Llevando hasta Leon su pueblo moro
Al gran doctor Isidro en andas de oro.
Florecerá en su alegre edad la santa
Casilda de Toledo, infanta bella;
Mas ya tanta grandeza, y dicha tanta,
A su ambicioso hermano enfadó el vella,
Y contra el de Navarra baja cuanta
Marcial potencia tiene y rige en ella,
Sin que halle su pasion otro concierto,
Que de heredar el campo al uno muerto.
Pondrá el rio Ebro el vencedor Fernando
Por lindero á Navarra y á Castilla,
Y del romano imperio al grave mando
Libre, cual lo es, su castellana silla:
Mas ya al general termino llegando
Con poco acuerdo dejará en rencilla
Tres hijos reyes, que es á toda cuenta
La compañía del reinar sangrienta.
Castilla del valiente Sancho, y luego
Leon de Alfonso, y de García Galicia,
Ninguno el reino gozará en sosiego,
Que es glotona de reinos la codicia:
Huirá á Toledo Alfonso, y el gallego
Aun le enterrará preso la avaricia,
Y Vellido en el muro zamorano
Al uno vengará y al otro hermano.
Volverá el bravo Alfonso del destierro
A ser universal señor de cuanto
Su anciano padre dividió por yerro,
Y juntó en él el uno y otro llanto:
Escalará triunfante el sacro cerro
Que Tajo lava y enriquece tanto,
Dando á su ilustre alcázar de su mano
Al castellano Cid por castellano.
Mas la instable fortuna, en recompensa
De mil victorias, con faltarle en una,
Feudo de todas cobrará, que piensa
Que sin estas mudanzas no es fortuna:
Y su santo heredero en nube densa,
De armas rendido á la africana luna,
De la fuente de Uclés en el desierto
Quedará, á vueltas de otros muertos, muerto.
Dará una hija á Enrique, hijo segundo
Del conde Lotoringa, hecha duquesa
Del fertil suelo, donde el mar profundo
El remate de España lava y besa;
De cuya insigne fuente un rio fecundo
De real sangre tendrá la portuguesa,
Hasta que acabe en Africa, en el dia
Que vuelva á ser de España monarquía.
A este dichoso siglo venidero
La religion Templaria militante,
De limpio armada y de cristiano acero,
Por luz del mundo nacerá en Levante:
Verá el rey de sus dias el postrero,
Y Alfonso de Aragon vendrá triunfante
Por invicto Monarca, que en Castilla
De cinco ensalzará sola una silla.
Será su emperador, será su espada
De España muro, y del morisco espanto,
Y en veinte y ocho batallas barnizada,
Tantos triunfos tendrá del cielo santo:
Dará á la libre reina ocasionada
Del rico patrio suelo el rojo manto,
Y tras su libertad Alfonso el bravo
Vendrá, aunque sin segundo, á ser octavo
De España emperador, cuyos vasallos
El de Aragon serán y el de Navarra,
Y del vándalo Betis cien caballos
En su carroza real, tropa bizarra:
(¡Suerte humana!) que al tiempo de gozallos
Por cama en la fresneda una pizarra
Del muradal rigor dará el camino
El alma al cielo, el cuerpo á un pardo espino:
Cuando tras dél, de Sancho el Deseado
Vida y virtud se volará en deseo,
Pues de un año de reino, y mal logrado,
Cortarle el hilo ya la parca veo:

Dejará un tierno niño encomendado
De Castro á la lealtad, y ella el empleo
De su príncipe, reino y señorío,
Salvos conservará del rey su tio.
A Avila el niño huirá de Soria,
Que en rico alcázar le tendrá seguro
Hasta cobrar su reino, y con victoria
Libre salir del abulense muro:
Mas de Africa el orgullo y vanagloria
Sus fuerzas veo juntar, desde el obscuro
Nacimiento del Nilo, hasta donde
Atlas el dia en su arboleda esconde.
Y con el apartado gáramante,
Etiope adusto, y árabe ligero
Por Castilla entrará, y saldrá triunfante
De Alarcos todo el mauritano acero:
Bien que en Tolosa el bárbaro pujante,
De las Navas poblado el campo entero
De muertos dejará, cuyos millares
De un ciento y de otro ciento serán pares.
Fundará, porque al mundo se publique,
De las Huelgas de Burgos la grandeza,
Y allí enterrado el mal logrado Enrique
De España, y su valor será cabeza:
Gobernará á prudencia de un Manrique,
Gozará de Malfada la belleza,
Y de un golpe una teja desmentida
Al caer malograrà su tierna vida.
Soldará este dolor Fernando el Santo,
En cuyo reino y siglo venturoso,
Ni hambre ni peste habrá, ni azar, ni llanto,
Ni guerra en que no salga victorioso:
Córdoba será suya, y será cuanto
Del claro Betis riega el curso hermoso,
Restituyendo en hombros de cautivos
Del bronce de Almanzor los sones vivos.
Hará suya á Jaen, Murcia y Sevilla,
Y tributario el reino de Granada,
Y al cetro de Leon y de Castilla
Eterno nudo, é inmortal lazada:
Ilustrará con santidad sencilla
Domingo su real sangre, y la abrasada
Cueva del monte Alberno y sus espantos,
Que hay tambien siglos que producen santos.
Llevará á Salamanca de Palencia
Las letras que la harán rica y florida,
Seguirleha su hijo Alfonso, á quien la ciencia
De los astros promete inmortal vida:
Y aunque rey sabio, mucha suficiencia
Suele sin humildad verse perdida,
Que del saber el moderado freno
Al bueno hace mejor, y al malo bueno.
Con hija de un rey santo, en cuyo escudo
Un bello cielo azul tres lirios baña,
En retrógrada estrella, y dia desnudo
De la real magestad, y no de saña,
Con soberana pompa en santo nudo
El príncipe ligar hará de España,
Cuyas dos plantas por violentas leyes
Duques darán al mundo en vez de reyes.
Compondrá el astronómico secreto
De las tablas y leyes del juzgado,
De Roma emperador se verá electo,
Y de uno y otro cetro despojado,
Que el ambicioso Sancho, sin respeto
Contra el incauto padre rebelado,
Se ha de quedar con la usurpada silla,
Y el despojado rey muerto en Sevilla.
Alcanzarlehan las graves maldiciones
Del sabio rey al hijo inobediente,
Con que en guerras será, y en discensiones,
De su ambicioso reino la corriente:
Entrará en heredadas turbaciones
Un niño rey, que en ánimo imprudente
De dos vasallos morirá emplazado,
O por su grave culpa, ó su cuidado.
Quedará niño Alfonso el Justiciero,
Ultimo de los reyes deste nombre,
Y el alterado reino edad de acero
Será en guerra civil que al mundo asombre:
Avila sola con feliz agüero
De leal conservará el primer renombre,
Siendo en su fiel custodia real brinquiño,
Cual ya otra vez lo fue de otro rey niño.
Al bravo Alboacen, rey de Marruecos,
Contra él veo ya alterar la Libia ardiente,
Y resonar por los peñascos huecos
Del sordo mar su innumerable gente,
Tal, qué aun me asombran los quebrados ecos
Del infiel campo. adonde veo presente
La africana potencia, y mortal rabia
Que hay desde el mar Océano al de Arabia.
Todo este campo bárbaro amasado
De diversas provincias y escuadrones,
Por vengar un infante mal logrado
Blandos dará en su sangre los terrones
De Tarifa, y volcando el rio Salado
Destrozados arneses y pendones
Correrá al mar, y llevará el tributo
De maura sangre, y de africano luto.
Despues ganar en cerco veo prolijo
De la firme Tarifa las almenas,
Y las de Gibraltar constante y fijo
De llanto dejará y de luto llenas:
Entrará al reino su soberbio hijo
Don Pedro, tierno jóven; mas apenas
El real cetro empuñará en la mano,
Cuando descubra su ánimo inhumano.
Habrá una gran mudanza en las noblezas
Destos crecientes siglos y menguantes,
Alzando unos fantásticas cabezas,
Y humillando otros las que alzaban antes:
Será un Neron en abrasar grandezas,
Y destruir sugetos importantes,
Lavando en sangre sus impuras manos
De parientes, mujer, madre y hermanos.
Hasta que al fin el cielo por castigo
De su cruel pecho, y corazon tirano,
Abrazado le ponga á su enemigo
En lucha horrible de uno y otro hermano,
Donde el dichoso Enrique por testigo
Dirá el puñal en su sangrienta mano,
Que ni es ni fue al presente desconcierto
Cain el vivo, porque lo es el muerto.
Triunfará el fratricida rey afable,
De ánimo ilustre y nobles condiciones,
En vista alegre, en compostura amable,
Y en mercedes magnánimo y razones:
Bien que de la fortuna variable
El fin verá de sus mudables dones,
Que con veneno el cielo soberano
Ya vengar determina al muerto hermano.
En datiladas flores de un coturno
Berberisco la muerte irá argentada,
Luego que del periodo de Saturno
La media vuelta dé su edad dorada:
Morirá al fin el rey, tocará el turno
Del cetro de oro y la diadema amada
Al primer Juan, que por templado y grave
La magestad pesada hará suave.
Pondrá el noble distrito de Vizcaya
En su real corona timbre altivo,
Y un rey Armenio á su española playa
Del llano Egipto bajará cautivo:
Romperá fiero á Portugal la raya;
Mas volverleha fortuna el rostro esquivo,
De su ejército haciendo, y de su flota,
El inmortal blason de Aljubarota.
Y su temprana muerte á las riberas
Del desgraciado Henares, á caballo

Con los diestros farfanes de las fieras
Naciones libias subirá á buscallo:
Mas ya de su hijo Enrique veo las veras
Que temello harán y respetallo,
Cuando en Burgos, temblando ante su silla
La grandeza se arroje de Castilla.
Y de su alcázar el dorado techo
Tan trocado le veo el rostro humano,
Que en trono de oro ponga al de mas pecho
Temor la ardiente espada de su mano:
Y en el pueblo feliz por Hispal hecho
En castigos será un nuevo Trajano,
Mas la aleve punzada de un veneno
Junto robará al mundo tanto bueno.
El segundo don Juan, rey justiciero,
A este sucederá desde la cuna,
Que como único sol hará severo
Crecer y descrecer la altiva luna:
Y el cuarto Enrique, nieto del tercero,
Tras él vendrá con desigual fortuna,
Que toda se guardó á su heróica hermana,
Mas que el sol bella, y que la aurora ufana.
Yo digo de Isabel, por quien Fernando
El reino de Aragon dará á Castilla,
Y ambos, deshecho ya el morisco bando,
Del todo limpia su española silla.
Y por tan santos medios acribando
El cielo su católica semilla,
Su luz abrirá el alba á nuestra gente,
Y el sol dará en los mundos del Poniente.
Hará volar con soberanos fines
Del ligurio Colon los pensamientos,
Que mudando los hombres en delfines
Domará el mar, y enfrenará los vientos;
Y llegando á las playas y confines
Que á este incógnito mundo dan cimientos,
Alegres viendo su encubierta gente,
Della cargados volverán á Oriente.
Veránse entonces las estrellas fijas,
Que por la rueda de Ixion clavadas,
Al Antártico dan vueltas prolijas,
Y con la nieve suben escarchadas:
Y la fortuna y fama, nobles hijas
Del trabajo y virtud, á un yugo atadas,
De honra y riqueza afeitarán sus teces,
Deidades que se juntan raras veces.
Volverá á renacer el siglo de oro,
Con el que sudará el suelo fecundo,
Y de sus ricas naves el tesoro
Gemir el golfo hará del mar profundo:
Y estos dioses sin alma que hoy adoro
Piedra á ser volverán en nuestro mundo,

Y en el suyo las nuevas maravillas
Nuevos asombros parirá el oillas.
Ya el prudente Colon, blanca paloma,
Pronóstico de paz á nuestra guerra,
La empresa de añadir á España toma
Del nuevo mundo la encubierta tierra:
!Oh alma siempre feliz! preciosa poma
De la luz santa que el morir destierra,
Nazca ya de tu honor el rayo ardiente,
Que la aurora ha de ser de nuestro Oriente.
Dé vuelta á su dichoso curso el cielo,
Y el vasto mar sus crespos golfos rinda,
Para que alumbre de su lustre el vuelo
La gente que ahora con la noche alinda:
Digno fervor de aquel heróico celo,
Que á tu alma santos pensamientos brinda,
De dar paso al furor del mar profundo,
Y á Castilla y Leon un nuevo mundo.
Bien tu valor y autoridad merece
Silla entre reyes, y en los cielos silla;
Crezca tu nombre, crezca cual florece
Con mayo el mundo, con tu honor Castilla;
Que el signo que á tu estrella favorece,
Si á corta sucesion su curso humilla,
En nuevo lustre y voz de inmortal gloria
El blason crecerá de tu memoria.
Cuando ya en suspension de largos años,
Vacia de sucesion tu ilustre casa,
De avara ingratitud llore los daños,
Larga en el merecer, y en premio escasa,
Pues dando al natural, y á los estraños,
Las venas que tú hallaste, oro sin tasa,
Tu real grandeza te darán ceñida
De un breve estado á la porcion medida.
Entonces pues el cielo soberano,
Con nuevo crecimiento y gloria nueva,
Un príncipe ha de darte de su mano,
Para quien todas sus crecientes lleva:
Si has de ganar un rico mundo ufano,
Si harás que á tu inmortal valor se deba
Cuanto tesoro da y reparte España
Por su invencible gente, y por la estraña:
Si has de domar el mar, si has de ver hecho
De nueva luz el contrapuesto polo,
Si al corto seno de un bajel estrecho
Mas oro has de añadir que alumbra Apolo;
Si al gran mundo en que queda el dia deshecho
La antes cerrada puerta has de abrir solo,
Y dar á Europa la encubierta gente,
Que ahora las sombras guarda del Poniente:
Todo es en rica fe de labrar casa
A este gran sucesor de tu grandeza,
En quien fortuna lloverá sin tasa
Los bienes que antes daba con pereza:
Si en tí la sucesion se cortó escasa,
La corona ducal de su cabeza
Pródiga de honra hará en parto fecundo
De eterno curso tu memoria al mundo.
Este es quien juntará al grabado peso
Del mundo, que adornar tus armas pudo
De la casa de Córdoba el rey preso,
Y de Toledo el jaquelado escudo:
Las bandas de Aragon, y del suceso
De Orique el real cuartel, precioso nudo,
Con las diez torres que orlan las esquinas
A las invictas portuguesas quinas.
Destos reales blasones reservados
A tu creciente esfera, el tiempo envia
El gran premio debido á tus cuidados,
Que otro inferior á deuda tal seria;
Y en don Nuño Colon resucitados
Los bienes que tu heróico aliento cria;
Será de honra española ardiente fragua,
Gran almirante, y duque de Veragua.
Marqués de la encubierta Jamaica,
En preciosas maderas eminente,
De ricos pastos y metales rica,
Si bien de ociosa y descuidada gente;
En cuyos gruesos campos multiplica
Al mundo por venir, oro luciente,
Que ahora por las riberas de Caguaya
Forma en cercos de luz lustrosa raya.
Aquí tambien, si el arco de la esfera
Incierta luz no llueve á mi memoria,
El sacro pastoral báculo espera
Al que yo autor espero desta historia:
Allí en sombras de eterna primavera,
Mientras tu fama al mundo hace notoria,
En esperanzas de mayores bienes
Preciosa mitra ceñirá sus sienes.
Ya del claro Genil la fértil vega,
De sangre llena y de espantosas lides,
A quien ni Troya, Tebas, ni Argos llega,
Ni en sus batallas Héctores y Alcides,
Entre el cristal que sus arenas riega,
Las rojas cruces de sus bravos Cides,
En victoriosas lanzas por las cumbres
De sus almenas formarán vislumbres.
Cuando de nuestro mundo las señales
Por timbres campearán de su victoria
Y de estos encubiertos arenales,
Que al dia hurtan la luz, harán memoria:
Mas no luego en colunas de cristales
Del plus ultra á volar saldrá la gloria,
Hasta que de Austria y Recaredo juntas
Las sangres pongan sobre el sol sus puntas.
En una bella Juana, ilustre hija
De Isabel y Fernando, ordena el cielo
Union á estas heróicas sangres fija,
Y á la fama en su fruto inmortal vuelo:
Un sol que al mundo dé en vuelta prolija
Lumbre, y amor, honor, y miedo al suelo,
Y á su ley santa en riendas de oro atilde
Al soberbio aleman, y al indio humilde.
Y así en real pompa de su entrada al mundo
La fortuna feliz ordena el modo,
Que añadiendo al primero este segundo,
Invicto nazca emperador de todo:
Y sin que espanten ya del mar profundo
Los anchos golfos su estandarte godo,
La vuelta dé por cuanto gira entorno
Del dia la luz, de la fortuna el torno.»
Así el sabio en los senos de su cueva
Los hados por venir descubre á España,
Y en potentes retratos, y en voz nueva
El curso teje de su vuelta estraña:
Y en reforzada voz cuanto da y lleva
Del tiempo el vuelo con que al mundo engaña
Hacer queria presente, y con suave
Vuelta á las suyas destorcer la llave.
Cuando en trueno confuso y rayo ardiente
La máquina gimió del monte horrendo,
Y la gruta capaz de oro luciente
Al centro pareció bajar huyendo:
Ahora del mundo la deidad prudente,
Que á su gobierno asiste, el ronco estruendo
Diese, agraviada en ver vuelta una masa
De clara luz las sombras de su casa:
O sea, si ya no es esto lo mas cierto,
Que el sabio Malgesí con nuevo engaño
De oculto signo, ó círculo encubierto,
Del aire hiciese el movimiento estraño:
Y dejando al contrario mago muerto,
Libre huyese del pasado daño
Por las cavernas, ó que el monte ciego
Roto se ardiese en invencible fuego.
Como tal vez del rayo la violencia,
Que á la alta torre de un alcázar baja,
Si el duro jaspe en firme resistencia
Su vuelo impide, sus murallas raja,

Hunde los techos de oro sin clemencia,
Los frisos rompe, el mármol desencaja,
Y en ricas sillas de marfil sentados
Los graves Reyes quedan desmayados;
Tal ruido se oyó, tal en un punto
El suelo dió en terrible terremoto,
Tristes gemidos, resonando junto
El yerto monte y el vecino soto:
Y el súbito estallido fiel trasunto
De un mundo fue descuadernado y roto,
Cuando el quebrado cielo en fuego ardiente
La tierra hará carbon, y arder su gente.
Mas ya en esta sazon otra garganta,
En estruendo no menos resonante,
De un dragon negro, cuyo bulto espanta
Los pardos olmos que le ven delante,
Sobre el cristal de un rio se levanta,
Y vivo en ella traga un noble infante,
Que el crespo mar con nueva maravilla
Del claro Ebro escupió en la verde orilla.
De los huecos celajes con que Iberia
De Anteon la fuente disfrazó celosa
La sierpe vino, cuya horrible arteria
Posada al gran Bernardo dió espantosa:
Y él, reducido á la última miseria,
Al bajar la garganta tenebrosa,
Dió en el profundo vientre de la fiera,
Que se tragara una montaña entera.
Pide al caer medroso ayuda al cielo,
Que á tanto riesgo sin pensar le trajo,
Cuando de un tumbo y otro un verde suelo
De sus floridos piés halló debajo:
Llenas las rosas de escarchado yelo
De verdes hojas el torcido gajo,
Y él sin riesgo mayor que la congoja
Con que aun allí estar muerto se le antoja.
Del fresco prado en las floridas faldas
Labrado de oro pareció un palacio,
De ricos frisos y molduras gualdas
A las vislumbres hechas de un topacio,
De diamantes tan lleno y esmeraldas,
Que en el mas pobre y deslucido espacio
Dan sus rubias colores mas centellas,
Que en su via láctea cuenta el cielo estrellas.
Y á el fresco Alpende, de su puerta altiva
Un bárbaro jayan barriendo el suelo
Con furia trae una beldad cautiva,
Que favor pide en tanto agravio al cielo:
Y era la desigual batalla esquiva
De la codicia, y de la dama el celo
De guardar limpia una desnuda espada,
Que en sangre presto se verá manchada.
Hecha dorada presa en los cabellos,
Que el alba no es mas bella cuando nace,
El gallardo español, que en ella y ellos
La injuria vió que el cruel jayan les hace,
Por entre rosas y jazmines bellos
A deshacer se arroja el torpe engace,
Que por los dedos del soberbio moro
Hacian las ofendidas hebras de oro.
Sacó su firme espada, que con ella
Vengada y libre ya juzga la dama,
Dejó el jayan la sin piedad doncella,
Y de acero una almádana encarama,
Asi horrible, que pone espanto el vella,
Y el silbo mas con que bajando brama
En busca del guerrero, que si le halla,
Ni ha menester mas paz, ni mas batalla.
Hurtó el cuerpo, tembló la tierra en torno,
Y por ella enterró el martillo un brazo,
Cuando el gallardo jóven por retorno
Del fino arnés le desmembró un pedazo:
Da el uno, el otro amaga, y el contorno
Resuena, gime, y coge en su regazo
Los peligrosos golpes, cuando el vario
Revolver los desvia del contrario.
Era el bruto jayan gruesa quimera,
De obscura tez, y bulto corpulento,
De asi hidrópico vientre, que pudiera
Hartar lleno de plata á un avariento;
Y en su diestro esgrimir tan ágil era,
Que es con su ligereza plomo el viento,
Y de su clava el aire mas furioso,
Que el que al Egeo mar turba el reposo.
La bella ninfa que del bulto grueso
Del jayan libre vió su heróica espada,
Con ella en la una mano, en la otra un peso,
La una á la otra balanza nivelada,
De la batalla el áspero suceso
Mira en rico sitial de oro sentada,
Que en la vecina sala en pedrería
Y finas telas de brocado ardia.
Cuando en iguales golpes los guerreros
Los techos de oro vieron de la sala,
Y en su destreza y revolver ligeros
De un alentado combatir la gala;
Mas del leonés alfanje los aceros,
A un revés que el de un rayo no le iguala,
Se entraron por la hidrópica barriga
De la sombra fantástica enemiga.
Y abriéndole una puerta, que pudiera
Por ella entrar el mismo que la hizo,
Cuando el grave jayan creyó que diera
En tierra muerto, su vigor rehizo;
Corriendo á un tiempo de la herida fiera,
Por sangre y negra tez, rubio granizo
De miles doblas de oro, que sin tasa
El suelo hincheron de la alegre casa.
Bastara su agradable golosina
El gusto ocasionar al mas templado,
Y trocar la batalla por la fina
Y rubia masa del metal preciado:
Mas al que al solo noble honor se inclina
No las riquezas turban su cuidado,
Que el oro es metal pobre para el hombre
Que en la virtud aspira á inmortal nombre.
Y asi á solo vencer pone la mira,
Y el oro pisa que en tan poco tiene,
Cuando una estraña novedad le admira,
Que envuelta en el metal precioso viene:
Por donde su corriente alegre gira,
Y la dorada sangre se detiene,
Retoñecer se vieron mil espadas,
Por otros tantos brazos levantadas.
Parto infeliz de la preñada tierra,
Hecho en favor del sin lealtad gigante,
Que ya con armas de oro hace guerra,
A quien con las de acero no es bastante:
No da tantos renuevos la alta sierra,
Que es de Gascuña y Leon muro importante,
Ni tantas flores cuaja en su ladera,
Cuando derrama abril su primavera;
Como del enlosado suelo duro
Espadas floreció la lluvia de oro,
Que en tejido escuadron, y denso muro,
Hieren á un tiempo en martillar sonoro:
Nunca el leonés se vió menos seguro,
Ni con tantos contrarios; que el tesoro
Puede sembrado mucho, aunque en el pecho
Del avariento muera sin provecho.
Ya en la Morea tal vez los blancos dientes
De una sierpe en marcial furor sembrados
Espigas dieron de enemigas gentes
Y los surcos se armaron de soldados:
Las serpientes al fin dieron serpientes,
Y al armado gañan hombres armados,
Mas sembrar oro, y espigar rencilla,
Esa es la nunca vista maravilla.
Y el valido jayan contra Bernardo
De tantos brazos, mientras él su espada

Con todos prueba, sube en paso tardo
Al trono en que la ninfa está sentada,
En traje altivo, y ademan gallardo,
De luz vestida, y de oro coronada,
Volviendo con su rica espada en cielo
De aquella escuadra el escondido suelo.
Y él de unos torpes brazos defendido,
Y de otros levantando á la doncella,
Al suelo humilde de su trono erguido
En comprados favores dió con ella:
Quitóle el peso y manto guarnecido,
Y el rico engaste de la espada bella,
Y fue segun la saña concebida
No poco bien dejarla con la vida.
Mas con la nueva espada y nuevo brio,
De las balanzas de oro, una balanza
Hecha dorado escudo, al desafio,
Y á su victoria da nueva esperanza:
Bien que cerrado el rubio ardienterio
Del precioso metal, vió la mudanza
Del humano favor, que en ser comprado,
No dura mas que el oro su cuidado.
Y con las nuevas armas mas ligero
Y desangrado que antes, da y recibe
Doblados golpes sobre el terso acero,
Limpio papel donde su enojo escribe:
Anda el combate así trabado y fiero,
Que cada cual parece que revive
Con las heridas de la mano agena:
Gimen los dos, y el bosque en torno suena.
Siente en su honra el leonés brega tan larga,
Y dando al limpio estoque ambas las manos,
Sobre el bulto fantástico descarga
Un golpe, y otro, y otro, y todos vanos;
Que un grave peso de oro por adarga
Los gigantes en fuerzas vuelve enanos,
Y el valido de aquí por allí se entra,
Y de una punta al que le ofende encuentra.
No guardó como pudo la cabeza
La furia de la punta desmandada,
Mostró sobre ella el jóven su destreza,
Y él en el cuerpo le escondió la espada:
Perdió el herido monstruo la braveza,
Y la hueca cabeza barrenada
En viento se exâló á vista del godo,
Que era aire, como lo es el favor todo.
Tembló la cuadra al revolverse en viento
De la máquina hinchada el bulto obscuro,
Y al aire horribles sombras ciento á ciento
Bramar hicieron del palacio el muro:
Del hinchado odre el soplo turbulento,
Que el griego Ulises detenia seguro,
Al huirse así, de tempestades lleno
Los piélagos dejó del mar Tirreno.
Y Bernardo entre el humo que el tesoro
Con negro hollin enturbia del palacio
La espada mira, que el vencido moro
Sangrienta le escondió en el cuerpo lacio:
Su agudo filo, y sus recazos de oro,
Medroso saca en detenido espacio,
Su ancha cuchilla barnizada toda
En fino rosicler de sangre goda.
Vió ser la sangre mas, y el riesgo menos,
Cuando el alcázar de oro puesto á punto,
Con huecos tiros y sonoros truenos,
Salva le hizo á su victoria junto:
Y de alegre rumor los aires llenos,
Clarines dan de plata el contrapunto,
A una armonía de cítaras suave,
En pausas dulce, y consonancias grave.
Huyeron las fantasmas, volvió el dia
A su primer beldad la rica sala,
Bañada en oro y noble pedrería,
En la vista empezó á sembrar su gala,
Que en dorados blasones componia

Un marcial trono, que al del cielo iguala,
De esmaltados escudos, y de arneses,
Grabadas armas, timbres y paveses.
Era esta sala el fondo de la fuente
Que aquello da á beber que se desea,
Banquetes al gloton, honra al prudente,
Amores al galan, gala á la fea,
Trazas de guerra al capitan valiente,
Armas, triunfo y victoria al que pelea:
Trofeos halló Bernardo, que trofeos
De fama es cuanto abrazan sus deseos.
Y absorto en el bellísimo aposento,
Mira, y no entiende, que armas en escudos
Son, para quien no sabe el fundamento,
Las mas parleras, personajes mudos:
Cuando la dama, á quien violó su asiento
El jayan, que por sangre sembró escudos,
Con nuevo adorno entró, y con nueva gala,
Como el dia por el mundo, por la sala.
Y haciendo al victorioso infante fiesta,
Célebres versos canta á su victoria,
Y en silla de oro al diestro lado puesta,
Así de obscura luz teje su historia:
»Oh tú que en sangre ilustre traes compuesta
Del mundo la nobleza mas notoria,

En quien el valor gótico al de España
Juntar pudo el gran conde de Saldaña:
Ya con la rica espada, que en tu mano
El fino esmalte de tus venas muestra,
En mas agudo filo, y temple sano,
Segura queda de impresion siniestra:
El corte sin defensa al cuerpo humano
Tu sangre se le dió, y dará tu diestra
El lugar que merece, y todo junto
Venganza á quien la ha puesto en este punto.
El dios del fuego en su ahumada cueva
Para las armas la forjó de Aquiles,
Las mismas armas que ahora en honra nueva
Tu gentil cuerpo adornan con perfiles:
Diólas la hada del tesoro á prueba
De Argalia á los miembros juveniles,
Argalia, hijo del jayan que reina
Donde la aurora sus cabellos peina.
No le dió entonces la preciosa espada,
Que al observado punto de una estrella,
Para en temple dejarla refinada,
Y sin defensa el filo y golpes della,
En su oriental estadio retirada
Por su gusto asistia una doncella,
Dándole de oro una invencible lanza,
Mientras la fria virtud del astro alcanza.
Hizo con ella el alentado chino
Famosos golpes, hasta el triste dia
Que en Francia á un fresco arroyo cristalino
Ferragut lo mató con quien reñia:
Tomó el moro prestado el yelmo fino,
Y cobrólo la sombra de Argalia,
Dando el entero arnés por testimonio
En fiel custodia al muerto Telamonio.
La espada en el jardin de Falerina,
Al tiempo que iba á dar su aspecto el astro,
Orlando con violencia repentina
Quitó á la hada y á la estrella el rastro:
Pasó el fatal concurso la hoja fina,
Quedó imperfecta, el muro de alabastro
Del florido vergel roto, y por ella
Muerto el dragon, y presa la doncella.
Peleó con ella Orlando algunos dias,
Y de Rugero la cobró Morgana,
Que de su ciencia haciendo anatomias,
A darle el temple halló salirle vana;
Sin honra y sin provecho sus porfias,
Que es rio que pasa la ventura humana,
Y al punto que pasó, si el punto pasa,
No hay brazo humano que le vuelva á casa.
Solo si al ciego fin de una batalla
Real sangre le bañare el corte y punta,
De aquel primer perdido aspecto halla
Que alcanzará otra vez la virtud junta:
Esto á la hada tocó, y el mejoralla
Al rosicler que en tu costado apunta
De la gótica sangre, que acompaña
Las reales venas de la antigua España.
Al tiempo que se entró por un costado
Su aspecto hacia la observada estrella,
Con que acabó Morgana su cuidado,
Y victoria cantó por tí y por ella:
A esto en vuelo te trajo apresurado
De los suspiros de Crisalba bella,
Que á huirse de la espada este planeta,
Tú quedarás sin luz, y ella imperfeta.»
Así al grave leonés la ninfa esplica
El curso con que el hado el suyo lleva,
Y atenta á la atencion con que la rica
Tapiceria contempla de su cueva,
Su cortés gusto el noble suyo aplica,
Y para darle dél relacion nueva,
Con dulce lengua así dió nuevo lustre
De su real sala al aparato ilustre:
«Cuando Roma trabó guerra consigo,
Que ya al resto del mundo la habia hecho,
Para no reservar ningun amigo
Las armas revolvió á su mismo pecho:
Nadie quedó en la tierra por testigo,
Todos se hicieron cómplices del hecho,
¿Quién libraria á España, si era España
Del romano furor la mejor saña?
Pompeyo el dueño; César, quien queria
Serlo solo á pesar de las estrellas,
El fiel Petreyo á su cohorte un dia
Las de Afranio juntó, y juntó con ellas
Cuanta nobleza á España enriquecia
Del rio Segre en las riberas bellas,
Donde al gran César dieron la batalla,
Y el imperio feliz del mundo en dalla.
Ahogóle el rio Segre ó su fortuna,
Dos veces siete cohortes de soldados
De española nobleza, que ninguna
Sintió mas limpia sangre en sus costados:
Y el corriente raudal vuelto laguna
Infinitos sorbió timbres dorados,
Destos mismos que ahora en esta sala
Adorno dan con su aparato y gala.
Segre al Cinca los trajo, el Cinca al Ebro,
Ebro á mi cueva, y yo á esta cuadra hermosa,
Adonde en cuadros de marfil, celebro
Su noble casta y sucesion famosa:
Estas las armas son, con que ahora quiebro
Al tiempo y muerte su arco y flecha airosa,
Y en el árbol precioso de la fama
Esta es para asir dél la mejor rama.
Muchos linajes destos goza el mundo,
Y hoy su entereza y resplandor se adora,
Otros de aquel tendrán parto fecundo,
Y otros serán de los que son ahora:
Cual del primer lugar, cual del segundo,
Que el tiempo, ó los humilla, ó los mejora,
¿Qué cosa hay en la tierra que no tenga
Crecientes y menguantes, vaya y venga?
Mas á todos aqui su asiento eterno
Al mundo de una vez señaló el hado,
O sean de bronce duro, ó vidrio tierno,
O del primero, ó del segundo grado:
Este es su archivo, aqui está su cuaderno,
Y desta oculta cueva el rio sagrado,
Por varios cursos á la madre España
En sangre antigua de noblezas baña.
Ahora, de la honra humana ó noble diosa,
Del tiempo y la virtud ilustre hija,
Tu aliento he menester, tu voz preciosa
Me presta, y mis acentos regocija,
Porque en rueda feliz, y ala pomposa,
El medio mas suave y dulce elija
A un belicoso alarde, en que se apunta
De España la mayor nobleza junta.
Oyan los nobles de ánimos briosos,
Que no quiero atencion de menor gente,
Que honrosa voz de hechos valerosos
Gusto pide eficaz, y ánimo ardiente:
Trate sucesos menos caudalosos,
Y con menores cosas se contente
Quien tiene menos tomo, y menos suerte,
Y la igualdad dejemos á la muerte.
Que cuando el hueco son de la trompeta
Al arma, al arma, al arma ribombando,
El castizo caballo el freno aprieta,
Y con sabor le está despedazando,
Eriza el corvo cerro, y se inquieta,
Aquí vuelve, y revuelve allí bufando,
Y en su cólera ardiendo no se halla
Hasta verse engrifado en la batalla.
Bien así en cualquier cuento generoso
De armas y amor, en gusto y alegría
El ánimo gentil, al son airoso
Alientos cobra, y gozo al alma envia,

Sacando fuera el corazon brioso
Lo que la noble sangre dentro cria,
Como yo ahora en los semblantes siento
Del grave pueblo que me escucha atento.
Mas si en el rico alarde y noble suma
Este blason ó el otro no se encierra,
Nadie á falta lo ponga de mi pluma,
Ni de su sangre ni su ilustre tierra:
Mas de su insigne antigüedad presuma
Que no siguió á Petreyo en esta guerra,
Y así no vió sus armas el rio Ebro,
Ni Iberia en él, ni yo en las que celebro.
¿Qué brazo llega á todo? ¿quién alcanza
Del cerco lácteo el número de estrellas,
O el honor español lanza por lanza
La suma sin faltar á alguna dellas?
Ni esto cabe en humana confianza,
Ni un rayo llega á tantas luces bellas;
Yo solo á la agradable ninfa sigo
Del divino parlar el cuento amigo.
Y ella en vuelo feliz al siglo nuevo,
Que estaba por venir, arrebatada,
En líneas de oro daba al rubio Febo
La sangre y sucesion aun no engendrada;
Y en agradables voces al mancebo,
Que de divina luz la ve cercada,
Así habló, y así en fatal aliento
Un mundo por venir sembró en el viento:
«Tu primo el gran Gundémaro, que envuelto
Ahora en sus desdichas va engolfado,
Y los tumbos del mar, y el tiempo suelto
De uno en otro le llevan despeñado;
Cuando ya á sus primeras dichas vuelto
Los montes goce donde fue engendrado,
De oro estas dos calderas jaqueladas
De armiños volará en argen orladas.
Entonces por blason eterno al mundo
De la gótica sangre tendrá España,
Por el Guzman primero, y el segundo,
Honra en Medina, y gloria en la montaña:
Y enfrenando de Libia el mar profundo
De enroscadas serpientes la maraña,
Sobre orla de castillos y leones
Tus héroes gozarán ricos toisones.
Deste escudo, ó cuarteles, dos de armiños
En tres bandas, y estotros de panelas,
De cinco en cinco, hará nobles cariños
Guevara al mundo, y á su honor espuelas:
Aquí de Troya los infantes niños
Dieron la primer sangre, al que las duelas
De un rico erario romperá en un prado,
De real tesoro ya en sazon cargado.
De aquel prudente hurto, nombre honroso,
De ladrones tendráu, y del robado
Otro noble apellido valeroso
Mendoza habrá, no menos estimado;
Que en semejantes trances es forzoso
Que uno sea el Ladron y otro el Hurtado,
Ambos de sangre real preciosas fuentes
De héroes insignes, y ánimos valientes.
Diez panelas de plata en campo goles
Rayos de luz serán del sol romano,
Que armarán en sangrientos arreboles
Al montañés Mendonio, y á su hermano,
Hasta que sobre verdes tornasoles,
Por la banda y letrero soberano,
Trueque el Salado ese feliz Berbete,
Y él se quede á la casa de Cañete.
De Zúñiga es esta dorada barra,
Que negra á ser vendrá, cuando un infante
Por muerte de su rey cubra en Navarra
De obscuro luto el timbre rutilante,
Cuya real sangre en sucesion bizarra
Ducal corona hará á Béjar triunfante,
Y á España de diversos resplandores,
Miranda, Miravel, Manrique, y Flores.
La misma negra banda en campo de oro
De Sandoval será el hectorio escudo,
En quien el tiempo del mayor tesoro
De España ha de engazar un firme nudo:
Y dél la fama con clarin sonoro,
Estando el mundo á oirla alegre y mudo,
Grandezas mil le contará, y entre ellas
Mas príncipes que al limpio cielo estrellas.
En Bureba ganó en un desafío
Rojas, por la defensa de una dama,
Cinco azules estrellas, que en rocío
De oro serán luceros de su fama:
Mas cuando á esta gran banda junte el brío,
Injerta á un tronco real su ilustre rama,
Sombra á un mundo hará feliz ventura
Del que hoy durmiere á sombra tan segura.
Cinen luceros, ó cometas bellas,
Fonseca en un dorado escudo goza
Del romano Fonteyo, que con ellas
En Portugal metió triunfal carroza:
Rayo de luz será destas estrellas,
El que con sangre ardiente, y alma moza,
Las paces rompa en Francia, y á Castilla
De Austria traya feliz la imperial silla.
De la septentrional Península bella
Los valientes Bastanes, fundadores
De Baza y de Bastán, la fija estrella
Dejaron entre helados resplandores,
Y á mostrar de su espada la centella,
Al paso de los godos atambores,
La tierra atravesando y mar profundo,
A conquistar salieron nuevo mundo.
Estos despues que la africana rabia
En lo mejor de España hizo presa,
De triunfos llenos y prudencia sabia,
Del hado por huir la suerte aviesa,
Al Pirineo subieron su alta gavia,
Y de Bastán en la florida mesa
Al real palacio dieron de su nombre
Nobles cimientos, y feliz renombre.
Allí del mauritano brio son freno,
Y ardiente espuela del cristiano brio,
Donde presto harán su valle ameno
De franca sangre caudaloso rio;
Y del vencido bárbaro agareno
Mil ricos presos estandartes fio,
Que los blancos escaques de su escudo
Parlera fama den, y blason mudo.
Aquellos dos castillos y leones
Enriquez son, que han de venir al mundo
De un hermano de un rey, cuyas prisiones
Le pondrán de desdicha en lo profundo:
Del primero serán estos blasones,
Del infante, fortuna es el segundo,
Entre cuatro leones un castillo,
El campo todo azul, y él amarillo.
De ortigas estos riscos coronados,
De tres linajes son heroica empresa,
Que del leonés Früela derivados,
Real sangre participan de la inglesa:
Y una cifra de estremos coronados
De la anglia Emilia la beldad confiesa,
Y á Vivero, Fajardo, y Bahamonte
Por nobles palmas de su escelso monte.
Del cetro real será sucesor dino,
Y por sola ambicion desheredado,
El que de Cerda el nombre peregrino
Resucitare á su valor pasado:
De Francia y de Castilla lo mas fino
Pondrá en su escudo, y por le haber privado
Del patrio cetro la fortuna escasa,
Duques heredarán la de su casa.
De azul y blancos veros los barones
De Velasco traerán banderas llenas,

Y de sangre real los corazones,
Que en vivo aliento pulsará en sus venas:
Condestables serán, serán toisones
De seis invictos cuellos las cadenas,
De una Amazona real parto divino,
Que en Bohemia nació, y á España vino.
Harán los siglos de dorada gente
De un marqués, y de un duque la eminencia,
Que á Italia el uno, el otro en el Poniente
Dos mundos colgará de su prudencia:
¿Quién tan sabio será? ¿quién tan valiente?
¿Quién de tan vivo ingenio y elocüencia,
Que así como él, gobierne cuanto baña
La luz del sol, cuando se esconde á España?
Al insigne apellido de Contreras
Tres azules bastones sobre plata,
Con orla rica de aspas de oro enteras,
Este dosel conserva de escarlata:
Tesoro á las edades venideras
De ilustre sangre, nunca al mundo ingrata
En producir varones excelentes
A todas las memorias de las gentes.
Dejo de ínclitos héroes larga historia
Que desta real prosapia contar puedo,
De ricos hombres la inmortal memoria,
De España amparo y del contrario miedo:
Dejo tres arzobispos, lustre y gloria
De Valencia, de Méjico y Toledo:
Dejo de Burgos un obispo santo,
¿Mas quién en breve tiempo podrá tanto?
De un rey que en Asia ha de nacer pechero,
Y Taborlán despues será del mundo,
Vendrá al enfermo Enrique, rey Tercero,
Un real presente por el mar profundo,
Donde en la rica suma el mayor cero
Será en nombre y beldad ángel fecundo
Una nieta del rey claro de Hungría,
Mas bella que la luz que engendra el dia.
Esta, ayuntada en himeneo santo
Al mejor ramo desta planta ilustre,
Fruto lleno de honor dará por cuanto
El sol con rayos de oro ci mundo ilustre;
Y aunque de las medallas deste espanto
Nuevo deleite te causará el lustre,
En tan estrecho tiempo no es posible
Hacer tan larga sucesion visible.
Un varon solo de su ilustre rama,
Mas que el sol agradable en vista y trato,
Por muestra quedará, en que dé la fama
De sus juntas grandezas un retrato;
Y al secreto gobierno á que le llama
De un español monarca el rostro grato,
Grave le ofrecerá un saber profundo,
Y Alcides vendrá á ser de un nuevo mundo.
De la agradable sucesion de Lara
Son sobre plata aquellas dos calderas
Labradas de oro y negro, empresa rara
De Roma á las edades venideras:
Los Manriques pondrán (¡sangre preclara!)
Por la de un rey Alfonso en sus banderas
Rico timbre, y en él al dividillo,
Sierpes, calderas, águila y castillo.
Siete infantes de aquí dará amasados
De su invencible sangre el rey Ramiro,
Y Arabiana en sus traidores prados
De aleve muerte el último suspiro:
Mas de un cuervo andaluz veo ya vengados
Los ocho cuellos que cortados miro,
Y de un su nieto con la honrada saña
Libre la antigua hidalguia de España.
Serán tres hijos deste pecho altivo
Pomposo triunvirato de Castilla,
Hasta el duro rigor de un hado esquivo,
Que á un corto estado su grandeza humilla:
Mas cuerdo en trazas, y en juzgar mas vivo.
Rodrigo hará por atajar rencilla
Suya á Molina, y de su sangre rica
Reinas en Lusitania, y en Garnica.
Y añadiendo á los triunfos de su casa
Sangre real de Navarra y de Castilla,
Cuajará el cielo de su heróica masa
De los Manriques la inmortal semilla:
Príncipes raros de valor sin tasa,
A quien el reino del honor se humilla,
Y en corriente feliz el mundo hereda
Grandes duques de Nájera y Maqueda.
Estas partidas flordelises bellas,
Antigua y real nobleza de Arellano,
Nuevos luceros son de doce estrellas,
Que alumbran de Navarra el fértil llano:
Un sol te formará dellos y dellas,
Que á Uclés feliz trairá un pendon romano,
Y el príncipe será de los Cameros,
Y condes de Aguilar sus herederos.
Estos cuatro preciosos lirios de oro,
De ocho blancos luneles rodeados,
De los Lancienses bélico decoro
Serán á los Ledesmas trasladados:
Nacerá de Almensar este tesoro,
Y dél mil caballeros señalados,
Y un Mens Rodriguez de Sanabria entre ellos,
Que al mundo hará adorar sus lirios bellos.
Los Vargas y Machucas que á Sevilla,
Con el valor y filos de su espada,
Darán ganada á la española silla,
Desta fuente tendrán sangre preciada:
Y aun desta á los monarcas de Castilla
Dos secretarios da una edad dorada,
Que en riendas de oro muevan el prudente
Gobierno de los mundos del Poniente.
De aquel castillo en sangre un real tesoro
Dávalos gozará en la alegre cuna
De un condestable que en jaqueles de oro
Su escudo ha de crecer con su fortuna:
Mas los agüeros de un parlero moro
Menguar le harán en la creciente luna,
Que tambien menguará en estando llena,
Que en creciendo la mar mengua la arena.
Verseha huyendo y pobre (¡extraño dejo!)
El que ha de ser tan rico en breve espacio,
Que el rey irá á su casa por consejo,
Cuando él no se lo lleve á su palacio:
No es el humano estambre mas parejo;
Así lo hila el tiempo; así el topacio
Del sol la luna en formas mil altera,
Y él cuanto hay debajo de su esfera.
Mas de aquel rico escudo el blason hecho
Con dos calderas de oro en campo goles
De real sangre de Lara hirviendo el pecho,
Verá Herrera en dorados arreboles
Un noble alumno suyo, que á despecho,
De falsos envidiosos tornasoles,
Torne el sol claro, y el honor estable,
Del sin culpa ofendido condestable.
Y bien que al generoso pecho ilustre
Del franco amigo mucho se le deba
De la opinion el reparado lustre,
De su lealtad la mas segura prueba,
Sin miedo que otro azar se la deslustre,
Ni otrá loca fortuna se le atreva,
Serán en sucesion al mundo rara
Los príncipes del Basto, y de Pescara.
Aquel nunca vencido leon rapante,
Que sobre plata da barrado en oro
Al grave hijo de Amon, cuartel triunfante,
Y asombro con su vista al campo moro;
Rica empresa será á un pecho arrogante,
Que de la fama en el clarin sonoro
Triunfos pondrá de mil moriscas lides,
Y nombre y sangre real en Venavides.

Estos dos rojos desollados lobos,
Que ya en Clavijo tremolando al viento
Blason fueron de Osorio, y Villalobos,
A quien dió el español patron su aliento,
Del voraz tiempo los sutiles robos
Jamás descrecerán su altivo asiento,
Que agradecida Astorga flores nuevas
Cada año alegre ofrecerá á sus grevas.
Las dos calderas de oro jaqueladas
Del valle de Toranios son Pachecos,
Sangres de la romana acrecentadas,
Que á España vino á hacer famosos truecos;
De quien mil sienes ya veo laureadas
De ducales coronas, y en los huecos
Plumeros, los invictos resplandores
De sus marqueses, condes y señores.
Dos negros y ceñidos Calderones
El nombre y armas dan de su apellido,
Real prosapia de ínclitos varones,
De ricoshombres timbre esclarecido,
Por quien promete el cielo de sus dones
Un príncipe entre todos escogido,
Cuya privanza ha de subir sin tasa
La gloria al colmo de su ilustre casa.
La negra banda que en dorada lumbre
Medio cuerpo descubre de doncella,
Será de Carvajal rica vislumbre
Con la real sangre de Leon en ella,
Por quien de Martos la enriscada cumbre
Plaza enlutada hará su plaza bella
A un emplazado rey; que el justo cielo
No deja agravio sin venganza al suelo.
Sobre ondas de agua aquellos cisnes bellos,
Que un lirio azul en torno los contempla,
Sendas coronas de oro por los cuellos,
Con que el cruel hado su aspereza tiempla,
Armas son de Cisneros, ó son ellos
Ya cisnes, cuyo canto le destiempla
Los clarines al mauro infiel, de modo
Que á un grito suyo tiembla el campo todo.
O tengan con la sangre de Lorena
En Leon sus belicosos nacimientos,
O de los monstruos de la selva amena
Alguna sombra de verdad los cuentos;
Ella es nobleza insigne, y casa llena
De antigüedad y heróicos fundamentos,
Cuya es tambien la tarja de amarillo
De aquel leon, girones y castillo.
Los otros jaquelados tres girones
Que aquella ilustre tarja vuelven rica,
Con rica fruta de ínclitos varones
Este tronco feliz los multiplica:
Sus timbres han de ser reales toisones,
Su nombre en su blason se significa,
Sus príncipes, si el alma no me engaña,
Gloria á Osuna darán, y honor á España.
Tres palillas de plata en campo blao,
Y en torno nueve lunas, de Padilla
Noble empresa componen, y á Bilbao
Sangre real han de dar, y honra á Castilla:
Y á cuatro maestres del sangriento Tao,
Uclés y Calatrava la rodilla,
Y toda España á una beldad que pudo
La dura alma ablandar de un rey sañudo.
Del soberano imperio del Oriente
El César tendrá un hijo, que sin miedo
Libre á Toledo ampare, y á su gente,
Y dello herede el nombre de Toledo:
Su escudo es el que ves resplandeciente
Con jaqueles de azul y oro, en que puedo
Pronosticar, que á España ha de hacer salva,
Y ser de sus mejores dias el alba.
Aquel en rosicler grifo lozano
Entre cadenas de oro, es de Peralta
Blason ilustre, cuya sangre y mano
Lo mejor de Navarra y Francia esmalta:
De cuyo real linaje Agramontano,
Pamplona ha de heredar sucesion alta
De insignes condestables, y uno dellos
Su mitra arrastrará por los cabellos.
Destas cinco panelas de oro espera
Cobos su ilustre tarja, á quien ya humilla
Su mas florida y rica primavera
El reino de Aragon y de Castilla;
Y así con pluma volará altanera,
Que será al mundo octava maravilla,
El que al cesáreo trono del Poniente
El pecho ofrezca, y voz mas elocuente.
En boca de dos lobos dos corderos
De Haro son los señores de Vizcaya,
Del gran Zuria nobles herederos,
De española nobleza última raya:
Fuente feliz de no violados fueros
Es cuanto encierra su argentada playa,
Y el libre país de su áspera montaña,
El brio hidalgo del honor de España.
Desta real sangre tomarán corriente
Lodio, Corbera, Cárcamo y Urbina,
Orozco, Avellaneda, y el valiente
Hinestrosa, y con vuelta peregrina,
Del nunca firme tiempo la creciente,
Reinas y sucesion dará divina
A Navarra, y mil príncipes famosos
Del Carpio á los palacios venturosos.
Del franco Orlando, que ahora el mundo asombra,
Un rio de sangre real verá este suelo,
Y entre bocinas de oro la ancha sombra,
Que de águilas hará el pomposo vuelo:
Mas hoy un Ponce que de Leon se nombra,
Los clarines y plumas de ese cielo,
Yerno de un rey, hará sobre escarlata
Bastones de oro, y rojo leon en plata.
De aquí un maestre de las trabas de oro,
Y un don Manuel Paqui, nuevos Aquiles:
Uno á la vega, y otro al campo moro,
De sangre mas que el sol pondrán perfiles:
Por quien el monstruo del clarin sonoro
Al mundo proezas contará gentiles,
Cuando al favor de un arrojado guante,
El leon de Cadiz los de Libia espante.
Este escudo á cuarteles con seis fajas
De sangre, y diez veneras sobre verde,
Son de los Pimentarios las ventajas
Con que de vista Pimentel se pierde:
Y de los graves condes de Barajas
Jaquelados coturnos, que los muerde
Real sangre de Aragon, que ha de hacer dellos
Su rica taza Ganimedes bellos.
Los dos rojos bastones, y honda cueva,
Que aquel verde dragon de oro vomita,
Nombre á un real linaje y armas lleva,
Si el tiempo mi esperanza no marchita:
A cuya gruta hará que España deba
Mas príncipes que estrellas resucita
La muerta luz, y Cadmo hombres valientes
Vió en los árados surcos de sus dientes.
Cuando á Galicia azules fajas de oro
Megía traslade de la Misia fria,
De maestres sembrará un precioso coro
Por toda la marcial caballería;
Donde añada Alcaraz, de un gran tesoro
Que le ha de dar su espada en Berbería,
De escamosas serpientes la confusa
Guedeja de las clines de Medusa.
Trece estrellas, que en rubia centinela
Los lirios de oro guardan deste escudo,
Y él no menos que el sol alumbra y vuela
Con marcial calor y rayo agudo,
De Salazar la espada sin cautela
De un pendon cortará á un jayan membrudo,

Cuando dé en Francia con clarin sonoro
Su invicto nombre, escrito en letras de oro.
Nieto suyo será el que en fuerzas dobles,
Robusto natural, y años prolijos,
De traviesa tendrá, en mujeres nobles,
Seis veces veinte valerosos hijos:
Y él de otra tanta edad, los duros robles
De sus venablos en el cerco fijos
De Algecira pondrá, donde, aunque fuerte,
Como hombre al fin se rendirá á la muerte.
Las cuatro fajas deste roto escudo
Para Montemayor le guardo un dia,
Que al granadino orgullo ha de hacer mudo
De su Alcaudete y dél la valentia:
La espada que con alas de oro pudo
Volar, llenando el mundo de alegría,
Será de don Manuel, preciosa infancia
De ambos imperios de Castilla y Francia.
Aquella blanca luna en campo rojo
Armas dará á un linaje y apellido,
De una infanta feliz rico despojo,
Por mayor bien en Aragon nacido:
De aquí fortuna por su loco antojo
Un mónstruo formará, que en ser querido,
Y desamado, muestre al mundo en vano
Las cortas raices del favor humano.
Las cinco águilas indas con coronas
De oro los picos son los Coroneles,
De Scipion, Cornelio, y sus matronas
Consigo por guardar su honor crueles:
Unas con fuego abrasan sus personas,
Por honra á su limpieza otras mas fieles,
Con astucia prudente á un rey amante
Le estorbaron llevar su error delante.
Las cuatro fajas que en cuartel dorado
Limpias se ven de sangre real cubiertas,
Un real apellido celebrado
De Córdoba dará en su mano abiertas:
Otro le añadirán aprisionado,
Por las señas mas vivas y mas ciertas,
De aquel valor, á cuya ardiente espada
Llorará Italia, y temblará Granada.
Del grave Tiber bajará don Mendo
Cinco nobles Andrades á Galicia,
Y uno á dos reyes, que en abrazo horrendo
Pondrá del cetro de oro la codicia,

Alzará en la mortal baraja haciendo
Su suerte el tiempo, el cielo su justicia;
Y él por barato al reino que se pierde
Banda volará de oro en campo verde.
Del valiente Gelasio se derrama,
Por empresa de guerra y timbre mudo,
Este principio de armas, y esta rama
De roeles de oro en acerado escudo;

Ceros de los guarismos de la fama,
Con que aumentar la de su nombre pudo
El jayan, á quien Artus los dió en suerte,
Y él á mil nobles casas con su muerte.
Cual las hermosas pléyades, que al cielo
La frente vuela del templado toro,
Cuando al invierno su natural yelo
El aire cuaja de importuno lloro;
Tales verá en alegre paralelo
Bustamante sus siete lirios de oro,
Argüello cinco, diez Saltamirano,
Y Roelas seis con veros de su mano.
A Avila dió otros tantos, de quien puede
Nuevo blason mostrar resplandeciente
Por armas del dichoso Balbanedo,
De oculta sangre real preciosa fuente:
En Ronda un sucesor de su denuedo
Su pendon volará, y dará á su gente
Siete mas sobre seis, y al pueblo moro
En Gibraltar por bodas luto y lloro.
O sean ocasionados desto en algo
Los roeles de oro en cielo azul sereno,
O el noble escote que pagó un hidalgo
A un real convite de ocasiones lleno:
Con ellos á mil trances de armas salgo,
Con ellos el furor de Arabia enfreno,
Ellos son mi nobleza, ellos mi saña,
Y llenas lunas del honor de España.
Del bravo asturian Grijano el bravo,
Que bravo nombre á su linaje puso,
Es el castillo jaquelado al cabo,
Y al pié de ondas de plata un mar difuso:
Y el que de un jayan rey, que hizo su esclavo,
Dos ciervas de oro á su cuartel traspuso,
Cervantes descendiente de Cervino
Las ganará de un nieto de Mambrino.
Quitarleha al ya vencido rey la empresa
Por armas de su casa y apellido,
Y de las ciervas la una el prado besa,
Y en vela la otra está del franco exido:
Cinco cuervos que en oro hacen la presa,
Y el rubio Apolo los armó en su nido,
En favor de Publícola á Corvera
Nombre darán, blason, y fama entera.
Es cierto que á un sangriento desafío
De un valiente francés, y este romano
Un cuervo al franco yelmo hizo sombrío,
Y el pulso entorpeció á la diestra mano:
Faltó al uno, y al otro creció el brío,
Venció el favorecido italiano,
Y el cuervo en fe desta merced no escasa
Timbre á sus gentes dió, y nombre á su casa.
De aquel castillo, leon, y banda verde
En plateado campo con dragantes,
Harán, si el tiempo su volar no pierde,
Los Castillas sus armas como de antes,
Y con ellas al mundo que se acuerde
Del rey que mató Enrique, y los infantes
Que aprisionó en Berlanga, y por medida
De sus cadenas dió la de su vida.
Las jaqueladas barras, que de Alcides
Se precian descender en sangre envueltas,
Son de Sotomayor; y el que en las lides
Marinas ondas lleva en sangre sueltas,
De los Marines es, cuyos ardides
Mostrarán en la mar, y sus riberas,
Que no es todo ficcion lo que se suena,
De haber sido su madre una sirena.
La primer reina Loba que en Galicia
La ley siguió de un Dios resucitado,
Sobre un testuz de lobo á la milicia
Del cielo aquel lucero hurtó dorado:
Y el que hoy al noble pecho le acaricia,
Y con su empresa le hace señalado,
Es Lobera, que en armas y apellido
La clara fuente da, en que fue nacido.
Dos negros lobos en plateado escudo
Hará don Vela de Aragon infante,
Parlera fama, que en lenguaje mudo,
El invicto valor de Ayala cante:
Y dando con Salcedo un casto nudo
Del rubio conde con la hija amante,
Serán al real pavés nuevo tesoro,
Verdes panelas, sauce, y campos de oro.
Ya desta vela real alegres rayos
De invicta y noble luz gozará España,
Del árabe infeliz tristes desmayos,
Y del cristiano pueblo honrada saña:
Brotarán rosas los floridos mayos,
Y deste real enjerto la montaña,
Mas solares de hidalgos sucesores,
Que de abril fuentes, ni de mayo flores.
De aquí el conde Floyan, Pereira espera
Un señor en Trastámara, que alumbre
Del firme escudo la plateada esfera,
Con roja alegre cruz de inmortal lumbre:
Y un condestable portugués, que entera
La sacra insígnia en pompa heróica encumbre
Entre ocho escudos las reales quinas,
Que en bella orla serán flores divinas.
De aquí Basurto, Calderon, Zaldierna,
Gamboa, Marroquin, Barbosa y Monte,
En brío, armas, linaje y fama eterna,
Mas luz darán que el carro de Faetonte:
De aquí en un rayo desta vela tierna,
Cuando á la bella Munia se confronte,
Del gran Carlos Martel nieta escelente,
Dos cometas saldrán de Marte ardiente.
De la una, ya en la invicta Soria crece
De inmortal lumbre la segunda vela,
Cuya águila, si en plata resplandece
Entre lisonjas de fortuna vuela:
Y de la otra, á la roja espada crece
Un gran maestre Martel, Marte en su escuela,
Que á su escudo dará en igual distancia,
Bastones de Aragon, lirios de Francia.
Destos dos troncos la tercera rama
Vela y Martel serán, despues Balbuena,
Que al castillo Ferral su brazo y fama
La insignia subirá de trabas llena:
Mas la enemiga de quietud, que trama
La humana estambre al pulso de su vena,
Con la potencia de Baeza y Baza,
Rendir le hará la conquistada plaza.
Y él, ya ofendido del contrario hado,
Sus armas renunciando y su apellido,
A eremítica vida retirado,
Nada parecerá de lo que ha sido:
Aquí de vanos faustos descartado,
A los firmes del cielo reducido,
Del valle ameno, y de su dicha buena,
De Vela el nombre trocará en Balbuena.
Dará allí su virtud al mundo ejemplo,
Y con favor de un casto rey potente,
De castas almas un sagrado templo
A la Virgen, de amores castos fuente;
Cuya grandeza así crecer contemplo,
Que en la real proteccion claustro eminente
De cándidos armiños será al suelo,
Que el eco suban de su nombre al cielo.
Deste santo Hilarion un noble aliento
Sucesor de su casa tendrá vida,
Que á defender la de un delfin atento,
Y hallar la empresa de un toison perdida,
Por las tinieblas de la noche á tiento
A su águila dos lirios de oro añida,
Victoriosa guirnalda del tesoro
De los hallados eslabones de oro.
Hijo suyo será el valiente pecho,
Que con roja florida cruz armado,

Sobre Guadix pondrá á la fama hecho
De ilustre sangre el título de honrado:
Y el que á un rey justiciero sin provecho
De Alcaraz el pendon dará bordado,
Y el magnánimo Enrique en su servicio,
De Notario mayor el grave oficio.
De aquí un yerno de un noble adelantado
Feliz muro será de su frontera,
Otro obispo en Valencia, otro el grabado
Baston ha de regir en Antequera,
Otro á donde se ahoga el sol dorado,
Cuando en la tierra ya no reverbera,
Del gran sello imperial con la potencia
A Jalisco á fundar irá una audiencia.
Del noble valle destas limpias flores,
Con rosicleres de Velasco ardientes,
Si bien ya de encubiertos resplandores,
Que el tiempo hace menguantes y crecientes,
Nueva guirnalda de inmortales loores
Dará el hado á tus hechos escelentes,
Y á un ramo suyo lengua y fuerza tanta,
Que al mundo asombre con lo que ahora espanta.»

ALEGORIA.

En las grandes hazañas de Hernando Cortés, se muestra la magnanimidad y atrevimiento de un verdadero capitan español, que intrépido acomete, y sale á pesar de la fortuna con lo que intenta.

En el corpulento jayan que Bernardo vence en la fuente de las Maravillas, que preñado de oro derramaba escudos por sangre, se muestra la fuerza del dinero y como á veces compra favores y brazos, que le dan la mano para alcanzar la justicia, que por otra via no le fuera posible, y lo que pueden las dádivas para salir con esto.

LIBRO VIGÉSIMO.

Argumento. Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquel a noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro dia á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un rio á don Tendonio y á Garilo presos, póneles en libertad; y habiéndole conocido Tendonio, le da nuevas de la prision de sus padres: hácelos Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Tendonio. Encuentra Bernardo á Olfa en un monte llorando un caballero muerto; dale nuevas de Arcangélica, y partense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamento.

¡Raro suceso! el cielo soberano
Los monstros trueque en favorable agüero,
Y como puede haga de su mano
Feliz el caso que asombró primero:
Al fresco arrimo de un laurel lozano,
Que alegre mayo hacia á un turbio enero,
Como á pedir favor la musa mia,
Tras un prolijo curso llegó un dia.
No es trazada invencion, si bien parece
Obra sutil de pluma artificiosa:
Por donde á un fresco arroyo la orla crece
De verde juncia y grama revoltosa,
Cuando el temprano almendro aun no florece,
Ni el verde apunta á la encarnada rosa,
A que me ampare fui del sol que ardia,
Del hojoso troncon la sombra fria.
Allí ocupado en trasuntar al vivo
Mi espíritu á un papel (¡estraño caso!)
De una águila real el vuelo altivo
El silencio rompió del aire raso:
Y de repente dando en lo que escribo,
En los duros artejos el escaso
Borron arrebató, y hácia la esfera
De la agradable luz volvió ligera.
Quedé absorto, y á ver el raudo vuelo
Que dió en mi daño la traidora arpía,
Puesto en pié mil suspiros doy al cielo,
Que sordo al parecer ninguno oía:
Y el sin piedad ladron con el señuelo
Volando entre las nubes parecia
Correo de Arabia, que en los aires lleva
De Palestina á Persia alguna nueva.
Seguile con los piés un rato en vano,
Y cuando mas no pude, con la vista,
Contemplando en sus garras del liviano
Papel la blanca tremolante lista;
Cuando furiosa en vuelo mas lozano,
A ser de un nuevo mundo coronista,
En mis ojos faltó, y en mí el sentido
Al peregrino caso sucedido.
Y lo que en mil desvelos de cuidado
Mi humilde musa concertado habia,
El rigor de un suceso no pensado,
Viéndolo yo, lo destruyó en un dia:
¡Oh cielos! ¿si el trabajo dilatado
Por tantos años desta historia mia
Ha de desparecer la voladora
Y cruel arpía del tiempo en sola un hora?
¿Si ha de acabarse aquí en el primer vuelo,
O ha de volar sin fin de gente en gente?
¿Si subió el ave mi papel al cielo,
O caér le dejó de impertinente?
¿Quién me dirá este enigma? este recelo
¿A quién no hace encoger hombros y frente?
El tiempo lo hará claro, y mi motivo
Los sabios, que es el pueblo á quien escribo.
Ni es bien que el frio temor entibie tanto,
Que el noble aliento del valor consuma,
Mas fiar con firme fe del cielo santo,
Que el tiempo ha de ser cero desta suma;
Que si el ave voraz me hurtó un canto,
El papel se llevó, y dejó la pluma,
Y haciendo en ella próspero el agüero,
Así ahora esplicar sus miedos quiero.
Que el águila, que es reina de las aves,
Será mi fama de los tiempos reina,
Que con vuelo inmortal, y acentos graves,
De aquí, donde la oscura noche reina,
Hasta donde entre músicas suaves
El alba de oro sus cabellos peina,
Mis papeles, mis versos, mis razones,
Volará de naciones en naciones.
Esto se quede á cargo de la fama,
Que es de los venturosos sabios norte,
Y la que por sus términos los llama,
Y sube á grandes de su casa y corte:
Feliz yerba es la yedra, si se enrama
A un muro altivo, á quien no alcanza el corte
De la envidia, pues queda con su altura,
Él mas vistoso, y ella mas segura.
Pues dando el cielo á mi encogida yedra
Por muro el que lo ha sido y es de España,
Hecha ya basa de tan firme piedra,
Ni agüeros teme, ni temor le daña:
Si el buen arrimo da segura medra,
Quien se llega al mejor ¿cómo se engaña?
Pare el miedo servil, vuelvo á mi estilo,
La hebra anudo, y corra de oro el hilo.
En dulce suspension el noble godo
Mirando estaba en el compás pequeño
De aquel bello teatro el rico modo
De su adorno, sus armas, y su dueño;
Cuando á un cerrar los ojos huyó todo,
Cual blandas sombras de templado sueño,
Y en un campo se halló florido y verde,
A quien de Ebro el cristal las faldas muerde.
Y el dia siguiente caminando en duda,
Sin conocer la tierra donde estaba,
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda

Que el seguido camino en dos cortaba,
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda
A un hombre, á quien el cruel verdugo ataba
Un lazo al cuello, y en engace doble
Al corvo gajo de un nudoso roble.
Estaban otros cuatro por testigos,
Y el leonés viendo el lastimoso paso,
«Tenedos, á voces dijo, tené, amigos,
Sepamos la ocasion, suspende el caso:»
Y por entre alcornoques y quejigos
A toda rienda sale al campo raso,
Cuando ya ellos tambien á toda priesa
El nudo daba á la soga gruesa.
Él por llegar á tiempo, ellos por dalle
Muerte, sin que haya estorbo que lo impida,
Todos priesa se dan, á mí dejalle
En esto, la que tengo me convida,
Que veo á Orlando en un profundo valle
De ciego monte, y áspera salida,
Donde para volver á su camino,
Si el caballo cobró, no cobró el tino,
Dejó la humilde casa del engaño,
Y aquel que serlo en ella parecia,
Y el astuto Garilo, con el daño
Que en el robado anillo hecho habia,
Tras el perdido conde el pais estraño
A ciegas cruza, y al huirse el dia,
Del grave sueño en la quietud profunda,
El caballo le hurtó la vez segunda.
Saltó en la silla, y á la luz menguante
De la fria luna, «¡oh capitan robusto!
¿Vos sois, le dijo, el príncipe de Anglante,
Y el general baston del cetro augusto?
¿Así en desvelo y guarda vigilante
Las reliquias poneis de vuestro gusto?
Quien en el sueño como vos se olvida,
Ni su honra tiene en mucho, ni su vida.»
Despertó el conde, y viendo á Brilladoro
Segunda vez en manos de Garilo,
La paciencia perdió, perdió el decoro,
Y de su autoridad el grave estilo:
Y cual vencido garrochado toro,
A quien acosa de la gente el hilo,
Los ojos cierra, y con la corva frente
Por los palenques rompe, y por la gente,
El impaciente conde, así en gallardo
Y altivo brio, saltó arrogante y fiero,
Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,
Ambas deudas cobrara por entero:
Huyó el ladron, y cual ligero pardo
Siguiendo un ciervo, va tambien ligero,
Y al que le huye su caballo fuerte
Le salva á un tiempo, y le condena á muerte.
Aquella noche, y el siguiente dia,
Y sin ese otros seis siguió su alcance,
Que á uno el enojo, á otro la alegría,
De uno los empeñaba en otro lance:
Cuando una tarde el catalan que huía,
Temeroso que el rayo no le alcance,
A la ancha entrada de una estrecha puente
A Dudonio encontró, y su franca gente.
Volvia de Zaragoza, adonde vino
Por sabio embajador de Carlo Mano,
A granjear del rey, que por vecino
Favor ni gente preste al asturiano:
Y viendo el descompuesto desatino,
Con que al sudado potro aguija en vano
El medroso ginete, y que él bufando,
A falta de voz, dice, que es de Orlando:
Hizo alto el escuadron, cuando él en medio
De cien franceses puesto de improviso,
Aunque con sus embustes dar remedio
Al impensado aprieto y riesgo quiso,
Faltóle en el brevísimo comedio
Para saber fingir tiempo y aviso,
Y así antes de advertirse del suceso,
Sin pensar que lo estaba, se halló preso.
Llegó tras él el príncipe de Brava,
Que ya tan al estribo le seguia,
Que donde un pié el caballo levantaba,
Los suyos él por le alcanzar ponia:
Mandó al ladron colgar, que era á quien daba
Del sin piedad verdugo la porfia
Espantosa lazada, cuando pudo
Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.
No vió á Dudon, ni al ofendido conde,
Que iban ya dentro de la selva espesa,
Y del árbol ninguno le responde,
Listos á darse en lo que hacen priesa:
Visto el rigor el español, por donde
Mas breve el paso vió, fiero atraviesa
A socorrer el riesgo, que es de modo,
Que á un pié de dilacion se pierde todo.
Y por ver si la nueva espada corta,
Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,
«Paso, dice, cobardes, que me importa
Saber la causa de esa infame muerte:»
Cuando uno de los cuatro le reporta,
Y en blanda voz: «señor, le dice, advierté
Que esa lazada al cuello es propia ajorca
De un ladron, y su tálamo la hórca:
Y este, en los de su oficio el mas cursado
Que de Jaca amparó la inculta sierra,
Ya dos veces á Orlando le ha robado
Su caballo, y su fino arnés de guerra:
Hale traido ofendido y acosado
Desde su patrio suelo al desta tierra,
Adonde hoy le prendió Dudon el noble,
Y él ponerle mandó en el primer roble.
Pudolo hacer el senador romano,
Por ser quien es, y porque dello gusta;
Firma es esta sentencia de su mano,
Y basta el serlo para ver que es justa:
Los dos al pié del bosque comarcano
La dan por tal; si te parece injusta,
No van lejos de aquí, ni un mundo es lejos
Para libres volver por sus consejos.»
Así el franco, y así el leonés llegando
La aguda punta el lazo cortar quiere:
«Sea todo eso verdad, sea el conde Orlando
De Roma senador, sea lo que fuere,
El preso es noble, y español; y cuando
Esas fingidas culpas cometiere,
No es Francia dueño, Roma es parte estraña
A castigar por sí culpas de España:
Y sobre esto á la franca gente junta
Si toda viene estorbaré esta muerte,»
Dijo, y corriendo la delgada punta,
La lazada cortó del nudo fuerte:
Y el que en cortés respuesta á su pregunta
Satisfecho dejó, ya de otra suerte,
Al dulce corte de su aguda espada,
Su honra satisfacer quiere agraviada.
Al verdugo feroz manda ejecute
Su oficio, mientras él el de su saña,
Porque ningun cobarde arnés le impute
Flaqueza al noble suyo en tierra estraña,
Saca su espada, y quiere que conmute
En sangre su primer piedad España,
Y el godo al noble término obligado
Ofender no pretende al que no ha errado.
Y así en la muerta fama de su escudo
Los vivos golpes sin le herir recibe:
Los que al diestro esgrimir del filo agudo
De humilde amparo ven que se apercibe,
Cobarde ánimo cobran, y en menudo
Combate en su grabado arnés escribe
Feroz cada uno la destreza que usa,
Mas él de cuatro á solo el uno excusa.
Que á tres golpes la falda de la sierra

De los tres heredó cuerpo y acero,
Y el cuarto ya la maltratada guerra
Paró asombrado, y dijo al caballero:
«¡Oh ilustre parto desta invicta tierra,
De nobleza y virtud un cielo entero!
Quiero estimarle ya, pues me le ofreces,
Un vivir que te debo tantas veces.»
Y como absorto en ver su gallardía
El caballo volvió á seguir su gente,
Y el godo hácia Garilo, que venia
A le ofrecer la libertad presente:
En cuya peligrosa compañía,
Al pié de un sauce, al márgen de una fuente,
Agradable reposo la espesura
Al luto ofrece de la noche obscura.
El falso catalan, por no negalle
Su premio al beneficio recibido,
Tenerle quiso compañía en el valle,
Que es servirle mostrarse agradecido:
Y por mas á su intento desvelalle
Largos cuentos fingió, y despues dormido
La rica espada hurtó al siniestro brazo,
Llave sutil del mal logrado lazo.
Despertó al rubio sol el noble godo,
Y hallando al huesped y á su espada menos,
Vió que es volver por un ladron en todo
Hacer propios agravios los ajenos:
Sintió el perder sus armas, sintió el modo
De pagarle tan mal deseos tan buenos,
Y que sea de su patria ingrato vicio
Afrentar con desden el beneficio.
Buscó el caballo, y viendo hurtado el freno
Agradeció la mano comedida,
Que quien á él la espada, y á otro el heno
Robó, robar tambien pudo su vida:
Volvió, y siguiendo de disgustos lleno
La senda menos agra, y mas seguida,
Como en rastro del alba dos luceros,
Parir la selva vió dos caballeros.
Dudon el uno, el otro el conde Orlando,
Que en busca suya, y del traidor Garilo,
La siempre amarga envidia devanando
Memorias de dolor los trae de hilo:
Fue el vencido francés asi ensalzando
La libre espada, y el compuesto estilo
Del victorioso godo, y la jactancia
De defenderse en campo á los de Francia,
Que ardiendo en ambiciosos movimientos,
Dueño cada uno del agravio todo,
Sin darse uno á otro parte en los intentos,
En busca entraron del ausente godo:
Corriéronse de ver sus pensamientos,
Al encontrarse heridos por un modo,
De una envidia, y que dos tan graves lanzas
A un agravio le busquen dos venganzas.
Y sin torcer el curso acelerado,
Cada uno al otro pide el ir delante,
Cuando el florido tumbo de un collado
Les dió un muerto escuadron poco distante,
Sin espada, y á pié un doncel armado:
Dudan si es él, si bien su real semblante,
A quien le mira da en lenguaje mudo
Mas voces que la fama de su escudo.
Sus tres franceses mira Orlando muertos,
De tan nuevas heridas asombrado,
De los golpes los dos por medio abiertos,
Y sin hombro el tercero, y sin costado:
La voz suspensa, y los cabellos yertos,
El contemplarlos deja al mas osado;
Cuando asi el conde al príncipe de España,
Quién sea el autor pidió de tal hazaña.
«¿Sabreis, señor, sabreis, señor, decirme
Destos tres golpes donde está la espada,
En alentado pulso y brazo firme,
Mas que en consejo ni en razon fundada?
¿Quién hay que tal crueldad por buena afirme?»
A quien Bernardo, la visera alzada,
«Señor, le respondió la espada bella
Ayer fue mia, ahora no sé della;
Que el mismo á quien dió vida en este valle,
Sin salir dél la hurtó lleno de engaños,
Que escusar á un ladron la muerte, es dalle
Osada libertad á nuevos daños:
Yo que hice mal confieso en alargalle
La indigna vida á mal gastados años,
Mas fue fuerza volver en mi hazaña
Por la ofendida libertad de España.»
«A estar allí esta mia, dijo Orlando,
La potencia de España no pudiera
De mi decreto suspender el mando,
Ni al ladron estorbar que no muriera:
¿Vos sois alguno de su infame bando,
Pues volvistes por él de esta manera?
Que si es ladron quien hurta, ya se entiende
Que lo será tambien quien lo defiende.»
Reportóse Bernardo, y dijo: «vienes
Con justo sentimiento alborotado
Del nuevo estrago que presente tienes,
De una injusta ambicion ocasionado:
Ni puedo responder á tus desdenes,
Hasta que Orlando, como lo he jurado,
Perdon á mis piés pida del esceso
De haber tenido un libre español preso.»
Hallóse el sagaz jóven puesto en duda
De cuál fuese Dudonio, y cuál el conde,
Y en esta estratagema quiso aguda
De los dos conocer quien le responde:
Orlando con su lengua tartamuda,
«Yo soy, dijo, á quien buscas, mira á donde
A morir has venido, á serme dado
Dar la muerte á un muchacho desarmado.»
No al brio gallardo de un ginete mozo,
En el alegre orgullo de la caza,
El presto gamo causa mayor gozo,
Que el bosque con sus cuernos despedaza,
Ni al vulgo juvenil mas alborozo
Un presto toro en medio la ancha plaza,
Que á Bernardo causó tener delante
El tan nombrado príncipe de Anglante.
Y así le respondió: «tienes tan tuya
La fama, invicto conde, que en su mengua
No sé si tus hazañas atribuya
Mas á tu heróico brazo, que á tu lengua:
Mas ahora las aumente, ó disminuya,
Hecha un golfo de mar que crece y mengua,
No es todo falso en sí lo que pregona,
Segun la magestad de tu persona.
Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido,
En tenerte á mi brazo y voz presente,
Para saber si tienes, ó has tenido,
Lo que la fama cuenta de valiente;
En lo que dices que ladron he sido,
Como ahora tú, quien lo dijere miente,
Y mentirá tambien quien no confiesa
La ventaja española á la francesa.
Y porque á falta de mi arnés entero
La batalla no escuses deseada,
Al que contigo viene le requiero
El caballo me dé, y preste su espada,
Con que ganando ya la tuya, quiero
Dejar la que me hurtaron mejorada;
Y si de voluntad no me la diere,
Habrá de ser por fuerza, sea quien fuere.»
Dudon, que á los principios la cordura
Del mancebo estimó su talle y brio,
Ya por loco le tiene, y por locura
Cuanto habla, y su razon por desvarío:
Y al agravio de tal desenvoltura
Deja el caballo, y toma el desafio,
Y la desnuda espada que apetece

Por la delgada punta se la ofrece.
Puso el brioso español mano á su daga,
Y al francés bravo, que blandiendo tiene
La relumbrante hoja, antes que haga
Seguro golpe que sus brios enfrene,
Rebatiendo una punta al pecho amaga,
Y á la vista á compas volando viene
El agudo puñal, que al yelmo lino
Quitó mil luces, y á Dudon el tino.
Y ayudando á su nuevo desacuerdo
Con él cerró á cobrar su acero agudo,
Y en abrazo enemigo mas que cuerdo
Hechos fueron al verde prado un nudo
El leonés vivo al franco sin acuerdo
La daga que á su mano volver pudo,
Ya ciego en su primer ventaja, prueba
A darle lugar nuevo, y puerta nueva.
Rompió al grabado yelmo las hebillas,
Y al aire dió la desarmada frente,
Y en sus vencidos pechos de rodillas,
Que vuelva espera en sí el que allí no siente:
Cobró vista el francés, vió maravillas,
Piensa que es sueño lo que ve presente,
Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,
Mudarse todo un hombre estraño caso.
Era Dudon gran duque de Marsella,
De fuertes miembros y ánimo escelente
De la real Francia, y de los bravos della,
De diez, de seis, de cuatro el mas valiente
En comenzar batalla, y fenecella,
De colérica espada, y brio ardiente;
Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,
Que ni brio ni espada es de provecho.
Así tal vez se vió pino lozano,
Beldad y sombra del vecino otero,
Que á un estallido por el suelo llano
Su duro tronco echó rayo ligero;
Al dar en tierra, el segador cercano
Que ampararse á su sombra iba primero,
Suspenso, ni se acerca, ni retira,
Mas asombrado y triste calla y mira.
«Yo no quiero de ti, dijo Bernardo,
Mas que espada y caballo, con que vea
Este invencible paladin gallardo
Lo que ahora como yo tambien desea:
A que con gusto me lo des aguardo,
O la vida con ello; tuya sea
La culpa, si por bien no me concedes,
Lo que ya defender por mal no puedes.»
Asombró á Orlando el valeroso hecho:
Dudonio lleno de confuso espanto,
La espada ya en su mano sin provecho
Libredio, y del caballo hizo otro tanto:
Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,
El conde puesto por testigo en tanto,
En la batalla se aprestó, en que piensa
Tomar de tantos daños recompensa.
Bien que atento á las fuerzas del contrario,
Su vivo aliento, su altivez ligera,
El breve asalto, el golpe temerario,
Y del suceso la victoria entera,
Las mudanzas temió del tiempo varió,
Y esta dicen que fue la vez primera
Que al conde halló el temor, y tuvo á una
Por variable el rostro de fortuna.
La blanca garza, á quien de la Noruega
Los prestos sacres siguen por el viento,
Callando sube, y remontada niega
La vista al mundo, alcance al pensamiento;
Y aunque uno le da, otro le llega,
Otro la sigue, y la encaraman ciento,
Cuando el que ha de matalla sale al vuelo,
A quejarse comienza desde el cielo.
El mismo impulso al corazon del conde
En el presente trance dió latidos,
Y sin ver causa, ni saber por donde,
Sus fuerzas siente y pulsos impedidos,
Y una nueva tibieza corresponde
A los alientos antes no vencidos
En esta lid, que le hace entrar en ella
Con pocos alborozos de vencella.
Estaba el conde en la grandeza dina
De su antigua opinion de miedo ajena,
Como en el fértil campo parda encina,
De antiguos años y despojos llena,
Que ni el viento la mueve, ni le inclina
De los nudosos ramos la cadena,
Antes en medio de los bosques puesta,
A sola ella hacen los pastores fiesta.
Bernardo de otra parte altivo estaba,
Si no de tanto nombre de mas brio,
Con un bullicio y lozania, que daba
Al de mas fama y opinion desvio:
En vencer solo con destreza brava
Sin otros medios, puesto el albedrío,
Y en salir con real pecho y osadía
A cuanto la ira y gusto le pedia.
Cual presto rayo que su lumbre ardiente
Por los aires derrama repartido
El mundo asombra, y de temor la gente
Dando paso se humilla al gran ruido,
Y él deslumbrando cruza de repente
El rico alcázar, que dejó abatido,
Que ni de antiguo muro hace caso;
Ni el bronce oprime ni le ataja el paso.
Y él en tanto la silla del caballo
En aire brioso cobra, y le revuelve,
Y al deseo de justar para incitallo
La firme lanza empuña, y feroz vuelve:
Conoce el conde que es desafiallo,
Y en vengar tanto agravio se resuelve,
Partiendo con tal cólera á buscalle,
Que el bosque hizo temblar, y gimió el valle.
No el monte Olimpo, y su vecino el Osa,
Si arrebatados de contrarios vientos,
Por fuerza de violencia milagrosa
La eterna raiz faltase á sus cimientos,
En medio el Tempe junta mas furiosa,
Ni golpes sonarian mas violentos,
Ni del Pelion los riscos al encuentro
Mayor bramido harian en su centro,
Que el hueco valle y montes comarcanos,
Al ronco trueno y súbita estampida,
Con que los dos guerreros á las manos
De su furia vinieron encendida:
Y habiendo vuelto en átomos livianos
Dos pinos, que aun se estaban con la vida,
Mas firme los contempla el campo raso,
Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.
Asombró cada cual á su enemigo,
Y Dudon lo fue allí de lo que via,
Que al grave caso puesto por testigo,
Que sueña piensa, y que le engaña el dia:
Y aunque con ojos y aficion de amigo
Al conde acata y mira todavía,
Halla que si hay ventaja, ó puede habella
Entre los dos, que el godo está con ella.
Mas ellos las espadas ya en la mano,
Y su furia y rigor en los escudos,
Con tal priesa se hieren, que hacen vano
El cuidado de golpes tan menudos:
En Flegra, en el combate soberano,
Cuando sobre los Titanes membrudos
Llovia Júpiter rayos, sus espantos,
Ni fueran en rigor tales, ni tantos.
Dió el conde á su contrario un altibajo,
Que á la fama cortó brazo y clarines
En el grabado escudo, y á él le trajo
A besar del caballo cuello y ellines;
Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,

Francia gozara mas sus paladines,
Y aun él quizá tambien de esa manera
Por invencible el mundo le tuviera.
Mas resbaló la espada por lo alto
De la celada, y el valiente godo,
De honor herido, y de paciencia falto,
A vengarse ó morir se arrojó todo:
Y puesto en los estribos, dando un salto
Su frison, alcanzó al francés de modo,
Que le hizo besar á un mismo vuelo,
El su caballo, y su caballo al suelo.
Dió un grito Don Dudonio del espanto
Que el golpe le causó, y mayor le tuvo,
Cuando vió que el feroz mancebo, en tanto
Que el conde volvió en sí, parado estuvo,
Que á segundar con otro, ni el encanto
Del yelmo de Mambrino, ni el que hubo
De Almonte, ni su hadada fortaleza,
Libre del riesgo dieran su cabeza.
Mas ya viendo en su acuerdo el triste estado
En que aquel brazo y su valor le tiene,
Con la afrenta y furor desesperado
La espada aprieta, y á buscarle viene;
Y el español no menos arriscado
Con la suya á dos manos le detiene,
Hasta que en rebatir furioso á una
Del hado tientan la última fortuna.
Y vueltos á encenderse en su refriega,
Con mas aliento y brios que primero,
Donde uno se retira, el otro llega,
Y ninguno al herir llega el postrero:
Uno el escudo hiende, el otro siega,
Cual trigo de sazon, mallas de acero;
Uno da, otro recibe, y ambos juntos,
Ni atienden ocasion, ni aguardan puntos.
Cual dos fieros centauros, que á las cumbres
De Osa celosos muestran su braveza,
Porque de Deyanira las dos lumbres
Con igual gusto miran su destreza;
De sus duros peñascos las vislumbres
Vueltas centellas giran larga pieza,
Resuena el bosque, y cúbrese la tierra
De los destrozos de la horrible guerra:
Así la honra francesa, y la española,
Celosas de la fama que las mira,
Como el hinchado Egeo entre ola y ola
En fuerzas crece, y se derrama en ira,
Resuena el valle, el aire se arrebola,
De las centellas de oro que retira
Del rebatido acero, que el desierto
De rajas tiene y confusion cubierto.
Dió el francés un mandoble en el escudo,
Que de la fama al suelo echó un pedazo,
Y no fue el godo en responderle mudo
Del firme acero con el gran recazo:
Que á alcanzarle la espada mas de agudo,
A cercen de los dos llevara un brazo,
Mas del hombro y encaje de una greva
Sobre el campo salió una luna nueva.
Y tras él otro, y otro le segunda,
Como sobre su yunque el duro Bronte,
Cuando en masas de fuego forja y funda
Rayos contra el flamígero Faetonte:
La sima al hondo valle mas profunda
Suena, y los ecos del preñado monte,
Hacen un triste son y estruendo horrible,
A solo el duro mar apetecible.
Ya del dia la mitad la blanda yerba
Del bosque, el cruel teson sufrido habia,
Y á ellos entre un palenque de superba
Gente, que en busca de Dudon volvia:
Ningun brio allí ni maña se reserva,
Que á la victoria de su gran porfia,
Aunque hay muchos, no quieren mas testigo
Que un muerto, y que ese sea el enemigo.
Cansados de herir con las espadas
A brazos hacen de sus fuerzas prueba,
Las manos por los hombros anudadas,
Cada uno al otro aquí y allí le lleva:
Crujen las duras grevas apretadas
Entre el brio de los músculos que ceba
Su furor en la lucha, y los caballos,
Ni pueden ya traellos, ni llevallos.
Gimen, sudan, anhelan, y arrodilla
El mas brioso caballo: uno se estaca,
Otro la yerba en caracoles trilla,
Y de su centro las raices saca:
Petos, golas y arneses deshebilla
Del teson duro la mortal resaca,
En un grueso anhelar, y aliento vario,
En que cualquiera bebe el del contrario
Sacó el conde una daga, y al costado
Arrimarla probó del enemigo;
Mas él, no en tales lances descuidado,
Picó el caballo, y le llevó consigo:
Perdió la silla, y fue á buscar el prado:
Saltó el godo tras él, que no es amigo
De ventajas; mas viéndose la suya,
Medroso está Dudon que la concluya.
Y ellos con nuevos brios y denuedo
Tras su porfia quieren acaballa,
Y como ya se hieren á pié quedo,
Mayor espanto pone la batalla:
Solos los dos del riesgo están sin miedo,
Que los demás que se hallan á miralla,
Aun desde fuera no se ven seguros
Del grave riesgo de sus golpes duros.
Así el horrible Marte con Briareo,
Si proballe tal vez le cupo en suerte,
Darian soberbios golpes, y al deseo
Diversos modos de hallar la muerte:
Tales los dos en su combate veo,
Y el batir las espadas de tal suerte,
Que como con cien brazos á un momento
Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.
Ya el sol, que por mirar su gentileza
Aquel dia madrugó á alegrar la gente,
Tibia su luz, y ardiendo la braveza
De los guerreros vió desde el Poniente:
Y contemplando el número y grandeza
De golpes y heridas, juzga y siente,
Que era en su batallar mayor el vuelo
De su ira y su furor, que el de su cielo.
Y no queriendo ver de compasivo
La muerte de los dos, ni de ninguno,
Cerró la noche, y con un golpe esquivo
Roldan con su colérico importuno:
No quedó rostro ni semblante vivo,
Ni de los que le vieron pecho alguno
Que no se estremeciese al estallido,
Y el corazon le diese algun latido.
Fue tan cargado el golpe, que sin tino
Traspiés dió por caer el firme godo,
Y á no volver la furia en desatino,
Fuera el segundo vencedor del todo:
Mas erró este postrero el paladino,
Y su contrario se arrestó de modo,
Que arrojando de sí el mellado escudo,
Con su furia llegó hasta donde pudo.
Y á dos manos la espada, el yelmo fino
Al fiero golpe resonó tan hueco,
Que á las grutas del monte, y al vecino
Bosque se vió sonar una hora el eco:
Cayó al suelo el famoso paladino
Vivo, mas sin sentido; ¡estraño trueco
Y vuelta de fortuna! que por junto,
Cuanto en mil años da, lleva en un punto.
Pudo á su voluntad darle la muerte,
O de veras saber si era encantado;
Mas nunca en un rendido, un pecho fuerte

Con sangre noble, dió golpe sobrado:
Antes dolido de la adversa suerte,
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,
Solo el escudo le quitó en memoria
De que por suya queda la victoria.

Y á don Dudonio dijo: «este le llevo
Para que el bravo conde me le pida,
Cuando por bien tuviere que de nuevo
Nuestra batalla quede fenecida:»
Y cual presto neblí, el feroz mancebo

Ya en la silla, hace que el caballo mida
El campo en tan lozana gallardía,
Como si al fresco hubiera holgado el dia.
Y haciéndole en bizarra contenencia
Salir ligero, al tiempo del sacallo,
«Señor, dijo á Dudon, con tu licencia
Llevo, pues mas no puedo, tu caballo:
Y á Dios, que ya la luz ha hecho ausencia;
Y yo que no sé el puesto en que me hallo,
Buscar quiero acogida, antes que llegue
La noche á su rigor, y me la niegue.»
Y sin otra respuesta á lo cerrado
Del bosque tomó el paso mas derecho,
Dejando el campo en suspension callado
Al increible aliento de su pecho;
Celebrando el silencio, el no esperado
Fin, la insigne victoria, y raro hecho,
Con que á Roldan, de un golpe sin herida,
La fama le quitó, y dejó la vida.
Corrió Dudonio á socorrerle cuando
Del desacuerdo con furor volvia,
Y á su ausente contrario amenazando
La espada entre los suyos esgrimía:
Quiérenlo sosegar, pero no hallando
Muerto á sus piés al que antes combatia,
Con un nuevo dolor pierde el sentido
Que el corazon le da, que está vencido.
Y aunque Dudon, lo menos mal que pudo,
El caso le doró, y cubrió la afrenta,
El verse sin contrario, y sin escudo,
Le hace mas que el amigo engaño sienta:
Y dando de ansia á la garganta un nudo,
Tal tragedia el honor le representa,
Que á ser menor de Astolfo el beneficio,
Segunda vez se hallara sin juicio.
Pero á sola una rama que le queda,
Que es morir, ó vengarse, echa la mano,
Y sin que nadie detenerlo pueda
Parte á este fin el senador romano:
Mas cuando la ventura queda fuera
Es darse priesa caminar en vano,
Que en vano ara la mar, quien desde el suelo
Los cursos piensa gobernar del cielo.
Desvolvió en seguimiento de la saña,

Que un infierno labró de su memoria,
Tras su venganza lo mejor de España,
Y tras su pena la perdida gloria:
Dejando del furor que le acompaña
De ilustres hechos una heróica historia,
Que fuera de aparato y alegría,
A poderla aquí hacer suya, á la mia.
La ilustre empresa de los arcos de oro
Que en Alarcos ganó, la imágen bella
Que en los floridos campos del tesoro
El rayo le dió vida de una estrella,
Y de Guisando el encantado toro
Con que la tierra aró, sembrando en ella
Las perlas de un laurel, que dieron gente
Mas que en Tebas á Cadmo, y mas valiente,
Y otros insignes hechos, cuya fama
Al mundo hacen soberbio alarde y pompa;
Mas ni á tan grande voz la mia me llama,
Ni es justo que en su hilo el mio se rompa:
Ya algun dia el cielo esta menuda rama
Tronco al Parnaso hará de heróica trompa,
En tanto que dé ahora á lo importante
Del grave curso del señor de Anglante.
Que feróz de aventura en aventura,
De arar cansado el real solar de España,
Sin hallar de la muerte que procura
El rastro, tras que el dulce honor le engaña,
Arrojado del tiempo, y la ventura,
Del Pirineo pasó la alta montaña,
Y á su campo llegó el alegre dia
Que el César admitió en su compañía.
De otra parte, despues que el grave peso
De su batalla el vencedor Bernardo
Libre arrojó de sí, y en largo esceso
Vencido dió de Francia al gran bastardo;
Ni mas ufano ni arrogante en eso,
En cortés compostura, y paso tardo,
Dejó el suspenso campo, y al vecino
Bosque á buscar reposo abrió camino.
Y al salir dél, tras las doradas señas
Que un claro fuego desde lejos hizo,
Al pié de un monte, entre sus crespas greñas,
De una quinta halló el solar pajizo,
Donde en mesas cenó de humildes peñas,
Lo que el cansado espíritu rehizo,
Y al dulce curso de un sabroso sueño
El de la fria noche fue pequeño.
Informóse otro dia de la tierra,
Y de Leon el camino mas sabido,
Por donde tras el fin que su alma encierra
Algunos dias le llevó seguido;
Cuando al recodo con que el paso cierra
Un claro arroyo al de un collado erguido,
En duros hierros sin piedad ligados
Con dos presos venir vió diez soldados.
Mas ya del grave conde de Saldaña,
Y de Teudonio la áspera cadena,
Que del fuerte castillo en la montaña
De Luna en triste son trágico suena,
A contar de ambos la desgracia estraña
Ambas manos le da, y la pluma llena,
Que de un signo infeliz la adversa suerte
A un desdichado sigue hasta la muerte.
Despues que del rey Casto el pecho esquivo
En obscura prision al conde puso,
Y el muro de la cárcel vengativo
Al sol de su clemencia le antepuso,
Jamás el reino supo si era vivo,
O si habia del vivir perdido el uso,
Dónde, ni cómo estaba, ó en cual sima
El valor se hundió de tanta estima.
Hasta que ya al real pecho obstinado
La agradable piedad halló camino,
Y con nuevos servicios obligado
Del notorio valor de su sobrino,
De dar trazó la libertad y estado
Al preso conde, y á este fin previno,
Para hacer un perdon en los dos primos
De don Teudonio, la prision que vimos.
Mas de don Sancho la enemiga estrella,
Que contra su ventura peleaba,
Al mejor tiempo le dejó sin ella,
Y su luz vuelta de apacible en brava;
Que como los dos héroes sin temella,
Ni saber lo que el Casto rey trazaba
En darle libertad, se hallaron presos,
Y graves del castigo los escesos,
Juntos ya en el torreado alcázar fuerte,
Con la jurada fe y lealtad alzados,
Al sospechoso alcaide dieron muerte,
Y á dos partes de tres de sus soldados;
Cuando sus pechos la contraria suerte
De mayor brio que prudencia armados,
Un nuevo capitan los dió vencidos,
Y á su primer estado reducidos.
Al ofendido rey vivas pasiones
Nacieron, muerta la piedad primera,
Con protesto que nuevas ocasiones,
Graves servicios de humildad pechera,
De los dos á ninguno las prisiones
Libre el cuello daran hasta que muera:
Y en ésto firme el brazo justiciero
Las cadenas dobló, y creció el acero.
Y porque el nuevo mal sea con esceso,
Y la larga prision menos suave,
Llevar á don Teudonio manda preso,
Adonde en inmortal cadena acabe,
A cargo de Teudisco, hombre sin seso,
De fantástico brio, y zuño grave,
En quien ni alivio tenga, ni halle abrigo,
Que un necio nunca fue de nadie amigo.
Con diez de su gallega gente, Ardano
Para Ledesma el preso ilustre guia,
Cuando al pié de un aliso en medio un llano
Durmiendo hallaron á Garilo un dia,
Pocos despues que en término villano,
Y en maliciosa ingratitud habia
A Bernardo, ya en sueño sepultado,
La rica espada y el caballo hurtado.
Y alegres de la presa, antes que el sueño
Entera libertad diese al sentido,
Con las manos atrás su incauto dueño,
En las suyas sin ver se halló rendido:
Cuando al claro cristal de un rio pequeño
Bernardo, el escuadron desvanecido
Encontró, y los dos presos, cuyos yerros
Hacian mas graves los pesados hierros.
Al uno en grave compostura un todo
De valor encubierto corresponde,
Y que lo ha visto le parece al godo,
Si bien no tiene en la memoria adonde:
Al otro en diferente talle y modo
Conoce que es el que libró del conde,
Y por la recompensa de librallo
La espada le hurtó, y llevó el caballo.
Holgóse de encontrar á su enemigo,
Y no por su caballo ni su espada,
Ni por dar á sus culpas el castigo,
Ni por vengar la ingratitud pasada;
Mas por quitarle como honrado amigo
Segunda vez del cuello la lazada,
Y probar si podrá en su pecho fiero
El segundo favor mas que el primero.
Detuvo el brioso paso al firme freno
El potro al márgen del arroyo escaso,
Y el pequeño escuadron, de altivez lleno,
Por él pasando fue sin hacer caso:
Sintiólo el jóven, y en hablar sereno,
Tan reportado el pecho como el paso,
Cortés y afable, á la arrogante junta,

¿Dónde, y por qué los presos van? pregunta.
«No es de vuestro cuidado, ni os importa
Lo que incauto pedís,» respondió Ardano,
Ardano capitan, de vista corta,
Y de soberbio corazon villano;
«Mas fácil os será saber si corta
El rigor de mi espada, y de mi mano:
Pasad el rio, despejad la arena,
Sino quereis terciar en la cadena.»
«Ahora, replicó el jóven valeroso,
Saber por fuerza quiero lo que os pido,
Que á ser vos noble, el pecho generoso,
Como honrado os hiciera comedido:»
Y enviando tras la voz un golpe airoso
Sobre el pomposo yelmo, en dos partido
Al suelo le arrojó; que su ceguera
El resguardo no hizo que debiera.
La escuadra vil que al capitan difunto
Vió del golpe primero en tal estado,
En confuso tropel y escuadron junto
A darle corre sin sazon vengado;
Que el valeroso godo, que un trasunto
Es del marcial furor cuando está airado,
Mas que Vulcano rayos en su fragua,
Armas, sangre, y centellas llueve al agua.
A uno el brazo desgarra, al otro el pecho,
Ya este y aquel ensarta de uno en uno,
Aquel de cuatro brazos deja hecho,
Y aquel del primer golpe sin ninguno:
Cual rojo tigre en acosado estrecho
El tejido escuadron rompe importuno,
Y en las sangrientas garras, y en la boca,
Cuanto su ardiente rabia encuentra apoca.
De diez, de ocho, de seis, de cuatro altivos,
Que el preso defendian generoso,
Muertos los otros á sus golpes vivos,
De dos, perdon le pide el mas brioso,
Y el mas cobarde en pasos fugitivos
Por el vecino bosque huyó medroso,
Y él á dar fue con su victoria ufano
Libertad á los presos, de su mano.
Habíale ya en los golpes conocido
Garilo, y en las ricas armas bellas,
Y aunque sin fe, quisiera de corrido
Antes morir que en su servicio vellas:
El noble don Teudonio comedido,
Viéndose en dulce libertad por ellas,
Para rendir las gracias á su dueño
Cualquier término juzga por pequeño.
Del rico yelmo la visera de oro
El noble godo levantó lozano,
Para en su libertad con mas decoro
Al generoso preso dar la mano:
Mas del bello semblante que el tesoro
Cubria de las armas de Vulcano
La luz salió, que al gran Teudonio pudo
Del gozo de mirarla volver mudo.
Conoció luego el generoso aliento,
Que ya en Miduerna vió en igual destreza,
Cuando al rey Casto del traidor intento
De Mahamud, libró su fortaleza;
Y como arrebatado del contento
Del no esperado bien, y su grandeza,
«¡Oh cielos! dijo, ¡oh pecho en quien cifrado
Fortuna al mundo un bien cumplido ha dado!
Dadme, ¡oh brazo invencible, en quien unido
El valor godo está! esa invicta mano,
Para que en feudo á vuestro honor debido
Mi propia sangre reverencie ufano:
¡Hijo del mejor padre que ha nacido,
Honra del noble suelo castellano,
Defensa de Leon, leon de España,
Fama del mundo, y gloria de Saldaña!
Si la primer salud y vida os debo;
Cuando en Miduerna vuestro brazo fuerte
Al Casto rey libró del cruel mancebo,
Que desde Lugo quiso darle muerte;
La libertad que aquí me dais de nuevo,
Que no os la debo la ocasion me advierte,
Que esto restituir ahora ha sido
Lo mismo que por vos habia perdido.
Por dar á vuestro ilustre padre ayuda
A recobrar la libertad perdida,
La adversa suerte, un breve tiempo en duda,
Vária entre favorable y desabrida,
Desta cadena de piedad desnuda
Mi garganta cual veis dejó ceñida,
Y por la venerable suya puesta
Otra de mas rigor y oprobio que esta.»
Así el príncipe godo al noble hijo
Del desgraciado conde de Saldaña
De su gran padre la prision le dijo,
Y el tormento que en ella le acompaña;
Y en larga relacion, y hablar prolijo,
De su antiguo discurso la maraña,
De la infanta su madre la clausura,
Y la injusta pasion que en el rey dura.
Atento al largo discurrir del godo,
En una suspension honrada puesto,
Con prudente sentir lo advierte todo,
Bravo interior, y en lo esterior compuesto;
Trazando en sabia prevencion el modo,
A su honor menos grave, y mas modesto,
Con que guiar las enconadas cosas
A mejor fin, y á vueltas mas dichosas.
Viénele á la memoria, que Proteo
Le prometió en obscura profecía
Un preso que alumbrase el gran deseo,
Que entonces de saber quién es tenia:
Ve ser Teudonio el que el pastor Nereo
En confusas enigmas le advertia,
Y hallándole tan cierto, se embaraza
En el temor de su última amenaza.
Mas á un ánimo ilustre no hay quien pueda
Contrastar con temores su pujanza,
Y así seguro en sus recelos queda,
Y el alma coronada de esperanza:
La grandeza de casos con que enreda
El tiempo á los dos príncipes, no alcanza
A tratar de las causas de Garilo,
Que es humillar sin para qué el estilo.
Que en heróicos propósitos metidos,
A solas los dos godos retirados,
Con nuevas trazas, medios y partidos
Los discursos ordenan comenzados:
Y viendo los cristales encendidos
Del rio ya sin luz amortiguados,
Y la callada sombra que se llega
De los vecinos montes á su vega,
Pasar en su ribera sosegada
La quietud quieren del sabroso sueño,
Ya del grabado arnés la rica espada,
Que antes Garilo hurtó, vuelta á su dueño;
En tal aspecto celestial forjada,
Que hace gigante el brio mas pequeño,
Y al pecho humilde apaga el miedo frio,
Y al brioso corazon aumenta el brio.
Mas el falso Garilo, siempre atento
A proseguir su inclinacion traviesa,
De maquinar con libre pensamiento
Nuevas traiciones sin lealtad no cesa;
Que á un malo, cuando lo es de nacimiento,
Raras veces del hecho mal le pesa,
Y en el que ahora intenta sin provecho,
El résto echó de su dañado pecho.
Envidioso del jóven escelente,
De la fama que al cielo le subia,
Y del deseo que el rey, el reino y gente,
De verle ya en su ejército tenia,
Con las sombras que á un rey burló imprudente,

Y el cetro de Monzon le quito un dia,
Su anillo quiso en ambicioso intento
El honor usurpar de aquel contento:
Y de su luz al rayo prodigioso
Del jóven se invistió la hermosura,
Armas, persona, brio, talle airoso,
Habla, trato, ademán, cuerpo y figura;
Y en medio del silencio perezoso,
Que el manto llueve de la noche obscura,
Despertando á Teudonio á toda priesa
Por la selva se entraron mas espesa.
Vistióse el godo el fino arnés de acero,
Que ya de Ardano fue timbre gallardo.
Y llevando el vencido caballero,
Que de sus golpes le sobró á Bernardo,
Huyen del mismo que seguian primero,
Dejan sin guarda al que era su resguardo,
Y por un valle bajan, cuando el dia
Por sus espaldas y árboles subia.
Nuevo Teudonio en el embuste estraño,
Del falso catalan admitió el ruego
Del irse, y dejar al mismo del engaño,
Que finge que es el que se queda ciego,
Que de la luz del mago anillo el baño
Así al seso mayor turba el sosiego,
Qué cree el godo que va con el que deja,
Y que del mismo con quien va se aleja.
Parece en lo esterior caso inventado,
Con poco de posible y verdadero,
Del rico anillo el prodigioso hado
En alterar su luz un hombre entero:
Mas que mucho, si el cerco está encantado
En que le fabricó mágico acero,
Y su apremiado espíritu hacia
Las contrahechas sombras que fingia.
Historia es cierta, que el sutil Marguto
De un mundo en riesgo fue traidor cuchillo,
Valido en la virtud que el negro luto
Del sombrío Pluton dió al mago anillo:
Engañó al rey Zaydin de ánimo bruto,
Al avariento Ardan de oro amarillo,
Y en contrahecho rostro al viejo Elido
El reino le usurpó, y dejó corrido.
Urdió la sutil tela del engaño,
Que solo al que era noble aparecia,
Cuyas labores verlas en su paño
Ningun bastardo espíritu podia,
Ni el perfil rico del dibujo estraño,
Quien de otro padre es hijo que decia,
Tambien dan por embuste desta jimia
Los fingidos napelos de la alquimia.
Con geománticos puntos dejó hecho
Un inmortal engaño en los mortales,
Tal que le aprueban, y le dan el pecho
Mil sabios, ó tenidos ya por tales,
Y con mirar la mano sin provecho
No hizo en gente vulgar pequeños males;
Al fin él fue de embuste y embeleco
Con su encantado anillo al mundo un eco.
Y ahora Garilo para echar el sello,
Mudado de Bernardo en la figura,
Con Teudonio se fué, y al jóven bello
Durmiendo dejó solo en la espesura:
Que cuando del sol claro el rubio bello
Vistiendo salió el mundo de hermosura,
Los ojos abre, y como á nadie via,
Piensa si está durmiendo todavia.
Mas ya despierto cuidadoso mira
Entre las flores por Teudonio en vano,
Y en ver que le dejó, y se fue, se admira
Dél, y su trato al parecer liviano:
Siente la sinrazon, siente y suspira
La poca fe del pueblo castellano,
Pues dos favores que á su gente ha dado,
Ambos de ingratitud se han malogrado.
Y el divertido pensamiento lleno
Del nuevo agravio, y del desdén presente,
Cuando de la alba el argentado seno
Al mundo el sol parió resplandeciente,
A pié, solo y sin guia, el bosque ameno
A cruzar comenzó confusamente,
Buscando á tiento al pueblo mas vecino,
Si el cielo se lo ofrece, algun camino.
Ya de la selva la áspera maraña
En varias sendas tanteado habia,
Y del sembradó aljófar la campaña
Aun en tiernos relámpagos bullia,
Cuando por el combez de una montaña,
Huyendo hácia donde él salió, volvia
Un sangriento soldado conocido
Por el que fue aquel dia su vencido.
Suspendió el paso el jóven valeroso,
Y el que huia tambien suspendió el paso
Y en ver vivo á Bernardo mas medroso
Que antes absorto al no entendido caso:
«Señor, dijo, si en cuerpo ya glorioso
Destas montañas aun guardais el paso,
Y muerto me quereis vencer, mi intento
Es daros vivo y muerto el vencimiento.
Mas si como se ve del aire vivo
Respirando gozais suave aliento,
Y no estais, cual yo ví, de un golpe esquivo
Pasado el noble corazon sangriento:
El mas notable engaño, y mas al vivo,
Que hasta hoy cegó mortal entendimiento,
Ha pasado por mí, y sospecho y digo,
Que tambien por Teudonio vuestro amigo.
Antes que el alba arrebolase el dia,
Entre flores dejamos y rocío,
Por órden vuestra, en vuestra compañía,
El sueño y las riberas deste rio;
Y caminando al canto y armonía
Que á la nueva luz daba el bosque umbrió,
Por entre la alameda de una fuente
Nos dió del primer sol el rayo ardiente
Y tras él, de un cerrado bosque inculto,
Que al diestro lado sin temor quedaba
Un pequeño escuadron salió, que oculto
Nuestra muerte en sus árboles guardaba:
Y en sorda tropa, y en callado insulto,
A mí cual veis, y á vos la furia brava
De un venablo cruel travesó el pecho,
O yo, señor, soñé lo dicho y hecho.
Mas la sangre y rigor desta herida
(Mostrando todo el cuerpo atravesado)
Si fuese sueño, aun estaria mi vida
En no tan peligroso y triste estado:
Mas que me canso en cosa tan sabida;
Tras la loma, señor, deste ancho prado
Os vereis muerto vos, y á don Teudonio,
Y allí de mi verdad el testimonio.»
Dijo, y el laso espíritu rendido
De la perdida sangre, cayó muerto,
Como si solo hubiera allí venido
A declarar del caso lo encubierto:
Bernardo en su estrañeza divertido
Piensa que está dormido; y si despierto,
Que el tiempo anda con él en las mas varias
Tragedias de sus vueltas ordinarias.
No sabe qué entender de aquel suceso
Con un discurso moderado pueda,
O si perdia con la sangre el seso
El que ya muerto entre las flores queda:
Mas descubriendo al fin el bosque espeso,
La clara fuente, el rio y la alameda,
Rastro halló en el llano no pequeño
De no ser todo lo pasado sueño.
Al gran Teudonio, en el confuso estrago
De rotos cuerpos, y vencida gente,
De armas ceñido halló en sangriento lago

De un tejido escuadon resplandeciente,
Que en batalla infeliz campo acïago
La honra sustenta de su espada ardiente,
Ya de heridas los músculos cubiertos,
Y el rojo prado de enemigos muertos.
Entre ellos, del luciente hierro agudo
De un ligero venablo atravesado,
Un cuerpo vió, que en armas y en escudo,
Era dél y las suyas un traslado:
Admiróse del caso, mas no pudo
Por entonces ver mas, que el brazo honrado
Del amigo, de sí le sacó al punto,
Que su vida y su herir vió acabar junto.
Las destrozadas armas pieza á pieza
El rigor de los golpes echó al suelo,
Y del abierto pecho la braveza
De un sangriento desmayo el mortal yelo,
De seis agudas puntas la destreza
Su cuerpo dió á la tierra, el alma al cielo.
Cuando llegaba en su favor Bernardo,
Cual en campo Marsilio suelto pardo.
Quedó viendo caer el caro amigo
De un desmayo mortal cubierto el pecho,
Maldice airado su favor mendigo,
Y su tarda venida sin provecho:
Y no mas fiero el Jónio sin abrigo
Entre escollos levanta el crespo pecho,
Cuando de Aeroceraunio la alta roca
Con hueca espuma las estrellas toca;
Que el brazo altivo, y el semblante fiero
Del ofendido godo, á la canalla
Que de la furia del sangriento acero
Sobró al feroz Teudonio en la batalla:
Ni en mas presteza el cauto marinero,
Que entre sus peñas y arenal se halla,
De los riesgos del golfo descubierto,
Huye al abrigo del vecino puerto;
Que las sobras del campo sin aliento
Los filos huyen de la ardiente espada
Del nuevo capitan, que en triste acento
El fin celebra á su infeliz jornada,
Viendo del roto cuerpo el rio sangriento
Que del vivir la fuente dió agotada,
Y al grave caso que trazado habia
La mayor usurpó y la mejor guia.
Mas vuelto á su valor: «el cielo, dice,
Es dueño universal del curso humano,
¿Qué saber hay, si el suyo contradice,
Que en su mayor caudal no salga en vano?
Lo que en mí fuere haré, cual siempre hice,
Lo demás quede al peso de su mano,
Que cada vida tiene su corriente,
Y las riendas del tiempo el que es prudente.»
Dijo, y tras esto supo de un herido,
Ser de aquel triste caso el fundamento,
Que el mismo que antes de temor huido
De su espada se entró en la selva á tiento,
El mas cercano pueblo conmovido
A vengar el pasado atrevimiento,
Y recobrar su preso, sacó y puso
En la emboscada su tropel confuso.
Y en hombros de las gentes, que al asalto
De la vecina sierra habian venido,
El real cuerpo de vida y sangre falto
Mandó al pueblo llevar mas conocido,
Donde en sepulcro ilustre el valor alto
De su linaje muestre esclarecido,
Y de la pira en el silencio mudo
La última honra le dé que antes no pudo.
Mandó tambien de su retrato al vivo
En un difunto ver la muerta cara;
Vióla, y quedó de nuevo pensativo,
La dudada verdad patente y clara:
Asombróse de verse muerto y vivo
A una misma sazon (¡grandeza rara!)
Que uno sin vida, y otro de asombrado,
Ambos mostraban el color robado.
Cuando de los villanos, que en miralle
Armas y semejanza están con miedo,
Uno que lo vió, acaso por hurtalle,
El mago anillo le sacó del dedo:
Huyó tras él el rostro, el brio, el talle,
Y quedándose el cuerpo muerto quedo,
La hueca sombra del barniz liviano
Desvanecida huyó en el aire vano.
Cual con la viva luz de Febo ardiente,
Blanco celaje que antes encubria
Altivo risco, huye y de repente
Sus pardas greñas manifiesta al dia;
La vana sombra así delgadamente,
Que antes ajenos miembros componia
Del frio difunto, y de su embuste estraño,
Al campo descubrió el notorio engaño.
Mas admirado el godo que primero,
El vario cuerpo desangrado mira,
Que contra el golpe del templado acero
No le valió la mágica mentira;
Y sin saber el fundamento entero
De su transformacion, ni á qué fin tira
Allí se le dejó, y por la espesura
A dar se fué á Teudonio sepultura.
Y en santa devocion, y ánimo pio,
A la universal deuda satisfecho,
A la real córte de su casto tio
De allí tomó el camino mas derecho:
Cuando un dia por un bosque entró sombrío,
De alisos verdes y laureles hecho,
Que en lo mejor del encubierto valle
Alegre plaza hacian, y ancha calle.
Aquí al amparo de un peinado risco,
Que el pié un arroyo de cristal le baña,
Entre la verde grama y el lentisco
La humilde paja vió de una cabaña;
De serrano pastor seguro aprisco
Juzgó la choza el príncipe de España,
Cuando del prado vió en las flores bellas
Sobre un muerto llorando dos doncellas.
Admiróle del sitio la estrañeza,
Y de la nueva compasion llevado
Conoció de las dos la una belleza,
Y en verla allí, y llorar, quedó turbado:
Era Olfa, que en sus faldas la cabeza
Del cuerpo sustentaba desangrado
De un gallardo mancebo recien muerto,
De sangre todo y de beldad cubierto.
La otra doncella, cuyo sentimiento
La dura roca á compasion movia,
Ya con furiosa voz, ya sin aliento,
A suspenderse en su dolor venia:
Bernardo hallando en tan estraño asiento
La que en Grecia perdió su compañía,
Cual ligero neblí se arroja al prado,
La visera y el yelmo levantado,
«¡Santo cielo! (dijo Olfa, conociendo
Al gallardo leonés) ¡qué encuentro estraño!»
Y el nuevo gusto y alegría creciendo
La pena olvida del ajeno daño:
A pedirle las manos fue corriendo,
Y el bello jóven dice: «¿si es engaño
Mostrar con ceremonias que me precia,
Que solo me dejó sin causa en Grecia?»
Y al blanco cuello en nudos deleitosos
Afable ciñe los honestos brazos,
Y con mil pensamientos deliciosos,
Que esté de aquella selva en los ribazos
La diosa de sus gustos amorosos,
Nuevas le pide de los dulces lazos
En que amor le prendió, y de cualquier modo
De la que es de los dos el dueño en todo.
¿Cómo, ó por dónde, en el lugar presente

La piedad, ó el rigor, la echó del cielo?
¿Qué tragedia infeliz de hado inclemente
Llorando yace en su sangriento suelo?
¿Quién un doncel mató tan escelente?
¿Quién puso en tal beldad tal desconsuelo?
¿Y dónde su princesa está divina?
Dijo, y le respondió la hermosa china:
«Señor, desde aquel dia que por vella
Salí, sin ver como salí, de Acaya,
Siempre con rastro fresco, y nuevas della,
De golfo en golfo vine, y playa en playa:
De Grecia á Libia, desde allí á Marbella,
De allí á Toledo, y desde allí á la raya
Deste monte, en que ayer de lance en lance
A darle vine al fin dichoso alcance.
Mostró alegre placer de mi venida,
Y en no saber de tí la ví suspensa,
Y hoy de un suceso en otro divertida
Al bosque entró desta arboleda densa,
Adonde al tiempo que llegó perdida,
Sin poderle tener en su defensa,
Mancharon seis villanos caballeros
En esta limpia sangre sus aceros.
Movida á compasion de la hermosura.
Que ves sobre ese cuerpo desmayada,
En procurar consuelo y sepultura
A mal tan grave me dejó ocupada;
En tanto que ella con su arnés procura
La infame deslealtad dejar vengada
En los cobardes seis, que á toda rienda
La vuelta hurtaron desta estrecha senda.
La triste causa á esta infeliz desdicha
Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado
La enmudecida pena; tú si á dicha
Templar sabes dolor tan destemplado,
Llega afable, y al alma que entredicha
El sentimiento tiene, darán vado
Tus discretas palabras, y sabremos
La estraña sinrazon del mal que vemos.»
Dijo, y ambos con blando sentimiento
El suyo templan á la mora bella,
Que en triste son, y doloroso acento,
Quejas envia á su enemiga estrella,
Pidiéndole si sabe el fundamento
De tal crueldad; á quien con llanto ella,
Entre desmayos y ansias, sin ver dónde
Ni á quién habla, ó pregunta, así responde:
«¡Ay alma noble y bella, que desnuda
Con tal rigor del rico monte tuyo,
No es mucho que en tu esfera estés en duda,
Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!
¿De qué provecho? ¡ay triste! ¿de qué ayuda?
¿De qué recurso es ya lo que rehuyo?
O ¿por qué temo hacer triste memoria
Del infeliz suceso de tu historia?
¿Qué importa ya en el mundo haber nacido
De justa causa ó pensamiento reo,
Si dejar ya no puede de haber sido

(¡Ay cielos! ¡cómo vivo, si tal veo!)
Del noble Doriscán hijo querido?
Esposo, vida, luz, alma, deseo,
Nombres mas propios son de tí, mi cielo,
Que el que heredaste de Dedran tu abuelo.
En las montañas de Oca fuiste ilustre,
Y á España fueras único heredero,
Si como la fortuna te dió el lustre,

Te diera, pues fue tuyo, el cetro entero:
¡Oh hermoso Dedran! que aun el deslustre
De la muerte no llega á volver fiero
Ese bello semblante, cuya suerte
Mi vida solia ser, y es ya mi muerte.
¡Oh cruel Zamail! viejo tirano,
De pecho avaro, y corazon hambriento,
El santo cielo abrase de su mano
Con rayo ardiente tu ánimo sangriento:
Deste fue Harpalí mozo liviano,
Hijo de infame y bajo nacimiento;
Y él del reino de Nájera confuso
Bastardo rey por tiranía intruso.
Puso el liviano Harpali los ojos
En mi mal conocida hermosura,
Y ciego en el correr de sus antojos,
Todo su amor paró en mi desventura:
Yo que siempre dí el alma por despojos
A la beldad desta mortal figura,
Y con nombre de esposo ya gozaba
El bien que el cielo y tierra me envidiaba:
Cansábanme imprudentes pretensiones
De un fantástico bárbaro arrogante,
Que en tiranas y locas presunciones
Se daba á todos gustos por bastante:
Tuvo con mi Dedran varias pasiones
De envidia y zelos, que uno para amante,
Y el otro para enfados, ambos fuistes
Los que mas destos géneros tuvistes.
Fue el suyo siempre azar de nuestro gusto,
Y universal enfado de la gente,
Hasta que á su soberbia el cielo justo
La pena dió y castigo suficiente:
Del duro tronco de un moral robusto,
Que hacia del real jardin sombra á una fuente,
De mi esposo en la ilustre casa ufana
Colgado le halló el sol de la mañana.
O ya fuese á ofender las nobles canas
De Doriscán en su gallarda hija,
O que con pretensiones mas profanas
Amor el gusto y el deseo aflija;
Al fin cuando del cielo en las ventanas
La alegre aurora al mundo regocija,
Colgado apareció de un moral, hecho
A ver muertos amantes sin provecho.
Nunca se supo de la justa muerte
La causa justa, ni la heróica mano,
Por mas que del rey fiero el brazo fuerte
Quiso y trató de averiguarla en vano;
Y aunque unos de una y otros de otra suerte
La atribuyen al cielo soberano,
Siempre el tirano rey tuvo querella
De ser mi amado esposo el autor della.
A sangre y fuego destruyó la casa,
Que ya fue honra y amparo al reino todo,
Y al noble Doriscán entre la brasa,
Que de sus techos de oro andaba á todo:
Prendió á su bella hija, y tan sin tasa
La ira se desmandó, y creció de modo,
Que á nadie perdonó, solo mi esposo
Huyó escondido el golpe riguroso.
Salió huyendo de la patria amada,
Y yo, del fuego que en mi alma ardia,
Tras él como á mi esfera, arrebatada
En dulce trueco di cuanto en mi habia:
Hacienda, vida y honra rematada,
Que todo en él cumplido lo tenia;
Y que mucho trocar en este modo
Uno por mil, si aquel lo encierra todo.
De sierra en sierra huyendo, y valle en valle,
Dos cuerpos trajo amor á esta ribera,
Donde unos breves dias en gozalle
Ya fue del cielo de mi gusto esfera:
Aquí fortuna á esta florida calle
(¡Quién tal pensara! ¡ay Dios!) porque en flor muera
De su cruel mano, entre el sombrío luto
Mi bien sembró, y cogió la muerte el fruto.
Dos veces ya los argentados cuernos
Con tibio oro bañó la blanca luna,
Y tantas de la Estigia humos eternos
La hicieron esconder sin lumbre alguna,
Despues que en mirtos y cristales tiernos,
Huyendo los rigores de fortuna,
La vida que hoy en lágrimas se acaba
En sabrosa quietud de amor pasaba.
O en diestras flechas los ligeros gamos
Volviendo alegre presa á nuestro gusto,
O con fingido silbo en los reclamos
Contrahaciendo un dulce engaño al justo,
O ya aliviando los pesados ramos
Del dulce fruto, ó con tirar robusto
Blanco venablo ardiente al bosque umbroso,
Tendiendo al suelo el jabalí cerdoso:
O en dulces lazos ¡ay de mí! ceñida
Por premio á mil trabajos la garganta
Del malogrado esposo, que sin vida
Los ojos que antes dió regalo, espanta:
De seis verdugos hecho un homicida,
O ya traicion de entre esta inculta planta,
Por vengar de Harpali la infeliz suerte,
Sin culpa dieron á mi vida muerte.
¡Ay cielos! ¿qué es posible que ya al mundo
No vive?...» y sin poder pasar delante,
El alma llena de un dolor profundo,
A dejarla de él libre fue bastante:
Y el pecho, que en amar fue sin segundo,
Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,
Siendo del *vive* el último suspiro
Puerta del alma, y de la muerte el tiro.
Acudió por valerle la doncella,
Creyendo ser desmayo el de la muerte;
Y hallándola sin vida, huyó della,
Asombrada de fe y amor tan fuerte:
¿Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,
Aunque á verla el Neron del mundo acierte?
Bernardo, y su amorosa compañera,
Ambos lloran allí de una manera.
Y al pié del risco, al margen de la fuente,
En flores dieron pobre sepultura,
A los que merecio su fuego ardiente
Sombra piramidal de insigne altura:
Y de la altiva peña en lo eminente
Puso el noble Bernardo esta escritura:
«A dos cuerpos dió amor tierra tan breve,
Séales él favorable, y ella leve.»
Y habiendo toda la siguiente tarde,
Con las tinieblas de la noche fria,
Hecho de su esperanza un rico alarde,
Por si su premio cual quedó volvia:
Viendo que ya en la nueva lámpara arde
De la aurora la luz del tierno dia,
Determina buscar la oculta dama,
O por el rastro suyo, ó de su fama.
Algunos dias á terminos contrarios,
Llevados de uno en otro desatino,
Por sendas fueron y caminos varios,
Y á las veces sin senda ni camino;
Cuando uno por huir senos voltarios,
Que un ancho arroyo hace cristalino,
Dos caballeros al salir de un monte,
La blanca ceja abrió del horizonte.
Juntáronse en el llano, y preguntando
El gallardo español por la que adora:
«Señor, respondió el uno suspirando,
Bien os diré del que buscais ahora,
Que pudiera hacer suyo peleando,
Cuanto hay de adonde estamos á la aurora;
Mas su mismo valor, y alma atrevida,
Antes de tiempo le quitó la vida.
En rastro de seis moros caballeros,

De quien habia un agravio recibido,
Deste prado á los árboles postreros,
Que ya testigos de su esfuerzo han sido,
Pedazos hechos en sus golpes fieros,
Su victoria cantó el laurel florido,
Que al fugitivo Tormes acompaña,
Y él de frio cristal sus troncos baña.
De allí á ver el castillo de la fama,
Que hoy tan grande la tiene en esta tierra,
Su altivo brio y presuncion le llama,
Con lo que entre su ardiente seno encierra:
Probó del fuego azul la rubia llama,
Tragólo entre su luz, tembló la tierra,
Y enterrado en su báratro profundo,
Hasta hoy le espera en su combez el mundo.
Tres dias dudando de la adversa suerte,
Restituido esperamos verle al valle,
Y tantos nos dió lástima su muerte,
Aficionados de la traza y talle:
Mas con mago furor no hay pecho fuerte,
Por demás pienso que es, señor, buscalle;
Si dais fe entera á la verdad que os digo,
Bien desde aquí os podreis volver conmigo.»
«En nada, respondió el discreto godo,
De cuanto me habeis dicho pongo duda,
Que á su valor y al vuestro es creible todo;
Mas si á un pecho valiente el cielo ayuda,
Yo dudo que sea muerto de ese modo,
Lo que tambien vuestro discurso duda,
Que las fingidas sombras del encanto
No llegan mas que á un aparente espanto.
Son huecos personajes, cuya saña
Asombros forma de amasado viento,
Que solo con temor fingído engaña,
Y hace aparente y falso movimiento:
La vista sola con su humo empaña,
El sentido suspende, y el aliento,
Y lo demás lo acaba á poca pena
La fortuna del astro á quien se ordena.
Y así por ver si en esto me acomodo
En algo á la verdad con vuestro gusto,
Saber querria deste caso el todo,
O lo que dél tuviéredes por justo;
Que aunque para probarlo no haya modo,
Ni en mis venas aliento tan robusto,
Ni en verlo siento riesgo, ni me ofusco
En ir allá á buscar al que aquí busco.»
«Señor, dijo el guerrero de la selva,
No lejos del raudal deste ancho rio,
Que su florida juncia y grama enselva,
Como por aquel bosque veis florido,
Un pequeño collado hace que vuelva
En rosca de cristal el suyo frio,
Y besándole el pié sus flores ata
Con blandos grillos de bruñida plata.
Allí, ó sea del hado, que encubiertos
Al ciego mundo sus secretos tiene,
O que de Clemesín á estos desiertos,
Y á su cueva en antigua herencia viene,
Un muro altivo, cuyos gajos yertos
Las huecas nubes el menor sostiene,
Al aire claro, y á la luz del mundo,
Poco ha que en Tormes lo parió el profundo,
De cien torres altísimas cargado,
Que en torno hacen gemir el corvo suelo,
Sin otras diez, que en cuello levantado
De en medio suben á escalar el cielo:
Mas la que vuela en chapitel dorado,
Así á las huecas nubes tiende el vuelo,
Que no hay garza que tanto se abalance,
Ni vista que le alcance á dar alcance.
De hermosas rejas con balcones de oro
El infinito ventanaje crece,
Á quien si de la luz llega el tesoro,
Con su vivo brillar desaparece:
De vario jaspe, y de metal sonoro,
El amasado muro resplandece;
De rojo bronce las grabadas puertas,
De corvas puntas aceradas yertas.
Las altas torres con relieves varios,
De almenas coronadas y molduras,
De real stuco sutil lazos voltarios,
De alegres contrapuestas ligaduras;
Y en columnas de mármoles contrarios
Huecos globos, bellísimas figuras,
Que en pompa adornan, puestos por niveles
El peso á los bruñidos chapiteles.
De noche esta gran máquina embestida,
De claras y encendidas luminarias
Ardiendo toda en torno, convertida
Se muestra en sombras de colores varias,
Y en diverso matiz de luz ceñida
Forma en el hueco viento iris contrarias,
Como si su confusa pedrería
El jaspe fuera que la Scitia envia.
Por las soberbias torres sus almenas
Bellos cercos componen y guirnaldas,
De varias luces de colores llenas,
Rojas, verdes, de azul, carmin y gualdas,
Contrahaciendo al brillar luces serenas
Mil zafiros, topacios, esmeraldas,
Amatistas, rubíes, perlas, diamantes,
Y otras nuevas bellezas semejantes.
La altiva puerta en quicios resonantes,
Que el limpio muro en firme bronce embebe,
De ardientes llamas da pasos triunfantes,
A quien pasarlos sin quemar se atreve;
Por donde invictos ánimos, bastantes
A heróicas obras, se ha tragado en breve
La máquina voraz, y últimamente
Tragó el guerrero que buscais valiente.
Sobre la mayor torre, hueca masa
De rojo fuego en claridad difusa
El aire enciende, y el contrario abrasa,
Y en luz eterna la tiniebla escusa:
Cual si del limpio sol la ardiente brasa,
Que alegre hace la sombra mas confusa,
De un peñasco en la cumbre se pusiese,
Donde mejor tocada y vista fuese.
Esto es lo que de fuera se halla y mira;
Lo que en su oculto seno se describe
¿Quién lo podrá decir? ó ¿á qué fin tira
El gran saber que en sus cavernas vive?
Sobre un padron de bronce, cuya mira
A lo de dentro apunta y apercibe,
Estas palabras, y estos versos muertos,
En oro están como vereis abiertos:
«Labrado fue para el mejor del mundo
Este ardiente castillo de la Fama,
El que se hallase en el lugar segundo
No pruebe entrar por la encendida llama;
Que del tesoro que hay en su profundo
Por su dueño al mejor del mundo llama,
Como á la rica fuente de quien viene
La nobleza mayor que España tiene.»
Esto es, señor, lo que al castillo toca,
Que desta sierra le hallareis vecino;
Pero si á verlo su beldad provoca,
El probarlo parece desatino:»
Dijo, y á ver la celebrada roca
Bernardo alegre prosiguió el camino,
Despues de haberse en término debido
Del cortés caballero despedido.
Con nuevos pensamientos, que el cuidado
De la princesa del Catay les puso,
Olfa, y su caballero enamorado,
Del encantado bosque entran al uso:
La una medrosa, el otro desvelado,
Cuando sembrando fue el aire difuso
Por sus ojos la máquina hermosa,

De alegre bulto, y gallardía vistosa.
Las puntas de oro que en diversos trajes
Volando sube el edificio altivo,
Entre huecos y altísimos celajes
Vivos realces parecen del sol vivo:
Crecen los globos, crecen los plumajes,
Y cunde por el aire fugitivo
El real palacio, que á la ilustre cima
De un monte carga da, y al mundo grima.
No probara Bernardo la aventura
Habiendo leido su padron primero,
Sino fuera buscando la hermosura
De quien amor le hizo prisionero;
Que de su noble pecho la cordura
El brio hace humillar mas altanero,
Para que no por verse que es bastante
A la empresa, se pierda de arrogante.
Mas del sin fin deseo arrebatado,
Que allí en tan varios trances le ha traido,
Por la encendida puerta se entró armado,
De su espada y escudo apercibido;
Donde apenas el quicio ardiente, helado
Con diestro pié pisó, cuando encendido
De rojas llamas de oro largo espacio
Su cortorno gimió, y tembló el palacio.
Y no en ronco bramar de horrible estruendo
Cual los demás guerreros recibia,
Mas todo en nueva hermosura ardiendo
Vuelto se vió en suavísima armonía,
Que en las doradas bóvedas rompiendo
Los resonantes ecos, parecia
Que el mundo allí de todas sus regiones
El contento lloviese en varios sones.
Con esta salva, de un florido espacio,
Que en siete arcos triunfales se estendia,
Del acerado muro al real palacio
Pasado el singular guerrero habia:
Llegó en música al patio, en que el topacio
De oro ardientes relámpagos bullia,
Y el tiempo se trocó, cerróse el muro,
Manchando el claro cielo de aire obscuro,
La hueca nube de su claro seno
De cruel fuego llovió rojo granizo,
Que el acerado arnés, cual seco heno,
Sobre el real cuerpo le abrasó, y deshizo:
Quedó de ciego humo el patio lleno,
Y él sin las armas que Vulcano hizo,
Cuando entre el humo y el granizo de oro
Los cuernos vió salir de un fuerte toro.
Pudiera, si le hallara descuidado
Ponerle á un golpe la victoria en duda
Mas en su ligereza confiado
El encuentro huyó, y con él se anuda:
Firme el toro resuena en lo enlazado
De la techumbre de oro no desnuda
El grueso aliento, que á la obscura loma
Del soberbio animal Bernardo doma.

ALEGORIA.

En Garilo, que habiéndole Bernardo librado de la muerte le hurta el caballo y la espada, se pinta el dañado pecho de un ingrato, que con ningun beneficio pierde su dañada inclinacion; y en los dos paladines vencidos, cómo sabe Dios humillar á los soberbios, cuando mas confiados y al parecer insuperables van en su ambicion y soberbia. En la muerte de Garilo se ve, cómo casi siempre los malos tienen por verdugo á su misma culpa, hasta morir á sus manos. En Bernardo, que encuentra á Olfa llorando un cuerpo muerto, y habiéndole dado sepultura se va en seguimiento de Arcangélica, se muestra cómo el que va tras su venganza, se le ofrecen al camino mil espantosas ocasiones, que con su horror procuran atajarle los intentos; y él, corriendo siempre tras su deseo, por todo pasa, sin reparar en nada.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

Argumento. Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes, y trecientos caballeros de su linaje que le acompañan para ir á la córte de su tio el rey Casto. Hallanse Morgante y Orimandro en Africa; cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules.

Ya entre los cuernos de un furioso toro,
Al resplandor del fuego que salía
De la encendida masa, ó globo de oro,
Que en medio el aire de aquel patio ardia,
Del gran Bernardo el anhelar sonoro,
El turbio y negro viento ensordecia,
Y al gemir ronco de ambos duros pechos,
El eco suena en los dorados techos.
Hizo firme hincapié la honra de España
En el de una coluna, y revolviendo
Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,
Rodando el uno fue, y ambos cayendo:
El hueco patio de grandeza estraña
La obscura boca abrió de un pozo horrendo,
Que ambos á un tiempo en observados puntos
De un aspecto infeliz los tragó juntos.
Así en las playas del tiznado infierno
Si algun peñasco horrible se desgaja,
El agua salta; suena el lago Averno,
Y de amarilla espuma y pez se cuaja:
Suenan los bosques, que en silencio eterno
Del mundo guardan la mortal baraja,
Asombrando los árboles vecinos
Sus negros espumosos remolinos.
Resurtió el agua fuera con bramidos,
Y por la sima obscura, y sus taladros,
Vomitó el suelo globos encendidos,
Y dió el aire tristísimos baladros,
Truenos confusos, roncos estallidos,
Que el blanco estuco en los sutiles cuadros
Temblar hicieron, y pensar si habia
Llegado el mundo á su última agonía.
Cundió confuso el espantoso estruendo
Por las cavernas y techumbres de oro
Del hueco alcázar, que del son horrendo
Temblando el muro está en gemir sonoro;
Y el gallardo español, que al ir cayendo
Se dió por muerto, al despeñarle el toro
Al lago obscuro, así perdió el sentido,
Cual si en las ondas diera del olvido.
No volvió en sí, ni pudo en largo rato,
Suspenso al delirar de un dulce sueño,
Que en caricia amorosa, y tierno trato,
De un rostro alegre el pecho zahareño
Un noble gusto le vendió barato,
Y de un rico tesoro le hizo dueño,
Trocado en bella dama el fiero toro,
La laguna en cristal, la sima en oro.
Ni fue todo quimera lo soñado,
Que vuelto en sí de la pasada riña,
No con un toro se halló abrazado,
Mas á una tierna y delicada niña:
Sobre alfombras y telas de brocado,
De aljofar y diamantes cada piña,
En rica cuadra y aposento hecho
De jaspe el muro, y de alabastro el techo.
Cercada de doradas vidrieras,
Que le sirven de bellas luminarias,
Por donde el rosicler de mil maneras
El aire tiñe de vislumbres varias,
Y los rayos y luces verdaderas,
Que forman del cristal iris contrarias,

Quebrándose en el oro y pedrería,
Añaden luz á la que saca el dia.
Hurtan sus miradores y ventanas
Suaves olores de un jardin ameno,
Que de rosa y clavel manchas tempranas
De agradables guirnaldas le hacen lleno:
Prende el olmo gentil parras lozanas,
La grama trepa por el verde heno,
La yedra por los muros, y las flores
El aire y suelo manchan de colores.
De las arpadas lenguas la armonía
Con que alegran los árboles el viento,
Al contrapunto que al romper del dia
La luz al mundo vuelve su contento,
Nueva hermosura da, nueva alegria
Del rico cuarto al agradable asiento,
Con los tiernos redobles que al canario
El ruiseñor alienta el tiple vario.
Era en cien pasos de contorno hecho
De alegre jaspe y firme arquitectura,
De oro y verde nielado el blanco techo,
Que las estrellas busca con su altura:
Y entre realces de estuco trecho á trecho
Primores de pincel y de escultura,
Y en rasguños, bosquejos y perfiles,
Escorzadas sin luz sombras sutiles.
Bernardo que domando un fiero toro
Se vió en los lances de su agudo cuerno,
Y libre ahora en el regazo de oro
De una tierna beldad de un mirar tierno,
Admirado de hallar gusto y tesoro,
Donde encontrar pensó pena é infierno,
Así con suspension y regocijo,
Alegre vuelto á la doncella dijo:
«Grandes son los milagros desta casa,
Grande el saber que los trazó, y los hizo,
Sus techos de oro, su encendida masa,
Su horrible sombra, su áspero granizo;
Mas lo que á todo junto escede y pasa,
Y la primera admiracion deshizo,
Es el placer y gusto que retoza
Por esta alegre cuadra, y quien la goza.
Y tú, bulto gentil, luz peregrina,
O seas diosa inmortal, ó sombra humana,
Si huele á humano cosa tan divina,
Si es de la tierra luz tan soberana,
Ora de honor mortal, ó inmortal dina,
De eterna vida, ó de caduca y vana,
Dime ¿á cuál dios le debo deste templo
El bien que gozo en él, y en tí contemplo?
¿Qué deidad rige, qué virtud alumbra
Estas cuevas y sótanos del mundo,
Cuando les falta el oro que relumbra
Siempre en tus sienes, y ahora en tu profundo?
Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,
Y de valor le da el lugar segundo,
¿De qué esmero de gloria, de qué cielo
Amor le hizo para bien del suelo?»
Dijo el leonés, y la beldad gallarda
Compró unos nuevos bellos arreboles,
Que el temor le labró, que le acobarda,
En ambas las mejillas sendos soles:
Al fin con voz medrosa, y lengua tarda,
Haciendo el rostro varios tornasoles,
«Toda, dijo, señor, esta armonía
Es solo un medio á la ganancia mia.
Hércules hizo esta espantosa cueva,
Y en ella enterró vivo un agorero,
Al sabio Clemesí, que en luna nueva
Via todo junto el mundo venidero:
Cuyas cenizas por bastante prueba
Esta urna guarda de bruñido acero,
Y parte de su espíritu esta sala,
En lo que al tiempo por venir señala.
Era en los Carpios de Africa nacido,
Y del antiguo origen de su tierra,
Por mayor gloria el suyo dió añadido
A esta que ahora su sepulcro encierra:
De aquí el Carpio nació, cuyo apellido,
Si el gran saber de Clemesí no yerra,
Será por las hazañas de tu mano
Mayor que el Uticense y Africano.
Prendióle Alcides, y enterróle vivo,
Porque en supersticiosa hipocresía,
O con alma envidiosa, ó pecho altivo,
Estorbar sus grandezas pretendia:
Y como al claro Betis fugitivo
A Sevilla usurpó, tambien queria
A Tormes impedir con sus conjuros
De Salamanca los insignes muros.
Llegando Hércules libio á las riberas
Del fresco Betis, que en templado cielo,
Entre las flores dan fuentes parleras
Blando ruido y cristal al fértil suelo,
Fundar quiso á las gentes venideras
Ciudad que fuese á su valor modelo,
Cuando el astuto y envidioso mago
Con un conjuro lo estorbó aciago.
Pasó el hijo de Osiris belicoso
Su reino á Italia; Hispal entretanto
Con el paterno brio al pueblo honroso
Felices muros dió, y principio santo:
Volvió de Tuscia el capitan famoso,
Y del frio Tormes en el rico manto
Otro pueblo trazó, y el sabio en vano
Quiso segunda vez irle á la mano.
Sabía por su astronómica esperiencia
Destos dos sitios en el mundo raros,
Que de aquel en anmentos de excelencia,
Grandeza, magestad, y hechos preclaros,
Y deste en letras, santidad, y ciencia,
Al mundo con la luz de ingenios claros
Nacerian mas Hércules y Apolos,
Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.
Y envidioso que Alcides de su mano
En la tierra dejase tal memoria,
La primer poblacion le estorbó ufano,
Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria:
Mas porque pretendió tambien en vano
La segunda impedir, es firme historia
Que aquí le enterró vivo y deste agüero
A Salamanca dió nombre primero.
Es tradicion que en los antiguos años,
Que á Clemesí esta cueva tuvo preso,
Sin dar recurso á sus presentes daños,
Ni destos montes sacudir el peso,
Puntos en su saber alcanzó estraños,
Labró esta sala real, y en ella impreso
De los futuros siglos un discurso,
Que al mundo iguala en duracion su curso.
De España las grandezas mas notables
Al venidero siglo y al pasado,
De gurbios y pinceles admirables
Es cuanto está en contorno dibujado:
Sus reyes, sus monarcas, sus afables
Príncipes, sangre, magestad, estado,
Graves sucesos, reales sucesiones,
De ilustres casas, de ínclitos varones.
Mas donde el sabio mágico dispuso
El punto echar, y de su ciencia el resto,
Donde mas fuerza de planetas puso,
Y el cielo á su intencion halló mas puesto,
Fue en aquel rico espejo, en quien difuso,
Con mágicos carácteres compuesto,
A los ojos dejó un discurso entero
Del mundo que pasó, y del venidero.»
Así dijo, y tomando por la mano
Al regalado jóven se levanta,
Y al fiel cristal, que del tesoro humano
La mas antigua muestra y rica planta.

Con él se va, y en modo cortesano,
«Aquí, dice, señor, se encierra cuanta
Nobleza y sangre ilustre España encierra,
Y de la tuya heredará su tierra.»
Era el valiente artificioso espejo
De medio globo en proporcion ovado,
De alto diez codos, de cristal parejo,
En firme y rica tarja relevado,
Donde el diestro buril del sábio viejo
Excedió al pensamiento mas delgado,
Pues siendo de oro y pedrería gran parte,
A toda la materia vence el arte.
Así en tan nueva perspectiva hecho,
Que salir de su centro parecia
Un movible escuadron, que trecho á trecho
Por el lustroso alinde se estendia;
Y aunque en espacio de compás estrecho,
Puesto en tales diámetros, que hacia
En la mas firme vista la figura
De entera proporcion y hermosura.
Ahora el techo y distancias de la sala
En tal aspecto y reflexion tuviese,
Que cuanto en ella por adorno y gala
El pincel puso en su cristal se viese;
O el arte allí á lo natural iguala,
O con cercos su artífice fingiese
Bullirse tras la clara vidriera
Encantadas figuras de oro y cera:
En él se vian notables hermosuras,
Gusto á los ojos, y al sentido espanto,
Y por su limpio seno las figuras,
Aunque muertas, moverse por encanto:
Y en bellos ademanes y posturas
Dar deleite á la vista, y entre tanto
Que Bernardo lo goza desde afuera,
La dama prosiguió desta manera
«Antes de declarar las maravillas
Que este cristal en su artificio encierra,
Cual en lengua sutil supo decillas
El que me trajo á conocer tu tierra,
Desde las paflagónicas orillas
Donde nací, y me dió la primer guerra,
Con mil dudas y asaltos al deseo,
El gusto de la gloria que poseo:
Contarte quiero el espantoso enredo
Por donde amor me trajo á conocerte;
Perdone el pundonor, que ya no puedo
Mas encubrir el bien que gozo en verte:
Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,
La suerte varia de mi buena suerte
Me tiene aqui esperando tu venida,
Poco menos que el tercio de mi vida.
Despues que en los ejércitos troyanos
Fue Pilemon con griegas armas muerto,
Y á Paflagonia llena de tiranos
Los Henetos dejaron sin concierto;
Cuando en Italia dieron por sus manos
A Padua muros, y á Venecia puerto,
Un hijo que quedó del rey vencido,
En Asia fue por tal obedecido.
Deste fue nieto Clicio el elocuente,
Que en el boreal Carambe peñascoso
Asombró el mundo, y gobernó la gente,
Que en torno riega el Hales caudaloso:
De aquí Acrisio nació, de aquí Valente,
Y Cenon deste tronco generoso
Fue emperador de Grecia, y deudo suyo
Orontes, que es mi tio, y ayo tuyo.
Sobre las playas que en el Ponto Euxino
Atruena el sonoroso Termodonte,
Y con ruido y curso cristalino
A Farnacia hace muro y horizonte,
De mi padre fue el reino mas vecino,
A quien su infiel hermano Anfimedonte
Mató á traicion, y con injusta guerra
Por rey se alzó de la usurpada tierra.
Quedé yo sola y niña al riesgo puesta
De la violenta espada del tirano,
De donde me libró, y me puso en esta
Gruta, de Orontes la prudente mano,
Con firmes esperanzas, que dispuesta
Mi causa por el cielo soberano,
Libradas me trairia el bien de verte
Ricas mejoras de ventura y suerte.
A este fin me ha traido aquí escondida,
Y en muchas veces que de tí me hablaba,
De tu valor, tu sangre, y tu venida,
El gusto con sus cuentos me endulzaba:
De tu real sucesion la no vencida
Grandeza y real progenie me contaba,
Los héroes que de aquella imágen tuya
Al mundo han de salir por gloria suya,
Mas aunque deste espejo soy maestra,
Por lo mucho que en él me habló mi tio,
Aquel nuevo escuadron que allí se muestra
Nacer de ambos retratos tuyo y mio,
Y ocupada de cetro real la diestra,
Es traslado aquel jóven de tu brio,
No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea,
Hasta que mas probables causas vea.
De estotra sucesion de sangre ilustre,
Que trae de tantos reyes su corriente,
Y de tu pecho hereda un nuevo lustre,
Como del claro sol el fresco Oriente,
Que sin que le carcoma ni deslustre
La polilla del tiempo esa creciente,
Por mil siglos dará su heroica rama
Príncipes dignos de gloriosa fama:
De esta si te diré lo que aprendido
Me dió el deleite de prolijos años;
Oye, leonés, el cuento nunca oido,
Y los sucesos en grandeza estraños,
De los que el español reino perdido
Librarán de mil riesgos y mil daños,
Y con prudencia y fortaleza entera
A su opinion le volverán primera.
Aquí verás, y no de industria mia
Fingida historia, mas del justo cielo
Ricos favores que á tu España envia,
Que á sus castigos sirvan de consuelo,
Que aunque hoy está cual ves su monarquía,
Tiempo vendrá que de su santo celo
Gobierno y leyes tomen en una hora
Los que el ocaso habitan y la aurora.
Aquella gran princesa de Colonia,
Que hace á tu imágen dulce acogimiento,
Cuya caricia y tierna ceremonia
A ti causa placer, y á mí tormento,
Rayo es de aquel valor que en Macedonia
A Julio César puso atrevimiento,
De acometer con pecho furibundo
La empresa que le dió señor del mundo.
Yo digo de aquel ínclito Crastino,
De Viriato ilustre descendiente,
Por quien tambien despues lo fue Turino,
En lengua y manos bravo y elocuente:
Este en el fiel ejército agripino
Por hijo tuvo un capnan valiente,
Que á Colonia le dió campos seguros,
Y sobre el reino levantó sus muros.
Destos príncipes fue Astirán caudillo,
Que á los Elvecios trajo arrinconados,
Y el que á los Hunos defendió el castillo
De rota puerta y muros arruinados;
Y el valiente Alencastro, que un portillo
Libre solo guardó á tres mil soldados,
Y su valor y nombre dió en herencia
A esta insigne é ilustre descendencia.
Deste gran duque es digna sucesora
La que hará alegres tus felices años,

Despues que la francesa y gente mora
De esa espada á tus piés llore sus daños:
Cuando tu ingrata patria burladora
A tu padre te niegue, y los estraños
Te ofrezcan cetro de oro, y real corona,
Llamados del valor de tu persona.
Entonces ya cansada de mudanzas,
Y de trazarte agravios y desdenes,
Trocando la fortuna las balanzas,
Con este bien te colmará de bienes;
Y en legítima union, si á verlo alcanzas,
Un dulce nieto te dará en rehenes,
Que á Asturias volverá tu casa ilustre,
Dando á Flandes envidia, á España lustre.
Aquel blanco aleman, que resplandece
Cual nuevo Marte en las moriscas lides,
En quien tu sangre y tu valor florece,
Con los roeles del gentil Persides,
Si ya no es sueño cuanto aqui parece,
Tu nieto espera ser Nuño Belchides,
Y esta su esposa, hija del que apenas
A Burgos reformó, y vistió de almenas.
Vesle allí en Peñalonga disfrazado
Con bordon y esclavina de romero,
Que á visitar de Cristo el primo amado
Bajó á Galicia, y quiso ver primero
El claustro, en que estará depositado
Tu cuerpo real al siglo venidero,
Dando de una alta fe y nobleza indicios
Su católico voto y sacrificios.
Aquel que allí le espera, para dalle
Su condado y su hija en casamiento,
Y con nudo legítimo obligalle
Que haga en su primera patria asiento,
Es don Diego Porcelos, que en su talle,
En su eleccion, y grave entendimiento,
Representa un monarca, y en Castilla
El supremo gobierno, y primer silla.
Estos dos, que en braveza y hermosura
A la española vencen y alemana,
En quien tu sangre gótica mas pura
Corre, que en el Oriente la mañana,
Dos nietos suyos son, Nuño Rasura,
Juez de la real grandeza castellana,
Del conde Hernan Gonzalez digno abuelo,
Luz de Castilla, y norte de su cielo.
Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre
De aquel que lo será de siete infantes,
Que á la sangre de Lara han de dar lustre,
Y la suya á mil riesgos importantes;
Y sin que envidia y muerte les deslustre,
Esta masa de estrellas radiantes
Héroes serán, cuya gallarda saña
Miedo á Libia dará, y honor á España.
Mas ¿qué valor habrá en su monarquía,
Que del suyo no tome su creciente?
¿Qué armas, qué antigüedad, qué hidalguia,
Qué casa, qué solar, qué honor, qué gente?
Querer contar su número, seria
Medir á puños de agua la corriente
De Tormes, de ambos polos las estrellas,
Y los gustos que amor contempla en ellas.
Que todo aquel vellon, neblina ó velo,
De sombras y de luces marañado,
Como en el lácteo círculo del cielo
Los globos de oro, de que está amasado,
Serán estrellas del iberio suelo,
Si el tiempo les da luz, y vuelo el hado;
¿Quién bastará á contar su muchedumbre,
De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbre?
Solo hasta aquel mancebo generoso,
Que un Júpiter parece entre sus dioses,
Cuyo ademan gallardo, y brio airoso,
Temo que á remedar apenas oses;
Aquel que en freno de oro poderoso
Un mundo afable hará, y que tú reboses,
En virtud de ser él tu descendiente,
Por las bocas y lenguas de la gente.
Hasta él, y su retrato, donde el arte
Lo vivo escede en magestad y gloria,
En mi discurso irá, por no cansarte,
De tu real sucesion la grave historia;
Donde podreis oir, y yo contarte,
Del mundo lo mas digno de memoria,
De la fama un crisol, de España un muro,
Y de tu sangre el rosicler mas puro.
No pasaré de allí, porque en los años
Que la luz de este sol naciere al mundo,
Desagraviada España de sus daños,
Ya el siglo de oro gozará segundo:
Y arrojando de si yugos estraños,
Desde el francés distrito al mas profundo
Volverá á su primera monarquía:
Oye pues lo que Orontes me decia.
Aquel que niño entre los niños nobles,
Cual perla va entre aljófares menudos,
De cuya fama los acentos dobles
Oirán los sordos, y hablarán los mudos;
El que á Junquera de los duros robles
Por trofeos colgará nuevos escudos,
Y á España dará un brazo, que en el mundo,
Ni en valor tiene, ni tendrá segundo;
Es Don Gonzalo, hijo de Rasura,
Y dél el conde Hernan Gonzalez hijo:
Y aquella alegre tierna hermosura,
De la alma y de los ojos regocijo,
Su hermana y tia, de los dos hechura,
De un cielo sabio, permanente y fijo;
Esposa de Lain Calvo, y primer fuente
De reyes sabios, y de un Cid valiente.
Hijo suyo será el que allí parece
Poblando á Peñaliel, y haciendo ufano
El venturoso siglo, en que florece
Brazo tan noble, pecho tan cristiano:
Y este que ahora entre las armas crece,
Y con su orgullo menguará el pagano,
Biznieto vendrá á ser del rey Bermudo,
De Africa espada, y de Castilla escudo.
El que de Castro Anzures, y de Osorio,
Las reales sangres juntará en un peso,
Es fruto del dichoso desposorio
De Ruy Fernandez, y él de tanto seso,
Que el valor será á España mas notorio
Que en aquel siglo gozará, y tras eso
Ayo de un rey, y defensor sin miedo
De los muros y alcázar de Toledo.
Casará con la bella Estefanía,
De sus dos reyes valerosa hermana,
Cuya fértil y alegre compañía
Rica su casa volverá y ufana:
Será en braveza invicto, en cortesía,
De afable condicion, sincera y llana,
Sin doblez, sin cautela ni maraña,
Que un español, si es noble, nunca engaña.
Dará hecha esta verdad su pecho ufano,
Cuando en Garci Navarro la fortuna
En ciega ambicion haga un golpe vano.
Y otro el saber y fortaleza á una;
Y cuando en lubrical su trato llano
Cautela vuelva el no tener ninguna,
Perdiendo por su leal trato sincero
De un conde la prision, y un caballero.
A este el valor, esfuerzo y gentileza
Heredará don Pedro el Castellano,
Que en Jerez, de los hombros la cabeza
Le quitará á un rey moro, de su mano:
Y contra todo el brio y la braveza
Del pundonor leonés, y el asturiano,
Hará unos baños, y temblar en ellos
Quien se atreviere sin su gusto á vellos.

Deste será hijo el valeroso infante
Alvar Perez de Castro, cuyo lustre
Segunda vez hará que al mundo espante
De Sandoval en él la sangre ilustre:
Valiente Adelantado, que delante
Del suyo no hay valor que no deslustre,
Pues contra todo el campo de Castilla,
De sirgo hará murallas á una villa.
Ha de ser de la bella Irene esposo,
Que á Martos librará de un campo armado,
Y él de Jerez al trance peligroso,
De todos el valor mas declarado,
Formará de Machuca el nombre honroso,
Y á su nobleza un hijo señalado,
A quien un sabio rey su estado entregue,
Antes que á edad madura y sazon llegue.
A dejar de dolor el mundo lleno
Con su temprana muerte, tendrá vida
Don Pedro, que cual flor en valle ameno
Su juventud se pasará florida:
Cuya falta guiará el curso sereno
Desta real descendencia esclarecida
A Don Fernan Ruiz, segundo hermano
Del príncipe don Pedro el Castellano.
Sobrino suyo, hijo del que digo,
Don Gutierrez será el descalabrado,
Que á Toroño del bando su enemigo
Recobrará con parte de su estado:
Y el rey por deudo, ó por afable amigo,
O porque al tronco vuelva tu condado,
Con el aplauso general de España
En nuevo feudo le dará á Saldaña.
Seguirle ha don Fernando, que en Galicia
Cobrará de su antiguo patrimonio
A Sarria y Lemos, siéndole propicia
La bella Emilia en dulce desposorio:
Despues que muestre en la áspera milicia
De Africa con bastante testimonio,
Que él de trofeos la ha de hacer mas llena,
Que el aire y sol de palmas y de arena.
Deste brio, y la sangre de Mendoza,
Nacerá un don Esteban, para estrago
Del bárbaro feroz, que ahora goza
De España el reino, y de fortuna el pago:
Y si este siglo de oro se remoza,
Pertiguero mayor de Santiago,
Y adelantado se verá en Galicia,
Yerno de un rey, y rey de la milicia.
El que de una bellísima Violante,
Del rey don Sancho el Bravo hija amada,
Allí es esposo noble y tierno amante,
Y en paredes la mas temida espada,
Es don Fernando; y el que al ir delante
En esfuerzo y braveza no igualada
Queda único, don Pedro de la guerra,
Marte español, si Marte hay en la tierra.
Tendrá dos hijas reinas valerosas,
Una de Portugal, y otra en Castilla,
Y él por su brazo y fuerzas poderosas
En Lerma y Peñafiel la primer silla:
Dará en Tarifa heridas espantosas,
En Badajoz asombro y maravilla;
Mas es mortal, y aunque su nombre admira,
Al fin vendrá á morir en Aljecira.
Ya deste origen tomarán corriente
De Arrayo los dos condes lusitanos,
Aqui los del Villar su noble fuente
Llena de sangre real verán ufanos:
Y aun deste mismo tronco, y su creciente,
Arboles nacerán tan soberanos,
Que el mundo dellos cuelgue, y de su hebilla
La real corona y cetro de Castilla.
Deste don Pedro es hijo aquel Fernando,
De dos reyes cuñado, y de otro yerno,
Que su lealtad primera sustentando,
En Anglia heredará renombre eterno:
La que el mundo tras él está admirando,
Con su brio gallardo y mirar tierno,
Su bella hija Isabel, y aquel su esposo,
Gran conde, y condestable poderoso.
El que allí duque espera ser de Arjona,
Y en Peñafiel tener prision y entierro,
Cuando de luto cubra su persona
El mismo rey que le prendió por yerro,
Hijo de los dos es, y esta matrona
(Si de Orontes los cómputos no yerro)
Doña Beatriz, que en dulce desposorio
Dará su sangre real á la de Osorio.
El que allí de ambas por igual florece,
Y en la santa conquista de Granada,
Entre grabado acero resplandece
De sangre llena su invencible espada,
Es don Rodrigo, y la que dél parece
Que el brio toma y magestad prestada,
La segunda Beatriz de Osorio y Castro,
Digna de mil estátuas de alabastro.
Aquel real Lusitano es su marido,
Y la beldad que su sitial rodea
Doce príncipes, fruto enriquecido
De cuanta humana gloria se desea:
Dejo el primero, que será escogido
Para que toda junta suya sea,
Dos prelados de Cuenca y de Sevilla,
Gloria de Portugal, luz de Castilla.
Aquel comendador mayor de Cristo,
Que aun desde ahora alegra su esperanza,
Las dos bellas duquesas que ya has visto
Allá en Veragua, aquella está en Braganza:
De cuyo cetro el mando mero misto
Hasta los mundos por venir alcanza
Una y otra condesa hermosa y sábia,
Esta en Chanel, aquella en Ribadavia.
¿Quién bastará á decirte las grandezas
Que el sabio destos príncipes contaba?
¿Los triunfos, las victorias, las proezas,
Con que me entretenia y asombraba?
¿Títulos, nombres, señoríos, riquezas,
Que este tiempo á su casa amontonaba?
Será ponerme yo á tratarte dellas,
Contar arena al mar, al cielo estrellas.
Basta en suma decirte, que el que aumenta
Con el de Andrade su famoso estado,
Y un gran marqués de Sarria representa,
De un invencible emperador al lado,
Es don Fernan Ruiz, que en esta cuenta
Bisabuelo es del rayo señalado,
Que allí nos da con su retrato solo
Mas firme luz que en su carrera Apolo.
Hijo suyo será el que en gloria nueva
A los timbres añada de su casa
La ilustre sangre de la antigua cueva,
Que en profundo valor se abrió sin tasa;
De quien saldrá el que en Nápoles dé prueba
De la prudencia con que á Nestor pasa,
Y á Ulises deja atrás en su gobierno,
Y al fiel Acates en piadoso y tierno.
Si á esta real masa soberana junta,
De limpia sangre y rosicler de gloria,
El rico Sandoval la suya ayunta,
De imperio digna, y de inmortal memoria;
La luz vendrá á nacer, á quien apunta
Lo mas florido de una heróica historia
Que el mundo espera, á quien el nombre suyo
Famoso el mio hará, y eterno el tuyo.
¡Oh heróico pecho! en cuyo real semblante,
No un mundo, mas un cielo resplandece,
Con mas glorias que estrellas carga Atlante,
Cuando á su vista el sol desaparece;
De priesa el hado á un bien tan importante,
Y el reino que en el rico abril florece,

De tu valor, sin que jamas falleza,
Cual tú en virtud, así en tus honras crezca.
¿Quién como tú á los mundos donde suenas
Saldrá príncipe y sabio todo junto,
Cuando tu real palacio ser de Atenas
Podrá en graves filósofos trasunto?
Dándole tú, cual nuevo Augusto, llenas
De honra las letras, y al difícil punto
De la virtud con tus heróicos pasos
Subida fácil, y caminos rasos.
Ya veo colgar de tu ánimo prudente
Del occidental orbe el noble peso,
Y en tu grave modestia, y sangre ardiente,
De Marte el brio, y de Minerva el seso:
De tu espíritu altivo y elocuente
En todas facultades el exceso,
Con que así en las materias te adelantas,
Que al sabio admiras, y al soberbio espantas.
Los otros dos que á la una y otra mano
Su gala dejan de grandezas llena,
Y en lo mejor de un mundo cortesano
La suya en agradable aplauso suena;
El uno ha de ser duque Taurisano,
Honor del lacio campo, en que resuena
Con mil dones de su ánimo excelente,
Amor y asombro á la toscana gente.
Del tierno bozo el grave lustre apenas
A su rostro dará sombra y decoro,
Cuando de la una de las tres serenas
El reino enfrenará con riendas de oro,
Y de sus reales obras nubes llenas
De honor enhuecará el clarin sonoro
De la parlera fama, cuyas voces
Tu alegre tiempo eternos siglos goces.
Reducirá con su prudencia sola
A Roma un veneciano arrojamiento,
Cuando en riesgo mayor entre ola y ola
Amenazar parezca un fin violento;
¡Oh á la tusca nacion, gloria española!
¡Quién pudiera el preñado pensamiento
De tus grandezas darle al mundo entero,
Con la pluma en que vences la de Homero!
El otro que ya allí en ginete ardiente
Un español Narciso representa,
Gallardo, brioso, galan, sabio y prudente,
Que ánimo y brio á quien le mira alienta,
Del rico Gelves es conde valiente,
Y la suma feliz desta real cuenta,
Y todos gloria del iberio suelo,
Rayos de un claro sol, soles de un cielo.
Y allí los tres ardiendo en llamas de oro
A vista veo del español monarca,
Mas floridos que el mes que alumbra el Toro
Hacer todos los gustos de su marca;
Donde tambien la mina del tesoro,
Que tal le dará al mundo, alegre enarca
Los graves ojos, para entrar por ellos
Segunda vez al alma hijos tan bellos.
Será sabia Minerva del ocaso
Del real palacio el peso que mas pesa,
Mas ya es tiempo que pase, aunque de paso,
A decirte algo desta real princesa,
Desta nueva deidad, que en cielo raso
Da gloria á quien la mira, y deja impresa
En el alma una fe y amor, que inclina
Y fuerza á darle honor y honra divina.
Querida prenda del valor que ahora
Ves, que en su fama ha de aclarar la tuya;
Mas tan gran magestad, tan gran señora,
¿De quién pudiera ser, sino era suya?
Ser la mayor beldad que España adora,
La que mas gracias y primor incluya,
De sangre real del mundo celebrada,
De un gran duque de Lerma hija amada.
Todo es humilde nombre á su grandeza,
Y la mayor de todas ser esposa
Deste asombro del tiempo, en cuya alteza
La suya halló la esfera en que reposa:
El mundo ofrezca, oh norte de belleza,
Corona eterna á tu cabeza hermosa,
La Arabia incienso, oro el indio adusto,
Los años vida y fama, el cielo gusto.
Siete siglos y medio está distante
Este sol de tu vista y de su Oriente,
Ciento y cincuenta lustros adelante
Vestirá de arreboles el Poniente,
Y su grave prudencia firme Atlante
Será de una encubierta y nueva gente,
Que allá en la otra region del mundo mora,
Y nuestra noche tiene por aurora.
Ayudadme, oh bellísimos retratos,
Que en gurbias de oro por encanto hechos,
Prestais vuestras estátuas para ornatos
Del vario jaspe deste muro y techos:
Celebremos con fiestas y aparatos,
Ya dignos destos dos heróicos pechos,
El bien que en su venida se atesora,
Y en su esperanza alegra desde ahora.»
Dijo la sabia, y en rumor sonoro,
Que al alma sus oficios suspendia,
Con graves arpas cien estátuas de oro
La gloria celebraron de aquel dia:
Quedó absorto Bernardo, ardió el tesoro
Del real palacio en fuegos de alegría,
El castillo tembló, y del nuevo espanto
El mundo al rico peso hizo otro tanto.
Mas luego que en la grave pesadumbre,
Que al corvo monte la ancha espalda oprime,
El resonar del oro en la techumbre,
Y el nuevo asombro con que el bosque gime,
Sosegándose fue, y la clara lumbre,
Que en rayos de oro por el aire esgrime,
Ya el vivo resplandor volvió á su seno,
Y dejó el aire en su quietud sereno.
En el uso perfecto del sentido,
De su resplandeciente arnés armado,
El valeroso godo reducido
Fuera se halló del término encantado;
Donde en el mago espejo entretenido
La corriente feliz contempla al hado,
Y el prevenido vió fruto fecundo,
Que de su sangre real espera el mundo.
Huyóse de la máquina presente
El mágico furor desvanecido,
Y el rico alcázar pareció patente,
De fuerte muro natural ceñido.
De arquitectura y fábrica escelente,
No con perfumes bárbaros fingido,
Mas en mármol y bronce, el jaspe y oro
De firme magestad hacen tesoro.
Por altos patios, y anchos corredores,
Confusa tropa vió de armada gente,
Que con ilustres títulos y honores
Honrando vienen su ánimo valiente,
Tras la anciana vejez, y años mayores
Del grave Orontes, que en saber prudente,
Y en vida allí contemplativa vive,
Y con alegres brazos le recibe.
Tres centurias de ilustres caballeros
Con este ardid juntó el cuidoso anciano,
En sangre godos, en las armas fieros,
Deudos los mas del jóven asturiano,
Lanzando otros cualquiera aventureros,
Que á probar iban el castillo en vano,
La blanda llama entre su humo estraño,
Sin mas riesgo que el miedo del engaño.
Estos con ricas armas en tesoro,
De fina pedreria y luz sembradas,
Y espumantes frisones de sonoro
Nevado freno, y clines alheñadas,

Hiriendo al viento los jaeces de oro,
Y al timble en presuncion plumas doradas,
Yalzando estrellas por los aires mudos
El vivo centellar de los escudos,
Alegre hacen y noble compañía
Al bello jóven, y al prudente mago,
Que de Leon á la córte partió un dia,
De cuantos pudo el menos aciago,
A ver su casto rio, y si podria
De su nueva presencia el tierno albago
Ser á sus presos padres de provecho,
Y del rey ablandar el duro pecho.
No sé cual riguroso signo veda
Causa tan justa, que ninguna ahora
Hallo, que sin notorio agravio pueda
Ser desta ingrata sinjusticia autora;
Mas á un gran vuelo que por dar me queda
Al reino voy donde la noche mora,
A buscar los amigos de Morgante,
Que en la gruta dejé de un nigromante.
De Tlascalán en la profunda cueva,
Al confuso rumor de la montaña,
Absortos los tragó por senda nueva
Del pozo ardiente la abertura estraña:
Dando de allí con ellos donde lleva
Sus corrientes la muerte, y donde baña
Con sus torcidas ondas Flegetonte
Las carcomidas grutas de Aqueronte.
Mas luego que por quiebras infernales
La tierra vomitó los tres guerreros
Sobre los africanos arenales,
Como en sus mas pacíficos linderos:
Malgesí, que al hallarse en los umbrales
De su patria cobró nuevos aceros,
Al vivo gusto de tomar venganza
En el contrario bando de Maganza,
Con dos humosos cercos, y un conjuro,
A Reinaldos llevó en su frágil leño
Al real de Francia en el silencio obscuro
De la fria madre del templado sueño:
Dejando al campo alarbe mal seguro
Los otros dos, que en su bajel pequeño
Del ancho mundo vieron los puntales,
Y las playas cruzaron infernales.
Halláronse en un bosque á la marina
Orimandro y Morgante una mañana,
Donde la corva playa cristalina
Huye de la mayor sirte africana;
Y en la costa del mar circunvecina
En un roto batel tropa liviana
De descompuesto vulgo, que á porfía
En confuso monton se combatia.
Mas la Angélica reina de la aurora
El curso vuelve de mi pluma vario,
Que al mar de Alcina en una fusta mora
Con otras la robó un cruel corsario
A vista de Orimandro, que la adora,
Y el turbio mar se la escondió voltario
Al punto que su luz cerraba el dia,
Y al presto bergantin otro embestia.
Eran todos corsarios, que al pillaje
En corso el mar desvuelven cristalino,
Y allí el bárbaro fin de su viaje
El cerúleo color volvió sanguino;
Y fue el firme pelear con tal coraje,
Que cuando la vecina aurora vino,
Mostró que del rigor de la batalla
Nadie vivo sobró para gozalla.
Solo quedó un mancebo mal herido,
De alegre rostro, y grave gallardía,
Y un morábito viejo mal nacido,
De larga barba y flaca hipocresía,
Que de cobarde habiéndose escondido
Mientras el pelear duró, fingia
A Mahoma enviar vanos mensajes
En ridículos gestos y visajes.
Este hallándose solo, y victorioso,
Y ambos bajeles á su riesgo y cuenta,
Viejo atrevido, hipócrita engañoso,
De astucias lleno, y de codicia hambrienta,
Saltó al contrario barco, aunque medroso,
Y halló á Angélica en él, que se lamenta,
En compañía de otras dos doncellas,
Como en la de la luna las estrellas.
Lloraban el rigor, la desventura,
Del cruel estrago, y general destrozo,
Que esta vez la fortuna mal segura
La victoria dejó vacía de gozo;
Y de las tres la de mayor ternura
Su falda daba al desangrado mozo,
Enviando de los ojos á la herida
Lágrimas, que eran bálsamo á su vida.
Era la dama Arminda, hija de Janto,
Príncipe de Corfú, y nieto de Alcina,
Y el mancebo archiduque de Lepanto,
Isla del mismo mar circunvecina:
Criáronse los dos en dulce encanto
En la cretense córte su vecina,
Donde el trato, la edad, y el ejercicio
En producir amor hizo su oficio.
Sacó la hada del cretense infierno
La amada nieta, prenda de alegría,
Dejando dentro dél su amante tierno,
Y á ella fuera del cielo en que vivia:
Y ambos en soledad y llanto eterno,
Hasta que amor dió traza como un dia
Leoncio robase del jardin de Alcina
Su dulce joya de beldad divina.
Tuvo dichosamente conseguido
El amante su fin, su amada bella
Del tierno amor el premio merecido,
Y él á las dos robó que halló con ella:
Mas la que dar no supo bien cumplido
Retrógrada infeliz volvió su estrella,
Y el gusto que en su alma amanecia
Antes se le murió, que viese el dia.
El morábito viejo cauteloso,
Que en la fusta saltó, viendo de Arminda
En el regazo el jóven valeroso,
Que ya sin habla con la muerte alinda,
Temió aun así mortal su aire brioso,
Y que si vivo escapa, se le rinda
La una y otra fortuna y sea de modo,
Que él solo quede vencedor de todo.
Y así sobre él furioso se abalanza
(¡Estraña crueldad!) ¡oh Arminda bella!
¡Qué golpe tan cruel á la esperanza
Que cuelga el hilo de tu vida en ella!
El limpio boj de la cobarde lanza,
De quien nadie jamás formó querella,
De solas tus desdichas ayudado
Dar pudo fin á lo que habia empezado.
Y del flaco vivir el tibio aliento,
Que ya se esfuerza, y presto se mitiga,
Entre el brazo amoroso, y el violento,
Y la agradable mano, y la enemiga,
Cual tierna exalacion la bebió el viento
En el regazo de su amada amiga,
Sabrosa cama, y temeroso lecho,
A tan suave amor y horrible hecho.
Quedó, mas que su amigo, Arminda muerta,
Y en un punto furiosa acelerada,
La llama del amor antes cubierta
Por los ojos brotó la alma agraviada:
Y cual parda ceraste, antes cubierta,
Del basto pié del labrador pisada,
Salta, y con lengua de ponzoña muda
Por la garganta en roscas se le anuda:
Así la dama herida en lo mas tierno,
Contra el cobarde bárbaro enemigo

Furiosa arremetió, vuelto en infierno
El rostro que era gloria de su amigo;
Y no en abrazo regalado y tierno,
Mas en horribles nudos de castigo,
Los antes tiernos brazos, de ira llena
Por el infame cuello le encadena.
Dió con el débil descarnado moro
Sobre el duro combés la tierna dama,
Y á bocados, perdido ya el decoro,
Vengar quiere á su amante, y á su fama:
Las otras solas dos, que en tierno lloro
De la tragedia cruel crecen la trama,
Que en el auto presente solos cuatro
Los personajes hacen, y el teatro,
Viendo el triste suceso, y brio furioso,
Del nuevo nudo, y peligrosa liga,
Con pecho mas que de mujer brioso
A la venganza acuden de su amiga:
Y las tres al morábito medroso,
En brega desigual, lucha enemiga,
Mientras una le tiene, otras le ayudan,
Y en firmes lazos de rigor le anudan.
Creció la rabia, y de las blancas tocas
Duras esposas y cadenas hechas,
Entre firmes lazadas, y no pocas,
Las mal regidas manos tiene estrechas:
Hállanse en la ocasion, y en furia locas,
Ciegas en ira y en dolor deshechas,
Quieren con su crueldad al enemigo
Mostrar que es de mujeres el castigo.
Y así ligado en la sangrienta plaza
Del destrozado barco, al fiero intento
Sus mujeriles armas desembraza
La de mas reportado sufrimiento:
De sutiles agujas nueva traza,
Nunca antes vista al mundo de tormento,
Sacaron, y en venganza á sus antojos
Con ellas al morábito los ojos.
Y por las mas cerradas coyunturas,
Y partes mas sensibles de la vida,
Del acero sutil las puntas duras
Al alma le entran sin dejarle herida;
Y en los nervios y blandas ligaduras
Anatomía hacen no aprendida,
Que solo pudo hallar igual tormento
De ofendida mujer el pensamiento.
Así del tierno hijo en la desgracia
Hécuba con su pueblo advenedizo,
Sobre el avaro monstruo rey de Tracia
Otro castigo semejante hizo:
De las nuestras la loca pertinacia
Al moro miembro á miembro lo deshizo,
Mudándole el tormento en mil maneras,
Que la mujer cruel, eslo de veras.
Dos dias que el mar con su bramar sonoro
Tardó en sacar á la africana arena.
El triste barco, al desmembrado moro
La vida le duró, el tormento y pena,
Y de las tres el importuno lloro:
Y al tercer dia, que con luz serena
Alumbró el mundo, y descubrió la costa,
Que de las sirtes es canal angosta,
A bordo vieron del bajel perdido
Otro, que aunque á la playa huyendo viene,
Hallando aquel en calma detenido,
Que ni trae velas, ni gobierno tiene,
Por llevarle de encuentro divertido
En su huir medroso se detiene,
Saltando dentro en brio denodado
Por nuevo asombro un caballero armado.
De Trípol para Tunez descendia
Del fiero rey Gebel huyendo en vano
Con la bella Axa, que robado habia
Ardiendo en sus amores Artabano:
Y ella, que en torpe amor tambien se ardia,
Al robo la ocasion le dió en la mano,
Y el ofendido rey con gente armada
Tras su honra viene, y su opinion robada.
Era Artabano infiel, de alma inquieta,
Traidor en trato, en nacimiento obscuro,
Mollita en Fez, alcaide en la Goleta,
En fe inconstante, en corazon perjuro;
Y ahora cual ligerísimo cometa
En busca va de su enriscado muro,
Hecho mas al deleite que al acero,
Y al sensual amor que al verdadero.
Y encontrando el bajel, que sobreaguado
Las olas traen por faltarle gente,
Dentro saltó, de acero y miedo armado,
O por la muerte huir, que ve presente,
O del gusto primero empalagado,
Y ocasionado de otro mas ardiente,
Nacida aunque de lejos su centella
De los rayos de Angélica la bella.
Mas sea con este ó con aquel intento,
Sin mas curar de la que trae robada,
Como quien se descansa del tormento
Con que ya el gusto que alcanzó le enfada,
Al bergantin se arroja, y dando al viento
Vela, lealtad, y fe, á la playa amada
La herrada proa y la esperanza guia
Con seis de su alevosa compañía.
Mas no pudo el intento comenzado
Tan á su gusto y salvo efectuarse,
Que del rey ofendido el bando airado
No llegase con él á barloarse:
Quedó rendido y preso el abordado,
Y la instable fortuna al mejorarse
Pasó las damas del bajel pequeño
Cautivas del segundo al tercer dueño.
Y presas ya tres veces, y ninguna
Con las últimas armas, un sanjaco
Saltó de Marte á la bordada cuna,
Mas que á la guerra atento al robo y saco:
Vió las tres damas, y cautivo de una,
Que en la region nació que venció Baco,
Sin buscar otra presa, ciego en vella
A su esquife saltó, y se fue con ella.
No dió el segundo ayuda al primer viento,
Que era un seco Levante el que corria,
Mas aunque aire contrario al de su intento,
La proa adonde el que sopla quiere guia:
Cazóle á popa, y con furor violento
A la playa le echó, cuando del dia
Por los albores la parlera hermana
A entoldallos salia de oro y grana.
A los humildes ranchos de una gente,
Que de pescar y de robar vivia,
El barco zabordó en la arena hirviente,
Que de las blancas rocas resurtia:
Acudió al saco un escuadron valiente,
Que á la mar á pillar, si hay qué, venia,
Y al frio sanjaco, en su infeliz huida
La dama le quitaron, y la vida.
Saquean el barco, y en deleite y gozo
Por su confusa gente el furor arde,
Matan sin reservar viejo ni mozo,
Al soldado valiente, y al cobarde;
Y entre el confuso bárbaro destrozo.
Solo el alegre rostro haciendo alarde
De Angélica se está libre y segura,
Que hasta alarbes respetan la hermosura,
Mas ya que al flaco lecho no ha quedado
Despojo que robar, ni hombre con vida,
Y en la sangrienta popa el bulto amado
A ver su rostro y su beldad convida;
El bárbaro escuadron, ocasionado
Del robo, la cruel mano homicida
Vuelta contra su pecho feroz riñe,
Y en sangre propia el barco ajeno tiñe.

Y mientras del marcial furor la prueba
Teje la ciega lid mas espantosa,
A un gallardo numida en sangre nueva
El tierno amor le presta alma briosa:
Este con dos que en su resguardo lleva
De Medoro robó la altiva esposa,
Y con ella á la selva mas vecina
Cercado de armas y deseos camina.
En igual adéman el campo griego
Vió á los fieros verdugos entregada
La bella hija del rey, que el sagaz ruego
De Ulises dió por víctima sagrada,
Y á la orilla del mar de un monton ciego
De armas, hacia la selva mas guardada,
Así la llevarian, como ahora
Los tres á la oriental emperadora.
Al tiempo que el rey pérsico, y Morgante,
De Pluton vomitados en la playa,
Salir la aurora vieron rutilante,
De aljofar llena su florida saya:
Cuya luz les mostró poco distante,
Del bravo mar sobre la corva raya,
Los tres, que con la Angélica belleza
Del bosque iban á entrarse en la maleza.
Fue á la playa el jayan, que son sus gustos
Traer siempre las armas en las manos,
Y el persa hácia los tres brazos robustos,
Que llevar ve su amada presa ufanos;
Mas cuando en lo mayor de sus disgustos
Sin pensar vió los ojos soberanos
Que dan brio á su amor, vida á su fama,
Y halló tan cerca su perdida dama;
Nunca del codicioso ojos hambrientos
Al centellar las rubias masas de oro,
Que el corvo arado en céspedes sedientos
Al pasar descubrió de un gran tesoro,
Mas prestos en mirar, ni mas atentos
Al ruido vuelven del metal sonoro,
Ni por ellos al alma entró en un punto
Mayor deleite y sobresalto junto,
Que en el alma del persa la divisa
De los primores puso de su dama,
Si bien la priesa con que va le avisa
Del conocido riesgo de su fama:
Y así sin pedir cuenta, ni pesquisa,
¿De quién, dónde, ó por qué? feroz derrama
Por la espada sus zelos, y su brazo
Del tierno cuello rompe el torpe lazo.
No era el bárbaro amante tan sin brio,
Ni en su alfanje tan muertos los aceros,
Que no pensase en limpio desafío
Su opinion defender á diez guerreros;
Antes al paso con feroz desvío,
De en medio de sus bravos compañeros,
Desnudo sale á defender su fama,
Que es de las dos la mas querida dama.
No le fue al rey tan fácil la victoria
Con la desnuda gente que acudia,
Que mientras la ganó perdió su gloria,
Y el nuevo gusto que hallado habia:
Ora le fuese oculta, ora notoria
La espada que por ella combatia,
Mientras duró el reñir, por mas segura,
Huyendo se escondió en una espesura.
Al antes victorioso rey, vencido
Los rigores dejaron de su estrella,
Seguro de que ya era conocido,
Pues tanto huye su enemiga bella:
Siguiera el rastro, mas el rastro ha sido
En todo tan sin él, y él tan sin ella,
Como el que antes soñando halló un tesoro,
Que al despertar se huyó en la sombra el oro.
El jayan corzo á la contraria parte
Paz acudió á poner, ó nueva guerra,
Que como en raso campo un feroz Marte
Con todos en monton confuso cierra;
Y en tantos golpes su furor reparte,
Que aquel, á este, y al otro echa por tierra,
Huyendo los demás, como sin tiento
De un feroz toro el vulgo alharaquiento.
Y juntos los guerreros valerosos
A pié se entraron por la selva espesa,
Con pasos y con ojos cuidadosos,
Aunque á fin vario, y diferente empresa:
Morgante á sus encuentros belicosos,
Orimandro buscando á la princesa,
Sin hallar por los campos en tres dias
Mas que de alarbes pobres rancherías,
Cuando una noche lóbrega sin tino,
El valle que un preñado monte hacia,
De un apartado fuego del camino,
Albergue al parecer les ofrecia:
Siguen la luz, y al pié de un crespo encino
Plantado un pabellon vieron que habia,
Y al grueso hogar una abundante cena,
Vacia de gente y de aparato llena.
Las blancas mesas por las frescas flores
De picheles cargadas y de tazas,
Sobre grasientas brasas asadores
Humeando llenos de diversas cazas;
Seis ginetes caballos corredores
Paciendo al prado sus pejores plazas,
Y por principio del convite aciago
De fresca sangre un espumoso lago:
Tres armados varones recien muertos,
Las armas y los cuerpos destrozados,
Unos de heridas sin piedad abiertos,
Otros á crueles golpes desmembrados;
Sin hallar de tan varios desconciertos
La victoriosa espada, ni sobrados
Los que al triste marcial campo sangriento
Dueños pudiesen ser del vencimiento.
La cena y el combite placentero
En triste cena trágica mudado;
Las trastornadas tazas, que el postrero
Licor, aun no han del todo derramado:
Por las brasas humeando el ciervo entero;
El tierno corderillo medio asado:
Del jabalí el testuz, la espalda entera
Del carnero, y de leche una ternera.
Morgante alegre con la hallada cena,
Recurso de la hambre que traia,
Sin aguardar mas huéspedes; condena
Por plato suyo cuanto en torno habia:
Siéntase á la abundante mesa, llena
Ya de lo que antes sobre el fuego habia,
Y sin hacerle salva al compañero
Por ante se comió un venado entero.
El prudente Orimandro, mas atento
A lo que falta allí, que á lo que sobra,
Con alma busca próvida el intento
De los fieros autores de tal obra;
Y repartido en mil el pensamiento,
En ninguno quietud segura cobra,
Que un triste de continuo tiene el pecho
Nueva oficina de desgracias hecho.
Parécele que suena en la montaña
Rumor de gente, salta de la mesa,
Y el quebrado eco de la voz estraña
Buscando se entra por la selva espesa;
Y no mucho en su bosque se enmaraña,
Cuando oyó del Catay la gran princesa
Que al cielo favor pide, y el herido
De su violencia el alma dió al oido.
Y en mas velocidad que al centro lleva,
De un grave cuerpo el peso violentado,
O de prudente mago á la voz nueva,
Alma sutil, ó espíritu apremiado,
A dar de un risco fue á una oculta cueva,
De adonde el bello bulto destrozado

Sacaban dos alegres caballeros,
Ya con tiernos halagos, ya con fieros.
Quieren á fuerza de la suya injusta
Poner en ella el gusto que no tiene,
Mas el celoso amante, á quien la adusta
Cólera hasta privarle el seso viene,
La espada aprieta, y con virtud robusta,
Feroz, ni se embaraza, ni detiene
A darles de si cuenta, ni tomalla,
Ni pedir ni ofrecerles la batalla.
Mas con celeridad arrebatada,
«Afuera, dice, pueblo vil y obscuro,
Indigno de beldad tan acabada,
De fe sin ley, y de hábito perjuro;»
Y á no ver con sus lazos enredada
Su hermosa yedra en el infame muro
Que en su honor carga, con la espada fuera
La primer salva, y prevencion primera.
Y los dos, á quien mas temores causa
El acto infame que el contrario esquivo,
En la primer fuerza hicieron pausa,
Y á la segunda ofrecen pecho altivo:
Quedó de la cuestion libre la causa,
Que mientras dura, en paso fugitivo
Huyendo á tiento por la selva obscura,
Ni aquí está sin temor, ni allí segura.
No fue el combate mucho, que el enojo
Y la razon lo era del persiano,
Y asi aunque en defender su torpe antojo
A los dos puso su ánimo liviano,
A pocos lances sobre el campo rojo
Con sangre propia firman de su mano,
Que del torpe deleite la bebida,
O con la honra se escota, ó con la vida.
Murieron ambos, que á los golpes fieros
Del persa no hay escudo que resista,
Y él victorioso ya, con piés ligeros
Su dama busca, y con atenta vista:
Mas aunque vió á los árboles postreros
Parir del bosque en argentada lista
El rubio sol, no vió el de su cuidado,
Que ama ingrata beldad, y es desamado.
Y seguir al amor sin la ventura,
Es tropezar continuo en la desgracia:
Otro sus pasos siga, ó su locura,
Que yo á Morgante vuelvo, y en su gracia,
Al frio silencio de la noche obscura
Quiero á su mesa ver como se espacia
En el brindar el mosto, que el gigante
Un mar se beberá que halle delante.
De gruesa vianda lleno el vientre hambriento,
Y del dulce licor ocasionado,
A solo el gusto de su gula atento,
En vino quedó y sueño sepultado,
Hasta que al desacuerdo soñoliento
La luz del dia gastó, y se halló cercado
De la escuadra infeliz, que en triste suerte
De entre las tazas se bebió la muerte.
Admiróle el estrago, y ver perdido
Su altivo compañero, y por buscalle
Al entrar en el bosque oyó ruido
De un triste llanto en el vecino valle:
Siguió la voz, y halló al combez florido
De la salida de una umbrosa calle,
Llorando sobre un muerto caballero
La preciosa lealtad de un escudero.
Eran los muertos dos, mas solo al uno
Con ternura lloraba el fiel sirviente:
Llegó el jayan, cesó el llanto importuno,
Temiendo que la espada sea valiente
Que con vida de dos dejó á ninguno:
Quiso medroso huir, viendo presente
Tal bulto; mas detúvole el gigante,
Por saber del suceso lo importante.
Y habiéndole mandado le dé cuenta
¿Qué origen han tenido aquellas muertes?
¿Quién alcanzó victoria tan sangrienta?
¿Qué espada llegó á dar golpes tan fuertes?
¿Qué se hizo el vencedor, por cuya afrenta
De venganza se dieron tantas suertes?
El siervo humilde al corzo antojadizo,
Temblando, en todo así le satisfizo:
«Larga tragedia, casos lastimosos
Son los que me pedís, señor, que os diga,
Que pechos falsos, y hombres engañosos,
Así el cielo y su culpa los castiga:
La Arabia dos hermanos belicosos
De obscura sangre dió en virtud mendiga,
Que arrogantes, soberbios y valientes,
De Mahoma se fingen descendientes.
Fueron Gerber, y el poderoso Argante,
A quien por su traicion y valentía
La fortuna en favores abundante
Reyes de humilde sangre hizo un dia:
Este el cetro de Fez rige triunfante,
De Trípol le dió al otro en Berbería
Silla y corona, y hoy la incierta guerra
Triste sepulcro en esta inculta sierra.
Aja, una mora, á quien la adversa suerte
Para nuevas tragedias echó al mundo,
Reina de Trípol fue, de Origio el Fuerte
Mujer aleve y cruel, de pecho inmundo,
Que dió á su esposo tiel traidora muerte,
Y tras él á Geber cetro segundo,
Subiendo á rey de Trípol el tirano
Por el favor de su alevosa mano.
No fue el nuevo adulterio en sus antojos
La última liviandad que en ellos hizo,
Que en otros muchos sus risueños ojos
Varios contentos levantó y deshizo;
Hasta que toda al fin se dió en despojos
A Artabano, este moro advenedizo,
Que ante tus piés el corazon abierto
De ese golpe de espada está ahora muerto.
A su delito igual la justa pena
Le dió la muerte; advierte ahora el sino
Por donde el discurrir del cielo ordena
A cada vida el fin de su camino:
Argante, de ambicion el alma llena,
Casamiento pretende peregrino
En Acaya, y Geber su incauto hermano,
Para darle favor se ha puesto en vano.
Querian robar á la cretense infanta
Juntos los dos hermanos de concierto,
Y á esto con sus bajeles, y con cuanta
Gente pudo, Geber salió del puerto:
Mas un frio Cierzo con braveza tanta
Barrió del mar Carpacio el seno abierto,
Que el dia que pensó llegar á Acaya,
Arribar le forzó á su misma playa.
Y en tanto que de Trípol el tirano
Por la mar forcejaba contra el viento,
Su casta esposa en brazos de Artabano
La honra vendia por un vil contento;
Y así rindió su corazon liviano,
Que por no mudar gusto, mudó asiento,
Y la patria trocó, el honor, y estado,
Por el adulterino ingrato amado.
Salió con él robada el mismo dia
Que el rey volvia á su abrigado puerto
De adversa suerte lleno, y de alegría
A ver la pena de su mal concierto:
Lloró el perdido honor, y al que huía
Con él siguió y prendió, y á este desierto
Vino á morir con su traidora espada,
Que el cielo es justo, y no perdona nada.
Alcanzóle en la mar, prendióle vivo,
Que por mas se vengar no le dió muerte,
Y por cobrar, teniéndole cautivo,
De su áspera Goleta el risco fuerte:

Guardó la ingrata vida este motivo,
Cuya mano (¡tal es la humana suerte!)
La suya quitó al rey, que dejó acaso
Su gente en guarda de un estrecho paso.
Y con el preso, y este incauto moro
Por su guarda, llegó á esta estéril sierra,
En cuya verde falda un bulto de oro
Ofender vieron con injusta guerra;
Una dama, que el mundo en su tesoro
Otra joya de igual primor no encierra,
En poder de unos bárbaros feroces,
Contra quien daba en su defensa voces.
Libraron con su fuerza á la que pudo
Con la suya rendir sus torpes ojos,
Y al tirano Geber suspenso y mudo
En su gusto sembrar nuevos antojos:
No sé si aquí me engaño, mas no dudo
Del triste estrago destos campos rojos,
Que en lugar de la adúltera queria
Que la nueva reinase en Berberia.
Este gallardo jóven, cuya muerte
Triste presagio de la mia ha sido,
Y su real nombre Bahamel el Fuerte,
Y de Orgio primo y sucesor querido;
O ya rendido de la misma suerte
Del bello rostro en llanto consumido,
O que con la ocasion quisiese en ella
Cobrar de un golpe el reino, y la doncella,
Hecho su oculto trato con el preso,
Y de armas prevenido de su mano,
Feliz á los principios el suceso,
Suya fue la virtud, y de Artabano:
Matan al rey Geber, matan tras eso
Del rudo pueblo el escuadron villano,
Que él trazando su amor, y ellos su cena,
De nada estaban con temor ni pena.
Vuelto sangriento lago el aparato
Del banquete real, vió la floresta
Entre tazas y muertos un retrato
De los Centauros en su horrible fiesta:
Huyó la bella dama con recato
De la turbada mesa descompuesta,
Siguiéndola cual diestros cazadores
De la matanza cruel los agresores.
Desta vecina gruta en las entrañas
Huyendo se escondió, los dos tras ella
Victoriosos desvuelven las montañas
Al turbio rayo de una obscura estrella,
Cuando entre ásperos riscos y espadañas
Su luz la descubrió cual Diana bella,
Que al romperse la hueca nube fria
Hurtando sale la hermosura al dia.
Mas, ahora al fin de la cruel matanza
Algun furor quedase con la vida,
O el justo cielo diese á la venganza
Del caso atroz tan mísera salida;
Casi triunfando ya de su esperanza,
Y por la frente la ocasion asida,
La vuelta daban de esa gruta obscura
Con la recien hallada hermosura:
Cuando un soberbio bulto denegrido
Las sombras amasaron desta sierra,
Del ciego infierno á castigar venido
Los aleves destrozos de tal guerra:
Mas que de acero, de rigor vestido,
De dos golpes cual ves echó por tierra
Las malogradas vidas, que en una hora
Venus triunfantes vió, muertas la aurora.
De la infeliz tragedia por testigo
Yo solo me salvé en la gruta obscura,
Medroso que del cielo al fiel castigo
No habia en el mundo ya parte segura;
Cuando del vientre obscuro, cuyo abrigo
El temor me prestó, ví una figura
En horrible anhelar sembrando fuego,
Que este mundo alumbró, y se apagó luego.»
Así el medroso moro al rey Morgante
De su infeliz tragedia acabó el cuento,
Y él viendo la honda cueva, que delante
Con horrible preñez se traga el viento,
Sintió en su hueco tumbo resonante
Nuevo rumor, y con gallardo aliento,
Sin mas escudriñar causas ni efetos,
Entró á ver de sus senos los secretos.
Tembló el hinchado monte, gimió el valle,
Y vomitó la cueva un fuego horrible,
Huyó el cobarde moro, que á tornalle
El amer de Bohamel no fue posible:
Lo que al corzo le avino abriendo calle
Por el obscuro cóncavo invisible,
Ni aun para dallo ahora en breve suma
Palabras tiene ni lugar mi pluma.
Monstruosas sombras, ásperos portentos,
Preñeces fueron desta cueva obscura,
Que al estrecho rigor de mis intentos
En tiempo esceden hoy, y en coyuntura:
Otra trompa les dé claros acentos,
Basta al contesto y fin desta escritura
Que el mismo dia salió el corzo triunfante,
El fino arnés vestido de un gigante.
Del esforzado Anteo, que fue hijo
De la fria tierra, está la urna eminente
En la alta gruta de un peñasco fijo,
De un cuajado cristal resplandeciente;
En cuyo seno halló el bulto prolijo
De escamados artejos de serpiente,
Que por arnés el monstruo se vestia,
En perlas anudado y pedrería.
Tuvo á las faldas desta inculta sierra.
Con Alcides una áspera batalla,
Alcides que en los puntos de la guerra
Ni al mundo otro mayor ni igual se halla;
Y el hijo altivo de la humilde tierra
Así el perdido aliento halló al tocalla,
Que el caer al golpe de la hercúlea clava,
La primer fuerza que perdió le daba.
Hasta que el héroe invicto el cauto pecho
Del suelo levantó, y suspenso en calma,
Los músculos cerró en un nudo estrecho,
Que al perezoso cuerpo exaló el alma,
Dejando al vencedor nuevo derecho
Del libio reino, y del honor la palma,
Y á esta cueva en blason de sus porfias
Su fino arnés, y sus cenizas frias.
Hércules por trofeo á su victoria,
La limpia clava que forjó Vulcano
Al sepulcro añadió, para memoria,
Que allí lo abrió su poderosa mano:
Y el corzo rey en nueva vanagloria,
Vestido el serpentino arnés ufano,
Al salir pareció la clava al hombro,
Nuevo Alcides del mundo, y nuevo asombro.
De un escamado cuero de serpiente,
Que en oro cada escama se cogia,
Cuya ancha boca la arrugada frente
Y áspero cuello del jayan ceñia,
Hecho un feroz dragon resplandeciente
Dejó la cueva, y el siguiente dia,
Al liso pié de un álamo sombrío,
Un caballero vió al raudal de un río,
Que apesar de la ardiente siesta el punto,
Y del seco aire la tostada llama,
Se aprestaba, y cabe él vivo el trasunto
De la belleza en hábitos de dama:
Mas del campo de Francia el grave asunto
A dar noticia entera de él me llama,
De su gente, sus fiestas, y de cuanto
Al mundo en sus bravezas causa espanto.

ALEGORIA.

Por Bernardo, que habiendo visto en los encantamentos del Carpio la clara sucesion de su linage no trata mas de buscar á Arcangélica, se muestra, que el varon heróico, que antes caminaba tras el gusto de sus apetitos, habiendo llegado á la contemplacion y verdadero desengaño de lo porvenir, y á enterarse en los grandes premios de gloria que le están prometidos en el otro mundo, de todo punto olvida y deja lo que antes le traia destraido, y procura acompañado de virtudes volver á la obediencia y jurisdiccion del entendimiento, de adonde los deseos de venganza le habian sacado.

Hallarse Orimandro y Morgante en los arenales de Africa, despues de haber dado una vuelta al mundo, siendo Orimandro figura del entendimiento, y Morgante de la voluntad, es decir, que sin la memoria, entendida por Reinaldos, aunque uno haya dado vuelta a todas las grandezas del mundo, se hallará en un arenal estéril y desierto, y sin acordarse de cosa alguna mas que si por él no hubieran pasado.

Las desgracias de Angélica, tan arrojada de unas en otras, dicen al natural la vida de una mujer distraida y dada á las libertades de su antojo. En la tragedia de Arminda y Leoncio se descubre la crueldad de las mujeres, que como por la mayor parte les falta prudencia, son crueles por esceso. En la tragedia de Artabano, se pinta el lamentable y desdichado fin de un adultero.

En Morgante, que habiéndose perdido de Orimandro, gana las armas de Anteo, hijo de la tierra, se significa, que en apartándose la voluntad de la luz del entendimiento, toda se arma y viste de cosas de la tierra, sin quedarle mas que algunas cortas inspiraciones del cielo, entendidas por la clava de Hércules.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO. Atemoriza á Carlo Magno un espantoso sueño, interprétalo Malgesi. Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déjanse por ellas las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africa, a la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar de ella sobreviene Morgante que lo estorba, y dejandolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento a Biserta, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España: Orimandro halla a Artaja en un gran desconsuelo, y en su compañia le sucede una maravillosa aventura

Ya en este tiempo el bélico aparato
Del francés campo, con marchar sonoro
Al son de los clarines, y al rebato
De las trompetas y los lirios de oro,
La fama con las sombras del retrato
De su grandeza, al africano, al moro,
Al montañés, al asturiano, al godo,
Todo lo asombra, y lo alborota todo.

Decretóse en París, que á la importancia
Del francés brio, la imperial persona,
A toda diligencia y toda instancia,
Al campo baje que venció á Girona:
Que allí le siga lo mejor de Francia,
Invicto cerco de su real corona,
Suspendiendo las fiestas para cuando
Con los demás se cobre el fuerte Orlando.

Llegaron en un tiempo los franceses
Con su César al campo belicoso;
Roldan por varios trances y reveses
Buscando el español brazo brioso,
Que de él probó y Dudonio los arneses,
Y de ambos salió libre; y victorioso
Reinaldos, de haber hecho con su vuelo
Una raya en la mar, y otra en el cielo.

Trajo tras si de Amon el hijo amado
Del muro antiguo las estátuas de oro,
Que la codicia del metal preciado
Con ella aumentar hizo el tesoro:
Del rey Artus el cuerpo sepultado
En rica tumba de metal sonoro,
A la ancha puerta de la sala estuvo
Los siglos que su estrella le entretuvo.

De allí el etéreo cuerpo, ó sombra humana,
Aun no del todo adelgazado en viento,
Con blando curso por la esfera vana
De aire volaba en débil movimiento:
Cuya fantasma, aunque al mover liviana,
Al sepulcro dió nuevo movimiento,
A la roma figura y breve amago,
Que á un cerco obscuro hizo el francés mago.

Al fin con la sagaz leccion del sabio,
Que los mundos gobierna del Poniente,
El encantado pueblo el vil resabio
De su metal perdió resplandeciente:
Sembró la fama en placentero labio
La gran resurreccion del pozo ardiente,
Alegróse el real, y el campo ufano
Con la vista creció de Carlo Mano.

Manda otra vez en honra de su gusto
Que de nuevo se vistan de alegría
Las resfriadas fiestas, premio injusto
De un deseado malogrado dia:
Crecen al débil pecho y al robusto
Orgullos que la ardiente sangre cria,
Y abre un fresco placer al pensamiento
La vecina jornada del contento.

Asi tal vez de entre los cuernos de oro
Del toro alegre de calor fecundo,
El rubio alegre sol siembra el tesoro
De Flora, y llueve regocijo al mundo:
Crece en las selvas el parlero coro
De las aves sin dueño, el mar profundo
Serena sus riberas, rien sus playas
En crespas olas y argentadas rayas.

Tal del campo francés fue el alborozo,
Tal de sus claros héroes la venida,
Tal de sus almas el ardiente gozo,
Que á las ya muertas fiestas dieron vida:
Mas siempre este placer trajo rebozo,
Siempre en estrella se trazó impedida,
Siempre huyendo fué, y de lance en lance
Nunca á sus trazas dió el contento alcanze.

Por la renunciacion de Alfonso el Casto
Se comenzó en los campos de Girona,
De allí por nuevo azar mudó su gasto
A Perpiñan del César la corona:
Ya en París con rumor confuso y vasto
Le pregonó la fama; hoy le pregona
En Limojes, y al fin de dia en dia
Tarde amanecerá el de su alegría.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro
Templaba al rojo carro las centellas,
Desguarneciendo al mundo del tesoro
De su luz, y bordándolo de estrellas:
Del yugo ardiente las coyundas de oro,
Las rubias horas, y las ninfas bellas
Le desatan, y puestas en contorno
De magestad le sirven, y de adorno.

Quién las riendas le toma de la mano
Cargadas de encendida pedrería,
Quién la corona, quién el manto ufano,
Que el cielo y tierra visten de alegría;
Quién peina a su cabello soberano,
La luz de adonde al mundo nace el dia,
Quién le alivia el calor, quién la maraña
De oro en rocios de olor le templa y baña.

Quién el fogoso pértigo levanta
Al carro que anda trastornando sinos;
Quién los caballos da, quién los enmanta,
Frenos tascando de diamantes finos;
Quién de los piensos de la ambrosia santa
A sus pesebres da colmos divinos,
Y quién le carga á la encubierta noche

De dulce sueño el enlutado coche.
Apoderóse la quietud callada,
En sesgo vuelo y pasos descuidados,
De la fria tierra sin color sembrada
De nuevos animales desmayados,
Al sabroso sosiego encomendada
La importuna batalla de cuidados,
Las doradas estrellas encendidas
Sus cursos abreviando y nuestras vidas.
Cuando en la sala real ardiendo en oro,
En blanda pluma, y en pomposo lecho,
Al grave César hurtan el tesoro
Del sueño los cuidados de su pecho:
Cércanle el alma y sin guardar decoro
Al tiempo, á la persona, ni al provecho,
En parlero silencio no se halla
Cosa que en su quietud no ande en batalla.
Entre el rico brocado y blando lino
Reposo busca en vano de mil modos,
Aquí vuelve y allí, y ningun camino
De paz encuentra, aunque los prueba todos;
Que el descuidado sueño en mejor tino
Viene á la humilde plebe que á los godos,
Y siempre goza dél en mayor suma
La seca paja, que la blanda pluma.
Tras larga noche al fin el dulce frio
Del alba, en perezoso y tardo sueño,
El rostro le bañó, y con su rocío
La pasada inquietud quedó sin dueño:
Huyeron los cuidados, perdió el brio
Y de la altiva magestad el ceño
Quedando en el olvido, y el semblante
A los demás mortales semejante.
Mas como el gran sentir de una alma grave
Mayor estruendo y máquina revuelve,
De interiores figuras, el suave
Sueño, que en la del César ya se envuelve,
Al real tesoro destorció la llave,
Y en pomposo aparato y forma vuelve
Cercado de fantasmas fugitivas,
Que aunque son muertas le parecen vivas.
Y por la ociosa y libre fantasía
El pintado Morfeo, en el concurso
De un grave teatro representa y guia
De nuevas cosas un fatal discurso;
Y en unos valles lóbregos, que el dia
Ni el sol alcanza á trastornar su curso,
Por entre pardas grutas y anchas quiebras,
De dragones peinadas y culebras;
Cercado de sus bravos paladines,
En pomposo ademan caza gallarda
Empezar le parece, y que á los fines
Del monte un rojo leon feroz le aguarda,
A quien de aquellos riscos los confines
Por su defensa tienen, y por guarda
De un rico árbol que lleva pomas de oro,
Mejor que Atlante, y de mayor tesoro.
Aficionó al francés la nueva fruta,
Y la piel roja del leon gallardo,
Y con sus doce príncipes la gruta
Altivo escala, y sube al risco pardo,
De donde cada cual le da y tributa
Al desenvuelto leon un presto dardo,
Que él victorioso en su escombrada plaza
Con dientes y uñas rompe y despedaza.
No queda flecha sana, ni arma entera,
Que no destrocen sus valientes garras,
Solo se salva el que ligero afuera,
Saltando del palenque, huye las barras
De sus lanzas: la suya por postrera,
Ya en posturas lanzar queria bizarras,
Confiado de le dar con ella alcance,
En presto golpe y en seguro lance.
Cuando el limpio venablo en brio certero
Rompiendo el aire el rey dormido arroja;
Mas no tan presto el relumbrante acero
Del crespo cerro halló la espalda roja,
Que atrás recio tornó, volviendo entero
Al rey, que huyendo va en mortal congoja
Por no hallar de las suyas arma entera,
Que todas las rompió y tragó la fiera.
Sueña que huye entre quebradas breñas
Del mónstruo horrible que tragó á los doce,
Sobre difuntos cuerpos, cuyas señas
En obscuras fantasmas desconoce;
Cuando en las puntas de unas altas peñas,
Que un cielo hacen que la vista goce,
Sobre colunas de cristal parece
Que una abultada real máquina crece.
De un suntuoso palacio alto motivo
De arquitectura y mármoles de pario
Bellas estátuas, donde el bronce vivo
Magestad crece sobre el jaspe vario,
Vuela la pompa, sube el arco altivo
En hombros de oro su alto lacunario,
Cargado de bellísimos despojos,
Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.
Gime la firme tierra con la carga
Del palacio y su inmensa pesadumbre,
Que es donde menos el valor se alarga
Cristal los frisos, y oro la techumbre;
Y de hadas allí de vida larga
Una sombría y ciega muchedumbre,
Dando á Demogorgon, que está presente,
Pesadas quejas dél, y de su gente.
A cuya cruel venganza, por decreto
De las obscuras parcas, de unas quiebras
Salir horrible vió á la furia Aleto,
A peinar sobre Francia sus culebras;
De quien llover notó fuego secreto
Entre sus negras marañadas hebras
A su infeliz ejército, de modo
Que todo ardia, y lo abrasaba todo.
Las demás furias del confuso averno
Blandones vió arrojar y hachas ardientes,
Y al cruel barquero del pasaje eterno
Por una barca hacer dos largas puentes:
Vió ensancharse los senos del infierno
Para hacerse capaces de mas gentes,
Y que las parcas no podian unidas
Los hilos cercenar de tantas vidas.
Bien que de un mago cerco la figura
El fuego ardiente sin pensar le apaga,
Y con los rayos de otra nube obscura
El un incendio al otro incendio traga;
Cuando al rey del cuidado la apretura
Lo dulce así de su quietud le estraga,
Que el sueño le escondió, y él sin aliento
Manos y ojos abrió, y asió del viento.
Turbada el alma, el pensamiento lleno
De las medrosas formas que antes via,
Suspenso mira de la luz el seno
Donde murió su sueño, y nació el dia;
Y aunque ve que es el delirar sin freno
Vana obra de inconstante fantasía,
Por mas que de la suya alza la mano,
Sacudir de sí el miedo intenta en vano.
Al fin de graves causas lleno el pecho,
En la real cuadra, de su altiva gente
Un sabio y noble parlamento hecho,
En silla de oro y en diadema ardiente,
Del sueño prodigioso el nudo estrecho,
Que su alma ciñe y su memoria siente,
Largo discurso hace, á quien seguro
Consejo pide y luz en tanto obscuro.
«¿Qué sombras, dijo, en varias impresiones
De nuevo el santo cielo á mi alma envia?
¿Qué agüeros, qué prodigios, qué visiones
La noche asombran, y le afean el dia?
¿Qué llamas, qué sombrios escuadrones,

Qué fiero leon, qué nueva montería
Mis ojos vieron? ¿deste peso grave
Quien á mi pecho hará un rigor suave?»
Dijo, y en varios pareceres puesto
Del fatal sueño juzga el gran senado
Lo que al olvido puede dar mas presto,
Entre pena menor, menor cuidado;
Que la lisonja pudo, y puede en esto
Así á su gusto interpretar el hado,
Y el curso trastornarle por tal senda,
Que antes el daño llegue que se entienda.
Mas el mago francés, que está presente,
Del ignorante delirar se admira,
Y cuan sin miedo el lisonjero diente
La verdad muerde, y masca la mentira;
Y bien que escucha, y calla, advierte, y siente
El triste blanco á donde apunta y mira
En su presagio el cielo por entero
De aquel sueño fatal el triste agüero.
Viendo que los demás en él ya puestos
Los cuidadosos ojos, del semblante
Con que oye los oráculos propuestos
Rastreando van del caso lo importante;
Así al César por términos modestos
El hado por venir pone delante,
Y la revolucion de un mundo ambigo
De las estrellas baja al pueblo amigo.
«Prospére el cielo, y como puede haga
Mi miedo incierto, y vana mi sospecha;
Y si es que á no herir tal vez amaga,
En esta deje la esperiencia hecha:
Crezca el valor francés; mas si empalaga
Su grandeza á los hados, ¿qué aprovecha,
Contra el rigor de inevitables daños,
Dorar lisonjas, ni afeitar engaños?
La ardiente llama de las negras clines
De la discordia que en tu gente ardia
Dirá de tus soberbios paladines
Presto la furia y la paciencia mia:
El rojo leon, que á mas sangrientos fines
Su dulce caza el hado incierto guia,
De dragones cercado, y de culebras,
En ciegos valles, y en profundas quiebras,
Es el invicto Leon, reino de España,
De africanos dragones rodeado,
De cuyas garras y atrevida saña
No hay asta entera, ni venablo armado
Sino es el tuyo, al tuyo no le daña,
Tú solo volverás, solo á ti el hado
La vuelta otorga en su infeliz desastre,
Los demás ¡ay de mí!... mas esto baste.»
Rieron unos, y otros mas prudentes
Del sábio ponderaron las razones,
Conforme el gusto y causas diferentes
Con que alargan, ó enfrenan sus pasiones;
Hasta que Montesinos, de elocuentes
Palabras, y de honradas pretensiones,
Viendo en los de Maganza el regocijo
Con que de Malgesi se burlan, dijo:
«Despues que del traidor Rangorio el brazo
De ilustre sangre el Mopsa dió cubierto,
Y el conde don Grimaldo en el regazo
De la universal madre cayó muerto;
Viuda la mia ya del dulce lazo
Que una traicion deshizo en San Lamberto,
A España huyó, llevando en compañia
A mi hermano, y á mí, que aun no vivia.
Allí se retiró de su violencia,
Y allí yo, en el rigor de una montaña,
A ver salí del cielo la presencia,
Y el primer aire respiré de España:
Allí el nombre me puso la inclemencia
Del peñascoso sitio y tierra estraña,
Allí es mi patria, aunque de Flandes vengo,
De España soy, por español me tengo.
Es de Fuente Grimaldo la alta sierra,

Fúnebre pira á los heróicos huesos
De mis difuntos padres, donde encierra
De un triste fin mil trágicos sucesos:
Cuando en mi sangre real la ingrata tierra
De Francia hizo tiránicos escesos,
Y la enemiga patria parricida
A su antiguo señor dejó sin vida.
Los perseguidos huesos desterrados,
En sangrienta urna humilde recogidos,
Del español Alfonso acariciados,
En pompa ilustre fueron recogidos
Con los demás tras ellos arrojados:
Ni ambos ya por nacer, ni ambos nacidos,
Que en lo mejor de la española tierra
Mando en la paz nos dió, y honra en la guerra.
Mi hermano don Teobaldo de Guevara,
Del rey navarro, y de su hermosa hija
Esposo, y yerno, en posesion mas clara
El comenzado domicilio afija:
A mí del Casto la prudencia rara
Por su embajador hizo que me elija
Al César, donde en la ocasion presente
Por razon le granjee, ó por pariente.
Y así á las importantes que he propuesto
Para que esta jornada se desista,
Lo mucho de ambicion y poco honesto
En que se funda examinada y vista,
Juntando á las demás que ha dicho y puesto
En sabia copia, y en prudente lista,
Malgesí, los agüeros, y el aviso,
Que en ellos dar el cielo al César quiso.
Digo que en zelo santo y noble pecho
Dejar se debe el bélico aparato,
O volver de las armas el pertrecho
Contra la gente infiel del pueblo ingrato:
Contra las mauras sierpes, que á despecho
De la ley santa en infernal retrato
El español distrito tienen puesto
En daño grave, y riesgo manifiesto.
Y que seguir el curso de las cosas
Es hacer la pasion que ahora las guia
Las enemigas armas poderosas,
Y dar rendida España á Berbería:
Y á las naciones al cristiano odiosas
Con la nuestra aprobar su tiranía,
Y darse del sin ley pueblo precito
Cómplices en la culpa y el delito.
El desnudar el alma de ambiciones,
Mostrar la saña y cólera medida,
Y en freno de oro gobernar pasiones,
Dando á las leyes con la suya vida,
Es propio de cesáreos corazones,
Del pecho real la senda mas sabida:
Esto es ser rey, reinar en sí primero,
O sea el reino un lugar, ó el mundo entero.
Mas pensar que el soberbio cetro de oro,
La ardiente mitra y la imperial corona,
Tengan su magestad en el tesoro,
Mas que en el pecho heróico y real persona:
Que sea mas rey, quien del cristiano ó moro
Mas reinos gana y cetros amontona,
Es tiránico abuso, es desatino
De la grandeza y magestad indino.
Y así al que en parecer contrario fuere,
Y en lisonjero labio alzare vientos,
O con vanos discursos pretendiere
Negar, ó deshacer mis fundamentos:
A uno, á dos, y á tres, y á los que hubiere
Desta opinion, yo solo en sus intentos,
Si á ver mi espada, y á probarla llegan,
Confesar les haré lo que ahora niegan.»
Dijo, y un sordo murmurar confuso
Se derrama en el grave parlamento,
Que en diferentes opiniones puso
De la resolucion el alto intento:
A unos del bravo paladin compuso
El gallardo ademan y altivo aliento,
Y á otros el dulce razonar severo,
Y á otros del César el soñado agüero.
Mas el soberbio Orlando, ó ya ofendido
Del reto y desafio disfrazado,
Con que en brio colérico encendido
Tras sí quiso arrastrar todo el senado,
O por sus mismas causas desabrido,
O de su altivo honor disimulado,
En arrogante tono, y voz severa,
Al montañés habló desta manera:
«Son de los reyes los intentos altos
Ocultas sendas á la humilde plebe,
Por mas que el seso en temerarios saltos
La inteligencia busque que los mueve;
Y así en grandeza pródigos, ni faltos,
La imprudencia inferior juzgarlos debe,
Ni darles tasa, regla, traza, ó modo,
Sino adorarlo y admirarlo todo.
Tú si á pedir veniste desafio
Contra Oliveros, hijo de Rangorio,
Por vengar de tu padre el cuerpo frio,
Y la agraviada sangre de Sertorio;
Allá al campo aplazado guarda el brio,
Allá pon leyes, y te haz notorio;
Mas si acaso del Casto rey gallego
Al César traes razon, ó humilde ruego,
Propon el caso, ordena de otra suerte
En inferior estilo tu embajada,
Negocia humilde que su campo fuerte
Por bien de paz suspenda la jornada:
Que la sentencia, y el rigor de muerte,
Ya contra España y su arrogancia dada,
Se dilate algun tiempo, ó trueque el modo,
Sino es posible revocarse todo.
Mas querer por tu antojo dar medida
A los grandes motivos de la empresa,
Y á tus vanos discursos reducida
Sin mas razon la magestad francesa,
Es loca presuncion, lengua atrevida,
Frívola ostentacion, que se atraviesa
Sin fundamento al paso, freno estrecho,
Mas que de discrecion de ambicion hecho.
Yo ahora desta célebre jornada,
Ni apruebo ni repruebo el grave intento,
Que si por una parte está infamada
De ambicioso y liviano fundamento,
Por otra basta darla acreditada
La gran presencia del cesáreo aliento,
Que no habrá guerra injusta, si la abona
La grave autoridad de tal persona.
Y así de tu discurso al postrer punto,
En que á todos te opones temerario,
Viendo que del imperio el poder junto
Aprueba y sigue el parecer contrario,
Por todos digo que al soberbio asunto,
Que á defender te ofreces voluntario,
No bastas, ni tu espada y brazo alcanza
Al blason de tan bárbara alabanza.
Y en razon dello el campo y desafío.
Por todos juntos desde ahora aceto,
Que como general de Francia es mio,
Y como á tal me toca y hiere el reto:»
Dijo, y del paladin flamenco el brio,
Que en España nació, al gallardo efeto
De provocarle el conde á la batalla,
Brioso pide luego el comenzalla.
Mas el galan y bravo Durandarte,
Contra el rostro feroz del conde esquivo,
Narciso en cuerpo, y en braveza Marte,
Así se puso en medio, y dijo altivo:
«Cuanto mi primo ha dicho, en todo, ó en parte,
O en propia empresa, ó general motivo,
Es razon y verdad, y no la dice

Quien esta con pasion le contradice.
Y porque la batalla, que aplazada
Antes de ahora está con Oliveros,
Entrar le impide luego en la estacada,
Y poner freno á esos livianos fieros,
Yo estoy aqui, y aqui mi libre espada,
Que con la razon mia, y sus aceros,
Haré al conde de Brava que confiese
La contraria opinion, aunque le pese.»
Dijo, y el bravo príncipe de Orange
Meridian, de Durandarte hermano,
Aunque antes no le hablaba, al rico alfanje
Furioso pone la atrevida mano,
Y al del cuartel del rojo escudo afrange,
«Mio es, le dice, el campo, el campo en vano
Procura de otra espada y de otra via,
Quien le tiene aplazado con la mia.
El campo de mi hermano y de mi primo,
Yo solo lo haré, yo solo basto
A la vana arrogancia que no estimo,
Ni mi brazo, si el suyo no contrasto:
Bien sabe el conde el imprudente arrimo
Que de Celindos dió al intento casto,
Por no decir tirana alevosia,
Que en la condesa de Irlos pretendia.
Cuando con loca y bárbara arrogancia,
A sola su pasion y gusto atento,
Fiero juró, á pesar de toda Francia,
De hacer el intentado casamiento:
A esta incauta promesa, á esta jactancia,
Con mi espada he de dar el escarmiento:
Sobre este punto la batalla quiero
Por todos tres, pues la acepté primero.»
Dijo, y el bravo Orlando ardiendo en ira,
Cual marsilio leon, que en medio un cerro,
Un venablo de aquí, y de allí una vira,
Un cazador de acá, y de acullá un perro,
Le ciñe, ladra, le amenaza y tira,
Y él pone á todos encrespado el cerro,
Así el conde feroz con tres compite,
Y este, y aquel, y el otro campo admite.
«Salid todos, replica, á todos quiero,
Y sacad con vosotros todo el mundo,
Que todo junto, cuando sea de acero,
No deshará mi brazo furibundo:
¿Qué parais en segundo ni en primero?
Sed primero los tres, Francia el segundo,
Que á Francia, y á los tres, y á todo el resto
Para matarlo junto estoy dispuesto.»
Así dijo, y Celindos el infante,
A quien Meridian trató de aleve,
»Mio es el campo, ya en cuerpo bastante
De edad me ha puesto, dijo, el tiempo leve:
Con Meridian lo quiero, pues delante
De mí ya el conde Dirlos no se atreve,
Medroso que haga en él mi ardiente rabia,
Lo que hacer no pudo la de Arabia.
Con encogido miedo, temeroso
De la batalla que aplazó conmigo,
Por los desiertos anda receloso,
Sin osarse acercar al campo amigo:
Mas pues ya se llegó el tiempo dichoso
Que por mi puedo responder, le digo
Que miente, quien dijere, dijo, y dice,
Que yo las nuevas de su muerte hice.
Y sin esta batalla, con su hermano
Entrar en la segunda quiero luego
En razon que con término villano
En los amores de Belerma ciego,
Que habiéndome ella á mi dado la mano,
Y de sí misma un maridal entrego,
Se alaba que la sirve, y que es su amante,
Y que hubo...» y no pasó mas adelante.
Que el gran Reynaldos con semblante horrendo
El brazo alzó por darle, si alcanzara,
Un libre bofeton; mas no pudiendo
La mano, el guante le arrojó á la cara:
Y en bélico coraje y furia ardiendo
Contra él y Durandarte se declara,
A entrambos pide campo, á entrambos dice,
Si cada cual por sí no se desdice:
Celindos del infame y torpe enredo
Que contra el conde Dirlos ha inventado,
Y el galan Durandarte del denuedo
Con que se finge de Belerma amado:
Que de pura verdad, ó puro miedo,
Confiese por quimera su cuidado,
Y á ella mentar en público y secreto
Esposa de su hermano Ricardeto.
Salieron á la parte del infante
Celindos, don Roldan, y don Gayferos,
Que á un mismo tiempo el ánimo arrogante
Entre las armas barajó los fieros:
Reynaldos dentro en su feroz semblante
Libre se opone á todos los aceros,
Y el bravo Durandarte al mismo modo
Por su amada Belerma al mundo todo.
Sin respetar la grave imperial silla,
Ni la cesárea magestad en ella,
La pasion arde, crece la rencilla,
Y todo el furor ciego lo atropella:
Cae el honesto respeto, y se amancilla
La debida obediencia con perdella:
Los nobles héroes, y el senado santo,
Un ciego nudo son de horrible espanto.
Mil lucientes espadas en un punto
Rayos al aire dan, y al sol vislumbres,
Cuyos golpes en triste contrapunto
El oro hacen temblar de las techumbres:
Suena en confuso estruendo todo junto,
Héroes, rayos, furor, armas, vislumbres,
Sin que el brazo del rey, que está delante,
Para enfrenar su furia sea bastante.
Reynaldos al valiente Durandarte,
Que á Celindos tiró un revés ligero,
Del rico manto una bordada parte
Al suelo le arrojó de un golpe fiero:
Dobló el francés el cuerpo, y por la parte
Que halló camino el peligroso acero,
Así al hijo de Amon se entró derecho,
Que los dos tercios le escondió en el pecho.
Hizo á soslayo la mortal herida
Golpe sin riesgo, que á encarnar la espada,
Costara al noble paladin la vida
La injusta brega sin sazon trabada:
Cuando á Orlando á sus piés dejó sin vida
Al jóven Meridian de una estocada,
Y el zeloso ofendido Durandarte
A Celindos pasó de parte á parte.
Hirió el traidor Anselmo á don Gayferos,
Dudon al generoso Baldovinos,
Y por cubrirse á un golpe de Oliveros,
Naymo en el hombro izquierdo á Montesinos:
Nunca en riesgo mayor lances mas fieros,
Ni en mas furor mas ciegos desatinos
En su córte vió el César, ni en su gente
Discordia igual, ni fuego mas ardiente.
Galalon, que del centro de su gusto
La marañada confusion miraba,
Al lado puesto del monarca Augusto,
Calor á la confusa brega daba:
«Pon, dice, ó gran señor, pecho robusto
En prender al traidor señor de Brava,
Y á Reinaldos, que abrió del desacato
La aleve puerta en el primer rebato.»
El grave cetro de la mano arroja
El César, ya de lágrimas cubierto
Viendo á Roldan, y con mortal congoja
Al príncipe de Orange á sus piés muerto:
Tinta su ardiente espada en sangre roja,

Cabe él Celindos el costado abierto,
Revuelto el campo, y sin hallar camino
Con que atajar su estraño desatino.
Quiso prender el César de su mano
Al hijo de Milon, y á Montesinos:
Fue á cometer un nuevo error en vano,
Y alterar no pensados desatinos:
Que á defender su senador romano
Salieron los ejércitos latinos,
Que allí á su cuenta vienen, y á su mando,
Que es de la iglesia capitan Orlando.
El soberbio Reinaldos de otra parte
A Montesinos defender pretende,
Mas contra todo el campo Durandarte
A su venganza el grave fuego enciende:
Hiere, desmiembra, rompe, quiebra y parte,
Nadie sino es huyendo se defiende,
Que en la venganza de su muerto hermano
Cualquier exceso juzga por liviano.
Crece la gente en bandos repartida,
Arde el furor, y el campo sin caudillo,
Sin pendon, sin bandera conocida,
Unos á otros se meten á cuchillo:
Y ya al vulgo la saña reducida,
No hay podello aplacar, ni reducillo,
Que sin saber por qué, de mil maneras
Sin caudillo pelean, ni banderas.
Ya la primer discordia apaciguada,
De nuevo otra sin ver por qué se enciende,
Aquí la gente corre amontonada,
Acullá en tropas el furor se estiende;
Todo en confusa guerra marañada,
Nadie aun su misma pretension entiende,
Los que dieron principio al civil Marte,
Ya para apaciguarlo no son parte.
El traidor Galalon, que en pompa ufana
Ya el general baston del rey tenia,
Que para apaciguar la furia insana
Del popular motin dado le habia;
Con la dignidad nueva soberana
Vengar propias pasiones pretendia,
Que quien de la virtud no sigue el bando,
Para solo hacer mal pretende el mando.
Así el fingido conde de Pontiero
No el alterado ejército apacigua,
Ni el fuego que el furor vuela altanero,
De paz con blandos medios amortigua:
Mas para ocasionar su ánimo fiero
A cruel venganza en su pasion antigua,
La injuria le refresca mas liviana
Que a la real sangre debe de Mongrana.
Y ciego en sus confusos desatinos,
Cercado de diez condes de Maganza,
Para prender al noble Montesinos
Por el revuelto ejército se lanza:
Cuando el hijo de Amon, que en Baldovinos
Iba á tomar de su traicion venganza,
Sin pensar le encontró, y de un altibajo
Al yelmo de oro echó el plumero abajo.
«Bien sabes, dice, ó magancés valiente,
Mejor que ahora el corte de mi espada,
Cuando por tu mordaz lengua á tu frente
Esa divisa le dejó estampada:
Con ella vengué á Orlando mi pariente,
Y á su madre dejé desagraviada,
A quien tú con embustes peregrinos
Madre quisiste hacer de Baldovinos.
Él no vengó por no perder su afrenta,
Yo si que estoy á estas venganzas hecho,
Desde que en juventud, de honor sedienta,
A tu hermano pasé el aleve pecho,
Porque con lengua quiso alharaquienta
De mi madre infamar el casto lecho,
Y haciéndose mi padre á su albedrío,
Desheredarme del valor del mio.
Mas no quedó la injuria sin castigo,
Que su lengua en la punta de mi lanza,
A todo el mundo universal testigo
De su delito fue, y de mi venganza:
Degollé á Bertolage, que conmigo
A probar se atrevió el brio de Maganza,
Y á Naymo, y á sus hijos en persona
Vivos los abrasé, y quité á Bayona.
Tú, maquinante esfera de traiciones,
No sabes mas, que en hábito encubierto
Mi estampa dibujar por los cantones,
Cuando la fama finge que soy muerto:
Yo, traidor, no me valgo de ficciones,
Que en tu vil rostro pinto al descubierto
Retratos de quién eres, como ahora
Si aguardas, que es mi espada gran pintora.»
Dijo, y á fenecer lo comenzado
Con paso arremetió y brazo furioso,
Mas el cobarde conde amedrentado
Atrás revolvió el suyo presuroso;
En tanto el escuadron alborotado,
Sin órden en su brega ni reposo,
En diferentes bandos repartido
Con triste suena y bárbaro gemido.
De la horrible discordia el fiero estrago
Mientras mas va con mas rigor crecía,
Hecho de roja sangre el campo un lago,
Que un mar, si hay mar de sangre, parecía:
Cuando de un negro cielo el turbio amago
En densa nube ató el medroso dia,
Derramando de rayos, agua y truenos,
Nuevo diluvio sus preñados senos.
Del turbio cielo la áspera cortina
Ponerles pudo en el herir sosiego,
Su tormenta dió paz á su molina,
Su agua apagó de la discordia el fuego,
Que á huir del celestial rigor camina
El que se halla en cólera mas ciego:
El sabio Malgesí con este medio,
Adonde no le habia dió remedio.
Quedó así el francés pueblo destrozado,
Y tan sin gusto el César desabrido,
Por ver del agorero sueño el hado
Tan presto en todo su rigor cumplido
Muertos de los mejores de su estado
Dos príncipes, el campo consumido,
Que las fiestas dejó, y por estatuto
El alegre aparato trocó en luto.
Y á concertar los graves desconciertos
Del presente desman ocasionados,
Hacer el sentimiento por los muertos
Debido á su grandeza y sus estados,
Apagar los rencores descubiertos
La corriente volvió de sus cuidados,
Y á su lugar la alegre paz perdida,
Sin quien ni el rey ni el reino tienen vida.
Y esto en prudente traza y fiel recato
A conveniente ejecucion venido,
Y en su afable amistad y primer trato
El antes ciego campo reducido,
Y en la sangrienta quiebra del rebato
De nueva gente el escuadron tejido,
Sin sombra del pasado enojo y saña,
Marchar el real clarin convida á España.
No se le concedió contra Oliveros
El campo á Montesinos que pedia,
Por no volver la guerra á los primeros
Riesgos, y al fuego en que primero ardía
La pasion sola de los dos guerreros
En la general paz no entró aquel dia,
Sola esta causa en el silencio mudo
Del conforme placer caber no pudo.
Que de Grimaldo el valeroso hijo,
Cuya sangre hervir su pecho siente,
Vuelto contra el traidor Rangorio, dijo

(El César y su ejército presente):
«No hay término de tiempo tan prolijo,
Que los dias no le abrevien la corriente,
Ni venganza de un ánimo cobarde,
Que no sepa llegar por mas que tarde.
Yo me parto, Oliveros, á esperarte
A España, adonde vas, y adonde quiero
No seguir de las dos ninguna parte,
Hasta ponerte ante mis piés primero:
Y despues que rescate con matarte
Mi vida del dolor en que ahora muero,
Mi libre espada seguirá el partido
De quien mejor la hubiere merecido.»
Dijo, y dando la vuelta en brio gallardo
Suspenso dejó el campo belicoso,
Y en grave contoneo y paso tardo
Volvió á Navarra el pecho victorioso,
Donde el reto cumplió con el resguardo
A su pacto debido generoso,
No siguiendo en la una ni otra parte
De Francia ni de España el estandarte.
Hasta que en la batalla de la sierra,
Donde Leon humilló de Francia el brio,
A su aleve contrario en dura guerra
La palabra cumplió, y el desafio:
Y dejando el difunto cuerpo en tierra,
El rojo rastro de un sangriento rio,
Siguió del caro primo Durandarte
De una montaña por la inculta parte.
Donde al querido cuerpo desangrado
Por su mano arrancó del pecho abierto
El tierno corazon enamorado
Antes de vida que de amor desierto,
Que á su amada Belerma el primo amado
Restituir mandó despues de muerto,
Y él tras el riguroso sacrificio
De legado leal hizo el oficio.
En tanto el campo, tremolando al viento
Los victoriosos estandartes, llega
Del Pirineo al abrasado asiento,
Y al seno hermoso de una fértil vega,
Donde la nueva fama ciento á ciento
Las libres lenguas con fervor despliega,
Sembrando en cuanto España tiene vida
Del enojado campo la venida.
Crece su honor, y en lisonjero labio
Sus antiguas victorias engrandece,
Que piensa que es hacer al rico agravio,
Si el viento con sus cosas no ensordece:
Mas el augusto rey en pecho sabio
Todo lo mira, y todo le parece
De riesgos lleno, y por si alguno hubiere
Hacer reseña de sus campos quiere.
Mas mientras el pomposo alarde pasa,
Y el campo crece en aparato y gente,
Y de Gascuña á la campaña rasa
Marchando llega, y sus frescuras siente,
A los que en Libia el cancro ardiente abrasa,
Y el fiero brazo de un jayan valiente,
La portentosa novedad me obliga,
Que solo el vuelo de su espada siga.
Despues de las tragedias de Granada,
Que en otro tiempo contará mi pluma,
Ferraguto á la Libia fue abrasada,
Y allí surgió en herviente y blanca espuma;
Cuando Biserta vió de gente armada
En su seco arenal crecer la suma,
Y al ronco son de la española guerra,
Al crespo mar bajar la ardiente tierra.
Sulemán, que por muerte de Agramante
Del grave imperio el cetro real tenia,
Y en deseos de vengar su alma arrogante
Contra el pueblo francés de nuevo ardia:
Desde el Nilo sin fuente al mar de Atlante;
Y de la alta Etiopia á Bebería,
Al pié de su estandarte, en ira y celo
Lo mejor convocó del libio suelo.
Surgió el gallardo hijo de Lanfusa
Junto á Biserta al desbravar de un rio,
Donde entre un fresco mirto vió reclusa
La perseguida Angélica sin brio:
Triste, acosada, del rigor confusa,
Con que de un cruel planeta el desvario,
De un mal en otro mal la arroja y sigue,
Y en mar y en tierra la halla, y la persigue.
Y aunque de pena y miedo demudada,
El lugar nuevo, y la pasada ausencia,
Pudieran en el moro dar trocada
La dama en no pequeña diferencia;
Apenas vió de la beldad amada
El bulto alegre, y la imperial presencia,
Cuando en su alma aclaró la luz del fuego
Que en Francia se encendió, y le dejó ciego.
Y cual presto neblí al veloz señuelo
Con que la blanca garza le acodicia,
Los aciones dejó, y se arrojó al suelo
En cortesano término y caricia:
Quiso medrosa huir de su recelo,
Y el ya trocado moro la acaricia,
Dándose á conocer con larga historia,
Si en una ingrata puede haber memoria.
Contóle tanto al fin, que en brio lozano
Aire le dió de sus pasados gustos,
Y el tiempo alegre que por Francia en vano
Brazos la celebraron tan robustos:
Vió pasada la flor de aquel verano
Acabados sus gustos y disgustos,
Y otros que dieron ya con sus proezas
Asombro al mundo, y fama á sus bellezas,
Muerto el leal Sacripante, el rey Gradaso,
El soberbio Agrican, el fiel Rugero,
Y del hijo de Amon el fuego escaso,
En quien principio dió su amor primero,
Y el que en el rojo Oriente y pardo Ocaso
Su amparo fue, y galan mas verdadero,
El príncipe de Anglante ya en su acuerdo,
De loco vuelto, como de antes, cuerdo.
Todo esto á la mudable fantasía
La vista dió del conocido moro,
Y á la dulce memoria el primer dia
Que amor le abrió á las glorias de Medoro,
Cuando en su regalada compañía
Volvió al Oriente sus matices de oro:
Causóle soledad, y al largo tiro
De su discurso remató un suspiro.
Y vuelta al moro: «salvo, dice, sea
Mi honor contigo, oh capitan valiente,
Como en heróico amante, en quien se vea
Que en tu leal pecho amor no fue accidente:
Una honra te encomiendo, que desea
La hagas propia, y á mi patria y gente,
Deste país y la aspereza suya,
Cual promete tu fe, me restituya.»
Dijo, y al moro con su alegre vista,
Del renovado amor la antigua llama,
Olvidar le hizo á España, y su conquista,
Al rey Marsilio, y de su honor la fama:
Y sin que en darse dude, ni resista,
Todo se entrega á la extranjera dama,
Libre persona, y salva compañía,
Hasta los reinos donde nace el dia.
Y sin pensar de allí embarcarse luego
Quiere con la que reina en el Oriente,
Que es amante novel, y el dulce fuego,
Ni mas discurso ni razon consiente:
Es inviolable ley de amor un ruego,
El dejar la ocasion, lance imprudente,
Y el dilatar en vano su deseo,
Perder el gusto, y no gozar su empleo.
En esta nueva traza, ó loco antojo,

El ciego amante con su dama estaba,
Cuando de un cruel dragon con el despojo,
Sobre el diestro hombro la acerada clava,
Hecho un áspid de Libia pardo y rojo
Morgante al rio de un peñol bajaba,
Deslumbrando en su luz la vista al moro
Con las escamas y las grevas de oro.
En igual ademán al sabio hermano
De Europa bella, en hórrida serpiente
Al medio convertir el fértil llano
De Acaya vió la escama reluciente:
Y el jayan fiero en su victoria ufano,
Pasar quiere tambien la siesta ardiente
A la sombra del álamo, y al frio
Que el aire sube del profundo rio.
Llegó, y aunque de paz venia, al punto
Que los risueños ojos de la dama
En los suyos tocaron, y un trasunto
De beldad vió en los rayos de su llama,
Lleno de amor y zelos todo junto
En su bárbaro pecho gime y brama,
Que ahora por propiedad, ó por antojos,
Nadie libre quedó, si vió sus ojos.
Y vuelto al moro: «esta doncella, dijo,
Quiero yo para mí, y aquesto baste;»
Mas de Lanfusa el arrogante hijo,
Ya enfadado que el bárbaro contraste
Lo sea de su nuevo regocijo,
Y en guerra quiera y disension se gaste,
Del feo dragon en la luciente cresta
La espada á su demanda dió respuesta.
Sintió Morgante el golpe, y el estorbo
De conseguir su gusto, y con la clava
Del reforzado alfanje el filo corvo
Resiste y templa con violencia brava:
«Si yo, le dice, tu contento estorbo,
La culpa sea de amor, que mi alma agrava,
Que para mi no hay Dios, ni ley, ni justo,
Ni mas regla en el mundo, que mi gusto.»
Y con otra igual furia que su antojo,
Un golpe, y otro, y otro dobla y carga,
La ira crece y furor, crece el enojo,
Y al breve gusto la batalla larga:
De la encantada sierpe el fiel despojo
Ceñido hace el jayan segura adarga,
Y al moro antiguo en brega tan confusa
Los reforzados cercos de Lanfusa.
La perseguida Angélica, que el fuego
De la ardiente discordia vió encendido,
Y que entre un riesgo y otro su sosiego
De temor y esperanza está metido,
Sin aguardar el fin confuso y ciego
Que le dé la fortuna del vencido,
Por árboles y matas encubierta
Escondida se fue, y se entró en Biserta.
Las dos sierpes, que en saña y en figura
De la revuelta lucha y devaneo,
En nudo estrecho, y en lazada obscura,
Horrible hacen y nuevo caduceo,
Uno el alfanje mueve sin cordura,
Otro la clava en bárbaro rodeo,
Y ciegos de pasion los varios modos
Que saben de matar, los prueban todos.
El moro ardiendo en belicosa saña
Su gloria mira sin pensar perdida,
Tan altivo el jayan, y él tan sin maña,
Que aun no le ha dado la primer herida:
Y el fiero corzo, que á buscalle á España
De Cirno hizo la infeliz salida,
A conocerle allí, ninguna suerte
De encanto le escusara de la muerte.
Que á un fiero golpe de acerada maza,
Que al yelmo ardiente y al escudo fino
De lleno le acertó, á la verde plaza,
Cual duro roble destroncado vino:
Cayó, y no se detiene ni embaraza
En ver si es vivo ó muerto el sarracino,
Que cual leon libio entre una y otra palma
En busca va de quien le lleva el alma.
Y á vista de los muros de Biserta,
Tras las señas del rastro de su dama,
Furioso descubriendo iba la puerta,
Que en lengua suya de la Mar se llama;
Cuando de luto y de beldad cubierta,
Entre una divisó y entre otra rama,
En son de presa una mujer gallarda,
Con diez armados hombres en su guarda.
Sobre un morcillo palafren asoma
De tela de oro negra encubertado,
Y en otro igual una enlutada poma,
Funesta urna infeliz de oro nielado:
Y al verde pié de la pequeña loma
Con diez riñendo un caballero armado,
Que en el arnés, y en el escudo antigo,
Halló las señas del perdido amigo.
Era el persiano rey, que en seguimiento
De la misma hermosura que él venia;
Y la que en luto llora su contento,
Su muerta libertad, y su alegría,
La bella Arlaja, que el rigor del viento,
Y su desgracia, allí la arrojó un dia,
Y ahora á embarcarse al puerto de Biserta
Iba forzada, y de dolor cubierta.
Admiró el nuevo luto al rey persiano,
Y por librar á la afligida infanta,
Con su atrevida espada en medio el llano,
Unos rinde feroz, y otros espanta:
A este, al otro, y aquel hiere lozano,
Y á todos en braveza se adelanta,
Cuando en su ayuda entró el jayan valiente,
Cual por seco rastrojo rayo ardiente.
Salen en tropa á defender su intento
Los que de afuera en guarda de la dama
Antes eran notando el firme aliento
Del rey, fieles notarios de su fama:
Baja en rocío cruel humor sangriento
Del verde prado á la sedienta grama,
Pagando en muerte el de mayor ventaja
El tierno llanto y suspirar de Arlaja.
Y ella ya libre del poder tirano
En la ancha boca de una cueva obscura,
De un fresco mirto entre el verdor lozano
Escondida dejó su hermosura:
Con la urna de oro en la pesada mano,
Que por mayor martirio y mas segura
Consigo la llevó, donde enterrada
Quedó del miedo y pena desmayada.
En tanto los gallardos dos guerreros
Ningun honrado dejan con la vida,
Que solo el diestro huir sus golpes fieros
Tiene, y no otra defensa su herida:
Cuando uno que quedó de los postreros,
La honra en cobarde miedo convertida,
Determinó salvar con piés livianos
La vida, que no puede con las manos.
Mas el feroz jayan, que le es camino
Seguir al que le huye á poco trecho,
A un golpe que á traicion le dió, convino
Quedar una espantosa pasta hecho:
Y el rey persiano por el bosque á tino
En busca entró del afligido pecho
De Arlaja, que anegada en tierno llanto
En lo espeso la halló del mirto santo.
Volvió en su acuerdo la turbada mora,
Y en lagrimosos ojos, y voz nueva,
«¡Ay Dios! dijo ¿mi bien no estaba ahora
Conmigo junto en esta obscura cueva?
Mas ¡ay cruel hado! ¡suerte burladora!
¡Agüero triste, que á morir me lleva!
Ya veo que aquí, ó en otra gruta obscura,

Nuestro tálamo hará una sepultura.
Sola una alma nos dió, sola una vida,
Llena de amargo azar la infeliz suerte,
Si está en dos tristes cuerpos repartida,
Vuelva lo que apartó á juntar la muerte:
¡Oh rey valiente! sangre esclarecida
Del divino Agricán, y Ciro el fuerte,
Asi en años y siglos no veloces
El alto fin de tus intentos goces,
Que por postrer favor, y último ruego,
Aquí me otorgue ese tu brazo altivo,
Que las frias cenizas de aquel fuego,
Que á mi alma dieron luz mientras fue vivo,
Y á esta urna triste puso un rigor ciego
Por sola culpa de mi hado esquivo,
En un sepulcro gocen de un reposo,
Pues no alcanzaron lecho mas dichoso.»
Dijo, y en la ansia, y la color difunta,
Una, y otra y mil veces se desmaya:
El generoso rey, que ya barrunta
El triste golpe que á morir la ensaya,
Entre un consuelo y otro le pregunta
De su amante el suceso, y quien les haya
Perturbado su bien; la bella Arlaja
Así en voz respondió turbada y baja.
«Luego que entre la furia de los vientos
Tu ausencia nos dejó, y el gran Bernardo,
Y por los dos confusos elementos
Haciendo fuimos al morir resguardo,
En diez dias, entre montes turbulentos
De un fiero cierzo el huracán bastardo
Nos arrojó en la playa de Biserta,
En triste estrella y punto descubierta.
En lugar de Agramante, que en batalla
Murió á los piés del senador romano,
Reina Sulmán, que de mi padre Abdalla
Sobrino es, hijo de Sulmán su hermano:
De mi tragedia aquí para cortalla
La triste hebra guió el hado inhumano,
Y la fortuna teatro doloroso
De su muerte trazó á mi caro esposo
De los peñascos que en la costa brava
Al mar rompen los ásperos espejos,
Nuestro bajel que en ellos se anegaba
Flores juzgó los gajos mal parejos:
Y el torpe vulgo, qee en la playa andaba
Al robo atento, viéndonos de lejos,
Al despojo corrió en furor de guerra,
Bárbara usanza desta ingrata tierra.
Fue la asaltada nao en mil escesos
Saqueada de los fieros nasamones,
Y al rey mi esposo y yo traidos presos,
O por despojo, ó por preciosos dones:
Sulmán, que de los trágicos sucesos
Tenia ya de Valencia relaciones,
Y la muerte que al príncipe mi hermano,
Mas le dió mi desdicha, que otra mano;
Viéndome en su poder, la culpa mia
¡Ay cielos! en mi mal logrado esposo
Vengar quiso el cruel, porque hacia
En dos el fiero golpe mas vistoso:
Quemarle vivo en el siguiente dia
Mandó, y en un retrete tenebroso
Muerto le halló en la cárcel la sentencia,
Que el dolor le mató, ó mi triste ausencia.
Y el frio cuerpo, en la hoguera roja
Ya en cenizas estériles trocado,
A esta urna triste, y mi mortal congoja,
Por tormento mayor fue encomendado;
Y hoy en funestos hábitos me arroja
Su feliz reino al mio desdichado,
Porque el padre ofendido haga en mi vida
A su antojo venganza mas cumplida.
A esto, señor, esos soldados fieros
Que tu espada venció venian conmigo,
Y estos son de mis ansias los postreros
Lances que debo al tiempo mi enemigo:»
Así en roto gemir, males enteros
La triste Arlaja cuenta al persa amigo,
Cuando un asombro y maravilla nueva
Temblando el mirto se mostró en la cueva.
En la una mano una desnuda espada,
En la otra un claro y relumbrante escudo,
Pálido el rostro, la color turbada,
Gundémaro salió de armas desnudo;
Y viendo al persa con su Arlaja amada.
Suspendió el paso embelesado y mudo
De hallarla en tal lugar, y el luto triste
Que el cuerpo al parecer y el alma viste.
La mora que le vió, del lago Averno
A llamarla creyó que se volvia,
Y con intrépida alma, y amor tierno,
«Ya voy, mi bien, ya voy tras tí, decia:
Solo el no verte tengo por infierno,
Que este cielo será en tu compañía,
Y el muerto corazon en solo verte
Vida tendrá en los reinos de la muerte.»
Dijo, y con brio y ánimo arrojado,
Que el vivo fuego del amor la lleva,
Al brazo alegre de su esposo amado
Ciega se arroja en la profunda cueva:
Quedó el persa del caso embelesado,
El español con la esperiencia nueva
De hallarse en brazos de su dulce amiga,
Ni sabe qué se entienda, ni qué diga.
Mas cuando vueltos del primer espanto
En estado se ven tan diferente,
Y en la tragedia de su amargo llanto
La accion trocada en el placer presente,
Y que su error ha hecho el cielo santo
Bienes, hijos de un mal solo aparente,
Con nuevo amor, y alegres sentimientos,
El parabien se dan de sus contentos.
Y el rey persiano con la hermosa Arlaja,
Despues de haber á su leonés contado
Del grave riesgo la mortal baraja
En que el engaño puso su cuidado,
¿Cómo ahora la fortuna en tal ventaja
Sus favorables brazos ha trocado?
Alegre les pregunta, y ¿de qué suerte
Origen tuvo su fingida muerte?
Cuando del real alcázar, cuyos muros
Aun daban sombra al bosque comarcano,
Arma oyeron tocar, y con obscuros
Acentos engrosarse el aire vano:
No tienen ya los mirtos por seguros,
Ni el detenerse allí juzgan por sano:
El gallardo Guzman al caso incierto
Del fino arnés se armó de un hombre muerto.
Y amparándose mas con la espesura
De la ciudad se apartan sin provecho,
Mientras la sombra de la noche obscura
Al mundo entolda su estrellado techo,
Buscando para el mar senda segura;
Mas la lóbrega selva, y bosque espeso,
Los briosos caballos les enfrena,
Y el cielo esconde, y de la mar la arena.
Ya el carro de oro señalaba al cielo
El medio curso de la noche muda,
Y en su quietud mayor el muerto suelo
Al dulce sueño con silencio ayuda;
Cuando entre riscos, breñas y recelo,
De una alta loma la cuchilla aguda
La mar les descubrió, y el ancho puerto,
De sorda grita y confusion cubierto.
Vieron por él en tristes luminarias
La pingüe brea arder de los navios,
Subiendo al cielo entre cometas varias
De su humo en vellon bultos sombríos;
Por la playa correr gentes contrarias,

Tejidas en confusos desvaríos,
Unos por huir del fuego á la agua fria,
Y otros por apagar el que ya ardia.
Los dos guerreros con la hermosa dama,
Validos del favor del aire obscuro,
A un capitan, que con su gente y fama
Hacer parece al mar campo seguro.
Del claro incendio, y la grasienta llama,
Que alegre hierve en el breado muro,
¿Quién la sembró? preguntan, y el pagano
Así en estilo respondió villano:
«¿Vosotros por ventura sois nacidos
De las incultas rocas desta sierra,
Que solos ignorais los nunca oidos
Destrozos desta estraña y nueva guerra?
¿O sois á dicha en compañía venidos,
Del que en la mar ardiendo y en la tierra,
A sus victorias y obras temerarias
Tan crueles deja y tristes luminarias?
Daos á prision: sepamos ¿á qué parte
Del mundo vais? ¿quién sois? ¿de qué naciones?
¿Y si en quitar acaso fuisteis parte
Hoy una infanta á treinta Nasamones?»
Dijo, y cuando el leonés, que hecho un Marte,
Como español escucha sus razones,
Como español tambien en la respuesta,
Mas que la lengua, fue la espada presta.
La mano que le fue á tomar la rienda,
Para della prendelle, le echó al suelo,
Y en fiero asalto, y lóbrega contienda,
A unos heridas da, y á otros recelo:
La ciega noche una batalla horrenda
Del nuevo hizo y mal fundado celo,
Y el daño hecho en la cobarde gente,
De mayores recelos el presente.
Los dos por no perder la bella Arlaja,
En defenderla, y defenderse atentos,
A unas rocas que el mar de espuma cuaja
Cuando le alteran con soplar los vientos,
A espacio se retiran con ventaja,
Y del áspero risco en los asientos,
Por donde el mar sus ásperas alcobas
De marisco le viste, y verdes ovas,
Un barco vieron suelto, y que la gente
Que en él ha de ir se embarca con recato,
Al tiempo que la aurora en el Oriente
Labraba en oro el dia su retrato:
Zarpaban ya del ancla el corbo diente
Por hacerse á la mar, cuando el rebato
Sobre ellos arrojó á los guerreros,
Menos seguidos ya, y con menos fieros.
Gundémaro que halló el batel á punto,
Por medio el crespo mar metió el caballo,
Hasta llegar de su bauprés tan junto.
Que á su satisfaccion pudo abordallo:
Cuando en la popa vió el bello trasunto
De Zoraida y su amigo, y fué á abrazallo
Quitado el yelmo, y dellos conocido,
El dudoso placer salió cumplido.
Supo allí el rey que Angélica la bella
Huyendo va en ligera fusta á España
De un jayan espantoso, que por ella
Mortandad en Biserta ha hecho estraña,
Donde al persa feroz para ir á vella
Con esperanza nueva amor le engaña,
Y ya en un barco todos, y un intento,
Las anchas velas dan al fresco viento.
Preguntó el rey al noble Floridano
De la huida de Angélica el motivo,
¿Quién el bulto persigue soberano?
O ¿por qué culpas se le muestra esquivo?
«No es, dijo, el español pecho inhumano
Arma arrogante, ó gusto vengativo,
Quien la sigue es amor, la dulce guerra
Que hacen sus ojos la echan de la tierra.
¿Quién la sangrienta trápala y ruido
Que ayer por su ocasion se vió en Biserta
Contar cual fue sabrá? ó ¿cuál ha sido
Del grave daño la ocasion mas cierta?
Despues que presa en el jardin florido
De Alcina fue en su ínsula encubierta
La Angélica beldad, y ante tus ojos
De un corsario feliz ricos despojos,
Y despues que en la mar la noche obscura
Su vista nos quitó, y ofuscó el tino,
Y al perderse la luz de su hermosura
La bonanza perdimos, y el camino,
Llevados de una en otra desventura
No vimos mas su bulto peregrino,
Hasta que ayer tras su fortuna incierta
Huyendo de un gigante entró en Biserta;
Y de allí en un bajel, que en aquel punto
A la vela salia, voló á España,
Cuando el jayan llegó, que era un trasunto
Del ciego infierno en la braveza y saña:
Como toro feroz á un pueblo junto
En barreado coso, ó en campaña,
Solo arremete, y solo hace calle,
Puebla barreras, y despuebla el valle.
Así, él siguiendo de la bella dama
El fresco rastro, entró en el pueblo moro
De una serpiente armado, cuya escama
De una en otra se engaza en nudos de oro:
El turbio Egeo cuando en torno brama
De Aulide al risco con hervir sonoro,
Ni en braveza se muestra tal, ni tanta,
Ni mas á quien su furia mira espanta.
De horrible vista, de cabello yerto,
De secos labios, de sangrientos ojos,
De negro polvo y de sudor cubierto,
En ronco aliento, respirando enojos,
Cansado el cuerpo del camino incierto,
Mas no el alma feroz de sus antojos,
Que al fin sabroso, donde ufano mira,
Con mil rayos de honor y amor respira;
Y como no halla á quien siguiendo viene,
Bramando pide á voces la doncella,
¿Quién, cuándo, cómo, adónde está, y la tiene
En guarda oculta, ó sabe nuevas della?
Ni aquí ni allí se pára ni detiene,
Que rabioso por vella, y por no vella,
La ardiente clava con furor violento
Uno y otro abaraja, treinta y ciento.
En la plaza á la tropa de la gente,
Que quiso por su mal tomarle el paso,
Vuelto en el talle y el furor serpiente
Destrozo hizo horrible, y cruel fracaso:
Armas, huesos y carne, pecho y frente,
Aplasta, muele, amasa, y no da paso
Que alguna vida mísera no cueste,
Matando al uno, al otro, aquel y á este.
A Cardel, de la reina Zaida hermano,
En el herir y en el tañer maestro,
Con un golpe mató, y de otro á Uliano,
En jugar y en hacer caballos diestro:
Y entre un confuso vulgo, el brazo insano,
A un cabo y otro, á diestro y á siniestro,
Espantosas heridas da y revuelve,
Y mil por una que recibe vuelve.
Cual de Hircania en las ásperas montañas,
Tigre de pecho, y lomo remendado,
De dulce sangre hambriento entre espadañas
La vista asombra del vecino prado:
Huye en tropel confuso á las cabañas
El fiel pastor, y el tímido ganado,
Y él harto de matar, ardiendo en zelo,
De sus sangrientas garras lame el pelo.
Así el jayan la tímida manada
De humildes moros por delante lleva,
La plaza y la ciudad alborotada,

En quien los golpes de su clava ceba :
Acomete la real puerta dorada
Del alcázar, adonde en furia nueva
Haciendo entra en sus guardas y porteros
Espantoso destrozo, y golpes fieros.
Tocan arma en las torres, y el rebato
Suena por la ciudad con ronco estruendo :
Corre la gente en tropa, y con recato
Unos aquí y allí, todos huyendo :
En vista y hechos un cruel retrato
De la furia mayor, dando y sufriendo
Mortales golpes, la mejor adarga
Hace á los suyos el que mas se alarga.
No en barreado coso toro altivo,
Que nunca al corvo yugo ató la frente,
Con mas furor se arroja al curso vivo,
Con que dél huye la plebeya gente;
Ni del confuso vulgo fugitivo
De mas tiros, ni en priesa mas ardiente
Le acosan y le pican, que en mil modos
Desde afuera al jayan combaten todos.
Cien espadas le hieren, y otros tantos
Tiros repara en el valiente escudo;
Y él, sin dar paso atrás, rompe por cuantos
Barreras le hacen con su acero agudo :
Lleno el alcázar real de muerte y llantos,
Y el fiero monstruo, de piedad desnudo,
Cruel, cuando le falta gente, enclava
Por cimbrias de oro la espantosa clava.
Del duro mármol las colunas bellas,
Con sus grabados techos de oro abiertos,
Que en ricos cuadros gozan por estrellas
Retratos vivos de sus reyes muertos,
Destroza, rompe y da, y entre ellos y ellas
Caen, de su antigua magestad cubiertos
Blasones, que del tiempo en la cruel llama
Ya fueron salamandras de la fama.
Con las torres enteras caen los muros
A sus soberbios piés, y en rabias ciego
Por no hallar á quien busca, en los obscuros
Desvanes siembra del alcázar fuego :
Arde el cedro oloroso, arden los duros
Cuadros de alerce, y al furioso entrego
De la llama, molduras y artesones
Caen en blanca ceniza hechos carbones.
Creció el viento, y el fuego á las estrellas
En resonantes globos se encarama,
Escupiendo al subir vivas centellas,
Que de nuevo al caer crece la llama :
Arden las altas bóvedas, y dellas,
El aire, el fuego á la ciudad derrama,
Abrasando sus rojos torbellinos
Del alcázar real los mas vecinos.
Entre esta horrible confusion, huyendo
El cruel aspecto del feroz gigante,
El dia fué su luz desvaneciendo,
Dando la del incendio por bastante :
Y él al mismo teson que entró saliendo
De la ciudad al mar llegó triunfante,
Donde fuego tambien sembró en la flota,
Y tomó para España la derrota.
Puédese presumir que tuvo nueva
De Angélica, y que va en su seguimiento,
O que algun superior furor le lleva,
Tras un desesperado fin violento :»
Así el noble español el gusto ceba
De los que en atencion gozan su cuento,
Aunque al rey el recelo, y la sospecha,
Mas las cadenas de su amor estrecha.
Y prosiguiendo el noble Floridano,
A Gundémaro pide alegre cuenta
De su prision, y ¿cuándo del tirano
Libre salió con su aficion contenta?
¿Cómo, y por qué le hicieron muerto en vano?
A quien él viendo que su Arlaja atenta,
Y el rey lo mismo pide en regocijo,
Así satisfaciendo á todos dijo.

ALEGORIA.

El sueño espantoso de Carlo Magno, significa las soberanas inspiraciones con que el cielo procura siempre regir y gobernar el apetito humano. En la discordia del campo francés, se muestan los grandes inconvenientes que trae contigo el haber en una república bandos y parcialidades, y como este es el mas eficaz desman para su destruicion y ruina; y tan poderoso, que si del cielo no viene llovido su remedio, ninguno hay en el mundo que se te pueda dar. Por Ferraguto, que estando para gozar de Angélica, y seguirla, haciéndole compañia hasta su reino, Morgante se lo estorba, dejándole de un golpe sin sentido, significa, que el apetito, estando dispuesto á seguir la virtud, aficionado de su hermosura, á la corriente del rio, que es la vida humana, Morgante, que es la voluntad, armada de las armas de la tierra, le desvia de aquel propósito, y deja sin virtud y fuerzas para él; y tras de su desenfrenado antojo pasa haciendo grandes destrozos y desórdenes, sin gobernarse en ninguna cosa por la razon, á quien del primer golpe dejó muerta. Orimandro, que halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y la libra dél, significa, que con la luz y favor del entendimiento todas las cosas se componen, y las desgracias se consuelan.

LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

Argumento. Cuenta Gundémaro el estraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, rey de Biserta : el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordjan en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.

«Es el amor omnipotente y santo,
El leonés prosiguió, en obras divino,
Que en fiestas suele convertir el llanto,
Y de fortuna atar el desatino;
Pues este que en mis causas pudo tanto,
Tambien en esta pudo abrir camino
Al bien presente, aunque por varios modos
De sangre y de dolor sembrados todos.
La reina Zaida, de Sulmán esposa,
Por sangre igual, ó favorable signo,
De una fuerza rendida poderosa
A mi rostro volvió el suyo benigno :
De mis desdichas, y de mí piadosa,
El del rey tuvo por castigo indigno
De los yerros de amor, y con su gusto
En vano salió el real decreto injusto.
Dió el bárbaro en mi causa cruel sentencia
Por el robo y la muerte desgraciada
De mi Arlaja, y su hermano, que en Valencia
Mas le mató su culpa, que mi espada :
Que sea quemado vivo en su presencia,
Y Arlaja en pompa fúnebre llevada,
Con mis frias cenizas en la mano,
Por mas tormento al reino valenciano.
La reina, á quien amor el blando pecho,
O con mi vista, ó mi inocencia pudo
Darlo de compasion humana hecho
Al riesgo de mi vida un noble escudo;
O por hallar los ruegos sin provecho
Con el tirano de piedad desnudo,
O por hacerse dueño por tal via
Del gusto que en el mio pretendia;
De mi obscura prision fue poderosa
A darme libertad, hecho un contrato
Con el alcaide, y una temerosa
Y no oida invencion por mas recato :
Un moro, que en la edad poco dichosa
Era, y en talle y cuerpo mi retrato,
Dieron en mi lugar á la cadena,

De mas agravios que eslabones llena.
Y luego que en la mísera garganta
Sus vueltas enredó el estrecho nudo,
A un duro lazo diron fuerza tanta,
Que le dejó el espíritu desnudo;
Y en una fiera crueldad que espanta
Muerto y desfigurado el rostro pudo
Fingir que yo era el muerto, el que el engaño
En mi provecho hizo, y en su daño.
Creyó la estragema el rey tirano,
Y la reina en prision mas amorosa
Algunos dias me entretuvo en vano,
Tras la esperanza de una fe engañosa,
Haciendo los favores de su mano
La triste cárcel menos rigurosa,
Que cárcel era, y en prision vivia,
Quien libertad y gusto no tenia.
En una torre altísima, que vuela
Sobre los muros de un jardin florido,
Que hace al vecino bosque centinela,
Y lo mejor descubre de su ejido,
Con cuidoso recato y fiel cautela,
De la piadosa reina entretenido,
Secreto estuve, y libre del tirano,
Que hizo el muerto volver ceniza en vano.
De la torre al jardin se descendia
Por un secreto paso, en cuyas flores
El amor con sus plumas me escribia
De mi querida esposa los primores:
La reina Zaida aqui tambien venia
A verme, y en su amor, y sus favores,
Con mas recelos iba, y con mas tiento,
Cuanto menos sabia de su intento.
Hasta que su alma al fin quitó el rebozo,
Y haciendo en los regalos diferencia,
Que era en ella mostró de verme el gozo
Ardiente amor, y no benevolencia:
Pidió el retorno en mí de su alborozo,
Y el gusto, que no estaba en su presencia,
Quedó en nuevo cuidado, y por mil vias
Desvelando á su antojo las porfias.
Prometió darme el reino de Biserta,
Y á su esposo matar por gusto mio,
Como en Tripol Geber es cosa cierta
Ser rey por semejante desvario:
Mostróme la campaña y mar cubierta
De armada y fiera gente á su albedrio,
Y en belicoso alarde en mi presencia
De su bárbaro imperio la potencia.
Despues del campo haré un breve retrato,
Y del primor con que su alarde hizo,
Y adonde apunta el bélico aparato
De aquel soberbio ejército mestizo:
Cuando diga en qué modo, y cuan barato
La fortuna estas máquinas deshizo,
Cuando yo en laberinto tan obscuro,
Ni puerta podia hallar, ni hilo seguro.
Del real jardin entre una selva inculta,
Del ancho muro en el cimiento grueso,
Una espantosa cueva tiene oculta,
Perdida boca en aquel bosque espeso,
Donde á gozar del fresco, que sepulta
En aquella florida cárcel preso,
Mil ratos me entretuve retirado
En su alegre frescura, y mi cuidado.
Aquí entre verde grama y nuevas flores
Un dia el dulce sueño en tierno nudo
Mis sentados ligó, y de sus colores
Un gran tesoro me mostró desnudo:
De rubias masas de oro los mejores
Rayos de alegre luz, con que ya pudo
El deseo cautivar, que dió despierto
Tristes suspiros por el sueño incierto.
Pareció que en los senos de la cueva
Donde durmiendo estaba le tenia,
Y á gozar dél con gusto y fiesta nueva
Mi dulce esposa tras de mí venia:
Mas ya despierto, viendo que se lleva
Morfeo entre sus alas mi alegria,
Triste quedé, que en sueño de tal suerte
Ventura es que el dormido no despierte.
Pasóse este accidente, olvidé el sueño
En otros pensamientos divertido;
Mas siempre del tesoro un dulce empeño
De memoria alegraba mi sentido:
Siempre que via de la cueva el ceño,
Que estaba allí me parecia escondido,
Aquello mismo que el pincel liviano
En el alma escribió con débil mano.
Hasta que al fin ayer libre y ocioso,
No sé de quién, ni cuál furor llevado,
A buscar el tesoro portentoso
Por la cueva me entré tras mi cuidado,
Y de uno en otro paso temeroso,
De la fortuna y del amor guiado,
A otro mundo llegué, y en otro mundo
El bien hallé que gozo sin segundo.»
Así el leonés decia, y al persiano,
Que con graves cuidados examina,
Del ejército bárbaro africano,
El fin que apunta, el blanco á que camina,
Y qué gente hay en él, el cortesano
Gundémaro, con lengua y voz divina;
Así le da razon, y así trasunta
Del grave alarde la soberbia junta.
«A instancia de Marsilio, que en España
Tiene la silla real de Zaragoza,
Llena de armadas gentes la campaña,
De Biserta sus muros alboroza:
Teme al francés, sospecha que le engaña
En la jornada que hace, y que no goza
Seguridad su reino, si el de Asturias
Las suyas junta á las francesas furias.
Contra esto se previene, y con Abdalla
Y Sulmán hecha liga por Valencia,
Meter quieren su gente, y reforzalla,
Tal que en Francia no halle resistencia:
Reprimir al francés, y dar batalla
A la Navarra, y la leonés potencia,
Y sacudir de Córdoba con ello
El duro yugo de su altivo cuello.
Y á todo esto de nuevo se ha juntado
La sucesion del reino granadino,
Por un grave rigor de adverso hado,
Que es de dejarlo en el silencio indino:
Viene á Sulmán el rico principado
De la ciudad, que en curso cristalino
El Darro abraza, si es cual dicen cierto
Por espantoso modo su rey muerto.
Suceso es raro, bien que sin recelo
Por verdadero corre en Berbería:
Divinas obras, que el piadoso cielo
Al mundo de su eterno brazo envia:
O sea, ó no sea así verdad, diréla
Por las mismas palabras con que un dia
Zayda me lo contó, y á ella prudente
Galirtos, que lo vió, y se halló presente.
Galirtos, rey de Alora, que pretende
Serlo tambien del campo granadino,
Y de la árabe sangre real desciende,
Que á Sulmán á pedirle ayuda vino,
Por verdad este así dicen que vende
De Estordian el suceso peregrino,
Así su muerte cuenta, y deste modo
El origen tambien del reino todo.
Por festejar al bravo Ferraguto,
Que á Doralice libertado habia
De la infame prision de un jayan bruto,
Granada en fiestas de placer se ardia:
Alegre el rey, la infanta ya sin luto,

Del muerto Mandricardo, cuando un dia...
¡Oh humanas vueltas! ¿quién la inmortal rueda
De los hados hará constante y queda?
A hacer de su riqueza y reino alarde,
Y dar al de Aragon su amada infanta,
De la Alhambra con él bajó una tarde
De un real jardin á la florida planta;
Y por donde mas fresco, y menos arde
El sol, y mas Generalife espanta,
A gozar fueron de las flores y aves,
Suave olor, y músicas suaves.
Cuando por arrayanes y laureles
De un moral descendieron á la sombra,
Donde de rosas hecha y de claveles
El suelo les prestó una fresca alfombra,
Que en blanda murta, y blancos mirabeles,
Entretegida su belleza asombra,
Convidando á quedarse por un rato
Al gusto de aquel cielo, ó su retrato.
Y en agradable suspension metidos,
Al ruido de una fuente que murmura
De los arpados cantos no aprendidos,
Que las aves le dan á su hermosura:
Grande rumor se oyó, grandes ruidos,
De cajas, grita y voces, que en la altura
Y techos de oro del palacio suena,
Retumba el bosque, y el jardin atruena.
Y entre el ronco atambor, y sorda grita,
Que en bárbaros sonoros instrumentos
Por la ciudad en música esquisita
Acordes dan y consónos acentos:
Así la confusion ataja y quita
Su melodía á los parleros vientos,
Que es cuanto suena en rudo desconcierto
De un tupido rumor estruendo incierto.
Como tal vez debajo el polo helado,
El Ismaro soberbio y belicoso,
Atruena en sus banquetes ocupado
Los collados del Rodope espantoso;
Y entero un jabalí mal sazonado,
Medio crudo, sangriento, y asqueroso,
Brutalmente en las manos despedaza,
Y tras él colma la espumante taza:
Crecen los humos del calor de Baco,
Vuélvese horrible confusion la cena,
Ruedan las tazas, y en el monte opaco
El confuso ruido de armas suena,
Los finos petos del fornido Yaco,
Y la selva de grita y voces llena,
Los ecos quiebran por las duras peñas,
De su imprudente horror bastantes señas:
Así por la ciudad el son confuso
Se dice que sonó agradablemente:
Ferraguto ignorante de aquel uso
La causa preguntó, y el rey prudente,
A quien en triste suspension le puso
El ruido alegre que formó la gente,
Que aunque fue en otros gustos de alegría,
En el suyo causó melancolía;
Así tras un suspiro el rostro vuelto
Al bravo Ferragut dicen que dijo:
«No hay bien que en mil azares no esté envuelto,
Ni mal que en el durar no sea prolijo:
Mil penas en el alma me ha revuelto
Desta música el breve regocijo,
Que siempre la memoria del contento
Es triste soledad al pensamiento.
Ya un tiempo fue, que aunque en menor fortuna
Gocé mi reino, la quisiera ahora,
Que los gustos son olas de una en una,
Y el pasado placer el que se llora:
Oye, oh valiente, si de parte alguna
Puedes saber lo que tu gusto ignora,
Es de mí solo, estáme pues atento
A cuenta del deleite de mi cuento.
Sabrás mi antiguo orígen, y la causa
De los alborotados instrumentos
Con que este noble y rico pueblo aplausa
Ciertos huéspedes suyos mal contentos:
Hará mi gusto por el tuyo pausa,
Y los infaustos sin piedad portentos,
Con su larga espantosa pesadumbre,
La ocasion te dirán desta costumbre.
Contarte he los principios de mi casa,
Y desta gran ciudad que ves presente,
Los caminos por donde tan sin tasa
En nobleza creció y valor de gente:
Quien me trajo á estos riscos, en que pasa
El cristal sobre el oro reluciente,
Cuento es notorio el mundo su testigo:
Oye que así pasó como lo digo.
En la parte que de Africa se inclina
A vér del mar Océano el semblante,
Y de desnudas rocas la marina
Llana le ofrece á su furor delante,
De yertos riscos y árboles se inclina
Sobre los otros montes el de Atlante,
Como coluna altísima, que el vuelo
Sustenta de las bóvedas del cielo.
No se solia empinar tan alto el risco,
Mientras que Atlante fue en aquella costa
Rey del mudable pueblo berberisco,
De tostado arenal y playa angosta:
Mas cuando vió del fiero basilisco
La górgona cabeza hecha aposta
Para criar montañas en la tierra,
Cual hoy está quedó mudado en sierra.
Antes sobre los pinos desta cumbre
Solia subirse á sustentar el cielo,
Y cargando en los hombros la techumbre,
De estrellas aliviar su curso y vuelo,
Donde Hércules la inmensa pesadumbre
Sufriendo hizo tal vez gemir al suelo:
Aquí vuelto Atlas peña eternamente
Sus orbes fija en la nevada frente.
Perseo, que es del sagaz Mercurio hermano,
Despues que hubo cortado la cabeza
A Medusa, trayéndola en la mano
Deste gran rey llegó á una fortaleza:
Recibióle con término villano,
Medroso que al jardin de su riqueza
Hambriento despojase, y del tesoro
El rico árbol que da manzanas de oro.
Por tan vil presuncion hecho peñasco
Perseo le dejó, y el rico huerto,
De un fuerte muro y diamantino casco
Cercado en torno, y de cristal cubierto,
Y allí un rojo dragon, que el gran carrasco,
De las ricas granadas de oro enjerto,
Con vigilancia eterna guarde y cele,
Y sin dormir jamás sus puertas vele.
Y consagrado el dios que nació en Creta,
De allí quedó el jardin florido de oro,
Con tal virtud y propiedad secreta,
Que no sea el reino mas que su tesoro:
En él toda su dicha esté perfeta,
Su magestad consista en el decoro
Que á su sagrado muro se guardare,
Hasta allí llegue, y en parando pare.
Guardóse por mil siglos inviolable
La fiel clausura del jardin sagrado,
Hasta llegar la vuelta inevitable
De los precisos términos del hado,
Y del monstruoso pueblo variable,
De honor el cetro real vino cargado
A Ormindas, que fue ilustre padre mio,
Y alma y reino perdió en un desvario.
De la bella Zegrilda, á quien el cielo
Igual con la crueldad dió la hermosura,
En los ojos amor labró un anzuelo

Por tropezon del mundo, y su cordura:
Mi padre á su vejez vio este señuelo,
Y el fuego, aunque la yesca no es de dura;
En el seco vellon cunde sin tasa,
Y toda una centella la traspasa.
Dió él en amor, y en desamores ella,
Ella en aborrecer, y él en amalla,
Mil trazas inventó para vencella,
Y ella para no entrar en su batalla:
Mientras se rinde mas, mas le atropella,
Por demás es correr para alcanzalla,
Que el desamor los llanos vuelve sierra,
Y en gustos encontrados todo es guerra.
De un moro vil, aunque de tierno bozo,
Preso su pecho fiel tenía la dama,
Sintió el amante viejo el gusto mozo,
Mas ¿qué no alcanzará á saber quien ama?
Lloró celoso el ver que de su gozo
Dueño sea quien de humilde el suyo infama,
Y que ande en competencia, y desamado
Un rey, con quien no alcanza á ser criado.
Determinó quitarle con la vida
Al nuevo Adonis el honor de sello,
Mas quien granjea el amor por homicida,
Ciego y lejos está de merecello:
Quedó la dama tierna y ofendida,
Muerto sin ocasion su amante bello,
Aborrecido el rey, y el reino estrecho
De asombros lleno en tan horrible hecho.
Mas ya del todo el apetito ciego,
Intentar quiere, ó á querer se esfuerza,
Que á apagar ó encender su torpe fuego,
Pues no pudo el amor, pueda la fuerza:
Vióse la dama muerta desde luego,
Que aunque no hay quien al alma haga fuerza,
Y el rey aun para el cuerpo no la tiene:
Mirar por él y por su honor conviene.
Y en este noble pensamiento puesta,
Al rey que ardiendo ve en amor le pide,
Que pues ya en darle está su honor dispuesta,
Y el suyo con su ardiente gusto mide,
En honra dél una merced honesta
Le haga, que su antiguo enojo olvide,
Y la goce sin él, con tal que sea
En el rico lugar que ella desea.
El ciego amante, que tuviera á gusto
Y á dicha darle un largo reino entero,
Como lo manda olvida su disgusto,
Y en semblante de amor trueca el severo:
Y el don al parecer templado y justo
Le otorga, y ella en rostro lisonjero
Tornando alegre con caricia amiga,
Asi de nuevo á que lo cumpla obliga.
«Señor, dijo, yo siento que á mi pecho
El amor de aquel moro tu enemigo,
Con encantos le hizo tan estrecho

Un mago astuto que trató conmigo:
Contra esto hay cierta yerba de provecho
En este real jardin, que cual lo digo
El sabio me lo dijo, y que es bastante
A hacer aborrecer cualquier amante.
Haz por mí, porque yo por tí me esfuerce
A olvidar lo que ya olvidar querria,
Que en él, al tiempo que su paso tuerce
De la noche huyendo el blanco dia,
Los dos entremos, para que él refuerce
En nuestro amor con su virtud la mia,
Y me haga que sola de tu gloria
Quede, y no de otro rastro en mi memoria.
Y aunque la tierna raiz con que Medea
Al padre de Jason volvió mancebo,
A este jardin alegre hermosea,
Y le sustenta eternamente nuevo,
Con ella yo tambien haré se vea
Tu blanca barba como el rojo Febo,
Si es de creer que su virtud conserva,
Y el mundo aun goza tan preciosa yerba.
Darnos ha el árbol de su alegre fruta,
Por tantos siglos antes no tocada,
Y la de mi honra entre la yerba enjuta
Del ramo de oro gozarás doblada:
No es este antojo peticion tan bruta,
Que no me haya de ser por tí otorgada,
Esto has de hacer por mí, señor, si quieres
Mis regalos gozar, y sus placeres.
Mas si gracia me niegas tan menuda,
Tendré este que amor llamas por antojo:
Da á lo que pido un sí, no estés en duda,
Que me es verte dudar notable enojo:»
Dijo, y todo el semblante alegre muda
En triste ceño, en blanco el color rojo,
Con el confuso miedo, ó con la pena
De la injusta merced de engaños llena.
De Zegrilda la gracia peregrina
Al rey bastara, sin llegarle el cebo
De la rejuvenil virtud divina,
Que hacer sabe de un viejo un hombre nuevo:
Darle el jardin abierto determina,
Y en él buscar el inmortal renuevo,
Que á un bien tan raro, y gusto de tal modo;
No es mucho precio aventurarlo todo.
Son la vida y amor de los trofeos
Humanos las deidades mas pujantes,
Ante quien quedan los demás deseos
En su comparacion por no importantes:
¿Que mucho que ahora hagan devaneos,
Si arrastra cualquier dellos los gigantes,
Y un viejo amante para un gusto nuevo
Desee volver, si puede, á ser mancebo?
Determinó, pues se halla enamorado,
Hacer obras de tal, y darle gusto
A la que el suyo ha puesto en tal estado,
Ahora sea justo, ahora injusto:
Del oculto sagrario reservado
Libre sacó con ánimo robusto
Las llaves, cuyo peso soberano
Jamás antes cargó otra mortal mano.
Y porque el hurto al mundo sea invisible
Entre el mudo silencio y sombra obscura,
Los dos amantes al umbral horrible
Llegan, que habia de ser su sepultura:
El muro del jardin tembló inmovible,
Y al resonar la hueca cerradura
De las puertas de bronce en pavor llenas,
De sus torres llovieron mil almenas.
El lustroso dragon, que puesto en vela
Al árbol de oro inmenso tiempo habia,
Que sin ver sueño estuvo en centinela,
Ya en sabroso sosiego y paz dormia,
Cuando al sordo rumor despierto vuela
Con negras alas por la abierta via,
Que al ciego amante la engañosa dama
A la venganza guia de su fama.
Y en los dos estrenando su veneno,
Ambos á un tiempo los dejó sin vida,
Y por el pueblo, ya de asombros lleno,
Espantosa hace y ciega arremetida:
Huyó del viejo Atlante al fértil seno,
Donde su furia en llamas encendida,
Así lo alto encendió de la montaña,
Que de sombra su humo cubrió á España.
Madrugó él sol por ver el ciego estrago
Que la desencantada sierpe hizo,
Y en el rey muerto el merecido pago
Que la dama le dió, y su amor postizo:
Al jardin se cayó el muro aciago,
Y el novelero vulgo antojadizo
El oro saqueó, y el rico huerto
El mismo dia quedar se vió desierto.
Mas aquel Dios que en él por su decoro
Claustro secreto á su deidad tenia,
Los robos castigó, y cobró el tesoro
Con tristes muertes que en crueldad llovia:
Nadie sin religion tocó en el oro
Que á la planta inmortal de luz vestia,
Que aunque al templo la culpa restituya,
No pague en infeliz morir la suya.
Hallóse la ciudad de muertos llena,
De horribles sombras y temor los vivos,
El reino despoblado, y yo en la pena
Que podian darme males tan esquivos;
Cuando un sabio alfaquí, en noche serena
Contando al duro cielo los motivos
De sus doradas vueltas, leyó en ellas
El fin á que nos llaman las estrellas.
Y «huye, me dijo, de la tierra odiosa,
Que ya aquí el hado el reino y paz te niega,
Y en procurar ciudad mas venturosa
Al viento manso y á la mar te entrega;
Y de esa fruta de oro prodigiosa
Con una busca la espaciosa vega
Del rio, que buscando arenas de oro
Con el suyo igualare á tu tesoro.
Allí al abrir el sol sus rayos bellos
Sin arar la pondrás en su remanso,
Y hasta que peines nieve por cabellos
Deste azote el rigor hallarás manso:
Allí tendrás alcázares, y en ellos
Reino seguro y próspero descanso,
Sin que la pena y el castigo lleves
Desta culpa comun, si alguno debes.»
Dijo, y con la dudosa profecía
Habla y alma huyó del cuerpo muerto,
Y yo entre tantos miedos otro dia
Con mis gentes bajé al vecino puerto:
Junto á la playa un bosque espeso habia,
De grama todo y de arrayan cubierto,
Adonde con humildes sacrificios
Los dioses intenté de hacer propicios.
Sentados de la selva en lo mas llano
Siete lucidas vi abultadas peñas,
Y en la mayor de todas de mi mano
Hacer quise un altar entre las breñas:
De una pesada almádana lozano
El peso alcé, y á las primeras señas
De querer hacer golpe el pardo risco,
Temblando comenzó á mostrarse arisco.
Y una voz, que aun ahora en los cabellos
Su horror siento, sonó, que así me dijo:
«Deja de herir los montes, á mí en ellos,
Oh tú, del ciego Orminda incauto hijo:
Deja el inútil campo, que á los bellos
Del claro Darro harás curso prolijo,
Y en los tiernos cristales de su orilla,
De hermosura la octava maravilla.
En estas siete peñas convertidas

Dejó del fiero Górgon la cabeza,
De Atlas las siete nietas conocidas
Entre los astros con mayor belleza:
Estas sus carnes son endurecidas,
Huye de hacer agravio á su entereza,
Que esta tierra de hoy mas á tus intentos
Llena de horror está, toda es portentos.»
Dijo, y como arrojado con las manos
Del riguroso hado el puerto dejo,
Y con mis temerosos africanos
En cuatro naves por el mar me alejo,
Por donde entre arrecifes y pantanos,
Siguiendo de los cielos el consejo,
Llegué á Motril, y allí en su tierra, como
Por favorable agüero el puerto tomo.
Y en escuadron formado con mi gente
Del lugar en que estoy me certifico,
Y ciudad á mi pueblo permanente
De argamasados muros fortifico:
Un año estuve allí, que el inclemente
Rigor del hado, en desventuras rico,
Su crueldad templó, y en trato amigo
La ira disimuló, y cubrió el castigo.
Mas dió principio á destemplarse el cielo,
Arder el aire, y á humear la tierra,
Y en mortal peste el enemigo suelo
Manchó cuanto el humilde pueblo encierra:
Yo, que en nuevos cuidados me desvelo,
En triste estaba y congojosa guerra,
Cuando una sombra, envuelta en sueño vano,
Así en tono me dijo soberano:
«Las nieves rompe, y deste suelo ardiente
En otro mas templado harán sus nidos,
Los que á gozar bajaren de tu gente
Del Genil claro páramos floridos:
Allí el oro, que el árbol escelente
Granó, te dará alcázares floridos,
Y la fruta feliz, de hombres preñada,
Parirla sentirás gente granada.»
Dijo, y yo temeroso los portentos
Adoro, y con su luz me determino,
Y por las sierras pasos abro atentos,
Y entre la blanca nieve ancho camino:
Subo á la cumbre, doblo sus asientos,
Llego al fin á este arroyo cristalino,
Y haciendo adoracion debida al cielo,
La tierra abrazo humilde, y beso el suelo.
Y el concurso dejando de los mios
Por la corriente abajo, cuando el alba
De blanco aljófar los escarches frios
Se viste, con que al sol hace la salva;
Sobre este monte, entre sus claros rios,
En la ladera mas desierta y calva,
La luz adoro, y mi granada fijo,
Donde ya el cielo tantas veces dijo.
¡Estraño caso! solo concedido
Al brazo eterno, que los mundos rige:
Del sol el rayo apenas vió encendido
Con su luz de oro el que primero dije,
Cuando el preñado globo, revestido
De alegre claridad, no hay quien afije
En él los ojos; que otro sol parece
De hermosura mayor que el que amanece.
Y como si en sus senos se embebiera
El que por su horizonte iba naciendo,
Para despues parir la luz entera
Se fue esponjado, en proporcion creciendo:
Creció el oro, creció la luz primera,
Y dentro comenzó un sonoro estruendo,
Como entre flores codicioso enjambre,
Que del tierno rocío anda con hambre.
Y ya exâlado en vaporosa nube
El primer resplandor del oro ardiente,
Cual dorado celaje, cuando sube
Al descender el sol por el Poniente,
En breve rato que mirando estuve
La neblina y vapor resplandeciente,
Con la fuerza del sol fue adelgazando,
Y á irse empezó tras el calor volando.
Y entre el desvanecerse la neblina,
Y por su seno entrar la lumbre bella,
En admirable pompa y luz divina
Criarse esta ciudad pareció en ella:
Su arquitectura y obra peregrina
Entre vislumbres comenzó á movella
Por los ojos la nube, que en su vuelo
Subir se veia por el aire al cielo.
Comienzan á mostrarse los cimientos
Que ya el oro amasó de piedra dura,
A traslucirse el muro y los asientos
Deste alcázar real, y su hermosura,
Sus bellos ventanajes y aposentos,
Y el romper de las torres por su altura,
Las almenas y muros levantados,
Y del humilde vulgo los tejados.
Y la reciente máquina, que altiva
Con torres y dorados chapiteles,
Al parecer tras de la nube se iba,
Plantada se quedó en estos vergeles;
Y no solo ciudad, mas ciudad viva,
Llena de hombres, no de ánimos crueles,
Como unos que espigó otra vez la tierra,
Que en miedo los sembró, y los parió en guerra.
Mas pueblo sin furor, gente amorosa,
Que la granada amores significa,
Y el ser de oro la vuelve mas preciosa,
En fe mas noble, en condicion mas rica:
Recibióme con pompa suntuosa
La ciudad nueva, y que le sea suplica
Piadoso rey pues sola en mi persona
Sus muros de oro afijan la corona.
O fuese impulso natural, ó fuese
La propiedad del oro que fue mio,
O que ya el hado por allí quisiese
Disculpar su pasado desvarío;
La ciudad nueva me pidió le diese
Leyes, como su rey, á mi albedrío,
Y por sus calles en soberbia pompa
Mi nombre hacen que los aires rompa.
Admiróme de ver la muchedumbre
De nuevas gentes sin nacer criadas,
Sus palacios y templos, que una cumbre
Del cielo hacen sus bóvedas doradas:
De mi alcázar la excelsa pesadumbre
Con las puertas de bronce no forjadas,
Muros, torres, ventanas, miradores,
Majadas poco antes de pastores.
Y entre estas maravillas y sobornos
De la fortuna un nuevo sobresalto
El alma me llenó de los retornos
De que ningun contento vive falto:
Dejé mi primer pueblo en los contornos
Deste collado generoso y alto,
Esperando mi vuelta, ya no hallo
Como en la ciudad nueva aposentallo.
Guerra se me apareja, ó hado incierto,
Dije entre mí cuando pensé que habia
El ancla echado en el seguro puerto,
Adonde me arrojó tu misma guia:
Mas entre un bien dudoso, y un mal cierto,
La ciudad llamo á la presencia mia,
Donde cuenta le di de mi congoja,
Y que el remedio en tanta duda escoja:
O admitiendo en sus muros á mi gente,
O á mí dejándome ir á procuralle
Ciudad y adonde un pueblo permanente
Pueda, cual me lo manda el cielo dalle:
Mas todos en tropel confusamente,
que no la saque piden de aquel valle,
Mas que de su ciudad recien nacida

La mejor parte dé, y la mas cumplida.
Y á hacerse un pueblo de los dos conmigo
Los de mas peso van y suficiencia,
Pues en ser uno nuevo, y otro antigo,
Solo, y no en mas, está la diferencia:
Yo, dando al cielo gracias, el amigo
Escuadron busco en presta diligencia,
Que al blando abrigo de una sierra fria
Al reir del alba le dejé aquel dia.
Mas, ¡oh altibajos de la humana vida,
Y cuan inciertos sois al mas prudente!
No mi gente hallé fuerte y fornida,
Mas en vez della otra menuda gente,
Que por las hojas de un moral subida
Ciudad labraba, y pueblo diferente,
De estrechas casas, y capullos ricos,
A torno hechos de sus tiernos picos.
Quién ya del todo alcanza el suyo hecho,
Y quién le va enarcando y dando tumbo,
Quién labra las paredes, quién el techo,
Quién los cimientos, quién por otro rumbo,
Echando los niveles trecho á trecho
Su casa traza, y quién por el derrumbo
De algun seco troncon desesperado,
Por no labrar la suya, está ahorcado.
Los unos de uno, y otros de otro modo,
Y todos juntos la obra comenzada
Tejiendo apriesa, y revolviendo todo
El fresco ramo donde va enredada,
Siendo la tierra de argamasa y lodo
De la ciudad en aire fabricada,
La virtud que en sus venas fructifica
El que dellos con mas fervor fabrica.
Dejáronme asombrado los portentos,
Mi nueva gente y sus menudos nidos,
Cuando del cielo vino por los vientos
Esta divina voz á mis oidos;
«Tambien tú labrarás tus aposentos,
Oh nuevo rey de los recien nacidos,
Que aun tiene sobre ti el jardin derecho,
Por sucesor del que lo dió deshecho.»
Huí medroso del rigor del hado,
La nueva gente que tras mí venia,
Viendo el largo escuadron, que allí abreviado
Menudo pueblo en que meterle hacia:
Compasivo del caso no esperado,
Las casas cada cual que mas podia
A las suyas por huéspedes se lleva,
Y con cuidado las regala y ceba.
Y así desean los nuevos ciudadanos,
Que en el templado aliento de su pecho,
Cada florido abril suelen ufanos
Prestarles vida, como ahora han hecho:
Y porque el cielo con temores vanos
Tal vez de su quietud turba el provecho,
Por asombrarles las fantasmas tristes
A tiempos hacen el rumor que oistes.
En él la vida y medicina puesta
De los asombros destas gentes tiene,
A estos piadosos fines hace fiesta
El que en su casa huéspedes mantiene;
Y este el origen es del reino, y desta
Ciudad, y en lo que dentro se entretiene,
De lo demás el cielo placentero
Los monstruos trueque en favorable agüero.»
Así el anciano rey en su discurso
Cuentan que relataba el de su vida,
Y que en suspension triste acabo el curso
Della, y ellos: el alma envejecida
En ordinarias penas, al concurso
De estrellas abreviada y reducida
A un punto indivisible, en nuevo modo
Tras sí se fue llevando el cuerpo todo.
Y encogiendo los miembros tan apriesa,
Que se desbarató la forma humana,
Los blancos hilos de la barba espesa
Seda se hicieron amarilla y cana;
Y el abreviado cuerpo, haciendo presa
En una hoja del moral liviana,
Se dice que, en gusano convertido,
Por ella comenzó á tejer su nido.
Causó el asombro desta nueva esquiva
Miedo en el corazon mas confiado,
Que ¿quién hay de los vivos que no viva
A este riesgo sujeto y sentenciado?
¿De qué se engrie él hombre, ó en qué estriba?
¿En qué hace pié el soberbio, en qué el hinchado,
Si el tiempo así á los reyes soberanos,
Como al pueblo comun, vuelve gusanos?
Alborotóse la ciudad, la gente,
Acudió á ver la nueva maravilla,
La bella Doralice, que presente
Al caso está turbada y amarilla,
El llanto y el dolor con que lo siente
Al de menos piedad causa mancilla,
Cubrióse ella, el palacio, y Ferraguto,
De tristes paños de grosero luto.
Y de la tierna dama el pecho tierno
Prolijos dias sin salir estuvo
En las tinieblas del dolor paterno,
Que el justo sentimiento la detuvo;
El moro aragonés, que al del infierno
Le pareció tan largo llanto, tuvo
Modo para partirse, aunque en la llama
Antes se ardia de la bella dama.
Mas como por ventura era su intento
El gusto de un antojo disoluto,
Viendo tan dilatado sentimiento,
Enfadóle el dolor, cansóle el luto:
Ordena su partida, y dando al viento
Los ajenos suspiros por tributo,
Se va, y deja á los tristes sin alivio,
Que un deseo ya cumplido siempre es tibio.
Llegó la nueva á la afligida dama,
Con que se comenzó de nuevo el llanto,
Y el suceso, el desman, la muerte llama
De su primer esposo; y el espanto
De su delito, el riesgo de su fama,
Y el agravio presente pudo tanto,
Que en sus lágrimas tierna consumida
Llegó á perder tras el honor la vida.
Sobre el sepulcro de su muerto esposo,
Como á pedir venganza dél ausente,
Lloró sus quejas, y el dolor copioso
De lágrimas sacó larga corriente:
Formóse dellas un estanque hermoso,
Y de sus ojos una alegre fuente,
Donde al tierno cristal que el llanto deja,
El vulgo llama ya Fuentelaqueja.
Esto es la que á la reina el rey de Alora
Contaba, y como yo la apreudí della,
O sea el modo de muerte con que llora
Su rey Granada, y su princesa bella:
Fingido, ó verdadero, no sé ahora
Lo cierto de su hado, ni su estrella:
El ser muerto es lo cierto, y que pretende
Sulmán el reino en que el Genil se estiende.
Y á estas varias empresas, y al deseo
De dar venganza al cuerpo de Agramante,
Cuya cabeza es bárbaro trofeo
Al fuerte escudo del señor de Anglante,
De la abrasada Libia el pueblo feo,
Hecho un confuso ejército abundante,
De altiva pompa, á vista de Biserta
La playa tiene de beldad cubierta.
Siguen el tremolar de sus banderas
Deste apartado mundo las naciones,
Cuantas en torno habitan sus riberas,
Siembran su arena, y vuelcan sus terrones,
De adonde Atlas encumbra las laderas,

Hasta donde humean los carbones
De la abrasada Nubia, y del tributo
Del rio Niger al Canopo astuto.
Cuanto se embebe en la abrasada zona,
Y el flojo suelo de su mundo ardiente,
Por sus baldíos campos amontona
En ocio inútil, y en mudable gente:
Al clarin de la fama que pregona
La nueva guerra, en bélico accidente
Sus escuadrones bárbaros concierta,
Y acude por mil partes á Biserta.
Cual sobre alegres cumbres y florestas
Del monte Tauro van sombríos montones
De pardas grullas, que en concierto puestas
Tras nuevo temple cruzan sus regiones,
O cuando con furor marcial dispuestas
En bello alarde forman escuadrones
Contra el menudo pueblo, en cuya tierra
El aire llueve ejércitos de guerra:
Por tantas partes en igual concierto
Africa llega gentes contra España,
Y de la gran Biserta al ancho puerto
Hombres vomita y armas la campaña,
Del abrasado mauro el pueblo incierto
Con el de los Luntanas, cuya saña
Fundó á Marruecos, y en su mar profundo
Acabó de tiznar Faeton el mundo.
Los Numidas sin frenos, abundantes
En dulces palmas, y árboles sombríos;
Los ociosos Getulios, que de antes
Ya fueron de armas y primor vacíos,
Y hoy sin ellas, ni frenos espumantes
Los potros doman de mayores brios;
Los veloces Marmáridos, los Mazas,
Y el Afeo diestro en sus alegres cazas.
La gente de Marsilia, que sentada
Sobre el caballo, en cerco le revuelve
Con una diestra vara, y la tostada
Flecha cual parto por las ancas vuelve:
A los que Hesperia da fruta dorada
Del árbol que el dragon ardiente envuelve
En sus cerúleas roscas, cuya escama
Los rayos doran de su rubia llama.
Los de la real ciudad de Taradante,
Y á los que en los desiertos arenosos
De Zahara sembró Perseo triunfante
Sus manchados quelidros venenosos,
Que del frio Górgon el feroz semblante,
Despues que en sangre y visos temerosos
De Atlas creció la corpulenta sierra,
Muertes llovió y ponzoñas á la tierra.
Ni por lejos del tráfago del mundo
El apartado Zénega se escusa,
A quien el Niger da de olas profundo
Las ricas armas que pintadas usa:
Y él con su grueso ejército fecundo
El aire asorda en trápala confusa
De altivos Telgas, de Zuzingas feos,
Y de Bardoas antiguos Sabateos.
El que en el caudaloso Dara goza
Frescos palmares y aguas desabridas,
Y en pomposos alardes alboroza
Sus barrancosas playas carcomidas:
El que en la humilde Génova retoza
Tras los ligeros gamos, y ceñidas
Las negras sienes en calor eterno,
Del Niger mide el uno y otro cuerno.
Los que en Ceu, y sus ásperos desiertos,
Y laguna de márgenes floridos,
Anchos campos cultivan encubiertos,
De rojas pieles de áspides ceñidos;
O en el Bárlaro Zinche los inciertos
Y mudables collados, ya cernidos
De los aires, no alcanzan firme asiento,
Que allí aun hasta los montes muda el viento.
Los que de alarde la espantosa sierra
con increible propiedad encanta,
Y la virtud de sus peñascos cierra
Paso á la voz, y tupe la garganta:
De cuyo estrecho valle y parda tierra
El hijo de Filipo llevó cuanta
Bastó para labrar del nuevo encanto
En Asia el real palacio del espanto.
Ni faltaron los bélicos flecheros
De la ciudad de Bárbara potente
Que en pieles visten de animales fieros
Los corpulentos miembros de su gente:
Traen de rojo leon ricos cimeros,
Del remendado tigre la ancha frente,
Del pardo lobo, del cerval, y el oso,
Y escama de serpiente el mas brioso.
Son estos tantos, que si el raudo viento
Con pestíferos soplos no barriese
La sobrada salud, y en fin violento
De ardiente arena y muerte los cubriese,
Seria la ancha tierra estrecho asiento
De su abundante parte al interese,
Y necesario á su parir fecundo,
O hacer de nuevo, ó ensanchar el mundo.
Traen estos en su escuadra por vecinos
El Jélofe, y el áspero Gualata,
Con los Tombutos, los Benais cetrinos,
Y el duro Burno de color mulata,
De la obscura Guinea vuelos linos,
De plumas y brazales de oro y plata,
Y la alta Nubia, que del Nilo bebe
La luz primera que la Aurora llueve,
Tienen tambien aquí escuadron gallardo
Los que de la Tebaida y fértil Lime
Suave aire respiran, que el bastardo
Bóreas jamás por su arboleda esgrime:
Donde la negra pez y alquitran pardo,
En bálsamo precioso y blanco auime
La virtud vuelve de su claro cielo,
Rico manantial de aroma al suelo.
Del Avisimbo el campo vagamundo,
Y escuadras del soberbio Troglodita,
Que de obcuras cavernas lo profundo
Con intratables ánimos habita:
Estos son los primeros donde al mundo
Ni el oro da riquezas, ni las quita,
Y tienen por mas gusto, y mas placeres,
Los hijos en comun, y las mujeres.
Los Megavaros, que de pardos toros
Crudos yelmos fabrican, y ancho escudo,
Y hacen volar tambien tiros sonoros,
Que á herir llegan con lenguaje mudo:
De su region los bárbaros tesoros
Traen á Biserta en su escuadron membrudo,
Y con soberbios ánimos feroces
La tierra hacen temblar y el aire á voces.
Ni de la alta Etiópia el Abisino
Sus pardos miembros le negó á esta guerra,
Si bien su grave emperador no vino
Por su diversa ley, y estraña tierra:
Rige este rey el cetro de oro fino
De sesenta y dos reynos, en que encierra
Cuanto se estiende en gente inculta, ó sabia,
De su Océano oculto al mar de Arabia.
Los reinos Bernagaes, que al oriente
Del mar Bermejo pescan nacar y oro,
Tigrimaon, que aljófar reluciente
En ricas sartas vende al pueblo moro,
Con otros mundos, que en el cerco ardiente
Que el dia iguala gozan el tesoro
De una pareja luz, que en llama viva
La vuelta enrosca de su frente altiva.
Y bien que la ancha faja que divide
El orbe por su imperio se enmaraña,
Ni del todo lo abraza, ni le mide,

Ni sus linderos con los suyos baña,
Que el estrellado Cancro no le impide
Su curso belicoso y vuelta estraña,
Ni el fiero Capricornio, aunque mas lanza
La uña postrera de su pié, le alcanza.
Mas cuanto el cielo por señales puso
Del negro humo de su zona ardiente,
Y en abrasados páramos difuso,
Como de balde lo arrojó á la gente:
Todo eso en masa, y en monton confuso,
A los piés lo humilló del rey potente,
A cuyo cetro, solo en su gobierno,
Ni el verano le ciñe, ni el invierno.
Pues este, aunque por ser de ley contraria,
Que adora al que murió por darnos vida,
Gente no envió á Biserta la voltaria,
Que anda en sus anchos reinos forajida:
Hecha una tropa en opiniones varia
Vino al torpe Jafés entretejida,
Que en las altas montañas de la luna
La fuente al Nilo ve, si tiene alguna.
De entre sombrías selvas olorosas,
De ameno loto y bálsamo preciado,
De jazmines cubiertos, y de rosas,
Modo en la guerra de su patria usado,
Los Macrobios vi allí de armas preciosas,
Pueblo hasta en las batallas sosegado,
Con arcos, que el mas pobre se remata
En oro rubio, ó en luciente plata.
Estos al sol bendicen, si amanece,
Y al ponerse le ofrecen maldiciones,
Donde en preciado cinamomo crece,
La paz de sus compuestos corazones;
Y á los de la isla Méroe, que florece
Del sacro Nilo á los fecundos dones,
Tambien hizo olvidar la nueva guerra
Las dulces cazas de su fértil tierra.
Los que en la Ciene clara el Cancro ardiente
Las sombras hurta, y les alarga el dia,
Con cuanto el llano Egipto goza y siente

De su oriental Leusipo á Alejandría:
Los que en cien puertas da el muro potente
De la ancha Tebas, cuanto Menfis cria
Entre escelsas pirámides, que el suelo
Hacen gemir, y recelarse al cielo.
Los que en la rica Arsïone, y sus valles,
Y de la Ciene habitan las regiones,
O en Berenice, y sus torcidas calles,
De la infiel Sierte alcanzan ricos dones:
Los Libïarcos de floridos talles,

Los bravos aunque pobres Nasamones,
Los Psilos, á quien temen las serpientes,
Y el Garamante y sus ociosas gentes.
Los Marcios de prolijas cabelleras,
De avestruces vestidos y leones,
De los dos Mauritanias las riberas,
De suelta arena llenas y dragones,
De la infeliz Cartago las postreras
Faldas del firme Atlante, y sus naciones,
A guerra cruel en belicosa saña,
Desde Biserta desafian á España.»
Así el sabio español, el grave alarde
Que en Africa notó, cuenta al persiano,
Mientras el barco por el golfo que arde
Las anchas velas da al austro liviano:
Y sin que á la aferrada proa retarde
Del peligroso mar el golfo cano,
Con huecos tumbos de preñadas olas
Las riberas descubren españolas.
Y en tanto que de Libia el suelo ardiente
En preparar ejércitos se tarda,
Y del rey Castó la invencible gente
Sobre Pamplona á la de Francia aguarda;
Del César puesto ya el campo potente
Entre los Pirineos, acobarda
Las armas y naciones extranjeras
Con solo el tremolar de sus banderas.
Allí en carro imperial, á quien la esfera
Del suelo adora entre realces de oro,
Gustoso ver pasar su campo espera
Al grave aliento de un clarin sonoro:
Fue de Angelinos la primer bandera,
Y de sus armas el mayor tesoro,
Sobre mi frison furioso á cuyo huello
Los campos tiemblan y el contrario en vello.
Como el soberbio Marte, cuando en Tracia
Su alfanje esgrime y de su yelmo ardiente,
En quien el sol los rayos de oro esparcia,
Rigor influye en su inmudable gente;
Tal el francés en ademan y en gracia
Delante el campo va resplandeciente,
Haciendo á las feroces gentes guia,
Quien torcida corriente el Reno enfria.
Cual en el libio mar olas espesas,
Si el armado Orion las alborota,
En crespos montes de avenidas gruesas
Sobre la playa hierven mas remota;
O cual la roja mancha de traviesas
Espigas, á quien zéliro alborota
En crespas ondas, tales los agudos
Plumeros vuelan, y arden los escudos.
El gran Dardin Dardeña, primer voto
En las francesas córtes, le seguia
En caballo alazan, cuyo alboroto
A todo el brioso campo le ponia:
Este de los jaeces de Carloto
Fue grave presidente el triste dia
Que vengar intentó con pecho fuerte
De Baldovinos la alevosa muerte.
Sobre un caballo remendado á manchas,
Que el Albis le crió entre juncia verde,
De cerviz corta, y de narices anchas,
Y que en los ojos al correr se pierde;
De ricas piedras y grabadas planchas
El sonoro jaez que en oro muerde,
A quien las perlas dan, y aljófar grueso,
Vislumbres nuevas y soberbio peso;
Fiero enemigo á la nacion hispana,
Con ocho mil Sajones representa
El disforme Centauro, que en lozana
Rueda en el polo Antártico se sienta,
Con la robusta gente comarcana,
Que al mar Britano sus resacas cuenta,
Y los diestros venablos mal parejos
Al distante escuadron envia de lejos.
Ni callarán mis versos tu gran fama,
Acompañada de beldad reciente,
O ilustre Sansoneto, de la rama
Del Soldan de Lamech fruto escelente;
A quien el vulgo por grandeza llama
Del bastardo Angriote descendiente,
Que en la torre Bermeja tu gran padre
A su nieta Ozamir te dió por madre.
Despues que en aventuras importantes
La fama acrecentó de su braveza,
Y en los arcos probó de los amantes
De su amoroso pecho la firmeza;
A tu madre le dió prendas bastantes
De su amor, y ella á tí de su belleza,
Criándote en las grutas de Angilones
Con sustanciosa leche de leones.
Pues este, no contento con la herencia
Que de la isla materna alcanzar pudo,
Las Fortunadas trajo á la obediencia
Del rojo leon de su rapante escudo;
Y ahora con toda la mayor potencia
De su reino feliz pasa el membrudo
Betancur, que por deudo, y por pariente,
De su casa es caudillo, y de su gente.
Urgel de la gran fuerza en riendas de oro
Tras este un fiel polaco gobernaba,
Con un coloso de metal sonoro,
Timbre y despojo de su invicta clava:
Que cuando el conde Dirlos contra el moro
Alarbe su ancha flota navegaba,
La galeaza suya de entre todas
Derrotada arribó á la insigne Rodas.
Y él deseoso de ver la gran medalla,
Que allí otro tiempo tuvo el sol luciente,
De paz entró, y en sola una batalla
Duque y señor salió de tierra y gente:
Mas la que ahora tras él hace muralla,
No es la que allí rindió su espada ardiente,
Ni del ducado de Guiayna rico,
Que á su padre Gofredo dió Alarico.
Que el conde Ornulfo, título y estado
Hoy con tirana voz le usurpa y tiene;
Y así el tercio que allí le abriga el lado,
Es cuanto el narbonés Varo contiene:
De Baldovinos jóven mal logrado
Solia esta escuadra ser, ahora le viene
Detrás al grave Urgel, y en su reseña
Aun llora los sucesos de Dardeña.
Entró tras deste el bello Ricardeto,
Hijo de Amon, y de Reinaldo hermano,
Que en rostro hermoso, y en fingir discreto,
A Flordespina hurtó el fruto temprano;
De quien nació el segundo Sansoneto,
Padre de Arnolt, y abuelo de Britano,
De Cleves duque, de Borgoña yerno,
Y de la bella Arnulfa esposo tierno.
Destos á España sucesion gallarda
Del tiempo trajo la inmortal cadencia,
No de sangre encubierta ni bastarda,
Sino de ilustre y clara descendencia:
De aquí de la color de la esmeralda
Arnao sus bandas toma y dependencia,
Y en Méjico, y en Burgos, los de Mota
Mas nobles son que el sol que la alba brota.
De aquí en báculo de oro, y mitra santa,
Ya Tlascala un obispo goza ilustre
De sus dichosos siglos, y de cuanta
Felicidad tendrá el colmado lustre:
El grave tronco desta insigne planta,
A quien tiempo voraz jamás deslustre,
Fue el hijo de Beatriz, tras quien venia
Cuanta braveza la Borgundia cria.
Por donde el grave Sécuana divide
De los Belgas y Celtas los mojones,
Gente que con la sola espada mide

De amigos y enemigos las razones,
Que á ninguno disculpas da ni pide,
Ni de agravio admitió satisfacciones,
Solo el brazo y su acero es quien sentencia
La mas dificultosa competencia.
Tres mil pasaron destos, mas pomposos
Que las aves de Juno en sus plumeros,
Tras de quien los Carducios belicosos
Y los Helbios siguieron altaneros,
Con los que de Gebena los llorosos
Altos nevados riscos ven enteros,
Gentes agrestes, cuya inculta sierra
Lo importante produce de la guerra.
Las graves canas del feliz Ricarte
Esta serrana escuadra hacian vistosa,
Y él como anciano y venerable Marte
En robusta vejez, y alma briosa:
De oro orlada llevaba en su estandarte
La Puente de Mantible, empresa honrosa
A su primera edad, con que hacia
La gloria florecer de Normandía.
Y bien que no en aquel ardor primero
Que al gigante Galafre descompuso,
Y la sangrienta puente ya de acero
De su escudo al cuartel dorado puso:
Mas todavia con su aliento entero,
Que es de la áspera guerra padre el uso,
Por lanza un pino, que en las puntas arde,
Gallardo entró por el pomposo alarde.
Siguióle allí el fortísimo Organtino,
De los Tabanes real fruto escelente,
Del sabio Malgesi hijo adivino,
Y de la reina de la Orcania ardiente:
Esta en nocturnos caracteres vino
A Montalvan mil veces del Oriente,
A probar de sus cercos los efetos,
Y del mago francés ciencia y secretos.
De ambos nació Organtino, que en la ciencia
De sus mágicos padres fue eminente,
Y de su franca sangre por la herencia
Como el ser sabio tuvo el ser valiente:
Este de insuperable suficiencia
Su rico arnés labró resplandeciente,
Templado así al hervir del lago Averno,
Que en su dureza es el diamante tierno.
Mas no te aprovecharon, ó furtivo
Fruto de Montalvan, y Orcania bella,
Ni las yerbas tesálicas, ni el vivo
Rayo infeliz de tu observada estrella;
Que en una antigua espada el hado esquivo
Su destruicion forjó, y tu muerte en ella,
Que es Balisarda estoque de la muerte,
Contra quien no hay escudo ni arnés fuerte.
Llevaba este dos mil tras su estandarte
De Champayna abundante en rojo trigo,
Con otros tantos mas que le dió aparte
De su encubierta madre el sabio amigo:
Tras dél, al huello de un templado Marte,
La fama hecha de su honor testigo,
De Rusellon pasó el duque Gerardo,
Brioso jóven de ánimo gallardo.
Del gran Gui de Borgoña nieto amado,
El que á Murpin mató, mágico moro,
Que á Floripes la torre habia escalado
Por hurtarle su rica cinta de oro;
Cuyo real cerco en pedrería grabado,
Con bello adorno de inmortal tesoro,
Al cuerpo que se anuda da en aumento
Vida y salud, y á los demás sustento.
Sea mágica ficcion, ó astro dichoso,
Cuajado en la preciosa margarita,
A todos, como un plato substancioso,
El pecho alienta, y el desmayo quita;
A quien rodea su círculo lumbroso,
Y á quien su rayo da lumbre esquisita,
Todo lo alegra, y de sustento viste
Los secos labios de la hambre triste.
Fue de Floripes esta cinta bella,
Y ella del Almirante Balán hija,
Que su real torre defendió con ella
De un asedio cruel, y hambre prolija;
Donde Murpin volando entró á prendella,
Y ya la joya entre sus dedos fija
Volver queria á volar, cuando sin vuelo,
Sin cinta, y sin cabeza vino al suelo.
Gui de Borgoña le atajó el intento
Con un diestro revés á tiempo dado,
Valiente abuelo del que ahora al viento
Pasa alumbrando con su arnés dorado:
Acompañan sus lados ciento á ciento
Los ricos pueblos del Escalde helado,
Que de Alemania á Bélgica divide,
Y el brio soberbio de sus campos mide.
Aquí del rey de Persia Lamostante
Dos hijos iban de ánimo gallardo,
Que aficionados al señor de Anglante,
Padre y patria vendieron sin resguardo:
Murió el rey, y del reino lo importante,
Y ahora el bello Clarelo, y feo Copardo,
Como un signo de Géminis florido
Una divisa llevan, y un vestido.
Pasó Tudon, pasaron los hermanos
Angeliu y Angelieros, pasó el fiero
Galtier de Mauleon, y los lozanos
Avinio, Abonio, Oton, y Belenguero:
Pasó el bello Drusian de ojos livianos
Vestido mas de seda que de acero,
Hijo del rey famoso Brasalante,
Brioso jóven, cazador, y amante.
De Polisena, hija de Oliveros,
Se profesaba tierno enamorado,
No habida en casto lecho, ni en los fueros
Del santo nudo, é himeneo sagrado:
Que el paladin la hubo en los primeros
Años de juventud, ocasionado
De una hermosa princesa, que vivia
En la torre celosa de Almería.
El ambicioso Galalon, armado
De azules recamadas armas de oro,
Tras estos se seguia, y á su lado
Su bello hijo Salier, lustre y decoro
De todo el rico magancés estado,
Envidia al campo franco, espanto al moro,
Gran cazador de fieras, y en seguillas
Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.
De diez mil de su casa acompañado,
Todos de una librea, y de unos fueros,
De azul, tela de plata, y de morado,
Y de las mismas plumas los sombreros,
Semejante al lucero coronado
De las flores de mayo, y sus plumeros,
Digno por cierto que le diera el hado
Vida mas larga, y padre mas honrado.
Dos van tras deste de ánimo gallardo,
Don Arnao, y Rainier, ambos amantes
De Flordespin, y el uno hijo bastardo
Del gran marqués de Güeldres Ballugantes,
Que jóven, tras la caza de un leon pardo
En las selvas de Ardeña resonantes,
Una hada gozó, y en su escondrijo
La dejó madre de Rayner su hijo.
Allí entre breñas se crió, y ahora
Hecho grave marqués de Picardía,
Seis mil vasallos lleva, y por señora
A sola Flordespin; tras quien seguia
Don Casaüs, vizconde de Basora
Sobre la Persia, y duque de Pavía,
Dudon, Anselmo, Cleves, y Malarte,
En ciencia Apolo, y en braveza un Marte.
Este del rey Gerion trae descendencia,

Que con tres cuerpos gobernó en España,
Y en triplicada voz, forma, y presencia,
Estado le hizo y magestad estraña:
De tres cetros gozó la preeminencia,
De tres tiaras sus sienes acompaña,
Y de otros tantos cuellos hizo hambriento
Hércules su gallardo vencimiento.
Este guiaba los pueblos que al Garona
Las riberas cultivan y la greña,
Tras de quien el marqués de Carcasona
Feroz guió su tremolante seña:
Godofre era su nombre, y su persona
De altivo aliento, y alma zahareña:
Tras de los dos Galbanes, hijo y padre,
Belleza no hay que á su beldad no cuadre.
Entre oro, plumas, plata y pedrería,
En dos blancos caballos, van iguales
Al alba de oro el uno, el otro al dia,
Cuando alegrando salen los mortales,
Ballugante y Arloto de Suria:
Bujaforte y Franconio de Hardales
Seguian, este lansgrave de Alemaña,
Y del viejo hijo aquel de la montaña.
Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero
Farfarelo, Franconio, y Matalista,
Bracamonte el galan, Guido el severo,
El rico Astolfo, y el sutil Arista,
Aymo, Hermion, Liofan, Claudio, y Galtero,
Y Egibardo en dorada sobrevista,
Del César y del cielo tan amado,
Que alcanzó sin envidia á ser privado.
Este solo nació y vivió en la tierra
Sin le haber murmurado, este hombre solo
De émulos se libró, y á la cruel guerra
De acedos zelos fue encubierto polo:
¡Oh cuanto odio mordaz la envidia encierra!
Pues en el gran combez que alumbra Apolo,
Uno solo ha pasado en feliz vuelo,
Y aun ese ignoro si nació en el suelo.
Que Egibardo de todos los anales
Por un hombre marino es referido,
Que en el mar de Sicilia entre corales
Un pescador le halló recien nacido;
De adonde el tiempo en cercos desiguales
A ser segundo en Francia le ha subido,
Si ya á dicha es segundo, y no primero,
Y un privado no es todo un reino entero.
Y si como es la fama en el Pachino
Concha de nacar le arrojó del seno,
Y en los campos del reino cristalino
Rocio le concibió del mar Tirreno;
Sin duda fue su origen peregrino,
Pronóstico feliz de dichas lleno,
Y el parto de Parténope fecundo,
Sirena cuyo canto encantó el mundo.
Es fama que otro tiempo dieron canas,
De blancos huesos de hombres sus riberas
En el mar de Sicilia, tres hermanas,
Beldades crueles, y hermosuras fieras:
Con música encantando, y voces vanas,
Los capitanes y las naos guerreras,
Que de lo mas distante de la tierra
Marte guiaba á la troyana guerra.
Fue esta grave jornada á quien los hados
Amasado quisieron dar el mundo,
Y ellas las que á sus playas los forzados
Navíos traian por el mar profundo:
Solo Ulises con oidos destapados
Pasó el primero, sin tener segundo,
Al son de sus cantares, de quien pudo,
Pues no fue en oirlos sordo, no ser mudo.
Salvó todas sus gentes belicosas
Con cerrarles el paso á las querellas
De aquellas tres hambrientas tiernas diosas,
Y él sus canciones escuchó, y en ellas
Acentos de palabras poderosas
A detener su curso á las estrellas,
Hacer correr los montes, y el violento
Curso enfrenar del alterado viento.
Y aun si la entena en que él se habia ligado
Guardara entonces el primer sentido,
Que en su selva la hizo árbol copado,
De alguna antigua ninfa estrecho nido,
Nunca él pasara libre, ni el sagrado
Ilion diera en ceniza convertido,
Mas sus desnudos huesos en la playa
Fueran cual los demás cándida raya.
Tan poderoso fue el hablar gallardo
De aquellos tres portentos de elocuencia,
Señal que de una dellas fue Egibardo
Partó feliz, pues heredó su ciencia,
Con que al César hacia breve, ó tardo,
Y en su gobierno aquella diferencia
Qus sus gustos pedian, y á ese modo
Del reino lo mejor le seguia todo.
De diez veces quinientos la arrogante
Escuadra daba al sol timbres dorados,
Gente al trabajo con fervor constante,
De fuerzas firme, y de ánimos doblados;
En voladoras flechas abundante,
Aljabas de marfil, y arcos pintados,
Que al campo arrojan en crujir sonoro
Nubes de arpones, como lluvia de oro.
Pues de tí, ó noble Lanio, que ya fuiste
Nieto del vengativo Balisarte,
Que de Carlos Martel en luto triste
Del reino recibió el real estandarte.
¿Cómo contaré el brio con que diste
Placer al campo todo, envidia á Marte,
En tu gallarda entrada, mas vistosa
Que del florido mayo el alba hermosa?
Subiste altivo al grave oficio honroso
De don Galfredo, hijo de Uliano
Gran duque de Saboya, á quien brioso
Dió injusta muerte el falso conde Gano,
Feliz á no vivir tan receloso
De su hermosa Olinda, casta en vano,
Pues ella en lo mejor quedó perdida,
Y el alevoso conde sin la vida.
Que el ofendido padre en la venganza
Del muerto hijo destruyó su estado,
Mató al conde, y á su única esperanza
El bello Florambel, mató al culpado
Guasco, mató diez condes de Maganza,
Mató á Olinda, mató á su padre amado,
Mató á dos hijos de su anciano suegro,
Celin el blanco, y Alisandro el negro.
El uno en hacer mal á los caballos,
Y otro en justar insignemente diestros,
Ricos de fama, y ricos de vasallos,
Pero de hados por igual siniestros,
Pues pudo un muerto jóven degollallos
Por mas que fuesen en huir maestros,
A quien sucedió Lanio, que llevaba
Tras sí una escuadra rozagante y brava.
Juzgóse encima de un obero armado
Al dorado Orion, cuando espantoso,
De pardas nubes y furor cercado,
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso:
De los floridos pueblos rodeado,
En gruesa tropa y escuadron vistoso,
Que en el rio Liger con nevadas vueltas
Las aguas hurtan á los montes Celtas.
No llevan estos, ni usan armas nobles
De acicalado acero relucientes,
Ni en carros suben, ni los duros robles
En lanzas enderezan eminentes:
Mas de sus diestras hondas los redobles
Grandes riscos arrojan, y en valientes
Cercos escupen, al voltear parejos,

Muertes al enemigo desde lejos.
Antea, que del Soldan hija se llama,
Y del primer asirio rey desciende,
Y por ver solo á Montalvan es fama
Que la suya por todo el orbe estiende,
Guerrera la hizo amor de tierna dama,
Que en la escuela de amor, ¿qué no se aprende?
Y hoy es en la reseña su persona
En beldad Venus, y en furor Belona.
Dos mil de su frison siguen la huella,
Con ricas telas de oro, y con turbantes,
De lo mejor del Cáucaso, donde ella
Cien castillos y mas rige importantes:
Un sol parece entre su escuadra bella,
Y los que van tras ella semejantes
A las ardientes lumbres de alegría,
Que tras su capitan la noche envia.
Mas ya de la imperial bandera el vuelo
Con las águilas negras campeaba,
A cuyo tremolar tiembla del suelo
Cuanto el mar ciñe, y con sus tumbos lava:
Roldan guia este cuartel, Roldan que el cielo
Espada no crió ni alma mas brava,
Dichoso, si entre tanta hazaña fuera
Otra alguna antes desta la postrera.
Seguia por general de Francia el resto
Del campo su estandarte, y á su lado
Reinaldos, Oduardo, el duque Arnesto,
Y Galtier, de Oliveros hijo amado:
A este, con trato no del todo honesto,
Meridiana parió en el celebrado
Cerco de Montalvan, que en cualquier modo
El trato y la ocasion lo pueden todo.
Tuvo Oliveros (si en sus gustos hubo
Lugar para ello, y fue á su amor posible)
En dos el corazon, dos damas tuvo,
Y en dos repartió el alma indivisible:
A Florisena un tiempo la entretuvo,
A Meridiana dió prenda visible
De su amor, en la misma que ahora se arde
En llamas de oro en el vistoso alarde.
Así el campo pasó, y así en serena
Magestad hizo el águila su vuelo,
Unos llenos de gusto, otros de pena,
Unos de orgullo, y otros de recelo:
Cada uno tras su suerte mala, ó buena,
Que es destas varias frutas plaza el suelo,
Y con fortuna próspera, ó escasa,
En las alas del tiempo todo pasa.

ALEGORIA.

En el buen suceso de Gundémaro, y Arlaja, se muestra, que el cielo es tan justo en sus decretos, que pocas veces consiente que el inocente padezca sin culpa, sacándole libre de los riesgos, sin poner él de su parte mas que la limpieza de sus obras. En la muerte del rey Ormindas, y su dama, se dice el castigo que da el cielo al príncipe, que debiendo ser el amparo de la religion, la menosprecia y quebranta. Y en el origen de la ciudad de Granada, que solo la abundancia del oro hace las ciudades ricas y populosas; y que del oro nacen todas las grandezas de la tierra. Y la conversion de los hombres en gusanos de seda, nos dice claro, que el fin universal de los vivientes es convertirse en gusanos, é ir devanando la vida, labrando como el gusano de seda el capullo, que es la sepultura, no para acabarse allí, sino para resucitar con el alma inmortal, como palomita para volar á su esfera, cada uno conforme hubiere vivido. La transformacion de Doralice en fuente, significa, que todo el premio del vicio son lágrimas y arrepentimiento: y el alarde, ya en otra parte queda dicho lo que significa.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

Argumento. Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitan el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando, y los demás doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo, y sus españoles.

Si mi carta los cómputos no yerra
Cerca de tierra estoy, tierra he sentido,
Mas tierra es la que veo, tierra, tierra,
Gracias al cielo, gracias, que ha traido
Por los peligros que este golfo encierra
Mi frágil leño al puerto conocido,
Donde al cumplir el voto en sus estremos
Al sacro templo cuelgue vela y remos.
A Dios, vanos temores, que ya distes
En cobarde escuadron asalto al alma:
A Dios, Graus, Caribdis, Scilas tristes,
A quien de miedo creí rendir la palma:
Ya al puerto embisto, afuera los que fuistes
A mi viento feliz prolija calma,
Dejadme allá llegar, afuera, afuera,
Que siento el fresco ya de la ribera.
Ya de la fama los clarines siento
Con que le hacen sus devotos fiesta,
Y del altivo templo por el viento
Subir las puntas en dorada cresta:
Ya de sus cisnes al divino acento
La playa rie, y suena la floresta:
Ya mi aliento me da, que al viaje ignoto
De mi barca halle puerto, y cumpla el voto.
Ya entre los cuernos del caliente toro
El rubio dios que tuvo cuna en Delo,
Abriendo al mundo el celestial tesoro
De nueva y tierna luz bordaba el suelo;
Y del carro acerado el rayo de oro
Con que Marte trastorna y mide el cielo
Sobre los campos dió, y creció la saña
Al francés brio, y al furor de España.
El nuevo orgullo del cercano dia,
Que habia de ser de tantos el postrero,
Al clarin de oro despertó, que hacia
Pomposa salva al rayo del lucero:
Resonó el aire, y el furor que ardia
Las fuerzas refinó al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte
Las estrellas guiaban á la muerte.
Dejan los mudos lechos, y allí entero,
El reposo que en tibia paz dormia,
Y el miserable vulgo, que el entero
Sol no ha de ver del comenzado dia,
En tropa acude y ánimo altanero
A la tienda imperial, donde á porfia
Da priesa, y solicita de la vida
El postrer paso, y última partida.
¡Oh soberanas causas! que si el mundo
A vuestro superior gobierno unido
Trastornar os agrada, y con profundo
Saber darlo á mejor discurso asido,
Nuestra ignorancia que es medio segundo
Nos cargais por primero, y convencido
De error culpable nuestro incauto pecho,
Solo lo que ordenais en todo es hecho.
Acaudillando la orgullosa gente,
Que á su cercano fin se precipita,
El falso Galalon á la eminente
Tienda imperial llegó en aplauso y grita,
Donde en lalaz discurso, y limpia frente,
Así al César razona, y necesita
A la cercana muerte que ya el hado
De la fortuna á Francia ha señalado.
«¡Oh invencible monarca! á quien del suelo
Lo mejor por cabeza y rey adora,

A cuyos firmes hombros dará el cielo
Cuanto hasta el turbio ocaso ve la aurora:
El fin dichoso que en heróico celo
Aquí tus gentes trujo, y tiene ahora,
Ya llamando á tu puerta te convida,
Al triunfo y la victoria prometida.
Ya de tu ardiente carro los fogosos
Caballos con relinchos placenteros
Tus enemigos vuelven temerosos,
Y empañan con bufidos sus aceros:
Ya para ser señor de los famosos
Montes de España, y á tus francos fieros
Dar libre el rico saco que en sí encierra,
Solo lo impide esta pequeña sierra.
Que les mandes marchar te ruegan solo
Y á su altivo furor quites el freno,
Que en pago te darán de polo á polo
Cuanto de tierra y mar abraza el seno:
Verá tus lirios de oro el rubio Apolo
Cuando en el Ganges bebe, y cuando lleno
De la encendida lumbre que le abrasa
Tetis le ahoga en su profunda casa.
Esto el humilde pueblo, y los magnates,
Que tus pobladas águilas seguimos,
Por los vencidos reinos y combates
Que á tu servivio dieron te pedimos:
Con solo esto rogamos que rescates
Tu obligacion, si alguna te pusimos,
Y que por la licencia que les dieres
Cobres á España, y goces sus placeres.
¿Quién te detiene el brio? ¿quién refrena
Del ímpetu francés tu pecho ardiente?
Mira que es remision de culpa llena
En tí el vencer tan tibia y flojamente:
Rompe, señor, del todo desenfrena
Ese raudal de tu invencible gente,
Acepta el triunfo que te ofrece el hado,
Y ten vergüenza de vencer rogado.
Venga á justo derecho ó no le venga,
La guerra que hoy fortuna va trazando,
Con tal que yo por capitan te tenga,
Y al romper de tu boca sienta el bando.
Tu gusto es ley, convenga, ó no convenga,
Tuyo es el mundo, y fue, ¿qué estás dudando?
Un sol hay en el cielo, y en la tierra
Un solo emperador en paz y en guerra.
Todos cual ves esperan que estos pardos
Riscos, que solo impiden tu victoria,
Les mandes escalar, y á los bastardos
Godos quitar la antigua vanagloria;
Que ya llenos sus ánimos gallardos
Del deseo de dejar de sí memoria,
El de mas tibio y mas helado pecho
Está una salamandra de honra hecho.»
Dijo, y el César, ya con las razones
Del lisonjero conde el alma llena
De hidrópica ambicion, tras sus pendones
Que marche á toda furia el campo ordena:
Rompen trincheas, alzan pabellones,
Tocan las cajas, y el clarin resuena
Por las cóncavas cuevas, y los riscos
De gramas entoldados y lentiscos.
Con el furor que la impelida llama
De un recio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia, en que arde y brama
En resonante hervir la selva roja,
Suda el verde laurel, arde la grama,
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja,
Y todo al fin por dó el incendio pasa,
El monte asombra, y su ladera abrasa;
Así al son de trompetas y atambores,
Y con igual furor sube marchando
Por los riscos altivos miradores
Del grave Pirineo el francés bando:
Tiemblan los pinos, gimen los alcores
Debajo el grave peso, y no bastando
A refrenar su furia, el valle escaso
Les da á no poder mas humilde el paso.
El viejo y encorvado Pirineo,
A quien del cielo el brazo eterno puso
Con riendas de oro al paso del deseo
De un pueblo y otro de su trato y uso;
Y por mejor y altísimo trofeo
De paz y eternas treguas le compuso
Entre las dos naciones, que feroces
Hoy su sosiego han perturbado á voces;
De las huecas alcobas, donde tiene
En estrados de plata reclinada
La grave espalda, que corriendo viene
De la una mar á la otra mar salada;
Al rumor de la gente que detiene,
Su cabeza de encinas coronada
Dicen que alzó entre riscos, y la tierra
Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.
Y viendo por sus hombros derramadas
Del francés reino las legiones fieras,
De las lustrosas armas las doradas
Luces, y el tremolar de las banderas,
Las leyes de sus límites quebradas,
Y que por pretensiones altaneras
Lo que el cielo apartó en concordia sana,
Juntar pretende la ambicion humana:
«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
Del mundo la quietud ha revelado?
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
Por mis revueltas breñas se han sembrado?
¿A qué fin con tan graves movimientos
De armas mi inculto seno veo preñado,
Que con ciego alboroto y son de guerra
Los confines asordan de mi tierra?
¿Qué mas discordia habrá, cuando en el cielo
El sol se abrase, y queme las estrellas?
¿Cuando la mar se estienda sobre el suelo,
Y sus olas levante encima dellas?
¿Cuando del tiempo el concertado vuelo
Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas,
Que encadenaban toda esta armonía,
Las deshaga y consuma el postrer dia?
Cuando quebrada la mortal coluna,
Que ahora es firme asiento de las cosas,
Tras la enlutada esfera de la luna
Los estrellas se arrojen perezosas;
Y en la mar anegadas de una en una,
Se encienda el aire en llamas espantosas
Que los polos abrasen, y entretanto
Todo se vuelva á su primer espanto.
Ni entonces podrá haber mayor revuelta,
Ni mundo mas confuso y alterado,
Ni aquella eterna noche en sombra envuelta
Le pondrá mas suspenso y enlutado:
La tierra veo un mar de sangre vuelta,
El aire de cometas rodeado,
Las estrellas sin luz, y en medio el cielo
Cubierto el sol de un amarillo velo.
Ya otras veces mis hombros deste peso
Cargado, y estas mismas armas tuve,
Mas no tan graves, ni de tanto esceso,
Como el que ora por cima dellos sube.
O aquí el mundo ha juntado el gran proceso
De sus edades, y esta densa nube
Preñada va de su potencia y saña,
O cual sentir caduco el mio se engaña.
Mas peso y carga de mayores gentes
Nunca de España el belicoso suelo
Junta oprimió, ni á brazos mas valientes
En un solo escuadron dió aliento el cielo,
Ni cuando á saquear de mis vertientes
Las ricas costras de argentado yelo,
La hambre de Fenicia, ni el estrago
Sobre mí vino de la gran Cartago.

Ni cuando á sus soberbios pensamientos
El fiero hijo de Isman alzó pendones,
Cuyos mal reprimidos movimientos
Desmembraron de Siria estas regiones;
Y de Meroan cortando los intentos
Al reino cordobés dieron blasones,
Con que al mundo temblar, y á España hizo
Humillarse á un tirano advenedizo.
Ni al tiempo que el mancebo Abenhumea
En Portunio abatió su media luna,
Ni cuando en riesgo la servil ralea
De esclavos le embistió guerra importuna;
Ni el cruel desman de otra francés pelea,
Triste ensayo y agüero de fortuna,
A este se iguala, con que altiva intenta
De toda su ambicion tomarle cuenta.
Mas si el oculto discurrir del hado,
Y de las parcas el estambre y huso,
A la francesa magestad han dado
Su crecimiento hasta este punto incluso;
Si hasta aqui tiene el cielo decretado
Que llegue, y por sus límites le puso
La cumbre, que ya sube y quiere á una
Que della le despeñe la fortuna;
Yo doy lugar á lo que el cielo ordena
El paso libre, y el camino liano:»
Esto á la gran montaña de años llena
Es fama que le oyó el bosque cercano,
Y el feroz campo, cuyo curso atruena
Los vecinos contornos, llegó ufano
A la alta cumbre, donde en vista fiera
El español ejército le espera.
Tembló el brio francés viendo al contrario,
Y de pálido y triste horror cubierto,
Volvió en semblante humilde el temerario,
Con que antes el vencer tuvo por cierto:
Y ya en mas órden mide y pesa el vario
Brazo de la fortuna sin concierto,
Que hace diversos visos y reflejos
Ver la muerte á los ojos, ó de lejos.
En tres gruesas escuadras su potente
Ejército el francés ordena y parte,
El diestro cuerno con la invicta gente
Que arrastró de Girona el estandarte,
Hecha á vencer lombardos; y al valiente
Gradaso, y Mandricardo, da y reparte
A cuenta de Reynaldos, que á su lado
Parece un invencible Marte armado.
La segunda de ricos precios llena
Del destrozado campo de Agramante,
Que su fama á la ardiente Libia atruena
En bélico aparato y voz triunfante,
Con mas palmas que nacen en su arena,
Y mas triunfos que alerces cria Atlante,
A tí, fiero Dudon, y á tu braveza,
Dió el César por gobierno, y por cabeza.
Lo restante del campo, que á la trompa
De la fama añadió sonoro aliento,
Y sin que el tiempo el de sus bronces rompa
Sobre su altar tendrán eterno asiento,
Con el César, que en grave aplauso y pompa
Príncipes le acompañan ciento á ciento,
A cuenta va del gran señor de Anglante
A un invicto Centauro semejante.
Aqui entre otros jayanes, cuyas sienes
Diadema de oro por los yelmos ciñe,
Y á sus vecinos reinos con desdenes
Fortuna á dar tributo y fe constriñe,
Leofante va, y Fabúreo, por rehenes
De la una y otra Arabia, que les tiñe
De rojo los escudos, donde lleva
Este un cisne, y aquel la luna nueva.
De la otra parte el grave Alfonso empieza
A mover con su ejército asturiano
En número inferior, mas no en braveza
A ningun pecho ni valor humano:
Por gallardo caudillo, y por cabeza
Del Carpio ilustre el dueño soberano,
Cual delante del sol sale el lucero
Ardiendo en llamas de oro, y limpio acero.
Sobre un caballo negro azabachado,
De pequeñas orejas y cabeza,
De un sol blanco en la frente remendado,
Fogosos ojos, llenos de viveza,
Tresalbo, ancho de pecho, y levantado,
De corta clin, y presta ligereza,
Las hinchadas narices con su aliento
Son espuma al jaez, y fuego al viento.
Enaspando las manos de brioso,
La cola entre las piernas escondida,
De concertado freno, y paso airoso,
Y á blanda rienda su altivez rendida;
Armado el rico arnés de oro fogoso,
Que ya fue de Vulcano obra escogida,
Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,
Como el cielo en la luz de sus estrellas.
De blancas plumas un penacho altivo,
Que el aire en crespo tremolar le enreda,
De oro grabado el peto, en que el cautivo
Pecho, mas no de amor, salvarse pueda:
En el escudo de fortuna al vivo
Hecha pedazos la inconstante rueda,
De perlas, oro y pedrería sembrada,
Y por letra, «no hay otra que mi espada.»
Cual sobre el austro ardiente al pardo moro
El soberbio Centauro mide el cielo,
Y en márgen de cristal tiembla el sonoro
Golfo al ver trastornar su raudo vuelo,
Y el con mallas de plata, y peto de oro,
Su estrellada grandeza muestra al suelo,
Tal en arnés vistoso relumbrante
Bernardo está á su ejército delante.
Su venerable rey, que la potencia
Del orbe sobre España venir siente,
Y que para tan grave resistencia
Cuanto tiene le importa de valiente,
Mostrando en todo que su real presencia
Es alma invicta á su invencible gente,
De en medio della, con saber profundo,
Así empezó á hablar, y escuchó el mundo.
«Invictos héroes, que por tantos modos
El tiempo en vuestros pechos examina
El gran caudal que en los soberbios godos
El feliz temple castellano afina;
Hoy, por daros de un golpe juntos todos
Los triunfos de la tierra, determina
Rendir á vuestros piés, por vuestras manos,
Los que en vencerla toda están ufanos.
Por no poder llevar vuestras espadas
A trastornar los montes del Oriente,
Ni á vencer las regiones escarchadas
Del Norte, ni de Libia el suelo ardiente;
Los triunfos todos de esas derramadas
Naciones os los trae en esta gente,
Que hoy cuanta honra ha ganado por la tierra
Al pié os la viene á dar desta alta sierra.
Mas no por verlos en tan grave punto,
De la instable fortuna acariciados,
Su arrogante opinion, vano trasunto
De ambicion loca, os deje acobardados,
Que toda esta altivez y orgullo junto
Ya de vencerlo estais acostumbrados:
¿Cuándo el furor fantástico de Francia
Contra el brazo español fue de importancia?
Bien saben que es comprar á cargas de oro
Un dia de treguas y de paz á España,
No huyendo del persa, ni del moro,
Sino del catalan coraje y saña:
Cuando Tendio, su rey, vida y tesoro
Al paso les quitó desta montaña,

Habiéndole pagado hasta una huella
A peso de oro de los riscos della.
Del estremeño Clanio la persona,
Que ya dos veces con tasada gente
De la francesa sangre en Carcasona
Arroyos hizo, y sus montañas fuente,
¿Fué mas que español nuestro? á Tarragona,
Cuando de su nobleza lo eminente
Dió montes de sepulcros á Igualada,
¿Cuyo fue el brazo? ¿quién prestó la espada?
Ni penseis que los siglos han mudado
A estas como á otras cosas las corrientes,
Habiendo allí crecido, aquí menguado,
Los ánimos y brios de las gentes:
Los mismos son que fueron: ya probado
Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes
Su esfuerzo, sus dorados lirios bellos
Bien saben vuestros brazos deshacellos.
El bravo orgullo es este que delante
Con fantásticos miedos os asombra.
La causa de la guerra su arrogante
Soberbia, otra aparente y vana sombra;
Ambiciosa codicia es lo restante,
Aunque el ofrecimiento mio la nombra:
Vuestro derecho, oh héroes asturianos,
Es librar nuestro reino de sus manos.
Quien de su amada patria el fiel regazo,
Donde el dichoso nace, vive y muere,
Y de la nueva esposa al dulce abrazo
Volver sin mancha á su nobleza quiere;
Quien del pequeño hijo el tierno lazo
Tornar al grave cuello pretendiere,
Y no humillar de la cerviz altiva
El libre suyo á sujecion cautiva;
Con la enemiga sangre derramada
Le importa iluminar la ejecutoria,
Honor perdido, ó libertad ganada,
Es ganar ó perder esta victoria:
¡Oh intrépido escuadron! á cuya espada
El cielo ofrece semejante gloria,
Librad la invicta patria, y haced vuestra
De un golpe la honra que de aquí se muestra.»
Dijo, y á su discurso el campo altivo
En bélico furor se enciende y arde,
Suena el arnés de Marte vengativo,
Fuego ardiente al feroz, yelo al cobarde:
Quién del diestro venablo, quién del vivo
Filo del corvo alfange hace alarde,
Y quién, blandiendo la nudosa lanza,
Sin moverse al contrario se abalanza.
En tanto el francés campo el aire impuro
Lleno de agüeros tristes mira atento,
El negro valle de un celage obscuro
En torno le entoldó, y espesó el viento:
Del lado izquierdo, sobre un risco duro,
Sonó de un pardo buho el ronco acento,
Y de tres cuervos un combate fiero
Entre la nube y su enlutado agüero.
Desvaneció la sombra, salió el dia,
Cubierto el sol con un sangriento velo,
Y del Norte una alegre compañía,
De doce blancos cisnes batió el vuelo;
Cuando una águila altiva, que venia
De hácia el campo español, cubriendo el cielo
En pompa de alas, y de artejos bellos,
Con engrifadas garras se entró en ellos.
Mezclóse al escuadron, creció la suma
La reina de las aves, cuyo brio
Hace que el blanco cerco se consuma,
Y que las nubes den de sangre un rio:
Caen los destrozos de nevada pluma,
Y muertos uno á uno el aire frio
Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo
Antes de blanca cinta ciñó el cielo.
El César de tan graves causas lleno
Su cuidadoso discurrir revuelve;
Mas ya empeñado el crédito, en sereno
Semblante el alterado pecho vuelve:
Rompe á la altiva magestad el freno,
En ver el fin del hado se resuelve,
Y fingiendo el placer, que no tenia,
Así al campo habló que le seguia:
«Oh ya del mundo diestros vencedores,
Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros,
No hay pechos tan osados, ni furores,
Que no os rindan humildes sus aceros,
De adonde en arómaticos olores
Del tierno dia beben los primeros
Rayos de alegre luz, al mas distante
Pueblo, á quien da su sombra el viejo Atlante;
Ya de la gran jornada el postrer dia,
Con tantas diligencias procurado,
Vuestra braveza llama y desafía
Al modo de vencer acostumbrado:
De los gallardos brazos la osadía
Que el mundo hizo temblar, hoy con doblado
Esfuerzo es el mostrarla conveniente
En el vencer esta indomable gente.
No hay nacion tan remota y apartada
Desde donde la oculta Tile humea,
Hasta el feroz Centauro, que en dorada
Uña en el polo Antártico pasea,
Que al filo agudo de esa invicta espada
Nuevo trofeo de altivez no sea,
Ni desde el indio oculto al mar de Oriente
Quien no se asombre á su vislumbre ardiente.
Ya pues para que en carros de leones,
Y en triunfo universal gozeis la tierra,
A vuestra fama solos los mojones
Resta allanar desta enemiga tierra;
Con esto haceis de todas las naciones
Un reino solo, solo en esta guerra
Está el ser invencibles, ó que el mundo
Aun todavia os dé el lugar segundo.
Mas ¿para qué en palabras entretengo
El triunfo que tal brio me asegura,
Si lo poco que en ellas me detengo
De corriente le quito á mi ventura?
Esto les doy de vida, hasta aquí vengo
A serles franco rey, gozen segura
Libertad este rato, ya el postrero
Que el hado les otorga, y vuestro acero.
Que aunque ceñidas de laurel triunfante
Por vuestra espada mis ancianas sienes
Ya vi otras veces, nunca en tan pujante
Gusto, ni en colmo de tan altos bienes:
Ni cuando el fiero campo de Agramante
Me dió en vencidos reyes sus rehenes,
Ni cuando de Gradaso, y de Mambrino,
Y Almonte, el triplicado triunfo vino:
Ni cuando á Desiderio en Lombardia
Mi tributario hice, ni con tanta
Gloria entré en Roma á recibir un dia
Del sacro imperio la diadema santa:
Que á todos estos actos de alegría
Este los sobrepuja y adelanta,
A esta victoria y triunfo los pasados
Son márgenes de gustos abreviados.
Sola una cosa, oh jóvenes gallardos,
La fe me otorgue de este pecho fiero,
Que contra los rendidos vuestros dardos,
Ni se armen de rigor, ni sean de acero:
El que en ligero vuelo, ó pasos tardos,
Se os rindiere, tendreis por compañero,
Sea vuestro ciudadano el que huyere,
O el que por no morir se defendiere.
De los demás sin reservar viviente
La sangre riegue vuestros lirios de oro,
Muera su rey falaz, muera su gente,
Muera el leonés, el árabe y el moro:

A ellos, invicta casta descendiente
Del que á Hector engendró, y á Polidoro,
Que aun ya desde esta altura donde estamos
Por superiores suyos nos contamos.»
Dijo, y en frio silencio amortiguado
Se vió el primer orgullo bullicioso,
De la vecina muerte demudado
El pálido semblante al mas brioso:
Da latidos el pecho al mas osado,
Temen el arrogante y el medroso,
Y entibiar en tal trance los guerreros
Es el peor de todos los agüeros.
Mas no solo temblaron los presentes
De su cercano fin al triste ensayo,
Que no se halló francés entre las gentes
Que entonces no sintiese algun desmayo:
O fuesen de los hados las corrientes,
O de signo infeliz precioso rayo,
Que á las francesas armas poderosas
El curso trastornaba de las cosas.
Todos al fin los que en el mundo habia
Por regiones incógnitas sembrados
Los azares sintieron de aquel dia,
Y los pechos hallaron desmayados:
Los de la Libia cruel, los de la pia
Moscovia, los humildes, los honrados,
El que en Tiro sus púrpuras rescata,
Y el que de solo el ocio en Paris trata.
El César á vencer acostumbrado
Se vió tambien suspenso un rato en duda,
Hiere al luciente acero el sol dorado,
Y el aire en sangre y luto se demuda;
Cuando de la fortuna arrebatado
El uno y otro ejército se muda
En busca de la muerte, que aprestada
Da el postrer filo á su tajante espada.
Vánse acercando, suenan los clarines
Entre las peñas con quebrados ecos,
Y puestos ya en los últimos confines
Del fatal monte y sus peñascos huecos;
Del vario tiempo los dudosos fines,
Y del triste hado los variables truecos
Su orgullo asombran, y al dudoso caso
Suspenso dan el amagado paso.
En tanto la piedad y ambicion juntas
En medio hacen su batalla aparte;
La piedad, viendo en aceradas puntas
De Carlos y de Alfonso el estandarte,
Que con doradas cruces, sus conjuntas
Naciones hijas son de un mismo Marte,
De un gremio, de una ley, de un clima y cielo,
No sabe cual seguir por mejor celo.
Duda cual de los dos sea su enemigo,
Si el católico rey, si el rey cristiano,
Bien que de entrambos con halago amigo
Tocar desea de paz la honesta mano:
Ya en esto, puesto el cielo por testigo
A embestir iba el pecho á Carlo Mano,
Cuando de la ambicion fue rebatida
De un golpe tal, que la dejó sin vida.
Es ciega la ambicion, y ardiendo en ira,
Ni tiene superior, ni igual consiente,
Ni reconoce á Dios, ni á su ley mira,
Ni guarda fe al amigo, ni al pariente;
Todo lo arrasa, á todos blancos tira,
Y ahora, llena del furor presente,
Pasó por mas victoria de su mano
El duro corazon á Carlo Mano.
Y el resto del fantástico semblante
Al justo de un feroz jayan lo entalla,
Y por alma cruel lo da á Morgante,
Que aquel dia antes vino á la batalla;
Donde puesto al ejército delante
Sale ardiendo el primero á comenzalla,
Y acrecentada de ambicion la injuria,
¿Que rienda bastará contra su furia?
Muévense entrambos campos, semejantes
A dos tejidas selvas, cuyos pinos
Son espigadas lanzas relumbrantes,
Y las copadas hayas yelmos finos:
Las ramas son plumeros tremolantes,
Donde hace el viento bellos remolinos,
Y á las varias centellas del acero
En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.
Llega junta á chocar la muchedumbre
Al son de belicosos instrumentos,
Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
En roncos y tristísimos acentos:
Suena el acero, asombra su vislumbre,
Y el Pirineo tembló por los cimientos,
Las madres dentro en los vecinos techos
Sus hijos abrigaron á sus pechos.
Ahora es tiempo, oh sacra Melpomene,
Que en trágico furor vuele mi pluma,
Y tal su belicoso acento suene,
Que ni olvido ni envidia lo consuma;
Antes el mundo así sus versos llene,
Que aun reducidos á compendio y suma,
Tanto ensanche mi voz su nombre altivo,
Que quien dellos no hablare no esté vivo.
Cual soberbio centauro, que el monte Osa
En veloz curso rompe y atraviesa,
Y entero un pino da á la poderosa
Mano, haciendo dél liviana empresa,
Tiembla la alta montaña cavernosa,
Y él, cual turbio raudal rota la presa,
Hasta arrojarse en el vecino valle,
Por cuanto al paso encuentra hace calle;
Tal Morgante, amor nuevo de la bella
Angélica, á romper la primer lanza
En el campo español vuela con ella,
Y á entrarse por sus puntas se abalanza:
Encontró á Gravelindos de la Estrella,
Quitándole su encuentro la esperanza
De suceder en Lugo á Bahamonte,
Y sus armas trocar por las de Almonte.
Rompió la lanza en él, y con la espada
Furioso se arrojó en el campo hispano,
Abriendo por la gente mas granada
Sangriento estrago su arrogante mano:
De tajo, de revés, y de estocada,
Hiere, ahuyenta, y mata al mas cercano,
Carga, y revuelve su indomable potro,
De aquí, y de allí, sobre este, aquel, y el otro.
Reynaldos encontró del fiel Carpento
El gripado leon en verde escudo,
Pasando entrambos cual ligero viento,
Este herido en el brazo, y aquel mudo:
Mas del feroz Roldan ¿quién el violento
Curso dirá, y encuentro? que al membrudo
Vidaurre dió en sus ocho escudos de oro
Tal, que el monte atronó el rumor sonoro.
Fue el navarro á caer desacordado,
Mas revolviendo con mejor sentido,
Dejó al conde, que en medio del cerrado
Escuadron ve de seis á un tiempo herido;
Y á Angelin encontró, que confiado
De dar muerte á Reyner volvia teñido
De fresca sangre el brazo, y un agudo
Trozo de lanza por el roto escudo.
Del golpe que á Roldan causara espanto,
O temor, si atendiera su pujanza,
Al conde de Burdeos llegó tanto,
Que pudo dar á su Reyner venganza:
Rasgó el escudo, el brazo, el yelmo, y cuanto
Desde el plumero á la escarcela alcanza,
Dando al suelo de un golpe por entero,
Plumas, armas, caballo, y caballero.
Al duque Astolfo, que á vengar venia
La muerte de Angelin, volvió furioso,

Y en gallarda y trabada bateria
Dar principio se vió á un combate hermoso:
Mas tanta era la gente que moria
De un campo y otro, tanto el temeroso
Resonar de los golpes y tormenta,
Que no es posible dar de todos cuenta.
El bravo Durandarte, el gran Ricardo,
Gayferos, Naymo, Oton, y Bellenguero,
Anselmo, don Turpin, Avivio, Alardo,
El aleman Godofre, el fiel Raynero,
De todos hecho un escuadron gallardo,
Lanzando rayos de su ardiente acero,
Por el revuelto ejército de España
Rompiendo van en mortandad estraña.
Destrozan, hieren, matan sin concierto,
Rompen, desarman, y en sangriento lago
Un número increible dejan muerto,
Y entre los vivos un horrible estrago:
Quién el costado, quién el cuerpo abierto,
Sin sentir de la muerte bebió el trago,
Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,
Por tierra arroja su furor violento.
A un tiempo ambos ejércitos difusos,
Sin órden, modo, sin concierto, ni arte,
En espantosa trápala los usos
Y reglas quiebran del sangriento Marte:
En ciegas tropas, y en monton confusos,
De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
De á caballo y á pié, todos á una
Al gran desman se mezclan de fortuna.
Ni los diestros sargentos, ni el prudente
Capitan, pueden reducir á modo
La descompuesta confusion de gente
En que se enreda y enmaraña todo:
Mezclados el cobarde, y el valiente,
El español, francés, normando, y godo,
El noble, y el plebeyo, el alto, el bajo,
El que viste armas, y el que no las trajo.
Retumba el hueco valle á los acentos
Del ronco y triste son de las espadas,
Hieren las voces los confusos vientos,
Y el romper de las armas encontradas:
Corren del monte horrible rios sangrientos,
Volcando arneses, grevas y celadas
A los vecinos valles, ya cubiertos
De enteros escuadrones de hombres muertos.
Mézclase en los ejércitos la muerte,
Y mil vidas se lleva de un encuentro,
Que aunque cada una asida de su suerte,
Todas al fin van á parar á un centro:
Trafilo, yendo á herir á Ernesto el fuerte,
Por la espada de Andronio se entró dentro,
Quedando al descender el golpe incierto
Libre el vencido, y el contrario muerto.
Llevóle Fanio á Isarco de una altiva
Herida la cortés cabeza á vuelo,
Ven los ojos quedarse el cuerpo arriba,
Y ellos bajar con toda el alma al suelo:
Rió Sarpelo en ver que medio viva,
Yendo á hablar, le ató la lengua el velo,
Y á él por trocar los yelmos una flecha
Las sienes le cosió, y pasó derecha.
Un venablo por medio de los pechos
Iba á Rubin buscando las espaldas,
Cuando otros dos en él dieron derechos,
Y él de aquel monte en las sangrientas faldas:
Y el alma por tres pasos tan estrechos,
A volver rojas las violetas gualdas,
Duda el salir, cuando de un golpe abierta
La cabeza le dió bastante puerta.
Cayó tras él Sirinto, y Aldigero,
Con armas encontradas y sangrientas,
Este gran bebedor, y aquel parlero,
Y un golpe los libró de dos afrentas:
De un campo y otro, Alcin aventurero,
Y el capitan Obando, las violentas
Lanzas quebraron, yendo al campo abierto
El uno medio vivo, el otro muerto.
A los piés de Chaquin cayó Sarrento,
Que entre unos riscos de la mar tenia
Mujer é hijos, y en quietud contento
Con anchas redes de pescar vivia:
Creciólo la ambicion, mudó de intento
Viniéndose á la guerra, y aquel dia,
De un fiero golpe ya rotos los cascos,
Por la paz suspiró de sus peñascos.
Mas ¿cuál dios, oh Quevedo, el gran torrente
De tu amorosa vena trocar pudo,
Y de poeta altivo y elocuente
Te trajo á ser entre las armas mudo?
¿Quién por pluma te dió la espada ardiente,
Por dulces versos el pesado escudo,
Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,
Por el laurel de tus heróicas sienes?
Si querias guerras, con tu musa á solas
Las pudieras cantar, cual ya hiciste
Otro tiempo las armas españolas,
Y de Rodrigo la tragedia triste:
Mira, oh gallardo jóven, que las olas
De antojos con que Apolo el alma embiste,
Otras que no estas son, y que es de otra arte
El poético furor, que no el de Marte.
Apenas de oro el escarchado vello
Hacia invisible sombra á tus mejillas,
Cuando tu verso el mundo oyó, y en ello
De Venus y de Adonis las mancillas:
No sé por qué dejaste, oh jóven bello,
De cantar las batallas por seguillas,
Que para darles desta una gran suma,
Mas que tu espada nos valia tu pluma.
Mas con deseos de cantar á España
De sus invictos héroes las heridas,
De acero armado, y de tu misma saña,
Fuiste al campo á aprenderlas, no de oidas:
Con limpio arnés que el aire en lumbres baña,
Y sobre el yelmo plumas esparcidas,
Que en lo pomposo y hueco de su rama
De las alas parecen de la fama.
En el escudo por empresa bella,
Aludiendo al amor en que se funda,
Tu vihuela, sin otra cuerda en ella
Que una prima, y por letra «sin segunda:»
O sea la luz que te guió, tu estrella,
Tu música, tu canto, ó tu profunda
Vena, todo era tal, y de tal modo,
Que á todo junto ajusta, y cuadra á todo.
Deste gallardo y belicoso aliento,
O espíritu gentil acompañado,
A los mayores riesgos mas contento
Entrar te hacia tu ánimo arrojado;
Y matando enemigos ciento á ciento
Ya cantar tu victoria habias trazado,
Cuando el deseo de alcanzar á Arbante
Al golpe guiar te pudo de Morgante.
Cual fiero leon, si al corto dia de invierno
Tras larga noche ayuno se levanta,
Y al salir de su cueva un ciervo tierno,
O nuevo toro ve entre planta y planta,
A quien aun no ha salido firme el cuerno,
Ni á los pechos le cuelga la garganta,
Deja otras ocasiones, y al presente
Las garras tienta, y apercibe el diente;
Tal el gigante al jóven peregrino
Su cruel hado le hizo que revuelva
Con una lanza de un entero pino,
Que ya fue adorno de una inculta selva:
Pasó el dorado escudo, el peto fino,
Y á salir hizo que la punta vuelva
Por las espaldas, y el altivo cuello
Caer dejó al un lado el rostro bello.

Mas ya es tiempo, oh deidades de Helicona,
Que todas juntas deis á mi alma aliento,
Que iguale, si es posible, á la persona
De quien ya quiero comenzar el cuento;
Y no en voz que se muda y desentona
A cualquier paso, y con cualquiera viento,
Mas en estilo de oro, y voz de acero,
Vean que es de la verdad la fama un cero.
Y de aquel brazo, cuyas maravillas
Asombraron un tiempo las estrellas,
Para que ahora hagan en oillas
Lo mismo que en el mundo hizo el vellas;
De esas doradas sacrosantas sillas
Bajad á oir mi canto, oh ninfas bellas,
Por cuyas manos el licor se vierte,
Que hace dulces engaños á la muerte.
Salió gallardo el príncipe de España
Luego que el francés campo vió deshecho,
Que hasta aquel punto reprimió la saña
Para mejor justificar su hecho:
Y cual hambriento leon, si en la montaña
La aguda hambre que le escarva el pecho,
El tímido rebaño, ya sin gente
Ni pastor, desde lejos balar siente,
Haciendo estrago y riza de mil suertes
Entra bañando en sangre diente y garras,
Tal el feroz caudillo, de los fuertes
Montañeses, saltó el palenque y barras:
Y en varios golpes, y en diversas muertes,
Lances nuevos probó, pruebas bizarras,
Asombrando su espada al campo todo,
Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.
Al galan Durandarte, desde lejos
En ricas plumas y armas señalado,
Pasar vió entre las lumbres y reflejos,
Que el sol sacaba de su arnés dorado:
Y al verse en sus clarísimos espejos
Tan furioso llegó, que á no ir cebado
En dar muerte al francés, si se mirara,
De su misma braveza se espantara.
Mas la gallarda espada al brazo altivo,
Igual en la fineza y la ventura,
Sobre él corrió con golpe tan esquivo,
Que ni bastó reparo ni armadura:
Hiende el escudo, el yelmo, y á lo vivo
Del costado bajó, donde en segura
Paz su Belerma hermosa está escondida,
Que pudo aquella vez darle la vida.
Traia entre un riquísimo tesoro
Su dama en el escudo retratada
Con tan nueva hermosura y tal decoro,
Que fuera otra Medusa bien mirada:
Un Cupido á sus piés labrado de oro
Sobre su venda dando otra lazada,
Y de diamantes esta cifra bella,
«Medroso de morir si llega á vella.»
Sintió el tierno amador ver dividido
De tal manera su encantado escudo,
Que de la rica imágen de Cupido
Nada dejó á su dama el filo agudo;
Y desto mas que del dolor herido,
Con cuanto brio su arrogancia pudo
Tan fiero el brazo alzó que al derriballo
El monte hizo temblar, y atronó el valle.
La cabeza humilló hasta los arzones
Bernardo á la agraviada hermosura,
Que en el menguado escudo sus facciones
Muestran, que aun mas se debe á tal figura:
Mas no se iguala el término á los dones,
Que él fue cortés, pero ellos de hechura,
Que al primer golpe que acertó de lleno
Dió al valiente francés por cama el heno.
Reynaldos que llegó cuando caia,
Admirado de heridas tan gallardas,
«Valiente español, dijo, este es mi dia,
Si como debes sin temor me aguardas:
Con esa tuya, y con la espada mia,
De roja sangre y de tinieblas pardas
Famosa estátua te dará la suerte
De heróicos hechos, y de honrada muerte.»
Dijo, y á un tiempo igual ambos guerreros,
A dos manos sin guarda ni cubierta,
A buscar su victoria bajan fieros,
El uno á Balisarda, otro á Fusberta:
Esta dobló en las armas sus aceros,
Mas aquella con tal destreza acierta
Sobre el hadado yelmo de Mambrino,
Que todo el cerco de oro al suelo vino.
No le admiró á Reynaldos ver falsado
El encantado acero, que ya pudo
De todo un mundo defenderle armado,
Ni roto el leon barrado de su escudo,
Que lo que entonces le dejó admirado
El golpe fue del español sañudo,
Con quien los de Mambrino, y los de Orlando,
Golpes de folla son dados burlando.
Mas no por eso se acobarda un punto,
Que el apetito de honra aumenta el brio;
Antes con uno y otro alicoto junto
Rompe arrogante de furor un rio:
Parece de los dos vivo el trasunto
De Aquiles y Hector, cuyo desafio
Dejó sobre los muros de Neptuno
Despues de gran porfía muerto al uno.
Hiere Reynaldos al valiente godo
En confusa batalla de mil suertes,
Y él tras su ofensa por el mismo modo
Intenta en él mil géneros de muertes:
Todo lo buscan, y lo prueban todo,
Con pechos nobles, y con brazos fuertes,
De un golpe y otro, de una y otra herida,
Buscando el fin de la contraria vida.
Por seis partes herido, y desangrado,
De Montalvan el príncipe se via,
Y su enemigo en todo tan guardado,
Que hecho de un diamante parecia:
Cuando ya de morir determinado
El roto leon borrado al suelo envia,
Tomando á su Fusberta con dos manos,
Que hizo temblar los montes comarcanos.
Y al sucesor del conde de Saldaña,
Que cubierto se entró para esperallo,
Dió un golpe, y otro, y otro con tal saña,
Que sin sentido le llevó el caballo,
Hasta dónde al rey Casto una maraña
De gente, ó por prendello, ó por matallo,
Cercaba con el fiero rey Morgante,
Que solo á todo junto era bastante.
Mas aunque herido en el honor le halla
El presente rigor, con pecho entero,
Sin mas volver á la primer batalla,
A guarecer su rey pasó ligero:
Y al gigante feroz, que á rematalla
Iba á todo el rigor de un golpe fiero,
De la una y otra cólera impelido
El suyo le quitó todo el sentido.
Y al ofendido rey, que en tanto estrecho
Halló sin esperanza de la vida,
Cobrar caballo hizo, y largo trecho
Arredrar dél la gente mal nacida,
Que no hay tan fiero y arrogante pecho
Que ose esperarle la segunda herida,
Si el suyo con deseos de venganza
A hacerla de veras se abalanza.
Y viendo en salvo al rey, «señor, le dijo,
No es justo así arriesgar vuestra persona,
Unica y noble basa en que está fijo
De España invicta el cetro y la corona.....»
Mas ya á este tiempo de Milon el hijo,
Que enteros campos rinde y amontona,

Huyendo dél un escuadron confuso
Fin á sus ruegos y razones puso.
¿Quién dirá de una espada tan gallarda
Los golpes y heridas espantosas,
Si ya á mi débil voz y lengua tarda
Tan imposibles son como forzosas?
Pecho de hierro, y trueno de lombarda,
Se ahogará al tropel de tantas cosas,
Donde en las que hoy obró el señor de Anglante
Mil siglos tiene que la fama cante.
Cual del frio risco, ó cavernosa gruta,
Donde Eolo encierra los airados vientos
De un ciego huracan tempestad bruta
Al mar se arroja en soplos turbulentos,
Donde su rabia hórrida ejecuta
Tropa sutil de espíritus violentos,
Que trastornando el golfo hasta el profundo
La firme basa hace temblar del mundo.
Saca el turbio Neptuno su tridente,
Y en horrible bramar los amenaza,
Las ricas islas del Egeo potente
Con olas sorbe y golpes despedaza:
Clama Delo á su dios resplandeciente,
Sérifo hunde su pequeña plaza,
Tal del feroz Roldan la altiva y brava
Violencia de una gente en otra andaba.
Hiere, rompe, destroza, desbarata,
Socorre, da favor, rinde, ahuyenta,
Despedaza, desmiembra, corta, mata
Cuanto delante el campo le presenta:
A este el brazo, al otro le arrebata
La mano, el rostro, y nada le contenta:
Yelmos, escudos, petos, grevas, malla,
Abolla, rompe, quiebra, corta, y talla.
En esta horrible mortandad envuelto
Llegó cuando Bernardo revolvia
Sobre el feroz Morgan, que habiendo vuelto
De su primer desmayo parecia
Que entero un mundo en su furor revuelto
De su arrogante brazo descendia
Contra el gallardo jóven, que á otra parte
Si le mira hará temblar á Marte.
Y empezando los dos nueva batalla,
El conde que llegó seguro á vella,
Y á los primeros lances de miralla
Su contrario español conoció en ella;
Alegre de que en tal sazon se halla
Por cuanto encuentra rompe y atropella,
Gritando, «afuera que esta empresa es mia,
Aquesta es mi venganza, este es mi dia.»
Puesto en medio los dos feroz retira
A una parte á Morgante, y á Bernardo
A dos manos dió un golpe con tal ira,
Que le hizo humillar el brio gallardo:
Mas el corzo colérico que mira
La grave injuria del francés bastardo,
Que en menosprecio suyo, y su arrogante
Brazo, al de su furor pasó adelante.
Sin mirar si es amigo, ó si enemigo,
Sobre él tal tempestad de golpes llueve,
Que el vivir le importó el seguro abrigo
Del encantado yelmo un tiempo breve:
Mas el leonés, que parte, y no testigo,
Quiere ser de aquel campo, lo que debe
Paga á dos manos con la fiera espada,
Que piensa de los dos salir vengada.
Cuando el franco Roldan al jóven fiero,
Y á su enemigo en medio el campo rojo,
«Venid, dice, los dos, que ambos espero
Que muertos me pagueis mejor mi enojo:
A entrambos juntos digo, á entrambos quiero,
Por mi honra al uno, al otro por mi antojo,
Que no se templará tambien mi saña
Si una muerte con otra no acompaña.»
Dijo, y de aquel, y deste rebatido,
Ni sabe á cuál herir, cómo, ni dónde,
Que los tres, uno de otro confundido,
Ninguno ve á quien da, ni á quien responde:
Tal la discordia en ellos se ha encendido,
Que el gran Bernardo al corzo, el corzo al conde,
El conde á él, y dellos cada uno
Con dos juntos se afirma, y con ninguno.
Llegó bravo Reynaldos á este punto,
Y viendo la confusa bateria,
Y al golpe de su espada puesto á punto
El que siguiendo con furor venia,
Con el que en su ofendido pecho junto
Pudo caber á su Fusberta envia
Sobre el dorado yelmo, que el ruido
Le sacó por un rato de sentido.
Quiso segundar otro, y otro luego;
Mas despertó al primero, y pudo tanto
La nueva sinrazon del furor ciego,
Que dió de dos á Francia el primer llanto,
Y al español coraje tanto fuego,
Que aun del golpe hasta hoy dura el espanto,
Pues hecho dos el yelmo de Mambrino,
Con cuanto tenia dentro al suelo vino.
Cayó, y de Montalvan y Claramonte,
Toda la gloria junta vino al suelo,
¡Oh del mundo menor breve horizonte,
Vida mortal, tasado paralelo!
Sea á tu gran valor tumba este monte,
Fama el blason, y la capilla el cielo,
Pues tras tantas grandezas, de su mano
No te dejó otra cosa el tiempo vano.
Cayó tambien con él su leal Bayardo,
O atronado del golpe poderoso,
O que del signo triste el pasado tardo
Allí acabó su curso perezoso,
Que al rey Artus sirvió, y hoy del gallardo
Reynaldos al sepulcro temeroso,
En cuya compañia el fiel caballo
Muerto, nuevo dolor ponia mirallo.
Asombró el golpe los vecinos valles,
Y volvió el mas distante la cabeza;
Roldan, que al paso está, volvió á miralles,
Y de la herida viendo la fiereza:
«¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,
Donde hoy cae del imperio la grandeza!
Fenezca aquí mi vida, ¡oh ciego hado!
¿Cómo tal fin á tal principio has dado?»
Dijo, y ya con la rabia de la muerte,
Por vengar de su primo el triste caso
Al jayan fiero, cuyo brazo fuerte
Vuelto enemigo le detiene el paso,
Un golpe, y otro, y otro de tal suerte
Furioso á un tiempo da, que al campo raso
Fuera de todo acuerdo el rey Morgante
A los piés vino del señor de Anglante.
Y sin mas curar dél por la batalla
Cruel se entra, á buscar la espada altiva
De aquel en quien vengar piensa, si le halla,
El muerto primo, y la congoja viva:
Ve de lejos lucir su ardiente malla,
Que á cada golpe un capitan derriba,
Y que de uno el bizarro pecho abierto
Al prado el duque Astolfo cayó muerto.
Traspasó otro dolor su pecho ardiente,
Y á matarle ó morir sale arrogante,
Cuando en tropa gentil resplandeciente
El paso le atajó un gallardo amante;
El bello Ascanio, hijo del valiente
Duque Estroci, que en brazo y brio triunfante
Volvia de matar por su persona
Cien franceses y un duque de Bayona.
Era el brioso jóven heredero
Del muerto duque y príncipe de Parma,
A quien la seda, mas que el duro acero,
La flor de sus lozanos miembros arma;

Mas aunque niño y tierno es altanero
Y así el brio en su pecho toca al arma,
Que despreciando el ocio de su tierra
En busca de su honor vino á la guerra.
De la prudente Emilia, dulce hermana
Del conde de Saldaña, es hijo hermoso,
Unico alivio y prenda á la temprana
Muerte infeliz de su querido esposo:
Deseo del tierno primo, y de honra vana,
Al bello Ascanio le quitó el reposo,
Y entre una escuadra de toscana gente
A la guerra le trajo á ser valiente.
De cien mancebos de su edad ceñido
De armas grabadas y plumeros bellos,
Con ricas sobrevistas de encendido
Carmesí y oro, que alegraba el vellos;
El fresco, altivo jóven, que al florido
Rostro apuntaban los primeros vellos,
En caballo tambien lozano y niño,
De la color de un no manchado armiño.
Hechas de la alheñada clin á trechos
Bellas guedejas encrespadas de oro,
La altiva frente, y los fornidos pechos,
Llenos de un grave y bárbaro tesoro:
Del precioso jaez los trozos hechos
De varias piedras, que en crugir sonoro
Hacen con orgulloso movimiento
Temblar las plumas, y asombrarse el viento.
Sus ricas armas, mas que el sol lucientes,
De carbuncos cuajadas y diamantes,
De alegres rayos dan luces ardientes,
Que los aires abrasan circunstantes:
La celada de plumas eminentes
Blancas perlas esgrime por pinjautes,
Sembrado el resto á trechos de follajes,
Alcachofadas piñas y plumajes.
La roja espada de oro guarnecida,
De cristalina pedrería sembrada,
De los bordados tiros detenida,
En rica vaina de marfil grabada:
La varia sobrevista entretejida
Por su celeste azul plata escarchada,
Y en sus bordados por divina traza
Del bello Adonis la imprudente caza.
Viánse del fiero jabalí vengados
Entre claveles sus perdidos tiros,
Que si allá fueron flores de los prados,
Aquí rubíes ardientes y zafiros:
Los bellos ojos del amor preñados
De aljófar, y los labios de suspiros,
Y su cárdeno cuerpo entre las flores
Vertiendo sangre y derramando amores,
Con tan bello primor, que sobrepuja
A la verdad la historia dibujada,
Dulces cuidados de la diestra aguja
De su tierna y ausente esposa amada;
La limpia lanza en la dorada cuja,
La vista alegre, el alma enamorada,
Cuyo capote y ceño, si se aira,
Da gusto y regocijo á quien lo mira.
Era el luciente yelmo que traia
De perlas y diamantes estrellado,
Donde un bello zodíaco ceñia
La altiva cresta y el gorjal labrado:
Los signos de diversa pedrería,
Y en el vellon de Colcos de un dorado
Topacio hecho un sol, cuyo fecundo
Rayo un nuevo verano abria al mundo.
Mas cuando en el fervor de la batalla
Con su aliento el bruñido acero entibia,
Del grave peso, y su dorada talla,
Buscando aire el cabello crespo alivia;
Y al que delante su ventura halla,
Aunque sea el risco del Peñol de Libia,
De amores vence, y mata con la vista,
Que á ella, ó su espada, no hay quien se resista.
Traia en el valiente y ancho escudo,
Para mostrar la gloria que profesa,
Sobre un peñasco de oro inculto y rudo
De Alcides las columnas por empresa,
Y señalando con lenguaje mudo
La hermosura que en su alma vive impresa,
En torno escrito de rubís, «si os viera,
Sobre vuestra belleza las pusiera.»
Agrada á todos su hermosura y brio,
Él solo, ni se estima, ni se precia,
Que con desdenes, y áspero desvio,
Su blanda condicion quiere hacer recia:
Mas por bien que en compuesto señorío
Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,
Nunca su agrado pierde deleitoso,
Que mientras mas airado es mas hermoso.
Vuelven sus enemigos á otra parte
Las lanzas por no herir el rostro bello,
Y él de ese amor se ofende de tal arte,
Que los querria despedazar por ello:
Atiza sus enojos, y reparte
Ira suave entre el placer de vello,
Mas ya destas sus flores placenteras
Las parcas van hilando las postreras.
¡Oh bello jóven! diestro en el bullicio
De la caza sagaz y sus engaños,
¿Quién te trajo á tan áspero ejercicio
En lo mejor de tus floridos años?
Aquel ya de tu edad fue propio oficio,
Y tú incapaz de otros mayores daños,
Mas dióte el hado en sangre y hermosura
Mucho de estado, y poco de ventura.
¡Mísero! que fiado en tus engaños
De Marte sigues el clarin sonoro,
Para causar deleite á los estraños,
Y á tu madre infeliz tormento y lloro;
¿Quién volvió azar tus florecientes años,
Y agüero tus grabadas armas de oro?
Rico trofeo, en quien la adversa suerte
Principios dió de gloria, y fin de muerte.
Habia con su gallarda escuadra hecho
Vistosos lances en la franca gente:
Traspasó á Sergio el arrogante pecho,
De la region gascona el mas valiente:
Mató á Menon, á Galvo, y al contrecho
Esquito, en dulces versos eminente;
Y á ti, sesgo Foscion, que no supiste
Reir, ni llorar, ni estar alegre, ó triste.
Pasó en diestro venablo la garganta
A Démedes voraz, gloton, hambriento,
Que despues que pasó á su vientre cuanta
Renta dejó de Sergio el testamento,
Se hizo alférez, y al fin por donde tanta
Hacienda entró, tambien entró el violento
Hierro, y fue en el tragar tan bruto y fuerte,
Que cuando mas no halló tragó la muerte.
Cual cachorro leon de poca prueba,
Por los rebaños de Getulia ardientes,
Que antes la madre le traia á la cueva
Conformes á su edad pastos recientes,
Sintiendo al cuello la guedeja nueva,
Las corvas garras, y los limpios dientes,
Corre lozano en torno la campaña,
Y á volver á su cueva no se amaña;
Así el hermoso Ascanio tras su muerte
Por el francés ejército corria,
Y en medio puesto de su escuadra fuerte
Lucero entre celajes parecia;
Cuando el rigor de la infelice suerte
Al paso le sacó donde venia
Del fiero conde Orlando la pujanza,
A tomar en Bernardo cruel venganza.
Asombróle el furor del francés fiero,
Tembló en ver el denuedo que traia,

Faltáronle las fuerzas, y el entero
Brio que en su alma nueva amanecia:
Vió que la guerra pide mas que acero,
Y que no es la imprudencia valentía,
Echa de ver que es niño, y no bastante
Su fuerza á resistir á tal gigante.
Quiere volverse atrás, mas no le deja
La honrada sangre que en las venas tiene;
Teme el ir adelante, y en perpleja
Lucha el miedo y la honra le detiene:
Cúbrele un frio sudor, que la guedeja
De oro á llover menudo aljófar viene,
Y en triste agüero una amarilla sombra
Volando en torno con temor le asombra.
Cual blanco cisne á su cantar atento,
Si de las frescas juncias del Pó mira
El águila de Júpiter, que al viento
La sombra en torno de sus plumas gira,
No hallando abrigo á su furor violento,
Tiembla, suspende el canto y se retira,
Y en la tierra quisiera entrarse al centro
Por huir de sus uñas el encuentro;
Tal el hermoso jóven, que se halla
Al golpe puesto del francés gallardo,
Sin esperanza cierta en la batalla,
Ni á su espada cruel hallar resguardo:
No viendo ya razon con que excusalla,
De un frio miedo impedido el brazo tardo
Contra el conde le alzó, mas por defensa,
Que por hacer á su arrogancia ofensa.
Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,
Que viendo á su querido primo muerto,
Al tierno Adouis, y á su bella amante
Que hallara, atropellara sin concierto;
Al romano gentil que vió delante,
De plumas, oro, y pedrería cubierto,
Cual hambriento leon, que en diente y garra
Tierno cordero á su sabor desgarra;
Así, yendo á vengar su rabia ardiente
En el bravo español que le ha ofendido,
Hallando sin pensar el inocente
Pecho, dió en él la furia y el bramido:
Retira el paso, oh jóven escelente,
Da lugar á que acuda tu querido
Primo, que ya á valerte con su escudo
La vuelta daba, mas llegar no pudo,
Que con tal furia á Durindana embiste
El conde sobre Ascanio, que á su acero
Ni el suyo basta, ni rigor resiste,
Que escudo y peto rebanó el primero:
Al segundo, anublado en muerte triste
El semblante poco antes placentero,
Cayó, y sintió al caer, mas que su muerte
La rota estampa de su escudo fuerte.
Bernardo que al morir su primo amado
En la defensa de su amor llegaba,
Con el nuevo dolor quedó atajado
De ver la prenda tal que en tanto amaba:
«¡Oh bello jóven, dijo, malogrado!
¡Oh enemigo cruel! ¡oh furia brava!
El poder todo que hay en los humanos
No te podrá dar libre de mis manos.»
Y arremetiendo al conde, que venia
En igual ademán y brio de dalle,
Un escuadron entero que huia,
Al uno y otro les tomó la calle:
Despartió su furor el que traia
El alterado campo, sonó el valle,
Y el alboroto y el tropel de gente
Los hizo dividir forzosamente.
Era esta grita un intrincado enredo
Del fiero ardor del bárbaro Morgante,
Que en espantable indómito denuedo
Huyendo la llevaban por delante;
Y no con armas, mas con solo el miedo,
Que es el miedo en el vulgo semejante
Al ruido que en la nube se levanta,
Que sin herir con amagar espanta.
Despues que volvió en sí del golpe fiero
Con que le dejó Orlando sin sentido,
Rabioso en ver sus fuerzas, y su entero
Brio dos veces en un dia vencido;
Las ricas armas de templado acero,
Que ya en Libia ganó, quitó al fornido
Cuerpo, dando á los campos el tesoro
De la gran sierpe, y sus escamas de oro.
Y en impaciencia y voces turbulentas,
Bramando, vuelto al cielo, escupe y dice:
«¡Cobardes dioses! si á esas tan contentas
Sillas, que os sueña el mundo, no desdice
El ser todos locura, y las afrentas
Vengar quereis, que ya en mi reino os hice;
Sino sois solo palos y pinturas,
Y tienen de deidad vuestras figuras;
Bajad todos á mí, ó volved al mundo
Cuantos en él tuvieren nombre y fama,
A Encélado el gigante, que el profundo
Valle de Etna recuece en viva llama,
Los que en Flegra con brio furibundo
Ya os hicieron huir de rama en rama,
Del horrible Briareo el bulto leve,
Que en cien brazos cien mazas juntas mueve;
Dad á Nembrot por báculo su torre,
Y por soldados cuantos hubo en ella:
Nazca de nuevo Anteo, si se corre
De haber perdido su armadura bella;
Y sin que de su madre aparte y borre
La grave estampa, y la torcida huella,
La que en su ayuda, si á sazon le viene,
Juntos cuantos hermanos tuvo y tiene.
Saque Jason sus Argonautas fieros,
Ulises, Telamon, y el griego Aquiles
De nuevo multiplique compañeros
De leones hechos, no de hormigas viles;
Salgan de Troya y Grecia los guerreros;
Salgan Golias, Sanson y los sutiles
Judíos; salgan de Argos, y de Tebas,
Los crueles campos, y sangrientas grevas;
Salgan Hector y Páris, salga Troilo,
El fiel Tideo, el bravo Hipodemonte,
El fuerte Alcides, y el que en sabio estilo
Venció de Esfinge el cavernoso monte;
Turno, Eneas, Mecencio, Adastro, Egilo,
Teseo, y la arrogancia de Faetonte,
Y en su cruel hermandad, que la ira atice,
Rómulo y Remo, Eteocle y Polinice;
Salga mi antigua sombra, Capaneo,
Polifemo, y los hijos de Vulcano;
Y por no hacer mas áspero rodeo,
Ni el disgusto gastar el tiempo en vano,
Bajad, cobardes dioses, que no creo
Que hay otro que esta clava de mi mano,
Que si allá sube, y como aquí la aferra,
Con todo vuestro cielo dará en tierra.»
Así en blasfemas voces contra el cielo
Incautas iras y amenazas vierte,
Y con sola la clava á todo el suelo
Sin otras armas quiere dar la muerte:
Mató á Arbel, á Sitarco y á Sartelo,
A Eteo el rojo y á Gelon el fuerte,
Y á los dos primos Menedemo y Janto,
Este diestro en tañer, el otro en canto.
Degolló á Alceste, músico de flauta;
Y á los dos Sacrisildos arrogates,
Al honesto Episino, á quien incauta
Egila dió su amor seis dias antes;
Y entre otros al fantástico Argonauta,
Cuyas palabras eran semejantes
A los álamos blancos en el fruto,
Y así nadie por él se puso luto.

Entero el campo su furor llevaba,
Como el fiero Orion si desarmado
Al esgrimir de su acerada clava
Hirviese el golfo del Propunto helado:
En el cuartel de Argasto peleaba
El gascon Mondevegas, de argentado
Arnés, y un coronado leon rapante,
Bandado á escaques de oro por delante.
Sobre este, tras la clava y su arrogancia,
Ya la muerte bajando iba derecha,
Cuando Alcio, que con él desde su infancia
Se habia criado en amistad estrecha,
Tan diestro, que á cien pasos de distancia
Clavaba á un tierno ruiseñor su flecha,
Una á tiempo tiró tan oportuno,
Que el golpe de dos ojos quitó el uno.
Pensó hundir el mundo el corzo fiero
Con la rabia y dolor de la herida,
Y arrancando la flecha, y allí entero
El instrumento de la luz perdida,
Furioso arremetió contra el flechero
Por sacarle ambos ojos con la vida,
Cuando él, en igual tiento y puntería,
El otro le enclavó, y le escondió el dia.
Bramó el ciego jayan, resonó el valle,
Y arremetiendo á bulto el torpe Anteo
Al infeliz flechero, que por dalle
Mas bien no se guardó, cogió al voleo;
Y cayendo sobre él para libralle
No bastó de su amigo el fiel deseo,
Que allí á bocados le quitó la vida,
Y cien dardos la suya al homicida.
Ya en esto la fortuna, que suspensa
Neutral estado habia en la victoria,
Y en una variedad de casos densa
A unos y á otros sembraba vanagloria,
Queriendo dar á un cabo con la inmensa
Máquina de su rueda transitoria,
Comenzó á trastornar la vuelta estraña,
Francia á bajar, y á levantarse España.
Está el valle un sangriento lago hecho,
Sepulcro triste de la flor del mundo,
Y de sus bravos héroes trecho á trecho
Caido aquí el primero, allí el segundo:
El campo reducido á tal estrecho,
Que de la muerte el cruel brazo iracundo,
Ayudada de España y sus aceros,
A los dieces quitado habia los ceros.
No quiso la fortuna que tú fueses,
Francia, en el mundo sola la invencible,
Ni tu gloria lijar, sin que sintieses
De su pesada mano el golpe horrible;
Y así, despues que puso tus franceses
De su arco en lo mas claro y mas visible,
Coronados de triunfos y blasones
De indómitas y bárbaras naciones;
Despues que á tus banderas humillados
Entrambos polos, y á tus lirios bellos
Humildes parias de honra dan postrados
Cuantos tuvieron ojos para vellos;
Despues que del Oriente tus soldados
Los astros asombraron, y tras ellos,
Tan grande como el sol de playa en playa
De honra abrieron al orbe una ancha raya;
Hoy quiso desnudarte esa grandeza,
Que venia á tus holgados miembros ancha,
Que aun para dalla junta á la braveza
De España le convino echarle ensancha,
Que como espera hacerla su cabeza,
La tierra hasta sus límites ensancha,
Criando nuevos mundos, en que tenga
Magestad que á la suya le convenga.
El grave Emperador, que en la batalla
Entró en su carro de marfil triunfante,
A quien de petos y dorada malla
Iban seis mil tudescos por delante,
Gente insigne, y el cargo de mandalla
Al traidor Galalon, que en radiante
Escudo de lisonjas por mas mengua
Traia esta letra, «aquí, mas no en la lengua,»
Viendo el campo francés puesto en huida,
Sus bravos paladines destrozados,
Sus nobles capitanes de vencida,
A riesgo su persona y sus estados,
Ya la traidora pretension cumplida
Del bando magancés y sus privados,
La sangre helada, y el cabello yerto,
De pena está, como los suyos, muerto.
Mas con pecho magnánimo la gloria
Ajena encubre, y el dolor reprime,
Y ya que no en clarines de victoria,
En órden, porque nadie desanime,
Tocan á retirar; mas la notoria
Ventaja ya de España, en voz sublime
Aclamando victoria, «España, España,»
Ningun francés se libra de su saña.
Está el campo de muertos tan cubierto,
Que el carro no descubre ni halla paso,
Cuyo falcado tiro el pecho abierto
Deja del que al pasar encuentra acaso:
Alguno medio vivo y medio muerto,
Entre el morir y aquel vivir escaso,
Cruel quebranta, y con la rueda altiva
La parte le llevó que tenia viva.
Otro le ve venir, y no pudiendo
El cuerpo desviar sin que le oprima,
El débil cuello abaja al peso horrendo,
Que con nuevo dolor le viene encima;
Y él de sus armas con el ronco estruendo
Pone en ver su furor espanto y grima,
Corriendo por las ruedas sangre y sesos
Pingües de las medulas de los huesos.
Llegó en esto á pasar el carro altivo
Por donde el gran Reynaldos muerto estaba,
Quedó el César en verlo tal, que el vivo
Mas que el muerto cabe él dolor causaba;
Y sin reparo ya del golpe esquivo
Huyendo al hado su violencia brava,
Del falso Galalon á toda instancia
En un caballo salta, y huye á Francia.
El obispo Turpin, que entre el morado
Manto vestia bruñido y limpio acero,
A recoger del campo destrozado
Salió, lo que sobró al vencedor fiero:
De plumas y roquete señalado,
Y en el escudo grave un trozo entero
Sobre oro de agradable siempreviva,
Y por letra «mi fama» puesto arriba.
Solo á este dejó España por testigo
Y coronista desta su victoria,
Aunque él con pluma en todo no de amigo
Ya intentó y supo oscurecer su gloria:
Halló á Oliveros muerto por castigo
De su alevoso padre, que en memoria
Del desafío pasado, en aquel valle
Acabó Montesinos de matalle.
Matóle, y tras su primo Durandarte
Siguiendo el rastro de la sangre ardiente,
Del monte por la mas cerrada parte
Se entró llorando el grave mal presente:
De Carlos la diadema, el estandarte,
El triunfal carro, y la famosa gente,
Hizo heróico trofeo, y dejó España
A Roncesvalles por tan grave hazaña.
Bernardo en tanto, ya que por su mano
Quitó á Rainer y á Don Dudon la vida,
Al viejo Naimo, y á Godofre, hermano
De Galvan el bastardo fratricida,
Al fiel Dardin Dardeña, al inhumano
Don Alberto de Fox, y la escogida

Sangre vertió de entrambos los Beltranes,
Hijo y padre, famosos capitanes,
A los dos Angelinos, y al prudente
Bibiano, ilustre príncipe en Saboya,
De la famosa sangre descendiente
Que á Hector derramó la suya en Troya,
Viendo sin órden huir la franca gente
De Roncesvalles por la inculta hoya,
Espuelas á su leal caballo arrima,
Y así á los suyos al alcance anima:
« Aun no está Francia en su altivez rendida
Si esa gente que huye le dejamos,
Que se alabe de haber abierto herida
En los que sin vengarla nos quedamos:
Dirá que la desórden fue fingida,
Y que seguirla de temor no osamos,
Pues le duró viniendo á nuestra tierra
Lo que quisieron, y no mas, la guerra.
Id pues sin orden en monton confuso,
Y pasad adelante al que ahora huye,
Volvedme hácia España ese difuso
Campo que así el vencer nos disminuye:
Creed que es nuevo ardid de guerra intruso,
Que cuando mas no puede nos destruye
La victoria, y los triunfos vuelve vanos,
Quitando lo mejor de nuestras manos.
Seguid el roto alcance, y diferente
De lo que ellos pretenden les hiramos,
No en las espaldas, sino frente á frente,
Con que mayor el vencimiento hagamos:
Sino es honra vencer cobarde gente,
Ya que vencido habeis, no consintamos
Que á los bravos de Francia ya sin vidas
Por cobardes los den vuestras heridas. »
Dijo, y contra Turpin, que acaudillando
Iba del roto campo el gran destrozo,

Viendo las altas plumas campeando,
El caballo hirió y su pecho el gozo;
Cuando hácia él venir al conde Orlando
Vió, y con gallardo brio y alborozo,
Dejando la primera empresa entera,
Esta segunda escoge por primera.
Cual generoso leon, que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar, y de hacer daño,
Las garras lame, y el sangriento pecho;
Si un dragon ve venir de bulto estraño,
La oveja que á matar iba derecho
Deja, y en crespa clin, y aire brioso,
Se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español viendo de lejos
Lucir las armas del señor de Anglante,
Tras sus nuevas vislumbres y reflejos
Feroz sale á ponérsele delante,
Herida el alma de los tristes dejos
Del malogrado primo y tierno amante,
Bien que el Marte francés al desafio
No salió con menor aliento y brio.
Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
Y en deseos de venganza: «oh fiero hispano,
Dijo, que el mundo á golpes has deshecho,
¿Quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarla igual cuidado vano,
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
Sino el agravio la honra reparada.»
Así dijo, y cual dos dragones fieros,
Que en los marsilios campos con la ardiente
Ponzoña que vomitan los postreros
Arboles se arden, y su hervir se siente,
Gimen las costas y escamados cueros,
Tiembla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De roscas tienen y de golpes llenas;
Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, coraje y desconciertos;
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos rajas cubren las laderas.
Dió Orlando al de Leon con Durindana
A dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado, ni la sana
Pasta, valerle en su defensa pudo,
Que ya partido en dos hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.
Y él viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte;
Alta la espada, y levantado el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En menos cercos encantados fuera.
La sierra atronó el golpe y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraba al mundo su inviolable acero.
Antes llevando á cercen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo:
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
Y él de ver su arnés roto, y el herido,
Quedó mas que del golpe sin sentido.
La vista absorta y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado:
Mas ya del breve frenesi despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo altivo,
Milagro que con tantos quede vivo.
No en los fornidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano,
Que solo rige el estrellado coro,
Con los membrudos ciclopes el vano
Aire retumba en eco mas sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.
Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados, los cabellos,
Da las vueltas, vaivenes y reveses,
Ni ya pueden aquí ni allí llevallos;
Hechas sangrientas rajas los arneses,
Por ver si así podrán mejor cobrallos
A brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.
De los guerreros la indomable fuerza
La de los dos caballos trajo al suelo,
Donde saltando cada cual se esfuerza
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:
Crecen los nuevos golpes, y refuerza
El honor lo que falta, que el recelo
De perderle en el alma que le estima
La punta es de rigor que mas lastima.
Dió el francés á Bernardo una herida
Tan á sazon, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida,
Mas cuando ya volvia á segundalle,
Tan recio entró con él, que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas:
Y antes que hallase tiempo conveniente
De rehacer su furia, con dos manos
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
Bajó gimiendo por los aires vanos:
La celada rompió el golpe valiente,
Sonó el eco en los valles comarcanos,
Y aunque no cayó el conde, del ruido
Quedó atronado el uso del sentido.
Queríale ya dejar y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
Volver cruel su alma de piadosa:
«Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar mas, oh alma dichosa;
Muere ahora, cruel, muere, homicida,
Que aquí todo se paga con la vida.»
Dijo, y alzando el brazo vengativo,
Al dar sobre él la fiera arma encantada
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heróica frente, y la enemiga espada;
Cayó muerto Roldan, quedando vivo
Su eterno nombre su alma arrebatada
Feroz voló á su esfera, y su gallardo
Cuerpo á los piés cayó del gran Bernardo:

ALEGORIA.

Las persuasiones de Galalon al César muestran claro, cómo á los principes hasta de su misma destruicion hacen lisonjas conque paladearles el gusto: y los agüeros que se ven en el aire antes de la batalla, significan las inspiraciones que envia el cielo para despertar la obstinacion de un ánimo rebelde, que se hace sordo y dormido, rompiendo con la ambicion todos los respetos y temores humanos: y en ser Morgante quien hace esto el primero, sin hallarse Orimandro en la batalla, es señal que toda ella procedió de una voluntad desenfrenada y sin luz de entendimiento. En la discordia de Bernardo, Orlando, y Morgante, se muestra cómo la soberbia y arrogancia, ni aun en su favor no admite compañia; y en la hermosura de Ascanio, lo poco que puede la confianza humana cuando no viene apoyada en grandes fundamentos de virtud: y en las muertes de Reynaldos y los demás paladines y últimamente en la de Orlando, que era encantado, muerto por Bernardo con la espada Basilarda, muestra como no hay encantamento, armas, ni defensa que basten contra la muerte.

ÍNDICE.

PÁG.

Noticias del autor. 3
Dedicatoria. 4
Prólogo. id.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO. Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la Hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldaña y de don Teudonio, el cual da cuenta al conde de su linaje y antigua privanza con el rey Casto, y cómo el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carlo Magno envió con don Gayferos un gran socorro de gente que Rodamante desbarató en el camino con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana. 7
Alegoría. 22

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO. Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hados; y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando y los demás paladines: refiere el orígen de los godos en España, de cuyo linaje él desciende. Morgana, agradada de las relaciones del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Píntase la casa de la Fama, y lo que hay de la venida del francés. Libra á Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro que se convierte en la fuente del Desengaño, y la ninfa en un lienzo de su labor en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España. id.
Alegoría. 36

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO. Ferraguto, envidioso de las alabanzas de Bernardo, se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso doncel, que libró al rey Casto de cierta traicion, y dáse á conocer el conde. Trátase de las fiestas de Francia y del consejo de guerra del César, donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Orontes robó á Bernardo. id.

PÁG.

Alegoría. 48

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO. Deja Orontes por su ciencia á Malgesí colgado de un árbol, donde cayéndosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel Custodio lo refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella; y habiéndose allí armado caballero por medio de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire. 49
Alegoría. 61

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO. Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nimilo y Alodia, libra tambien á Auchali, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yuzef, tio de Galiana, y por relacion se enamora de ella, y al márgen de una fuente ve en sueños su hermosura y la de sus famosos palacios. Píntase al fin del libro el consejo del rey Casto. id.
Alegoría. 74

LIBRO SESTO.

ARGUMENTO. Cuenta Garilo una fábula á Orlando y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cuál sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo desde el navío persiano una fresca isla, donde lleva á Orimandro para curarle: halla en ella á Gundemaro, un noble español, que despues de curar al rey sus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de sus aventuras. 75
Alegoría. 86

LIBRO SETIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Gundemaro su historia, y acábase en un estraño encantamento.

PÁG.

Ferraguto despierta á los gritos de una doncella que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el dia, y al fin á su vista le coge un villano y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda donde le sucede una estraña aventura. Llega al Tajo y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabí, rey de Pamplona. 86
Alegoría. 100

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO. Describese quién fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio, porque la vengue de Ferrugato, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que llevaba presa. Llega el campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon, compañeros suyos, hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo. 101
Alegoría. 115

LIBRO NONO.

ARGUMENTO. Argildos, creyendo que Florinda es muerta ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto, toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva encuentra á Angélica en las uñas de un dragon, síguela por las oscuridades de una cueva y hállase enredado en un estraño encantamento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata y quita el escudo, y por las armas dél es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo: oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la obscuridad de la noche de los que iban con él. 115
Alegoría. 130

LIBRO DECIMO.

ARGUMENTO. Ferraguto perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamento: quiere despeñarle el caballo Clarion, y él le deja y llega á pié á una fortaleza, donde da la muerte al jayan Bramante, y libra á Doralice, y al rey su padre y á Garlitos, los cuales hacen compañía á la infanta hasta Granada. Y Garlitos por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fábula del origen del deleite. id.
Alegoría. 142

LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO. Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orimandro, que en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento: y habiéndola perdido de vista hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura. 142
Alegoría. 156

LIBRO DUODECIMO.

ARGUMENTO. Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y quedándose ellos vueltos estátuas de oro en una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el orígen del cabo de San Vicente y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura. 157
Alegoría. 169

LIBRO DECIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Describese el gran aparato de las fiestas de Francia; la ferocidad de Morgante rey de Córcega, y las bravezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica la bella, princesa de Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde se escapa nadando sobre una entena. id.
Alegoría. 181

LIBRO DECIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quién sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte: tocando á vueltas da su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Temis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo paren la ignorancia y el engaño. id.
Alegoría. 191

LIBRO DECIMOQUINTO.

ARGUMENTO. Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo, vale siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el francés ponerle fuego y el catalan lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesí levanta con sus conjuros su navío volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Morgante y Orymandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa. 192
Alegoría. 203

LIBRO DECIMOSESTO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesí su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á peticion de Orimandro un famoso epílogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el

PÁG.

cielo tiene prometido á la monarquía española. 203
Alegoría. 216

LIBRO DECIMOSETIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Malgesí su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndeselo el Leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido. id.
Alegoría. 230

LIBRO DECIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrécele Gloricia á su nieta en casamiento, y él enamorado de Arcangélica se escusa con la prision de sus padres: recibe una carta, y alborotado con ella trata de partirse. Crisalba hace gran sentimiento, y por no apartarse dél, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una estraña aventura. Malgesí volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias Occidentales, donde el mago Tlascalan le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su nueva. id.
Alegoría. 240

LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO. Cuenta el sabio Tlascalan las espantosas hazañas de Hernan Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos Quinto. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la Hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España. id.
Alegoría. 255

LIBRO VIGESIMO.

ARGUMENTO. Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro dia á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un rio á don Teudonio y á Garilo presos, pónelos en libertad; y habiéndolo conocido Teudonio le da nuevas de la prision de sus padres: háceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfa en un monte llorando un caballero muerto: dále nuevas de Arcangélica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamento. 255
Alegoría. 268

LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

ARGUMENTO. Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el orígen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes y trecientos caballeros de su linaje que le acompañan para ir á la córte de su tio el rey Casto. Hállanse Morgante y Orimandro en Africa; cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artabano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules. id.
Alegoría. 279

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO. Atemoriza á Carlo Magno un espantoso sueño, interprétalo Malgesí, Montesinos refuerza con sus razones las del sabio, Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo francés: déjanse por ellas las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo por España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferraguto encuentra en Africa, á la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar de ella sobreviene Morgante que lo estorba, y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago hasta embarcarse tras ella para España; Orimandro halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura. id.
Alegoría. 289

LIBRO VIGESIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Cuenta Gundemaro el estraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, rey de Biserta: el artificioso orígen de la ciudad de Granada y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del cuerpo de Francia. id.
Alegoría. 301

LIBRO VIGESIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitan el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando y los demás doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo y sus españoles. id.
Alegoría. 313

FIN.

Author Balbuena, Bernardo de
Title El Bernardo.

LS.
B17 7b

DATE.	NAME OF BORROWER.
April 26, 1950	[illegible]
1953	[illegible]

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Rel. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 22 12 06 008 5